La leyenda dorada, 1

Santiago de la Vorágine

ALIANZA FORMA

La colección de vidas de santos que conocemos por el nombre de *La leyenda dorada* es en su mayor parte –hay añadidos de épocas posteriores– obra de Santiago de la Vorágine, dominico italiano que llegó a ser arzobispo de Génova.

De intención edificante, constituye una de las más claras expresiones de una literatura cristiana que, situándose muy lejos del discurso teológico e incorporando narraciones piadosas que en ocasiones se remontan a los siglos IV, V y VI, conectaba con el alma popular mediante la sabia fusión de historia y leyenda, y de espiritualidad y materialidad. El gusto por el detalle visible y palpable que impregna estos relatos recorre asimismo la serie de xilografías que ilustra esta edición, procedente de la traducción italiana de la *Leyenda* que en Venecia publicó Capcasa en 1494.

La inclusión de *La leyenda dorada* en Alianza Forma apenas precisa de justificación. Ofrecer al lector español, y por vez primera, uno de los repertorios iconográficos más utilizados por el arte occidental desde el período tardomedieval hasta el siglo XIX tiene un indudable interés también para los estudiosos de la iconografía y del arte en general.

La *Leyenda*, término que no conlleva aquí significación alguna de fantasía o ficción, sino la etimológica de «lo que se debe leer», ha sido traducida directamente del latín por fray José Manuel Macías, O. P.

Santiago de la Vorágine (h. 1228-1298), es el nombre castellanizado del beato Jacobo da Varazze o Jacobo della Vorágine, hagiógrafo dominico que comenzó a escribir *La leyenda dorada* en 1250 y trabajó en ella durante treinta años. Eran libros de devoción para la gente común y a través de sus páginas ofrecía la posibilidad de conocer modelos de vida dignos de ser emulados.

ALIANZA EDITORIAL

Santiago de la Vorágine

La leyenda dorada, 1

Traducción del latín:
Fray José Manuel Macías

Alianza Editorial

acceso abierto

Alianza Forma

Título original:
Legendi di Sancti Vulgari Storiado

Primera edición en "Alianza Forma": 1982
Novena reimpresión en "Alianza Forma": 1999

Creative Commons

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1982, 1984, 1987, 1989, 1990, 1992, 1994, 1995, 1996, 1999
C/ Juan Ignacio Luca de Tena, 15; teléf. 91 393 88 88; 28027 Madrid
ISBN: 84-206-7998-4 (Obra completa)
ISBN: 84-206-7029-4 (Tomo I)
Depósito legal: M. 42.788-1999
Fotocomposición en: FER Fotocomposición, S. A.
Lenguas, 8. 28021 Madrid
Impreso en Lavel, S. A. Pol Ind. Los Llanos
C/ Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

Indice

Prefacio del doctor Graesse 13
Notas del traductor 15
Prólogo sobre La leyenda de los Santos 19

VOLUMEN 1

I. El Adviento del Señor 23
II. San Andrés, apóstol 29
III. San Nicolás 37
IV. Santa Lucía, virgen 43
V. Santo Tomás, apóstol 46
VI. La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo según la carne 52
VII. Santa Anastasia 58
VIII. San Esteban 60
IX. San Juan, apóstol y evangelista 65
X. Los Inocentes 70
XI. Santo Tomás cantuariense 73
XII. San Silvestre 76
XIII. La Circuncisión del Señor 84
XIV. La Epifanía del Señor 91
XV. San Pablo, ermitaño 97
XVI. San Remigio 99
XVII. San Hilario 100
XVIII. San Macario 103
XIX. San Félix 105
XX. San Marcelo 106
XXI. San Antonio 107
XXII. San Fabián 111
XXIII. San Sebastián 111
XXIV. Santa Inés, virgen 116
XXV. San Vicente 120
XXVI. San Basilio 123
XXVII. San Juan Limosnero 128
XXVIII. La conversión de San Pablo, apóstol 135

XXIX. Santa Paula 137
XXX. San Julián 141
XXXI. La Septuagésima 146
XXXII. La Sexagésima 148
XXXIII. La Quincuagésima 150
XXXIV. La Cuaresma 151
XXXV. El ayuno de las cuatro Témporas 153
XXXVI. San Ignacio 154
XXXVII. La Purificación de la Bienaventurada Virgen María 157
XXXVIII. San Blas 164
XXXIX. Santa Agueda 167
XL. San Vedasto 171
XLI. San Amando 171
XLII. San Valentín 173
XLIII. Santa Juliana 174
XLIV. La cátedra de San Pedro 175
XLV. San Matías, apóstol 180
XLVI. San Gregorio 185
XLVII. San Longinos 198
XLVIII. Santa Sofía y sus tres hijas 199
XLIX. San Benito 200
L. San Patricio 208
LI. La Anunciación del Señor 211
LII. San Timoteo 216
LIII. La Pasión del Señor 217
LIV. La Resurrección del Señor 227
LV. San Segundo 235
LVI. Santa María Egipciaca 237
LVII. San Ambrosio 239
LVIII. San Jorge 248
LIX. San Marcos, evangelista 253
LX. San Marcelino, papa 259
LXI. San Vidal 259
LXII. Una santa doncella de Antioquía 261
LXIII. San Pedro, mártir 265
LXIV. San Fabián 276
LXV. San Felipe, apóstol 277
LXVI. Santa Apolonia 278
LXVII. Santiago, apóstol 279
LXVIII. La Invención de la Santa Cruz 287
LXIX. San Juan Ante Portam Latinam 294
LXX. La Letanía Mayor y la Letanía Menor 295
LXXI. San Bonifacio, mártir 299
LXXII. La Ascensión del Señor 301
LXXIII. El Espíritu Santo 308
LXXIV. San Gordiano y san Epímaco 317
LXXV. San Nereo y san Aquileo 317
LXXVI. San Pancracio 319
LXXVII. San Urbano 320
LXXVIII. Santa Petronila 322
LXXIX. San Pedro, exorcista 323

LXXX. San Primo y san Feliciano ... 324
LXXXI. San Bernabé, apóstol ... 325
LXXXII. San Vito y san Modesto ... 328
LXXXIII. San Quirce y su madre santa Julita ... 330
LXXXIV. Santa Marina, virgen ... 331
LXXXV. San Gervasio y san Protasio ... 332
LXXXVI. La Natividad de san Juan Bautista ... 335
LXXXVII. San Juan y san Pablo ... 342
LXXXVIII. San León, papa ... 345
LXXXIX. San Pedro, apóstol ... 347
XC. San Pablo, apóstol ... 357
XCI. Los siete santos hermanos, hijos de santa Felícitas ... 371
XCII. Santa Teodora ... 372
XCIII. Santa Margarita ... 376
XCIV. San Alejo ... 378
XCV. Santa Práxedes ... 382
XCVI. Santa María Magdalena ... 382
XCVII. San Apolinar ... 392
XCVIII. Santa Cristina ... 394
XCIX. Santiago el Mayor ... 396
C. San Cristóbal ... 405
CI. Los siete durmientes ... 410
CII. San Nazario y San Celso ... 414
CIII. San Félix, papa ... 418
CIV. San Simplicio y san Faustino ... 418
CV. Santa Marta ... 419
CVI. San Abdón y san Senén ... 422
CVII. San Germán ... 423
CVIII. San Eusebio ... 427
CIX. Los santos Macabeos ... 429
CX. San Pedro *Ad Víncula* ... 430
CXI. San Esteban, papa ... 435
CXII. La invención de san Esteban, protomártir ... 436
CXIII. Santo Domingo ... 440
CXIV. San Sixto ... 456
CXV. San Donato ... 457
CXVI. San Ciriaco y sus compañeros ... 459
CXVII. San Lorenzo, mártir ... 461
CXVIII. San Hipólito y sus compañeros ... 473
CXIX. La Asunción de la Bienaventurada Virgen María ... 477

VOLUMEN 2

CXX. San Bernardo ... 511
CXXI. San Timoteo ... 522
CXXII. San Sinforiano ... 522
CXXIII. San Bartolomé ... 523
CXXIV. San Agustín ... 531
CXXV. La Decapitación de san Juan Bautista ... 547
CXXVI. San Félix y san Adaucto ... 555

CXXVII.	San Sabiniano y santa Sabina	556
CXXVIII.	San Lupo	559
CXXIX.	San Mamertino	561
CXXX.	San Gil	563
CXXXI.	La Natividad de la Bienaventurada Virgen María	565
CXXXII.	San Cornelio y san Cipriano	575
CXXXIII.	San Lamberto	576
CXXXIV.	San Adrián y sus compañeros	577
CXXXV.	San Gorgonio y san Doroteo	581
CXXXVI.	San Proto y san Jacinto	582
CXXXVII.	La Exaltación de la Santa Cruz	585
CXXXVIII.	San Juan Crisóstomo	591
CXXXIX.	Santa Eufemia	599
CXL.	San Mateo, apóstol	601
CXLI.	San Mauricio y sus compañeros	607
CXLII.	Santa Justina, virgen	611
CXLIII.	San Cosme y san Damián	615
CXLIV.	San Furseo, obispo	618
CXLV.	San Miguel Arcángel	620
CXLVI.	San Jerónimo	630
CXLVII.	San Remigio	636
CXLVIII.	San Leodegario	637
CXLIX.	San Francisco	639
CL.	Santa Pelagia	652
CLI.	Santa Margarita	653
CLII.	Santa Tais, meretriz	655
CLIII.	San Dionisio, san Rústico y san Eleuterio	657
CLIV.	San Calixto	663
CLV.	San Leonardo	664
CLVI.	San Lucas, evangelista	668
CLVII.	San Crisanto y santa Daría	676
CLVIII.	Las Once Mil Vírgenes	677
CLIX.	San Simón y san Judas, apóstoles	681
CLX.	San Quintín	687
CLXI.	San Eustaquio	688
CLXII.	Todos los Santos	694
CLXIII.	La conmemoración de las almas	704
CLXIV.	Los Cuatro Coronados	717
CLXV.	San Teodoro	717
CLXVI.	San Martín, obispo	718
CLXVII.	San Bricio	728
CLXVIII.	Santa Isabel	730
CLXIX.	Santa Cecilia	747
CLXX.	San Clemente	753
CLXXI.	San Crisógono	764
CLXXII.	Santa Catalina	765
CLXXIII.	San Saturnino, santa Perpetua, santa Felicidad y sus compañeros mártires	774
CLXXIV.	Santiago el Interciso	776
CLXXV.	San Pastor	779
CLXXVI.	San Juan, abad	782
CLXXVII.	San Moisés, abad	783

CLXXVIII. San Arsenio, abad ... 785
CLXXIX. San Agatón, abad ... 787
CLXXX. San Barlaán y san Josafat ... 789
CLXXXI. San Pelagio, papa ... 803
CLXXXII. La Dedicación de la iglesia ... 822
CLXXXIII. Los Diez Mil Mártires ... 833
CLXXXIV. San Jadoc ... 834
CLXXXV. San Othmaro ... 838
CLXXXVI. San Conrado ... 840
CLXXXVII. San Hilarión ... 841
CLXXXVIII. Historia de Carlomagno ... 843
CLXXXIX. La Concepción de la Bienaventurada Virgen María ... 850
CXC. Santa Otilia ... 862
CXCI. San Udalrico, obispo ... 864
CXCII. San Galo, confesor ... 866
CXCIII. San Albogasto, obispo de Estrasburgo ... 870
CXCIV. San Adelfo ... 873
CXCV. La Visitación de la Bienaventurada Virgen María a Isabel ... 874
CXCVI. Santa Escolástica, hermana de san Benito ... 876
CXCVII. San Ruperto ... 878
CXCVIII. San Florián ... 882
CXCIX. San Erasmo ... 882
CC. San Kilián ... 890
CCI. San Enrique, emperador ... 895
CCII. Santa Bárbara ... 896
CCIII. Santa Brígida ... 903
CCIV. San Gangulfo ... 905
CCV. San Udalrico ... 906
CCVI. Santa Afra ... 906
CCVII. San Oswaldo ... 907
CCVIII. Santa Tecla ... 908
CCIX. Santa Cunegunda ... 909
CCX. Santa Dorotea ... 918
CCXI. San Wolfgango ... 920
CCXII. El milagro de Santa Catalina ... 923
CCXIII. San Luis, rey de los franceses ... 925
CCXIV. Leyenda de santo Tomás de Aquino ... 929
CCXV. San Marcelo, obispo de París ... 935
CCXVI. Santa Genoveva ... 937
CCXVII. El Domingo de Ramos ... 945
CCXVIII. La Cena del Señor ... 948
CCXIX. San Bernardino de Siena, confesor ... 951
CCXX. San Buenaventura, obispo y confesor ... 953
CCXXI. San Roque, confesor ... 954
CCXXII. Santa Ana, madre de la Virgen María ... 955
CCXXIII. Solemnidad del Sacratísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo ... 956
CCXXIV. Nuestra Señora de la Piedad ... 959
CCXXV. San José, esposo de la Virgen María ... 962
CCXXVI. San Ireneo, dignísimo arzobispo de Lyon ... 963
CCXXVII. San Fortunato ... 965
CCXXVIII. San Honorato ... 966

CCXXIX. San Fusiano, mártir 967
CCXXX. San Justo, arzobispo de la ínclita ciudad de Lyon 968
CCXXXI. Santa Catalina de Siena, virgen de la Sagrada Orden de Predicadores 969
CCXXXII. San Vicente, confesor de la Sagrada Orden de Predicadores 971
CCXXXIII. San Anemundo, arzobispo y mártir 973
CCXXXIV. San Fermín, obispo y mártir 974
CCXXXV. San Lázaro, obispo y discípulo del Señor 975
CCXXXVI. Santa Clara 975
CCXXXVII. San Filiberto, confesor 977
CCXXXVIII. San Anselmo, obispo 978
CCXXXIX. San Eloy, obispo 980
CCXL. Santa Radegunda, reina de Francia 981
CCXLI. San Servacio 983
CCXLII. La Corona de Nuestro Señor Jesucristo 983
CCXLIII. Vida y comportamiento de San Román, abad 984

Prefacio del Doctor Graesse

Entre los autores de la Edad Media más sobresalientes por la fama y prestigio que les proporcionaron sus escritos, ninguno alcanzó tanta gloria y tanto renombre como Santiago de la Vorágine, quien con su compilación de las vidas de los santos cosechó durante más de tres siglos alabanzas muy superiores a las que cualquiera que haya escrito sobre esta materia jamás haya obtenido. Es cierto que a partir del siglo XV, debido a que no pocos críticos le calificaron de ingenuo y de excesivamente crédulo, su nombre comenzó a perder popularidad y a ser desdeñado hasta el extremo de caer casi en el olvido; pero no lo es menos que en esta época nuestra se advierte una reacción; en efecto, son muchos los que empiezan a darse cuenta convenientemente de que la gran cantidad de fábulas y consejas cristianas que se recogen en su libro, si se sabe hacer buen uso de ellas, resultan muy útiles para interpretar correctamente multitud de pasajes asaz oscuros de las obras de los poetas y escritores medievales.

El hecho de que nuestro Santiago recoja en su compilación numerosas historietas más o menos fantásticas no significa, ni mucho menos, que él las tenga por verdaderas o que pretenda que nosotros las aceptemos como tales. Si nos atenemos a sus palabras advertiremos, no sólo que él se limita meramente a referir esos episodios, tal como estaban consignados en relatos antiguos, sino también la escasa o nula credibilidad que algunos de ellos le merecen.

Parece, pues, que no debe tenerse por trabajo inútil la tarea de rescatar esta obra, calificada por nuestros antepasados de *dorada,* del cautiverio de polvo y telarañas en que hasta ahora yacía, ni la de liberarla en la medida de lo posible de las impurezas que se le hubieran adherido, ni la de sacarla de nuevo a luz en letras de molde.

Con vistas a ofrecer al público una nueva edición del texto auténtico de *La Leyenda,* en un principio tuve intención de incluir en ella abundantes datos relativos a códices y ediciones anteriores, a las fuentes por nuestro Santiago utilizadas y al origen de cada una de las fábulas e historietas que hallamos en sus páginas; pensé incluso insertar una biografía del autor, y hasta un índice cronológico de los santos cuya vida en la colección se narra; pero luego me di cuenta de que, si incluía todo esto, como quiera que no procedía omitir, para que nadie los echara en falta, los numerosos capítulos que en el transcurso del tiempo habíanse ido agregando a los compuestos personalmente por Santiago, el libro resultaría demasiado extenso; por eso cambié de plan y decidí reproducir en este volumen que ahora sale a luz únicamente el texto íntegro de *La Leyenda,* cuidadosamente revisado y enmendado, y reservar toda la otra materia para publicarla en otro volumen que se imprimirá más tarde.

De momento me limito a manifestar que la transcripción hecha por Eberto, cuidadosamente conservada en la Biblioteca Real y pública de Dresde, y perfectamente descrita en el Léxico Bibliográfico, T.I., págs. 872 y ss., n.º 10.672b, reproduce fielmente el original del autor. Por eso precisamente esa fue la que elegí para reproducirla a mi vez en este libro, y a ella me refiero con el nombre de *edición príncipe* siempre que la mencio-

no en las notas que he insertado a pie de página para señalar las variantes que he descubierto en el texto de otras ediciones o de los códices por mí revisados.

Muchas horas de trabajo he tenido que dedicar a la laboriosa tarea de intercalar los signos de puntuación necesarios para separar adecuadamente unos párrafos de otros, y dentro de ellos las diferentes oraciones gramaticales porque, tanto en la mencionada transcripción como en la de los manuscritos consultados, en este aspecto reinaba una confusión lamentable.

Para no alterar el sabor medieval de la obra he juzgado conveniente respetar la ortografía que en la escritura de algunos vocablos se utilizaba en la Edad Media; a eso se debe que en mi edición ciertas palabras conserven la grafía latina de los códices antiguos, por ejemplo, *martir* en vez de *martyr, ydolum,* en lugar de *idolum,* etc.

Tampoco he creído necesario enmendar las malísimas etimologías invocadas por nuestro Santiago, a pesar de que en esta materia claudica lastimosamente. En el segundo volumen a que antes me he referido expondré cuáles son las correctas en cada caso, y declararé qué es lo que él se propuso al aducir las que adujo.

Para no alargarme más terminaré diciendo que, en la labor de comprobar las citas de la Sagrada Escritura que figuran en la obra de nuestro Santiago, me ha ayudado mucho el magnificentísimo Müller, Presidente del Consistorio Católico de Sajonia; efectivamente, este doctísimo varón, con benevolencia y sabiduría, leyó y releyó repetidamente esta obra desde el principio hasta el final, revisó infatigablemente una por una todas las referencias bíblicas y enmendó las que halló equivocadas. Permítame, pues, tan valioso colaborador que desde aquí le manifieste mi profundo agradecimiento.

Dresde, 1 de noviembre de 1845.

Notas del traductor

I

La *Leyenda Dorada,* escrita en latín hacia el año 1264 por el dominico genovés fray Santiago de la Vorágine o de Varazze, constó inicialmente de 182 capítulos. El público de Europa dispensó a la obra una acogida entusiasta. Reproducida en numerosos manuscritos circuló durante los dos primeros siglos de mano en mano. A lo largo de esos doscientos años, los copistas, que no daban abasto a la demanda, bien espontáneamente, o bien por encargo de sus respectivos clientes, a los 182 capítulos originales de fray Santiago fueron añadiendo a modo de suplemento algunos otros, compuestos por autores cuyos nombres desconocemos.

En seguida de inventarse la imprenta y de generalizarse su uso, hiciéronse ediciones de la *Leyenda* en letras de molde. En todas ellas figuraban en primer término los 182 capítulos originales de fray Santiago, y a continuación los añadidos. El número de éstos variaba a tenor del códice que se hubiese utilizado para hacer la estampación. A eso se debe que en algunas ediciones los capítulos suplementarios no pasen de seis, mientras que en otras llegan a sesenta y uno. Sesenta y uno son los insertados en la que ha servido de base para la presente versión castellana. La mayor parte de ellos han sido escritos después de que fray Santiago compusiera y publicara su obra. De algunos no cabe duda, puesto que los sujetos biografiados son cronológicamente posteriores a él. Sin embargo hay uno, el 209, dedicado a santa Cunegunda, cuyo autor, un benedictino del monasterio de san Miguel de Bamberg o un canónigo regular de la comunidad de san Esteban de la misma ciudad, escribió la vida de esta santa en 1189 o muy poco después; en todo caso, casi cien años antes de que fray Santiago escribiera los suyos. Las dos casas religiosas mencionadas fueron fundadas y dotadas de rentas por santa Cunegunda para que sus moradores pudieran subsistir sin problemas económicos. Que el autor del referido capítulo perteneciera a una de ellas se infiere de la siguiente manifestación inserta por él en el texto: «Aunque me siento indigno de emprender esta tarea y soy consciente de que con esto no pago a esta bienaventurada mujer lo mucho que le debo..., me he decidido a escribir la historia de su vida como un homenaje de gratitud, pues a su benéfica providencia debo los alimentos con que me sustento día tras día». Que esta historia fuese escrita casi cien años antes de que fray Santiago sacara a luz su libro consta al final del mencionado capítulo en el que leemos: «Voy a referir... algunos casos de cuya autenticidad respondo, puesto que fui testigo presencial de los mismos». A continuación su autor narra cuatro milagros realizados en el sepulcro de la santa el año 1189 en la fiesta de san Pedro Advíncula, y en la catedral de Bamberg, «en presencia de cuantos aquel día estábamos en la mencionada catedral».

II

La presente versión castellana ha sido hecha directamente del latín y del texto cuidadosamente revisado y publicado por el doctor Graesse en 1845, reimpreso dos veces más y reproducido mediante sistema fototípico en Osnabrück

en 1969 por Otto Zeller Verlag. La edición, pues, que ofrecemos al público en español contiene la redacción más amplia que se conoce de la *Leyenda,* 243 capítulos: los 182 originales de fray Santiago de la Vorágine y los sesenta y uno del suplemento incorporados a la obra por los copistas e insertos en el códice que sirvió de base para confeccionar la edición príncipe y otras ediciones posteriores, entre ellas la publicada por el doctor Graesse en 1845.

III

Declara el doctor Graesse en su prefacio que, al preparar su edición, tuvo que dedicar muchas horas de trabajo a enmendar la puntuación del texto de la *leyenda dorada.* La meritísima labor que entonces hiciera debieron de desvirtuarla inadvertidamente los cajistas en alguna de las sucesivas reimpresiones, porque en la de 1890, que es la que yo he utilizado a través de la reproducción fototípica de Otto Zeller, los signos de puntuación, además de ser notoriamente escasos, con harta frecuencia, cuando existen, ni son los adecuados ni están donde tendrían que estar. La falta de puntos, comas, puntos y comas, dos puntos, en unos casos, y su indebida colocación en otros, con la consiguiente confusión que tales descuidos generan; la ausencia de entrecomillados en pasajes tomados de los santos padres o de otros autores; el deslindamiento entre los diferentes párrafos y entre los textos propios y los ajenos; la revisión de las muchísimas citas bíblicas, no siempre suficientemente determinadas, y otras concreciones de diversa índole, han supuesto para mí una tarea tal vez tan laboriosa y prolongada como la que el doctor Graesse tuvo que realizar cuando preparó su edición de 1845, aunque sin duda alguna su trabajo fue cualitativamente de importancia incomparablemente superior al mío.

IV

El latín de la *leyenda dorada* es, en general, sencillo, popular, semejante al que en la Edad Media se hablaba en las naciones que en siglos pasados habían estado sometidas al dominio imperial de Roma, pero con las características propias del estilo narrativo, un tanto monótono por el reiterado empleo de ablativos absolutos y de oraciones de subjuntivo. Dentro de esta línea común, hay, sin embargo, notable diferencia entre el utilizado por fray Santiago y el que hallamos en la mayor parte de los capítulos que constituyen el suplemento. Fray Santiago de la Vorágine, hombre de inmensa cultura, curtido en el oficio de profesor de teología, gobernante de religiosos durante veinte años consecutivos en cuanto prior provincial, y de la archidiócesis de Génova, de la cual fue arzobispo desde 1292 hasta su muerte ocurrida en 1298, capitular en varios capítulos generales de su orden y delegado pontificio para la pacificación de los genoveses escindidos en los dos célebres bandos de güelfos y gibelinos, fue en la cátedra expositor clarísimo, en los púlpitos, estrados y podios orador elocuente y en sus escritos excelente narrador. El latín por él empleado en la redacción de su *Leyenda Dorada,* es también dorado, fluido, ricamente expresivo, vivaz, con frecuencia brillante y siempre, dentro de su sencillez, gramaticalmente correctísimo y de calidad muy superior al de los otros autores de las biografías insertas en el suplemento, algunos de los cuales, de indudable procedencia anglosajona, además de expresarse oscuramente, incurren a menudo en incorrecciones analógicas y sintácticas.

V

Traducir, de *trans-ducere,* consiste en trasvasar a una lengua, con fidelidad y sin modificaciones en lo más mínimo, los *conceptos* expuestos por un escritor o hablante en otra. Intencionadamente he subrayado conceptos, porque ellos, más que los vocablos materialmente tomados, constituyen el objeto de esos trasvasamientos que ha de hacer el traductor.

El latín es lengua muy concisa. Su sistema de declinaciones, sus peculiaridades sintácticas y sus originales estilos constructivos, permiten a quien lo habla o escribe expresar con pocas palabras, y a veces con una sola, como en el caso de los ablativos oracionales, de tan frecuente uso, proposiciones que en otros idiomas, y concretamente en el castellano, requieren el empleo de varias. Por eso no siempre es viable, si se quiere salvaguardar la claridad de las ideas, traducir literalmente un texto latino al español. En determinados casos es preciso recurrir a la llamada traducción libre, porque, de no hacerlo así, los conceptos no quedarían suficientemente matizados. Cuando ello ha sido posible he procurado que mi traducción fuese literal,

y al efectuar el traslado de las ideas de una lengua a otra he utilizado con preferencia envases castellanos que estuvieran consanguíneamente emparentados con los latinos que figuran en el texto original; mas cuando la claridad o las peculiaridades de nuestro idioma postulaban la sustitución de la imposible o desaconsejable versión literal por otra más libre, ateniéndome al criterio de lo que debe ser formalmente una traducción, he recurrido a perífrasis y al empleo de cuantas palabras fuesen necesarias para dejar reflejado con fidelidad en ellas el auténtico sentido de los pasajes que de haber sido traducidos literalmente, no hubiesen quedado realmente traducidos.

En determinadas ocasiones, pocas por cierto, con el fin de ayudar al lector a comprender algún asunto al que se alude incidentalmente en el texto, he creído conveniente insertar a pie de página la correspondiente nota explicativa; he omitido, en cambio, las muchas y siempre brevísimas anotaciones que el doctor Graesse introdujo en su edición, todas ellas relativas a palabras sueltas que en unos casos indebidamente faltan y en otros indebidamente constan en tales o cuales códices y ediciones, porque aunque esas diferencias sean dignas de tenerse en cuenta por los críticos, carecen de importancia para el lector común, tanto más cuanto que el mencionado doctor Graesse en su edición nos ha proporcionado el texto genuino de la obra, que es precisamente el que aquí ofrecemos en versión castellana. De las notas insertas a pie de página por el doctor Graesse, he reproducido solamente una, que es de índole distinta: la que figura al final del capítulo 195 del suplemento.

VI

En un determinado pasaje del capítulo 67, dedicado al Apóstol Santiago el Menor, he detectado dos errores en manera alguna atribuibles a fray Santiago de la Vorágine y probablemente achacables a algún copista, tanto más cuanto que tal pasaje, tomado en su conjunto, constituye un argumento que probaría precisamente lo contrario de lo que fray Santiago con él pretende probar. Comenta éste en el número 1 del mencionado capítulo los varios sobrenombres con que el Apóstol es conocido, y a propósito del de *Menor,* se lee lo siguiente: «*Dicitur etiam Jacobus Minor ad differentiam Jacobi filii Zebedei. Licet enim Jacobus Zebedei prior natus sit, fuit tamen vocatione posterior; unde etiam haec consuetudo in plerisque religionibus observetur, ut ille qui posterior ingreditur major vocetur, et ille qui prior, minor, licet sit prior aut aetate major, aut sanctitate dignior*». En castellano: «Llámasele también Santiago el Menor para diferenciarle de Santiago el hijo del Zebedeo, pues a pesar de que éste, Santiago el de Zebedeo naciera antes, fue llamado (al Colegio Apostólico) después que el otro; de ahí deriva la costumbre existente en la mayor parte de los institutos religiosos de considerar mayor al que ingresó en ellos más tarde y menor al que ingresó primero, aunque sea más eminente que los otros o tenga más edad o les aventaje en santidad».

Primer error: Que Santiago el Mayor, el hijo del Zebedeo, fuese llamado al Colegio Apostólico después que Santiago el Menor. Fray Santiago de la Vorágine, familiarizado con la lectura del Evangelio, sabía perfectamente que entre estos dos Apóstoles el primero en incorporarse al Maestro fue el hijo del Zebedeo; y hasta lo afirma expresamente en el capítulo 99, puesto que en la biografía de Santiago el Mayor dice: «Dase a este Santiago el nombre de *Mayor* y al otro el de Menor, por varias razones: 1.ª: por la procedencia en la vocación; es decir, porque Santiago, el hijo del Zebedeo, fue llamado por Jesús antes que el otro»...

Segundo error: Que en la mayor parte de los institutos religiosos, inspirándose en el caso de estos discípulos de Cristo, se tenga por mayores a los que ingresaron en ellos más tarde y por menores a quienes ingresaron primero. Además de que esto implica una contradicción incomprensible, es más incomprensible aún que fray Santiago de la Vorágine pudiera escribir semejantes palabras, puesto que en las órdenes monásticas existentes en su tiempo, y concretamente en la de Predicadores a la que él pertenecía, la práctica era cabalmente la contraria: entre los dominicos, por ejemplo, en quienes él principalmente se inspiraría para esgrimir este argumento, en toda comunidad y en todo acto comunitario formal, el orden de precedencia de los religiosos está constitucionalmente determinado por la antigüedad de la profesión, de manera que independientemente de la edad, ciencia o virtud de cada cual y con la única excepción de quienes ejercen funciones de gobierno, el que profesó primero es considerado mayor que el que profesó después; y entre los novicios, o sea entre los que aún no han emitido sus votos, figura siempre como mayor el que primero tomó el hábito de la

Orden y como menor el que lo tomó con posterioridad.

Habida cuenta de cuanto antecede y tratando de interpretar el auténtico pensamiento de fray Santiago de la Vorágine, he dado al mencionado pasaje anómalo la traducción que el lector hallará en su lugar.

VII

El título de la obra de fray Santiago es el de *Legenda Aurea. Legenda* tiene en este caso no el significado un tanto peyorativo de leyenda fantástica o fabulosa, sino el de cosa para ser leída; es decir, el de *lectura* o *lecturas*. El adjetivo *aurea,* de carácter ponderativo, equivale a *de oro* y a *dorada*. Pude haber traducido la titulación de esta manera: *Lecturas de oro*. No habría traicionado el pensamiento del autor. Preferí, sin embargo, la expresión de *La Leyenda Dorada* por tres razones: 1.ª: Porque siendo tan legítima como la de *Lecturas de oro,* suena mejor; 2.ª: Porque, cuando alguien en nuestra lengua se ha referido a esta obra, generalmente lo ha hecho designándola con el título de *Leyenda Aurea* o *Leyenda Dorada,* y 3.ª: Porque en las versiones que se han hecho a otros idiomas europeos, los traductores o editores han preferido denominarla en tales idiomas, no *Lecturas o Leyenda de oro,* sino *La Leyenda Dorada*. Los franceses, por ejemplo, la han editado repetidas veces y siempre con el título, no de *Legénde d'or,* sino de *La Legénde Dorée*.

Fray José MANUEL MACIAS

Prólogo sobre
Las leyendas de los Santos
(o Historia Lombarda), compiladas por el genovés Fray Santiago, religioso de la Orden de Predicadores

La historia de la vida humana se divide en estas cuatro etapas: era de la desviación, era de la renovación o retorno, era de la reconciliación y era de la peregrinación.

La era de la desviación se inició con el pecado de Adán y duró hasta Moisés. En la liturgia de la Iglesia esta era está representada por el ciclo que comienza en Septuagésima y acaba en Pascua. Por eso durante este tiempo se lee el libro del Génesis, en el que se narra la caída de nuestros primeros padres.

La de la renovación o retorno comenzó con Moisés y se prolongó hasta el nacimiento de Cristo. Durante esta etapa los hombres fueron llamados a la fe y confirmados en ella por el ministerio de los profetas. La Iglesia conmemora estos hechos en el período litúrgico que empieza en Adviento y termina en Navidad, a lo largo del cual se lee el libro de Isaías que trata manifiestamente de esta renovación.

La era de la reconciliación coincide con el tiempo en que fuimos regenerados por Cristo, y tiene su correspondencia litúrgica en el ciclo que va desde Pascua hasta Pentecostés, durante el cual la Iglesia utiliza lecturas del Apocalipsis, cuyo tema principal es precisamente el misterio de la Redención.

La de la peregrinación abarca la vida presente, que es tiempo de incesante caminar y de lucha constante. La Iglesia conmemora litúrgicamente esta etapa en el ciclo que se inicia a raíz de la octava de Pentecostés y concluye en Adviento. A lo largo de él se leen los libros de los Reyes y el de los Macabeos, que hablan de guerras, prototipos de nuestros internos combates espirituales.

El tiempo que media entre Navidad y Septuagésima se subdivide en dos partes: la primera de ellas, de carácter jubiloso, empieza en Navidad y termina al final de la octava de la Epifanía. Este breve ciclo pertenece a la era de la reconciliación. La otra comienza al concluir la octava de la Epifanía, se prolonga hasta el domingo de Septuagésima y se incluye en la era de la peregrinación.

Estas cuatro eras o etapas se corresponden con las cuatro estaciones del año y con las cuatro partes en que se divide el día. Con las cuatro estaciones del año: Hay en efecto cierta relación, bastante clara, entre el invierno y la etapa primera, entre la primavera y la segunda, entre el verano y la tercera y entre el otoño y la cuarta. Con las cuatro partes del día: La era primera se parece a la noche; la segunda a la mañana; la tercera al mediodía, y la cuarta a la tarde.

Aunque la desviación ocurrió antes que la renovación, la Iglesia prefiere comenzar sus ciclos con éste y no con aquélla, es decir, con el Adviento y no con la Septuagésima, por dos razones: Primera, para no dar la impresión de que inicia el año litúrgico con la etapa que representa a la era del error. En esto imita a los evangelistas, quienes en la narración de los hechos siguieron un criterio más bien ontológico que cronológico. Segunda, porque con la venida de Cristo todas las cosas se renovaron: *«He aquí que hago nuevas todas las cosas»* (Apocalipsis, 21, 5). Por eso precisamente se llama a esta etapa tiempo de renovación; por eso tam-

bién la Iglesia anualmente renueva sus oficios iniciando sus ciclos con el Adviento, que, como hemos dicho, corresponde al tiempo de renovación.

De acuerdo, pues, con el orden establecido por la Iglesia, trataremos: primero, de las fiestas que caen en el tiempo de la renovación, o sea, de las comprendidas entre Adviento y Navidad; seguidamente, de las que se celebran entre Navidad y Septuagésima; después, de las que ocurren en la era de la desviación o, lo que es lo mismo, entre Septuagésima y Pascua; y, finalmente, de las correspondientes a la etapa de la peregrinación, es decir, de las comprendidas entre Pentecostés y Adviento.

Bibliografía

Benz, R., *Die Legenda aurea des Jacobus de Voragine, aus dem Lateinischen übersetzt,* Heidelberg, 1955, Köln-Olten, 1969.

Butler, P., *Legenda aurea - Légende dorée - Golden Legend,* Baltimore, 1899.

Coens, M., *Recueil d'Etudes bollandiennes,* Bruselas, 1963.

Courcelle, J. y P., *Iconographie de saint Augustin,* París, 1965.

Delehaye, H., *Les Légendes hagiographiques,* Bruselas, 1905.

Delehaye, H., *Les Passions des martyrs et les Genres littéraires,* Bruselas, 1921.

Delehaye, H., *Cinq leçons sur la méthode hagiographique,* Bruselas, 1934.

Ellis, F.S., *The Golden Legend... as Englished by W. Caxton,* Londres, 1931-1935.

Görlach, M., *The South English Legendary, Gilte Legende and Golden Legend* (Braunschweiger Anglist. Arbeiten 3), Brunswick, 1972.

Léturmy, M., *Jacques de Voragine, La Légende dorée. Introd., adaptat. et notes,* París, 1956.

Levasti, A., *B. Iacopo da Varagine, Leggenda aurea. Volgarizamento toscano del Trecento,* I-III, Florencia, 1924-1926.

Nagy, M., von, *Die Legenda aurea und ihr Verfasser Jacobus de Voragine,* Munich, 1971.

Réau, L., *Iconographie de l'art chrétien,* París, 1955-1959, 6 vols.

Roze, J. B. M., *La Légende Dorée de Jacques de Voragine,* París, 1902.

Ryan, G., y Ripperger, H., *The Golden Legend of Jac. de Voragine,* Nueva York, 1941 y ss.

Spotorno, Giov. Bat., *Notizie storico-critiche del P. Giacome de Varazze, arcivescovo di Genova,* Génova, 1828.

Wyzewa, T. de, *Le bx Jacques de Voragine, La Légende dorée, traduite du latin d'après les plus anciens manuscrits,* París, 1902.

Zuidweg, J. J. A., *De werkwijze van Jacobus de Voragine in de Legenda aurea,* Oud-Beijerland, 1941.

Zuidweg, J. J. A., *De duizend en een nacht der heiligen legenden. De Legende van Jacobus van Voragine,* Amsterdam, 1948.

Capítulo I

EL ADVIENTO DEL SEÑOR

El Adviento del Señor se conmemora a lo largo de cuatro semanas para significar las cuatro venidas de Jesucristo, a saber: en la carne, en el espíritu, en la muerte y en el juicio.

La última semana no es del todo completa; se empieza, pero no se acaba. Tampoco la gloria de los santos que en ellos se inicia con la última de las venidas, la del juicio, tendrá terminación.

A cada una de esas cuatro venidas corresponden los cuatro versículos que, incluido el *Gloria Patri,* tiene el primer responsorio del oficio del primer domingo de Adviento. Que el lector juzgue discretamente y decida a cual de esos cuatro versos y venidas debe prestar mayor atención.

Aunque las maneras de *adviento* sean cuatro, la Iglesia se ocupa principalmente de dos. El oficio de este tiempo muestra que ella dedica especial atención a la venida en la carne y a la que ocurrirá cuando venga como juez. Eso explica que el ayuno prescrito para el Adviento sea en parte jubiloso y en parte aflictivo: jubiloso, en lo que tiene de preparación para conmemorar la venida de Cristo en la carne, y aflictivo en cuanto se refiere a su venida como juez.

En relación con este doble aspecto del Adviento la Iglesia adopta una doble actitud: atendiendo a las connotaciones de júbilo y misericordia que hay en la venida del Señor como Mesías, entona algunos cánticos de gozo; en cambio, omite determinadas manifestaciones de exultación, que no rimarían con las ideas de justicia, severidad, y aflicción presentes, en su venida como juez.

Respecto del Adviento de Cristo encarnado hemos de considerar tres cosas: su oportunidad, su necesidad y su utilidad. La oportunidad puede enjuiciarse desde tres ángulos diferentes: Primero, desde el del hombre, que en el estado de mera naturaleza tuvo conciencia de que su conocimiento de Dios era muy insuficiente; por eso cayó en los abominables errores de la idolatría y sintió la necesidad de clamar y decir: *«Ilumina mis ojos,* etc.» (Salmo 12). Debido a eso sobrevino posteriormente la ley preceptiva, bajo la cual se convenció de su impotencia y reconoció: «Ya hay quien mande, pero no quien obedezca». La ley instruyó, pero no le liberó del pecado ni le proporcionó ayudas para hacer el bien.

De ahí que volviera a clamar: *«No falta quien mande, pero falta quien obedezca».* El Hijo de Dios vino, pues, en momento oportuno, cuando el hombre estaba convencido de su propia ignorancia y de su impotencia. Si hubiese venido antes, tal vez el hombre habría atribuido su salvación a sus propios méritos, en cuyo caso no hubiera sabido agradecer a su médico el beneficio de la curación. Segundo, desde el punto de vista del tiempo: el Salvador vino precisamente en el momento justo de su plenitud, como dice el Apóstol: *«Cuando llegó la plenitud de los tiempos... etc.»* (Gálatas, 4, 4). «Muchos se preguntan», escribe Agustín, «por qué Cristo no vino antes; pues no vino antes porque, a juicio de quien hizo todas las cosas a su debido tiempo, la plenitud del tiempo aún no había llegado; pero en cuanto llegó vino también el que había de liberarnos del tiempo; liberados del tiempo, entraremos en la eternidad, en la que el tiempo no existe». Tercero, desde el punto de vista de la enfermedad y heridas que venía a curar. Oportunamente se aplicó una medicina universal a una dolencia también universal. A este propósito observa Agustín: «El gran médico vino cuando el gran enfermo era todo el universo». De ahí que la Iglesia, en las siete antífonas que se cantan en los siete días que preceden inmediatamente a la Navidad, aluda a las más graves de esas enfermedades y solicite el remedio adecuado para cada una de ellas. Antes de la venida del Hijo de Dios hecho hombre éramos ignorantes y ciegos, reos de condenación eterna, siervos del diablo encadenados al mal por hábitos pecaminosos; estábamos rodeados de tinieblas y en situación semejante a la de los exiliados que caminan errantes, fuera de su patria; teníamos por tanto necesidad de un doctor, de un redentor, de un libertador, de un rescatador, de un iluminador y de un salvador; por eso, porque éramos ignorantes y necesitábamos un maestro, en la primera de esas antífonas cantamos: *«O Sapientia:* ¡Oh sabiduría, salida de la boca del Altísimo!... ¡Ven a enseñarnos los caminos de la prudencia!» Mas de poco nos serviría el adoctrinamiento sin redención; por eso en la segunda antífona pedimos al Hijo de Dios que nos rescate, diciéndole: *«O Adonai»*... «¡Oh Señor, jefe de la casa de Israel!... ¡Ven a redimirnos con la fortaleza de tu brazo!». Pero ¿de qué nos valdría ser adoctrinados y redimidos, si tras del pago de nuestro rescate hubiéramos de quedar cautivos? De ahí que en la tercera de esas antífonas exclamemos: *«O radix Jesse»:* «¡Oh retoño de Jesé! ¡Ven a liberarnos! ¡No tardes!» ¿Que resolvería a los cautivos ser redimidos y liberados si después de eso careciesen de la posibilidad de moverse por sentirse atados con vínculos y cadenas? Es lógico, pues, que en la cuarta antífona pidamos: *«O clavis David»:* ¡Oh llave de David! ¡Ven y sácanos de esta cárcel en la que permanecemos encerrados, envueltos en sombras y tinieblas de muerte!». Quienes han pasado largo tiempo en la cárcel, al salir de ella tienen los ojos entenebrecidos y no pueden ver con claridad. Tras de nuestra excarcelación necesitamos que nos iluminen, para poder orientarnos debidamente y acertar con el camino que debemos seguir; consecuentemente, en la quinta antífona decimos: *«O Oriens»:* «¡Oh Oriente, resplandor de luz eterna! ¡Ven e ilumina a los que yacen sumidos en las sombras y en la obscuridad!». Supongamos que ya estamos adoctrinados, redimidos, totalmente liberados de enemigos e iluminados; ¿de qué nos serviría todo esto si no estuviésemos salvados? Por eso en las dos últimas antífonas pedimos la salvación, diciendo: *«O Rex gentium»:* «¡Oh Rey de las naciones! ¡Ven a salvar al hombre formado por ti del lodo de la tierra!» *«O Emmanuel»:* «¡Oh Emmanuel! ¡Tú que eres nuestro Señor, ven a salvarnos!». En la primera de estas dos invocaciones solicitamos la salvación de los pueblos invocando al Señor como Rey de las naciones; en la segunda de ellas pedimos especialmente la salvación de los judíos, a quienes Dios había dado la ley; por eso se dice en ella «¡Oh Emmanuel, Rey y legislador nuestro!».

Utilidad de la venida del Señor:

Muchas y diversas razones han aducido los santos para demostrar cuán útil fue la venida de Cristo. El mismo Dios dice de sí mismo, como se infiere del capítulo 4 del evangelio de Lucas, que fue enviado y vino por siete motivos: *«El Espíritu del Señor está sobre mí, etc.».* En este pasaje dice Jesús que ha sido enviado para consolar a los pobres, aliviar a los afligidos, liberar a los cautivos, iluminar a los ignorantes, perdonar a los pecadores, redimir al género humano y recompensar a cada uno según sus merecimientos.

Agustín atribuye a la venida de Cristo tres clases de utilidad. He aquí sus propias palabras: «¿No es el nacer, trabajar y morir lo que prevalece en este mundo invadido por el mal? Estas son las mercaderías que más abundan entre nosotros; para adquirirlas descendió del cielo el divino mercader. Todo mercader da y recibe; da lo que tiene y recibe lo que no tiene. Cristo, en este intercambio mercantil, dio y recibió. Recibió de lo que aquí

había en abundancia: nacer, trabajar y morir; dio, en cambio, la posibilidad de renacer, de resucitar y de reinar eternamente. Vino hasta nosotros este celestial mercader a recibir oprobios y a dar honor; a padecer la muerte y a otorgar la vida; a cosechar ignominias y a repartir gloria».

Gregorio asigna a esta venida cuatro razones o utilidades: «Todos los descendientes de Adán», dice, «estaban ensoberbecidos y obsesionados por la idea de hacerse con el mayor número posible de bienes temporales, evitar las adversidades, huir de los oprobios y cargarse de gloria. El Señor encarnado se mostró ante ellos rodeado de infortunios, despreciando las riquezas materiales y rechazando las glorias humanas. Cuando el Cristo esperado con tanta ansiedad llegó a la tierra, enseñó cosas nuevas; enseñando cosas nuevas realizó maravillas; y realizando maravillas destruyó el mal».

Bernardo, a su vez, señala estas razones: «Tres tipos de miserias principalmente padecemos, a saber: nos dejamos engañar fácilmente, somos débiles a la hora de actuar y frágiles para resistir. Si pretendemos discernir entre el bien y el mal, nos equivocamos; si tratamos de hacer algo bueno, desfallecemos; si nos esforzamos por hacer frente al mal, caemos rendidos. De ahí la necesidad de la venida de un Salvador que, habitando entre nosotros, iluminara nuestra ceguera; permaneciendo a nuestro lado, nos diese fuerzas en nuestra debilidad, y, poniéndose de nuestra parte, luchara en nuestro favor y reparase nuestra fragilidad». Hasta aquí, Bernardo.

Respecto de la segunda venida, la del juicio, debemos considerar separadamente algunos hechos que se producirán antes de que ocurra, y otros que la acompañarán.

Tres tipos de cosas antecederán al juicio: signos terroríficos, imposturas del Anticristo e incendios espantosos.

Cinco serán los signos terroríficos que precederán a la venida del Juez. Lucas los menciona en el capítulo 21 de su Evangelio: *«Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; sobre la tierra, las gentes se consternarán con el rugido del mar y el bramido de las olas».* Los tres primeros signos están descritos en el Apocalipsis. En el capítulo 6 leemos: *«El sol se tornará negro como zurrón de pelo de cabra; la luna parecerá hecha de sangre y las estrellas se desplomarán sobre la tierra».*

Se dice que el sol se obscurecerá, bien porque desaparecerá su luminosidad, cual si quisiera llorar la muerte del padre de familia, el hombre, o bien porque su luz quedará anulada por el resplandor de otra luz superior: la que irradiará de Jesucristo. Dice Agustín que también pudiera tratarse de una metáfora con la que se pretendiera significar que la venganza divina se mostrará tan rigurosa que el mismo sol, asustado, se esconderá; o de una expresión literaria de carácter místico, para darnos a entender que Cristo, Sol de justicia, se ocultará, en el sentido de que nadie se atreverá a confiar en El, y para el caso es como si desapareciera.

El cielo de que aquí se habla es el de los aires. Por estrellas deben entenderse los astros, esos cuerpos celestes que tienen forma estelar. Cuando se dice que se desplomarán se trata de expresar la idea de que caerán, tal como la gente corrientemente entiende lo de caer: descendiendo, como descienden desde la altura los cuerpos pesados. La Escritura, generalmente, se atiene a nuestras propias expresiones y usa las que nosotros usamos.

La impresión que todo esto producirá será enorme, debido, principalmente, a que la naturaleza de esas estrellas está constituida por fuego. Si el Señor ha determinado que las cosas ocurran así es porque pretende despertar en los pecadores sensaciones de terror.

Lo de la caída de las estrellas pudiera significar también alguna de estas tres cosas: o que al zarandearse dejarán tras de sí largas colas, como las de los cometas; o que muchos de los que en la Iglesia parecían brillar caerán de los pedestales de su fama; o que la nombradía de que gozaban quedará reducida a nada.

Sobre el cuarto signo, que consistirá en la consternación de la gente, dice la Escritura: *«Habrá una tribulación como no la hubo desde el principio del mundo, etc.».* (Mateo, 24).

Acerca del signo quinto, el de los rugidos del mar y bramido de las olas, opinan algunos que desaparecerán los océanos en medio de un gran estrépito, fundándose en esta afirmación del capítulo 21 del Apocalipsis: *«Ya no existirá el mar».* Otros suponen que se tratará de un feroz rugido producido por las aguas al elevarse cuarenta codos sobre las crestas de las montañas para descender seguidamente y precipitarse en el abismo. Gregorio, basándose en este texto, *«entonces ocurrió una perpetuación nueva e inaudita del mar y de las olas»,* entiende que este quinto signo debe interpretarse literalmente.

Jerónimo halló en los *Anales de los Hebreos* una relación de hasta quince signos que precederán al juicio, aunque no nos dice si esos quince signos habrán de aparecer inmediatamente unos tras de otros, o separados entre sí por intervalos de tiempo. He aquí la relación de los quince signos: «El primer día el mar se levantará cuarenta codos por encima de las montañas y formará como un muro alrededor de ellas. El segundo día descenderá hasta hacerse invisible. El tercero, la superficie del agua aparecerá cubierta de infinidad de bestias marinas bramando tan estrepitosamente que el fragor de sus rugidos llegará hasta el cielo; pero sólo Dios entenderá el sentido de su imponente alboroto. El cuarto, las aguas de los océanos entrarán en ebullición. El quinto, toda la vegetación de la tierra, todos los árboles y todas las hierbas se cubrirán de rocío sanguinolento y, según algunos, todas las aves del cielo se congregarán y formarán manadas ingentes, reuniéndose en cada una de ellas las de la misma especie y se negarán a comer y beber y permanecerán aterradas, esperando la llegada del Juez. El sexto día todos los edificios se desplomarán, mientras una zarabanda de chispas y rayos recorrerá el espacio desde poniente a naciente surcando la altura del firmamento. El séptimo, unas piedras chocarán con otras; cada una de ellas se partirá en cuatro cachos; los fragmentos entrarán en colisión y al chocar entre sí producirán espantosos truenos cuyo significado, oculto al hombre, sólo Dios será capaz de interpretar. En el octavo día habrá un terremoto general, tan espantoso, que personas y animales perderán el equilibrio y rodarán por tierra[1]. El décimo día los hombres saldrán de las cavernas en que se habían refugiado y vagarán como locos, sin hablarse entre sí, mudos de estupor. El undécimo, a la salida del sol, se abrirán todos los sepulcros para que los muertos puedan salir de ellos; saldrán las osamentas y permanecerán inmóviles a la vera de sus respectivas fosas hasta la llegada de la noche. El día duodécimo se desplomarán las estrellas: todos los astros, lo mismo los fijos que los errantes, dejarán en pos de sí largas colas de fuego, y del interior de su sustancia brotarán otros cuerpos sidéreos. Se dice también que en este día todos los animales se congregarán en el campo, rugiendo y bramando, sin comer ni beber. El día décimotercero los seres humanos que estuvieren todavía vivos morirán, para resucitar después con los demás muertos. El día decimocuarto arderán la tierra y el cielo. El día decimoquinto surgirán una tierra y un cielo nuevos y tornarán a la vida todos los difuntos».

El segundo hecho que precederá al juicio será el dominio de las falacias del Anticristo, que se esforzará por engañar a todos, de cuatro maneras. Primera. Tratando hábilmente de extender una falsa interpretación de las Escrituras; de ese modo persuadirá a la gente de que él es el Mesías prometido, logrará la destrucción de la Ley de Cristo e implantará la suya. La Glosa, comentando estas palabras del salmista *«instituye, Señor, un legislador sobre ellos»*, dice que ese legislador es el Anticristo, y explica estas otras del capítulo 11 de Daniel, *«introducirán en el templo la abominación y desolación»*, de la siguiente manera: «El Anticristo se posesionará del templo, como si fuese una divinidad, y abolirá la ley del verdadero Dios».

Segunda. Consiguiendo engañar a muchos con sus obras milagrosas. En efecto, en la carta segunda a los Tesalonicenses, capítulo segundo, versículo 9, leemos: *«Se presentará asistido por el poder de Satanás y hablará palabras mentirosas y hará signos y prodigios engañosos»*. En el Apocalipsis (13, 13) se dice: *«Hará señales tales como hacer descender del cielo fuego sobre la tierra»*. La Glosa comenta este pasaje de esta manera: «Lo mismo que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles en forma de fuego, así los secuaces del Anticristo infundirán el espíritu del mal, en forma de fuego, sobre las gentes».

Tercera. Sembrando la confusión, valiéndose de la abundancia de sus dones, como advierte la Escritura: *«Les concederá potestad sobre muchos elementos, y dividirá la tierra gratuitamente»* (Daniel, 11, 39), texto que la Glosa comenta así: «El Anticristo distribuirá cuantiosos dones entre sus engañados prosélitos y dividirá la tierra entre las huestes que le sigan»; y, en efecto, eso hará: explotará la avaricia y subyugará por ese procedimiento a los que no pueda someter por las vías del temor.

Cuarta. Procurándose secuaces a base de terror. Daniel afirma producirá una increíble devastación. Gregorio, hablando del Anticristo, escribe: «Dotado de fuerza corporal para vencer a los que nunca habían sido vencidos, podrá incluso causar la muerte a los más robustos».

El tercer signo precursor del juicio consistirá en la vehemencia del fuego que aparecerá antes de la

[1] En el texto de esta edición, por descuido, se ha omitido el día noveno, que es como sigue: «El noveno, montañas y colinas se reducirán a polvo y la tierra quedará nivelada». *(N. del Trad.)*.

comparecencia del Juez. Este fuego será enviado por Dios con estas cuatro finalidades: Primera. Para renovar el mundo. Por este procedimiento purificará y renovará todos los elementos. Se elevarán sus llamas quince codos por encima de las más altas montañas, como ocurrió con las aguas del diluvio. *La Historia Escolástica* asegura que jamás ningún edificio humano alcanzará la altura que tendrán las llamas de ese fuego. Segunda. Para purificar a los hombres; porque servirá de purgatorio a los que entonces estuvieren vivos. Tercera. Para aumentar el tormento de los condenados. Cuarta. Para iluminar más intensamente a los santos. Según Basilio, en cuanto el mundo sea purificado Dios separará la luz del calor, y enviará la totalidad de la lumbre a la región de los condenados para incrementar su tormento, y la totalidad de la luz a la región de los bienaventurados para aumentar su gloria.

He aquí algunas de las varias circunstancias que rodearán al juicio:

Primera. La vista de la causa. El Juez se presentará en el Valle de Josafat y juzgará tanto a los buenos como a los malos. A los buenos colocarálos a su derecha y a los malos a su izquierda. Probablemente El se situará en un lugar alto para que pueda ser visto de todos. No es necesario creer que toda la humanidad vaya a caber en la pequeña área del referido valle. Jerónimo advierte que esa creencia sería pueril. En la superficie de ese valle estarán los que quepan; el resto se situará en lugares adyacentes. Advirtamos, sin embargo, que en una zona determinada de terreno caben muchos miles de personas, sobre todo si están apiñadas. Además, si fuese necesario, los bienaventurados, debido a la agilidad de que ya gozarán sus cuerpos, podrían estar suspendidos, como flotando, en el aire. Incluso los condenados podrían, por concesión de Dios, sostenerse, ingrávidos, a cierta altura en el espacio. El Juez comenzará su oficio juzgando a los malos, recriminándolos, por no haber cumplido las obras de misericordia. Ellos prorrumpirán en llanto. Crisóstomo, comentando el correspondiente pasaje de Mateo, escribe: «Llorarán sobre sí los judíos, al ver vivo y vivificador a quien creyeron hombre definitivamente muerto; ante el testimonio de su cuerpo con las credenciales de sus llagas, no podrán negar el crimen que con él cometieron. También llorarán sobre sí los gentiles, que engañados por falsas filosofías estimaron irracional e ingenuo dar culto a un Dios crucificado. Llorarán sobre sí los cristianos pecadores por haber amado al mundo más que a Cristo. Llorarán sobre sí los herejes al darse cuenta de que ese Juez que los está juzgando es aquel a quien los judíos tanto hicieron sufrir, y lamentarán no haber visto ellos en El más que a un mero hombre crucificado. Llorarán sobre sí mismas todas las tribus de la tierra al advertir que ya no tienen fuerzas para seguir oponiéndose a El, ni posibilidad de huir de su mirada, ni oportunidad de hacer penitencia, ni tiempo para enmendar sus pasados errores. Todo será angustia en la zona de los malos; para ellos ya no habrá más que eterno duelo».

Segunda. Las diferencias en cuanto al modo de ser unos y otros juzgados. Sobre esto escribe Gregorio: «Cuatro procedimientos diferentes se seguirán en este juicio: dos para los réprobos, y dos para los elegidos. En cuanto a los primeros, algunos de ellos serán recriminados en la consabida y dicha manera: *«Tuve hambre y no me disteis de comer»;* en cambio, otros no serán expresamente interpelados, pero sí condenados. *«Todo el que no creyere»,* dice la Escritura, *«ya está juzgado».* Esto significa que quienes no quisieron recibir la fe ni escuchar ni una sola palabra de la doctrina de Jesucristo tampoco oirán en esta ocasión la interpelación del Juez. Por lo que atañe a los elegidos, los más perfectos sí serán juzgados, reinarán, e incluso juzgarán a los demás, no pronunciando sentencias, que esto compete exclusivamente al Juez, sino asistiéndole a El en el acto judicial. Serán distinguidos con este honor por varias razones: En primer lugar, para su propia honra: gran distinción supone para los santos sentarse en el tribunal con el Juez, conforme a la promesa de Cristo: *«Os sentaréis en el trono para juzgar, etc.».* (Mateo, 5, 9). En segundo lugar, para que colaboren en la confirmación del fallo: porque ellos refrendarán el dictamen del Juez de modo semejante a como los que acompañan a los jueces de la tierra en los tribunales de justicia refrendan y corroboran con su firma el dictamen que éstos emiten. De ahí las palabras del salmista: *«Firmarán con ellos el acta del juicio»* (Salmo 149). En tercer lugar, para que intervengan en la condenación de los malvados, mostrando el testimonio de su propia vida frente a la conducta depravada de los réprobos».[2]

[2] Ni en el texto de esta edición ni en el de alguna otra consultada se incluye el cuarto procedimiento que, según San Gregorio, se seguirá en el juicio. *(N. del Trad.).*

Tercera. la ostensión de las insignias de la Pasión: la Cruz, los clavos y las cicatrices del cuerpo de Cristo. Con la presentación de estas señales se pretende: a). Dar testimonio de la soberana victoria del Redentor, haciendo que todos vean estas insignias envueltas en gloriosos resplandores. «La Cruz y las cicatrices del Salvador brillarán más que los rayos del sol», dice el Crisóstomo, comentando a Mateo. Si se tiene en cuenta que entonces el sol estará obscurecido y la luna apagada, se comprenderá cómo la Cruz sobrepujará en claridad a la luna y en resplandores al sol. b). Manifestar la divina misericordia y dejar en claro que por ella, benignamente, los justos obtuvieron su salvación. c). Dejar constancia de la justicia de Dios y certificar cuán justísimamente los réprobos incurrieron en condenación por haber menospreciado el valor de la sangre de Cristo. Crisóstomo, comentando a Mateo, pone en boca del Juez estos reproches dirigidos a los malvados: «Por vosotros me hice hombre y fui maniatado, escarnecido, torturado y crucificado. ¿Cuál ha sido el fruto de las injusticias que contra mí se perpetraron y de las injurias de que fui objeto? Hé aquí el precio de la sangre que derramé para redimiros. ¿Qué me habéis dado vosotros a cambio de esta sangre de valor infinito? Os preferí a mi gloria, puesto que siendo Dios me hice hombre, y como hombre viví a vuestro lado; vosotros empero me concedísteis menos importancia que a la más trivial quisicosa y prestásteis más atención a cualquiera de las bagatelas de la tierra que a mi doctrina y a mi ley». Hasta aquí el Crisóstomo.

Cuarta. La cuarta circunstancia que rodeará a la celebración del juicio es la severidad del Juez, que es, dice el Crisóstomo, «todopoderoso e indoblegable e impermeable a cualquier temor; no hay fuerza que puede resistir ante El; nadie podrá escapar, etc.; es riquísimo e insobornable». San Bernardo escribe: «Vendrá el día en que los corazones limpios valdrán más que las más amañadas excusas, y las buenas conciencias sobrepujarán en valor a las bolsas repletas de dinero. Este Juez no se dejará ablandar ni por las palabras ni por las dádivas». «Llegará el esperado juicio», leemos en Agustín, «y comparecerá el justísimo Juez que no hace acepción de personas, por importantes que sean, y mantiene el palacio de su justicia totalmente cerrado y no lo abrirá por mucho que traten de sobornarle con dádivas de oro o plata obispos, abades o condes». Ni actuará influido por el odio, porque es la suma bondad y en la suma bondad el odio no tiene cabida. «*No has aborrecido jamás nada de cuanto hiciste*», se dice en el capítulo 11 del Libro de la Sabiduría. Ni se dejará enternecer por el amor, porque es justísimo y no hará excepciones ni siquiera con los falsos cristianos que algún tiempo fueron sus hermanos. Ya lo dice el salmista: «*El hermano no redimirá*... etc.». Ni cometerá errores, porque es sapientísimo. «Su mirada», escribe el Papa León, «es impresionante. Ante ella, lo compacto se torna transparente; lo oculto, manifiesto; luminoso lo obscuro y los mudos se vuelven locuaces; en su presencia, hasta el silencio habla y la mente, sin necesidad de vocablos, declara sus pensamientos. Siendo, pues, tal su sabiduría y tanta, de nada valdrán frente a ella ni los discursos de los abogados ni los sofismas de los filósofos ni la brillante elocuencia de los oradores ni la habilidad de los más astutos y sagaces». En relación con esto dijo Jerónimo: «¡Cuántos mudos, en semejante ocasión, se sentirán más dichosos que muchos que fueron expeditos conversadores! ¡Cuántos pastores más felices que los filósofos! ¡Cuántos rústicos más alegres que los oradores y cuántos rudos se mostrarán más alegres que si hubiesen tenido la elocuencia de Cicerón!»

Quinta circunstancia. Es horrenda. Constitúyenla los acusadores del pecador, que serán tres: el diablo, la propia conciencia y el mundo entero. Primeramente actuará el diablo, que según Agustín «con suma diligencia nos recordará las palabras de nuestra profesión y frente a ellas hará desfilar todo lo que hemos obrado, el lugar y la hora en que pecamos y lo que debiéramos haber hecho en vez de lo que realmente hicimos. Nuestro enemigo dirá: Justísimo Juez, reconoced que este hombre me pertenece puesto que es culpable. Era tuyo por naturaleza, y tuyo debiera haber sido por gracia, pero es mío por su deleznable conducta; verdad que lo ganaste con tu Pasión, pero yo te lo arrebaté con mis persuasiones; a ti te desobedeció por obedecerme a mí; de ti recibió una estola de inmortalidad, pero se la quitó para ponerse esta túnica andrajosa que lleva; despojóse de la vestidura que tú le regalaste y cubrióse con la que yo le entregué; con ella viene hacia mí. Justísimo Juez, reconoce que debe ser condenado e irse conmigo al infierno. ¿Podrá acaso abrir la boca para defenderse quien entienda que con toda justicia merece ser compañero del diablo?» Hasta aquí, Agustín. Como segundo acusador actuará la propia

conciencia a través de las voces de los correspondientes pecados. Lo afirma el libro de la Sabiduría en el capítulo 4: *«Temblarán al recordar sus culpas; sus iniquidades se volverán contra ellos, acusándolos».* «Todas sus obras», comenta san Bernardo, «hablarán al mismo tiempo y dirán al pecador: Tú nos has hecho; cosa tuya somos; no te abandonaremos; permaneceremos siempre junto a ti; contigo estaremos cuando seas juzgado». Esas obras acusarán al pecador de muchas y de muy diversas malas acciones. El tercer acusador será el mundo entero. «Si preguntas», escribe Gregorio, «quién te acusará, responderte he: todo el mundo; porque quien ofende al Creador, al mundo en su totalidad ofende». En su comentario a Mateo dice el Crisóstomo: «Nada tendremos que responder aquel día, cuando el cielo, la tierra, el agua, el sol, la luna, los días, las noches y todo el universo levante su voz contra nosotros denunciando ante Dios nuestros delitos; pero aunque todas las cosas callaran, no callarán ante el Señor en contra nuestra y darán testimonio de nuestros pecados».

Sexta circunstancia: los testigos que depondrán contra el pecador. Serán tres, a saber: Uno que está por encima de él, y es Dios que aunque actúe como juez, actuará también como testigo. *«Yo soy juez y testigo,»* dice el Señor. (Jeremías, 29). Otro que está dentro del mismo pecador y es su conciencia. Si temes al juez que te ha de juzgar, conforma desde ahora mismo debidamente tu conciencia, porque cuando se juzgue tu causa será llamada a declarar. El otro está situado al lado del pecador y es su ángel de la guarda, conocedor de cuanto su pupilo ha hecho. También él aducirá un testimonio desfavorable. Así lo asegura Job en el capítulo 20 de su libro: *«Los cielos, es decir, los ángeles, descorrerán el velo y dejarán a la vista las iniquidades que hizo».*

Séptima circunstancia: la acusación propiamente tal contra el pecador. Veamos este texto de Gregorio: «¡Oh, en qué difícil trance hállase entonces el pecador! Sobre él, un juez airado; debajo, un caos horroroso; a su derecha, acusándole, sus pecados; a la izquierda, una pléyade de demonios preparándose para llevarlo al suplicio; dentro de sí, su conciencia quemándole las entrañas, y fuera, el mundo entero excitado contra él. ¡Oh, pecador miserable, cogido por todos los lados! ¿Por dónde podrás escapar? ¿Conseguirás ocultarte? No; eso es imposible; visible permanecerás aunque ello te resulte intolerable».

Octava circunstancia: la irrevocabilidad de la sentencia, que no podrá ser ni modificada ni discutida ni apelada. Por tres motivos una sentencia de las emitidas por los tribunales de justicia puede resultar inapelable: Primero: Cuando ha sido dictado por un juez supremo. Por eso son inapelables los fallos emitidos por un rey cuando actúa como juez soberano en su reino, porque en todo el territorio sometido a su jurisdicción no hay nadie superior a él. Por la misma razón son también inapelables las sentencias pronunciadas por los emperadores y por los papas. Segundo: Cuando el delito que se juzga ha sido suficientemente probado. Contra un crimen notorio no cabe recurso alguno. Tercero: Cuando la dilación en la aplicación de la sentencia acarrearía graves perjuicios. En el caso del juicio del pecador la apelación es imposible, no ya meramente por alguno de estos motivos, sino por todos ellos. El juez que emite el fallo es absolutamente soberano y eterno en dignidad y poder; nadie hay sobre El ni lo habrá nunca. Los emperadores y papas están por debajo de El. De la sentencia de un emperador o de un papa cabe apelar ante el tribunal de Dios. De la sentencia dada por Dios no se puede apelar ante el tribunal de nadie, porque nadie hay ni habrá superior a El. Todos los delitos e iniquidades de los réprobos quedarán puestos de manifiesto en el juicio de que hablamos, como dice Jeremías: *«Llegará el día en que nuestras obras quedarán tan patentes como si las hubiéramos pintado en un cuadro».* El fallo, finalmente, se ejecutará sin demora, en aquel mismo instante, con la rapidez de un abrir y cerrar de ojos.

Capítulo II

SAN ANDRÉS, APÓSTOL

Si el sustantivo Andrés etimológicamente deriva de *ánder* (varón), significa hermoso, firme, varonil; si proviene de *anthropos,* palabra compuesta de *ana* (arriba) y de *tropos* (vuelto), equivale a vuelto hacia arriba, hacia los cielos; es decir, hombre erguido en actitud de mirar constantemente a su Creador.

Eso fue san Andrés: hermoso en su vida, firme en sus convicciones, constante en la predicación de la doctrina, varonilmente valiente en medio de sus suplicios, y proyectado o dirigido indeclinablemente hacia la gloria.

1. En tres diferentes ocasiones llamó Cristo a Andrés y a algunos otros discípulos. En la primera trató de hacerse conocer de ellos. Esta primera llamada tuvo lugar un día en que, estando Andrés y un compañero suyo con Juan, oyeron decir a éste: «*Ahí tenéis el Cordero de Dios,* etc.». Acto seguido Andrés y su amigo se acercaron a Jesús, se enteraron de dónde vivía y permanecieron con él el resto de la jornada. Posteriormente Andrés se encontró con su hermano Simón, le habló de Jesús y lo condujo hasta El. Sin embargo, a la mañana siguiente, Andrés y Simón reanudaron su trabajo de pescadores. Más adelante tuvo lugar la segunda llamada, en la que el Señor invitó a ambos hermanos a que se asociaran a El. Una enorme muchedumbre de gente había seguido a Jesús hasta la orilla del lago de Genesareth o mar de Galilea. El Maestro subió a la barca de Andrés y de Simón, les ayudó en la faena de las pesca, capturaron gran cantidad de peces, y acto seguido llamó a Santiago y a Juan que estaban en otra barca. Los cuatro acompañaron al Señor todo aquel día, pero después tornaron a sus trabajos habituales. La tercera y última llamada o invitación para que se incorporasen a El en calidad de discípulos acaeció algunos días más tarde. Estaba Jesús a orillas del lago, los llamó y les dijo: «*Venid conmigo; yo os haré pescadores de hombres*». A partir de aquel momento dejaron sus redes, le siguieron y ya no se separaron más de El.

La llamada hecha a Andrés y a algunos otros, apuntaba al apostolado, como se desprende de este pasaje del Evangelio: «*Llamó a los que El quiso y con ellos formó un equipo de doce*». (Marcos 3).

En la distribución de zonas hecha entre los apóstoles a raíz de la Ascensión del Señor, a Andrés le correspondió la evangelización de Escitia y a Mateo la de Etiopía. Los habitantes de este país rechazaron la predicación de Mateo, le sacaron los ojos y lo encarcelaron, con intención de materle unos días más tarde. Pero he aquí que un ángel se apareció a san Andrés y le ordenó que marchase inmediatamente a Etiopía en socorro de Mateo. Como Andrés le respondiera que desconocía el camino para ir a esa región, el ángel le dijo que se apostara a la vera del mar y que tomara el primer barco que viera. Obedeció el apóstol puntualmente esta orden, y con la ayuda del ángel y de un viento favorable llegó a la ciudad donde estaba san Mateo, halló abiertas las puertas de la cárcel, se presentó ante el prisionero, lloró de emoción, oró largo rato, y el Señor, por las oraciones de Andrés, devolvió a Mateo los dos ojos que la maldad de los pecadores le habían sacado. El evangelista, al recobrar sus dos ojos, huyó rápidamente de allí y a toda prisa se marchó a Antioquía. San Andrés se quedó predicando en Etiopía. Al conocer el público que san Mateo había sido liberado por Andrés, apresaron a éste, le ataron las manos y lo arrastraron por las calles de la ciudad. El santo apóstol, durante esta tortura, pese a que su cuerpo chorreaba sangre, no cesó de orar por quienes le maltrataban. Con sus oraciones los convirtió a la fe de Cristo y luego se marchó a Acaya.

Esta leyenda de la liberación de san Mateo y de la restitución de sus ojos por san Andrés, ni parece verosímil ni a mí me merece crédito, porque redunda en desdoro de tan santo evangelista suponer que no pudo conseguir él, por sí mismo, lo que con tanta facilidad le obtuvo san Andrés.

2. Un joven de noble familia se había asociado a san Andrés contra la voluntad de sus padres. Estos, al enterarse de que su hijo se había unido al Apóstol, se indignaron tanto que prendieron fuego a la casa en que el mozo y el santo vivían. Cuando ya las llamas subían por encima del tejado, el joven derramó sobre ellas un vaso de agua, y en aquel preciso instante el fuego se extinguió milagrosamente. Sus padres, testigos de este suceso, sorprendidos y entusiasmados comenzaron a dar voces diciendo: «Nuestro hijo es un gran mago». Acto seguido entraron en la casa en la que se había operado el prodigio; mas cuando comenzaban a subir por la escalera Dios los cegó y les impidió ver los peldaños. Alguien entonces les gritó:

—Desistid de vuestros inútiles empeños. ¿Es que no os dáis cuenta de que el Señor está de parte

de ellos? Deponed vuestra actitud, no sea que la ira divina descienda sobre vosotros.

Muchos de los que presenciaron este episodio se convirtieron a la fe de Cristo. Los padres del joven, en cambio, murieron cincuenta días después y fueron sepultados.

3. Una mujer que convivía con un homicida, quedó preñada de él, y llegado el momento del parto no podía parir. Gritando de dolor dijo a una hermana suya, que la asistía:

—Ve corriendo al templo de Diana y pide a nuestra diosa que me ayude a salir bien de este trance.

Cuando la hermana estaba orando oyó que el diablo le decía:

—¿Por qué me invocas a mí? Yo no puedo ayudarte. Busca al apóstol Andrés y pídele a él lo que a mí me estás pidiendo.

Acudió, pues, la hermana en busca de san Andrés, y en cuanto lo halló condújolo al lado de la parturienta. Nada más llegar, díjole a ésta el apóstol:

—Lo que sufres, lo sufres merecidamente, porque no estás casada con este hombre; has concebido pecaminosamente y has invocado a los demonios. Arrepiéntete, cree en Cristo y verás cómo sales inmediatamente del apuro en que te encuentras.

Así sucedió: porque, tan pronto como aquella mujer se convirtió, sobrevínole un aborto y cesaron los dolores.

4. Un anciano llamado Nicolás se presentó ante Andrés y le dijo:

—Señor, llevo setenta años entregado a la lujuria. He creído en el Evangelio, he orado a Dios pidiéndole la gracia de la continencia, pero hasta ahora nada he conseguido; mis hábitos inveterados y el aguijón de la concupiscencia han dado al traste con mis buenos propósitos cuantas veces los he formulado. Un día, impulsado por mi apetito y sin darme cuenta de que llevaba conmigo unos *evangelios,* acudí a un lupanar; mas apenas hube entrado en él la meretriz me arrojó de su casa diciéndome: «¡Sal de aquí inmediatamente, viejo! ¡Tú eres un ángel de Dios; no me toques; no te atrevas a acercarte a mí! ¡Veo en tu derredor cosas maravillosas!» Al oír hablar así a la ramera quedé estupefacto; mas de pronto recordé que llevaba sobre mí los *evangelios.* Te ruego, pues, santo de Dios, que ores piadosamente por mí y pidas al Señor que me libre de este vicio y salve mi alma.

Oyendo esto, el bienaventurado Andrés empezó a llorar y a orar; desde la hora de tercia a la de nona permaneció postrado en oración. Cuando terminó sus plegarias alzóse del suelo, pero no quiso comer, sino que dijo: «No probaré bocado hasta que sepa que el Señor ha perdonado misericordiosamente a este anciano». Cinco días seguidos ayunó. Al cabo de ellos oyó una voz que le decía: «Andrés, te ha sido concedido lo que has pedido para este viejo; pero dile que para que se salve deberá macerar su cuerpo con ayunos tan rigurosos como los que tú has hecho».

Seis meses seguidos ayunó a pan y agua el anciano; al término del sexto mes, lleno de buenas obras, falleció. Nada más morir el viejo, nuevamente oyó Andrés la voz que seis meses antes oyera; pero esta vez le decía: «Había perdido a Nicolás, gracias a tus oraciones lo recuperé definitivamente».

5. Un joven cristiano fue en cierta ocasión a ver a san Andrés y le dijo en secreto:

—Mi madre, enamorada de mi prestancia, repetidas veces me ha pedido que me acueste con ella, mas como yo me he negado a acceder a sus pretensiones, ella, despechada, ha acudido al juez y me ha acusado de que he intentado violarla. El juez me llamará a declarar; tendré que comparecer en juicio; pero para salvar el buen nombre de mi madre he decidido callarme, no decir ni una palabra de lo que realmente ha ocurrido y aceptar que me condenen a muerte por una infamia que no he cometido. Yo te pido que ruegues por mí y que trates de conseguir de Dios que el juez no pronuncie en contra mía una sentencia tan injusta.

Cuando se celebró el juicio Andrés asistió a él, al lado del joven acusado. La madre se ratificó en sus denuncias, repitiendo una y otra vez ante el tribunal que aquel desnaturalizado hijo suyo había pretendido violarla. Cuantas veces el juez requirió al joven para que respondiera a los cargos que su madre contra él formulaba, otras tantas el buen hijo calló. Mas, en un momento dado, encaróse Andrés con la acusadora y le dijo:

—¡Oh mujer inicua, la más cruel de las madres! Víctima de tu propia libidinosidad pretendes la perdición de tu único hijo.

A esto replicó la madre dirigiéndose al juez:

—Señor, cuando mi hijo se convenció de que yo jamás accedería a sus perversas pretensiones se alejó de mí y se asoció a este hombre.

Creyó el juez a la madre y, lleno de ira, conde-

nó al hijo a que, metido en un saco embadurnado de pez derretida y de betún, fuese arrojado al río, y ordenó el encarcelamiento de Andrés hasta que decidiera qué clase de pena debería imponerle.

En aquel mismo momento Andrés se puso a orar. Tan pronto como inició su oración oyóse un trueno terrible seguido de un terremoto que hizo caer al suelo a todos los asustados asistentes; a renglón seguido descendió un rayo sobre la mujer, la fulminó y la convirtió en polvo. A la vista de esto, todos los presentes rogaron a Andrés que tuviese compasión de ellos y evitara su perdición. Oró Andrés, e inmediatamente se rehizo la calma. Como consecuencia de esto, el juez y los miembros de su familia se convirtieron al cristianismo.

6. Estando san Andrés en la ciudad de Nicea dijéronle que en las afueras de la población, apostados a la vera de un camino, había siete demonios que mataban a cuantas personas pasaban por allí. Llamados por el apóstol acudieron ante él los siete diablos en forma de perros; en presencia de numeroso público ordenóles el santo que inmediatamente abandonaran el lugar y se marcharan a donde quisieran, con tal de que fuese lejos y a sitio en donde no pudiesen hacer daño a nadie. Los demonios en aquel mismo momento desaparecieron, y cuantos presenciaron el hecho abrazaron la fe de Cristo. Poco después de esto también san Andrés se marchó de Nicea, y al entrar en una ciudad se cruzó con un grupo de personas que iban a dar sepultura al cadáver de un joven. Preguntó el santo a los del cortejo:

—¿De qué ha muerto este muchacho?

Le contestaron:

—Estaba durmiendo en su cama, se acercaron a él siete perros y lo mataron.

Al oír esto, el apóstol comenzó a llorar y dijo: «Bien sé, Señor, que esos siete perros fueron los siete demonios que expulsé de Nicea». Seguidamente, dirigiéndose al padre del difunto le preguntó:

—¿Qué me das, si resucito a tu hijo?

Respondióle el padre:

—El era lo que más quería en el mundo; si le devuelves la vida, te lo doy para tí.

San Andrés oró, resucitó al difunto y se lo llevó consigo.

7. En cierta ocasión cuarenta hombres que deseaban ser adoctrinados por el apóstol salieron en su busca a bordo de un navío; pero el diablo agitó las aguas del mar, la nave se fue a pique y los cuarenta hombres se ahogaron. Las olas llevaron sus cuerpos hasta una playa en la que estaba san Andrés, quien inmediatamente los resucitó y escuchó de sus labios el relato que le hicieron de lo que les había ocurrido. A este milagro se refiere el siguiente verso que leemos en uno de los himnos del oficio de su fiesta: «Devolvió la vida a cuarenta personas que se habían ahogado en el mar»[3].

8. Durante su estancia en Acaya el bienaventurado san Andrés fundó muchas iglesias y convirtió a la fe de Cristo a numerosas personas, las adoctrinó y bautizó, y entre ellas a la esposa del procónsul Egeas. Cuando éste se enteró de que su esposa se había convertido al cristianismo, acudió a la ciudad de Patras y trató de obligar a los cristianos a que ofreciesen sacrificios a los ídolos. Pero san Andrés se presentó ante el procónsul y le dijo:

—Desiste de tu empeño. Tú, elevado a la categoría de juez de los hombres en la tierra, tú eres quien debes tratar de conocer a tu juez que está en los cielos; tú también debieras darle culto y apartar tu alma de los falsos dioses.

Egeas replicó:

—Resulta que eres Andrés, el predicador de esa secta supersticiosa, que no hace mucho los romanos mandaron exterminar.

Respondióle Andrés:

—Los emperadores de Roma no saben que el Hijo de Dios ha venido a la tierra y que nos ha enseñado que los ídolos son demonios que instigan a los hombres a que ofendan al Dios verdadero para que éste, al sentirse ofendido, aparte de ellos sus ojos y sus oídos. Lo que el diablo pretende es alejar a los pecadores de su Señor, porque de ese modo hace con ellos lo que quiere, los somete a su esclavitud, y, cuando sus almas salen de sus cuerpos, despojadas de todo no llevan al otro mundo más que sus propios pecados.

Repuso Egeas:

—Ese Jesús vuestro, que predicó semejantes sandeces, acabó sus días clavado en un madero en forma de cruz.

—Sí —respondió Andrés—. Jesús murió, en

[3] En algunas ediciones de esta obra, a continuación, se dice: «El Maestro Juan Beleth, al tratar de la fiesta de san Andrés, afirmó que este apóstol era negro de tez, bajo de estatura y muy barbudo». El Doctor Th. Graesse, en nota a pie de página, hace constar que él omite intencionadamente este texto, porque a su juicio se trata de una interpolación claramente espurea e impertinente. *(N. del Trad.).*

efecto, crucificado en un patíbulo, pero no para expiar pecados suyos, sino para satisfacer voluntariamente por los nuestros y redimirnos.

—¿Cómo dices —preguntó Egeas— que murió voluntariamente, si consta que fue entregado por uno de sus discípulos, apresado por los judíos y crucificado por unos soldados?

Entonces Andrés trató de demostrar a Egeas que Cristo padeció porque quiso y adujo en favor de su afirmación los cinco argumentos siguientes.

Primero: El sabía de antemano cuanto le iba a ocurrir y con antelación suficiente anunció su Pasión a sus discípulos. *«He aquí, 'les dijo', que subimos a Jerusalén, etc.».*

Segundo: Cuando san Pedro intentó disuadirle de que hiciera aquel viaje, recibió una enérgica reprensión de Jesucristo: *«¡Apártate de mí, Satanás!* etc.».

Tercero: Manifestó a los suyos que El tenía potestad para padecer y para resucitar: *«Tengo poder suficiente para permitir que me quiten la vida y para reasumirla de nuevo».*

Cuarto: Sabía anticipadamente cuál de ellos le traicionaría y hasta lo señaló, dándole un trozo de pan mojado en salsa; sin embargo, no tomó precauciones defensivas.

Quinto: Fue adrede al lugar de donde sabía que acudiría el traidor.

Seguidamente san Andrés aseguró que él había sido testigo de cuanto estaba refiriéndo y que todo lo relacionado con la crucifixión de Cristo constituía un profundo misterio.

A su última afirmación le replicó Egeas:

—No llames misterio a lo que fue un suplicio. Y entiende bien esto: si no te atienes a mis órdenes, te haré pasar a ti también por un misterio parecido.

—Si tuviera miedo al patíbulo —declaró Andrés— no me dedicaría a predicar las glorias del Crucificado. Quiero que conozcas su doctrina, que la aceptes, que vivas de acuerdo con ella y que te salves.

Acto seguido el santo apóstol comenzó a explicar a Egeas el significado de la Redención y adujo en pro de su conveniencia y necesidad las siguientes razones:

Primera: A través de la fruta de un árbol, el primer hombre introdujo el pecado en el mundo; otro hombre, empero, utilizando otro árbol, reparó los desperfectos que con su pecado produjo el hombre primero.

Segunda: De la sustancia de un poco de tierra no mancillada fue formado el cuerpo del prevaricador; de la sustancia de una virgen inmaculada fue formado el cuerpo del Redentor.

Tercera: Empujado por su incontinencia extendió Adán sus manos hasta la fruta prohibida y nos perdió; mas un segundo Adán, movido por su amor, extendió también sus brazos sobre la Cruz y nos reconcilió.

Cuarta: Complacióse Adán saboreando la manzana vedada; como quiera que los contrarios se curan con sus contrarios, Cristo en la Cruz, acibaró su paladar con hiel.

Quinta: Jesucristo asumió nuestra condición mortal para restituirnos la inmortalidad mediante su muerte en el Calvario; si Dios no se hubiese hecho mortal, el hombre no se habría hecho inmortal.

Cuando el apóstol terminó su exposición, Egeas, en tono sarcástico le dijo:

—Todas esas tonterías se las cuentas a los tuyos; a mí déjame en paz. Haz caso de lo que te digo: ofrece sacrificios a los dioses omnipotentes.

—Al verdadero Dios Omnipotente —repuso Andrés— ofrezco yo cada día el sacrificio del Cordero inmaculado; luego lo doy en alimento al pueblo, comen todos de él, y a pesar de eso el Cordero sacrificado permanece vivo e íntegro.

Esta afirmación interesó a Egeas, quien, intrigado, preguntó a Andrés:

—¿Cómo puede ser eso?

Andrés le respondió:

—Hazte discípulo de Cristo y llegarás a saberlo.

En tono airado, Egeas le conminó:

—Te obligaré a que me lo expliques y te atormentaré hasta que lo hagas.

A renglón seguido el procónsul, arrebatado de ira, ordenó el encarcelamiento de Andrés.

A la mañana siguiente Egeas se sentó en su tribunal y mandó que condujeran al prisionero ante él; cuando lo vio en su presencia instóle una vez más a que ofreciera sacrificios a los dioses, añadiendo:

—Si no me obedeces te haré colgar en esa cruz de que tanto hablas. A esta amenaza agregó el procónsul otras muchas más, en tono irritado. Andrés, tras de oírle con calma, respondió a toda aquella serie de bravatas, de esta manera:

—De todos esos suplicios que acabas de enumerar elige el que quieras; el mayor de ellos, por ejemplo; o todos juntos, si así lo prefieres. Cuanto

mayores sean los tormentos que me hagas padecer por mi rey, tanto más le agradaré.

Seguidamente, siguiendo órdenes de su jefe, veintiún hombres azotaron al santo; después, lo ataron por los pies y por las manos a una cruz; no lo clavaron a ella para que tardara más en morir y sus padecimientos fuesen más prolongados.

Cuando lo llevaban hacia el lugar donde habían preparado el patíbulo incorporóse mucha gente al cortejo. Algunos de los que formaban la trágica comitiva comenzaron a dar gritos, diciendo:

—Este hombre es inocente; estáis derramando su sangre contra toda justicia.

El apóstol les rogó que callaran y que no impidieran su martirio, y al divisar desde lejos la cruz en que iban a suspenderle, fue él quien gritó, saludándola de esta manera:

—¡Salve, oh Cruz gloriosa, santificada por el cuerpo de Cristo y adornada con sus miembros más ricamente que si hubieses sido decorada con piedras preciosas! Antes de que el Señor te consagrara fuiste símbolo de oprobio, pero ya eres y serás siempre testimonio del amor divino y objeto deseable. Por eso yo ahora camino hacia ti con firmeza y alegría. Recíbeme tú también gozosamente y conviérteme en discípulo verdadero del que pendió de ti. ¡Oh Cruz santa, embellecida y ennoblecida desde que los miembros del Señor reposaron, clavados, sobre ti! ¡Oh Cruz bendita, tanto tiempo deseada, solícitamente amada, constantemente buscada y por fin, ya preparada! ¡A ti me llego con el deseo ardiente de que me acojas en tus brazos, me saques de este mundo y me lleves hasta mi Maestro y Señor! ¡El, que me redimió por ti, por ti y para siempre me reciba!

Dicho esto, se despojó de sus ropas y las regaló a los que iban a atormentarle. En seguida los verdugos cumpliendo las órdenes que les habían dado, lo suspendieron del madero. Dos días tardó en morir. Durante ellos no cesó de predicar desde aquel púlpito a una concurrencia de unas veinte mil personas, muchas de las cuales se amotinaron contra Egeas intentando matarle y diciendo que aquel santo varón tan justo y virtuoso no merecía el trato que le estaban dando. Egeas, tal vez para liberarse de las amenazas del pueblo, acudió al lugar del suplicio decidido a indultar al mártir; pero Andrés al verle ante sí, le dijo:

—¿A qué vienes? Si es para pedir perdón, lo obtendrás; pero si es para desatarme y dejarme libre, no te molestes; ya es tarde. Yo no bajaré vivo de aquí; ya veo a mi Rey que me está esperando.

Pese a esto, los verdugos, por orden de Egeas, intentaron desatarle; pero no pudieron conseguirlo; más aún: cuantos osaron tocar las cuerdas quedaron repentinamente paralizados de manos y brazos. En vista de ello algunos de los que estaban de parte del apóstol decidieron desatarlo por sí mismos, mas Andrés se lo prohibió y los invitó a que escucharan atentamente esta oración que pronunció desde la cruz, y que Agustín transcribe en su libro sobre la Penitencia:

«No permitas, Señor, que me bajen vivo de aquí. Ya es hora de que mi cuerpo sea entregado a la tierra. Ya lo he tenido conmigo mucho tiempo. Ya he trabajado bastante y vigilado para conservarlo. Ya es llegado el momento de que me vea libre de estos cuidados y aligerado de esta pesada vestimenta. Mucho esfuerzo me ha costado soportar tan fatigosa carga, domar su soberbia, fortalecer su debilidad y refrenar sus instintos. ¡Tú sabes, Señor, que esta carne frecuentemente trataba de apartarme de la contemplación y de enturbiar la placidez que en ella encontraba! ¡Tú conoces muy bien los dolores que me ha proporcionado! ¡Tú, oh Padre benignísimo, no ignoras cómo siempre que pude, y gracias a tu ayuda, refrené sus embestidas! Por eso te pido, oh justo y piadoso remunerador, que des esto por acabado. Yo te devuelvo el depósito que me confiaste; no me tengas más tiempo atado a él; confíalo a otro que lo conserve y guarde hasta que resucite y entre en el disfrute de los gozos obtenidos con los pasados trabajos. Devuélvelo ya a la tierra; líbrame del afán que supone tener que vigilarlo y concede a mi alma agilidad e independencia para que sin trabas vuele hacia ti, fuente de felicidad eterna!» Hasta aquí, Agustín.

Acabada esta oración el crucificado quedó durante media hora envuelto por una luz misteriosa venida del cielo, que ofuscaba la vista de los presentes y les impedía fijar los ojos en él. Después, y en el preciso momento en que la claridad aquella desapareció, el santo mártir entregó su espíritu al Señor.

Maximila, esposa de Egeas, hízose cargo del cuerpo del bienaventurado apóstol y lo enterró piadosamente. Mientras esto ocurría, Egeas, cuando se dirigía de regreso hacia su casa, antes de que llegara a ella, en plena calle, fue asaltado por el demonio y en presencia de numeroso público repentinamente murió.

Dicen algunos que del sepulcro de san Andrés brota una sustancia a modo de maná, consistente en una mezcla de harina y aceite oloroso, que pronostica a los habitantes del país si el año va a ser abundante o escaso en cosechas; si ese referido maná fluye débilmente o en cantidad menguada la fertilidad de la tierra en la próxima temporada menguada también será; pero si fluye copiosamente puede darse por seguro que el año ha de ser de copiosa feracidad. Acaso esto haya ocurrido en tiempos remotos, pero no en la actualidad; ni tiene que extrañarnos que este fenómeno ya no suceda, porque parece que el cuerpo del santo mártir fue trasladado desde su primitivo sepulcro a la ciudad de Constantinopla.

9. Cuéntase que hubo un obispo de vida muy virtuosa y tan devoto de san Andrés que antes de iniciar cualquier obra de alguna entidad encomendábase a él rezando esta jaculatoria: «Por el honor de Dios y de san Andrés, etc.». Mas el antiguo enemigo, envidioso de la piedad del referido prelado, adoptó la apariencia de una bellísima dama y se presentó en su palacio con el pretexto de que deseaba confesarse con él. El obispo le contestó que acudiese al penitenciario en quien tenía delegadas sus facultades en relación con el sacramento de la penitencia. La mujer insistió en sus pretensiones e hizo saber al obispo que a nadie más que a él manifestaría los secretos de su conciencia. En vista de esto el referido prelado accedió a oír en confesión a la supuesta penitente.

—Te ruego, señor, —dijo la dama, al iniciar la manifestación de sus pecados al obispo—, que tengas misericordia de mí y que me escuches con paciencia. Como ves, soy joven; pertenezco a una familia de reyes; desde mi niñez he vivido en un ambiente de delicias. He venido hasta aquí, sola y disfrazada bajo este hábito de peregrina, por la siguiente razón: el poderosísimo rey mi padre pretende casarme con un gran príncipe; yo he tratado de hacerle ver que siento horror hacia el matrimonio, que he consagrado perpetuamente mi virginidad a Cristo, que nunca faltaré a mi compromiso y que jamás accederé a mantener relaciones carnales con hombre alguno. A todo esto mi padre me ha respondido que si no me caso con el príncipe a quien me tiene prometida me encerrará de por vida en una cárcel y me someterá a horribles suplicios y torturas. Como sé que es capaz de cumplir lo que dice y de llevar a cabo sus terribles amenazas me arreglé como pude para huir de la corte sin que nadie me viera, porque prefiero vivir desterrada a faltar a la palabra empeñada a mi esposo Jesucristo. Había yo oído hablar mucho de tus virtudes; por eso, una vez fuera de mi casa y de mi tierra, decidí venir a verte para exponerte mi problema, solicitar tu protección y pedirte cobijo bajo las alas de tu piedad. Espero, pues, señor, que me acojas benignamente y me proporciones algún rincón de tu palacio que me sirva de asilo y en el que pueda entregarme al silencioso oficio de la contemplación, mantenerme alejada de los ruidos y agitaciones del mundo, y salvar mi alma de los peligros de la vida de este siglo.

El obispo, admirado ante la nobleza de aquella señora de tan elevada alcurnia, tan joven, tan bella, tan fervorosa y espiritual y tan elocuente en sus palabras, con voz dulce y bondadoso talante le dijo:

—Hija mía, no temas. Tranquilízate. Aquel por cuyo amor has sido capaz de renunciar a ti, a tu familia, a tus bienes y grandezas, premiará tu sacrificio, te concederá el colmo de su gracia en esta vida y después la plenitud de la bienaventuranza eterna. Yo, su humilde servidor, pongo a tu disposición mi persona, mi casa y cuanto soy y tengo. Elige las habitaciones de mi palacio que más te gusten, acomódate en ellas, y permanece en esta ciudad todo el tiempo que quieras. Aquí estarás segura. Hoy deseo que te sientes a mi mesa.

—Padre, —respondió la dama— no puedo aceptar este ofrecimiento tuyo. Yo te pedía meramente un rincón donde vivir aislada y oculta, pero no una hospitalidad semejante a la que me ofreces. Comprende mis reparos a tanta generosidad. Si accediera a lo que me propones y me sentara a tu mesa, y el pueblo se enterara de que aquí, bajo tu techo, reside una mujer, podría padecer detrimento la buena fama de que gozas.

—Desecha tus temores, hija —replicóle el obispo. En esta casa no estaremos sólos tú y yo. Aquí vive mucha gente; no habrá, pues, peligro de que surjan murmuraciones.

Llegada la hora de la comida pasaron al comedor. El obispo y la dama se sentaron frente a frente, ocupando cada cual una de las cabeceras de la mesa; en los asientos de las bandas de uno y otro lado acomodáronse varios otros comensales. El prelado, deseoso de atender a su invitada, mirábala con frecuencia, a fin de que nada le faltara. Cada vez clavaba los ojos con más insistencia en su semblante, considerando detenidamente la perfección

y belleza de sus facciones, y cuanto más la contemplaba, más languidecía su espíritu, porque, mientras mantenía su vista clavada en el rostro de ella, el antiguo enemigo de la especie humana más profundamente hundía sus venenosos dardos en el corazón del prelado, mostrándole la esplendente hermosura de la dama. El obispo, al borde ya del naufragio, comenzó interiormente a trazarse un plan para conseguir yacer con ella tan pronto como se presentara alguna coyuntura adecuada. En esto, un peregrino llamó a la puerta del palacio con fuertes aldabonazos y diciendo a voces que le abrieran, y como no acudían a abrirle insistió en sus golpes cada vez más estruendosos y en sus gritos, también cada vez más recios. Al fin el obispo, preguntó a su invitada:

—¿Te parece bien, señora, que abramos a ese importuno?

—Mejor sería —respondió ella— que antes de abrirle le propusiéramos alguna cuestión complicada para ver si sabe solucionarla. Si responde satisfactoriamente a ella demostrará ser persona discreta y digna de que se le abra; si no sabe responder entenderemos que se trata de algún necio y no se le permitirá que vaya a estas horas a molestar al obispo.

A todos los comensales pareció bien la sugerencia de la dama. Seguidamente el prelado invitó a sus contertulios a que propusieran la pregunta que deberían hacer al desconocido forastero que continuaba llamando a la puerta, y como todos, unos tras otros, se excusaran alegando falta de ingenio, el obispo, dirigiéndose a la autora de la idea, le dijo:

—¿Quién, entre los presentes, en mejores condiciones que vos, señora, que a todos nos aventajáis en elocuencia, discreción y sabiduría, para proponer la cuestión que debamos plantear al inesperado visitante? Sugerid la que os parezca.

La dama accedió y propuso ésta:

—Pregúntesele qué es lo más maravilloso que Dios ha hecho en una cosa pequeña.

Un criado del obispo, desde dentro y sin abrir, formuló la pregunta al peregrino y tornó con esta respuesta: «La variedad y excelencia de las caras: entre tantos hombres como han existido desde el principio del mundo y existirán hasta el último día, no ha habido ni habrá dos cuyos rostros sean completamente iguales; y, sin embargo, en algo tan reducido como la faz de una persona, el Señor ha colocado todos los sentidos del cuerpo humano».

Los comensales, unánimemente, reconocieron que la respuesta era interesante, verdadera y satisfactoria. Pero la mujer dijo:

—Propongámosle una segunda cuestión más complicada que nos permita juzgar mejor acerca de su prudencia y conocimientos. A ver si sabe decirnos dónde la tierra está por encima del firmamento.

He aquí lo que respondió el peregrino: «En el cielo empíreo, porque en él se halla actualmente el cuerpo de Cristo, que es de la misma naturaleza que el nuestro, y por tanto formado del barro de la tierra. Como el cuerpo del Señor de tierra ha sido hecho, tierra es; y como se encuentra en lo más alto de los cielos, o sea, muy por encima del firmamento, síguese que ahí precisamente, en el empíreo, es donde la tierra está por encima del firmamento».

Los contertulios del obispo dieron por muy buena la respuesta y alabaron la sabiduría del forastero. La dama, sin embargo, propuso: —Planteémosle un tercer y último problema más difícil que los anteriores; si logra resolverlo aceptaremos definitivamente que se trata de un sujeto auténticamente discreto y sabio y que merece ser recibido. Pregúntesele qué distancia media entre la tierra y el cielo.

El peregrino contestó al recadero: «Vuelve a la sala y di a quien te mandó que me hicieras esta pregunta, que la respuesta la conoce él muy bien, puesto que la sabe por experiencia; o debiera saberla, ya que tuvo ocasión de medirla cuando fue arrojado de la gloria y cayó precipitado al fondo del abismo. Yo, en cambio, no he pasado por ese trance. De paso, le dices a tu señor el obispo, que la persona que sugirió que me formularais ésta y las otras cuestiones no es lo que parece, sino que es un demonio disfrazado de mujer».

El mensajero, asustado, regresó al comedor y repitió delante de todos cuanto el peregrino acababa de decirle; mas, antes de que terminara de transmitir el recado, que los oyentes escucharon estupefactos, la supuesta dama repentinamente desapareció. Entonces fue cuando el obispo comprendió la subversión que poco antes había sentido en su alma y los malos pensamientos y deseos que le habían asaltado; se arrepintió de ellos sinceramente, pidió interiormente perdón a Dios y envió nuevamente a su criado a la puerta, esta vez para que dijera al peregrino que pasara; pero el peregrino ya no estaba allí y, por más que lo busca-

ron por las calles de la ciudad, no pudieron hallarle. El prelado convocó al pueblo, refirió públicamente cuanto había ocurrido y rogó a todos que con ayunos y oraciones suplicasen al Señor que se dignara comunicar a alguien quién había sido realmente el misterioso forastero que llamó a su puerta y le había librado a él de un gravísimo peligro. Aquella misma noche el obispo conoció por revelación que el tal forastero había sido san Andrés, y que había acudido a la puerta de su palacio en apariencia de peregrino para evitar su caída en la tentación que el demonio había organizado contra su virtud. En adelante, y hasta el fin de su vida, el susodicho prelado, cuya devoción a san Andrés creció a raíz del referido suceso, dio constantemente pruebas de la veneración que sentía hacia el santo apóstol.

10. El prefecto de cierta ciudad se apoderó injustamente de un terreno que alguien había donado para el culto de san Andrés. Dios, atendiendo a las plegarias del obispo de la diócesis, castigó severamente al usurpador, enviando sobre él unas gravísimas fiebres. El prefecto devolvió las tierras al prelado y le suplicó que rogara por él y le alcanzara del Señor la salud que había perdido. Rezó el obispo, sanó el prefecto, pero, nada más sanar, usurpó de nuevo el predio. Entonces el obispo tornó a orar, pero con otro sentido: «Que no se enciendan las lámparas de este templo, decía mientras las quebraba, hasta que el Señor tome venganza por sí mismo de este su enemigo, y le obligue a devolver a la iglesia lo que es suyo».

Nuevamente enfermó de fiebres el prefecto; nuevamente envió emisarios al obispo rogándole que rezara por él impetrando su salud, y nuevamente prometió que si curaba devolvería el predio; y no solamente el predio, sino otro de igual o de mayor extensión; pero el obispo hízole saber que no tomaría en cuenta su encargo, puesto que por dos veces le había alcanzado de Dios la salud y otras tantas había sido infiel para con Dios y su iglesia.

Al recibir esta respuesta el prefecto se indignó, se hizo llevar a casa del obispo y a la fuerza lo obligó a entrar en la catedral, para que orara por él; mas, apenas el obispo entró en el templo, el prefecto murió repentinamente. De ese modo la iglesia recuperó el terreno de san Andrés.

Capítulo III

SAN NICOLÁS

Etimológicamente, Nicolás puede derivar de *nikos* (victoria) y de *laos* (pueblo). Si fuese así, Nicolás significaría *vencedor de los vicios populares,* es decir, de las viles lacras que suelen abundar entre el pueblo; y con mayor propiedad, *vencedor del pueblo,* en cuanto que con su doctrina enseñó a muchas personas a triunfar de sus vicios y pecados. También podría derivar de *nikos* (victoria) y de *laus* (alabanza), en cuyo caso equivaldría a *alabanza victoriosa.* Cabe una tercera hipótesis: que provenga de *nitor,* (blancura) y de *laos,* (pueblo), y en este supuesto querría decir *blancura del pueblo,* significación que encaja perfectamente con lo que fue san Nicolás: blancura y pureza; porque, como observa Ambrosio, la palabra divina purifica, la confesión purifica, las buenas obras purifican y los buenos pensamientos purifican. Unos doctores argólicos compusieron la leyenda de san Nicolás. Argólico, según Isidoro, proviene de Argos, ciudad de Grecia; de ahí que se llame argólicos a los griegos. En griego escribió el patriarca Metodio la vida de este santo; al menos, eso se dice; como también se dice que, posteriormente, cierto diácono llamado Juan la tradujo al latín y le añadió muchos datos nuevos.

1. Nicolás, ciudadano de Patras, nació en el seno de un familia virtuosa y rica. Sus padres, Epifanio y Juana, se casaron muy jóvenes, lo engendraron en los primeros días de su matrimonio y a partir de entonces guardaron absoluta castidad durante el resto de sus días. Nada más nacer ocurrió con este niño un hecho sorprendente: se sostuvo por sí mismo, de pie, dentro del lebrillo en que lo lavaban. En la época de su lactancia, los miércoles y viernes no aceptó el pecho materno más que una vez al día. En su juventud huyó de las diver-

siones, pasando sus ratos de ocio en las iglesias y poniendo gran empeño en retener en su memoria los pasajes de la Sagrada Escritura que en ellas se leían o comentaban. Nada más morir sus padres dióse a pensar en la manera de emplear en el servicio divino las cuantiosas riquezas que de ellos había heredado; quería hacerlo de modo discreto, sin que nadie se enterase, para evitar que lo convirtieran en objeto de admiración y alabanza.

Por entonces un vecino suyo de condición social noble pero venido a menos, padre de tres doncellas solteras, para procurar dinero y remediar la suma pobreza en que vivían trataba de lanzar a sus tres hijas al infame vicio de la prostitución. Cuando el santo tuvo conocimiento de lo que aquel hombre proyectaba se horrorizó y, para evitar que llevara adelante sus planes, una noche, sin que nadie le viera, arrojó por una ventana al interior de la casa de su vecino una talega llena de monedas de oro. A la mañana siguiente el vecino descubrió en el suelo de la habitación el misterioso tesoro, dio gracias a Dios, y con el dinero que contenía la bolsa constituyó la dote para casar a una de sus hijas. Unos días más tarde Nicolás repitió la operación. Su vecino, al hallar la segunda bolsa, tan contento como admirado, propúsose vigilar por si el fenómeno se repetía, para averiguar quién era el bienhechor que había acudido en remedio de sus necesidades. Unas jornadas después el siervo de Dios lanzó por la misma ventana y al interior de la misma estancia una tercera bolsa con doble cantidad de monedas de las que contenían cada una de las talegas lanzadas anteriormente. Con el ruido que la bolsa produjo al caer en el suelo despertóse el vecino, salió de prisa a la calle y empezó a correr tras de su desconocido protector, que también corría.

—¡Deteneos y no os ocultéis! gritaba el favorecido, acelerando cuanto podía su marcha.

Al cabo de un rato logró dar alcance a su favorecedor, y al reconocer en él a Nicolás se postró a sus pies y quiso besárselos. El santo alzólo del suelo y le suplicó que, mientras él viviere, no contara a nadie lo ocurrido.

2. Poco después de esto murió el obispo de Myra. Los prelados de la región se reunieron para determinar quién había de ocupar la sede que acababa de quedar vacante. El presidente de la asamblea, que gozaba de gran prestigio entre sus compañeros y sabía que todos darían su voto a quien él indicara, al comenzar la sesión propuso a los vocales diferir la elección unos días y, entretanto, pedir a Dios, con oraciones y ayunos, que se dignase indicarles de alguna manera a quién deberían elegir. Aquella misma noche, estando todos los obispos durmiendo, el presidente oyó una voz que le decía: «Mañana, levántate muy temprano, sal a la calle, ponte a la puerta de la catedral, y espera; pronto empezarán a llegar algunos hombres a la iglesia, para asistir a los sagrados oficios. Cuando llegue el primero, pregúntale cómo se llama; si te dice que Nicolás, no te quepa duda de que tienes delante de tí al sujeto designado por Dios para que ocupe la silla vacante». Inmediatamente el presidente levantóse de la cama, despertó a los demás obispos y les comunicó la revelación que le había sido hecha; invitóles a permanecer en oración hasta la mañana y les manifestó que, de acuerdo con el aviso recibido, él, antes de amanecer, se situaría a la puerta de la catedral. En efecto, muy de madrugada el presidente se colocó junto al cancel de la iglesia. Poco después, antes que nadie, llegó un hombre.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el prelado.

El interpelado, que tenía el aspecto de una mansa paloma, inclinando la cabeza, respondió:

—Nicolás, para servir a Dios y a vuestra santidad.

Avisados por el presidente acudieron los demás obispos, rodearon al recién llegado y, sin hacer caso de sus excusas y resistencia, lo introdujeron en el templo, lo llevaron hasta la sede episcopal y lo sentaron en la cátedra.

Con la nueva dignidad no cambió el nuevo obispo sus antiguas costumbres, sino que perseveró en sus anteriores prácticas de humildad, serie-

dad de conducta y obras santas, en sus vigilias y oraciones nocturnas, en sus penitencias y en la maceración de su cuerpo. Evitaba cuidadosamente el trato innecesario con mujeres, mostrábase manso con todos, predicaba con elocuencia y eficacia, era diligente en la exhortación y firme y enérgico en la reprensión de los vicios.

3. Se dice también, y se lee en una crónica, que Nicolás asistió al Concilio de Nicea.

Un día los marineros de un barco al borde del naufragio, con lágrimas en los ojos invocaron su nombre diciendo:

—Nicolás, siervo de Dios, muéstranos que es verdad cuanto hemos oído referir acerca de tu poder.

En aquel mismo instante presentóse ante ellos y les dijo:

—Aquí me tenéis; ved cuán prestamente he acudido a vuestra llamada.

Inmediatamente comenzó a ayudarles en las faenas de la navegación y a maniobrar con antenas, velas y cables, hasta que momentos después la tempestad cesó y él desapareció.

Al final del viaje, los marineros acudieron a la iglesia de san Nicolás, y a pesar de que, fuera de aquella aparición, jamás en su vida lo habían visto, en cuanto entraron en la catedral, donde a la sazón estaba el santo obispo, inmediatamente lo reconocieron, se acercaron a él y le hicieron saber que le estaban muy agradecidos, e igualmente a Dios, por haberlos salvado del naufragio. San Nicolás les dijo que aquel prodigio no se debió a sus propios méritos, sino a la misericordia divina y a la fe de ellos.

En cierta ocasión la provincia en que vivía el santo pasó por una terrible situación de hambre; en toda ella carecíase de alimentos. Supo el siervo de Dios que en determinado puerto había varias naves cargadas de trigo, fuése hasta allá y rogó a los marineros que le ayudasen a remediar la necesidad de su gente proporcionándole cien moyos de grano del cargamento de cada uno de los barcos.

Respondiéronle ellos:

—Padre, no nos atrevemos a hacer lo que nos propones, porque cuando embarcamos el cereal en Alejandría se midió la carga de cada nave exactamente, tomóse nota de ello, y tenemos que llevar íntegra la cantidad de trigo hasta los silos del emperador.

—Haced lo que os digo —insistió san Nicolás— y yo os prometo en nombre de Dios que cuando lleguéis con la carga a los almacenes imperiales no faltará de ella ni un solo grano.

Confiaron los marineros en la palabra del santo. Diéronle cien moyos de trigo de cada nave para remediar el hambre de su pueblo y al llegar los barcos a su destino y entregar el cargamento al comisario del emperador, comprobóse que la cantidad de trigo que entró en los silos era exactamente igual a la embarcada en Alejandría.

Los marineros publicaron este milagro y alabaron a Dios que tan ostensiblemente había sido glorificado por medio de su siervo san Nicolás. Este, por su parte, distribuyó el trigo a tenor de las necesidades de cada uno, e hizo otro estupendo milagro porque, aunque el que le dieron los marineros no fue mucho, no sólo remedió el hambre de su gente, sino que con él alimentó a la población durante dos años y hasta reservó lo necesario para hacer las sementeras de ambos otoños.

5. La región en que san Nicolás vivía era idólatra; en ella dábase especialmente culto a Diana, y no pocos, de menos cultura, hacían en honor de la diosa actos execrables y practicaban determinados ritos paganos bajo un árbol consagrado a ella. San Nicolás abolió estos cultos en todo el país e hizo cortar el árbol. Irritado por esto el antiguo enemigo humano, compuso un aceite especial, dotado de propiedades tan antinaturales como la de comunicar combustibilidad al agua y a las piedras, lo metió en una redoma, se disfrazó de monja, se hizo a la mar a bordo de un pequeño bote, se acercó a un barco en el que viajaban varios peregrinos que iban a visitar la catedral del siervo de Dios, y, cuando estaba a corta distancia de la nave, dijo a los pasajeros:

—De buena gana iría con vosotros a ver a ese santo varón, pero no puedo. Haced el favor de llevar en mi nombre esta redoma; contiene óleo para perfumar su catedral; cuando lleguéis a ella, rociad con este balsámico aceite las paredes y el suelo del templo.

Tomaron los peregrinos la redoma, y sin que pudiesen explicarse cómo ni por dónde, la monja y el bote desaparecieron de su vista. Muy poco después de esto la nave de los peregrinos se cruzó con otra, en cuya cubierta había algunos hombres de bien. Uno de estos, que se parecía notablemente a san Nicolás, dijo a los del otro barco:

—¡Eh! hermanos: ¿Qué encargo os hizo aquella mujer y qué fue lo que os dio?

Los peregrinos le refirieron puntualmente cuanto la monja les había dicho. Entonces el desconocido aquel desde la nave les advirtió:

—Quien os entregó esa redoma ni era monja ni mujer, sino la impúdica Diana; y para demostraros que es verdad lo que os digo os propongo que arrojéis al agua el contenido de la redoma y veréis lo que pasa.

Los peregrinos destaparon la redoma y vertieron en el mar el líquido que contenía, y en cuanto éste se puso en contacto con el agua, el agua, contra las propiedades de su naturaleza, comenzó a arder, y ardiendo estuvo durante largo rato.

Cuando los viajeros llegaron a su destino y se entrevistaron con el siervo de Dios, le dijeron:

—Tú fuiste quien nos saliste al paso y nos libraste de aquella insidia del diablo.

6. Por ese mismo tiempo una nación se rebeló contra el imperio romano. El emperador envió contra los insurrectos un ejército poderoso, mandado por tres generales que se llamaban Nepociano, Urso y Apilión. Empujadas por un viento desfavorable, las naves en que viajaban las tropas llegaron a un puerto del Adriático en donde los expedicionarios desembarcaron. Un día, el bienaventurado san Nicolás invitó a comer a los tres generales para rogarles durante la comida que pusieran fin a los desmanes y rapiñas que sus soldados estaban haciendo en el país. Poco después de esto, estando el santo ausente de la ciudad, el cónsul, sobornado con dinero, condenó a muerte a tres miembros de la tropa, que eran inocentes del delito que se les achacaba. En cuanto san Nicolás se enteró rogó a los tres generales que, a toda prisa, acudiesen con él al lugar en que iba a efectuarse la ejecución. Cuando llegaron, ya estaban los tres condenados arrodillados en tierra con los ojos tapados y el verdugo con la espada en alto para descargar el golpe mortal sobre el primero de ellos. San Nicolás, inflamado de santo celo, arrojóse valientemente sobre el gladiador, le arrebató el arma, la arrojó lejos de sí, desató a los sentenciados y se los llevó consigo sanos y salvos. Después se dirigió al pretorio para hablar con el cónsul y, como hallara las puertas cerradas, forzólas, abriólas y entró. El cónsul, al enterarse de que el prelado estaba allí y de que quería hablarle, salió a recibirle e intentó saludarle, pero el obispo, dejando los saludos a un lado, se encaró con él y le dijo:

—¡Enemigo de Dios! ¡Prevaricador y atropellador de la ley! ¿Cómo tienes el atrevimiento de mirarme a la cara sabiendo como debes saber que eres reo de un crimen horrendo?

Tras de reprenderle muy severamente, el virtuoso prelado, a ruego de los tres generales, depuso su actitud, mostróse benigno con el cónsul, consiguió que se arrepintiera de su pecado, y lo absolvió del mismo. Después, los tres generales del emperador, recibida la bendición del santo, prosiguieron su camino, sometieron a los insurrectos sin derramamiento de sangre y regresaron a Roma en donde fueron recibidos con grandes honores por la corte imperial; pero poco después, algunos, envidiosos del éxito que habían tenido, influyeron con dádivas y palabras lisonjeras sobre el prefecto del emperador, y consiguieron que el tal prefecto acusara a los generales de haber cometido un crimen de lesa majestad. El emperador, enfurecido, mandó que fuesen encarcelados y que aquella misma noche, sin juicio previo, los tres fuesen degollados. Enterados éstos por el carcelero del fin que les aguardaba, rasgaron sus vestiduras, y comenzaron a gemir amargamente. Uno de ellos, Nepociano, recordando que el bienaventurado Nicolás había salvado la vida de tres inocentes, exhortó a los otros a que, juntamente con él, invocasen la protección del santo obispo. Sus plegarias tuvieron la virtud de que aquella misma noche san Nicolás se apareciera al emperador Constantino y le dijera:

—¿Cómo es que has encarcelado a esos tres generales y sin que hayan cometido crimen alguno, contra toda justicia, los has condenado a muerte? Levántate ahora mismo y manda que sean inmediatamente puestos en libertad; si no haces lo que te digo pediré a Dios que te veas metido en una guerra, que perezcas en ella y que tu cuerpo sea devorado por las alimañas.

El emperador preguntó:

—¿Quién eres tú, para entrar de noche en mi palacio y hablarme de esta manera?

El santo le respondió:

—Soy Nicolás, obispo de la ciudad de Myra.

De modo semejante y al mismo tiempo apareciósele también al prefecto, y le dijo:

—¡Necio! ¡Mentecato! ¿Por qué has tramado la muerte de esos tres inocentes? Corre ahora mismo en su auxilio y ponlos en libertad si no quieres que ahora mismo también tu cuerpo se convierta en horrible gusanera y tu casa sea destruida.

El prefecto, entre irritado y asustado, replicó:

—¿Quién eres tú para proferir contra mí semejantes amenazas?

—Soy Nicolás, obispo de la ciudad de Myra —contestó el santo.

Levantáronse en seguida el emperador y el prefecto; cada uno de ellos fuése en busca del otro; al encontrarse se refirieron mutuamente la aparición que en sueños habían tenido, y al instante acudieron a la cárcel. Habló primero el emperador, preguntando a los presos:

—¿A qué artes mágicas habéis recurrido para provocar en nosotros estas visiones y sueños?

Respondiéronle ellos:

—Señor, nosotros no somos magos ni entendemos qué queréis decirnos. Somos tres generales condenados a muerte e inocentes de los delitos que se nos imputan.

El emperador preguntóles de nuevo:

—¿Conocéis, acaso, a un hombre llamado Nicolás?

Al oír este nombre, los tres generales extendieron sus manos hacia el cielo y comenzaron a pedir a Dios que por los méritos del santo obispo los sacara de la situación en que se hallaban. Luego refirieron al emperador lo que ellos sabían de la vida y maravillosas obras del bienaventurado varón y, cuando terminaron, el emperador les dijo:

—Salid de la cárcel y dad gracias a Dios, porque Dios es quien os ha liberado por medio de ese Nicolás. Id a ver a este prelado, decidle que le quedo muy agradecido, y rogadle de mi parte que en adelante no me asuste más con sus amenazas, sino que pida al Señor por mí y por mi reino.

Unos días después, los tres generales, posternados ante su bienhechor, lo saludaron diciéndole:

—Verdaderamente eres siervo de Dios y fiel discípulo y amigo de Cristo.

A continuación le refirieron puntualmente todo lo ocurrido. El santo obispo, con las manos alzadas al cielo, mientras los escuchaba daba gracias fervorosamente al Señor y, cuando sus visitantes concluyeron su relato, los instruyó convenientemente acerca de cómo debían cumplir sus deberes profesionales, y los despidió.

7. Conociendo san Nicolás que el final de su vida se acercaba, rogó al Señor que le llevara consigo y le enviara sus ángeles para que le asistieran en el momento de su muerte. A continuación inclinó su cabeza y vio que los ángeles venían hacia él. Entonces recitó el salmo *«En ti, Señor, he esperado, etc.,»*, y mientras pronunciaba las palabras del mismo *«en tus manos, etc.,»*, expiró. Era el año 343. Nada más morir se oyeron en el aire himnos entonados por los espíritus angélicos.

Su cuerpo fue colocado en un sepulcro de mármol. Cuando estaban enterrándole, los asistentes vieron como de la cabecera de la sepultura brotaba un manantial de aceite y, del extremo opuesto, otro de agua. Desde entonces hasta hoy no ha cesado de fluir de sus miembros un óleo santo con cuya unción se han curado multitudes de enfermos.

Sucedióle en el gobierno de la diócesis un piadoso varón que, poco después, por intrigas de los envidiosos, fue destituido. Desde el día en que su sucesor fue depuesto, el óleo dejó de fluir pero tornó a manar tan pronto como lo repusieron en su sede episcopal.

Pasado mucho tiempo los turcos arrasaron la ciudad de Myra. En 1087 un grupo de peregrinos formado por cuarenta y siete soldados y cuatro monjes, todos ellos de Bari, acercáronse a Myra; alguien les indicó el lugar donde san Nicolás había sido sepultado; abrieron la tumba y encontraron los huesos del santo flotando sobre una balsa de aceite; recogiéronlos respetuosamente y con gran reverencia los trasladaron a Bari.

8. En cierta ocasión un hombre recibió de un judío, en calidad de préstamo, determinada cantidad de dinero, jurando sobre el altar de san Nicolás, a falta de otros testigos, que tan pronto como pudiera devolvería el préstamo a su prestamista. Mucho tiempo después el judío reclamó al susodicho hombre el dinero que le había prestado, pero éste le aseguró que ya se lo había devuelto años antes. Con este motivo, prestamista y deudor litigaron ante el juez, en cuya presencia el judío requirió al prestatario a que jurase, si se atrevía, que ya le había devuelto el dinero que le prestara. Tenía el deudor en sus manos una cayada, cual si la precisase para que le sirviera de apoyo, en cuyo interior, pues la cayada era hueca, antes de comparecer ante el juez había introducido secretamente una cantidad de dinero mayor que la que le había sido prestada por el judío. Cuando éste le instó a que jurara, díjole nuestro hombre:

—Tenme la cayada mientras juro.

Tomó la cayada el judío. Juró el otro y dijo:

—Juro que es verdad que he devuelto, y con creces, el dinero que este judío me prestó hace años.

Pronunciado el juramento, pidió la cayada al ju-

día, y éste, ignorante del truco, se la devolvió.

Feliz y contento, el hábil defraudador emprendió su regreso a casa. Yendo por el camino sintió repentinamente sueño y se tendió a dormir en el suelo, a la vera de una encrucijada. Momentos después pasó por encima de él, a toda velocidad, un carro, causándole la muerte. Las ruedas del carro quebraron la cayada, y el dinero que contenía en su interior quedó desparramado por el suelo. El judío, al enterarse de lo ocurrido, acudió presto al lugar del accidente, advirtió el engaño de que había sido objeto, y, aunque algunos de los presentes decíanle que recobrase su dinero, negóse a ello y dijo:

—Cierto que este dinero me pertenece; pero sólo lo tomaré si el hombre que aquí yace muerto vuelve a la vida por intercesión de san Nicolás. Mas digo: si este muerto resucita, me haré cristiano.

El muerto resucitó al punto, y el judío cumplió su palabra; se convirtió al cristianismo y se bautizó en nombre de Jesucristo.

9. Otro judío, admirado del poder milagroso de san Nicolás, mandó labrar una imagen suya, la colocó en su casa y cuando se ausentaba de ella encargaba al santo, bajo severas amenazas, que cuidara de su vivienda y de cuantos enseres y objetos en su interior había. Más o menos decíale de esta manera: «Nicolás; custodia diligentemente todas mis cosas, porque si no lo hicieres, te azotaré».

En cierta ocasión, en una de sus ausencias, entraron ladrones en su casa y le robaron cuanto tenía, a excepción de la imagen del santo. Regresó el judío y al advertir el expolio se encaró con la imagen y le dijo:

—Señor Nicolás, ¿no te traje a esta casa para que protegieras mis cosas? ¿No te advertí oportunamente que cuidaras de ella mientras yo estaba ausente, y que si no lo hacías te daría una buena azotaina? ¿Por qué no cumpliste mi encargo? ¿Por qué no evitaste que los ladrones me robaran? Ahora vas a pagar las consecuencias de tu descuido, porque pienso descargar sobre tus espaldas los azotes que descargaría sobre las de los ladrones si los tuviera a mano, desquitarme de ese modo del daño que he padecido y desahogar por ese procedimiento la incontenible rabia que me embarga.

Acto seguido el irritado judío tomó un látigo y empezó a azotar furiosamente la imagen del santo; mas he aquí que un momento después ocurrió algo tremendo y maravilloso: mientras los ladrones se repartían el producto del robo, san Nicolás, con su cuerpo hecho una lástima, cual si realmente hubiese sido cruelmente flagelado, se presentó ante ellos y les dijo:

—¿Por qué he tenido que pagar yo por vosotros? ¿Por qué he tenido que ser yo la víctima de vuestra mala acción? ¡Ved cuán ferozmente me han azotado! ¡Ved cuán lívidos y amoratados están mis miembros! ¡Ved cómo fluye de ellos la sangre! Id inmediatamente a restituir cuanto habéis robado; si no lo hacéis, ahora mismo descenderá sobre vosotros la ira de Dios, se hará público vuestro delito y moriréis ahorcados.

Los ladrones le preguntaron:

«—¿Quién eres tú, que nos hablas de esta manera?»

El santo les respondió:

—Soy Nicolás, siervo de Jesucristo. El judío a quien habéis robado, para vengaros del robo que hicisteis en su casa me ha puesto de este modo.

Los ladrones, asustados, fueron a ver al judío, le contaron la aparición que habían tenido y el judío a su vez les refirió el castigo que él había propinado a la imagen del santo. Los primeros devolvieron al segundo todo cuanto le habían robado, dejaron su mal oficio y vivieron en adelante honradamente; y el judío abrazó la fe del Salvador.

10. Un hombre, por amor a un hijo suyo, estudiante, todos los años celebraba solemnemente la fiesta de san Nicolás. En cierta ocasión el referido padre organizó un banquete e invitó a él a gran número de clérigos. Mientras comían llegó a la puerta de la casa el diablo, disfrazado de peregrino, pidiendo limosna. El padre encargó a su hijo que socorriese, sin dilación, al pordiosero. Por más diligencia que el joven puso en ejercutar el mandato de su padre, cuando llegó a la puerta el peregrino ya no estaba allí; como deseaba socorrerle, salió a la calle en su busca, vio que ya iba lejos, corrió y logró darle alcance en una encrucijada; entonces el diablo asió al muchacho por el cuello y lo estranguló. Cuando el padre se enteró de lo sucedido, profundamente impresionado y conmovido de dolor acudió a recoger el cuerpo sin vida de su hijo, lo llevó a casa, lo tendió sobre una cama y dio rienda suelta a su pena, exclamando a voces:

—¡Oh hijo querido! ¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¡Oh san Nicolás! ¿Así correspondes al honor que te he tributado tantos años?

De pronto, mientras con estas y otras semejantes expresiones desahogaba la amargura que hen-

chía su corazón, su hijo, cual si despertase de un profundo sueño, abrió los ojos y resucitó.

11. En cierta ocasión un hombre acudió a san Nicolás rogándole que le consiguiera de Nuestro Señor un hijo, prometiéndole que, si le alcanzaba esta gracia, cuando el niño fuera mayorcito lo llevaría en peregrinación a su iglesia y donaría a la misma un jarrón de oro. El hijo nació y creció, y el hombre, dispuesto a cumplir su voto, encargó a un orfebre que le hiciera un jarrón de oro. El orfebre cumplió el encargo e hizo un jarrón tan primoroso que, cuando el hombre lo vio, decidió quedarse con él y encomendó al artesano que labrara otro exactamente igual para el altar del santo. Confeccionado el segundo jarrón, padre e hijo se embarcaron en un navío y emprendieron el prometido viaje de peregrinación a la iglesia de san Nicolás. Durante la travesía, en un momento dado, mandó el padre al hijo que tomara el jarrón primeramente confeccionado y lo llenara de agua del mar. Al inclinarse el niño sobre la borda del barco para proveerse del agua que su padre le había pedido, niño y jarrón cayeron al mar y desaparecieron. Lloró amargamente el padre; mas, a pesar de la desgracia que le había ocurrido, decidió proseguir su viaje y cumplir la promesa que años antes hiciera al santo. Llegado a su destino entró en la iglesia y colocó sobre el altar de san Nicolás el otro jarrón; pero, nada más asentarlo, el jarrón salió despedido y cayó al suelo. Recogiólo el buen hombre y lo puso nuevamente sobre el ara, y nuevamente salió lanzado por el aire, yendo a caer más lejos que la vez anterior. Cuantos presenciaron el fenómeno quedaron sorprendidos y admirados. Iba el padre a recoger el jarrón cuando vio que por la nave del templo venía hacia él su hijo, sano y salvo, con el otro jarrón en sus manos. El pequeño refirió a su padre y a los presentes que, cuando cayó al mar, san Nicolás acudió en su socorro y lo sacó del agua completamente ileso. Su padre, lleno de alegría, regaló a la iglesia del santo los dos jarrones de oro.

12. Otro hombre, también rico, por intercesión de san Nicolás obtuvo de Dios un hijo, al que puso el nombre de Adeodato y, agradecido, construyó en su casa, en honor del santo, una capilla en la que todos los años celebraba su fiesta muy solemnemente. Vivía este caballero en un lugar muy próximo a la frontera con tierra de moros. Cuando Adeodato era jovencito, un día los agarenos lo secuestraron y lo regalaron a su rey, que lo aceptó como esclavo. Al año siguiente, el día de la fiesta de san Nicolás, estando Adeodato en presencia del rey, con un jarrón en sus manos, comenzó a recordar las circunstancias de su secuestro, a pensar en lo alegre que, si no lo hubieran hecho cautivo, estaría a aquellas horas en su casa, disfrutando de los festejos en honor del santo, y, sin poder evitarlo, empezó a llorar amargamente. El rey le obligó, incluso con amenazas, a que le dijera por qué lloraba de aquella manera, y cuando el muchacho le declaró los motivos de su pena, replicóle en forma áspera:

—Haga lo que quiera y lo que haga tu Nicolás, hazte a la idea de que tú ya no saldrás nunca más de entre nosotros.

Nada más decir el rey eso, levantóse repentinamente un viento huracanado tan fuerte que derribó el palacio y transportó por el aire al muchacho, con el jarrón en sus manos, y lo depositó suavemente a la puerta de la capilla en la que sus padres estaban celebrando solemnes cultos en honor de san Nicolás. El gozo del hijo, de sus padres y de toda la casa, fue inmenso.

En ciertos libros se refiere este hecho con algunas variantes: se dice en ellos que este joven era de Normandía, que fue capturado en alta mar por un sultán, que éste azotaba constantemente al muchacho, y que, un año, el día de san Nicolás, estando el jovencito encerrado en un calabozo tras de haber sido cruelmente azotado, llorando amargamente y pensando en su triste situación y en la de sus padres que otros años en semejante día disfrutaban tanto, quedóse dormido, y que cuando despertó se encontró en la capilla de su casa, rodeado de su familia.

Capítulo IV

SANTA LUCÍA, VIRGEN

Lucía, viene de luz. La luz es bella de por sí y bella resulta a los ojos que la contemplan. La luz por su misma naturaleza, dice acertadamente Ambrosio, está ordenada al deleite de la vista. La luz se refleja en los objetos sin que se le pegue nada de ellos, y aunque se ponga en contacto con las cosas más inmundas no se contagia de su suciedad. La luz sigue siempre el camino recto, sin sinuosidades; y, sin detenerse en su trayecto, recorre en un instante larguísimas distancias. Con razón dieron a esta

bienaventurada virgen el nombre de Lucía, porque en su ser coincidieron la pureza de la virginidad sin la menor corrupción, la expansión de la caridad sin mezcla de amores impuros, la rectitud de su proyección hacia Dios sin la más mínima desviación, y la perseverancia en su caminar por las sendas del divino servicio sin detención y sin negligencia. Lucía puede significar también *camino de luz,* si suponemos que este nombre derive de *lucis vía.*

La virgen Lucía, hija de padres nobles, nació en Siracusa. Conocedora de la fama que en toda Sicilia tenía santa Agueda, hizo una peregrinación al sepulcro de esta santa acompañando a su madre, Eutiquia, que desde hacía cuatro años padecía de hemorragias. El día de su llegada asistieron a misa. Terminada la lectura del evangelio, en el que se narraba la curación por el Señor de la hemorroísa Lucía dijo a su madre:

—Si crees que es verdad cuanto acaban de leer cree también que Agueda goza ya de la presencia de aquel por quien tanto sufrió, y cree igualmente que si tocas con fe su sepulcro quedarás inmediatamente curada.

Terminada la misa, en cuanto la gente salió de la iglesia, la madre y la hija se postraron en oración junto al sepulcro de la santa. De pronto, Lucía se quedó dormida y soñó que veía a Agueda, de pie, rodeada de ángeles, adornada de ricas joyas y parecióle entender que la mártir le decía: «Lucía, hermana mía, virgen consagrada a Dios: ¿Por qué me pides a mí que conceda a tu madre lo que tú misma puedes concederle sin demora alguna? Quiero que sepas, que por el mérito de tu fe, tu madre ya está curada».

En aquel preciso instante despertó Lucía y dijo a su madre:

—Ya estás curada. En atención a aquella por cuya intercesión has obtenido la salud te ruego que en adelante no vuelvas a hablarme de matrimonio y que entregues a los pobres lo que pensabas darme como dote para casarme.

Eutiquia le respondió:

—Cuando hayas cerrado mis ojos podrás hacer lo que quieras con los bienes que te dejaré, pero no antes.

Replicóle su hija:

—Me dejarás a tu muerte esas cosas de que me hablas, porque no puedes llevártelas contigo al otro mundo. Dámelas ahora, durante tu vida, y serás ampliamente recompensada.

Una vez que ambas regresaron a su casa, comenzaron a vender cada día una parte del patrimonio y a entregar secretamente a los pobres el dinero que en cada venta obtenían. No tardó en llegar a oídos del joven a quien Eutiquia había prometido la mano de su hija la noticia de que su futura suegra estaba vendiendo poco a poco su cuantiosa hacienda, y cuando supo con certeza que los rumores estaban fundados en hechos verdaderos fue a visitar a la madre de su prometida y le preguntó:

—¿Por qué estás enajenando los bienes que deberían pasar a Lucía?

Eutiquia, con palabras de doble sentido, le respondió:

—No creas que estoy dilapidando el patrimonio de mi hija, sino invirtiendolo a su nombre en otra clase de bienes mejores y mucho más seguros.

El joven, creyendo que la madre de Lucía colocaba secretamente el dinero que obtenía en las ventas en algún negocio lucrativo, no sólo no preguntó más, sino que trató de colaborar en la operación, buscando buenos compradores que pagaran las fincas a altos precios y al contado. Pero cuando todo estuvo vendido y supo que los dineros obtenidos habían sido íntegramente distribuidos en obras de caridad, su sorpresa fue tan grande que, irritado, se presentó ante el cónsul Pascasio y denunció a Lucía, acusándola de que era cristiana y de que estaba conculcando las leyes de los emperadores. Pascasio llamó a Lucía y la invitó a que ofreciera sacrificios a los ídolos.

—El sacrificio que agrada a Dios —respondióle Lucía— es éste: que le veneremos socorriendo a los pobres en sus necesidades; como ya no me queda dinero para honrarle de esa manera, lo haré de otro modo: consagrando a El mi persona.

—Esas cosas —replicó Pascasio— puedes decírselas a quienes sean tan tontos como tú; por ejemplo, a tus colegas, los cristianos, pero no a mí, que estoy encargado de velar por el cumplimiento de los decretos de nuestros soberanos. No pierdas, pues, el tiempo con semejantes respuestas.

—Tú —repuso Lucía— te sientes obligado a hacer cumplir los decretos de tus señores, y yo me siento obligada a observar la ley de mi Dios. Si tú eres respetuoso con tus príncipes yo lo soy con el mío; si tú no quieres disgustar a tus amos yo tampoco quiero disgustar al mío; si tú deseas agradar a los césares yo deseo con toda mi alma agradar a Cristo; sigue, pues, tú haciendo lo que creas que es mejor para ti y déjame a mí hacer lo que entiendo que más me conviene.

—Has dilapidado tu patrimonio —díjole el cónsul— distribuyéndolo entre unos cuantos corruptores y ahora hablas como una meretriz.

—Te equivocas —alegó Lucía—; no los he dilapidado; les he dado una colocación segura. Además, nunca he tenido trato con corruptores, ni con los que pervierten la mente ni con los que degradan el cuerpo.

—¿Quiénes son —preguntó Pascasio— los que pervierten la mente y los que degradan el cuerpo?

Lucía respondió:

—Los corruptores de la mente sois vosotros, que tratáis de que las almas deserten del servicio que deben prestar a su Creador; y los corruptores del cuerpo son todos cuantos prefieren las delicias sensuales a las espirituales y eternas.

—Cuando te estén azotando —díjole Pascasio en son de amenaza— cesarán tus palabras.

—Nadie podrá hacer callar a Dios —contestó la joven.

—¿Acaso tú eres Dios? —inquirió el cónsul.

—No soy Dios —respondió ella— pero sí sierva de Dios; y Dios ha dicho: *«Cuando estéis en presencia de los reyes o de los jueces, no os preocupéis por lo que hayáis de decir: el Espíritu Santo hablará por vuestra boca».*

—¿Es que el Espíritu Santo está dentro de ti? —preguntó Pascasio.

—Respondió Lucía:

—Cuantos viven limpiamente son templos del divino Espíritu.

El cónsul, irritado, dijo:

—Haré que te lleven a un lupanar, serás violada y dejarás de ser templo de ese Espíritu divino.

A esta amenaza replicó la doncella:

—Si la mente no consiente, el cuerpo no quedará mancillado. Podrás conseguir que sea violada pero, como esa violación se producirá contra mi voluntad, mi castidad quedará aún más reafirmada. Jamás lograrás provocar mi consentimiento. Por tanto, hijo del diablo, comienza cuando quieras a saciar tus feroces deseos de atormentarme. No tengo miedo; estoy dispuesta a soportar toda clase de suplicios. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

Llamó Pascasio a unos rufianes y les dijo:

—Convocad a todo el pueblo, y en presencia de la multitud atormentad a esta muchacha con cualquier clase de torturas; y no ceséis de afligirla hasta que estéis bien seguros de que ha muerto.

Trataron los susomentados rufianes de llevarse a Lucía, pero no lo consiguieron. El Espíritu Santo fijó al suelo los pies de la doncella de tal modo que cuanto empeño pusieron por removerla del sitio en que se encontraba resultó vano. En vista de ello ordenó Pascasio que la ataran con cuerdas y que tiraran de ella hasta mil hombres al mismo tiempo; mas tampoco éstos lograron desplazarla del lugar que ocupaba. Tras de este fracasado intento, los mil hombres fueron sustituidos por mil parejas de bueyes; los animales, aguijoneados, hicieron denodados esfuerzos tirando de la joven, pero ésta permaneció donde estaba. Entonces recurrieron a unos magos, para ver si con sus encantamientos eran capaces de movilizarla. Este procedimiento no surtió efecto alguno. Tras de tantas tentativas inútiles, Pascasio, encolerizado, exclamó:

—¿Qué maleficios son éstos? ¿A qué se debe el que una muchacha no pueda ser movida por mil hombres?

—No se trata de maleficios —comentó Lucía— sino de beneficios de Cristo. Ni aunque tiren diez mil de mí me arrancarán de donde estoy.

Pensó el cónsul que acaso tuvieran razón quienes proponían que se rociase a la doncella con orina, pues a juicio de algunos la orina derramada sobre una persona encantada tenía la virtud de deshacer el encantamiento; para probar si esto era verdad o no mandó que se hiciera la experiencia; y la hicieron, vertiendo sobre ella orines más que suficientes para anegarla; a pesar de ello, Lucía continuó inmóvil.

Pascasio, desesperado, ordenó que embadurnaran el cuerpo de la doncella con pez y resina, que acumularan montones de leña en su derredor y que prendieran fuego a la enorme hoguera, para que la joven pereciera abrasada. Ardió la leña, con-

sumióse toda ella, pero no se consumió ni ardió Lucía, quien, de pie, sobre el rescoldo de la hoguera, dijo:

—He pedido a Dios y obtenido de él una tregua en este dilatado martirio para que los creyentes no tengan miedo a los sufrimientos y para que los no creyentes dispongan de más largo tiempo para insultarme.

Los amigos de Pascasio, viéndole tan irritado, atravesaron con una espada la garganta de Lucía; eso no obstante, ella aún pudo hablar y manifestó lo siguiente:

—Os anuncio que ha sido concedida la paz a la Iglesia. Hoy mismo ha muerto Maximiliano, y Diocleciano acaba de ser expulsado de su reino. Lo mismo que mi hermana en Cristo ha sido proclamada protectora de Catania, así también seré yo proclamada protectora de Siracusa.

Diciendo estaba estas últimas palabras cuando llegaron unos ministros de los romanos que se apoderaron de Pascasio y se lo llevaron para hacerle comparecer ante el César, porque éste, enterado de que el cónsul se dedicaba a saquear la provincia, había dado orden de prenderle. Llegado a Roma, Pascasio fue juzgado por el Senado. En el juicio a que fue sometido probáronse sus fechorías, los senadores le condenaron a muerte y la sentencia se ejecutó inmediatamente.

Después de que los ministros se llevaran al cónsul, todavía quedó Lucía viva e inmóvil en el sitio donde tanto la habían atormentado, hasta que acudieron unos sacerdotes que le dieron en comunión el Cuerpo de Cristo y, en cuanto hubo comulgado, entregó su espíritu a Dios. Todos los que se hallaban presentes cuando la bienaventurada virgen expiró dijeron a coro: Amén. Luego recogieron su cuerpo y allí mismo lo enterraron. Posteriormente, en aquel lugar erigieron una iglesia en su honor.

El martirio de Santa Lucía ocurrió hacia el año 310 de la era de Nuestro Señor, siendo emperadores Constantino y Majencio.

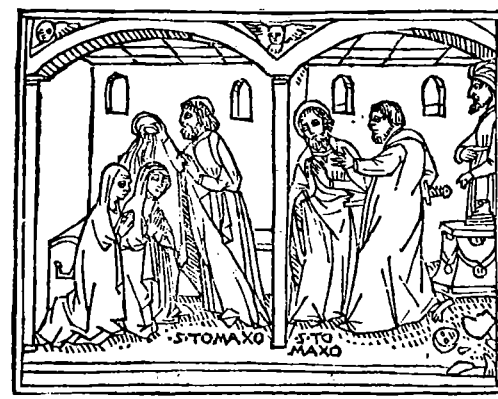
Capítulo V

SANTO TOMÁS, APÓSTOL

Tomás significa *abismo* y *duplicado;* esta segunda acepción coincide con la del término griego *dídimo.* También podría significar *división,* en el sentido de partición, puesto que entre la palabra latina *Thomas* y la griega *thómos* hay mucho parecido. Todos estos significados cuadran perfectamente a este apóstol: el de *abismo,* porque tuvo el privilegio de penetrar en la profundidad de la divinidad de Jesucristo, como se deduce de este hecho: en cierta ocasión hizo al Maestro una pregunta, y éste le contestó: *«Yo soy el camino, la verdad y la vida»;* el de *duplicado,* porque, mientras los demás discípulos conocieron la resurrección del Señor de una sola manera, viéndole, él la conoció de dos: viéndole y palpándole; la de *división* o partición, por dos motivos: en cuanto que mantuvo su mente apartada de asuntos mundanos, y en cuanto que formuló su personal acto de fe en la resurrección del Salvador separadamente de los otros apóstoles.

Si preferimos decir que la palabra Tomás deriva de la expresión latina *totum means,* cuya significación es *«el que lo recorrió todo»,* tenemos que reconocer igualmente que el nombre que llevó este apóstol resultó muy adecuado, porque a lo largo de su vida pasó por todos los grados del amor y de la contemplación de Dios. Tres cosas se requieren para que el amor a Dios sea verdadero, asegura Próspero en su libro *De la vida contemplativa;* esas tres cosas son: desear con toda tu alma ver al Señor, odiar el pecado, y menospreciar los bienes del mundo; las tres se dieron en este santo apóstol.

Cabe, por último, suponer que el sustantivo Tomás proceda de *theos,* Dios, y de *meus,* mío, en cuyo caso equivaldría a *Dios mío,* que fue precisamente lo que santo Tomás dijo cuando admitió el hecho de la resurrección de Cristo: *«¡Señor mío y Dios mío!»;* de donde se infiere que también en este supuesto, el nombre que sus padres le impusieron resultó muy acertado.



1. Estando el apóstol Tomás en Cesarea se le apareció el Señor y le dijo:

—Gondóforo, rey de la India, ha enviado a su ministro Abanés en busca de un buen constructor. Ven conmigo y yo te presentaré a él.

Tomás le respondió:

—Señor, envíame a donde quieras, pero no al país de los indios.

Jesucristo insistió:

—Ve tranquilo, no tengas miedo; yo te protegeré. Cuando los hayas convertido volverás a mí enarbolando la palma del martirio.

Tomás accedió, diciendo:

—Tú eres mi Señor y yo tu siervo; hágase tu voluntad.

Jesucristo entonces se acercó al ministro del rey que deambulaba por la plaza y le preguntó:

—¿Qué haces por aquí, buen hombre?

Abanés contestó:

—Ando buscando por orden de mi rey siervos competentes en el arte de la construcción, porque quiere que le edifiquen un palacio parecido a los que hay en Roma.

Entonces el Señor le ofreció a Tomás, asegurándole que era muy experto en la materia. Abanés lo aceptó y se lo llevó consigo.

Después de algunos días de navegación llegarom a una ciudad que estaba en fiestas porque se celebraba en ella la boda de la hija del rey, y éste había publicado previamente un bando haciendo saber que todos los habitantes de la misma y cuantos pasaran por la población deberían sumarse al regocijo general y asistir, si no querían incurrir en su cólera, al nupcial banquete. En vista de ello, Abanés y Tomás se incorporaron a los festejos. Cuando estaban comiendo, una muchacha que andaba por entre las mesas llevando en sus manos una flauta hebrea y dirigiendo palabras amables a los comensales, al pasar frente al apóstol y ver que no comía, sino que tenía los ojos levantados hacia el cielo, supuso que era hebreo, se paró delante de él y comenzó a cantar en la lengua de los judíos estos versos: «El Dios de Israel es el único Dios verdadero; El ha creado todas las cosas; El ha fundado los mares...» Tomás se esforzó por repetir estas mismas palabras. Mas entonces, el escanciador, al observar que aquel forastero ni comía ni bebía, se acercó y le dio un coscorrón en la cabeza. El apóstol dijo dirigiéndose al que le había pegado:

—No me levantaré de aquí hasta que esa mano que me ha golpeado sea traída a esta sala por los perros. No te quepa duda de que para ti es mucho mejor obtener el perdón de este pecado, a fin de que puedas entrar en la vida eterna, que evitar este castigo pasajero.

Momentos después, estando el escanciador sacando agua de un pozo, se arrojó sobre él un león, lo mató y bebió su sangre; al poco rato una manada de perros despedazaron su cuerpo y uno de ellos, de color negro, entró en el local donde se celebraba el banquete llevando entre sus dientes la mano derecha del escanciador. Los asistentes quedaron estupefactos; la muchacha, asustada, refirió a todos lo que había ocurrido y la predicción del hebreo; luego, abandonando su flauta, se arrojó a los pies del apóstol.

San Agustín, en su libro contra Fausto, rechaza que el proceder de santo Tomás obedeciera a motivos de venganza, y deja entrever que este episodio pudiera haber sido inventado por algún falsario. A su juicio, la autenticidad del hecho que acabamos de referir es dudosa. Sin embargo, aun admitiendo que este suceso ocurriera realmente, no debe ser interpretado en el sentido de que santo Tomás pidiera al cielo que le vengara de la ofensa que el escanciador le infirió, sino en este otro: que predijo proféticamente lo que iba a suceder. Por otra parte, si leemos atentamente el correspondiente pasaje de Agustín, advertiremos que él no niega taxativamente la historicidad del caso, sino que se limita a suponer la posibilidad de que haya sido inventado por alguien. Vamos a transcribir íntegramente lo que él dice en el libro citado:

«A veces leemos escritos que no son auténticos, sino apócrifos. Los maniqueos utilizan libros atribuidos a los apóstoles que no fueron compuestos por ellos, sino por ciertos inventores de fábulas, de los cuales algunos fueron tan habilidosos que incluso engañaron a la Iglesia de su tiempo consiguiendo que aceptara sus obras como buenas. Mas aún, creo que no pocos hombres santos y doctos de los que vivieron cuando se escribieron esos libros atribuidos a los apóstoles, si hubiesen tenido la oportunidad de leerlos, posiblemente los hubieran tomado por auténticos. Leen también los maniqueos y aceptan sin más como históricas otras muchas cosas, entre ellas ésta: que el apóstol Tomás, estando de incognito en un banquete de bodas al que asistía en calidad de peregrino, recibió de uno de los criados de la casa un cachete en la cabeza y que, acto seguido, el referido apóstol lanzó sobre el que le golpeó una imprecación de efectos inmediatos y gravísimos: habiendo ido el aludido criado a buscar agua a una fuente para dar de beber a los comensales, mientras estaba llenando una vasija, arrojóse un león sobre él, lo atacó y lo mató. Inmediatamente después un perro le arrancó la mano con la que ha-

bía golpeado al santo y, conforme a los deseos de éste, manifestados en su imprecación cuando recibió aquel coscorrón sin importancia, la llevó a presencia de todos hasta la mesa donde el apóstol estaba. ¿Habrá alguien a quien esto no le parezca un acto de venganza cruel? Pero, si no me equivoco, en el relato en que tal cosa se cuenta se dice también que el apóstol pidió que al susodicho criado le fuese perdonado su pecado al entrar en la vida eterna. Si fue así, la crueldad de ese gesto quedó compensada por otros beneficios mayores, tales como éstos: el de que el apóstol, tan grato a Dios, a través del temor que el caso despertara, quedara acreditado ante quienes no sabían quién era él realmente; y que los presentes entendieran que, tras de los trabajos de la vida terrena, podían hallar la eterna felicidad. Para mí tiene muy poca importancia la cuestión de si sucedió o no sucedió realmente lo que se dice en ese relato; si lo he citado aquí expresamente es porque los maniqueos tienen por canónicos, lo mismo el libro en que se cuenta ese episodio que otros no recibidos como tales por la Iglesia, y porque voy a utilizarlo para hacerles ver a través de él que tendrán que reconocer necesariamente que la virtud de la paciencia recomendada por el Señor cuando dice *«si alguien os golpea en la mejilla derecha presentadle también la izquierda»*, puede darse realmente en el fondo del corazón aunque no asome al exterior mediante gestos o palabras. Supongamos, pues, que, en efecto, el apóstol, al recibir en su cara la bofetada del escanciador, no le presentó la otra mejilla para que le golpeara también en ella, sino que rogó al Señor que no dejara sin castigo en esta vida la afrenta de que fue objeto. Pero, ¡ah!, citemos no sólo una parte, sino la totalidad del relato: también pidió al Señor que perdonase al insolente su pecado, para que pudiera entrar en la vida eterna, y con ello demostró que, aunque requiriera la corrección divina para que sirviera de ejemplo a los presentes, su alma estaba llena de amor de caridad hacia su ofensor. No trato, pues, de dilucidar aquí si ese episodio ocurrió o no ocurrió históricamente, sino de hacer ver a los maniqueos, que lo esgrimen como auténtico, que en el supuesto de que hubiera sucedido tal como en el mencionado relato se narra, tendríamos que reconocer en el siervo de Dios la misma rectitud de intención que se le reconoció a Moisés cuando degolló con su espada a los que fabricaron el ídolo. Si comparamos los castigos correspondientes a ambos casos, ¿hay tanta diferencia entre morir atacado por un león o ser decapitado a golpes de sable? Cuando los jueces, custodios de las leyes, condenaban a muerte a los reos de grandes crímenes sus sentencias se ejecutaban indistintamente por uno de estos dos procedimientos; el de echarlos a las fieras, o el de degollarlos a espada.» Hasta aquí, san Agustín.

Prosigamos. A petición del rey, el apóstol bendijo a los esposos, y lo hizo de esta manera: «Da, Señor, a estos jóvenes recién casados la bendición de tu diestra y siembra en sus almas la semilla de la vida eterna». Eso dijo, y se ausentó. Inmediatamente, en las manos del marido surgió un ramo de palmera lleno de dátiles; él y su esposa comieron de este fruto, se quedaron repentinamente dormidos, y, al despertar y referirse mutuamente lo que habían soñado, descubrieron que ambos habían soñado lo mismo. «Parecíanos, dijeron los dos, que un rey, cubierto de piedras preciosas, nos abrazaba y nos decía: el apóstol os ha bendecido para haceros participantes de la vida eterna.» Comentando estaban la coincidencia de sus respectivos sueños, cuando santo Tomás se presentó nuevamente ante ellos y les dijo:

—Ese rey que habéis visto mientras dormíais, es mi Señor; El me ha introducido hasta aquí, a pesar de que las puertas de vuestra estancia estaban cerradas, porque quiere que os manifieste que es su deseo que por la bendición que os di consigáis la integridad de la carne, es decir, la castidad, reina de las demás virtudes y garantía de la salvación eterna. La virginidad es hermana de los ángeles, compendió de todos los bienes, victoria sobre la libidinosidad, trofeo de fe, seguridad contra los ataques diabólicos y credencial de bienaventuranza perpetua. En cambio, de la concupiscencia deriva la corrupción; de la corrupción, el pecado; del pecado, la culpa y de la culpa, la condenación.

Dicho cuanto antecede, aparecieron dos ángeles que manifestaron a los esposos: «Somos vuestros respectivos custodios; si cumplís puntualmente lo que el apóstol os ha aconsejado nosotros presentaremos ante Dios todos vuestros deseos».

Seguidamente, el apóstol explicó a los recién casados detalladamente las verdades de la fe cristiana y los bautizó.

Muchos años después, la esposa, que se llamaba Pelagia y se había consagrado a Dios en una comunidad de vírgenes, sufrió el martirio. El esposo, de nombre Dionisio, fue obispo de aquella ciudad.

3. A raíz del episodio de la boda que acabamos de referir, el apóstol y Abanés prosiguieron su viaje

a la India. En cuanto llegaron a su destino, Tomás trazó los planos de un magnífico palacio; el rey le retribuyó su trabajo entregándole un riquísimo tesoro que él distribuyó entre la gente del pueblo, y en seguida el monarca se ausentó de la capital de su reino y se marchó a otra provincia. Dos años tardó en regresar, durante los cuales el apóstol no cesó de predicar, convirtiendo con su palabra a muchísimas personas. Cuando el soberano volvió y se enteró de que Tomás había predicado durante su ausencia la religión de Cristo, lo encerró juntamente con Abanés en un calabozo profundo, mandó que a los dos los desollasen vivos y que arrojasen sus cuerpos a las llamas vengadoras.

Mientras estaban en la cárcel murió Gad, hermano del rey. Cuatro días después de haber sido enterrado con gran pompa en un suntuoso sepulcro, el difunto resucitó y la gente, presa de espanto, comenzó a huir de la ciudad. Gad se presentó ante el monarca y le dijo:

—Hermano, este hombre, a quien has condenado a que sea desollado vivo y luego quemado, es amigo de Dios y tiene poder sobre los ángeles. Cuando estos celestiales espíritus me llevaban al paraíso, mostráronme un palacio construido con oro, plata y piedras preciosas; pasmado de admiración quedé yo al contemplar tan magnífico edificio; pero mi asombro fue aun mayor cuando los ángeles me dijeron: —Esta es la residencia que Tomás había edificado para tu hermano. Al oír esto, comenté: —Ojalá pudiese yo vivir ahí, aunque fuese desempeñando el oficio de portero. Ellos entonces añadieron: —Tu hermano se ha hecho indigno de ocupar esa morada; pero si quieres ocuparla tú, suplicaremos al Señor que se digne resucitarte para que vayas a ver a tu hermano y se la compres; de ese modo recuperará él el dinero que cree que ha perdido.

Dicho esto, Gad marchó apresuradamente a la cárcel, rogó al apóstol que perdonase a su hermano, desató las ligaduras con que lo tenían amarrado, y le entregó una riquísima túnica para que se vistiera con ella.

Tomás dijo a Gad:

—¿No sabes que nada carnal ni terrestre tiene valor para quienes aspiran a los bienes del cielo?

En el momento en que Tomás salía de la prisión llegó el rey, que venía a sacarle de ella, se prosternó a los pies del apóstol y le pidió perdón.

—Dios, ¡oh, señor! —manifestó Tomás al monarca— os ha concedido una gracia mayor que la de revelaros sus secretos. Creed en Cristo, recibid el bautismo y tendréis parte en el reino de los cielos.

Gad dijo a Tomás:

—He visto el palacio que hiciste para mi hermano y he sabido que tengo la oportunidad de comprarlo.

Contestó Tomás:

—En efecto, puedes comprarlo si tu hermano accede a vendértelo.

—No lo vendo —replicó rápido el rey—; lo quiero para mí. Que el apóstol construya otro para ti; si no quisiere construírtelo, no te preocupes: compartirás conmigo el mío.

Intervino el apóstol y dijo:

—Desde el principio del mundo hay en el cielo preparados innumerables palacios a disposición de los elegidos, que pueden adquirirlos en propiedad con el precio de su fe, y de sus obras de caridad. Vuestras riquezas temporales pueden acompañaros mientras camináis hacia la eternidad, pero no pueden seguiros una vez que hayáis traspasado las fronteras de este mundo terreno.

4. Un mes más tarde el apóstol congregó en un lugar determinado a todos los pobres de aquel reino; luego entresacó a los enfermos y achacosos y los colocó en un sitio especial, oró por ellos, y al terminar su oración, quienes ya estaban instruidos en la fe, respondieron a coro: —Amén—. Inmediatamente después brilló en el cielo un relámpago del que se desprendió una intensísima claridad que iluminó con su luz durante media hora al apóstol y a la concurrencia. Casi todos los presentes, abatidos por tierra, creían que ya estaban muertos, fulminados por algún rayo que hubiera caído sobre ellos cuando se produjo el deslumbrante relámpago; mas el apóstol, puesto en pie en medio de la multitud, les dijo:

—Levantaos. El señor, en forma de centella, ha venido en vuestra ayuda y os ha curado.

Alzáronse todos del suelo, y al comprobar que estaban sanos glorificaron a Dios y a su santo apóstol.

A continuación Tomás los adoctrinó y les expuso los doce grados de la escala de las virtudes, de la siguiente manera:

«El primer grado o peldaño de esa mística escalera consiste en creer que existe Dios y que es uno en esencia y trino en personas». Para hacerles de algún modo comprensibles que las tres personas podían tener una misma esencia, les adujo estos

tres ejemplos: Primero: Todo cuanto el hombre sabe constituye en su conjunto una unidad, que llamamos su sabiduría; pero en la formación de ese saber intervienen tres potencias diferentes entre sí: el ingenio, la memoria y la inteligencia. El ingenio consiste en atinar con algo previamente no aprendido; la memoria, en no olvidar lo que se aprendió; y la inteligencia, en entender lo que se ha de enseñar o mostrar a los demás. Segundo: En una vid hay una sola cepa; mas en la cepa hay tres elementos: los sarmientos, las hojas y los racimos. Tercero: La cabeza del hombre es una y única: sin embargo, en ella hay cuatro sentidos: la vista, el gusto, el oído y el olfato; cuatro sentidos diferentes en una sola cabeza.

«El segundo grado o peldaño, es recibir el bautismo.»

«El tercero, abstenerse de la fornicación.»

«El cuarto, no dejarse llevar por la avaricia.»

«El quinto, refrenar la gula.»

«El sexto, hacer penitencia.»

«El séptimo, perseverar en el ejercicio de las buenas obras.»

«El octavo, practicar la hospitalidad.»

«El noveno, procurar hacer en todo la voluntad de Dios.»

«El décimo, dar de lado a todo lo que Dios no quiere que se haga.»

«El undécimo, tener caridad con amigos y enemigos.»

«El duodécimo, ejercer sobre sí mismo suma vigilancia a fin de vivir a tono con estas normas.»

Cuando terminó su catequesis, bautizó a nueve mil personas, sin contar ni a mujeres ni a niños.

5. Después de todo esto marchó Tomás a la parte superior de la India, en donde adquirió gran celebridad por los muchos prodigios que realizó.

Una de las personas convertidas por él a la fe de Cristo fue Síntique, amiga de Migdonia, esposa de Casisio, cuñado del rey. Cuando Migdonia supo que su amiga Síntique se había hecho cristiana, díjole a ésta:

—¿Crees que podré yo ver al apóstol?

Síntique le respondió que sí y le dio este consejo:

—Cambia tus ricos vestidos por otros muy humildes, únete a uno de esos grupos de mujeres pobres que van con frecuencia a oírle predicar y, mezclada entre ellas, escúchale atentamente.

Hízolo así Migdonia. Aquel día Tomás comenzó a hablar de las miserias de la vida presente, y entre otras cosas dijo: que nuestra existencia terrena es deleznable y azarosa, y tan efímera que en el momento menos pensado se acaba. Después, para exhortar a los asistentes a oír de buen grado la palabra de Dios, comparó las enseñanzas divinas a estas cuatro cosas: al colirio, porque así como éste refuerza la vista de nuestros ojos corporales, así también la palabra del Señor fortalece nuestro entendimiento; a la purga: porque la purga limpia el vientre, y la palabra de Dios limpia nuestro corazón de impurezas afectivas carnales; al emplasto, porque cura las heridas de nuestros pecados; y, finalmente, al alimento, porque nos nutre con el amor deleitoso de los bienes del cielo. Después añadió: —Así como estas cuatro cosas no aprovechan al enfermo si no hace uso de ellas, así también la predicación no hará efecto alguno en las almas débiles si la escuchan sin devoción.

Migdonia, por la predicación del apóstol, abrazó la fe de Cristo y empezó a sentir horror hacia las relaciones carnales con su esposo. Casisio puso todo esto en conocimiento del rey y el rey encarceló a Tomás.

Migdonia visitó al prisionero y le rogó que la perdonara por haber sido causa de la situación en que se encontraba. El apóstol, benigno, trató de consolarla, asegurándole que él aceptaba de muy buena gana sus actuales padecimientos.

Casisio pidió al rey que enviara a la reina a pasar unos días con Migdonia, su hermana, para ver si con sus reflexiones lograba que ésta abandonara la fe que acababa de abrazar. Accedió el rey a la petición de su cuñado. Pero ocurrió lo contrario de lo que se proponía, porque en vez de que la reina pervirtiera a su hermana, fue ésta quien convirtió a la reina. Impresionada la mujer del rey por los muchos milagros que el apóstol hacía, exclamó:

—Quienes no se rindan ante tantos prodigios y tantas obras virtuosas como este hombre hace, necesariamente tienen que incurrir en la maldición de Dios.

Tomás aprovechaba la ocasión para dar breves instrucciones a cuantos iban a visitarle, insistiendo sobre todo en estos tres puntos: en el amor a la Iglesia, en la reverencia a los sacerdotes, y en la solicitud con que deberían oír la palabra divina.

Regresó la reina a la corte y preguntóle el rey:

—¿Cómo has tardado tanto en volver?

Su esposa le contestó:

—Cuando salí de casa creía como vosotros que

Migdonia, mi hermana, había cometido una enorme estupidez; pero me he convencido de que ha obrado con gran sabiduría; ella me puso en contacto con el apóstol y él me ha hecho conocer el camino de la verdad y comprender claramente que los verdaderamente necios son quienes no creen en Cristo.

También la reina se negó en adelante a admitir relaciones conyugales con su esposo, el cual, asombrado hasta la estupefacción, llamó a su cuñado y le dijo:

—Por ayudarte a recuperar a tu mujer he perdido yo a la mía, que se comporta conmigo exactamente igual que la tuya contigo.

Mandó entonces el rey que fuesen en busca del apóstol y que atado de pies y manos lo trajeran a su presencia. Cuando lo tuvo ante sí le ordenó que sin pérdida de tiempo recordase a ambas mujeres la obligación que tenían de hacer vida marital con sus respectivos esposos y las exhortase a que la cumplieran. Santo Tomás, empero, contestó al monarca que mientras él y su cuñado persistiesen en el error religioso en que vivían ellas harían muy bien en no acceder a sus pretensiones y en negarse a las relaciones conyugales. Para convencer al soberano de que la respuesta que acababa de darle era razonable, expúsole tres ejemplos fundados, según él mismo declaró, uno en el propio rey, otro en una torre y otro en una fuente.

—¿No es verdad, le dijo, que tú, que eres rey, no toleras a tu lado servidores inmundos? ¿No exiges una decente limpieza a los siervos y siervas que andan cerca de ti? Pues también Dios, que es más rey que tú, desea y exige que quienes le sirven se presenten ante él con decoro y honestidad. ¿Puedes razonablemente declararme culpable por predicar que el rey del cielo pide a sus servidores lo mismo que tú pides a los tuyos?

Construí una torre muy alta. ¿Crees que ahora, porque a ti se te antoje, voy a derribarla?

Deseaba sacar agua, cavé en las entrañas de la tierra y logré que de la profundidad del abismo brotara un manantial. ¿Cómo se te ocurre pensar que ahora, no más que porque tú lo digas, voy a obstruir esa fuente?

Irritado el rey, mandó que extendieran por el suelo varias láminas de hierro incandescente y que colocaran sobre ellas al apóstol con los pies desnudos; pero Dios dispuso que en el momento en que Tomás posó sus plantas sobre las dichas láminas, de entre ellas surgieran en forma de surtidores varios chorros de agua que inmediatamente extinguieron su incandescencia.

Por consejo de Casisio ordenó el rey que encerraran al siervo de Cristo en un horno encendido, cuyo fuego se apagó en cuanto el apóstol penetró en él; y de él salió sano y salvo al día siguiente. En vista de este nuevo prodigio, Casisio propuso a su cuñado que, para que aquel poderoso hombre perdiera la protección divina e incurriera en la ira de su dios, le obligase a ofrecer sacrificios al sol; pero Tomás, cuando trataron de forzarle a que cometiera este acto de idolatría dijo al monarca:

—Tú vales mucho más que esa imagen que has mandado construir. ¡Oh idólatra, despreciador del Dios verdadero! ¿Crees que va a ocurrir eso que te ha dicho Casisio? ¿Crees que si adoro a tu señor voy a incurrir en la ira del mío? Nada de eso; quien incurrirá en la indignación de mi Dios será ese ídolo tuyo. Voy a postrarme ante él; verás como, tan pronto como me arrodille ante esa imagen del sol, mi Dios la destruirá. Voy a adorar a tu divinidad; pero antes hagamos un trato: si cuando yo adore a tu dios el mío no lo destruye, te doy mi palabra de que ofreceré sacrificios en honor de esa imagen; mas si lo destruye tu creerás en el mío. ¿Aceptas?

—¿Cómo te atreves a hablarme de igual a igual? —replicó indignado el rey.

Acto seguido, Tomás, en lengua hebrea, mandó al demonio alojado en la imagen del sol que, tan pronto como él doblara sus rodillas ante el ídolo, lo destruyera. Después se prosternó en tierra y dijo:

—Adoro, pero no a este ídolo; adoro, pero no a esta mole de metal; adoro, pero no a lo que esta imagen representa; adoro, sí, pero adoro a mi Señor Jesucristo en cuyo nombre te mando a ti, demonio, escondido en el interior de esta efigie, que ahora mismo la destruyas.

En aquel preciso instante la imagen, que era de bronce, se derritió cual si estuviera hecha de cera. Los sacerdotes paganos encargados del culto del malogrado ídolo, al ver lo ocurrido, bramaron de indignación y el pontífice que los presidía exclamó:

—¡Yo vengaré la injusticia que acabas de hacer a mi dios!

Mientras pronunciaba la anterior amenaza, se apoderó de una espada y con ella atravesó el corazón del apóstol.

Así murió Tomás. El rey y Casisio, viendo que

gran parte de cuantos habían presenciado el asesinato del santo trataban de vengar su muerte intentando apoderarse del pontífice para quemarlo vivo, llenos de miedo, huyeron de allí.

Los cristianos recogieron el cuerpo del mártir y lo enterraron con sumo honor.

Pasado mucho tiempo, hacia el año 230, el emperador Alejandro, a ruego de los sirios, autorizó el traslado de los restos de santo Tomás a la ciudad de Edesa, llamada antiguamente Ragés de los Medos. Acerca de esta ciudad conviene advertir que, desde que su rey Abgaro recibió una carta autógrafa del Salvador, no han podido vivir de asiento en ella ni judíos ni paganos, ni ha caído en manos de sus enemigos ni ha sido gobernada por regidores tiranos. Siempre que desde fuera alguien ha tratado de atacarla, ha bastado para que los sitiadores desistieran o huyeran con que un niño bautizado, desde lo alto de la muralla, leyera la carta autógrafa de Jesucristo y, tanto por este procedimiento cuanto por los méritos del apóstol santo Tomás, los atacantes dejaban la ciudad en paz.

Isidoro, en su libro sobre la vida y muerte de los santos, a propósito de este apóstol dice: «Tomás, discípulo de Cristo y físicamente muy parecido a él, oyendo fue incrédulo, pero viendo fue fiel; predicó el Evangelio a los partos, medos, persas, hircanos, y bactrianos; recorrió el oriente y estableció contacto con los pueblos más remotos, sumidos hasta entonces en la gentilidad, predicando entre ellos hasta el mismo momento en que fue martirizado. Murió alanceado». Eso escribió Isidoro.

El Crisóstomo refiere que, cuando Tomás llegó a la región en que vivían aquellos magos que fueron a adorar a Cristo, se encontró con ellos, los bautizó y los utilizó como colaboradores suyos en la propagación de la fe cristiana.

Capítulo VI

LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGÚN LA CARNE

De las fiestas comprendidas dentro del tiempo litúrgico que reproduce parte de la Era de reconciliación y parte de la Era de peregrinación.

Hemos tratado ya de las festividades correspondientes a la era de renovación que comienza con Moisés, sigue con los profetas, llega hasta la venida de Jesucristo según la carne y tiene su correspondencia en la liturgia de la Iglesia en el ciclo que se inicia en Adviento y termina en la Natividad del Señor. A continuación trataremos de las del ciclo siguiente, que empieza en Navidad y se prolonga hasta Septuagésima. Este tiempo litúrgico, como ya dijimos en el prólogo, reproduce en parte la era de reconciliación y en parte la de peregrinación.

El nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, es decir, su venida al mundo según la carne, acaeció, en opinión de algunos, el año 5228 después de la formación de Adán y, en opinión de otros el 6000. Eusebio de Cesarea en sus *Crónicas* afirma que tuvo lugar en 5199, siendo Octavio Emperador de Roma. La fecha del año 6000 la puso en circulación Metodio, basándose más en supuestos místicos que en criterios cronológicos.

Cuando el Hijo de Dios se encarnó, la tierra entera estaba en paz, sometida toda ella a la autoridad del emperador de los romanos, que lo era a la sazón Octavio; así se llamaba este hombre cuando comenzó a gobernar; pero posteriormente asumió el nombre de César en recuerdo de su tío, Julio César; más tarde el de Augusto, por la expansión y prosperidad que bajo su mandato experimentó la república y, finalmente, el de Emperador, título superior al de Rey que ningún gobernante había llevado antes de él, y con el que se pretendió significar la altísima dignidad y supremos poderes concentrados en su persona y su supremacía sobre los demás reyes sometidos a su jurisdicción.

Vino el Hijo del Dios al mundo a traernos paz temporal y eterna; por eso eligió para nacer una época de sosiego político y social.

César Augusto, presidente de todo el orbe, quiso saber cuántas provincias, ciudades, poblaciones, campamentos y personas vivían bajo su autoridad. Esa fue la razón de que promulgara un edicto, ordenando, como dice la *Historia Escolástica,* que todos cuantos socialmente estaban considerados como cabezas de familia se empadronasen en el lugar de donde eran oriundos y que cada uno de ellos entregase al gobernador de su provincia de origen un denario de plata, equivalente a diez monedas corrientes (de ahí su nombre de denario), en calidad de tributo y en testimonio de su condición de súbdito al emperador de Roma. Las monedas llevaban grabada en una de sus caras la efigie y el nombre del César.

Este acto de presentación personal para la confección del censo implicaba dos cosas distintas: la profesión de fidelidad al imperio, y el empadronamiento. La profesión se realizaba de esta manera: cada cabeza de familia, antes de entregar al presidente de la provincia el denario del tributo en nombre propio y en nombre de los demás individuos a quienes representaba, colocaba la moneda sobre su frente y en voz alta y delante del pueblo, se declaraba súbdito del imperio romano. De la expresión latina *«propio ore fassio»* (reconozco con mis propios labios) derivó posteriormente la palabra *profesión.* A esto seguía el empadronamiento, que consistía en que se anotaba en una lista el número de personas en cuyo nombre el cabeza de familia había ofrecido el tributo.

Cirino, presidente de Siria, fue el primero que en su provincia introdujo la práctica del empadronamiento.

Esa expresión, *el primero,* que hallamos en la *Historia Escolástica,* ha de entenderse en relación con Cirino, pero puede interpretarse de diversas maneras, principalmente de estas tres:

a) Que comenzase a hacerse, antes que en ningún otro sitio, en Judea, por la razón de que Judea, como vulgarmente se dice, está situada en el ombligo, o sea, en el centro de la tierra habitable, y que esta práctica se hubiese extendido posteriormente a otras regiones vecinas y más tarde la hubieran adoptado todos los gobernadores de las demás provincias.

b) Que este empadronamiento fuese el primero de carácter universal, sin perjuicio de que hubiese habido anteriormente otros de índole regional o local.

c) Que fuese el primero hecho por cabezas de familias en presencia del presidente de la localidad, distinto por tanto de los que se hacían a nivel de región y por ciudades en presencia de un legado del César; y de los que a nivel mundial y por regiones, se efectuaban en Roma, en presencia del propio emperador.

José vivía en Nazareth, pero como descendía de David tuvo que ir a empadronarse a Belén. No podía saber de antemano si tardaría poco o mucho en regresar; el alumbramiento de María era inminente; no quería él dejar aquel riquísimo tesoro que Dios le había confiado en manos extrañas; prefería custodiarlo por sí mismo con exquisita diligencia; por eso llevó a su esposa consigo.

Dice San Bartolomé en su *Compilación,* y lo mismo leemos en el *Libro de la Infancia,* que, al aproximarse a Belén, la Bienaventurada Virgen advirtió que parte del pueblo estaba alegre y parte lloraba, y que un ángel le explicó aquel contraste de la siguiente manera: «Esa parte del pueblo que se regocija, es la de los gentiles, que recibirán eterna bendición a través de la sangre de Abraham; la parte que gime está formada por elementos judíos, que han merecido la reprobación divina».

Llegaron José y María a Belén. Como eran pobres y los alojamientos que hubieran podido estar al alcance de sus menguados recursos ya estaban ocupados por otros, venidos como ellos de fuera y por idéntico motivo, al no encontrar donde hospedarse tuvieron que cobijarse bajo un cobertizo público, situado, según la *Historia Escolástica,* entre dos casas. Tratábase de un albergue o tenada que había a las afueras del pueblo en un sitio al que acudían los habitantes de Belén a divertirse los días de fiesta, y si hacía mal tiempo se refugiaban bajo su techumbre para merendar o charlar.

Bien fuese que José preparara un pesebre para dar de comer a su asno y a un buey que había llevado consigo, o bien, como opinan otros, que estuviese allí ya de antes, a disposición de los campesinos de la comarca para apiensar sus ganados cuando acudían a Belén con ellos los días de mercado, el caso es que en dicha tenada había un pesebre.

José y María llegaron a Belén un domingo. Aquel mismo día, al punto de la media noche, la Bienaventurada Virgen dio a luz a su Hijo, y lo reclinó sobre el heno del pesebre. Dice la *Historia Escolástica* que el buey y el asno respetaron el heno en que el Hijo de Dios estuvo reclinado, que se abstuvieron de comerlo y que años después fue

llevado a Roma, reverentemente, por Santa Elena.

En relación con el nacimiento de Cristo debemos comentar principalmente estas tres cosas: primera, que fue un hecho milagroso; segunda, que todas las criaturas concurrieron maravillosamente para notificarlo a los hombres; y tercera, que su divulgación reportó al género humano suma utilidad.

I. El nacimiento de Cristo fue un hecho milagroso

Milagroso en cuanto a la generante, en cuanto al engendrado y en cuanto al modo de producirse la generación.

Milagroso en cuanto a la generante: Porque María fue Virgen antes del parto, en el parto y después del parto. Todo esto se prueba de cinco maneras:

Primera: Por la profecía de Isaías, que en su capítulo 7 dice: *«He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo, etc.».*

Segunda: Por los símbolos que lo prefiguraron: la vara de Aarón y la puerta de Ecequiel. De la vara de Aarón se dice que *«florecerá sin asistencia humana alguna».* De la puerta de Ecequiel se asegura que *«siempre permanecerá cerrada».*

Tercera: Por la calidad del custodio, que fue San José, a cuyo cuidado fue María confiada. Este solícito guardián constituyó por sí mismo un testimonio de la virginidad de su esposa.

Cuarta: Por el reconocimiento experimental que unas mujeres practicaron a la recién parida. En la *Compilación* de San Bartolomé, probablemente inspirada en el *Libro de la Infancia,* se dice que al presentársele a María los primeros síntomas del parto, José, aunque no dudaba de que era Dios quien iba a nacer de una virgen, ateniéndose a las costumbres de la época requirió la asistencia de dos comadronas. Una de ellas se llamaba Zebel y la otra Salomé. Zebel, después de examinar cuidadosamente a la parturienta, al comprobar que conservaba íntegra se virginidad, exclamó: «¡Ha parido una virgen!». Salomé se resistió a creerlo y quiso verificar por sí misma mediante el tacto de su mano, si era verdad lo que su compañera proclamaba; mas al intentar hacerlo, su brazo se le secó. Momentos después se le apareció un ángel, le indicó que tocara con su mano seca el cuerpo del niño recién nacido, hízolo así la incrédula partera y en aquel preciso instante su brazo quedó sano.

Quinta: Por un milagro que ocurrió. Lo refiere Inocencio III de esta manera: Para conmemorar la tranquilidad de que Roma había disfrutado a lo largo de doce años seguidos, los romanos construyeron un templo magnífico dedicado a la Paz, colocaron en él una estatua de Rómulo, y preguntaron a Apolo cuánto tiempo duraría aquella situación. Como Apolo les contestara que hasta que una virgen pariera, ellos comentaron: En ese caso durará eternamente, porque es imposible que una virgen para. Por eso grabaron sobre la puerta principal del templo esta inscripción: «Templo de la paz eterna». Pero durante la noche en que la Virgen dio a luz a su hijo, el templo misteriosamente se derrumbó. Sobre su antiguo solar se alza actualmente la iglesia de Santa María la Nueva.

El nacimiento de Cristo fue un hecho milagroso en cuanto al engendrado. «En la única persona de Cristo», escribe san Bernardo, «coexisten lo eterno, lo antiguo y lo nuevo; lo eterno, o sea, la divinidad; lo antiguo, es decir, el cuerpo, que procede de Adán; lo nuevo: el alma, creada en el momento en que fue concebido». En otro lugar dice el mismo santo: «Dios ha hecho tres mezclas y tres obras tan maravillosamente singulares que ni nunca anteriormente se dieron otras parecidas, ni jamás en el futuro habrá otras semejantes: en la Encarnación de Cristo se reunieron realmente Dios y el hombre, la maternidad y la virginidad, la fe y el espíritu humano. Maravillosa la primera de estas conjunciones, porque supone la unión de Dios y del barro, de la majestad y de la debilidad, de la máxina sublimidad y de la máxima vileza, puesto que nada hay más alto que Dios y nada más bajo que el fango. La segunda no es menos admirable: Jamás antes había ocurrido ni volverá a suceder, que una mujer fuese virgen y pariese, fuese madre y continuase siendo virgen. La tercera, aunque inferior a la primera y segunda, es también muy notable, pues en verdad es maravilloso que la mente humana haya podido asentir mediante la fe a estas dos verdades: que Dios se ha hecho hombre y que una virgen parió y continuó siendo virgen». Hasta aquí, san Bernardo.

El nacimiento de Cristo fue un hecho milagroso en cuanto al modo de su generación. Efectivamente, la concepción del Señor se produjo superando las leyes naturales, puesto que una virgen, sin menoscabo de su virginidad, concibió; superando la capacidad de comprensión de la razón humana, puesto que esa virgen engendró a Dios;

superando la condición de la humana naturaleza, puesto que parió sin dolor; y superando lo normal y corriente, puesto que concibió, no por inseminación de varón, sino por intervención espiritual divina, por obra del Espíritu Santo, puesto que el Espíritu Santo, de la purísima y castísima sangre de la Virgen tomó los elementos necesarios para formar el cuerpo del Hijo. De ese modo Dios demostró que había un cuarto procedimiento, admirable, para producir la vida humana. Con razón escribe san Anselmo que Dios ha podido producir y ha producido de hecho la vida humana de cuatro modos diferentes: sin varón ni hembra: así creó a Adán; con varón, pero sin hembra: así creó a Eva; con el concurso de varón y hembra, que es el sistema común; y con hembra, pero sin varón, como en el caso maravilloso de Cristo.

II. El nacimiento de Cristo fue un hecho milagroso, en cuanto que todos los tipos de criaturas intervinieron en la notificación del mismo a los hombres.

Varios son los tipos de criaturas. Entre ellas algunas, como las sustancias meramente corpóreas, por ejemplo, las piedras, no tienen más que ser; otras, como los vegetales y árboles, tienen ser y vida; otras tienen ser, vida y sensibilidad, como los animales; otras, como los hombres, tienen ser, vida, sensibilidad y discernimiento; y otras, finalmente, y tal es el caso de los ángeles, tienen ser, vida, sensibilidad, discernimiento e inteligencia. Pues bien, todos estos órdenes de criaturas intervienen en la publicación del nacimiento de Cristo. Veamos como:

Primero: Las criaturas del primero de esos órdenes, es decir, las meramente corpóreas, se dividen en tres grupos: unas son opacas, otras diáfanas y otras luminosas.

Las opacas contribuyeron a notificar al mundo el nacimiento de Cristo, mediante el desmoronamiento del templo de los romanos de que antes hemos hablado, y el de muchas estatuas, que en diferentes partes de la tierra, en aquella ocasión, repentinamente cayeron de sus pedestales y por sí mismas se deshicieron. A propósito de esto leemos en la *Historia Escolástica* que, después de la muerte de Godolías, el profeta Jeremías presentóse en Egipto y anunció a los reyes del país que, tan pronto como una virgen pariera, se descompondrían las imágenes de sus ídolos, y que para evitar que esto ocurriera los sacerdotes paganos egipcios colocaron en un lugar secreto del templo la efigie de una virgen con un niño en su regazo, a la que adoraban disimuladamente cuando nadie los veía, y que, al preguntarles en cierta ocasión el rey Tolomeo por qué adoraban aquella imagen, le respondieron que se trataba de un secreto relacionado con un hecho misterioso que, según comunicó a sus antepasados un santo profeta, había de ocurrir en el futuro.

También los cuerpos diáfanos comunicaron al mundo el nacimiento del Salvador: La noche del domingo en que Cristo nació, la obscuridad nocturna trocóse en diurna claridad. Orosio y el papa Inocencio III dicen que aquella noche las aguas de una fuente que había en Roma se convirtieron en aceite, que fluía a chorros, se desbordó, formó arroyos por las calles y desembocó en el Tíber; el fenómeno no fue momentáneo, sino que duró todo el día siguiente. Ya la Sibila había anunciado que cuando de una fuente de Roma brotara óleo en vez de agua, nacería el Salvador.

Los cuerpos luminosos estuvieron representados en esta ocasión por los astros del firmamento. He aquí lo que decía una antigua leyenda citada por el Crisóstomo: «El día en que nació Cristo estaban unos magos orando en la cima de una montaña. De pronto vieron como una estrella tomaba la figura de un niño hermosísimo sobre cuya cabeza resplandecía una cruz. En seguida la estrella habló y les dijo: Id a Judea; allí hallaréis un niño recién nacido». Ese mismo día en Oriente aparecieron en el cielo tres soles que al poco rato se convirtieron en uno, dando a entender, o bien que pronto el mundo tendría noticia de que Dios era uno y trino, o bien que había nacido alguien en cuya persona coexistían el alma, el cuerpo y la divinidad. Según la *Historia Escolástica* esos tres soles no surgieron en el cielo el día de la Natividad del Señor, sino antes, a raíz de la muerte de Julio César; y no una sola vez, sino varias, durante algún tiempo; así es como relata también este hecho Eusebio en su *Crónica*. Por su parte, Inocencio III cuenta lo siguiente: El emperador Octavio, tras de someter el mundo entero a la autoridad del Imperio Romano, se granjeó el aprecio de los senadores de tal modo que éstos trataron de tributarle honores divinos. Augusto, que era hombre prudente y cuerdo y sabía que su naturaleza, como la de los demás humanos, era mortal, no quiso aceptar

honras propias de los seres inmortales. No obstante, a instancias del Senado, accedió a preguntar a la profetisa Sibila, si alguna vez, en cualquier parte del mundo, nacería alguien superior a él. El mismo día precisamente de la Natividad de Cristo, encerróse con la Sibila en una cámara del palacio imperial y le hizo la referida pregunta. La profetisa, antes de responderle, trató de interpretar los signos de sus oráculos. De pronto, a la hora de mediodía, surgió alrededor del sol un círculo de oro y dentro de él la imagen de una virgen hermosísima con un niño en su regazo. La Sibila hizo que el César contemplase aquella misteriosa aparición. Mientras Augusto, admirado, tenía sus ojos clavados en la efigie, oyó una voz que le decía: —Esta es el altar del cielo. Entonces la Sibila comentó: —Este niño que ves en el regazo de esa doncella, tiene más categoría que tú, adóralo. Por eso la sala en que el emperador y la Sibila se encontraban posteriormente fue dedicada a Santa María y llamada estancia de *Santa María Ara coeli,* o sea, *Santa María, Altar del cielo.* El emperador, comprendiendo que aquel niño le aventajaba en dignidad, lo adoro, le ofreció mirra, y a partir de aquel día no consintió que a él, mero hombre, se le tuviera por dios. Orosio cuenta algo que sin duda guarda relación con lo que acabamos de referir. Dice éste autor que, en tiempos de Octavio, un día, hacia la ora de tercia, estando el cielo claro, limpio y sereno, apareció en lo alto de él un enorme círculo, a modo de arco iris, rodeando el disco solar, cual si por este fenómeno quisiera darse a entender que había nacido el que por sí mismo había creado el sol y el mundo entero y tenía, por naturaleza, potestad para gobernar el universo. El relato que precede se encuentra también referido en una obra de Eutropio, y el historiógrafo Timoteo asegura que él leyó en historias antiguas de los romanos que Octavio, en el año trigésimo quinto de su reinado, subió al capitolio y con verdadero interés rogó a los dioses que le dijeran quién gobernaría en la tierra cuando él faltara, y que oyó una voz que respondía a su pregunta de esta manera: «Un niño celestial engendrado eternamente de la esencia de Dios vivo, sin mancilla alguna, nacerá muy pronto de una virgen inmaculada, y ése será quien reine en el mundo». Sigue diciendo Timoteo que el emperador, tras de esta revelación, mandó erigir en aquel mismo lugar un altar con esta inscripción: «Este altar está dedicado al Dios vivo».

Segundo: Las criaturas que tienen ser y vida, como las plantas y los árboles, colaboraron igualmente en la publicación del nacimiento de Cristo. San Bartolomé, en su *Compilación,* refiere que, durante la noche de la Natividad del Salvador, las viñas de Engadia, que producen bálsamo, florecieron, fructificaron y destilaron vino.

Tercero: He aquí como contribuyeron a la divulgación del extraordinario hecho los animales, es decir, las criaturas que tienen ser, vida y sensibilidad: En su viaje a Belén con María encinta llevó consigo José un asno, para que la Virgen hiciese el trayecto montada en él; y además, un buey para venderlo, así se supone, en el mercado, y obtener recursos para pagar el censo y hacer frente a otras necesidades. Pues bien, el buey y el asno, dándose milagrosamente cuenta de la calidad del recién nacido, se arrodillaron y le rindieron adoración. A más de éste, podemos aducir otro dato: Eusebio en su *Crónica* cuenta que, poco antes del nacimiento de Cristo, en la época de la arada, durante varias jornadas y repetidas veces cada día, mientras araban, unos bueyes dijeron a sus gañanes: «Los hombres fallarán, las cosechas prosperarán».

Cuarto: Los hombres, criaturas que tienen ser, vida, sensibilidad y discernimiento, intervenieron también en la propagación de la noticia, a través de los pastores y del César. Veamos primeramente la intervención de los pastores: La noche en que Jesús nació, varios pastores permanecían en vela guardando sus ganados, como hacían habitualmente en las dos temporadas del año en que las noches son más largas o más cortas. Los antiguos gentiles, en el solsticio de verano, que ocurre hacia la fiesta de san Juan, y en el de invierno, que cae cerca de Navidad, solían permanecer en vigilia durante la noche para dar culto al sol. Esa costumbre estaba muy arraigada entre los judíos, que acaso la copiaron de los paganos con quienes convivieron mucho tiempo. A algunos de esos pastores que estaban en vela se les apareció un ángel, les comunicó que el Salvador había nacido, y les dio pistas suficientes para que pudieran encontrarlo. A continuación, multitud de espíritus celestiales comenzaron a cantar a coro: *«Gloria a Dios en las alturas, etc.».* Los pastores, siguiendo las indicaciones recibidas, corrieron en busca del recién nacido y lo hallaron tal y como el ángel les había dicho. Veamos ahora como cuenta Orosio la intervención de César Augusto en la notificación al mundo del nacimiento de Nuestro Señor: El emperador ordenó

que no se diese culto divino a su propia persona en cuanto supo que había nacido un niño extraordinario. ¿Cómo supo esto? Posiblemente dedujo que había venido al mundo alguien de más categoría que él y por eso no permitió que en adelante le llamaran ni Dios ni Señor, al ver aquella imagen de que ya hemos hablado, alrededor del sol, al recordar la ruina del templo y al enterarse de que una fuente de Roma, en lugar de destilar agua, destiló óleo. En algunas crónicas se lee que, pocos días antes del nacimiento de Cristo, Octavio hizo construir en todas las provincias del imperio multitud de calzadas públicas y perdonó a los romanos las deudas que tenían contraídas con la corona imperial. A la intervención de los pastores y de Octavio, podemos añadir una más: la de los sodomitas, de quienes se dice que en la misma noche en que el Salvador nació, perecieron cuantos a la sazón había. Comentando Jerónimo el pasaje *«Lux orta est»,* escribe que la intensísima luminosidad repentinamente surgida en aquella noche cegó con sus rayos y causó la muerte a cuantos practicaban este vicio; y que Cristo permitió que sucediera esto para desarraigar de entre los hombres, cuya naturaleza había asumido, una lacra tan antinatural. San Agustín, por su parte, afirma que Dios, al considerar la extensión que semejante pecado, contrario a la naturaleza, había alcanzado en la especie humana, estuvo a punto de no encarnarse.

Quinto: Finalmente, intervinieron también en la publicación del nacimiento de Cristo los ángeles, criaturas que tienen ser, vida, sensibilidad, discernimiento e inteligencia. Ellos fueron, precisamente, quienes, como ya hemos dicho, anunciaron a los pastores que el Salvador había nacido.

III. La noticia de que Cristo había nacido fue muy útil para nosotros, los hombres, por las siguientes razones:

Primera: Porque los demonios quedaron confundidos y a partir de entonces perdieron la prevalencia que venían teniendo sobre el alma humana. A propósito de esto, he aquí algunos casos muy significativos:

Leemos en un libro que un año, en la vigilia de la Natividad del Señor, san Hugo, Abad de Cluny, vio a la Virgen Santísima con su Hijo en los brazos y oyó que le decía: «Hoy es el día en que los oráculos de los profetas tuvieron su cumplimiento. ¿Dónde está aquel enemigo que antes se ufanaba de la potestad que ejercía sobre los hombres?». Al oír estas palabras el diablo salió de las entrañas de la tierra para desmentir a la Señora; pero fracasó en su intento inicuo, porque aunque recorrió todas las dependencias del monasterio pretendiendo alardear de que todavía conservaba influencia sobre los monjes, de todas ellas fue arrojado por las virtudes que en las mismas se practicaban: en el oratorio halló devoción; en el refectorio, lectura sagrada; en los dormitorios, camas muy austeras y en el capítulo, penitencia.

En el libro de Pedro Cluniacense leemos también que otro año, en la vigilia de la Natividad del Señor, apareciόse la Bienaventurada Virgen María al Abad san Hugo. Llevaba Nuestra Señora en sus brazos al Niño Jesús y jugueteaba con El. San Hugo oyó que el Niño decía a su Madre: «Fíjate, Madre: mira con cuánto júbilo celebra hoy la Iglesia la fecha de mi nacimiento». «¿Dónde está ahora aquella fuerza que el demonio antes tenía? ¿Qué dirá a todo esto? ¿Qué podrá hacer en adelante?». De pronto el diablo salió de debajo del suelo y exclamó: «¡Ya que no puedo entrar en el templo, porque los monjes están celebrando en él el oficio divino, entraré en el capítulo, en los dormitorios y en el refectorio!» Más adelante lo intentó, pero en vano, porque la puerta del capítulo era tan estrecha y él tan grueso, que no pudo pasar por el reducido hueco de ella; las de los dormitorios resultáronle excesivamente bajas para su estatura; la del refectorio no logró abrirla, porque los servidores de las mesas la habían cerrado por dentro con cerrojos, movidos por su caritativo deseo de que nadie entrara en aquel lugar a molestar a los religiosos que, mientras comían y bebían parca y sobriamente, prestaban atención a la lectura que un monje hacía para todos. Entonces el demonio, corrido de vergüenza por su fracaso, se desvaneció y desapareció.

Segunda: Por la confianza que produjo en nosotros de que nuestros pecados nos serían perdonados.

En un libro de ejemplos leemos que una mujer, tras de abandonar su anterior vida lúbrica y arrepentirse de ella, creía que no podría ser nunca perdonada. Si pensaba en el juicio, persuadíase de que ella, tan inmunda en otro tiempo, jamás podría ser recibida en el paraíso, y que sería arrojada a las penas infernales; si pensaba en la pasión de

Cristo, convencíase de que era una ingrata; mas un día, meditando en la infancia de Jesús y considerando cuán fáciles son de contentar los niños, invocó la misericordia de Nuestro Señor apelando a los méritos de su Natividad y niñez, y oyó una voz que le aseguraba que todos sus pecados estaban ya perdonados.

Tercera: Porque constituye un remedio para nuestras necesidades.

A propósito de esto, veamos lo que dice san Bernardo: «El género humano padecía tres calamidades: una en el comienzo de su vida, otra durante ella y otra al final de la misma; es decir, que el hombre estaba rodeado de miserias al nacer, a lo largo de su existencia y al morir. Su nacimiento era inmundo, su vida perversa y su muerte peligrosa; pero vino Jesucristo a la tierra y trajo remedio para cada una de esas necesidades: también él nació, vivió y murió. Su nacimiento purificó el nuestro, su vida dio sentido a nuestra vida y su muerte destruyó nuestra muerte». Hasta aquí, san Bernardo.

Cuarta: Porque su nacimiento humilló nuestra soberbia. Considerando las siguientes palabras de Agustín: «La humildad del Hijo de Dios, tan claramente puesta de manifiesto en el misterio de su Encarnación, es para nosotros un ejemplo, un sacramento y una medicina. Como ejemplo, nos reporta suma utilidad si lo imitamos; como sacramento, rompió las ligaduras que nos amarraban al pecado; como medicina, constituye un remedio eficacísimo para ablandar la dureza de nuestra soberbia». Esto escribió Agustín. Y escribió bien, porque los efectos de la soberbia del primer hombre quedaron neutralizados por la humildad de Cristo. Obsérvese cuán convenientemente la humildad del Salvador se contrapone a la soberbia del prevaricador: la soberbia del primer hombre se alzó contra Dios, hasta Dios y por encima de Dios. Contra Dios, porque se rebeló contra su prohibición de que comiera frutos del árbol del bien y del mal; hasta Dios, porque creyendo al diablo, que le dijo que *«serían como Dioses»*, pretendió igualarse a El; por encima de Dios, porque queriendo, dice san Anselmo, lo que Dios no quería que el hombre quisiese, puso su voluntad por encima de la voluntad de Dios. Pero el Hijo de Dios, advierte el Damasceno, se humilló, no contra los hombres, pero sí en favor de los hombres; se puso a la altura de ellos al nacer como ellos nacen; y por encima, por las diferencias que hay entre nuestro modo de nacer y el suyo, porque aunque su nacimiento se asemejó al nuestro en que nació de mujer y mediante parto, como mediante parto y de mujer nacemos nosotros, se diferenció del nuestro en otras cosas, por ejemplo, en que nació de María por obra del Espíritu Santo.

Capítulo VII

SANTA ANASTASIA

Anastasia deriva de *ana*, que significa *encima* y de *stasis*, que equivale a *estar de pie*, o sencillamente a *estar*, en el sentido de permanecer. Buen nombre el de Anastasia, para esta santa, que se mantuvo constantemente encima de los vicios y pecados y permaneció perseverante en la observancia de las virtudes.

La nobilísima Anastasia fue hija de un pagano llamado Pretextato, hombre de muy ilustre abolengo, perteneciente a las más encumbrada aristocracia romana, y de Justina, mujer cristiana. Su madre y san Crisógono educáronla en la fe de Cristo. Al llegar a la edad núbil contrajo matrimonio con Publio, porque así lo convinieron las respectivas familias, pero ella, bajo pretexto de que su salud era débil, consiguió que su esposo la respetara y permaneció intacta a lo largo de su vida conyugal.

Cuando Publio se enteró de que su mujer salía de casa pobremente vestida, acompañada de una criada, para recorrer las cárceles y visitar y socorrer a los cristianos que en ellas estaban presos, la encerró en su domicilio, sometiéndola a estrecha vigilancia y privaciones, hasta el punto de hacerla

pasar hambre. Deseaba este hombre que su esposa pereciera de inedia cuanto antes, para entrar en posesión y disfrute de las abundantes riquezas que constituían su opulento patrimonio. Anastasia, creyendo que no tardaría en morir de inanición, escribió varias cartas —en diferentes ocasiones— a san Crisógono, contándole sus penas. El santo correspondió a ellas con otras, llenas de consejos y de consolaciones. Pero quien murió pronto no fue ella, sino su marido. La muerte de Publio supuso para su mujer una auténtica liberación.

Tenía Anastasia a su servicio tres jóvenes, hermanas entre sí, las tres muy bellas y las tres cristianas. La mayor se llamaba Agapita, Cionia la mediana, e Irene la más pequeña. De las tres estaba apasionadamente enamorado el prefecto de Roma; mas como no lograba que ninguna de ellas correspondiera a sus pretensiones amorosas, irritado, encerrólas a las tres en una habitación destinada a guardar los utensilios de cocina. Un día, el prefecto, ardiendo de concupiscencia y dispuesto a saciar sus apetitos libidinosos, entró en el cuarto en que las mantenía encerradas; como no pudo vencer la resistencia que las tres jóvenes opusieron a sus desenfrenados deseos, perdió el juicio y empezó a dar abrazos y besos a ollas, marmitas, calderos y a otros objetos semejantes, creyendo que estaba abrazando y besando a las tres doncellas; así desahogó su pasión y, cuando quedó satisfecho, salió a la calle todo tiznado, sucio y con sus ropas desgarradas. Los siervos de su escolta que le aguardaban fuera, al ver a su amo con aquella facha, pensaron que se había convertido en demonio, lo persiguieron con fustas y látigos durante largo rato y, finalmente, huyeron de él y lo dejaron solo. El prefecto fue a ver al emperador, para querellarse ante él de los malos tratos recibidos de sus criados, pero no tuvo mejor fortuna, porque los guardias y empleados de palacio, al verle de aquella manera, pensaron que estaba poseído por algún mal espíritu furioso y, no sólo no lo dejaron pasar, sino que lo echaron de allí a palos y arrojándole al rostro puñados de tierra y pellas de barro. Como el prefecto ignoraba que tenía la cara, la frente y los ojos tiznados, no salía de su asombro al verse tratado de aquel modo, ni podía explicarse que se mofaran de él quienes antes le trataban con tanto respeto. Ni siquiera había reparado en la suciedad de sus vestidos ni en que éstos estaban destrozados. El creía que su túnica y manto resplandecían de blancura, como las vestiduras de los nobles. Cuando al fin alguien le advirtió que iba hecho un mamarracho y comprobó el ridículo aspecto de sus ropas y de su cara, no se le ocurrió otra cosa sino pensar que habían sido las doncellas quienes con artes mágicas habían obrado en él aquella horrible mudanza, y para vengarse de ellas y darse el gusto de verlas desnudas, ya que antes no pudiera conseguirlo, hízolas comparecer en su presencia y les ordenó que se quitaran sus ropas. Como las tres se negaron a obedecer, mandó a unos esbirros que hicieran ellos por la fuerza lo que las tres hermanas no querían hacer voluntariamente. En vano intentaron los criados del prefecto despojar de sus vestidos a las tres jóvenes: parecía como que las telas se hubiesen adherido inseparablemente a los cuerpos de la castas doncellas. Este hecho produjo tal asombro al prefecto que se quedó repentinamente dormido, y tan profundamente, que por más que sus siervos lo zarandearon y golpearon no consiguieron despertarle.

Algún tiempo después de esto las tres hermanas murieron martirizadas.

En cuanto a Anastasia, el emperador la entregó a otro prefecto para que la obligara a apostatar de la fe cristiana, prometiéndole que, si lo conseguía, se la daría por esposa. Llevóla el prefecto a su casa, encerróla en un dormitorio, y, al intentar solazarse con ella, quedóse de repente ciego. Entonces acudió a los dioses, pidiéndoles que le devolvieran la vista, pero ellos le respondieron: «Por haber molestado a santa Anastasia, de ahora en adelante padecerás a nuestro lado en el infierno los mismos tormentos que nosotros padecemos». En efecto, apenas regresó a su casa sus propios hijos lo mataron.

El emperador puso a Anastasia bajo la vigilancia de otro prefecto. Cuando éste supo que era dueña de innumerables riquezas le hizo secretamente esta proposición:

—Anastasia, si quieres ser cristiana, sélo enhorabuena; a mí me parece muy bien; pero para serlo de veras debes hacer lo que tu Señor ha mandado que hagáis los cristianos. Tú sabes que él ha dicho: *«El que no renuncie a todo lo que posee, ect.»*. Así, pues, dame a mí cuanto tienes, y yo te dejaré en libertad para que te vayas a donde te parezca y puedas vivir tu religión sin que nadie te moleste.

Ella le respondió:

—Mi Dios ha mandado que vendamos lo que tengamos y demos el dinero a los pobres, no a los ricos. Tú eres rico. Si yo hiciese lo que me propo-

nes no obraría de acuerdo con el precepto del Señor.

Entonces el prefecto encerró a Anastasia en un horrendo calabozo y ordenó que fuese sometida a la prueba del hambre; pero santa Teodora, martirizada con anterioridad, la sustentó durante dos meses con alimentos celestiales.

Finalmente, fue conducida con otras doscientas vírgenes a las islas de Palmarola en donde había muchísimas personas más, confinadas en aquellos lugares por creer en Jesucristo. Al cabo de algunos días el prefecto hizo comparecer ante sí a todos los desterrados. A Anastasia la ataron a un poste y la quemaron viva. A otros le dieron muerte con diferentes procedimientos. Entre aquellos mártires había un hombre a quien varias veces había despojado de sus riquezas, y que, en cada una de las ocasiones en que eso ocurrió, solía decir: «Podréis confiscar mis bienes, pero a Cristo no me lo podéis quitar».

Apolonia, con suma reverencia, enterró en un jardín de su propiedad el cuerpo de santa Anastasia, y posteriormente mandó construir una iglesia sobre el lugar en que la ilustre mártir fue supultada. El martirio de santa Anastasia sucedió en tiempos del emperador Diocleciano, que inició su reinado hacia el año 287 de la era cristiana.

Capítulo VIII

SAN ESTEBAN

Esteban, nombre de origen griego, en latín equivale a *corona* y en hebreo a *norma.* Corona fue san Esteban en cuanto que inició en el Nuevo Testamento la serie de sus mártires, como Abel inició la del Antiguo; y fue también norma, es decir, regla y ejemplo para los demás, en muchas cosas, entre otras en padecer por Cristo, en obrar y vivir correctamente y en orar por sus enemigos. La palabra Esteban, o *Stephanus,* puede tomarse como compuesta de las voces latinas *strenue fans,* en cuyo caso su significado es el de *infatigable hablador;* excelente definición de este santo, que habló sin cansarse en el discurso que de él conocemos y en sus predicaciones acerca del Evangelio. Finalmente, si admitimos que Esteban o Stephanus es el resultado de la refundición de los dos vocablos que acabamos de mencionar con el de *anus* (anciana), en este supuesto su verdadera significación sería *infatigable hablador a mujeres ancianas,* y el nombre correspondería con verdadera propiedad a este santo porque sin cansancio habló, instruyó y gobernó a las viudas que los apóstoles pusieron bajo vigilancia y cuidados, viudas que muy probablemente eran ya ancianas por su edad.

Resumiendo: san Esteban fue *corona,* en cuanto protomártir; *norma,* por su ejemplaridad en el padecer y por la santidad de su vida; *perseverante* en el hablar, por su constancia en la predicación, e *infatigable* en instruir a personas mayores, por el ministerio que ejerció entre las viudas.

1. San Esteban fue uno de los siete diáconos ordenados por los apóstoles para que coadyuvaran en el apostolado mediante el ejercicio de determinadas funciones auxiliares.

En muy poco tiempo el número de los convertidos a la fe de Cristo aumentó considerablemente. Las cosas marchaban bien; pero llegó un momento en que los cristianos procedentes de la gentilidad comenzaron a quejarse de que a las viudas de origen pagano, se les daba dentro de las comunidades de la nueva Iglesia diferente trato que a las de origen judaico. La diferencia de trato que motivó estas quejas puede entenderse en uno de estos dos sentidos: o que a las viudas cristianas procedentes de la gentilidad no les estuviese permitido el ejercicio de algunas funciones dentro de las comunidades, o que les encomendasen faenas más enojosas que a las viudas de los judíos. Conviene recordar a este propósito que los apóstoles, a fin de dedicarse con mayor desembarazo e intensidad a la predicación, habían confiado a las viudas la realización de algunos servicios de carácter administrativo. Pues bien, cuando se enteraron de que entre los discípulos existía un ambiente de malestar por los motivos susodichos, decidieron poner fin a tal situación eliminando las causas que la habían provocado, y a tal efecto convocaron una asamblea y en ella dijeron:

«No procede que nosotros empleemos en ocupaciones materiales un tiempo que nos es sumamente necesario para el ejercicio de la predicación», «porque», añade la Glosa..., «el alimento del espíritu es más importante que los oficios que alimentan el cuerpo»; *«por eso hemos decidido que de entre vosotros, vosotros mismos designéis a siete hombres de buena fama, prudentes y llenos de Espíritu Santo; y a esos siete les encomendaremos nosotros la dirección de los servicios administrativos de nuestras comunidades»,* «para que ellos», aclara la Glosa, «los desempeñen por sí mismos, o dirijan a quienes han de realizarlos». *«De este modo, nosotros dispondremos de más tiempo para consagrarnos a la oración más asiduamente y a la propagación del Evangelio.»*

La precedente proposición pareció bien a todos y, de acuerdo con la misma, los discípulos seleccionaron a siete de entre ellos, los presentaron a los apóstoles, y éstos, mediante el rito de la imposición de sus manos sobre las cabezas de los elegidos, los habilitaron oficialmente para el ejercicio del referido ministerio.

San Esteban fue, entre los siete, *el primero,* en un doble sentido: en cuanto que su persona fue la primera de las designadas por los electores, y en cuanto que a él encomendaron los apóstoles la presidencia o gobierno inmediato del grupo de los diáconos.

Esteban, lleno de gracia divina y de fortaleza, hizo muchos milagros y prodigios en beneficio del pueblo. Pero los judíos, movidos por sentimientos de malevolencia hacia él, obsesionados por la idea de anular su labor y hasta de eliminarlo físicamente, decidieron atacarlo de estas tres maneras: por medio de debates públicos, calumniándole y sometiéndole a diversos suplicios.

Los tres procedimientos fracasaron: en las polémicas verbales, Esteban salió triunfante; en las acusaciones que contra él formularon, demostró que los falsos testigos que le acusaban, mentían; finalmente, soportó con paciencia y fortaleza los tormentos a que lo sometieron. De las tres pruebas salió airoso, ayudado muy especialmente en cada una de ellas con auxilios celestiales. En la primera, asistióle el Espíritu Santo con el don de sabiduría; en la segunda, su rostro angélico llenó de terror a los falsos testigos; en la tercera, vio a Jesucristo a su lado infundiéndole ánimo y valor. La historia subraya que en cada una de estas tres pruebas debemos considerar tres aspectos: el de *guerra,* pues una guerra fue cada uno de los tres procedimientos; el de la *ayuda divina,* con que en todo momento contó el santo, y el del *triunfo* que obtuvo en las tres ocasiones. No es menester que comentemos puntualmente esto porque, cualquiera que revise, aunque sea brevemente, la historia de este santo, comprobará la verdad del enunciado. Vamos a verlo.

2. Los judíos, llenos de animadversión hacia san Esteban por los innumerables milagros que hacía y por lo mucho que predicaba, organizaron contra él los primeros combates por medio de controversias públicas. Algunos miembros de la sinagoga de los Libertinos se enfrentaron con el santo. Llamábase «libertinos» a los hijos de los esclavos *libertos,* es decir, emancipados. Es curioso que los primeros que corporativamente, o sea, como grupo social, se opusieron a la acción misionera de los apóstoles, fueran personas de condición servil y de raza de esclavos. Los Cirenenses, oriundos de la ciudad de Cirene, los Alejandrinos y otros procedentes de Cilicia y de Asia, miembros todos de la mencionada sinagoga, fueron quienes provocaron las disputas con san Esteban. He ahí el primer aspecto, el de *guerra,* porque aquellas controversias fueron concebidas por ellos en plan de guerra; pero veamos el segundo aspecto, el de *triunfo: «No pudieron nada contra la sabiduría del santo»* (Hechos, 6, 10). El de la ayuda divina se pone de manifiesto en estas palabras: *«El Espíritu Santo hablaba por su boca»* (Hechos, Ibid.).

Viendo que por este primer procedimiento no podrían vencerle, recurrrieron al segundo: haciendo comparecer testigos falsos. En efecto, llamaron a dos, que lo acusaron de haber proferido cuatro blasfemias. Leemos en el Libro de los Hechos: *«Lo llevaron a presencia del Consejo, y allí fue acusado de estas cuatro cosas: de que había blasfemado contra Dios, contra Moisés, contra la ley y contra el templo o tabernáculo».* En eso consistió la *guerra.* Pero he aquí el auxilio: *«Los del Consejo o tribunal, mirándole a la cara, veíanla transfigurada en rostro de ángel».* La *victoria* obtúvola derrotando a los testigos. Preguntóle el príncipe de los sacerdotes si era cierto lo que sus acusadores decían. Entonces san Estaban, tomando la palabra, fue desmontando una por una las cuatro acusaciones. En cuanto a la primera, o sea la imputación de blasfemia contra Dios, dijo: Que el Dios que habló a los patriarcas y profetas, fue el mismo a quien él llamaba Dios de la gloria. Y aclaró: la expresión *Dios de la gloria,* puede tomarse en tres sentidos, a saber: primero, en cuanto que Dios

confiere la gloria a otros; que puede conferirla se infiere del Libro II de los Reyes, en el que está escrito: *«Glorificaré a quien me honrare»*. Segundo, en cuanto que Dios disfruta de gloria. Que disfruta de gloria se afirma en el capítulo 8 de los Proverbios: *«Tengo riquezas y gloria»*. Tercero, en cuanto que Dios debe ser honrado por las criaturas, conforme al texto de la Escritura que dice: *«Honor y gloria por los siglos de los siglos al único Dios y Rey inmortal»*. Por tanto, la expresión Dios de la gloria, lejos de constituir una blasfemia, contiene una triple alabanza divina, puesto que a través de ella afirmamos tres cosas que están enseñadas en la Escritura: que Dios es glorioso, glorificador y digno de que se le glorifique. La segunda acusación, es decir, la relativa a que había blasfemado contra Moisés, refutóla de muchas maneras, principalmente ponderando tres cosas, a su juicio muy importantes, que en Moisés se dieron: el fervor de su celo al dar muerte al egipcio que había maltratado a un judío, los grandes milagros que obró en Egipto y en el desierto, y la familiaridad que tuvo con Dios, con quien frecuentemente conversaba. Después rebatió el cargo de que hubiera blasfemado contra la ley, mostrando como la ley era merecedora de sumo respeto, principalmente por estos tres motivos: por razón de quien la dictó, que fue Dios; por razón de quien la representó, que fue Moisés, hombre muy grande y muy ilustre; y por razón del fin a que se ordenó, que fue el encauzamiento de la vida temporal hacia la eterna. Finalmente, se exculpó y declaró inocente de la cuarta acusación que contra él habían formulado: la de que era reo de blasfemia contra el Tabernáculo y el Templo. Para él, el Tabernáculo, dijo, era muy respetable por estos cuatro títulos: por su origen divino, por haber sido objeto de una manifestación de Dios a Moisés, por haber sido construido bajo la dirección de este gran profeta, y por guardarse en él el Arca de la Alianza. El mismo respeto, aseguró, le merecía el Templo, que posteriormente reemplazó al Tabernáculo.

Con las razones expuestas refutó san Esteban los cuatro cargos que contra él habían presentado sus acusadores. Los judíos, al comprobar su propia derrota y advertir que por este segundo procedimiento no lograban lo que se habían propuesto, recurrieron al tercero y se lanzaron al ataque mediante suplicios y tormentos.

San Esteban, queriendo observar el precepto del Señor acerca de la corrección fraterna, procuró que sus enemigos se corrigieran y desistieran de sus malvados propósitos y trató de despertar en ellos estos tres sentimientos: el del pudor, el del temor y el del amor.

Apeló primeramente al pudor, reprochándoles la dureza de sus corazones y la atrocidad que suponía dar muerte a los siervos de Dios. *«Tenéis»*, les dijo, *«la cabeza dura y la sensibilidad y el oído sin circuncidar, hacéis resistencia al Espíritu Santo y os comportáis lo mismo que vuestros padres: no hubo profeta al que ellos no persiguieran y acabaron mantando a cuantos anunciaron la venida del Redentor»*.

Según la Glosa, san Esteban acusó a los judíos de estos tres pecados: de haber resistido al Espíritu Santo, de haber peseguido a los profetas, y de haber llegado, en su malevolencia, a darles muerte. Pero así como las rameras no se avergüenzan de la vileza de su oficio, así tampoco ellos se avergonzaron al oír estos improperios, ni depusieron su actitud; al contrario, se enfurecieron aún más y hasta les rechinaron los dientes de rabia. En vista de ello trató san Esteban de despertar en sus ánimos sentimientos de temor de Dios, diciéndoles que estaba viendo a Jesús a la derecha del Padre en ademán de protegerle a él y de condenar a quienes le estaban atacando. *«Lleno del Espíritu Santo»*, dice el Libro de los Hechos, *«mirando al cielo, vio la gloria de Dios y dijo: Veo los cielos abiertos y al Hijo del Padre de pie, al lado del Poder de Dios»*.

Los perseguidores del santo, insensibles a la vergüenza y al temor divino, no sólo no se corrigieron sino que se obstinaron aún más en su maldad: dando gritos y simulando que se tapaban las orejas para dar a entender que no querían oír las blasfemias que salían de su boca, se arrojaron tumultuosamente sobre él, lo llevaron a empellones fuera de la ciudad y empezaron a apedrearle, alardeando de que así cumplían la ley, que mandaba apedrear a los blasfemos fuera del poblado. La misma ley señalaba que, en semejantes casos, las primeras piedras contra el reo deberían ser arrojadas por los testigos. Para observar fielmente este detalle, los dos que declararon falsamente contra él se despojaron rápidamente de sus vestidos, bien para lanzar los guijarros más desembarazadamente, o bien porque así se estilase a fin de evitar que sus ropas tocaran al reo e incurrieran en impureza. Había allí un joven llamado Saulo, y después Pablo, que se encargó de vigilar los mantos y túnicas de los apedreadores. Al prestar este servicio no sólo colaboró en el tormento del mártir, sino que de alguna

manera también él lo apedreó a través de quienes materialmente lanzaban las piedras.

No habiendo logrado san Esteban vencer la malicia de sus enemigos mediante los dos procedimientos anteriores del pudor y del temor de Dios, recurrió al tercero, el del amor. Porque ¿no fue, acaso, una prueba de amor extraordinario la que dio orando por ellos mientras por sí mismo oraba? Oró el santo por sí mismo, pidiendo al Señor que no se prolongara demasiado el tormento, a fin de que el pecado de quienes le apedreaban durase menos; y oró por sus verdugos, suplicando a Dios que no tuviera en cuenta el crimen que estaban cometiendo.

«Mientras le apedreaban», dice el Libro de lo Hechos, *«Esteban oraba y decía: Señor, recibe mi espíritu».* Puesto de rodillas, con recia voz exclamaba: *«¡Oh Dios! ¡Perdónalos, que no saben lo que hacen!».*

Considérese este detalle altamente significativo de su admirable caridad: mientras oró por sí mismo, lo hizo de pie; pero para orar por sus perseguidores se arrodilló. ¿Por qué? Porque quería dar más fuerza a la oración que por ellos hacía que a la que había hecho en su propio favor. Así lo declaraba la Glosa: «Se arrodilló para orar por ellos, cosa que no había hecho cuando por sí mismo oró, porque pretendió dar a su suplicio una vehemencia proporcionada a la enorme iniquidad que sus verdugos estaban cometiendo».

Su oración fue semejante a la de Jesucristo. También el Señor, durante su Pasión, oró por sí mismo y por los que le habían crucificado. Por sí mismo: *«Padre, en tus manos entrego mi espíritu».* Por sus verdugos: *«Padre perdónalos; no saben lo que hacen».*

San Esteban, tras de su oración, se durmió en el Señor. *«Diciendo esto, se durmió»,* dice el Libro de los Hechos. La Glosa comenta este pasaje con estas palabras: «Hermosa expresión la de «se durmió», más acertada que la de «murió»; porque, nada más ofrecer su sacrificio de amor, se durmió con la esperanza de despertar en la resurrección».

La muerte de san Esteban tuvo lugar en la mañana del tres de agosto del año en que el Señor subió a los cielos. San Gamaliel y Nicodemo, que en todos los consejos de los judíos se ponían siempre de parte de los cristianos, con grandes manifestaciones de sentimiento recogieron su cuerpo y lo enterraron reverentemente en un campo que pertenecía al dicho Gamaliel.

Era san Esteban uno de los más conspícuos discípulos de Cristo. A raíz de su muerte se desencadenó en Jerusalén tan terrible persecución contra los cristianos, que, a excepción de los apóstoles, que afrontaron valientemente todos los riesgos que la misma comportaba, todos los demás, siguiendo el consejo del Maestro *«si os persiguen en un sitio marchad a otro»,* huyeron de la ciudad y se refugiaron en diferentes lugares de la provincia de Judea.

4. Dice el egregio doctor Agustín que san Esteban obró innumerables milagros, curó a muchos enfermos de sus enfermedades y resucitó a seis muertos. Entre los diferentes prodigios que este santo Padre narra, hay algunos que merecen ser recordados:

Afirma tan insigne autor que muchos sanaban por el mero hecho de que colocaron sobre sus cuerpos flores o manteles que hubieran estado antes en el altar del santo; y entre otros casos, en el libro XXII de *la Ciudad de Dios,* refiere el de una mujer ciega que recobró la vista tan pronto como pusieron sobre sus ojos un ramo de flores que había estado anteriormente en el altar del mártir.

De la referida obra tomamos este otro:

Un hombre llamado Marcial, infiel y obstinado en su infidelidad, pero muy estimado por sus convecinos, cayó gravemente enfermo. Un yerno suyo que era cristiano y practicaba la religión fervorosamente acudió a la Iglesia de san Esteban, tomó un manojo de flores que había en el altar del santo, llevólo a casa de su suegro y, aprovechando que éste estaba dormido, lo puso secretamente bajo su cabeza. De madrugada, Marcial despertó y mandó llamar urgentemente al obispo. El prelado no pudo recibir la llamada del enfermo, porque estaba ausente de la ciudad, pero sí otro sacerdote, que fue inmediatamente a verle. Marcial le manifestó que quería convertirse y recibir el bautismo. Se convirtió, se bautizó, y al enterarse de que las últimas palabras de san Esteban habían sido «Señor, recibe mi espíritu», no cesó de repetirlas él mismo durante el tiempo que transcurrió entre su bautismo y la hora en que murió.

5. He aquí otro de los milagros que Agustín cuenta en el citado libro: Una señora llamada Petronila, enferma de muchísima gravedad, no mejoraba con ninguno de los remedios que le aplicaban los médicos. En vista de ello acudió a un curandero judío. Este le entregó una sortija que llevaba engastada una piedra y le dijo que pasara un cordón por el interior del anillo y se ciñera con

él la cintura, bajo sus ropas, a raíz de la carne, y que en seguida sanaría por la virtud que tenía la sortija. La enferma hizo cuanto el curandero le aconsejó, pero su salud no experimentó ninguna mejoría, por lo cual algún tiempo después se hizo conducir a la iglesia de san Esteban, oró ante su altar pidiendo su curación y, cuando estaba orando, de repente la cuerda que aún conservaba alrededor de su cintura se soltó por sí misma, cayó la sortija rodando por el suelo y al instante la mujer quedó completamente curada.

6. En el referido libro se lee este otro caso no menos admirable: En Cesarea de Capadocia vivía una noble matrona, viuda y madre de familia numerosa, pues tenía siete hijos y tres hijas. Un día, en un momento de irritación, a causa de un disgusto que sus hijos e hijas le dieron, lanzó sobre los diez una maldición. Seguidamente, cual si Dios hubiese tomado en cuenta la imprecación de la madre, los diez fueron repentinamente acometidos por un mal que producía en ellos horribles sacudidas y temblores permanentes en todos sus miembros. Como el mal no desaparecía y sentían vergüenza de que la gente los viera en tan lastimoso estado, huyeron de casa y de la ciudad y se fueron por el mundo adelante. En vista de que por donde quiera que pasaban atraían sobre sí las miradas curiosas de las personas, dos de los diez, llamados Pablo y Paladia, se desprendieron del grupo, tomaron otros derroteros y fueron a dar a Hipona, visitaron al obispo, que lo era a la sazón Agustín, y le refirieron personalmente lo que les había sucedido. Por consejo de éste, desde aquel mismo día, que fue quince antes de Pascua, comenzaron a visitar la iglesia de san Esteban y a pedirle al santo mártir que se dignara curarlos. La misma noche de Pascua, durante la solemne vigilia, estando el templo lleno de fieles, Pablo, abriéndose paso entre la multitud, se acercó al altar, se prosternó en el suelo y comenzó a orar mientras el numeroso gentío que asistía a los oficios le miraba expectante. De pronto Pablo se puso en pie sin el más ligero temblor en su cuerpo y completamente sano. Los fieles, entusiasmados, condujéronle en volandas a presencia de Agustín, quien lo mostró al pueblo y prometió que al día siguiente acudiría a la iglesia de san Esteban y leería públicamente el relato de aquella curación. Cuando a la siguiente mañana estaba Agustín refiriendo lo ocurrido con Pablo, Paladia, que se encontraba entre los asistentes agitada de sus enormes temblores, hizo lo mismo que su hermano la noche anterior: se abrió paso como pudo entre los fieles y se acercó al altar de san Esteban, postróse en el suelo y quedóse un rato como adormecida, mas poco después despertó de su sueño y se sintió completamente curada. Agustín entonces presentóla también ante la multitud y todos dieron gracias a san Esteban por haber obrado con los hermanos aquellos milagros. Es de advertir que, años antes de esto, Orosio había entregado a san Agustín, de parte de san Jerónimo, a quien aquél había ido a visitar, algunas reliquias de san Esteban. San Agustín las colocó en el templo que el santo protomártir tenía en Hipona. Por medio de estas reliquias el Señor obró los referidos prodigios y otros muchos más.

7. San Esteban no sufrió su martirio el 26 de diciembre, fecha en que la Iglesia celebra su fiesta, sino el 3 de agosto, como ya indicamos anteriormente. El 3 de agosto celébrase otra festividad en honor de este santo: la de la Invención de sus reliquias. Cuando hablemos de esta Invención diré por qué estas dos fiestas tienen trastocados sus días. De momento me limitaré a decir que la Iglesia ha acordado colocar en su calendario litúrgico inmediatamente después de la Natividad del Señor las tres fiestas que en esos días subsiguientes al de Navidad se celebran, por dos razones. Primera: para subrayar la unión estrecha que hubo entre su esposo y jefe y estos compañeros suyos. Jesucristo, al venir a este mundo, quiso presentarse como esposo ante su esposa la Iglesia, rodeado de unos amigos cuyas señas anticipó el Cantar de los Cantares de esta manera: *«Mi amado, elegido entre mil, puede ser reconocido por los colores blanco y rojo que hay en torno a él»*. El color blanco, en este caso, lo pone san Juan Evangelista, confesor esclarecido; el rojo, san Esteban, protomártir; el millar de los que rodeaban a Cristo, el elegido está constituido por la multitud virginal de los Santos Inocentes. Segunda: para presentarnos en un mismo plano a todos los géneros de mártires, ordenados entre sí con arreglo al grado de su dignidad. Todos los martirios tienen una sola y única causa: el nombre de Jesucristo. Pero caben tres tipos de martirio: el que reúne la doble condición de deseado y consumado; el deseado, pero no consumado; y el consumado, pero no deseado. El primero de estos tipos se dio en san Esteban, el segundo en san Juan y el tercero en los Inocentes.

Capítulo IX

SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA

Juan quiere decir gracia de Dios, o *en quien está la gracia,* o *al que se ha concedido alguna gracia,* o *a quien Dios ha hecho alguna donación.* A través de estas cuatro significaciones comprendemos mejor los cuatro privilegios de que san Juan disfrutó.

El primero de esos privilegios consistió en el amor que Cristo le tuvo. En efecto fue, entre los apóstoles, el predilecto del Señor y el que recibió de El mayores pruebas de confianza y amistad. En este sentido de predilecto, o grato al Señor, su nombre puede ser interpretado como *gracia de Dios.* ¿Es que Cristo amó más a Juan que a Pedro? Para responder a esta pregunta conviene tener en cuenta que en el amor se debe distinguir entre el afecto interno del corazón y la manifestación exterior de ese afecto, que, a su vez, puede hacerse de dos maneras: mediante demostraciones de familiaridad y mediante el otorgamiento de beneficios. Desde el punto de vista del afecto interno, Jesús amó por igual a ambos apóstoles; en cuanto a la manifestación exterior por medio de pruebas de familiaridad, amó más a Juan; mas, en cuanto a la manifestación externa de ese afecto a través del otorgamiento de beneficios, amó más a Pedro.

El segundo privilegio concedido a san Juan fue el de la incorrupción de su carne, es decir, el de la virginidad. San Juan fue virgen, porque así lo quiso el Señor. Si tenemos en cuenta este dato, podemos afirmar que el nombre de este apóstol significó, *en quien está la gracia:* la gracia de la pureza virginal. Juan iba a casarse, pero al oír la llamada del Señor renunció a su proyectado matrimonio.

El tercero de los privilegios consistió en haber sido confidente de algunos secretos de Cristo; bajo este aspecto su nombre significa *a quien se ha concedido alguna gracia.* A él se le confirió la de haber conocido confidencialmente algunas cosas arcanas y profundas, como la divinidad de Jesucristo y lo relativo al fin del mundo.

El cuarto privilegio de que gozó fue el de haber sido escogido para que se hiciera cargo de la Madre del Señor. Merecidamente, pues, llevó el nombre de Juan en su significado de *a quien Dios ha hecho una donación,* porque ¿qué donación mayor que la de habérsele confiado la custodia de la Madre de Dios?

La historia de este apóstol fue escrita por Mileto, obispo de Laodicea, y divulgada posteriormente por san Isidoro, aunque resumidamente, en su libro *Sobre el nacimiento, vida y muerte de los Santos.*

1. Juan, apóstol y evangelista, amigo del Señor y virgen por expreso deseo de Dios, al dispersarse los demás apóstoles tras de la fiesta de Pentecostés, marchó a Asia, en donde fundó numerosas comunidades cristianas o Iglesias. El emperador Domiciano, noticioso de sus actividades, lo llamó y lo condenó a morir en una tinaja llena de aceite hirviendo, colocada frente a la Puerta Latina; pero el santo salió de este tormento completamente ileso. Así como su espíritu triunfó siempre sobre los asaltos de la carne, así también en esta ocasión su cuerpo no padeció quemadura alguna en medio de tan horrendo suplicio. Cuando Domiciano supo que el apóstol, tras la prueba a que lo había sometido, continuaba ejerciendo el ministerio de la predicación, lo desterró a una isla inhabitada, llamada Patmos. En ella vivió completamente solo y allí fue donde escribió el Apocalipsis. El mismo año en que el evangelista fue enviado al destierro por Domiciano, éste, cuya exagerada crueldad resultaba insoportable, murió asesinado. A raíz de su muerte, el Senado revocó todo cuanto había hecho el desaparecido emperador. Merced a esta revocación san Juan se vio libre de su injusta deportación, abandonó la isla y regresó a Efeso, cuyos habitantes salieron multitudinariamente a su encuentro y entre honras y aclamaciones lo llevaron a la ciudad, cantando a coro por el trayecto: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!». Cuando la nutridísima y triunfal procesión iba a entrar por la puerta de la muralla, por ella salían varias personas que llevaban a enterrar el cadáver de una mujer llamada Drusiana, que en vida había sido devotísima del santo y deseado ardientemente su regreso. Los padres de la difunta, las viudas y huérfanos que formaban en el fúnebre cortejo, al encontrarse con el apóstol le dijeron:

—San Juan, vamos a dar sepultura a Drusiana que fue fidelísima a tus enseñanzas sobre la caridad y nos daba de comer a todos. ¡Cuánto deseó tu venida! Frecuentemente decía: —¡Oh, si Dios me

concediera la gracia, antes de morir, de ver nuevamente al apóstol en Efeso! ¡Ahora llegas tú, pero ella ya no puede verte!

San Juan mandó que pusieran el féretro en el suelo y que quitaran del cadáver las vendas que lo envolvían. Luego exclamó:

—¡Drusiana! ¡Quiero que Nuestro Señor te resucite! ¡Levántate! ¡Vuelve a tu casa y prepara comida para mí!

En aquel mismo instante la difunta resucitó y regresó a su casa para cumplir diligentemente el encargo que el apóstol le había hecho. Mientras caminaba, parecíale que no había estado muerta, sino dormida, y que acababa de ser despertada por el santo de un sueño profundo.

2. Al siguiente día el filósofo Cratón convocó al pueblo en la plaza para hablarles y enseñarles el modo de vivir sin dejarse seducir por los atractivos del mundo. Con anterioridad había logrado que dos jóvenes riquísimos emplearan la totalidad de sus respectivos patrimonios en la adquisición de dos piedras preciosas. Pues bien, en aquella ocasión les mandó que, en presencia del público, las hicieran añicos. El apóstol, que casualmente pasaba entonces por allí, presenció la escena; luego, dirigiéndose al filósofo le dijo que no era así como había que entender el desprecio del mundo, y refutó su teoría con los tres siguientes argumentos:

Primero, porque aunque aquel modo de interpretar las cosas pudiera tener aceptación entre algunos hombres, no se conformaba con la voluntad de Dios.

Segundo, porque aquel tipo de desasimiento del mundo no curaba los vicios, y era, por tanto, tan inútil como determinadas medicinas, que aplicadas a ciertas enfermedades no remedian nada.

Tercero, porque el único desprecio válido del mundo es el que redunda en beneficio de algo o de alguien, como cuando con los propios bienes se socorre a los necesitados. A este menosprecio se refirió el Señor cuando aconsejó al joven: «*Si quieres ser perfecto, ve a tu casa, vende cuanto tienes y distribuye el dinero que obtengas entre los pobres*».

Cratón le replicó:

—Vamos a someter a prueba a ese dios, al que llamas tu maestro. Si existe y de verdad quiere que se dé a los pobres lo que valían estas piedras que mis discípulos acaban de triturar, haz tú que se recompongan. Si lo consigues le darás a él tanta gloria como fama he adquirido yo entre los hombres con mi filosofía.

San Juan aceptó el reto; recogió los pequeños fragmentos de las gemas, los colocó sobre la palma de una de sus manos, y oró. En seguida las dos piedras preciosas se reconstruyeron, las tomó con los dedos de la otra mano y las mostró al público tan íntegras y hermosas como antes de que los dos jóvenes las quebraran. El filósofo y sus dos jóvenes discípulos quedaron maravillados, se convirtieron, vendieron las dos joyas y distribuyeron entre los pobres el dinero obtenido en la venta.

3. Movidos por el ejemplo de estos dos a quienes acabamos de referirnos, otros dos, pertenecientes a familias muy importantes, vendieron todos sus bienes, repartieron entre los menesterosos el dinero que por ellos les dieron y se hicieron discípulos del apóstol. Pero poco después, al ver a sus antiguos criados ricamente vestidos y considerar que ellos no tenían más que una sencilla túnica sobre sus cuerpos, se arrepintieron del paso que habían dado. Por la tristeza de sus semblantes adivinó san Juan el decaimiento de sus ánimos. Entonces hizo que le trajeran de la orilla del mar buen número de trozos de madera y de pedruscos y los transformó en oro y gemas.

—Tomad todo este tesoro, dijo el apóstol a ambos jóvenes. Os doy siete días de plazo para que recorráis la ciudad y la región mostrando todo esto a los joyeros y orfebres a fin de que ellos lo examinen y lo tasen; luego venid nuevamente a verme.

Los dos jóvenes obedecieron. Al cabo de una semana regresaron y manifestaron a Juan que cuantos especialistas en la materia habían examinado las joyas, unos tras otros, sin excepción, coincidieron en afirmar que jamás en su vida habían visto oro tan fino y piedras tan primorosas y de tan alta calidad.

Acto seguido díjoles san Juan:

—Todo esto es vuestro: os lo regalo. Volved a vuestro país, enajenad este tesoro y comprad con lo que os den las cosas que anteriormente vendísteis. Habéis perdido las riquezas del cielo. Floreced como antes; ya os marchitaréis. Tornad a ser ricos en bienes de este mundo, ya que no os importa ser indigentes en el eterno.

A continuación comenzó a disertar sobre el tema de las riquezas materiales y les expuso los siguientes seis motivos por los cuales debiéramos apartar nuestro ánimo de ellas:

Primero, por el testimonio de la Escritura. Refiriéles la parábola del rico Epulón, reprobado por

Dios, y del pobre Lázaro, recibido en el seno divino.

Segundo, por el testimonio de la naturaleza. El hombre viene al mundo completamente desnudo y desnudo se marcha de él cuando muere, sin llevar consigo absolutamente nada.

Tercero, por el testimonio de las criaturas. El sol, la luna, las estrellas, la lluvia, el aire, son bienes comunes que no pertenecen a nadie en particular sino a todos, y a todos benefician. Lo que ocurre con estas cosas debería ocurrir con todas las demás, cuya utilización tendría que redundar en provecho de la humanidad entera.

Cuarto, por el testimonio de los llamados bienes de fortuna. Por rico tenemos, díjoles el apóstol, a quien posee esos bienes; pero nos equivocamos, puesto que el tenido por nosotros por rico acaba siendo esclavo de sus riquezas; no es él quien las posee a ellas, sino ellas las que lo acaparan a él; en consecuencia termina por convertirse en siervo del diablo, como advierte el Evangelio por estas palabras: «*Quien ama el dinero, tórnase un servidor de Mammón*».

Quinto, por la inquietud que producen. Los ricos pasan sus días y sus noches constantemente preocupados, pensando en el modo de conservar y aumentar lo que tienen, y agitados por el temor de perder lo que han adquirido.

Sexto, por los riesgos que acarrean. Los ricos están expuestos al peligro de incurrir en dos clases de males y de perder dos géneros de bienes. Efectivamente, los ricos viven amenazados del mal temporal del orgullo y del mal eterno de la condenación y abocados a verse privados del mayor tesoro de esta vida, que es la gracia, y del mayor tesoro de la otra, que es la gloria eterna.

4. Cuando el santo estaba haciendo esta catequesis acerca de las riquezas pasó por allí un cortejo fúnebre: varias personas llevaban a enterrar el cuerpo de un joven que se había casado treinta días antes. La madre del difunto, su viuda, y muchos más de los que acompañaban al muerto, acercáronse al apóstol y le rogaron, postrados a sus pies, que en nombre de Dios resucitase al infortunado joven, como había resucitado a Drusiana. San Juan, conmovido, lloró y rezó largo rato, resucitó al difunto y le mandó que seguidamente contara a los dos mancebos a quienes estaba hablando como eran las penas que les esperaban en la otra vida y cuanta la gloria que se exponían a perder. Inmediatamente, el resucitado refirió una serie de cosas vistas por él, relativas a las delicias del paraíso y a los tormentos del infierno; luego, dirigiéndose a los dos jóvenes, añadió:

—¡Desgraciados de vosotros! Yo he visto a vuestros ángeles custodios llorando y a los demonios saltando de regocijo. Yo he visto lo que habéis perdido: palacios eternos construidos con deslumbrantes piedras preciosas espléndidamente iluminados, con mesas preparadas repletas de manjares exquisitos y salas llenas de delicias en las que se disfruta de gloria interminable.

Después continuó relatando en qué consistían las penas infernales a las que se aludía en estos célebres versos:

¡Gusanos y tinieblas,
azotes, frío, fuego,
visión de horrendos demonios,
compañía de criminales,
llanto!

Al acabar su descripción y comentario, el resucitado y los dos jóvenes se postraron ante el apóstol y le rogaron que tuviese misericordia de ellos.

San Juan dijo a los dos jóvenes:

—Haced penitencia durante treinta días. Orad a lo largo de ellos y pedid a Dios que estas maderas y guijarros recobren su verdadera naturaleza.

Pasados treinta días, el apóstol ordenó a los dos muchachos que llevaran lo que parecía un tesoro a la orilla del mar y al mismo sitio de donde lo hubieran traído. En cuanto pusieron todo aquello en el lugar de donde lo habían tomado, lo que parecía precioso tesoro convirtióse nuevamente en piedras y palos, y en aquel preciso instante los dos jóvenes recuperaron la gracia y las virtudes que anteriormente habían tenido.

5. Ya había san Juan predicado el Evangelio por toda Asia, cuando un día, una turba de gente amotinada por los adoradores de los ídolos se apoderó de él, lo llevó al templo de Diana y trató de obligarle a que ofreciese sacrificios en honor de los dioses paganos; pero él respondió a sus presiones con esta proposición: haría lo que le proponían si ellos, con la mera invocación de Diana, conseguían que la iglesia de Cristo se desmoronase; si esto no ocurría y él lograba que al invocar a Cristo el templo de la diosa se derrumbase, ellos deberían aceptar la fe que él predicaba.

La propuesta fue aceptada por la mayor parte de los asistentes. Desalojaron el templo de Diana, Juan

inició su oración, y apenas comenzó a orar el edificio se desplomó y la imagen de la diosa quedó hecha añicos.

A la vista de tan portentoso suceso, Aristodemo, pontífice de los ídolos, protestó, soliviantó a parte del vecindario y preparó una verdadera guerra en la que unas gentes luchaban contra otras. San Juan fue a ver a Aristodemo, y le dijo:

—¿Qué más quieres que haga para convencerte?

Aristodemo le respondió:

—Si bebes de un veneno que yo te daré y no te hace daño creeré en tu Dios.

—Ya puedes comenzar a prepararlo, —contestóle el apóstol.

—Piénsalo bien, —le aconsejó Aristodemo—; ten en cuenta que se trata de un veneno muy activo y rápido.

—Ya está pensado, —declaró san Juan.

—Pues para que tu miedo sea mayor, —dijo Aristodemo—, quiero que antes de tomarlo veas con tus propios ojos como todo el que lo bebe muere instantáneamente.

Pidió Aristodemo al procónsul que le entregara dos de los reos condenados a muerte; delante del público dióles a beber la pócima, y en cuanto la ingirieron cayeron repentinamente muertos. Esto no obstante, el apóstol se sometió a la prueba, tomó en sus manos el vaso que Aristodemo le presentó, se santiguó, bebió hasta la última gota la ponzoña y se quedó tan tranquilo, sin experimentar molestia alguna. Los presentes, a la vista de aquel nuevo prodigio, comenzaron a alabar a Dios. Pero no Aristodemo, que dijo:

—Me queda aún una duda que quiero disipar: creeré en Jesucristo si consigues que estos dos muertos resuciten.

Entonces el apóstol se despojó de su túnica y se la entregó a Aristodemo.

—¿Por qué me das tu túnica? —preguntó éste.

—Para que, convencido, reniegues de una vez de tu infidelidad, —respondió san Juan.

—¿Acaso tu túnica, —inquirió Aristodemo—, tiene algún poder especial para forzarme a creer? El apóstol le respondió:

—Anda, colócala sobre los cuerpos de esos difuntos y di: «El apóstol de Cristo me envía a vosotros para que en nombre del Señor os mande que volváis a la vida».

Aristodemo hizo y dijo lo que el apóstol le indicó y al instante ambos muertos resucitaron.

Poco después de esto, san Juan bautizó a Aristodemo, el procónsul y los parientes de uno y otro. Más adelante estos bautizados en el nombre de Cristo construyeron en el lugar en que ocurrió este milagro una iglesia en honor de san Juan.

6. San Clemente, en el libro IV de su *Historia Eclesiástica,* refiere el siguiente episodio:

En cierta ocasión el apóstol convirtió a un joven hermoso y fuerte, y lo puso bajo la custodia de un obispo; pero posteriormente el convertido abandonó al obispo y se hizo capitán de ladrones. No mucho después visitó al obispo y le pidió que le devolviera el depósito que le había confiado. Creyó el obispo que el apóstol se refería a alguna cantidad de dinero, y, como no recordaba haber recibido de él dinero alguno, quedó sorprendido de que un hombre tan santo le reclamara lo que nunca le había dado. San Juan le aclaró que al hablar de depósito se refería al joven cuya custodia le había confiado.

—¡Ah, Padre!, —respondió el obispo—, ese joven de que me hablas, espiritualmente ha muerto; huyó de mi casa y ahora vive en el monte con una cuadrilla de bandoleros que le han nombrado su jefe.

Al oír estas palabras san Juan, rasgó sus vestiduras, se aporreó el rostro con sus puños y exclamó:

—¡Vaya guardián que elegí para que mirara por el alma de un hermano!

Sin esperar a más, requirió un buen caballo, montó en él y a toda prisa, sin temor a los bandidos, se fue en busca del joven y se internó en el bosque. Pero el joven a quien buscaba, que lo vio desde lejos y lo reconoció, sintió vergüenza y, para evitar encontrarse con el santo, tomó otro caballo y huyó precipitadamente del lugar en que se hallaba. Viendo san Juan que el joven escapaba, espoleó a su propia cabalgadura y, a pesar de que ya era anciano, salió tras el muchacho, diciendo a voces:

—¡Hijo mío queridísimo! ¿Por qué huyes de tu padre? ¿No sabes que ya soy viejo y voy desarmado? ¡No temas! ¡Yo responderé por ti ante Cristo! ¡Yo, si es preciso, daré mi vida por ti, como El dio la suya por nosotros! ¡vuelve, hijo mío, vuelve! Es el Señor quien me envía en tu busca!

Al oír tan tiernas palabras, el joven regresó y, arrepentido lloró amargamente ante el santo. El apóstol se postró a sus pies, tomóle sus manos entre las suyas y se las besó cual si ya las tuviera purificadas por la penitencia. El joven ayunó, oró,

obtuvo la absolución y algún tiempo después el apóstol lo hizo obispo.

7. En la misma *Historia Eclesiástica,* y también en una glosa a la segunda carta canónica de san Juan, se refiere el siguiente caso: En cierta ocasión fue el apóstol a bañarse a una casa de baños, pero, al ver entre los bañistas al hereje Cerinto, salió a toda prisa del local diciendo: «Huyamos rápidamente de aquí no sea que este establecimiento en el que está bañándose ese enemigo de la verdad se desplome sobre nosotros».

8. Cuenta Casiano en el libro de las *Colaciones* que, estando un día san Juan acariciando una perdiz viva que alguien le había regalado, sosteniéndola en una de sus manos y alisándole su plumaje con la otra, un muchacho que con otros jugaba a cierta distancia dijo a sus compañeros, en son de mofa:

—Fijáos en aquel viejo; está jugando con un pájaro como si fuera un niño.

El apóstol, al advertir que los chicos aquellos se reían de él, llamó al que había hecho el referido comentario y le preguntó:

—¿Qué es eso que tienes en las manos?

—Un arco —respondió el mozalbete.

—¿Para qué sirve ese artefacto?, —inquirió san Juan.

—Para cazar pájaros y otros animales, —contestó el muchacho.

El santo siguió preguntando:

—¿Cómo se maneja eso?

El chico, por toda respuesta, comenzó a tensar el arco y cuando lo tuvo tenso, lo mostró al apóstol; mas como éste guardara silencio y no hiciera comentario alguno, al cabo de un momento, el jovencillo distendió su ballesta.

—¿Por qué aflojas la cuerda?, —preguntóle san Juan.

El chiquillo respondió:

—Porque si la mantengo tensa durante mucho rato se estropea.

—¡Ah!, —replicó el santo—: Pues has de saber que lo mismo le ocurre a la naturaleza humana, que se estropearía, como ese arco, si siempre estuviese en estado de tensión. También nosotros necesitamos dar a nuestro ánimo algún reposo de cuando en cuando. El águila vuela a mayor altura que las otras aves y aguanta en sus ojos los rayos del sol; sin embargo, en ocasiones desciende de las alturas y se posa en tierra. ¿Por qué? Porque se lo exige su naturaleza. Las personas precisamos, como las ballestas y las águilas, aliviar la tensión del espíritu, distendernos, distraernos, tomarnos cierto descanso para, luego, con nuevos bríos, reemprender las tareas serias del trabajo y de la contemplación.

9. Dice san Jerónimo que viviendo el apóstol en Efeso y habiendo llegado a una edad tan avanzada que ya, con sus fuerzas perdidas, apenas si podía ir a la iglesia ni siquiera sostenido por los brazos de sus discípulos, y mucho menos predicar ni hablar prolongadamente, solía repetir muy a menudo esta frase: «Hijitos míos, amaos unos a otros», y que como, a cada poco rato, con cierta machaconería, insistiera en decir siempre esas mismas palabras, quienes le asistían, en cierta ocasión, cansados de tanto oírle aquel estribillo, le preguntaron:

—Maestro, ¿Por qué repites sin cesar esa muletilla?

—Porque es el gran mandamiento del Señor; si lo cumplimos, podemos darnos por satisfechos, —les respondió el apóstol.

10. Cuenta Helinando que san Juan, antes de escribir su evangelio, quiso que todos los fieles de su iglesia ayunasen y orasen con él, para pedir la asistencia divina durante la importantísima tarea que iba a emprender; luego, dice el citado autor, se retiró a un lugar solitario y tornó a pedir al Señor que mientras estuviera componiendo el libro nada ni nadie le distrajera, ni siquiera el viento o la lluvia; y así ocurrió: en paz y silencio escribió su evangelio y, aún después de haberlo terminado, durante mucho tiempo los elementos continuaron reverentemente respetando la tranquilidad de aquel lugar. Eso afirma Helinando.

11. Sesenta y siete años después de la Pasión del Señor, cuando san Juan tenía ya 98 de edad, Jesucristo, escribe san Isidoro, se apareció al apóstol y le dijo: «Mi querido amigo, ven a mí; ha llegado la hora de que te sientes a mi mesa con el resto de tus hermanos». Al oír estas palabras, Juan intentó ponerse en pie e hizo ademán de ir hacia su Maestro, pero éste le manifestó: «Espera hasta el domingo». Al domingo siguiente, muy de madrugada, a la hora en que el gallo suele cantar, todos los fieles se congregaron en la iglesia que habían construido en honor del apóstol y éste empezó a predicarles, exhortándolos a que cumplieran fervorosamente los divinos mandamientos. Acabado el sermón, mandóles que cavaran su sepultura a la vera del altar y que sacaran la tierra fuera del templo. Cuan-

do la fosa estuvo dispuesta, el santo bajó hasta el fondo de la misma, tendióse en ella, alzó las manos hacia el cielo y pronunció la siguiente oración: «Señor Jesucristo: Me has invitado a sentarme a tu mesa: allá voy, agradecido a tu invitación y consciente de que siempre, con toda mi alma, he deseado estar contigo». De pronto la fosa quedó envuelta por una luz vivísima, cuyos resplandores nadie pudo resistir. Momentos después cesó la deslumbrante claridad y los asistentes advirtieron que, mientras duró, había descendido sobre el cuerpo del apóstol una extraña sustancia a manera de arena finísima que lo cubría enteramente, llenaba la sepultura y desbordaba de ella. Esa arena, semejante a la que hay en el fondo de algunas fuentes, puede verse todavía hoy en su sepulcro, como si se generara constantemente en el fondo del mismo.

12. San Edmundo, rey de Inglaterra, no negaba a nadie nada de cuanto le pidieran en nombre de san Juan Evangelista. En cierta ocasión estando ausente su mayordomo, acercósele un peregrino implorando limosna por amor al santo apóstol. Como el rey en aquel momento no llevaba en sus bolsillos dinero alguno, dio al peregrino una sortija de muchísimo valor. Algún tiempo después, el mismo peregrino entregó el anillo a un soldado inglés que estaba de servicio en ultramar y que iba a regresar a Inglaterra, rogándole que, en cuanto llegase a la corte, visitase al monarca, le entregase la sortija y le dijese: «Aquel por cuyo amor os desprendísteis de esta joya me ha encargado que os la devuelva». De este modo supo san Edmundo que el peregrino a quien socorrió con aquella sortija era el propio san Juan Evangelista.

13. Isidoro, en su libro *Sobre el nacimiento, vida y muerte de los primeros Santos,* dice que san Juan convirtió en oro un montón de guijarros y maderos tomados de la orilla del mar, reconstruyó dos piedras preciosas previamente pulverizadas, resucitó a una viuda y a un joven, bebió un ponzoñoso veneno sin que le pasara nada y devolvió la vida a dos que habían muerto por ingerir una cantidad del mismo tósigo que a él no le hizo daño alguno.

Capítulo X

LOS INOCENTES

El nonbre de *inocentes* conviene a estos santos por tres razones: por las características de su vida, por la pena a que fueron condenados y por la inocencia que conquistaron.

a) Por las características de su vida: Su vida fue inofensiva; jamás hicieron daño a nadie: ni a Dios con desobediencias; ni al prójimo con injusticias; ni a sí mismos con la malicia de ningún pecado. Acertadamente, pues, dice el salmista: «*Los inocentes y los rectos se unieron a mí,* etc.».

b) Por la pena a que fueron condenados, que les fue impuesta sin que hubieran cometido la menor culpa y contra toda justicia: Por eso canta también el salmista: «*Derramaron sangre inocente...* etc.».

c) Por la inocencia que conquistaron, porque mediante su martirio consiguieron la inocencia bautismal, es decir, la liberación de los efectos del pecado original. A esto se refiere igualmente el salmista por medio de esta invocación: *Conserva mi inocencia, mira mi equidad»;* que es como si dijera: consérvales la inocencia del bautismo, considera la rectitud de su conducta.

1. Los Inocentes fueron degollados por orden de Herodes Ascalonita.

La Sagrada Escritura habla de tres Herodes distintos entre sí y famosos los tres por su crueldad. El primero de ellos es el Ascalonita. Durante su reinado nació el Señor y él fue quien mandó asesinar a estos niños. El segundo de estos Herodes llevó el sobrenombre de Antipas; por orden suya murió degollado san Juan Bautista. El tercero de la serie, Herodes Agripa, decretó la muerte de Santiago y el encarcelamiento de san Pedro.

Las fechorías de los tres están resumidas en estos dos versos:

«El Ascalonita mató a los niños; el Antipas degolló a Juan;
El Agripa mandó asesinar a Santiago y encerró en la cárcel a Pedro».

Repasemos brevemente la biografía del primer Herodes.

En la *Historia Eclesiástica* se lee que Antípater el Idumeo se casó con una sobrina del rey de Arabia, de la que tuvo un hijo al que puso el nombre de Herodes. Posteriormente este Herodes, apellidado Ascalonita, fue nombrado rey de Judea por César Augusto. El fue también el primero de los reyes de los judíos no oriundos de la tribu de Judá. Tuvo seis hijos que se llamaron Antípater, Alejandro, Aristóbulo, Arquelao, Herodes Antipas y Felipe. A Alejandro y a Aristóbulo, habidos con una mujer judía, enviólos a Roma para que estudiaran artes liberales. Alejandro regresó a Jerusalén convertido en gramático, y Aristóbulo volvió transformado en un orador fogoso. Estos dos hermanos tuvieron frecuentes conflictos con su padre por cuestiones sucesorias. Sus ansias por ocupar cuanto antes el trono de Judea moviéronles a intentar asesinar a Herodes quien, al descubrir sus maquinaciones, nombró heredero suyo a Antípater y a ellos los desterró. Los dos proscritos apelaron a César, fueron a Roma y se quejaron ante el emperador del trato injurioso que habían recibido de su padre. Por entonces llegaron a Jerusalén los magos, inquiriendo noticias acerca del nacimiento de un nuevo rey. Con esto crecieron las inquietudes y temores de Herodes, que pensó que pudiera tratarse de algún vástago de la verdadera dinastía, cuyos partidarios podrían considerarle a él, a partir de entonces, como rey intruso. Esa fue la causa de que inmediatamente concibiera el plan de matar al recién nacido y de que, simulando que deseaba conocerle y adorarle, encargara a los magos que, si lo encontraban, volvieran por su palacio a comunicarle dónde estaba. Pero los magos marcharon a su tierra por otro camino. Herodes, al ver que no regresaban con la noticia, de momento quedó tranquilo, porque supuso que los magos se habrían convencido de que habían incurrido en un error al interpretar todo aquello de la estrella como un presagio, y que tal vez, avergonzados, hubiesen desistido de proseguir sus averiguaciones; mas poco después, al oír los comentarios que la gente hacía en relación con unos rumores de pastores y unas profecías de Simeón y Ana, sus temores renacieron y empezó a recelar de los magos y a sospechar que acaso éstos, intencionadamente, no habían regresado a informarle, y se reafirmó en la idea de eliminar al que podía llegar a ser su rival; de ahí que mandara dar muerte a todos los niños nacidos por aquel tiempo en la región de Belén, pues matándolos a todos perecería el que le preocupaba.

2. Estaba Herodes haciendo planes acerca del modo de matar a los niños, cuando recibió una carta del César Augusto, en la que se le ordenaba que acudiese sin demora a Roma a responder de los cargos que sus hijos habían formulado contra él. Al pasar por Tarso se enteró de que los magos iban de regreso a su tierra a bordo de uno de los barcos surtos en el puerto de aquella ciudad; como no sabía en cual de ellos, mandó quemar toda la flota. Así se cumplió la profecía del salmista: *«En un arranque de cólera, destruirás los navíos de Tarso».* (Salmos, 6).

En Roma, y en presencia del César, tuvo lugar un careo entre Herodes y sus hijos. Al final del mismo, el emperador determinó que Alejandro y Aristóbulo deberían obedecer a su padre y que éste podía nombrar heredero de su reino a quien quisiere.

Envalentonado por el triunfo obtenido sobre sus hijos ante el César, Herodes regresó a Jerusalén, y nada más llegar mandó matar a todos los niños de la comarca de Belén, que tuvieran dos o menos años, fundándose, al determinar esta edad, en cálculos que hizo basados en su conversación con los magos. La expresión de la Escritura *«a bimatu et infra»,* sin embargo puede tomarse en dos sentidos, según el significado que demos al vocablo *infra,* que unas veces equivale a «de ahí para abajo», y otras a «de ahí en adelante». Consecuentemente, la frase *a bimatu et infra* admite esta doble traducción: *desde los dos años de edad y de ahí para abajo, y desde los dos años de edad y de ahí en adelante.* Si la traducimos de la primera manera, habría que entender que Herodes mandó matar a todos los niños comprendidos entre la edad de un día y la de dos años; así lo entienden la mayor parte de los intérpretes, y así parece que debe ser entendido, sin lugar a dudas, si nos atenemos al supuesto de que los magos dijeron a Herodes que el niño había nacido el mismo día que ellos vieron la extraña estrella. En este caso, Herodes habría discurrido de este modo: Desde que él salió para Roma hasta su regreso había transcurrido algo más de un año. El niño, por tanto, tendría por lo menos un año y pico de edad: pero como se trataba de un niño especial a quien obedecían los astros, no había que descartar la posibilidad de que su naturaleza fuese también especial, y de que por esto o porque pudiese transformar sus apariencias median-

te el recurso a artes mágicas, presentase ante los ojos de la gente un aspecto distinto al que correspondía a su edad verdadera. Si hacía perecer a todos cuantos tuvieran dos años y de ahí para abajo, perecería también aquel niño, igual si semejaba tener pocos días o pocas semanas, que si daba la impresión de estar más desarrollado de lo que le correspondía.

Pero como la palabra *infra* significa también *después de..., posterior a...,* la frase *a bimatu et infra* puede ser traducida de la segunda manera indicada, o sea, en este sentido: *desde dos años de edad y de ahí en adelante.* Así interpreta tal pasaje san Juan Crisóstomo, quien explica el caso de esta manera: La estrella se apareció a los magos un año antes de que naciera el Salvador, y así se lo hicieron saber ellos a Herodes; pero éste, en lugar de entender las cosas como los magos se las dijeron, entendió que el niño ya había nacido cuando ellos vieron la estrella, y, por tanto, que cuando los magos le visitaron el niño tendría ya aproximadamente un año de edad. Ahora bien, como Herodes invirtió otro año entre su viaje a Roma, y su estancia allí y su regreso a Jerusalén, cuando dio la orden de matar a los inocentes calculó que el que él quería eliminar tendría ya más de dos años. ¿Cuánto más? Eso no lo pudo calcular, y de ahí que, para no errar el golpe, mandara asesinar, no a los que tenían menos de dos años, sino a los que tuviesen de dos años a cinco. Hay un hecho que favorece esta interpretación, y es el de que entre las osamentas de los Inocentes, posteriormente se encontraron restos de huesos tan grandes que no podían corresponder a niños de dos años; aunque a esto podría replicarse que tal vez en aquel tiempo las personas fuesen más corpulentas que las actuales.

No tardó Herodes en pagar las consecuencias de su delito. Dice Marobio y dice también una Crónica, que un hijo del propio Herodes, cuya crianza había sido confiada a una nodriza, fue uno de los que murieron en aquella horrible matanza.

La degollación de los Inocentes fue vaticinada por el profeta, cuando anunció que los llantos y gemidos se oirían en Roma; esto significa que los alaridos de dolor de las madres de los niños degollados llegarían hasta las cumbres del poder, o sea, hasta Roma.

3. No permitió Dios, justísimo juez, que la inicua crueldad de Herodes quedara impune. En la *Historia Eclesiástica* leemos que la justicia divina castigó a quien había dejado sin hijos a tantas madres, privándole a él de los suyos. Por lo pronto concitó en su contra la animadversión de Alejandro y de Aristóbulo, uno de cuyos cómplices manifestó que Alejandro le había prometido gran cantidad de dinero si envenenaba a Herodes. Otro, el barbero del rey, confesó que ambos hermanos habíanle ofrecido enormes recompensas si le segaba la garganta mientras lo estaba afeitando, añadiendo que Alejandro, al animarle para que hiciera esto, le había dicho que no se perdía nada eliminando a aquel viejo que, para parecer más joven, se teñía la barba y el cabello. Cuando Herodes se enteró de lo que sus hijos planeaban, les salió al paso mandando que los mataran a ellos, y en efecto, los mataron. Había él nombrado heredero suyo a Antípater, pero después cambió de opinión e instituyó por su sucesor a Antipas. La mudanza de las disposiciones sucesorias y la predilección que Herodes mostraba hacia dos hijos de Aristóbulo, Agripa y Herodíades, ésta, esposa de Felipe, llenaron de indignación a Antípater, quien, movido por el odio que empezó a sentir hacia su padre, intentó envenenarle; pero Herodes, que vigilaba muy de cerca a su hijo, descubrió sus intenciones y lo encerró en un calabozo.

Dícese que cuando el César Augusto tuvo conocimiemto de que el rey de Judea había mandado asesinar a Alejandro y a Aristóbulo, hizo este comentario: «Preferiría ser uno de los cerdos de las cochiqueras de Herodes a ser su hijo, porque a sus puercos los cuida y a sus hijos los mata».

4. Setenta años de edad contaba Herodes cuando cayó gravemente enfermo, aquejado de altísimas fiebres, y de dolores tremendos, porque tenía todos sus miembros medio podridos, los pies monstruosamente inflamados y los testículos roídos de gusanos. Su cuerpo exhalaba un hedor insoportable; las dificultades respiratorias producíanle ahogos. Apenas si podía hacer otra cosa más que revolverse en la cama, profiriendo constantes gemidos. Por orden de los médicos, que deseaban proporcionarle algún alivio, administrósele un baño de aceite; pero cuando lo sacaron de la bañera estaba ya medio muerto. No obstante, todavía pudo enterarse de que los judíos esperaban ansiosamente su muerte y pensaban celebrarla con gran regocijo; entonces, pese a la gravísima situación en que se encontraba, mandó encarcelar a todos los jóvenes de las principales familias de Judea, y tras de dar esta orden dijo a su hermana Salomé:

—Sé que los judíos quieren festejar mi muerte, pero si haces cumplir lo que acabo de disponer, ya

verás como cuando yo muera serán muchos los que lloren y como mis exequias estarán rodeadas de un ambiente de dolor cual jamás lo ha habido en la muerte de nadie. Entiende bien lo que te digo: en cuanto yo expire, haz que todos los jóvenes que tengo encerrados en la cárcel sean asesinados; de ese modo todas las familias de Judea llorarán necesariamente.

Solía Herodes tomar como postre, tras de cada comida, una manzana que pelaba por sí mismo con su propia espada. En una de esas ocasiones, cuando se disponía a mondar la fruta con el arma muy cerca de su pecho, fue de pronto acometido por un violento acceso de tos. Sin advertir el peligro que corría de que el acero se le clavara en el corazón, miró a su alrededor, esperando que alguno de los asistentes le socorriera; pero, como nadie le ayudara, hizo ademán de apartar de su costado la mano en que tenía el arma, mas uno de sus parientes se lo impidió, sujetándole el brazo y manteniéndoselo a cierta altura sobre el pecho. Creyendo los demás que se hallaban presentes, que la tos le había ahogado y que acababa de morir, salieron de la estancia y recorrieron el palacio diciendo a voces que el rey había muerto. Sus familiares, según la costumbre, al oír aquella noticia, comenzaron a llorar a gritos; pero Antípater, que se encontraba encerrado en una mazmorra, no pudo contener su gozo y empezó a dar saltos de júbilo y a prometer a sus carceleros que si le dejaban en libertad les concedería grandes mercedes. Herodes, que todavía estaba vivo, al enterarse de esto, sintióse más afligido por la alegría de su hijo que por la inminencia de su propia muerte, e indignado, ordenó a los carceleros que inmediatamente mataran a Antípater, e instituyó como heredero del trono a Arquelao. Después de este episodio aún vivió el rey cinco días, al cabo de los cuales, tras de una vida muy llena de satisfacciones sensuales y de amarguras interiores, expiró.

Salomé no cumplió la orden que su hermano le diera de matar a los prisioneros, sino que los puso inmediatamente en libertad; aunque en esto no todos están de acuerdo, porque Remigio, en un comentario a cierto pasaje de Mateo, dice que Herodes se suicidó, clavándose en el pecho la espada con que se disponía a pelar la manzana, y que Salomé, ateniéndose a las consignas que se le habían dado, acto seguido mandó dar muerte a todos los jóvenes que estaban encarcelados.

Capítulo XI

SANTO TOMÁS CANTUARIENSE

En perfecta consonancia con su nombre, que significa *abismo, duplicado* y *cortado,* santo Tomás fue un *abismo* de profunda humildad, puesta de manifiesto en el cilicio que llevaba bajo su ropa y en la práctica de lavar los pies a los pobres; *duplicado,* en cuanto que en el ejercicio de su prelatura descollaron dos cualidades eminentes: su predicación y la ejemplaridad de su conducta; y *cortado,* o dividido, en el martirio que sufrió.

1. Tomás cantuariense ocupaba un cargo importante en la curia del rey de Inglaterra, pero renunció a él, porque no estaba dispuesto a autorizar con su presencia determinadas irregularidades en materia religiosa que se cometían en la corte real. El arzobispo de Cantorbery lo incorporó al clero de su catedral, lo nombró arcediano del cabildo y, para evitar los perjuicios que algunos cortesanos malintencionados, desde sus altos puestos de gobierno, podían causar a la Iglesia, rogóle que retirase la renuncia y siguiera ejerciendo su oficio de canciller real con la misma prudencia que hasta entonces lo había desempeñado. El rey, que apreciaba mucho a Tomás, agradeció su vuelta a la cancillería, y, años después, al morir el arzobispo y quedar vacante la silla de Cantorbery, quiso que fuese él quien la ocupara. El humildísimo canciller resistióse a esto cuanto pudo, mas al fin, por obediencia, vióse obligado a aceptar la pesada carga que pusieron sobre sus hombros.

En cuanto fue consagrado obispo se propuso y consiguió convertirse en hombre perfecto; se entregó a la penitencia, macerando su cuerpo con ayunos y cilicios; sustituyó sus ropas interiores por una camisa de pelo de cabra y unos calzoncillos de la misma materia que le llegaban hasta las rodillas; supo hacer compatibles su oculta austeridad interna con un porte exterior digno, acomodándose en la forma de vestir, en el mobiliario de su casa y en las relaciones con los demás, a las exigencias del protocolo y a lo que pedía la dignidad de su oficio. Todos los días, de rodillas, lavaba los pies a trece pobres, servíales con sus manos la comida y, antes de despedirlos, daba a cada uno de ellos cuatro monedas de plata.

En vano trató el monarca de doblegar la voluntad del arzobispo, para que, como sus predecesores, transigiese con algunas costumbres que compro-

metían la independencia de la Iglesia. Tomás negóse rotundamente a esto, a sabiendas de que concitaba contra él la indignación del soberano y de los ministros del gobierno. En cierta ocasión, durante una asamblea en la que tomaban parte varios prelados, el rey le apremió más que nunca y hasta llegó a amenazarle con condenarle a muerte si no se plegaba a sus deseos. Al cabo, asediado por los consejos de los otros obispos y de personas muy cualificadas presentes en la reunión, accedió de palabra a la demanda del monarca; pero poco después, considerando las consecuencias que de su blandura podían seguirse en perjuicio de las almas, rectificó, se impuso a sí mismo severas penitencias y se suspendió en el ejercicio de sus funciones sacramentales hasta que el sumo pontífice le absolviera del pecado de debilidad en que creía haber incurrido; y, cuando el rey le pidió que rectificara por escrito lo que verbalmente había aceptado, negóse terminantemente a hacerlo. Por si se resistía a firmar, el soberano, de antemano, había mandado preparar una cruz y héchole saber que lo clavarían en ella. Tomás, empero, no se arredró; avanzó a donde la pesada cruz estaba, cargóla sobres sus hombros y, con ella a cuestas, salió de la corte, abucheado por la multitud que le insultaba y decía a gritos: «¡Que le corten la cabeza a ese traidor! ¡Que crucifiquen a ese ladrón!». Dos hombres insignes y fieles se le acercaron y llorando le dijeron bajo juramento, que muchos próceres y magnates, confabulados contra él, habían tramado su muerte. Entonces el santo varón, no pudo evitar los sufrimientos personales que se le echaban encima, sino para impedir los males que sobrevendrían a la Iglesia si en aquellas circunstancias llegaban a matarlo, creyó conveniente huir de Inglaterra, y huyó. El papa Alejandro, enterado de lo que ocurría, lo tomó bajo su protección y le procuró asilo en el monasterio de Pontigny. Pasado algún tiempo, el siervo de Dios se refugió en Francia. Entretanto, el rey apeló a Roma y pidió al pontífice que enviara legados competentes a Inglaterra para que examinaran por sí mismos la causa que se le seguía al arzobispo. Como el papa no accedió a esa petición, el monarca se enfureció aún más contra el prelado huido y tomó represalias, confiscando todos sus bienes y los de sus familiares, destruyendo sus casas y desterrando a todos sus parientes cualesquiera que fueren los cargos de parentesco que con él tuvieren, su condición social, edad y sexo. Tomás, en cambio, oraba cotidianamente por el rey y por Inglaterra, y mientras estaba en esa situación, Dios le reveló sobrenaturalmente que regresaría a Cantorbery, ocuparía nuevamente su silla arzobispal y coronaría su vida con la palma del martirio. Así fue, en efecto: tras de ocho años de exilio volvió a su patria y entró en su diócesis aclamado fervorosamente por la multitud.

2. Unos días después de que Tomás fuese martirizado, un joven que había muerto y posteriormente resucitado contaba a la gente que, cuando murió, un ángel había llevado su alma hasta el lugar más encumbrado del cielo en donde vio sentados en sus tronos a los apóstoles, y en medio de ellos un sitial vacío, y que, al preguntar al angel porqué estaba aquel asiento desocupado, el ángel le había respondido: «Porque está reservado para un sacerdote inglés, muy insigne, que dentro de poco tomará posesión de él».

Cuando santo Tomás regía la diócesis de Cantorbery había en ella un presbítero que fue acusado ante él de que era idiota, falto de juicio, y de que todos los días, en lugar de celebrar la misa que las rúbricas señalaban, decía la votiva de la Santísima Virgen. El arzobispo castigó al susodicho presbítero prohibiéndole celebrar misa. Por aquellos días había escondido santo Tomás debajo de su cama el cilicio que ordinariamente usaba, porque estaba roto y quería coserlo por sí mismo, secretamente, sin que nadie se enterara. La Virgen María se apareció al sacerdote suspendido de sus facultades sagradas y le dijo: «Ve a ver al arzobispo y dile que aquella en cuyo honor celebrabas todos los días la misma misa votiva, le ha cosido ya su cilicio, que lo ha guardado en tal lugar, donde lo encontrará, y hallará un poco de hilo rojo que sobró de la compostura, y dile también que te levante la pena de suspensión que te impuso». El sacerdote cumplió el encargo que la Virgen le hiciera. El arzobispo, por su parte, comprobó que, en efecto, el cilicio estaba ya cosido, y lleno de asombro y de admiración, levantó la pena de suspensión al presbítero, exigiéndole que guardara secreto sobre este episodio, para que nadie se enterara de que bajo sus ropas usaba cilicio.

Tras de su regreso a Cantorbery, Tomás siguió manteniendo con firmeza la defensa de los derechos de la Iglesia, haciendo caso omiso de los ruegos y amenazas del rey, quien, al cabo de algún tiempo, perdida la esperanza de convencerle para que modificara su actitud, decidió que lo apresaran y le dieran muerte. Cumpliendo órdenes del mo-

narca, un día irrumpieron en el palacio arzobispal unos cuantos soldados armados llamando a voces al arzobispo. Este salió a su encuentro y les preguntó:

—¿Qué queréis?

—Venimos —contestaron ellos— a buscarte para darte muerte, y morirás.

Santo Tomás les dijo:

—Aquí me tenéis. Preparado estoy para morir por Dios en defensa de la justicia y de la libertad de la Iglesia; si, pues, es a mí a quien buscáis, prendedme; pero os prohibo, bajo pena de excomunión, que hagáis daño a ninguno de los que viven conmigo. A Dios, a la Santísima Virgen y a san Dionisio encomiendo mi alma y la defensa de los derechos eclesiásticos.

Apenas hubo dicho esto, allí mismo, los impíos soldados arremetieron contra él y le cortaron con sus espadas la cabeza; luego le destrozaron el cráneo, quedando los sesos del venerable mártir esparcidos por el pavimento de la catedral.

El martirio de santo Tomás, ocurrió el año 1174.

3. Tan pronto como los clérigos comenzaron a entonar el *Requien aeternam* del oficio de sus exequias, a sus voces se sobrepusieron las de un coro de ángeles, que rectificaron a los canónigos e iniciaron el introito de la misa de los mártires que empieza por estas palabras: *«Laetabitur iustus in Domino»,* es decir, *«El justo se alegrará en el Señor»,* y que fue cantado al unísono por los espíritus celestiales y por el clero. Fue Dios quien dispuso que, en este caso, el oficio litúrgico de sufragio por los difuntos fuese sustituido por el referido cántico de alabanza, ya que quien estaba gozando de la gloria de los mártires no necesitaba que se hicieran por su alma preces sufragiales funerarias. Al mismo tiempo, este cambio hecho por los ángeles en la misa de exequias del arzobispo constituyó una solemne promulgación ante el público de la santidad del siervo de Dios, de la autenticidad de su glorioso martirio y de su adscripción perpetua al coro de los mártires; todo muy puesto en razón, porque este santo murió por la Iglesia, en lugar sagrado, dentro del templo y en circunstancias sagradas, rodeado de sacerdotes y religiosos. De ese modo, simultáneamente se pusieron de manifiesto la santidad de su vida, la realidad de su martirio y la crueldad de sus perseguidores.

Muchos fueron y muy variados los milagros que Dios se dignó obrar por intercesión de este santo, tales como la devolución de la vista a los ciegos, del oído a los sordos, del movimiento a los paralíticos, y de la vida a los muertos. El agua con que fueron lavadas sus ropas y prendas personales impregnadas de sangre sirvió a muchos enfermos de medicina.

Una señora inglesa, llevada de su coquetería y de sus deseos de parecer más bella, quería que sus ojos mudasen de color; creyendo que podría conseguir esta gracia por mediación de santo Tomás, hizo un viaje de peregrinación, andando y con sus pies descalzos, desde la ciudad donde vivía hasta el sepulcro del bienaventurado mártir a cuya vera se arrodilló al llegar y oró largo rato. Terminados sus rezos, púsose en pie, y cuál no sería su sorpresa al advertir que de repente se quedaba completamente ciega. Pronto cayó en la cuenta de que había sido castigada por dejarse llevar de su vanidad. Entonces se arrepintió de su pecado y pidió al santo que le devolviera la vista que acababa de perder, aunque sus ojos mantuvieran el color natural que siempre habían tenido. Después de hacerse mucho de rogar y no sin dificultad, el glorioso santo Tomás curóla de su ceguera.

4. Un señor entró en sospechas de que un criado que tenía a su servicio le robaba. Para salir de ellas, un día en que el susodicho criado al tiempo de la comida iba a escanciar en el vaso de su amo, no agua milagrosa de santo Tomás, como hacía ordinariamente, sino agua común, díjole el caballero:

—Quiero saber si eres o no fiel. Vamos a hacer una prueba. Si nunca me has robado, que santo Tomás conserve tal como está el agua de ese frasco que tienes en la mano; pero si me has robado, aunque no haya sido más que alguna que otra vez, que el agua del frasco se desvanezca.

El criado, que sabía que el frasco contenía agua común, porque él mismo momentos antes lo había llenado y tapado y traído a la mesa sin soltarlo de la mano, tranquilo, porque el agua que contenía el recipiente no era como otras veces, de la milagrosa, sino de la ordinaria, sacada por él directamente de la fuente, aceptó complacido la prueba y tras de asegurar a su amo que jamás le había robado nada, destapó el frasco, y se quedó sorprendido al ver que estaba completamente vacío y que su condición de ladrón se había puesto en evidencia.

5. En cierta ocasión un pájaro amaestrado que había aprendido a hablar, al sentirse perseguido y acosado por un águila comenzó a decir estas pala-

bras que alguien le había enseñado: «¡Santo Tomás, ayúdame!» En cuanto las dijo, el águila cayó al suelo, muerta, y él quedó libre del acoso.

6. Un contemporáneo del santo, consciente de que cuando éste vivía habíale distinguido con su amistad y afecto, cayó gravemente enfermo y acudió a la tumba del mártir rogándole que le devolviera la salud. Su oración fue favorablemente atendida. Cuando, completamente sano, regresaba hacia su casa, empezó a pensar que acaso la curación que acababa de obtener, aunque favorable a su cuerpo, pudiera redundar en perjuicio de su alma; preocupado con esta idea, regresó al sepulcro, oró de nuevo y dijo al bienaventurado mártir que, si la salud que le había otorgado iba a redundar en daño para su espíritu, le retirara la gracia recién concedida y lo dejara nuevamente enfermo, como estaba. Inmediatamente el hombre aquel sintióse otra vez invadido por la anterior enfermedad; pero el hecho fue aún más admirable, porque aquellos que se la habían causado por los malos tratos que le dieron cuando primeramente la contrajo, tan pronto como él reincidió en ella experimentaron los efectos de la divina justicia: unos se despedazaron sus dedos y manos con sus propios dientes, otros quedaron paralíticos, a otros se les pudrió la sangre, y otros, tras de volverse locos, murieron miserablemente, víctimas de su locura.

Capítulo XII

SAN SILVESTRE

Silvestre, palabra derivada de *sile* (luz) y de *terra* (tierra), quiere decir *luz de la tierra,* o lo que es lo mismo, luz de la Iglesia, porque ésta reúne las tres características que según Paladio debe tener la buena tierra, a saber: fertilidad, color moreno y suavidad. La Iglesia, en efecto, es fértil en buenas obras, posee la negrura de la humildad y la dulzura propia de la devoción. Si este nombre proviniese de *silva* (selva) y de *theos* (Dios), significaría *selva de Dios* y le cuadraría muy bien a este santo, que llevó o condujo a la fe en el Dios verdadero a hombres selváticos, incultos y duros de corazón. En el Glosario se afirma que Silvestre quiere decir verde, agreste, umbrío, frondoso, y que tales adjetivos convienen a este siervo del Señor: el de *verde,* por su contemplación de las cosas celestiales; el de *agreste,* por la aspereza con que trató su cuerpo; el de *umbrío,* o sombrío, por el empeño que puso en mantener su ánimo refrigerado y defendido del calor de la concupiscencia; el de *frondoso,* porque es como un árbol lozano plantado entre los demás árboles del cielo.

Eusebio de Cesarea compiló los datos relativos a la historia de este santo, cuya lectura fue muy recomendada a los católicos por un concilio al que asistieron setenta obispos. Así lo asegura san Blas y eso mismo se infiere de los decretos del referido concilio.

1. San Silvestre tuvo por madre a una mujer doblemente justa, porque Justa se llamó de nombre y justa fue en todas sus obras. El presbítero Justino lo educó en la fe cristiana. Merced a esta educación, desde que empezó a vivir por su cuenta practicó con especial empeño la virtud de la hospitalidad. En cierta ocasión, Timoteo, un hombre muy piadoso y perseguido por su condición de cristiano, intentó refugiarse en varias casas; pero como sus dueños no querían compromisos, negáronse a recibirlo; Silvestre, en cambio, lo acogió en la suya. Un año y tres meses estuvo Timoteo viviendo en casa de Silvestre, sin dejar de propagar la fe de Cristo, hasta que un día, estando predicando, consiguió la corona del martirio. El prefecto Tarquinio, creyendo erróneamente que Timoteo era riquísimo y que tenía sus tesoros ocultos en la vivienda de su amigo, llamó a Silvestre y le exigió que le entregara las supuestas riquezas del mártir, amenazándole con la muerte si se negaba a ello. Grande fue el chasco del prefecto cuando al registrar la morada no hallaron en ella dinero alguno; para desahogar la indignación que este fracaso le produjo, se apoderó de Silvestre y trató de obligarlo a que ofreciese sacrificios en honor de los ídolos, enumerándole la serie de penas a que al día siguiente lo sometería, si no se plegaba a sus deseos.

Silvestre le respondió:

—¡Necio! Esta misma noche morirás y entrarás

en el infierno y conocerás, quiéraslo o no, a ese Dios verdadero al que nosotros adoramos.

El prefecto mandó encerrar a Silvestre en un calabozo. Poco después acudió a un banquete al que había sido invitado y cuando estaba comiendo se le atravesó en la garganta una espina de pescado de tal modo que ni podía tragarla ni arrojarla, y, al cabo de un rato, murió. Así se cumplió lo que aquella misma mañana había anunciado Silvestre, quien por la tarde fue liberado de la cárcel con gran alegría de los cristianos y de muchísimos paganos que le querían y admiraban, mientras que Tarquinio, difunto, entre clamores de sus familiares, era llevado a la sepultura.

San Silvestre, hombre de acendrada fe, firme en la esperanza y generoso en caridad, distinguíase por su aspecto angelical, por su prestancia física y su buen tipo, por su elocuencia en el hablar, por la santidad de sus obras y por la sabiduría de sus consejos. Tan relevantes eran sus cualidades y prendas personales que, cuando murió Melquiades, obispo de Roma, el pueblo, unánimemente, haciendo caso omiso de su resistencia, eligiólo sumo pontífice de la Iglesia.

Una vez que, bien a su pesar, fue investido de tan alta dignidad, inscribió en un registro los nombres de todos los huérfanos, pobres y viudas de Roma a fin de proveerles de cuanto necesitaran. El fue quien instituyó el ayuno de los miércoles, viernes y sábados de cada semana y quien dispuso que los jueves tuviesen en adelante carácter festivo, semejante al de los domingos, a pesar de la resistencia que a esto último ofrecieron los griegos. Los cristianos griegos, en efecto, sostenían que los sábados no deberían ser jornadas penitenciales, sino jubilosas, y pedían que el ayuno de los sábados se trasladase a los jueves, y la festividad de los jueves a los sábados; pero el nuevo pontífice mantuvo la decisión adoptada, fundándose en estas dos razones: en la fidelidad a la tradición apostólica, que había dado carácter penitencial a los sábados del año; y en que todos los sábados deberían recordarnos que sábado fue precisamente el día que Cristo permaneció, durante todas sus horas, muerto en el sepulcro. A esto último replicaban los disconformes que ya había cada año un sábado, el Sábado Santo, especialmente dedicado al ayuno y a la conmemoración de la muerte y sepultura del Señor. Mas a esto contrarreplicaba él que, así como todos los domingos están consagrados a honrar la resurrección y gloria de Jesucristo, así también todos los sábados deberían estar impregnados del recuerdo de su muerte y de su sepulcro. Los griegos cedieron en parte: aceptaron el carácter penitencial de los sábados, pero se resistieron a que los jueves fuesen considerados días festivos. San Silvestre trató de vencer esta resistencia y finalmente lo logró, esgrimiendo ante ellos estas tres razones: primera, en jueves ascendió el Señor a los cielos; segunda, en jueves instituyó la Eucaristía; y tercera, en jueves consagra la Iglesia el crisma.

2. Al desencadenarse la persecución de Constantino contra los cristianos, Silvestre, acompañado de sus clérigos, huyó de la ciudad y se refugió en un monte. El emperador, en justo castigo por la tiránica persecución que había promovido contra la Iglesia, cayó enfermo de lepra; todo su cuerpo quedó invadido por esta terrible enfermedad; como resultaran ineficaces cuantos remedios le aplicaron los médicos para curarle, los sacerdotes de los ídolos le aconsejaron que probara fortuna bañándose en la sangre pura y caliente de tres mil niños que deberían ser previamente degollados. Cuando Constantino se dirigía hacia el lugar donde estaban ya reunidos los tres mil niños que iban a ser asesinados para que él se bañara en su sangre limpia y recién vertida, saliéronle al encuentro, desmelenadas y dando alaridos de dolor, las madres de las tres mil inocentes criaturas. A la vista de aquel impresionante espectáculo, el enfermo, profundamente conmovido, mandó parar la carroza y alzándose de su asiento dijo:

—Oídme bien, nobles del Imperio, compañeros de armas y cuantos estáis aquí: la dignidad del pueblo romano tiene su origen en la misma fuente de piedad de la que emanó la ley que castiga con pena capital a todo el que, aunque sea en estado de guerra, mate a un niño. ¿No supone una gran crueldad hacer con los hijos de nuestra nación lo que la ley nos prohíbe hacer con los hijos de las naciones extrañas? ¿De qué nos vale vencer a los bárbaros en las batallas si nosotros mismos nos dejamos vencer por nuestra propia crueldad? A los pueblos belicosos por naturaleza les resulta relativamente fácil dominar con la fuerza de las armas a los enemigos extranjeros, pero la victoria sobre los vicios y pecados no se obtiene con las espadas, sino con las buenas costumbres. Cuando vencemos a gentes extrañas, les demostramos que somos más fuertes que ellas. Demostremos también al mundo que somos capaces de vencernos a

nosotros mismos dominando nuestras pasiones. Quien carezca de fuerza para refrendar la crueldad de sus sentimientos no es verdaderamente valiente y, aunque al pelear en el campo de batalla con otros parezca que los ha vencido, su triunfo no es real, sino ficticio; en realidad es él quien ha quedado vencido, pues vencido queda realmente el presunto vencedor si tras de la victoria la dureza de su corazón prevalece sobre la piedad. Entendámoslo bien: nuestra superioridad sobre nuestros adversarios jamás será auténtica si en el terreno de nuestra conducta nuestras pasiones se imponen a nuestros sentimientos. Por esto, en esta ocasión en que al presente me encuentro, quiero que la piedad triunfe, porque quien tiene entrañas compasivas y consigue dominarse a sí mismo dominará también a los demás. Prefiero morir yo a salvar la vida de estos inocentes, a obtener mi curación a costa de la crueldad que supondría asesinar a estos niños. Además, no existe seguridad alguna de que vaya a curarme con este procedimiento; en este caso en que nos encontramos lo único verdaderamente cierto es que recurrir a este remedio para procurarme mi salud personal constituiría una enorme crueldad.

Terminado el precedente discurso, mandó el emperador que los niños fuesen devueltos a sus madres y que se proporcionase a éstas todo lo necesario en provisiones para el camino y en vehículos adecuados para que regresasen a sus repectivos lugares de origen. Aquellas mujeres, pues, que salieron de sus casas llorando, tornaron a ellas llenas de alegría.

También el emperador emprendió el retorno a su palacio y, estando de nuevo en él, a la noche siguiente, se le aparecieron los apóstoles Pedro y Pablo y le dijeron: «Por haber evitado el derramamiento de sangre inocente, Nuestro Señor Jesucristo nos ha enviado para que te indiquemos como puedes curarte: llama al obispo Silvestre, que está escondido en el monte Soracte; él te hablará de una piscina y te invitará a que entres tres veces en ella; si lo haces, quedarás inmediatamente curado de la lepra que padeces; mas tu debes corresponder a esta gracia que Jesucristo quiere hacerte, con este triple obsequio: derribando los templos de los ídolos, restaurando las iglesias cristianas que has mandado demoler, y convirtiéndote al Señor».

Aquella misma mañana, en cuanto Constantino despertó, envió un grupo de soldados en busca de Silvestre, quien al ver que aquellos hombres armados se acercaban al lugar de su refugio creyó que le había llegado la hora del martirio, y sin poner resistencia alguna, tras de encomendarse a Dios y exhortar a sus clérigos a que permaneciesen firmes en la fe, se dejó conducir por ellos y sin temor de ninguna clase compareció ante el emperador, que lo recibió diciéndole:

—Me alegro mucho de que hayas venido.

En cuanto Silvestre correspondió al saludo de Constantino, éste refirió al pontífice, detalladamente, la visión que en sus sueños había tenido y le preguntó quiénes eran aquellos dos dioses que se le habían aparecido. Silvestre le respondió que no eran dioses, sino dos apóstoles de Cristo. Luego, de acuerdo con el emperador, el pontífice mandó que trajeran a palacio una imagen de cada uno de los referidos apóstoles, y Constantino, nada más verlas, exclamó:

—Esos fueron quienes se me aparecieron.

Silvestre recibió al emperador como catecúmeno, le impuso como penitencia una semana de ayuno y le exigió que pusiera en libertad a los prisioneros.

Al entrar Constantino en la piscina para ser bautizado, el baptisterio se llenó repentinamente de una misteriosa claridad, y al salir del agua comprobó que se hallaba totalmente curado de la lepra y aseguró que durante su bautismo había visto a Jesucristo.

El día primero, después de ser bautizado, el emperador promulgó un edicto en el que declaraba que en adelante en la ciudad de Roma no se daría culto más que al dios de los cristianos. El día segundo declaró que quien blasfemara contra Jesucristo sería castigado. El tercer día hizo saber públicamente que se confiscarían la mitad de los bienes a cualquiera que injuriase a un cristiano. El cuarto día publicó un decreto determinando que, así como el emperador constituía la cabeza del Imperio, así el sumo pontífice debería ser considerado cabeza de los demás obispos. El quinto día ordenó que todo el que se refugiase en una iglesia gozaría del derecho de asilo y no podría ser detenido ni apresado mientras permaneciese en tan sagrado lugar. El sexto día prohibió la edificación de templos en el recinto de todas las ciudades del Imperio sin permiso de sus respectivos obispos. El séptimo día dispuso que, cuando hubiese de construirse alguna iglesia, la autoridad civil contribuiría a ello, aportando la décima parte de los bienes pú-

blicos confiados a su administración. El día octavo acudió a la catedral de san Pedro e hizo confesión de sus pecados. Luego tomó en sus manos un azadón y cavó un trozo de zanja para poner las primeras piedras de la basílica que se iba a construir, sacó personalmente doce espuertas de tierra y, una a una, sobre sus propios hombros, las transportó hasta cierta distancia del lugar en que se alzaría el nuevo edificio.

3. Elena, madre del augusto Constantino, vivía en Betania, y, tan pronto como tuvo conocimiento de que su hijo se había convertido al cristianismo, escribióle una carta felicitándole por haberse apartado de la idolatría, pero reprochándole el error en que había incurrido, pues, a su juicio, lo que tenía que haber hecho al abandonar el culto de los dioses paganos era abrazar la fe en el dios verdadero de los judíos, pero no sumarse a los discípulos de Jesucristo, que no había sido más que un hombre que acabó su vida crucificado en un madero. El hijo contestó a su madre rogándole que viniera a Roma y trajera con ella algunos maestros de la ley judaica, indicándole que, si así lo hacía, él señalaría otros tantos doctores cristianos y organizaría entre éstos y aquéllos determinados debates públicos, a fin de que oyendo a unos y a otros pudiesen ambos colegir cuál de las dos religiones era la verdadera.

Acudió Elena a la cita de su hijo, llevando consigo los ciento sesenta y un maestros más doctos que halló entre los judíos; doce de estos doctores destacaban entre los demás por su elocuencia y sabiduría. En representación de los cristianos comparecieron Silvestre y sus clérigos. Las disputas se celebrarían en presencia del emperador. Dos gentiles muy sabios y honrados, llamados Cratón y Zenófilo, actuarían de jueces. Los contendientes de uno y otro bando previamente se comprometieron a aceptar el veredicto de aquellos dos hombres, que, aunque paganos, gozaban fama de imparciales, muy rectos y muy exactos. Antes de comenzar los debates, los dos citados árbitros hicieron saber a quienes iban a participar en la disputa que, mientras los representantes de una religión estuvieran hablando, los de la otra deberían permanecer callados, sin interrumpir el discurso del orador de turno. Inicióse la sesión. Uno de los doce judíos, llamado Abiatar, planteó la cuestión siguiente:

—Afirman los cristianos que hay tres dioses y que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esto va manifiestamente contra la Ley, en la que expresamente leemos: *«Sabed que yo soy solo y único, que no hay más que un Dios y que ese soy yo.»* Dicen ellos que Cristo es Dios y se fundan para sostener su aserto, en que el tal Cristo hizo cosas maravillosas. A eso oponemos nosotros que la historia de nuestra religión registra los nombres de muchos de nuestros compatriotas que realizaron maravillas sin que jamás llevaran su audacia hasta hacerse pasar por dioses, como por Dios quiso hacerse pasar ese Cristo al que adoran los cristianos.

Silvestre replicó a Abiatar, diciendo:

—Nosotros confesamos que hay un solo Dios, pero no sumergido en tan profunda y absoluta soledad como para no reconocer que goza de la alegría y compañía de un Hijo. Con textos de vuestros propios libros podemos demostrar que en Dios hay una trinidad de personas: la del Padre, de quien dice el profeta: *«El, al invocarme me ha dicho: Tú eres mi Padre».* La del Hijo, de quien el mismo profeta asegura: *«Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy».* La del Espíritu Santo, al que el aludido profeta se refería cuando afirmó: *«Toda la fuerza de ellos está en el Espíritu de su boca.» «Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra».* Estas palabras están en la Escritura, y demuestran también, evidentemente, la pluralidad de personas y la unidad de la divinidad. Tres personas, sí; pero un solo y único Dios. Que esto no es imposible, voy a probároslo con un ejemplo palpable.

Seguidamente, Silvestre asió con sus manos un trozo del vuelo del manto de púrpura del emperador, hizo tres pliegues con la tela, y dijo:

—Ved aquí tres pliegues. Prestad atención: los pliegues son tres, pero la tela es una sola. Lo mismo que es posible que en la tela de este trozo de manto haya tres pliegues sin que por eso se comprometa la unidad de la tela, que es una y la misma en cada uno de ellos, así es posible que, siendo Dios solo y único, haya en él tres personas.

A continuación agregó:

—Se ha dicho aquí que la historia registra los nombres de muchos santos que han hecho milagros y que, así como ni a ellos se les ha ocurrido hacerse pasar por dioses ni a nosotros tenerlos por tales, así tampoco es válido considerar Dios a Cristo porque haya hecho obras maravillosas. Pero a este argumento replico diciendo que algunas de las obras maravillosas que Cristo hizo hízolas precisamente para acreditar su condición divina; y a esto añado que, cuando algunos de esos hombres

que hicieron cosas extrañas pretendieron hacerse pasar por lo que no eran, Dios los desmintió inmediatamente, castigando su impostura. Por eso castigó a Datan, a Abyron y a tantos otros. En cambio, Jesucristo no sólo no fue castigado ni desmentido, sino que su verdadera condición quedó garantizada con la eficacia de las mismas obras que ejecutó para acreditar su divinidad.

Seguidamente tomaron la palabra los jueces y dijeron:

—Está claro que Abiatar ha quedado derrotado por Silvestre, porque la razón reconoce que si Jesucristo, que se decía Dios, no hubiese sido Dios verdaderamente, no hubiera podido devolver la vida a los muertos.

Retiróse Abiatar de la tribuna y ocupó su sitio uno de los compañeros llamado Jonás, que inició su argumentación de esta manera:

—Abraham recibió de Dios la circuncisión; por ella fue él justificado y por ella lo son también todos sus descendientes, de tal manera que quienes no se circundan no alcanzan el estado de justificación.

A esto respondió Silvestre:

—Consta que Abraham ya era grato a Dios antes de circuncidarse, y que gozaba de la amistad divina. Luego la unión afectiva que tuvo con Dios, es decir, su santidad, no derivó de la circuncisión, sino de su fe y de la honradez de su vida.

Refutada la argumentación de Jonás, éste cedió su puesto a otro maestro, de nombre Godolías, quien se expresó de esta forma:

—¿Cómo es posible que fuera Dios ese Cristo vuestro de quien vosotros mismos decís que nació, fue tentado, apresado, despojado de sus ropas, y tras beber hiel murió en la cruz y fue sepultado? Todas estas cosas no le pueden suceder a Dios.

Silvestre contestó:

—Pues todas estas cosas consta por vuestros libros que fueron profetizadas con mucha antelación precisamente a Cristo. De su nacimiento habló Isaías cuando dijo: *«Una virgen concebirá, etc.»*. Zacarías vaticinó las tentaciones que había de padecer: *«Vi a Jesús, el gran sacerdote, de pie, ante un ángel; a su derecha estaba Satanás, etc.»* El salmista predijo la traición de que había de ser objeto: *«El que comía de mi pan, desencadenó la persecución contra mí, etc.»* El mismo salmista anunció lo relativo al despojo de sus vestiduras mediante estas palabras: *«Distribuyeron entre ellos mis ropas»;* y en otro lugar aludió a que le darían a beber hiel: *«Me dieron como sustento hiel, y vinagre como bebida»*. De la crucifixión habló Esdras en este pasaje de su libro: *«A pesar de que como buen padre os saqué de Egipto, me habéis maniatado y acusado ante los jueces; me habéis escarnecido y traicionado y colgado de un madero»*. Jeremías, a su vez, profetizó lo concerniente a la sepultura: *«Cuando él sea sepultado, los muertos resucitarán»*.

En vista de que Godolías no pudo replicar adecuadamente a la respuesta de Silvestre, los jueces dieron la razón a éste y Godolías fue sustituido en la tribuna por un cuarto personaje maestro judío, llamado Anás, que habló y dijo.:

—Esos vaticinios no se referían a Cristo, como dice Silvestre, sino a otros. Que demuestre, si puede, que tales profecías se referían a Jesús.

El interpelado preguntó:

—¿Es que ha existido acaso algún otro que haya sido concebido por una Virgen, alimentado con hiel, coronado de espinas, crucificado, muerto, sepultado y resucitado y ascendido a los cielos?

Entonces intervino Constantino, diciendo:

—Si Anás no demuestra que ha habido algún otro a quien convengan todas estas cosas, o sea, a quien todo esto haya sucedido, que se dé por derrotado en este debate.

Como Anás no pudo demostrar lo que se le pedía, descendió de la tribuna y cedió su puesto a Doeth, el quinto de aquellos doce ilustres doctores de la ley judaica.

He aquí lo que Doeth dijo:

—Si como afirmáis los cristianos Cristo nació de la estirpe de David y nació ya santificado, ¿cómo es que recibió el bautismo? ¿Es que necesitaba santificarse de nuevo?

Silvestre le respondió:

—Así como el valor ritual de la circuncisión terminó con la circuncisión de Cristo, así también nuestro bautismo comenzó a adquirir carácter santificador con el bautismo de Cristo que, si se bautizó, no fue para santificarse él con el bautismo, sino para santificar él al bautismo.

Silencioso quedó Doeth, sin saber qué replicar a esto; en vista, pues, de su silencio, Constantino exclamó:

—No se callaría Doeth si tuviera algo que oponer a la explicación de Silvestre.

Un sexto maestro, de nombre Chusi, relevó al quinto y propuso:

—Quisiéramos que Silvestre nos expusiera los motivos que pudo haber para que Cristo fuese concebido por una virgen, y virginalmente.

Silvestre aceptó el reto y contestó de esta manera:

—Virginal e incontaminada era la tierra de que fue formado Adán; sus entrañas aún no se habían abierto para beber la sangre humana ni sobre ella había caído todavía la maldición posterior que la condenó a producir espinas, ni había proporcionado sepultura a ningún hombre muerto ni servido de alimento a serpiente alguna. Era, por tanto, muy conveniente que la sustancia humana que debería servir para la formación del cuerpo del segundo Adán fuese la de la Virgen María, ya que el que de ella iba a nacer estaba destinado a vencer a la serpiente que anteriormente venció al que fue formado de tierra virgen; como convino también que quien tentó a Adán en el paraíso y lo venció excitando su gula, fuese vencido por el segundo Adán, es decir, por Cristo, con el ayuno, cuando se atrevió a tentarle en el desierto.

Derrotado el sexto argumentante, fue relevado por el séptimo, cuyo nombre era Benjamín. Subió, pues, éste al estrado y preguntó:

—¿Cómo os atrevéis a sostener que ese Cristo vuestro es Hijo de Dios, sabiendo como sabemos que el diablo le tentó y le propuso que convirtiera las piedras en pan, que se arrojara desde el pináculo del templo y que le rindiera adoración a él?

He aquí lo que Silvestre respondió:

—Tentó el demonio a Adán; la tentación tuvo éxito, puesto que Adán se dejó persuadir, comió y el demonio resultó vencedor. Tentó también a Cristo, cuando Cristo, tras un prolongado ayuno, tenía hambre; pero Cristo despreció al diablo y la tentación fracasó; no venció el demonio al Hijo de Dios; al contrario, el Hijo de Dios venció al demonio. Por otra parte nosotros reconocemos que, en efecto, Cristo fue tentado, pero no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre; y afirmamos que, si permitió que el demonio le tentara con tres géneros de tentaciones, fue para mostrarnos con su ejemplo que debemos alejarnos del enemigo, y las maneras de vencerle cuando se atreva a inquietarnos; porque sucede a menudo que el hombre, tras un prolongado ayuno, siente cierta vanidad por haber sido capaz de soportar una abstinencia considerable, y esta vanidad suele despertar en él afán de dominio y deseos de ser tenido en más que los otros. El comportamiento que Cristo observó ante el diablo tentador nos señala el camino que nosotros debemos seguir en casos parecidos.

Rebatida la objeción del séptimo maestro, tomó la palabra Aroel, que hacía el número octavo entre los doctores judíos, y dijo:

—Consta que Dios es tan sumamente perfecto que no necesita de nadie. ¿Qué falta le hacía a El que naciera Cristo? Otra cosa: ¿por qué vosotros llamáis Verbo a ese Cristo? Una tercera cuestión: en el supuesto de que Dios haya tenido un Hijo, hay que reconocer que Dios no fue Padre hasta que no lo tuvo y que comenzó a serlo en el momento en que engendró a ese Hijo. Vosotros sostenéis que Dios tiene un Hijo; luego tenéis que admitir que en Dios se ha dado una mutación: la de pasar de no ser Padre, a serlo.

Las respuestas de Silvestre fueron de este tenor:

—El Hijo fue engendrado de la sustancia del Padre antes de todos los siglos, para a través de El cuando fuese oportuno, hacer la creación del mundo. Posteriormente, creados ya el mundo, el tiempo y la humanidad, ese Hijo se hizo hombre a fin de rehacer lo que se había deteriorado. Para restaurar los deterioros producidos en el plan divino no necesitaba encarnarse; podía hacer la reparación con su condición de Verbo; pero, si quería hacer esa reparación mediante pasión y redención dolorosa, era preciso que se hiciese hombre, porque en cuanto Dios no podía padecer. Nadie puede decir que Dios sea imperfecto porque en cuanto tal no pueda padecer; al contrario, tal impasibilidad, constituye una gran perfección. Cierto que llamamos Verbo, es decir, Palabra, al Hijo de Dios, y lo hacemos legítimamente, apoyándonos en este texto del profeta que dice: *«De mi corazón ha brotado una palabra buena»*. Dios ha sido siempre Padre, porque desde que existe, y existe eternamente, existe también su Hijo, que es su Verbo, su Sabiduría, su Poder. Que siempre existió el Verbo en el Padre, nos los asegura la Escritura en el pasaje que hemos mencionado: *«De mi corazón ha brotado una palabra buena»*. Que en el Padre existió siempre la Sabiduría, lo atestigua la misma Escritura en este texto: *«Yo he salido de la boca de Dios; yo he sido engendrado por él antes de que las criaturas fueran hechas»*. Que siempre el Poder existió en Dios, nos lo ha dicho él mismo; he aquí su testimonio: *«Antes de que existieran las montañas, antes de que hubiera fuentes, etc., yo fui concebido»*. Si, pues, Dios nunca jamás estuvo sin su Hijo, sin el Verbo, sin la Sabiduría, sin el Poder, ¿cómo dices que la condición de *Padre* le ha advenido a El en el tiempo?

El octavo maestro cedió su puesto al noveno que se llamaba Jubal, y se expresó así:

—Consta que Dios no condena ni desaprueba las relaciones conyugales. ¿Por qué, pues, vosotros negáis que ese Cristo al que adoráis haya nacido de tales relaciones? ¿Pretendéis con eso hacernos creer que la vida conyugal es vituperable? Además: insisto en replantear algunas de las cuestiones anteriores. Vosotros decís que Cristo era y es omnipotente, le atribuís la suma fortaleza y aseguráis que El es la fuente de la vida. Si fue omnipotente, ¿cómo pudo ser tentado? Si es la suma fortaleza, ¿cómo pudo padecer? Si es la fuente de la vida, ¿cómo pudo morir? En otro orden de cosas, si persistís en sostener que el tal Cristo es Hijo de Dios, tendréis que reconocer que en su persona se dan dos filiaciones, o sea dos hijos: uno, el engendrado por el Padre, de su sustancia, en la eternidad; y otro, el engendrado en el tiempo, de la sustancia de María. Por último: a ver cómo os arregláis para explicarnos, si no admitís la duplicidad de filiación, que siendo Cristo un solo Hijo y no dos, pudiera padecer lo que El había de hombre, o lo que es igual, lo humano asumido por El, sin que esos sufrimientos alcanzaran a la porción asumente, es decir, a lo divino que según vosotros había en El.

Silvestre respondió:

—Si nosotros decimos que Cristo nació de una virgen, no es porque condenemos la vida matrimonial, sino porque razonablemente aceptamos las pruebas que demuestran que su nacimiento fue de esa manera. El hecho de que Cristo fuese concebido virginalmente no redunda en descrédito de las relaciones conyugales, sino que más bien las enaltece, puesto que la Virgen que lo concibió y alumbró fue fruto de esas relaciones matrimoniales. En cuanto a las cuestiones que has replanteado, he aquí nuestras respuestas: Cristo aceptó ser tentado, para tener ocasión de vencer al diablo que se atrevió a tentarle. Padeció, para demostrar que los padecimientos pueden ser soportados. Murió, para poner de manifiesto, con su resurrección futura, que tenía dominio sobre la muerte. En Cristo hay dos naturalezas: una visible, humana, y otra invisible, divina. Por la primera es verdadero hombre; por la segunda, verdadero Dios. Entrambas naturalezas constituyen en El una sola persona, correspondiente a su condición de Hijo de Dios. Con un ejemplo parecido al que antes aduje voy a demostrar cómo su naturaleza humana, asumida, pudo padecer, sin que los sufrimientos alcanzaran a la naturaleza asumente y divina. Fijemos nuevamente nuestra atención en el manto del emperador. Este manto está hecho de una tela que llamamos púrpura. Esta tela, antes de ser tela, fue un vellón de guedejas de lana teñidas con un tinte de color de sangre. Cuando la hilandera torció con sus dedos la lana para formar los hilos con que se tejió esta tela, ¿qué torció: la lana o el color rojo? Evidentemente, la hilandera no torció el color rojo, sino la lana. Pues bien, la naturaleza humana de la persona de Cristo, es decir, lo que en El hay de hombre, está representada en este ejemplo por la lana que la hilandera torció para formar el hilo con que se confeccionó la tela de este manto; y el color rojo con que previamente se había teñido la lana equivale, en este caso, a lo que en Cristo hay de divino. Divinidad y humanidad estuvieron juntas en él cuando padeció y fue atormentado en la Cruz; pero padecimientos y tormentos recayeron exclusivamente sobre su naturaleza humana, sin afectar a la divina.

El décimo doctor judío se llamaba Thara. Al relevar a su predecesor dijo:

—Ese ejemplo no me convence, porque la hilandera, al hilar la lana, juntamente con ella torció también el color rojo que la lana tenía.

Aunque gran parte del auditorio manifestó su desacuerdo con esta afirmación de Thara, Silvestre admitió la réplica y respondió al objetante:

—Puesto que rechazas el símil que he puesto, propondré otro: Pensemos en un árbol sobre el que recae la luz del sol. Cortémoslo. ¿Qué hemos cortado: el árbol, o la luz que lo envolvía? No cabe duda de que hemos cortado el árbol, pero no la luz que recaía sobre él. Apliquemos la comparación a Cristo: los tormentos a que fue sometido, recayeron sobre su humanidad, mas no sobre su divinidad.

Sileón se llamaba el undécimo maestro, quien al suceder a Thara en el uso de la palabra arguyó de esta manera:

—Si los vaticinios de los profetas se referían a vuestro Cristo, como decís, quisiéramos saber por qué fue escarnecido, por qué padeció y por qué murió.

He aquí lo que le respondió Silvestre:

—Cristo pasó hambre para saciarnos a nosotros; sed, para proporcionarnos agua de vida que refrescará nuestra sequedad; fue tentado, para liberarnos de tentaciones; apresado, para rescatarnos de la esclavitud del demonio; escarnecido, para evitar que el diablo abusara de nosotros; maniatado, para soltar las ataduras de nuestros pecados; humillado,

para exaltarnos; despojado de sus vestiduras, para revestirnos con su gracia; coronado de espinas, para coronarnos con las flores de las bienaventuranzas; colgado en el árbol de la Cruz, para descolgarnos de la concupiscencia de aquel otro árbol del paraíso, en que estábamos colgados; amargado con hiel y vinagre, para introducirnos en la tierra que mana leche y miel y abrirnos las fuentes de las dulces aguas de la vida verdadera; murió para que nosotros viviéramos eternamente; fue sepultado, para bendecir las sepulturas de los santos; resucitó, para que los muertos resucitaran; subió al cielo, para abrirnos las puertas de la gloria; finalmente, permanece sentado a la derecha del Padre, para atender las preces de los creyentes.

Esta peroración de Silvestre fue acogida con grandes muestras de entusiasmo por el público: el emperador, los jueces, y todos cuantos asistían al debate, hasta los mismos judíos, aplaudieron y aclamaron al santo. Pero Zambri, el duodécimo de los doctores de la Ley, extremadamente indignado, se alzó de su asiento y dando voces para hacerse oír, exclamó:

—Me extraña que vosotros, jueces, que parecéis personas discretas y sabias, aceptéis como buenos estos juegos de palabras ambiguas y creáis que con humanos razonamientos pueda demostrarse la omnipotencia de Dios. Dejemos los discursos a un lado. Fijemos nuestra atención en los hechos. Son absolutamente necios quienes dan culto a un crucificado. Yo sé muy bien quién es el verdadero Dios todopoderoso, cuya fortaleza, superior a la de las rocas más inmensas, es tanta, que jamás criatura alguna podrá imaginarla. Para que no quede duda de que lo que digo es verdad, vamos a hacer una prueba: traedme el toro más robusto y fiero que encontréis. Yo le susurraré al oído el nombre del dios verdadero, y en cuanto haya hecho esto veréis como el bravo animal cae repentinamente muerto.

Silvestre replicó a Zambri:

—¿Cómo es que tú, cuando lo oíste, no perecíste inmediatamente?

—¡Ah! —contestó Zambri. Se trata de un misterio que tú, enemigo de los judíos, jamás podrás conocer.

Trajeron, en efecto, un toro bravísimo y tan robusto que fue menester que cien hombres fortísimos tiraran de él para conseguir con enormes dificultades arrastralo hasta el lugar donde se celebraba la polémica. Zambri se acercó a la bestia, susurró junto a una de sus orejas una sola palabra, y acto seguido el imponente animal dio un mugido, revolvió los ojos y cayó muerto. El éxito de Zambri fue acogido por los judíos con grandes manifestaciones de triunfo y entusiasmo y con insultos y abucheos dirigidos a Silvestre, el cual, cuando logró hacerse oír de la multitud, dijo:

—Zambri no ha pronunciado junto a la oreja del toro el nombre de Dios, sino el de algún demonio pésimo. Jesucristo mi Señor no mata a los vivientes; al contrario, vivifica a los muertos. Matar, lo hacen facilísimamente los leones, las serpientes y las fieras; es lo suyo; pero ¿han conseguido acaso alguna vez estos terribles animales devolver la vida a un muerto? Si Zambri quiere que yo crea que no ha sido el nombre de un demonio la palabra que ha pronunciado junto a la oreja de este toro, que pronuncie de nuevo al oído de ese animal la palabra que antes pronunciara, y veremos si logra resucitar al que antes consiguió matar. Si pronunciara el nombre de Dios el toro resucitaría, porque de Dios dice la escritura: *«Yo tengo poder para quitar la vida y para darla»*. Pero si pronuncia nuevamente la palabra que antes pronunció, el toro no resucitará y quedará fuera de duda que el nombre que antes pronunció fue el del demonio, que puede efectivamente matar a un ser vivo, pero no devolver la vida a un ser muerto.

Los jueces urgieron a Zambri para que hiciera lo que su rival le proponía; pero Zambri se excusó diciendo:

—Que pruebe Silvestre a resucitarlo en nombre de su Jesús el Galileo; si lo consigue, todos creeremos en él; pero no se dará ese caso porque, aunque este hombre fuese capaz de dotarse de alas y de volar, jamás podría conseguir que este toro volviera a la vida.

Silvestre aceptó el reto. Hizo oración brevemente, se acercó al animal, aproximó sus labios a una de las orejas del toro muerto, y dijo:

—¡Oh ser de maldición y muerte! ¡Sal de esta res difunta! ¡Te lo ordena Nuestro Señor Jesucristo, en cuyo nombre te digo yo a ti, toro! ¡Levántate sano y salvo, y regresa mansa y tranquilamente a tu ganadería!

Inmediatamente el toro resucitó, se puso en pie y pacíficamente se alejó de allí.

Conmovidos por este prodigio, la reina, los judíos, los jueces, y todos los no cristianos que presenciaron el maravilloso hecho, se convirtiron a Jesucristo.

Unos días después, se presentaron los pontífices de los ídolos ante el emperador y le dijeron:

—Sacratísimo Señor, en una cueva hay dragón que desde que aceptasteis la fe cristiana mata diariamente con su resuello a más de trescientas personas.

Constantino preguntó a Silvestre:

—¿Qué podremos hacer para evitar la terrible mortandad que causa ese dragón?

Silvestre le repondió:

—Yo recurriré a Jesucristo y solucionaré el problema.

Los pontífices de los ídolos prometieron a Silvestre que también ellos se convertirían si lograba liberar aquella tierra de las amenazas del dragón.

Oró Silvestre, y mientras oraba vio al Espíritu Santo y oyó que le decía: «Ve tranquilamente con esos dos presbíteros que están contigo a donde se esconde el dragón, y dile lo siguiente: Nuestro Señor Jesucristo, nacido de una Virgen, crucificado, sepultado, resucitado y sentado a la derecha del Padre, ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Tú, Satanás, quédate quieto en esta cueva; de aquí no volverás a salir hasta que Nuestro Señor venga nuevamente al mundo como juez. Una vez que le hayas dicho esto, amárrale la boca con una cuerda y coloca una anilla engarzada a un crucifijo entre los nudos de los cabos. En cuanto hayas hecho tal cosa, regresa aquí con los dos presbíteros; llegaréis sanos y salvos; yo os aguardaré y tendré preparado pan para que a vuestro regreso comáis».

Silvestre y los dos presbíteros, provistos de linternas, fueron a la cueva, descendieron ciento cincuenta y dos pasos y encontraron al dragón. Silvestre pronunció las palabras que el Espíritu Santo le había indicado, amarró la boca del monstruo y subieron de nuevo a la entrada de la gruta, en donde hallaron a dos hechiceros que les habían seguido desde lejos para comprobar si eran efectivamente capaces de enfrentarse al dragón. Los dos magos estaban casi muertos a causa de las emanaciones pestíferas que desde el fondo de la cueva, exhaladas por aquel animal infernal, habían llegado hasta ellos, antes de que Silvestre le amarrara las fauces. Silvestre les devolvió el sentido y, sanos y salvos, se los llevó con él. Ambos hechiceros y una innumerable muchedumbre de pesonas se convirtieron al cristianismo en aquella ocasión.

Silvestre, pues, liberó al pueblo romano de dos clases de muerte: de la que derivaba del culto que tributaban al demonio y de la que causaba el veneno que salía de los resuellos del dragón.

Poco antes de morir recomendó san Silvestre a los miembros de su clero, con especial empeño, estas tres cosas: que tuvieran entre sí mucha caridad; que fuesen muy diligentes en el ejercicio de sus funciones sagradas, y que defendieran a sus ovejas de los zarpazos de los lobos.

Consumado felizmente el curso de su vida, este santo se durmió plácidamente en el Señor hacia el año 320 de nuestra era.

Capítulo XIII

LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR

Cuatro circunstancias contribuyen a dar realce y especial solemnidad a esta fiesta de la Circuncisión del Señor: primera, la octava de Navidad; segunda, el nombre de Jesús que le fue impuesto, nombre nuevo y significativo de su misión salvadora; tercera, la primera efusión de su sangre; cuarta, el hecho de su circuncisión.

Primera: la octava de Navidad.

Si celebramos solemnemente las octavas de los santos, con mayor motivo debemos celebrar ésta del nacimiento del Santo de los santos.

Sin embargo, desde algún punto de vista pudiera parecer que la Navidad del Señor no debería tener octava, ya que el nacimiento que en ella conmemoramos estaba abocado a la muerte. Las octavas de los santos obedecen a lo siguiente: En el día de su fiesta no celebramos precisamente su venida al mundo, sino su muerte temporal en cuanto ver-

dadero nacimiento, puesto que esa muerte constituye el comienzo de su vida eterna; en las jornadas siguientes, y principalmente en la octava, conmemoramos la esperanza de la futura resurrección de sus cuerpos gloriosos. Teniendo esto en cuenta, parece que tampoco deberían tener octava las fiestas de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María ni la de san Juan Bautista, y menos aún la de la festividad de la Resurrección del Señor, puesto que esa resurrección ya ocurrió realmente. A este reparo, empero, podemos contestar con esta observación de Prepositivo: «No todas las octavas tienen la misma significación». Efectivamente, algunas de ellas son más bien de índole supletorio y están ordenadas a subrayar determinados aspectos que en la celebración de la fiesta quedaron un tanto desatendidos. Tal es el caso de esta octava de la Natividad de Cristo; mediante ella procuramos poner de relieve el papel de María en cuanto Madre de Jesús, papel que en la conmemoración del nacimiento del Niño quedó en un segundo plano, y por eso, para que reparáramos en él, antiguamente en el introito de la misa de esta octava se cantaban en honor de la Santísima Virgen las palabras de la Escritura que dicen: «*Vultum tuum,* etc.», «Tu semblante, etc.».

Hay octavas que tienen por objeto realzar la veneración que se debe a la persona o misterio en cuyo derredor giran las respectivas festividades. De esta naturaleza son las de Pascua y Pentecostés, las de las diversas solemnidades en honor de María Santísima y las de las fiestas de san Juan Bautista. Hay otras, ordenadas a reafirmarnos en la devoción a su titular. En este sentido, la fiesta de cualquier santo puede tener octava. Hay, finalmente, algunas, como aquellas a que aludíamos al principio, llamadas de figuración, cuyas octavas han sido instituidas para que en ellas practiquemos la esperanza en la futura resurrección de los bienaventurados.

Segunda: La imposición del nombre de Jesús.

En esta festividad de la Circuncisión conmemoramos el hecho de que al octavo día de nacer el Niño le fue impuesto un nombre nuevo y significativo de la misión salvadora que había de realizar.

Un *nombre nuevo,* expresamente pronunciado por la boca del Señor; un nombre especialmente elegido por el Padre, y nombre tal, que no hay otro bajo el cielo que tenga, como tiene éste, virtud para obtener a los hombres la salvación; un nombre, escribe Bernardo, que sabe a miel en los labios que lo pronuncian, suena a música en los oídos que lo oyen y produce regocijo en el corazón; un nombre que, según el mismo Bernardo, «como el óleo, ilumina; pronunciado, alimenta; meditado, llena el alma de paz; e invocado, santifica».

Consta por el Evangelio que Jesucristo, durante su vida, fue llamado de tres maneras: Hijo de Dios, Cristo y Jesús. Hijo de Dios, en cuanto Dios verdadero engendrado por Dios; Cristo, en cuanto hombre, poseedor de auténtica naturaleza humana asumida por una persona divina; y Jesús, en cuanto Dios encarnado en una naturaleza humana. Acerca de esta triple denominación comenta san Bernardo: «Quienes os revolcáis en la tierra, levantáos, sacudíos el polvo y alabad al Señor que viene a vuestro encuentro para salvaros, santificaros y glorificaros; como Jesús, no puede venir sin salvación; como Cristo, no puede venir sin unción santificadora; como Hijo de Dios, tampoco puede venir sin gloria, puesto que El es esencialmente salvación, santificación y bienaventuranza».

Antes de su Pasión, la entera realidad de la persona de Cristo designada con estos tres nombres, no fue perfectamente conocida. En cuanto al primero, algunos, como los demonios, hacían conjeturas, y hasta sospechaban que acaso fuese verdaderamente Hijo de Dios. En cuanto al segundo, unos pocos, pero no muchos, sí tuvieron cierto convencimiento interior de que era el Cristo anunciado por los profetas. En cuanto al tercero, fueron numerosas las personas que conocieron que oficialmente se llamaba Jesús, pero la mayor parte de ellas no cayeron en la cuenta de lo que ese nombre, en aquel caso concreto, significaba realmente, y por tanto ignoraron que quien lo llevaba era realmente el Salvador. Fue después de su resurrección cuando se puso de manifiesto la significación de aquellos nombres y cundió la certeza de que el primero de ellos le convenía adecuadamente, y universalmente se aceptó que también le correspondía el segundo, y se cayó en la cuenta de la profunda equivalencia del tercero.

El primero de esos nombres, el de Hijo de Dios, lo llevó con todo derecho. He aquí lo que a este propósito escribe Hilario en su libro *Sobre la Trinidad:* «Muchas son las pruebas convincentemente demostrativas de que Nuestro Señor Jesu-

cristo fue verdaderamente el Hijo único de Dios: el testimonio del Padre, las credenciales presentadas por el propio Jesucristo, las declaraciones de los apóstoles, las afirmaciones de personas de auténtica religiosidad, las manifestaciones de los demonios; y hasta la misma obstinación de los judíos tiene fuerza probativa, como la tiene también el hecho de que los paganos que presenciaron su Pasión reconocieron la condición divina del Crucificado». «Para llegar al convencimiento de que Nuetro Señor Jesucristo es Dios», dice el mencionado Hilario, «tenemos este camino: analizar su nombre, su nacimiento, su naturaleza, su poder y cuanto hizo a lo largo de su vida».

El segundo nombre, el de Cristo, quiere decir *ungido* y ungido estuvo con el óleo de la alegría en medio de cuantos participaron de su gloria.

Al llamarle ungido, implícitamente afirmamos que fue profeta, combatiente, sacerdote y rey. En tiempos antiguos teníase por costumbre ungir a cuentos desempeñaban alguno de estos cuatro oficios. Jesucristo fue profeta por la erudicción de su doctrina; combatiente, en las luchas victoriosas que sostuvo con el diablo; sacerdote, en la reconciliación de la humanidad con el Padre, y rey, en la retribución de recompensas.

De este segundo nombre hemos tomado nosotros nuestra propia denominación de *cristianos,* cuyo sentido comenta Agustín de la siguiente manera: «Cristiano es nombre que connota justicia, es decir, santidad, bondad, integridad, castidad, pudor, benignidad, inocencia y piedad. ¿Cómo no habiendo en tu conducta vestigio alguno de estas cualidades, te atreves tú a usarlo? Una persona es cristiana, no por llamarse así, sino por obrar de acuerdo con las exigencias de esa denominación». Esto ha dicho Agustín.

Del tercer nombre, el de Jesús, dice Bernardo que significa alimento, fuente, medicina y luz.

En cuanto alimento, produce efectos múltiples, porque conforta, nutre, desarrolla y da vigor. El propio Bernardo, comentando estas virtualidades, escribe: «El nombre de Jesús es alimento: ¿No te sientes acaso más fuerte cada vez que lo pronuncias? ¿Hay algo que al ser pensado por la mente la deje tan repleta de ideas como la deja este nombre? ¿Existe cosa más adecuada para reparar el cansancio de los sentidos, consolidar las virtudes, robustecer las buenas costumbres y desarrollar las honestas inclinaciones?»

Acerca del segundo significado, el de fuente, escribe también Bernardo: «Jesús es como una fuente sellada de la que fluyen cuatro ríos que discurren y se remansan por las vegas en beneficio nuestro: los ríos de la sabiduría, de la justificación, de la santificación y de la redención. Las aguas de la sabiduría nos llegan por la predicación; las de la justificación, por la absolución de nuestros pecados; las de la santificación, por la conversión de nuestra vida; las de la redención, a través de la pasión». Y en otro lugar dice: «Tres ríos salieron de Jesús: la expresión de dolor, que es la confesión; la sangre de la aspersión, que es la aflicción, y el agua de la purificación que es la compunción».

Medicina es el tercer significado de este nombre. El mismo citado santo doctor dice a este respecto: «Jesús significa también medicina. Ningún remedio tan eficaz como el de este nombre para frenar el ímpetu de la ira, reducir la hinchazón de la soberbia, sanar las heridas de la envidia, apagar las llamas de la lujuria, extinguir el fuego de la concupiscencia y calmar y apaciguar la sed y desasosiego de la avaricia y de cualquier apetito desordenado».

El cuarto significado del nombre de Jesús es el de luz. En relación con esto dice el mismo san Bernardo: «¿De dónde crees que ha salido y en tan poco tiempo se ha derramado sobre todo el mundo el torrente de la luz de la fe, sino de la predicación y conocimiento del nombre de Jesús? Este fue el nombre que san Pablo llevó constantemente como candela sobre candelabro y con ella iluminó a los gentiles».

El nombre de Jesús es dulcísimo. San Bernardo dice: «Un escrito no me sabrá a nada si no encuentro en él la palabra Jesús; ni a nada me sabrán las controversias y debates si en ellos no oigo pronunciar este vocablo». También Ricardo de san Víctor afirma que el nombre de Jesús es tan suave y deleitable que conforta al pecador y produce en su espíritu un estado de apacible esperanza.

¡Oh, Jesús!: ¡Sé para mí todo eso que tu nombre de Jesús significa! El nombre de Jesús connota la idea de sumo poder. Con razón escribe Pedro de Ravena: «Lo llamarás Jesús, que quiere decir el que dio vista a los ciegos, oído a los sordos, movimiento a los impedidos, habla a los mudos, vida a los muertos, y con la fuerza de este nombre privó a los demonios de la potestad que ejercían sobre los posesos».

Es nombre sublime que comporta altísima excelencia: «Este es el nombre», leemos en san Ber-

nardo, «que llevó mi hermano, el Salvador, carne de mi carne y sangre de mi sangre; nombre desconocido durante muchos siglos, pero revelado al fin de los mismos; nombre admirable, nombre inefable, nombre inestimable, tanto más admirable cuanto más inestimable, y tanto más grato cuanto más gratuito».

Este nombre, elegido para Él desde la eternidad, fuele impuesto por san José, su padre putativo, previamente avisado por un ángel, para que así lo hiciera.

Jesús quiere decir salvador, y Salvador fue Él en potencia, en acto y en hábito. Salvador en potencia desde toda la eternidad; por eso, desde toda la eternidad estábale reservado el nombre de Jesús. Salvador en hábito, o lo que es lo mismo, predispuesto para ejercer funciones salvadoras, lo fue desde el instante en que fue concebido; de ahí que, por indicación del ángel, desde el mismo momento de su encarnación, llevó, y muy acertadamente por cierto, el nombre de Jesús. Salvador en acto señalo mediante su futura pasión. Razonablemente, pues, san José púsole oficialmente el nombre de Jesús. «*Le pondrás por nombre Jesús*», leemos en la Escritura. Comentando este pasaje, la Glosa apostilla: «Le pondrás el nombre indicado por el ángel y elegido desde toda la eternidad», refiriéndose en este breve comentario, a la triple significación salvadora que acabamos de indicar; porque cuando dice «le pondrás el *nombre de Jesús*», alude a la significación de Salvador en acto, que ese fue el sentido propio que el nombre tuvo al imponérselo oficialmente san José; cuando dice «indicado por el ángel y elegido eternamente», alude a las significaciones de Salvador en hábito y en potencia, correspondientes al sentido que el nombre tuvo, respectivamente, desde su concepción, y desde toda la eternidad.

De todo lo anteriormente dicho podemos inferir cuán conveniente ha sido la determinación de que en el día señalado por Roma, capital del mundo, para el comienzo del año y marcado en el calendario con la primera letra del Abecedario, la A mayúscula, se celebrase también la fiesta de la Circuncisión del Señor, cabeza de la Iglesia, y conjuntamente con esto se conmemorase la imposicón del nombre de Jesús, dado al Niño, y la octava de su nacimiento.

Tercera: la primera efusión de la sangre de Cristo.

El día de su Circuncisión comenzó el Redentor a derramar su sangre por nosotros; después la derramaría voluntariamente varias veces más. En conjunto, cinco fueron las ocasiones en que Cristo vertió por nosotros su sangre preciosa: la primera, cuando fue circuncidado: con esta efusión dio comienzo a su sacrificio redentor; la segunda, durante su oración en el huerto; a través de la que en esta coyuntura derramó puso de manifiesto su deseo de redimirnos; la tercera, cuando fue flagelado: esta tercera efusión tuvo carácter de remedio medicinal en favor nuestro, como se desprende del texto en que se dice: «*Fuimos curados a costa de los cardenales que los golpes dejaron en su cuerpo*»; la cuarta, en la crucifixión: con la sangre que derramó en la Cruz abonó el precio de nuestro rescate, pagando deudas que no había contraído; la quinta, cuando traspasaron su costado: con este postrer derramamiento de su sangre culminó el sacramento de nuestra redención. Es de advertir que, en esta quinta ocasión, juntamente con la sangre brotó de su corazón agua, para darnos a entender que deberíamos regenerar nuestras almas con las aguas del bautismo, cuya eficacia purificadora proviene de la preciosa Sangre de Cristo.

Cuarta: El hecho de su Circuncisión.

Al octavo día de nacer fue circuncidado. Por muchas razones quiso el Señor someterse a este rito. De ellas vamos a consignar seis:

Primera: Para dar testimonio de su realidad física. Es decir, para que quedara bien claro que había asumido un cuerpo humano verdadero. Sabía El perfectamente que andando el tiempo algunos sostendrían que su naturaleza humana no era real sino fantástica y aparente, y, para evitar que ese error prosperara, se sometió a esta práctica ritual a fin de que quedara constancia de que de la herida que le produjeron brotó sangre auténtica y, por tanto, que auténtico era su cuerpo y no fantasmagórico, ya que los cuerpos fantasmagóricos carecen de sangre.

Segunda: Por consideración a nosotros. Efectivamente, el Señor, a través de este gesto, pretendió, en relación con nosotros, dos cosas: en primer lugar, dejar constancia de que también nosotros debemos circuncidarnos mística y moralmente; y, en segundo lugar, procurar nuestra salvación.

En cuanto a la primera de estas pretensiones, dice san Bernardo: «Nosotros debemos practicar dos tipos de circuncisión moral: una exterior, en la carne, y otra interior, en el alma. La exterior ha de extenderse a estas tres áreas: a nuestra manera de ser, evitando todo afán de notoriedad; a nuestras obras, que debemos realizarlas correctamente; y a nuestra conducta o comportamiento con el prójimo que deberá ser laudable. A tres áreas también afecta la circuncisión interior: a la de los pensamientos, para que sean santos: a la de los afectos, para que sean puros y a la de las intenciones, para que sean rectas». Eso ha dicho san Bernardo.

En segundo lugar, el Señor, con su circuncisión, pretendió salvarnos. Así como para procurar la curación de un organismo enfermo a veces se aplica un cauterio a alguno de sus miembros, así también quiso el Señor someterse al dolor que su circuncisión le produjo, en beneficio del cuerpo místico que nosotros con El formamos. En el capítulo 2 de la carta a los Colosenses leemos: *«Estáis circuncidados con una circuncisión producida, no por la mano del hombre ni por amputación de la carne, sino con la circuncisión de Cristo»*. La Glosa añade: «Como si con una piedra afilada os hubiesen raído los vicios». Esa piedra es Cristo que así es llamado en el capítulo 10 de la epístola primera a los Corintios. Con una piedra se practicaba antiguamente el rito de la circuncisión. En el capítulo 4 del Exodo se dice: *«Inmediatamente Séfora tomó una piedra muy aguzada y circuncidó la piel del prepucio de su hijo»*. «El texto de la carta a los Colosenses», sigue diciendo la Glosa, «puede interpretarse de dos maneras. Una: estáis circuncidados con una circuncisión realizada, no por un cirujano o ministro humano, sino por un cirujano divino; es decir, vuestra circuncisión no es física, sino espiritual, y consiste en el desprendimiento del cuerpo carnal, o sea, en el desasimiento de la carne, o lo que es lo mismo, en la superación de los vicios y apetitos desordenados, que este sentido tiene la palabra *carne* en el capítulo 8 de la primera carta a los Corintios cuando afirma que ni la carne ni la sangre participarán en el reino de Dios». Cuando el apóstol dice *«Estáis circuncidados con una circuncisión no hecha por mano de hombre, sino con la circuncisión de Cristo»*, posiblemente se refiere a una circuncisión espiritual. La segunda explicación que propone la Glosa es ésta: «Vosotros estáis circuncidados en Cristo, con una circuncisión que no ha sido hecha por la mano del hombre, como por la mano del hombre se hacía la circuncisión legal, eliminando un poco de la carne del cuerpo, suprimiento un trocito de materia carnal, o sea, recortando la piel del prepucio. Vosotros estáis circuncidados, no con este tipo de circuncisión física que mandaba la ley, sino con la circuncisión de Cristo que es espiritual y consiste en la erradicación de todos los vicios. Esta interpretación cobra fuerza si nos atenemos al capítulo 2 de la carta a los Romanos en donde el Apóstol dice: *No es judío el que lo es en lo exterior; ni es circuncisión la circuncisión de la carne; sino que es judío el que lo es interiormente, y es circuncisión la del corazón, según el espíritu, no según la letra. La alabanza de éste no es de los hombres, sino de Dios.* Estáis, pues, circuncidados con circuncisión no hecha por mano humana, a base de la supresión de una parte de la piel del prepucio, sino con la circuncisión de Cristo».

Tercera: Para prevenir las reacciones de los judíos. Si Jesucristo no hubiera pasado por el rito de la circuncisión, posiblemente los judíos lo hubieran rechazado diciendo: No te recibimos entre nosotros, porque no te pareces a nuestros padres.

Cuarta: Para desorientar al demonio, ocultándole el hecho de la Encarnación: La circuncisión había sido prescrita como práctica religiosa en orden a la liberación del pecado original; así pues, si Jesucristo se circuncidaba, el diablo creería que era un pecador como los demás y que como los demás necesitaba recurrir a aquella especie de sacramento para librarse de la mancha con que había venido a la vida. De ahí que, para confundir al diablo también, quiso que su madre, virgen perpetua, estuviese casada.

Quinta: Para enseñarnos con su ejemplo a acatar con humilde docilidad las leyes establecidas: Lo mismo que para ajustarse a la esencia de la perfecta humildad que consiste en someterse a los inferiores se bautizó, a pesar de que no necesitaba ser bautizado, así también, para darnos otro ejemplo de humildad verdadera, aunque estaba por encima de la ley, quiso someterse a ella aceptando el rito de la circuncisión.

Sexta: Para mostrar que la ley mosaica era buena y santa y había sido dictada para que fuese cumplida. Posteriormente, en otra ocasión, hizo constar que él no había venido a desautorizar la ley, sino a observarla. Por eso se dice en el capítulo 15 de la epístola a los Romanos: *«Yo os digo que Jesucristo fue ministro de la circuncisión para dar testimonio de la verdad de Dios, etc.»*.

Hay muchas razones que justifican que la circuncisión se hiciese precisamente en el día octavo después del nacimiento y no antes ni después. Vamos a señalar cuatro:

Primera: La más importante de todas, la que más que ninguna otra determinó que así estuviera histórica y literalmente prescrito, es de carácter práctico y está expresada en las atinadas observaciones del Rabino Moisés que, aunque judío, fue filólogo notable y gran teólogo. He aquí lo que, a este respecto, dice el citado pensador: «Durante los siete días primeros de su vida un niño es tan tierno como cuando estaba en el vientre de su madre, pero al octavo día se fortifica y robustece. Teniendo esto en cuenta, no quiso Dios que se practicara la circuncisión durante los siete días primeros porque, dada la extremada blandura de la criatura, podría causársele grave daño; pero tampoco quiso que se retrasara más allá del día octavo por tres motivos: primero, para evitar el riesgo de que los niños pudieran morir sin haber sido circuncidados; segundo, para ahorrar sufrimientos a las criaturas: el dolor que produce la circuncisión es muy grande; pero lo sienten menos si se les practica esa operación cuando su imaginación aún no se ha desarrollado; por eso dispuso el Señor que se les hiciese en tan temprana edad; tercero, por piedad hacia los padres de los circuncidados: son muchos los niños que mueren a consecuencia de esa operación, y aunque los padres siempre sufren cuando uno de sus hijos muere, su sufrimiento es mayor si éstos tienen ya alguna edad que si sólo tienen ocho días».

Segunda: La segunda de las razones es de carácter anagógico o místico: Se practicaba la circuncisión a los niños al octavo día de su nacimiento, para darnos a entender que en la octava de nuestra resurrección quedaremos liberados de todas nuestras penas y miserias. Cada uno de esos días simboliza respectivamente otras tantas etapas cronológicas: La primera de ellas abarca desde Adán hasta Noé; la segunda, desde Noé hasta Abraham; la tercera, desde Abraham hasta Moisés; la cuarta, desde Moisés hasta David; la quinta, desde David hasta Cristo; la sexta, desde Cristo hasta el fin del mundo; la séptima, desde la muerte de todos cuantos al fin del mundo estuvieran vivos, hasta que el mundo acabe; la octava, comprende el día de la resurrección de toda la humanidad.

Esos ocho días simbolizaban también las ocho cosas a través de las cuales el Señor hará participantes de su felicidad a los bienaventurados. Sobre esto escribe Agustín: «¿Qué significa eso de *Yo seré su Dios?* Pues significa lo siguiente: Yo seré para ellos como una fuente en la que saciarán todas sus apetencias. Yo seré para los bienaventurados estas ocho realidades: vida, bienestar, fuerza, abundancia, gloria, honor, paz, y bien infinito».

Cabe atribuir a esos ocho días un tercer sentido anagógico: del uno al siete, simbolizarían al hombre en cuanto ser compuesto de cuerpo y alma; en los cuatro primeros estarían representados los cuatro elementos de que consta el cuerpo, y los tres restantes podrían ser considerados como figuras de los tres apetitos del alma, que son el concupiscible, el irascible y el racional. Así pues, esos siete primeros días representarían la vida temporal del hombre, y el octavo, o sea, el de la circuncisión, significaría místicamente la gran jornada que comienza cuando se acaba la existencia terrena y el alma se incorpora a la unidad de la inmutabilidad eterna y, como si se circuncidara, queda libre de toda clase de culpas y de penas.

Tercera: La tercera de las razones es de índole tropológica o moral. Desde este punto de vista cada uno de esos ocho días tendrá su correspondiente significación teológica: el primero equivaldría al reconocimiento, por parte del hombre, de su condición de pecador, conforme a lo que dice el salmista: *«Yo conozco mi propia iniquidad».* El segundo, al propósito formulado por el pecador de abandonar el camino del mal y de practicar el bien, imitando al hijo pródigo en la actitud de levantarse y regresar a la casa de su padre. El tercero, la vergüenza que interiormente siente el que ha pecado por haber pecado; a esto alude el Apóstol cuando dice: *«¿Qué fruto habéis sacado de eso que ahora os produce sonrojo?».* El cuarto significaría el temor que el pecador experimenta ante la idea del juicio, temor gráficamente expresado en este texto de Job *«Dios me ha producido un pavor semejante al que me produciría una ola gigantesca que se desplomara sobre mí»,* y elocuentemente descrito por Jerónimo mediante estas palabras: «Igual si estoy comiendo que si estoy bebiendo o haciendo otra cosa cualquiera, a todas horas paréceme que retumba en mis oídos esta extremecedora orden: ¡Levantáos, muertos, y venid a juicio!» El quinto correspondería a la contrición, conforme al texto de Jeremías: *«Llorad, como llora una madre que acaba de perder al único hijo que tenía».* El sexto significaría la confesión. *«Yo confesaré»,* dice el salmista, *«y recono-*

ceré ante el Señor todas las maldades que he cometido». El séptimo indicaría la esperanza en el perdón. Judas tuvo conciencia de que había pecado; pero no intentó siquiera fomentar en su alma sentimientos de confianza en la piedad divina, y por eso se hizo indigno de misericordia. El octavo, el de la circuncisión, equivaldría a la satisfacción mediante la cual el hombre se libera espiritualmente de todas sus culpas y hasta de los reatos de pena.

Aun cabe esta otra interpretación: que los dos días primeros representen el dolor del pecador por la perpetración de sus pecados, y el deseo de enmendarse; los dos siguientes, el reconocimiento y confesión del mal hecho y del bien omitido; y los cuatro restantes la oración, la efusión de lágrimas, la mortificación corporal y la práctica de la limosna.

Finalmente, podemos tomar esos ocho días como representativos de ocho procedimientos muy adecuados para circuncidarnos espiritualmente, es decir, para eliminar los riesgos de pecar. Esos ocho procedimientos son tan eficaces, que cualquiera de ellos, por sí solo, podría producir en nosotros la abstención de todo género de pecados. De los ocho, san Bernardo enumera siete en el siguiente pasaje: «Siete circunstancias se dan en el pecado capaces de impresionar la sensibilidad del hombre de tal manera que si reparara en ellas jamás pecaría. Tales circunstancias son: la vil materia pecaminosa, la torpeza del acto, su lamentable resultado, la zozobra del ánimo, la tristeza que sentirá el pecador a la hora de su muerte, la miseria de que se verá llena el alma en el momento de separarse de su cuerpo, y la condenación eterna en que incurrirá». A estas siete circunstancias señaladas por san Bernardo podemos añadir una octava: la consideración de la gloria inefable.

Cuarta: La cuarta de las razones es de carácter alegórico o espiritual. Desde este punto de vista podemos interpretar esos ocho días de la siguiente manera: Los cinco primeros representarían los cinco libros de Moisés en que se contiene la ley; los dos que inmediatamente siguen significarían los de los profetas y los salmos, y el octavo los evangelios. Si relacionamos con estos ocho días los mencionados libros bíblicos, advertiremos que la doctrina que en éstos se contiene produjo en los hombres que la practicaron una circuncisión moral, es decir, una eliminación tan perfecta de culpas y penas como la que produce el Evangelio en quien ajusta a sus enseñanzas el temor de su vida. Los resultados de esta mística circuncisión, o sea, la eliminación de toda culpa y de todo reato de pena, son para la criatura humana mientras camina por la existencia temporal, que es tiempo de peregrinación y de esperanza, potencialmente definitivos; pero serán definitivos real y absolutamente desde el momento en que entre en la eternidad.

Las posibles razones por las que Dios impuso preceptivamente a los judíos la práctica de la circuncisión las encontramos reflejadas en los seis sentidos que este rito tuvo, sumariamente expuestos en estos versos:

Cauterio, signo, mérito, medicina, ejemplo, figura:
Todo eso fue antiguamente la circuncisión dura.

Según una antigua tradición, el trocito de carne que eliminaron del cuerpo del Señor cuando lo circuncidaron, siglos después fue llevado por un ángel a Carlomagno, quien, al hacerse cargo de él, primeramente lo colocó con suma reverencia en la iglesia de Santa María de Aquisgrán, y posteriormente lo trasladó a Charroux. Esta insigne reliquia, andando el tiempo, fue a parar a la iglesia «Sancta Sanctorum» de Roma, en la que actualmente se encuentra, si es verdad lo que dice este pareado escrito en ella:

«Circuncisa caro Christi, sandalia clara
Atque umbilici viget hic praecisio cara».

(La carne circuncidada de Cristo, sus venerables sandalias, y su cordón umbilical, se conservan en este templo como reliquias muy estimadas).

Debido a esta circunstancia, el día de la Circuncisión del Señor se hace estación en esta iglesia.

Si fuese cierto lo que esa inscripción dice estaríamos ante un hecho admirable, porque, a nuestro juicio, cuando Cristo resucitó, el trocito de carne que eliminaron de El al circuncidarle debió reintegrarse al lugar que le correspondía en su glorioso cuerpo, puesto que formaba parte de su naturaleza humana. No obstante, en cuanto a esto, algunos opinan que en la resurrección de los cuerpos resucitará sólo lo que esencialmente pertenece a la humana naturaleza, entendiendo por tal, es decir, por naturaleza humana, la transmitida por Adán.

Quiero hacer notar que antiguamente, en esta fecha, los gentiles y paganos se entregaban a multitud de prácticas supersticiosas a las que se suma-

ban no pocos cristianos a pesar del empeño que los santos pusieron en apartarlos de ellas. San Agustín trata de este asunto en varios de sus sermones, y en alguno, concretamente, refiere que en este día se celebraban diversos actos de culto en honor de Jano, a quien muchos pueblos tenían por dios, y al que representaban con dos caras, una situada en la parte anterior de la cabeza con la que miraba al año nuevo que en esta fecha comenzaba, y otra en la posterior, con la que veía el que había terminado. También refiere, entre otras cosas, éstas: que tal día como hoy las gentes se disfrazaban con pieles de animales y cabezas de bestias, adoptando formas mostruosas, para indicar que eran capaces no sólo de presentar ante los demás aspecto de fieras, sino de comportarse como ellas. Algunos hombres, escribe este santo doctor, se vestían de mujeres, sin avergonzarse de envolver sus brazos, acostumbrados a manejar la espada, con las telas delicadas de las túnicas femeniles. Otros se atenían tan escrupulosamente a los agüeros que, si alguien les pedía un poco de fuego de su casa o cualquier favor, no se lo concedían. En esta fecha las personas cambiaban entre sí regalos y aguinaldos diabólicos. Muchos, durante la noche vieja, preparaban en sus viviendas mesas abarrotadas de manjares, creyendo supersticiosamente que con eso aseguraban abundancia de víveres para todo el año entrante. Tras de exponer estas prácticas paganas, san Agustín añade: «Es de temer que el nombre de cristiano no signifique nada en quienes se asocian a estas vituperables costumbres, porque quien lleva su condescendencia hasta participar en semejantes necedades, es prácticamente imposible que no participe también en los pecados que suelen acompañarlas. Por eso, hermanos, no os limitéis a manteneros alejados de estas prácticas pecaminosas y reprobables usos; procurad también reprender, corregir y castigar a los cristianos que toman parte en tales cosas». Hasta aquí, san Agustín.

Capítulo XIV

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Cuatro nombres tiene esta festividad, correspondientes respectivamente a los cuatro hechos maravillosos que en ella se conmemoran, a saber: la adoración de Jesús por los Magos, el bautismo que san Juan administró al Señor, la conversión por Cristo del agua en vino, y el milagro que el mismo Cristo realizó para alimentar con cinco panes a cinco mil hombres.

Cuando Jesús tenía trece días llegaron hasta él unos magos, guiados por una estrella. De *epi* (sobre) y de *phanos* (aparición) ha resultado *Epifanía,* nombre dado a esta fiesta, para significar con él que una nueva estrella apareció en lo alto del cielo y que a través de ella Jesucristo se manifestó como verdadero Dios a lo magos.

Veintinueve años después de este hecho, y en la misma fecha en que los Magos adoraron a Jesús, Este fue bautizado en el Jordán. San Lucas dice que cuando Cristo fue bautizado tenía treinta años; y dice bien, porque cuando esto ocurrió ya hacía trece días que Jesús había cumplido los veintinueve y, por tanto, se hallaba en el año treinta de su vida y, como advierte Beda, eso equivalía a estar ya plenamente inmerso en el año trigésimo de edad, y por lo mismo en ese sentido debe entenderse lo que acerca de la edad de Cristo afirma la Iglesia Romana.

De *theos* (Dios) y *phanos* (aparición) proviene *Teofanía,* otro de los nombres dados a esta fiesta. Teofanía equivale a *aparición de Dios.* No olvidemos que en este día conmemoramos también el Bautismo del Señor y que, mientras Juan bautizaba a Jesús, mostróse toda la Trinidad: el Padre, a través de las palabras que durante el bautismo se oyeron; el Hijo, mediante la presencia física de Cristo, cuyo cuerpo estaba allí visible; y el Espíritu Santo, dejándose ver en forma de paloma.

Un año más tarde, en la misma fecha, cuando el Señor contaba ya treinta años y trece días, o treinta y un años si adoptamos el otro modo de contar

la edad, convirtió el agua en vino. Con este milagro manifestóse como verdadero Dios; y porque esta manifestación tuvo lugar en el interior de una casa y casa en hebreo se dice *beth,* de *beth* ha resultado el nombre de *Betania,* aplicado a esta solemnidad en recuerdo del tercer episodio que en ella se conmemora: la conversión milagrosa del agua en vino.

Según Beda, en opinión de algunos, y según el himno *Iluminando el Altísimo* («Illuminans Altissimus») que en el día de hoy se canta en muchas iglesias, un año más tarde, cuando Jesús contaba treinta y un años de edad y trece días, o treinta y dos años, a tenor del cómputo que se adopte, alimentó a cinco mil hombres con cinco panes. En memoria de este milagro, recordado también en esta fiesta, se ha dado la misa un cuarto nombre: el de *Fagifania,* palabra derivada del vocablo griego *phage,* que significa *boca* y *comer.* Pero conviene advertir que no hay completa seguridad de que este cuarto episodio ocurriera precisamente en el mismo día que los otros; ni en el original de Beda, aunque algunos pretendan apoyarse en él, no se afirma nada de esto al respecto; ni tal hipótesis puede inferirse del relato de este milagro tal como se halla descrito por san Juan, porque lo que este evangelio dice en el capítulo sexto de su evangelio, al referirse al tiempo en que fue realizado, se reduce meramente a consignar que estaba ya próxima la fiesta de la Pascua. No obstante, es general la creencia de que estas cuatro manifestaciones de la divinidad de Cristo tuvieron lugar en el mismo día, aunque cada una de ellas en años diferentes, y por estos procedimientos: La primera, a través de una estrella situada sobre el pesebre; la segunda, mediante la voz del Padre en las cercanías del Jordán; la tercera, por la conversión del agua en vino, durante una comida; la cuarta, por la multiplicación de los panes en el desierto.

Como, de las cuatro, la más directa y expresamente conmemorada en esta fiesta es la primera, de la primera exclusivamente trataremos.

Poco después del nacimiento del Señor llegaron a Jerusalén tres magos, llamados en hebreo Apelio, Amerio y Damasco; en griego Gálgala, Malgalat y Sarathin; y en lengua latina, Gaspar, Balthasar y Melchior (Gaspar, Baltasar y Melchor).

La palabra *mago* significa tres cosas diferentes: ilusionista, hechicero maléfico y sabio. ¿Cuál de estas tres significaciones debemos atribuir a nuestros tres magos? Sobre esto hay tres opiniones. Según algunos intérpretes, estos tres hombres eran de hecho tres reyes aficionados a la práctica del ilusionismo; por eso, con sus trucos y astucia, consiguieron engañar a Herodes y, en vez de regresar por Jerusalén hacia su tierra, como con él habían convenido, lo hicieron por otro sitio. Quienes sostienen esta hipótesis invocan en favor de la misma este texto del Evangelio: *«Viendo Herodes que había sido engañado por los magos... etc.»* Otros estiman que eran hechiceros, al estilo de los encantadores que servían al Faraón ejerciendo la magia para causar con ella maleficios. El Crisóstomo es uno de los que opinan de esta manera. Según este santo doctor, Cristo quiso convertir a estos magos, y mediante la revelación de su nacimiento los apartó de sus malas artes, y los santificó para que su conversión sirviera de ejemplo y de motivo de esperanza a los pecadores de cualquier género. Otros, finalmente, suponen que eran tres sabios, llamados magos, no porque practicaran la hechicería ni el ilusionismo, sino porque en su tierra de origen la palabra *mago* se usaba para designar a las personas de ciencia, y equivalía a la voz *escriba* de los hebreos, a la de *filósofo* de los griegos y a la de *sabio* de los latinos. Por tanto, en opinión de estos intérpretes, el calificativo de *magos* dado por la Escritura a estos tres hombres ha de entenderse en el sentido de que se trataba de tres sabios, de tres personajes eminentes por su sabiduría.

Estos tres hombres eran, pues, tres reyes muy sabios, y llegaron a Jerusalén, no solos, sino en compañía de sus escoltas y séquitos.

Pero, ¿cómo es que los Magos fueron a Jerusalén, si allí no se encontraba el Niño?

Cuatro respuestas da Remigio a esta cuestión.

Primera: Los Magos sabían que Cristo había nadico, mas no dónde; y como Jerusalén era la capital del reino de los judíos y lugar de residencia del sumo sacerdote, pensaron que un niño tan importante acaso hubiese venido al mundo en la más importante ciudad de Judea.

Segunda: Porque, en el supuesto de que no hubiese nacido en Jerusalén, en esta ciudad, capital del reino, los escribas y doctores de la ley que en ella vivían podrían informarlos sobre el particular.

Tercera: Porque así lo dispuso Dios para quitar a los judíos toda ocasión de pretextos y excusas, puesto que si decían a los Magos que, en efecto, sabían donde el Niño había de nacer, pero no cuándo, los Magos les dirían a ellos que el nacimiento ya se había producido; y si, después de

enterarse de que el Niño ya estaba nacido, sabedores del lugar no acudían prestamente a rendirle adoración, no podrían invocar en defensa de su desidia que ignoraban el hecho de su nacimiento.

Cuarta: Para que, en contraste con la diligencia de los Magos, se pusiese de manifiesto la indolencia y frialdad de los judíos en relación con el nacimiento del Mesías. Un solo signo profético bastó para que aquéllos al instante se movilizaran; en cambio, éstos, a pesar de los numerosos vaticinios que se les habían hecho, permanecían tan tranquilos. Desplazáronse los Magos desde sus lejanas tierras, buscando afanosamente a un rey extraño; en cambio, los judíos, no se movieron dentro de su propia nación ni dieron un paso para acercarse a su propio Rey.

Comúnmente se cree que los Magos eran descendientes de Balaam y que conocían esta profecía hecha por su antepasado: *«De Jacob nacerá una estrella; un hombre procederá de Israel, etc.».*

A las cuatro respuestas precedentes sobre la cuestión de la venida de los Magos a Jerusalén, el Crisóstomo, en su comentario al Evangelio de san Mateo, añade otra. Dice este santo doctor lo siguiente: «Según una tradición antigua, un grupo de astrólogos, dedicados a descubrir el futuro a través de las estrellas, acordaron nombrar una comisión formada por doce de ellos para que los miembros de la misma observasen permanentemente el cielo, hasta que descubriesen la aparición de la estrella de que había hablado Balaam; si morían estos astrólogos, deberían ser reemplazados por alguno de sus hijos, y éstos por otros descendientes suyos. Todos los años, cada año en un mes distinto, siguiendo en la ordenación de los meses en ciclo rotativo, subían los doce de la comisión al monte de la Victoria y permanecían en su cima tres días consecutivos haciendo abluciones y pidiendo a Dios que les mostrara la estrella cuya aparición había sido vaticinada por el profeta. En una de aquellas ocasiones, precisamente el mismo día en que nació el Señor, cuando estaban entregados a estas prácticas de oración, vieron un astro que por encima del monte avanzaba hacia ellos, y quedaron sumamente sorprendidos al advertir que, al aproximarse al sitio en que se encontraban, la estrella se transformaba en la cara de un niño hermosísimo con una cruz brillante sobre su cabeza; su sorpresa fue aún mayor al oír que la estrella hablaba con ellos y les decía: Id prontamente a la tierra de Judá; allí encontraréis ya nacido al Rey a quien buscáis. Los astrólogos, obedientes a este mandato, inmediatamente se pusieron en camino hacia el país que la misteriosa estrella les había indicado».

¿Cómo los Magos, en tan sólo trece días pudieron recorrer la distancia existente entre su tierra, que pertenecía al lejano Oriente, y la ciudad de Jerusalén, situada en el vulgarmente llamado ombligo del mundo? Dos respuestas podemos dar a esta pregunta: una, la que a ella da el citado Remigio: Porque así pudo hacer que ocurriera aquel Niño omnipotente a quien deseaban ver cuanto antes. Otra: No olvidemos que los Magos hicieron su viaje en dromedarios, como se infiere de un texto profético de Jeremías, ni que los dromedarios son animales tan sumamente veloces que son capaces de recorrer en una jornada lo que un caballo recorre en tres. Por eso se llaman *dromedarios,* palabra derivada de *dromos,* que significa carrera, pujanza y fuerza.

«Llegados los Magos a Jerusalén, preguntaron a la gente por el Niño recién nacido.»

Obsérvese que preguntaron, no si había nacido ya, que de eso estaban ellos seguros, sino dónde estaba. Pero como acaso algunos les replicasen que en qué se fundaban para afirmar con tanta seguridad que el Mesías ya había nacido, les respondieron: *«Hemos visto en Oriente su estrella y venimos a adorarle».*

Esta respuesta puede interpretarse de una de estas dos maneras: Primera. «Estando nosotros en Oriente, vimos situada sobre Judea la estrella que según los anuncios aparecería tan pronto como naciera.» Segunda. «Estando nosotros en nuestra tierra, vimos su estrella situada hacia el Oriente.»

Remigio, en su comentario, advierte que los Magos, a través de las palabras que utilizaron para preguntar a la gente por el Niño, dieron a entender suficientemente que tenían a tal Niño por verdadero hombre, por verdadero Rey y por verdadero Dios. Al preguntar *«¿dónde está el que ha nacido?»,* pusieron de manifiesto que lo tenían por *verdadero hombre;* al añadir *«rey de los judíos»,* declararon que lo tenían por *verdadero Rey;* y al manifestar que venían *a rendirle adoración,* manifestaron igualmente que lo tenían por *verdadero Dios,* ya que teóricamente todo el mundo admitía que sólo Dios merece y debe ser adorado.

«Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y con él toda la la ciudad de Jerusalén.»

Turbóse Herodes por tres motivos:

Primero: Porque previó la posibilidad de que los judíos aclamasen por rey al recién nacido y de que lo recusasen a él, que en realidad era extranjero, «Así como las ramas cimeras de un árbol», comenta el Crisóstomo, «se mueven al más ligero soplo de la brisa, así cualquier rumor estremece a los hombres encaramados en las alturas del poder y de las dignidades».

Segundo: Porque temió que, si en aquella provincia que dependía de Roma, alguien pretendía erigirse en rey sin nombramiento previo del Augusto, los romanos lo culparían a él de no haber sofocado a tiempo aquel brote de separatismo. Una de las leyes romanas ordenaba que en cualquier parte del imperio, nadie, sin permiso del emperador, podía titularse ni dios ni rey.

Tercero: Porque la noticia del nacimiento de un competidor necesariamente tenía que producirle inquietud. A este respecto comenta Gregorio: «Nacido el Rey del cielo, turbóse el rey de la tierra, porque es natural que el poder terreno tiemble ante la grandeza del poder celestial».

Turbóse asimismo toda la ciudad de Jerusalén, y también por tres motivos, aunque diferentes de los que ocasionaron la turbación de Herodes:

Primero. Porque los impíos no pueden soportar la presencia de un justo entre ellos.

Segundo. Porque con su propia turbación, más o menos simulada, trataron de adular al conturbado Herodes.

Tercero. Porque temieron que se desencadenara una guerra entre ambos rivales. Cuando los vientos chocan ente sí surgen las tempestades. Si aquellos dos reyes, el que lo era ya y el que pretendía serlo, entraban en colisión, y entrarían no tardando, sobrevendría la pugna entre ellos por el poder, sumaríanse a ella sus respectivos partidarios y a todos alcanzarían las consecuencias del conflicto armado. El Crisóstomo opina que el miedo a una posible guerra fue la causa principal de la turbación de Jerusalén.

«Herodes convocó a todos los sacerdotes y escribas para averiguar el lugar en que, según las Escrituras, debería nacer el Mesías.»

Enterado de que las profecías situaban ese nacimiento en Belén de Judá, tuvo una conversación secreta con los Magos y, ocultando hábilmente sus dolosas intenciones, supo por ellos cuanto tiempo hacia que había aparecido la estrella en el firmamento y les rogó que, si hallaban al Niño, una vez que le hubiesen rendido los homenajes de adoración que pensaban tributarle, volviesen por Jerusalén a informarle de cuanto hubiesen visto, porque también, les dijo, él quería visitarle y adorarle.

Toda esta conversación no tuvo otro objeto que el procurarse datos que le permitieran, en el caso de que los Magos, por cualquier motivo, no se entrevistaran de nuevo con él, llevar a cabo el plan que tenía ya proyectado, que era matar al Niño al que simulaba querer adorar.

Notemos que, cuando los Magos llegaron a Jerusalén, la estrella que hasta allí los había guiado desapareció de su vista, y desapareció por tres razones:

Primera. Para que, al verse obligados a averiguar por sí mismos el lugar concreto en que había nacido el Niño, se enterasen de que tal nacimiento no sólo estaba presagiado por la aparición de una estrella, sino que acerca de este suceso existían desde antiguo numerosos vaticinios proféticos. De este modo, en efecto, conocieron cuanto los profetas habían dicho sobre Cristo.

Segunda. Porque también, en cierta manera, merecieron quedarse sin el auxilio divino, al buscar el de los hombres.

Tercera. Porque Dios, dice el Apóstol, ayuda a los infieles con signos, y a los fieles con profecías. Ellos, que eran paganos, mientras permanecieron aislados de los judíos fueron guiados por una estrella, que era un signo; pero, en cuanto llegaron a Jerusalén y se mezclaron con los judíos, que eran fieles, el signo desapareció.

Las tres razones precedentes están consignadas en la Glosa.

«Después de oír al rey se fueron, y la estrella que habían visto en Oriente les precedía, hasta que llegada encima del lugar en que estaba el Niño, se detuvo.»

Acerca de la naturaleza de esta estrella hay tres opiniones; hélas aquí, tales como Remigio las expone en su comentario:

Primera. Unos dicen que no fue estrella real, sino una mera figura adoptada por el Espíritu Santo, quien, así como cuando Juan bautizó a Jesucristo tomó la forma de paloma y se posó sobre el Señor, así en esta otra ocasión mostróse en forma de estrella para guiar a los Magos.

Segunda. Otros, como el Crisóstomo, si bien coinciden con los anteriores al pensar que la estrella no fue real sino aparente, difieren de ellos en cuanto al sujeto que asumió tal forma, que en su opinión no fue el Espíritu Santo, sino el mismo

ángel que comunicó a los pastores el nacimiento del Salvador. Como los pastores eran judíos, y por tanto creyentes en Dios y racionales, el ángel se presentó a ellos en forma racional; pero el mismo ángel, para guiar a los Magos, que eran paganos y se movían en un ambiente material, tomó una apariencia material.

Tercera. Otros, en cambio, y ésta parece la opinión más razonable, estiman que se trató de una verdadera estrella ocasionalmente creada por Dios para este menester, que era el de guiar a los Magos. Esta estrella, cumplida su misión, tornó a su anterior inanidad.

San Fulgencio dice que esta estrella se distinguía de las demás en tres cosas: en su ubicación, en su fulgor y en su movimiento. En su ubicación: porque no estaba situada en lo alto del firmamento, como las otras, sino que flotaba en el espacio, a escasa distancia de la tierra. En su fulgor: su brillo era mucho más intenso que el de los otros astros, puesto que su resplandor no quedaba, como el de éstos, ofuscado por el del sol y era perfectamente visible incluso en las horas más claras del mediodía En el movimiento: que no era circular ni describía una órbita determinada, sino que avanzaba y procedía en una misma dirección, como avanzan y proceden los animales semovientes; e iba delante de los Magos como pudiera haber ido un viajero cualquiera que hubiese hecho el oficio de guía.

La Glosa que comienza con las palabras *«Esta estrella del nacimiento del Señor»*, escrita en torno al capítulo segundo de san Mateo, a las diferencias consignadas anteriormente añade otras tres, a saber:

En cuanto a su origen: esta estrella no fue creada, como las demás, el principio del mundo, sino cuando Cristo nació.

En cuanto a su cometido, que fue el de mostrar el camino a los Magos y no el de marcar el curso del tiempo y de las estaciones, que es el oficio, según el capítulo primero del Génesis, de los demás astros del firmamento.

En cuanto a la duración: Las otras estrellas durarán perpetuamente; en cambio ésta, una vez cumplido el oficio temporal para el que fue creada, se desintegró.

«Al ver de nuevo la estrella, los Magos sintieron grandísimo gozo.»

Creemos oportuno advertir que los Magos, de hecho, vieron no una sola estrella, sino cinco, de diferente naturaleza: una material, otra espiritual, otra intelectual, otra racional y otra supersustancial. La primera de ellas, la material, fue la que se les apareció en Oriente. La segunda, la espiritual, equivalente a la fe, descubriéronla con el corazón; si esta estrella de la fe no hubiese iluminado sus almas no hubieran podido ver la primera. Que los Magos tenían fe y creían firmemente que el Niño que buscaban existía realmente, se prueba por la pregunta que hicieron al llegar a Jerusalén: *«¿Dónde está el nacido?»*; y que creían que aquel Niño era de estirpe regia, se demuestra con el resto de las palabras de la aludida pregunta, sobre todo con las que lo llamaron *rey de los judíos*; también creían que el pequeño rey era Dios, puesto que a la pregunta añadieron: *«venimos a rendirle adoración»*. La tercera estrella, o sea, la intelectual, fue el ángel que se les apareció mientras dormían y les encargó que no se entrevistaran con Herodes. Debo hacer constar, sin embargo, que este aviso, según el autor de cierta Glosa, no se lo dio un ángel, sino el mismo Dios. La cuarta, la racional, fue la Bienaventurada Virgen María, a la que vieron en el cobertizo o establo. La quinta, la supersustancial, fue Jesucristo, es decir, el Niño reclinado en el pesebre. La aparición o visión de las estrellas cuarta y quinta está expresamente consignada en la Escritura, en la que se dice que al entrar en el portal *«vieron al Niño, con María, su Madre»*. Si llamamos estrellas a estas cinco realidades vistas por ellos es porque así también han sido llamadas en la Biblia. La primera de ellas está incluida en esta expresión del salmista: *«La luna y estrellas que tú creaste»*. En el capítulo 43 del libro del Eclesiástico se llama a la fe hermosura del cielo y gloria de las estrellas, dándonos a entender con esas frases que la fe constituye la suprema belleza del hombre espiritual y es como el alma de las demás virtudes. De la tercera, leemos en el capítulo tercero de Baruch: *«Las estrellas llenaron de luz sus propios ámbitos»*. La cuarta, la Virgen María, es saludada por la iglesia, fundándose en la Escritura, con estas palabras: *«Ave maris stella»*: «¡Salve estrella del mar!». De la quinta se dice en el libro del Apocalipsis: *«Yo soy un retoño procedente de David y una estrella brillante; yo soy el lucero de la mañana»*.

La visión de la primera y segunda de estas estrellas produjo alegría a los Magos; la de la tercera, alegría regocijada; la de la cuarta, alegría muy grande; la de la quinta, alegría jubilosa grandísima. Esta alegría sucesivamente creciente en el ánimo de los Magos, señalada por el Evangelio, explícala

la Glosa por estas palabras: «Alégrase con regocijo grande quien se alegra en Dios, que es fuente de gozos verdaderos. El regocijo fundado en Dios es siempre grande, porque grande es todo cuanto en Dios se funda; pero en toda magnitud, y también en la del júbilo, caben diferentes grados: por eso, el gozo de los Magos, al ver a Cristo, fue no sólo grande, sino grandísimo».

También cabe decir que el evangelista consignara la gradación creciente en el gozo de los Magos para darnos a entender que los hombres experimentan mayor alegría por la recuperación de las cosas perdidas que por la posesión de las que siempre han tenido.

Una vez dentro de la humilde morada en la que hallaron al Niño con su Madre, los Magos se arrodillaron y ofrecieron al Señor cada uno de ellos estos tres dones: oro, incienso y mirra. A propósito de esto exclama Agustín: «¡Oh!... ¿Quién es esa pequeña criatura para que los astros se sometan a ella? ¡Qué inmensa su grandeza y cuán soberana su gloria, puesto que ante sus pañales prostérnanse los ángeles, obedecen las estrellas, tiemblan los reyes y se arrodillan los sabios de la tierra! ¡Oh dichoso tugurio, convertido en sucursal del cielo y morada de Dios, alumbrado, a falta de lámparas, por una estrella! ¡Oh palacio celestial que sirves de residencia no a un monarca enjoyado sino al propio Dios hecho hombre! ¡En vez de lechos floridos, mullidos y blandos, tienes duros pesebres! ¡En lugar de ricos artesonados, tu techumbre, hecha de cañas, hállase ennegrecida de hollín, sin otros adornos que el de la estrella! ¡Veo los pañales, miro al cielo y me sobrecojo de estupor! ¡Confundido y sofocado me siento cuando veo acostado sobre la paja del pesebre, como si fuera un mendigo, al que tiene más lustre y brillo que los astros!».

San Bernardo, a su vez, comenta: «¿Qué hacéis, Magos? ¿Qué hacéis? ¿Cómo es que estáis adorando a un niño de pecho, envuelto en pobres pañales y alojado en tal vil tugurio? ¿No será que ese Niño es Dios? ¿Qué es lo que hacéis? ¿Por qué le ofrecéis oro? ¿Será que ese Niño es Rey? Pero, en ese caso, ¿dónde están su real palacio, el trono, los cortesanos y toda la servidumbre de la regia curia? ¿Es que tiene, tal vez, por alcázar una tenada y por trono un pesebre y por comitiva a José y a María? A cualquiera hubiera podido parecer que los Magos se comportaban como mentecatos; y, sin embargo, estaban realmente obrando con profunda sabiduría».

Jerónimo, en el libro segundo *Sobre la Trinidad,* dice: «Pare una virgen, y la criatura que trae al mundo es el Hijo de Dios. Oyense al mismo tiempo los vagidos del pequeño y los cánticos laudatorios de los ángeles. El niño es humano; acaso ensucie los pañales; pero en cuanto Dios, es adorado; la altísima dignidad del infante no padece menoscabo porque se ponga de manifiesto la humildad de su verdadera condición humana; al contrario: de ese modo se demuestra como en el Niño Jesús coexistieron las debilidades y limitaciones de su humanidad y las grandezas y sublimidades de su naturaleza divina».

El mismo santo, comentando la carta a los Hebreos, escribe: «Contempla la cuna de Cristo, y eleva al mismo tiempo tus ojos al cielo. ¿Qué adviertes? Que el Niño está llorando, mientras que los ángeles cantan; que Herodes lo persigue, en tanto que los Magos lo adoran; que los fariseos pretenden ignorar su existencia, pero la estrella proclama su nacimiento; que recibe el bautismo de manos de un inferior a El, mas en las alturas resuena la voz de Dios; que se sumerge en las aguas, pero sobre El desciende una paloma, o mejor dicho, el Espíritu Santo en forma de paloma».

De entre las muchas razones que movieron a los Magos a ofrecer al Niño, precisamente, las tres clases de presentes mencionados señalaremos cinco:

Primera. Era costumbre universalmente extendida por los pueblos antiguos que nadie compareciese ante Dios o ante el rey con las manos vacías. En semejantes ocasiones, los persas y caldeos solían regalar a sus monarcas y dioses esas tres cosas y, según la *Historia Escolástica,* los Magos eran naturales de una región existente entre Persia y Caldea, llamada Sabea, nombre derivado del río Saba, que pasa por ella. Esta primera razón la hemos tomado de Remigio.

Segunda. Dice san Bernardo que los Magos ofrendaron a Cristo oro, para socorrer la pobreza de la Virgen Santísima; incienso, para contrarrestar el mal olor que había en el establo; y mirra, para ungir con ella al Niño, fortalecer sus miembros e impedir que se acercaran a El parásitos e insectos.

Tercera. Porque como el oro se usaba para pagar los tributos, el incienso para los sacrificios y la mirra para ungir a los muertos, los Magos, ofreciendo al Señor estas tres cosas, proclamaron que en aquel Niño coexistían la regia potestad, la majestad divina y la naturaleza humana mortal.

Cuarta. Porque quisieron darnos a entender con el oro, que significa amor, con el incienso, que significa adoración y con la mirra, que significa mortificación, que también nosotros debemos ofrendar a Dios amor, adoración y la mortificación de nuestros sentidos.

Quinta. Porque a través de estos tres presentes reconocían las tres realidades que coexistían en el Niño Jesús: su preciosísima divinidad, su alma santísima y su cuerpo puro e inmaculado. Estas tres realidades ya habían sido con mucha antelación simbolizadas por las tres cosas que se guardaron en el Arca: la vara, las tablas y el maná. La vara, que floreció, representaba al cuerpo de Cristo, que resucitó; *«refloreció mi carne»,* dice a este respecto el salmista. Las tablas de la Ley significaban su alma, en la que estaban encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios. El maná simbolizaba su divinidad, asiento de todos los sabores y de todas las suavidades. De modo parecido el oro, que es el más precioso de los metales, significó su divinidad preciosísima; el incienso, con sus connotaciones de oración y piedad, simbolizó su devotísima alma, como se infiere de este texto del salmista: *«Suba mi alma hacia ti, como columna de incienso»;* la mirra, que preserva de la corrupción, representó la pureza de su cuerpo.

«Advertidos los Magos en sueños de no volver a Herodes, tornáronse a su tierra por otro camino.»

He aquí, en síntesis, las maravillas que acaecieron en aquel fecundo viaje de los Magos: Vinieron de su país guiados por una estrella; a través de los hombres, y sobre todo por el conocimiento que adquirieron de los vaticinios de los profetas, se enteraron de muchas cosas; regresaron a su lugar de origen conducidos por un ángel; finalmente, enriquecidos con la fe en Jesucristo, descansaron en la paz del Señor.

Sus cuerpos estuvieron sepultados durante algún tiempo en una iglesia de Milán que actualmente pertenece a los religiosos de la Orden de Predicadores, pero después fueron trasladados a Colonia donde al presente reposan. Antiguamente habían estado en otros sitios: Santa Elena, madre de Constantino, se apoderó de ellos, los sacó de su primitivo enterramiento y los llevó a Constantinopla; de Constantinopla fueron trasladados a Milán por el obispo san Eustorgio; finalmente, el emperador Enrique, en seguida de incorporar Milán a su imperio, llevólos a Colonia, y en esta ciudad, a orillas del Rin permanecen actualmente, siendo objeto de la reverencia y devoción del pueblo.

Capítulo XV

SAN PABLO, ERMITAÑO

Pablo fue el primer ermitaño. En la historia de su vida, escrita por san Jerónimo, leemos que al arreciar la persecución de Decio contra los cristianos se marchó a un vastísimo desierto, se instaló en una cueva y en ella permaneció en completa soledad y alejado de todo trato humano, durante sesenta años.

Dícese que el emperador Decio, además de este nombre, tuvo otro, el de Galieno y que comenzó a reinar el año 256 depués de Cristo.

San Pablo se retiró a tan apartado lugar huyendo de la durísima persecución promovida por el mencionado emperador contra los que profesaban la fe cristiana, a los que castigaba con toda clase de tormentos. Precisamente por aquel tiempo fueron apresados dos jóvenes que creían en Jesucristo: a uno de ellos desnudáronle enteramente, embadurnaron su cuerpo con miel, y, cuando el sol más calentaba, arrojáronlo al suelo y allí lo dejaron expuesto a los aguijonazos de las moscas y de las avispas. Al otro, para que no pudiera defenderse, atáronle sus pies y sus manos con cordones muy vistosos, acostáronlo en un lecho blandísimo situado al aire libre en un paraje de temperatura tibia y suave y en un sitio muy ameno, a orillas de unos riachuelos cuyas aguas producían gratísimos murmullos a los que se unían los cantos de las aves y el embriagador perfume de innumerables arbustos y

flores esparcido por la acariciante brisa. Al poco rato de colocar al susodicho joven, cuya alma hallábase repleta de amor a Dios, en semejante ambiente de delicias, hicieron llegar hasta él a una muchacha bellísima, pero sumamente impúdica, para que le tentara y sedujera. Comenzó la tentadora a hacer su oficio; parecía que iba a conseguir su intento, porque el tentado empezó a sentir en su cuerpo desordenados apetitos, aunque también a luchar contra ellos y contra quien despertaba en su ánimo aquellos movimientos; mas, de pronto, deseando a toda costa librarse de su tentadora y no pudiendo hacerlo de otra manera, se retazó la lengua con sus propios dientes y la escupió, lanzándola con fuerza contra el rostro de la impúdica muchacha. Mediante este procedimiento consiguió tres cosas: dominar, con el terrible dolor que sintió en su boca, el ardor de los apetitos de su carne; alejar de su lado a la desvergonzada jovenzuela, y merecer de Dios un premio notable por la victoria que acababa de obtener.

San Pablo, conocedor de los tormentos a que fueron sometidos estos dos jóvenes y otros muchos cristianos, y consciente de los peligros que sobre él se cernían, huyó de su tierra y se retiró al desierto.

También san Antonio, unos años más tarde, se refugió en la soledad. Creía este santo que era él el primero que había adoptado el sistema de vida eremítica; mas un noche, mientras dormía, supo por divina revelación que en aquel mismo desierto moraba otro religioso que le aventajaba en antigüedad, en soledad y en anacoretismo. En cuanto despertó, quisó conocerlo y se lanzó en su busca. Un día, al atravesar una selva, topóse con un ser extraño cuyo cuerpo en la mitad superior tenía aspecto de hombre y en la mitad inferior forma de caballo. Esta especie de hipocentauro habló con Antonio y le indicó que si quería hallar al que buscaba, debería dirigir sus pasos hacia la derecha. Más adelante encontróse Antonio con otro animal raro: de la cintura para abajo parecía cabra, mas de la cintura para arriba semejaba ser viviente humano; de hombre eran sus manos y en ellas llevaba un puñado de dátiles. Antonio, al verlo, le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Cómo tienes esta conformación tan extraña? Dímelo, en nombre de Dios.

El extraño sujeto le contestó:

—Soy un sátiro. Los paganos, erróneamente, me consideran rey de la selva.

San Antonio prosiguió su camino. Poco después salióle al encuentro un lobo, que le habló y se le ofreció como guía para conducirle hasta la celda del que andaba buscando.

Pablo, que ya sabía que Antonio le buscaba, pero que no quería mantener trato con ningún ser humano, y sí defender a toda costa la soledad en que vivía, al ver que un hombre se acercaba cerró por dentro la puerta de su celda y la atrancó con un cerrojo.

El visitante suplicó al ermitaño que abriera y le hizo saber que, aunque tuviera que aguardar toda la vida, no se marcharía de allí hasta que no le concediera una entrevista.

Ante la reiterada insistencia de Antonio, Pablo abrió la puerta. Ambos anacoretas se fundieron en un abrazo.

A la hora de la comida presentóse en la celda un cuervo llevando en su pico doble ración de la acostumbrada. Pablo explicó a su sorprendido compañero que todos los días, Dios, por medio de aquel cuervo, traíale un pan, pero que en aquella ocasión habíale enviado dos, porque dos eran los comensales. Cuando iban a iniciar la comida, surgió entre ellos una piadosa discusión acerca de cual de los dos, atendida su correspondiente dignidad, habría de bendecir el alimento. Decía Antonio que el honor de bendecir y partir el pan correspondía a Pablo, por ser de mayor edad. Replicaba Pablo:

—Tú eres mi huésped; procede que seas tú quien bendigas y repartas lo que vamos a comer.

Por fin pusiéronse de acuerdo, optando por asir ambos a la vez uno de lo panes y tirar de él simultáneamente; y, al hacer esto, el pan se dividió en dos partes exactamente iguales.

Tras de esta visita regresó San Antonio al lugar donde tenía su celda. Cuando estaba a punto de llegar vio como unos ángeles llevaban sobre sus alas el alma de san Pablo. Inmediatamente desanduvo lo andado y regresó a toda prisa a la ermita de san Pablo. En ella encontró el cuerpo muerto del santo ermitaño, pero no caído en el suelo, sino arrodillado, en actitud de oración, de modo que parecía estar vivo y rezando. Al comprobar su fallecimiento, exclamó:

—¡Oh santo varón! ¡Cuán fielmente refleja tu muerte lo que fue tu vida!

Por más que Antonio buscó un lugar adecuado para cavar la sepultura, no lo halló; el terreno adyacente a la cueva era rocoso; mas de pronto acudieron leones, hicieron con sus garras unas fo-

sas y, en cuanto el cuerpo del venerable ermitaño fue inhumado en ella, regresaron a la selva. En recuerdo del santo, san Antonio se llevó consigo la túnica de Pablo, que estaba tejida con cortezas y ramos de palmera; a partir de entonces se la puso todos los días de fiesta.

San Pablo murió hacia el año 287.

Capítulo XVI

SAN REMIGIO

La palabra Remigio proviene o de *remi* (alimentar) y *geos* (tierra), y en ese supuesto significa *alimentar la tierra,* o de *remi* (pastor) y de *gion* (combate), en cuyo caso es lo mismo que *pastor combatiente.* Ambas significaciones convienen adecuadamente a este santo, que alimentó con su doctrina a los hombres de la tierra, apacentó a su grey con la sustancia de su predicación, con el ejemplo de su conducta y con la ayuda de sus oraciones, y luchó contra el diablo. Las armas son de tres clases: defensivas, como el escudo; ofensivas, como la espada; preventivas, como la coraza y el casco. De todas ellas usó san Remigio en sus peleas con el demonio: como escudo empleó la fe; como espada, la palabra de Dios, y como yelmo, la esperanza. La historia de su vida fue escrita por Hincmaro, arzobispo de Reims.

El nacimiento del esclarecido doctor y glorioso confesor de Cristo san Remigio, fue previsto y anunciado por un ermitaño. Cuando los vándalos devastaban y sembraban de ruinas las tierras de Francia, un ángel del Señor visitó cierto día a un santo anacoreta que se había quedado ciego y oraba sin cesar pidiendo a Dios paz para la iglesia de las Galias y le dijo: «Has de saber que esa mujer que se llama Cilina tendrá un hijo, al que pondrá el nombre de Remigio; él librará a sus paisanos de sus actuales dominadores». El ermitaño, en cuanto recibió esta comunicación, fue a casa de Cilina y le refirió la aparición del ángel y lo que éste le había dicho. Cilina, que era ya vieja, se resistió a creer que ella pudiera, a su edad, tener hijo alguno. El santo anacoreta completó su vaticinio diciendo a la incrédula mujer:

—Cuando estés amamantando a tu hijo volveré; tu ungirás mis ojos con la leche de tus pechos y yo recobraré la vista.

Todo ocurrió tal y como el venerable eremita anunciara.

Años después, siendo Remigio adolescente, al enterarse de este episodio relacionado con su nacimiento, abandonó el mundo y se retiró a un eremitorio. Pronto, sin embargo, la fama de su nombre se extendió por la ciudad de Reims y toda su comarca, hasta el punto de que los fieles de esta diócesis, a pesar de que el joven ermitaño contaba solamente veintidós años de edad, unánimemente pidieron y consiguieron que fuese nombrado su arzobispo.

Su mansedumbre era tanta que los pájaros se posaban sobre su mesa y recibían de sus manos las migajas de pan que quedaban en los manteles.

En cierta ocasión una señora alojó al santo en su casa; enterado éste de que en aquella vivienda apenas había vino, bajó a la bodega, hizo la señal de la cruz sobre una de las tinajas, oró, y al momento la tinaja se llenó hasta el borde y de ella siguió fluyendo vino en tal abundancia que rebasó la capacidad de la vasija y se derramó por el pavimento.

Por aquel tiempo, el rey de Francia, Clodoveo, era todavía pagano a pesar de los esfuerzos que su cristianísima esposa venía haciendo para que abrazara la fe de Cristo. Un día, al enterarse de que los poderosos ejércitos de los alemanes venían a invadir sus tierras, oró al Dios de su mujer y prometió que se convertiría si lograba obtener la victoria sobre sus invasores. Como consiguió lo pedido, dispuesto a cumplir su promesa se presentó a Remigio y le propuso que lo bautizara. Al llegar al baptisterio el santo arzobispo comprobó que no había en él crisma para la unción; mas de pronto apareció en el recinto una paloma llevando en su pico una crismera de la que el prelado tomó el óleo necesario para ungir al catecúmeno. Esa crismera se conserva actualmente en la catedral de

Reims y con su crisma se unge a los reyes de Francia.

Una sobrina de san Remigio estaba casada con un hombre muy prestigioso, llamado Genebaldo. Al cabo de unos años de matrimonio, ambos esposos, de común acuerdo, decidieron separarse y consagrarse a Dios. Algún tiempo después de esta separación, san Remigio consagró obispo a Genebaldo. La antigua esposa de éste acudía frecuentemente al palacio episcopal del que fue su marido y mantenía con él largas conversaciones, a fin de aumentar su instrucción religiosa. A causa de tanta visita y de tanto coloquio, el ánimo del obispo fue inflamándose de concupiscencia, de tal modo, que tornó a las relaciones carnales con la que había sido su cónyuge y ésta quedó encinta y parió un hijo. Después del parto, la madre comunicó al padre de la criatura, es decir, al obispo Genebaldo, el resultado de aquellas relaciones. Este, que nada sabía hasta entonces de lo ocurrido, al recibir el recado quedó muy confuso, se arrepintió de su pecado e hizo saber a su antigua esposa que, puesto que aquel niño era fruto de un trato mutuo pecaminoso equivalente a un robo hecho por ambos al Señor, debería recibir en el bautismo el nombre de Ladrón. Genebaldo, para no levantar sospechas sobre lo acaecido, permitió que la madre del pequeño siguiera visitándole en su palacio, de vez en cuando. Reanudáronse, pues, las visitas, y pese a que el obispo había llorado mucho su pecado anterior, nuevamente cayó en él, con parecidas consecuencias, pues la mujer quedó preñada, parió una niña y comunicó el nacimiento al padre, quien acusó recibo de la noticia diciendo a su antigua esposa:

—Ponle de nombre Renarda, que significa zorra.

Tras de este segundo episodio, Genebaldo, profundamente arrepentido, fue a ver a san Remigio, se arrojó a sus pies y le refirió todo lo ocurrido entre él y la que fuera su mujer; seguidamente, quitándose de su cuello la estola, símbolo de su dignidad episcopal, pidió al santo arzobispo que lo degradase. Este lo escuchó en silencio, lo trató benignamente, intentó consolarle y dióle buenos consejos; pero se negó a aceptar su renuncia al oficio pastoral. No obstante, le impuso como penitencia que se recluyese durante siete años en una pequeña celda. Durante los siete años que Genebaldo permaneció recluido en su celda haciendo penitencia, el propio san Remigio se hizo cargo de la diócesis de Laón. La noche del Jueves Santo del año séptimo, estando Genebaldo en su celda haciendo oración, apareciósele un ángel del Señor y le dijo:

—Genebaldo, tus pecados ya están perdonados y suficientemente expiados. Sal de esta celda y vuelve a tu diócesis de Laón.

El penitente respondió al ángel:

—No puedo salir; el arzobispo Remigio, mi superior, ha cerrado y precintado la puerta por fuera.

El ángel le dijo:

—La puerta de esta celda se va a abrir ahora mismo, sin ruptura de sus precintos. Interpreta esto como un signo de que el cielo está también abierto para ti.

—En aquel mismo instante la celda se abrió. Genebaldo se acercó a la puerta, pero en vez de salir, colocóse junto a ella con los brazos en cruz y dijo al ángel:

—Aunque venga Nuestro Señor Jesucristo en persona no abandonaré esta reclusión hasta que el arzobispo, mi superior, que fue quien me ordenó que me encerrara aquí, no me diga expresamente que puedo salir.

Avisado por el ángel, san Remigio se presentó en la celda, sacó de ella a Genebaldo y le mandó que regresara a su diócesis de Laón, a la que, en efecto, regresó y gobernó santamente hasta su muerte. Cuando Genebaldo murió, sucedióle en el oficio episcopal su hijo Ladrón, que también fue santo.

San Remigio, ilustrísimo por sus virtudes, descansó en paz hacia el año 500 del Señor.

En este mismo día del 14 de enero, se celebra también la fiesta de san Hilario, obispo de Poitiers.

Capítulo XVII

SAN HILARIO

Tres cosas puede significar la palabra *Hilario,* porque tres son las posibles etimologías de este nombre; pero cualquiera de esas tres significaciones, y hasta las tres juntas, conviene perfectamente a este santo. Si Hilario proviene de *hílaris,* que quiere decir *alegre,* con alegría sirvió él al Señor; si deriva de *alarius,* que a su vez procede de *altus* (elevado) y de *ares* (fuerza), a gran altura se remontó con su ciencia, y robustas fueron sus virtudes; si proviene de *hyle,* vocablo griego con el que los filósofos designan algo tan sutil y profundo como la materia primordial

que subyace en el fondo de las cosas, sutil y profundo fue nuestro doctor en sus razonamientos.

Hilario, obispo de Poitiers, oriundo de la región de Aquitania, se destacó entre sus contemporáneos como se destaca el resplandor de un lucero entre la luz de las demás estrellas.

Su condición de esposo y padre, pues estuvo casado y tuvo una hija, no fue obstáculo para que en su casa viviera como un verdadero monje. Sobresalió tanto por sus virtudes y su ciencia que, siendo ya de edad avanzada, fue elegido obispo, y desde que inició su prelatura puso gran empeño en conservar la ortodoxia, no sólo en su diócesis, sino en toda Francia, y en defender la pureza de la doctrina contra las contaminaciones heréticas. Esto le acarreó la pena del destierro. En efecto, dos obispos que se habían pasado a la herejía trabajaron el ánimo del emperador, que apoyaba a los herejes, y consiguieron de él que dictara una orden de exilio contra Hilario y contra san Eusebio, obispo de Verceil.

El arrianismo había echado raíces en todas partes. Con autorización del emperador, los obispos reuníanse frecuentemente en asambleas para discutir cuestiones doctrinales. San Hilario, que solía asistir a ellas, defendía con tal elocuencia la ortodoxia de la Iglesia, que los dos prelados arrianos que habían maquinado y conseguido del emperador que lo desterrara, no pudiendo soportar la presencia del santo entre ellos, prefirieron que regresara a Poitiers y, presionando nuevamente sobre el ánimo del emperador, lograron que éste lo obligara a reintegrarse a su diócesis.

En el viaje de regreso el barco en el que él y otros pasajeros hacían la travesía tuvo que hacer escala en la isla Galinaria, muy a pesar de los marineros que siempre que podían evitaban acercarse a sus costas porque sabían que aquella tierra estaba llena de serpientes; mas en cuanto Hilario puso sus pies en el suelo de la mencionada isla, todos los reptiles huyeron. El santo avanzó caminando, hasta llegar al centro del islote; un vez allí, hincó una estaca y prohibió a las serpientes acercarse a la zona adyacente a la señal que acababa de hincar. A partir de aquel momento, ni entonces ni nunca jamás se vio ofidio alguno en la parte central de la isla, cual si ésta hubiese dejado de ser tierra y se hubiera convertido en mar.

Poco después de llegar a Poitiers resucitó a un niño que había muerto sin bautismo y lo resucitó con sus oraciones y de esta manera: postróse el santo en el suelo, dispuesto a no alzarse de él hasta que el pequeño difunto recobrase la vida. Cuando el muerto resucitó, levantóse Hilario; mejor dicho, levantáronse los dos: el niño, del féretro en que yacía, y el anciano, del pavimento de la sala en que estaba arrodillado.

La hija del venerable obispo san Hilario, que se llamaba Apia, un día manifestó a su padre que quería casarse. Este la disuadió de su propósito y la convenció para que renunciara al matrimonio y se consagrara a Dios haciendo voto de virginidad; pero, después de haber conseguido apartarla de su primer proyecto, el santo comenzó a turbarse, y dio en pensar que acaso algún día su hija se arrepintiera de haber optado por aquel género de vida y quisiera abandonarlo. Tan honda fue su preocupación y tan grande su temor de que esto pudiera ocurrir, que un día, aterrado con esta idea, pidió encarecidamente al Señor que se llevase con El a su hija. Dios accedió a la petición del santo obispo: sólo unas fechas después Apia falleció y su alma emigró al cielo. Su propio padre, con sus manos, cavó la sepultura y puso en ella el cuerpo de la difunta. La madre de Apia, que asistió a los funerales y al entierro, impresionada y conmovida suplicó a su esposo, el santo obispo, que pidiera a Dios la gracia de que le llevara también a ella a la bienaventuranza, con su hija. Hilario rezó por esta intención y, de allí a unos días, murió la madre de Apia.

Por ese mismo tiempo el papa León, interiormente simpatizante con el arrianismo, a instancias de los arrianos, convocó a todos los obispos, menos a Hilario, a un concilio; pero Hilario, a pesar de que no había sido convocado, acudió a la asam-

blea y llegó a ella cuando los demás estaban ya reunidos, e intentó entrar en el local en que la reunión se celebraba. El papa, que ocupaba la presidencia, al enterarse de que Hilario había llegado, de que estaba a la puerta y de que pretendía pasar a la sala, mandó a los presentes que no se movieran de sus asientos, y que si el intruso osaba presentarse en el salón, no le hicieran sitio entre ellos. A pesar de la oposición papal, Hilario entró en el recinto. El pontífice, al verlo, le preguntó:

—¿Eres, acaso, Hilario, el galo?

El respondió:

—No soy galo, pero pertenezco a la iglesia de las Galias. No soy galo, porque no he nacido en suelo galo; pero pertenezco a la iglesia de las Galias, porque soy obispo de Poitiers.

El Papa le replicó:

—Has de saber, que si tú eres Hilario, obispo de las Galias, yo soy León, juez único y jefe supremo y apostólico de la Iglesia Romana.

Hilario le contestó:

—Concedo que seas León, pero no el *«león de la tribu de Judá»*. Reconozco que estás sentado en ese trono y que te consideras juez; pero ¡ojo!, que ese trono no es el de la suprema majestad y justicia. Hay otro trono más alto que el tuyo y en él está sentado otro Juez superior a ti.

Al oír esto,el papa, airado, alzóse de su asiento, y en tono de indignación, dijo:

—Esperad todos un poco. Voy a salir de esta sala; es cosa de un instante; dentro de unos momentos regresaré.

Luego, dirigiéndose a Hilario, exclamó:

—En cuanto a ti, tan pronto como vuelva, te daremos tu merecido.

A esto repuso Hilario:

—Y si no vuelves, ¿quién se encargará de decirme lo que piensas hacer conmigo?

—No te preocupes, que volveré, respondióle el pontífice: volveré en seguida y rebajaré los humos de tu soberbia...

Mientras pronunciaba esta amenaza, salió el papa de la sala, apremiado por una necesidad urgente, y un instante después, cuando estaba evacuando su vientre, sufrió un ataque de disentería tan fuerte, que en la evacuación expulsó por el ano todos sus intestinos. De resultas de aquel accidente, entonces y allí mismo, con todas sus tripas fuera esparcidas por el suelo, cubierto de inmundicias, murió el desgraciado pontífice.

Cuando León abandonó el aula conciliar, con idea de volver al poco rato a la misma, Hilario, observando que nadie se movía para dejarle algún espacio en que sentarse, desde el medio de la sala, dijo:

—La tierra es del Señor. Y, al mismo tiempo que decía eso, se sentó en el suelo.

Nada más sentarse, el trozo de pavimento que ocupaba comenzó a elevarse hasta quedar a la altura de los sitiales que ocupaban los demás obispos.

Pasado un rato alguien entró en el aula comunicando que el papa había muerto y refiriéndo las circunstancias miserables en que su muerte había ocurrido. Oída la noticia, Hilario se puso en pie y comenzó a hablar a los reunidos, explicándoles la verdadera doctrina de la Iglesia sobre aquellas materias que en la asamblea pensaban tratar, y tras dejar a los obispos afianzados en la fe de Cristo, disolvióse la reunión.

Acerca de la historicidad de la muerte del papa León en las circunstancias dichas, cabe formular algunas reservas. Ni la *Historia Tripartita* ni la *Historia Eclesiástica* mencionan este episodio, ni en las listas cronológicas de los pontífices de ese tiempo figura ninguno que se llamara así. Además, la posibilidad de la existencia de un papa hereje se compagina mal con este texto de Jerónimo: «La santa Iglesia Romana, hasta ahora, ha permanecido siempre inmaculada, e inmaculada e impermeable a cualquier clase de contaminación herética permanecerá en el futuro». Sin embargo, tampoco hay razones suficientes para descartar que ese hecho pudiera haber ocurrido, y el silencio de la historia podría ser interpretado de una de estas dos maneras: que ese papa León, cuyo nombre no figura en la cronología oficial de ese tiempo, no fuese papa verdadero, sino un intruso que sin elección canónica, apoyado por su fuerza personal y la de sus partidarios, consiguiera hacerse pasar ante algunos por papa, sin serlo realmente; o bien que se tratase del papa Liberio, que acaso se llamase también León; hay personas que tienen dos o más nombres. De Liberio se sabe que apoyó al hereje Constantino.

San Hilario, después de haber obrado muchos milagros, debilitado por sus trabajos y edad, presintió que su vida se acababa. Convencido de ello, llamó a Leoncio, un presbítero al que amaba entrañablemente, y le encargó que saliera a la calle y permaneciera atento a lo que ocurriese en las cercanías de la casa, y que si notaba algo extraño acudiera prontamente a comunicarselo. Salió Leoncio

a la calle a cumplir el encargo de su obispo, y al cabo de un rato regresó para decir al prelado que había oído voces tumultuosas procedentes de uno de los barrios de la ciudad. Tras de esta información quedóse al lado del enfermo, sin osar apartarse de junto a su cama, porque temía que de un momento a otro el obispo pudiera expirar. Pero hacia la media noche san Hilario ordenó al sacerdote que saliese de nuevo a la calle y estuviese atento, como antes, a lo que en la ciudad ocurriera. Obedeció Leoncio, quien después de vagar durante algún rato por el exterior tornó a casa y manifestó al obispo que nada de especial había visto ni oído. Diciendo esto estaba el presbítero cuando, de pronto, quedó ofuscado por una intensísima e irresistible claridad que a manera de halo se formó alrededor del enfermo. Momentos después el misterioso resplandor comenzó a atenuarse lentamente y al fin se extinguió del todo; en el preciso instante en que la milagrosa luz desapareció, expiró el santo obispo.

San Hilario vivió en tiempos del emperador Constantino y murió hacia el año 340. La fecha de su fiesta coincide con la octava de la Epifanía.

En cierta ocasión, dos mercaderes que poseían en común una enorme masa de cera, hallábanse discutiendo entre sí, porque uno de ellos quería ofrendarla a san Hilario y el otro se oponía; de repente, la gran masa de cera se quebró y quedó dividida en dos partes iguales; una de ellas fue ofrecida por su dueño al santo, y de la otra se hizo cargo el propietario que se había negado a que la ofrenda se hiciera.

Capítulo XVIII

SAN MACARIO

Macario es palabra compuesta o de *macha* (ingenio) y de *ares* (fuerza), o de *macha* (percusión) y de *rio* (maestro). Todos estos conceptos convienen plenamente a este santo, que fue *ingenioso* para no dejarse sorprender por las argucias del diablo, *esforzado* en la virtud, *percusor* y castigador de su cuerpo y modelo de *maestros,* rectores y prelados. Macario significa también feliz.

En cierta ocasión, yendo el abad Macario de camino por el desierto, al llegar la noche se refugió en una sepultura donde estaban enterrados varios cuerpos de paganos, y al echarse a dormir, sobre el suelo, utilizó como almohada una de las momias que había en aquel sepulcro. Los demonios trataron de asustarlo y para conseguirlo comenzaron a hablar en voz alta. Uno de ellos, dirigiéndose a la momia que servía de cabezal a Macario, y dando a entender que pertenecía al cuerpo de una mujer difunta, dijo: «Levántate y ven a bañarte con nosotros». Otro diablo, desde dentro de la momia, contestó: «No puedo levantarme; tengo un peregrino encima de mí». Macario, lejos de asustarse, en tono festivo, y siguiendo la corriente a los demonios, dijo a la momia: «¡Anda! ¡Levántate si puedes y vete con ellos!» Los demonios, al oír esto, huyeron de allí diciendo a voces: «¡Señor! ¡Nos has vencido!».

Otra vez caminaba Macario hacia su celda y, al pasar junto a un pantano, salióle al encuentro Satanás, con una hoz en la mano, e intentó atacarle con aquel instrumento, pero como no consiguió hacerle daño, despechado se encaró con él y le dijo:

—Macario, eso de que no pueda vencerte, me está haciendo mucho daño. ¿Qué haces tú que no haga yo? ¿Ayunas? Más rigurosamente ayuno yo, que jamás como. ¿Pasas las noches en vela? En vela las paso yo, que no sé lo que es dormir. En realidad sólo me aventajas en una cosa.

—¿En qué?, preguntóle Macario.

—En humildad, contestó el diablo; y añadió: esa humildad es la causa de que no pueda vencerte.

Siendo joven, para dominar unas tentaciones que le traían desasosegado, llenó un gran saco con arena, lo cargó sobre sus hombros, y con el pesado fardo a cuestas anduvo de un lado a otro, por el desierto, durante varios días. En una de esas idas y venidas encontróse con él el anacoreta Teosebio y

le preguntó:

—Padre, ¿adónde vas con esa carga tan pesada?

—A abochornar a quien me abochorna, —respondióle el santo.

En otra ocasión el abad Macario vio a Satanás vestido con ropas semejantes a las de un hombre corriente, pero rotas, desflecadas y hechas harapos. De cada uno de los jirones en que estaban convertidas aquellas prendas, pendía un botellín.

—¿Adónde vas? —preguntó el abad al disfrazado demonio.

—A dar de beber a los religiosos, le contestó.

El santo hízole una nueva pregunta:

—¿Por qué llevas tantos frascos?

El diablo le respondió:

—Porque los necesito. Cada uno contiene un licor diferente. Yo procedo con los ermitaños de la siguiente manera: me acerco a uno de ellos, le brindo de beber con uno de estos botellines; lo prueba; si no le gusta y lo rechaza le ofrezco otro y si, tras de catarlo u olerlo, lo rechaza también, echo mano de un tercer frasco y de cuantos hagan falta, hasta que el contenido de alguno de ellos resulte de su gusto.

El demonio continuó su camino y, cuando volvía de regreso, encontróse de nuevo con Macario, quien con cierta sorna le preguntó:

—¿Qué tal resultó el experimento?

El diablo, enojado, le contestó:

—Todos son santos. Ninguno ha querido probar mis licores, a excepción de Teotisto. Ese sí aceptó, y probó una de mis bebidas.

Macario dejó al demonio y salió corriendo en dirección a la celda de Teotisto: hallólo en ella, le habló y consiguió convencerle de que jamás, si se presentaba de nuevo el forastero de los botellines, debería aceptar su invitación a beber.

Pasados algunos días, otra vez encontró el abad al demonio con la misma facha y los mismos frascos que en la ocasión anterior.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—A llevar de beber a los ermitaños, —respondióle Satanás.

Macario quedóse allí esperando a que el diablo regresara, y cuando regresó le abordó y le dijo:

—¿Cómo has encontrado a los anacoretas?

—Mal, —contestó el demonio.

—Pues, ¿qué pasa? —inquirió el abad.

—Que todos son santos, todos, incluso el que hasta hace poco era amigo mío. Ya no lo es; ahora supera en santidad a los otros.

Eso fue lo que le contestó Satanás, y Macario, al oír esta respuesta, dio gracias a Dios.

Otro día san Macario encontró una calavera, la tomó en sus manos, oró y le preguntó:

—Dime, calavera: Cuando fuiste cabeza humana, ¿a quién perteneciste?

La calavera respondió:

—A un hombre pagano.

Seguidamente, entre Macario y la calavera se estableció el siguiente diálogo:

—¿Dónde está tu alma? —preguntóle el santo.

—En el infierno, —respondió ella.

—¿En qué parte del infierno? ¿Hacia arriba? ¿Hacia el medio? ¿En lo más profundo?

—En lo más profundo no; pero sí hacia el fondo y tan hacia el fondo, que desde donde está hasta la superficie del averno hay más distancia que entre la tierra y el cielo.

—¿Hay algunas otras almas más abajo que la tuya?

—Sí, las de los judíos.

—Y por debajo de los judíos ¿hay algunas otras?

—Si las de los malos cristianos, porque durante su vida despreciaron la sangre de Cristo con que fueron redimidos.

En cierta ocasión, por razón de su oficio, vióse precisado el santo abad a hacer una incursión por un lugar del desierto tan intrincado, que era sumamente difícil mantener la orientación, y para acertar a salir de aquella espesura, a medida que anvanzaba por ella iba clavando en el suelo, de trecho en trecho, una caña. Nueve días tardó en llegar a su destino, y cuando al fin llegó hallábase tan extenuado que se tendió sobre la tierra para dormir y descansar. Durmióse, en efecto, y al despertar vio que allí mismo, junto a su cabeza, remitidas en un haz, estaban todas la cañas que él había hincado en la tierra para señalizar el camino del regreso. El diablo le había hecho la trastada de arrancarlas todas, una tras otra y, para mayor escarnio, mientras dormía, las dejó amontonadas a su vera. Debido a esto, el santo pasó grandes trabajos para salir de la espesura cuando tuvo que regresar a su celda.

Uno de los ermitaños vivía muy atormentado por la idea de que había hecho mal en retirarse al desierto. «Si estuviera en el mundo», pensaba, «podría ser útil al prójimo, pero en esta soledad mi vida y mis actos no aprovechan a nadie». Su obsesión llegó a tal extremo que, decidido a abandonar el yermo, fue a ver a san Macario y le comunicó su propósito de volverse a su casa y los motivos por

los que lo hacía. El abad oyó al anacoreta, y cuando éste terminó de hablar de dijo:

—Hijo mío, regresa a tu ermita, y cuando los demonios traten de torturarte con estos pensamientos, respóndeles con estas palabras: «¿Cómo que aquí no estoy haciendo nada? Estoy haciendo algo muy importante, puesto que por amor a Jesucristo vivo en permanente guardia dentro de las paredes de esta celda».

Una vez, el santo abad, de un manotazo mató un tábano que le estaba molestando con sus picaduras, pero al ver la sangre que brotó del aplastado moscardón sintió remordimientos de haber tomado la justicia por su mano y para castigar su propia intemperancia permaneció durante seis meses completamente desnudo, con sus carnes a disposición de todos los insectos que quisieran cebarse en ellas. A consecuencia de esta dura penitencia que a sí mismo se impuso, su cuerpo quedó enteramente lacerado por las constantes picaduras de los innumerables bichos del desierto.

San Macario, después de una vida rica en austeridad y virtudes, descansó en la paz del Señor.

Capítulo XIX

SAN FÉLIX

No sabemos por qué a este santo se le da el sobrenombre de «in Pincis»; cabe, sin embargo, suponer que esto se deba, bien al lugar en que su cuerpo fue sepultado, o tal vez a los instrumentos punzantes con que le torturaron; porque *in Pincis* acaso derive de *pinca,* que significa lesna y cincel, y con instrumentos de esta naturaleza lo acribillaron. Acerca de él se dice lo siguiente: que fue maestro de primeras letras; que en el ejercicio de su profesión mostrábase muy severo y riguroso con los niños que acudían a su escuela; que al enterarse los paganos de que era cristiano y de que hacía propaganda de la doctrina de Cristo, se apoderaron de él, lo maniataron y lo entregaron indefenso a sus alumnos y que éstos, para desquitarse de los castigos que de él habían recibido, comenzaron a pincharle con lesnas y con los punzones que usaban para escribir, y que de tal manera se ensañaron con su maestro, que no dejaron de punzarle hasta que advirtieron que lo habían matado. Esto es lo que se cuenta. La Iglesia, sin embargo, no ha incluido el nombre de este santo en el catálogo de los mártires, sino en el de los confesores.

También se dice que cuantas veces los paganos llevaron a san Félix ante las imágenes de los ídolos, en vez de adorarlas, soplaba sobre ellas, y al instante caían de sus pedestales hechas añicos.

He aquí lo que sabemos acerca de su vida, tal como la hemos hallado referida en un antiguo relato:

Máximo, obispo de Nola, huyendo de los paganos que lo perseguían, aterido de frío y extenuado de hambre, cayó al suelo. Un ángel envióle en su socorro a Félix. Cuando éste llegó a donde estaba el prelado, advirtió que el venerable obispo se moría de inanición y que necesitaba urgentemente ser reconfortado con algún alimento. La circunstancia era grave, porque él en aquel momento y en aquella soledad no tenía nada que darle. De pronto, Félix vio cerca de allí colgado de un espino, un racimo de uvas; lo cortó, exprimiólo sobre la boca del moribundo y con su zumo consiguió reanimarle un poquito; luego cargó al enfermo sobre sus hombros y se lo llevó consigo a su casa en donde lo atendió solícitamente. Merced a estos cuidados Máximo se recuperó. Cuando algunos años después este prelado falleció, Félix fue nombrado obispo de Nola.

También él fue perseguido por predicar la religión cristiana. En cierta ocasión, huyendo de sus perseguidores, se refugió en una especie de gruta formada por los cascotes de un edificio en ruinas; apenas se hubo acurrucado en aquel escondrijo, Dios acudió en su ayuda mediante el concurso de unas arañas que rápidamente tejieron una tela de hilos polvorientos y taparon la entrada de la covacha. Al poco rato llegaron hasta allí quienes le andaban buscando, mas al ver la tupida telaraña que había en la boca de la gruta, juzgaron que el que buscaban no podía estar escondido en aquel agujero y se marcharon.

Posteriormente, Félix se ocultó en casa de una

viuda. Tres meses permaneció en el domicilio de su protectora, y durante todo ese tiempo, a pesar de que diariamente la buena mujer servíale la comida, jamás fijó sus ojos en la cara de ella.

Terminada la persecución contra la Iglesia, el santo obispo regresó a su sede de Nola y en ella permaneció hasta su muerte. Su cuerpo fue sepultado en las afueras de la ciudad, en un lugar denominado Pincis, según suponen algunos.

De este santo se dice también que tuvo un hermano llamado como él, Félix, del cual se cuenta que en cierta ocasión, como trataron de llevarlo los infieles a un templo pagano para que ofreciera sacrificios en honor de los ídolos, dijo a quienes intentaban corromperlo: «Os portáis como verdaderos enemigos de vuestros dioses. ¿No sabéis que si me conducís ante sus imágenes haré lo que hacía mi hermano, soplaré sobre ellas y las destruiré con mi aliento?».

He aquí algunas otras cosas más de las varias que se atribuyen a san Félix:

Junto a su casa tenía el santo obispo un huerto en el que había sembrado algunas legumbres. Una tarde, al obscurecer, unos vecinos saltaron las tapias, entraron en el huerto y se pasaron la noche entera trabajando para mejorar el cultivo y conseguir una cosecha más abundante y de mejor calidad con la idea de repetir la operación otras noches y de robar, finalmente, el fruto cuando estuviere en sazón. La mañana siguiente a la primera noche de trabajo, al amanecer, san Félix, procurando no ser visto, bajó al huerto y se presentó de repente ante los afanosos cultivadores dándoles los buenos días. Los futuros ladrones, al verse sorprendidos, confesaron al obispo su pecado, y confusos y avergonzados se marcharon a sus casas.

En otra ocasión un grupo de paganos se acercaron al santo con ánimo de prenderle, mas cuando trataron de hacerlo sintieron repentinamente un dolor tan terrible en sus manos que, sin poder evitarlo, comenzaron a dar gritos y a prorrumpir en clamores que semejaban aullidos. Prometióles san Félix que si decían «Jesucristo es Dios» inmediatamente se verían libres de sus dolores. En efecto, en cuanto confesaron la divinidad del Señor quedaron sanos.

Un día se presentó ante el santo obispo el pontífice de los ídolos y le dijo:

—Señor, voy a contarte lo que me ha ocurrido. Estaba yo ante la imagen de mi dios; tú pasabas por allí cerca; la estatua, al sentir que te aproximabas, descendió de su pedestal y echó a correr. Entonces yo le pregunté: ¿Por qué haces esto? Y me respondió: porque no puedo soportar la presencia de ese hombre, que es muy poderoso. A raíz de este hecho he comenzado a pensar que si mi dios te teme, con mayor motivo deberé temerte yo.

Félix instruyó en la verdadera fe al pontífice de los ídolos, lo convirtió y lo bautizó.

Otra vez ocurrió lo siguiente: presentóse san Félix ante un grupo de adoradores de Apolo; llevaba el santo escondido en su mano un trocito de pergamino muy doblado, en el que estaba escrito el *Padre Nuestro.*

—Vosotros, —les dijo—, adoráis a Apolo y lo tenéis por Dios. Pues bien, si efectivamente es Dios, que diga vuestro ídolo qué es lo que escondo en esta mano.

Como Apolo no respondió, todos aquellos servidores suyos dejaron de serlo y se convirtieron al cristianismo.

Finalmente, se dice que, estando un día el santo obispo celebrando misa, al terminar de celebrarla, tras de bendecir al pueblo, se postró de rodillas ante el altar, oró unos momentos y seguidamente, allí mismo, arrodillado, falleció.

Capítulo XX

SAN MARCELO

Dos son los posibles significados del nombre de Marcelo: si esta palabra deriva de *malum* (mal) y de *arceo* (alejar), quiere decir *represor del mal* o alejador del mal; pero si proviene de *mare* (mar) y de *percello* (abatir, dominar), significa *sosegador del mar,* o sea, superador de las frecuen-

tes adversidades de este mundo, porque el mundo es algo muy parecido al mar. El Crisóstomo, en sus comentarios sobre san Mateo, escribe: «Decir mar, es lo mismo que decir fuente de confusos ruidos, motivo constante de temor, imagen de la muerte, movimiento incesante de olas y permanente agitación».

Siendo Marcelo sumo pontífice de la Iglesia, increpó en varias ocasiones al emperador Maximiano por la crueldad con que perseguía a los seguidores de Cristo.

Este santo papa erigió y consagró un templo en la casa de una noble señora, y un día, cuando estaba celebrando misa en dicha iglesia, presentáronse ante él unos emisarios imperiales diciéndole que, desde aquel mismo momento, aquel lugar quedaba convertido en cuadra para animales y él en mozo de establo, cuyo oficio consistiría en cuidar debidamente de las bestias que allí pensaban alojar. Y en efecto, obligado por el emperador, san Marcelo, desde aquella fecha hasta el final de su vida, desempeñó el oficio de mozo de cuadra. Su muerte ocurrió hacia el año 287 de la era cristiana.

Capítulo XXI

SAN ANTONIO

De *ana* (arriba) y de *tenens* (teniente, tenedor o el que tiene algo), deriva la palabra *Antonio* que significa *tener o poseer cosas de alto valor;* nombre acertado para este santo, que despreció los bienes de este mundo y disfrutó de los celestiales. ¡Cuán rectamente obró al alejarse de las riquezas y satisfacciones mundanas, que son sucias, inestables, efímeras, decepcionantes y amargas! Con razón escribe Agustín: «¡Oh mundo inmundo! ¿Cómo, siendo pasajero, pretendes retenernos en tus redes? ¿Qué harías si fueras permanente? Si siendo, como eres, amargo, te atreves a prometernos engañosas dulzuras, ¿qué no harías para embaucarnos si fueras dulce?

La vida de san Antonio la escribió san Atanasio.

1. Veinte años tenía Antonio cuando oyó leer en la iglesia este pasaje: «*Si quieres ser perfecto, vende tus bienes y reparte entre los pobres el dinero que obtengas de la venta*» y, sin vacilar, inmediatamente vendió toda su hacienda, distribuyó entre los menesterosos el precio obtenido y se retiró al desierto para hacer vida eremítica, teniendo que soportar a lo largo de toda ella innumerables tentaciones de los demonios.

En cierta ocasión, al iniciar su nueva existencia de anacoreta, se vio fuertemente asediado por deseos de fornicación. Luchó contra tales apetitos, rezó y pidió a Dios que le permitiera ver con sus propios ojos al diablo que tentaba a los jóvenes con estas cosas. Tan pronto como con el recurso de su fe logró superar aquella prueba, un demonio, en forma de niño negro, se presentó ante él, se postró a sus pies y le dijo:

—Yo soy ese a quien acabas de vencer.

San Antonio comentó en voz alta:

—¡Qué poca cosa eres! Me alegro de haberte visto, porque en adelante jamás temeré tus acometidas.

Otra vez, estando recluido en una gruta sepulcral a la que se había retirado por una temporada para hacer penitencia, una turba de diablos lo apalearon hasta dejarle sin sentido y medio muerto. Por muerto lo tuvo el religioso que venía de vez en cuando a traerle algo de comida; y, en efecto, creyéndolo muerto, lo cargó en sus hombros, lo sacó de la gruta y lo llevó al monasterio para hacerle sufragios y darle sepultura; mas cuando los monjes, llorando, velaban su cuerpo, san Antonio revivió y se hizo conducir de nuevo a la cueva de sus penitencias. Una vez allí, tendido en el suelo, aquejado de terribles dolores y sin poder moverse, tuvo, sin embargo, ánimos para desafiar a los demonios, que aceptaron su reto, comparecieron en forma de diferentes fieras y empezaron a atacarle y lo hicieron de tal manera que, entre todos, unos a base de dentelladas y mordiscos, otros con zarpazos, otros con cornadas, lo dejaron cruelísimamente lacerado; pero de repente la lobreguez de la cueva se iluminó con una vivísima y milagrosa luz que puso en fuga a los diablos e hizo desaparecer todas las heridas del cuerpo del santo.

Entendió éste que aquella misteriosa claridad constituía una señal de la presencia de Cristo y dirigiéndose a El le dijo:

—¿Dónde estabas, buen Jesús? ¿Dónde estabas? ¿Por qué no viniste antes, al principio, para ayudarme, o al poco de que empezaran a maltratarme, para curar mis heridas?

El Señor le respondió:

—Pero, ¿qué dices, Antonio? ¡Si yo he estado aquí desde el primer momento y he presenciado el combate! No intervine en tu favor declaradamente, porque quise comprobar tu fe y fortaleza. Como luchaste valerosamente y venciste, haré que tu nombre se mencione y alabe en toda la tierra.

Fue Antonio hombre de tan extremado valor y de fe tan grande, que en tiempos de la persecución contra los cristianos promovida por el emperador Maximiano, lejos de huir, iba en pos de los mártires, ansioso de compartir su suerte, y cuando estos eran ejecutados quedaba triste porque no le habían martirizado también a él.

2. Caminando una vez por el desierto en busca de un lugar más retirado, encontró una bandeja de plata. Ante tal hallazgo, se preguntaba: ¿Cómo se explica que haya podido toparme aquí con este objeto, si en toda esta comarca no hay huella alguna de seres humanos? En el supuesto de que algún viajero hubiese perdido esta bandeja, la habría echado de menos y buscado y halládola en seguida, porque es de gran tamaño y fácilmente se divisa desde lejos. Mas de pronto cayó en la cuenta y, hablando consigo mismo, se dijo:

—¡Ah, diablo! Esto es una estratagema tuya; pero no me engañarás ni lograrás cambiar con tu voluntad la mía.

Apenas hubo dicho esto, la bandeja desapareció. El siguió caminando, y al cabo de un rato vio delante de sus pies un montón de oro, dio un pequeño rodeo para no tocarlo y, como si huyera de un incendio, apresuró el paso y continuó andando hasta llegar a la montaña hacia la que se dirigía; en aquel lugar se quedó y allí vivió veinte años, durante los cuales realizó innumerables milagros.

Un día, estando en oración, entró en éxtasis, vio al mundo entero en forma de inmensa maraña de hilos enredados y exclamó:

—¿Quién podrá desenredar esto?

De pronto, oyó una voz que contestaba a su pregunta y decía:

—La humildad.

Otra vez, estando también en oración, comenzó a elevarse del suelo y a avanzar hacia la altura sostenido por los ángeles; mas al poco rato saliéronle al encuentro unos demonios y trataron de cortarle el paso, echándole en cara los pecados que había cometido desde el día de su nacimiento. Los ángeles, empero, mandaron callar a los demonios y les dijeron:

—No os molestéis en recordar estas cosas; todo eso está ya borrado por la piedad de Cristo. Si conocéis alguna falta que haya podido cometer desde que se hizo monje, denunciadla.

Como los diablos no pudieron señalar ni una siquiera, inmediatamente se retiraron y dejaron el camino expedito. Antonio, pues, siguió subiendo hacia las alturas, y por donde ascendió descendió después nuevamente hasta el suelo.

3. «En cierta ocasión», dice el propio san Antonio, «se me acercó un diablo de enorme corpulencia y, presumiendo de que representaba la providencia y el poder de Dios, me preguntó: Antonio, ¿qué quieres que te dé? Yo le escupí repetidas veces en su cara, invoqué el nombre de Cristo e hice ademán de arrojarme sobre él que, al ver mis intenciones, instantáneamente desapareció».

En otra ocasión vio también al demonio en figura de un hombre descomunal, tan alto de estatura que con su cabeza parecía tocar la bóveda del firmamento.

Antonio, al ver al imponente gigante aquel, le preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy Satanás, —le respondió el coloso—, y quiero que me digas por qué los monjes me aborrecen tanto y los cristianos me maldicen.

El santo contestó:

—Porque ese es el trato que mereces, ya que no dejas de molestar a unos y a otros con tus insidias.

El demonio replicó:

—Eso no es veradad. Yo no molesto a nadie; son ellos, los hombres, quienes entre sí mutuamente se zahieren. Yo, desde que Cristo reina en todas partes, ni nada valgo ni nada puedo.

Otro día, estando san Antonio recreándose con un grupo de monjes, acercóse a ellos un arquero y les hizo saber que toda aquella alegría le producía escándalo. El santo entonces dijo al escandalizado arquero:

—Pon una flecha en tu arco y dispara tu arma.

Hízolo así el arquero.

—Pon otra, y dispara de nuevo, —rogóle el abad.

A ruegos de Antonio, el arquero disparó varias veces; mas después de haber arrojado al aire varias flechas, recogió su arma y dijo:

—No tiro más, porque si sigo haciéndolo se me estropeará el arco.

—¡Ah!, repuso Antonio. ¿Con que tu arco se estropearía? Pues eso mismo puede ocurrirnos a los que estamos consagrados al oficio de la contemplación. También nosotros nos averiaríamos si permaneciésemos en tensión constante. Por eso nos conviene de vez en cuando hacer un alto en nuestras prácticas de penitencia y expansionar el ánimo.

El arquero mostróse de acuerdo y retiróse de allí edificado.

4. Una vez alguien preguntó a Antonio:

—¿Qué debo hacer para agradar al Señor?

El santo le contestó:

—Esto: a dondequierea que vayas, ten siempre presente a Dios ante los ojos de tu alma; procura que todos tus actos se ajusten a los preceptos de las Escrituras Sagradas y, si te instalas en un lugar o emprendes algún oficio, antes de abandonarlos piensa mucho lo que vas a hacer. Atente a estas tres consignas y te salvarás.

Un abad dijo a san Antonio:

—Dame algunos consejos para desempeñar acertadamente mi cargo.

—Tres voy a darte, le respondió el santo. Primero: no confíes demasiado en tu sentido acerca de la justicia; segundo: domina tu lengua y tu estómago; tercero: olvida las cosas ya pasadas.

De san Antonio son también las siguientes sentencias:

«Los peces mueren si permanecen durante cierto tiempo fuera del agua. Algo parecido les ocurre a los monjes: si vagan fuera de sus celdas, frecuentando sin necesidad el trato con los seglares, no tardarán en perder el sentido de su vocación y el gusto por el retiro».

«El religioso que vive en soledad se libra de tres enemigos: del oído, de la palabra y de la vista; y sólo tendrá que luchar contra uno: contra su propio corazón.»

5. Un grupo de monjes, acompañados de su abad, que era ya anciano, fueron en cierta ocasión a visitar a san Antonio, quien, tras de saludar a sus visitantes les dijo:

—Hermanos, a vosotros os felicito por tener por abad a este anciano, y a ti, abad, te doy la enhorabuena, por tener por hijos a estos religiosos.

El abad le contestó:

—En efecto, estos monjes son buenos, pero viven en casas sin puertas, y, debido a ello, cada cual, cuando quiere, sale de la suya, se va al establo y desata al asno.

Con esta metáfora quiso el anciano dar a entender que aquellos religiosos, aunque buenos de suyo, tenían poca discreción, hablaban sin pensar en lo que decían, y soltaban por la boca cuanto sentían en su interior.

De san Antonio es también esta sentencia:

«Tres clases de movimientos o apetitos se dan en nosotros: unos naturales, derivados de nuestra connatural manera de ser; otros, originados por el exceso de la comida y bebida, y otros desencadenados por el demonio».

Entre los religiosos de aquel desierto, uno de ellos, aunque había renunciado al mundo, conservaba en su poder algunas cosas que trajera de su casa y carecía de suficiente voluntad para desprenderse de ellas. Un día san Antonio le dijo:

—Ve a la ciudad y compra un poco de carne.

El monje obedeció, y cuando regresaba al desierto, vióse acosado por una manada de perros que pretendían arrebatarle la carne que traía consigo. Al llegar al monasterio refirió al santo lo que le había ocurrido, y este comentó con él:

—Te asaltaron los perros y pudieron despedazarte. Lo mismo hacen los demonios con quienes pretenden consagrarse a Dios sin desprenderse de los bienes temporales. Mientras conserves contigo lo que trajiste de tu casa, estarás expuesto a que los diablos te despedacen.

Estando el santo en el desierto, en cierta ocasión durante siete días pasó por una crisis de desaliento; en su empeño por superarla, oró a Dios diciéndole: «Señor quiero vencer este tedio, pero no puedo; mis pensamientos son más fuertes que mis deseos». Al poco rato salió de la celda y vio a un individuo que alternativamente se sentaba y emprendía un trabajo manual; interrumpía su quehacer, se levantaba y oraba; era un ángel del cielo que, después de haber pasado varias veces de una actividad a otra, se acercó a Antonio y le dijo: «¿Ves cómo procedo yo? Haz tú lo mismo y comprobarás que es un buen sistema para vencer las tentaciones de abatimiento».

Un día, hablando con los monjes, planteáronle éstos algunas cuestiones relacionadas con la vida

de perfección. Aquella misma noche, cuando el santo estaba durmiendo, una voz misteriosa le despertó y le dijo: «Levántate, sal de tu celda y verás algo interesante». Levantóse Antonio, salió de su celda y vio lo siguiente: a cierta distancia de donde él estaba había un hombre gigantesco de aspecto horrible y de tan colosal estatura que su cabeza llegaba hasta las nubes; aquel sujeto descomunal, con sus brazos extendidos, trataba de impedir que un grupo de almas humanas, dotadas de alas, volasen hacia el cielo; algunas de aquellas almas, ante la obstrucción del gigante, se desviaron de la trayectoria que seguían; otras, en cambio, con agilísimo vuelo esquivaron al monstruo, quien bramando de indignación tuvo que aceptar su propia derrota mientras las veía subir cantando, regocijadas, y conquistar cada vez alturas mayores. San Antonio comprendió al instante el significado de aquella visión: el gigantesco monstruo representaba al demonio en actitud de tender asechanzas a los hombres; las dos clases de almas simbolizaban respectivamente a las personas que se dejan sorprender y caen en las redes diabólicas y a las que no se dejan engañar por los ardides del enemigo; y los rugidos de indignación proferidos por el monstruoso gigante correspondían a la rabia que experimenta Satanás cuando sus tentaciones fracasan.

Otra vez, hallándose trabajando en compañía de algunos monjes, al levantar sus ojos hacia el cielo vio algo que le produjo honda tristeza; acto seguido postróse de rodillas y pidió al Señor que evitara aquel horrendo crimen que según la visión que acababa de tener iba a cometerse de un momento a otro. Los monjes, intrigados, rogáronle que les manifestara lo que hubiera visto. Antonio, sollozando y derramando abundantes lágrimas, les declaró:

—Está a punto de perpetrarse el delito más horrible de cuantos hasta el presente se hayan cometido en el mundo. He aquí lo que he visto: una manada de caballos se lanzaba contra el altar de Dios, lo destrozaba a coces y lo pisoteaba con sus pezuñas. El Señor me ha dado a entender el significado de esta visión: un ejército de hombres funestos, actuando como caballerías, atropellarán la fe católica y destrozarán la doctrina y los sacramentos de la Iglesia. «Profanarán mi altar con sus abominaciones», me decía Dios, mientras yo veía estas horribles cosas.

Dos años después, en efecto, los arrianos rompieron la unidad de la Iglesia, profanaron los templos y los baptisterios y degollaron a los cristianos sobre los altares, como los carniceros degüellan las ovejas en los mataderos.

6. Balaquio, un jerifalte egipcio perteneciente a la secta arriana, comenzó a perseguir a las vírgenes consagradas a Dios y a afrentar a los monjes; cuando conseguía capturar a alguno de éstos, hacíalo comparecer completamente desnudo en presencia del público, y delante de las multitudes torturábalo con azotes y latigazos. Cuando san Antonio se enteró, intentó salir al paso de semejante infamia y escribió al infernal verdugo Balaquio una carta en la que le decía: «La ira de Dios viene sobre ti; si no dejas de perseguir a los cristianos incurrirás en la indignación divina y pagarás muy pronto con tu vida estos atroces delitos». El desgraciado Balaquio leyó la carta y entre risotadas y maldiciones la arrojó al suelo y la pisoteó; después maltrató cuanto quiso a quienes la habían traído, y por último les ordenó que llevaran a Antonio otro escrito en el que decía: «Puesto que tanto te preocupas de los monjes, quiero que sepas que yo también me preocupo de ti; también tú, muy pronto, conocerás el trato riguroso que te tengo reservado». Ocho días después de este episodio, Balaquio murió miserablemente. No habían transcurrido más de cinco, desde que enviaran sus amenazas a Antonio, cuando yendo montado en su caballo, que era mansísimo, éste le dio un mordisco, lo arrojó al suelo, lo acoceó y a dentelladas le destrozó las piernas; y lo dejó tan mal parado que tres fechas más tarde, a consecuencia del accidente, expiró.

—Dinos algo provechoso para nuestra salvación, —propusieron unos monjes a Antonio.

Este les contestó:

—Os diré lo que el Señor ha dicho: *«Si alguien os golpea en una mejilla, ofrecedle la otra».*

—Eso no podemos cumplirlo, —comentaron ellos.

El santo les replicó:

—Si no sois capaces de presentar el otro carrillo a quien os abofetea, soportad al menos pacientemente el golpe recibido.

Los monjes insistieron:

—Tampoco podremos cumplir eso.

Antonio les dijo:

—En ese caso, procurad preferir ser golpeados a golpear.

—Ni siquiera de eso somos capaces, —declararon los religiosos.

Entonces Antonio dijo a uno de ellos:

—Anda, ve a la despensa, trae unos dulces y sírveselos a estos monjes tan delicados.

Luego, dirigiéndose a los otros, añadió:

—Os falta espíritu y estáis poco entregados a la práctica de la oración.

Todas estas cosas están tomadas del libro titulado *Vidas de los Padres.*

Un día san Antonio, a sus 105 años de edad, tras de despedirse de sus discípulos con el ósculo de la paz, descansó en el Señor, en tiempos del emperador Constantino, que comenzó a reinar hacia el año 340 de la era cristiana.

Capítulo XXII

SAN FABIÁN

Con tres tipos de herramientas fabricóse una morada en la eterna bienaventuranza; o, lo que es lo mismo, por tres títulos mereció este santo entrar en el cielo: por derecho de adopción, por derecho de compra y por derecho de conquista.

Fabián fue un ciudadano romano. Muerto el papa, y hallándose el pueblo reunido para proceder a la elección de su sucesor, sobre la cabeza de Fabián, que se hallaba entre la multitud contemplando el espectáculo, posóse una paloma blanca. Los concurrentes interpretaron el hecho como un signo divino y entre grandes aclamaciones eligiéronle a él para que ocupara el puesto del pontífice fallecido.

Dice el papa san Dámaso que san Fabián envió por todas las regiones cristianas a siete diáconos y a siete subdiáconos con el encargo de que recogiesen cuantos datos pudieran hallar en relación con las gestas de los mártires.

Por Haymón sabemos que este santo pontífice se opuso valientemente a las pretensiones del emperador Felipe, que quería asistir a los cultos de la vigilia pascual y tomar parte en los misterios que la Iglesia celebra en esa noche. Según este autor, el santo dijo a Felipe que no le permitiría entrar en el templo ni participar en ningún acto litúrgico mientras no confesara sus pecados y cumpliera las penitencias que se le impusieran.

Trece años rigió san Fabián la Iglesia de Dios. Hacia el 253 de la era cristiana recibió la palma del martirio muriendo decapitado por orden de Decio.

Capítulo XXIII

SAN SEBASTIÁN

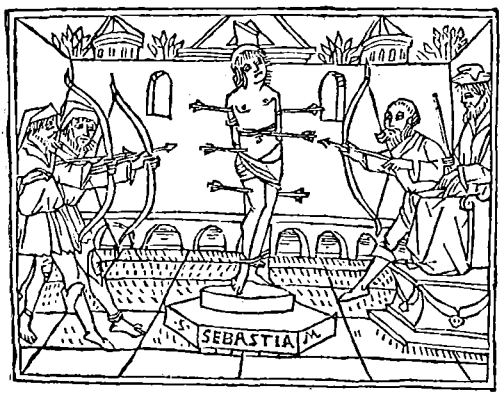
La palabra Sebastián puede significar muchas cosas con arreglo a su etimología. La forma latina de este nombre es la de *Sebastianus.* Pues bien, si suponemos que *Sebastianus* es un vocablo compuesto de *sequens* (siguiente), *beatitudo* (felicidad), *astin* (ciudad) y *ana* (arriba), quiere decir, «el que consigue la felicidad de vivir en la ciudad que está encima», o sea, el que ha conquistado la gloria eterna. Con cinco monedas, dice Agustín, adquirió San Sebastián las cinco características de la bienaventuranza: con su pobreza mereció el reino; con su dolor, el gozo; con sus trabajos, el descanso; con sus ingnominias, la gloria; con su muerte, la vida eterna.

Pero Sebastián o Sebastianus, puede derivar de *basto* (silla de cabalgadura). Esto cuadra muy bien con lo que fue la vida de este santo, porque San Sebastián a lo largo de su existencia se asemejó a una de esas sillas colocada sobre el caballo de la Iglesia para que sirviera de asiento al caballero Jesucristo, que asentado sobre este santo, cuyo martirio fue más doloroso que el de otros muchos mártires, y peleando sobre los lomos del caballo de la Iglesia, obtuvo una insigne victoria.

Si suponemos que este nombre procede de *sebe* (seto, cercado o valladar que rodea y delimita un terreno), tenemos una adecuada descripción de la vida y muerte de este mártir, que a lo largo de su existencia permaneció cerca de los mártires, rodeándolos, prodigándoles consuelos, infundiéndoles ánimo y exhortándolos a la fortaleza; y cuando él, a su vez, fue martirizado, los verdugos dejaron su cuerpo como el de los erizos, cuajado de flechas.

1. Sebastián, oriundo de Narbona y avecindado en Milán, se comportó en todo momento como

fidelísimo cristiano. Diocleciano y Maximiano lo distinguieron con su amistad, y lo estimaron tanto que uno y otro lo mantuvieron al frente de la primera cohorte, cuyo oficio consistía en dar escolta a los emperadores. Si lo honraron con un cargo de tanta responsabilidad fue por la confianza que en él tenían y por el deseo de gozar frecuentemente



de su presencia y conversación. Él, en cambio, al alistarse en la milicia buscó única y exclusivamente la posibilidad de confortar a los cristianos, expuestos a desfallecer en su fe en medio de las persecuciones a que se veían sometidos. Con su ayuda moral evitó muchas defecciones. Recordemos, por vía de ejemplo, este caso:

Marco y Marceliano, hermanos gemelos y hombres de gran prestigio entre sus conciudadanos, fueron condenados a muerte por profesar la religión cristiana. Momentos antes de que fueran degollados, cuando ya estaban situados en el patíbulo, llegaron sus más inmediatos parientes abriéndose paso entre la multitud que llenaba la plaza en que iban a ser ejecutados, dispuestos, como fuera, a hacerles renegar de su fe en Cristo para que salvaran sus vidas. Primeramente habló la madre que, con la cabeza descubierta, el cabello desmelenado, con gritos clamorosos y patéticos lamentos, rasgando sus vestiduras y mostrando a sus hijos los pechos con los que los había amamantado, les dijo:

—¡Dulcísimos frutos de mi vientre! ¡Ved la pena insoportable que me aflige! ¡Considerad mi inmenso dolor! ¡Ay, desgraciada de mí! ¡Pierdo a estos dos hijos porque ellos voluntariamente así lo quieren! ¡Ah! Si mis enemigos me los hubieran arrebatado, habría corrido tras los raptores y, aunque hubiese tenido que luchar contra un batallón de soldados, los habría recuperado. Si estuvieran encerrados en la más inaccesible de las cárceles, destrozaría sus muros y mientras me quedara un soplo de vida no cejaría en mi empeño hasta que consiguiera sacarlos de la prisión. Pero lo que en este caso ocurre es inaudito. Son ellos mismos quienes desean morir y animan a los verdugos para que los atormenten. No parece sino que quieren su vida sólo por el placer de perderla. Sí, son ellos mismos quienes están llamando a la muerte, y rogándole que venga. ¿Cuándo se vio cosa semejante? ¿Quién, jamás, sufrió tan horriblemente como yo sufro? ¿No es para desesperarse ver que estos hijos, en plena juventud, despreciando nuestro dolor nos obliguen a su padre y a mí, que ya somos ancianos, a presenciar su muerte y sus torturas?

Aún no habían terminado las anteriores imprecaciones de la madre cuando, sostenido por unos criados, pues era tan viejo que apenas podía tenerse en pie, compareció el padre. Traía la cabeza cubierta de ceniza en señal de pena y duelo. En cuanto estuvo cerca del patíbulo, levantando sus brazos y sus ojos hacia el cielo, gritó:

—He venido a dar el último adiós a estos hijos que voluntariamente caminan hacia la muerte. ¡Infeliz de mí! ¿Quién me iba a decir que todo cuanto tenía prevenido para mi propia sepultura tendría que emplearlo en la sepultura de ellos! Pero ¡hijos míos! ¿Cómo es posible que vosotros, dos focos de luz nacidos de mis propias entrañas para ser el apoyo de mi vejez, mostréis tantos deseos de morir? ¡Oh, jóvenes que presenciáis esta escena! ¡Venid todos a mi lado y llorad conmigo delante de estos otros dos, que a pesar de estar, como vosotros, en la primavera de la vida, se empeñan en abandonarla! ¡Venid también los ancianos, y acompañadme en mi llanto y juntad vuestras lágrimas a las que yo estoy derramando sobre estos hijos míos! ¡Acercáos también cuantos sois padres y ayudarme a evitar que este insensato proyecto se consume! ¡Acaso así podamos impedir que vosotros algún día os veáis en un trance semejante a éste en que yo ahora me encuentro! ¡Ciéguense mis ojos a fuerza de llorar antes de que me vea obligado a ver cómo las cabezas de mis hijos caen rodando por el suelo segadas por el filo de los sables!

Estas cosas estaba diciendo el padre cuando llegaron las esposas de ambos condenados a muerte.

Las dos traían a sus hijos en brazos, y alzándolos, para que sus maridos los vieran, dijeron entre grandes clamores:

—¿Por qué nos abandonáis? ¿Quién va a cuidar de estas criaturas? ¿Qué será en adelante de vuestros hijos? ¿Quién se encargará de administrar vuestros patrimonios y de dividirlos el día de mañana entre ellos? ¿Es que tenéis el corazón de hierro? Así parece, puesto que dáis a entender que despreciáis a vuestros padres al no hacer caso alguno de sus consejos, y que nosotras, vuestras esposas, no os importamos nada, ni os importan tampoco vuestros hijos. ¡Parece que no tenéis otro afán que el de poner vuestras cabezas bajo las espadas de los verdugos!

San Sebastián, que estaba entre la concurrencia, al advertir que Marco y Marceliano, afectados por las imprecaciones y cargos de sus familiares, comenzaron a flaquear, salió de la apiñada multitud, se situó delante del patíbulo y, para fortalecer la fe de aquellos dos cristianos, se encaró con ellos y les dijo:

—¡Oh, valerosos soldados de Cristo! ¡No os dejéis ablandar por estos inoportunos razonamientos! ¡No renunciéis a la corona eterna que estáis a punto de conseguir!

Luego, dirigiéndose a los padres de las víctimas, refutó sus argumentos con estas palabras:

—No temáis: estos hijos vuestros no se separarán de vosotros; lo que hacen es apresurar el paso para llegar cuanto antes al cielo y preparar mansiones eternas para vuestras almas. Desde el principio del mundo viene ocurriendo que esta vida terrenal defrauda a quienes se entusiasman con ella, engaña a quienes la creen deseable, se burla de quienes a ella se apegan, a nadie satisface plenamente y todos acaban dándose cuenta de que es breve y decepcionante. Es un error estimarla en más de lo que vale. Esta vida temporal es una escuela en la que el ladrón aprende a robar, el iracundo a encolerizarse, y el embustero a mentir. Aquí, en la tierra, ocurren crímenes, se cometen delitos y prosperan las injusticias. Por otra parte, los contratiempos que puedan afectarnos son pasajeros. Esta misma persecución que estamos padeciendo los cristianos no va a durar siempre; cierto que hoy presenta un alto grado de violencia, pero mañana la situación se apaciguará. Lo que en este momento nos parece un volcán en erupción, día llegará en que deje de vomitar fuego; la hostilidad de que somos objeto irrumpió de repente y de repente cesará. En cambio, la llamas del infierno son eternas, y dotadas de capacidad constante de tortura para que no mengüen los tormentos; la lumbre que las produce está siempre viva a fin de que siempre quemen. Fomentemos en nuestras almas el deseo del martirio. Cuando alguien muere martirizado, el diablo piensa que ha obtenido una gran victoria; pero se equivoca, porque ha ocurrido cabalmente lo contrario: estima él que ha conquistado, retenido, vencido, torturado y matado a alguien, y en realidad el conquistado, retenido, vencido, torturado y matado ha sido él.

Casi una hora estuvo hablando san Sebastián, y diciendo estas y otras cosas parecidas, y mientras hacía uso de la palabra su cuerpo apareció cubierto con una capa blanquísima y rodeado de un halo de luz esplendente que venía del cielo. Siete ángeles de fulgurante claridad hicieron guardia a su lado durante toda la plática y, en cuanto ésta terminó, un joven hermosísimo que había estado a su vera le dio un beso de paz en la frente y le dijo: «Tú estarás siempre conmigo», y una mujer llamada Zoé, esposa de Nicóstrato, el carcelero de Marco y de Marceliano, llegóse corriendo hasta él, postróse a sus pies y, como no podía hablar, porque era muda, por señas diole a entender que pedía perdón por los malos tratos que ella y su marido habían dado a los dos hermanos. Tras de esto, san Sebastián habló de nuevo y, mirando a la concurrencia, dijo:

—Si estas cosas que anteriormente he dicho y esta mujer ha oído y entendido perfectamente, son verdaderas, y al decirlas no he hecho más que lo que debe hacer un siervo de Dios, que el Señor a quien sirvo se digne conceder a esta muda la facultad de hablar, como se la concedió al profeta Zacarías.

De pronto Zoé exclamó en voz alta, claramente inteligible:

—¡Bendita sea esta catequesis que nos has dado y benditos sean también cuantos crean que es verdad cuanto nos has predicado! Mientras hablabas, yo he visto un ángel a tu lado, sosteniendo en sus manos, delante de ti, un libro abierto en el que estaba escrito lo que tú nos decías.

Nicóstrato, al oír hablar a su mujer, se postró también a los pies de Sebastián, le pidió perdón y luego salió corriendo hacia el lugar en que se hallaban Marco y Marceliano, los desató, les hizo saber que quedaban en libertad y les rogó que se

alejasen de allí; pero ambos hermanos rechazaron el inesperado indulto y declararon que de ninguna manera ni por nada del mundo renunciaban a la victoria que esperaban obtener en aquella batalla que habían comenzado. Tanta fue la santidad y fuerza persuasiva que Dios comunicó a la plática de san Sebastián, que no sólo Marco y Marceliano perseveraron en su fe sin miedo alguno a los tormentos del martirio, sino que su propio padre, que se llamaba Tranquilino, y su madre, y otros muchos, se convirtieron en aquella ocasión a la religión de Cristo y todos ellos, poco después, fueron bautizados por el presbítero Policarpo.

2. Desde mucho tiempo atrás venía padeciendo Tranquilino una enfermedad gravísima de la que curó completamente nada más bautizarse. Cromasto, prefecto de la ciudad de Roma, aquejado de la misma dolencia que Tranquilino, al enterarse de que éste había sanado, le rogó que le enviara cuanto antes al médico que le había devuelto la salud. Tranquilino le envió a Policarpo y a Sebastián, y Cromasto les suplicó que lo curaran como habían curado a Tranquilino. San Sebastián respondió al prefecto que, en efecto, le curarían, pero que antes debería renegar del culto que daba a los ídolos y autorizarles a ellos para quebrar sus imágenes. Cromasto accedió a ambas cosas, aunque les dijo que no era menester que ellos se tomaran la molestia de romper las estatuas de los ídolos, porque ese trabajo lo harían sus propios criados.

San Sebastián le respondió:

—Es mejor que lo hagamos nosotros, porque pudiera ocurrir que tus siervos, por miedo a los dioses, no se atrevieran a hacerlo; y hasta entra dentro de lo posible que, si lo hiciesen, el diablo se vengase de ellos durante la tarea hiriéndolos o lesionándolos, y que en su ignorancia, los criados creyesen, al verse maltratados, que esas imágenes preresentaban a dioses verdaderos que los lesionaban como castigo del pecado de destrozar sus estatuas.

Convencido Cromasto con estas razones, autorizó a Policarpo y a san Sebastián para que por sí mismos llevasen a cabo lo que se proponían; y, en efecto, en aquella ocasión, entre los dos destruyeron más de doscientos ídolos. Luego de hecho esto, se entrevistaron nuevamente con el prefecto, que continuaba enfermo, y le dijeron:

—Es extraño que habiendo destruido nosotros las imágenes idolátricas no hayas sanado. Esto nos hace sospechar una de estas dos cosas: o que tu conversión no ha sido sincera o que conservas ocultamente algún ídolo.

Cromasto les confesó la verdad; efectivamente, en una habitación de su casa conservaba escondido un ídolo al que profesaba gran aprecio porque su padre había pagado por él más de doscientos pesos de oro, y porque creía que tenía poder para adivinar el futuro, ya que la imagen aquella era de carácter astrológico.

—Mientras tengas en tu poder ese objeto, —díjole san Sebastián— no sanarás.

Cromasto mostróse dispuesto a deshacerse del ídolo, pero en esto intervino su hijo Tiburcio, un joven muy arrogante, que manifestó lo siguiente:

—No consentiré que una obra tan importante como ésta sea destruida; mas para que nadie piense que me tiene sin cuidado la salud de mi padre, propongo, que se enciendan dos hogueras: cuando estén encendidas, permitiré que el ídolo sea destruido; pero si mi padre no sana inmediatamente, tú y tú dijo señalando a Policarpo y a Sebastián, seréis quemados vivos, uno en cada una de las fogatas.

—Aceptamos la proposición, —declaró san Sebastián.

Destruyendo estaban el ídolo cuando un ángel se apareció al prefecto y le manifestó que venía de parte de Nuestro Señor Jesucristo a devolverle la salud. Acto seguido el enfermo quedó repentinamente curado. Cromasto intentó besar los pies al ángel, pero éste se lo impidió, diciéndole que no podía hacer lo que pretendía porque aún no estaba bautizado.

Con ocasión de este milagro recibieron el bautismo el prefecto, su hijo Tiburcio y mil cuatrocientas personas más de su familia.

Zoé murió martirizada por los infieles, y cuando Tranquilino se enteró de ello exclamó:

—¡Las mujeres se nos adelantan! ¿Cómo nosotros, los hombres, no nos sonrojamos de seguir vivos, ante el valor con que ellas arrostran los riesgos y la entereza con que reciben la corona del martirio?

Pocos días después también Tranquilino fue martirizado: los infieles le mataron a pedradas.

3. Puesto san Tiburcio en trance de elegir entre adorar a los dioses, arrojando en su honor puñados de incienso a una enorme cantidad de brasas, y caminar descalzo sobre éstas, sin vacilar optó por la segunda alternativa. El santo se santiguó y, con sus pies descalzos, paseóse sobre las ascuas todo el

tiempo que sus verdugos quisieron; mientras daba estos paseos, yendo y viniendo sobre el fuego, decía:

—La gracia de Nuestro Señor Jesucristo está conmigo. Paréceme que estoy caminando sobre una alfombra de rosas.

El prefecto Fabiano repuso:

—¿Quién ignora que ese Cristo vuestro os ha enseñado a utilizar artificios mágicos?

—¡Calla, desgraciado! —replicó Tiburcio— ¡Calla! ¡Tú no eres digno de pronunciar el nombre santo y dulce de Nuestro Señor!

Al oír esto, Fabiano, sumamente indignado, mandó que Tiburcio fuese inmediatamente degollado.

Marco y Marceliano, que habían sido atados el uno al otro y ambos fuertemente amarrados a un poste, comenazron a cantar el salmo que dice *«¡Qué bueno y agradable es que los hermanos permanezcan unidos!»*.

El prefecto trató de hacerlos callar, diciéndoles:

—¡No seáis insensatos! ¡Dejáos de esas locuras y os devolveré la libertad!

Ellos le respondieron:

—Pero si estamos muy a gusto. Jamás nos hemos sentido mejor. ¡Ojalá pudiéramos permanecer así todo el tiempo que nos quede de vida!

Al oír este comentario, el prefecto mandó a los verdugos que acribillaran a ambos hermanos, tal como estaban, atados el uno con el otro, y que hundieran las puntas de las lanzas en sus costados una y otra vez, hasta matarlos. Con este género de muerte consumaron su martirio Marco y Marceliano.

Después de esto, el prefecto presentó ante Diocleciano una extensa denuncia contra Sebastián. El emperador ordenó que trajeran a su presencia al denunciado. Cuando Sebastián compareció ante Diocleciano, dijo éste:

—¡De modo que te has aprovechado del alto puesto que ocupabas en mi corte y de los honores que te he otorgado, y de la deferencia con que siempre te traté, para trabajar clandestinamente contra mí y contra los dioses del Imperio!

—Eso no es cierto, —replicó Sebastián. —Es verdad que soy cristiano y que adoro al Dios verdadero, pero siempre he deseado y procurado para ti y para el Imperio lo mejor.

De nada sirvieron los razonamientos del acusado. El emperador mandó que lo sacaran al campo, que lo ataran a un árbol y que un pelotón de soldados dispararan sus arcos contra él y lo mataran a flechazos. Los encargados de cumplir esta orden se ensañaron con el santo, clavando en su cuerpo tal cantidad de dardos que lo dejaraon convertido en una especie de erizo, y, creyendo que ya había muerto, se marcharon. Pero Sebastián, pese a la gravedad del tormento a que fue sometido, no llegó a fallecer; después que los soldados se ausentaron, alguien lo desató del árbol y lo liberó.

Algunos días más tarde, al descender ambos emperadores juntos por la sutuosa escalera principal del palacio, quedaron estupefactos: allí a pocos pasos de ellos, por la misma escalera, subía Sebastián, que venía a su encuentro. Los dos emperadores, sin salir de su asombro, comentaron entre sí:

—¡Pero si es él! ¿Cómo puede explicarse que esté aquí, vivo, si hace muy poco que murió asaeteado por orden nuestra?

—Sí, —respondió Sebastián, acercándose a ellos—. Soy yo, sabed que Dios me devolvió la vida y la salud para que viniese a reprenderos por la conducta que seguís con los servidores de Cristo.

Sebastián continuó hablando y recriminando duramente a los soberanos y conminándoles para que dejaran en paz a los cristianos. Pero, acto seguido, Diocleciano ordenó que lo apresaran de nuevo y que lo apalearan hasta que constase con toda certeza que lo habían matado, y que después arrojaran su cuerpo a una cloaca de manera que los cristianos no pudieran recuperarlo ni tributar a sus restos el culto con que honraban a sus mártires.

La orden del emperador fue cumplida en todos sus extremos. Pero a la noche siguiente el santo se apareció a santa Lucía y le indicó el lugar donde estaba su cadáver y le dio instrucciones para que lo sacaran de allí y lo sepultaran al lado de los apóstoles. Los cristianos llevaron a cabo todo lo que el santo pidió a santa Lucía que se hiciese.

San Sebastián murió martirizado por mandato de los emperadores Diocleciano y Maximiano, que comenzaron a reinar hacia el año 187 del Señor.

4. En el libro I de sus *Diálogos,* refiere Gregorio este caso: Una mujer recién casada, natural de La Toscana, fue invitada por otras a la fiesta de la dedicación de un templo en honor de san Sebastián. La noche anterior al día en que la mencionada fiesta iba a tener lugar, la susodicha mujer, aunque al principio se resistió, acabó cediendo a las instan-

cias de su marido y mantuvo relaciones carnales con él. Por la mañana sintió una especie de malestar interior, un enorme sonrojo, al pensar, no en lo que pensaría Dios, sino en lo que pensarían las gentes, si supieran lo que ella durante la pasada noche había hecho con su marido. Dábale vergüenza salir a la calle. No obstante, se sobrepuso y marchó a la iglesia para asistir a la fiesta religiosa que en ella iba a celebrarse.

Nada más entrar en el templo, el diablo se introdujo en su alma, y en presencia de la numerosa asistencia comenzó a atormentarla con violentas convulsiones. Uno de los sacerdotes acudió en su socorro; queriendo ayudarla, tomó el mantel superior del altar y trató de cubrirla con él, pero en aquel preciso momento el propio sacerdote quedó poseído por el demonio. Algunos amigos de la mujer lograron dominarla, la sacaron de la iglesia y la llevaron ante unos encantadores, rogándoles que la liberaran de los malos espíritus. A base de magias intentaron los hechiceros sosegar a la posesa, pero no sólo no consiguieron lo que pretendían, sino que, al contrario, la situación de la endemoniada se agravó porque, mientras los encantadores realizaban sus embelecos, penetraron en el cuerpo de la endemoniada otros seis mil seiscientos sesenta y seis diablos más, que la atormentaron con nuevos e intensísimos sufrimientos. Por fin, gracias a la intervención de un santo varón, llamado Fortunato, que oró por ella, la desgraciada mujer se vio enteramente libre de la presencia de aquella legión de espíritus malos.

5. En las *Gestas de los Longobardos* se cuenta este otro episodio: En tiempos del rey Gumberto se extendió por toda Italia una peste tan espantosa, que apenas se encontraban personas que pudieran enterrar a los muertos. La epidemia presentaba especiales características de gravedad y universalidad en Roma y en Pavía. Fueron muchos quienes por entonces vieron a un ángel del cielo, armado con un venablo, persiguiendo y tratando de dar muerte a un demonio, que era el que extendía y propagaba la enfermedad llevando el contagio de casa en casa, y de tal manera que, tan pronto como este espíritu maléfico llamaba a una puerta, todos los moradores de aquel domicilio en breve morían. Alguien, por revelación divina, conoció que la peste no teminaría hasta que se erigiera en Pavía un altar en honor de san Sebastián. Erigióse ese altar en la iglesia de san Pedro ad Víncula, y la epidemia cesó. En recuerdo de este hecho, posteriormente, a dicho altar fueron trasladadas desde Roma las reliquias del santo.

San Ambrosio compuso en honor de san Sebastián el siguiente prefacio: «¡Oh Señor adorable! La sangre de tu santo mártir Sebastián fue derramada por dos motivos: porque él confesó tu nombre, y para dar ocasión a que se manifestase tu poder milagroso. Por eso, mediante el testimonio del martirio de este santo y por su intercesión, conviertes nuestra debilidad en fortaleza, nos haces crecer en virtud y otorgas la salud a los enfermos».

Capítulo XXIV

SANTA INÉS, VIRGEN

¡Qué adecuación tan perfecta existe entre la vida de esta santa y su nombre latino, *Agnes* (Inés), sean cuales fueren los antecedentes etimológicos de esta palabra! Porque si suponemos que *Agnes* proviene de *agna,* que significa cordera, mansa y humilde, como una corderilla fue la virgen Inés; si derivase del vocablo griego *agnos* (piadoso), piadosa y misericordiosa fue su conducta; si procediese del verbo latino *agnosco* (conocer), o más directamente de su gerundio *agnoscendo* (conociendo), que connota la idea de un estado permanente de conocimiento, tenemos que decir que mientras esta santa vivió se mantuvo en situación de conocimiento perfecto, puesto que caminó incesantemente por la senda de la verdad, y la verdad, advierte Agustín, se opone a la apariencia, a la falsedad, a la vacilación, tres vicios totalmente ajenos a esta virtuosa doncella.

1. Inés, a quien Ambrosio, autor del relato de su martirio, llama virgen prudentísima, no tenía más que trece años cuando murió y entró en la

vida verdadera. Por su edad, al morir, era niña, mas por su discrección había alcanzado la madurez de las personas bien formadas. En su cuerpo adolescente moraba un alma sazonada. Físicamente fue muy hermosa, pero espiritualmente lo fue mucho más.

Un día, al salir de la escuela, vióla el hijo del prefecto y repentinamente quedó prendado de ella. A partir de entonces, el joven enamorado la siguió, consiguió hablarle y le prometió cuantiosos regalos e innumerables riquezas si accedía a casarse con él. Pero Inés rechazó al galanteador enérgicamente, diciéndole:

—Apártate de mí, inductor al pecado, manantial de crímenes, aborto de la muerte. Déjame en paz; llegas tarde. Ya estoy comprometida con otro muy distinto de ti.

Seguidamente expuso al joven las cinco cualidades que todo hombre debiera tener para aspirar a la mano de una mujer sensata y le hizo saber que aquel a quien ella había entregado su corazón, las poseía todas en grado eminente. Las cualidades que ella enumeró fueron éstas: nobleza de estirpe, buena presencia, riquezas abundantes, valentía a toda prueba y amor desinteresado y verdadero. Al terminar su exposición, dijo a su inoportuno pretendiente:

—Ese que me quiere y de quien estoy enamorada, tiene nobleza y categoría incomparablemente superiores a las tuyas; su madre es Virgen; su padre jamás tuvo trato carnal con su esposa; los ángeles le sirven; su hermosura causa admiración al sol y a la luna; sus bienes son seguros; sus riquezas imperecederas; sólo con tocar a un enfermo, lo sana; meramente con su presencia devuelve la vida a los muertos; su amor hace castas a las personas a quienes ama; su contacto santifica y su conversión consolida la virginidad.

A continuación Inés glosó con palabras tomadas de fuentes muy autorizadas las cinco mencionadas cualidades y al acabar de comentarlas preguntó al joven:

—Dime: ¿Crees tú que haya actualmente o pueda haber jamás quien pueda, no ya aventajar, pero ni siquiera equipararse a mi amado, en generosidad, poder, prestancia, amor o en cualquier otro género de dotes?

Seguidamente describió las cinco clases de regalos que su excepcional esposo hacíale cosntantemente a ella y a otras muchas esposas que tenía: a todas las había comprometido con el anillo de la fe, las vestía y engalanaba con las preciosísimas túnicas de las virtudes, las marcaba con la sangre de su pasión, uníalas a El con el vínculo de un amor sacrosanto y las colmaba de felicidad con la promesa y garantía de los futuros bienes eternos.

—A mí —dijo entrando en detalles—, me ha colocado su anillo en mi mano derecha, me ha puesto en el cuello una sarta de piedras preciosas, me ha revestido con un manto tejido con hilos de oro, me ha engalanado con riquísimos y valiosísimos collares, me ha marcado la frente con un signo que me impide amar a nadie que no sea El, y me ha embellecido el rostro con su sangre. A El estoy ya definitivamente unida en un abrazo de castidad; mi cuerpo jamás se separará del suyo; me ha mostrado sus incomparables tesoros y me ha asegurado que será enteramente mío si yo le soy fiel.

Triste y desolado quedó el apasionado joven al oír estos discursos de Inés; el rechazo de la doncella produjole tanta pena que cayó enfermo; de los frecuentes y hondos suspiros que daba coligieron los médicos que el mal que se había apoderado del muchacho y le retenía en cama era el vulgarmente llamado mal de amores. Enterado el prefecto de cuanto había ocurrido, fue a ver a Inés y le rogó que aceptase a su hijo; pero ella se mantuvo firme en su negativa y le hizo saber que jamás faltaría a la palabra dada a su esposo. En el curso de la conversación el padre del enfermo manifestó sumo interés en conocer el nombre de la persona de quien la doncella estaba tan enamorada y de cuyas prendas tales elogios hacía. Cuando Inés le declaró que el esposo al que se refería era Jesucristo, el prefecto pareció tranquilizarse y volvió a insistir en sus pretensiones, tratando primeramente con halagos y promesas y después con amenazas, de influir en el ánimo de la hermosa joven para que se casara con su hijo. Pero Inés no se doblegó, sino que, cortando el discurso de su interlocutor, le dijo:

—Haz lo que quieras. Es inútil seguir hablando. Métete bien esto en la cabeza: ni con halagos ni con amenazas conseguirás que acceda a lo que pretendes.

—¡Bien! —replicó el prefecto—. Puesto que con tal firmeza aseguras que esa es tu última palabra sobre esta cuestión, no te quedará más remedio que elegir entre estas dos cosas: incorporarte al grupo de las vestales para ofrendar sacrificios a la diosa Vesta, o asumir el oficio de prostituta en una casa de lenocinio.

Inés respondió:

—Ni sacrificaré a tus dioses ni me dejaré manchar con las suciedades a que te refires, porque aunque me lleves a donde dices, has de saber que tengo a mi lado constantemente un ángel del Señor que defenderá la limpieza de mi cuerpo.

Conviene advertir que Inés pertenecía a una familia de la alta nobleza y que los nobles gozaban de ciertos fueros, entre otros el de que ni siquiera el emperador podía alegar contra ellos ninguna clase de delitos ni aun en el supuesto de que los hubiesen cometido, pero sí condenarlos por motivos religiosos y fundamentar la condena en actos de desacato a la religión del Imperio.

El prefecto mandó que despojaran a la doncella de todas sus ropas, y completamente desnuda la llevaron a un burdel; pero Dios milagrosamente hizo crecer la cabellera de Inés de tal manera, que repentinamente quedó cubierta, cual si estuviera vestida, con los abundantísimos bucles que descendían desde su cabeza a sus pies y tapaban todo su cuerpo.

Al llegar al lupanar un ángel inundó toda la casa de claridad vivísima y cubrió a la joven con un blanquísimo manto; a partir de aquel momento, lo que era lugar de pecado quedó convertido en santuario de oración, hasta el punto de que cuantos hombres traspasaban los umbrales de aquella casa, purificados por la esplendente luminosidad que llenaba todas sus estancias, salían de ella mucho más limpios que cuando entraron.

Por aquellos días el hijo del prefecto invitó a unos amigos a que lo acompañaran al burdel, porque quería que todos ellos participaran en la afrenta de Inés, yaciendo con ella y violándola. Cuando llegaron a la puerta, el invitante propuso a sus compañeros que pasaran ellos al interior e hiciesen su oficio, y que cuando hubiesen concluido pasaría él a consumir su turno. Entraron los amigos pero, al ver aquel milagro de luz y oración, salieron precipitadamente confusos y arrepentidos, y refirieron a su anfitrión lo que en el interior habían visto. El hijo del prefecto acogió con desprecio el relato que ellos le hicieron, los insultó llamándolos desgraciados y cobardes, y arrebatado de furia entró en el lupanar, se dirigió a donde estaba Inés, y trató de acercarse a ella, pero antes de que pudiera haberla tocado, toda la claridad dispersa se concentró en un haz luminoso a manera de un rayo que cayó sobre él; y de ese modo, el que no quiso respetar aquella luz milagrosa, símbolo del honor debido a Dios, murió allí mismo, repentinamente, estrangulado por el diablo.

Enterado el prefecto de lo ocurrido, acudió rápidamente al burdel, y con grandes muestras de dolor trató de averiguar todos los pormenores del infortunado accidente. Inés le dijo:

—Aquel a quien él tanto deseaba agradar, lo mató; sus compañeros, en cambio, impresionados por el milagro que vieron, abandonaron rápidamente este lugar y salieron ilesos.

El prefecto repuso:

—Si con tus oraciones logras que mi hijo resucite, creeré que efectivamente todo ha sido efecto de un milagro y no de tus artes mágicas.

Inés oró, y al momento el difunto resucitó y comenzó a pregonar públicamente su fe en Jesucristo.

Todo esto provocó la indignación de los sacerdotes de los ídolos, que intentaron amotinar al pueblo contra Inés, y consiguieron organizar algunas manifestaciones tumultuosas formadas por grupos de gente que acudían ante la casa del prefecto y gritaban:

—¡Elimina a esa bruja! ¡Aléjala de nosotros y líbranos de sus maleficios, porque tiene poder para influir en las mentes y dominar sobre las voluntades de las personas!

El prefecto, que había sido testigo del milagro de la resurrección de su hijo, por una parte quería liberar a la joven; mas por otra temía incurrir en las iras del populacho. Como no sabía qué partido tomar, al fin optó por desentenderse del asunto, delegando en un lugarteniente suyo la solución de la causa. Una vez tomada esta determinación, cayó en estado de postración y tristeza por no haberse atrevido a salvarla.

Asperio, que así se llamaba el lugarteniente del prefecto, mandó que Inés fuese arrojada a una enorme hoguera. Así se hizo; pero las llamas se apartaron del lugar que ocupaba la joven, se retiraron hacia las orillas y alcanzaron a los espectadores que gritaban contra la santa, quemándolos y abrasándolos. En vista del fracaso de este procedimiento, Asperio ordenó a unos sicarios que mataran a la doncella clavándole una espada en la garganta. Así fue como murió Inés; así fue también como el esposo blanco y rubio se llevó consigo a su esposa, virgen y mártir. Créese comúnmente que este martirio se produjo en tiempos de Constantino el Grande que inició su imperio el año 309 de nuestra era.

2. Emerenciana, hermana de leche de Inés, a pesar de no ser más que catecúmena era una doncella de vida muy santa. Al siguiente día del martirio de su colactánea, estando junto a su sepulcro, sostuvo valientemente una discusión con los infieles, y en el transcurso de la misma, éstos la mataron a pedradas. Inmediatamente después se produjo un terremoto y se desencadenó una horrorosa tormenta a consecuencia de la cual murieron muchos paganos heridos por los rayos que Dios envió sobre ellos; los que lograron sobrevivir se asustaron de tal modo, que no volvieron a molestar a los cristianos que acudían a rezar al sepulcro de santa Inés, a cuya vera fue enterrado el cuerpo de su amiga y hermana de leche Emerenciana.

A los ocho días del martirio de santa Inés, estando sus padres orando junto a su sepultura, tuvieron esta visión: frente a ellos surgió una especie de escenario inundado de claridad y ocupado por un coro de vírgenes vestidas con riquísimas túnicas doradas; en medio del numeroso grupo de doncellas hallábase su hija situada en un lugar destacado, engalanada con ropas más lujosas y brillantes que las que lucían sus compañeras, y teniendo a su derecha un cordero blanquísimo. Inés, mirándolos y sonriendo les dijo: «No lloréis mi muerte; al contrario, estad alegres como yo lo estoy y dadme la enhorabuena porque con el martirio he conseguido, igual que todas estas vírgenes que me acompañan, una morada espléndida en la gloria eterna». En memoria de esta aparición fue instituida la fiesta que con el nombre un tanto extraño de *Santa Inés «segundo»* figura en el santoral.

3. Una doncella llamada Constancia, hija de Constantino, hallábase gravísimamente enferma, atacada de lepra; al oír hablar de la visión a que acabamos de referirnos hízose conducir hasta el sepulcro de la santa, en donde tras de orar durante largo rato se quedó dormida y soñó que veía a Inés y que ésta hablaba con ella y le decía: «Constancia, obra con constancia; si crees en Cristo, sanarás inmediatamente». El sonido de esta voz despertó a la joven; mas como al despertar advirtiera que se hallaba totalmente curada, llena de alegría, inmediatamente se hizo bautizar, y poco después mandó edificar, a sus expensas, sobre el sepulcro de la santa, una basílica y una residencia a manera de monasterio para ella y otras muchas doncellas que se le agregaron, y en él vivió el resto de su vida en perpetua virginidad.

4. En la iglesia de santa Inés ejercía su ministerio sacerdotal un presbítero llamado Paulino, quien, tras soportar durante bastante tiempo fuertes tentaciones carnales, temiendo no poder sobrellevar decorosamente la carga del celibato, solicitó del sumo pontífice licencia para casarse. El papa, impresionado por la sencillez y bondad de Paulino, cuando éste terminó de exponerle su problema, le dio una sortija que llevaba engastada una esmeralda, y le dijo:

—Ve a tu iglesia; en ella hay una imagen muy hermosa de santa Inés; arrodíllate ante la efigie de la santa y dile de mi parte que se digne aceptarte por esposo.

Paulino, dócilmente, hizo cuanto el papa le había indicado: fue a la iglesia y comunicó el mensaje pontificio a la imagen; seguidamente, ésta alargó su dedo anular y lo ofreció al sacerdote para que introdujera en él la sortija de la esmeralda; puso Paulino el anillo en el dedo de la imagen, retiró ésta su mano y, en aquel mismo instante, cesaron definitivamente las tentaciones del presbítero. Dícese que la sortija aquella continúa todavía en el dedo de la imagen de santa Inés.

Sobre este episodio del anillo de la imagen de santa Inés, en algunos libros se da una versión diferente. Hela aquí: La basílica de santa Inés amenazaba ruina. El papa encomendó a un sacerdote la tarea de la restauración del templo y, para animarle a llevarla a cabo diligentemente, expúsole las cosas metafóricamente y de esta manera: «Quiero que tomes una esposa y que la cuides y sostengas debidamente. Toma este anillo y ponlo en el dedo anular de la imagen de santa Inés que hay en la iglesia en la que desde ahora vas a ejercer tu ministerio sacerdotal, porque es con esa imagen con la que deseo que te cases». El sacerdote tomó el anillo que le dio el papa y lo ofreció a la imagen de la santa; ésta extendió su dedo y en cuanto la sortija fue colocada en él, retiró su mano, y a través de la recepción del anillo quedó sancionado el místico matrimonio entre la imagen de santa Inés y el presbítero encargado de restaurar el templo.

En su libro *Sobre las Vírgenes* dice san Ambrosio, refiriéndose a santa Inés: «Canten sus alabanzas los ancianos, los jóvenes y los niños. Nadie más laudable que quien por todos puede ser alabado. De hecho, todos la alaban; no hay quien no sea su panegirista; no hay quien no pondere a esta mártir. Admiraos todos ante el caso extraordinario de esta jovencita. Por su corta edad, no podía ser dueña de sus actos y, sin embargo, dio magnífico testimonio

de la existencia de Dios. Con su martirio puso de manifiesto que había en su mente una madurez de juicio que no podía provenir de su propia constitución natural; todo efecto superior a lo que las leyes naturales son capaces de producir necesariamente debe ser atribuido no a tales leyes, sino a su autor, que está por encima de ellas. ¡Qué martirio tan sorprendente el suyo! ¡Qué interesante y fecundo en enseñanzas! ¡Una niña sin resistencia física para afrontar peleas, y al mismo tiempo capacitada para salir triunfante en ellas! ¡Inmadura para combatir, y madura para alzarse con la corona de la victoria! ¡No había alcanzado aún la edad de la discreción, y pese a ello sentó cátedra de maestra en la virtud! ¡Jamás recién casada alguna salió al encuentro de su esposo con la alegría, emoción y soltura con que esta virgen salió al encuentro del martirio!».

En otro lugar, el mismo san Ambrosio escribe: «Santa Inés, menospreciando las ventajas de su ilustre condición social, mereció las grandezas celestiales; rechazando proposiciones matrimoniales de pretendientes muy interesantes desde el punto de vista del mundo, se desposó con el rey de la gloria; a través de su preciosa muerte, sufrida prematuramente por confesar a Jesucristo, mereció unirse a El e identificarse con El eternamente».

Capítulo XXV

SAN VICENTE

Vicente, en latín *Vincentius,* etimológicamente deriva, o de *vitium incendens* (quemador del vicio), o de *vincens incendia* (extintor de incendios), o sencillamente de *vincens* (victorioso). Quemador de vicios, extintor de incendios y victorioso fue este santo. Quemador de vicios, en cuanto que por medio de la mortificación corporal prendió fuego a las inclinaciones desordenadas y logró reducirlas a pavesas; extintor de incendios, en cuanto que con la fortaleza con que soportó las pruebas a que fue sometido, apagó las llamas de los tormentos que sus perseguidores le aplicaron; y victorioso, en cuanto que con su desprecio del mundo se alzó con la victoria sobre sus engañosos atractivos; el mundo, en efecto, intentó seducirle con tres señuelos, a saber: el de las falsas doctrinas, el de los amores terrenos y carnales y el de los mundanos temores; pero Vicente venció al primero con su sabiduría; al segundo, con la limpieza de su corazón; y al tercero, con su constancia. A este propósito escribe Agustín: «Los martirios de los santos han sido y siguen siendo libros abiertos que nos enseñan a triunfar sobre los errores, los amores y los temores de este mundo».

En opinión del algunos, fue el propio Agustín quien escribió la historia del martirio de este santo. Posteriormente Prudencio hizo un traslado de ella en versos muy hermosos.

Vicente, noble por su linaje, pero más noble aún por su fe y religiosidad, fue diácono del obispo san Valerio. Su facilidad de palabra y elocuencia eran tales que su prelado delegó en él todo lo concerniente a la enseñanza y predicación en la diócesis. Entre tanto, san Valerio, libre de estos trabajos, se entregó de lleno a la oración y a la contemplación de las cosas espirituales. Pasado algún tiempo, tanto el obispo como su diácono fueron apresados por orden del presidente Daciano, conducidos a Valencia y encerrados en un calabozo.

Un día, Daciano mandó que llevaran a su presencia a los dos prisioneros. La sorpresa del presidente fue grande al ver alegres y de muy buen aspecto a los que él creía que estarían medio muertos, extenuados por el hambre a que los había sometido. La sorpresa se trocó en indignación: Daciano, en tono irritado, se encaró con el obispo y le preguntó:

—Valerio: ¿Cómo, bajo pretexto de seguir tu religión, te atreves a conculcar los decretos de los príncipes?

Valerio respondió algo en voz tan baja que no podía entenderse lo que decía. Entonces, Vicente dijo a su obispo:

—Venerable Padre, no hables tan bajo: podrían éstos creer que estás asustado. Habla recio; o si prefieres, autorízame a mí para que en tu nombre responda a la pregunta que el presidente te ha hecho.

Valerio dijo a Vicente:

—Hijo mío, desde hace tiempo, por delegación

mía, vienes ejerciendo en nuestra iglesia el ministerio de la palabra. Por supuesto que te autorizo para que sigas haciéndolo, des testimonio de nuestra fe y refutes las acusaciones de que somos objeto.

Seguidamente, el diácono, mirando a Daciano, le habló de esta manera:

—Hasta ahora, todos tus discursos y peroratas no han tenido más fin que el de negar y atacar nuestras doctrinas. Escucha bien lo que te digo: A juicio de los cristianos, no hay delito mayor ni más abominable blasfemia que negar a Dios el culto y el honor que le son debidos.

Daciano, enfurecido, dictó contra Valerio sentencia de destierro. Después, dirigiéndose a Vicente, al que llamó jovenzuelo presuntuoso y contumaz, y para que sirviera de escarmiento a otros, lo condenó a morir en el potro. Consistía este género de muerte en tender al reo sobre una especie de caballete de madera, en amarrar bien todo su cuerpo al artefacto y en tirar luego de sus brazos y piernas y cabeza, hasta descoyuntar y arrancar estos miembros.

Daciano asistió a la tortura del diácono, y cuando el organismo de éste hallábase ya casi totalmente dislocado, preguntó irónicamente al mártir:

—Dime, Vicente; ¿que tal está tu cuerpo?

Vicente, sonriendo, le contestó:

—Esto es lo que siempre he deseado.

Tal respuesta indignó al presidente, quien ciego de ira comenzó a amenazar a la víctima con más feroces tormentos si no renegaba de Jesucristo; pero Vicente, en medio de la terrible tortura, habló y dijo:

—¡Dichoso de mí! Con esas amenazas aumentas la felicidad que siento. Da rienda a todos los recursos de tu ferocidad y comprobarás que, por mucho que me atormentes, Dios me dará fortaleza para soportarlo todo, y a través de ella se pondrá de manifiesto que el poder divino es muy superior al que tú puedas desplegar haciéndome sufrir los más refinados padecimientos.

Entonces el presidente tomó un látigo y, dando gritos, empezó a fustigar con él a los verdugos para excitar su crueldad y obligarles a que con mayor ensañamiento hicieran su oficio.

Vicente, con fina ironía, exclamó:

—Pero Daciano: ¿qué significa esto? ¿Es que estás vengándome de mis torturadores?

Esto excitó aún más a Daciano, quien cual si hubiese enloquecido, apostrofó a los esbirros diciéndoles:

—¡Sois unos desgraciados! ¡No valéis para nada! ¿Es que os fallan las fuerzas? Habéis sido capaces otras veces de hacer flaquear a los adúlteros y a los parricidas y de obligarles a confesar sus delitos con vuestras torturas y ahora no conseguís reducir a Vicente; ¿qué es lo que os pasa?

Los verdugos, azuzados por el presidente, clavaron en los costados del mártir rastrillos de hierro, laceraron sus costillas y se las arrancaron dejando las entrañas al descubierto. Sobre el cuerpo de la víctima corría la sangre a torrentes.

Daciano, ciego de ira, dijo al mártir:

—Vicente, compadécete de ti; reniega de tu fe; en tu mano está verte libre de estos y de ulteriores tormentos; acaso puedas todavía recuperar tu prestancia juvenil.

Vicente replicó:

—¡Calla, lengua venenosa y diabólica! Convéncete de que aguanto todo lo que tu ferocidad sea capaz de discurrir. Sólo me asusta que quieras hacer ver que te compadeces de mí; pero entérate bien: cuanto mayor es tu rabia, mayor es mi alegría. No aminores los suplicios. Sigue atormentándome y confiesa de una vez tu derrota.

Por orden del presidente sustituyóse la tortura del potro por la del fuego. En un lugar, a cierta distancia, prepararon una parrilla de hierro y la colocaron sobre una inmensa lumbre de brasas; luego los verdugos trasladaron al mártir hasta el sitio del nuevo suplicio, y durante el traslado Vicente no sólo se mostró alegre sino que estimuló a sus portadores a que caminaran más de prisa. Al llegar, él mismo se tendió sobre la parrilla. Inicióse el terrible tormento: el cuerpo del santo empezó a abrasarse, asarse y consumirse; en sus miembros, lacerados por los padecimientos anteriores, surgieron nuevas llagas producidas por planchas metálicas al rojo vivo que sobre ellos colocaban los verdugos, y por los garfios de hierro con que los pinchaban y removían, y por la acción del fuego en el que de vez en cuando arrojaban puñados de sal para reanimar las llamas, hacerlas más crepitantes, aumentar su fuerza devoradora y achicharrar más cruelmente su carne. Con rejones incandescendes destrozaron sus músculos, sus entrañas y sus vísceras que, fuera de su vientre, se quemaban, desparramadas sobre la parrilla y sobre las brasas del suelo. En semejante situación, Vicente, inmóvil sobre tan horrendo lecho, con los ojos clavados en el firmamento, oraba sin cesar.

El fuego se consumió, las brasas se apagaron. El mártir, no obstante, seguía con vida. Los verdugos dieron cuenta de ello a Daciano. Este, al enterarse por los esbirros de que la lumbre había muerto, mas no había muerto el hombre aquel que todo lo aguantaba, a gritos los increpó diciéndoles:

—¿De manera que os ha vencido? ¡Ah! ¡Pues a mí no me vencerá! Puesto que aún vive, vamos a prolongarle la vida, pero sometiéndolo a nuevos sufrimientos. Buscad el calabozo más lóbrego y profundo que haya en la ciudad. Cubrid su suelo con cascotes de teja; clavadle los pies a un tarugo de madera, tended después su cuerpo sobre los cascotes y dejadlo allí encerrado y abandonado hasta que muera. No quiero veros más hasta que vengáis a decirme, pero bien seguros de ello, que al fin a muerto.

Inmediatamente, los crueles verdugos ejecutaron punto por punto las órdenes recibidas de su señor y amo, mucho más cruel todavía que ellos. Pero el Rey a quien el mártir servía convirtió las terribles torturas de su siervo en gozos deleitosos. En efecto: vivísima claridad disipó las tinieblas de la lóbrega mazmorra; la dura y lacerante aspereza de los cascotes de teja convirtiéronse en blandura suavísima y perfumada cual la de un lecho de flores; del cielo descendieron algunos ángeles que le desclavaron los pies, y en su compañía paseó por la estancia alfombrada de pétalos y cantó himnos de alabanza en honor de su Señor. Del interior del calabozo procedían y llegaban hasta la calle aromáticos efluvios de primavera. Los carceleros, que a través de unas rendijas atisbaron cuanto en la celda del prisionero ocurría, sorprendidos e impresionados se convirtieron al cristianismo. Cuando Daciano se enteró del resultado que habían dado sus meticulosos preparativos, estuvo a punto de perder el juicio y en un arranque de cólera exclamó:

—¡Este hombre nos ha vencido! ¿Qué más podemos hacer?

Luego, recobrada en parte su serenidad, dijo a sus satélites:

—No sigamos por este camino, porque si seguimos atormentándolo y logramos darle muerte en estas circunstancias contribuiremos a que los cristianos le glorifiquen. Vamos provisionalmente a mudar de táctica: acostadlo en una cama muy cómoda, entre suavísimas sábanas y sobre colchones mullidos; procurad que se recupere y cuando se haya recuperado, le someteremos a nuevos tormentos.

De acuerdo con estas órdenes, Vicente fue llevado a un lecho muy confortable; mas apenas se recostó sobre él, entregó su espíritu a Dios. Su glorioso tránsito ocurrió hacia el año 287 de nuestra era, siendo emperadores Diocleciano y Maximiano.

Cuando Daciano supo que el mártir había expirado, estremecióse de espanto, y rabioso de ira por la derrota de que había sido objeto, se desahogó diciendo:

—Ya que no pude vencerle mientras permaneció con vida, le venceré ahora que está muerto; procuraré que su cadáver sea destruido; de ese modo demostraré ante el pueblo que he triunfado finalmente de este difícil enemigo.

Mandó el presidente que llevasen el cuerpo del difunto a un lugar solitario del campo y que lo dejasen allí, a la intemperie, sin enterrarlo, para que las aves de rapiña y las fieras lo devoraran. ¡Vana medida!, porque inmediatamente acudieron al sitio elegido unos ángeles y montaron guardia permanente junto a los restos del santo. Hasta un cuervo, pese a que estos pajarracos son por naturaleza voraces, colaboró con los espíritus celestiales en la defensa de las reliquias del mártir, planeando a cierta altura sobre el venerable cadáver, batiendo fuertemente sus alas y alejando de allí a las aves de rapiña; si algunas de éstas, más fuertes que él, intentaba aproximarse, descendía a ras de tierra y con sus graznidos las espantaba; lo mismo hacía con las fieras; a picotazos obligó a huir a un lobo que se atrevió a acercarse al sagrado cuerpo; cada vez que ahuyentaba a los volátiles rapaces o a las alimañas, remontaba el vuelo hasta cierta altura, inclinaba su cabeza hacia el santo y lo miraba fijamente, cual si quisiera dar a entender que unía su admiración a la de los ángeles que lo custodiaban.

De todo esto se enteró Daciano, quien arrebatado de furor, exclamó:

—¡Oh Vicente! Pero ¿es posible que no pueda vencerte ni siquiera ahora que ya estás muerto? Puesto que los animales de la tierra no han podido devorar tu carne, haré que la engullan los monstruos marinos.

Seguidamente mandó que ataran al cuerpo del mártir un enorme bloque de piedra y que lo arrojaran al mar. Esta orden fue cumplida por unos navegantes que se hicieron cargo del cadáver, lo llevaron a su barco, lo echaron al agua muy lejos del litoral y regresaron al puerto. Pero antes de que ellos arribaran, los venerables restos de san

Vicente, empujados por las olas, fueron devueltos a un lugar de la costa en el que una ilustre matrona y algunos cristianos, avisados sobrenaturalmente por el mismo santo, esperaban su llegada, los recogieron y les dieron honrosa sepultura.

De este bienaventurado mártir escribe Agustín: «San Vicente venció con sus palabras, venció con sus sufrimientos, venció con su testimonio, venció con sus tribulaciones, venció quemado, venció sumergido, venció vivo y venció muerto». Más adelante añade: «Vicente, de las torturas, salió entrenado; de la flagelación, robustecido; de los golpes, fortalecido; de las llamas, purificado».

Hablando de este santo dice Ambrosio en uno de sus escritos: «San Vicente fue torturado, golpeado, flagelado, quemado, pero no vencido; la valentía con que en todo momento confesó el nombre de Dios, no sufrió el menor menoscabo. El fuego de su fe fue más vivo que el de las llamas con que le quemaron; en su ánimo prevaleció el temor de Dios sobre el miedo a los sufrimientos; ni por complacer a la autoridad de la tierra sacrificó su amor al Señor, ni le importó la muerte temporal con tal de conseguir la vida eterna».

De Agustín son también las siguientes palabras: «¡Maravilloso espectáculo el que se ofrece a nuestros ojos: un juez inicuo y un verdugo cruel frente a un mártir invencible! ¡Un pugilato entre la piedad y la iniquidad!».

Prudencio, que vivió hacia el año 387, en tiempo del emperador Teodosio el Viejo, dice que Vicente respondió a Daciano: «Las torturas, las cárceles, los garfios, las planchas de metal incandescente, y hasta la misma muerte, que es la pena definitiva, para los cristianos constituyen una fiesta». A esto, según Prudencio, respondió Daciano: «Atadle, retorcedle los brazos hasta que sus huesos se descoyunten y queden sueltos y desligados unos de otros y hasta que por las aberturas de las heridas asomen las entrañas». «Este soldado de Cristo, sigue diciendo el mencionado autor, mientras lo atormentaban, se solazaba e incluso animaba a sus verdugos para que clavaran los garfios con que lo atormentaban en lo más hondo de su musculatura. Cuando estaba en la cárcel, se le apareció un ángel de Dios y le dijo: ¡Animo, ínclito mártir! ¡Animo! ¡Dentro de poco vendrás a hacernos compañía en la morada celeste! ¡No tengas miedo! ¡Eres un soldado invencible, más fuerte que los más fuertes! Estos crueles suplicios que padeces equivalen a gritos de victoria.» Prudencio concluye su relato con esta exclamación: «¡Eres el más ilustre de los ilustres! ¡Sólo tú has conseguido lo que nadie hasta ahora ha conseguido: la palma de una doble victoria y dos coronas a la vez!».

Capítulo XXVI

SAN BASILIO

La vida de san Basilio, esclarecido doctor y venerable obispo, fue escrita por otro obispo llamado Afiloquio de Iconio.

1. El ermitaño Efrén conoció por revelación sobrenatural la existencia de este virtuoso santo. Un día, estando en oración, quedó en éxtasis y durante él vio una columna de fuego que llegaba desde la tierra hasta el cielo, y al mismo tiempo oyó una voz venida de lo alto que decía: «Basilio es tan extraordinario como esta columna que estás viendo». Vuelto en sí de su arrobamiento, Efrén sintió deseos de conocer a tan excepcional sujeto, salió de su ermita y se fue en busca de él. A fuerza de preguntar por unos y otros sitios averiguó el nombre de la ciudad en que el santo vivía, se encaminó hacia ella y a ella llegó el día de la Epifanía, yéndose directamente a la catedral, pensando que allí lo encontraría. Al entrar en el templo vio al obispo revestido de pontificales ornamentos blancos, presidiendo la procesión y precedido por el clero de su iglesia. Efrén, decepcionado, pensó para sí: «No valía la pena hacer este viaje que he hecho. No puede ser verdaderamente virtuoso un hombre que admite toda esta pompa. Me extraña que quien se rodea de tanto honor y se hace pre-

ceder de tan numerosa comitiva sea tan alto como la columna de fuego que yo vi. ¿Cómo es posible que este hombre, entre el fausto y esplendor haya conseguido santidad elevada, si nosotros, los ermitaños, que soportamos el peso del día y del calor de que habla la Escritura y nos movemos en un ambiente de austeridad y pobreza extremas no logramos remontarnos ni un palmo por encima del suelo?». Basilio conoció carismáticamente los pensamientos que interiormente había formulado el anacoreta y al terminar los oficios se procuró una entrevista con él. Mientras el ermitaño saludaba al obispo vio cómo de la boca de éste salía una lengua de fuego. Entonces, Efrén, emocionado, prorrumpió en exclamaciones y dijo:

—¡Verdaderamente Basilio es grande! ¡Verdaderamente Basilio es tan alto como la columna de fuego que vi! ¡Verdaderamente el Espíritu Santo habla a través de Basilio!

Luego añadió:

—Venerable Padre, te ruego que me alcances del Señor la gracia de poder expresarme en griego.

San Basilio le respondió:

—Has pedido una cosa difícil.

Sin embargo el santo obispo oró unos instantes y, al acabar su oración, Efrén comenzó a hablar en lengua griega.

2. Otro ermitaño, viendo a Basilio revestido de pontifical y sabedor de que con cierta frecuencia usaba de tan suntuosos ornamentos, pensó para sí: «¡Cuánto le gusta a este hombre la fastuosidad!». Acto seguido el ermitaño oyó una voz misteriosa que decía: «Más te gusta a ti manosear el rabo de la gata que tienes en tu ermita, que pueda gustarle a Basilio revestirse con estos ornamentos».

3. El emperador Valente, protector de los arrianos, entregó a éstos un templo que había arrebatado a los católicos. Cuando Basilio supo lo que el emperador había hecho, presentóse ante él y le dijo:

—Señor emperador, oíd lo que afirma la Escritura: *«El rey honrado ama la justicia. Los actos de un rey deben ser justos»*. ¿Cómo ha podido salir de vuestro corazón esa obra vuestra doblemente mala de arrebatar un templo a sus legítimos dueños y de regalárselo a los herejes?

El emperador le respondió:

—Basilio, me estás provocando; créeme que no te conviene hablarme de esa manera.

Basilio le replicó:

—No me importa morir por defender la justicia.

Demóstenes, jefe de los cocineros de la casa imperial y protector también de los arrianos, presenció esta escena e intentó intervenir en la conversación en defensa de los herejes; pero Basilio, hábil en el manejo de la metáfora, le redujo al silencio diciéndole:

—Tú, a lo tuyo; y lo tuyo consiste en guisar las comidas del rey, no en adobar los dogmas divinos.

El emperador dijo al obispo:

—Basilio, resuelve el asunto de esta iglesia entre los católicos y los arrianos; pero no te dejes influir por las opiniones del pueblo.

San Basilio convocó a los seguidores de una y otra fe y les propuso lo siguiente:

—Cerremos las puertas del templo; sellemos sus cerraduras los seguidores de una y otra fe con cuantos precintos queramos; hecho esto, oremos y aceptemos que este edificio sobre el que litigamos sea en adelante de la religión cuyos miembros consiguieren abrir las precintadas puertas sin otro recurso que el de sus oraciones.

La proposición fue bien recibida por todos. Durante tres días y tres noches, ininterrumpidamente y en turnos sucesivos, oraron ante el templo representantes de los arrianos. Al cabo de los tres días aunque empujaron fuertemente no lograron que las puertas se abrieran. Los católicos, al llegarles la vez, inciaron su oración con una procesión pública por las calles de la ciudad. El cortejo, presidido por san Basilio revestido de pontifical, se dirigió hacia la iglesia objeto del litigio y se detuvo ante la fachada. Los fieles oraron durante unos momentos. Después el santo obispo se acercó a las puertas y en voz alta pronunció las palabras del salmista: *«Atollite portas principes vestras et elevamini, portae aeternales, et introibit rex gloriae»*: («¡Potestades del cielo, dejad el paso libre! ¡Abríos, puertas eternas, y franquead la entrada al Rey de la gloria!»). Al mismo tiempo que decía esto, empujó suavemente con la contera de su báculo pastoral los portones del edificio, que se abrieron inmediatamente de par en par. Los católicos continuaron avanzando en procesión hasta el altar, dieron gracias a Dios y quedaron de nuevo en posesión de aquel templo que siempre les había pertenecido.

4. Leemos en la *Historia Tripartita* que el emperador se mostró dispuesto a no desterrar de la ciudad a san Basilio si éste le prometía una serie de cosas, y que el santo obispo respondió a sus pre-

tensiones de esta manera:

—Eso son niñerías. Me niego a prometerte nada de cuanto pretendes. Quienes nos alimentamos de la palabra de Dios no consentiremos que se altere ni una sílaba de los dogmas divinos.

Según la citada *Historia,* Valente, al oír esta respuesta, indignado, se dispuso a firmar la sentencia de destierro contra Basilio; pero al intentar hacerlo rompió hasta tres plumas, una tras otra, sin conseguir estampar su firma bajo el decreto y, al tomar la cuarta, su mano empezó a temblar aparatosamente, por lo cual, impresionado y asustado, rasgó el documento y desistió de firmarlo.

5. Heradio, hombre venerable, tenía el propósito de consagrar a Dios a su única hija; pero el demonio, conocedor de ese proyecto, trató de impedir que lo llevara a cabo, haciendo que uno de los criados del piadoso varón se enamorara apasionadamente de la doncella. Pronto el ardoroso enamorado cayó en la cuenta de que su matrimonio con la hija de su amo era imposible: él era siervo y ella de condición noble; pero, dispuesto a salir adelante en su empeño, fue a ver a un mago y le prometió darle muchísimo dinero si con sus artes mágicas conseguía que el matrimonio se celebrase. El hechicero le dijo:

—Mi poder no llega a tanto; pero sí el de mi señor, el diablo. Si quieres acudir a él yo te daré una carta de recomendación y te atenderá; y si sigues sus indicaciones ten por seguro que conseguirás lo que pretendes.

—Dame esa carta —respondió el joven—. Haré lo que tú y él queráis.

El hechicero escribió una esquela en la que le decía al diablo: «Mi señor: movido por el mejor deseo de cumplir diligente y solícitamente el compromiso que contigo tengo adquirido de apartar de su religión al mayor número posible de cristianos y de someterlos a tu demonio para que tu partido crezca y se multiplique de día en día, te envío a este joven que arde de amor por una doncella. Te ruego que le ayudes, porque la solución favorable de este caso aumentará mi prestigio y contribuirá a que vengan otros muchos a solicitar mis servicios; con esto aumentaré también tu partido, pues ya sabes que a cuantos acuden a mí trato de ponerlos bajo tu bandera». El mago cerró la carta, se la entregó al joven y le dijo:

—Esta noche, a tal hora, te colocarás sobre la tumba de un pagano cualquiera, llamarás al demonio arronjado al mismo tiempo esta esquela hacia lo alto, y en seguida acudirá mi señor y te atenderá.

El joven hizo punto por punto cuanto el hechicero le indicó, y nada más arrojar la carta al aire, compareció ante él Satanás rodeado de infinidad de espíritus, leyó lo que el escrito decía y preguntó al joven:

—¿Crees en mí? Porque si no crees no puedo ayudarte a conseguir lo que deseas.

—Creo, señor, respondió él.

—¿Reniegas de Jesucristo?

—Reniego.

—Los cristianos sois pérfidos; acudís a mí cuando me necesitáis, pero en cuanto conseguís lo que buscáis me abandonáis y tornáis a vuestro Cristo, que como es clemente os recibe y perdona. Si quieres, pues, que te ayude a salir adelante en lo que pretendes, es preciso que antes redactes y firmes con tu propia mano un documento en el que expresamente hagas constar que reniegas de tu fe en Jesucristo, de tu bautismo y de tu condición de cristiano, y que te entregas a mí para siempre, de por vida, y que aceptas la condenación eterna en el día del juicio.

El joven inmediatamente redactó un escrito en el que juraba que renunciaba a Jesucristo y se pasaba a las filas del diablo. Cumplido este trámite, Satanás llamó a los espíritus malignos encargados de promover la fornicación y les mandó que trabajasen el ánimo de la doncella hija de Heradio y no cesasen hasta haber conseguido encender en su corazón un amor apasionado hacia el joven aquel. Recibida esta orden, los espíritus se marcharon a cumplir inmediatamente la misión que les había sido confiada por su jefe. Su éxito fue fulgurante y rápido. La doncella comenzó a sentirse inflamada de amor hacia el siervo de su padre, con tal violencia, que de allí a poco se presentó ante Heradio y, postrándose a sus pies, le dijo:

—Padre mío, ten compasión de mí, te lo suplico. Desde hace algún tiempo vivo atormentada por un amor irresistible hacia tu criado; demuéstrame que eres un padre comprensivo y que me quieres de verdad, permitiéndome que me case con él. Lo amo tan apasionadamente, que sin él mi vida es una insoportable tortura y carece de sentido, hasta el punto de que, si no accedes a lo que te pido, moriré muy pronto y tú tendrás que dar cuenta a Dios de esta muerte en el día del juicio.

Heradio, entre clamores y gemidos, respondió:

—¡Desgraciado de mí! Pero ¿qué le sucede a esta

hija mía? ¿Quién me ha robado el tesoro de mi corazón? ¿Quién ha apagado la dulce luz de mis ojos? Yo quería entregarte al esposo celestial para que esta entrega contribuyera a mi eterna salvación y tú me sales con la locura de fomentar en tu alma apetitos lascivos! ¡Hija mía! Deja que la cosas se hagan como las tenía previstas. Acepta mi plan de consagrarte al Señor. No me causes en mi vejez un dolor de esta naturaleza, que acabará conmigo y me llevará rápidamente a la tumba.

Sin atender a estas reflexiones, la hija interrumpió al padre, diciéndole:

—O me permites satisfacer cuanto antes mis deseos, o dentro de poco me verás muerta.

Llorando amargamente, a gritos, como loca, pasaba la joven sus días y sus noches. Desolado andaba el padre por la casa, quien al cabo, cediendo a los ayes dolorosos de su hija y a los consejos de sus amigos, con quienes consultó el serio problema que le preocupaba, permitó que la doncella se casara con el siervo y hasta le entregó toda la hacienda, diciéndole:

—¡Hija mía desgraciada! ¡Puesto que te empeñas en ello, anda y cásate con él!

Casáronse, pues, la noble y el esclavo. Como éste ni entraba en la iglesia, ni hacía la señal de la cruz, ni se encomendaba a Dios, algunos, que lo notaron, preguntaron a la esposa:

—¿Sabes que tu marido, con quien te empeñaste en casarte, ni acude al templo ni siquiera es cristiano?

Ella, al comprobar que esto era cierto, asustada y postrada en tierra comenzó a arañarse el rostro en señal de dolor, a golpearse el pecho y a decir:

—¡Ay, infeliz de mí! ¿Por qué habré nacido? Y ya que nací ¿por qué no moriría al salir del vientre de mi madre?

Después refirió a su esposo lo que de él le habían dicho. Este le aseguró que todo aquello era completamente falso. Mas ella le replicó:

—Si quieres que te crea, tendrás que acompañarme mañana a la iglesia.

Ante esta intimación, el marido, comprendiendo que no podría seguir ocultando su situación, contó a su esposa cuanto le había ocurrido. Llena de dolor y profundamente afligida, la recién casada fue a ver a san Basilio y le refirió cuanto su marido le había contado y le suplicó que los ayudara a ella y a su esposo a salir del embrollo en que se hallaban metidos. San Basilio llamó al esposo, oyó de sus labios el relato de lo sucedido y luego le preguntó:

—¡Hijo! ¿Quieres volver a Dios?

—Sí señor; quiero, pero no puedo, porque he renegado de Cristo y he entregado al demonio un documento firmado por mí en el que hago constar que me he consagrado definitivamente a su servicio.

El santo lo tranquiliza diciéndole:

—No te preocupes; Dios es misericordioso; si te arrepientes y regresas a El, te perdonará.

Acto seguido, san Basilio trazó la señal de la cruz sobre la frente del joven; luego lo recluyó en una celda. Tres días después fue a visitarle y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

El recluso le respondió:

—Muy acobardado. No puedo soportar los gritos que los demonios dan constantemente a mi alrededor ni el terror que me causan con sus amenazas; a cada paso y a cada momento me presentan el escrito que firmé diciéndome: nosotros no fuimos en tu busca; fuiste tú quien acudiste a nosotros.

—Hijo mío, —replicó el santo. —No temas; ten confianza; y, sobre todo, cree.

San Basilio, tras confortarlo y entregarle algo de comida que le había llevado, trazóle de nuevo sobre su frente la señal de la cruz y se marchó, dejándole nuevamente en la soledad de su reclusión. Pero algunas fechas después volvió a visitarle y le preguntó:

—¡Hijo mío! ¿Cómo te va?

El recluso respondió:

—¡Padre! Ya no los veo a mi alrededor, pero desde lejos siguen gritándome y dándome a entender que si vuelvo con ellos me recibirán con agrado.

Dejóle el santo otra ración de comida, signóle la frente con la cruz, salió de la celda, cerró su puerta por fuera, se marchó y continuó orando por él durante cuarenta días, al cabo de los cuales hízole la tercera visita.

—¡Hijo mío!, ¿Qué tal te va? —le preguntó.

—¡Bien!, santo Dios. Hoy he visto la lucha que en mi favor sostenías contra el demonio y cómo le vencías.

El obispo sacó al recluso de su celda y se lo llevó consigo. Después reunió en la catedral al clero, a los religiosos y al pueblo, y cuando todos estuvieron reunidos tomó con sus manos una de las del penitente, y así asiduos se encaminaron hacia el

templo. Al llegar a la puerta principal, ambos fueron asaltados por Satanás y una legión de diablos. Lucifer, invisiblemente se apoderó del joven y comenzó a tirar fuertemente de él para desasirlo de san Basilio.

—¡Padre mío! ¡Ayúdame! —dijo a gritos el penitente.

Satanás tiraba de él con tanta fuerza, que en uno de aquellos tirones arrastró también al obispo, a quien el joven continuaba agarrado. Entonces san Basilio se encaró con el demonio y le dijo:

—¡Infame! ¿No te basta con tu propia perdición? ¿Por qué pretendes perder también a éste a quien acaba de reconquistar mi Dios?

A voces, de modo que muchos de cuantos estaban en la catedral lo oyeron, contestó el diablo:

—Te equivocas, Basilio.

Al oír esto, el público que llenaba el templo, exclamó a coro:

—Kyrie, eleison. (¡Señor ten piedad de nosotros!)

Basilio dijo al demonio:

—¡Que Dios te confunda!

El demonio replicó:

—¡Basilio!, repito que te equivocas; has de saber que yo no fui tras de éste, sino que fue él quien voluntariamente me buscó a mí, renegó de Cristo y se sometió. Tengo la prueba de lo que digo en este documento.

Basilio le contestó:

—No cesaremos de orar hasta que nos entregues ese escrito.

Inmediatamente, san Basilio elevó sus manos hacia el cielo y empezó a orar. De pronto el papel se escapó de las manos del diablo, describió una parábola en el aire y, a la vista de todos, vino a caer en las del santo obispo, que lo atrapó, lo mostró al joven y le preguntó:

—¿Conoces esta cédula?

—Sí; yo mismo la escribí —respondió el interpelado.

Acto seguido san Basilio rasgó el papel, introdujo al joven en la iglesia, lo reconcilió con Dios, hízolo digno de participar nuevamente en los misterios sagrados, lo instruyó convenientemente y, después de darle algunos consejos, lo devolvió a su esposa.

6. Cierta mujer escribió todos sus pecados, que eran muchos, en una carta, y al final de la misma consignó uno que revestía especial gravedad; luego se fue a ver a san Basilio, le entregó el escrito y le suplicó que rezase por ella y le obtuviese con sus oraciones el perdón de todas las culpas que en la carta se relacionaban. El santo oró, abrió la cédula, la leyó, la enrolló de nuevo y la devolvió a la mujer. Tomóla ésta, abrióla, y quedó sorprendida al ver que habían desaparecido de ella todos los pecados que en la misma había escrito, menos el que consignó en último lugar, que era el más grave de cuantos contenía su relación. Entonces, la mujer, suplicante, dijo al obispo:

—Santo siervo de Dios, ten compasión de mí y alcánzame también el perdón del pecado que sigue escrito aquí, como me alcanzaste el de los que han sido borrados.

San Basilio le contestó:

—Mujer, retírate; también yo soy pecador y necesito, como tú, ser perdonado.

Pero como la mujer insistiera en su demanda, san Basilio le dijo:

—Acude al santo ermitaño Efrén; él puede alcanzarte de Dios la misericordia que pides.

La pecadora fue a visitar al santo ermitaño Efrén, le manifestó lo que quería y le dijo que había acudido a él por consejo de san Basilio. El anacoreta le respondió:

—¡Oh! ¡Yo sí que soy pecador! Anda, hija mía, vuelve a san Basilio e insístele para que te alcance el perdón de esa falta como te alcanzó el de las otras. Pero no pierdas tiempo, date prisa si quieres encontrarlo vivo.

Apresuróse la mujer a regresar a la ciudad. Cuando llegó a ella se encontró con un cortejo fúnebre, formado por una enorme muchedumbre de personas que llevaban a enterrar al difunto san Basilio. Entonces ella se acercó al féretro, y dijo a voces:

—¡Que Dios nos juzgue a los dos, pero que te juzgue sobre todo a ti, que pudiste rogar por mí, y en vez de hacerlo me enviaste a otro.

Diciendo esto, arrojó la carta sobre el cuerpo del santo; momentos después la recogió, la abrió y comprobó que había sido borrado el único pecado que en ella quedaba de la relación primitiva. Impresionada, refirió el milagro a los del cortejo y todos con ella dieron gracias a Dios.

7. Había en la ciudad un médico judío muy famoso, llamado José. San Basilio, que lo estimaba mucho deseaba su conversión a la fe cristiana, abrigaba la esperanza de que algún día renunciaría a la religión judaica y abrazaría la de Cristo. Pocos días antes de que el santo muriera, estando ya en-

fermo de la enfermedad que le llevó al sepulcro, llamó junto a su lecho al tal médico. Este acudió, y nada más tomarle el pulso, conoció que el obispo estaba al borde de la muerte, de modo que habló con los familiares del enfermo y les dijo:

—Preparad todo lo relativo a su sepultura, porque va a morir de un momento a otro.

Desde su cama, Basilio oyó esto, y dijo a José:

—No sabes lo que dices.

José repuso:

—Créeme, señor: el sol se pondrá hoy a su hora, y en el preciso momento en que se ponga el sol, te *pondrás* tú también.

El enfermo replicó:

—¿Qué dirías si no muriera esta tarde?

—¡Imposible, señor! —contestó el médico.

—¿Qué harías —preguntóle de nuevo Basilio—, si mi vida se prolongase hasta el mediodía de mañana?

—Si llegas hasta el mediodía de mañana —respondió José—, dispuesto estoy a morirme yo.

—Pues prepárate a morir al pecado para vivir con Cristo, díjole el santo.

—Sé lo que quieres decir, y acepto, —contestó el médico—. Si duras hasta mañana, haré cuanto me digas.

Según las leyes naturales Basilio debería morir de allí a poco rato, pero pidió a Dios que le prolongase la vida hasta el día siguiente, y en efecto, al día siguiente, hacia las tres de la tarde, falleció. Pero unas horas antes de que el obispo falleciera, aquella misma mañana del día de su muerte, José, admirado, se convirtió. San Basilio, a pesar del gravísimo estado en que se encontraba, se levantó de la cama, se fue a la iglesia y bautizó al médico. Luego regresó a su casa, se acostó de nuevo y al poco rato expiró.

Este glorioso santo vivió el año 370 de nuestra era.

Capítulo XXVII

SAN JUAN LIMOSNERO

1. San Juan Limosnero fue Patriarca de Alejandría. Una noche, estando en oración, vio a su lado a una joven hermosísima, coronada de olivo. Sorprendido por su presencia, le preguntó:

—¿Quién eres?

La doncella le respondió:

—Soy la misericordia. Yo moví a bajar del cielo al Hijo de Dios. Tómame por esposa y verás qué bien te va.

De esta visión dedujo el santo que Dios había elegido el olivo como símbolo de su infinita piedad y que a través de aquella aparición le recomendaba el ejercicio de esta virtud; a partir de entonces practicó la limosna con tal generosidad que mereció el sobrenombre de *eleimon* o *limosnero*. A los pobres comenzó a llamarles *«mis señores»*. De él procede la costumbre introducida después entre los hospitalarios, de llamar sus señores a los necesitados.

Un día el santo patriarca convocó a los servidores de su casa y les dijo:

—Recorred la ciudad y tomad nota de todos mis señores, sin omitir en la relación el nombre de ninguno de ellos.

Como los criados no entendieran lo que con esa expresión quería decir, les aclaró:

—Cuando yo digo *mis señores*, me refiero a los que vosotros comunmente llamáis pobres. Estos son nuestros dueños y verdaderos protectores, puesto que nos ayudan a ser buenos y nos facilitan la entrada en el reino de los cielos.

2. Para mover a los fieles a la práctica de la limosna, en cierta ocasión contóles la historia siguiente:

Un día estaban varios mendigos tomando el sol al abrigo de una solana. En el curso de la conversación elogiaron a determinadas personas por la caridad que con ellos tenían y vituperaron a otras a quienes jamás recibían socorro alguno; entre éstas, mencionaron especialmente a un vecino de la

ciudad, recaudador de impuestos, llamado Pedro, hombre muy rico e importante, pero tan duro de corazón que no sólo nunca daba limosna a nadie, sino que cuando algún mendigo se acercaba a él en la calle o llamaba a las puertas de su casa, lo arrojaba lejos de sí con aspereza e indignación. Uno por uno, los pordioseros de la solana reconocieron que jamás habían recibido de tal sujeto el menor socorro. En medio de tales comentarios, uno de los pordioseros propuso a los otros:

—¿Qué apostáis a que ahora mismo voy yo a su casa y consigo que me dé algo?

Tras de apostar lo que fuera, el que hizo la proposición se separó de sus compañeros, se dirigió a la casa del recaudador y llamó a su puerta pidiendo limosna. El recaudador no estaba en casa; pero llegó a ella en el preciso momento en que uno de sus criados se disponía a entregar un pan al mendigo, y al ver a éste trató de alejarlo de allí a pedradas, como solía, mas, como no hallara a mano ninguna piedra, con visibles muestras de indignación arrebató el pan a su criado, y con todas sus fuerzas lo arrojó cual si fuera un guijarro contra la cabeza del pedigüeño. Este, con gran habilidad, esquivó el golpe cogiendo en el aire la hogaza, tras de lo cual echó a correr y regresó a reunirse con los otros pobres que habían quedado en la solana, y cuando llegó junto a ellos les dijo mostrándoles el pan:

—Ved lo que traigo; he ganado la apuesta.

Dos días después el racaudador cayó gravemente enfermo. Aletargado por la calentura perdió el conocimiento y entró en estado de delirio. Durante él parecióle que había muerto y que le estaban juzgando. He aquí lo que en semejante situación de inconsciencia creyó ver y oír: Unos individuos negros ponían en el platillo de una balanza todo el mal que en su vida había hecho; entre tanto, otros individuos blancos, vestidos con túnicas cuya albura superaba a la de la nieve, con semblante de tristeza, buscaban afanosamente algo que poner en el otro platillo para contrarrestar siquiera un poquito la carga que los negros gozosamente amontonaban en su bandeja. Después de mucho buscar en vano, uno de los individuos blancos dijo a sus compañeros: «Es inútil que sigamos buscando; este hombre no ha hecho nada bueno en toda su vida; pero se me ocurre una cosa: vamos a poner, a ver qué pesa, en el platillo de sus obras buenas, que está vacío, el pan que hace dos días, contra su voluntad y a la fuerza, proporcionó a Cristo». El individuo blanco, en efecto, colocó sobre la vacía bandeja el pan, y tan pronto como lo hizo el platillo descendió y quedó equilibrado con el otro, cargado con las obras malas que los negros habían puesto en él. Hecho esto, los blancos le recomendaron: «Procura agregar algo a este pan, porque si no lo haces los negros te llevarán con ellos». Cuando el enfermo salió de su letargo y recordó la pesadilla que había tenido, reflexionó y se dijo: «¡Tate! Si un pan arrojado con ira contra la cabeza de un pobre me ha reportado tanta utilidad, ¡qué provecho no obtendré entregándoles de buena gana todo lo que tengo!».

Al cabo de algún tiempo el enfermo sanó, y en cuanto se sintió suficientemente recuperado, púsose un traje muy rico y salió a dar un paseo. Al poco rato se acercó a él un náufrago y le pidió algo con que cubrir su desnudez. Pedro inmediatamente se despojó de su rico traje y se lo entregó. El náufrago tomó las ropas que su bienhechor le diera y con ellas en la mano fue prestamente a venderlas. Pedro, por su parte, como se había quedado desnudo, regresó rápidamente a casa y al llegar a ella vio con sorpresa que todo cuanto había dado al náufrago estaba colgado en el zaguán. No sabiendo como interpretar aquello, primeramente pensó varias cosas; pero luego, abatido de profunda tristeza, llegó al convencimiento de que el náufrago no había querido ponerse unas prendas recibidas de un ser tan vil e indigno como él.

Por la noche, estando dormido, soñó que veía a un hombre más luminoso que el sol, con una cruz sobre su cabeza, vestido con las ropas que por la mañana diera al náufrago y que le decía: —¡Pedro! ¿Por que lloras? El entonces refirió al misterioso sujeto la causa de su aflicción. Seguidamente el hombre luminoso le mostró las vestiduras que llevaba puestas y le preguntó: —¿Las reconoces? —Sí, señor— le respondió. El desconocido habló de nuevo y dijo: —En cuanto me las diste, me las puse. No sabes cuánto te agradezco tu generosidad, porque tenía mucho frío y tú me lo evitaste».

Por la mañana, al despertar y recordar lo que había soñado, exclamó:

—¡Benditos sean los pobres! ¡Prometo a Dios que no moriré sin haberme convertido en uno de ellos!

A partir de aquel día comenzó a distribuir sus bienes entre los mendigos. Incluso hizo más: llamó a uno de sus siervos que ejercía en su casa el oficio de escribano, le dio diez libras de oro y le dijo:

—Este dinero es para ti, compra con él lo que

quieras; pero ahora voy a encomendarte una misión muy secreta; si te niegas a ejecutarla o divulgas algo de lo que con ella se relaciona, te venderé a los bárbaros: Me llevarás contigo a la ciudad santa, y, como si fuera tu esclavo, en cuanto lleguemos a ella me venderás a cualquier cristiano que quiera comprarme y distribuirás entre los pobres el dinero que el comprador te diere por mi persona.

Como el criado se resistiese a aceptar el oficio de vendedor de su amo, éste le amenazó diciéndole:

—Te repito que si no lo haces, seré yo quien te venda a ti a los bárbaros.

Convencido el criado de que no le quedaba otra alternativa, accedió a lo que su señor le proponía; tomólo consigo, cual si fuera su siervo, y tal parecía con las pobrísimas ropas con que iba vestido, lo llevó a la ciudad y lo vendió a un prestamista por treinta monedas que seguidamente distribuyó entre los pobres.

En casa de su nuevo dueño, Pedro desempeñó los oficios más viles y soportó con edificante humildad los malos tratos de los otros criados que lo tenían por loco, se reían de él y lo golpeaban con frecuencia; pero Jesucristo se le aparecía y lo consolaba mostrándole las ropas que le había dado cuando socorrió con ellas al náufrago, y las demás cosas que había repartido entre los necesitados.

Entretanto, en la ciudad de Constantinopla, de donde Pedro era y en la que había ejercido su oficio de recaudador, el emperador y los nobles se lamentaban de haber perdido a un hombre tan importante. Mas he aquí que en cierta ocasión unos vecinos de la misma, amigos del prestamista a quien Pedro había sido vendido, fueron a los Santos Lugares en peregrinación, visitaron al prestamista y éste los invitó a comer. Estando sentados a la mesa, vieron al esclavo de su amigo, y comenzaron a cuchichear entre sí diciéndose unos a otros:

—¡Cómo se parece ese esclavo al señor Pedro, el recaudador!

Uno de los peregrinos, fijándose muy atentamente en el siervo, dijo a sus compañeros:

—No cabe duda: es él. Ahora mismo voy a buscarlo y os lo traigo aquí.

Pedro, advirtiendo que lo había visto y reconocido, disimuló, concibió inmediatamente la idea de huir y se dirigió a la puerta de la casa, que estaba habitualmente cerrada y custodiada por un portero sordomudo, al que era menester hablarle por señas para hacerse entender; pero Pedro, en esta ocasión, no le hizo seña alguna, sino que verbalmente le rogó que le abriera la puerta. El portero, no solamente le oyó, sino que comprobó que, además de oír, podía también hablar, y, tras de franquearle la salida, corrió al interior de la casa diciendo, emocionado, a cuantos hallaba al paso:

—¡Oigo y hablo! El esclavo que hacía de cocinero ha salido a la calle como si huyera de aquí. Yo creo que es un siervo de Dios, porque cuando me dijo *ábreme,* vi cómo de su boca salía una llama que llegó hasta mis oídos y hasta mi lengua, e inmediatamente empecé a oír y me di cuenta de que podía hablar.

Cuantos oyeron su relato quedaron maravillados. Los comensales salieron rápidamente a la calle en busca del esclavo, pero por más que buscaron e indagaron no pudieron dar con su paradero.

El amo y los criados, arrepentidos del mal trato que habían dado a tan santo varón, doliéronse de ello e hicieron penitencia.

3. Un monje llamado Vidal quiso comprobar si san Juan se dejaba influir por las habladurías de la gente y si era ligero o ponderado en sus juicios. Para averiguarlo hizo lo siguiente: se fue a la ciudad en que el santo vivía, tomó nota de las mujeres que en ella se dedicaban a la prostitución, y comenzó a visitar todos los prostíbulos a razón de uno cada día. Al entrar en los burdeles decía siempre a la prostituta: «Concédeme esta noche, pero de fornicar, nada». Seguidamente entraba en la habitación con la ramera, se retiraba a un rincón, postrábase en el suelo de rodillas, y en esa actitud, a escasa distancia de la cama en que la meretriz dormía, permanecía orando por ella hasta que amanecía. A la hora del alba, tras de encargar a la prostituta en cuya casa había pernoctado que no dijera nada a nadie de lo ocurrido, se marchaba.

Una de aquellas mujeres, faltando a la reserva que se le había pedido, manifestó públicamente que el monje, en vez de acostarse con ella, había pasado la noche entera rezando de rodillas en un rincón de la sala. Cuando Vidal se enteró de que aquella individua se había ido de la lengua, oró, y a partir de aquel momento la indiscreta meretriz comenzó a ser atormentada por el demonio. La gente, al verla, increpábala diciéndole: «Dios te ha castigado por tu mentira. ¿A qué otra cosa pudo haber ido ese corrompido monje a tu casa sino a lo que van todos?».

Cada tarde, a eso del obscurecer, Vidal se mar-

chaba de donde estuviera y decía a quienes le acompañaban:

—Os dejo, porque me espera tal o cual fulana.

A quienes le reprochaban su conducta libidinosa, les respondía:

—¿No tengo yo un cuerpo como los otros? ¿Acaso Dios ha prohibido solamente a los monjes hacer esto? Pues enteraos bien: los monjes somos hombres, como los demás.

Algunos le replicaban:

—Si no puedes guardar continencia, cuelga el hábito, cásate, desahoga tu concupiscencia con tu propia esposa y deja de una vez de escandalizar a la gente.

Vidal, fingiendo que se indignaba, les contestaba en tonos violentos:

—¡Dejadme en paz! No me interesan vuestros consejos ni me importan vuestros juicios; el que quiera escandalizarse, que se escandalice y se dé de coscorrones contra una pared. ¿Os ha constituido Dios en jueces de mi conducta? Cuidaos de la vuestra. Nadie va a pediros cuenta de lo que yo haga.

Todo esto lo decía a voces, para que lo oyeran los presentes y quienes por allí pasaban.

No faltaron quienes pusieron en conocimiento del santo patriarca la vida disoluta y licenciosa del monje; pero quiso Dios que el venerable obispo no diera crédito a lo que le decían ni tomara en consideración aquellas denuncias.

Por su parte Vidal rogaba constantemente al Señor que cuando él hubiese muerto se dignase revelar a alguien la verdad de todo aquel suceso para contrarrestar el mal efecto de las habladurías y evitar que su comportamiento, en apariencia tan deleznable, causara perjuicio, por escándalo, a la religión católica. El estimaba que estaba haciendo una cosa buena, puesto que con semejante procedimiento venía logrando que muchas de aquellas mujeres dejaran su pecaminosa profesión, se convirtieran y, arrepentidas de su pasado, ingresaran en algún monasterio, y en él terminaran santamente su vida.

Una mañana, al salir del prostíbulo en que había pasado la noche, cruzóse en la puerta del mismo con un hombre que en aquel momento entraba a fornicar, el cual, al ver a Vidal, diole una bofetada al tiempo que le decía:

—¡Crapuloso monje! ¿Hasta cuándo piensas seguir por este camino de inmundicias?

Vidal le respondió:

—Escucha lo que te digo: un día te devolveré esta bofetada tan ruidosamente que, al oírla, toda Alejandría se conmoverá.

En efecto, algunas fechas después, el diablo, disfrazado de moro, salió al encuentro de aquel hombre y en plena plaza diole un tremendo bofetón diciéndole:

—De parte del abad Vidal.

En aquel mismo momento el abofeteado quedó poseído del demonio y empezó a gritar y a moverse agitado por aparatosas convulsiones. Atraído por las voces que daba, acudió muchísimo público que se quedó allí, presenciando curioso, los extraños gestos y movimientos del endemoniado. También acudió Vidal, que oró por él y lo liberó de la posesión diabólica. El hombre aquel, una vez liberado del demonio, se arrepintió de sus pecados e hizo penitencia.

Estando Vidal ya muy enfermo, momentos antes de morir escribió una cédula en la que decía meramente esto: «No os fiéis de las apariencias». En cuanto se corrió la noticia de su fallecimiento, las mujeres de mala vida de Alejandría y las convertidas que la habían abandonado, unánimemente divulgaron la conducta que en sus casas había observado el monje. A raíz de esta divulgación, la gente de la ciudad comenzó a alabar a Dios y bendecir el nombre de Vidal. San Juan, por su parte, frecuentemente comentaba: «De buena gana hubiera recibido yo en mi rostro la bofetada que recibió el hombre de la plaza».

4. Un pobre, en hábito de peregrino se acercó a san Juan y le pidió limosna.

—Dale seis monedas, —dijo el santo a su mayordomo.

El pobre, en cuanto recibió las seis monedas de plata, se alejó de allí, cambió su ropa de peregrino por otra indumentaria, tornó a casa del patriarca y pidió nuevamente una limosna por amor de Dios.

—Dale seis monedas de oro, —ordenó el obispo a su mayordomo.

Dióselas el mayordomo, pero nada más marcharse el pedigüeño, advirtió al prelado:

—Padre, este pobre al que acabo de socorrer es el mismo al que socorrí antes. Ha cambiado de ropa para engañarnos; pero en poco rato le he dado limosna dos veces, porque así me lo has ordenado.

También san Juan habíase dado cuenta del truco, pero disimuló y calló como si no hubiese

advertido el engaño del mendigo ni oído el reproche del administrador.

Un rato después, el mismo pobre con una tercera ropa presentóse otra vez en casa del patriarca solicitando algún socorro. El mayordomo, antes de que el obispo hablara, hízole una seña, dándole a entender que ya tenían allí nuevamente y por tres veces en escaso tiempo al mismo sujeto. El santo, no obstante, dijo al tesorero:

—Dale doce monedas de plata. ¿Quién nos asegura que no es Jesucristo quien se oculta bajo esta apariencia? Pudiera ser que tratara de poner a prueba nuestra generosidad o de averiguar quién se cansa antes, si él de pedir o nosotros de dar. Por si acaso, socórrele.

5. En otra ocasión surgió un conflicto entre un noble patricio que quería emplear unos dineros de la iglesia en montar un negocio, y el santo patriarca, que pretendía distribuir aquellos fondos en limosnas. Discutieron, se acaloraron y se disolvió la reunión quedando ambos enojados uno con el otro. Aquel mismo día, hacia la caída de la tarde, san Juan envió a su arcipreste a casa del patricio y le encargó que de su parte le dijera: «Señor, el sol está a punto de ponerse». El patricio, que entendió el significado de aquella consigna, se conmovió, acudió llorando a ver al santo arzobispo y se reconcilió con él.

6. Un plebeyo injurió gravemente a un sobrino del santo. El ofendido sobrino se quejó ante su tío del agravio que el plebeyo le había inferido. Tan herido en su honor se sentía y tan alterado se mostraba que, por más consideraciones que el patriarca le hacia para devolverle la tranquilidad, no lograba sosegarle.

Por fin san Juan dijo a su sobrino:

—¿Cómo ese hombre se ha atrevido a injuriarte y a abrir su boca para ofenderte? Yo te aseguro, hijo mío, que a pesar de que soy tan poca cosa hoy mismo tomaré sobre tu ofensor tales medidas que toda esta ciudad de Alejandría quedará impresionada.

Al oír esto, el atribulado sobrino pensó que su tío mandaría azotar públicamente al plebeyo, y se sosegó. El patriarca, viéndolo ya tranquilo, lo abrazó, lo besó y le dio este consejo:

—Si quieres comportarte como un auténtico sobrino de este pobre tío tuyo, debes mostrarte dispuesto a aceptar contrariedades y molestias, vengan de donde vinieren. El verdadero parentesco se funda más en la afinidad de los sentimientos y de las ideas que en la consanguinidad o comunidad de carne.

Seguidamente el santo arzobispo llamó al ofensor y le comunicó que a partir de aquel día y en adelante quedaba exento del pago de impuestos y tributos al patriarcado. Cuando la gente se enteró de esto, admiró todavía más a su patriarca y comprendió el sentido de las palabras que pronunció cuando tranquilizó a su sobrino: «tomaré tales medidas sobre tu ofensor que toda esta ciudad de Alejandría quedará impresionada.»

7. En el Imperio existía de antiguo la costumbre de que, tan pronto como un emperador era coronado, se presentaran ante él los encargados de construir su mausoleo mostrándole diferentes tipos de metales y trozos de mármol de diferentes colores para que eligiera los materiales con que deberían construir su sepulcro. Cuando san Juan fue promovido a la sede patriarcal de Alejandría determinó hacer algo parecido: ordenó que comenzara a labrarse su sepulcro, pero que lo dejaran inacabado de tal modo que pudiera concluirse después de que él hubiese fallecido. Mandó también que, en todas las festividades en que el clero solía asistir en corporación a saludarle, el presidente de la clerecía en presencia de todos le dijera: «Señor, tu sepultura está sin terminar; procura que la terminen, porque la parábola evangélica nos advierte a todos que debemos tener las cosas preparadas ya que ni el ladrón ni la muerte avisan con antelación la hora de su llegada».

8. Un hombre rico tuvo oportunidad de ver por sí mismo cuán pobre y vil era el ajuar que san Juan tenía en su casa. Sabíase que lo bueno que hubiera habido anteriormente en ella habíalo repartido el santo entre los necesitados. Movido, pues, por los mejores deseos, este hombre adinerado envió al arzobispo un juego muy valioso de sábanas y mantas. Cuando el austero prelado se acostó y cubrió con tan excelentes ropas, sintióse desasosegado en tal manera que no fue capaz de dormir absolutamente nada en toda la noche, obsesionado con la idea de que con el precio de aquel equipo podrían comprarse mantas suficientes para que trescientos señores suyos, es decir, trescientos pobres, se defendieran del frío. «¡Cuántos se habrán quedado hoy sin cenar!, se decía, sin poder conciliar el sueño. ¡Cuántos estarán a estas mismas horas, a la intemperie, calados por la lluvia! ¡Cuántos, ateridos por la inclemencia del tiempo, pasarán la noche entera dando diente con diente,

con sus estómagos vacíos!». Hablando consigo mismo, hacíase estos reproches: «Tú, en cambio, antes de acostarte, te atiborraste de peces; y ahora, a pesar de tus pecados, te encuentras en una buena cama y te tapas con ropas que han costado treinta y seis monedas de plata! ¡Esto es intolerable! ¡El indigno Juan no volverá a cobijarse bajo estos lujos!».

A la mañana siguiente mandó vender el equipo de cama y distribuir entre los pobres el dinero obtenido. Cuando el hombre que le había hecho aquel regalo se enteró, inmediatamente compró otro equipo semejante al anterior, fue a ver al arzobispo y se lo entregó personalmente, rogándole que no lo vendiera, sino que lo usara. El santo lo aceptó, pero aquel mismo día lo vendió y distribuyó entre los menesterosos el dinero que por él le dieron. Enteróse el donante, localizó las ropas últimamente enajenadas, las recompró y las llevó otra vez al patriarca, diciéndole en tono festivo:

—Ya veremos quién puede más de los dos: tú vendiendo y yo recomprando.

El arzobispo, siguiendo la broma, le contestó:

—Vamos a divertirnos mucho con este juego completamente lícito, puesto que no constituye pecado alguno despojar a los ricos de lo que les sobra para repartirlo entre quienes lo necesitan; pero, además de divertirnos, ambos ganaremos en cada una de estas partidas: tú, porque salvarás tu alma; y yo, porque Dios me recompensará abundantemente las limosnas que me ayudas a hacer.

9. En su deseo de aficionar a los hombres a la práctica de la limosna, frecuentemente les recordaba estas dos anécdotas protagonizadas por san Serapión:

Yendo este santo monje de camino, salióle al encuentro un pordiosero. Como no tenía a mano ni dinero ni comida para socorrerle, despojóse de su manto y se lo dio. Más adelante se encontró con otro mendigo aterido de frío: san Serapión se quitó su túnica y se la regaló, quedándose enteramente desnudo y sin llevar encima otra cosa que un ejemplar de los evangelios. No pareciéndole decoroso continuar caminando en aquella situación, sentóse en un lugar discreto. Al poco rato pasó por allí un conocido suyo, quien al verle sin ropa alguna, le preguntó:

—Padre, ¿quién te ha despojado de tu hábito y te ha dejado en cueros?

El santo, mostrándole el ejemplar de los evangelios, le contestó:

—Este libro.

En otra ocasión el mismo santo, queriendo socorrer a un hombre que necesitaba algún dinero con urgencia, no teniéndolo él ni de donde sacarlo, vendió el ejemplar de los evangelios que siempre llevaba consigo y entregó la cantidad que le dieron al necesitado. Posteriormente encontróse con un conocido, quien al verle sin el libro que constantemente tenía en sus manos, le dijo:

—¡Qué raro resulta verte sin tu libro! ¿Dónde lo has dejado?

San Serapión le respondió:

—Ya no lo tengo. El mismo me mandó que lo vendiera y lo vendí.

Como el hombre aquel no comprendiera el sentido de la respuesta, el santo añadió:

—Así es, como te lo digo. En este libro hay un mandato que dice: *«Vende lo que tengas y dalo a los pobres»*. ¿No es cierto que manda eso? ¿No es cierto que yo lo tenía a él? Luego también es cierto que él me mandó que lo vendiera.

10. Un día, yendo san Juan de viaje, acercóse a él un pobre y le pidió limosna. El arzobispo mandó a su mayordomo que le diera cinco denarios y el mayordomo, se los dio; pero al mendigo parecióle la limosna escasa, se indignó y empezó a injuriar al patriarca y a proferir contra él toda clase de insultos. Los fámulos del prelado reprocharon al pobre su actitud; mas como éste insistiera en sus denuestos trataron de arrojarle de allí y hasta intentaron golpearle. El santo salió en defensa del mendigo, exigiendo a sus criados que se estuvieran quietos, diciéndoles:

—Dejadle hablar; dejadle que me maldiga; sesenta años llevo yo ofendiendo a Cristo con mis obras; no me parece injusto que siquiera por una vez alguien me ofenda a mí.

A continuación mandó que bajasen de la acémila las alforjas de las provisiones, que las pusieran delante del mendigo e invitó a éste a que tomara de ellas cuanto quisiere.

11. Otra vez sucedió lo siguiente: estaba el santo oficiando la misa. Al teminar el evangelio, cuando se disponía a iniciar la homilía, la mayor parte de la gente se salió de la catedral con intención de quedarse charlando en la plaza y de entrar de nuevo cuando la homilía hubiese concluido. El arzobispo salió también y se sentó entre el público. Como algunos se extrañaran y le preguntaran por qué hacía aquello, él les contestó:

—¡Hijos! El pastor debe seguir a sus ovejas. Así pues, una de dos: o entráis de nuevo en el templo

y yo entraré con vosotros, o si os quedáis aquí, aquí también me quedaré yo.

Este caso se dio no sólo una vez, sino varias, y el santo, mediante ese procedimiento, consiguió corregir la mala costumbre que la gente tenía de salirse de la iglesia al comienzo de los sermones.

12. Un joven raptó a una monja. Los clérigos del lugar denunciaron el hecho ante el patriarca y trataron de convencerlo de que debería excomulgar al raptor puesto que había causado un gravísimo perjuicio a dos almas: a la suya propia y a la de la monja raptada. El santo, tratando de aplacar a los excitados denunciantes y de moderar sus pretensiones de que excomulgara a los delincuentes, les dijo:

—¡Calma, hijos míos, calma!, que también vosotros ahora mismo estáis cometiendo dos pecados: uno, al conculcar el precepto del Señor que dice textualmente: *«No juzguéis si no queréis ser juzgados»;* y otro, al incurrir en presunción temeraria; porque a vosotros no os consta que entre el raptor y la raptada se haya dado trato carnal; y aún en el supuesto de que se hubiese dado, no sabéis si se han arrepentido ya de ello o no.

Frecuentemente, cuando estaba en oración, entraba en estado de éxtasis y se le oía decir confiadamente, cual si entre Jesucristo y él mediara alguna apuesta: «Está bien, Señor; vamos a ver quién se cansa antes, si yo de dar o tú de proporcionarme con qué dar».

Próximo a morir, abrasado de fiebre, exclamó: «Gracias te doy, Dios mío, porque bondadosamente me has concedido lo que tantas veces te pedí: que a mi muerte me encontrase tan pobre que no hubiese en la caja cantidad alguna. Cierto que ahora mismo hay en ella una sola moneda; pero cierto también que inmediatamente va a ser entregada a un pobre».

Muerto el santo, cuando se disponían a inhumar su cadáver al lado de dos obispos que en tiempos pasados habían sido sepultados en sendas tumbas contiguas, los cuerpos de estos prelados se corrieron por si mismos, el de uno hacia la derecha y el del otro hacia la izquierda, dejando entre ellos, en el centro, un sitio desocupado, dando a entender con este gesto que san Juan debía ser enterrado honoríficamente en medio de ambos.

Pocos días antes de su muerte supo san Juan que vivía en la ciudad una mujer que había cometido un pecado gravísimo y que no se atrevía a confesarlo a nadie. En seguida el santo arzobispo la llamó y le dijo:

—Si no te sientes con ánimo bastante para declarar verbalmente el pecado que has cometido, puesto que sabes escribir, escríbelo en una cédula, dóblala, séllala y tráemela a mí; yo rogaré por ti y Dios te perdonará.

Pareció bien esto a la mujer, y así que regresó a su casa, escribió su pecado en una carta, la cerró y personalmente se la entregó al propio patriarca. Unos días después éste murió. La mujer se turbó mucho pensando que acaso el arzobispo, antes de fallecer podría haber dado aquella carta a alguna persona para que se la devolviera a ella, y que tal persona pudiera haberla abierto, leído y conocido el relato de su pecado. Hondamente preocupada y pesarosa de haber escrito una carta tan comprometedora, acudió al sepulcro del santo y allí desahogó su pena diciendo entre copiosas lágrimas: «Quise preservar mi fama y yo misma labré mi pública deshonra». Llorando amargamente suplicó a san Juan que le hiciera saber dónde había dejado aquella carta o a quién se la había entregado, para cuanto antes tratar de recuperarla. De pronto la preocupada mujer vio como el venerable patriarca, revestido de pontifical, salía del sepulcro acompañado de los dos obispos entre los que había sido enterrado y le decía: «¿Por qué turbas de esta manera mi reposo y el de estos dos venerables prelados y no nos dejas dormir en paz? Has estropeado nuestros ornamentos de tanto llorar sobre ellos». Seguidamente sacó de entre sus vestiduras la carta cerrada, tal como ella se la había entregado, con los sellos que garantizaban la inviolación de su secreto completamente intactos, se la dio y le dijo: «Rompe esos sellos, ábrela y léela». Hízolo así la mujer, y halló que el pecado que ella escribiera en la cédula estaba totalmente borrado y que debajo de los desaparecidos renglones, había una inscripción que decía: «Por las oraciones de mi siervo Juan tu pecado ha sido perdonado». La mujer dio infinidad de gracias a Dios por este beneficio, y mientras ella oraba, san Juan y los otros dos obispos tornaron a su sepultura.

San Juan vivió hacia el año 605, en tiempos del emperador Focas.

Capítulo XXVIII

LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO APÓSTOL

El mismo año en que murió Cristo y san Esteban fue lapidado ocurrió la conversión de san Pablo. Lo de «el mismo año» debe entenderse, no a tenor del cómputo del calendario, sino en el sentido de que entre la muerte del Salvador y la conversión del apóstol transcurrieron menos de doce meses. Cristo fue crucificado un 25 de marzo; cinco meses después fue martirizado san Esteban y otros cinco meses más tarde, el veinticinco de enero, tuvo lugar la conversión de san Pablo.

¿Por qué celebra la Iglesia la conversión de este santo y no la de otros? A esta pregunta suele darse la siguiente respuesta: porque en la conversión de este apóstol concurrieron tres circunstancias que hicieron de ella un acontecimiento verdaderamente excepcional. Esas tres circunstancias fueron: su extraordinaria ejemplaridad, el gozo que el hecho produjo en los primeros cristianos, y el milagro que en tal ocasión ocurrió.

Su extraordinaria ejemplaridad: ningún pecador, por mucho que haya pecado, debe dudar de la posibilidad de su conversión si considera que este hombre, responsable de tan graves culpas, inmediatamente después de convertirse fue enriquecido con gracias abundantísimas de Dios.

El gozo que el hecho produjo en los primeros cristianos: grande era la aflicción de la Iglesia primitiva al verse perseguida con tanta saña por Saulo; pero su alegría fue aún mayor que la pena al comprobar que quien ansiaba su exterminio se convertía de pronto en su aliado y defensor.

El milagro que en tal ocasión se produjo: milagro y muy grande por cierto fue que el que hasta entonces había sido obstinadísimo perseguidor de la doctrina cristiana se convirtiera de repente en su fidelísimo propagador. Triplemente milagrosa fue la conversión de Saulo: por razón de quien la produjo, por razón del modo como se produjo y por razón del sujeto en quien se produjo.

I. *Por razón de quien la produjo*

Prodújola Jesucristo, y prodújola poniendo de manifiesto, en semejante ocasión, tres admirables atributos suyos: su poder, su sabiduría y su clemencia.

Primero: su poder. El poder admirable del Señor quedó demostrado, tanto al decir a Saulo *«duro es para ti dar coces contra el aguijón»*, como al transformarlo repentinamente en otro hombre. Tan radical fue el cambio que se operó en Saulo, que éste respondió a Cristo: *«Dime Señor: ¿qué es lo que quieres que haga?»*. Comentando estas palabras escribe Agustín: «El cordero degollado por los lobos convirtió a los lobos en corderos. ¡Ved cómo quien hasta encontes mismo se pertrechaba para perseguir, se dispone a obedecer!».

Segundo: su admirable sabiduría púsose de manifiesto al desinflar la hinzachón de la soberbia del perseguidor, presentándose ante él, no desde la altura imponente de su infinita majestad, sino desde la llanura de su condición humana. *«Yo soy Jesús Nazareno; es a mí a quien realmente persigues»*, le dijo. La Glosa comenta: «No hace constar que es Dios o el Hijo de Dios, sino que para invitarle a que se despojara de las ínfulas de su soberbia le muestra el lado más débil y humilde de su ser: el de su condición humana».

Tercero: su admirable clemencia se manifestó convirtiendo a quien le estaba persiguiendo y abrigaba el propósito de seguir haciéndolo, puesto que en aquel preciso momento el perseguidor, animado por las peores intenciones, *«vomitaba amenazas y trataba de hacer una carnicería entre los cristianos»*, dice el texto sagrado. Tengamos en cuenta que nadie lo había invitado a colaborar en aquella causa, sino que él por propia iniciativa se había asociado a ella y solicitado licencia de los príncipes de los sacerdotes para hacer lo que hacía; pues bien, a pesar de que se hallaba enfrascado en plena campaña persecutoria y de que a la sazón iba a la caza de cristianos para prenderlos y llevarlos amarrados a Jerusalén, y a pesar de que el objeto de su viaje a Damasco no podía ser más vituperable, Je-

sucristo, impulsado por su divina misericordia, lo convirtió.

II. *Por razón del modo como se produjo.*

Milagrosa fue también esta conversión desde el punto de vista del procedimiento que Jesucristo siguió para producirla, que fue mediante una iluminación súbita, inmensa y celestial. Que la iluminación fue súbita, lo dice el texto sagrado: *«Saulo quedó de repente ofuscado por una luz».* Tres vicios principalmente dominaban a la sazón el ánimo de Saulo, y a impulsos de ellos obraba en aquella campaña de persecución contra los cristianos: la soberbia, la audacia y la obcecación. A su audacia se refiere el Sagrado Libro cuando dice: *«Solicitó licencia de los príncipes de los sacerdotes,* etc.». «No es, comenta la Glosa, que los príncipes de los sacerdotes lo llamaran, sino que él, por propia iniciativa y espontáneamente acudió a ellos». Su soberbia se infiere de estas palabras: «*Iba vomitando amenazas,* etc.». Que estaba obcecado y que su obcecación provenía de una interpretación material de la Ley, se deduce de lo que Cristo le dijo: *«Yo soy Jesús»,* «Yo soy, declara la Glosa, el Dios de los cielos, ese quien tú, con mentalidad judaica, crees muerto». Para vencer la audacia del perseguidor quiso el Señor que la luz con que lo ofuscó fuese súbita y le sumiese en un estado de terror; para abatir y hacer caer al suelo materialmente a hombre tan engallado y soberbio, quiso que fuese inmensa; y para sustituir su obcecación en la forma grosera de interpretar la ley, por una iluminación sobrenatural que le permitiera entender la palabra de Dios en su verdadero sentido, quiso que la iluminación fuese celestial.

También cabe decir que el procedimiento empleado por Cristo para convertir a Saulo fue milagroso, porque milagrosos fueron los tres elementos que en la conversión intervinieron, a saber: las palabras que se oyeron, la luz que iluminó la escena, y el poder divino que operó el cambio en el perseguidor.

III. *Por razón del sujeto en quien se produjo*

El sujeto fue Pablo; sujeto pasivo, no de un milagro, sino de tres, puesto que tres fueron las obras exteriores milagrosas que Cristo realizó en él en la escena de su conversión: la caída del caballo, la ceguera de sus ojos y el ayuno que observó durante tres días consecutivos.

Cayó al suelo, derribado del caballo, para que tuviera ocasión de alzarse interiormente cambiado. Sobre esto escribe Agustín: «Rodó por tierra Pablo, para que quedase ciego: quedó ciego, para ser interiormente iluminado; fue interiormente iluminado, para convertirse en apóstol; y fue convertido en apóstol, para que diese testimonio de la verdad». Del mismo santo doctor es este otro texto: «El que era cruel, cayó y se trocó en creyente; el que era lobo, cayó y se transformó en cordero; el que era perseguidor, cayó y se convirtió en predicador; el que era hijo de perdición, cayó y se levantó mudado en vaso de elección».

Quedó ciego para que su entendimiento, hasta entonces immerso en tinieblas, fuese iluminado. La Escritura dice que durante los tres días que permaneció sin vista fue catequizado e impuesto en la doctrina del Evangelio. Esa doctrina llegó hasta él, no mediante magisterio directo o indirecto de hombre alguno, sino, como él asegura, por revelación inmediata de Jesucristo. A propósito de esto escribe Agustín: «Tengo a Pablo por verdadero atleta del Señor, adoctrinado por El, lleno de El, crucificado con El, participante de la gloria de El».

Ayunó durante tres días consecutivos y maceró su cuerpo para convertirlo en colaborador de las buenas obras de su alma; y lo consiguió, pues lo dejó dispuesto para ser excelente compañero del espíritu en la realización de toda clase de actos virtuosos, y para que se comportara correctamente en las más variadas circunstancias.

De san Pablo dice el Crisóstomo: «Los tiranos y las multitudes enfurecidas parecíanle mosquitos; a los tormentos, a todos los suplicios imaginables y hasta a la misma muerte, no daba más importancia que la que pudiera dar a los juegos de los niños; soportó las contrariedades con esforzado ánimo; como diademas gloriosas fueron para él las ligaduras con que lo encadenaron; sintióse más satisfecho con las torturas que otros con los regalos».

La caída, la ceguera y el ayuno del apóstol pudieron tener en el plan divino carácter de contraste o de oposición respecto de las tres actitudes adoptadas por nuestro primer padre: Adán, arrogantemente, se alzó contra Dios, y Pablo cayó derribado al suelo; a Adán se le abrieron los ojos y a Pablo se le cerraron; Adán comió del fruto prohibido y Pablo se abstuvo durante tres días de todo alimento.

Capítulo XXIX

SANTA PAULA

Fue Paula una nobilísima señora romana. San Jerónimo escribió su vida de la siguiente manera:

1. «Aunque todos mis miembros se convirtiesen en lenguas y aunque utilizase todas esas lenguas para hablar, no conseguiría expresar dignamente lo mucho que habría que decir acerca de las virtudes de esta venerable mujer, que si fue ilustre por su cuna, lo fue después todavía más por su santidad, y si durante algún tiempo destacó por el poderío derivado de sus cuantiosas riquezas, ahora es incomparablemente más insigne por la vida de pobreza que posteriormente abrazó en aras de su amor a Jesucristo.

Pongo por testigos a Jesús, a los santos ángeles y en especial al de su Guarda, compañero permanente de esta admirable mujer, y en presencia de ellos hago constar que cuanto aquí digo acerca de ella no lo digo a la ligera, ni exagero para más alabarla; no sólo no exagero, sino que me quedo muy por debajo de lo que habría que decir.

Para conocimiento del lector voy a hacer una breve exposición de sus virtudes:

Distribuyó todos sus bienes entre los pobres, y se convirtió en más pobre que ellos. Así como los destellos de una piedra preciosísima son superiores a los de las demás piedras preciosas, y los rayos del sol prevalecen sobre los de las otras estrellas y los obscurecen, así también ella, con el intenso fulgor de su humildad, eclipsó el brillo de las virtudes de quienes vivían a su lado, y a pesar de sus empeños por pasar inadvertida, por mostrarse insignificante y de querer ser la última en todo, en todo fue principal y notabilísima, porque cuanto más se abajaba, más la exaltaba Jesucristo. Se escondía, pero no lograba ocultarse; huía de la vanagloria, mas sobre ella descendía la gloria verdadera, porque del mismo modo que los cuerpos producen sombra, la santidad produce honor. Ella, sin embargo, se alejaba de quienes trataban de honrarla y se acercaba a quienes la despreciaban.

Tuvo cinco hijos: Blesilla, que murió estando su madre todavía en Roma; en aquel trance yo prodigué a Paula palabras de consuelo; Paulina, que nombró heredero de sus bienes y ejecutor de sus piadosas mandas a su admirable y santo marido Panmaquio, al que yo dediqué un librito que compuse sobre la muerte de su esposa; Eustoquio, ésta vive actualmente en los Santos Lugares y constituye un precioso ornamento de la Iglesia y del estado religioso de la vírgenes consagradas a Dios; Rufina, que con su muerte prematura desgarró de dolor el corazón de su madre; y finalmente Toxocio, que nació el último. Después de éste no tuvo más, porque a raíz de su nacimiento renunció definitivamente a las relaciones conyugales aceptadas en los años precedentes por complacer a su esposo que deseaba muy de veras tener un hijo varón.

Cuando murió su marido lo sintió tanto que a punto estuvo de morir ella también. Inmediatamente después de la muerte de su esposo se consagró al Señor y lo hizo tan prestamente que cualquiera podía haber pensado que estaba deseando quedarse viuda para dar aquel paso.

2. ¿Qué voy a decir de las cuantiosas riquezas que había en aquella casa, tan amplia, tan señorial y opulentísima, y que casi en su totalidad ella distribuyó entre los pobres?

Impresionada por los ejemplos de virtud que vio en Paulino, obispo de Antioquía, y en Epifanio, llegados por entonces a Roma, determinó abandonar su patria lo más pronto posible.

No me detengo en relatos minuciosos; digo simplemente, abreviando, que, decidida a marcharse de Roma, se dirigió al puerto. Para despedirse de ella, y sobre todo para ver si conseguían apartarla de su propósito, la acompañaron un hermano suyo, varios parientes, algunas personas amigas y, por supuesto, también sus hijos. Estos principalmente, apelando a toda clase de recursos, trataron con suma vehemencia de influir en el ánimo de su clementísima madre con vistas a conseguir que volviera sobre sus pasos y retornara a Roma.

Cuando la nave, con sus velas desplegadas, impulsada por los remeros se apartó del muelle e inició su navegación, el pequeño Toxocio, desde el embarcadero, tendió sus brazos, en actitud de súplica hacia su madre. Rufina, a la sazón, en edad núbil, anegada en llanto, sin poder apenas articular sus palabras, rogábale entre clamorosos sollozos que esperara siquiera hasta que ella se casase. Paula, sin derramar una sola lágrima, respondía a estos apremios levantando significativamente sus ojos al cielo, dándoles a entender que anteponía el amor a Dios al de sus hijos y que si era madre, también —y por encima de todo— era sierva de Jesucristo. Exteriormente mostrábase serena, pero por dentro sentía un dolor tan vivo cual si a tirones le estuvieran arrancando el corazón. No obstante, recurriendo a su inmensa fe logró mantenerse fuerte y soportar tan dura situación. Alguien podría pensar que aquella mujer estaba obrando contra las leyes de la naturaleza, y más si hubiese podido conocer la espiritual alegría que inundaba su alma; pero aquel gozo interior provenía de la firme convicción de que estaba ganando una batalla muy difícil y demostrándose a sí misma que era capaz de sacrificar el amor que sentía hacia sus hijos en aras del amor a Dios. Entre todos sus parientes, solamente su hija Eustoquio, que viajaba con ella y como ella pensaba consagrarse también a la vida religiosa, le daba la razón.

Todos los pasajeros de la nave tenían sus ojos clavados en el muelle, del que se iban alejando a medida que el barco avanzaba hacia el interior del mar. Paula, sin embargo, contenía su mirada y la apartaba del puerto para no ver a los hijos que en él dejaba, porque viéndolos se le recrudecía su dolor.

El procónsul de Palestina, que conocía mucho a la familia de la ilustre dama, en cuanto ésta llegó a Tierra Santa encargó a sus subalternos que prepararan a toda prisa una magnífica villa para que sirviera de alojamiento a tan noble señora; pero Paula rehusó el ofrecimiento y se alojó en una modesta celda.

¡Con qué fervorosa devoción recorrió todos los lugares que guardaban alguna relación especial con Jesucristo! Cuando llegaba a alguno de ellos, en él se hubiera quedado permanentemente, de no habérselo impedido su deseo de visitar los restantes. En el Calvario, postrada en tierra, miraba absorta la Cruz, como si viera todavía clavado en ella al Señor. En el lugar del Sepulcro besó una y otra vez la piedra que sirvió de puerta al monumento y que los ángeles removieron para testimoniar la resurrección del Redentor y, como si tuviera sed del agua de la fe, apretó sus labios contra el poyo en que estuvo tendido el cuerpo muerto de Cristo. Toda la ciudad de Jerusalén fue testigo, y lo fue sobre todo el Señor, a quien incesantemente adoraba, de las lágrimas, gemidos y dolor con que recordó cada una de las escenas de la Pasión. Después marchó a Belén, entró en la Cueva del Salvador, recorrió aquel humildísimo alojamiento de la Virgen, y delante de mí juró que con los ojos de la fe estaba viendo al Niño Jesús envuelto en pañales reclinado en el pesebre y oyendo sus vagidos, y que veía también a los Magos en actitud de adorar al Señor y la estrella brillando sobre la gruta, y a la Virgen Madre, y al solícito padre, y a los pastores que acudieron durante la noche a visitar al Hijo de Dios hecho hombre; y que parecíale que recitaban estas palabras de san Juan: *«Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo se hizo carne»;* y que veía también a los niños degollados, y a Herodes lleno de saña, y a José y a María huyendo a Egipto. Después, Paula, profundamente emocionada y llorando de alegría exclamó: «¡Salve Belén, casa de pan en la que nació el pan bajado del cielo! ¡Salve, Efrata, tierra feracísima de divina fertilidad! ¡Con cuánta razón David refiriéndose a ti: *«Entraremos en su campamento y lo adoraremos en el mismo lugar que hollaron sus pies»*! ¡Qué dicha la mía! A pesar de que soy miserable pecadora, Dios me ha concedido la gracia de besar este pesebre en el que el Niño Jesús estuvo reclinado y lloró, y la de orar en esta cueva en la que la Virgen dio a luz al Señor! ¡Aquí viviré en adelante, porque este es el lugar que el Salvador eligió para nacer!».

3. Vivía con tanta humildad que, si quienes la conocieron en otros tiempos la hubiesen visto entonces, no hubieran podido imaginarse que se trataba de la misma persona, y habrían tomado a aquella mujer por una criada de ínfima categoría al servicio de aquel grupo de vírgenes; porque, efectivamente, en el vestir, en el hablar, en su aspecto exterior, en su modo de proceder y en todo lo demás, se conducía cual si fuera una criatura insignificante.

Desde que falleció su esposo hasta su propia muerte, jamás comió en compañía de hombre alguno por muy santo que fuese, ni siquiera con sacerdotes u obispos; ni accedió a ir a baños, a no

ser en casos de enfermedad; ni durmió sobre colchón más que cuando su salud, seriamente quebrantada por altísimas fiebres, no le permitió dormir sobre el cilicio extendido en el duro suelo en que ordinariamente se tendía para descansar, si descansar puede llamarse a pasar la mayor parte de cada noche entregada a la oración tras de haber pasado orando la mayor parte del día.

Quien oyera sus lamentos por haber incurrido en pequeñas imperfecciones podía pensar que hubiese cometido gravísimos pecados. Derramaba tantas lágrimas por faltas de suyo leves, que yo tuve que intervenir varias veces diciéndole que no llorara de aquella manera, porque iba a perder la vista, y traté de hacerle ver que debería cuidar sus ojos para poder seguir leyendo las Sagradas Escrituras; pero a esto ella me contestaba: «Yo más bien creo que tengo obligación de mortificar esta cara que en tiempos pasados, contra la voluntad del Señor, acicalé con pinturas, ungüentos y pomadas; y de castigar mi cuerpo, al que en mi vida anterior concedí demasiados regalos; y de neutralizar con mi llanto de ahora las risas y alegrías de los años de atrás y con ásperos cilicios las sedas y galas con que me adorné en mi juventud. Durante una época larga procuré agradar al mundo y a mi marido; hora es ya de que trate de agradar a Jesucristo».

No necesito detenerme en ponderar el aprecio que esta mujer, enriquecida con todo género de virtudes, hizo de la castidad. Baste decir que incluso cuando vivía en su casa fue un ejemplo para todas las mujeres de Roma; en esta materia observó una conducta tan limpia, que jamás la maledicencia se atrevió a mancillar la buena fama que en este terreno tenía.

De muy buen grado reconozco y confieso que yo incurrí en un error respecto de ella: cuando vivíamos en Roma, viendo cómo daba limosnas a manos llenas, juzgué que obraba pródigamente y traté de frenarla, recordándole las exigencias de la prudencia y citándole esta advertencia del Apóstol: *«Os estimulamos a ser generosos, pero no pretendemos que os desprendáis de vuestras cosas en favor de los demás hasta el punto de que os privéis de lo necesario. En esta materia es menester proceder con sentido de equidad; cierto que la abundancia de unos debe servir para socorrer la indigencia de otros; pero conviene obrar con cautela, porque si os despojáis repentinamente de todo, os incapacitáis para seguir ejerciendo ulteriormente la caridad».* A propósito de esto le dije otras muchas cosas. Tras oírme, me respondió con gran modestia y con palabras muy justas, medidas y adecuadas, que podía poner al Señor por testigo de que todos aquellos socorros los hacía en nombre de Dios, así como de que con toda su alma deseaba ser pobre, pero pobre de verdad, hasta el extremo de que tuviera que vivir de las limosnas ajenas solicitadas de puerta en puerta; y me aseguró que por amor de Dios y al prójimo continuaría distribuyendo su hacienda entre los necesitados, porque quería que a la hora de su muerte no hubiese en su casa absolutamente nada, y que su hijo, para enterrarla, tuviese que envolverla en una sábana que alguien le proporcionase por caridad; y al final añadió: — Cuando me vea sumida en estado de absoluta indigencia y precisada a vivir de la mendicidad, estoy segura de que no faltarán personas que me socorran; en cambio, si alguno de los pobres que llama a mi puerta muere de hambre porque yo, teniendo medios para ello, no lo atiendo, ¿no me pedirá Dios cuentas por haber permitido que su vida se tronchara?

Paula, en efecto, no deseaba emplear su dinero en piedras perecederas, es decir, en cosas terrenas y mundanas, tan transitorias y efímeras como la tierra y el mundo a que pertenecen; ella pretendía emplearlo en esas otras piedras a las que se refiere san Juan en el Apocalipsis cuando dice que con ellas está construida la ciudad del Rey celestial.

Fuera de los días de fiesta apenas si usaba aceite en sus comidas; cualquiera puede suponer que tampoco tomaba ni vino, ni licores, ni pescado, ni huevos, ni leche, ni miel, ni ninguna de esas cosas que resultan gratas al paladar, ni nada de todo eso de que suelen privarse los verdaderamente abstinentes para tener a raya la concupiscencia y asegurar la honestidad.

Conocí yo a un sujeto, malévolo, vil, muy dado a la murmuración, que en cierta ocasión, aparentando hipócritamente estar animado de buenas intenciones, le dijo que debería moderar sus austeridades, fortificar su cerebro y cuidarse más, siquiera para demostrar con su conducta que no estaba loca, como algunos malidicientes aseguraban; y sé que ella le contestó con estas palabras del Apóstol: *«Somos como actores que tenemos que representar un espectáculo ante el mundo, ante los ángeles y ante los hombres. A algunos de éstos acaso les parezcamos locos y puede que como locos nos comportemos por Cristo; pero este género de locura divina es a los ojos de Dios y en realidad, cordura mayor que la que puedan tener otras personas que presumen de sensatas».*

Primeramente fundó un monasterio para hombres y lo organizó de manera que ellos pudiesen gobernarse por sí mismos. Después fundó otros tres monasterios femeninos, reuniendo en sus recintos gran cantidad de doncellas y mujeres procedentes de muy diferentes países y de diversa condición social, porque, mientras unas pertenecían a familias muy acomodadas, otras eran de origen humilde. Aunque cada uno de estos tres monasterios femeninos funcionaba independientemente en lo relativo al trabajo y comidas, todas sus religiosas se congregaban a las mismas horas en el mismo templo para hacer sus oraciones oficiales en común y cantar las alabanzas divinas. Si entre todas aquellas mujeres surgían alguna vez conflictos o rencillas, ella, con unas cuantas palabras dulces y oportunas, las aplacaba y reconciliaba.

Procuraba que las jóvenes dominaran sus pasiones a base de ayunos y mortificaciones corporales. Entre otros, solía darles estos consejos: «Es preferible que os duela el estómago a que os duela el alma». «La excesiva limpieza del cuerpo y vestido, puede redundar en suciedad del espíritu.» «Cosas que entre los hombres del mundo se tienen por leves y hasta de ninguna importancia, en la vida monástica pueden constituir pecados muy serios.»

A las enfermas tratábalas con mucha benignidad; permitíales comer carne, y quería que no les faltara nada; pero si la enferma era ella, ni seguía ese procedimiento ni se concedía a sí misma ninguna dispensa; al contrario, la dureza con que se trataba contrastaba con la clemencia que usaba con las demás.

Voy a referir un caso del que fui testigo y en el que tuve alguna intervención: Un año, en el mes de julio, cuando el calor era verdaderamente insoportable, cayó gravemente enferma, aquejada de fiebres muy altas; tan altas, que creímos que se moría. Cuando por la misericordia de Dios pasó la gravedad, los médicos le dijeron que, en lugar de beber agua, que podía producirle hidropesía, bebiera un poco de vino blanco, porque además de calmarle la sed contribuiría a ayudarla a salir de la extrema debilidad en que su organismo se encontraba. Sin que ella se enterase, yo rogué al obispo Epifanio que tratara de pesuadirla, y si fuese menester de obligarla a que aceptase la prescripción médica de tomar vino en vez de agua. Pero como era muy lista e intuitiva, en cuanto Epifanio comenzó a indicarle la conveniencia de tener en cuenta el consejo que los médicos le habían dado, sospechó que yo había metido al obispo en aquel asunto y que cuanto le estaba diciendo decíaselo por indicación mía. El prelado pasó largo rato hablando con la enferma; yo, que le esperaba fuera, cuando salió de la habitación le pregunté por el resultado de la gestión que le había encomendado y él me respondió: «¿El resultado, dices? Pues helo aquí: Ha sido ella quien casi me ha convencido a mí de que, a pesar de ser viejo, haría bien dejando de tomar vino».

Fue una mujer muy sensible. Sufrió mucho con la muerte de sus familiares, sobre todo con la de sus hijos. En el fallecimiento de cada uno de éstos le ocurrió lo mismo que cuando murió su marido: que estuvo a punto de morir también ella de pena. En semejantes trances trató de superar su dolor trazando sobre su boca y su pecho la señal de la Cruz para que Dios le diera fortaleza, porque en su interior se libraba una dura batalla entre su fe y sus sentimientos de esposa y madre. Estos sentimientos eran tan vivos y de tal modo le desgarraban las entrañas, que parecía que iban a prevalecer sobre la reciedumbre de su espíritu cristiano.

Sabía de memoria las Sagradas Escrituras. Era muy aficionada a la historia, a la que calificaba de fundamento de la verdad. En la Biblia buscaba ante todo su sentido espiritual y a él se atenía para construir el edificio de la perfección de su alma.

Quienes miraron a esta mujer con cierta prevención puede que se resistan a creer lo que voy a referir: Como yo, desde mi niñez, he venido cultivando la lengua hebrea y a fuerza de mucho estudio y de constante esfuerzo he logrado dominarla y, para no perder lo que tanto me costó conseguir he continuado profundizando en su conocimiento y hablándola, quiso ella también estudiarla; y la estudió y la aprendió con competencia suficiente, no sólo para cantar los salmos en hebreo, sino incluso para expresarse en este idioma; y llegó a hablarlo tan correctamente que, en el curso de las conversaciones que en él mantenía, no necesitaba recurrir a ninguna palabra latina. También su hija Eustoquio, que vive todavía, habla perfectamente el hebreo.

Hasta aquí hemos navegado con viento favorable; la quilla de nuestra nave, convenientemente dirigida, ha surcado sin dificultad las aguas procelosas del mar; pero de ahora en adelante nuestra narración entra en un terreno sembrado de escollos; porque ¿quién será capaz de referir la muerte de Paula sin que broten las lágrimas de sus ojos?

Cayó gravísimamente enferma. Dicho de otra manera más apropiada vióse próxma a conseguir lo que tanto había deseado: decirnos adiós y unirse definitivamente al Señor. ¿Para qué detenerme en detalles cuya referencia prolongaría mi dolor y haría revivir en mí la honda pena que siento cada vez que recuerdo estas cosas? La más prudente de las mujeres presintió que la muerte se acercaba. Dábase perfecta cuenta de que parte de su cuerpo y de sus miembros estaban fríos y de que solamente le quedaba un soplo de vida en su sagrado y santo pecho. Entonces, abstrayendo de quienes la acompañábamos para poner su atención únicamente en la patria hacia la que caminaba, susurró estos versículos del Salmista: «*Señor: he amado el decoro de tu casa; he deseado ocupar un puesto en la mansión de tu gloria; he querido vivir bajo el toldo de tu amable campamento; he procurado ser siempre la última en la causa de mi Dios*». Anteriormente habíale hecho yo algunas preguntas y, como no me había respondido a ellas, roguéle que me dijera si tenía dolores. A esto me contestó diciéndome en griego que estaba muy tranquila y sosegada y que no sentía molestia alguna. Luego calló, cerró los ojos y, como si nada de este mundo le interesara, tornó a musitar versículos de los salmos, tan quedamente y tan por lo bajo que para percibirlos teníamos que aproximar mucho los oídos a sus labios. Susurrando trozos de salmos ininterrumpidamente estuvo, hasta que expiró.

A su entierro acudieron infinidad de personas procedentes de todas las ciudades de Palestina. Ni uno solo de los muchísimos monjes que vivían en ermitas apartadas, ni una siquiera de las innumerables vírgenes consagradas a Dios en monasterios o en celdas aisladas dejaron de acudir a sus exequias. Les hubiera parecido un sacrilegio no hallarse presentes en sus funerales o marcharse antes de que terminaran. Los restos de esta santa mujer fueron sepultados bajo el suelo de la iglesia, al lado de la gruta en que nació Nuestro Señor. Desde que falleció hasta que fue enterrada, su venerable hija, la virgen Eustoquio, abrazada al cuerpo de su madre, reclinaba la cabeza sobre su pecho, pegaba la cara a su cara, besábale los ojos, y sin apartarse ni un momento del cadáver de la santa pedíale a Dios que la llevara también a ella y que juntamente con su madre la enterraran.

Jesucristo es testigo de que aquella mujer no dejó a su hija en herencia ni una sola moneda, pero sí el encargo de que prosiguiera la obra que ella había venido realizando en favor de los pobres, y la más difícil de cumplir: que continuara sustentando a la innumerable multitud de ermitaños y de vírgenes que moraban en la región, empresa sumamente ardua, desde luego, pero que a Paula le parecía un impiedad liquidarla cuando ella faltara.

¡Adiós, Paula! ¡Ayuda con tus oraciones a este pobre viejo, ya tan anciano, que tanto te veneró, y tanto te recuerda!».

Capítulo XXX

SAN JULIÁN

El nombre de Julián, en latín *Julianus,* o procede de *jubilus* (júbilo) y de *ana* (encima), en cuyo supuesto equivaldría a *Jubilanus* y significaría aspirar gozosamente a cosas celestiales, o deriva de *julius* (incipiente) y de *anus* (vejez); en este caso connotaría dos ideas: la de comienzo, y la de continuidad prolongada, perfectamente encajables en la historia de este santo que en servicio de Nuestro Señor practicó la virtud de la longanimidad hasta el final de su vida, que por cierto fue larga, y que inició su carrera hacia la santidad procurando conocerse a sí mismo.

1. Existen varias opiniones acerca de la identidad de este santo, aunque todas ellas coinciden en reconocer que fue obispo de Mans.

Unos piensan que la persona designada en el santoral por este nombre es la de aquel Simón el Leproso curado de su lepra por Jesús cuando Este fue invitado por él a comer. El tal Simón, después de la Ascensión del Señor, habría sido nombrado obispo de Mans por los apóstoles, y tras una vida muy virtuosa en la que realizaría entre otros mu-

chos milagros los de resucitar a tres muertos, habría descansado en paz. Dícese que es a este san Julián al que suelen invocar los viajeros para que les proporcione buen alojamiento, por aquello de que él hospedó a Cristo en su casa. Pero parece que el san Julián al que se encomiendan los caminantes no es éste, sino otro, del que más adelante hablaremos, que por error mató a su padre y a su madre.

2. Hay un segundo san Julián, del que se cuenta lo siguiente:

Fue natural de Auvernia y de noble condición social, pero más noble aun por sus virtudes. Sus deseos de morir martirizado eran tan grandes que espontáneamente salía al encuentro de los perseguidores de los cristianos. En cierta ocasión, al enterarse de que el cónsul Crispino había ordenado a un emisario suyo que lo asesinara, fuese en busca de quien le buscaba y en cuanto lo halló le dijo:

—Aquí me tienes; mátame.

El sicario, sin dudarlo un momento, le segó el cuello con un golpe de su espada. Acto seguido, el asesino y sus acompañantes reçogieron la cabeza de Julián, la llevaron a casa de San Ferreol, amigo del mártir, y mostrándola al santo le dijeron que si no ofrecía sacrificios en honor de los ídolos, harían con él lo que habían hecho con el otro; y, en efecto, lo hicieron, pues al negarse san Ferreol a lo que le proponían, entonces mismo lo degollaron, enterrando seguidamente su cuerpo y la cabeza de san Julián en la misma sepultura.

Muchos años después de esto, san Mamerto, obispo de Viena, halló la cabeza de san Julián en manos de san Ferreol, pero tan completa e incorrupta cual si aquel mismo día la hubieran sepultado.

Entre los muchos milagros obrados por este san Julián, tuvieron especial resonancia estos dos:

En cierta ocasión un diácono intentó robar las ovejas de unos rebaños pertenecientes a la iglesia de este santo. Como los pastores trataran de impedírselo, díjoles con sorna el diácono:

—Julián no come carne de oveja; por tanto no necesita de estas reses.

Al poco rato, el diácono fue atacado de altísimas fiebres. En medio de su calentura confesó que había sido el santo mártir quien había introducido aquel fuego en sus entrañas, y rogó a quienes le cuidaban que arrojasen sobre su cuerpo cubos de agua. Hiciéronlo así, pero al hacerlo salieron de él tanto humo y tanto tufo que todos los presentes tuvieron que huir de allí porque no podían soportar ni la humareda ni el hedor en que se vieron envueltos. Momentos después el diácono falleció.

Este otro milagro lo refiere san Gregorio de Tours:

Un campesino se disponía a arar sus tierras sin importarle un ardite que aquel día fuese domingo, y al tomar una herramienta para afilar la reja de madera del arado, el mango de la segur con la que quería aguzar la reja se adhirió a su mano de tal manera que ni él ni otros, por mucho que lo intentaron, lograron separarlo de ella. Dos años permaneció en esa situación, hasta que en cierta ocasión estando en la iglesia de san Julián pidiendo al santo que lo redimiera de aquella pena, el hacha repentinamente se desprendió de su mano, y ésta recobró sus naturales movimientos.

3. Hay otro san Julián, hermano de san Julio. De este tercer san Julián se dice lo que sigue:

El y su hermano fueron a visitar al cristianísimo emperador Teodosio y le pidieron licencia para demoler todos los templos de los ídolos que hallasen en cualquier parte del Imperio y para edificar sobre sus solares iglesias en honor de Cristo. Teodosio no sólo les concedió de muy buena gana la licencia pedida, sino que incluso les dio una credencial autorizada con su firma en la que se hacía saber que todas las personas a quienes dichos hermanos acudiesen en demanda de ayuda para llevar a cabo esta empresa, estaban obligados a prestársela so pena de decapitación.

Un día, estando Julián, Julio y otros muchos reclutados por ellos trabajando en la construcción de un templo en un lugar llamado Gaudiano, pasaron por allí unos hombres con un carro, quienes al ver a los trabajadores comenzaron a comentar entre sí cómo se las arreglarían para poder continuar su camino y evitar que los obligaran a colaborar en aquel trabajo. A fuerza de cavilar convinieron en que simularían que llevaban un muerto. Uno de ellos tendióse boca arriba, en el suelo del carro; los otros lo cubrieron con mantas, insistiéndole en que cuando pasaran cerca de la obra debería mantenerse muy quieto, con los ojos cerrados y absolutamente callado. Momentos después, cuando los viajeros estaban ya muy cerca del sitio en que se estaba levantando la nueva iglesia, san Julián y san Julio salieron a su encuentro y les dijeron:

—¡Amigos!: ¡Deteneos! Haced un alto en vues-

tro camino y ayudadnos siquiera un rato en nuestra tarea.

Los transeuntes les respondieron:

—No podemos pararnos, porque en este carro llevamos un difunto.

San Julián se acercó a ellos y les dijo en tono serio:

—¡Hijos! ¿Por qué mentís de esta manera?

—No mentimos, señor, —contestaron los viajeros, y añadieron: —Os damos nuestra palabra de que es verdad lo que decimos.

—¡Bueno!, pues que sea verdad, —sentenció san Julián.

Los forasteros aguijonearon a los bueyes que tiraban del carro, y a toda prisa se alejaron de allí, y, cuando estuvieron a suficiente distancia como para que su juego no fuese advertido, llamaron por su nombre al que representó el papel de muerto y le dijeron:

—¡Ya puedes levantarte! Vuelve a tu sitio y acelera el paso de los bueyes; tenemos que recuperar el tiempo perdido y ver la manera de llegar a nuestro destino lo más pronto posible.

Como el aludido no se movió, acercáronse y le insistieron:

—Ya no es menester que sigas fingiendo. Levántate y procura que los bueyes vayan más a prisa.

En vista de que no se levantaba, sus compañeros tiraron de las mantas con que lo habían cubierto, lo zarandearon y cuál no sería su sorpresa al comprobar que estaba muerto de verdad.

Este suceso produjo en ellos y en todos los hombres de la región tal miedo, que en adelante nadie se atrevió a mentir al siervo de Dios.

4. Hay un cuarto san Julián, que por error mató a su padre y a su madre. Era de familia noble. Un día salió de caza, y, cuando iba corriendo tras de un ciervo, el acosado animal se volvió hacia el cazador y, porque así lo quiso Dios, le dijo: «¿Por qué me persigues de esta manera? Tú matarás a tu padre y a tu madre».

El joven quedó impresionado, tanto por oír hablar a un ciervo cuanto por la firmeza con que pronunció aquel terrible augurio, y, para evitar que pudiera cumplirse y hacerlo absolutamente imposible, abandonó clandestinamente el domicilio paterno y se marchó a vivir a una región muy lejana en la que sentó plaza de soldado alistándose en el ejército de un príncipe. En su nueva profesión se condujo tan diligentemente, así en tiempo de paz como de guerra, que el príncipe su señor le confió el desempeño de un alto cargo militar en su corte, lo casó con una viuda de muy encumbrada nobleza, y como regalo de bodas hízole donación de un castillo.

Los padres de Julián, desde el momento en que advirtieron la desaparición de su hijo, transidos de dolor, cerraron su casa y emprendieron una penosa peregrinación, de unas tierras a otras, con la esperanza de que preguntando por aquí y por allá pudiera dar con su paradero. En una de esas correrías fueron a dar al castillo de Julián. Hallábase éste a la sazón ausente, realizando una misión ocasional. Su esposa recibió a los forasteros, preguntóles quiénes eran y que querían. Respondiéronle ellos que andaban por el mundo recorriendo países y regiones en busca de un hijo que, sin que supieran por qué, años antes se había marchado de su casa. La esposa de Julián, comparando lo que los forasteros le decían con lo que su esposo le había referido, cayó en la cuenta de que aquel hombre y aquella mujer eran los padres de su marido, y en cuanto se convenció de ello los mandó pasar, los rodeó de atenciones, y hasta para mejor obsequiarlos ordenó a sus criadas que prepararan convenientemente la suntuosa cámara en que ella solía dormir con su esposo para que la ocuparan los recién venidos, y que ocasionalmente habilitaran un lecho en otra habitación del castillo en el que ella dormiría hasta el regreso del señor. Los padres de Julián, pues, durmieron aquella noche en el lujoso dormitorio de los dueños de la fortaleza.

La esposa de Julián, como de costumbre, se levantó antes de amanecer y se marchó a la iglesia. Mientras ella estaba en misa llegó su marido, se dirigió a la cámara conyugal para saludar a su mujer, y al entrar y ver el tálamo matrimonial ocupado por dos personas, creyendo firmemente que los acostados en él eran su esposa y otro hombre y que se trataba de un acto de adulterio, silenciosamente desenvainó su espada y degolló a los que a su juicio habían mancillado su propia honra. Acto seguido, salió de la cámara y del castillo, mas al poco rato se encontró con su esposa, que regresaba de la iglesia. Apenas se repuso de su sorpresa preguntóle quiénes eran los que estaban acostados en el lecho conyugal. La esposa le respondió:

—Son tus propios padres. Llegaron ayer tarde, casualmente. Llevan muchos años buscándote por todas partes. Cuando advertí que eran ellos, para

mejor obsequiarlos, dispuse que ocuparan nuestra habitación.

Julián, al oír esto, casi perdió el sentido; con muestras de vivísimo dolor y llorando a gritos exclamó:

—¡Miserable de mí! ¿Cómo podré vivir en adelante, después de lo que acabo de hacer? ¡He dado muerte a mis amantísimos padres! ¡Para que no pudiera cumplirse lo que el ciervo me anunció me alejé de ellos, y, sin embargo, ha ocurrido lo que a todo trance traté de evitar!

Luego dijo a su esposa:

—¡Adiós, hermana mía dulcísima! ¡Adiós para siempre! ¡Tengo que abandonarte! ¡Ya no podré tener descanso hasta que sepa con toda certeza que Dios, conmovido por la penitencia que pienso hacer, me ha perdonado el horrible doble crimen que esta mañana he cometido!

La esposa le replicó:

—¡Hermano mío queridísimo! ¡De ninguna manera permitiré que te apartes de mí! ¡Si te marchas de aquí, marcharé yo también! ¡Déjame ir contigo a donde quiera que vayas! ¡Contigo he vivido muchos días de felicidad y contigo quiero compartir estas otras jornadas de dolor!

Juntos los dos esposos abandonaron el castillo y fuéronse a vivir a un país extraño, fijando su residencia a orillas de un caudaloso río, precisamente en un lugar en el que muchos pasajeros, al intentar cruzarlo, o se morían ahogados, o corrían muy graves peligros de perecer arrastrados por la corriente. Allí edificaron una gran hospedería para alojar gratuitamente a caminantes y pobres que por aquel sitio transitaban y allí se quedaron definitavamente san Julián y su virtuosísima mujer haciendo penitencia y obras de caridad, y ayudando a pasar el río a cuantos tenían necesidad de cruzarlo para ir de una a otra orilla del peligroso cauce.

Cuando ya llevaban muchos años entregados a la mortificación y a los piadosos ministerios referidos, una noche, hacia la mitad de la misma, Julián, que se hallaba descansando del trabajo agotador realizado durante la precedente jornada, oyó una voz lejana, y entendió que alguien con lúgubres acentos plañía, le llamaba a él por su propio nombre y le rogaba que acudiera rápidamente en su auxilio. Julián inmediatamente se levantó, salió al exterior y encontró a quien le llamaba; era un hombre, cubierto de hielo y medio muerto de frío. En cuanto lo vio, lo tomó en sus brazos, lo llevó a casa, encendió en la chimenea una buena lumbre y colocó cerca de ella al aterido; mas, al advertir que no reaccionaba, en evitación de que pereciera por congelación, tomólo de nuevo en brazos, condújolo hasta su propia cama, lo acostó en ella y lo cubrió con muy buenas mantas, sin importarle que el hombre estuviera leproso, como parecía. Al poco rato, aquel individuo tan débil y aparentemente invadido de lepra, transformóse de repente en un sujeto resplandeciente de luz y de hermosura, comenzó a subir milagrosamente hacia el cielo y, mientras ascendía, dijo a su hospedero: «Julián, he venido aquí de parte de Nuestro Señor para comunicarte que tu penitencia ha sido aceptada, y que muy pronto, tu esposa y tú, entraréis en el descanso eterno». Dicho esto, el misterioso emisario divino desapareció.

Efectivamente, algunos días después de este celestial aviso, san Julián y su mujer, llenos de méritos por sus buenas obras, sus limosnas y su penitencia, se durmieron plácidamente en el Señor.

5. Existió también otro Julián, no ciertamente santo, sino impísimo —Julián el Apóstata— que en su juventud fue monje y mientras vivió en el monasterio, a fuerza de hipocresía logró hacerse pasar por sujeto religiosísimo. En relación con él, el maestro Juan Beleth, en su *Suma de los oficios de la Iglesia,* refiere este caso: Una mujer tenía tres ollas llenas de oro; para que nadie se enterara de lo que tales ollas contenían colocó en la boca de cada una de ellas una capa de ceniza y confió la custodia de las mismas a Julián, a quien tenía por varón santísimo. Hizo la entrega de las ollas en presencia de varios monjes, pero sin revelarles ni a ellos ni al propio Julián lo que ella solamente sabía: que las tres ollas estaban llenas de oro. Julián se hizo cargo de las vasijas y, al descubrir su verdadero contenido, robó el oro y las llenó totalmente de ceniza. Pasado algún tiempo la mujer pidió a Julián las ollas, y él se las devolvió. Unos días más tarde, al tratar la mujer de sacar de una de las ollas algunas monedas, advirtió el fraude: en ninguna de ellas había oro; las tres estaban repletas de ceniza; mas no pudo demostrar que Julián le había robado su tesoro, porque los testigos declararon que ellos, en el momento de la entrega del depósito, lo único que vieron en las ollas fue ceniza. Poco después de este incidente, Julián abandonó el monasterio, huyó a Roma, y, con el oro robado a la confiada mujer, consiguió, a fuerza de dádivas, que le nombraran cónsul y posteriormente emperador.

Desde su niñez, este hombre depravado sintió

afición a la magia. Nada tiene, pues, de extraño que luego, cuando se vio colocado a la cabeza del Imperio, procurase rodearse de maestros famosos en estas artes.

Cuenta la *Historia Tripartita* que, siendo todavía muy pequeño, un día, al salir su preceptor de la habitación y dejarle solo por breve espacio de tiempo, aprovechó la oportunidad para hacer un conjuro. Lo hizo, e inmediatamente comparecieron ante él multitud de demonios, semejantes a una turba de negros etíopes. Julián, al verlos, se asustó, se santiguó y los extraños visitantes repentinamente desaparecieron. Al poco rato regresó su profesor; el niño, todavía asustado, le refirió lo que acababa de sucederle, y el maestro le dijo que los demonios tenían odio a la cruz y que no podían soportar este signo de los cristianos. Siendo emperador, al acordarse de este episodio de su infancia, decidió destruir todas las cruces en todas las tierras del Imperio y acabar con los cristianos, pensando que de ese modo dispondría a su antojo de ayudas diabólicas para practicar las artes mágicas.

En las *Vidas de los Padres* leemos lo siguiente: Estando Juliano en Persia envió a un demonio a Occidente con una misión concreta, ordenándole que una vez que la hubiera realizado regresara a darle cuenta del resultado de la misma. El diablo inmediatamente se puso en camino, para cumplir el oficio que el emperador le había encomendado, pero al llegar a determinado lugar vióse obligado a detenerse y a permanecer allí quieto y parado, porque en aquel sitio había un monje en oración constante, de día y de noche. Al cabo de diez días, como el monje continuaba orando, el diablo, cansado de esperar, regresó a Persia.

—¿Cómo has tardado tanto en volver? —le preguntó Juliano.

El demonio le contestó:

—Al llegar a tal sitio tuve que detenerme porque había en él un monje haciendo oración. Diez días he aguardado en vano a que acabara de orar; pero, como ni acababa ni mientras él orase podía yo continuar mi camino, me cansé de esperar y decidí volver para comunicarte que no he podido hacer lo que me encomendaste.

Juliano, muy indignado, dijo al demonio:

—Cuando yo regrese a Roma, pasaré por donde vive ese monje, y ya verás cómo me vengaré de él.

Los demonios prometieron a Juliano que saldría victorioso de la guerra que estaba sosteniendo con los persas. Fiado de esa promesa, uno de los sofistas que asesoraban al emperador preguntó en son de mofa a un cristiano:

—¿Qué crees que estará haciendo ahora Jesús, el hijo del carpintero?

—El féretro para Juliano, respondióle el cristiano.

En la vida de san Basilio se refiere este otro episodio, cuya autenticidad aparece corroborada por Fulberto, obispo de Chartres: Al llegar el emperador a Cesarea de Capadocia salióle al encuentro san Basilio, ofreciéndole como obsequio cuatro panes de cebada. Juliano rechazó el regalo con indignación, estimándolo muy modesto; seguidamente mandó a sus criados que le trajeran un brazado de heno, y cuando se lo trajeron se lo ofreció a san Basilio con estas palabras:

—¡Ten! Es para tí, en reciprocidad a ese alimento de bestias con que me obsequiaste.

San Basilio le contestó:

—Yo te he ofrecido algo de lo que nosotros comemos: tú, en cambio, me correspondes con forraje de animales.

Juliano le replicó violentamente:

—Cuando venza a los persas, arrasaré esta ciudad, mandaré arar el lugar que al presente ocupa, lo dejaré inhabitable, crecerán en él las malezas de tal modo que toda esta zona en el futuro se llamará *forrajífera;* nadie la considerará en lo sucesivo *hominífera,* porque sólo plantas forrajeras, pero no la vida humana, podrán desarrollarse en ella.

Durante la noche siguiente san Basilio tuvo este sueño: vio la iglesia de Santa María llena de ángeles y en medio de ellos a la Virgen Santísima que les decía: «Traed al instante a Mercurio para que dé muerte en seguida a Juliano que anda por ahí blasfemando de mí y de mi Hijo». El Mercurio al que la Señora se refería era un soldado que por creer en Cristo había sido martirizado por orden de Juliano y estaba sepultado dentro de aquella iglesia. Inmediatamente compareció san Mercurio, pertrechado con las armas que solía llevar cuando era militar, y que se conservaban como recuerdo al lado de su sepulcro. La Virgen le dijo que estuviera preparado para entrar en acción y ejecutar lo que se le ordenara.

A la mañana siguiente, Basilio, al despertar y recordar lo que había soñado, acudió prestamente a la iglesia, abrió el sepulcro de san Mercurio y quedó sorprendido al comprobar que no estaban en él

ni el cuerpo del santo ni sus armas. El sacristán del templo, al que preguntó si acaso él había cambiado de lugar las venerables reliquias, le respondió que no, y le afirmó con juramento que las armas del mártir la tarde anterior estaban donde siempre habían estado y en la disposición acostumbrada. San Basilio regresó a su casa, pero aquella misma mañana, al volver a la iglesia, quedó nuevamente sorprendido al advertir que el cuerpo del santo estaba otra vez en su sepultura y las armas en el sitio de costumbre, si bien la lanza tenía su punta cubierta de sangre; y mientras, admirado, reflexionaba sobre la relación entre estas cosas y su sueño de la noche precedente, llegó al templo un soldado del ejército imperial, se acercó a él y le dijo que, estando Juliano en el campo de batalla al frente de sus tropas, de pronto vieron cómo un soldado muy bien armado y montado sobre un caballo, sin que nadie supiera ni quién era ni por donde había venido, se colocaba a cierta distancia del emperador, empuñaba su lanza, espoleaba a su corcel, arremetía contra Juliano, y con suma destreza y admirable brío hincábale en el corazón la punta del arma, desapareciendo luego misteriosamente y de tal modo que nadie le volvió a ver.

La *Historia Tripartita* añade que tras de aquella lanzada, cuando Juliano todavía respiraba, tomó en el hueco de su mano unos borbotones de la sangre que le manaba del pecho y los arrojó contra el cielo, diciendo con rabia: «¡Venciste, Galileo, venciste!» y que luego miserablemente expiró.

Nadie de los suyos se cuidó de enterrar su cuerpo, que quedó abandonado en el suelo. Posteriormente, los persas, al encontrarlo entre los demás cadáveres, lo desollaron y con la piel hicieron una alfombra y se la regalaron a su rey para que la pusiera a la vera de la cama.

FIESTAS QUE CAEN DENTRO DEL TIEMPO DE LA DESVIACIÓN

En los capítulos precedentes hemos tratado de diversas fiestas, de las cuales unas caen dentro del tiempo de reconciliación y otras dentro del de peregrinación, aunque todas ellas corresponden al ciclo litúrgico que comienza en Navidad y llega hasta las vísperas de Septuagésima. Ahora, en otra serie de capítulos, expondremos lo relativo a las comprendidas en el tiempo de desviación, que se inició en Adán y se prolongó hasta Moisés y se conmemora litúrgicamente en el período que transcurre desde Septuagésima hasta la Pascua de Resurrección.

Capítulo XXXI

LA SEPTUAGÉSIMA

La Septuagésima designa el tiempo de la desviación, la Sexagésima el tiempo de viudedad, la Quincuagésima el tiempo del perdón y la Cuaresma el tiempo de la penitencia espiritual.

La Septuagésima se inicia el domingo en que la Iglesia canta aquello de «*Circumdederunt me,* etc. (Me rodearon, etc.)», y concluye el sábado después de Pascua.

El maestro Juan Beleth, en su *Suma del Oficio de la Iglesia,* dice que la Septuagésima fue instituida para suplir, para significar y para representar.

Primero: Para suplir con la austeridad propia de este tiempo el carácter penitencial que primitivamente tuvieron todos los jueves del año y que luego perdieron al convertirse en festivos.

Efectivamente, nuestros santos Padres determinaron que los jueves no se ayunase, sino que estos días se equiparasen en solemnidad a los domingos, porque Cristo, al ascender al cielo en un jueves, quedó sublimado y colocado por encima de los ángeles; y como en El había una naturaleza humana, al ascender esta naturaleza ascendió también de alguna manera la nuestra. En conmemoración,

pues, de este hecho, la Iglesia primitiva acordó que los jueves no fuesen jornadas de penitencia, sino de fiesta, y que en ellos se celebrasen ritos semejantes a los de los domingos. Por eso, en los primeros tiempos del cristianismo, todos los jueves del año hacíase una procesión muy solemne que trataba de reproducir el cortejo de los discípulos y de los ángeles acompañando a Cristo el día de su subida a los cielos. Por eso también entre el pueblo circulaba un adagio que decía: «Los jueves y los domingos son primos entre sí», ya que unos y otros eran igualmente festivos; y festivos siguieron siendo los jueves durante bastante tiempo; pero luego, al enriquecerse el calendario con las fiestas de los santos, resultaba oneroso celebrar tantas solemnidades, y debido a eso la Iglesia decidió suprimir las de los jueves; pero bastante antes de su supresión, cuando todavía conservaban estos días su carácter festivo, para compensar el ayuno que en ellos no se hacía los santos Padres creyeron conveniente añadir a la conmemoración del ayuno del Señor en el desierto una semana más de penitencia, a la que dieron el nombre de Septuagésima.

Segundo: Para significar con claridad mayor el sentido de este ciclo, que como ya hemos dicho pretende reproducir de alguna manera el estado de desviación, destierro y tribulación de todo el género humano desde los días de Adán hasta el fin del mundo. Este destierro de la humanidad, que cronológicamente deberá durar siete mil años, está representado en este ciclo por setenta jornadas, a cada una de las cuales corresponden setecientas de la cronología general; a su vez, las setenta del ciclo litúrgico están sintetizadas en las siete que componen esta semana. El cómputo de los siete mil años de destierro de la humanidad no es matemática, sino convencional: los seis mil primeros años se refieren al tiempo transcurrido entre la creación de Adán y la Ascensión de Cristo; con los otros mil restantes, que son simbólicos, queremos designar la etapa de duración indefinida comprendida entre la Ascensión del Señor y el fin del mundo; la duración verdadera de esta etapa la conoce solamente Dios. Cuando el mundo cumplió seis mil años de edad, Cristo instituyó el Bautismo y por medio de este sacramento hizo surgir en nosotros la esperanza de la recompensa eterna, nos libró en cierta manera de la condición de desterrados y nos devolvió el vestido de la inocencia; pero hasta que el mundo no termine tampoco terminará nuestro destierro ni seremos revestidos con la otra estola, la de la inmortalidad, que se añadirá a la de la santidad que nos proporciona el Bautismo.

A esto se debe el hecho de que durante todo este ciclo, correspondiente al tiempo de desviación y exilio, no suenen en los templos himnos de alegría; cierto que a partir del Sábado Santo en que celebramos la Pascua, se canta el *Aleluya* al final de la epístola; pero nótese que, durante toda la primera semana pascual, se canta solemnemente un verso aleluyático; se canta el *Aleluya,* para dar a entender que nos congratulamos con la esperanza de la gloria futura y que en el sexto milenario de la edad del mundo hemos recuperado ya, mediante el bautismo, la estola de la inocencia; mas a continuación de ese único verso aleluyático se canta todavía el *tractus,* lo mismo que desde que empezó el tiempo de Septuagésima, significando con ello que la Septuagésima continúa, y que debe continuar, por tanto, nuestro trabajo asiduo en el cumplimiento de los preceptos divinos. En cambio, a partir del sábado que sigue al domingo de Pascua, como en esa fecha termina la Septuagésima, se deja de cantar el *tractus* y en su lugar se canta un segundo verso aleluyático, para significar que cuando con el séptimo milenario termine la edad del mundo, seremos revestidos de la segunda estola: la de la gloria imperecedera, de la que carecemos en la vida presente.

Tercero: Para representar con los setenta días de la Septuagésima los setenta años que el pueblo de Israel permaneció cautivo de los babilonios. Durante este período de cautividad los israelitas ni tañeron sus instrumentos músicos ni cantaron, sino que decían: *«¿Cómo vamos a cantar estando en tierra ajena y sometidos a un poder extraño?»* Por eso tampoco la Iglesia canta durante este ciclo himnos jubilosos. La alegría renació en los israelitas a partir de los sesenta años de su cautiverio, cuando Ciro les dio licencia para que iniciaran el regreso a su patria. En recuerdo de este gozo, comenzamos a cantar el *Aleluya* en la vigilia pascual del Sábado Santo, que simboliza el año sexagésimo del cautiverio de Babilonia. La organización del regreso de los israelitas fue laboriosa; la recogida de sus enseres supuso para ellos mucho trabajo; de ahí que, para representar las penalidades que con este motivo pasaron, mantengamos nosotros a lo largo de la primera semana después de Pascua el canto del *tractus,* que es de índole penitencial. Hasta que los hijos de Israel no llegaron a su patria, su júbilo no

fue completo; sólo cuando se vieron de nuevo en su tierra estalló plenamente su alegría; por eso nosotros no prescindimos del canto del *tractus* hasta el sábado primero después de Pascua en que concluye la Septuagésima; ese día sí: para conmemorar el gozo pleno del pueblo de Israel omitimos definitivamente el canto del *tractus* y, a partir de entonces, cantamos durante todo el tiempo de pascua dos versos aleluyáticos.

El tiempo de cautividad y exilio de los israelitas representa también nuestra peregrinación; y el año sexagésimo en que fueron liberados simboliza el sexto milenario de la edad del mundo en el que se produjo nuestra liberación moral por medio de la Redención. Pero así como ellos tuvieron que trabajar denodadamente para organizar su regreso a la patria, así también nosotros, una vez liberados o redimidos, tenemos que seguir trabajando en el cumplimiento de los mandamientos de Dios; nuestro trabajo cesará y a él seguirá el disfrute de la gloria eterna cuando lleguemos a nuestra verdadera Patria; entonces, en cuerpo y alma cantaremos el cántico del *Aleluya;* pero hasta que no se produzca ese acontecimiento, es decir, mientras dure el tiempo de destierro, la Iglesia, sometida a enormes tribulaciones y colocada al borde del abismo de la desesperación, desde lo más profundo de su ser eleva suspiros al cielo y dice: «*me han rodeado gemidos de muerte,* etc.», y expone al Señor sus sufrimientos derivados de la doble pena a que se ve sometida, porque por una parte tiene que soportar incomprensiones ajenas y, por otra, la vida irregular de no pocos de sus miembros. Para que el cristiano no pierda su esperanza, en la epístola y en el evangelio que se leen el domingo de Septuagésima se le brindan tres recetas saludables y se le ofrecen tres sustanciosos premios. Las recetas son éstas: primera, que cultive esmeradamente la viña de su propia alma y arranque de ella vicios y pecados para librarse de los múltiples trabajos de la vida presente; segunda, que a base de austeridad y penitencia se entrene adecuadamente para correr sobre el estadio de la vida temporal con garantías de llegar a la meta; y tercera, que mientras dure la competición, luche valientemente contra las insidias diabólicas. Si utiliza estas tres recetas, recibirá estos tres premios: el denario prometido a los que trabajan en la viña, el trofeo de los campeones y la corona de los vencedores. Dicho de otra manera y resumiendo: la Septuagésima representa el tiempo de nuestra cautividad. Para salir de ella se nos proponen tres símbolos: el de la carrera, para darnos a entender que debemos huir; el de la pelea, para advertirnos que tenemos que luchar; y el del denario, para significar que hemos de esforzarnos por redimirnos de todas aquellas ligaduras que nos mantengan en estado de esclavitud.

Capítulo XXXII

LA SEXAGÉSIMA

La Sexagésima comienza el domingo en el que la Iglesia canta aquello de «*exurge, quare obdormis, Domine,* etc.»: (¡levántate!, ¿por qué duermes, Señor?, etc.), y concluye el miércoles después de Pascua.

La Sexagésima, al igual que la Septuagésima, fue instituida para suplir, significar y representar.

Primero: Para suplir al ayuno de los sábados, suprimido por Melquiades y san Silvestre. Al principio, los cristianos ayunaban rigurosamente todos los viernes del año; a causa de esto sus naturalezas quedaban muy débiles y quebrantadas; para que su salud no sufriera detrimento, estos dos papas citados permitieron a los fieles hacer dos comidas los sábados y, en compensación del ayuno de estos días, añadieron al tiempo de Cuaresma una semana penitencial que recibió el nombre de Sexagésima.

Segundo: Para significar la viudedad de la Iglesia y la tristeza que sentía por la ausencia de su esposo. La semilla del sembrador produce en las viudas un

fruto del sesenta por uno[1]. Dios dotó a la Iglesia de dos alas a fin de que pudiese superar la tristeza producida en ella por la ausencia de Jesucristo, su esposo, subido a los cielos el día de la Ascensión: una consistente en la práctica de las seis obras de misericordia de que habla la Escritura, y otra en el cumplimiento de los diez preceptos del decálogo. Si multiplicamos el número seis, correspondiente a las obras de misericordia, por el número diez de los mandamientos, obtenemos la cantidad de sesenta, que equivale a seis veces diez. También *Sexagésima* significa seis veces diez[2].

Tercero: Para representar el misterio de nuestra redención, porque la Sexagésima simboliza no sólo el estado de viudedad de la Iglesia, sino también el episodio redentor; Sexagésima es lo mismo que sesenta, y sesenta es el producto de multiplicar seis por diez; en esta multiplicación el número diez representa al hombre de dos maneras: en cuanto que el hombre es aquella décima dracma o moneda perdida de que habla la parábola, ya que el hombre fue creado para llenar el vacío que dejaron en el cielo los nueve órdenes de ángeles que prevaricaron, y en cuanto que ese número puede considerarse como la suma de los cuatro humores de que está compuesto el cuerpo humano, de las tres potencias del alma, a saber, memoria, entendimiento y voluntad, y de los tres actos que a través de esas potencias el hombre debe realizar, que son los siguientes: creer firmemente en la Santísima Trinidad, amar fervorosamente a estas divinas personas y tenerlas constantemente presentes en su memoria. El seis representa los seis divinos misterios a través de los cuales el número diez, o sea, el hombre, fue redimido por el Señor: la Encarnación, la Natividad, la Pasión, el Descenso a los infiernos, la Resurrección y la Ascensión al cielo.

La Sexagésima termina el miércoles primero después de Pascua, en el que la Iglesia canta aquello de «*venid, benditos de mi Padre,* etc.»., con cuyo canto se nos quiere dar a entender que cuantos en vida practiquemos las obras de misericordia, al final de ella oiremos, tal como Cristo nos anunció, esas mismas palabras: «*Venid, benditos de mi Padre,* etc.»., y veremos como se abren las puertas de la gloria. Entonces terminará la viudedad de la esposa y entrará a reunirse con su esposo celestial y a gozar de sus abrazos.

En la epístola de san Pablo que se lee en la misa del domingo de Sexagésima invítase a la Iglesia a soportar pacientemente la ausencia de su esposo con el mismo espíritu de fe y fortaleza con que el Apóstol soportaba sus tribulaciones; y en el evangelio, bajo la alegoría de la sementera, se la anima a sembrar buenas obras en el mundo.

Si el domingo de Septuagésima la Iglesia se lamentaba, diciendo con acentos de desesperación «*Me han rodeado gemidos de muerte,* etc.»., en el *introito* de este domingo de Sexagésima, recobradas la calma y la esperanza, pide al Señor que la ayude en sus trabajos y la saque de ellos, clamando de esta manera: «*¡Levántate!* etc.». Tres veces en ese *introito* se repite la palabra *¡levántate!,* dirigida exclamativamente a Dios, en solicitud de su divina ayuda, porque entre los cristianos pueden darse tres clases de situaciones comprometidas: primera, que se encuentren abrumados por la adversidad, pero no abatidos; segunda, que se hallen abrumados y abatidos; tercera, que se vean ni abatidos ni abrumados, sino en circunstancias de prosperidad, pero expuestos a perderse precisamente a causa de la comodidad espiritual de que disfrutan. Por eso la Iglesia clama al Señor y le pide que acuda en socorro de los primeros ayudándoles a mantenerse despiertos en la lucha contra la adversidad; y en favor de los segundos, para que no caigan en la tentación de creer que ha apartado su vista de ellos; de ahí que en su clamor le diga que se levante, que se acerque y que los mire; por la misma razón suplica que se levante y asista a los terceros a fin de que no pierdan la situación bonancible en que parecen mecerse.

---

[1] Algunos exegetas antiguos interpretaban la parábola referida por san Mateo en el capítulo 13 de su evangelio, en este sentido: la semilla de la palabra de Dios producía en la tierra óptima de las vírgenes, el ciento por uno; en la de las viudas, el sesenta por uno, y en la de las personas casadas, el treinta por uno. *(N. del T.).*

[2] La tradición cristiana ha distribuido en catorce categorías, llamadas *obras de misericordia,* las diferentes maneras de ejercitar la caridad con el prójimo; pero, con anterioridad, los fieles, fundándose en textos bíblicos, daban especial relevancia a seis modos de socorrer a los menesterosos en las seis clases de necesidad que solían ser más frecuentes: por eso en los primeros tiempos del cristianismo se hablaba de seis obras de misericordia, que eran las siguientes: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, visitar a los enfermos, vestir al desnudo, dar posada a los peregrinos, y enterrar a los muertos. *(N. del T.)*

Capítulo XXXIII

LA QUINCUAGÉSIMA

La Quincuagésima comienza el domingo en que se canta: *«Esto mihi in Deum protectorem»*: Sé para mí un Dios protector.

La Quincuagésima fue instituida también para suplir, significar y representar.

Primero. Para suplir. La imitación de la abstinencia de Cristo, que ayunó cuarenta días, requeriría que nosotros ayunáramos toda la Cuaresma; pero las jornadas de ayuno durante la Cuaresma se reducen a treinta y seis, porque en los cuatro domingos que en ella generalmente ocurren, no se ayuna; y no se ayuna, por dos razones: primera, porque los domingos, conmemorativos de la Resurrección del Señor, son fechas de alegría; segunda, por seguir el ejemplo de Cristo, que el domingo en que resucitó comió dos veces: una, cuando a través de las puertas cerradas penetró en el recinto en que se hallaban reunidos sus discípulos, y delante de ellos comió un trozo de pez asado y un panal de miel; y otra, aquella misma tarde en Emaús, pues, según algunos intérpretes, fue aquella misma tarde en Emaús, pues, según algunos intérpretes, fue aquella misma tarde cuando se apareció a dos que iban a Emaús, los acompañó en su camino y cenó con ellos. Para suplir el ayuno que no se hace en los cuatro domingos de Cuaresma, a ésta se añadieron cuatro días penitenciales, a los cuales poco después los clérigos, por su cuenta y exclusivamente para ellos, agregaron dos más, fundándose en que así como por el sacramento del Orden aventajaban en dignidad al resto de los cristianos, así también deberían darles ejemplo de mayor austeridad. La adición de esos seis días supletorios dio origen a una semana a la que se dio el nombre de Quincuagésima. San Ambrosio afirma que fue el papa Telesforo quien confirió carácter oficial a esta nueva semana de penitencia e impuso a todos los cristianos la obligación de ayunar durante ella.

Segundo. Para significar el contenido remisivo de este tiempo penitencial. En la tradición judía el número cincuenta connotaba ideas de remisión de culpas y penas. En la historia del pueblo de Dios cada cincuenta años había uno jubilar, destinado a la liberalidad y al perdón; en el transcurso de él quedaban liquidadas las deudas anteriormente contraídas, libertados los esclavos, y todos cuantos hubiesen perdido algo de su pertenencia recuperaban aquello de que hubiesen sido despojados. Los cincuenta días de la Quincuagésima significan, pues, tiempo de remisión, en el que los cristianos, mediante la penitencia, pueden obtener el perdón de las deudas contraídas con sus pecados, liberarse de la servidumbre de los demonios y recobrar sus derechos sobre las mansiones que en el reino de los cielos Dios les tiene preparadas.

Tercero. Para representar un estado de espiritual felicidad; porque la Quincuagésima además de significar tiempo de perdón, evoca la idea de bienaventuranza, a tenor del simbolismo que en la Biblia tiene el número cincuenta. Cada cincuenta años los siervos obtenían su emancipación. Cincuenta días después de la inmolación del cordero, Dios dictó su ley al pueblo. A los cincuenta días de la Pascua, descendió el Espíritu Santo sobre los apóstoles. Entre el número cincuenta y la felicidad existe, pues, una clara relación, porque felices se sentían los esclavos al obtener su libertad, felices se sintieron los miembros del pueblo elegido al recibir de Dios la ley, ya que a través de ella entraron en conocimiento de la verdad, y felicidad hubo en los apóstoles al recibir el Espíritu Santo y advertir que quedaron llenos del ardiente amor de la caridad.

En la epístola y evangelio de la misa de este domingo de Quincuagésima se nos enseña que, si queremos que nuestras obras de penitencia sean perfectas, hemos de practicar estas tres cosas: la caridad, la meditación en la Pasión del Señor y la fe.

De la caridad trata la epístola; y el evangelio, de la Pasión del Señor y de la fe; de ésta, a través de la curación de un ciego. La fe, en efecto, hace que nuestras obras resulten gratas a Dios y que El se complazca en ellas. Sin fe es imposible agradarle. La meditación en la Pasión de Cristo nos moverá a hacer penitencia, porque como advierte Gregorio, no es posible que alguien recuerde los padecimientos del Señor y no se conmueva. La caridad, por su parte, nos estimula a la ejecución constante de buenas obras. Recordemos a este propósito lo que dice el mismo Gregorio: «Quien ama a Dios, no puede estar ocioso; quien de veras lo ama, hará cosas estupendas; si vemos a alguien negligente en el obrar, podemos asegurar con toda certeza que en ese tal no hay caridad».

En el domingo de Septuagésima, la Iglesia, angustiada, exclamaba: *«¡Me han rodeado gemidos de muerte!»*, etc. En el de Sexagésima, más tranquila, pedía la ayuda divina. En este de Quincuagésima, segura de que mediante la penitencia obtendrá el perdón de sus pecados, ora con confianza y dice: *«Sé para mí un Dios protector, etc.»*. En esta oración, pide cuatro cosas: protección, fortaleza, refugio y orientación, y pide estas cosas acertadamente, porque sus hijos, los cristianos, pueden hallarse en estado de gracia o en estado de culpa; entre los que estén en gracia, habrá quienes vivan tranquilos y sin problemas, pero habrá otros que se sientan turbados por dificultades. Pues bien, para los que están en gracia pide fortaleza, a fin de que perseveren en ese estado; para los que están en pecado pide a Dios que los acoja y sea para ellos un refugio seguro; para los que navegan entre dificultades solicita protección en orden a que se vean liberados de sus tribulaciones, y, finalmente, para quienes permanecen tranquilos ruega al Señor que haga con ellos el oficio de un guía experto, que los oriente y conduzca de manera que eviten en su camino toda suerte de escollos.

La Quincuagésima, como ya hemos dicho anteriormente, termina el mismo día de Pascua, puesto que la penitencia tiene la virtud de hacer resucitar o renacer al penitente.

Durante la Quincuagésima se canta frecuentemente el salmo cincuenta, es decir, el *«miserere mei Deus, etc.»* («¡Apiádate de mí, oh Dios!, etc.»), cuyos versículos tienen carácter penitencial y suplicatorio de perdón.

Capítulo XXXIV

LA CUARESMA

La Cuadragésima o Cuaresma se inicia el domingo en que la liturgia canta aquello de *«invocavit me,* etc.», («acudió a mí, etc.»).

La Iglesia, agobiada de tribulaciones, en Septuagésima exclamó: *«Me rodearon gemidos de muerte»;* en Sexagésima, más calmada, recurrió al Señor diciéndole: *«¡Levántate!* etc.»; en Quincuagésima solicitó la protección divina implorando: *«¡Sé para mí un Dios protector!»;* y ahora, al comenzar la Cuaresma, manifiesta que sus peticiones han sido oídas y favorablemente despachadas; por eso, en el *Introito* de la misa del mismo primer domingo cuaresmal, proclama: *«Me invocó y la escuché»*[1].

Si contamos los domingos, la Cuaresma tiene cuarenta y dos días, y si no los contamos treinta y seis. Seis son los domingos que caen en el ámbito cuaresmal; desde el punto de vista penitencial deben descontarse, porque los domigos no son días de ayuno; una vez descontados, quedan treinta y seis jornadas de penitencia, que equivalen a la décima parte del año, ya que el año consta de trescientos sesenta y cinco días, y treinta y seis es la décima parte de trescientos sesenta y cinco. No obstante, para ajustarse al número cuarenta, que es sagrado, porque el Salvador lo sacralizó al ayunar durante cuarenta días, a esos treinta y seis se le añaden al comienzo cuatro más, y de esta adición resulta la cuarentena.

Cabe formular esta pregunta: ¿por qué ayunamos precisamente cuarenta días? A tal pregunta pueden darse tres respuestas. La primera está tomada de Agustín y es la siguiente: porque del evangelio de san Mateo se infiere que entre Adán y Jesucristo mediaron cuarenta generaciones; si Cristo descendió hasta nosotros a través de cuarenta peldaños generacionales, nosotros debemos subir hasta El a través de cuarenta jornadas de penitencia. La segunda es también del mismo santo Padre, que la expone de la siguiente manera: para

[1] Las palabras del *Introito* de la misa del primer domingo de Cuaresma están tomadas del salmo 90. Tanto en el texto bíblico como en el litúrgico los verbos invocar y escuchar están en futuro: *Me invocarán y yo los escucharé;* pero Santiago de la Vorágine los utiliza en pretérito para que encajen mejor en la teoría doctrinal que viene desarrollando a lo largo de los capítulos XXXI al XXXIV. *(N. del T.).*

alcanzar la cincuentena hay que añadir una decena a la cuarentena; por eso, para alcanzar el reposo eterno de la bienaventuranza, representado por la cincuentena, es menester trabajar durante toda nuestra vida, que es la cuarentena, ayudados por la gracia divina, simbolizada en la decena. Jesucristo, después de resucitar, permaneció cuarenta días con sus discípulos (cuarentena), y diez fechas más tarde (decena) les envió el Espíritu Santo, que los consoló y les infundió en sus almas la plenitud de la vida divina (cincuentena). La tercera se contiene en este texto de la *Suma de los Oficios,* compuesta por el maestro Prepositivo: «El mundo está dividido en cuatro partes, y el año en cuatro estaciones; cuatro son los elementos y cuatro las complexiones; cuando nosotros pecamos, transgredimos la nueva ley, que se halla contenida en los evangelios, que son cuatro, y en los diez mandamientos, síntesis de la ley antigua. Si multiplicamos el número cuatro, correspondiente a los evangelios, por el número diez, correspondiente a los mandamientos, obtendremos el de cuarenta, de donde debemos inferir que para vivir correctamente es necesario cumplir lo que se nos enseña en los cuatro evangelios y lo que se nos manda en los diez preceptos del Decálogo, y que debemos cumplir todo eso durante toda nuestra vida, simbolizada por el número cuarenta. Como hemos dicho ya, nuestro cuerpo consta de cuatro elementos cada uno de los cuales tiene su especial asentamiento en una parte de él: el fuego, en los ojos; el aire, en la lengua y en los oídos; el agua, en los órganos genitales, y la tierra en las manos y en los demás miembros. En los ojos reside la curiosidad; en la lengua y en los oídos, la chocarrería; en los genitales, la voluptuosidad, y en las manos y demás miembros, la crueldad. De todas estas cosas se acusó el publicano: al situarse en un lugar apartado del templo, confesó su lujuria; la lujuria despide de sí un olor fétido; quedándose lejos del altar, vino a decir implícitamente con este alejamiento: Señor, no me atrevo a aproximarme a ti para que no sufra tu nariz con el hedor horrendo que brota de mi persona; al permanecer con los ojos bajos, confesó sus pecados de curiosidad; al darse golpes de pecho, los de crueldad; los de chocarrería, al manifestar humildemente: —Ten compasión de mí, que soy hombre pecador. A los pecadores antiguamente se los llamaba truhanes y tragones, esto último en el sentido de comilones». Hasta aquí, Prepositivo.

A las tres precedentes respuestas pueden añadirse otras tres razones consignadas por Gregorio en una de sus homilías. Dice así este santo doctor: «Se ha establecido que los días de abstinencia sean precisamente cuarenta, porque para guardar los diez mandamientos es preciso vivir conforme a las enseñanzas contenidas en los cuatro evangelios; y, también, porque nuestro cuerpo consta de cuatro elementos, que son los que generan nuestras pasiones, las cuales, a su vez, nos impelen al quebrantamiento de los diez preceptos divinos: si, pues, para complacer a nuestro cuerpo formado por cuatro elementos faltamos a los diez mandamientos, razonable es que domeñemos nuestra carne cuarenta veces, o sea, durante una cuarentena. Además: desde el primer domingo de Cuaresma hasta el de Pascua median seis semanas, que hacen cuarenta y dos días; si de ellos restamos los seis domingos, que no son jornadas de penitencia, quedan treinta y seis para la abstinencia; estos treinta y seis días constituyen la décima parte del año, que tiene trescientos sesenta y cinco. Ayunando esos treinta y seis días, ayunamos la décima parte del año, y haciendo esto todos los años, es como si le ofrendáramos a Dios el décimo de nuestra vida». Hasta aquí, san Gregorio.

Mas, ¿por qué en vez de ayunar estos cuarenta días en la época del año en que lo hizo Cristo, que fue inmediatamente después de su bautismo, nosotros lo hacemos en las semanas que preceden a la Pascua?

El maestro Juan Beleth, en su obra *Suma del Oficio,* da a la anterior pregunta estas cuatro respuestas:

Primera: Porque si queremos resucitar con Cristo debemos padecer con El en la época correspondiente a la de su Pasión.

Segunda: Para imitar a los hijos de Israel, que precisamente en esas semanas del año salieron primero de Egipto y luego de Babilonia. Que sus éxodos se produjeron en esas semanas se prueba por el hecho de que, tanto en una como en otra ocasión, a raíz de su llegada a la patria celebraron la fiesta de la Pascua. Ayunando nosotros cuando lo hacemos, reproducimos místicamente nuestras salidas de Egipto y de Babilonia, pues es como si saliéramos de este mundo y mereciéramos ser recibidos en la tierra de la eterna heredad.

Tercera: Para refrenar con la mortificación de los sentidos los ardores de la concupiscencia, que en tiempos de primavera suelen ser más vivos.

Cuarta: Para prepararnos con la penitencia a una

provechosa comunión del cuerpo del Señor en el tiempo pascual. Los israelitas, antes de comer la carne del cordero pascual, mortificaban su paladar ingiriendo lechugas silvestres, de sabor amargo. Nosotros también antes de comer por la comunión el Cordero de la vida, debemos macerar nuestro cuerpo con la penitencia.

Capítulo XXXV

EL AYUNO DE LAS CUATRO TÉMPORAS

Los ayunos de los cuatro tiempos o *Témporas,* instituidos por el papa Calixto, tienen lugar cuatro veces al año, a tenor de las cuatro estaciones en que el año se divide.

Entre las muchas razones que abonan la conveniencia de la institución de estos cuatro tiempos anuales de penitencia, vamos a señalar las ocho siguientes:

Primera. El carácter peculiar de cada una de esas cuatro estaciones en que el año se divide: la primavera es cálida y húmeda; el verano, cálido y seco; el otoño seco y frío; y el invierno frío y húmedo. Ayunamos en primavera para refrenar la lujuria, que procede de la influencia que la humedad del ambiente ejerce sobre nuestro cuerpo. Ayunamos en el verano para contener la tendencia a la avaricia, provocada en nosotros por la acción nociva del calor. Ayunamos en otoño para neutralizar la sequedad de la soberbia. Ayunamos, finalmente, en invierno para protegernos del frío, de la infidelidad y de la malicia.

Segunda. Básase esta segunda razón en el tiempo en que esos cuatro ayunos tienen lugar. El primero de ellos lo hacemos en la primera semana de Cuaresma, que cae siempre en el mes de marzo, y tiene un doble objeto: hacer lo posible para que se marchiten nuestros vicios, ya que no podemos arrancarlos de cuajo, y favorecer la germinación de las virtudes en nuestra alma. El segundo, el de verano, hácese durante la semana de Pentecostés, en la que conmemoramos la venida del Espíritu Santo, y tiene por finalidad prepararnos espiritualmente para recibir con fervor las gracias del divino Paráclito. El tercero, el de otoño, se hace en septiembre, antes de la fiesta de san Miguel, en plena época de recolección, para que así como por esas fechas los campos nos ofrecen sus frutos, así también nosotros ofrezcamos a Dios cosecha abundante de buenas obras. Hacemos el cuarto en diciembre, cuando mueren las hierbas, para que la desnudez de los vegetales nos sirva de ejemplo y nos estimule a mortificarnos con la penitencia y a renunciar a las pompas y vanidades del mundo.

Tercera. Fúndase esta razón en la tradición judaica. Los judíos ayunaban en cuatro ocasiones: antes de Pascua, antes de Pentecostés, antes de la Escenofegia o fiesta de los Tabernáculos que ellos celebraban en septiembre, antes del día de la Dedicación, solemnísima festividad que tenía lugar en diciembre. A imitación, pues, de los judíos, también nosotros debemos ayunar antes de Pascua, en torno a Pentecostes, en septiembre y en diciembre de cada año.

Cuarta. Está inspirada en la constitución del hombre, cuyo cuerpo consta de cuatro elementos y cuya alma dispone de tres potencias: la racional, la concupiscible y la irascible. A tenor de esto, ayunamos tres días, en cada una de las cuatro estaciones del año. Estas cuatro estaciones representan a los cuatro elementos de que el cuerpo se compone, y los tres días a las tres potencias del alma.

Las cuatro razones precedentes están tomadas del maestro Juan Beleth. A ellas siguen estas otras:

Quinta. La expone san Juan Damasceno de esta manera: «En primavera aumenta la producción de sangre, en verano la de bilis, en otoño la de melancolía y en invierno la de flema. Teniendo en cuenta estas alteraciones corporales, ayunamos en primavera para contrarrestar la fuerza de la concupiscencia y las irrupciones de alegría inmoderada, porque ambas cosas proceden de la sangre; en verano, para regular la producción de bilis e impedir que su abundancia nos arrastre hacia la ira y hacia la malicia; el bilioso o colérico es de suyo iracundo y malicioso; en otoño ayunamos para moderar la melancolía y evitar sus efectos, que son la codicia y la tristeza; las personas melancólicas son naturalmente codiciosas y tristes; ayunamos en invierno para reprimir la secreción de flema y librarnos de sus consecuencias, que son el embotamiento y la desgana; el flemático es por temperamento indolente y perezoso.

Sexta. La primavera guarda especial relación con el aire, el verano con el fuego, el otoño con la tierra y el invierno con el agua. Ayunamos, pues, en primavera para contener los aires de altivez y de soberbia; en verano, para apagar el fuego de la

ambición y de la avaricia; en otoño, para evitar que la tierra, con su frialdad, nos hiele el alma y con sus tinieblas e ignorancias nuble la luz de nuestra fe; y en invierno, para poner un dique a las aguas de la ligereza y de la inconstancia.

Séptima. Podemos comparar la primavera con la infancia, el verano con la adolescencia, el otoño con la madurez propia de la edad viril y el invierno con la senectud. Dando por válidas estas comparaciones cabe decir que ayunamos en primavera para conservar en nosotros la inocencia de la edad infantil; en verano, para consolidar nuestras fuerzas evitando la incontinencia; en otoño, para reafirmarnos en la juventud mediante la constancia y lograr con la santidad la madurez del espíritu; y en invierno, para adquirir prudencia y honorabilidad, cualidades características de la vejez, y también para saldar las deudas contraídas ante Dios con los pecados de las anteriores edades.

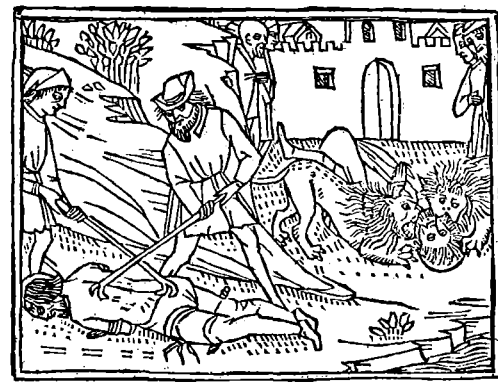
Octava. Guillermo Altisidiorense es quien lo aduce. Ayunamos en estos cuatro tiempos del año, dice, para enmendar los yerros que hayamos podido cometer en cada una de las cuatro estaciones; y ayunamos tres días en cada uno de esos tiempos para satisfacer con cada uno de esos tres días los pecados cometidos en cada uno de los tres meses pertenecientes a cada estación. Esos días son: los miércoles, los viernes y los sábados; los miércoles, porque en un miércoles Judas traicionó a Cristo; los viernes, porque en viernes fue el Señor crucificado; los sábados, porque un sábado entero permaneció Jesús en el sepulcro y durante todo aquel día los apóstoles estuvieron muy tristes por la alevosa muerte de su Señor.

Capítulo XXXVI

SAN IGNACIO

Ignacio, en latín *Ignatius,* deriva de *ignem patiens* (víctima del fuego); y quiere decir, en el caso concreto de este santo, *abrasado por las llamas del amor divino.*

1. Ignacio fue discípulo de san Juan y obispo de Antioquía. De él se dice que escribió a la Virgen Santísima la siguiente carta: «A María, Portadora de Cristo, Ignacio, su devoto: Soy un neófito, discípulo de tu Juan. Acudo a ti en busca de consuelo y fortaleza. He quedado estupefacto al oír las maravillas que me han referido de tu Jesús. Deseo con toda mi alma que tú, que viviste tan estrechamente unida a El, que lo trataste más que nadie y que conociste sin duda sus más recónditas profundidades, me digas si es verdad todo cuanto acerca de El me han dicho. Adiós, María. Que de ti, por ti y en ti reciban la seguridad en su fe los neófitos de quienes cuido».



También se dice que a esta carta correspondió la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, con otra en la que literalmente manifestaba: «A Ignacio, su queridísimo condiscípulo, María, humilde sierva de Jesucristo: Todas las cosas que Juan te dijo y enseñó en relación con Jesús, son verdaderas. Créelas y acéptalas. Persevera firmemente en la observancia del voto de cristiandad que has hecho; ajusta a él tu vida y tus obras. Iré con Juan a visitaros a ti y a los que viven contigo. Conserva la fe y actúa de acuerdo con ella. No te dejes conmover por las dificultades de la persecución. Que tu espíritu sea fuerte y se alegre en Dios tu Salvador. Amén».

2. Tan grande era el prestigio que Ignacio tenía entre los cristianos de su tiempo que el mismo Dionisio, cuya competencia científica era en filosofía la más alta de su época, y en teología superior a la de los demás contemporáneos suyos, a pesar de haber sido discípulo del apóstol Pablo, cuando quería reforzar sus afirmaciones con argumentos de máxima autoridad solía decir: «Así también piensa Ignacio». Veamos un ejemplo de esto en su libro *De los Nombres Divinos:* Había por entonces quienes sostenían que en las cosas religiosas y divinas no debería usarse la palabra *amor,* sino la de *dilección.* Dionisio, sin embargo, opinaba que no había razones serias para desterrar el vocablo *amor*

del lenguaje teológico y místico; y en apoyo de su opinión, en el citado libro, adujo este testimonio: «El divino Ignacio lo usó, y escribió expresamente, refiriéndose al Señor, esta frase: *Cristo, mi amor, fue crucificado*».

3. En la *Historia Tripartita* se lee que en cierta ocasión vio Ignacio un coro de ángeles en la cima de un monte cantando antífonas. A raíz de esta visión ordenó que en todos los templos de su diócesis, al final de cada salmo, se cantara alguna antífona relacionada con el texto del mismo.

El emperador Trajano, que inició su reinado hacia el año cien, al regresar victorioso de una de sus campañas guerreras comenzó a perseguir a los cristianos. Enterado Ignacio de que los seguidores de Cristo estaban amenazados de muerte, temiendo que algunos por debilidad renegaran de su fe y decidido a infundirles fortaleza con su ejemplo, después de pedir intensamente a Dios la paz de la Iglesia se presentó espontáneamente ante Trajano y le comunicó, con admirable valentía, que él era uno de aquellos a quienes sus esbirros andaban buscando. El emperador lo prendió, lo amarró con cadenas, lo entregó a diez soldados y ordenó a éstos que lo llevaran conducido a Roma y que lo arrojaran en medio del circo para que las fieras lo devoraran si no habían conseguido hacerle renegar de su fe durante el camino. Lejos de renegar de Cristo el santo aprovechó aquel viaje a Roma para enviar cartas a varias Iglesias, animando a los fieles a perseverar en la confesión de su religión cristiana. La *Historia Eclesiástica* nos ha transmitido el texto de una de ellas: la que escribió a la Iglesia romana, rogando a sus destinatarios que no impidiesen el martirio que le aguardaba. «Desde Siria hasta Roma», escribe el santo en la aludida carta, «a lo largo del viaje por tierra y por mar, de día y de noche, vengo luchando con las fieras, porque estos diez soldados que me conducen atado y amarrado se portan conmigo no como personas, sino como leopardos. Parece que mi paciencia los excita; cuanto más mansamente me porto, más cruelmente me tratan; yo empero, lo aguanto todo y procuro enriquecer mi alma soportando los inicuos tormentos a que me someten. Esas otras bestias que en el circo de Roma me esperan no me inspiran miedo; al contrario, desde aquí las saludo; deseo estar cuanto antes a la vista de ellas y que las suelten contra mí para que despedacen mi cuerpo y disfruten devorando mis carnes. Cuando me arrojen a la arena, yo mismo las invitaré a que se acerquen a mí y me desgarren; y si ocurriere lo que en otras ocasiones ha sucedido, es decir, si se mostraran tímidas y reacias y no acudieran a ensañarse conmigo, las llamaré, las azuzaré y, si fuese preciso, introduciré mi cabeza entre sus fauces y mis miembros entre sus garras. A vosotros os ruego que no hagáis nada para evitar mi muerte. Yo sé muy bien lo que me conviene. Ansío que caigan sobre mí y en mí se concentren fuegos, cruces, fieras, descoyuntamientos de huesos, desgarramientos de todas las partes de mi cuerpo y todos, absolutamente todos los géneros de tormentos que el diablo sea capaz de discurrir, con tal de que mi alma merezca ser unida a Jesucristo».

Al llegar a Roma fue llevado ante Trajano, quien al verle le dijo:

—¡Ignacio! ¿Por qué has sublevado contra mí a los de Antioquía? ¿Por qué has tratado de convertir a mis súbditos al cristianismo?

El santo le respondió:

—¡Ojalá pudiese convertirte también a ti! ¡Entonces sí que entrarías en posesión de un poderosísimo imperio!

—Si sacrificas en los altares a mis dioses, —le propuso Trajano— te haré príncipe de todos los sacerdotes.

Ignacio le contestó:

—Ni ofreceré sacrificios a tus dioses ni me interesa la dignidad que me ofreces. Puedes hacer conmigo lo que quieras; te aseguro que por mucho que me maltrates no conseguirás que cambie de opinión.

Seguidamente el emperador ordenó a sus soldados:

—Tundidle las espaldas a golpes con esos látigos que llevan en sus extremos trozos de plomo; rasgadle los costados con garfios, y después restregad su ulcerado cuerpo contra montones de guijarros.

Los soldados ejecutaron punto por punto la orden que les diera su señor. Ignacio soportó los suplicios, impertérrito. En vista de ello, Trajano mandó a sus esbirros:

—Encended una hoguera y, cuando la leña se haya convertido en brasas, obligadle a caminar sobre ellas con los pies descalzos.

—Ni el fuego más vivo, —replicó Ignacio— ni el agua hirviendo, serán capaces de apagar mi amor por Jesucristo.

Díjole el emperador:

—Sólo a maleficios puede atribuirse que no te rindas.

El santo contestó:

—Nosotros los cristianos no practicamos la magia ni admitimos en nuestras filas a quienes la practican; vosotros, los que dais culto a los ídolos, sois quienes incurrís en hechicerías.

Trajano ordenó nuevamente a los verdugos:

—Volved a rasgar sus carnes con garfios y arrojad luego sobre sus heridas puñados de sal.

—Todos los tormentos de la vida presente —comentó Ignacio— no significan nada en comparación con la vida que nos espera.

Trajano dijo:

—¡Lleváoslo inmediatamente de aquí, encerradlo en el calabozo más lóbrego de la cárcel, amarradlo con cadenas de hierro a un poste, y dejadlo allí! No le deis absolutamente nada de comer ni beber, y, cuando pasen tres días, conducidlo al circo y arrojadlo a las fieras para que éstas lo devoren.

Tres días después de esto, reuniéronse en el circo el emperador, el senado y todo el pueblo, para presenciar la lucha que el obispo de Antioquía había de sostener con las fieras. Trajano tomó la palabra y dijo:

—Puesto que Ignacio persevera en su soberbia y contumancia, sacadlo al medio de la pista; dejadlo en ella bien atado y luego soltad dos leones para que lo despedacen y devoren hasta la última brizna de su cuerpo.

Colocado Ignacio en el centro del circo, mirando a la multitud que llenaba los graderíos, dijo:

—¡Romanos, asistentes a este espectáculo! No creáis que cuanto hasta ahora he padecido y sufrido y lo que actualmente soporto va a quedar sin recompensa. Si he sido condenado a este suplicio, no es porque haya cometido algún crimen, sino por fidelidad a mi Dios.

A continuación, según la *Historia Eclesiástica*, añadió:

—Trigo de Jesucristo soy; las muelas de las fieras me molerán y me convertiré en pan puro.

Al oír estas palabras, Trajano exclamó:

—¡Reconozco que la tolerancia de los cristianos es grande! Jamás griego alguno soportó por sus dioses lo que éstos soportan por el suyo.

Ignacio contestó:

—Mi resistencia y fortaleza proceden, no de mi naturaleza, que es como la de los demás hombres, sino de la gracia y de la ayuda de Jesucristo.

Dicho esto, dirigiéndose hacia donde estaban parados los leones, comenzó a llamar su atención y a animarlos a que se lanzaran sobre él e hicieran su oficio de devorarle. Los leones, en efecto, respondiendo al reto del santo, corrieron hacia donde él estaba, se arrojaron sobre su cuerpo y con sus garras lo ahogaron pero no osaron comer ni una pizca de su carne. Trajano, admirado del respetuoso comportamiento de ambas fieras para con el mártir, abandonó el circo inmediatamente, advirtiendo a sus soldados y al pueblo que, si alguien quería recoger el cuerpo de Ignacio, no lo impidiesen. Y, en efecto, no lo impidieron. Debido a esto algunos cristianos se hicieron cargo de él y lo enterraron honoríficamente.

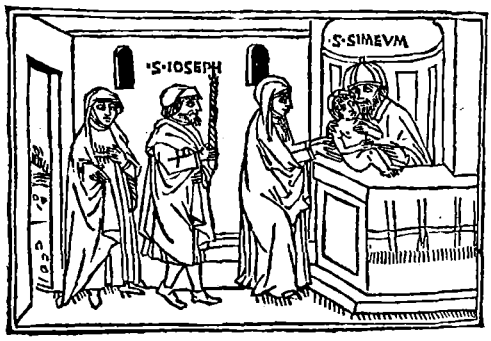
Poco después del martirio de este santo, Plinio el Joven escribió una carta a Trajano suplicándole muy sinceramente que dejara de perseguir a los cristianos y que en adelante los protegiera. El emperador, conmovido por esta carta, arrepintióse de su anterior comportamiento con san Ignacio y ordenó que en lo sucesivo nadie molestase a los seguidores de Cristo por el mero hecho de profesar su religión, y que la justicia no los castigase fuera de los casos en que cometiesen delitos comunes, aplicándose en tales supuestos el mismo código que se aplicaba a los demás ciudadanos.

4. En algunos relatos se hace constar que san Ignacio, en medio de los suplicios a que fue sometido, no cesó de invocar el nombre de Jesucristo y que, cuando los verdugos le preguntaban por qué repetía tantas veces aquella invocación, respondía: «No puedo menos de repetir insistentemente un nombre que llevo grabado en mi corazón». En esos mismos relatos se dice que, quienes reiteradamente habían oído esa respuesta, queriendo comprobar, tras la muerte del santo, si aquello era verdad, con un puñal le abrieron el costado, le extrajeron el corazón y quedaron pasmados al ver que, efectivamente, en él había una inscripción en letras de oro que decía: «Jesucristo»; y que a la vista de tan sorprendente hallazgo numerosas personas se convirtieron al cristianismo.

San Bernardo, hablando de este mártir y comentando el salmo 90 que comienza con las palabras *«El que habita bajo la protección del Altísimo»*, dice: «El gran Ignacio fue educado en la fe por el discípulo amado de Jesús. También él fue mártir, como su preceptor. Sus reliquias son un tesoro que enriquece nuestra pobreza. Escribió varias cartas a María; en ellas le llamaba *«Portadora de Cristo»*. ¡Qué título éste, tan esclarecido y qué recomendación tan elocuente del inmenso honor con que debemos tratar nosotros a Nuestra Señora!».

Capítulo XXXVII

LA PURIFICACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA



1. La solemnidad de la Purificación de la Virgen María se celebra cuarenta días después de la Navidad. Tres son los nombres que desde tiempos muy antiguos se dan a la misma, a saber: fiesta de la Purificación, fiesta del Hipopante o Encuentro, y fiesta de las Candelas.

I. *Fiesta de la Purificación:* Llámase así porque, a los cuarenta días del nacimiento de Jesús, la Virgen Bienaventurada acudió al templo a purificarse, a tenor de lo que prescribía una ley a cuyo cumplimiento ella no estaba obligada.

Un precepto contenido en el capítulo XII del Levítico ordenaba que toda mujer que hubiese concebido mediante concurso de varón sería considerada impura durante los siete días inmediatamente siguientes al parto; en esos días de impureza legal, ni debería salir de casa ni podría entrar en el templo. Pasados esos siete días primeros quedaba parcialmente, pero no totalmente purificada; estábale permitido salir a la calle y tratar con la gente, pero para ella continuaba vedada la entrada en el templo durante los treinta y tres días siguientes, porque la impureza no cesaba hasta cuarenta jornadas después de haber parido; mas, para que pudiese considerarse oficialmente rehabilitada, era preciso que acudiese personalmente al templo e hiciese en él la ofrenda a Dios de su hijo y de otros objetos. Si la criatura habida en el parto era una niña, el tiempo de impureza legal se duplicaba, tanto en lo relativo a no poder salir de casa como a los días que deberían transcurrir antes de que le estuviera permitida la entrada en el templo.

Tres razones se dan para justificar el precepto divino de que los niños fuesen llevados al templo a los cuarenta días de su nacimiento:

Primera. Porque, así como a los cuarenta días de la concepción del cuerpo viene a él el alma y en él entra como en un templo, así también, a los cuarenta días de haber nacido, conviene que el niño entre en el templo material de Dios. Sobre esto hemos de advertir que, si bien la *Historia Escolástica* suscribe la teoría de la animación a los cuarenta días, algunos físicos opinan que la animación no se produce hasta los cuarenta y seis días, que es cuando el cuerpo está ya perfectamente formado.

Segunda. Porque, así como el alma adquiere la mancha del pecado original al entrar en el cuerpo, es decir, a los cuarenta días de haber sido éste concebido, así también parece razonable que deben dejarse pasar otros cuarenta días a raíz del parto, y luego acudir al templo a expiar, mediante la oblación de algunas ofrendas, el acto de la generación a través del cual el pecado original se transmite de unos seres a otros.

Tercera. Para darnos a entender que en el reino de los cielos sólo merecen entrar quienes observan los diez mandamientos con el espíritu de Fe contenido en los cuatro evangelios.

Que el tiempo de impureza de la madre que haya parido criatura del sexo femenino sea doble y que tenga por tanto que aguardar para entrar en el templo, no cuarenta días sino ochenta, se explica por el hecho de que, si lo engendrado es niña, su cuerpo tardará en organizarse y perfeccionarse y en recibir el alma, no cuarenta, sino ochenta días, como generalmente se admite. A varias causas naturales, pero singularmente a las tres razones siguientes, se debe que el cuerpo femenino tarde el doble de tiempo que el masculino en organizarse, perfeccionarse y recibir el alma:

Primera. A que así lo dispuso Dios, habida cuenta de que el Verbo, cuando se encarnara, se encarnaría como varón. Con ello, a la par que dignificaba el sexo masculino concediéndole la gracia de que Cristo perteneciera a él, de alguna manera también honraba a todos los varones haciendo que sus cuerpos se formaran más rápidamente que los de las hembras, y premiaba a las madres que engendraran niños reduciendo el tiempo de su impureza a la mitad del que tendrían que soportar si engendraban niñas.

Segunda. A que en el pecado del Paraíso la culpa de Eva fue mayor que la de Adán, como se infiere

del castigo que Dios, cuando juzgó a ambos y a ambos sentenció, impuso a la mujer, que fue exteriormente doblemente más duro que el que impuso al hombre. Por eso también el Señor determinó que aun dentro del útero materno el cuerpo femenino necesite doble de tiempo para formarse y organizarse, con respecto al masculino.

Tercera. Para darnos a entender que, con ocasión del primer pecado, la mujer, por lo mismo que fue más culpable, causó a Dios mayor desazón que le causó el hombre, cuya culpa fue menor. Que nuestras ofensas desazonan al Señor nos consta por estas palabras del capítulo 43 de Isaías: «*Con tus pecados me degradas y me conviertes en un siervo*»; y por estas otras del salmista: «*He tenido que aguantar, sosteniéndote,* etc.».

La Bienaventurada Virgen María no estaba sometida a la Ley de la purificación, puesto que no concibió por obra de varón, sino de modo milagroso y sobrenatural. Moisés dice expresamente: «*por procedimiento seminal*». Esta observación puede parecer ociosa, habida cuenta de que así conciben ordinariamente todas las mujeres; sin embargo, fue muy conveniente, dice san Bernardo, que declarara esa circunstancia, para prevenir las blasfemias de quienes pudieran creer que María había concebido por ese procedimiento. No obstante, María quiso someterse a la ley de la purificación, por cuatro motivos:

Primero. Para darnos ejemplo de humildad. El propio san Bernardo, comentando esto, escribe: «¡Virgen Bienaventurada! Verdad es que ni necesitabas purificarte ni nadie te obligaba a ello. Pero ¿acaso tu Hijo tenía necesidad alguna de circuncidarse? Claro que no; pero así como tu Hijo se sometió a ese rito como uno más entre los niños judíos, así también tú te sometiste a la ceremonia de la purificación como una más entre las mujeres hebreas».

En esta ocasión Madre e Hijo nos dieron conjunta y simultáneamente una lección de humildad, porque también el Hijo acató voluntariamente el aspecto de la Ley que a El se refería: en su nacimiento se nos mostró con toda la debilidad de un pobre niño y con toda la indigencia de un niño pobre; en la circuncisión, como pobre y pecador; y, en la purificación de su Madre, comparece junto a ella en el templo como pobre, como pecador y como siervo. Como pobre, porque la ofrenda que por El dieron fue la correspondiente a los niños pobres; como pecador, puesto que acudió allí cual si hubiese sido concebido de la misma manera que los demás niños, manchado con el pecado original y fruto de las expansiones pasionales de un hombre y de una mujer; y como siervo, pues cual si realmente lo fuera fue redimido o rescatado con el precio de la oblación. Por la misma razón de darnos ejemplo de humildad, años más tarde quiso ser bautizado, a pesar de que no había en su alma mancha alguna que lavar. Si Cristo se acogió a todos los remedios instituidos para la liberación del hombre del pecado original no lo hizo por limpiarse de máculas que no había contraído, sino para estimularnos a imitar su humildad y para significarnos que aquellos remedios fueron adecuados y buenos en el tiempo en que Dios quiso que estuviesen en vigor. A lo largo de los siglos, por divina ordenación, cinco procedimientos diferentes han tenido vigencia y eficacia para librar al género humano del pecado original; tres de ellos, dice Hugo de san Víctor, fueron instituidos en la ley antigua: la oblación, los diezmos y los sacrificios; los tres resultaron adecuados para simbolizar la obra de nuestra redención, porque la oblación expresaba el modo; el sacrificio, con la efusión de sangre, expresaba el precio del rescate; y la entrega de los décimos o diezmos representaba al redimido, porque, como más tarde insinuó Cristo en la parábola de la dracma perdida, la que se extravió, que fue la décima, prefiguraba al hombre, extraviado y perdido por el pecado.

De esos cinco procedimientos, el primero en el tiempo fue la oblación: Caín ofrendó a Dios productos del campo, y Abel reses de sus rebaños. El segundo fue la decimación o el de los diezmos: Abraham entregaba al sacerdote Melquisedech la décima parte de cuanto producía; según advierte Agustín, todo lo que era objeto de cultivo éralo también de decimación. El tercero fue la inmolación de sacrificios. Gregorio asegura que la práctica de los sacrificios se ordenaba a borrar los efectos del pecado original. Para que estos tres remedios surtieran efecto era preciso que, al menos uno de los padres de la criatura en cuyo nombre se aplicaban, fuese creyente; pero como a veces ocurría que ambos progenitores eran infieles, se introdujo un cuarto procedimiento, el de la circuncisión, que dejaba libre al circuncidado de la mancha del pecado original lo mismo si sus padres eran creyentes que si no lo eran. La circuncisión, empero, no podía realizarse más que en individuos del sexo masculino; a ellos solamente abría este rito el

reino de los cielos; por eso se arbitró el quinto procedimiento, o sea, el bautismo, que, al ser aplicable tanto en varones como a hembras, permitía a cuantos lo recibían la entrada en la gloria.

Parece que Cristo, de alguna manera, se sometió a esos cinco procedimientos: al primero, cuando fue presentado y ofrendado por sus padres en el templo; al segundo, cuando ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches; al tercero, cuando su Madre ofreció por El dos tórtolas o dos palominos para que fuesen sacrificados posteriormente en su nombre; o cuando en la cruz El mismo se ofreció en sacrificio; al cuarto, cuando fue circuncidado, y al quinto, cuando fue bautizado por Juan.

Segundo. Para cumplir la ley. El Señor no vino al mundo a derogar la ley sino a sancionarla. Es muy posible que, si no hubiese cumplido este precepto, los judíos se hubieran agarrado a semejante omisión para rechazar su magisterio diciendo: no aceptamos tu doctrina, porque no has seguido la tradición de nuestros padres ni observado lo que manda la ley.

La Virgen y su Hijo, al acudir al templo, se sometieron a tres leyes: a la de la purificación, dándonos con ello un ejemplo de virtud tan grande que cuando nosotros creamos que hemos hecho perfectamente algo, todavía podemos y debemos decir: *somos siervos inútiles;* a la del rescate, con lo cual nos proporcionaron una magnífica lección de humildad; y a la de la oblación, comportándose como auténticos modelos de pobreza.

Tercero. Para cancelar el precepto de la purificación. En presencia de la luz cesan las tinieblas; la obscuridad desaparece cuando nace el sol. La llegada de la purificación verdadera puso fin a la misión de la purificación simbólica. Con el advenimiento de Cristo, nuestro auténtico santificador, quedaba cancelado el rito purificador prescrito en la antigua ley; porque Cristo es realmente la verdadera causa eficiente de nuestra purificación mediante la fe, como se nos advierte en este texto de la Escritura: *«Dios, por la fe, purifica nuestros corazones».* Por eso, desde que el Salvador vino al mundo, ni los padres quedaron obligados en adelante a cumplir esta Ley, ni las madres necesitaron ya acudir al templo a purificarse, ni los hijos tuvieron que ser rescatados por medio de las tradicionales ofrendas.

Cuarto. Para mostrarnos que también nosotros debemos purificar nuestras almas. La disciplina actual de la Iglesia señala cinco procedimientos eficaces para que desde la infancia purifiquemos nuestro espíritu: el juramento o solemne renuncia a Satanás, al mundo y al pecado; el agua, por la ablución bautismal; el fuego, es decir, la gracia divina; el testimonio, entendiendo por tal la realización de buenas obras; y la guerra a las tentaciones. Los tres últimos son permanentemente utilizables y debemos por tanto emplearlos constantemente.

«Llegó, pues, la Bienaventurada Virgen María al templo, presentó en él a su Hijo y lo rescató con cinco siclos».

Conviene advertir que algunos primogénitos eran redimidos o rescatados en el mismo momento de su presentación; éste era el caso de los pertenecientes a once de las tribus de Jacob, por los cuales se abonaban cinco siclos; en cambio, no había rescate propiamente dicho cuando los primogénitos presentados pertenecían a la tribu de Leví, porque éstos, aunque inmediatamente después de ser presentados regresaran a sus casas con sus padres, al llegar a la edad adulta tenían obligación de consagrarse al servicio divino en el templo. También estaban sometidos a la ley de la presentación los primogénitos de los animales domésticos; mas respecto de éstos no había rescate, sino que quedaban ofrendados a Dios y a disposición de los sacerdotes, si bien algunas especies de las consideradas vulgarmente como *ganados,* v. g.: los asnos, después de la presentación y ofrenda eran canjeados por sus dueños, que los recuperaban a cambio de una oveja, por ejemplo. Otros animales, como los perros, eran ofrendados e inmediatamente después inmolados.

Cristo procedía de la tribu de Judá; pertenecía por tanto a la clase de primogénitos que deberían ser rescatados, y rescatado fue por sus padres, que dieron por El, además de los cinco siclos prescritos, dos tórtolas o dos palominos, que eso era lo que solían ofrendar las familias pobres. Las familias ricas tenían que ofrendar un cordero.

Observemos cuán prudentemente procedía la ley al señalar la ofrenda de los pobres: no prescribía que se ofreciesen dos polluelos de tórtola, porque no siempre existen estas crías; las tórtolas anidan solamente una vez al año, y aun en el tiempo en que anidan no resulta fácil hacerse con estos pájaros. En cambio, señalaba dos palominos en sustitución de las tórtolas, porque los pollos de las palomas sí existen en cualquier época del año. En la alternativa, cabía ofrecer dos tórtolas, porque estas aves existen en todo tiempo. Notemos además que valían dos tórtolas, pero no dos palomas.

¿Por qué? Porque las tórtolas son castas, mientras que, por el contrario, las palomas son libidinosas y por lo mismo no apropiadas para ser ofrecidas a Dios.

¿Cómo la Virgen, que poco antes había recibido de los Magos una importante cantidad de oro, no compró con parte de él un cordero para ofrecerlo en aquella ocasión?

A esta pregunta se puede responder lo siguiente: sin duda que los Magos ofrendaron a Jesús una interesante cantidad de oro; no es presumible, nota san Bernardo, que tales reyes ofreciesen a tal Niño cosas viles. Esto no obstante cabe suponer dos cosas: o que la Virgen no conservó en su poder el oro que ellos le dieron, sino que en seguida lo distribuyó entre otros pobres, como opinan algunos; o sí lo conservó, pero sabedora de que tendrían que emigrar a Egipto y vivir allí siete años, con prudente sentido de la previsión, opinan otros, lo guardó para hacer frente a las múltiples necesidades de su inminente peregrinación. También pudo ocurrir que la ofrenda de oro que los Magos hicieron a Jesús fuese más simbólica que efectiva y que el valor real de lo que le dieron hubiese sido escaso.

Los expositores hablan de tres oblaciones, en relación con el Señor: la de El a Dios, hecha por sus padres; la de las aves, para obtener su rescate; y la que el propio Jesús hizo de sí mismo en la Cruz en beneficio de la humanidad. La primera pone de manifiesto su gran humildad, puesto que siendo El el autor de la ley se sometió a una norma que no le obligaba; la segunda nos certifica su extremada pobreza, ya que ofrendó lo que ofrendaban los pobres; la tercera constituye un elocuente testimonio de su infinita caridad, pues se inmoló por amor a los pecadores.

En los siguientes versos se describen separadamente las propiedades de la tórtola y las de la paloma.

Las de la tórtola:

Alta vuela la tórtola; gime al cantar;
la inminente primavera anuncia;
casta vive y vive aislada.
Cuida de noche a sus hijos... Huye de la carroña.

Las de la paloma:

Come granos; vuela en bandadas;
huye de la carne muerta.
No tiene hiel;
gime cuando a su compañero besa.
Entre piedras hace el nido.
Del enemigo huye cuando lo ve en los ríos.
No usa el pico para herir.
Cuida a sus hijos muy bien.

II. *Fiesta del Hipopante.*

Este es otro de los nombres que suele darse a esta solemnidad. *Hipopante* proviene de *hypa* que significa *ir,* y de *anti,* que quiere decir *contra* y *hacia.* Hipopante, pues, es lo mismo que *presentación,* o *encuentro. Presentación* en este caso, porque en esta festividad conmemoramos el hecho de que el mismo día que la Madre hizo la ceremonia de su Purificación, su Hijo fue presentado a Dios en el templo; y *Encuentro,* porque cuando sus padres iban a presentarlo, Simeón y Ana encontráronse con el Niño en los atrios del santuario, y al producirse este encuentro, Simeón tomó en sus brazos a Jesús.

En el episodio de su presentación en el templo, la verdadera condición del Salvador quedó encubierta y un tanto obscurecida bajo tres velos. Vale la pena reparar en ello.

El primero de esos velos ocultó la real significación de su persona. El, que es la Verdad y que como tal conduce por sí mismo hacia sí a todo hombre; El, que es el Camino a través del cual guía a lo demás que hasta El lleguen; El, que es la Vida, en aquella ocasión se dejó conducir por otros. Lo dice expresamente el evangelista: «*Cuando llevaban al Niño Jesús,* etc.».

El segundo de estos velos ocultó su bondad: efectivamente, a pesar de que en El residen la virtud y santidad por excelencia, lo mismo que su Madre quiso someterse a un ceremonial tan peculiar, cual si estuviese afectado por alguna inmundicia.

El tercero disimuló el poder de su majestad: quien con la fuerza de su palabra lo puede todo, aceptó ser recibido en los brazos de un hombre viejo y llevado en ellos, no obstante ser El quien a tales brazos comunicaba fortaleza y vitalidad, como se desprende de esta afirmación de la liturgia: «El anciano llevaba al Niño y el Niño conducía al anciano...».

«Entonces Simeón lo bendijo diciendo: Ya puedes, Señor, cortar el hilo que me mantiene a mí, tu siervo, unido a la vida...»

Simeón, al proclamar que aquel Niño era la sal-

vación, la luz y la gloria del pueblo de Israel, dio a Jesús tres calificativos muy acertados, pues los tres convienen adecuadamente a Jesucristo, como vamos seguidamente a ver enfocándolos desde cuatro ángulos diferentes.

Primero: Desde el punto de vista de nuestra justificación.

Jesucristo es *salvación,* como indica su propio nombre de Jesús, que significa Salvador, porque mediante la remisión de nuestras culpas nos ha salvado a todos; es *luz,* puesto que a través de la luz de la gracia a todos nos justifica; es *gloria,* pues la gloria de la bienaventuranza otorga a todos los justificados.

Segundo: Desde el punto de vista de nuestra regeneración.

Somos regenerados cuando por medio del bautismo renacemos. En tal renacimiento Jesús es nuestra *salvación,* puesto que mediante los exorcismos y el agua bautismal nos libera o salva del pecado; es *luz* para nosotros, y luz que ilumina nuestras almas con la claridad de la fe, luz simbolizada por la candela encendida que arde durante la celebración de este sacramento; y es *gloria,* como se significa en el rito que sigue al bautismo consistente en que el bautizado es llevado hasta el altar, que representa una promesa de la bienaventuranza futura.

Tercero: Desde el punto de vista de la procesión litúrgica que se hace en esta festividad.

A través del exorcismo y bendición de las candelas se pretende significar que Cristo es *Salvador;* mientras las mismas permanecen encendidas en las manos de los asistentes se está certificando que Jesús es *luz;* la entrada de la procesión en la iglesia y los cánticos que durante ella se entonan representan la entrada de los fieles en la *gloria* por los méritos del Señor.

Cuarto: Desde el punto de vista de los tres nombres que se dan a esta festividad.

El de Purificación connota la idea de *salvación* o liberación del pecado; el de fiesta de las Candelas o Candelaria declara expresivamente el concepto de *luz* o iluminación que en el alma produce la gracia; y el de Hipopante nos hace pensar en la *gloria* que constituirá nuestra recompensa, porque también nosotros, como advierte el Apóstol, por los méritos de Cristo, un día saldremos a su encuentro traspasando las alturas.

Notemos igualmente que Simeón, en el cántico del *«Nunc dimittis»,* honró a Cristo con los nombres de paz, salud, luz y gloria; y acertadamente, porque Cristo es paz, en cuanto mediador; salud, en cuanto redentor; luz, en cuanto doctor; y gloria, en cuanto remunerador.

III. *Fiesta de las Candelas.*

Este o el de Candelaria es el tercer nombre que suele darse a esta solemnidad, debido a que durante la celebración de la misa los fieles sostienen en sus manos candelas encendidas.

¿A qué se debe que la Iglesia haya determinado que los asistentes a la liturgia de este día tengan en sus manos cirios encendidos?

A estas cuatro cosas:

Primera. Al deseo de suplantar una costumbre pagana. Antiguamente los romanos, por estas mismas fechas cada cinco años, para honrar a Februa, madre de Marte, a quien consideraban dios de la guerra, iluminaban las calles de la ciudad durante la noche con profusión de antorchas y teas; a través de estas iluminaciones en honor de Februa pedían a Marte que por los méritos de las honras tributadas a su madre les concediese la victoria sobre los enemigos del Imperio. A cada uno de esos períodos quinquenales dábase el nombre de lustros.

Igualmente, en el mes de febrero, las gentes de Roma ofrecían sacrificios a Febrio, o sea, a Plutón, y a otros dioses infernales, y para tenerlos propicios y moverlos a que trataran bien a las almas de sus antepasados, además de ofrendarles víctimas, pasábanse las noches enteras sosteniendo en sus manos antorchas encendidas y cantándoles alabanzas.

El papa Inocencio refiere que las mujeres de los romanos, todos los años, al comienzo de febrero, celebraban una fiesta a la que daban el nombre de *las luces.* Parece ser que tal fiesta tenía su origen en esta leyenda puesta en circulación por algunos poetas antiguos: Plutón, dios infernal, se enamoró de Proserpina, mujer muy bella; movido por la fuerza de su pasión, la raptó y la convirtió en diosa. Los padres de Proserpina, al advertir su desaparición, la buscaron afanosamente de día y de noche, durante mucho tiempo, por bosques y selvas, alumbrándose en la obscuridad con teas y linternas. Créese que la *fiesta de las luces,* que las mujeres romanas celebraban cada año a principios de febrero, representaba la búsqueda de Proserpina.

No es fácil desembarazarse de costumbres inveteradas. De ahí que muchos cristianos procedentes de la gentilidad, aún después de su conversión a la verdadera fe siguieran apegados a sus antiguas tra-

diciones paganas. Viendo el papa Sergio lo difícil que resultaba apartarlos de semejantes prácticas, tomó la encomiable decisión de dar a la *fiesta de las luces* un sentido nuevo: consistió que los cristianos tomaran parte en ellas, pero cambiando la intencionalidad que entre los paganos tenían, y dispuso que los cortejos luminosos que los romanos organizaban por aquellos días y habían hecho populares en todas las provincias del Imperio, los fieles lo hicieran el dos de febrero de cada año, mas en honor de la Madre de Cristo y en forma de procesiones y llevando en sus manos candelas previamente bendecidas. De ese modo, entre los cristianos se conserva una tradición cuyo desarraigo resultaba prácticamente muy difícil, pero sin la significación pagana que hasta entonces había tenido.

Segunda. Al propósito de hacer resaltar la pureza de la Virgen. Pudiera darse el caso de que algunos al oír hablar de que la Virgen fue purificada, creyeran erróneamente que había necesitado purificarse. Para salir al paso de este posible error, y para dejar en claro que la pureza de la Señora fue absoluta y espléndida, la Iglesia determinó que en la fiesta de la Purificación de María tuviésemos en nuestras manos cirios encendidos a fin de que éstos, con las luces de sus llamas, cual lenguas elocuentes, pregonasen la doctrina que la Iglesia profesa acerca de la pureza de la Virgen Santísima, pureza tan rutilante y luminosa, que María no necesitó purificarse absolutamente de nada. De nada, en efecto, tenía que purificarse quien había concebido, sí, pero no mediante concurso de varón, y quien ya antes de nacer, en el seno de su madre, había sido santificada, y santificada de tal manera y glorificada en el útero materno por la recepción del Espíritu Santo, que no sólo jamás produjose en ella movimiento desordenado alguno ni inclinación hacia ninguna clase de pecado, en absoluto, sino que la plenitud de santidad que en ella había, trascendía, se desbordaba y alcanzaba a otros, hasta el punto de que extinguía los brotes de concupiscencia carnal en quienes la trataban. Por eso dicen los judíos que María, a pesar de ser bellísima, nunca fue objeto de apetencia sensual por parte de nadie, ya que la virtud de su castidad se transfundía y penetraba en quienes la miraban y hacía imposible la aparición en ellos de cualquier apetito desordenado en relación con ella. De ahí que María sea comparada al cedro, porque así como este árbol con su olor mata a las serpientes, así también la santidad que de su alma y de su cuerpo trascendía mataba a estas otras serpientes de la inclinaciones carnales. También es comparada a la mirra, porque igual que la mirra produce la muerte de los gusanos, su santísima castidad mataba la concupiscencia sensual de cuantos andaban cerca de ella. No tuvieron esta prerrogativa ni los demás que fueron santificados en los úteros de sus madres, ni las otras vírgenes, cuyas respectivas santidades y purezas, con ser notables, no se transfundieron a otras personas ni extinguieron en éstas los movimientos carnales. Este privilegio fue concedido exclusivamente a ella y en tan alto grado, que la virtud de su pureza penetraba hasta las más recónditas profundidades del corazón de los impúdicos, y la suciedad, agazapada en los más ocultos recovecos convertíase, respecto de María, en casta limpieza.

Tercera. Al intento de subrayar el significado de la procesión que en esta festividad se hace. Esta procesión tiene por objeto reproducir aquella otra tan honorable que el día de la Purificación de la Virgen hicieron acompañando al Niño en su presentación en el templo, ella misma, es decir, María y José, Simeón y Ana. Los cirios encendidos que llevamos en nuestras manos y con los que entramos en la iglesia y ofrecemos posteriormente en el altar, representan a Jesús; y lo representan adecuadamente, porque en las candelas hay tres elementos, a saber, la cera, la mecha y la llama, que responden a otros que se daban en Cristo: su cuerpo, su alma y su divinidad. La cera, producida por las abejas de su propia sustancia, sin mezclas heterogéneas, simboliza el cuerpo de Cristo, engendrado exclusivamente de la sustancia de la Virgen María, sin corrupción de su carne virginal; la mecha, alojada en el interior de la cera, significa el alma candidísima que informa el cuerpo del Señor; y la llama que arde y consume la cera del cirio, se asemeja a la divinidad de Jesucristo; no olvidemos que nuestro Dios es como una llama de fuego abrasador. Por eso, certeramente inspirado, dijo el autor de estos versos:

En honor de la piadosa María
llevo esta candela en la mano mía:
Representa esta cera
la carne virginal verdadera
de Cristo; y la llama, que ilumina,
significa su persona divina;
y la mecha en el cirio escondida,
el alma que a su cuerpo da vida.

Cuarta. Al deseo de que nos sirva de adoctrinamiento. Las candelas de esta fiesta, a través de su luz, hablan con nosotros y nos dicen que, si queremos comparecer purificados y limpios ante los ojos de Dios, es menester que tengamos fe verdadera en nuestra alma, acciones santas en nuestra conducta y rectitud de intención en nuestra voluntad. La candela que sostenemos encendida en nuestra mano representa al mismo tiempo la fe y las buenas obras; porque, así como la candela y la luz se complementan hasta el punto de que una candela apagada no tendría razón de ser, pues su misión es lucir y si no luce es como si estuviese muerta, y a su vez la luz no puede lucir sin la candela y una luz que no luce es una luz muerta, así también la fe necesita de las buenas obras, sin las cuales es como si estuviese muerta, y las buenas obras necesitan de la fe, porque sin el concurso de ésta es prácticamente imposible que las obras sean buenas; y si no son buenas, es como si naciesen muertas.

La mecha alojada en el interior de la cera representa la rectitud de nuestras intenciones, o nuestras intenciones rectas, que al modo de la mecha deben permanecer modestamente escondidas dentro de nuestro corazón a tenor de este consejo de Gregorio: «Cuando delante de la gente realicéis obras buenas, procurad que vuestras virtuosas intenciones no asomen al exterior».

2. Cierta señora, de condición social noble y muy devota de la Virgen María, construyó junto a su casa una capilla, y se procuró un capellán para que diariamente y en su presencia celebrase en ella la misa en honor de Nuestra Señora. Un año, próxima ya la fiesta de la Purificación, el capellán tuvo que ausentarse para atender un negocio personal; a causa de esta ausencia, cuando llegó el día de tan señalada festividad la noble y piadosa dama hallóse en la imposibilidad de oír misa. Debo advertir que según otras versiones de este mismo episodio, el hecho de que esta señora se viera privada de la misa se debió, no a ausencia del capellán, sino a que aquel día no pudo salir de casa por no tener ropa que ponerse, pues, previamente, llevada de su generosidad y de su amor a la Virgen, había dado a los pobres todos sus vestidos y prendas personales. Reanudemos el relato. Fuere por lo que fuere, el caso es que un año, el día de la Purificación, la referida dama encontró dificultades para oír misa, y que, apenada por ello, bien en la capilla, bien en su cuarto, postróse ante una imagen de María y sumióse en profunda oración, durante la cual quedó arrobada en éxtasis y tuvo la siguiente visión: Estaba ella en el centro de un templo grandioso y hermosísimo en el que de pronto entraron numerosísimas vírgenes presididas por otra de rango superior y deslumbrante belleza coronada con riquísima diadema; todas estas doncellas, en perfecto orden, avanzaron procesionalmente, nave adelante, y fueron a ocupar unos sitiales dispuestos a un lado de la capilla mayor. En cuando se sentaron en ellos, entró en la iglesia otra procesión formada por jóvenes varones, quienes, también ordenadamente, tomaron asiento en otros sitiales que había en el lado opuesto de la misma capilla. Seguidamente un sacristán, con un brazado de candelas, se acercó a donde estaba la virgen principal, que ocupaba la presidencia, entrególe un cirio, dio después otro a cada una de las doncellas y a cada uno de los jóvenes y, por último, vino a donde estaba ella y le ofreció también un cirio, que aceptó y recibió de muy buena gana. Terminada la distribución de las candelas avanzaron hacia el altar dos ceroferarios, un subdiácono, un diácono y un preste, revestidos con riquísimos ornamentos, cual si se dispusiesen a celebrar una misa solemnísima. Parecióle a ella que los acólitos eran san Vicente y san Lorenzo, que el diácono y subdiácono eran dos ángeles, y que el preste era Jesucristo. Hecha la confesión que precede al comienzo de la misa, surgieron en el centro del coro dos jóvenes hermosísimos y entonaron el *introito* correspondiente al oficio del día, que fue proseguido por cuantos se hallaban en el templo. Al llegar el momento del ofertorio, la Reina de las vírgenes y las demás doncellas y todos los asistentes se acercaron ordenadamente al altar y, tal como suele hacerse, doblando las rodillas, fueron entregando sus cirios al sacerdote. Este, cuando terminó la ofrenda de las candelas, no regresó al altar, sino que permaneció quieto en su sitio, como si esperara a que ella se acercara también a ofrendar la candela que tenía en sus manos; mas como no se atreviera a hacerlo, la Reina de las vírgenes envióle un recadero diciéndole que fuese prestamente a ofrecer su cirio y que no incurriese en la incorrección de hacer esperar al sacerdote innecesariamente. Por el mismo recadero la noble dama comunicó a la Soberana Señora, que el sacerdote podía continuar la misa, porque ella no tenía intención de ir a ofrecer. Tornó a ella el recadero con un nuevo mensaje de la Reina de las vírgenes y regresó otra vez hasta donde estaba la Señora con la respuesta que la dama le había dado: que podía continuar la misa, que ella no pensaba tomar parte en el oferto-

rio porque no quería desprenderse del cirio que le habían dado, sino conservarlo en su poder por devoción. Por tercera vez vino a ella el mismo mensajero, rogándole de parte de la Reina que acudiese a ofrecer su candela y comunicándole que, si no lo hacía, tenía orden de la Señora de arrebatarle de sus manos el cirio. Como la mujer persistiera en su actitud de negarse a ofrecer, el recadero intentó arrebatarle la candela; la dama procuró asirla fuertemente entre sus manos, forcejearon durante un rato, y como ella, agarrada al cirio por uno de sus cabos tiraba de él hacia sí, mientras el recadero tiraba en dirección contraria del otro cabo, en el forcejeo el cirio se partió exactamente por la mitad y cada uno de ambos contendientes quedóse con media candela. En el preciso momento en que el cirio se quebró, la dama volvió en sí de su arrobamiento y recuperó el uso normal de sus sentidos. ¡Cuál no sería su sorpresa al advertir que en sus propias manos tenía la mitad de un cirio con señales evidentes de haber formado parte de un cirio entero y con una quebradura reciente! Profundamente emocionada dio gracias a la Santísima Virgen María por haberle permitido asistir en tan señalado día a la misa de las Candelas y por haber dispuesto las cosas de manera que no se quedara sin tomar parte en la devotísima procesión de tan solemne festividad. Ni que decir tiene que durante toda su vida conservó en su poder como preciadísima reliquia aquel medio cirio, del que se decía que cuantos enfermos lo tocaban recobraban repentinamente la salud, fuese cual fuese la enfermedad que padecieran.

3. De otra mujer se cuenta lo siguiente: estando preñada, soñó una noche que no llevaba en su seno una criatura, sino un estandarte de color de sangre. Al despertar por la mañana y recordar el sueño que había tenido, su angustia fue tal que se volvió loca repentinamente. En su locura mostrábase obsesionada por la manía de pensar y decir que el diablo se reía de ella, y que la fe cristiana que hasta entonces había cultivado y llenado su alma, se le había bajado hasta los pechos y que, sin que pudiera evitarlo, se le escapaba por los pezones de los mismos. Cuantos remedios se tomaron para que desechase esas ideas y para que recobrase el juicio fueron inútiles. Pero una tarde ella entró en una iglesia dedicada a Nuestra Señora y allí se quedó a pasar la noche. Al siguiente día, que era el de la Purificación de la Santísima Virgen, durante la celebración de la fiesta de las Candelas, repentinamente y por completo, recobró la salud.

Capítulo XXXVIII

SAN BLAS

Blas, que en latín se dice Blasius, procede o de *blandus* (suave), o de *belasius,* palabra compuesta de *bela* (costumbre) y de *syor* (niño pequeño). Suave y dulce fue san Blas en su trato, santo en sus costumbres y sencillo y humilde, como un niño de corta edad.

Por la mansedumbre y santidad de su vida, los cristianos eligieron a Blas obispo de Sebaste, ciudad de Capadocia. El nuevo obispo, poco después de iniciar su prelatura, huyó de su sede a causa de la persecución de Diocleciano, se refugió en una cueva y adoptó el modo de vivir de los ermitaños. Infinidad de pájaros de diversas especies acudían a visitarle, le llevaban comida y no se marchaban de su lado hasta que él, tras de acariciarlos, los bendecía. Cuando alguna de aquellas aves se sentía indispuesta, iba en busca de alivio a la cueva del santo varón y en seguida se recuperaba.

En cierta ocasión el gobernador de la provincia envió a sus soldados a cazar. Los cazadores recorrieron toda la zona sin dar vista ni a una sola pieza; mas, al pasar casualmente junto a la cueva que servía de morada al santo, quedaron sorprendidos al ver una enorme multitud de fieras y aves, haciendo compañía al anacoreta, y más todavía cuando, al intentar la captura de alguno de aquellos animales, no lo consiguieron, pese al gran empeño que pusieron en la empresa. Llenos de asombro regresaron los soldados a la ciudad y refirieron al gobernador lo que habían visto. Este, enseguida, envió una expedición de hombres armados, con orden expresa de que apresaran al ermitaño y a cuantos cristianos hallaran por caminos y poblados.

La noche anterior al día en que los expedicionarios llegaron a la cueva en que vivía el santo, Jesucristo se apareció por tres veces a Blas, y en cada una de aquellas apariciones le dijo: «Despierta, levántate y celebra la misa». Tres veces, pues, se levantó Blas durante aquella noche, y tres veces también celebró el santo sacrificio. A la mañana siguiente los expedicionarios entraron en la cueva y dijeron al ermitaño:

—Sal y ven con nosotros. El gobernador quiere verte.

—¡Bienvenidos, hijos míos! Veo que Dios no se ha olvidado de mí —respondióles Blas, quien inmediatamente se marchó con ellos.

A lo largo del camino el santo no cesó de predicarles las verdades de la fe cristiana, y hasta realizó algunas cosas maravillosas, entre otras éstas:

Al pasar por un poblado acudió a él una mujer, en demanda de socorro, llevando sobre sus brazos a un hijo suyo que no podía respirar y estaba a punto de morir asfixiado a causa de una espina de pescado que se había clavado en la garganta. La desconsolada madre, llorando, pidióle que liberara a su hijo de aquel grave percance. San Blas colocó sus manos sobre la cabeza del muchacho y rogó al Señor que lo curara, y que curara también a todos los presentes de cualquiera dolencia o enfermedad que pudieran padecer en aquel momento. Acto seguido el muchacho expulsó la espina y quedó repentinamente sano.

Al llegar a otra población salió también al encuentro del santo una mujer muy pobre y le suplicó que le alcanzase de Dios la gracia de que pudiese recuperar un pequeño cerdo, lo único que tenía en el mundo, y le explicó como días antes se había quedado sin él porque un lobo se lo había arrebatado. San Blas, sonriendo, le dijo:

—Tranquilízate, buena mujer, recuperarás tu cerdito.

Apenas hubo dicho esto, presentóse ante ellos el lobo y depositó ante los pies de la mujer el animalito que le había robado.

Cuando llegaron a la ciudad a la que se dirigían, los expedicionarios, siguiendo las instrucciones de su jefe, encerraron al santo en la cárcel. Al día siguiente el gobernador mandó que llevaran al preso a su presencia.

—¡Bienvenido, Blas, amigo de los dioses! —díjole el gobernador, saludándolo cortésmente.

El santo obispo le respondió:

—¡Bien hallado, honorable señor! Pero no llames dioses a quienes realmente son demonios y padecen en el fuego eterno, como padecerán también en el mismo fuego todos los que actualmente los adoran.

No gustó esta respuesta al gobernador, quien, enfadado, ordenó que azotaran al prisionero y que lo encerraran de nuevo en la cárcel.

Mientras lo estaban azotando dijo Blas al gobernador:

—Si crees que porque me atormentes vas a conseguir arrancar de mi corazón el amor que a mi Dios tengo, eres un insensato. Dios está conmigo. El es quien me da fortaleza para que pueda soportar todas estas torturas.

La mujer en cuyo favor hiciera san Blas el milagro de la recuperación del cerdo, cuando se enteró de que su bienhechor estaba encarcelado se apresuró a acudir en su socorro: mató el cerdito, fue a la ciudad, visitó al prisionero y le entregó la cabeza y las patas del animal, un pan y una candela. El santo le dio las gracias por el obsequio, comió y después dijo a la mujer:

—Todos los años, en el aniversario de mi muerte, llevarás a la iglesia una candela y la ofrecerás en mi nombre. Si haces lo que te digo, todas tus cosas marcharán prósperamente; lo mismo les ocurrirá a cuantos hicieren esto.

La mujer aquella cumplió fielmente el encargo, y comprobó cómo, efectivamente, durante el resto de su vida todo le resultó muy bien.

Pasado algún tiempo el gobernador ordenó que llevaran nuevamente al prisionero a su presencia y trató de convencerlo para que renegara de su fe; mas, como no lo consiguiera, dispuso que lo colgaran de un árbol, que desgarraran su carnes con garfios de hierro y que lo encerraran otra vez en la prisión. Cuando lo llevaban a la cárcel, siete piadosas mujeres siguieron sus pasos y fueron recogiendo del suelo, en unos paños, la sangre que fluía de los miembros desgarrados del santo obispo. También ellas, por este hecho, fueron detenidas y coaccionadas para que ofrecieran sacrificios en honor de los ídolos, pero se negaron a ello y, encarándose valientemente con el gobernador, le dijeron:

—Si quieres que adoremos a tus dioses mételos con cuidado en un estanque para que se laven; si los vemos con sus caras bien limpias puede que seamos capaces de hacer lo que nos propones.

El gobernador aceptó y les dio permiso para que ellas, por sí mismas, recogieran de los templos

las imágenes de los dioses y las lavaran cuanto antes. Las siete mujeres, a toda prisa, se apoderaron de los ídolos, y diciendo «ahora veremos si son dioses de verdad», los arrojaron a un lago. Al enterarse el gobernador de lo que las mujeres habían hecho, dándose golpes de pecho y sumamente irritado, dijo a sus soldados:

—¿Cómo no habéis impedido que nuestros dioses fuesen arrojados a la profundidad de ese lago?

Ellos le respondieron:

—Estas mujeres te han engañado; te hicieron creer que iban a lavarles sus caras; pero desde el principio abrigaban la intención de hacerlos desaparecer.

Las mujeres replicaron:

El verdadero Dios no se deja engañar. Si esas imágenes hubiesen sido dioses de verdad habrían conocido nuestros propósitos e impedido que los lleváramos a cabo.

El gobernador, irritado, mandó llenar un estanque de plomo derretido y preparar garfios de hierro, siete corazas de metal que deberían ser sometidas a la acción del fuego hasta que quedaran incandescentes, y siete camisas de lino. Cuando le dijeron que todo esto estaba dispuesto, manifestó a las mujeres:

—Elegid a vuestro gusto entre esas siete camisas, o entre el baño en plomo fundido, los garfios y las corazas metálicas al rojo vivo.

Una de las siete mujeres, madre de dos niños pequeños, al oír la invitación se destacó del grupo, corrió hacia las camisas, se apoderó de todas ellas y sin dudarlo un momento decidida y valientemente las arrojó a la hoguera en que estaban calentando los garfios de hierro. Sus dos hijos, testigos de la escena, exclamaron:

—¡Oh madre dulcísima! ¡No nos dejes abandonados! ¡Tú que nos alimentaste con la dulce leche de tus pechos, llévanos contigo y sigue alimentándonos eternamente con la dulzura del reino de los cielos!

El gobernador mandó que entonces mismo las siete mujeres fuesen colgadas de unos árboles y laceradas con los garfios incandescentes.

Mientras les aplicaban este tormento, los cuerpos de las siete víctimas tornáronse blancos como la nieve, y de sus carnes sajadas, en vez de fluir sangre, fluyó leche. La tortura, sin embargo, fue tan cruel y tan dolorosa que las mártires, en determinado momento, pareció que comenzaban a flaquear; pero en aquel preciso instante compareció ante ellas un ángel del Señor, les infundió ánimo y les dijo: «¡No temáis; sed valientes! El buen obrero empieza bien su trabajo y persevera en la tarea hasta el final; de ese modo por una parte merece la bendición de su amo y, por otra, cuando la faena ha terminado, además de recibir el salario convenido experimenta la satisfacción interior de haber cumplido con su deber».

El gobernador, al observar que las mujeres con las palabras del ángel se reanimaban, mandó suspender aquella tortura y ordenó que fuesen arrojadas a la hoguera en la que se calentaban los instrumentos del suplicio; mas, tan pronto como las mártires entraron en contacto con el fuego, éste, por divina intervención, extinguióse repentinamente y ellas no experimentaron molestia alguna. Esto llenó de ira al gobernador, quien dirigiéndose a las víctimas díjoles severamente:

—¡Dejad de emplear vuestras artes mágicas y adorad de una vez a nuestros dioses.

Ellas respondieron:

—¡Calla, y acaba cuanto antes la obra que comenzaste, que nos están llamando desde el reino de los cielos!

Entonces el gobernador mandó a los verdugos que cortaran la cabeza a las siete mujeres, las cuales, momentos antes de ser decapitadas, se arrodillaron y pronunciaron esta oración: «Oh Dios, que nos sacaste de las tinieblas y nos condujiste a la dulcísima luz de tu fe y nos elegiste para ser sacrificadas en tu honor! ¡Recibe nuestras almas y concédenos la vida eterna!

Seguidamente, una tras otra, las siete fueron decapitadas; mientras sus cabezas rodaron por el suelo sus espíritus entraron en el reino del Señor.

Terminada la ejecución de las siete mártires, el gobernador ordenó que trajeran a Blas, y cuando éste estuvo en su presencia le dijo:

—¡Decide de una vez! ¿Adoras a nuestros dioses, o no?

El santo obispo contestó:

—¡Impío! ¡No me asustan tus amenazas! ¡Aquí me tienes! ¡Haz conmigo lo que quieras!

El gobernador, lleno de ira, ordenó a sus soldados:

—¡Arrojad a este hombre al lago!

San Blas, al caer al agua, trazó sobre ella la señal de la cruz, y el lago se solidificó. El santo, puesto en pie sobre su superficie, cual si estuviera sobre tierra, miró a los soldados que desde la orilla con-

templaban atónitos aquel milagro, y les dijo:

—Ahora tenéis oportunidad de comprobar si vuestros ídolos son dioses de verdad o no lo son. Venid acá conmigo.

Setenta y cinco de ellos aceptaron el reto y comenzaron a caminar sobre el agua solidificada, mas apenas dieron unos pasos por ella el suelo que pisaban se abrió, cayeron al fondo del lago y perecieron definitivamente.

A continuación un ángel del Señor se presentó ante Blas y le dijo: «Sal de aquí; ven conmigo a recibir la corona que Dios te tiene preparada».

Salió Blas del lago y se presentó ante el gobernador, que le dijo:

—¿Te niegas decididamente a adorar a nuestros dioses?

El santo le respondió:

—¡Desdichado! ¡Decídete tú de una vez a reconocer que soy siervo de Cristo y que rotundamente me niego a dar culto a los demonios!

Entonces el gobernador ordenó a los verdugos:

—¡Cortad ahora mismo la cabeza a este hombre!

Blas aprovechó los instantes que le quedaban de vida para orar y para pedir a Dios que todos cuantos tuvieran cualquier mal de garganta, o padecieran alguna enfermedad, obtuvieran su curación si se encomendaban a él y solicitaban su intercesión. En seguida oyó una voz procedente del cielo que decía: «Lo que acabas de pedir queda concedido».

Inmediatamente después de esto, tanto él como los dos niños de que antes hemos hablado, fueron decapitados.

Estos martirios ocurrieron hacia el año 283 de la era cristiana.

Capítulo XXXIX

SANTA ÁGUEDA

Águeda, o Agatha, deriva de *agios* (santo) y de *theos* (Dios) y significa etimológicamente *santa de Dios.*

Según el Crisóstomo, tres cosas caracterizan la santidad de una persona: la limpieza de corazón, la presencia en ella del Espíritu Santo y la abundancia de las buenas obras. Todo esto se dio en esta mujer.

Hay quien opina que Agatha proviene de *a* (sin), de *geos* (tierra) y de *theos* (Dios), y que este nombre significa *diosa sin tierra,* o lo que es lo mismo, sin apetencias terrenas. Otros piensan que procede de *aga* (elocuente) y de *thau* (consumación) y que quiere decir *persona de consumada elocuencia.* Las hábiles respuestas que esta santa dio a sus torturadores muestran que efectivamente fue persona de elocuencia consumada. Habida cuenta de una frase pronunciada por esta virgen cuando dijo: «la mayor nobleza es ésta, etc.», sostienen algunos que el nombre que llevó está compuesto por estos dos vocablos: *agath* (servidumbre), y *thaas* (superior) y que equivale a *esclavitud excelsa.* Finalmente podemos decir que la palabra Agatha resultante de *aga* (solemne) y de *thau* (consumación), significa *solemne final,* y constituyó una especie de proclamación anticipada de la honrosa sepultura que, cuando su vida terminó, dieron los ángeles a su cuerpo.

La virgen Águeda perteneció a una ilustre familia de Catania, fue sumamente bella y atractiva, y muy fiel y santa en el servicio de Dios. Quintiliano, cónsul de Sicilia, de origen plebeyo, libidinoso, avaro e idólatra, quiso adueñarse del corazón de esta doncella. «Si logro hacerla mi esposa», se decía en su interior, «conseguiré cuatro cosas: me convertiré de plebeyo en noble, disfrutaré de su hermosura saciando con ella mi concupiscencia, dispondré de sus cuantiosas riquezas y agradaré a los dioses arrastrándola a la idolatría». Como primera medida para iniciar la ejecución de su plan, ordenó que trajeran a la joven a su presencia y trató de convencerla de que debería casarse con él. Como Águeda rechazó esta proposición, tras de la entrevista la encerró en un burdel en el que una tal Afrodisia y sus nueve hijas ejercían el oficio de prostitutas y encargó a las diez rameras que la tuvieran en su casa durante treinta días y procuraran corromper su fe y sus sentimientos. Las diez meretrices, dispuestas a cumplir el encargo del cónsul, unas veces prometían a la doncella exquisitos placeres, otras la amenazaban con asperísimas torturas, pero no consiguieron mudar sus propósitos ni

hacerla cambiar de conducta. A sus discursos y parrafadas, Águeda respondía de esta manera:

—Mis ideas están construidas sobre cimientos más sólidos que las piedras: sobre el mismo Jesucristo; vuestras palabras son como el viento, vuestras promesas como la lluvia, vuestras amenazas como los ríos. Por mucho que el viento, la lluvia y las corrientes de los ríos arrecien, no derribarán mi casa, porque los fundamentos en que se asienta son indestructibles:

Todos los días la joven prisionera, con abundantes lágrimas, oraba y pedía al Señor la gracia del martirio. Vista su inconmovible actitud, al cabo de algunas jornadas Afrodisia habló con Quintiliano y le dijo:

—Más fácil es pulverizar una piedra y convertirla en arena o dar al hierro la flexibilidad del plomo, que modificar el pensamiento de esta doncella o hacerla vacilar en su fe cristiana.

Quintiliano mandó que llevaran a Águeda de nuevo a su presencia, y entre la joven y él sostuvieron el siguiente diálogo:

Quintiliano. —¿Cuál es tu condición social?

Águeda. —Soy noble. Pertenezco a una familia muy ilustre. Todos mis parientes pueden acreditar la elevada alcurnia de nuestra estirpe.

—Si eres noble, ¿cómo te conduces cual si fueses una esclava?

—Me conduzco como una esclava, como tú dices, porque soy sierva de Cristo.

—¡No entiendo cómo puedes ser al mismo tiempo noble y sierva!

—Es muy fácil de entender: la mayor nobleza consiste en ser esclava de Dios.

—Te propongo dos cosas: sacrificar a los dioses, o ser torturada con diferentes suplicios. Entre ellas, elige la que quieras.

Águeda respondió:

—¡Que la mujer con quien te cases se asemeje a tu diosa Venus, y que tú llegues a parecerte a tu dios Júpiter!

Al oír esta respuesta el cónsul mandó abofetear a la doncella al tiempo que le decía:

—¿Cómo te atreves a proferir con tu boca semejantes burlas contra tu juez?

Águeda replicó:

—Me extraña que un hombre tan prudente como tú se comporte de esta manera tan tonta. No comprendo la razón de que mis anteriores palabras te hayan molestado. Me limitaré a expresar mi deseo de que tanto tu futura esposa como tú llegarais a pareceros a los dioses en quienes crees. ¿Es que tienes a menos vivir como ellos vivieron? Si esos dioses fueron buenos y vivieron honorablemente, te he deseado una cosa estupenda; si fueron malos, y a ti te parece horrible asemejarte a ellos, entonces es que sobre este particular piensas exactamente lo mismo que yo pienso.

Quintiliano la atajó diciendo:

—Lo que tú pienses me tiene sin cuidado. No perdamos el tiempo con disquisiciones vanas. O sacrificas como te he dicho, o haré que te torturen hasta que mueras en los tormentos.

—Si me arrojas a las fieras —repuso Águeda— verás como éstas, en cuanto oigan el nombre de Cristo, se amansan; si tratas de quemarme viva, no lo conseguirás: los ángeles, con rocío caído del cielo, apagarán el fuego; si ordenas que me laceren y desgarren mis carnes, comprobarás cómo soportaré el suplicio con la fortaleza que me comunicará el Espíritu Santo que está conmigo.

Comprendiendo el cónsul que estaba quedando en mal lugar ante el público al no poder replicar adecuadamente a los argumentos de la doncella, mandó que la encerraran en un calabozo. Águeda, sin oponer resistencia, se dejó conducir a la cárcel, mostrándose durante el camino tan alegre y feliz como si la llevaran a una fiesta, y pidiendo a Dios la corona del martirio.

Al día siguiente Quintiliano fue a verla y le dijo:

—Reniega de Cristo y adora a los dioses.

Águeda no prestó atención ninguna a estas palabras. Entonces el cónsul mandó a los verdugos que la sometieran al tormento del potro, que consistía en atarla a unos maderos y en retorcer sus miembros hasta descoyuntarle los huesos.

Al oír esta orden, la joven declaró:

—Saber que me vas a atormentar me produce tanta alegría como la que siente cualquiera cuando recibe una noticia muy agradable o ve al alcance de la mano algo vivamente deseado durante largo tiempo; o la que experimentan algunos al encontrarse de pronto con un riquísimo tesoro. Antes de llevar el trigo de los silos, se trilla el bálago y se trituran las espigas para que suelten el grano. Para que mi alma entre en el paraíso ostentando la palma del martirio, es menester que mi cuerpo sea previamente machacado por los verdugos.

Quintiliano seguidamente mandó a sus esbirros que laceraran a la joven en uno de sus pechos, y que luego, para aumentar y prolongar su sufri-

miento, se lo arrancaran lentamente y poco a poco.

Mientras estaban cumpliendo esta orden, Águega dijo al cónsul:

—¡Impío! ¡Cruel y horrible tirano! ¿No te da vergüenza privar a una mujer de un órgano semejante al que tú, de niño, succionaste reclinado en el regazo de tu madre? ¡Arráncame, no uno, sino los dos, si así lo deseas; pero has de saber que, aunque me prives de éstos, no podrás arrancarme los que llevo en el alma consagrados a Dios desde mi infancia y con cuya sustancia alimento mis sentidos!

Realizada esta tortura fue nuevamente conducida a la cárcel. El cónsul dispuso que ningún médico entrara a curarla y que nadie le suministrara ni agua, ni pan, ni alimento alguno.

Aquella misma noche, hacia la mitad de la misma, presentóse en el calabozo un anciano provisto de medicamentos y precedido de un niño que, con una linterna en sus manos, alumbraba el camino. El anciano dijo a Águeda:

—El cónsul, ebrio de rabia, te ha torturado, pero tú, con tus respuestas, lo has torturado aún más a él; porque si bien él ha destrozado tus pechos, tú lo has destrozado a él y lo destrozarás todavía más con las amarguras que le aguardan. Cuando te estaban atormentando, yo, que lo presencié todo, pude advertir que tu pecho puede curarse, y voy a curártelo.

Águeda le respondió:

—Jamás mostré mi cuerpo a nadie ni siquiera para que me aplicaran ninguna clase de remedios; sería pues, una torpeza por mi parte hacer ahora lo que nunca he hecho, o descubrir voluntariamente lo que siempre mantuve cubierto.

El anciano manifestó:

—¡Hija! Yo soy cristiano; no te dé vergüenza.

—No es cuestión de vergüenza, repuso Águeda. ¿Qué reparo podría tener en esto estando tan lacerada y siendo tú tan viejo? ¿Cabe si quiera sospechar que iba a producirse ni en ti ni en mí ningún movimiento de concupiscencia? No se trata, pues, de eso. Yo, padre y señor mío, agradezco tu buena intención y la solicitud con que has acudido en mi ayuda.

—Entonces, —preguntó el anciano— ¿Por qué no permites que te cure?

Águeda le respondió:

—Porque no es necesario. Yo tengo a mi disposición a mi Señor Jesucristo cuyo poder es tan grande que con una sola palabra es capaz de curar todos los males y restaurar todas las cosas- Si El así lo quiere, puede hacer que yo sane instantáneamente.

El anciano, sonriendo, declaró:

—¡Yo soy su apóstol! El es quien me ha enviado para comunicarte que ya estás sana.

El anciano aquel, en efecto, era san Pedro, quien, en cuanto dijo las anteriores palabras, desapareció.

Águeda cayó de rodillas, dio gracias a Dios y después comprobó por sí misma que no sólo estaba totalmente curada de todas sus heridas, sino que, hasta el pecho que le destrozaron y arrancaron, hallábase de nuevo en su sitio, íntegro y completamente sano.

Durante la escena que acabamos de referir, la cárcel permaneció inundada de una deslumbrante claridad. Con los destellos de tan intensa luz despertaron los carceleros, quienes, asustados al ver el inusitado fenómeno luminoso, llenos de miedo huyeron dejando tras de sí abiertas las puertas de la prisión. Algunos, al ver que el presidio estaba abierto de par en par, entraron en él y rogaron a Águeda que escapara, pero ella les respondió:

—De ninguna manera haré lo que me proponéis. Ni quiero perder la corona que ya tengo asegurada con mi paciencia anterior, ni puedo permitir que mi huida redunde en perjuicio de mis carceleros.

Cuatro días más tarde acudió Quintiliano a verla, y nuevamente insistió en que ofreciese sacrificios a los ídolos, repitiendo las amenazas consabidas de que si no lo hacía sería castigada con nuevos tormentos. Pero Águeda le contestó:

—Tus necias y vanas palabras son tan nocivas que contaminan el aire. ¡Infeliz! ¡Hombre sin juicio! ¿Cómo pretendes que dé culto a unos trozos de piedra, y que reniegue del Dios del cielo que acaba de curarme?

Quintiliano inquirió:

—¡Dime la verdad! ¿Quién te ha curado?

—Cristo, el Hijo de Dios.

—¿Cómo te atreves nombrar a ese Cristo, sabiendo como sabes que no quiero oír hablar de él?

—Mientras viva, seguiré nombrándolo con los labios y con el corazón.

—Ahora comprobaremos si efectivamente ha sido Cristo quien te ha curado.

Acto seguido, el cónsul ordenó a sus servidores que preparasen una gran hoguera, que cuando la leña se hubiese convertido en brasas desparrama-

sen el borrajo por el suelo, mezclando la lumbre con cascotes de teja, y que sobre aquella espantosa cama arrastraran reiteradamente el cuerpo desnudo de la doncella.

Cuando los esbirros estaban aplicando a Águeda este horrible tormento produjose un espantoso terremoto: la ciudad entera tembló; el palacio consular se derrumbó y aplastó a dos de los consejeros del cónsul. Momentos después el pueblo se amotinó contra Quintiliano, fueron en su busca y a gritos le echaron en cara que él y sólo él, por su ensañamiento con la inocente Águeda, era el responsable de la calamidad que la ciudad acababa de padecer. El cónsul, asustado, tanto por lo del terremoto, cuanto por el levantamiento y sedición de las masas populares contra él, ordenó a los verdugos que cesaran en el tormento que estaban aplicando a la doncella, y que la condujeran nuevamente a la cárcel.

Una vez que Águeda quedó a solas en la prisión oró al Señor de esta manera:

—¡Oh mi Dios Jesucristo, que me creaste y desde que vine al mundo me cuidaste, preservaste mi cuerpo de toda impureza, me apartaste del amor al mundo y me diste fortaleza y paciencia para soportar los tormentos! ¡Recibe mi espíritu y acógeme en el seno de tu misericordia!

Las palabras finales de esta oración pronunciólas la santa en voz muy alta, con acento clamoroso, y, en cuanto las hubo dicho, expiró. Su muerte ocurrió hacia el año 253, siendo Daciano emperador.

Cuando los cristianos estaban embalsamando su cuerpo y ungiéndolo con perfumes a fin de colocarlo honrosamente en el sepulcro, llegó hasta ellos un joven revestido con ornamentos de seda al frente de una procesión formada por más de cien mancebos hermosísimos, revestidos igualmente de riquísimos ornamentos y blancas túnicas. Nadie conocía a los recién llegados ni nadie jamás los había visto por aquella región. El que presidía tan vistoso y extraño cortejo acercóse al cuerpo de la mártir, puso junto a su cabeza una lápida de mármol y, al instante, tanto él como sus acompañantes, desaparecieron. En la lápida estaba grabada esta inscripción: *«Menten sanctam, spontaneam, honorem Deo et patriae liberationem»*. Los circunstantes entendieron que aquel epitafio quería decir: «Tuvo un alma santa; se consagró al Señor decididamente; dio honor a Dios y alcanzó el premio de la vida eterna».

Al divulgarse este milagroso hecho, hasta los judíos y gentiles comenzaron a visitar el sepulcro de la mártir y a honrar sus venerables restos.

En cuanto Águeda murió, Quintiliano trató de apoderarse del riquísimo patrimonio que a ella había pertenecido. Un día, yendo de viaje sobre su carroza para inventariar la hacienda de la santa, los dos robustos caballos del tiro se desbocaron, volcó la carroza y él, despedido del interior, cayó entre las pezuñas de las bestias; una de ellas empezó a morderle; luego la otra, de una coz descomunal, lanzó su cuerpo hasta un río que discurría a la vera de la calzada; las aguas lo engulleron, la corriente lo arrastró y su cadáver nunca jamás pudo ser hallado.

Al año siguiente, unos días antes del aniversario de la muerte de santa Águeda, entró en erupción un volcán que hay en la cima de un altísimo monte, muy próximo a la ciudad de Catania. El fuego que salía por la boca de la montaña descendía por la ladera formando torrentes que a su paso fundían las piedras, derretían la tierra y convertían cuanto hallaban en su camino en lodo ardiente. Aquel espantoso caudal de fuego avanzaba impetuosamente hacia la ciudad. Los paganos que vivían en las cercanías abandonaron sus casas, corrieron al sepulcro de la santa, arrancaron el velo que lo cubría y lo colocaron cual cortina protectora a cierta distancia del fuego para contener la pavorosa riada. Pues bien, el mismo día del aniversario del martirio de Águeda la corriente de lumbre se detuvo ante el velo y no osó pasar de aquel milagroso valladar.

San Ambrosio compuso en honor de santa Águeda el siguiente prefacio: «Dichosa ¡oh!, esta santa, que por su fidelidad al honor debido al Señor mereció ennoblecer su martirio derramando en él toda su sangre. Esta noble y esclarecida doncella consiguió ser glorificada con el doble título de virgen y mártir; en medio de atroces tormentos hizo infinidad de milagros; estando en la cárcel fue misteriosamente socorrida por Dios por medio de un apóstol. Los cielos acogieron a esta esposa de Cristo; su cuerpo recibió homenajes de respeto y veneración, y hasta un coro de ángeles acudió a proclamar la santidad de su alma y su entrada en la libertad de la Patria eterna!».

Capítulo XL

SAN VEDASTO

Este nombre de Vedasto admite dos interpretaciones: si suponemos que está compuesto de las palabras *vere dans aestus,* significa *auténtico foco de calor;* mas, si deriva de *vaeh distans,* equivale a *libre de lamentos o alejado de lamentos.* Ambas etimologías y significaciones pueden aplicarse a este santo, pues definen certeramente su vida: la primera de ellas, porque san Vedasto cultivó con ardor la mortificación y la penitencia; y la segunda, porque se vio eternamente libre de las lamentaciones de los condenados, que constantemente exclaman: Vaeh!, vaeh! vaeh!: ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!... ¡Ay, que ofendí a Dios! ¡Ay, que cedí a las tentaciones del diablo! ¡Ay! ¿Por qué no podré morir? ¡Ay! ¡Qué horribles tormentos padezco! ¡Ay! ¡Jamás saldré de este infierno!

San Vedasto fue consagrado obispo de Arrás por san Remigio. Un día se encontró con dos pobres a la puerta de la ciudad; de ellos uno era ciego y el otro paralítico; los dos le pidieron limosna. El santo les dijo:

—No puedo daros ni oro ni plata porque nada de eso tengo, pero sí alguna otra cosa.

Seguidamente hizo oración y al instante el paralítico dejó de serlo y el ciego recobró la vista.

Otro día, al pasar junto a una iglesia abandonada, llena de zarzas y malezas, entre cuyas ruinas tenía su guarida un lobo, ordenó a la alimaña que huyera de aquel lugar y que no osara tornar a él; el lobo obedeció, se marchó de allí y jamás volvió.

Durante los cuarenta años de su ministerio episcopal convirtió a muchos con su predicación y sus virtuosos ejemplos. El mismo día en que se cumplía el cuarenta aniversario de su consagración vio una columna de fuego que descendía del cielo y llegaba a la tierra y entendió que su muerte estaba próxima. En efecto, poco después falleció en la paz del Señor. Su tránsito ocurrió hacia el año 550.

Cuando estaban enterrando su cuerpo, se encomendó a él un hombre anciano y ciego, llamado Audómato, pidiéndole que le devolviera la vista el tiempo necesario para ver el cuerpo de Cristo en la eucaristía, aunque luego la perdiera de nuevo. San Vedasto escuchó y atendió la petición del anciano: éste recobró la vista y, una vez cumplido su deseo, quedó otra vez ciego.

Capítulo XLI

SAN AMANDO

San Amando, llamado así por su amabilidad, poseyó las tres condiciones que alguien debe tener para arrastrar hacia sí el afecto de los demás: primera carácter agradable, que es cualidad muy conveniente para que uno pueda comportarse como buen amigo. «*Amigos hay*», dice el libro de los Proverbios en su capítulo 18, «*cuya compañía resulta más grata que la de un hermano*». Segunda, conducta irreprensible, como la de Esther, de quien se dice en el capítulo segundo de su vida, que todos la querían. Tercera, aspecto físico atrayente. Así era el de Saúl y el de Jonatás, que resultaban amables por su hermosura, como asegura el autor del libro II de los Reyes en el capítulo primero del mismo.

Amando, hijo de padres nobles, ingresó siendo jovencito en un monasterio. Un día, al pasar por una de las dependencias monacales, vio una enorme serpiente, y haciendo la señal de la cruz la obligó a tornar a su escondrijo y a no salir nunca más de él.

Por devoción a san Martín acudió a visitar su sepulcro y allí se quedó quince años cerca de los restos de este santo, vestido de cilicio y alimentán-

dose exclusivamente de agua y de pan de cebada. Después de esto hizo una peregrinación a Roma. Estando en esta ciudad, una noche se recogió en la iglesia de san Pedro, dispuesto a pasar en ella la vigilia entera haciendo oración; pero el sacristán del templo, con muy malos modos y de forma violenta, lo obligó a salir. Amando se quedó en la calle, junto a la puerta de la basílica; al cabo de un rato se durmió y soñó que se le aparecía san Pedro y le ordenaba que fuese a las Galias, se entrevistase con el rey Dagoberto y le reprendiese por los crímenes que cometía. Amando obedeció, pero el rey, enfurecido, lo expulsó de su reino. Este monarca, que no tenía hijos, venía rogando al Señor con insistencia que le diera siquiera uno para que a su muerte le sucediese en el trono. Dios oyó sus plegarias y le concedió un varón. En cuanto el niño nació, comenzó Dagoberto a preocuparse y a preguntarse a sí mismo, a quién confiaría la administración del bautismo de su hijo; a fuerza de hacer pasar por su memoria nombres de diferentes personas, acordóse de Amando y decidió que él fuese quien bautizase al príncipe. Por orden del rey, emisarios suyos buscaron al monje, lo hallaron y lo condujeron al palacio de su soberano. Dagoberto se postró a los pies de Amando, le suplicó que le perdonase y que tuviese a bien administrar el bautismo al hijo que Dios le había concedido después de mucho pedírselo. El santo religioso accedió a la primera parte de su súplica y le perdonó la injuria de haberle desterrado; pero no a la de que bautizara a su hijo, porque no quería mezclarse en nada concerniente a la corte, y, tras de haber renunciado a este honor, se ausentó; mas el rey lo buscó de nuevo, insistió en su pretensión y acabó consiguiendo que el monje Amando aceptara bautizar al heredero.

Durante la celebración del bautismo ocurrió un hecho sorprendente: en un momento dado de la ceremonia, en el que los asistentes deberían responder *amen* a determinadas preces rituales, no lo hicieron; entonces el pequeño infante, en vista de que los adultos permanecieron callados, con voz sonora y clara, respondió en nombre de los asistentes: ¡Amén!

Poco después de este episodio el rey, empeñado en sacar al santo varón de la humildísima obscuridad en que vivía, lo nombró obispo.

Comenzó Amando a ejercer su nuevo ministerio pero, al comprobar que la mayor parte de sus diocesanos no hacían caso alguno de su predicación, dejó aquella tierra y emigró a Vasconia, en donde le ocurrieron los siguientes casos:

Un día, mientras predicaba, un bufón empezó a burlarse públicamente de él y de la doctrina que estaba exponiendo, mas al poco rato el demonio se apoderó del cuerpo de aquel chocarrero y éste dio en desgarrarse sus carnes con sus propios dientes mientras a gritos proclamaba que estaba sufriendo un terrible castigo por haberse burlado del santo siervo de Dios; y diciendo esto, entre convulsiones, espumarajos y babas, cayó repentinamente muerto.

Otro día un obispo recogió cuidadosamente el agua de una jofaina en la que Amando acababa de lavarse las manos y ungió con ella los ojos de un ciego y éste instantáneamente quedó curado de su ceguera.

En otra ocasión trató Amando de edificar un monasterio en determinado lugar. El rey aprobaba y apoyaba el proyecto; pero no así el obispo de una ciudad vecina, quien para evitar que se llevara a cabo ordenó a unos criados suyos que echaran de aquella región a Amando, y que si se resistía a abandonar el país, lo mataran. Los susodichos criados fueron a visitar al santo y trataron de engañarlo, proponiéndole que los acompañara porque iban a mostrarle un paraje muy adecuado para el emplazamiento del monasterio que quería edificar. El, aunque desde el primer momento conoció la malicia de los emisarios y adivinó lo que tramaban, disimuló, y como era enorme su deseo de morir mártir, los acompañó hasta donde quisieron llevarle, que fue a la cima de un monte en donde pensaban asesinarle al abrigo de la soledad y de la ausencia de testigos; mas, en cuanto llegaron a la cumbre de la momtaña, se desencadenó una aparatosa y terrible tormenta: Comenzó a llover a cántaros; la obscuridad se hizo tan densa que no se veían unos a otros; con esto el miedo de aquellos hombres fue tan grande y la persuasión de que quienes iban a morir víctimas de la espantosa tempestad serían ellos, llegados hasta allí para perpetrar el horrendo crimen de matar a un inocente, que empezaron a gritar y a pedir perdón y a rogar al virtuoso Amando que intercediese ante Dios para que los permitiera salir con vida de aquel trance y los librara de tan evidente castigo. El santo, compadecido, rogó y obtuvo del Señor que cesara la tormenta y sobreviniera una gran serenidad. Quienes le habían conducido hasta allí con intención de darle muerte regresaron a la ciudad arre-

pentidos de su pecado y agradecidos a su intercesor. De esta manera libró Dios a su siervo Amando del asesinato tramado contra él por sus enemigos. Después de esto, el santo vivió todavía algunos años, durante los cuales obró muchos milagros, y al fin, hacia el año 653, en tiempo del emperador Heraclio, descansó en la paz del Señor.

Capítulo XLII

SAN VALENTÍN

Valentín proviene o de *valorem tenens* (valeroso), y valeroso fue este santo en su perseverancia en la santidad, o de *valens* (valiente), y de *tiro* (soldado), en cuyo supuesto significaría *valiente soldado,* o soldado valiente, propiedad perfectamente aplicable a nuestro bienaventurado varón, que fue soldado invencible de Jesucristo. Es valiente el soldado que jamás se rinde, acomete con brío, se defiende con denuedo y vence holgadamente a su enemigo. Estas cuatro condiciones se dieron en san Valentín: no se rindió ni ante el martirio; infligió duros golpes a la idolatría hasta dejarla derrotada; defendió y fortificó la doctrina cristiana, y obtuvo la victoria sobre sus perseguidores aguantando infinidad de padecimientos.

Fue Valentín un venerable sacerdote. En cierta ocasión, llamado a su presencia por el emperador Claudio, sostuvo con él el siguiente diálogo:

Claudio. —¿Qué es esto, Valentín? ¿Por qué no te haces amigo nuestro y adoras a nuestros dioses? ¿Por qué no renuncias a esas absurdas supersticiones a las que te has entregado?

Valentín. —Si conocieras la gracia de Dios no sólo no dirías estas cosas, sino que tú mismo darías de lado a los ídolos y adorarías al Dios de los cielos.

Uno de los consejeros del emperador intervino en este momento preguntando a Valentín:

—¿Qué opinión tienes de la santidad de nuestros dioses?

Valentín le contestó:

—¿Santidad, dices? Sobre este punto lo único que puedo decir es que fueron hombres miserables llenos de inmundicias.

Claudio. —Si crees que Cristo fue verdaderamente Dios, ¿por qué no lo dices delante de mí, abiertamente?

Valentín. —Claro que lo digo: Jesucristo es verdaderamente Dios y el único Dios verdadero, y si creyeras en él tu alma se salvaría, la sociedad prosperaría y El alcanzaría la victoria sobre todos sus enemigos.

Entonces Claudio, dirigiéndose a sus consejeros, comentó:

—¡Próceres romanos! Yo reconozco que este hombre habla con suma discreción y cordura.

Al oír este juicio, el prefecto, alarmado, dijo a los otros consejeros:

—El emperador se ha dejado seducir; pero ¿cómo vamos a abandonar la religión que venimos practicando desde nuestra infancia?

Claudio, que oyó lo que el prefecto dijo, cambió de opinión y dispuso que el propio prefecto se hiciese cargo de la custodia de Valentín. El prefecto se llevó al santo en calidad de prisionero, pero en lugar de encerrarlo en la cárcel lo alojó en su propio domicilio. Al llegar a él, dijo Valentín: «Señor Jesucristo, puesto que eres luz verdadera, ilumina a cuantos viven en esta casa para que reconozcan que tú eres Dios y el único Dios verdadero».

A esto replicó el prefecto:

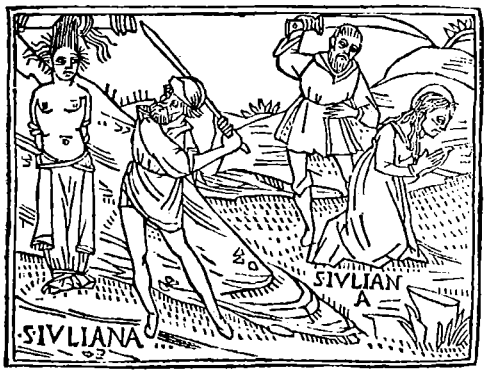
—Es interesante eso de que Cristo es luz. Yo tengo una hija que lleva mucho tiempo ciega. Si ese Cristo tuyo le devuelve la vista, haré cuanto me digas.

Valentín se recogió en oración y al instante la hija del prefecto quedó curada de su ceguera y todos cuantos vivían en aquella casa se convirtieron al cristianismo.

Poco después de esto, el emperador mandó que Valentín fuese decapitado. Su martirio ocurrió hacia el año 280 del Señor.

Capítulo XLIII

SANTA JULIANA



El mismo día de su boda con Eulogio, prefecto de Nicomedía, Juliana comunicó a su marido que, si no se hacía cristiano, jamás accedería a tener relaciones conyugales con él, y como éste le hiciera saber que no tenía el menor propósito de convertirse a la religión de Cristo, abandonó a su esposo y retornó a casa de sus padres. El padre se negó a acoger a la hija, desautorizó lo que había hecho, le golpeó brutalmente y la condujo de nuevo al domicilio de su marido. Eulogio la recibió benignamente. Después, hablando con ella, le dijo:

—Dulcísima Juliana mía, me has decepcionado. ¿Por qué te niegas a cumplir tus deberes matrimoniales?

Juliana le respondió:

—Los cumpliré si te conviertes a mi Dios; pero, si no te conviertes, no podré considerarte como mi esposo.

—Señora mía, —replicó Eulogio—, yo no puedo hacer lo que me pides, compréndelo; si lo hiciera, el emperador mandaría que me cortaran la cabeza.

Juliana contrarreplicó con viveza:

—¿De manera que tú temes a tu rey, que es mortal, y pretendes que yo no tema al mío, que es inmortal? Haz lo que quieras, pero ten la completa seguridad de que jamás conseguirás nada de mí mientras persistas en tu actitud.

Tras de este diálogo, Eulogio, en su calidad de prefecto, mandó que golpearan salvajemente a su esposa; después ordenó que la colgaran por los cabellos. Durante medio día la mantuvo suspendida del techo en la forma indicada, y, a lo largo de aquellas horas, los criados, por orden de su señor, varias veces arrojaron sobre la cabeza de la santa cubos de plomo derretido. Posteriormente, en vista de que soportaba el tormento como si no recibiera daño alguno, Eulogio dispuso que la ataran con cadenas y que la encerraran en un calabozo.

Cuando estaba ya recluida en la prisión, presentóse ante ella el diablo, disfrazado de ángel bueno, y le dijo:

—Juliana, soy un enviado del Señor. El me ha mandado que venga a verte y me ha encargado que te diga que debes sacrificar a los ídolos para librarte de los tormentos que padeces y de la horrorosa muerte que piensan darte.

Al oír tan extraño mensaje, Juliana lloró mucho y oró de esta manera: «¡Señor y Dios mío! Haz que yo sepa quién es éste que acaba de venir a verme; él asegura que es un enviado tuyo; pero ¡me dice unas cosas tan raras!» Inmediatamente oyó una vez que le decía: «Aprésalo y oblígale a que él mismo confiese quién es». Inmediatamente Juliana sujetó fuertemente al misterioso emisario y le exigió que se identificase, y el que pretendió hacerse pasar por ángel del cielo, declaró que era un demonio enviado por su padre, para engañarla. Entonces Juliana le preguntó:

—Dices que te ha enviado tu padre; ¿pero quién es ese padre?

El diablo respondió:

—Belcebú; él es quien manda en nosotros y nos envía a los cristianos para que realicemos cerca de ellos malas embajadas; si no conseguimos hacerles caer en nuestras tentaciones, a nuestro regreso nos azota cruelmente. Yo he tenido la desgracia de que me encargara esta misión de confundirte y, como no lo he logrado, ya sé lo que me espera en cuanto regrese al infierno.

Más cosas dijo el demonio en aquella ocasión a Juliana, entre otras ésta: que era muy difícil engañar a los cristianos que oían misa, o a los que hacían oración o asistían a los sermones.

Juliana ató las manos al diablo por detrás de la espalda, luego lo arrojó al suelo y le dio una buena azotaina con el extremo de la cadena a la que ella misma había sido amarrada. A cada golpe, el demonio, entre alaridos, gritaba:

—¡Mi señora Juliana! ¡Ten compasión de mí!

En esto, por orden del prefecto, que quería hablar con ella, sacaron a la prisionera de la cárcel; pero Juliana, sin soltar al diablo, se lo llevó consigo, tirando de él como se tira de una bestia me-

diante un ramal. El diablo, caminando tra ella, lleno de vergüenza, suplicaba:

—¡Mi señora Juliana! No me obligues a hacer el ridículo de esta manera. ¿Quién, que me vea así, se fiará en adelante de mis palabras? Dicen que los cristianos sois clementes; tú, empero, no estás teniendo clemencia alguna conmigo.

Después de haber paseado al demonio de esta guisa, por calles y plazas, Juliana decidió deshacerse de él y lo arrojó a una letrina.

El prefecto, cuando la prisionera compareció en su presencia, ordenó que la tendieran sobre una rueda y que la atormentaran, y tanto la torturaron que la quebraron todos los huesos hasta el extremo de que el tuétano de los mismos quedó esparcido por el suelo. Al cabo de un rato surgió en aquel sitio un ángel del Señor, rompió la rueda y sanó repentinamente a la santa. Cuantos presenciaron este milagro se convirtieron al cristianismo a excepción del prefecto, que permaneció obstinado en su infidelidad y mandó decapitar a los quinientos hombres y ciento treinta mujeres que acababan de convertirse. Seguidamente ordenó que metieran a Juliana en una tinaja llena de plomo derretido; pero, en cuanto la santa fue colocada en el recipiente, aquel espeso y abrasador líquido transformóse repentinamente en agua transparente y tibia, como la de un baño muy agradable.

Ante este nuevo milagro el prefecto empezó a maldecir de sus propios dioses y a echarles en cara que fuesen incapaces de castigar a una jovenzuela de la que habían recibido y estaban recibiendo tantos desprecios y denuestos, y, para terminar de una vez, mandó que cortaran la cabeza a su esposa.

Cuando llevaban a Juliana al lugar designado para su decapitación, salió al encuentro de la comitiva un joven, que en realidad era aquel diablo anteriormente castigado y humillado por la prisionera, y, dirigiéndose a los verdugos encargados de la ejecución, díjoles a gritos:

—¡No tengáis compasión de ella! No la merece, porque no ha hecho más que desacreditar constantemente a vuestros dioses. ¡A mí mismo, la pasada noche me azotó sin piedad! ¡Dadle ahora su merecido!

En esto Juliana abrió los ojos, lo miró atentamente, y como el diablo advirtiera que había sido reconocido por ella, echó a correr diciendo a voces:

—¡Ay! ¡Desgraciado de mí! ¡Esta mujer es capaz de apresarme otra vez y de amarrarme y azotarme de nuevo!

Juliana murió decapitada; pero pocos días después de su martirio, yendo su marido el prefecto a bordo de una nave con otros treinta y cuatro hombres, se desencadenó una fuerte tempestad, el navío se fue a pique, y tanto él como sus compañeros se hundieron en el fondo del mar y perecieron ahogados; sus cuerpos posteriormente subieron a la superficie, pero las olas los arrojaron a un litoral en donde fueron devorados por fieras y aves de rapiña.

Capítulo XLIV

LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO

Tres clases hay de cátedras: unas son regias, como la de David, de quien se dice en el capítulo 22 del Libro segundo de los Reyes que «*se sentó en la cátedra,* etc.». Otras son sacerdotales, como la de Helí, a propósito del cual en el capítulo primero del primer libro de los Reyes leemos: «*Helí, sentado en su silla,* etc.». Otras son magisteriales; tal fue la de Moisés; a ella se refirió el Señor cuando dijo: «*Sobre la cátedra de Moisés,* etc.», (Mt. 23).

La cátedra de Pedro fue regia, sacerdotal y magisterial; regia, porque Pedro fue príncipe de todos los reyes; porque fue pastor de todos los sacerdotes y clérigos; y magisterial, porque fue maestro de todos los cristianos.

La Iglesia celebra en esta fiesta el hecho histórico de haber ocupado Pedro, durante algún tiempo, con prestigio y honra, la sede de Antioquía.

Parece que la institución de esta festividad se debió a alguno de los cuatro motivos siguientes:

I. Estando san Pedro predicando en Antioquía, Teófilo, gobernador de la ciudad, le hizo esta increpación:

—Pedro, ¿por qué inquietas a mi pueblo?

El apóstol trató de catequizar al gobernador, pero éste le metió en la cárcel, y allí lo dejó sometido a toda clase de privaciones de alimento, con intención de que muriera de hambre. Pedro, extenuado, por la inanición, en cierto momento levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Señor Jesucristo, socorro de los desdichados! ¡Ayúdame! ¡No puedo más! ¡Me encuentro agotado por esta tribulación!

Su Maestro le respondió:

—¡Pedro! ¿Puedes acaso creer que te tengo abandonado? ¡Mala opinión tienes de mí y de mi bondad si te atreves a pensar eso! ¡Dentro de poco alguien remediará tu necesidad!

Cuando san Pablo se enteró de que Pedro estaba encarcelado, acudió a Antioquía, fue a visitar a Teófilo y le dijo:

—Soy perito en diferentes artes; sé pintar y decorar tiendas de campaña y tengo habilidad para hacer otras muchas más cosas.

Teófilo escuchó a Pablo con vivo interés, y le rogó encarecidamente que se quedara en su servicio.

Pasados algunos días Pablo logró entrar clandestinamente en la cárcel y, viendo a Pedro a punto de morir de hambre, abrazándole y llorando amargamente le dijo:

—¡Oh Pedro, hermano mío! ¡Oh alma de mi alma, y mi gloria y mi alegría! ¡Estoy aquí, a tu lado! ¡Vuelve en ti! ¡Mírame!

Abrió Pedro los ojos, y al reconocer a Pablo comenzó a llorar con él, pero sin poder articular palabra por la extrema debilidad en que se encontraba. Pablo le separó los labios y le introdujo en la boca un poco de alimento con el que consiguió reanimarle lo suficiente para que en sequida pudiera comer por sí mismo; y, en efecto, comió, y recuperó sus fuerzas; luego, profundamente emocionado, abrazado a Pablo besábale en el rostro sin que ninguno de ellos pudiera contener sus lágrimas.

Ocultamente, como había entrado, salió Pablo de la prisión, fue a ver al gobernador y le dijo:

—¡Buen Teófilo! Puedes sentirte orgulloso porque todos reconocen que eres hombre cortés y sumamente honrado. Pero oye lo que sigue: un pequeño error puede comprometer tus extraordinarias cualidades. Te advierto esto a propósito de tu comportamiento con ese sujeto al que llaman Pedro, a quien al parecer tienes encerrado en la cárcel por ser adorador de Dios. Estás dando demasiada importancia a ese asunto. El hombre a quien tienes encarcelado está cubierto de andrajos, extenuado, deformado y en una situación extremadamente penosa. Sólo conserva la lucidez de su juicio. ¿Crees que es acertado mantener en prisión y en semejantes condiciones a ese individuo? Mi opinión es que deberías ponerlo en libertad y aprovechar las cualidades que dicen que tiene; porque he oído comentar que es persona de extraordinaria valía, que sana a los enfermos y que incluso resucita a los muertos.

Teófilo le respondió:

—Todo eso son fábulas, Pablo. No hagas caso de ellas. ¿Piensas que si tuviera poder para resucitar a los muertos no lo tendría también para escaparse de la cárcel? El hecho de que no se haya evadido demuestra que no lo tiene.

Pablo replicó:

—De que no se haya escapado no se sigue que no hubiera podido hacerlo si hubiese querido. He oído decir que ese Cristo al que él adora se resucitó a sí mismo, y sin embargo no se desenclavó de la Cruz en la que le dieron muerte. También he oído decir que el tal Pedro, para imitar al que considera su Maestro, acepta voluntariamente padecer por El, y que, aun pudiendo evitar los suplicios que padece, no los evita.

—Pues mira, —contestó Teófilo a Pablo—, vete a verle y dile de mi parte que lo sacaré de la prisión y lo dejaré en libertad si consigue resucitar a un hijo mío que murió hace catorce años.

Fue Pablo a ver a Pedro, hizo el encargo del gobernador, y le dijo:

—Le he prometido que resucitarás a su hijo.

—Has prometido un cosa sumamente difícil, comentó Pedro; pero con la ayuda de Dios resultará facilísimo resucitar a ese muerto.

Sacaron a Pedro de la cárcel y lo llevaron al lugar en que el hijo de Teófilo había sido enterrado. Tras abrir la tumba, Pedro se puso a orar pidiendo al Señor la resurrección del difunto, y al instante el que llevaba catorce años muerto y sepultado, resucitó.

En el anterior relato hay algunos puntos de cuya historicidad puede dudarse. No parece creíble que Pablo recurriese a procedimientos de humana astucia, como el de hacerse pasar por tallista

y pintor, para introducirse en la casa del gobernador, ni que Dios hubiese diferido durante catorce años la sentencia judicial sobre el eterno destino del joven muerto.

Con motivo de este hecho tan milagroso, Teófilo y todos los habitantes de Antioquía y otros muchos de diferentes lugares que tuvieron noticias de él, creyeron en el Señor, edificaron una iglesia suntuosa, colocaron en un lugar destacado de la misma una cátedra muy elevada para que el público pudiese ver y oír bien a quien hablara desde ella, y en ella entronizaron a Pedro, que la ocupó durante siete años, al cabo de los cuales marchó a Roma cuya sede gobernó otros veinticinco años.

II. Otra de las razones que pudieron mover a la Iglesia a celebrar la exaltación de san Pedro a la Cátedra de Antioquía pudo ser ésta: la entronización del apóstol en la referida cátedra se efectuó en un ambiente de gran magnificencia y honor; mas no sólo esto, sino que aquella entronización sirvió de modelo en adelante, de manera que a partir de entonces los prelados eclesiásticos comenzaron a ser considerados como personas prestigiosas en rango, potestad y autoridad, y por eso se realizaba con gran solemnidad la ceremonia de su exaltación o toma de posesión de sus sillas episcopales. Con la entronización de san Pedro en la Cátedra de Antioquía empezó a cumplirse la consigna del salmo que dice: *«Que lo aclamen y honren los miembros de la Asamblea».* Sobre esto conviene advertir que san Pedro fue aclamado y honrado por los componentes de tres asambleas diferentes, a saber: la de los fieles militantes, la de los infieles o pecadores, y la de los triunfantes. Para conmemorar cada una de estas tres aclamaciones la Iglesia ha instituido en honor de este santo apóstol, tres festividades distintas:

Primera: *La de esta Cátedra.* San Pedro fue exaltado por la asamblea de los fieles militantes, no sólo cuando éstos proclamaron su deseo de que les predicara, adoctrinara y gobernara, sino también mientras ejerció en favor de ellos estas funciones. En recuerdo de todo esto se instituyó esta festividad llamada de *La Cátedra* precisamente porque desde ella aceptó el apóstol la responsabilidad de ejercer el pontificado en la Iglesia de Antioquía y porque lo ejerció durante siete años.

Segunda: *La de San Pedro ad Vincula.* San Pedro fue exaltado por la asamblea de los infieles o pecadores cuando, a fuerza de predicar a éstos la verdad, logró vencer su resistencia y convertirlos. En memoria de lo mucho que trabajó por disipar el error y por llevar a la verdadera fe a los equivocados y en recuerdo de los duros padecimientos que a causa de esto sufrió, instituyóse esta festividad con el nombre de *San Pedro ad Vincula,* que quiere decir, *san Pedro entre cadenas.*

Tercera: *La que conmemora su martirio.* La asamblea de los fieles triunfantes aclamó y exaltó al santo apótol, cuando éste, felizmente, entró a formar parte de la Iglesia de los bienaventurados. Esta exaltación la recordamos y conmemoramos espeespecialmente en esta tercera festividad instituida para venerar su pasión y su muerte, porque a través de su martirio se incorporó definitivamente a la gloria.

La Iglesia ha creído conveniente celebrar tres festividades en honor del apóstol san Pedro, no sólo por las tres razones antedichas, sino también por estas otras cinco: por la especial significación de este santo, por el oficio que le fue encomendado, por los beneficios que de él recibe el pueblo de Dios, por lo mucho que todos los cristianos le debemos, y por la ejemplaridad de su persona.

Primero. Por la especial significación de este santo: san Pedro ha merecido tener tales fiestas, porque destacó sobre los demás apóstoles en tres cosas: a) En la dignidad que le confería la autoridad de que fue investido; no olvidemos que fue el príncipe del Colegio Apostólico y que recibió las llaves del reino de los cielos. b) En el fervor de su amor a Cristo; entre los doce, él fue quien más ardientemente amó al Señor, como se infiere de muchos testimonios del Evangelio. c) En la eficacia de su poder, en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* leemos que meramente con la sombra de su cuerpo sanaba a los enfermos.

Segundo. Por el oficio que le fue encomendado: Consistió este oficio en presidir la Iglesia universal. Tengamos en cuenta que san Pedro fue el jefe de toda la Iglesia, que ésta está extendida por el mundo entero, que el mundo está dividido en tres partes, que son Asia, Africa y Europa, y que, por tanto, es muy razonable que celebremos cada año tres fiestas en su honor.

Tercero. Por los beneficios que de él recibe el pueblo de Dios: en uso de las facultades que le fueron conferidas para atar y desatar, este apóstol nos libera de tres géneros de pecados: de los de pensamiento, de los de palabra y de los de obra; o, si queremos enfocarlo de otro modo, de los que cometemos contra Dios, cotra el prójimo y contra

nosotros mismos. También cabe decir que los beneficios que el pueblo recibe de este santo son señaladamente estos tres que los pecadores obtienen en la Iglesia a través del poder de las llaves que a él le fue otorgado: a) la declaración de que sus pecados les quedan perdonados; b) la conmutación de las penas expiatorias futuras por otras temporales; c) la remisión de una parte considerable de estas penas temporales. Estos tres insignes beneficios bien merecen que honremos a quien nos los hace, con tres fiestas cada año.

Cuarto. Por lo mucho que todos los cristianos le debemos: san Pedro nos apacienta y alimenta de tres maneras: con su palabra, con su ejemplo y con su ayuda, o sea, con su intercesión; natural, pues, que veneremos su memoria con estas tres fiestas.

Quinto. Por la ejemplaridad de su persona: tres veces, es decir, reiteradamente, negó a Cristo y otras tantas se reconvirtió a El; de donde debemos inferir que cualquier pecador, aunque tres veces, o lo que es lo mismo, aunque repetidamente se aparte de Dios no debe desesperar del perdón divino si hace lo que hizo san Pedro: confesarlo de nuevo de corazón, de palabra y de obra.

II. El segundo motivo por el que según algunos fue instituida esta fiesta de la Cátedra de San Pedro, está tomado del *Itinerario de San Clemente,* en el que se refiere lo que sigue:

Cuando el apóstol en el ejercicio de su ministerio evangélico, se acercaba a Antioquía, saliéronle al encuentro los habitantes de esta ciudad caminando a pie y descalzos, vestidos de cilicio, cubiertas de ceniza sus cabezas y haciendo penitencia pública por haber tomado parte en la campaña que Simón el Mago había desencadenado anteriormente contra él. San Pedro, al ver aquellas señales de arrepentimiento y expiación, dio gracias a Dios. Los penitentes traían con ellos algunos enfermos y endemoniados para que el apóstol los curase, y por orden de éste fueron colocados enfrente de él. Seguidamente el santo oró e invocó la protección divina sobre cuantos necesitaban ser curados. Mientras oraba, surgió una inmensa claridad que iluminó todo aquel paraje y un instante después, repentinamente, los enfermos y endemoniados, quedaron sanos. A consecuencia de este prodigio, tanto quienes se beneficiaron directamente de él como cuantos los presenciaron, corrieron a besar los pies del apóstol o el suelo que él había pisado. A lo largo de los siete días siguientes san Pedro bautizó a más de diez mil hombres, entre ellos a Teófilo, gobernador de la ciudad, que ofreció su propio palacio para que fuese convertido en basílica y mandó alzar en ella, a considerable altura, una cátedra, a fin de que quien la ocupara pudiese ser bien visto y oído cuando hablara; y, cuando todo esto estuvo terminado, los fieles entronizaron en ella a san Pedro.

Entre esta versión y la anteriormente referida no hay contradicción, aunque lo parezca, porque las cosas pudieron ocurrir de esta manera: que Pedro, por mediación de Pablo, lograse ser aceptado y magníficamente tratado por Teófilo y por el pueblo. Que en una segunda etapa, aprovechando la ausencia de Pedro, Simón el Mago pervirtiera a la gente y la amotinara contra el apóstol. Que más adelante, la población, arrepentida de haber secundado a Simón el Mago, hiciese penitencia, llamase a Pedro, y saliese a recibirle con todo honor al enterarse de que volvía.

III. Según otros comentaristas, lo que determinó la institución de la fiesta de la Cátedra, llamada también fiesta del *Banquete de san Pedro,* fue lo siguiente:

Los antiguos paganos, dice el maestro Juan Beleth, en determinados días del mes de febrero solían celebrar opíparos festines, y al final de los mismos recogían cuanto hubiera sobrado en las mesas y en las cocinas, llevábanlo a las sepulturas de sus parientes y dejábanlo sobre sus tumbas; pero a la noche siguiente los demonios recorrían los sepulcros y se comían los alimentos que los vivos habían colocado en ellos en honor de sus muertos. Los infieles creían que las sombras o almas de los difuntos vagaban alrededor de las fosas en que habían sido enterrados sus respectivos cuerpos, y que eran ellas quienes al amparo de las tinieblas nocturnas consumían las comidas ofrendadas el día anterior por sus deudos.

Antiguamente, los gentiles, daban a las almas diferentes nombres, según los casos: el propio y específico de *alma* reservábanlo para designar el principio interno que durante la vida terrena informaba o animaba al cuerpo humano; pero a esos principios internos, desligados ya del cuerpo por la muerte, y en situación de formas separadas, llamábanlos *manes* si estaban en el infierno y, si estaban ya en el cielo, *espíritus;* mas si la muerte había sido relativamente reciente, suponiendo que todavía las almas no habían sido juzgadas y que en espera de la sentencia para bajar al infierno o para subir al

cielo vagaban en torno a las sepulturas de sus cuerpos, llamábanlas *sombras.*

Estas costumbres de llevar alimentos a los muertos, totalmente paganas, estaban tan arraigadas en la antigüedad que, aun los cristianos convertidos de la gentilidad, continuaban practicándolas después de su conversión; y como resultaba muy difícil conseguir que los fieles se apartaran de ellas, los santos Padres intentaron darles un carácter diferente, y por eso instituyeron dos festividades en honor de las Cátedras de san Pedro: la de Antioquía y la de Roma; colocando su celebración en febrero y en los mismos días en que los infieles celebraban sus opíparas comilonas y llevaban a sus difuntos parte de los alimentos preparados con ese motivo. De ahí que a estas fiestas de ambas Cátedras se les dé también el nombre de *Banquete de san Pedro.*

IV. Finalmente, hay quienes opinan que la festividad de la Cátedra de san Pedro en Antioquía fue instituida en reverencia de la tonsura que en forma de corona llevan los clérigos en su cabeza. La costumbre de que los religiosos y eclesiásticos se tonsuren los cabellos en forma de corona, según algunos tiene su origen en este hecho: estando san Pedro predicando en Antioquía, unos enemigos de la fe, para burlarse de él y del nombre de cristiano que a sí mismo se daba, se apoderaron de él y le raparon la parte superior de su cráneo. Pues bien, posteriormente los clérigos por su propia voluntad, según estos autores adoptaron, como símbolo de su dedicación al servicio de la Iglesia, la corona que los infieles hicieron en la cabeza de san Pedro para mofarse del amor que el apóstol manifestaba a Cristo.

Ya que hemos tocado el tema de la tonsura clerical, destaquemos tres cosas que en ella merecen ser debidamente consideradas: la rapadura de la cabeza, el corte de los cabellos y la forma circular que la tonsura ha de tener.

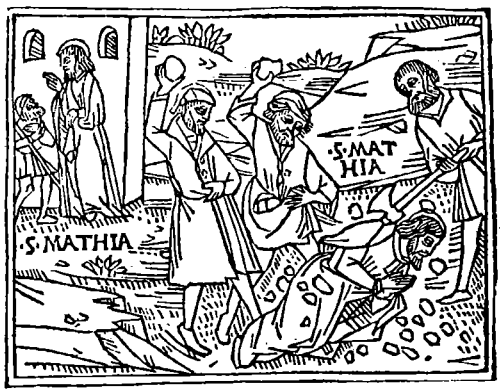
La rapadura que se hace en la parte superior del cráneo obedece a tres razones: dos de ellas están indicadas en el libro *De la Jerarquía celestial* de Dionisio. Dice este autor que la tonsura significa vida limpia y renuncia al ornato; y dice bien, porque la tonsura implica limpieza y fealdad, que son las dos razones a que aludíamos: limpieza, porque con la tonsura se eliminan suciedades que suelen producirse en los cabellos; y fealdad, porque con la rapadura del pelo queda al descubierto la deformidad del cráneo que no se ve cuando está cubierto por la cabellera. Razón, pues, tiene Dionisio cuando afirma que la rapadura significa vida limpia y renuncia al ornato. Síguese, por ende, que los clérigos han de tener interiormente gran limpieza de corazón, y exteriormente mostrarse sencillos y modestos en su porte y atuendo. Pero hay una tercera razón: el desprendimiento. Esto quiere decir que entre los clérigos y Dios no debe interponerse nada; todo clérigo debe unirse al Señor tan directa e inmediatamente que pueda contemplar su gloria a cara descubierta, sin velos de ninguna clase.

El corte de los cabellos significa que toda persona consagrada a Dios debe cercenar de raíz en su mente cualquier pensamiento superfluo y mantener sus oídos atentos, libres de toda bulla, para oír constantemente la voz divina; en consecuencia ha de alejar de sí toda suerte de preocupaciones temporales, con la única excepción de las que sean absolutamente necesarias.

La forma circular de la tonsura obedece a diversos motivos; he aquí cuatro de ellos: Primero. A que el círculo es una figura que no tiene ni principio ni fin; por tanto simboliza a Dios, a cuyo servicio están consagrados los clérigos; Dios, efectivamente, tampoco tiene ni principio ni fin. Segundo. A que el círculo carece de ángulos o, lo que es lo mismo, de rincones. Tampoco en la vida de los clérigos debe haber rincones, que suelen ser depósitos de suciedades. Con razón afirma san Bernardo que no hay rincón sin alguna inmundicia. Los clérigos deben profesar la verdad en la doctrina, y la verdad, como observa Jerónimo, no gusta de sinuosidades. Tercero. A que el círculo es la más bella de las figuras. Por eso Dios dio forma circular o esférica a los cuerpos celestes del firmamento, y por eso también los clérigos deben procurar que su alma se conserve interiormente hermosa, y que hermosa sea su conducta exterior. Cuarto. A que el círculo es lo más simple y elemental de todas las líneas que entran en la composición de los cuerpos; tan simple y elemental, que es una sola. De todas las figuras, solamente el círculo consta de un solo trazo. De ahí se sigue que los clérigos han de tener la sencillez de las palomas: «*Sed sencillos, como palomas*», dice el Señor.

Capítulo XLV

SAN MATÍAS, APÓSTOL



Matías, nombre de origen hebreo, significa estas cuatro cosas:
donado por el Señor, donado al Señor, pequeño y humilde. Las cuatro pueden aplicarse a este apóstol, que fue *donado por el Señor* en cuanto que Jesucristo le segregó del mundo y lo incorporó al grupo de sus setenta y dos discípulos; *donado al Señor,* porque a raíz del sorteo en el que resultó elegido, pasó a formar parte del Colegio Apostólico; *pequeño,* en el sentido de humilde; y *humilde* lo fue de verdad, puesto que a lo largo de su vida practicó la humildad en las tres modalidades de que habla Ambrosio. Según este santo doctor hay tres clases de humildad: la de aflicción, llamada por él humillación, que se da cuando alguien se siente humillado; la de consideración, a la que se llega mediante el conocimiento de las propias limitaciones; y la de devoción, que procede de la meditación en la grandeza y excelencia del Creador. San Matías practicó la primera de esas clases de humildad cuando sufrió los dolores del martirio; la segunda, mediante el desprecio de sí mismo; y la tercera, admirando constantemente la majestad de Dios.

Desde el punto de vista etimológico la palabra Matías deriva de *manu* (bueno) y de *thesis* (colocación) y quiere decir algo así como *el bueno, colocado.* En el caso de este apóstol, la significación de su nombre es evidente *el bueno,* o sea, él, *colocado* en el lugar que antes ocupó el malo (Judas).

Parece que la vida de san Matías que suele leerse en las iglesias fue escrita por Beda.

Antes de hablar de san Matías vamos a decir algo, aunque sea brevemente, acerca del nacimiento y origen de Judas, cuyo puesto en el colegio apostólico posteriormente ocupó el referido santo.

He aquí lo que sobre el tal Judas se lee en una historia apócrifa: Hubo en Jerusalén un hombre llamado Rubén y Simón, indistintamente —oriundo, según unos de la tribu de Dan y, en opinión de san Jerónimo, de la de Isacar— casado con una mujer denominada Ciboria. Una noche, estando Rubén acostado con su esposa, realizó con ella el acto conyugal. Después de esto Ciboria se quedó dormida, mas al cabo de cierto tiempo despertó sobresaltada y entre suspiros y gemidos refirió a su marido, aterrorizada, lo que acababa de soñar, a saber: que, como resultado del coito habido entre ellos aquella noche, había quedado preñada, y que iba a parir en su día un hijo tan pérfido que cuando fuese mayor causaría la perdición de todo el pueblo hebreo. Su marido, tras de oír el relato, viéndola tan acongojada, le dijo:

—Mejor es que olvides lo que dices que has soñado. No vuelvas a hablar de eso; es tan horroroso, que no parece sino que se ha apoderado de ti el espíritu malo de Pitón.

Pero Ciboria replicó:

—Si resulta verdad que esta noche he quedado preñada y llego a parir un niño, no habrá en adelante quien me quite de la cabeza que el sueño que he tenido no ha sido una pesadilla producida por el espíritu de Pitón, como dices, sino una verdadera revelación.

Pasado el tiempo Ciboria parió y, tanto ella como su marido, hechos los debidos cómputos, llegaron a la conclusión de que aquel parto era fruto de la copulación habida entre ellos la noche en que la esposa había tenido el fatídico sueño. Ambos, pues, profundamente angustiados comenzaron a buscar soluciones al problema que se les había venido encima. A sus mentes acudió la idea de matar a su propio hijo, pero la rechazaron por horrorosa; pensar que aquella criatura iba a causar la ruina de todos los de su raza les producía espanto. Después de pasar revista a diversos procedimientos para salir del angustioso trance en que se encontraban, optaron por el que les pareció menos malo: metieron al recién nacido en un capacho, lo llevaron a la vera del mar, y lo dejaron abandonado sobre la superficie de las aguas. La criatura, alejada en su cestillo, fue llevada por las olas hasta la playa de una isla llamada Iscarioth, de donde derivó el sobrenombre de Iscariote con que más adelante Judas fue conocido. La reina de aquella isla, mujer casada y sin hijos, estando un día recreándose en la referida playa con algunas de sus

criadas, vio flotando en el agua, a merced del oleaje, una pequeña espuerta, mandó que la recogieran, y tanto ella como sus sirvientes quedaron sorprendidas al descubrir que dentro de la cestita había un hermoso niño.

—¡Oh! —exclamó la reina—. Que dichosa sería yo si tuviese un niño tan guapo como éste a quien dejar en herencia mi reino.

La soberana rápidamente se formó un plan: se quedaría con aquel niño, lo entregaría secretamente a una nodriza para que lo criara; entre tanto ella simularía que se encontraba embarazada, y a su tiempo debido haría correr la voz de que había parido y de que tenía un hijo varón. Tal como lo pensó lo hizo, y con tal habilidad que hasta el propio rey se creyó lo del embarazo de su esposa primero, y luego lo del parto, y dispuso las cosas para que el que creía que era su hijo fuese criado con regia magnificencia. Por otra parte, la alegría entre el pueblo, al enterarse de que la propia reina estaba encinta y posteriormente de que había tenido un vástago, fue inmensa. Poco después de este presunto parto, la reina quedó inesperadamente preñada y llegado el momento oportuno, parió de verdad un hijo. Más adelante, cuando ambos niños eran ya grandecitos, comenzaron a surgir entre ellos rencillas provocadas casi siempre por Judas que parecía complacerse en mortificar, injuriar y hacer llorar a su *hermanito* con demasiada frecuencia. Con estos incidentes la reina sufría, pero movida por sus instintos maternales salía en defensa de su auténtico hijo y castigaba y azotaba al mayor con cierta insensibilidad, ya que Judas no había nacido, como el otro, de sus entrañas; mas, a pesar de los castigos, el mayor no se corregía, y continuaba mortificando al pequeño. Las cosas llegaron a tal extremo que la reina se decidió por fin a descubrir su secreto, y manifestó al rey y al personal de la corte que Judas no era su hijo, sino que lo había recogido a la orilla del mar en tal ocasión.

Cuando Judas supo cuál era su verdadero origen se llenó de vergüenza y de rabia y, años más tarde, mató ocultamente al verdadero hijo de los reyes; mas, temiendo que se descubriera que él había sido el asesino, y que lo condenaran a muerte, aprovechando la oportunidad de que regresaban a Jerusalén los recaudadores que habían venido a la isla a cobrar los tributos del Imperio, se escondió en el navío en que hacían la travesía y huyó del palacio en que se había criado. Al llegar a Jerusalén consiguió que el gobernador romano, Pilatos, lo tomara a su servicio.

Las cosas semejantes se avienen bien entre sí; por eso Pilatos y Judas, que eran de la misma calaña, se entendieron tan perfectamente que poco después, el gobernador, movido por la simpatía que el Iscariote le inspiraba, lo nombró administrador general de Judea, lo colocó por encima de los demás empleados del gobierno y le dio tales poderes sobre ellos que, tanto en la curia como en la casa de Poncio, todo se hacía a tenor de lo que Judas dispusiera.

Un día, contemplando Pilatos desde su palacio un huerto próximo, muy bien cultivado, sintió que el alma se le iba tras los frutos de aquel vergel y entró repentinamente en deseos de apoderarse de ellos. El tal huerto era de Rubén, padre de Judas; pero, ni éste sabía que Rubén el vecino era su padre, ni Rubén tenía la menor idea de que Judas fuese su hijo, porque, desde que recién nacido el que tuvo lo colocara en un capacho y lo dejara abandonado sobre el agua a la orilla del mar, siempre vivió convencido de que había perecido; y Judas, a partir del momento en que se enteró de que no era hijo del rey de Iscarioth, tampoco supo nunca ni quiénes eran sus verdaderos progenitores ni dónde había venido al mundo. Pilatos, pues, llamó a Judas y le dijo:

—Tengo tanta gana de comer de esos frutos que hay en el huerto de al lado, que, si no los como cuanto antes, me moriré de ansia.

Judas, que además de impetuoso por temperamento era sumamente complaciente con su amo, en cuanto oyó esto se fue al huerto, saltó la tapia y comenzó a recoger a toda prisa algunas frutas de los árboles. Cuando estaba haciendo esta operación llegó Rubén, quien, al ver en su huerto a un hombre robándole el producto de su frutales, trató de impedirlo; tras de increpar duramente al ladrón, éste y el dueño de la propiedad se enzarzaron en una disputa de palabra y de obra; vinieron luego a las manos, y en el curso de la pelea Judas cogió una piedra, golpeó con ella fuertemente a Rubén en la nuca, y le causó la muerte en el acto. Después, dejando abandonado al que acababa de matar, y tomando consigo la fruta que había robado, tornó al palacio y refirió a Pilatos lo sucedido. Aquella misma tarde, hacia la puesta del sol, alguien entró en el huerto y vio muerto a Rubén; pero todo el mundo creyó que su muerte se había debido a algún accidente casual.

Como Rubén no tenía hijos, Pilatos dispuso que todos sus bienes, y entre ellos la esposa del difunto, pasaran a Judas y que éste se casara con ella para remediar la viudez y desamparo en que Ciboria había quedado. Así fue como Judas y Ciboria se casaron.

Algún tiempo después de la celebración de este matrimonio, Judas halló a su esposa profundamente abatida. Ciboria, sumamente triste, exhalaba suspiro tras suspiro.

—¿Qué te pasa, —preguntóle Judas—, para suspirar de esa manera?

Ciboria le contestó:

—¡Ay de mí! Soy la más desdichada de las mujeres. Hace años me deshice de mi único hijo metiéndole en una cesta y dejándolo abandonado sobre las aguas del mar. Después ya sabes como murió mi marido, repentinamente, solo y sin ayuda de nadie, en el huerto de mi casa. Para colmo de todo esto, ese Pilatos, el gobernador, añadió dolores a mis dolores confiscando las bienes de mi esposo y obligándome, sin respetar mis penas, a casarme contigo contra mi voluntad...

Acto seguido, Ciboria contó a Judas lo relativo al nacimiento de su hijo y las causas que a ella y a su marido habíanles movido a abandonarlo. Judas, mientras la oía, comenzó a entrever cómo lo del abandono de aquel niño metido en una espuerta y colocada sobre las aguas del mar encajaba en su propia historia y llegó a la conclusión de que su actual esposa era su verdadera madre y de que Rubén, a quien él había matado en el huerto, había sido su padre, y, profundamente arrepentido de haber dado muerte al autor de su vida, contó a Ciboria lo que había hecho y cuanto sabía acerca de su propia historia; y, de acuerdo con ella, decidió hacer penitencia. A raíz de esto, Judas fue a ver a Jesucristo, le confesó sus delitos y le rogó que le alcanzase el perdón de sus pecados.

Cuanto acabo de referir se halla contenido en esa historia a la que antes aludí. Si merece o no crédito lo que en ella se dice júzguelo el lector por sí mismo; por mi parte pienso que más bien debe ser rechazado como falso, que tenido por verdadero.

Sucedieran o no las cosas tal como en la anterior leyenda se narran, el caso es que Jesucristo recibió a Judas como discípulo, y luego lo elevó a la categoría de apóstol, distinguiéndo con su confianza y amistad a quien más tarde había de traicionarle.

Judas tenía a su cargo la bolsa del dinero, y de ella sustraía lo que otros a Cristo daban. Poco antes de la Pasión del Señor, sintió en el alma que un ungüento con el que alguien obsequió al Maestro no hubiese sido vendido en los trescientos denarios que a su juicio valía, para haber tenido la oportunidad de robarlos; y, llevado de su codicia, ya que no pudo aprovecharse de aquel dinero, se dio prisa para vender al propio Jesús en treinta monedas, cada una de las cuales equivalía a diez denarios; de ese modo se compensó de los trescientos que no pudo robar porque el ungüento no fue vendido. Esta es la interpretación que algunos comentaristas dan al precio en que ajustó la entrega de su Señor en relación con los trescientos denarios que el perfume aludido valía. Otros, habida cuenta de la concatenación que entre ambas cosas existió, opinan que Judas solía hurtar la décima parte de cuanto daban a Cristo, y que, al no poder apoderarse de los treinta denarios que constituían el décimo del valor del ungüento, se resarció vendiéndolo a él en la cantidad que no le fue posible robar por no haber llegado a ingresar en la bolsa. Posteriormente le pesó la traición que había cometido contra su Maestro, devolvió los treinta denarios a quien se los había dado, se alejó de la vista de la gente y se ahorcó, y, en cuanto se ahorcó, reventó saliéndosele las entrañas, que quedaron esparcidas por el suelo. Nótese que al morir no arrojó nada por la boca; no convenía que aquellos labios que momentos antes se habían dignificado besando el rostro de Cristo se envilecieran y mancharan con las inmundicias procedentes del interior de su cuerpo. Fue más conforme a justicia que aquellas entrañas en las que se había concebido el plan de traicionar al Señor, salieran al exterior por la abertura que se produjo en el vientre con el reventón, y que la garganta de la que brotaron las palabras con que concertó la traición quedase estrangulada por la soga con que se ahorcó. Nótese igualmente que murió, no sobre la tierra, morada de los hombres, ni en las alturas, por donde pasean los ángeles; quien tan gravemente ofendió al género humano y a los espíritus celestiales debería fenecer fuera de las zonas en que los ángeles y los hombres moran, y por eso pereció suspendido de un árbol, en las bajas capas del aire por donde merodean los demonios a los cuales se incorporó en el mismo instante en que murió.

Quiso el Señor que los apóstoles fuesen doce,

porque doce es el producto de multiplicar el número tres, correspondiente a las personas de la Santísima Trinidad, por el número cuatro, ya que cuatro son las partes del mundo en que la doctrina relativa a ese misterio habría de ser predicada.

Después de la Ascensión de Cristo y antes de la fiesta de Pentecostés, estando los discípulos reunidos en el cenáculo dispuestos a completar la docena que había quedado disminuida, Pedro se levantó y dijo a los asistentes:

—«Hermanos, conviene que designemos a uno para que ocupe el lugar que Judas ha dejado vacío y para que con nosotros dé testimonio de la resurrección de Cristo, porque el Señor nos encargó: *Dad testimonio de mí en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y en todos los sitios de la tierra.* Como testigo de una cosa sólo puede serlo quien la haya visto, es menester que el que designemos sea alguno de éstos que estuvieron siempre con nosotros y que como nosotros haya oído la doctrina de nuestro Maestro y presenciado sus milagros».

Entre los setenta y dos discípulos seleccionaron a dos: a José, al que todos llamaban *el justo,* por la santidad de su vida, hermano de Santiago Alfeo, y a Matías, cuya alabanza resulta ociosa puesto que sobre él cayó la elección para ser proclamado apóstol. Una vez que estos dos varones fueron seleccionados, los asistentes a aquella asamblea oraron y dijeron: *«Señor, Tú que conoces los corazones de todos, danos a entender a cual de éstos eliges para que ocupe el puesto del ministerio y del apostolado que Judas perdió».*

Seguidamente sometieron el caso a suerte, la suerte favoreció a Matías y éste, desde aquel preciso momento, quedó incorporado a los otros once.

Conviene advertir que esto que hicieron los apóstoles de resolver el asunto de que hablamos por sistema de sorteo, no tiene por qué servir necesariamente de norma para solucionar casos dudosos, porque, como muy atinadamente observa san Jerónimo, «los privilegios concedidos a determinadas personas particulares, por ser privilegios, no revisten carácter de ley general». Por otra parte, es muy de tener en cuenta el siguiente comentario de Beda: «Hasta que vino la verdad fue lícito servirse de figuras. Cierto que en la Pasión se produjo la inmolación de la verdadera víctima; pero su sacrificio no se consumó hasta Pentecostés. La antigua ley mandaba que la persona llamada a ejercer el oficio de sumo sacerdote se designase por sorteo; a esa ley se atuvieron los apóstoles para decidir por el procedimiento del sorteo, la designación de Matías para ocupar el puesto vacante en el colegio de los doce; mas, después de Pentecostés, proclamada la verdad e instaurada la ley nueva, no se recurrió ya más a ese sistema, y así vemos como los siete diáconos no fueron designados por sorteo, sino mediante elección, y seguidamente habilitados para el ejercicio de su ministerio por la oración e imposición de las manos de los apóstoles sobre las cabezas de los elegidos».

Entre los Santos Padres hay dos opiniones acerca de cómo se hizo el sorteo para la designación del sustituto de Judas. San Jerónimo y Beda suponen que se usó alguno de los procedimientos consagrados por la práctica corriente entre los judíos de la antigua ley; en cambio, Dionisio, que fue discípulo de Pablo, afirma que hubiese sido irreverente recurrir en asunto de tanta importancia a sistemas populares, y opina que *la suerte* de que habla el texto sagrado debió consistir en alguna manifestación sobrenatural, por ejemplo, en que Dios enviara sobre el preferido por El, es decir, sobre san Matías, un foco de luz milagrosa, para dar a entender de este modo que aquel de los dos que apareciera envuelto por la misteriosa claridad debería ser el que se incorporara al colegio apostólico. En el libro *De la Jerarquía celestial* el mencionado Dionisio escribe lo que sigue: «Acerca de la suerte divina que milagrosamente recayó sobre Matías, algunos han emitido determinadas opiniones que estimo inrreverentes. He aquí lo que sobre esto pienso yo: a mi parecer, eso que el texto sagrado llama *suerte* consistió en algún signo celestial, suficientemente demostrativo ante los reunidos, de cuál era la persona que Dios tenía predestinada para que ocupase aquel puesto».

En el repartimiento regional que los apóstoles hicieron para ejercer su ministerio, a san Matías, le correspondió la Judea, en cuyas tierras predicó, hizo numerosos milagros, y descansó finalmente en la paz del Señor.

En algunos códices se lee que san Matías fue crucificado y que, coronado con este género de martirio murió y su alma subió al cielo. Créese que su cuerpo está sepultado en la iglesia de Santa María la Mayor de Roma, en un sarcófago de pórfido, y que suya es la cabeza que se muestra a los fieles en el mencionado templo.

En una leyenda que se conserva en Tréveris, se dice entre otras cosas lo siguiente:

«San Matías, oriundo de la tribu de Judá, nació

en Belén en el seno de una familia noble. Muy aficionado al estudio de las Sagradas Escrituras, en poco tiempo adquirió gran dominio de la ciencia de la Ley y de los Profetas. Durante toda su vida tuvo horror a la lascivia. Desde su niñez se distinguió por la madurez de sus costumbres. Disciplinó su ánimo, tratando de conseguir un carácter esforzado, y merced a ello dio pruebas de poseer personalidad firme y recia. Fue muy inteligente, muy misericordioso, sumamente sencillo en la prosperidad y constante e intrépido en la adversidad. Puso siempre gran cuidado en practicar él mismo lo que predicaba a los demás; nunca nadie pudo notar el más leve desacuerdo entre lo que enseñaba y entre lo que hacía. Durante los años que ejerció su ministerio apostólico en Judea, dio vista a los ciegos, curó a los leprosos, expulsó a los demonios, sanó a los paralíticos y a los cojos, devolvió el oído a los sordos y resucitó a varios muertos».

De la misma leyenda hemos tomado los datos que siguen:

En cierta ocasión el santo apóstol fue acusado ante el pontífice de muchas cosas. Este le llamó a su presencia y le invitó a que respondiera de los crímenes que se le imputaban. San Matías, tras de oír los cargos que se le habían hecho, contestó:

—No necesito hacer grandes discursos para defenderme, porque ser cristiano no es ningún crimen; al contrario, constituye un timbre de gloria.

El pontífice le preguntó:

—¿Te arrepentirás de los delitos que se te atribuyen si te concedemos un plazo para que recapacites?

El santo respondió enérgicamente:

—No permita Dios que cometa apostasía apartándome de la verdad a la que por fortuna un día llegué.

Era Matías doctísimo en la ley, limpio de corazón, ponderado, equilibrado y muy sutil en sus análisis sobre las cuestiones relacionadas con la Sagrada Escritura; sumamente prudente en sus juicios, y de palabra fácil y elocuente. Con su predicación, milagros y prodigios, convirtió a muchos en Judea. Esta fue la causa que movió a los judíos que lo odiaban, a formarle proceso y a condenarle a morir apedreado. Dos falsos testigos que declararon contra él fueron los primeros en arrojar algunas piedras sobre su persona; pero el apóstol las recogió y manifestó su deseo de que aquellos guijarros fuesen enterrados con él para que sirvieran de testimonio contra sus verdugos. Después de haber sido apedreado, mientras con sus brazos extendidos hacia el cielo encomendaba su espíritu a Dios, acercóse a él un soldado y, conforme a la costumbre romana, con una afilada hacha le cortó la cabeza y puso fin a la vida del apóstol, cuyo cuerpo fue llevado desde Judea a Roma, y posteriormente desde Roma hasta Tréveris.

En otra leyenda se dice que, estando san Matías predicando la fe en Macedonia, diéronle a beber un veneno que dejaba ciegos a cuantos lo ingerían. El, encomendándose a Dios, bebió la pócima y no le ocurrió nada, incluso inmediatamente después de beberla visitó a más de doscientas cincuenta personas que habían quedado ciegas por aquel procedimiento, pasó sus manos sobre sus ojos y a todas ellas les devolvió la vista.

En esta misma leyenda se cuenta lo siguiente:

El diablo, adoptando figura de niño, intentó soliviantar a los macedonios contra el apóstol instigándolos a que lo mataran por haber venido a corromperlos y a suprimir el culto que daban a sus dioses. A pesar de que el demonio consiguió excitar a muchos contra el santo, éste no sólo no huyó del país, sino que se quedó en medio de quienes andaban buscándolo para darle muerte; pero Dios hizo a su siervo invisible, y, por más que sus perseguidores trataban de localizarlo, no lograban hallarle. Tras de tres días de búsqueda tan constante como infructuosa, san Matías se dejó ver de sus enemigos y les dijo:

—Aquí me tenéis.

Entonces, quienes le habían buscado vanamente durante tres jornadas se arrojaron sobre él, lo prendieron, le ataron las manos a la espalda, le pusieron una soga al cuello y, tirando de él y torturándole, lo condujeron a la cárcel en la que se presentaron repentinamente infinidad de demonios rechinando los dientes de rabia y amenazándole a cierta distancia; porque aunque intentaban acercarse a él para atormentarle, por más esfuerzos que hacían, no lo conseguían. Un rato después compareció en la prisión el Señor, rodeado de una misteriosa claridad en forma de halo, se acercó al santo, lo levantó del suelo, cortó las ligaduras con que lo tenían amarrado, lo confortó con dulces palabras, le abrió las puertas del presidio y le mandó que saliera a la calle. Salió Matías de la cárcel y comenzó de nuevo a predicar públicamente, y como algunos de sus oyentes se obstinaran en rechazar la doctrina que trataba de enseñarles, díjoles:

—Os comunico que seréis arrojados vivos a lo más hondo del infierno.

Apenas hubo dicho esto, se abrió la tierra y tragó a los obstinados. Otros muchos, en cambio, a la vista de este prodigio se convirtieron al Señor.

Capítulo XLVI

SAN GREGORIO

El nombre latino de este santo, *Gregorius,* puede derivar de *grex* (grey) y de *gore* (predicar), o de *egregorius,* que a su vez proviene de *egregius* (insigne) y de *gore;* en el primer supuesto significaría *predicador de su rebaño,* y en el segundo, *predicador o doctor eminente.* En el lenguaje que entre nosotros usamos, esta palabra connota idea de atención y solemos emplearla como equivalente a *vigilante,* concepto muy apropiado para ser aplicado a este santo, que vivió pendiente de sí mismo, de su feligresía y de Dios; de sí mismo, procurando mantenerse constantemente limpio de corazón; de sus feligreses, predicándoles con auténtico celo de buen pastor la doctrina verdadera; de Dios, practicando la contemplación. Agustín, en su libro acerca de *el Orden,* dice: «El que obra bien, trabaja bien y ora bien, llega a ver a Dios».

La vida de san Gregorio fue escrita por un tal Pablo, historiógrafo de los Lombardos, y posteriormente revisada y divulgada por Juan el Diácono.

1. Gregorio, hijo de Gordiano y de Silvia, perteneció a una familia senatorial. Al llegar a la adolescencia se consagró al estudio de la filosofía con gran éxito, pues en poco tiempo adquirió extraordinaria competencia en el dominio de esta parcela del saber humano. En su juventud tuvo idea de renunciar al ejercicio de la ciencia y a la fortuna de su riquísimo patrimonio y concibió el propósito de ingresar en un monasterio; pero luego dio en pensar que acaso sirviera mejor a Dios permaneciendo en el mundo y desempeñando el cargo de pretor de la ciudad, y, sin renunciar a sus proyectos de hacerse monje, decidió dejar este asunto para más tarde. Para más tarde, en efecto, tuvo que dejarlo, porque poco a poco se fue cargando de responsabilidades, no sólo aparentes sino verdaderas, que le retuvieron en la vida secular.

A la muerte de su padre construyó seis monasterios en Sicilia y uno más intramuros en Roma, en una finca de su propiedad. En este último, que estaba dedicado a san Andrés, fue en el que, pasado algún tiempo, sustituyó con el austero hábito monacal sus joyas de oro y brillantes y las riquísimas ropas que hasta entonces había llevado sobre su cuerpo.

Con tal sinceridad se consagró a la observancia de la disciplina monástica, y tales progresos hizo en muy corto plazo por los caminos de la santidad, que poco después de su ingreso en el monasterio ya sus hermanos de profesión le consideraban como uno de los religiosos más perfectos de la comunidad. Del prólogo de sus *Diálogos* podemos colegir el alto grado de virtud a que llegó rápidamente y en muy breve tiempo. He aquí lo que en el aludido prólogo el propio santo escribió: «Mi desdichado ánimo, agobiado actualmente por el peso de innumerables ocupaciones, recuerda aquella primera época cuando, recién entrado en el monasterio, todo cuanto podía ocurrir le tenía sin cuidado y se mantenía por encima de las cosas pasajeras, entregado enteramente a la meditación de las verdades divinas, porque aunque mi espíritu estuviese encerrado en el cuerpo, saltaba sobre los muros de la carne para enfrascarse en la contemplación celestial y deseaba que llegara la muerte, cuyo recuerdo, que a otros produce pena, a mí me producía alegría, porque veía en ella la puerta de ingreso a la verdadera vida y la recompensa de mis anteriores servicios».

Con tanto rigor se maceraba que llegó a enfermar del estómago y a quedarse tan débil que apenas conseguía sostenerse en pie. En este estado de suma debilidad sobrevenían frecuentemente unos ataques que los griegos llaman síncopes, acompañados de desfallecimientos del corazón que lo sumían en situaciones de angustia de las que no pocas veces tardaba en salir.

2. En una ocasión, estando el santo escribiendo en un monasterio del que era abad, acercóse a él un ángel del Señor ocultando su condición verdadera bajo las apariencias de un náufrago, pidiéndole con lágrimas en los ojos algún socorro. Gregorio lo atendió y ordenó que le dieran seis denarios de plata; se los dieron, y el náufrago se marchó; pero unas pocas horas después volvió y, alegando que en el naufragio había perdido todo cuanto tenía, solicitó un mayor socorro. El santo mandó que le dieran otros seis denarios. Aquel mismo día presentóse por tercera vez el náufrago, requiriendo una mayor ayuda. El procurador dijo entonces al abad que ya no le quedaba dinero, ni veía con qué podría socorrerle como no fuera dándole una ensaladera de plata en la que la madre del santo enviaba de vez en cuando algunas legumbres a los monjes y que, por no haber sido todavía devuelta, continuaba en el monasterio. San Gregorio mandó al procurador que diera la ensaladera al náufrago, éste la tomó de muy buena gana, y con muestras de regocijo por tan valioso regalo, se marchó. Posteriormente el náufrago se presentó ante Gregorio y le manifestó su verdadera indentidad de ángel del Señor.

3. Otra vez, al pasar el santo por las cercanías del mercado de Roma, vio en la plaza, puestos a la venta a unos cuantos muchachos que llamaron su atención por la gallardía de sus cuerpos, la belleza de caras y el color encendidamente rubio de sus cabellos. Gregorio se acercó al grupo y preguntó al mercader:

—¿De dónde son estos muchachos?

El mercader le respondió:

—De Bretaña. En aquella tierra los jóvenes son todos tan guapos como éstos.

Gregorio preguntó de nuevo:

—¿Son cristianos?

—No; allí todos son paganos, —contestó el vendedor.

San Gregorio, al oír esta respuesta, dando un profundo suspiro, dijo:

—¡Qué pena, que gente tan hermosa como ésta esté sometida al poder del diablo!

Seguidamente formuló esta otra pregunta:

—¿Cómo llaman a los habitantes de ese país?

—Anglicos, —respondió el mercader.

San Gregorio comentó:

—No me extraña, porque ánglicos suena casi igual que *angélicos,* y angélicos o ánglicos merecen llamarse quienes tienen un rostro tan hermoso y parecido al de los ángeles. Y la nación a que pertenecen, ¿cómo se llama?

El mercader le dijo:

—La nación se llama Deiria, y a los naturales de ella suelen llamarlos deirios.

San Gregorio comentó nuevamente:

—¡Qué nombres tan adecuados y expresivos! Suenan a *ide ira.!* ¡De la *ira divina* en que están inmersas hay que sacar a esas gentes! Dime una cosa más: ¿Cómo se llama su rey?

—Aelle, —respondióle su interlocutor.

El santo exclamó:

—¡Aelle! Esa palabra me recuerda la de *ialleluja!* ¡Es menester que en la tierra de este rey pueda cantarse el *Aleluya*!

Tras el anterior diálogo fue san Gregorio a ver al sumo pontífice, y a fuerza de ruegos y súplicas consiguió de él que le autorizara para marchar a Bretaña y convertir a los ingleses.

Cuando los romanos se enteraron de que el santo había salido de la ciudad en dirección a Inglaterra, con pena y sentimiento porque los había abandonado presentáronse ante el papa y le dijeron:

—Has permitido que Gregorio se marchara; con eso has ofendido a Pedro, y a nosotros nos has causado un gran perjuicio.

Tantas cosas le dijeron en este sentido, que el pontífice, pesaroso de haber permitido que Gregorio se marchase de Roma, envió urgentemente a unos emisarios para que trataran de darle alcance y le comunicasen de su parte que regresase inmediatamente a su monasterio.

A las tres jornadas de camino, Gregorio decidió detenerse en un lugar para tomarse algún descanso. Mientras los monjes que llevaba en su compañía dormían, él empleó el tiempo de reposo en la lectura. De pronto una langosta o saltamontes comenzó a molestarle de tal manera que le resultó difícil seguir leyendo. Cavilando acerca del significado que podrían tener las reiteradas molestias de aquel insecto, y reflexionando sobre la semejanza fonética entre el nombre latino del saltamontes que es *locusta* y la locución *loci-sta,* que quiere decir *permanece en tu sitio,* dedujo que el saltamontes trataba de retenerle allí e impedirle que continuara su camino; mas, como no estaba dispuesto a renunciar a su propósito, inmediatamente despertó a sus compañeros y les advirtió que era preciso proseguir el viaje y marcharse de aquel lugar sin pérdida de tiempo; pero, antes de que pudieran

reemprender su peregrinación, llegaron los emisarios del papa y le hicieron saber que tenía que regresar a Roma sin tardanza. El santo, profundamente apenado, acató la orden y retornó a su monasterio. Apenas hubo llegado, el papa lo sacó de él nombrándolo cardenal diácono y llevándoselo consigo a la curia pontificia.

4. Un año el Tíber creció tanto, que sus aguas, saliéndose de su cauce se desbordaron, saltaron sobre los muros de Roma, inundaron algunas calles y derrumbaron no pocas casas. A la inundación siguió una epidemia, porque el río arrastró con su corriente a un enorme dragón y a infinidad de serpientes que al llegar al mar se ahogaron; luego las olas arrojaron sus cuerpos al litoral y allí se pudrieron y con su podredumbre corrompieron el aire y originaron una horrorosa peste de esas que llaman bubónicas que se fijan en las ingles y las descomponen. Fue aquella una calamidad verdaderamente espantosa. Las gentes creían ver con sus propios ojos rayos que caían del cielo sobre las personas. Todo el que fuera alcanzado por alguno de aquellos rayos, quedaba herido de muerte. La primera víctima de la terrible plaga fue el papa Pelagio, que en cuanto la contrajo murió. Después cayeron tantos y tantos, que muchísimas casas de la ciudad quedaron totalmente vacías a causa de la mortandad. Como la Iglesia no podía estar acéfala, el pueblo eligió como sumo pontífice a Gregorio, a pesar de que él se opuso a ello con todas sus fuerzas. El día en que iba a ser consagrado, la epidemia estaba ya tan extendida que el nuevo papa organizó unas rogativas a base de una procesión pública en la que se cantaron las Letanías, y de un sermón que él pronunció ante el pueblo recomendando a todos que orasen fervorosamente a Dios pidiéndole que cesara tan tremendo castigo. En caso de una hora murieron noventa hombres que iban en la procesión. El nuevo pontífice, sin embargo, continuó exhortando a los supervivientes a que siguieran orando y pidiendo al Señor que se mostrara clemente y pusiera fin a la epidemia. Terminada la procesión, Gregorio, para librarse de que lo consagraran papa, trató de huir, pero no lo consiguió, porque los romanos, en prevención de que intentara escaparse y eludir de ese modo la consagración y asunción del pontificado, mantenían fuertemente custodiadas de día y de noche las puertas de la ciudad. Como su primer intento de huida fracasó, repitió la tentativa, esta vez con mayor éxito, aunque le sirvió de poco: el santo, que era muy ingenioso, se disfrazó hábilmente y logró convencer a unos mercaderes para que lo sacaran de Roma metido en una de las tinajas que transportaban en su carreta. Por este procedimiento salió de la ciudad, y en cuanto estuvo lejos de ella se dirigió hacia el monte, buscó una cueva y en ella permaneció escondido tres días. Entretanto los romanos buscáronlo afanosamente por todas partes, hasta que al cabo de esos tres días descubrieron su escondrijo merced a una visión que tuvo un anacoreta. Este piadoso varón, desde la celda en que vivía recluido, vio una columna de luz que descendía del cielo y se posaba en determinado lugar; por la columna luminosa comenzaron a subir y bajar incesantemente multitud de ángeles. Sorprendido por tan extraño fenómeno, comunicó al pueblo lo que había visto. Los romanos, en su búsqueda afanosa, registraron el paraje en que según el ermitaño había descansado la base de la milagrosa columna, descubrieron la entrada de una gruta, penetraron en ella, hallaron allí a san Gregorio, se apoderaron de él, lo llevaron a Roma y lo consagraron papa.

Quien lea las obras de este santo deducirá inmediatamente de algunos de sus pasajes la resistencia que opuso a la aceptación de la dignidad papal. Por ejemplo, en una carta suya al patricio Narsés dice lo siguiente: «Con lo que me escribís acerca de la contemplación y de sus sublimidades, renováis en mi ánimo la pena de haberme apartado de este ejercicio, y leyendo lo que decís me doy cuenta una vez más de la pérdida de vida interior que me ha acarreado la elevación de mi persona a la altura de este supremo cargo. Sabed que todo esto me produce tan grande aflicción que no encuentro palabras para describirla. *No me llaméis ya Noemí, llamadme en adelante amarga,* porque lleno de amargura vivo». En otro lugar de esta misma carta, se expresa de esta manera: «Si me queréis bien, lamentad conmigo el hecho de que haya sido elevado al supremo pontificado; yo lo lamento continuamente. Encomendadme mucho a Dios; os lo pido por favor». He aquí otro texto sacado del prólogo de sus *Diálogos:* «Mi alma sufre al tener que ocuparse en asuntos temporales inherentes a la responsabilidad del cargo. Al contacto con los negocios terrenos pierde aquella limpia blancura que tenía en mis tiempos de retiro monacal. Cuando comparo lo que tengo delante con lo que dejé atrás, y veo lo que he perdido, me parece muy difícil de soportar este peso que han coloca-

do sobre mis espaldas. Paréceme que navego sobre un navío traído y llevado por las olas en un mar agitado; mi espíritu sufre los fuertes zarandeos de la tempestad; en medio de la agitación que el vendaval produce en mi alma, contemplo mi vida de otros tiempos y al ver el litoral que quedó en la lejanía, a mis espaldas, suspiro con nostalgia».

Como la peste de que hemos hablado continuaba haciendo estragos en la ciudad, aquel mismo año durante el tiempo pascual dispuso que se celebraran unas solemnes rogativas públicas por las calles de Roma, cantando las Letanías y siguiendo el itinerario acostumbrado en semejantes ocasiones; pero quiso que a la cabeza del cortejo, con toda reverencia, se llevase la imagen de la Bienaventurada siempre Virgen María. La imagen que en aquella ocasión presidió las rogativas fue la misma que actualmente se conserva en la iglesia de Santa María la Mayor de Roma; de ella se dice que fue realizada personalmente por san Lucas, que además de médico era pintor, y que guarda un fiel parecido con el rostro físico de Nuestra Señora. Pues bien; al paso de la procesión, la infección del aire iba cesando; cual si la pestilencia huyera de la venerable imagen, por los sitios por donde ella pasaba el ambiente quedaba maravillosamente limpio y sereno. Se asegura que en un momento determinado de las rogativas la gente oyó como un coro de ángeles cantaba desde lo alto, en torno a la efigie de la Virgen, la antífona *Regina coeli laetare, alleluja:* «Alégrate, Reina del cielo, aleluya, porque aquel que mereciste portar en tus entrañas, aleluya, resucitó, como había dicho, aleluya»; y que tras estas palabras, san Gregorio, añadió por su parte: «Ruega por nosotros a Dios, te lo suplicamos, ¡aleluya!». Igualmente se dice que en aquel momento el santo pontífice vio sobre el castillo de Crescencio a un ángel que tras limpiar la espada ensangrentada que llevaba en su mano, la introducía en la vaina, y que por este gesto entendió que la peste había terminado. Así, en efecto, ocurrió: porque a partir de aquel día la epidemia desapareció y desde entonces la fortaleza en que san Gregorio viera al ángel, comenzó a llamarse *Castillo de Santángelo,* o castillo del Santo Ángel.

Después de estos sucesos el santo pontífice, que ansiaba vivamente la evangelización de los deirios, envió a Inglaterra a los monjes Agustín, Melitón, Juan, y a otros, quienes con sus oraciones y obras meritorias convirtieron a las gentes de dicho país.

5. San Gregorio fue tan humilde que jamás permitió que nadie, bajo pretexto alguno, le alabara, como lo prueban los siguientes casos:

Un obispo llamado Esteban escribió al santo algunas cartas en las que le dedicaba ciertos elogios. El papa, al acusar recibo de ellas, se expresó de esta manera: «No soy digno de la gran benevolencia con que me tratáis en vuestros escritos ni debo aceptar que me enaltezcáis de ese modo. No olvidéis este sabio consejo popular: *No alabes al hombre durante su vida.* Esta consigna de carácter general es especialmente aplicable a mi caso, puesto que en modo alguno merezco los encomios que me dedicáis. Os pido encarecidamente que roguéis mucho por mí, para que algún día pueda, de verdad, ser tenido en ese buen concepto en que al presente erróneamente me tenéis».

En otra carta escrita por él al patricio Narsés, le decía: «En vuestros escritos habéis recurrido a determinadas figuras literarias que consisten en atribuir a una cosa las propiedades de otra. Tú, por ejemplo, carísimo hermano, me llamas león a mí, que no soy más que una mona; eso es un despropósito tan grande como el de llamar tigre o leopardo a un ruin gato sarnoso».

He aquí lo que en otra ocasión escribió al patriarca de Antioquía, Atanasio: «Te confieso, hermano, que al decir lo que de mí dices me dejas sumido en una enorme confusión: afirmas que soy la boca del Señor, que brillo como una lumbrera, que hago mucho bien con mis palabras, que con ellas ilumino a las multitudes... Cuando comparo los juicios que emites sobre mi persona con lo que realmente soy, me siento perplejo, porque, por una parte, por más que me examino no encuentro nada en mí que pueda servir de base a la opinión que sobre mí te has formado; y por otra, estoy seguro de que eres incapaz de mentir. No puedo creer que posea las cualidades que me atribuyes; me conozco perfectamente y sé que no las tengo; pero tampoco puedo pensar que las alabanzas que me dedicas se deban a adulación, porque eres virtuoso, sincero, absolutamente refractario a decir lo que no sientes... Ayúdame, pues, oh santo varón, a salir de este embrollo en que me encuentro metido; échame una mano con tus oraciones, a ver si con el auxilio que ellas me proporcionan consigo esforzarme, superar mis debilidades e imperfecciones, dejar de ser lo que realmente ahora soy y merecer ser tenido en el concepto en que me tienes».

Rechazaba enérgicamente los títulos que algu-

nos al dirigirse a él le daban, y las expresiones que pudieran denotar enaltecimiento o arrogancia. He aquí algunos ejemplos de esto:

Eulogio, Patriarca de Alejandría, en un escrito que le había enviado, dábale el tratamiento de Papa Universal. San Gregorio le contestó en estos términos: «En el encabezamiento de la carta que me escribiste, me llamabas altisonantemente *Papa Universal.* Yo ruego a tu santidad, que no vuelvas a hacerlo. La aceptación de semejante título contribuiría a aumentar mi autoridad más de lo debido, con menoscabo de la que tú tienes. Yo no busco la grandeza que dan las palabras, sino la que procede de las obras; ni puedo consentir que para acrecentar mi honor se merme el que corresponde a mis hermanos. Prescindamos, pues, de las expresiones que inflan la vanidad y lastiman la caridad».

Juan, obispo de Constantinopla, mediante manejos fraudulentos logró hacerse nombrar sumo pontífice por un sínodo y a partir de entonces empezó a llamarse a sí mismo Papa Universal y a procurar vanidosamente que los demás le dieran ese tratamiento. San Gregorio, comentando esto, entre otra cosas escribió lo que sigue: «¿Quién es ese que, contraviniendo el Evangelio y a los decretos legales, se atreve a usurpar para sí un nombre nuevo? ¿Cómo quien es meramente *uno,* tiene la pretensión de convertirse en *totalidad*? ¿Cómo podrá conseguir eso sin mengua de los demás?».

Tampoco le gustaba que, cuando los demás coepíscopos se referían a orientaciones que de él hubieran recibido, usaran los vocablos de *mando, mandato* o *mandar.* En una carta a Eulogio, obispo de Alejandría, le dice así: «En la comunicación que he recibido de tu Caridad, observo que empleas esta expresión: *como mandasteis.* Te ruego que no vuelvas a usar esa palabra; no quiero oírla más; ni esa ni ninguna que suene a *como si yo pretendiese mandar.* Sé de sobra quién soy yo y quiénes sois los demás: en rango, sois mis hermanos; en santidad sois mis padres».

Su profundísima humildad no toleraba que las señoras de la nobleza se consideraran siervas de él. En una carta a la noble patricia Rustciana dice lo siguiente: «Siempre que te diriges a mí por escrito usas una expresión que no me agrada; en todos tus comunicados empleas, no una sola vez, sino reiteradamente, esta frase: vuestra sierva, y ídale con vuestra sierva! ¿A título de qué eres tú mi sierva? Ten en cuenta esto: antes de ser obispo, yo fui siervo tuyo; y desde que me confiaron el desempeño de esta prelatura, quedé convertido en siervo de todos. Pero ¿tú, sierva mía? ¿En qué y por qué? Te ruego, pues, por el Dios omnipotente, que cuando me escribas no vuelvas a usar semejante lenguaje».

El fue el primero que en sus documentos comenzó a titularse *siervo de los siervos de Dios* y quien instituyó la costumbre de que los romanos pontífices se titularan así.

Su misma extraordinaria humildad le movió a impedir que durante su vida se publicasen sus libros, porque, en opinión suya, en comparación con los de otros autores no valían nada. En carta dirigida a Inocencio, prefecto de Africa, le decía: «Te envié mi comentario sobre Job, porque te empeñaste en ello. Celebro que haya despertado tu interés; pero si de verdad quieres alimentar tu espíritu con auténticas sustancias nutritivas y deliciosas, lee las obras del bienaventurado Agustín, tu compatriota, y no pierdas el tiempo leyendo las mías, que no son más que grosero salvado al lado de las suyas, riquísima flor de harina. Además, no quiero que cuanto hasta ahora he escrito ni lo que en adelante escribiere se divulgue ni dé a conocer entre los hombres, mientras yo viva».

En un libro traducido del griego al latín se lee este otro caso: El abad Juan, uno de los santos padres del desierto, acudió en peregrinación a Roma para visitar los sepulcros de los apóstoles; al pasar por una de las calles de la ciudad se encontró con el papa san Gregorio, se acercó a él y, en señal de respeto, reverentemente se prosternó ante sus plantas. San Gregorio, al ver este gesto del monje, rápidamente hizo lo mismo; se arrodilló junto al religioso y le dijo que no se alzaría del suelo hasta que él no lo hiciese. Este hecho constituye sin duda alguna una prueba más de la profunda humildad de nuestro santo.

6. Su longanimidad en la práctica de la limosna era tanta que no sólo procuraba remediar las necesidades de quienes vivían en Roma, sino que extendía su ayuda hasta personas que residían tan lejos de ella, como los monjes del Monte Sinaí. Disponía de una relación en la que estaban consignados los nombres de todos los indigentes de que tenía noticia, y a todos ellos hacía llegar, con gran liberalidad, sus socorros. En Jerusalén fundó un monasterio y a sus expensas sostuvo a los siervos de Dios que moraban en él, cuidándose personalmente de que no carecieran de nada de lo necesario. Cada año proporcionaba ochenta libras de oro

para el diario sostenimiento de tres mil monjas. Cotidianamente sentaba a su mesa a varios peregrinos. Antes de comenzar las comidas, el santo salía a recibir a sus huéspedes e invitados, y con ejemplar humildad a todos ellos, uno por uno, lavábales las manos. Un día, estando realizando este religioso rito, en el preciso instante en que tomó el jarro de las abluciones para lavar las manos a un peregrino, éste repentinamente desapareció. La repentina desaparición del forastero causó extrañeza y admiración al santo, que estuvo preocupado por este hecho durante el resto de la jornada; pero al llegar la noche el Señor se le apareció y le dijo: «Todos los días me atiendes mediante los cuidados que prodigas a los miembros de mi cuerpo, pero hoy me atendiste a mí mismo, directamente y en persona».

En cierta ocasión dijo a su canciller:

—Sal a la calle y trae a comer a doce peregrinos.

Hízolo así el canciller. Al sentarse a la mesa observó el pontífice que los peregrinos eran, no doce, sino trece. Un tanto sorprendido, preguntó al canciller:

—¿Cómo es que has invitado a uno más de los que te dije?

El canciller le respondió:

—Padre, me ordenaste que invitase a doce y a doce he invitado y doce son los que están presentes.

San Gregorio contó de nuevo a los comensales y, mientras los recontaba, advirtió que el que estaba sentado a su lado cambiaba continuamente de aspecto: unas veces parecía muy joven; otras, en cambio, semejaba ser un anciano venerable cubierto de canas. Al acabar la comida tomó por la mano al peregrino que se metamorfoseaba, lo condujo a una habitación próxima y le rogó encarecidamente que le dijera quién era y cómo se llamaba. El peregrino, a su vez, le preguntó a él:

—¿Por qué quieres saber mi nombre? Puesto que tanto empeño tienes en conocerme, me identificaré: mi nombre es admirable. Yo soy aquel náufrago a quien cuando eras abad ordenaste que entregaran la ensaladera de plata que tu madre utilizaba para enviar legumbres al monasterio; el mismo día en que por orden tuyo fui socorrido con ella el Señor te eligió en su corazón para que presidieras su Iglesia en calidad de sucesor de san Pedro.

—¿Cómo sabes tú que el Señor me eligió aquel día para que presidiese su Iglesia?, inquirió el santo.

—Porque soy un ángel suyo, respondió el peregrino, quien añadió: Precisamente El es quien hoy me envió a ti con la misión de que te comunicara que yo soy el encargado de protegerte, y que cuanto pidieses a Dios por medio de mí, te será concedido.

Dicho esto, el misterioso forastero desapareció.

7. Por aquel mismo tiempo ocurrió este episodio: un ermitaño, varón de gran virtud, que vivía muy pobremente en el desierto tras de haberse apartado del mundo y renunciado a cuanto en él poseía a excepción de una gata con la que estaba encariñado y a la que, cual si se tratara de una compañera, acariciaba y estrechaba frecuentemente entre sus brazos, un día, durante la oración, pidió al Señor que tuviese a bien manifestarle quién sería el bienaventurado que en la gloria eterna iba a tener a su lado. Puesto que él era tan pobre, suponía que su compañero más inmediato habría de ser alguien que careciese también absolutamente de todo. Poco después de esto, una noche, Dios le reveló que su vecino más próximo en el cielo sería Gregorio, el pontífice que a la sazón gobernaba la Iglesia. El ermitaño, al conocer esto, quedó sumido en un mar de tristeza; impresionado y abatido, empezó a gemir y a decir para sus adentros: «¡Qué poco provecho estoy sacando de esta pobreza voluntaria y absoluta en que vivo! ¡Ahora resulta que voy a tener el mismo premio que el que está reservado a ese hombre que tiene en sus manos todas las riquezas del mundo!». Cuanto más comparaba el ermitaño su indigencia con la abundancia de bienes y de poder que rodeaban al papa, su futuro compañero de gloria, más inconsolablemente lloraba. Mas he aquí que otra noche el Señor se le apareció y le dijo:

—¿No sabes que al rico se le juzgará no por el mayor o menor número de riquezas que haya tenido o administrado, sino por el afecto que en ellas haya puesto? Ya que tanto te entretienes en comparar tu suma pobreza con la abundancia que rodea a Gregorio, quiero que sepas esto: primero, tú estás mucho más apegado a tu gata, a la que no haces más que mimar y manosear, que él a los cuantiosos caudales que pasan por su manos; segundo, aunque parece que él tiene infinidad de riquezas, vive de hecho como si no tuviera absolutamente nada, porque ni las ama, ni su corazón está ligado a ellas; al contrario, las desprecia, y el único uso que de ellas hace es el de distribuirlas en beneficio del prójimo con generosidad y largueza.

El ermitaño dio gracias a Dios por esta revelación y a partir de entonces, superada su tristeza anterior por si no iba a conseguir con su extremada pobreza más gloria en el cielo que la que estaba reservada a Gregorio, comenzó a pedir insistentemente en sus oraciones la gracia de ocupar en la bienaventuranza un puesto al lado del que iba a ocupar el santo papa.

8. En cierta ocasión fue san Gregorio falsamente acusado ante el emperador Mauricio y sus hijos, de complicidad en la muerte de un obispo. Con este motivo escribió una carta al embajador imperial en la que decía: «Acerca de todo este asunto lo único que tengo que manifestar, y házselo saber así de mi parte a mis señores, es lo siguiente: que si yo, su siervo, hubiese querido mezclarme en cosas de muertes o de perjuicios a los lombardos, a estas horas los lombardos no tendrían rey, ni duques, ni condes; al contrario, estarían sumidos en la ruina y confusión; pero como tengo temor de Dios y me horroriza la sola idea de inmiscuirme en cuestiones de esa naturaleza, no he tenido intervención alguna en nada relacionado con la muerte de ningún hombre».

¡Qué humidad la de este santo varón! Era sumo pontífice y se llamaba a sí mismo siervo del emperador, mientras calificaba a éste de señor suyo. ¡Qué inocencia la de su alma! ¡Que no se contara con él para causar la muerte ni siquiera al peor de sus enemigos! He aquí lo que escribió al emperador Mauricio, que perseguía con saña a él y a la Iglesia de Dios: «Hacéis bien en perseguirme a mí, porque como soy siervo inútil y cumplo tan mal mi oficio de servir al Señor, cuanto más me castiguéis más os congraciaréis con Dios».

Por aquel tiempo, alguien, vestido de monje, irrumpió en la cámara del emperador blandiendo en su mano derecha una espada desenvainada, y anunciándole valientemente que no moriría de muerte natural, sino atravesado por un arma como aquella. A partir de entonces, Mauricio, asustado, no sólo dejó de perseguir a Gregorio, sino que le rogó que rezara por él y pidiera a Dios que, si era preciso, le castigara en esta vida cuanto fuese necesario para purgar los males que hubiese hecho, pero que en el día del juicio le perdonara y absolviera.

Muy poco después de esto el emperador tuvo el siguiente sueño: estaba a punto de comparecer ante el Juez Supremo, cuando de pronto oyó: «¡Que se presente Mauricio!» Los ministros del tribunal lo condujeron ante el Señor y éste le preguntó: «¿Dónde quieres expiar los muchos males que has cometido en tu vida?» El contestó: «Prefiero expiarlos en este mundo a tener que hacerlo en el otro». Entonces el Soberano Juez ordenó que Mauricio, su mujer y sus hijos fuesen entregados a un soldado llamado Focas para que los matara a todos ellos. La parte final de este sueño o visión se cumplió porque, en efecto, algunos días después de que el emperador soñara lo que acabamos de referir, un soldado llamado Focas, con una espada, asesinó a Mauricio y a todos los miembros de su familia y le sucedió en el trono imperial.

9. Un año, el día de Pascua, estando san Gregorio celebrando misa en la iglesia de Santa María la Mayor, al decir las palabras *Pax Domini sit semper vobiscum»* (la paz del Señor esté siempre con vosotros), un ángel del cielo respondió en alta voz: «Et cum Spiritu tuo» (y con tu espíritu). En memoria de esto, desde entonces, todos los años el día de Pascua celebran los papas la misa en aquella iglesia, se hace en ella estación y, cuando dicen el «*Pax Domini,* etc.», los fieles no responden nada.

10. Un día en que Trajano, emperador de Roma, iba impetuosamente y con mucha prisa hacia el campo de batalla para dirigir una operación de guerra, salióle al encuentro una viuda, y llorando le dijo:

—¡Señor! Te ruego que te dignes vengar la sangre de un hijo mío que ha muerto alevosamente asesinado.

Trajano la respondió:

—Te prometo que si regreso sano de la batalla que voy a dirigir vengaré la muerte de tu hijo.

—Y si mueres, ¿quién se encargará de realizar esta venganza? —preguntó la viuda.

—Quien me suceda en el trono, —contestó el emperador.

La viuda replicó:

—Pero si es otro el que hace esta obra de justicia, para él será el mérito. ¿Qué provecho, pues, sacarás tú de esto?

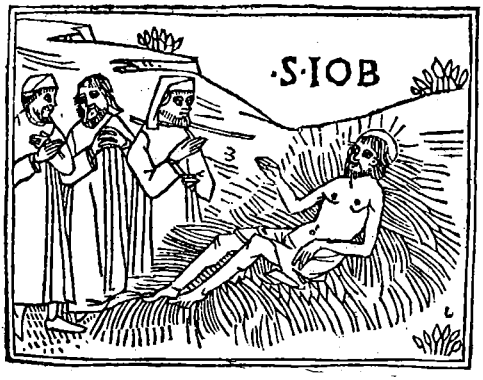
—Ninguno ciertamente, —reconoció Trajano.

—¿No será mejor, —insistió la mujer—, que en vez de dar la oportunidad a otro te ocupes tú personalmente de hacer lo que te he pedido y así te beneficiarás del mérito que la ejecución de esa buena obra implica?

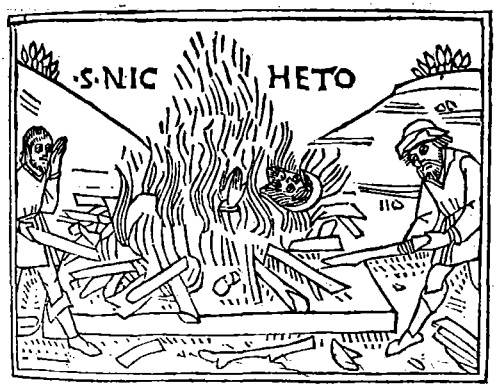
Movido a piedad por los ruegos de aquella madre, Trajano se apeó del caballo y allí mismo vengó la sangre inocentemente derramada.

maura
S.FOSCA

BE
ATO
PS
ARI
IO


·S·IOB

S·ANTONIO
CONFESORE
S·ANTONIO·CONFESORE


·S·NIC
HETO

BEATO LAVREN
TIO·IVSTINIAN
O

Acerca del episodio que estamos refiriendo existe otra versión que difiere un tanto de la que acabamos de exponer: un hijo del propio emperador Trajano, yendo un día por las calles de Roma a caballo y haciendo alarde de ostentación y arrogancia, habría asesinado al hijo de una viuda, la cual, llena de dolor y de lágrimas, acudió pidiendo justicia al emperador, quien después de oírla y de examinar la causa, le hizo entrega de una espléndida dote y además le entregó a su propio hijo en sustitución del que éste había asesinado.

Pero continuemos con el caso. Mucho tiempo después de este episodio, y muerto ya Trajano, al pasar en cierta ocasión san Gregorio por el foro y recordar la mansedumbre de que el fallecido emperador había dado tantas pruebas durante su vida cuando actuaba como juez, se dirigió a la basílica de san Pedro en donde, lamentándose de que un hombre tan magnánimo hubiese cometido ciertos pecados, lloró amargamente y oró mucho para que le fuesen perdonados. De pronto, en medio de su oración llegó a él una voz que decía: «He oído tu petición, la he tenido en cuenta, y he perdonado a Trajano la pena eterna; pero en adelante abstente por completo de orar por ningún condenado».

A propósito de este caso san Juan Damasceno, en uno de sus sermones dice: «Estando Gregorio orando por Trajano oyó una voz procedente del cielo que decía: *He oído tu oración y perdono a Trajano.* Todo Oriente y todo Occidente saben que este eposodio es histórico».

Diversas son las opiniones acerca de la interpretación que debe darse a este hecho. He aquí algunas de ellas:

Hay quienes suponen que Dios concedería la resurrección a Trajano para que en una nueva vida hiciera penitencia, mereciera la gracia y con ella el perdón de sus pecados. Esto fue posible, añaden, porque Trajano todavía no había entrado en el infierno, debido a que la sentencia de condenación que recayó sobre él en el juicio privado no era definitiva.

Según otros, lo del perdón del emperador debe entenderse, no en el sentido de que le fuese levantada definitivamente la pena de condenación eterna que sobre él ya había recaído, sino en este otro, muy diferente: que la ejecución de esa sentencia quedaba aplazada hasta que fuese confirmada en el juicio final.

Opinan otros terceros que la sentencia que Dios pronunció sobre Trajano en el momento en que éste murió fue provisional y condicionada. Piensan estos intérpretes que Trajano, en el mismo momento en que murió, fue juzgado y condenado a padecer tales penas y en tal sitio; pero que esta sentencia podía modificarse si san Gregorio oraba por él; mas no se modificaría si el santo no acudía a socorrerle con sus plegarias. San Gregorio oró por el difunto, se cumplió la condición puesta por el Juez, y la sentencia fue modificada.

Por su parte, Juan el Diácono, a quien debemos la relación de este extraño suceso, tras de advertirnos que la leyenda de donde él lo tomó no dice que san Gregorio orara, sino meramente que lloró amargamente, opina sobre este caso lo siguiente: primero, que san Gregorio no oró por Trajano, pero que sí lloró copiosamente; segundo, que a veces Dios se conmueve ante la sincera aflicción de alguien cuya pena es tanto mayor cuanto que no puede tener el consuelo de orar, porque no se atreve a pedir lo que entiende que no debe ser pedido; tercero, que lo que el Señor concedió en esta ocasión a san Gregorio no fue sacar del infierno y llevar a la gloria el alma de Trajano, sino liberarla de los tormentos que estaba padeciendo, pero dejándola eternamente en el lugar en que se encontraba; cuarto, que no es imposible que alguien permanezca eternamente en el infierno, y que al mismo tiempo no padezca, porque Dios, si quiere, puede hacer lo que de suyo tiene capacidad para atormentar, no atormente.

Finalmente, hay quienes sobre este caso piensan de esta manera: la condenación eterna consiste en dos cosas: en la pena de daño, o carencia de la visión divina, y en la pena de sentido, llamada así porque el condenado está sometido a sufrimientos sensibles. Por la intercesión de san Gregorio Dios habría perdonado a Trajano la pena de sentido, mas no la de daño, a la que continuó eternamente sujeto.

En alguna versión de este suceso se dice que, cuando san Gregorio estaba orando por el emperador, se le apareció un ángel y le dijo: «Estás orando por un condenado; no obstante, Dios te va a conceder lo que pides, pero tú, en compensación, tendrás que optar entre estas dos alternativas: o pasar, a raíz de tu muerte, dos días en el purgatorio sometido a los tormentos propios del tal lugar, o padecer durante lo que te queda de vida enfermedades y dolores». Añade esta versión, que el santo prefirió lo segundo a lo primero y que a partir de entonces y hasta su muerte vivió aqueja-

do de fiebres frecuentes, mal de gota, dolor de estómago y de otras dolencias tan constantes como molestas. Que, en efecto, su vida en lo últimos años estuvo plagada de achaques y de sufrimientos físicos, lo sabemos por una de sus cartas en la que dice: «Estoy tan maltratado por la gota, tengo tantísimos alifafes y dolores que mi existencia es como un castigo durísimo y difícil de soportar. Mis sufrimientos son tan intensos que cada día me parece que voy a morir y deseo que la muerte venga cuanto antes a librarme de estos horrorosos padecimientos».

Más adelante, en la misma carta añade: «Mis dolores, a veces se alivian un poquito; otras, se recrudecen; pero ni se alivian hasta el punto de no sentirlos, ni se acrecientan hasta el extremo de perecer en ellos. De ahí resulta que estoy constantemente al borde de la muerte, pero la muerte no llega, cual si me rechazara. Mi cuerpo está tan lleno de llagas y de supuraciones, y mi vida constituye un tormento tan continuo, que deseo con verdadera ansiedad que venga la muerte y me libre definitivamente de mis dolores y gemidos».

11. Todos los domingos una mujer regalaba a san Gregorio los panes que habían de consagrarse en la misa que él celebraba. Un día, al llegar el momento de la comunión de los fieles, la referida mujer se acercó a comulgar, y al acercar san Gregorio el Sacramento a su boca y decir *Corpus Domini Nostri Jesu Christi proficiat tibi in vitam aeternam* (que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo te sirva de provecho para la vida eterna), la mujer comenzó a reírse a carcajadas. En vista de ello, el santo retiró su mano de la boca de la comulgante, se fue hacia el altar, colocó en él el Cuerpo del Señor, tornó a donde ella estaba, y en presencia de los otros fieles le preguntó:

—¿De qué te ríes?

—De que llamas cuerpo de Jesucristo a ese trozo de pan que yo he amasado con mis propias manos, contestó la interpelada.

Oído esto, san Gregrorio se postró en el suelo y pidió a Dios que remediase la incredulidad de aquella mujer. Luego se alzó, volvió al altar, tomó el fragmento de pan consagrado que en él dejara un momento antes, y con él en la mano acercóse de nuevo a la incrédula comulgante, quien al ver que el pan del que antes ella se burló se había convertido y transformado en un trozo de carne del tamaño de un dedo, profundamente impresionada por el milagro confesó públicamente su fe en el ministerio de la Eucaristía. San Gregorio, seguidamente, oró un momento y al instante aquel trozo de carne adoptó de nuevo la apariencia de pan y con él dio de comulgar a la susodicha mujer.

12. A unos príncipes que le habían pedido algunas reliquias insignes envió el santo pontífice un palmo de tela perteneciente a una dalmática que había usado san Juan Evangelista; pero los príncipes, indignados, le devolvieron el obsequio, por paracerles que aquello no podía ser calificado de reliquia, y menos de reliquia insigne. San Gregorio oró, tomó en sus manos la tela devuelta, y, en presencia de los portadores, con la punta de un cuchillo, perforó por diferentes sitios el tejido, y al instante por las perforaciones de la tela comenzó a brotar sangre. Con este milagro les demostró que aquel trozo de paño constituía verdaderamente una insigne reliquia.

13. El santo pontífice castigó con pena de excomunión a uno de los hombres más ricos de Roma por haber abandonado a su esposa. El castigado llevó tan a mal la medida tomada por el papa contra él, que para vengarse, ya que no podía discutir su autoridad, requirió la colaboración de unos hechiceros. Estos le prometieron la ayuda solicitada, y le dijeron que con sus encantamientos lograrían que, la primera vez que el papa montase a caballo, entrase un demonio en el cuerpo de la caballería y que ésta se revolviese de tal modo que caballo y caballero corriesen un gran peligro. Un día, poco después de esto, el santo pontífice tuvo que cabalgar y, en efecto, los magos hicieron que un demonio se introdujese en el cuerpo del animal y que éste se encabritase de tal manera que nadie fue capaz de dominarle ni de calmarle. Por inspiración divina conoció Gregorio que el diablo andaba de por medio; así pues hizo la señal de la cruz, y al instante el caballo se calmó; pero en aquel preciso momento los magos, responsables de aquella faena, quedaron repentina y definitivamente ciegos; éstos reconocieron su culpa, se arrepintieron de lo hecho, se convirtieron y se bautizaron. El santo no quiso devolverles la vista para no ponerles en peligro de que volvieran a ejercer sus perniciosas artes, pero se hizo cargo de su sustento y, mientras vivieran, les asignó una pensión a cargo del erario eclesiástico.

14. En un libro que los griegos llaman *Lymon,* se lee este caso: el abad de uno de los monasterios fundados por san Gregorio acusó ante el pontífice a uno de sus monjes de que retenía en su poder

tres monedas, y de que estaba por tanto faltando al voto de pobreza. San Gregorio, para que la medida sirviera de escarmiento a los demás religiosos, excomulgó al acusado. Poco después, éste enfermó de gravedad y falleció. Cuando el santo pontífice se enteró de que el excolmulgado había muerto, reprendió severamente al abad por no haberle avisado de que el religioso en cuestión se hallaba en peligro de muerte, para que le levantara la pena de excomunión. Después escribió una cédula en la que hacía constar que absolvía al difunto monje de la censura que pesaba sobre él en el momento de su muerte, se la entregó a un diácono y le mandó que la leyera junto a la sepultura en que estaba enterrado el cuerpo del fallecido. A la noche siguiente del día en que la cédula de absolución fue leída, el difunto se apareció al abad, y le hizo saber que si bien hasta aquella fecha su alma había estado detenida en un lugar y situación de espera, a manera de prevención, ahora ya se encontraba absuelta de la culpa y de la pena en que había incurrido.

15. San Gregorio instituyó el Oficio eclesiástico y el canto del mismo, fundó una escuela de cantores y mandó construir edificios adecuados junto a las basílicas de san Pedro y de Letrán, para residencia de los que cantaban en estos templos. En el pabellón que para estos efectos se edificó en la iglesia lateranense se conserva todavía con suma veneración la estancia en la que él dormía cuando iba a aquella escuela a impartir lecciones de música religiosa, y se conserva también la disciplina con la que amenazaba castigar a los niños de coro si no hacían bien su oficio. Igualmente se muestra aún el antifonario que él usaba para los ensayos y para los actos del culto.

El fue también quien dispuso que en el canon de la misa se introdujeran estas palabras: «*Diesque nostros in tua pace disponas, atque ab aeterna damnnatione nos eripi et in electorum tuorum jubeas grege numerari*» (Concédenos la paz durante la presente vida, líbranos de la condenación eterna y haz que seamos incluidos en el rebaño de tus elegidos).

Tras de haber regido la Iglesia como sumo pontífice durante trece años, seis meses y diez días, lleno de obras, san Gregorio murió y entró en la gloria. Sobre su tumba, a modo de epitafio, se escribieron estos versos:

«Suscipe terra tuo corpus de corpore sumtum.
Reddere quod valeas vivificante Deo.
Spiritus astra petit, leti nil vira nocebunt
cui vitae alterius mors magis ipsa via est.
Pontificis summi hoc clauduntur membra sepulchro
qui innumeris semper vixit ubique bonis».

Acoge, tierra este cuerpo de tu sustancia formado;
tendrás que devolverlo cuando Dios lo haya resucitado.

El alma subió al cielo. Jamás dañarán los venenos de la muerte
a quien ésta abrió el camino de la vida precisamente.

Los restos de un gran pontífice, en ese sepulcro yacen,
que vivió haciendo siempre el bien en todas partes.

San Gregorio murió en tiempos del emperador Focas, el año 606 de nuestra era cristiana.

16. Poco después del fallecimiento del bienaventurado san Gregorio cundió una espantosa hambre por toda la región de Roma. Los pobres, a quienes él antes tan generosamente socorría, acudían a su sucesor diciendo:

—Señor, nuestro padre san Gregorio solía alimentarnos. No permita vuestra Santidad que perezcamos de inanición.

A estas demandas el nuevo papa, indignado, les respondía:

—Ya sé que él, para procurarse fama y alabanzas se dedicada a amparar a todo el mundo; pero si creéis que yo voy a hacer lo mismo estáis equivocados. Marcháos de aquí; yo no puedo alimentaros.

Con estas o parecidas palabras los despachaba, sin proporcionarles socorro alguno. San Gregorio se apareció por tres veces a su sucesor, reprochándole con dulzura la difamación que de él hacía y la dureza de corazón que mostraba para con los menesterosos; pero todo fue en vano; el papa no se enmendó ni en lo uno ni en lo otro. En vista de esta actitud, el santo se presentó una vez más ante él, y adoptando un aspecto de gran severidad, le reprendió duramente, le propinó un golpe mortal en la cabeza, y de allí a poco tiempo, de las consecuencias de este doloroso castigo, el pontífice falleció.

El hambre continuaba. Algunos enemigos del bienaventurado san Gregorio comenzaron a propalar, que él era el responsable de aquella calami-

dad pública, por no haber sabido administrar debidamente los bienes de la Iglesia durante su pontificado, y por haberlos dilapidado con su imprudente prodigalidad. La campaña difamatoria que en este sentido desencadenaron prendió de tal modo en el ánimo del público, que la gente, para ofender su memoria, comenzó a quemar los libros que él había escrito. A propósito de esto se cuenta lo siguiente: cuando la multitud había quemado ya algunas de las obras del santo e intentaba hacer lo mismo con las restantes, un diácono llamado Pedro, muy amigo suyo y colaborador en la composición de los cuatro tratados conocidos por el nombre de *Diálogos,* se opuso enérgicamente a que prosiguiera aquella racha de destrucciones. «No creáis, decía a las amotinadas turbas, que por quemar estas obras vais a conseguir borrar el nombre de su autor de las páginas de la historia; ni siquiera lograréis que sus escritos desaparezcan, puesto que hay muchas copias de ellos por las diversas naciones del mundo. Además, constituye un auténtico sacrilegio atentar contra estos libros, porque la doctrina que contienen es tan valiosa, que de alguna manera puede considerarse inspirada por Dios al santo pontífice. Yo he visto muchas veces como, mientras el bienaventurado varón escribía, el Espíritu Santo, en forma de paloma, permanecía situado sobre su cabeza, sugiriéndole lo que debía decir». En su empeño por salvar las obras del santo, el diácono Pedro hizo a sus contrincantes esta proposición: «Para demostraros que cuanto acabo de deciros es cierto, voy a jurar solemnemente que es verdad que he visto al Espíritu Santo en la forma que os he indicado. Prometedme de antemano que, si en cuanto prenuncie ese juramento muero repentinamente, desistiréis de vuestro propósito de quemar ni un libro más del venerable pontífice; por mi parte yo os prometo que, si no muero inmediatamente después de emitir tal juramento, me uniré a vosotros y os ayudaré a quemar cuantos escritos suyos halláremos». Parece ser que san Gregorio, en vida, había prohibido a su diácono y colaborador revelar a nadie que había visto sobre su cabeza al Espíritu Santo, y que le había hecho saber que, si publicaba este hecho, tan pronto como lo hiciera, moriría repentinamente.

El público aceptó la propuesta. Pedro se revistió con los ornamentos diaconales, tomó en sus manos el libro de los evangelios, y, colocando su diestra sobre sus páginas abiertas, en presencia de la multitud comenzó a ponderar las virtudes y santidad del venerable pontífice; luego inició la fórmula del solemne juramento, mas, antes de que la concluyera, sin dolor alguno, sin el menor síntoma de los que suelen preceder a la muerte, entregó su espíritu al Señor.

17. En unos de los monasterios fundados por san Gregorio, un monje conservaba en su poder para sus propios gastos cierta cantidad de dinero que había logrado reunir. El santo se apareció a otro religioso de la misma comunidad y le ordenó que dijese a aquel monje que se desprendiese inmediatamente del dinero que tenía guardado y que hiciese penitencia, porque de allí a tres días iba a morir. El monje en cuestión, al recibir por medio del otro religioso este aviso, se asustó mucho, se desprendió del dinero e hizo penitencia. Al amanecer del día tercero fue acometido de altísimas fiebres; abrasado de calor y con la lengua fuera, cual si en cualquier momento fuese a expirar, permaneció hasta la hora de tercia rodeado por los monjes que cantaban ininterrumpidamente salmos junto a su lecho; mas hacia la citada hora, en vista de que la agonía se prolongaba y de que continuaban los horribles estertores del enfermo, lo religiosos interrumpieron su salmodia y, pensando que el moribundo no oiría lo que dijeran, comenzaron a hablar mal de él y a comentar los pecados que le habían puesto en tan impresionante situación. De pronto el agonizante recobró el conocimiento, agitó espantosamente los ojos, y sonriendo dijo: «Hermanos, que el Señor os perdone vuestra maledicencia. Con ella me habéis puesto en grave aprieto, porque, como me acusabais vosotros por un lado y el diablo por otro y todos al mismo tiempo, no sabía qué calumnias refutar primero, si las que vosotros me estabais levantando o las que el demonio inventaba. Cuando veáis a alguien en trance de muerte no os dediquéis a murmurar de él; al contrario, compadecedle, porque su alma, acompañada de un acusador implacable, va a comparecer ante el tribunal de un juez muy severo. Yo he estado ya ante ese tribunal y he sido acusado por el diablo, pero gracias a la ayuda de nuestro padre san Gregorio, he podido responder a todos los cargos, menos a uno. Digo que a una de las acusaciones del demonio no he podido replicar satisfactoriamente; por eso me veíais tan agitado; no era para menos; estaba profundamente avergonzado y a punto de ser declarado reo de aquella acusación que aún pesa sobre mí. Los monjes entonces le preguntaron:

—¿De qué se trata?

El moribundo contestó:

—No os lo puedo decir, y ved por qué: cuando san Gregorio me ordenó que viniera a hablar con vosotros, el diablo, enfurecido, protestó, creyendo que se trataba de una argucia del santo para que Dios me permitiera vivir todavía algún tiempo a fin de hacer penitencia y alcanzar por ella el perdón de aquel pecado de que se me acusaba. Entonces yo prometí a mi defensor san Gregorio que no revelaría a nadie la naturaleza de la calumnia que el demonio esgrimía contra mí.

Apenas hubo dicho esto, el moribundo empezó a exclamar:

—¡Oh, Andrés, Andrés! ¡Este mismo año morirás por haberme puesto con tus depravados consejos en la peligrosa situación en que me veo!

Seguidamente el enfermo empezó a agitar sus ojos tan violentamente que los monjes se llenaron de espanto, y en medio de aquella agitación expiró.

Había en la ciudad un hombre llamado Andrés, que, efectivamente, en el mismo momento en que el religioso moribundo pronunció su nombre de la manera que hemos dicho, cayó enfermo de mucha gravedad; su enfermedad, a partir del primer día, se fue complicando; pero, aunque las carnes caíansele a pedazos, no acababa de morir. Al cabo de algún tiempo hizo que vinieran junto a su lecho algunos monjes del monasterio de san Gregorio, y delante de ellos confesó que con la complicidad de aquel religioso recientemente fallecido se había apoderado de algunos documentos importantes, pertenecientes a la Comunidad, y que los había posteriormente vendido a ciertas personas en una considerable cantidad de dinero que luego había repartido con el referido monje. En cuanto hizo esta declaración el tal Andrés, que desde que cayera enfermo, por mucho que lo deseaba no acababa de morir, falleció repentinamente.

18. En la vida de san Eugenio se refiere el siguiente caso:

En tiempos en que aún prevalecía el oficio Ambrosiano sobre el Gregoriano se determinó en un Concilio convocado por Adriano, papa de Roma, que en toda la Iglesia universal se adoptase el oficio de san Gregorio. El emperador Carlos se encargó de hacer cumplir el canon conciliar; a tal efecto, recorría las distintas provincias del Imperio y, mediante amenazas, torturas y encarcelamientos obligaba a los clérigos a atenerse a lo que el Concilio había ordenado; incluso, por donde pasaba, hacía quemar los libros del rito ambrosiano. Cuando san Eugenio quiso llegar al Concilio, éste ya hacía tres días que había sido clausurado. A pesar de ello habló con el papa y consiguió de él que convocase nuevamente a los Padres conciliares que habían tomado parte en las sesiones anteriores. A los tres días, pues, de haberse clausurado la asamblea, reuniéronse nuevamente los asambleístas, y ante ellos san Eugenio hizo la siguiente proposición que todos los Padres aceptaron por unanimidad: que se colocaran sobre el altar mayor de la basílica de san Pedro dos misales, uno de rito ambrosiano y otro de rito gregoriano; que seguidamente saliera todo el mundo del templo y que se cerraran todas sus puertas por fuera de manera que nadie pudiera abrirlas, y que para ello se precintaran y sellaran las cerreduras con los sellos de varios obispos; que los conciliares pasaran la noche entera orando y pidiendo a Dios que demostrara, mediante alguna señal que no dejara lugar a dudas, cual era su divina voluntad al respecto, o sea, cual de los dos ritos debería ser adoptado por la Iglesia universal. Todo se hizo conforme a lo propuesto por san Eugenio. A la mañana siguiente, los Padres conciliares rompieron los sellos, abrieron las puertas, entraron en la basílica, se acercaron al altar y quedaron profundamente impresionados al ver que aquellos dos misales que ellos habían dejado allí cerrados, estaban abiertos. Otra versión de este hecho dice que las hojas del misal del rito gregoriano hallábanse arrancadas y dispersas por diferentes lugares del interior de la basílica, y que el misal ambrosiano estaba abierto y colocado en el mismo sitio en que el día anterior lo habían puesto. Para el caso es igual, porque los Padres conciliares, de la prueba que hicieron y del modo como encontraron uno y otro misal, dedujeron que Dios había mostrado su voluntad con claridad suficiente, y que esa voluntad era que en adelante el rito gregoriano debería ser extendido por toda la Iglesia en todas partes del mundo, y el ambrosiano conservado, sí, pero con posibilidad de ser practicado exclusivamente en la Iglesia de Milán. Así lo determinaron en aquella ocasión los Padres conciliares y así sigue haciéndose todavía.

19. Juan Diácono, compilador de la vida de san Gregorio, refiere este episodio: un día, cuando andaba recogiendo datos y redactando con ellos la historia del santo, de pronto se quedó dormido y

soñó que mientras escribía a la luz de un farol se le presentaba alguien que parecía ser sacerdote, revestido con una túnica de gasa muy blanca, bajo la cual se transparentaba otra de color negro, y que se acercaba a él como si tratara de leer lo que estaba escribiendo; luego, aquel misterioso visitante, inflando sus carrillos, soltó una estrepitosa carcajada; entonces Juan le preguntó:

—¿De qué te ríes y por qué lo haces de esta manera tan poco conforme con la gravedad y compostura que en todas sus cosas debe tener un sacerdote?

El visitante le respondió:

—Porqué estás escribiendo la vida de un muerto a quien jamás viste vivo.

Juan le replicó:

—Verdad es que no he llegado a conocerlo personalmente; pero lo conozco a través de lecturas y me limito a escribir lo que de él he leído.

El visitante le dijo:

—Puesto que observo que tú haces lo que te parece, también yo haré lo que me parezca.

Diciendo esto, el visitante apagó el farol con que el diácono se alumbraba y empezó a atacar a Juan de tal manera, que éste creyó que aquel desconocido sujeto lo estaba degollando con una espada; no le quedó más remedio que gritar, pidiendo socorro. Inmediatamente, a sus gritos, acudió san Gregorio acompañado de san Nicolás a su mano derecha y del diácono Pedro a su izquierda, y dijo a Juan:

—¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?

Después, el propio san Gregorio, tomando una antorcha que Pedro traía, hizo salir al visitante misterioso de detrás de las cortinas de la cama de Juan entre las que se había ocultado, le aplicó la llama de la antorcha a la boca y al resto de la cara y lo dejó tan tiznado y renegrido que parecía un etíope. En esto, de la antorcha se desprendió una pequeña pavesa, cayó sobre la blanquísima túnica con que estaba disfrazado y en un abrir y cerrar de ojos la sutil vestidura se quemó por completo y dejó al descubierto su cuerpo, más negro que el carbón.

—¡Cómo lo has ennegrecido!, comentó el diácono Pedro dirigiéndose a san Gregorio.

Este contestó:

—Yo no lo he ennegrecido; lo único que he hecho ha sido demostrar que él ya era de por sí negro.

Inmediatamente después, san Gregorio y sus dos acompañantes desaparecieron dejando el aposento inundado de claridad.

Capítulo XLVII

SAN LONGINOS

Longinos fue un centurión que con otros soldados, por orden de Pilatos, hizo guardia ante la Cruz del Señor, y quien personalmente atravesó con su lanza el costado de Cristo; pero luego, al presenciar el obscurecimiento del sol, el terremoto y otros fenómenos extraños, se convirtió. Dicen algunos que, ya fuese por vejez o por enfermedad, tenía la vista muy debilitada, y que, al traspasar con su arma el pecho de Jesús, algunas gotas de la sangre que brotó del corazón divino saltaron hasta sus ojos, y que al sentir la salpicadura comenzó a ver con perfecta claridad. Según estos autores, a este milagro experimentado en sí mismo se debió principalmente su conversión, a raíz de la cual renunció a la milicia, recibió de los apóstoles la instrucción necesaria, se retiró a Cesarea de Capadocia, y allí permaneció veintiocho años haciendo vida monástica y convirtiendo a muchos a la fe de Cristo con su predicación y buenos ejemplos.

De este santo se cuenta lo siguiente:

El gobernador de la citada provincia lo detuvo y trató de obligarle a que ofreciese sacrificios en honor de los ídolos. Como no lo consiguiera, mandó que le arrancasen todos los dientes y que le cortaran la lengua. A pesar de que estas órdenes

fueron ejecutadas, Longinos no perdió la facultad de hablar y siguió combatiendo la idolatría. En cierta ocasión tomó un hacha y con ella destrozó las imágenes de las falsas divinidades. «Ahora veremos», decía mientras quebraba aquellas efigies, «si estas estatuas representan a dioses verdaderos». Los demonios que se albergaban en ellas, al quedarse sin morada, se alojaron en el cuerpo del gobernador y en el de sus secuaces, quienes con el juicio trastornado y ladrando acudieron a Longinos y se prosternaron ante él. Longinos entonces preguntó a los demonios:

—¿Por qué moráis dentro de los ídolos?

Los demonios respondieron:

—Porque solemos refugiarnos en sitios donde nunca se pronuncie el nombre de Cristo ni se haga la señal de los cristianos.

Longinos, dirigiéndose al gobernador, que desde que el diablo entró en su cuerpo habíase vuelto loco y quedado ciego, le dijo:

—Tú sanarás, pero después de que me hayas dado muerte; porque me matarás; mas en cuanto me hayas matado rogaré por ti y obtendré del Señor tu salud corporal y la de tu alma.

Al oír esto, el gobernador dio orden de que inmediatamente degollaran a Longinos y, en cuanto este mandato fue ejecutado, postróse ante el cuerpo del mártir, lloró copiosamente, hizo penitencia, recobró la vista, sanó enteramente, se convirtió y se dedicó a hacer buenas obras hasta el final de su vida.

Capítulo XLVIII

SANTA SOFÍA Y SUS TRES HIJAS

Hay en Constantinopla un templo magnífico dedicado a santa Sofía y a sus tres hijas, Fe, Esperanza y Caridad. Todas ellas fueron mártires.

Santa Sofía, sabiamente, educó a sus tres hijas en el temor de Dios. Cuando éstas tenían ocho, diez y once años respectivamente, su madre las llevó consigo a Roma. Todos los domingos, las cuatro, visitaban juntas las diversas iglesias de la ciudad.

Santa Sofía trabó amistad con numerosas damas romanas y consiguió convertir a varias de ellas. Alguien denunció este hecho ante el emperador Adriano, quien al conecer a las tres niñas quedó tan prendado de ellas y de su hermosura que intentó adoptarlas como hijas: pero como a este proyecto se opusieran tenazmente tanto las niñas como su madre, el emperador las condenó a diferentes tormentos.

De torturar a Fe, la mayor, se encargaron treinta y seis soldados, quienes primero la azotaron, y luego, delante de una enorme multitud, le arrancaron de cuajo los pechos. Cuantos presenciaron tan terribles escenas fueron testigos de que mientras de las heridas que los azotes produjeron en el cuerpo de la jovencita brotaba leche en vez de sangre, de las de sus senos manaba sangre en lugar de leche. En vista de este milagro, el público empezó a protestar y a insultar al césar, calificando su proceder de injusto. Fe, a pesar de que estaba contenta de padecer aquellos suplicios por Cristo, unió sus voces a las de la multitud e insultó también al emperador. Entonces éste ordenó que colocaran a la doncella sobre una parrilla de hierro incandescente. Ilesa salió la niña de tan terrible tormento, tercero de la serie de ellos a que fue sometida, e ilesa salió del cuarto que a continuación le aplicaron, que consistió en ser arrojada a una sartén llena de aceite y de cera hirviendo, visto lo cual Adriano mandó a sus verdugos que la degollaran, y a través de esta quinta tortura la santa niña murió.

Seguidamente el emperador hizo comparecer a Esperanza, y como no logró doblegar su voluntad para que sacrificara ante los ídolos, ordenó que la metieran en una caldera en la que hervía a borbotones un líquido compuesto de grasa, cera y resina derretidas. Al introducir a la muchachita en el recipiente, las gotas que de él saltaron produjeron quemaduras en los infieles que presenciaban el espectáculo; pero, como a Esperanza aquel baño no le producía ni la más mínima lesión, Adriano mandó que la sacaran de la caldera y que le cortaran la cabeza con una espada.

Mientras duraron los martirios de sus dos hijas mayores, Sofía permaneció al lado de Caridad dándole ánimos, y ésta, a pesar de ser tan pequeñita, ni trató de congraciarse con el emperador, ni cuando le llegó el turno hizo caso alguno de sus halagos ni de sus amenazas, por lo cual el impiísimo Adriano mandó que la tendieran en el suelo y que le descoyuntaran todos sus miembros; después, la apalearon, luego la azotaron con varas, seguidamente la arrojaron a un horno encendido del que salían aparatosas y prolongadas llamas que alcanzaron y abrasaron a unos seis mil idólatras

que, apiñados en una zona de sesenta codos a la redonda, hallábanse en aquel lugar presenciando el macabro espectáculo. La niña, sin embargo, totalmente ilesa, y radiante como el oro, risueña y feliz, iba de un lugar a otro, paseando contenta, entre el fuego de la hoguera. Desde el exterior los verdugos atravesáronle el cuerpo con barras de hierro al rojo vivo; mas como tampoco esto hiciera mella en el ánimo de la pequeña, Adriano mandó que la degollaran, como a sus hermanas. De este modo, Caridad, que había sufrido alegremente las pruebas a que fue sometida, conquistó también la corona del martirio.

La santa madre, ayudada por algunos de los presentes, enterró los cuerpos de sus santas hijas, y postrada ante la tumba común, exclamaba:

—¡Hijas mías queridísimas! ¡Yo quiero reunirme con vosotras!

Algún tiempo después Sofía murió en la paz del Señor. Su cuerpo fue enterrado por los cristianos en la misma sepultura de sus hijas. También ella fue mártir, puesto que padeció en sus entrañas maternales cada uno de los tormentos que padecieron sus tres hijas.

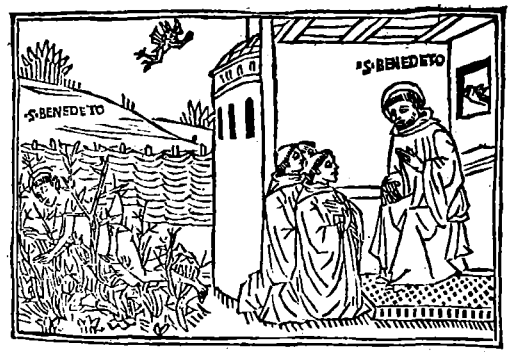
Adriano acabó su vida roído de podredumbre y de remordimientos, reconociendo que se había comportado inicuamente con aquellas santas y cruelmente con los adoradores de Cristo.

Capítulo XLIX

SAN BENITO

Benito, del latín *Benedictus,* significa bendito. Así se llamó este santo, y muy acertadamente, porque durante su existencia bendijo a muchos, recibió infinidad de bendiciones o gracias, y tras de su muerte y entrada en la bienaventuranza, en la que recibió la gran bendición eterna que mereció con su santa conducta, el mundo entero bendice y alaba su nombre. Su vida fue escrita por san Gregorio.

1. Benito nació en la provincia de Nursia. Siendo todavía niño sus padres lo enviaron a Roma para que estudiara artes liberales, pero algún tiempo después abandonó los estudios y se retiró al desierto. Acompañado de la que había sido su nodriza, que le amaba tiernamente, llegó a un lugar llamado Aeside en donde se detuvo y permaneció una temporada. Durante su estancia en Aeside ocurrió lo siguiente: la nodriza pidió a alguien un arnero para cribar un poco de trigo, y lo colocó sobre una mesa, pero lo dejó tan a la orilla que se cayó y quebró por la mitad. La buena mujer, al ver que la criba se había roto, empezó a llorar. Benito recogió los dos trozos del arnero, postróse en el suelo, hizo una breve oración, y al terminar su rezo los dos fragmentos de la quebrada criba se unieron entre sí tan estrecha y perfectamente cual si nunca se hubieran separado.



Un día, después de esto, Benito disimuladamente abandonó a su antigua nodriza, huyó de Aeside y fue a refugiarse en un paraje solitario en el que vivió tres años escondido en una cueva y aislado de los hombres, sin más comunicación humana que la que mantuvo con un monje, llamado Román, residente en un monasterio cercano, desde el que este santo religioso acudía de vez en cuando hasta las proximidades de la gruta en que Benito moraba, para proporcionarle algunos alimentos. Como la mencionada gruta estaba situada en un lugar inaccesible y no había camino para llegar hasta ella, Román suministraba el pan a Benito, mediante una larguísima cuerda de la que pendía un cencerro. De este modo, cuando Benito oía el sonido del cencerro salía de la cueva, recogía el pan que iba atado a un extremo de la soga, y tornaba de nuevo al interior de la caverna. Mas he aquí que, en cierta ocasión, el común enemigo, envidioso de la caridad de Román y del alimento que Benito recibía, de una pedrada rompió el cencerro. Sin embargo, no por eso dejó Román de enviar a Benito el suministro que éste necesitaba.

Poco después de la avería del cencerro apareciósele el Señor a cierto sacerdote que estaba preparando una gran comida para celebrar la solemnidad de la Pascua, y le dijo:

—Mientras tú te afanas por darte un espléndido banquete, un siervo mío pasa hambre en tal lugar.

El sacerdote inmediatamente metió en una cesta las suculentas viandas que tenía preparadas y, cargando con ellas, se fue en busca de Benito, al que al fin logró localizar tras de superar innumerables dificultades; cuando consiguió trepar hasta la cueva le dijo:

—¡Levántate! Vamos a comer, que hoy es la Pascua del Señor.

—Sí, debe ser la Pascua, puesto que Dios me ha hecho el regalo de tu visita, —contestó Benito, que por vivir alejado de los hombres no sabía que aquel era el domingo de Pascua.

El visitante repitió:

—Sí, hermano; hoy es el Domingo de Resurrección. Como no estaría bien que ayunaras en fecha tan señalada, el Señor me ha enviado hasta ti.

A continuación bendijeron a Dios y comieron.

2. Un día, estando a la puerta de su cueva, uno de esos pájaros negros que llaman mirlos comenzó a inquietarle y a revolotear tan cerca de su cara, que si hubiese querido podría haberlo atrapado con la mano. Benito se santiguó, y el pájaro se alejó de allí; mas al poco rato el diablo empezó a turbar su imaginación trayéndole a la memoria el recuerdo de una mujer a la que en cierta ocasión había visto, haciéndole codiciar su hermosura y encendiendo en su ánimo apetitos libidinosos. La tentación fue tan pertinaz y tan fuerte, y la voluptuosidad que sentía tan intensa, que decidió abandonar el desierto, y lo hubiera hecho de no haber acudido a tiempo el Señor en su ayuda con el remedio de su gracia divina: de pronto Benito adquirió conciencia clara del mal paso que iba a dar y, arrepentido de no haber rechazado enérgicamente aquella tentación, inmediatamente se despojó de sus vestidos, se desnudó completamente, se arrojó en un matorral que allí cerca había y se revolcó una y otra vez entre las zarzas; cuando se alzó del suelo, y salió de entre la espesa maleza, todo su cuerpo era una llaga; pero la tentación había quedado vencida; por las heridas de su carne habíanse evacuado las heridas de su alma; con el ardor de su penitencia había apagado el incendio de la pasión y vencido al pecado. A partir de entonces, jamás, durante el resto de su vida, volvió a sentir tentaciones de esta naturaleza.

3. Como su nombre había adquirido mucha y buena fama, al morir el abad de un monasterio todos los monjes del mismo fueron en su busca, y le rogaron que accediera a ocupar el puesto que el difunto había dejado vacante. El se resistió cuanto pudo, alegando, entre otras cosas, que sus costumbres y género de vida eran muy diferentes de los usos y maneras de vivir de ellos. Los religiosos, empero, insistieron tanto en su demanda, que al cabo lo convencieron y lograron que aceptara; mas la experiencia, como él les advirtiera reiteradamente antes de la aceptación, no resultó: al hacerse cargo del gobierno de la referida comunidad, trató por todos los medios de imponer la observancia estricta y absolutamente fiel de la regla que aquellos religiosos libremente habían profesado; esto no agradó a los monjes, que al poco tiempo comenzaron a arrepentirse de haberle nombrado su abad. Los choques entre la rectitud con que él quería que se procediera y la oblicuidad de ellos eran constantes. Al fin, convencidos de que su nuevo superior no transigiría nunca con las libertades a que estaban acostumbrados, y firmemente decididos a no aceptar la observancia que trataba de imponerles, optaron por acabar con la enojosa situación eliminando al santo por medio de un veneno: aprovechando la coyuntura de que se encontraba en cama, afectado por una indisposición pasajera, trataron de hacerle beber un poco de vino previamente emponzoñado. El abad tomó el vaso en sus manos, mas antes de beber, trazó sobre él la señal de la cruz, y en aquel preciso instante el vaso se quebró cual si hubiera recibido una pedrada. De ahí dedujo Benito que aquel vaso, que no pudo soportar la señal santa que da vida, contenía una bebida de muerte y que aquellos religiosos habían intentado envenenarle. Inmediatamente se levantó de la cama, reunió a la Comunidad, y dijo a los monjes:

—Hermanos, que Dios tenga misericordia de vosotros y os perdone. ¿No os advertí a su debido tiempo que vuestras costumbres y las mías eran muy diferentes?

Aquel mismo día abandonó el monasterio, regresó a su antigua cueva, y en ella continuó viviendo todavía algún tiempo.

La fama de sus virtudes iba en aumento. Cada vez eran más quienes acudían a él y le manifestaban su deseo de vivir bajo su dirección. Como ya eran muchos los que se le habían agregado, y el número de sus discípulos crecía incesantemente, fundó hasta doce monasterios y en ellos fue alojándoles a medida que iban llegando.

En una de aquellas comunidades había un mon-

je que no podía permanecer largo tiempo en oración; en cuanto los religiosos se reunían en la iglesia para orar, él salía del templo y del monasterio y se marchaba a la calle a distraerse y ocuparse en asuntos terrenos transitorios. Su abad informó a Benito de lo que ocurría. Benito se trasladó al referido monasterio, observó calladamente al monje que no podía orar y vio como cada vez que la Comunidad entraba en el templo para orar, un niño negro se acercaba al mencionado religioso, lo asía por el hábito, tiraba de él y lo conducía a donde quería. San Benito, entonces, habló reservadamente con el abad y con otro monje que se llamaba Mauro, y les dijo:

—¿No habéis advertido que un niño negro se acerca a ese hermano, tira de él y lo conduce a donde le place?

—No, —respondieron ellos.

—Vamos a pedir a Dios que os conceda a vosotros también la merced de poder verlo, —propuso el santo.

Oraron con esta intención. Mauro vio al niño, pero el abad no. Al día siguiente, al terminar los rezos de la Comunidad, san Benito salió a la calle, encontró al monje vagando de un lugar a otro, lo obligó a regresar con él al monasterio y castigó la ceguera en que vivía golpeándole con un vara. Desde entonces el monje asistió a la oración, perseveró en ella como los demás religiosos, sin salirse de la iglesia, y el demonio, cual si hubiera sido él el apaleado, no se atrevió en lo sucesivo a inquietarle.

Tres de los monasterios fundados por el santo estaban edificados en la cumbre de una montaña, sobre peñascos, y tenían un grave problema para abastecerse de agua, pues habían de subirla penosamente desde la base del monte. En vista de este inconveniente los monjes de aquellas comunidades proponían insistentemente al santo que deberían construir otros edificios en lugares más adecuados y abandonar aquellos. Una noche subió san Benito acompañado de un niño a lo más alto de la referida montaña, oró largo rato, después colocó tres piedras a modo de señal en el sitio donde estuvo arrodillado rezando, y al amanecer regresó a su celda. Aquella misma mañana, una vez más, los religiosos de los susodichos monasterios fueron a verle y a rogarle que accediese al traslado de sus comunidades a emplazamientos más adecuados. El santo les dijo:

—Llegaos hasta la roca más alta del monte; en un lugar determinado de ella hallaréis tres piedras puestas allí expresamente a modo de señal; cavad en el sitio que las piedras ocupan; Dios tiene poder suficiente para hacer que allí mismo brote agua.

Acudieron los monjes al lugar indicado por el santo y quedaron gratamente sorprendidos al observar que la roca estaba húmeda, cual si resudara; hicieron un hoyo donde san Benito les dijera, y al instante surgió una fuente tan abundante, que desde entonces hasta ahora da origen a un arroyo que desciende desde la altura de la montaña hasta el llano.

En cierta ocasión un hombre con una hoz estaba rozando zarzas en las proximidades del monasterio en que san Benito residía. De pronto la hoja de la hoz se desprendió del mango, y fue a caer en el fondo de una sima. El hombre, con el mango en la mano, empezó a lamentarse de la pérdida de su herramienta; san Benito se acercó a él, le pidió el mango, y con él entre sus dedos, extendió su brazo en dirección a la sima y al instante desde el fondo de ella salió la hoja de la hoz, se introdujo por sí misma en el mango y quedó recompuesta la herramienta.

Un niño llamado Plácido, oblato en el monasterio en que san Benito vivía, fue al río a buscar agua, y, cuando estaba llenando el cántaro, perdió el equilibrio, cayó al cauce, y fue arrastrado por la corriente hacia el interior del río, quedando distanciado de la orilla algo así como un tiro de flecha. Por iluminación divina, el santo, desde su celda, supo lo que acababa de ocurrir, llamó en sequida al monje Mauro, le comunicó lo sucedido al niño y le ordenó que acudiera inmediatamente en su socorro. Mauro, recibida la bendición de Benito, salió a toda prisa hacia el lugar del accidente, se introdujo en el río, y, con la misma seguridad y firmeza con que procede el que camina por tierra, caminó sobre la superficie de las aguas hasta donde estaba Plácido; asió al muchacho por los cabellos, lo sacó del río y lo condujo sano y salvo al monasterio. Nada más llegar fuese a ver al santo y le dijo:

—Padre, hemos salvado al niño; pero esto ha sido un milagro debido a tus méritos.

San Benido le contestó:

—En efecto, ha sido un milagro, pero no debido a mis méritos como dices, sino al espíritu de obediencia con que tú procediste.

Un sacerdote llamado Florencio, movido por la envidia y el odio que sentía hacia san Benito, en cierta ocasión llevó su malicia hasta el extremo de enviar al santo un pan envenenado, so pretexto de

que se trataba de un pan bendito. San Benito aceptó el obsequio, y manifestó su agradecimiento al dador, pero no comió de aquel pan, sino que, entero, tal cual lo recibió, se lo echó a un cuervo al que solía alimentar con su propia mano, mientras le decía: «Cógelo; pero en nombre de Jesucristo te ordeno que no lo pruebes, sino que lo arrojes a donde no pueda ser hallado por hombre alguno». El cuervo se aproximó al pan y con la boca abierta y la alas extendidas comenzó a dar vueltas en torno a él y a graznar lastimeramente, como si quisiera dar a entender que deseaba obedecer, pero que no se atrevía a tocar con su pico la hogaza. El santo una y otra vez le repitió: «¡Cógelo! ¡Cógelo sin miedo y haz lo que te he dicho!» El cuervo, al fin, hizo lo que se le mandaba, y al cabo de tres días regresó y recibió de manos de san Benito la ración de comida acostumbrada.

Viendo Florencio que sus intentos de matar el cuerpo del santo maestro habían fracasado, trató de asesinar las almas de sus discípulos, y a tal efecto introdujo clandestinamente en la huerta del monasterio a siete muchachas desnudas, dándoles la orden de que cantaran y danzaran para despertar la lascivia de los monjes. Desde su celda vio san Benito lo que en la huerta estaba sucediendo; mas no quiso entrar en liza con quien había tramado todo aquello, sino que, para evitar que su monjes pudieran ver lo que ocurría y ponerlos al abrigo de tentaciones, llamó a los religiosos que por su edad y circunstancias corrían mayor riesgo de ser tentados y se fue a vivir con ellos a otro sitio. Desde una solana estaba Florencio espiando el resultado de su estratagema, y al ver que por lo menos había obligado a los monjes a marcharse, empezó a regocijarse interiormente; su regocijo duró muy poco, porque de pronto la solana se desplomó y él quedó aplastado y muerto entre los escombros. Mauro, que desde lejos presenció este accidente, salió corriendo en busca de san Benito, lo alcanzó y le dijo:

—Padre, vuelve, porque el que te perseguía acaba de perecer.

Al oír esto, san Benito prorrumpió en lastimeros gemidos, ya porque sinceramente lamentaba la muerte de su enemigo, o acaso porque le producía pena la alegría con que Mauro le había dado la noticia; probablemente fue por esto último, porque acto seguido reprendió a Mauro por haberse alegrado de que su enemigo hubiera muerto y le impuso una penitencia.

El santo llevó a delante su propósito de cambiar de residencia, pero no con ello cesaron las insidias que el demonio le tendía. Después de esto que hemos dicho, se trasladó a Montecasino en cuya cima había un antiguo templo dedicado a Apolo, que él convirtió en iglesia y dedicó a san Juan Bautista. Desde que llegó a este lugar empezó a predicar a las gentes que vivían en los alrededores y consiguió sacarlas de la idolatría que practicaban. Irritado el diablo por la labor que el santo estaba realizando, se le aparecía adoptando formas sensibles horrorosas, trataba de atormentarlo incluso físicamente con las llamaradas de fuego que lanzaba por su boca y por sus ojos, y corría tras él gritando: «¡Benito! ¡Benito!», y como el santo no se diera por aludido, Satanás, desesperadamente añadía: «¡Nada de Benito!; sino ¡maldito, maldito! ¿Por qué me persigues de esta manera?»

Un día, cuando estaban construyendo la obra del monasterio, los monjes, por más que lo intentaban, no conseguían levantar del suelo una enorme piedra. Vinieron en su ayuda otros muchos hombres, pero ni aun entre todos consiguieron removerla. En esto se presentó allí san Benito, hizo la señal de la cruz, y en seguida con suma facilidad la alzaron y la colocaron en el muro en que pensaban ponerla, y entendieron que si antes no habían podido manejarla ello se había debido a que el diablo hallábase sentado sobre ella y lo impedía.

Pasado algún tiempo, estando la construcción un tanto avanzada, el demonio se apareció al siervo de Dios y por señas le hizo saber que iba a ver a los monjes que trabajaban en la obra. Entonces el santo con el fin de que estuvieran prevenidos, tratando de adelantarse al enemigo, les envió por medio de un recadero este aviso: «Hermanos, estad alerta, porque el espíritu maligno va hacia vosotros». Apenas el emisario les transmitió este recado, el demonio hizo que se desplomase una de las paredes; a consecuencia de aquel derrumbamiento murió aplastado un niño oblato que trabajaba en la obra como ayudante de los albañiles. El santo, al enterarse de ello, mandó que metieran en un saco el cuerpo destrozado del muchachito y que lo llevaran a su presencia; después oró, lo resucitó y le mandó que volviera junto a los monjes y continuara trabajando con ellos.

4. Una persona seglar de vida muy ordenada solía visitar a san Benito una vez al año. Para mortificarse hacia siempre el recorrido en ayunas. En uno de esos viajes, en cierta ocasión y en determi-

nado lugar del trayecto, se le unió un caminante que llevaba buena merienda en sus alforjas. Llegada y sobrepasada la hora de comer, el advenedizo dijo al peregrino:

—Hermano, mejor será que hagamos un alto en nuestro camino, que comamos y reparemos nuestras fuerzas; luego continuaremos la marcha.

El peregrino le respondió:

—Yo tengo por costumbre hacer este viaje en ayunas.

El compañero calló y siguieron andando; pero al cabo de una hora propúsole de nuevo que deberían comer algo. El peregrino se excusó una vez más. Hacia la mitad de la tarde ambos mostraban señales de fatiga.

Al poco rato llegaron a una pradera en la que había una fuente. El paraje era tan ameno y deleitoso que invitaba por sí mismo al descanso. El advenedizo, mostrando a su compañero el verdor y la fronda de aquel prado, insistió en que deberían detenerse, tomar algún alimento y aliviarse del cansancio que sentían. Esta vez, a fuerza de ruegos, consiguió que el peregrino accediera a deternerse, siquiera un momento. Sentáronse, pues, sobre la fresca hierba, a la vera de la fuente, y, una vez sentados, las palabras del forastero y la amenidad del lugar ablandaron los oídos y la resistencia del penitente peregrino que acabó comiendo de la merienda de su acompañante. Cuando el devoto de san Benito, al fin de su viaje, se acercó al siervo de Dios y trató de saludarle, éste le interrumpió diciéndole:

—Hermano, hoy el demonio te ha tentado tres veces; en las dos primeras ocasiones rechazaste la tentación; pero en la tercera, consentiste.

El peregrino, al oír esto, postróse a los pies del santo, y llorando le confesó, que en efecto, horas antes había quebrantado el ayuno que solía observar siempre que hacía aquel viaje.

5. Para comprobar si san Benito tenía o no el don de profecía, Totila, rey de los godos, disfrazó a uno de sus armeros con atuendos y atributos regios y rodeado de magnífica pompa, propia de reyes, lo envió al monasterio del santo; pero éste, en cuanto lo vio, le dijo:

—¡Hijo mío! Deja todas esas cosas. Todo este aparato no te pertenece.

El armero, al oír esto, se postró en tierra, impresionado y lleno de espanto y de remordimientos por haber pretendido engañar a un hombre tan extraordinario.

6. Un clérigo que vivía atormentado por el diablo, fue a visitar al siervo de Dios y le rogó que lo librara de la situación en que se encontraba. El santo lo liberó del demonio y le dijo:

—Vete tranquilo; pero en adelante no comas carne, y renuncia a recibir las órdenes sagradas que te faltan, porque, si no haces caso de este aviso y las recibieras, desde el mismo día de la ordenación quedarás convertido en esclavo de Satanás.

Durante una temporada el tonsurado tuvo en cuenta esta recomendación; pero al acercarse la fecha en que debería recibir las órdenes menores comenzó a pensar que acaso el consejo que el siervo de Dios le diera en el sentido de que no debería ordenarse hubiera quedado desvirtuado por el paso del tiempo; y así, haciendo caso omiso del mismo, se ordenó. Nada más recibir la primera de aquellas órdenes, el diablo se apoderó de él y no cesó de atormentarle hasta que le arrancó el alma.

7. Por mediación de un muchacho, un hombre envió a san Benito dos botellas de vino; pero el muchacho, antes de llegar al monasterio, escondió una de las botellas y entregó al santo la otra. El siervo de Dios la aceptó y encargó al muchacho que diera de su parte las gracias al hombre que le había enviado aquel regalo, y a continuación, mirando al jovencito, le advirtió:

—¡Hijo!, no se te ocurra beber ni una sola gota del vino de la botella que dejaste escondida en el camino. Cuando la recuperes, inclínala con cuidado y observa atentamente lo que tiene dentro.

El muchacho, lleno de vergüenza tornó a su casa y, al pasar por donde había dejado escondida la botella, quiso comprobar qué era lo que podía contener; así que la sacó del escondrijo en que la había ocultado, la inclinó, como el santo le había aconsejado, y al instante de su interior salió una serpiente.

Una noche estaba el santo cenando algo más tarde de lo acostumbrado. El monje que le servía y alumbraba con un farol, en un arranque interior de soberbia, porque era hijo de un abogado y tenía a menos el oficio que estaba haciendo, comenzó a pensar para sus adentros: «¿Quién es éste, para que tenga que estar yo aquí sirviéndole la cena, acompañándole y alumbrándole con un farol? ¿Soy acaso yo su criado? ¿Por qué, pues, he de hacer lo que estoy haciendo?» De pronto san Benito le dijo:

—Hermano, haz la señal de la cruz sobre tu corazón. ¿Por qué piensas lo que estás pensando?

Entonces mismo el santo llamó a otros religiosos y, en cuanto llegaron, ordenó a uno de ellos:

—Coge el farol que ese tiene y haz tú el oficio que él estaba haciendo.

Luego, dirigiéndose al hijo del abogado, añadió:

—Vete a tu celda, acuéstate y descansa tranquilo.

8. En tiempos del rey Totila había un godo, hereje arriano, que odiaba de tal modo a los religiosos y fieles de la iglesia católica y los perseguía con tanta saña y crueldad, que si alguno de ellos caía en sus manos, sobre todo si se trataba de monjes o clérigos, irremisiblemente podía darse por muerto. Este hombre feroz llamábase Gala. Un día, por orden del rey, que era avaro y codicioso y procuraba apoderarse de los bienes de sus súbditos, el tal Gala estaba atormentando a un campesino con tanta crueldad y tan diversas torturas que el pobre hombre, vencido por el dolor de los suplicios, y pensando que si lograba que creyeran su embuste dejarían de atormentarle y salvaría su vida, declaró que no tenía nada, porque tiempos atrás había hecho donación de su persona y posesiones a un siervo de Dios llamado Benito. Gala entonces interrumpió las torturas que estaba aplicando a su víctima, le ató los brazos con unas correas muy resistentes, y le ordenó que, caminando delante de su caballo, le guiase hasta el lugar en que viviera aquel Benito a quien había hecho entrega de sus bienes. El campesino, caminando delante del caballo de Gala, y maniatado, condujo al godo hasta el monasterio, y al llegar se encontraron a Benito sentado a la puerta de su celda, completamente solo y leyendo.

—Este es el Padre Benito de quien te he hablado, —dijo el campesino a Gala, que iba detrás de él azuzándole con un látigo.

Con ojos de loco y perverso miró Gala al santo y, lleno de rabia y con el mismo destemplamiento que usaba para dirigirse a las víctimas de su odio, díjole a voces:

—¡Levántate! ¡Levántate, te digo, y entrégame ahora mismo las cosas que recibiste de este rústico!

Al oír aquellos gritos, el varón de Dios alzó la vista del libro que tenía en sus manos, interrumpió su lectura, miró al que así vociferaba; luego reparó en el maniatado campesino y, en cuanto fijó sus ojos en los brazos de aquel pobre hombre, las correas que lo sujetaban por sí solas se desataron más rápida y fácilmente que si las hubieran soltado hombres expertos en el oficio de desatar ligaduras por mucha prisa que se hubieran dado. Viendo Gala que el que había llegado hasta allí atado quedaba repentina y milagrosamente suelto por el poder extraordinario de aquel monje, se apeó inmediatamente de su caballo, y aterrorizado y confuso se postró en tierra, y doblegada la cerviz de su rígida crueldad, humillando su cabeza ante los pies de Benito, le rogó que lo tuviera presente en sus oraciones. Benito, sin moverse de su sitio, mostróse dispuesto a continuar su lectura, pero antes de reanudarla llamó a algunos monjes y les encargó que llevaran a aquel hombre al monasterio y que le atendieran conforme a las normas de la hospitalidad. Luego, dirigiéndose a Gala le aconsejó que en adelante debería refrendar los ímpetus de crueldad con que hasta entonces se había conducido. Entró Gala en el monasterio, tomó la refección que le sirvieron y después regresó a su casa sin cuidarse más de reclamar los bienes de aquel campesino a quien el santo había desatado desde lejos con la sola mirada de sus ojos.

9. En cierta ocasión se produjo en la región de Campania tal escasez de alimentos que sus gentes sufrieron mucho a causa del hambre. Los habitantes de aquella comarca vivían angustiados por la penuria que padecían. También en el monasterio de san Benito se terminó el trigo. Un día no había en la casa más que cinco panes para alimentar a toda la comunidad. El venerable Padre, viendo a sus monjes preocupados y entristecidos, trató con suaves y sencillas palabras de sacarlos de aquel estado de pusilanimidad y de levantarles su acobardado espíritu, exhortándoles a que tuvieran confianza. «¿Cómo es posible», les dijo, «que porque os falte el alimento os abatáis de esta manera? Cierto que todo lo que hoy tenemos se reduce a una insignificante ración de pan; pero mañana dispondremos de él en abundancia». En efecto, al día siguiente había a las puertas del monasterio una pila de sacos que contenían doscientos modios de harina. Habíalos enviado Dios todopoderoso, pero nunca se supo por medio de quién. A la vista de semejante milagro de la divina Providencia, los monjes prorrumpieron en alabanzas y acciones de gracias al Señor, y en adelante, cuando se presentaban situaciones de escasez, daban por cierto que tales trances eran meramente transitorios y que tras de ellos volvería la abundancia.

10. En la vida de este santo leemos lo siguiente: un padre tenía un hijo tan atacado de esa enferme-

dad que llaman elefantina, que al pobre muchacho ya se le había caído el pelo; tenía su cuerpo totalmente hinchado y tan lleno de tumores que era imposible disimularlos. El padre llevó a su hijo ante el santo varón de Dios. San Benito curó instantáneamente el enfermo. Padre e hijo dieron gracias al Señor. El hijo, después de curado, vivió muchos años y, tras una larga vida dedicada a hacer buenas obras, murió piadosamente.

11. En una ocasión envió el santo a unos cuantos monjes a cierto lugar para que fuesen preparando lo necesario con vistas a la fundación de un nuevo monasterio, indicándoles que en determinada fecha iría él también y les señalaría el sitio concreto en que deberían construirse los edificios. La noche inmediatamente anterior al día en que debería reunirse con ellos se apareció en sueños a dos de aquellos religiosos: al que tenía designado como superior de la futura comunidad y al encargado de dirigir las obras. En esta aparición indicó detalladamente a uno y a otro el emplazamiento exacto en que tenían que edificar las diferentes dependencias monacales. Ninguno de estos monjes dio importancia a la visión que en sueños habían tenido. Durante todo el día siguiente estuvieron esperando al santo; pero, como éste no se presentó ni en aquella fecha ni en las siguientes, los monjes regresaron al monasterio y dijeron a san Benito:

—Padre, nos dijiste que irías y no fuiste. Te hemos esperado en vano.

El santo les replicó:

—¿Cómo podéis decir eso? ¿Acaso no estuve con vosotros el día que os indiqué? ¿No os visité en la fecha señalada, unas horas antes de amanecer, y os señalé minuciosamente cada uno de los sitios en que deberíais construir las diferentes dependencias? Volved allá y comenzad la edificación ateniéndoos a las instrucciones que entonces os di.

12. Cerca del monasterio en que el santo residía vivían dos monjas tan dadas al parloteo que con sus impertinentes charlas frecuentemente irritaban al religioso que él había puesto al frente de ellas. San Benito, informado por el referido monje de los problemas que aquellas dos mujeres le creaban con sus inmoderadas conversaciones, envió a las dos charlatanas un aviso en el que les decía textualmente: «Si no refrenáis vuestras lenguas os excomulgaré». Amenazólas, pues, con la excomunión, pero no las excomulgó de hecho. Las dos monjas, lejos de enmendarse, continuaron igual. No mucho después ambas murieron y fueron sepultadas en la iglesia. Unos días más tarde, durante una misa solemne que en aquel templo se celebraba, al decir el diácono las palabras de ritual «salgan quienes no pertenecen a la comunión de lo fieles», una anciana que había sido nodriza de las dos susodichas monjas, y que desde que murieron a menudo ofrecía oblaciones por ellas y que estaba presente, vio cómo ambas difuntas salían de sus sepulcros y abandonaban el templo. La nodriza comunicó a san Benito lo que había visto. Oído el relato de la mujer, el santo dióle una ofrenda, diciéndole:

—Ten esto y ofrécelo por ellas en la próxima misa; verás como ya no se sentirán excomulgadas.

Efectivamente, en la próxima misa, cuando el diácono pronunció las palabras de rigor para que los excomulgados abandonaran la iglesia, los cuerpos de ambas difuntas permanecieron quietos en sus sepulcros y ni entonces ni nunca después nadie vio que salieran de ellos ni que abandonaran el templo.

13. Un monje que deseaba visitar a su padres salió del monasterio sin haber recibido previamente la bendición del superior, y el mismo día que llegó a casa de su familia repentinamente falleció. Por dos veces trataron de enterrarlo, pero no pudieron hacerlo, porque la tierra rechazó su cuerpo. En vista de esto, los padres del difunto acudieron al monasterio, refirieron a san Benito lo que había ocurrido y le rogaron que tuviese a bien dar su bendición al difunto para ver si así lograban sepultar su cadáver. El santo les dio una forma consagrada y les dijo:

—Ponedla sobre su pecho y, sin retirarla, proceded a enterrar a vuestro hijo.

Así lo hicieron. Seguidamente enterraron al difunto, cuyo cuerpo no fue rechazado por la tierra ni entonces ni después.

14. Otro monje, que se encontraba a disgusto en el monasterio, pidió reiteradamente a san Benito que le permitiera abandonar la vida religiosa, y tanto le importunó que, al cabo, el santo, aunque contrariado y de mala gana, accedió a dejarle marchar; mas, apenas puso los pies en la calle, vióse atacado por un enorme dragón que con su boca abierta lanzóse sobre él y trató de devorarle. El infeliz religioso comenzó a dar voces diciendo:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Un dragón pretende devorarme!

Al oír estos gritos acudieron en seguida varios monjes, pero por mucho que miraron a su alrede-

dor no descubrieron señales de dragón alguno, aunque sí advirtieron que el que pedía ayuda tenía el rostro desencajado, temblaba aparatosamente y daba muestras visibles de estar aterrorizado, por lo cual, con el fin de atenderle, lo introdujeron en el monasterio, del que el monje no quiso volver a salir, prometiendo que jamás intentaría abandonar la vida que había profesado.

15. En un tiempo en que se había extendido por toda aquella región una espantosa hambre, el santo de Dios fue sucesivamente distribuyendo entre los pobres todo cuanto hallaba a mano, hasta el punto de que no vino a quedar en el monasterio más que un poquito de aceite en un vaso de cristal. Así y todo ordenó al despensero que entregara, al primer pobre que llegara a la portería pidiendo limosna, aquel poquito de aceite. El despensero acató la orden sin protestar, pero en su fuero interno decidió no hacer caso de ella, estimando que debía reservar aquel aceite para remedio de los religiosos. Cuando san Benito descubrió que el despensero había hecho caso omiso de la orden que le diera, lo llamó y le mandó que arrojara inmediatamente vaso y aceite por la ventana, porque no quería que continuara ni un momento más en el monasterio aquel testimonio de desobediencia. Esta vez el despensero obedeció y arrojó por la ventana el vaso con el aceite, yendo a caer sobre un enorme peñasco; mas ni el vaso se quebró ni el aceite se derramó, en vista de lo cual el santo dispuso que recuperara el vaso y diera como limosna el aceite que contenía al primer necesitado que acudiera a la abadía en demanda de socorro. A continuación reprochó al despensero su anterior desobediencia y su falta de fe en Dios. Terminada la reprimenda, san Benito se puso a orar, y nada más teminar su oración se llenó hasta los bordes de aceite una enorme tinaja que había en la despensa; ya llena, el aceite siguió fluyendo en el interior del recipiente, deslizándose el líquido por las paredes exteriores de la inmensa tinaja, y derramándose sobre el pavimento de la despensa.

16. En cierta ocasión salió el santo del monasterio para visitar a su hermana. Cuando estaban sentados a la mesa rogóle ella que se quedara allí aquella noche. Como él no se mostrara dispuesto a acceder a esos ruegos, su hermana, con la cabeza entre las manos, comenzó a orar al Señor. Cuando terminó su oración levantó los ojos para mirar al santo, y coincidiendo con esa mirada se desencadenó una terrible tormenta, con gran aparato de relámpagos y truenos; y tan abundante lluvia, que en pocos minutos los campos quedaron anegados de agua hasta el extremo de resultar imposible poner los pies en el exterior. ¡Sorprendente!, porque hasta entonces el cielo había estado admirablemente sereno. La santa mujer, con sus oraciones y la lluvia de sus lágrimas, transformó la placidez del aire en un aguacero torrencial. San Benito, contrariado, dijo a su hermana:

—¡Hermana! ¿Por qué has hecho esto? Que Dios todopoderoso te perdone.

Ella le respondió:

—¡Ya ves! Te pedí que te quedaras y no quisiste hacerme caso. Se lo pedí a Dios y El sí me atendió. Ahora, si te atreves, sal de esta celda y vete...

Benito tuvo que quedarse y complacer a su hermana. Hablando de Dios y de cosas divinas, y edificándose mutuamente con su conversación, pasaron ambos hermanos la noche entera. Tres días después, estando Benito en su monasterio, al levantar sus ojos hacia el firmamento vio como el alma de su hermana, en forma de paloma, surcaba el espacio y entraba en el cielo. Mandó que trajeran su cuerpo a la iglesia de la abadía y lo enterró en el sepulcro que con antelación había mandado preparar para su propio enterramiento.

17. Una noche, estando el siervo de Dios san Benito orando junto a la ventana de su celda, vio una luz que descendía del cielo y disipaba las tinieblas nocturnas. De pronto se presentó ante sus ojos la esfera del mundo iluminada por un potente rayo de sol, y observó como, por entre la claridad de aquel rayo, ascendía el alma de Germán obispo famoso, y entraba en la bienaventuranza. Después supo que Germán, en efecto, había muerto la misma noche y a la misma hora en que él había tenido aquella visión.

18. San Benito predijo su propia muerte a los religiosos, meses antes de que ocurriera. Seis días antes de su fallecimiento ordenó que dispusieran las cosas para su sepultura, e inmediatamente después cayó enfermo con fiebres que fueron haciéndose más intensas. La mañana del día sexto mandó a los monjes que lo llevaran al oratorio; allí se preparó para el supremo trance recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor. Después de comulgar, apoyándose en sus hermanos que sostenían sus desfallecidos miembros, se puso en pie, extendió sus manos hacia el cielo, se encomendó a Dios, y en esta actitud, orando, le entregó su espíritu. Por

sendas revelaciones divinas dos religiosos conocieron la muerte del santo en la misma fecha en que ocurrió. Uno de ellos estaba recluido en una celda aislada, en terrenos pertenecientes al mismo monasterio; el otro se encontraba a muchas leguas de distancia; pero vieron un camino ricamente alfombrado, resplandeciente, iluminado con innumerables lámparas que partía de la celda de san Benito, y ascendiendo hacia oriente llegaba hasta un punto determinado del firmamento. Suspendido en el aire vieron también a un hombre de aspecto venerable y ricamente ataviado que parecía vigilar aquella luminosa senda; y uno y otro, cada cual desde su sitio, oyeron que el misterioso e ilustre personaje les preguntaba:

—¿Sabéis qué significa todo esto?

Ellos le respondieron que no lo sabían. Entonces el hombre aquel les dijo:

—Esta rampa ha sido preparada para que hoy por ella suba Benito al cielo.

El cuerpo del santo fue sepultado en la iglesia de san Juan Bautista que él había hecho construir en el mismo emplazamiento que antiguamente tuvo un templo dedicado a Apolo.

San Benito vivió hacia el año 518, de modo que fue contemporáneo del emperador Justino el Viejo.

Capítulo L

SAN PATRICIO

Patricio nació hacia el año 280 del Señor.

En cierta ocasión, estando de pie, predicando una plática al rey de los escoceses sobre la Pasión de Cristo, el santo obispo, inadvertidamente, colocó la contera del báculo en que se apoyaba encima de uno de los pies del monarca. Bajo la presión del cuerpo del prelado, la contera del báculo poco a poco fue taladrando la bota y la carne del rey; éste, creyendo que el obispo lo hacía adrede para darle ocasión de que el dolor que sentía le ayudara a adherirse más firmemente a la fe en el Señor, aguantó el suplicio sin rechistar. Mas cuando san Patricio se dio cuenta de lo que había ocurrido, primero quedó estupefacto; luego, con sus oraciones milagrosamente curó la llaga que involuntariamente había producido en el pie del monarca, y alcanzó para todo el reino la gracia divina de que jamás pudiese vivir en él ningún animal venenoso, y, según se dice, también esta otra: que la madera y corteza de todos los árboles de aquella tierra constituyesen remedios eficaces contra cualquier tipo de tósigos y ponzoñas.

Acerca de este santo se cuenta lo siguiente: un hombre robó a un vecino suyo una oveja, y luego se la comió. San Patricio repetidas veces hizo saber que el autor del daño tenía obligación de indemnizar al dueño de la res; pero por más que insistió en esto nadie se declaraba responsable del hecho, ni había pistas suficientes para identificar al ladrón. Un día de fiesta, estando la iglesia llena de público, el venerable obispo dijo:

—En nombre de Jesucristo, ordeno y mando que el que haya comido la oveja robada, ahora mismo, aquí en presencia de todos, dé un balido.

En aquel mismo momento, el hombre que había robado la oveja, sin poder evitarlo, comenzó a balar. Después, arrepentido de su pecado, hizo penitencia. Esto sirvió de escarmiento a los demás, que a partir de entonces procuraron no robar nada a nadie.

Tenía san Patricio la costumbre de venerar por medio de algún signo exterior todas las cruces que veía. Un día, yendo de camino con algunos de sus clérigos, pasaron por un lugar en el que había una cruz muy suntuosa, pero muy mal labrada; el santo no la vio y no hizo ante ella señal alguna de veneración. Sus acompañantes, extrañados, hiciéronle notar la omisión en que había incurrido. Como el obispo, por más que miraba hacia el sitio en que según sus clérigos había una cruz, no la veía, rogó al Señor que le declarara la razón por la cual le impedía que la viera y adorara, y en seguida oyó una

voz que brotaba del interior de la tierra y decía: «No la has visto ni la ves, porque yo, el que estoy sepultado bajo ella, soy pagano e indigno de que hayan colocado sobre mis restos esta señal». San Patricio, entonces mismo, ordenó que quitaran de allí aquella cruz.

Estando predicando en Irlanda con muy escaso fruto pidió al Señor que tuviera a bien realizar algún signo milagroso, para ver si al menos por la vía del temor aquella gente se movía a penitencia. El Señor le mandó que con su báculo trazase sobre el suelo un círculo muy grande. San Patricio hizo lo que se le había ordenado, y, en cuanto la circunferencia estuvo trazada, la tierra que quedaba dentro de ella se abrió, y surgió en aquel lugar un pozo enorme y profundísimo. Seguidamente Dios reveló al santo que en el fondo de aquel pozo había un sitio destinado a purgar los pecados, y que quienes quisiesen descender a él quedarían totalmente purificados y no tendrían necesidad de pasar por ningún otro purgatorio. Díjole también que la mayor parte de quienes descendiesen al referido pozo no regresarían a la superficie, y que los que regresasen lo harían después de haber permanecido allí desde la mañana del día en que hubiesen entrado hasta la mañana del día siguiente.

Así ocurrió, en efecto; muchos de los que penetraron en el mencionado pozo no salieron más de él.

Bastantes años después de esto, muerto ya el santo obispo, un hombre llamado Nicolás quiso expiar los innumerables pecados que había cometido, descendiendo a aquel lugar que ya por entonces era conocido con el nombre de *Purgatorio de San Patricio*. Antes de bajar a él, de acuerdo con la costumbre establecida desde años atrás, ayunó y maceró su cuerpo durante quince días, y luego, provisto de la llave que se guardaba en una abadía cercana, abrió la puerta de entrada a la gruta y descendió al fondo de la sima. Allí encontró, en uno de los laterales, una segunda puerta; la franqueó, y se vio dentro de un oratorio, al que momentos después llegaron varios monjes vestidos de blanco que comenzaron a cantar el oficio divino. Terminadas las divinas alabanzas, los monjes exhortaron a Nicolás a soportar con fortaleza y paciencia las muchas pruebas a que los demonios iban a someterle. Nicolás les preguntó:

—¿Cómo conseguiré librarme de ellos?

Los monjes le respondieron:

—Cuando sientas que comienzan a atormentarte, di rápidamente esta jaculatoria: «¡Jesucristo, Hijo de Dios vivo! ¡Soy pecador! ¡Ten misericordia de mí!».

Dicho esto, los monjes se retiraron: pero al instante comparecieron infinidad de demonios que lo rodearon y con melifluas palabras trataron de hacerle ver que debería renunciar a su propósito de expiar sus pecados, asegurándole que si les hacía caso ellos lo sacarían sano y salvo de aquellas profundidades, y lo conducirían de nuevo a su casa. Negóse Nicolás a seguir semejantes consejos; pero, nada más reafirmarse en su negativa, empezó a oír rugidos de diferentes fieras y bramidos tan impresionantes cual si todos los elementos se hubiesen puesto de acuerdo para aterrorizarle. Temblando de espanto, y víctima de un miedo horrible, acordóse de pronto de lo que los monjes le dijeron, y exclamó: «¡Jesucristo, Hijo de Dios vivo! ¡Soy pecador! ¡Ten misericordia de mí!». En cuanto pronunció esta jaculatoria dejó de oír los rugidos de las fieras, se vio libre de aquel ensordecedor tumulto, y comenzó a caminar a lo largo de una galería a través de la cual llegó a un lugar en el que le salieron al paso nuevamente los demonios y le dijeron:

—¿Crees que vas a escapar de nuestras manos? ¡De ninguna manera! Ahora mismo reanudaremos nuestros tormentos.

Repentinamente surgió ante él una hoguera tan enorme como espantosa, y los diablos exclamaron:

—Si no haces lo que te hemos indicado, te arrojaremos a este fuego y perecerás en él abrasado.

Como Nicolás les manifestara que no estaba dispuesto a obedecerles se lanzaron sobre él y lo echaron a las llamas; pero en cuanto notó sus terribles efectos pronunció la consabida jaculatoria y al instante el fuego desapareció.

Avanzando por aquellas profundidades fue a dar a un sitio en el que los demonios estaban quemando vivos a varios hombres, de los cuales, unos se hallaban acostados sobre láminas de hierro incandescentes que abrasaban sus carnes y sus entrañas; otros, echados boca abajo en el suelo en medio de una hoguera, mordiendo desesperados la tierra gritaban entre espasmos: «¡Perdón!, ¡perdón!»; mas, cada vez que decían ¡perdón!, los diablos los torturaban con mayor saña; otros, cubiertos de serpientes que devoraban sus miembros eran al mismo tiempo lacerados por unos bufones que con garfios al rojo vivo les daban la vuelta y les arrancaban las vísceras. Mientras contemplaba horroriza-

do este espectáculo los demonios se le acercaron e insistieron en sus anteriores demandas, y, como se negara a hacerles caso, se apoderaron de él y lo arrojaron sobre las láminas incandescentes; pero al sentir su abrasador contacto exclamó: «¡Jesucristo, Hijo de Dios!, etc., y de repente se vio libre del tormento, se apartó de allí y llegó a otra estancia en la que fue testigo de estos suplicios: algunas personas se retorcían en una sartén en la que varios diablos estaban friéndolas; otras estaban enganchadas por diferentes miembros a los dientes de hierro incandescentes de una descomunal rueda que giraba a velocidad vertiginosa y despedía infinidad de chispas. Más adelante encontró una casa inmensa que, en lugar de pavimento, estaba cuajada de estanques llenos de metales derretidos y en ebullición en los que los demonios se entretenían en torturar a muchos hombres; de éstos, algunos tenían metido en el líquido un solo pie; otros, los dos; otros, los pies y las piernas hasta las rodillas; otros se hallaban sumergidos hasta el vientre; otros, hasta el cuello; otros, hasta los ojos. Por todos estos sitios fue pasando Nicolás y liberándose de los diversos tormentos, en cuanto empezaban a aplicárselos, mediante la invocación del nombre de Dios.

Continuando su marcha por aquellas profundidades encontróse con un pozo muy grande de cuyo interior salía horrible humareda y emanaba un hedor insoportable, porque estaba lleno de llamas y de fango pestilente. En medio de aquellas hirvientes y putrefactas aguas vio a numerosos individuos cuyos cuerpos semejaban ser trozos de hierro al rojo vivo o brasas de desmesurado tamaño,y observó como aquellos desgraciados trataban en vano de escapar de allí; mas, en cuanto asomaban a la superficie, los demonios los sumergían de nuevo y los empujaban hacia el fondo de aquel abismo de hediondo fuego.

—Este lugar que estás viendo —dijeron a Nicolás— es el infierno. Aquí habita nuestro padre Belzebú. Si no accedes a lo que reiteradamente te hemos propuesto te arrojaremos a este pozo, y en cuanto caigas en él ten la completa seguridad de que no volverás a salir, porque nadie te ayudará a hacerlo.

Negóse una vez más Nicolás a plegarse a la voluntad de los diablos. Entonces éstos le echaron mano y lo arrojaron al pozo. El dolor que sintió en cuanto cayó a él fue tan terrible que perdió el conocimiento; después lo recobró, pero sus sufrimientos eran tan insoportables que no estaba en situación de articular ni una palabra; como no pudiera pronunciar con su boca la jaculatoria que los monjes le enseñaron, pronunciólа con su corazón, y tan pronto como interiormente pensó en Jesucristo, Hijo de Dios vivo, etc., vióse fuera del pozo, libre del horrendo suplicio, y advirtió que los demonios habían desaparecido. Entonces prosiguió caminando y llegó a un sitio en el que había un puente sumamente estrecho, pavimentado con una sustancia que por su brillo y aspecto resbaladizo, parecía hielo. Por debajo del puente discurría un río muy caudaloso cuyas aguas eran algo así como una mezcla de azufre y de fuego. De pronto entendió que tenía que seguir adelante y pasar por aquel puente. Esta idea le aterrorizaba. No veía cómo podría hacerlo, porque suponía que en cuanto lo intentara resbalaría, caería al abismo y la corriente lo engulliría, arrastraría y abrasaría inevitablemente. Cuando estaba en tan angustiosa situación recordó que la jaculatoria que le había sacado de los anteriores apuros le sacaría también de éste; así pues, renacida su confianza, se acercó a la pasarela, puso un pie sobre ella y dijo: «¡Jesucristo, Hijo de Dios vivo! etc.». En esto oyó un grito espantoso y se asustó tanto que se sintió incapaz de mantener el equilibrio; no obstante, repitió la jaculatoria, recobró el aplomo, colocó el otro pie sobre la resbaladiza superficie, repitió la invocación, dio otro paso, tornó a repetirla, y de ese modo, pasito a pasito, acompañado cada uno de ellos por las palabras de la piadosa fórmula, llegó a la otra orilla a través del puente, y quedó impresionado al verse frente a una pradera amenísima cuajada de bellísimas flores y de verdura que exhalaban aromas deliciosos. En cuanto puso sus pies sobre el mullido prado se acercaron a él dos jóvenes hermosísimos y lo condujeron a una ciudad maravillosa, cuyos edificios estaban construidos con materiales de oro y piedras preciosas. Por las puertas de la muralla que circuía la deslumbrante ciudad salían perfumes tan exquisitos y embriagadores que hacían imposible la percepción de cualquier otro olor molesto o menos grato a los sentidos.

Sus acompañantes le dijeron:

—Esa ciudad que ves es el Paraíso.

Nicolás quiso entrar cuanto antes en ella; pero los jóvenes le hicieron saber que primero tenía que regresar a su casa recorriendo los mismos caminos y lugares por donde había pasado desde que bajara a la sima; mas le advirtieron que lo hiciera

sin temor, porque los demonios, no sólo no lo inquietarían, sino que en cuanto lo divisaran desde lejos saldrían huyendo; y le encargaron que una vez que llegara a su casa descansara en ella durante treinta días, y que estuviera tranquilo y tuviera la seguridad de que pasados aquellos treinta días entraría en la ciudad que veía ante él, para no salir más de ella en toda la eternidad.

Cuando Nicolás salió de la sima refirió a la gente cuanto en ella había visto y lo que le había sucedido, y, como los jóvenes aquellos le anunciaron, a los treinta días descansó en el Señor.

Capítulo LI

LA ANUNCIACIÓN DEL SEÑOR

Dase a esta fiesta el nombre de *Anunciación del Señor* porque en ella conmemoramos el anuncio hecho por un ángel de que el Hijo de Dios iba a tomar carne humana.

Por tres razones fue conveniente que la anunciación angélica precediese a la Encarnación:

Primera. Porque procedía conservar cierto paralelismo entre los caminos de la prevaricación y de la reparación: Así como el diablo mediante la tentación suscitó en el ánimo de una mujer la duda y por la duda la llevó al consentimiento y por el consentimiento la condujo a la caída, así también un ángel, mediante la anunciación, suscitaría en el alma de otra mujer la fe, y por la fe la llevaría al acatamiento de la voluntad divina, y por el acatamiento o consentimiento a la concepción en sus entrañas del Hijo de Dios.

Segunda. Porque siendo los ángeles por naturaleza ministros y servidores de Dios, y habiendo el mismo Dios elegido a la Bienaventurada Virgen María para que fuese su Madre, son también ministros y servidores de tan excelsa Señora; convenía, pues, que esta embajada de anunciar a la Virgen su elección para la maternidad divina fuese llevada a cabo por un ángel.

Tercera. Para reparar la caída de los espíritus angélicos: Debe tenerse en cuenta que la encarnación del Verbo se ordenó no sólo a redimir al género humano caído en desgracia, sino también a restaurar la ruina producida por los espíritus que prevaricaron, por tanto, los ángeles deberían tomar parte de alguna manera en esta empresa; de ahí que, así como la mujer no fue excluida del conocimiento del misterio de la Encarnación ni del de la Resurrección del Señor, tampoco lo fueran los ángeles. Por eso Dios expresamente se sirvió de ellos para anunciar uno y otro misterio a la mujer: el de la Encarnación a la Virgen María, y el de la Resurrección a la Magdalena.

Desde los tres años de edad hasta los catorce vivió la Virgen bendita en el templo, en compañía de otras doncellas. Había hecho voto de perpetua castidad condicionalmente, es decir, sometiendo la validez y vigencia del mismo al divino beneplácito. Dios, por medio de una revelación y del florecimiento de su vara, hizo saber a José que debería tomar a María por esposa. Todo esto se halla referido más extensamente en la historia de la Natividad de Nuestra Señora. José, tras de conocer la divina voluntad, marchó a Belén, de donde era oriundo, para disponer lo necesario en orden a las futuras nupcias, y María volvió a Nazareth a casa de sus padres porque, como advierte san Bernardo, el Señor había determinado que *la flor se engendrase de otra flor, en la flor y en tiempo de flores.*

En Nazareth, pues, se apareció el ángel a María y la saludó de esta manera: *«Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita entre todas las mujeres».*

A propósito de esto escribe san Bernardo: «El ejemplo de Gabriel nos invita a saludar a María, y el salto de gozo que dio Juan en el seno de su madre constituye un estímulo para que busquemos la riqueza que produce en el alma la repetición de esas palabras de la salutación angélica».

Antes de seguir adelante podemos preguntarnos: ¿Por qué quiso el Señor que la que iba a ser su Madre estuviera casada? Por tres razones, viene a decir san Bernardo, quien a la anterior pregunta responde del modo siguiente: «Fue muy conveniente que María se casara con José porque de esa

manera, por una parte el hecho de la Encarnación permanecía oculto a los demonios; por otra, porque así el esposo podía dar testimonio de la virginidad de María; y, finalmente, porque mediante el matrimonio se salvaguardaba el decoro y buen nombre de la Virgen». Pero hay una cuarta razón que puede añadirse a las tres anteriores, ésta: para librar a la mujer en cualquiera de sus estados, a saber, de soltera, casada y de viuda, del oprobio que pesaba sobre su sexo; por eso precisamente quiso Dios que María pasase por esos tres estados. Y podemos añadir un quinto motivo: para que contase con la protección de su esposo. Y uno más: para prestigiar la institución matrimonial. Y todavía otro: para establecer a través del marido la genealogía legal y oficial del hijo.

Dijo, pues, el ángel a María: *«Dios te salve, llena de gracia».* Comentario de san Bernardo: «Llena de la gracia de la divinidad en su vientre; de la gracia de la caridad en su corazón; de la gracia de la afabilidad en su boca; de la gracia de la misericordia y de la generosidad en sus manos... Verdaderamente llena; y tan llena, que de su plenitud reciben todos los cautivos redención; los enfermos salud; los tristes consuelo; los pecadores perdón; los justos santidad; los ángeles alegría; la Trinidad gloria, y el Hijo del hombre la naturaleza de su humana condición».

«El Señor es contigo». Contigo el Señor en cuanto Padre, que es quien engendra eternamente al que engendras en tu seno; contigo el Señor en cuanto Espíritu Santo, por cuya virtud concibes; contigo el Señor en cuanto Hijo, al que revistes con tu propia carne.

«Bendita entre todas las mujeres». Según san Bernardo esto quiere decir: «Bendita sobre todas y más que todas las mujeres, puesto que tú eres Virgen, Madre y Madre de Dios».

Las mujeres estaban sometidas a una de estas tres maldiciones: o de oprobio, o de pecado o de suplicio. La de oprobio afectaba a las que no tenían hijos; en ese caso había estado, por ejemplo, Raquel, quien a ella se había referido cuando dijo: *«El Señor me ha librado del oprobio en que me hallaba».* La de pecado alcanzaba a las que concebían: ese es el sentido de estas palabras del salmo 50: *«Mira que en maldad fui formado y en pecado me concibió mi madre».* La de suplicio recaía sobre las parturientas, quienes, como se advierte en el Génesis, *«parirán con dolor».*

Bendita fue y es María entre todas las mujeres y sobre todas las mujeres, porque solamente ella estuvo exenta de esas tres maldiciones: en su virginidad no hubo oprobio, puesto que concibió sin detrimento de su integridad; en su concepción no sólo no hubo pecado, sino que, por el contrario, concibió en santidad; ni hubo suplicio en su parto, puesto que parió, no ya sin dolor, sino con inefables transportes de alegría.

Con razón fue María llamada *llena de gracia,* porque, como observa Bernardo, en su alma se dieron cuatro plenitudes, a saber: plenitud en su humilde devoción, en su santísima pureza, en su fe sin límites y en la inmolación de su corazón.

Con razón también pudo decir el ángel: *«el Señor es contigo»,* porque la presencia del Señor en su alma se acreditó sobradamente, dice el mismo san Bernardo, con los cuatro portentos celestiales de que María fue objeto: la santificación de su ser, el saludo del ángel, la intervención del Espíritu Santo, y la Encarnación del Hijo de Dios.

Con razón, igualmente, fue proclamada *«bendita entre todas las mujeres»,* puesto que, como el citado san Bernardo nota, Dios concedió a su cuerpo estos cuatro privilegios: virginidad absoluta, fecundidad sin corrupción, preñez sin molestias y parto sin dolor.

«Ella se turbó al oír estas palabras y trató interiormente de averiguar el significado que pudiera tener cuanto el ángel le estaba diciendo».

Este texto del Evangelio constituye un elogio del comportamiento de la Virgen, de la atención con que escuchó al ángel, de las disposiciones internas de su ánimo y del discurso de su pensamiento. El evangelista pondera la modestia con que acogió aquel mensaje, oyendo y callando, el pudor de sus sentimientos y la prudencia de su mente, puesto que, razonando, trató de buscar explicación a lo que el ángel le decía.

La turbación de su ánimo procedió, no de ver al angélico mensajero —estas criaturas celestiales éranle ya conocidas, porque con anterioridad habíalas visto muchas veces—; provino de oír lo que estaba oyendo, porque hasta entonces nunca había oído cosas semejantes. Acerca de esta turbación, he aquí lo que escribió Pedro de Ravena: «No se impresionó María por ver al ángel, que se presentó ante ella bajo una apariencia dulce y normal, sino por el extraño contenido de su mensaje. La turbación llegó a su alma, no a través de los ojos del cuerpo, puesto que lo que veía era muy agradable, sino a través de los oídos, en cuanto que lo que es-

taba oyendo resultábale inaudito». Por su parte, san Bernardo comenta: «Turbóse por su pudor virginal, pero no se alarmó, porque era mujer de notable fortaleza, ni se asustó, sino que calló, y en silencio reflexionó, dando pruebas de admirable prudencia y suma discreción».

«El ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor». «Has hallado», dice san Bernardo, «la gracia de Dios, la paz para los hombres, la destrucción de la muerte y la restauración de la vida».

«Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo a quien pondrás el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador, porque El salvará al pueblo de sus pecados; ese hijo será grande y llamado Hijo del Altísimo». «Las anteriores palabras», comenta san Bernardo, «quieren decir: este Hijo, que ya es grande en cuanto Dios, será también grande en cuanto hombre, grande en cuanto doctor, y grande en cuanto profeta».

«Dijo María al ángel: ¿Cómo podrá ser esto si yo no conozco varón?» ¿Cómo podrá ocurrir todo cuanto dices si yo me he comprometido a no tener contacto carnal con hombre alguno? Mediante tales palabras María declara que era Virgen en su alma, en su cuerpo y en sus propósitos con relación al futuro.

Obsérvese que María pregunta. Quien pregunta es que tiene alguna duda; luego dudaba. Y si dudaba, ¿cómo se explica que no incurriera en parecida penalización a la que se impuso a Zacarías, de quien sabemos que por sus dudas fue castigado con la pena de quedarse mudo? Pedro de Ravena responde a esta cuestión de la siguiente manera, y observemos que en sus palabras se contienen, no una sino hasta cuatro respuestas: «Aquel que sabe escrutar el fondo de los hombres, no se guía tanto por el sonido de los vocablos, cuanto por lo que se ve en el fondo de los corazones; del mismo modo juzga a los pecadores no a tenor de lo que digan, sino ateniéndose a lo que sienten. La razón que movió a ambos interrogadores a formular sus preguntas fue diferente en cuanto a su origen y en cuanto a su alcance. María admitió sin vacilación algo que parecía ir contra naturaleza; Zacarías en cambio, no admitió, sino que dudó de algo y fundó su duda precisamente en una circunstancia que no iba realmente contra la naturaleza. María, al preguntar, trató de conocer cómo sucedería lo que se le anunciaba, mientras que Zacarías, sin más, descartó la posibilidad de que se realizara lo que Dios había determinado que sí se realizase. Este hombre, a pesar de que ya con anterioridad habían ocurrido casos semejantes, se obstinó en calificar de imposible lo que sí era posible. María, por el contrario, aun sabiendo que nunca había ocurrido nada parecido a lo que el ángel le comunicaba, tuvo fe en el poder divino. María se limitó a mostrarse admirada ante el anuncio de que una virgen iba a ser madre; cosa muy distinta de la actitud de Zacarías, que puso en tela de juicio la posibilidad de que una relación conyugal de él con su esposa diera resultado positivo. María, pues, no abrigó dudas acerca de la viabilidad del mensaje angélico, sino que trató de conocer el procedimiento mediante el cual ella llegaría a ser madre; su pregunta fue muy razonable, ya que a la maternidad se puede llegar por tres caminos diferentes: el de la concepción natural o normal, el de la concepción espiritual y el de la concepción milagrosa; ella, al preguntar, procuró informarse acerca de cual de ellos iba a seguirse en su caso».

«El ángel le contestó: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti.»* Es decir: El divino Espíritu, en virtud de recursos sobrenaturales hará que concibas un hijo. Por eso se dice que Jesucristo fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; y se dice así y se dice bien, por las siguientes cuatro razones:

Primera. Para manifestar con esta expresión la eximia caridad divina, ya que el Verbo de Dios se hizo hombre impulsado por el inefable amor que tenía al género humano, como se nos declara en el capítulo tercero del evangelio de san Juan: *«Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Unigénito Hijo».* Esta primera razón adúcela el Maestro de las Sentencias.

Segunda. Para poner en claro que la Encarnación fue obra divina totalmente gratuita, es decir, no exigida por méritos precedentes de los hombres. Por eso expresamente se afirma que el Verbo fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Este segundo argumento es de san Agustín.

Tercera. Para subrayar con toda claridad que la concepción de Cristo se efectuó de manera absolutamente sobrenatural, mediante una acción del poder divino y sin intervención de varón. Esta tercera razón está tomada de san Ambrosio.

Cuarta. Para declarar que la concepción de un ser humano debe ser obra del amor. Este cuarto argumento, aducido por Hugo de San Víctor, lo expone este autor mediante las siguientes palabras: «El motivo de la concepción natural es el amor del hombre hacia la mujer y de la mujer hacia el hom-

bre. El corazón de la Virgen ardía de caridad hacia el divino Espíritu, y en correspondencia, el divino Espíritu obró en el cuerpo de ella tan inefable maravilla».

«La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra». La Glosa comenta: «Ordinariamente la sombra procede de un cuerpo que se interpone en el camino de la luz. La Virgen, por ser una criatura de la humana especie, no podía, de suyo, recibir la plenitud de la divinidad. *La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra* quiere decir que la luz incorpórea de la divinidad asumió en María un cuerpo humano, y, como en ese cuerpo humano asumido estaba Dios, a través de ese cuerpo asumido por Dios recibió María la plenitud de la divinidad». Este parece ser el sentido de un texto de san Bernardo en el que este santo doctor dice: «Como Dios es espíritu y nosotros somos algo así como una sombra de su ser, tomó un cuerpo semejante al nuestro para que mediante ese cuerpo asumido por El pudiéramos ver al Verbo en la carne de modo parecido a como vemos el sol en la nube, la luz en la lámpara o la candileja en el farol». El mismo Bernardo, comentando el diálogo de la Virgen con el ángel, escribe: «Jesucristo, virtud de Dios, cubrirá con su sombra, o lo que es igual, ocultará en lo más recóndito de su ser, ese modo según el cual vas a concebir por obra del Espíritu Santo. El procedimiento será tan misterioso que sólo Dios y tú lo conoceréis. Es como si el ángel le hubiera dicho: ¿Por qué me preguntas algo que vas a conocer inmediatamente por experiencia? Lo sabrás; lo sabrás; felizmente lo sabrás, ilustrada por quien es no solamente Maestro, sino autor e inventor del procedimiento. Yo he venido a anunciar tu concepción virginal, no a realizarla. También eso de *«te cubrirá con su sombra»* pudiera tener significado: El evitará que se produzca en ti movimiento alguno de concupiscencia».

«He aquí que Isabel, tu pariente, etc.»... El ángel dice: *«He aquí»,* como si tratara de dar a entender que algo insólito acababa de ocurrir o había ocurrido hacía poco tiempo.

En opinión de san Bernardo hubo cuatro razones para que el ángel anunciara a María que Isabel estaba encinta: Primera, para aumentar su alegría; segunda, para darle conocimiento del hecho; tercera, para convertirla en maestra de doctrina; y cuarta, para que tuviera ocasión de ejercitar su misericordia.

En relación con la noticia dada por el ángel a María escribe Jerónimo: «Se hace saber a María que su pariente, estéril, había concebido, para que milagro sobre milagro produjese alegría sobre alegría; o acaso también por la conveniencia de que, antes de que tal hecho se hiciese público y se divulgase por todas partes y llegase a conocimiento de la Virgen a través de otras personas, se enterase ella directamente por el ángel, a fin de no dar lugar a que la Madre de Dios, cual si fuese ajena a las cosas de su Hijo, permaneciese ignorante de algo que le atañía muy de cerca y que acababa de ocurrir en un lugar no lejano. Puede que también para que, conociendo la concatenación existente entre la concepción del precursor y la del Salvador, andando el tiempo, ella, con garantías de fidelidad, pudiera explicar a escritores y predicadores las relaciones entre ambos hechos y las circunstancias en que uno y otro ocurrieron. O, tal vez, para que al enterarse de que su pariente, de edad avanzada, estuviera encinta y decidirse ella, tan jovencita, a ir a prestarle ayuda, diera ocasión al pequeño profeta, aún no nacido, de rendir homenaje a su Señor y de que a un milagro se siguiera otro todavía más maravilloso».

Tras de hacer suyos estos puntos de vista de Jerónimo, Bernardo añade: «¡Oh Virgen! ¡Da tu respuesta en seguida! ¡Oh Señora! ¡Di presto una palabra y recibe en tu seno al que es la Palabra! ¡Pronuncia la tuya y concibe la divina! ¡Emite la transitoria y admite la eterna! ¡Levántate! ¡Corre! ¡Vuela! ¡Abre la puerta! ¡Levántate con fe, corre con generosidad, abre con tu consentimiento!».

Seguidamente María, extendiendo sus manos y levantando los ojos hacia el cielo repondió al ángel: *«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».* «Suele decirse», describe san Bernardo, «que la palabra de Dios llegó hasta la boca de unos, hasta el oído de otros, e incluso a influir en las obras de algunos; pero en el caso de María llegó esa palabra divina a sus oídos a través de la salutación angélica; a su boca por la confesión; a sus manos por el contacto; a su vientre por la Encarnación; a su seno por la sustentación, y a sus brazos por la oblación».

«Hágase en mí según tu palabra».

«Con esta respuesta», comenta san Bernardo, «María quiso decir: Venga a mí esa palabra de Dios, no como vocablo que se pronuncia y se oye, no en sentido alegórico, no como sueño imaginario, sino como inspiración silenciosa, como encar-

nación personal, como generación realizada en mis entrañas».

Inmediatamente la Virgen concibió en su seno al Hijo de Dios en cuanto Dios verdadero y en cuanto verdadero hombre, y desde aquel preciso momento en el recién engendrado existió la plenitud de sabiduría y de poder que tuvo hasta sus treinta años.

«Seguidamente María marchó a la montaña, a casa de Isabel, y, al saludarla, Juan se estremeció de gozo en el seno de su madre».

La Glosa añade: «Como Juan no podía hablar, manifestó su alegría con señales de regocijo y de esta manera inició su oficio de Precursor».

Tres meses permaneció la Virgen en casa de Isabel, dedicada a su servicio; y, cuando el niño nació, ella fue quien con sus propias manos lo recogió y lo puso en el mundo, como asegura el *Libro de los Justos.*

A través de los siglos, el mismo día en que se celebra esta fiesta, hizo Dios que ocurrieran otras muchas y grandes cosas. Algunas de ellas están recogidas en los excelentes versos que siguen, compuestos por cierto poeta:

«Salve, justa dies, quae vulnera nostra coerces!
Angelus est missus: est passus in Cruce Christus! Est Adam factus et eodem tempore lapsus.
Ob meritum decimae, cadit Abel fratris ab ense.
Offert Melchisedech, Isaac supponitur aris.
Est decollatus Crhisti Baptista beatus,
Et Petrus erectus, Jacobus sub Herode peremptus.
Corpora sanctorum cum Christo multa resurgunt.
Latro dulce tamen pre Christum suscipit Amen!».

«Salve, santo día remedio de nuestros males,
fecha de muchas cosas, ya buenas, o ya fatales.
En tal día como éste el Angel fue enviado,
y Cristo crucificado,
y Adán, creado por la mañana,
cayó por la tarde en pecado al comer de la manzana;
y Abel, en la ofrenda de sus diezmos generoso,
murió a manos de su hermano envidioso.
También en este día Melquisedech su sacrificio ofreció;
e Isaac, para ser inmolado, al monte María subió.
En esta fecha igualmente degollado
el Bautista de Cristo, Juan el bienaventurado;
y Pedro, arrepentido, lloró;
y Santiago, por orden de Herodes, pereció;
y, al morir Cristo en la Cruz,
muchos muertos, dejando sus sepulcros, volvieron a la luz;
y Dimas, el buen ladrón,
recibió de Jesús el dulce perdón».

2. Un soldado de noble y rica familia renunció al mundo y solicitó su ingreso en la Orden del Císter. Como no sabía leer ni escribir, y a los monjes les pareciera improcedente que un hombre tan importante ingresara como hermano lego, pusiéronle un maestro para que le enseñase siquiera lo imprescindible a fin de que pudiera profesar como religioso de coro. Pese al empeño que el preceptor puso en transmitir alguna cultura a su discípulo, lo único que consiguió fue que éste, después de mucho tiempo, aprendiera estas dos palabras: *Ave María;* mas una vez que las aprendió se aficionó a pronunciarlas y a repetirlas de tal modo y con tanta insistencia, que, por donde quiera que iba, constantemente decía: *Ave María.* Al cabo de algunos años murió, y fue sepultado en el cementerio del monasterio. Poco después sobre su sepulcro nació, creció y floreció una hermosa azucena en cuyos pétalos había una inscripción con letras de oro en la que se leían las dos palabras: *Ave María.* Sorprendidos los monjes ante tan extraño acontecimiento, removieron la tierra de la sepultura y descubrieron que la raíz de la planta estaba alojada en el boca del difunto; de donde infirieron que Dios, con tan honroso prodigio, había querido poner de manifiesto la profunda devoción con que aquel hombre piadoso y sencillo había pronunciado tantas veces a lo largo de su vida aquellas dos bellísimas palabras.

3. Otro hombre, también militar de profesión, vivía en una fortaleza situada a la vera de un camino y se dedicaba a asaltar y robar a cuantos transeúntes pasaban por las cercanías. A pesar de su depravado oficio, este capitán de bandoleros saludaba diariamente a la Madre de Dios y ponía sumo cuidado en no omitir bajo ningún pretexto ni un sólo día su acostumbrada salutación. Mas he aquí lo que en cierta ocasión ocurrió: viendo los bandoleros a un santo religioso por las inmediaciones del castillo, por orden de su jefe lo asaltaron; el asaltado rogó a los ladrones que le condujeran a

presencia de su capitán, porque tenía que comunicarle secretamente un mensaje que para él traía. Cuando estuvo ante él le dijo que reuniese en una sala de la fortaleza a todos los miembros de su familia a fin de poder predicarles la palabra de Dios. El capitán accedió. Una vez que los familiares estuvieron reunidos, el religioso comentó:

—Aquí no están todos. Falta alguien.

Como los presentes insistieran en que no faltaba nadie, el predicador replicó:

—Observad atentamente y advertiréis quién es el que falta.

Entonces uno de ellos cayó en la cuenta de que faltaba el mayordomo, y reconoció que el religioso tenía razón.

—Efectivamente —corroboró el predicador—: el mayordomo es el que falta y a él me refería yo. Id a llamarlo.

De seguida fueron a buscarlo y al poco rato lo trajeron, pero, en cuanto el mayordomo entró en la sala y vio al religioso, empezó a mover la cabeza y a revolver los ojos cual si hubiera perdido el juicio, e intentó salir huyendo; pero el santo religioso lo detuvo y delante de los demás le dijo:

—En nombre de Nuestro Señor Jesucristo te conjuro y mando que, ahora mismo, en presencia de toda esta gente, declares quién eres y a que has venido a este castillo y por qué ocultas tu verdadera condición.

—¡Ay! —respondió el mayordomo—; como no puedo resistirme a la fuerza de este conjuro no me queda más remedio que descubrir mi verdadera identidad. Sabedlo, pues, todos; yo no soy persona humana; soy un demonio que llevo ya trece años disfrazado de hombre y viviendo al lado del dueño de esta fortaleza, a la que vine enviado por mi amo, el príncipe Satanás, con el encargo de vigilar constantemente al señor de este castillo, y apoderarme de él y estrangularle el día en que omitiera su salutación a María; y llevarle con nosotros al infierno que es el lugar en que debe estar por las muchas malas obras que ha cometido. Pese al prolongado tiempo que llevo vigilándole todavía no he conseguido dominio suficiente sobre él para matarle, porque hasta ahora, en estos trece años, ni un solo día ha dejado de saludar a la Señora, ni por motivo alguno ha omitido esa atención que diariamente tiene para con ella.

El dueño de la fortaleza, al oír esta declaración, impresionado y aterrorizado, se postró a los pies del religioso, pidió perdón a Dios, y prometió cambiar de vida; y, en efecto, a partir de aquel momento cumplió su promesa.

El santo religioso dijo al demonio:

—En nombre de Nuestro Señor Jesucristo te ordeno que inmediatamente te marches de aquí, que regreses a tu infierno, que es donde te corresponde estar, y que en adelante jamás te atrevas a hacer daño alguno a cualquiera que invoque a la gloriosísima Madre de Dios.

En aquel preciso instante el demonio desapareció, y el dueño del castillo, tras de manifestar su gratitud al virtuoso predicador, le permitió que siguiera su camino y, con grandes muestras de respeto y admiración, se despidió de él.

Capítulo LII

SAN TIMOTEO

San Timoteo, cuya fiesta se celebra en Roma, llegó a esta ciudad desde Antioquía, durante el pontificado de san Melquiades. San Silvestre, que a la sazón era presbítero y poco después había de suceder a san Melquiades en la Silla de la Urbe, alojó en su casa al recién llegado y le encomendó la realización de ciertos ministerios que en aquellas circunstancias ni siquiera los Papas se atrevían a desempeñar. San Silvestre se mostraba, no solamente satisfecho de haber dado hospitalidad al forastero, sino que públicamente elogiaba su doctrina y comportamiento. A lo largo de un año y tres meses Timoteo predicó con mucho fruto la verdad de Cristo y convirtió al cristianismo a multitud de personas; pero al cabo de este tiempo los paganos lo apresaron y lo entregaron a Tarquinio, prefecto de la ciudad, que lo mantuvo encarcelado una larga temporada; después trató de obligarle a que ofreciese sacrificios en honor de los ídolos, pero como Timoteo se negase a ello lo sometió a diferentes torturas durante tres días. El invicto atleta de Dios, tras de soportar valientemente tan crueles tormentos, fue condenado a muerte juntamente con algunos homicidas, y, en efecto, murió degollado. Aprovechando la obscuridad nocturna, san Silvestre recogió el cuerpo del mártir, lo llevó a su casa, y en compañía del papa san Melquiades y de todos los presbíteros y diáconos de Roma permaneció toda la noche velando el cadáver del santo, cantando con los demás acompañantes him-

nos de alabanza en su honor, venerando su martirio, y profiriendo acciones de gracias a Dios. A la mañana siguiente una piadosísima mujer llamada Teonia pidió al papa san Melquiades licencia para enterrar a san Timoteo en un huerto de su propiedad. El pontífice se la concedió, y Teonia sepultó el venerable cuerpo del mártir a la vera de la tumba del apóstol san Pablo, en el referido huerto, y edificó a sus expensas un suntuoso mausoleo en su honor. Los cristianos elogiaron el gesto de esta devota matrona y ponderaron el acierto que había tenido de enterrar junto a san Pablo a este santo mártir, que se llamaba lo mismo que aquel discípulo que tuvo el Apóstol.

Capítulo LIII

LA PASIÓN DEL SEÑOR

Vamos a contemplar la Pasión de Cristo a través de tres retablos muy significativos: el de la amargura de sus dolores, el de la humillación de sus escarnios y el de la utilidad de sus innumerables frutos.

I. Retablo de la amargura de sus dolores.

Los dolores del Señor procedieron de estas cinco causas:

Primera, de la ignominia con que fue tratado

La Pasión del Señor fue ignominiosa por las siguientes razones:

a) Por la ignominia del lugar en que murió: el *calvario* era un sitio en el que expiaban sus delitos los malhechores.

b) Por la ignominia de la muerte a que fue condenado: el suplicio de la crucifixión era el más afrentoso de todos hasta el punto de que estaba reservado para castigar a los bandidos. Después de haberlo padecido Cristo, las cosas cambiaron. La Cruz, que en otros tiempos era signo de infamia, pasó a ser un timbre de gloria. «La Cruz, que en épocas pasadas», observa san Agustín, «constituyó un tormento que se aplicaba exclusivamente a los ladrones, ennoblece actualmente la frente de los emperadores. Si Dios ha honrado de tal modo al instrumento que le proporcionó tan horrendos suplicios, ¡qué honores no reservará a quienes le sirven!».

c) Por la ignominia de la compañía que tuvo a su lado: de criminal calificaron a Cristo, y como a criminal lo colocaron entre dos ladrones que habían sido también criminales. De ellos, uno, el que estaba a su derecha, Dimas, según el evangelio de Nicodemos posteriormente se convirtió; pero el otro, el que estaba a la izquierda, se condenó. Se llamaba Gestas. A Dimas lo admitió en su reino; A Gestas vióle caminar hacia su perdición. «El autor de la piedad», escribe san Ambrosio, «pendiente de la Cruz, asignó a los apóstoles la persecución; a los discípulos, la paz; a los judíos, su propio cuerpo; a quienes le crucificaron, sus vestidos; al Padre, su espíritu; a la Virgen, un protector; a un ladrón, el paraíso; a los pecadores, el infierno, y a los cristianos, como signo de penitencia, la Cruz. Ese fue el testamento que Jesucristo hizo al morir».

Segunda, de la injusticia de que fue objeto

Cristo, ni había cometido pecado alguno, ni jamás nadie halló dolor en sus palabras. Una pena resulta tanto más amarga cuanto más inmerecida. De tres cosas fue principalmente el Señor injustamente acusado: de que prohibía pagar los tributos, de que decía de sí mismo que era rey, y de que pretendía hacerse pasar por Hijo de Dios. En el oficio del Viernes Santo, cuando cantamos el *«Populo meus, quid feci tibi, etc.»*, que significa *¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho yo?* etc., ponemos en boca de Cristo tres excusas o descargos contra tales acusaciones. En esos improperios el Señor recuerda tres grandes servicios obrados por El en favor de los judíos, a saber: su liberación del poder de los egipcios, su conducción a través del desierto, y los beneficios a ellos prodigados; utilizando para expresar esto la alegoría de la plantación de una viña en tierra fértil, cual si Cristo, mediante esos improperios dijera: «Me acusas de algo relacionado con los tributos, cuando en realidad debieras darme gracias porque te libré de servidumbres; me acusas de que pretendo proclamarme rey en vez

de agradecerme que como rey cuidé de ti y te alimenté durante la travesía del desierto; me acusas de que intento hacerme pasar por Hijo de Dios siendo así que debieras mostrarte agradecido porque te traté cual si fueras una viña plantada por mí en sitio óptimo y te rodeé de mimosos cuidados».

Tercera, del hecho de que fuesen precisamente sus amigos quienes le estaban atormentando

Una pena resulta más tolerable para quien la padece si proviene de enemigos, o de gentes ajenas y extrañas, o de quienes pudiesen bajo algún aspecto considerarse ofendidos o perjudicados. Quienes hacían padecer a Cristo no pertenecían a ninguno de estos supuestos, sino que, por el contrario, tenían motivos para considerarse de alguna manera amigos suyos, puesto que todos ellos eran sus paisanos, es decir, gentes de su misma nación y raza, como se declara en el salmo 37, en donde se dice: *«Fueron mis propios prójimos y amigos quienes se alzaron contra mí»;* y en el capítulo 19 del libro de Job, en el que leemos: *«Mis amigos, como si yo fuese un extraño para ellos, me abandonaron»;* y en el capítulo 8 del evangelio de san Juan se reproducen estas palabras del Señor: *«He hecho entre vosotros muchas obras buenas».* Con razón exclama san Bernardo: «¡Oh, buen Jesús! ¡Cuán dulcemente trataste a los hombres! ¡Cuántos beneficios, inmensos e innumerables, les hiciste! Mas ¡cuán dura y ásperamente ellos correspondieron!, ¡porque fueron contigo crueles en palabras, más crueles con sus laceraciones y cruelísimos con los suplicios a que te sometieron!»

Cuarta, de la sensibilidad de su cuerpo

De él dice metafóricamente David, en el penúltimo capítulo del segundo Libro de los Reyes, que era *«tan tierno como un tallo de hierba».* A propósito de esto escribe san Bernardo: «¡Oh judíos! Sois como piedras machacando un mineral blando. De cada uno de los golpes que sobre El descargáis procede un tintineo de piedad y brota un suavísimo óleo de caridad». «Jesús», dice Jerónimo, «fue entregado a los sayones para que lo azotaran, y éstos con sus zurriagos desgarraron su sacratísimo cuerpo y el pecho que contenía a Dios».

Quinta, del hecho de que el dolor alcanzó a todos los miembros y sentidos

En efecto, Cristo fue atormentado en sus ojos, y sus ojos, como vaticinó el *Cantar de los Cantares* en su capítulo quinto, lloraron. «Subió el Señor a lo alto», escribe san Bernardo, «para que desde lejos pudieran oírle; y gritó su dolor con fuerza a fin de que todos conociesen que sufría; y al clamor unió sus lágrimas, hijas del sufrimiento que padecía».

Antes de esto, dos veces había llorado Cristo: una en la resurrección de Lázaro y otra sobre Jerusalén. La primera de estas veces lloró de amor; por eso, quienes lo vieron llorar comentaron: *«¡Ved cuánto le amaba!».* La segunda lloró de compasión. En cambio, las lágrimas que vertió durante su Pasión fueron producidas por el dolor que sentía.

Fue atormentado en sus oídos, al escuchar las palabras de escarnio y las blasfemias de que le hicieron objeto. Cuatro cualidades concurrían en el Señor, y contra las cuatro vióse obligado a oír duras invectivas y oprobiosos insultos: Había en El una excelentísima nobleza, porque en cuanto a su naturaleza divina era Hijo del rey eterno, y en cuanto a la humana descendía de regia estirpe; desde el punto de vista de su condición de hombre era, pues, rey de reyes y señor de los señores. En El residía la verdad inefable. Con razón dijo de sí mismo: *«Soy el camino, la verdad, la vida».* A El también se refería esta expresión de la Escritura: *«Tu palabra es la verdad»;* porque, en cuanto Hijo de Dios, era la voz y la palabra del Padre. Tenía poder omnímodo, puesto que *«todas las cosas fueron hechas por medio de El y sin El nada se hizo».* Era, además, absolutamente bueno, y a El era aplicable este texto: *«Nadie, excepto Dios, es absolutamente bueno».* Pues bien, contra estas cuatro soberanas cualidades tuvo que oír improperios y blasfemias. Veámoslo.

Primero. Contra su nobleza: *«¿No es este el hijo del carpintero? ¿Acaso su madre no es esa mujer que llaman María?»* (Mat. 12).

Segundo. Contra su poder: *«Si tiene postestad para arrojar demonios es porque se la da Belzebú, su jefe y el de los demás diablos»* (Mat. 12). *«Salvó a otros, pero no puede salvarse a sí mismo»* (Mat. 27).

¡Asombroso! Califican de incapaz a quien horas antes habían visto tan poderoso que con sola su presencia y una palabra derribó por el suelo a quienes iban a prenderlo. *«¿A quién buscáis?»,* habíales preguntado El. *«A Jesús Nazareno»,* respondieron ellos. Entonces dijo El: *«Yo soy»;* e inmediatamente sus perseguidores cayeron por tierra. San Agustín, comentando este pasaje, escribe: «Con una sola palabra emanada de su divinidad latente contuvo el ataque de una turba enfurecida por el odio; y, sin arma alguna, paró los golpes de quienes venían fuertemente armados y los derribó por el suelo. Si esto hizo cuando trataban de juzgarle a El, ¿qué no hará cuando sea El quien juzgue?

¿Cuál no será su poder cuando ejerza como rey si fue tan grande el que tuvo en el umbral de su muerte?».

Tercero. Contra su verdad: *«Tú das testimonio de ti mismo, pero tu testimonio no es verdadero»* (Juan, 8).

Esto equivalió a llamar mentiroso al que es el camino, la verdad y la vida. No fue Pilatos sincero ni justo al juzgar a Cristo, y por eso no fue digno de conocer la verdad que Cristo representaba ni que Este diera respuesta a su pregunta; cierto que comenzó su juicio con el deseo de averiguar la verdad, pero luego no perseveró en esa línea, y, por eso, aunque iniciara su interrogatorio animado del deseo de descubrir la verdad de aquel proceso, no mereció llegar al desenlace. Aparte de esto, hubo otro motivo que influyó en que no llegara a conocer la solución de aquel asunto, y fue, según Agustín, que, apenas se había planteado aquella cuestión, vino a su mente el recuerdo de que era costumbre entre los judíos indultar a uno de los procesados con ocasión de la fiesta de Pascua; y en cuanto se acordó de esto interrumpió la vista del juicio y salió de la sala a proponer al pueblo la cuestión del indulto, y a su regreso ya no continuó averiguando por sí mismo lo que anteriormente había tratado de averiguar. San Juan Crisóstomo aporta una tercera razón para explicar que el gobernador romano desistiera de la actitud adoptada al comienzo del interrogatorio. Según este santo doctor, Pilatos se dio cuenta de que aquel proceso incoado contra Jesús entrañaba muchas dificultades, iba a ser largo, ruidoso, lleno de discusiones y forzosamente lento; y como él, en su fuero interno, deseaba absolver a Jesús y ponerlo en libertad cuanto antes, se apresuró a proponer al pueblo lo del indulto.

En el evangelio de Nicodemos se lee este diálogo habido entre Pilatos y Cristo:

Pilatos. —¿Qué es la verdad?

Cristo. —La verdad es algo que procede del cielo.

Pilatos. —¿Quieres decir que en la tierra no se da la verdad?

Cristo. —¿Cómo se va a dar la verdad en la tierra si quienes juzgan acerca de ella son los que mandan?

Cuarto. Contra su bondad: Los judíos afirmaban que Cristo era pecador por naturaleza: *«Sabemos que este hombre es pecador»* (Juan, 9). Lo acusaron de embaucador: *«En Galilea comenzó a soliviantar al pueblo y soliviantándolo ha seguido con sus discursos por toda Judea»* (Luc., 13). Lo calificaron de prevaricador contra la ley: *«¿Cómo va a ser siervo de Dios un individuo que no observa el descanso del sábado?»* (Juan, 9).

Fue atormentado en su olfato: en el calvario tuvo que sentir un hedor insoportable procedente de los cuerpos hediondos de los muertos. En la *Historia Eclesiástica* se dice que el nombre de *calvario* deriva del de calavera, y que aquel lugar se llamaba así porque había en él muchas calaveras de reos que habían sido decapitados allí anteriormente.

Fue atormentado en el gusto: cuando exclamó *«tengo sed»,* sus guardianes, deseosos de acelerar su muerte para quedar cuanto antes libres de su trabajo, diéronle a beber una mixtura hecha con hiel, vinagre y mirra. Dícese que si a los crucificados se les hace beber vinagre, se les anticipa la muerte. En el caso de Jesús, con la mirra mortificaron su olfato y con la hiel el paladar. San Agustín comenta: «La sinceridad fue burlada al propinarle, en vez de vino bueno vinagre; la dulzura escarnecida, suministrándole hiel; la inocencia castigada por los verdaderos reos, y sacrificada la vida en beneficio de quienes estaban muertos por el pecado».

Fue, finalmente, atormentado en el tacto: ¡vaya si lo fue!, y de tal manera que, desde las plantas de sus pies hasta la coronilla de su cabeza, no quedó parte ni miembro de su cuerpo que no padeciera. He aquí lo que en relación con esto escribe san Bernardo: «Aquella cabeza, ante la cual se sobrecogían los espíritus angélicos, fue punzada por gran cantidad de espinas; su rostro, el más hermoso de los humanos, fue profanado con los escupitajos de los judíos; sus ojos, luminosos más que el sol, quedaron obscurecidos por la muerte; sus oídos, acostumbrados a escuchar los cánticos de los ángeles, fueron atormentados por los insultos de los pecadores; su boca, que aleccionaba a las criaturas angélicas, quedó amargada por la hiel y el vinagre; sus pies, que santificaban y convertían en objeto de veneración los escabeles en que se apoyaban, fueron atravesados por los clavos que le sujetaban a la cruz; sus manos, que formaron el cielo, quedaron extendidas sobre el madero y clavadas a El; su cuerpo fue azotado, y su costado atravesado por una lanza. ¿Para qué seguir? No le quedó más miembro utilizable que la lengua para poder orar por los pecadores y recomendar a su discípulo que cuidara de su Madre».

II. Retablo de la humillación de sus escarnios.

Cristo, durante su Pasión, fue escarnecido en estas cuatro ocasiones principalmente:

Primera. En casa de Anás, donde le escupieron a la cara, le abofetearon y le taparon los ojos.

—«¡Oh, buen Jesús! —comenta san Bernardo—; llenaron de salivas ese tu divino rostro en el que los ángeles desean mirarse; y, para burlarse de ti, tras de golpearlo y dejarlo lleno de dolorísimas heridas, lo cubrieron con un paño».

Segunda. En casa de Herodes, en la que éste, tomándolo por loco y fatuo porque no quiso contestar a sus preguntas, para mofarse de El mandó que lo vistieran con una túnica blanca.

San Bernardo pone en boca de Jesús estos apóstrofes dirigidos a nosotros, los pecadores: «¡Tú, que no eres más que un hombre, te coronas de flores mientras yo, que soy Dios, estoy coronado de espinas! ¡Tú llevas tus manos enguantadas; yo, en cambio, tengo las mías atravesadas por gruesos clavos! ¡Tú te engalanas con ricos vestidos blancos para asistir a fiestas; también yo fui cubierto por orden de Herodes con una vestidura blanca, pero en son de burla! ¡Tú empleas tus pies para danzar y divertirte; yo empleé los míos para trabajar! ¡Tú extiendes tus brazos cuando bailas en señal de gozo; en señal de oprobio extendí yo los míos sobre la Cruz! ¡En esa postura, tú gozas; en esa postura yo sufrí! ¡Tú tienes tu pecho y tus costados dilatados y henchidos de vanidad; yo los tuve, en beneficio tuyo, perforados por una lanza! A pesar de tantas diferencias, si tornas a mí, te recibiré».

Tres motivos hubo para que Cristo, durante su Pasión, callara en presencia de Herodes, de Pilatos y de los Judíos: primero, porque no eran dignos de oír sus respuestas; segundo, porque con su taciturnidad quiso satisfacer la deuda del pecado que Eva contrajo con su locuacidad; tercero, porque se dio cuenta de que, contestara lo que contestara, cuanto dijera, había de ser tergiversado y utilizado para calumniarle y comprometerle.

Tercera. En casa de Pilatos, en la que los soldados para reírse de El lo cubrieron con unos andrajos de púrpura, le colocaron una caña en la mano, lo coronaron de espinas y se mofaron de El doblando en son de guasa sus rodillas y diciéndole: *«¡Dios te guarde, rey de los judíos!»*

Dícese que la corona que aquellos malvados colocaron sobre su cabeza estaba tejida de juncos marinos cuyas púas son duras y afiladas como dardos. Cabe por tanto suponer que las espinas penetraron en sus sienes e hicieron brotar de ellas sangre en abundancia. Con respecto a esto, san Bernardo afirma que los aguijones de que estaba cuajada la referida corona perforaron el cráneo del Señor y le punzaron el cerebro.

En relación con este escarnio de la corona de espinas conviene advertir que entre los entendidos en la materia —circulan tres opiniones acerca del lugar del cuerpo en que el alma tiene su asiento: unos, fundándose en el dicho de que del corazón salen los malos pensamientos, suponen que en el corazón está localizada el alma. Otros piensan que reside en la sangre y aducen en favor de esta suposición un texto del Levítico, en el que se dice: *«La sangre es el principio de donde procede la vida de los seres animados».* Otros estiman que el alma está alojada en la cabeza e invocan en favor de esta opinión esta afirmación de la Escritura, que al hablar de la muerte del Señor dice: *«Inclinó la cabeza y entregó su espíritu».* Parece que los judíos conocían estas opiniones, porque, en su afán de arrancar el alma del cuerpo de Jesús, buscáronla en los tres sitios: en el corazón, traspasándoselo con una lanza; en la sangre, abriéndole las venas de las manos y de los pies; en la cabeza, clavando en ella los dardos de las espinas hasta hacerlos penetrar en el cerebro.

Para reparar estas tres clases de escarnios, el Viernes Santo, antes de retirar el velo de la Cruz, hacemos ante ella tres adoraciones diciendo: *Agios...* Con estas tres adoraciones tratamos de honrar tres veces a quien por nosotros tres veces fue vilipendiado.

Cuarta. En la Cruz. Lo dice san Mateo en el capítulo 27 de su evangelio: *«Los príncipes de los sacerdotes con los escribas y ancianos se burlaban y gritaban: Si eres el rey de Israel, desenclávate, baja de ahí y creeremos en ti».* En relación con esto escribe san Bernardo: «Mientras estuvo crucificado dio pruebas de paciencia, nos recomendó la humildad, cumplió con la obediencia y llevó su caridad al más alto grado de perfección. Los cuatro extremos de la Cruz estuvieron adornados con estas cuatro preciosas perlas; el de arriba, con su resplandeciente caridad; el de la derecha, con su obediencia; el de la izquierda, con su paciencia; el de abajo, con su humildad, cual si quisiera darnos a entender que esta virtud es la raíz y fundamento de todas las demás virtudes».

El mismo san Bernardo ha resumido en estas palabras todos los padecimientos de Cristo: «Durante toda mi vida procuraré recordar los trabajos

de su predicación, las fatigas de sus desplazamientos, las vigilias de su oración, las tentaciones de que fue objeto cuando ayunó, las lágrimas de compasión que vertió, las asechanzas que le tendieron cuando hablaba, y, como remate de todo, los ultrajes, salivazos, bofetadas, befas, clavos y sarcasmos».

III. Retablo de la utilidad de sus múltiples frutos

Los frutos principales de la Pasión de Cristo fueron estos tres: la remisión de los pecados, la colación de la gracia y la manifestación de su gloria. Los tres quedaron declarados en el título que colocaron en la cima de la Cruz: *«Jesús Nazareno, rey de los judíos»;* el primero, mediante la palabra *Jesús,* que significa Salvador; el segundo estaba incluido en lo de *Nazareno;* el tercero, en la expresión *rey de los judíos.* En la gloria todos seremos reyes.

Sobre la utilidad de la Pasión escribe Agustín: «Cristo borró la culpa presente, la pretérita y la futura. Canceló los pecados pretéritos, perdonándolos; los presentes, apartando de ellos a los hombres; los futuros, confiriendo la gracia para evitarlos». En otro lugar el mismo santo dice: «Admirémonos, felicitémonos, amemos, alabemos, adoremos, porque por la muerte de nuestro Redentor hemos sido llamados de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la corrupción a la incorrupción; del destierro a la patria y del llanto a la alegría».

La gran utilidad del procedimiento elegido por Dios para obrar nuestra redención se prueba por estas cuatro razones: porque fue el más adecuado para aplacar la indignación divina, el más indicado para curar nuestras enfermedades morales, el más eficaz para conseguir el retorno de los hombres hacia el Señor y el más eficiente para vencer al enemigo del género humano.

Primera. El más adecuado para aplacar la indignación divina y obtener nuestra reconciliación con Dios.

San Anselmo, en su obra titulada *Por qué Dios se hizo hombre,* dice: «Entre todas las cosas que un hombre puede padecer para aplacar a Dios ninguna tan áspera y difícil como la de aceptar voluntaria y espontáneamente la muerte, sobre todo si no está obligado a morir. No hay al alcance de la criatura humana penalidad alguna tan apta para tributar al Señor el homenaje de honor que le es debido como esa de entregarse a la muerte con tal intención».

Lo mismo afirma san Pablo en el capítulo quinto de su carta a los Efesios: *«Cristo se entregó en oblación y sacrificio a Dios, en olor suave».*

San Agustín, en el libro *Sobre la Trinidad,* declara cómo y por qué el sacrificio de Cristo apaciguó a Dios y nos dejó reconciliados con El: «¿Qué otra cosa puede ser más aceptable al Señor que el cuerpo de nuestro Sacerdote convertido en materia de sacrificio por nosotros?».

En todo acto sacrificial deben considerarse estos cuatro aspectos: a quién se ofrece, qué se ofrece, en favor de quién se ofrece y quién lo ofrece. Pues bien, el mediador que mediante este sacrificio de paz nos reconcilió con Dios, fue por su condición divina, simultáneamente, sujeto a quien se ofrecía y objeto de ofrecimiento; y por ser verdaderamente hombre, puesto que había asumido la naturaleza humana, representaba también a aquellos en cuyo favor se ofrecía; de suerte que uno mismo venía a ser quien se ofrecía, lo que se ofrecía, por quienes se ofrecía y quien lo ofrecía.

Acerca de este asunto, es decir, en relación con el modo según el cual fuimos reconciliados por Cristo, el propio san Agustín asegura que Jesucristo es Sacerdote y Víctima, Dios y Templo: Sacerdote agente de nuestra reconciliación; Víctima mediante la cual fuimos reconciliados; Dios con quien la reconciliación se realizó, y Templo en el que el acto conciliativo tuvo lugar.

El mismo san Agustín pone en labios de Cristo estos reproches dirigidos a quienes parecen infravalorar esta reconciliación: «Eras enemigo de mi Padre, y yo, personalmente, te reconcilié con El; estabas alejado y cautivo, y yo te redimí; vagabas extraviado por montes y selvas, y yo te busqué entre rocas y malezas; y te hallé, y, para librarte del inminente peligro que corrías de ser devorado por lobos y fieras, te recogí, te coloqué sobre mis hombros, te llevé a mi Padre y te devolví a El; por salvarte trabajé, sudé, permití que mi cabeza fuese coronada por espinas, que mis manos quedasen clavadas a la Cruz, que una lanza rasgase mi costado, y que, no sólo infinidad de injurias, sino incluso terribles suplicios destrozasen todo mi ser; por ti vertí mi sangre; para unirte a mí entregué mi vida; y, a pesar de todo esto, tú intentas huir de mi lado».

Segunda. El más indicado para curar nuestras lacras, en cuanto al tiempo, en cuanto al lugar y en cuanto al modo de la Pasión.

a) En cuanto al tiempo. Adán fue creado un

viernes del mes de marzo, y aquel mismo día, hacia la hora de sexta, pecó. Pues bien, en un viernes del mes de marzo, y hacia la hora de sexta, en el mismo día en que se cumplía uno de los aniversarios de la Anunciación, Cristo fue clavado en la Cruz. La coincidencia no se debió a casualidad sino a que así lo quiso El.

b) En cuanto al lugar. Esta expresión *lugar de la Pasión de Cristo,* puede tener tres sentidos, según que con ella queramos significar una superficie geográfica, un sitio determinado o una ubicación concreta. Al decir, pues, *lugar de la Pasión de Cristo,* podemos referirnos, bien al *lugar* en sentido geográfico o común, bien al *lugar* en sentido especial, o bien al *lugar* en sentido singular. Por *lugar, en sentido común o geográfico* entendemos la tierra de Promisión; por *lugar, en sentido especial,* el Calvario; y por *lugar, en sentido singular,* la Cruz.

El primer hombre fue creado en un lugar geográfico o común llamado Campo de Damasco, porque estaba próximo al emplazamiento que posteriormente ocupó la ciudad de este nombre y, según algunos, fue sepultado en el mismo *lugar especial* en que siglos después Cristo padeció; sin embargo, esto último probablemente carece de fundamento, ya que, según san Jerónimo, Adán recibió sepultura en el Monte Hebrón, como expresamente se dice en el capítulo 15 del *Libro de Josué.* También se dice comúnmente que Adán fue tentado y pecó en un *lugar singular* que habría sido el mismo en el que el Señor sufrió su Pasión, pues el pecado de Adán se produjo junto a un árbol, y, según una tradición griega, de la madera de aquel árbol fue hecha la Cruz en que Cristo fue enclavado. Pero aunque la Cruz que sirvió de patíbulo a nuestro Redentor hubiese sido construida con madera de un árbol distinto, cabría afirmar que el *lugar singular* en que Cristo padeció fue el mismo en el que se produjo el pecado de Adán, y que un árbol fue la ocasión de que éste pecara, y en un árbol también, el de la Cruz, el Salvador nos redimió.

c) En cuanto al modo de la Pasión. Para curar nuestras heridas, Nuestro Señor recurrió al doble procedimiento de los *semejantes* y de los *contrarios.* Al procedimiento de los semejantes alude san Agustín en su obra *De la Doctrina Cristiana* en el que dice: «Jesucristo, nacido de una mujer, hombre verdadero y por lo tanto mortal, redimió a los descendientes de aquel que fue engañado por otra mujer, descendientes que eran también hombres verdaderos y en consecuencia mortales; y los redimió librando con su muerte de la muerte a los que estaban muertos».

San Ambrosio, por su parte, glosa esas semejanzas de esta manera: «Adán fue formado de la sustancia de una tierra virgen, y Cristo de las entrañas de una mujer también virgen; Adán fue creado a imagen de Dios, e imagen de Dios fue y es Cristo; Adán se convirtió en el prototipo de la necedad, por medio de una mujer, y por medio de otra mujer Cristo constituyó la representación de la sabiduría; desnudo estuvo Adán y desnudo estuvo Cristo; por un árbol Adán nos acarreó la muerte, y por un árbol Cristo nos devolvió la vida; Adán moró en el desierto, y en el desierto moró Cristo también».

El procedimiento de los contrarios lo expone san Gregorio así: «El primer hombre pecó por soberbia, desobediencia, y gula: por soberbia, puesto que intentó asimilarse a Dios en la sublimidad de la ciencia; por desobediencia, puesto que traspasó los límites del precepto divino; y por gula, puesto que quiso conocer por experiencia a qué sabía la manzana. Como para curar un mal es menester aplicar remedios de naturaleza contraria a la de las causas que lo han producido, Cristo, convenientísimamente curó el pecado de soberbia con su humildad; el de desobediencia, con su sumisión a la divina voluntad, y el de gula, con su mortificación. A estos tres remedios utilizados por el Señor se refiere el Apóstol en el capítulo segundo de su carta a los Filipenses: cuando dice que Cristo *«se humilló»,* alude al primero; con la expresión *«fue obediente»,* señala el segundo, y con estas palabras *«hasta la muerte»,* indica el tercero.

Tercera. El más eficaz para conseguir el retorno de los hombres hacia el Señor. De ningún otro modo, sin coaccionar el libre albedrío, se hubiera podido llevar mejor el corazón humano al amor divino y despertar en los pecadores la confianza en Dios. En relación con los efectos efectivos que la Pasión produce en el alma de los hombres, escribe san Bernardo: «Ese cáliz que bebiste para redimirnos es lo que te hace a nuestros ojos, oh buen Jesús, soberanamente amable. Eso te da derecho absoluto a reclamar nuestro afecto; eso es lo que más dulcemente despierta nuestro amor, más imperiosamente lo reclama, más rápidamente lo desarrolla y con mayor vehemencia lo hace tender hacia ti; y con razón, puesto que cuanto más te anonadabas, y más te despojabas del lustre que por

naturaleza te correspondía, más resplandecía tu misericordia, más brillaba tu caridad y más impetuosamente brotaba de ti la gracia».

Que la Pasión de Cristo sea un incentivo para despertar en los pecadores la confianza en Dios, lo declara el Apóstol en el capítulo octavo de su carta a los Romanos de esta manera: *«¿Cómo no va a darnos con Él todas las cosas quien no sólo no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó al sacrificio por nosotros?»*.

A propósito de esto dice san Bernardo: «¿Cómo no va a sentirse lleno de confianza y de esperanza quien contemple la disposición del cuerpo de Cristo en la Cruz y lo vea con su cabeza inclinada como para besarnos, sus brazos abiertos para abrazarnos, sus manos heridas para que de ellas broten sus dones, su costado desgarrado para dar paso al amor, sus pies enclavados para indicarnos que no se ausentará ni apartará de nosotros, y su cuerpo tendido sobre el madero como víctima en actitud de permanente inmolación?».

Cuarta. El más eficiente para vencer al enemigo del género humano. Sobre esto leemos en el libro de Job lo siguiente: *«Con sagacidad se apoderó del monstruo»*. (Job, 26). Y esto otro: *«¿Serás tú capaz de capturar al cocodrilo con un anzuelo?»* (Job, 11).

El anzuelo de su divinidad había ocultado hábilmente Jesucristo, bajo el cebo de su naturaleza humana: el diablo, al pretender engullir el cebo de la humana naturaleza, quedó prendido en el anzuelo de la divinidad. San Agustín comenta esta sagaz captura así: «Vino el Redentor y cazó al depredador. Pero ¿qué hizo el Redentor para cazar al depredador? Colocó una añagaza: su Cruz; en ella puso a modo de cebo su sangre, no la de los deudores, sino la suya propia en representación de la de ellos».

Este es también el significado de las palabras de san Pablo en las que metafóricamente nos habla de un documento que Cristo cogió y clavó en la Cruz, acerca del cual dice san Agustín: «Eva recibió del demonio un préstamo: el pecado; y firmó una cédula, reconociendo la deuda contraída, y dio al prestamista, en garantía, su palabra de que la posteridad respondería a lo largo del tiempo del endeudamiento adquirido. Recibió Eva del demonio en calidad de préstamo el pecado, cuando cedió a la sugestión diabólica y acató su torpe mandato prefiriéndolo a lo que Dios le había ordenado; firmó el documento de deuda, cuando alargó la mano para alcanzar la fruta prohibida; comprometió o convirtió en aval suyo a la posteridad, al hacer consentir a Adán, cabeza de la especie humana que de él había de descender».

San Bernardo pone en boca de Cristo estas reconvenciones dirigidas a quienes no han sabido o no han querido valorar la redención con que nos rescató de la potestad del enemigo: «¡Pueblo mío! ¿qué he podido hacer por ti que no haya hecho? ¿En qué te fundas para seguir sirviendo al diablo y para no servirme a mí? El no te ha creado, ni te ha sustentado. Sepan los ingratos, a quienes acaso les parezca cosa de poca importancia el hecho de que yo los haya creado y alimentado, que también los he redimido. ¡Y a qué precio! Porque no los he redimido con oro ni plata, objetos corruptibles; ni dando a cambio de ellos el sol o la luna; ni mediante los ángeles, sino mediante mi propia sangre. Pero si estimáis que todos estos derechos que he adquirido sobre vosotros no son suficientes para que os sintáis obligados a servirme, vamos a admitir que así sea. Mas, ¿no estaréis de acuerdo conmigo en que al menos debéis trabajar en mi viña puesto que por ello cada día os abono un salario?».

Puesto que Cristo fue entregado a la muerte por la avaricia de Judas, la debilidad de Pilatos, y la envidia de los judíos, parece conveniente que recordemos las penas con que Dios castigó a estos principales protagonistas por los delitos de sus respectivos pecados.

Del origen y tribulaciones de Judas ya hemos hablado en la leyenda de san Matías.

De las penalidades y ruina del pueblo judío hemos hablado también al exponer la vida de Santiago el Menor.

En relación con el origen y castigo de Pilatos, leemos lo que sigue en una historia apócrifa:

Un rey, cuyo nombre era Tiro, mantuvo relaciones carnales con una jovencita, llamada Pila, hija de un tal Atos, molinero de oficio. De estas relaciones nació un niño al que su madre impuso el nombre de Pilatos, compuesto del suyo, que era Pila, y de el del abuelo que era Atos.

Cuando el pequeño cumplió tres años, Pila, su madre, lo envió al rey, que tenía otro hijo de esa misma edad, habido de la reina, su esposa. De mayores, ambos hermanos solían jugar juntos a la guerra, a lanzar piedras con hondas y a luchar entre sí midiendo sus fuerzas. Como el hijo legítimo del rey, de acuerdo con su condición, había sido criado con más esmero, mostrábase más valiente en los juegos y resultaba siempre vencedor. Pila-

tos, movido por la envidia, y estimulado por la rabia y amargura de su condición de bastardo, un día ocultamente mató a su hermanastro. Cuando el rey se enteró de que su hijo había sido asesinado, lleno de dolor, convocó a sus consejeros y requirió su parecer acerca del castigo que debería dar al asesino y criminal muchacho. Los consejeros, por unanimidad, decidieron que Pilatos debería ser condenado a muerte. Pasados los primeros días de desesperación y recobrada un tanto la calma, el rey, para no añadir iniquidad a iniquidad, decidió deshacerse del hijo malvado entregándolo a los Romanos en sustitución del tributo anual que su reino debería pagar al Imperio; de esa manera evitaba los futuros remordimientos de conciencia que sin duda tendría si mandaba matar a su propio hijo, y por otro lado quedaba exento de pagar a Roma la carga tributaria.

Pilatos se encontró en la corte imperial con otro rehén: un hijo del rey de Francia entregado por su padre al emperador para librarse del abono de las contribuciones de su reino. Pronto ambos muchachos se hicieron amigos, pero pronto también, viendo Pilatos que el hijo del rey de Francia le aventajaba en cualidades y en buena conducta, sintió la amargura de la envidia y decidió eliminarle y lo mató. Los Romanos reunidos en consejo se preguntaron: «¿Qué haremos con este joven que primero mató a su hermano y ahora ha asesinado a su amigo, el hijo del rey de Francia? Se ve que es un hombre feroz y sanguinario. Tal vez podamos sacar partido de su ferocidad en favor del Imperio perdonándole la vida y utilizándolo para domar las insurrecciones de nuestros enemigos. Conmutémosle provisionalmente la pena de muerte que merece y enviémosle como juez a la isla de Ponto, cuyos habitantes son indómitos por naturaleza y no soportan sobre sí autoridad alguna; de momento esto constituye ya un buen castigo. Si logra doblegar la fiereza de aquellas gentes hará un buen servicio a la causa del Imperio, y si no consigue imponerse se le aplicará la pena de decapitación merecida por sus anteriores crímenes, que interinamente queda en suspenso.»

Tal como lo pensaron lo hicieron: Pilatos fue enviado como juez a la isla de Ponto, habitada por individuos ferocísimos, perfectamente advertido de que tendría que imponer orden y disciplina en una población sistemáticamente refractaria al principio de autoridad; y como sabía que la pena de muerte seguía pesando sobre su cabeza y que sólo si conseguía imponerse a los insulanos obtendría el indulto y deseaba obtenerlo porque tenía grandes ansias de vivir, se propuso a sí mismo hacer todo lo posible para salir airoso de su cometido; y lo logró, porque a base de amenazas, rigor, habilidad y suplicios domó la bravura de aquellos fieros habitantes. Del nombre de la isla de Ponto derivó el sobrenombre de Poncio con que Pilatos fue conocido a partir de entonces.

Enterado Herodes de la habilidad con que Pilatos había logrado imponer la ley a los ingobernables isleños, admirado de su astucia, procuró arteramente conquistar su simpatía primero mediante regalos y luego enviando hasta él una embajada con el ruego de que aceptase el cargo de lugarteniente suyo en el gobierno de Jerusalén y de Judea. Pilatos aceptó y aprovechó la oportunidad de su nuevo oficio para amasar una cuantiosa fortuna. Posteriormente, a espaldas de Herodes, marchó a Roma a entrevistarse con el emperador Tiberio al que sobornó con una enorme cantidad de dinero, consiguiendo por este procedimiento que le nombrara oficialmente representante suyo en todo el reino de Judea. Así fue como logró el empleo de Gobernador romano y la titularidad efectiva del cargo que hasta entonces había venido desempeñando interinamente por delegación de Herodes y bajo la inmediata dependencia de éste. La maniobra ejecutada por Pilatos sentó muy mal al rey de Judea; ésta era una de las causas de la enemistad que entre ambos existía cuando se inició la Pasión de Cristo, circunstancia que Pilatos aprovechó para reconciliarse con Herodes transfiriendo a éste la vista de la causa instruida contra Jesús. Una de las causas, decimos; porque la *Historia Escolastica* señala, además de la susodicha, esta otra: Hubo por aquellas tierras un hombre que se hacía llamar hijo de Dios y que había seducido a multitud de galileos, a los que un día citó en el monte Garizín para que fuesen testigos de su milagrosa subida al cielo. Pilatos, temeroso de que aquel embaucador engañara también a los habitantes de Judea, cuando estaba ya en lo alto del monte rodeado de sus adeptos hizo que lo mataran, tanto a él como a cuantos se proclamaban sus discípulos. Como Herodes era también rey de Galilea y por tanto señor de los asesinados, encajó muy mal lo que Pilatos había hecho. Cualquiera, pues, de estos dos motivos, o ambos a la vez, pudieron ser la causa de la enemistad que entre ambos jerarcas existía.

Después de que Pilatos entregara a Jesús a los judíos para que lo crucificaran, comenzó a intranquilizarse y a pensar en la posibilidad de que Tiberio se enojara cuando se enterase de que había condenado a muerte a un inocente. Entonces envió a uno de sus familiares a Roma para que informara al César de lo ocurrido y tratara de justificar su actitud ante él. El emperador padecía a la sazón una grave enfermedad. Alguien le había referido que en Jerusalén se hablaba mucho de un médico tan eminente que con sólo su palabra curaba todos los males, fuesen los que fuesen: y como ignoraba que Pilatos y los judíos ya lo habían matado, ordenó a su privado Volusiano que acudiera inmediatamente a ultramar y comunicara al gobernador romano que le enviara sin pérdida de tiempo al famoso médico para ver si lograba curarle a él. Cuando Volusiano llegó a Jerusalén y transmitió a Pilatos las órdenes del césar, el gobernador, lleno de miedo, pidió a Volusiano un plazo de catorce días. Antes de que transcurriera el plazo pedido por Pilatos al delegado, éste, un día, preguntó a una noble señora llamada Verónica, entusiasta de Jesús, dónde podría encontrar al hombre que había venido a buscar. Verónica le respondió:

—Ese por quien preguntas se llamaba Jesucristo y era mi Señor y mi Dios, pero ya no está entre nosotros. Los judíos, por envidia, lo entregaron a Pilatos, Pilatos le condenó a muerte y murió crucificado.

Volusiano, sumamente contrariado, comentó:

—Lo siento muchísimo, tanto más cuanto que no puedo llevar a cabo la misión que me trajo a esta ciudad ni cumplir el encargo que me encomendó el emperador.

Entonces Verónica le dijo:

—Cuando mi Señor recorría estas tierras predicando, como yo muy a pesar mío me veía privada de su presencia, quise remediar esto procurándome un retrato suyo para tenerlo a la vista y consolarme de su ausencia contemplando su imagen. Un día, precisamente yendo yo con la tela preparada a casa del pintor a encargarle que hiciera el retrato de que te hablo, me encontré con Jesús, quien al verme me preguntó que a donde me dirigía con aquel trozo de lienzo. Como yo le expliqué lo que pretendía, El me pidió la tela; se la di, y al poco rato me la devolvió con la imagen de su venerable cara grabada en ella. Si tu señor llegara a mirar devotamente la faz de Jesús que está reproducida en mi lienzo, ten la seguridad de que sanaría inmediatamente.

—¿Podríamos adquirir ese retrato a cambio de plata o de oro?, preguntóle Volusiano.

Verónica respondió:

—No. A cambio de plata o de oro, no; por el precio de una devoción sincera, sí. Si quieres, yo iré contigo a Roma, llevaré la imagen para que el emperador la contemple, y después regresaré a Jerusalén, pero no me separaré de mi lienzo.

Pareció bien la propuesta a Volusiano, quien, acompañado de Verónica, reemprendió su viaje a Roma, compareció ante el emperador y le dijo:

—No he podido traerte a Jesús, el hombre que fui a buscar, porque Pilatos y lo judíos, por envidia, lo mataron, clavándole en una Cruz; pero he traído conmigo a una mujer que conserva un retrato suyo; hemos traído también ese retrato, porque tal mujer asegura que si lo miras con devoción quedarás instantáneamente curado de tu enfermedad.

El césar ordenó que le presentaran a la referida mujer, pero que antes alfombraran con ricos paramentos de seda las galerías y salones del palacio por donde la portadora de la milagrosa imagen tenía que pasar para llegar hasta la cámara imperial. Así se hizo y, en efecto, en cuanto el césar contempló el lienzo que Verónica sostenía en sus manos, repentinamente recobró la salud. Inmediatamente después de esto mandó Tiberio que trajeran a Roma a Poncio Pilatos conducido como preso, y, en cuanto supo que el prisionero había llegado a la ciudad, ordenó que lo llevaran a su presencia. Tiberio, poseído de vivísima indignación, aguardaba impaciente la comparecencia del malvado gobernador, mas cuando éste entró en la estancia, vestido con la túnica inconsútil de Cristo que había reclamado para sí, el césar se sintió repentinamente cambiado, sin ira, sin cólera, con el ánimo dulcificado, tanto que se levantó de su trono y no dirigió al recién llegado ni una sola palabra de reproche; quien hasta entonces habíase mostrado inevitablemente iracundo quedó interiormente sosegado y se condujo con extraordinaria mansedumbre; pero en cuanto Pilatos salió de la estancia, la ira apoderóse nuevamente de él y, despreciándose a sí mismo, empezó a calificarse de miserable por no haber desahogado el furor que invadía su alma contra aquel hombre depravado. Jurando y perjurando que haría saber a su vil subordinado que era indigno de seguir respirando

sobre la tierra y que lo haría matar inmediatamente. Tiberio ordenó que trajeran nuevamente ante él a Pilatos. Por segunda vez compareció éste en la sala, y ocurrió exactamente lo mismo que en la ocasión anterior: el emperador le dirigió amables palabras de saludo, y habló con él sosegadamente, sin asomo alguno de la anterior indignación.

Cuantos presenciaron estos repentinos cambios de actitud mostráronse admirados, pero admiróse más que nadie el propio emperador, quien no hallaba explicación alguna al extraño fenómeno de que cuando Pilatos estaba fuera del alcance de su vista sentíase arrebatado de cólera contra él, pero en cuanto lo tenía delante de sus ojos repentinamente se aquietaba y dulcificaba hasta el extremo de resultarle imposible hacerle el menor reproche ni dirigirle ni una sola palabra áspera.

Fuese por divina inspiración o por sugerencia de algún cristiano, Tiberio, finalmente, mandó que despojaran a Pilatos de aquella túnica que llevaba puesta, y, en cuanto lo vio sin ella, el césar advirtió que la iracundia que sentía cuando no lo veía sentíala ahora también y no desaparecía, como en las ocasiones anteriores, al comparecer el gobernador en su presencia. Esto le produjo nueva admiración; trató de desvelar el misterio de semejante suceso, y al cabo vino a saber que la túnica que protegía a Pilatos había pertenecido a Jesús.

Tiberio mandó encerrar a Pilatos en un calabozo, hasta que los sabios que formaban su consejo deliberaran y le indicaran qué debería hacer con él. Los consejeros decidieron que procedía condenar a Pilatos a pena de muerte afrentosa. La sentencia no pudo ser ejecutada, porque Pilatos, al conocerla, puso fin a su vida suicidándose con un cuchillo. Cuando los carceleros comunicaron al césar que el gobernador se había suicidado, comentó:

—No importa. La sentencia de alguna manera se ha cumplido, puesto que, al quitarse la vida con su propia mano, de muerte afrentosa ha desaparecido este malvado del mundo de los vivos.

El cuerpo sucio y depravado del suicida fue atado a un enorme bloque de piedra y arrojado al Tíber; pero en cuanto cayó al agua, los demonios, sórdidos y depravados también, se apoderaron del cadáver y, como si estuviesen haciendo una gran fiesta, entre manifestaciones orgiásticas, unas veces lo arrastraban sobre la corriente, desbordándola de su cauce y provocando inundaciones, y otras lo levantaban a gran altura, lo volteaban en el aire y daban origen a tormentas, truenos, granizadas y aparatosas tempestades. Las gentes, asustadas, llenas de miedo y espantadas ante tan impresionantes fenómenos, decididas a terminar con aquellas frecuentes situaciones de terror a que se veían sometidas, sacaron el cuerpo de Pilatos del río, y entre bullas y algazaras lo llevaron a una ciudad de Francia y lo arrojaron al Ródano. Hay quien dice que por eso esta ciudad desde entonces se llamó *Vigenna,* es decir, *Via Gehennae,* o sea, camino de la Gehenna o de la maldición o del infierno, y que es la actual *Vienne;* otros, en cambio, opinan que el nombre de Vienne, deriva de *Bienna,* que es lo mismo que *bienio,* y que fue llamada así por haber sido construida en sólo dos años. Pero en Vienne pasó lo mismo que en Roma: los espíritus malignos se apoderaron nuevamente del cuerpo y provocaron en el Ródano y en el ambiente fenómenos terroríficos semejantes a los del Tíber y a los que se dieron en la capital de Imperio; por lo cual, los habitantes, no pudiendo soportar por más tiempo la infestación de demonios y los sucesos espantosos de que eran testigos y víctimas, sacaron del río el nefasto cadáver, vasija de maldición, lo llevaron a un lugar de la región de Lausana y allí lo enterraron. Finalmente, los residentes en este territorio, tras de aguantar durante algún tiempo las molestias y durísimas incomodidades que la vecindad de aquel cuerpo y el cortejo de diablos que se entretenían jugando con él les producían, lo desenterraron y lo llevaron lejos de allí, arrojándolo al fondo de un pozo que había en la cima de una alta montaña. Dicen algunos que desde entonces en dicho lugar vienen produciéndose de vez en cuando fenómenos diabólicos muy extraños.

Todo esto lo hemos copiado de la historia apócrifa aludida. El lector juzgará por sí mismo si debe creer o no lo que se dice en el anterior relato.

Nótese, sin embargo, que en la *Historia Escolástica* se cuenta que Pilatos fue acusado por los judíos ante Tiberio de haber dado muerte a los inocentes, de haber colocado, despreciando las propuestas del pueblo, imágenes de dioses paganos en el Templo, de emplear en provecho propio el dinero que los hebreos depositaban en el cepillo de las ofrendas piadosas, y de haber construido con esos fondos un acueducto para llevar agua hasta su propia casa; y que por todas estas cosas Tiberio lo privó del cargo de gobernador y lo deportó a Lyon, de donde era oriundo, para que allí en presencia de sus paisanos expiara sus delitos y esperara la hora de la muerte. Suponiendo que fuese verdad

lo que refiere la historia apócrifa, cabe decir que no hay incompatibilidad entre lo que en ella se cuenta y lo que narra la *Historia Escolástica,* porque los hechos pudieron ocurrir de esta manera: que el emperador hubiese decretado el destierro de Pilatos a Lyon, que éste se hubiese llevado a cabo antes del viaje de Volusiano a Jerusalén; y que, posteriormente, al regresar Volusiano de Jerusalén a Roma, y referir a Tiberio que Pilatos había mandado crucificar a Jesús, el emperador mandara que Pilatos fuese conducido desde Lyon a Roma y que sucediera lo que la historia apócrifa narra.

Eusebio y Beda en sus Crónicas no mencionan la circunstancia del destierro de Pilatos, y al hablar de su muerte se limitan a decir que, después de haber pasado por muchas calamidades, puso fin a su vida suicidándose.

DE LAS FIESTAS QUE CAEN DENTRO DEL TIEMPO DE RECONCILIACIÓN

Referido lo concerniente a las festividades que se celebran a lo largo del tiempo llamado de *Desviación,* que comienza en Adán y se prolonga hasta Moisés, y que en la liturgia de la Iglesia abarca el espacio comprendido entre Septuagésima y Pascua, vamos a exponer seguidamente lo relativo a las que ocurren durante el tiempo de *Reconciliación,* litúrgicamente representado por el ciclo que empieza en Pascua y concluye en la octava de Pentecostés.

Capítulo LIV

LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Cristo resucitó al tercer día de su Pasión. En relación con esta Resurrección podemos plantearnos siete cuestiones, a saber:

Primera. Cómo ha de entenderse eso de que el Señor permaneció tras días y tres noches en el sepulcro y de que al tercer día resucitó.

Segunda. Por qué no resucitó nada más morir y por qué esperó al día tercero para resucitar.

Tercera. Cómo fue su resurrección.

Cuarta. Por qué anticipó su resurrección y no esperó a efectuarla con los demás mortales el día de la resurrección general.

Quinta. Por qué resucitó.

Sexta. Cuántas veces se apareció después de resucitar.

Séptima. Qué hizo mientras estuvo en el limbo y por qué sacó de él a los santos padres.

Cuestión primera. Cómo ha de entenderse eso de que el Señor permaneció en el sepulcro tres días y tres noches y de que al tercer día resucitó:

Notemos de entrada que, cuando decimos que Cristo permaneció sepultado tres días y tres noches, empleamos, como advierte Agustín, una figura literaria que se llama sinécdoque, que en este caso consiste en contar como *uno* al primero de esos días, que no fue completo, sino incompleto, puesto que comprendió solamente la parte final del mismo; y como *dos* al segundo, que ese sí fue completo; y como *tres* al tercero, a pesar de que sólo afectó a su comienzo. Así es como hay que entender eso de los tres días, cada uno de los cuales es considerado como un todo con su respectiva noche anterior, porque, como dice Beda, en aquella ocasión y a partir de la misma se modificó la interdependencia o relación entre los días y las noches; hasta entonces se hacían los cómputos del tiempo comenzando por el día y considerando la noche subsiguiente como prolongación de él; pero a raíz de la Pasión del Señor se invirtió el orden y empezóse a considerar como punto de partida la noche, y a tomar el día inmediatamente posterior como algo cronológicamente unido a ella; modificación perfectamente consonante con el significado del misterio de la Redención, porque el hombre, creado de día y en estado de gracia, al caer en las tinieblas de la culpa perdió su condición luminosa, y al desposeerse de la gracia desposeyóse

también de su similitud con el día; en cambio, merced a la Pasión y Resurrección de Cristo, ocurrió lo contrario: del estado de obscuridad en que se encontraba pasó al de luz, y de la noche de la culpa al día de la gracia.

Cuestión segunda. Por qué no resucitó nada más morir y por qué esperó al día tercero para resucitar:

A esto tenemos que decir que por cinco razones fue muy conveniente que Cristo no resucitara inmediatamente después de morir y que lo hiciera al tercer día:

Primera. Cristo permaneció en el sepulcro un día entero y dos noches completas. El día entero equivalió, simbólicamente, a la claridad de su muerte; las dos noches completas representaron las consecuencias de nuestras dos muertes: la moral y la física. Permaneciendo, pues, en la sepultura un día entero y dos noches completas nos dio a entender que con la luminosidad de su muerte nos libró de las consecuencias de las dos nuestras. Esta razón se halla consignada en la Glosa a las palabras del capítulo 24 de san Lucas que dicen: *«Convino que Cristo padeciera, etc.».*

Segunda. Para demostar que su muerte había sido verdadera. Comunmente se admite que debe tenerse por verdadero un hecho cuando dos o tres testigos dan testimonio de él. Pues bien, del hecho real de su muerte dieron testimonio los tres días que permaneció sepultado. Para que no quedara, pues, la menor duda de que su muerte había sido auténtica, aportó el testimonio del tiempo que estuvo sepultado; por eso no resucitó inmediatamente después de morir, sino que lo hizo a los tres días de haber muerto.

Tercera. Para mostrar su poder sobre la muerte y sobre la vida: Si hubiese resucitado nada más morir, ese poder no habría quedado tan demostrado como quedó al resucitar tres días después. A esto parece aludir el texto del capítulo 15 de la primera carta a los Corintios en el que leemos: *«Porque Cristo murió, etc.».* En ese texto el Apóstol insiste en la muerte voluntaria del Señor y más adelante en la autenticidad de su resurrección.

Cuarta. Para prefigurar todo lo que Cristo trataba de restaurar: Esta razón se halla implícita en las siguientes palabras de Pedro de Ravena: «Jesucristo quiso estar tres días en el sepulcro, para significar a través de ellos que El era el restaurador de las cosas del cielo, el reparador de las de la tierra y el libertador de las almas detenidas en el limbo.

Quinta. Para simbolizar los tres estados de los justos: Invoca esta razón Gregorio en su comentario a Ezequías. He aquí las palabras de este santo doctor: «Cristo murió un viernes, permaneció sepultado el sábado y resucitó el domingo. Nuestra vida presente es como un viernes, porque durante ella padecemos tribulaciones y trabajos. Al morir entramos en una situación semejante a la de Cristo en el sepulcro el sábado que en él permanecio, porque tras de la muerte el alma encuentra el descanso; pero cuando resucitemos y nos desliguemos definitivamente de los lazos de la muerte y nuestra alma y nuestro cuerpo comiencen a gozar las delicias de la gloria, entonces cambiará nuestra condición y viviremos en un perpetuo domingo. El viernes, pues, nos recuerda el dolor; el sábado, el descanso que sigue a la muerte, y el domingo, la futura bienaventuranza». Hasta aquí, Gregorio.

Cuestión tercera. Cómo fue su resurrección.

Acerca de esto debemos decir lo siguiente:

Primero. Resucitó en virtud de su propio poder. El mismo se refirió a esta potestad cuando dijo estas palabras: *«Tengo facultades para entregar mi alma y para recuperarla nuevamente»* (Juan, 10); y cuando dijo estas otras: *«Destruid este templo; tres días después lo reconstruiré yo».* (Juan, 2).

Segundo. Resucitó en estado de bienaventuranza, dejada ya a un lado la debilidad anterior de su condición humana, como previamente había anunciado: *«Cuando resucite, llegaré antes que vosotros a Galilea»* (Mat. 26). La palabra *Galilea,* quiere decir paso, transmutación. Cuando Cristo resucitó se trasladó a Galilea, no sólo yendo realmente a aquella región, sino pasando del estado anterior de trabajos al estado glorioso; y del de corruptibilidad al de incorruptibilidad. A este propósito escribe el papa León: «Cristo, después de su Pasión, desatados ya los lazos que le unían a la muerte, vio convertida su debilidad en fortaleza, su mortalidad en eternidad y sus anteriores oprobios en gloria».

Tercero. Resucitó airosamente, con éxito, provecho y utilidad, con todos sus objetivos cumplidos, como el cazador cuando cobra una pieza. Este es el sentido profético de estas palabras de la Escritura: *«El león ha salido de su cueva y se ha puesto en marcha como vencedor de las naciones».* (Jeremías, 4); y el de estas otras: *«Cuando me levante sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí».* (Juan, 12); con las cuales Cristo quiso decir: cuando mi alma salga del limbo y recupere nuevamente mi cuerpo, todo cuanto existe vendrá a mí.

Cuarto. Resucitó milagrosamente, saliendo del sepulcro pese a que éste se hallaba cerrado, como milagrosamente había salido del útero virginalmente cerrado de su madre; como milagrosamente había de entrar a través de las puertas cerradas en la sala en que se encontraban reunidos los apóstoles. A propósito de su milagrosa salida del cerrado sepulcro, recordemos este caso ocurrido el año 1111 de nuestra era y referido en la *Historia Escolástica:* Cierto día un monje del monasterio de san Lorenzo extramuros quedó sorprendido al ver como el cíngulo con que ceñía su túnica, sin que él ni nadie lo desataran, repentinamente se le desprendió de la cintura, salió lanzado por el aire y fue a caer a bastante distancia de su cuerpo. Cuando el religioso, intrigado, buscando alguna explicación a tan extraño fenómeno, oyó una voz venida de lo alto que decía: «Lo mismo que eso ha sido posible, así también lo fue que Cristo saliera del sepulcro estando éste cerrado».

Quinto. Resucitó realmente, o sea, volviendo a la vida con su verdadero cuerpo. Cristo, para demostrar que su resurrección había sido auténtica, aportó las seis pruebas que siguen:

a) El testimonio de un ángel, incapaz de mentir.

b) Frecuentes apariciones personales suyas.

Con estos dos tipos de argumentos puso de manifiesto que había resucitado verdaderamente.

c) Comiendo, y probando de ese modo a sus discípulos que no estaban viendo un cuerpo ficticio.

d) Invitándoles a que lo tocaran, para que se convencieran de que no era un fantasma.

e) Enseñándoles las cicatrices de sus anteriores heridas, y probando así que su cuerpo actual era el mismo que tenía cuando lo crucificaron y cuando murió.

f) Entrando en el cenáculo a través de las puertas cerradas, a fin de probarles que su persona estaba ya en estado de gloria.

Con esas seis pruebas trató de desvanecer seis géneros de dudas que El había advertido en el ánimo de sus discípulos.

Sexto. Resucitó revestido de inmortalidad; es decir, en tales condiciones que en adelante no volvería a morir, como asegura el Apóstol en el capítulo sexto de la carta a los Romanos: *«Cristo, resucitado de entre los muertos, nunca más morirá».*

En efecto, Cristo nunca más morirá. Sin embargo, quiero dar cuenta aquí de que Dionisio en una carta que escribió a Demófilo, le dijo que el Señor después de su Ascensión se apareció a un santo varón llamado Carpo y le manifestó que, si fuese preciso para salvar a los pecadores, estaría dispuesto a morir de nuevo por ellos. He aquí la historia de este episodio: era el tal Carpo persona de tan extraordinaria santidad que siempre que celebraba misa tenía visiones celestiales. Un día, este virtuosísimo sacerdote refirió directamente a Dionisio lo que luego Dionisio en la carta a que hemos aludido comunicó a Demófilo, y fue lo siguiente: enterado Carpo de que un infiel había corrompido y apartado de la fe cristiana a un creyente, fue tan enorme el disgusto que tuvo al conocer la noticia, que cayó enfermo de pena y de indignación, y, en lugar de rogar a Dios que convirtiera al corruptor y al corrompido, pedíale constantemente que no usara de misericordia con ellos, sino que arrojara simultáneamente sobre ambos un fuego que los abrasara y consumiera. Una noche, hacia la mitad de la misma, estando en vigilia y haciendo este tipo de oración, vio que la casa en que vivía de repente se partía por la mitad y quedaba dividida en dos sectores y que, en el espacio que ambas mitades del edificio dejaron libre al separarse, surgía una hoguera inmensa. Miró entonces Carpo hacia lo alto y vio el cielo abierto y a Jesucristo en medio de él, rodeado de multitudes de ángeles. Acto seguido, al bajar sus ojos hacia la tierra, advirtió que el corruptor y el corrompido, temblando de miedo, se acercaban a la hoguera de la que salían infinidad de serpientes que se enroscaban a sus cuerpos, los acribillaban a mordiscos y tiraban de ellos y los arrastraban hacia el interior del fuego, ayudados en su empeño por muchos hombres que empujaban a los dos desgraciados para que cuanto antes cayeran en las llamas. Carpo, al ver que por fin iba a cumplirse lo que tanto había deseado y pedido, inundado de alegría se deleitaba contemplando aquel horroroso espectáculo del que no quería perderse detalle. Su ansiedad por seguir el desarrollo y desenlace del mismo era tan grande, que se olvidó hasta de mirar nuevamente al cielo, en el que Cristo seguía mostrándosele. Sólo una cosa atenuaba un tanto su enorme regocijo: que a su parecer aquellos dos pecadores tardaran demasiado en caer en la hoguera. Como la escena se demoraba, levantó un instante su vista en dirección al firmamento, con gran pena, pues le dolía no seguir puntualmente paso a paso lo que junto a la hoguera estaba ocurriendo, y al mirar rapidísimamente al cielo observó que el Señor se levanta-

ba de su trono celestial y, rodeado del cortejo de sus ángeles, descendía hasta la tierra y venía a situarse allí, precisamente a la vera de los dos pecadores. Cristo, con semblante misericordioso, miró a los dos hombres, extendió su brazo hacia ellos y con su propia mano los libró de las serpientes y de los hombres que intentaban empujarlos hacia las llamas; y luego, dirigiéndose a Carpo y a los que pretendían arrojar al fuego a los dos infelices pecadores, les dijo: «Aquí me tenéis; alzaos otra vez contra mí; atormentadme de nuevo; dispuesto estoy a volver a padecer para salvar a los hombres; prefiero sufrir otra Pasión a consentir que hagáis lo que con estos dos estáis haciendo».

He creído conveniente referir este episodio tal como Dionisio lo refirió, por el respeto que me merece el testimonio de este santo.

Cuestión cuarta. Por qué Cristo anticipó su resurrección y no esperó a efectuarla con los demás mortales el día de la resurrección general.

Pues por tres razones:

Primera. Porque así convenía a la dignidad de su cuerpo, que en efecto era dignísimo, puesto que por su unión a la divinidad estaba deificado. No procedía por tanto que un cuerpo de semejante categoría permaneciese entre el polvo de la tierra durante tanto tiempo. Ya el salmista había profetizado: *«No permitirás que tu santo cuerpo conozca la descomposición»;* es decir, no tolerarás que tu cuerpo santificado, deificado, se corrompa en el sepulcro. En otro lugar el mismo salmista dice: *«Levántate, Señor; entra en tu gloria y lleva contigo el arca en que fuiste santificado».* Esto del arca en que fuiste santificado significa el cuerpo de Cristo, unido a la divinidad.

Segunda. Para robustecer la fe de los discípulos en la condición divina del Señor. Si no hubiese resucitado en seguida, esa fe se hubiera debilitado y alguno habría llegado a dudar seriamente de que Cristo fuese Dios. No olvidemos que, ya durante la Pasión, a excepción de la Bienaventurada Virgen María, todos los demás vacilaron, e incluso se condujeron cual si no creyesen en su divinidad, y hasta que no supieron que había resucitado no renació su confianza en El. *«Nuestra fe sería vana si no estuviese avalada por la resurrección de Cristo»,* se dice en el capítulo 15 de la primera carta a los Corintios.

Tercera. Para que su resurrección sirviese de apoyo a la esperanza en la nuestra.

Sin el precedente de la resurrección del Señor, pocos tendrían esperanza en su propia resurrección futura. Por eso dice acertadamente el Apóstol: *«Si Cristo resucitó, no dudemos de que también nosotros resucitaremos»,* puesto que su resurrección es causa de la nuestra. «El Señor», escribe Gregorio, «nos ha mostrado con su ejemplo que la recompensa prometida llegará, porque al conocer lo fieles todos que El resucitó, podrán esperar confiadamente que también ellos, al fin del mundo, alcanzarán el premio de la resurrección». Más adelante añade este santo doctor: «No quiso permanecer muerto sino tres días, para no dar lugar, si demoraba su resurrección, a que nosotros desconfiáramos de la nuestra».

Cuestión quinta. Por qué resucitó.

Para procurarnos a nosotros cuatro grandes ventajas, porque, en efecto, mediante su resurrección nos libra de pecados, nos estimula a adoptar una vida nueva, despierta nuestra esperanza en la gloria futura, y nos reafirma en la convicción de que también nosotros algún día resucitaremos.

En relación con esas cuatro ventajas leemos en la Escritura:

Sobre la primera: *«Padeció por nuestros pecados y resucitó para alcanzarnos el perdón de ellos»* (Rom., 4).

Sobre la segunda: *«Puesto que Cristo después de resucitar se incorporó a la gloria del Padre, nosotros, imitándole, debemos emprender una vida nueva»* (Rom., 6).

Sobre la tercera: *«Con la resurrección de Cristo de entre los muertos, el Padre, obrando con gran misericordia, hizo nacer en nosotros la esperanza de conseguir una vida mejor al final de nuestra existencia»* (I Pedr., 2).

Sobre la cuarta: *«Cristo, al resucitar de entre los muertos, inició la serie de resurrecciones de los fallecidos, porque, así como por un hombre vino la muerte, así también por otro vino la resurrección».* (I Cor., 15).

Si nos fijamos antentamente en cuanto acabamos de decir, advertiremos que la resurrección de Cristo y la nuestra difieren en cuatro cosas. Primera: En que la suya ocurrió al tercer día de su muerte, mientras que la nuestra no sucederá hasta el final de los tiempos. Segunda: En que El resucitó por su propia virtud; nosotros, en cambio, resucitaremos, no por nuestros méritos, sino por los de Él.«¿Cómo iba a necesitar ayuda de nadie para resucitar», se pregunta san Ambrosio, «quien resucita a todos los demás?». Tercera: En que nuestro cuerpo tras la muerte se convierte en cenizas y el suyo no experimentó tal descomposición. Cuarta:

En que su resurrección es causa eficiente, ejemplar y sacramental de la nuestra. Respecto de este primer tipo de causalidad, dice la Glosa en su comentario a estas palabras del salmo 29 *«el llanto se retrasará hasta la tarde mientras que la alegría comienza ya por la mañana»*: «La resurrección de Jesucristo es causa eficiente de la resurrección del alma en todo momento, y de la del cuerpo al final del mundo». De la segunda de estas causalidades afirma san Pablo: *«Si Jesucristo ha resucitado ¿cómo entre vosotros hay quienes dicen que los muertos no resucitarán?»* (I Cor., 15). De la tercera, el mismo apóstol dice: *«Con él hemos sido sepultados por el bautismo para participar en su muerte, para que como El resucitó de entre los muertos, por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva»* (Rom., 6).

Cuestión sexta. Cuántas veces se apareció después de resucitar.

Acerca de esto tenemos que decir que el mismo día en que resucitó se apareció cinco veces, y otras tantas en el tiempo transcurrido hasta su ascensión al cielo.

Primeramente se apareció a María Magdalena. Esta primera aparición se halla referida en el capítulo 20 del evangelio de san Juan y en el 26 de san Marcos. Este evangelista dice: *«Resucitado Jesús, se apareció a María Magdalena en la madrugada del primer día de la semana,* etc.».

Por cinco razones quiso el Señor mostrarse en primer lugar a María Magdalena, prototipo de penitentes. Primera: Para corresponder al ardiente amor que ella le profesaba desde que le perdonó los muchos pecados que había cometido, como leemos en el capítulo séptimo de san Lucas. Segunda: Para demostrar que El había muerto por los pecadores. *«No vine en busca de los justos, sino de los pecadores» (Mat., 21).* Tercera: Para ratificar esto que en alguna ocasión había dicho: *«En verdad os digo que las meretrices os precederán en el reino de los cielos»* (Mat., 21); o lo que es lo mismo: algunas mujeres de mal vivir ocuparán en la bienaventuranza asientos más destacados que muchos sabios. Cuarta: Porque, así como según la Glosa una mujer fue mensajera de la noticia de su muerte, una mujer fuese también quien extendiese la voz de que había resucitado. Quinta: Para darnos a entender que, como asegura san Pablo, *«donde haya abundado el pecado, puede después sobreabundar la gracia»* (Rom., 5).

La segunda vez se apareció a un grupo de mujeres que regresaban de visitar su sepulcro. Refiere san Mateo que se presentó ante ellas diciéndoles: *«Dios os guarde»,* y que entonces dichas mujeres se postraron en tierra y reverenciaron sus pies. Quiso el Señor aparecerse a este grupo de mujeres para premiar la humildad de su sexo, para corresponder a la devoción que le profesaban, como lo demostraron al prosternarse ante Él y reverenciar sus pies, y para manifestar a través de ellas, prototipos de las almas sencillas, el agrado que le producen las personas de corazón manso y humilde, y la complacencia que siente al tratar con gentes de esta condición.

La tercera vez se apareció a Simón. No sabemos con certeza ni cuándo ni dónde, pero bien pudo ser cuando iba con san Juan a visitar el sepulcro, en un momento en que ambos discípulos estuvieron a cierta distancia uno del otro, o cuando, como dice san Lucas, Pedro, al enterarse por ciertos rumores de que Cristo había resucitado, corrió al monumento y entró en él; la *Historia Escolástica* refiere que entró solo, sin compañía de nadie. También pudo tener lugar esta aparición cuando el apóstol estuviera a solas recogido en alguna cueva, porque, según ciertas historias, Pedro, después de negar a Cristo, se refugió en una gruta y en ella permaneció durante tres días llorando amargamente. Desde entonces, y todavía hoy, la cueva en la que dicen que se refugió se llamó y se llama Gruta de Gallicanto, o gruta del *canto del gallo.* Bien pudo suceder que, precisamente, en aquella cueva la la que se retiró para llorar su pecado se le apareciera Jesús resucitado para darle noticia de su resurrección y consolarle. La palabra *Pedro* significa obediente, y obediente y modelo de obediencia fue este apóstol, y prototipo de las almas dóciles. El Señor suele mantener con esta clase de personas un trato muy familiar.

La cuarta vez se apareció a los discípulos de Emaús. Emaús significa *deseo de consejo.* Aquellos dos discípulos representan a cuantos abrazados a la pobreza han deseado y desean seguir la consigna de Cristo: *«Ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y sígueme».*

La quinta vez se apareció a los discípulos congregados y reunidos en un lugar cerrado. Así deben vivir los religiosos: con las puertas de sus cinco sentidos bien cerradas.

Según el capítulo 20 de san Juan, estas cinco apariciones ocurrieron el mismo día en que Cristo resucitó. En memoria de ellas el sacerdote, a lo largo de la celebración de la misa, se vuelve de cara al

pueblo cinco veces; de ellas, la tercera, lo hace en silencio, sin pronunciar palabra alguna, porque esta tercera vuelta de cara a los fieles simboliza la aparición del Señor a Pedro, de la que sólo sabemos que se efectuó, pero no cómo, ni cuándo ni dónde.

La sexta vez Cristo se dejó ver nuevamente de los discípulos también reunidos y encerrados, pero en esta ocasión, a diferencia de la otra, hallábase presente Tomás, prototipo de los que tienen problemas de fe; porque consta por el capítulo 20 de san Juan que Tomás había asegurado que no creería en la resurrección de su Maestro mientras no viera con su propios ojos lo que los otros afirmaban que habían visto con los suyos.

La séptima vez se apareció, también a los discípulos, cuando estaban pescando. Esta aparición simboliza las manifestaciones internas del Señor a los predicadores, pescadores de hombres.

La octava, según el último capítulo del evangelio de san Mateo, tuvo por destinatarios a los discípulos, congregados en el Monte Tabor. Como también en el Tabor había tenido lugar anteriormente el hecho milagroso de la Transfiguración, cabe suponer que esa aparición constituyó un símbolo del trato íntimo que el Señor mantiene con las almas contemplativas.

La novena, consta por san Mateo que se realizó en el Cenáculo, ante los once apóstoles, a quienes Cristo reprendió porque se mostraban desconfiados y duros de corazón. En la actitud de ellos debemos entrever la de los pecadores que se obstinan en perseverar en sus pecados, y a quienes por eso a veces el Señor les hace conocer el rigor de su justicia.

Finalmente, la décima aparición tuvo lugar ante los discípulos reunidos en el Monte Olivete. De ella habla san Lucas al final de su evangelio. Esta aparición representa la comunicación interior que Cristo mantiene con la almas bondadosas y con quienes practican piadosamente la misericordia.

Desde el Monte Olivete ascendió Cristo al cielo. Quiso hacerlo precisamente desde allí para darnos a entender que la piedad, como enseña san Pablo, *«es útil para todo y tiene promesas para la vida presente y para la futura».* (I a Timt., 4).

Aseguran algunos relatos que el mismo día de la resurrección Cristo se apareció también separadamente a Santiago Alfeo, a José de Arimatea y a la Virgen María. De ninguna de estas tres apariciones hablan los textos sagrados, pero sí vamos a hablar nosotros.

De la hecha a Santiago el Justo, o lo que es lo mismo a Santiago hijo de Alfeo, trataremos en su lugar, cuando transcribamos la leyenda de este santo.

De la hecha a José de Arimatea el mismo día de la Resurrección, tenemos el siguiente relato en el llamado *Evangelio de Nicodemo:* «Habiendo oído decir los judíos que José había pedido autorización a Pilatos para hacerse cargo del cuerpo de Jesús, y que lo había sepultado en un monumento de su propiedad, se apoderaron, indignados, de este santo varón, lo recluyeron en una estancia y en ella lo dejaron encerrado, asegurando exteriormente la puerta de la misma con precintos, con idea de sacarlo de allí para darle muerte en cuanto terminara la celebración del día del sábado. No pudieron consumar su proyecto porque, en la misma madrugada del domingo de su resurrección, Jesús, por medio de cuatro ángeles, levantó del suelo la casa donde estaba el prisionero, la mantuvo sostenida en el aire, entró en ella, se acercó a José, le limpió el rostro, besó su frente y, sin abrir las puertas ni romper los precintos de la cerradura, lo sacó de allí y lo condujo a su casa de Arimatea.

En cuanto a la tercera de estas apariciones, aunque los evangelistas nada digan de ella, se cree comunmente que el Señor, antes que a nadie, se apareció a la Virgen María. Que la Iglesia aprueba esta creencia parece inferirse del hecho de que la estación litúrgica del día de Pascua se celebre en la basílica de Santa María la Mayor. Si alguien dijere que esta aparición no debe tenerse por verdadera, puesto que los evangelistas no la mencionan, deberían decir también que Cristo resucitado no volvió a ver más en la tierra a su Madre, porque tampoco los evangelistas hablan para nada de que Cristo viera a su Madre desde que expiró en el Calvario hasta su ascensión a los cielos. Ahora bien, la sola idea de que semejante Hijo se hubiera conducido tan desatentamente y con tanto despego con semejante Madre repugna a cualquier conciencia. El silencio de los evangelistas acerca de esto se explica y comprende perfectamente: ellos consignaron meramente las apariciones hechas a personas que pudieran ser aducidas como testigos de la Resurrección. No procedía incluir entre estas personas a la Madre de Jesús, porque si las manifestaciones de las mujeres que aseguraron haber visto vivo a Cristo, pese a que carecían de paren-

tesco inmediato con El, fueron acogidas con cierta rechifla y atribuidas a sus fantasías femeninas, con mayor motivo hubiéranse tomado por delirios calenturientos de una madre las declaraciones de la Virgen María, y se hubiera dicho que era víctima de alucinaciones procedentes del intenso amor que tenía a su Hijo. Por eso los evangelistas no se detuvieron en mencionar la aparición o apariciones del Hijo a su Madre, aparición o apariciones que, naturalmente, se daban por supuestas. Quien se apresuró a consolar con su presencia a otros no iba a dejar a su propia Madre sin ese consuelo. ¡Precisamente a su Madre, la persona que más que ninguna otra había sufrido con la muerte de Jesús, y la que más y antes que ninguna merecía recibir la visita del resucitado! Así opina san Ambrosio, que en el libro tercero *Sobre las Vírgenes* se expresa de esta manera: «Vio la Madre al Señor resucitado. Ella fue quien primero lo vio y creyó en la realización del portento. Luego lo vio María Magdalena, si bien ésta, de momento, no lo reconoció».

El poeta cristiano Sedulio escribió los siguientes versos acerca de las apariciones de Cristo:

> «Semper virgo manet, hujus se visibus astans,
> Luce palam Dominus prius obtulit, ut bona mater,
> Grandia divulgans miracula, quae fuit olim
> Advenientis iter, haec sit redeuntis index».

«La siempre Virgen espera; y antes que a nadie, al amanecer el día,
El Señor se aparece ante sus ojos, para que la buena Madre,
Testigo de inmensos misterios y canal por el que vino al mundo,
Fuese la primera en saber que había regresado a la vida».

Cuestión séptima. Qué hizo mientras estuvo en el limbo y por qué sacó de él a los santos padres.

Acerca de esta séptima y última cuestión el Evangelio no detalla nada, pero san Agustín en uno de sus sermones, y el *Evangelio de Nicodemo,* nos proporcionan algunos datos sobre esto.

He aquí lo que dice Agustín: «En cuanto Cristo entregó su espíritu, su alma, unida a la divinidad, descendió a lo más hondo de los infiernos y al llegar a los últimos confines de las tinieblas como espléndido y terrible conquistador, las impías e infernales legiones, poseídas de espanto comenzaron a cavilar preguntándose: ¿De dónde procede este visitante tan poderoso, tan resplandeciente, tan noble y tan temible? Jamás el mundo que tenemos sojuzgado nos ha enviado un muerto de tal categoría ni ha hecho a este lugar regalo tan considerable. ¿Quién, pues, es éste que con tanta arrogancia ha entrado en nuestros dominios y se mueve por ellos, no ya sin mostrar miedo a nuestros suplicios, sino atreviéndose incluso a soltar las ligaduras de los que aquí tenemos cautivos? ¿Qué es lo que está pasando? ¿Cómo los que solían suspirar bajo los tormentos que les aplicábamos, ahora se encaran ufanos con nosotros diciendo que han recuperado su libertad y no sólo no nos temen sino que nos amenazan? ¿Cuándo nuestros muertos se han mostrado tan llenos de suficiencia? ¿Cuándo nuestros cautivos han hecho semejantes manifestaciones de alegría? ¿Quiénes han traído aquí a este huésped y para qué pueden haberlo traído? ¡Oh jefe y capitán nuestro! ¡Se acabó tu regocijo! ¡Tus gozos tornáranse en llantos! ¿No te diste cuenta del daño que causabas a nuestro infierno al clavar a Cristo en la Cruz? Apenas habían terminado estos clamores de los crueles carceleros infernales, los cerrojos y pasadores de hierro que aseguraban las puertas de aquella prisión, obedientes a la voluntad del Señor, se quebraron, y acto seguido innumerables santos se hincaron de hinojos ante Cristo y en tono emocionado dijeron: ¡Al fin viniste, Redentor del mundo! Ansiosamente, desde hace tiempo, día tras día te hemos estado esperando. Has llegado hasta aquí para consolarnos. Cuando te marches ¡llévanos contigo! ¡Oh Señor, Jesús! ¡Regresa ya y deja este lugar vacío! ¡Amarra al autor de la muerte con sus propias cadenas! ¡Devuelve la alegría al mundo! ¡Socórrenos cuanto antes! ¡Pon fin a nuestros terribles tormentos! ¡Ten piedad de nosotros! ¡Líbranos de esta cautividad! ¡Perdónanos mientras estás aquí todas las culpas de que seamos reos, y al salir llévanos contigo, pues te pertenecemos!». Esto escribió san Agustín.

En el *Evangelio de Nicodemo* leemos lo siguiente: Cuando Cristo resucitó resucitaron también Carino y Lencio, hijos del anciano Simeón. Estos dos hermanos se aparecieron a Anás, a Caifás, a Nicodemo, a José y a Gamaliel, y a las preguntas que les hicieron acerca de la estancia de Cristo en los infiernos respondieron de esta manera: Estábamos nosotros sumidos en aquellas profundas tinieblas, con nuestros padres y patriarcas, cuando de pronto nos vimos envueltos por una luz dorada como la del sol y purpúrea como el color de los mantos de

los reyes. Entonces Adán, raíz del género humano, inundado de gozo exclamó: «¡Esta claridad procede del autor de la luz sempiterna y responde a la promesa que nos hizo de enviarnos otra luz consubstancial a El!». Seguidamente habló Isaías y dijo: «Esta es la luz del Padre; esta luz es el Hijo de Dios, a la que yo me refería cuando estaba vivo en la tierra y vaticiné que el pueblo que andaba en tinieblas vería una gran claridad». Luego nuestro padre Simeón, con transportes de gozo, exclamó: «¡Glorificad al Señor! ¡Yo tuve en mis manos a Cristo cuando siendo niño recién nacido lo llevaron al templo! En aquella ocasión movido por el Espíritu Santo dije: «*Por fin mis ojos vieron ya al Salvador que nos tenías reservado,* etc.». A continuación pidió la palabra un anacoreta; antes de que empezara a hablar le rogamos que nos dijera quién era y no dijo: «Yo soy Juan; yo bauticé a Cristo; yo fui delante de El preparando sus caminos y señalándolo con mi dedo lo presenté a las gentes haciéndoles saber que era el Cordero de Dios; y cuando descendí aquí comuniqué a todos que no tardaríamos en recibir su visita». Después intervino Seth y manifestó: «Cuando mi padre Adán estaba enfermo me acerqué a las puertas del Paraíso, y rogué al Señor que me enviase un ángel suyo con el óleo de la misericordia para ungir su cuerpo; entonces se me presentó el Arcángel Miguel y me dijo: No te canses en llorar y en pedir el óleo del árbol de la misericordia, porque no lo obtendrás hasta dentro de cinco mil quinientos años».

Al oír todas estas cosas, los patriarcas y los profetas se llenaron de gozo. En cambio Satanás, jefe y príncipe de la muerte, dirigiéndose al ámbito general del infierno, le dijo: «Disponte para recibir a Jesús, que aunque se ha proclamado Hijo de Dios, es un hombre como otro cualquiera; él mismo lo reconoció cuando dijo: mi alma está triste y sufre angustias de muerte. Cierto es que hizo algunas cosas sorprendentes; por ejemplo, devolvió el oído a determinadas personas a las que yo había dejado sordas; a otras las sanó, y a otras a las que yo había convertido en paralíticas les devolvió el movimiento; pero todo esto no significa nada». Entonces el infierno le respondió: «Si tú eres poderoso, ¿no lo será más aún ese Jesús, que aunque tuviese miedo a morir, sin embargo contrarrestó tu poder? Acaso ese temor que según dices manifestó ante la proximidad de la muerte fuese un recurso para engañarte; seguramente durante toda la eternidad tendrás que soportar las exclamaciones que El te dirigirá diciéndote incesantemente: ¡Ay de ti! ¡Ay de ti!». Pero Satanás replicó: «Yo le tenté y levanté al pueblo contra él y a punto estoy de vencerle: ya tengo preparada una mixtura de hiel y vinagre, y afilada una lanza, y dispuesta la cruz en que va a ser clavado. Su muerte está muy próxima; pronto lo tendremos aquí». El infierno le contestó: «¿No es quien resucitó a Lázaro, a quien ya tenía yo aquí alojado?» «El es», respondió Satanás. «Entonces», replicó el infierno, «por tu poder y el mío te exijo que no lo traigas aquí, porque todavía recuerdo cómo en cuanto oí el imperio de su voz me eché a temblar y no fui capaz de retener a Lázaro, que, como un águila cuando sacude sus alas, se remontó agilísimamente y me abandonó sin que yo pudiera evitarlo».

Apenas el infierno había terminado de decir la última de las anteriores palabras, oyóse una voz retumbante como un trueno que imperiosamente ordenaba: «*¡Príncipes eternales: abrid vuestras puertas de par en par, que va a entrar el Rey de la Gloria!*». Al oír este mandato, los demonios salieron corriendo hacia las pesadas puertas de bronce, pero no para abrirlas, sino para asegurarlas; y, en efecto, a toda prisa echaron los cerrojos y pasadores y colocaron tras de ellas pesadas barras de hierro. Entonces David exclamó: «¿No recordáis que yo cuando vivía anuncié proféticamente: *¡Señor!, que todos confiesen tu nombre, porque has quebrado con tu poder los recios portones de bronce?*». Seguidamente resonó de nuevo la misma voz de antes diciendo otra vez: «*¡Abrid vuestras puertas de par en par, príncipes eternales, que va a entrar el Rey de la Gloria!*». El infierno, afectando ignorancia, preguntó: «*¿Quién es ese Rey de la Gloria?*». Daniel respondió: «*El Rey de la Gloria es el Señor fuerte y poderoso, el vencedor de todas las batallas*». En aquel mismo momento hizo su entrada en el infierno el que es verdaderamente el Rey de la Gloria. Con la luz que de El emanaba disipáronse las tinieblas que en aquel lugar reinaban. El recién llegado dirigióse a Adán, estrechóle su mano derecha con la suya y le dijo: «La paz sea contigo y con todos aquellos de tus hijos que fueron fieles conmigo». A continuación el Señor, tomando consigo a todos los aludidos en su anterior saludo, ascendió desde el fondo del infierno hasta el Paraíso, y al llegar a él hizo entrega de Adán, a quien llevaba todavía asido por la mano, al arcángel san Miguel. Abrió éste la puerta del cielo, franqueó la entrada a Adán y tras Adán entraron también todos los santos padres que formaban el

espléndido cortejo. Cuando avanzaban por las galerías de la gloriosa mansión saliéronles al encuentro dos ancianos a quienes los recién llegados preguntaron: «¿Quienes sois?». Uno de los ancianos respondió: «Yo soy Enoch, aquel profeta que desde la tierra fue trasladado hasta aquí; este otro es Elías que también desde la tierra fue traído en un carro de fuego. Aún seguimos vivos. Hemos sido preservados de la muerte porque, cuando aparezca en el mundo el Anticristo, volveremos allá para luchar contra él, combatiremos sus errores durante tres días y medio, al cabo de los cuales nos matará y regresaremos de nuevo aquí». Más adelante se encontraron con otro que llevaba sus hombros marcados con la señal de la cruz. «¿Quién eres?», le preguntaron. El respondió: «Soy aquel ladrón que fue crucificado con Cristo. Antes de morir reconocí que era el Creador, creí en él, lo adoré y le dije: *«¡Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino!»*, y El me contestó: *«Te aseguro que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso»*. Luego me marcó con esta señal de la Cruz, y me dijo: Vete al cielo; si el ángel que guarda la puerta de la gloria no te dejase pasar, muéstrale esta contraseña y dile que vienes aquí de parte de Cristo, que está también crucificado en la tierra. En cuanto llegué y mostré al ángel la marca de la Cruz y le dije lo que Cristo me dijo que le dijera, me franqueó la entrada y me colocó en esta parte derecha del Paraíso».

Después de referir todo lo anterior, Carino y Lencio repentinamente se transfiguraron y desaparecieron.

En cierto libro que unos atribuyen a Gregorio Niseno y otros a Agustín, se dice en relación con este tema lo siguiente: «La noche eterna de los infiernos, en cuanto Cristo descendió a ellos, instantáneamente se trocó en claridad; entonces, los porteros, aterrorizados bajo sus corazas de hierro, comenzaron a cuchichear entre sí y a preguntarse unos a otros: ¿Quién puede ser éste que acaba de llegar aquí resplandeciente y terrible al mismo tiempo? Nunca ha venido a nuestro abismo un ser tan extraño. Nunca el mundo envió a nuestra caverna un sujeto parecido. Sin duda se trata de algún invasor, no de un deudor; seguro que viene a quebrantar y destruir nuestros dominios; con toda certeza este visitante no es un pecador sino un conquistador; éste no viene como reo sino como juez; éste no viene a quedarse ni a entregarse, sino a pelear y a llevarse consigo a los rehenes que tenemos cautivos».

Capítulo LV

SAN SEGUNDO

Secundus, forma latina del nombre *Segundo,* puede provenir, etimológicamente, o de *se condens,* que significa *conducirse honorablemente,* o de *secundans,* que equivale a *obedecer,* o de *secum dux,* que quiere decir *dueño de sí mismo.* Dueño de sí mismo fue este santo mártir, puesto que con su propia razón y con su obediencia a los mandamientos del Señor, guió todos sus actos y ordenó el funcionamiento de sus sentidos hacia el bien.

La palabra *Segundo* tiene además otra acepción, puesto que la empleamos para designar algo que sigue inmediatamente a lo que en su género ocupa el primer puesto. Dos caminos hay que llevan a la verdadera vida: el primero de ellos es el de la aflicción por la penitencia, y el segundo el del martirio. Este glorioso santo llegó a la vida verdadera a través de una y otra senda, puesto que recorrió no sólo el primero de esos caminos, sino también el segundo.

San Segundo fue primeramente un soldado muy valiente; después un atleta del Señor, más valiente todavía, y, finalmente, un mártir glorioso de Cristo. Su martirio tuvo lugar en la ciudad de Asti, que se vio ennoblecida por su presencia y se ufana de tenerlo por patrono. Fue adoctrinado en la fe por san Calocero, cuando éste se hallaba preso en la cárcel de la referida ciudad de Asti por orden del prefecto Sapricio.

He aquí como ocurrieron las cosas:

Sapricio, prefecto de Asti, decidió ir a ver a san Marciano, que estaba encarcelado en la población de Terdón. Esta visita tenía por objeto obligar a san Marciano a que ofreciese sacrificios en honor de los ídolos. Segundo, tanto por distraerse cuanto porque deseaba conocer a san Marciano, acompa-

ñó al prefecto. Poco después de iniciar su viaje, en seguida de salir de Asti, una paloma se posó sobre la cabeza de Segundo. El prefecto, al ver aquello, entre sorprendido e irónico dijo a su acompañante:

—Segundo, nuestros dioses te quieren tanto que hasta envían aves del cielo a visitarte.

Al llegar al río Negro, Segundo advirtió que un ángel del Señor caminaba sobre las aguas, venía en dirección a él y le decía: «Segundo, abraza la fe cristiana y verás como caminarás sobre los idólatras igual que yo camino sobre la superficie de este río».

Sapricio, volviéndose a su soldado, le dijo:

—Segundo, hermano, parece que oigo algo extraño, como si los dioses te hablaran.

Segundo respondió al prefecto:

—Obremos de acuerdo con los impulsos de nuestro corazón.

Más adelante, al cruzar el río Bormida, otro ángel se apareció a Segundo, caminando como la vez anterior sobre las aguas, y, mirándole, le preguntó:

—Segundo, ¿Crees en Dios, o tienes dudas?

—Creo en la verdad de su Pasión, —contestó Segundo.

Sapricio volvióse nuevamente hacia su compañero y le dijo:

—Segundo, ¿qué has querido decir con eso?

A la entrada de Terdón, san Marciano, sacado de la prisión por un ángel, se apareció a Segundo y le aconsejó:

—Segundo, emprende el camino de la verdad y marcha por él para que puedas recibir la gracia de la fe.

Sapricio preguntó de nuevo a su acompañante:

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quién es ese que habla? ¿Estamos despiertos, o estamos dormidos y soñamos?

Segundo contestó:

—Eso que oímos, para ti es como si soñaras; en cambio, para mí constituye un aviso y una fuente de fortaleza.

Segundo, en Terdón, se separó de Sapricio y se dirigió a Milán. Antes de llegar a esta ciudad saliéronle al encuentro Faustino y Jovita, liberados milagrosamente por un ángel de la cárcel de Milán en la que estaban detenidos. En pleno campo, con un poco de agua que una nube les proporcionó, Faustino y Jovita bautizaron a Segundo. Acto seguido se presentó ante ellos una paloma llevando en su pico el cuerpo y la sangre de Cristo. La paloma entregó a Faustino y a Jovita las especies consagradas, y éstos a su vez las entregaron a Segundo para que las llevara a san Marciano. Segundo guardó consigo el sagrado depósito y regresó inmediatamente a Terdón para cumplir este encargo. Al anochecer llegó a la orilla del Po y vio como repentinamente surgía ante él un ángel, tomaba por la brida a su caballo, ayudábale a cruzar el río, lo conducía hasta Terdón y lo introducía en la cárcel donde estaba san Marciano. Una vez dentro de la cárcel, Segundo entregó a san Marciano el depósito que Faustino le diera. San Marciano tomó en sus manos las especies sagradas, e inmediatamente comulgó diciendo: «Que el cuerpo y la sangre de Cristo me den la vida eterna». Seguidamente, Segundo, por orden del ángel salió de la prisión y se fue a su alojamiento. En seguida de esto Marciano fue decapitado. Segundo logró apoderarse de su cadáver y lo sepultó. Cuando Sapricio se enteró de que Segundo había dado sepultura al cuerpo de san Marciano, lo llamó y le dijo:

—Paréceme que tú eres cristiano.

—Claro que lo soy, y de verdad, y no lo niego, —respondióle Segundo.

—¡Mal género de muerte has elegido! —comentó el prefecto.

—Pues te la debo a ti, —replicó Segundo.

A este diálogo siguió un forcejeo verbal entre Segundo y el prefecto. Pretendía éste que Segundo ofreciese sacrificios en honor de los dioses paganos; negábase Segundo a ello, y, como persistiera en sus negativas, Sapricio ordenó que desnudaran a Segundo y le dieran tormento. En cuanto Segundo fue desnudado acudió junto a él un ángel y cubrió su cuerpo con unas vestiduras milagrosas. Seguidamente, y en cumplimiento de las órdenes del prefecto, los verdugos colocaron a Segundo en un potro y lo torturaron hasta que sus miembros quedaron descoyuntados; pero Sapricio, al ver que la víctima repentinamente curaba por un milagro del Señor, mandó que encerraran a su antiguo amigo en un calabozo. Ejecutada esta orden, un ángel del cielo presentóse ante el prisionero y le dijo:

—Segundo, levántate y sígueme, que voy a llevarte a tu Creador.

Segundo se levantó; el ángel lo condujo hasta Asti y lo introdujo milagrosamente en la cárcel en que estaba encerrado Calocero, a quien en aquel momento acompañaba el Salvador. Segundo, al ver a Cristo, inmediatamente se postró a sus pies. El Señor, sonriéndole, le dijo:

—Segundo, no temas. Soy yo, tu Dios. Pronto te libraré de estos males.

En cuanto dijo esto, el Salvador bendijo a Segundo y a Calocero, y se ausentó, subiendo al cielo.

A la mañana siguiente Sapricio envió un mensajero a la cárcel de Terdón con un recado para Segundo. El mensajero regresó al prefecto, y le comunicó que las puertas de la cárcel estaban perfectamente cerradas y custodiadas, pero que Segundo no había podido ser encontrado en toda la prisión. Al oír esto, Sapricio se trasladó inmediatamente desde Terdón hasta Asti con la idea de martirizar siquiera a Calocero, y en cuanto llegó mandó que llevaran al preso a su presencia. Sus emisarios, al tratar de cumplir esta orden y ver que en el mismo calabozo en que estaba Calocero se hallaba también Segundo, corrieron a dar esta noticia al prefecto, el cual les mandó que tornasen a la cárcel y trajeran con ellos a ambos presos, y cuando éstos estuvieron ante él les dijo:

—Como nuestros dioses saben que los dos los despreciáis, es voluntad de ellos que los dos seáis condenados a muerte.

Todavía intentó convencerlos para que ofreciesen sacrificios a los ídolos, pero como se negaron a sus pretensiones ordenó que preparasen gran cantidad de pez y de resina, que fundiesen ambas sustancias, y que cuando estuviesen fundidas y ardiendo las arrojasen sobra las cabezas y bocas de las dos víctimas. Así lo hicieron. Pero Calocero y Segundo bebían aquel líquido como si fuera agua pura y fresca, al tiempo que exclamaban:

—¡Qué dulces, Señor, resultan tus palabras a nuestros labios!

Entonces Sapricio mandó que condujesen a Calocero a la ciudad de Albigauno y que en ella lo castigasen, y que a Segundo lo degollasen sin pérdida de tiempo.

En cuanto los verdugos degollaron a Segundo los ángeles recogieron su cuerpo y, entre himnos y cánticos, lo sepultaron.

San Segundo fue martirizado un 29 de marzo.

Capítulo LVI

SANTA MARÍA EGIPCIACA

Hacia el año 270, en tiempos del emperador Claudio, María Egipciaca, conocida popularmente con el nombre de *la pecadora,* se retiró al desierto en el que vivió cuarenta y siete años entregada a muy duras penitencias.

En cierta ocasión un abad, llamado Zósimo, pasó al otro lado del Jordán y recorrió una gran zona desértica para ver si en la región que quedaba a la otra orilla del río moraba algún anacoreta. Un día vio desde lejos un bulto que caminaba. Cuando estuvo un poco más cerca advirtió que se trataba de una persona totalmente ennegrecida por el calor del sol. Era María Egipciaca, quien, en cuanto se dio cuenta de la presencia, aunque lejana, del abad, emprendió veloz carrera, huyendo de él. Pero el abad corrió todavía más, y cuando estaba ya cerca, María, vuelta de espaldas, le gritó:

—¡Abad Zósimo! ¿Por qué me persigues? ¡Párate! No puedo dejarme ver de ti, compréndelo; soy una mujer y estoy completamente desnuda. Arrójame con fuerza tu manto desde donde estás, para que pueda cubrirme con él, y después, con mi pudor a salvo, hablaré contigo.

Zósimo quedó estupefacto al enterarse de que aquella mujer conocía su nombre. Luego le arrojó el manto para que se tapara, y, en cuanto vio que la mujer se había cubierto con aquella prenda, corrió hacia ella, se postró a sus pies y le pidió su bendición.

—¿Qué dices, Padre?, —replicó María—. Tú, como sacerdote, debes bendecirme a mí.

Zósimo iba de sorpresa en sorpresa. Aquella desconocida no sólo sabía como se llamaba, sino que también estaba enterada de que era sacerdote. Con esto, aún más impresionado, insistió en que le bendijera.

María, entonces, exclamó:

—¡Bendito sea Dios, Redentor de nuestras almas!

Luego, extendiendo sus manos, comenzó a orar, y mientras oraba fue levantándose en el aire, hasta quedar suspendida a una altura de un codo sobre la tierra. El anciano, a la vista de este fenómeno, pensó interiormente si no estaría en presencia de un demonio disfrazado de mujer, que trataba de engañarle y simulaba orar para mejor conseguirlo. Mas he aquí que una nueva sorpresa vino a añadirse a las anteriores, porque inmediatamente la desconocida dijo:

—Que Dios te perdone tu mal pensamiento de haberme tomado por un espíritu inmundo. No soy un demonio, aunque sí una mujer muy pecadora.

Zósimo, en nombre del Señor, rogóle que se identificara y le dijera quién era. Ella le respondió:

—Padre, no sé si debo declararte quién soy; temo que si lo hago eches a correr, espantado, como quien huye de una serpiente. Temo que mis palabras mancillen tus oídos, y hasta que el aire quede contaminado si me atrevo a contarte mi vida.

No obstante, Zósimo insistió en que quería saber quién era, por lo cual ella accedió y refirió al abad lo siguiente:

—Yo, hermano, nací en Egipto. A los doce años fui llevada a Alejandría, y a los diecisiete me dediqué a la prostitución de mi cuerpo; en este oficio permanecí mucho tiempo. En cierta ocasión, al enterarme de que desde el puerto de Alejandría iba a salir un barco cargado de peregrinos que se dirigían a Jerusalén para adorar la Santa Cruz, rogué a los marineros que me permitieran embarcarme en su navío. —¿Tienes dinero —me preguntaron— para pagar el pasaje? Yo les respondí: —No tengo dinero, pero puedo pagar con mi cuerpo. Ellos aceptaron, me dejaron embarcar, y durante la travesía usaron y abusaron de mí cuanto quisieron. Al llegar a Jerusalén, quise también adorar la Santa Cruz, y me dirigí a la iglesia, pero al acercarme a la puerta del templo me sentí rechazada por una fuerza invisible, que no me dejaba pasar. Cuantas veces intenté penetrar en el sagrado recinto, y fueron muchas, otras tantas me lo impidió una mano misteriosa. Al observar que todos los demás entraban libremente en la iglesia sin que nadie les pusiera impedimento, y que solamente a mí se me vedaba el paso, traté interiormente de indagar cuáles podrían ser las causas de tan extraño fenómeno, hasta que caí en la cuenta de que no podían ser otras que las de la enormidad de mis pecados. Entonces empecé a darme golpes de pecho y a derramar amarguísimas lágrimas y a prorrumpir en profundos suspiros. En esto, vi que sobre la portada había una imagen de la Bienaventurada Virgen María, en la que hasta entonces no había reparado, y mirándola tiernamente le rogué con copioso llanto que me alcanzase de Dios la gracia de que se me perdonasen mis culpas y de que pudiese pasar al interior del templo para venerar la Santa Cruz, prometiéndole a Cristo y a Nuestra Señora que en cuanto saliera de aquella iglesia abandonaría el mundo y viviría en absoluta castidad hasta el final de mis días. Una vez hecha esta oración y promesa quedé tranquila y firmemente convencida de que la Bienaventurada Virgen María me alcanzaría lo que le había pedido, y sin dudarlo me acerqué al dintel del templo, lo traspasé y entré en el santo lugar sin que nadie ni nada me lo impidieran; adoré devotamente la Santa Cruz, y, cuando terminé de hacerlo, alguién, no sé quién, me dio tres monedas de plata y a continuación oí una voz que me decía: «Si pasas el Jordán, quedarás a salvo». Con las tres monedas compré tres panes, y con ellos en mis manos crucé el Jordán, me vine a este desierto, me refugié en él, y en él llevó viviendo ya cuarenta y siete años, durante los cuales no he visto a persona alguna, hasta ahora que te he visto a ti. Los tres panes que traje conmigo, conmigo siguen después de cuarenta y siete años, sin merma alguna, cual si fuesen piedras, a pesar de que en todo este tiempo de ellos he comido cuanto he precisado. Mis ropas fueron deshilachándose poco a poco hasta que perecieron totalmente. Durante los primeros diecisiete años que pasé en esta soledad tuve a menudo tentaciones carnales; pero con la gracia de Dios logré superarlas y desaparecieron por completo. Bueno, hermano, ya te he contando mi historia; ahora que la conoces encomiéndame en tus oraciones al Señor, te lo ruego.

Acabada la narración, el santo abad se arrodilló y bendijo al Señor por la misericordia que había tenido de aquella su venerable sierva. Después la penitente dijo a Zósimo:

—Voy a pedirte un favor. El año que viene acude el día de Jueves Santo a la orilla del Jordán y trae contigo el cuerpo del Señor. Yo te buscaré por allí, para que me des la comunión, porque desde que vine a este desierto no he comulgado nunca.

El anciano abad regresó a su monasterio, y al año siguiente, la víspera del Jueves Santo, se trasladó a la orilla del Jordán, llevando consigo el cuerpo del Señor, y al llegar a la vera del río vio como ya estaba aguardando en la otra ribera la penitente, quien en cuanto lo divisó trazó la señal de la Cruz sobre la corriente y comenzó a caminar sobre las aguas; de ese modo llegó a la orilla opuesta y exactamente al mismo sitio en que Zósimo se encontraba. El venerable anciano, maravillado, en un impulso de devoción se hincó de rodillas ante la recién llegada, pero ésta al instante le dijo:

—¡No hagas eso! ¡No hagas eso! ¡Levántate! ¡Eres un sacerdote, y además traes contigo el cuerpo del Señor!

Terminada la entrevista, la penitente antes de separarse del abad, rogó a éste que el año próximo, el día de Jueves Santo, acudiese a visitarla al mismo lugar en que se vieron por primera vez; luego trazó la señal de la Cruz sobre el río, se internó en él, lo cruzó de nuevo del mismo modo que lo hiciera al venir, es decir, caminando sobre las aguas, llegó a tierra, y continuó avanzando hacia el desierto. Zósimo, por su parte, regresó a su monasterio.

Al año siguiente el abad acudió al sitio que la sierva de Dios le había indicado, y al llegar a él quedó sorprendido: en el lugar preciso en que casualmente la había visto por vez primera yacía ahora, tendido en tierra, el cuerpo muerto de la santa mujer. Mucho lloró Zósimo sobre aquellos venerables restos. Luego pasó por momentos de perplejidad. Por una parte parecíale que debería enterrarlos; por otra, no se atrevía a hacerlo; para darles sepultura era menester tocarlos, y esto —pensaba él con reverente temor—, tal vez no fuese del agrado de la santa. Cuando estaba entregado a estas cavilaciones vio, de pronto, junto a la cabeza del cadáver, una inscripción hecha sobre la arena que decía: «Zósimo, entierra el cuerpo desmedrado de María que por orden del Señor dejó esta vida el dos de abril. Torna este polvo a la tierra y ruega por mí».

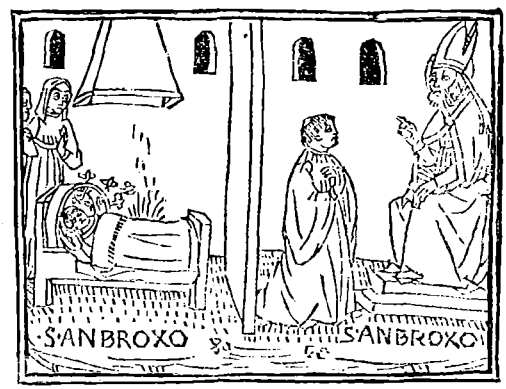
Haciendo cálculos el abad cayó en la cuenta de que la penitente había fallecido el año anterior precisamente el día de Jueves Santo, o sea, en la misma fecha en que él le administrara la santa Comunión; por tanto, aquella piadosa mujer, en cosa de una hora, milagrosamente había cubierto la distancia existente entre la ribera del Jordán y el sitio en que su cuerpo se encontraba, distancia que él había tardado en salvar treinta días en cada una de las dos ocasiones en que había recorrido aquel trayecto. —¡Asombroso!— pensaba y decía Zósimo, hablando consigo mismo. Mas su asombro fue en aumento, porque al reflexionar acerca del modo de ejecutar la orden que se le daba en la mencionada inscripción, y hallar serias dificultades para excavar la sepultura, observó como llegaba hasta él un león caminando mansamente. Entonces, dirigiéndose a la fiera le dijo:

—Escucha, león. Esta santa mujer antes de morir dejó escrito que yo diese sepultura a su cuerpo; pero no veo la manera de hacerlo, porque además de que soy viejo y carezco de fuerzas, no tengo herramientas ni puedo hacerme con ellas en este desierto. Lo mejor será que tú, con tus garras, hagas un hoyo en el suelo para que pueda cumplir su deseo.

Seguidamente el león comenzó a excavar en la arena e hizo en tierra un hoyo suficientemente hondo y amplio para depositar en él los venerables restos, y una vez sepultados se alejó de aquel lugar tan mansamente como había venido, cual si fuese un cordero. Zósimo también glorificando a Dios, retornó a su monasterio.

Capítulo LVII

SAN AMBROSIO



La palabra *Ambrosio* puede derivar de *ambra* (ámbar), sustancia muy olorosa y valiosa, como valioso fue este santo para la Iglesia, que quedó para siempre perfumada con el aroma de sus palabras y obras, o de *ambra* (ámbar) y de *sios* (Dios); en tal supuesto este nombre significaría *ámbar de Dios*. Ámbar de Dios fue san Ambrosio, puesto que extendió el perfume divino por doquier y fue y sigue

siendo exquisito olor de Cristo en todas partes. También puede proceder de *ambor* (padre de la luz) y de *sior* (párvulo), en cuyo caso tenemos que reconocer que el nombre que llevó este siervo del Señor constituye una adecuada definición de su vida; porque fue padre espiritual de infinidad de hijos a los que alimentó e iluminó con sus exposiciones de las Sagradas Escrituras, asemejándose al mismo tiempo a un niño pequeño en la sencillez de su conducta.

En el *Glosario* se dice que Ambrosio deriva de *ambrosía,* palabra que significa celestial panal de miel o alimento de los ángeles. Esta etimología es igualmente legítima y sumamente expresiva, como las anteriores, porque san Ambrosio, fue todo lo que hemos indicado: aroma celeste, por la fragancia de su fama; sabor, por su contemplación profunda; celestial panal de miel, por su dulce explanación de las Escrituras; alimento de los ángeles, por estar ya gozando de la eterna bienaventuranza.

San Paulino de Nola, escribió la vida de nuestro santo y la dedicó a san Agustín.

1. Siendo san Ambrosio todavía muy niño, un día estando en el pretorio durmiendo en su cuna recibió la visita de un enjambre de abejas. Estos insectos se posaron sobre su cara y sobre su boca y durante un buen rato estuvieron yendo y viniendo, como cuando entran en las celdillas de los paneles y salen de ellas; después todos juntos se alejaron y remontaron su vuelo a tanta altura que se hicieron invisibles a los ojos humanos. Su padre, que se llamaba también Ambrosio y era prefecto de Roma, fue testigo, con el susto que es de suponer, de tan extraño fenómeno, y cuando vio que el enjambre se alejaba sin haber causado el menor daño al pequeño hizo este comentario:

—Cuando este niño llegue a la edad adulta ha de ser persona de mérito.

De mayorcito, viendo cómo su madre y su hermana besaban reverentemente la mano a los sacerdotes, ofrecía él las suyas a su hermana, que había tomado el velo de las vírgenes diciéndole en plan de broma:

—¡Anda! ¡Bésalas! Conviene que te vayas acostumbrando, porque algún día tendrás que besármelas de verdad.

La hermana se negaba a ello, y reprendiéndole le contestaba:

—¡Déjate de niñerías! Con las cosas santas no se juega. No sabes ni lo que haces ni lo que dices.

En Roma estudió literatura y leyes. Posteriormente ejerció de abogado, y por su elocuencia, competencia y habilidad en la defensa ante el pretorio de varias causas que le fueron encomendadas, adquirió tal fama que el emperador Valentiniano lo nombró prefecto de las provincias de Liguria y de Emilia.

Estando vacante la sede episcopal de Milán, Ambrosio llegó a esta ciudad cuando el pueblo se hallaba reunido para elegir obispo. Los electores, divididos en dos bandos, el de los arrianos y el de los católicos, no sólo no se ponían de acuerdo, sino que en ocasiones armaban graves escaramuzas. En una de las sesiones la disensión entre ellos fue tan grande, que Ambrosio viose obligado a acudir a la catedral, lugar de la elección, para aplacar a las multitudes y poner paz entre ellas. Mas, apenas entró en el templo, un niño comenzó a gritar:

—¡Que Ambrosio sea nuestro obispo!

Inmediatamente todos los presentes unieron sus voces a la del pequeño y repitieron insistentemente:

—¡Que sea Ambrosio obispo de Milán! ¡Que sea Ambrosio obispo de Milán!

El, al oír tales aclamaciones, salió precipitadamente de la catedral, tratando de evitar su elección y deseoso de que el pueblo desistiera de semejante idea, y, para mejor conseguirlo, se sentó en su tribunal, revisó varias causas y, contra sus costumbre, se mostró duro, y condenó a diferentes penas a los reos pendientes de sentencia. Todo esto no le sirvió de nada. El pueblo siguió aclamándole y diciendo:

—¡Qué tus pecados caigan sobre nosotros!

En vista de esto decidió renunciar a su cargo de prefecto y recluirse en su casa, alegando que quería dedicarse al estudio de la filosofía en un ambiente de soledad y silencio. Los milaneses no le permitieron poner en práctica tal proyecto. Entonces él, para que le dejaran tranquilo, recurrió a la siguiente estratagema: hizo que a la vista de todo el mundo acudiesen a su palacio varias prostitutas. La argucia, empero, no dio resultado; la multitud continuaba aclamándole y diciendo:

—Nos hacemos responsables de los pecados que puedas cometer.

Como estaba a toda costa decidido a librarse del episcopado, tomó la resolución de huir secretamente de la ciudad; y, en efecto, una noche, cuando la obscuridad era más densa, salió de su domicilio y empezó a caminar. Hacia el amanecer creyó que ya estaría muy cerca del río Tesino; mas ¡cuál no sería su sorpresa cuando advirtió que después de varias horas de caminata por el campo había venido a parar a la mismísima puerta vulgar-

mente llamada Romana, una de las que había en la muralla de Milán, y que allí se hallaba congregada una numerosa multitud de personas, cual si estuvieran aguardándole! No pudo proseguir su huida, porque inmediatamente aquellas gentes se apoderaron de él, lo pusieron a buen recaudo para que no consiguiera escapar, y enviaron rápidamente a Roma una delegación compuesta por varios milaneses para que informasen al clementísimo emperador Valentiniano de lo ocurrido y le pidiesen en nombre de la ciudad su poderoso apoyo para que el prefecto Ambrosio fuese consagrado obispo.

El emperador recibió a los emisarios y, tras de oírles, mostróles su admiración de que el pueblo de Milán quisiese convertir en sacerdote a quien habíales enviado como juez. Luego, el honrado gobernante, emocionado de alegría, refirió a sus visitantes esta anécdota:

—Cuando nombré a Ambrosio prefecto de esas provincias y me despedí de él, le dije: «Ve a desempeñar tu cargo y actúa cual si en vez de juez fueses obispo». Mis palabras de entonces han resultado proféticas.

Mientras los emisarios gestionaban en Roma el nombramiento de Ambrosio como obispo de Milán, el interesado huyó de nuevo, pero fue hallado y obligado a volver a la ciudad.

Cuando ocurrieron estas cosas Ambrosio aun no era cristiano. Tuvo pues, que iniciar su catecumenado, luego recibió el bautismo, y ocho días más tarde fue entronizado en la cátedra episcopal.

Cuatro años después hizo un viaje a Roma. Su hermana, virgen consagrada, le besó la mano y, mientras lo hacía, díjole él riendo:

—¿No te anuncié que algún día tendrías que besar mi mano sacerdotal?

2. En cierta ocasión fue a una ciudad para consagrar a un individuo que había sido elegido obispo. La emperatriz Justina y otros herejes oponíanse a esta consagración porque el candidato no era de su secta. Una de las vírgenes de los arrianos, más desvergonzada que el resto de sus compañeras, subió al estrado en que se encontraba san Ambrosio, lo asió por sus vestiduras, tiró de él y lo llevó a rastras hasta el lugar que ocupaban las mujeres a fin de que éstas le comprometieran y le hicieran incurrir en alguna deshonestidad, de modo que la gente que llenaba la iglesia, escandalizada, lo tachara de infame y lo expulsara del templo. San Ambrosio, sin embargo, se encaró con ella y le dijo:

—Aunque yo sea indigno de las sagradas órdenes que he recibido no por eso tienes tú derecho a poner tus manos ni sobre mí ni sobre ningún sacerdote. Procura ser más comedida; piensa con temor en el juicio de Dios y en que puede ocurrirte algo muy grave.

Acontecimientos posteriores confirmaron que las anteriores palabras constituían una admonición profética: al día siguiente aquella joven murió; el santo condujo el cuerpo de la difunta a la sepultura, y con esta obra de misericordia correspondió a la injuria que de ella había recibido. El suceso causó profunda impresión en la ciudad.

Efectuada la consagración a que acabamos de referirnos san Ambrosio regresó a Milán, en donde tuvo que soportar innumerables ataques de parte de la emperatriz Justina, quien a base de halagos y sobornos logró soliviantar los ánimos del pueblo contra él. Masas de personas amotinadas pedían a voces su destierro. Un hombre, más infeliz que otros, dejándose llevar de la animadversión que sentía hacia el santo, trazó de acuerdo con la emperatriz el siguiente plan para apoderarse de él y expulsarle de la ciudad: alquiló una casa próxima a la catedral; preparó una carroza tirada por cuatro caballos, y dispuso las cosas de manera que pudiera conducirlo al destierro a toda velocidad tan pronto como pudiera echar mano a la persona del prelado. Pero Dios intervino e hizo fracasar todos los minuciosos preparativos y torcer el curso de los mismos, porque el día en que el referido hombre pensaba secuestrar al obispo malogróse el secuestro, y el secuestrador, convertido inesperadamente en secuestrado, fue conducido desde la misma casa, y en la misma carroza tirada por los mismos caballos, al mismo exilio al que él había pensado llevar al santo. También en este caso san Ambrosio correspondió al mal con el bien, porque proporcionó al desterrado todo cuanto podía necesitar para su subsistencia en el destierro.

San Ambrosio compuso personalmente el oficio y el canto que debían seguirse en el Iglesia de Milán.

Por aquel tiempo había en la ciudad muchos posesos de los demonios; estos desgraciados recorrían constantemente las calles gritando el dolor que padecían y propalando que era san Ambrosio quien se los causaba. Justina y algunas comunidades de arrianos, por el contrario, hicieron correr la voz de que aquellas personas no estaban endemo-

niadas, sino que pagadas por el arzobispo simulaban estarlo y decían lo que decían porque él así se lo había ordenado. Un día, uno de los herejes que más se distinguían en divulgar semejante calumnia, repentinamente quedó poseído por el diablo y empezó a dar brincos y decir a sus correligionarios, los arrianos:

—¡Ojalá cuantos denigran a Ambrosio padezcan lo que yo estoy padeciendo!

Sus hermanos de secta trataron de obligarle a que callara, pero, como no lo consiguieran, se apoderaron de él, lo arrojaron a una piscina y en ella lo ahogaron.

Otro hereje, acérrimo controversista, duro de corazón y obstinado, e irreductible en la profesión de sus errores, estando en cierta ocasión escuchando un sermón que predicaba san Ambrosio, vio como un ángel del cielo susurraba al oído del predicador las palabras que éste seguidamente pronunciaba ante el pueblo. A la vista de esto, el hereje abrazó la fe de la Iglesia y se convirtió en defensor de la doctrina que hasta entonces había atacado.

3. Un agorero que tenía trato con los demonios dio a éstos el encargo de que mataran a Ambrosio. Los diablos, tras de repetidos intentos que resultaron vanos, comunicaron al adivino que les era imposible llevar a cabo la realización de sus deseos, porque no ya no lograban aproximarse a su persona, sino que ni siquiera conseguían acercarse a la casa en que vivía, por estar rodeada de una muralla de fuego tan vivo y ardiente que quemaba desde muy larga distancia.

El mismo agorero, condenado en juicio a ciertos castigos por perjuicios causados a terceros con sus maleficios, mientras sufría la pena que le había sido impuesta, gritaba diciendo que era san Ambrosio quien le estaba produciendo los dolores que sentía.

Había un endemoniado que en cuanto entraba en la ciudad de Milán se veía libre del demonio, pero en cuanto salía de ella el mal espíritu se introducía nuevamente en él. Alguien trató de adivinar la causa de tan extraño fenómeno y, cuando estaba reflexionando sobre ello, oyó una voz que decía: «Es que en Milán está Ambrosio y le tengo miedo».

En una ocasión un sicario logró introducirse en la habitación en que el santo dormía, e intentó asesinarle. Procedía a sueldo de Justina, que le había prometido una fuerte suma de dinero si mataba al obispo. Pues bien, al alzar el brazo y la mano en que sostenía la espada para asesinarlo, de repente mano y brazo se le quedaron secos.

Los habitantes de Tesalónica habíanse alzado contra el emperador. San Ambrosio intervino en favor de los sublevados y consiguió que el emperador los perdonara; pero luego, el mismo emperador, cediendo a presiones e intrigas de algunos de sus cortesanos, cambió de opinión y sin que san Ambrosio se enterara, mandó ejecutar secretamente a los responsables de la sedición. La orden se cumplió, y muchos tesalonicenses fueron pasados por las armas. Cuando el santo supo lo ocurrido prohibió al emperador la entrada en la iglesia. Este trató de defenderse, alegando que también David había cometido pecados de homicidio y de adulterio; pero el santo le replicó:

—Ya que has imitado su ejemplo pecando, imítalo también haciendo la penitencia que él hizo.

El emperador, que era clemente por naturaleza, recibió con humildad y muestras de agradecimiento el consejo de su prelado y, en efecto, aceptó y cumplió la penitencia que éste le impuso.

Otro hombre endemoniado andaba por las calles diciendo a gritos que era san Ambrosio quien le atormentaba. El santo un día salióle al encuentro y encarándose con él le dijo:

—¡Calla, demonio! No es Ambrosio quien te atormenta; es la envidia que sientes al ver como los hombres suben al cielo de donde tú fuiste expulsado. No mezcles a Ambrosio en esto, porque Ambrosio nada tiene que ver con tu soberbia.

El endemoniado calló y no volvió a propalar semejante especie.

4. Una vez, yendo san Ambrosio por la calle, tropezó y cayó al suelo. Un transeunte que lo vio, en lugar de acudir para ayudarle a levantarse, comenzó a reírse. Entonces el santo le dijo:

—Tú estás en pie y te ríes; pero ten mucho cuidado porque también tú puedes tropezar y caerte.

Apenas dicho esto, el transeúnte aquél dio un traspiés y se cayó, y quien tanto se había reído de la caída ajena, comenzó a quejarse del dolor que le había producido la propia.

Otra vez fue san Ambrosio al palacio de Macedonio, Maestro de Oficios, para interceder en favor de un necesitado; pero halló las puertas cerradas y aunque solicitó ser recibido, no lo consiguió. Ante semajante desaire, el santo exclamó:

—Algún día vendrás tú también a la iglesia y

hallarás sus puertas no cerradas, sino abiertas de par en par, pero no podrás entrar en ella.

Pasado algún tiempo Macedonio, tratando de huir de unos enemigos que le perseguían, quiso refugiarse en la catedral y, aunque sus puertas estaban abiertas, por más que buscó la entrada no pudo hallarla.

De tal modo nuestro santo observaba la abstinencia que ayunaba todos los días, a excepción de los domingos y fiestas.

Su generosidad era tanta que, sin reservar nada para sí, todo cuanto llegaba a sus manos o lo daba para el servicio de la Iglesia o lo distribuía entre los pobres.

Cuando algún penitente le confesaba sus pecados, compadecíase de él hasta el extremo de llorar tan amargamente que contagiaba con su llanto al pecador.

Tan humilde y modestamente se conducía en su trabajo que mientras su salud se lo permitió no se sirvió de amanuenses ni de secretarios para componer sus libros, sino que cuanto escribió escribiólo de su propia mano.

Era tan dulce y piadoso que cuando le anunciaban la muerte de algún obispo o sacerdote lloraba copiosamente y resultaba muy difícil consolarle. Si le preguntaban que por qué le producían tanta pena las muertes de quienes sin duda estaban ya en el cielo, respondía:

—No lloro porque ellos hayan muerto; lloro porque se me han adelantado en ese viaje y por lo laborioso que va a ser encontrar personas adecuadas para sustituirles en los oficios que aquí desempeñaban.

Su fortaleza y constancia fueron extraordinarias. Si los príncipes, o el mismo emperador, hacían algo indebido, no se andaba con lisonjas, sino que intrépida y valientemente llamábales al orden.

En cierta ocasión llevaron a su presencia a un hombre que había cometido un delito muy grave. El santo dijo:

—Conviene entregarle a Satanás, para que el maligno le castigue como merece y se arrepienta y se enmiende y jamás vuelva a hacer lo que ha hecho.

Apenas hubo dicho esto, un espíritu inmundo se apoderó de aquel hombre y comenzó a atormentarle.

5. Dícese que en cierta ocasión le ocurrió lo siguiente: yendo a Roma, al pasar por una población de Toscana se alojó en casa de un caballero inmensamente rico. Tras de los saludos de rigor el santo preguntó a su anfitrión como vivía y en qué se ocupaba. Este le respondió:

—Yo, señor, he sido y soy completamente feliz; la gloria y el bienestar me han acompañado constantemente. Poseo infinidad de riquezas; tengo muchísimos siervos y criados que permanecen pendientes de mi voluntad y tratan de adivinar mis deseos para cumplirlos al punto, y de tal manera que no recuerdo que me haya ocurrido jamás nada adverso ni desagradable.

San Ambrosio, estupefacto, levantóse al instante de su asiento y dijo a sus acompañantes:

—Salgamos inmediatamente de aquí. Dios no está en esta casa. Hijos, huyamos de este lugar sin pérdida de tiempo no sea que si nos retrasamos seamos víctimas de la ira divina; porque la cólera del Señor tiene que descender forzosamente sobre esta morada en la que tantos pecados se cometen, y si demoramos nuestra huida podría alcanzarnos también a nosotros.

Marcháronse, pues, de allí a toda prisa, y, cuando se encontraban a cierta distancia, de repente se abrió la tierra, engulló la casa y al rico con todas sus pertenencias sin que quedara rastro alguno ni de él ni de sus cuantiosas riquezas. Cuando terminó el extraño fenómeno, que san Ambrosio y sus acompañantes vieron desde lejos, dijo el santo a los de su séquito:

—Hermanos, convenceos de que las tribulaciones que en esta vida podamos padecer son misericordiosos regalos que Dios nos hace; en cambio, la excesiva riqueza puede constituir una manifestación de la ira divina.

Quienes conocen aquel lugar aseguran que todavía hoy, y desde que ocurrió el referido fenómeno, hay en él una depresión muy profunda en el terreno, como prueba y recuerdo permanente del infausto suceso.

6. La avaricia crecía incesantemente en Milán, sobre todo entre quienes ostentaban cargos de responsabilidad, que se aprovechaban de ellos para otorgar favores a cambio de dinero. Esta plaga, raíz de todos los males, estaba muy extendida incluso entre los clérigos. A la vista de tan deplorable espectáculo san Ambrosio sufría profundamente y pedía con insistencia al Señor que le sacara cuanto antes de las miserias de este mundo. Cuando tuvo conciencia de que sus ruegos habían sido oídos, con visibles muestras de alegría manifestó a sus familiares y amigos que pronto moriría,

pero que permaneciesen tranquilos, porque aún estaría con ellos hasta el domingo de Resurrección.

Unos días antes de verse obligado a guardar cama, estando dictando su comentario al salmo 44 a un escribiente, vio éste como una pequeña llama en forma de escudo, tras de permanecer unos instantes sobre la cabeza del santo Arzobispo, descendía y penetraba en su boca tan naturalmente como una persona entra en su propia casa, y como la cara del prelado, una vez que hubo ingerido la misteriosa llama, tornóse blanca, con blancura de nieve, durante unos momentos, y recobraba poco después su color habitual. Esta fue la última vez que san Ambrosio escribió o dictó algo. El comentario al salmo 44 quedó sin concluir, porque a los pocos días sus fuerzas se debilitaron.

El Conde de Italia, que se encontraba a la sazón en Milán, cuando supo que el santo estaba enfermo de cuidado reunió a los nobles, les manifestó sus temores de que si moría un hombre tan notable podría producirse la ruina de la nación, y les propuso nombrar una comisión para que los componentes de la misma visitaran corporativamente al enfermo y le rogaran encarecidamente en nombre de todos los milaneses que pidiera a Dios la gracia de que le prolongase la vida siquiera un año más. Cuando san Ambrosio oyó la petición que sus visitantes le hicieron, les dijo:

—Mientras he vivido con vosotros me he comportado correctamente; no he hecho nada de lo que tenga que avergonzarme; por eso, desde ese punto de vista, no me importaría seguir viviendo; pero tampoco temo morir, ni a vosotros debe preocuparos que muera, ni esto debe preocuparle al pueblo, porque todos, el pueblo, vosotros y yo, tenemos un buen Señor.

Por aquellos mismos días reuniéronse también sus cuatro diáconos a fin de determinar lo que procedía hacer cuando su prelado falleciera. La reunión la celebraron en una estancia bastante alejada de la cámara en que el enfermo se hallaba; los reunidos tuvieron buen cuidado en hablar entre sí en voz tan baja que apenas si podían oírse unos a otros. En el transcurso de la reunión, barajando nombres de posibles sucesores del santo en el episcopado, uno, muy quedamente, susurró el de un tal Simpliciano. La sorpresa de los cuatro diáconos fue enorme, pues, tan pronto como el que lo hiciera pronunciara el nombre de Simpliciano, a pesar de que habían hablado tan bajito y de que el enfermo se encontraba en una habitación tan lejana, oyeron clarísimamente como san Ambrosio, a modo de comentario, dijo por tres veces:

—Sí; Simpliciano; porque aunque ya es viejo, ese es el que conviene.

La impresión que este triple comentario del santo causó en el ánimo de los diáconos fue tan grande que se trocó en susto, y el susto los movió a interrumpir la sesión y a salir corriendo de la sala, aterrorizados. Después, cuando el santo murió, Simpliciano fue efectivamente quien le sucedió en el obispado.

San Ambrosio, momentos antes de morir, vio como Jesús, sonriendo, acercábase a la cama en que él se hallaba postrado.

Honorato, obispo de Vercellis, sabía que el santo estaba gravemente enfermo, e incluso esperaba que en cualquier momento le llegara la noticia de que hubiese fallecido. Una noche, estando dormido, oyó una voz que le decía: «Levántate, que se aproxima la hora de su tránsito». Honorato se levantó inmediatamente y a toda prisa se trasladó a Milán y administró al moribundo el sacramento del Cuerpo de Cristo. San Ambrosio, en cuanto recibió la sagrada Comunión, colocó ambas manos sobre su pecho, extendidas en forma de Cruz, pronunció una plegaria y entregó su espíritu a Dios. Su muerte ocurrió hacia el año 379 del Señor.

La noche de la Vigilia Pascual trasladaron su cuerpo a la catedral. De los muchos niños que en aquella ocasión recibieron el bautismo, unos aseguraban que estaban viendo al santo sentado en su trono, presidiendo las ceremonias; otros, apuntando con sus dedos, indicaban a sus padres que san Ambrosio subía las gradas del estrado en que se hallaba colocada la cátedra o sede episcopal; otros afirmaban que veían una estrella colocada sobre el féretro.

He aquí un episodio ocurrido poco después de su muerte: unos cuantos sacerdotes hallábanse reunidos, celebrando un banquete. En el curso de la comida uno de los comensales comenzó a hablar mal del santo; mas de pronto, sintióse tan seriamente enfermo que tuvieron que llevarlo a la cama, en donde murió al poco rato. Pasado algún tiempo, estando también comiendo juntos tres obispos en la ciudad de Cartago, uno de ellos trató de denigrar a san Ambrosio; otro de los prelados, intentó cambiar de conversación y recordó lo que le había ocurrido al presbítero que se atrevió a

murmurar del santo arzobispo; pero el obispo maldiciente, en vez de poner freno a su lengua, empezó a reírse y a burlarse del caso que su compañero le recordaba. El resultado fue similar al anterior: el murmurador sintióse un instante después repentinamente enfermo, y antes de llegar la noche falleció.

7. Consta que san Ambrosio fue un varón ejemplar en muchas cosas; pero las cualidades que más le caracterizaron fueron las ocho siguientes:

Primera: La liberalidad. Todo cuanto tenía considerábalo patrimonio de los pobres. El mismo refiere, en la cuestión octava del Decreto 22, lo que contestó al emperador cuando éste pretendió que le entregara una basílica: «Si me hubiera pedido algo de mi propiedad, por ejemplo, una finca mía o dinero de mi peculio privado o cualquiera otra cosa de mi pertenencia, no me hubiera negado a concedérselo; aunque creo conveniente hacer constar que nunca me he considerado dueño de nada, porque aun aquello que desde algún punto de vista pudiera tenerse por mío, yo no lo he tenido por mío, sino como algo perteneciente a los pobres».

Segunda: La pureza y limpieza de su corazón. Durante toda su vida observó virginal castidad. San Jerónimo refiere que san Ambrosio en cierta ocasión le dijo: «No me limito a recomendar la virginidad a otros; sino que la practico yo también personalmente».

Tercera: Su fe firme e inconmovible, de la que él mismo dio testimonio en el capítulo anteriormente citado a propósito de su negativa a ceder al emperador la basílica que éste le pedía: «Me arrancarán el alma», escribe, «pero no conseguirán que sea infiel al cumplimiento de mis deberes».

Cuarta: Su ansia y sed del martirio. En el mismo lugar en que refiere su negativa a entregar al emperador la mencionada basílica cuenta lo siguiente: un ministro del emperador Valentiniano le envió un recado diciéndole: «Si no complaces a Valentiniano te cortaré la cabeza». A este recado contestó él con otro en el que comunicaba al ministro: «Pido a Dios que puedas cumplir tu amenaza y que permita que, con tal de librar a la Iglesia de sus enemigos, éstos me ataquen a mí y se ensañen conmigo, y sacien su sed de venganza bebiendo hasta la última gota de mi sangre».

Quinta: Su asiduidad en la oración. En el libro XI de la *Historia Eclesiástica* se dice a propósito de esto lo siguiente: «Ambrosio se defendía de las furiosas acometidas de la emperatriz, no con sus manos, ni con flechas, sino con ayunos, con reiteradas vigilias y con sus prolongadas permanencias de rodillas ante el altar. Así conseguía que Dios le defendiera y defendiese también a la Iglesia de las asechanzas que contra él sus enemigos y aquella mujer le tendían constantemente».

Sexta: La abundancia de sus lágrimas. Tres cosas principalmente provocaban su llanto: la compasión que sentía por los pecadores, el deseo de la gloria eterna, y la pena que le causaban las injurias que recibía de otros. Acerca de lo primero dice Paulino, como ya hemos comentado en esta leyenda, que cuando alguien le confesaba sus pecados lloraba tan amargamente que contagiaba sus lágrimas al que se estaba confesando. En cuanto a lo segundo, también hemos dicho ya que cuando se enteraba del fallecimiento de alguna persona virtuosa se entregaba a grandes manifestaciones de sentimiento, y que si le preguntaban que por qué lloraba tan copiosamente solía contestar, según Paulino: «No creáis que lloro porque hayan muerto; lloro porque se me han adelantado en la llegada a la bienaventuranza». Respecto de lo tercero tenemos un testimonio de su propia mano, puesto que en el Decreto que antes hemos mencionado, hablando de sí mismo, dice: «Contra los soldados godos no empleo más armas que las de mis lágrimas, porque éstas son las defensas que debemos emplear los sacerdotes, y éste es el único procedimiento que utilizo para defendermer de sus ataques; no tengo otros, ni los quiero».

Séptima: Su tenacidad, demostrada sobre todo en estos tres terrenos.

a) En el de la defensa de la doctrina católica.

En relación con esto leemos en el capítulo XI de la *Historia Eclesiástica:* «La emperatriz Justina, acérrima y fanática militante de la herejía arriana, y madre del emperador Valentiniano, para vencer a Ambrosio, poderosísimo muro y bastión en la guerra que ella había desencadenado contra la Iglesia, comenzó a meterse con las instituciones eclesiásticas y a amenazar con penas de destierro y deportación a los sacerdotes que seguían fieles a los decretos del Concilio de Rimini».

También se subraya su tenacidad en la defensa de la ortodoxia, en el prefacio correspondiente a la misa de este santo. En él se dice expresamente: «Fortaleciste a Ambrosio con tanta virtud, lo enriqueciste y adornaste tan copiosamente con el don de la tenacidad, que con sólo oír su nombre los

demonios huían espantados, la impiedad de los arrianos quedaba confundida y las cervices de los príncipes seculares dócilmente se colocaban bajo la gamella de tu yugo y uncíanse a ella sumisamente».

b) En la defensa de la libertad de la Iglesia.

Cuando el emperador trató de apoderarse de una de las basílicas, Ambrosio se opuso a sus pretensiones enérgicamente. He aquí lo que él escribió acerca de esto en la cuestión sexta del Decreto 23: «De parte del emperador se me presentaron unos condes, apremiándome para que les entregara el templo y alegando que el emperador así lo había decidido, y que tenía derechos para hacerlo. Yo entonces les respondí: Si el emperador quiere que le dé mi patrimonio, ahí lo tiene y ahí está, a vuestra disposición: apoderaos de él; estoy pronto para servirle con mis pertenencias si así lo desea. Incluso si quiere encarcelarme, podéis empezar ya a amarrarme con vuestras ligaduras; y, si decide matarme, que me mate: aceptaré la muerte de muy buen grado; ni llamaré al pueblo para que me defienda, ni me acogeré al derecho de asilo refugiándome en un templo y asiéndome al altar, sino que me inmolaré sin oponer resistencia, y me sentiré muy dichoso de poder sacrificar mi vida en defensa de mis sagrados deberes. Pero me pide que le entregue la basílica, e intenta urgirme a ello invocando preceptos imperiales, y a esto me niego rotundamente en nombre de otros preceptos superiores: los de la Sagrada Escritura. Alegar en este caso preceptos del emperador es hablar como hablaría la más necia de las mujeres, porque ¡señor emperador!: ¡No te creas tan importante como para creer que tienes derechos sobre las cosas divinas! Puedes invocar tu potestad sobre los palacios, pero no sobre las iglesias; la potestad sobre ellas corresponde exclusivamente a los sacerdotes. San Naboth defendió su viña con su propia sangre; si él no entregó su parral, ¿vamos a entregar nosotros la Iglesia de Cristo? El tributo es del césar; páguesele; pero la iglesia es de Cristo y no debe ser entregada al césar. Si se me pidiere algo mío, o alguien tratara de forzarme para que le diera lo que me pertenece, daríaselo sin resistencia; y daríaselo igual si se tratase de fincas, que de casas, que de oro o plata; pero no puedo dar, ni ceder, ni comprometer absolutamente nada de cuanto se relacione con un templo de Dios, por la sencilla razón de que no soy su dueño sino su administrador, y en calidad de administrador me lo han confiado, no para que lo dilapide, sino para que lo custodie».

c) En la reprensión de los vicios e iniquidades.

En una crónica de la *Historia Tripartita* se lee lo que sigue: En cierta ocasión el emperador Teodosio, dejándose llevar de su indignación, sin hacer distinción entre responsables e inocentes, mandó matar a casi cinco mil hombres de Tesalónica porque algunos de ellos, durante una sedición, habían apedreado a los jueces de la ciudad. Poco después de esto, estando el emperador de paso en Milán, quiso entrar en la catedral, pero san Ambrosio salióle al encuentro y se lo impidió diciéndole: «Emperador, ¿cómo es posible que te muestres tan enormemente presuntuoso después de haberte dejado llevar de aquel furioso arrebato de ira? ¿Acaso la potestad imperial te ciega hasta el punto de no reconocer el pecado que has cometido? Procura que la razón guíe tus actos de gobierno. Cierto que eres príncipe; pero entiende bien esto: príncipe significa el primero, no el amo. Eres, pues, no el amo de tus semejantes, sino el primero entre ellos, y, si ellos son siervos, siervo también eres tú y el primero de los siervos. ¿Con qué ojos miras el templo del Señor, que es Señor de todos y también Señor tuyo? ¿Cómo te atreves a pretender hollar con tus pies este santo pavimento? ¿Cómo osarías tocar nada con esas manos que chorrean sangre y proclaman tu injusticia? ¿Cómo puedes llevar tu audacia hasta el extremo de intentar tocar con esa boca tuya que mandó criminalmente derramar tanta sangre, el cáliz de la sangre santísima del Señor? ¡Anda! ¡Vete! ¡Aléjate de aquí! No se te ocurra aumentar la perversidad de tu pecado anterior con un segundo pecado de sacrilegio. Acepta esta humillación a la que hoy el Señor te somete, y utilízala como medicina que puede devolver la salud a tu alma». El emperador obedeció a san Ambrosio, renunció a entrar en el templo, y gimiendo y llorando regresó a su palacio; y fue tanta su pena y tan constante y prolongado su llanto, que Rufino, uno de sus generales, viéndole un día tras otro y durante muchos tan afligido, preguntóle por qué estaba tan triste. Entonces el emperador le contestó:

—Tú no puedes comprender lo mucho que sufro al ver que las iglesias están abiertas a los siervos y a los mendigos, mientras que a mí se me ha prohibido la entrada en ellas.

Como cada una de las anteriores palabras iban

acompañadas de suspiros y sollozos, Rufino le propuso:

—Señor, si quieres, iré a ver a Ambrosio y le pediré que te levante la prohibición y te libere de ese impedimento.

—Sería inútil, —contestó Teodosio—; ni tú, ni todo el poder imperial conseguirán apartar a ese hombre del cumplimiento de la ley de Dios.

No obstante, Rufino insistió ante Teodosio para que le permitiera hacer lo que le proponía, asegurándole que él se las compondría para ablandar el corazón del arzobispo y conseguir que éste le perdonara. El emperador al cabo accedió y quedaron en que el general iría a ver al prelado, y en que un poquito después comparecería también Teodosio.

San Ambrosio recibió a Rufino, pero, antes de que éste pronunciara una sola palabra, le dijo:

—Rufino, al venir aquí con semejante embajada te haces cómplice de la carnicería perpetrada por tu señor y te comportas con el descaro de los perros, puesto que ni sientes vergüenza ni te sonrojas de presentarte ante mí a ladrar contra la majestad divina.

A pesar de esta imprecación el general se atrevió a interceder en favor de Teodosio, y hasta le anunció que el emperador había venido detrás y aguardaba fuera. San Ambrosio, al oír esto, inflamado de sobrenatural celo, exclamó:

—Te hago saber que mantengo la prohibición de que ese hombre traspase los umbrales de la casa de Dios, y que estoy dispuesto a afrontar la muerte de buen grado si, por conservarme fiel a mis deberes, él, haciendo uso tiránico de su poder, me condena a ella.

Rufino salió de la estancia y comunicó a Teodosio el resultado negativo de la entrevista. Teodosio entonces dijo al general:

—Me presentaré ante él y aceptaré cuantos reproches quiera hacerme, pues los merezco.

Seguidamente entró el emperador a ver al santo y le suplicó que le levantase la censura que sobre él pesaba. San Ambrosio nuevamente le intimó la prohibición de mancillar con su presencia la santidad de los lugares sagrados, y luego le preguntó:

—¿Qué penitencias has hecho después de haber cometido tan horrorosas iniquidades?

—Imponme las que quieras; yo las aceptaré — respondió Teodosio.

Inmediatamente, el emperador, tratando de conmover el corazón del santo, le recordó que también David había cometido adulterio y homicidio; pero san Ambrosio le replicó:

—Si has imitado a David pecador imítale también en el arrepentimiento y santidad posteriores.

Mostróse el emperador dispuesto a cumplir humildemente la penitencia pública que el arzobispo tuviera a bien imponerle; éste se la impuso; él la cumplió; y así pudo entrar en la iglesia. El primer día que lo hizo tras de su reconciliación canónica, el emperador avanzó por la nave, llegó hasta el presbiterio y ocupó uno de los sitiales que en el mismo había. San Ambrosio entonces se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Esperar a que comience la misa para tomar parte en los sagrados misterios, —respondió Teodosio.

El santo le advirtió:

—Emperador, el presbiterio y toda esta parte del templo aislada con verjas constituyen un lugar especialmente santo, reservado a los sacerdotes; sal, pues, de este recinto y colócate en el sector destinado al pueblo. La púrpura te ha convertido en emperador, pero no en presbítero; ni siquiera en simple clérigo. Ante Dios eres uno más entre los fieles.

Teodosio obedeció inmediatamente, y tuvo en adelante en cuenta esta advertencia, porque cuando regresó a Constantinopla, un día, al asistir a los divinos oficios, se colocó entre la gente, fuera, por tanto, del espacio acotado por las verjas interiores del templo. El obispo, en cuanto lo vio, le invitó a que pasara adentro, pero él le respondió:

—Durante mucho tiempo he vivido sin advertir la diferencia que existe entre un emperador y un sacerdote y sin conocer a un verdadero maestro de la verdad; pero hace poco he conocido a uno digno de este nombre, a un auténtico pontífice: a Ambrosio, el arzobispo de Milán.

Octava: La ortodoxia y extraordinaria excelencia de su doctrina.

San Jerónimo, en su capítulo doce de su tratado *Sobre los Doctores,* escribe: «Ambrosio se remonta a las más elevadas alturas y en ellas se mueve con celeridad semejante a la de los pájaros cuando vuelan por el aire, y sube tan arriba que parece como si llegara al cielo y adquiriese en él los frutos de la verdad».

El mismo autor, en otro lugar, refiriéndose a la seguridad de su ortodoxia, dice: «Sus sentencias son tan firmes que pueden considerarse como au-

ténticas columnas de la fe, de la Iglesia, y de todas las virtudes».

En cuanto a la corrección y elegancia de sus escritos, san Agustín, en el *Libro de las bodas y de los contratos,* cita este elogio hecho al santo por el heresiarca Pelagio: «El obispo san Ambrosio, en cuyas obras más que en las de otros autores resplandece la fe romana, es, por la belleza de su estilo, como una hermosa flor entre los demás autores latinos». A continuación, ya por su parte, san Agustín añade: «Ni sus mayores enemigos se han atrevido a poner reparo alguno ni a su ortodoxia ni a la rigurosa exactitud con que interpretó las Sagradas Escrituras».

La prueba más convincente de la suma autoridad de que goza su doctrina la tenemos en que los antiguos escritores, y entre ellos el propio san Agustín, lo citaban como un oráculo. Un ejemplo de esto: san Agustín refirió a Jenaro lo siguiente. «Como mi madre, extrañada, me preguntara que por qué en Milán se ayunaba los sábados y yo no supiera qué responderle, hícele yo la misma pregunta a san Ambrosio, y él me contestó: cuando vayas a cualquier parte de la cristiandad atente a las costumbres de sus respectivas iglesias; haz lo que en cada una de ellas estuviere mandado; de ese modo ni nadie te escandalizará ni tú escandalizarás a nadie. Desde entonces he reflexionado mucho sobre esta respuesta, y cuanto más medito en ella más me convenzo de que parece estar dictada por un oráculo celestial.»

A continuación de la vida de san Ambrosio debieran seguir las de los mártires Tiburcio y Valeriano; pero las omitimos aquí porque las incluimos en la leyenda de santa Cecilia.

Capítulo LVIII

SAN JORGE

Georgius, forma latina del nombre de Jorge, puede derivar de *geos* (tierra) y de *orge* (cultivo), y significar agricultor o cultivador de la tierra, es decir, de la propia carne. San Agustín, en el Libro *Sobre la Trinidad,* dice que la buena tierra suele hallarse en la altura de los montes, en las laderas y en las llanuras. La primera produce buenos pastos, la segunda ricos viñedos, y la tercera excelentes cereales. San Jorge fue buena tierra de altura, por su desprecio de las cosas viles y la lozanía de su santidad; fue buena tierra de ladera, por la fertilidad de su discreción y la generosidad del vino de la alegría eterna; y fue tierra óptima de llanura, por la humildad de su vida, feraz en frutos de buenas obras.

Pero *Georgius* puede provenir también de *gerar* (sagrado) y de *gyon* (arena) y significar algo así como arena santa. Arena santa fue este santo por la gravedad de sus costumbres, por el anonadamiento de su humildad y por la sequedad o ausencia de apetitos voluptuosos. Dentro de esta misma etimología de *gerar* y, como *gyon* significa también *combatiente,* Jorge podría significar *santo luchador,* y muy apropiadamente, porque san Jorge supo hacer frente, sin rendirse, a las embestidas de un dragón y a los ataques de sus verdugos.

La palabra *Georgius,* finalmente, podría haber resultado de la unión de los vocablos *gero* (peregrino), *gir* (cortadura) e *ys* (consejero), tres conceptos que encajan maravillosamente en la historia de este santo, que peregrinó por la vida despreciando las cosas del mundo, vio *cortado* el hilo de su existencia por el martirio y dio excelentes *consejos* a cuantos asistieron a sus predicaciones sobre el reino de Cristo.

El concilio de Nicea incluyó la *Historia de san Jorge* en las obras apócrifas, debido a que eran varios y bastante diferentes los relatos que circulaban acerca de su martirio. En el calendario de Beda, por ejemplo, se dice que fue martirizado en la ciudad persa de Diáspoli, próxima a Jope y llamada antiguamente Lida. En cambio en otros relatos se asegura que murió por orden de los emperadores Diocleciano y Maximiano; en otros, que por mandato de Diocleciano, emperador de los persas en presencia de ochenta reyes; y en otros, se sostiene que quien ordenó su muerte fue el gobernador Daciano, en tiempos de Diocleciano y de Maximiano.

San Jorge fue un tribuno, oriundo de Capadocia. En cierta ocasión llegó a una ciudad llamada Silca, en la provincia de Libia. Cerca de la población había un lago tan grande que parecía un mar; en dicho lago se ocultaba un dragón de tal fiereza

y tan descomunal tamaño, que tenía amedrentadas a las gentes de la comarca, pues cuantas veces intentaron capturarlo tuvieron que huir despavoridas a pesar de que iban fuertemente armadas. Además, el monstruo era tan sumamente pestífero, que el hedor que despedía llegaba hasta los muros de la ciudad y con él infestaba a cuantos trataban de acercarse a la orilla de aquellas aguas. Los habitantes de Silca arrojaban al lago cada día dos ovejas para que el dragón comiese y los dejase tranquilos, porque si le faltaba el alimento iba en busca de él hasta la misma muralla, los asustaba y, con la podredumbre de su hediondez, contaminaba el ambiente y causaba la muerte a muchas personas. Al cabo de cierto tiempo los moradores de la región quedáronse sin ovejas o con un número muy escaso de ellas, y como no les resultaba fácil recebar sus cabañas, celebraron una reunión y en ella acordaron arrojar cada día al agua, para comida de la bestia, una sola oveja y a una persona, y que la designación de ésta se hiciera diariamente, mediante sorteo, sin excluir de él a nadie. Así se hizo; pero llegó un momento en que casi todos los habitantes habían sido devorados por el dragón. Cuando ya quedaban muy pocos, un día, al hacer el sorteo de la víctima, la suerte recayó en la hija única del rey. Entonces éste, profundamente afligido, propuso a sus súbditos:

—Os doy todo mi oro y toda mi plata y hasta la mitad de mi reino si hacéis una excepción con mi hija. Yo no puedo soportar que muera con semejante género de muerte.

El pueblo, indignado, replicó:

—No aceptamos. Tú fuiste quien propusiste que las cosas se hicieran de esta manera. A causa de tu proposición nosotros hemos perdido a nuestros hijos, y ahora, porque le ha llegado el turno a la tuya, pretendes modificar tu anterior propuesta. No pasamos por ello. Si tu hija no es arrojada al lago para que coma el dragón como lo han sido hasta hoy tantísimas otras personas, te quemaremos vivo y prenderemos fuego a tu casa.

En vista de tal actitud el rey comenzó a dar alaridos de dolor y a decir:

—¡Ay, infeliz de mí! ¡Oh, dulcísima hija mía! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo alegar? ¡Ya no te veré casada, como era mi deseo!

Después, dirigiéndose a sus ciudadanos les suplicó:

—Aplazad por ocho días el sacrificio de mi hija, para que pueda durante ellos llorar esta desgracia.

El pueblo accedió a esta petición; pero, pasados los ocho días del plazo, la gente de la ciudad trató de exigir al rey que les entregara a su hija para arrojarla al lago, y clamando, enfurecidos, ante su palacio decían a gritos:

—¿Es que estás dispuesto a que todos perezcamos con tal de salvar a tu hija? ¿No ves que vamos a morir infestados por el hedor del dragón que está detrás de la muralla reclamando su comida?

Convencido el rey de que no podría salvar a su hija, vistióla con ricas y suntuosas galas y abrazándola y bañándola con sus lágrimas, decía:

—¡Ay, hija mía queridísima! Creía que ibas a darme larga descendencia, y he aquí que en lugar de eso vas a ser engullida por esa bestia. ¡Ay, dulcísima hija! Pensaba invitar a tu boda a todos los príncipes de la región y adornar el palacio con margaritas y hacer que resonaran en él músicas de órganos y timbales. Y ¿qué es lo que me espera? Verte devorada por ese dragón. ¡Ojalá, hija mía, —repetíale mientras la besaba— pudiera yo morir antes que perderte de esta manera!

La doncella postróse ante su padre y le rogó que la bendijera antes de emprender aquel funesto viaje. Vertiendo torrentes de lágrimas, el rey la bendijo; tras esto, la joven salió de la ciudad y se dirigió hacia el lago. Cuando llorando caminaba a cumplir su destino, san Jorge encontróse casualmente con ella y, al verla tan afligida, preguntóle la causa de que derramara tan copiosas lágrimas.

La doncella le contestó:

—¡Oh buen joven! ¡No te detengas! ¡Sube a tu caballo y huye a toda prisa, porque si no también a ti te alcanzará la muerte que a mí me aguarda.

—No temas, hija —repuso san Jorge—; cuéntame lo que te pasa y dime qué hace allí aquel grupo de gente que parece estar asistiendo a algún espectáculo.

—Paréceme, piadoso joven —díjole la doncella— que tienes un corazón magnánimo. Pero, ¿es que deseas morir conmigo? ¡Hazme caso y huye cuanto antes!

El santo insistió:

—No me moveré de aquí hasta que no me hayas contado lo que te sucede.

Refirióle la muchacha su caso, y cuando terminó su relato díjole Jorge:

—¡Hija, no tengas miedo! En el nombre de Cristo yo te ayudaré.

—¡Gracias, valeroso soldado! —replicó ella— pero te repito que te pongas inmediatamente a

salvo si no quieres perecer conmigo. No podrás librarme de la muerte que me espera, porque si lo intentaras morirías tú también; ya que yo no tengo remedio, sálvate tú.

Durante el diálogo precedente el dragón sacó la cabeza de debajo de las aguas, nadó hasta la orilla del lago, salió a tierra y empezó a avanzar hacia ellos. Entonces la doncella, al ver que el monstruo se acercaba, aterrorizada, gritó a Jorge:

—¡Huye! ¡Huye a toda prisa, buen hombre!

Jorge, de un salto, se acomodó en su caballo, se santiguó, se encomendó a Dios, enristró su lanza, y, haciéndola vibrar en el aire y espoleando a su cabalgadura, dirigióse hacia la bestia a toda carrera, y cuando la tuvo a su alcance hundió en su cuerpo el arma y la hirió. Acto seguido echó pie a tierra y dijo a la joven:

—Quítate el cinturón y sujeta con él al monstruo por el pescuezo.

No temas, hija; haz lo que te digo.

Una vez que la joven hubo amarrado al dragón de la manera que Jorge le dijo, tomó el extremo del ceñidor como si fuera un ramal y comenzó a caminar hacia la ciudad llevando tras de sí al dragón que la seguía como si fuese un perrillo faldero. Cuando llegó a la puerta de la muralla, el público que allí estaba congregado, al ver que la doncella traía a la bestía, comenzó a huir hacia los montes y collados, dando gritos y diciendo:

—¡Ay de nosotros! ¡Ahora sí que pereceremos todos sin remedio!

San Jorge trató de detenerlos y de tranquilizarlos.

—¡No tengáis miedo! —les decía—. Dios me ha traído hasta esta ciudad para libraros de este monstruo ¡Creed en Cristo y bautizaos! ¡Ya veréis cómo yo mato a esta bestia en cuanto todos hayáis recibido el bautismo!

Rey y pueblo se convirtieron y, cuando todos los habitantes de la ciudad hubieron recibido el bautismo san Jorge, en presencia de la multitud, desenvainó su espada y con ella dio muerte al dragón, cuyo cuerpo, arrastrado por cuatro parejas de bueyes, fue sacado de la población amurallada y llevado hasta un campo muy extenso que había a considerable distancia.

Veinte mil hombres se bautizaron en aquella ocasión. Es de advertir que en el cómputo no se incluyeron ni a las mujeres ni a los niños.

El rey, agradecido, hizo construir una iglesia enorme, dedicada a Santa María y a san Jorge. Por cierto que al pie del altar de la citada iglesia comenzó a manar una fuente muy abundante de agua tan milagrosa que cuantos enfermos bebían de ella quedaban curados de cualquier dolencia que les aquejase.

Igualmente, el rey ofreció a Jorge una inmensa cantidad de dinero que el santo no aceptó, aunque sí rogó al monarca que distribuyese la fabulosa suma entre los pobres.

Cuatro recomendaciones hizo san Jorge al rey dejándole bien instruido sobre el contenido de las mismas: que protegiera los templos del Señor en todo su reino; que tuviese mucho respeto a los sacerdotes; que asistiese diligentemente a los oficios divinos; y, finalmente, que fuese muy generoso con los pobres. Después de catequizarlo convenientemente, san Jorge dio un beso de paz al monarca y se marchó de la ciudad.

En algunos libros la historia del dragón se narra más compendiosamente, diciendo meramente a este propósito que, cuando uno de estos monstruos trataba de devorar a una joven, san Jorge se santiguó, empuñó su espada, atacó a la bestia y la mató.

Por aquel tiempo, siendo emperadores Diocleciano y Maximiano, el presidente Daciano desencadenó una horrorosa persecución contra la Iglesia, con tal saña que en cosa de un mes fueron martirizados diecisiete mil cristianos; y no se produjeron más víctimas porque muchos de los perseguidos, vencidos por las torturas, renegaron de Cristo y consintieron en ofrecer sacrificios a los ídolos.

Dícese que san Jorge, interiormente afligido por el espectáculo de aquellas matanzas y por las defecciones que entre los fieles se producían, renunció a su carrera política y militar, distribuyó sus bienes entre los pobres, y, vistiéndose como solían vestir en aquella época los cristianos, se echó a la calle y empezó a predicar a las multitudes repitiendo frases como éstas: «Los dioses de los paganos son verdaderos demonios. El único Dios auténtico es el que creó el cielo y la tierra».

El gobernador, al enterarse de esto, llamó al predicador y le preguntó:

—¿Con qué derecho llamas demonios a nuestros dioses? ¿Quién eres tú? ¿De dónde eres? ¿En nombre de quién dices lo que por ahí andas diciendo?

El santo le respondió:

—Me llamo Jorge; soy de Capadocia; pertenez-

co a un familia de noble abolengo. He sido militar; con la ayuda de Cristo conquisté las tierras de Palestina; pero he renunciado al señorío que me fue reconocido sobre ellas, a mis títulos y cargos y a mi oficio y a todos los bienes que poseía para sin trabas de honores y de riquezas, servir directamente al Dios del cielo.

El gobernador trató de hacerle ver la conveniencia de que renunciara a su fe, mas al no conseguirlo ordenó que le dieran los siguientes tormentos: que le ataran a un potro, que le rasgaran las carnes con garfios de hierro, que aplicaran teas encendidas a sus costados, que le quemaran las entrañas tras ponerlas al decubierto y que le restregaran con sal todo su cuerpo llagado.

Después de haberle torturado tan atrozmente durante todo el día, al llegar la noche el Señor rodeado de vivísima claridad se apareció al mártir, lo consoló con dulcísimas palabras, y lo dejó tan confortado que a Jorge le pareció que cuanto había padecido a lo largo de la jornada carecía enteramente de importancia.

Convencido Daciano de que por el procedimiento seguido con aquel hombre no podría conseguir de él lo que pretendía, hizo venir a un hechicero y le dijo:

—Los cristianos, valiéndose de artes mágicas, toman a broma los suplicios a que los sometemos y se niegan a ofrecer sacrificios a nuestros dioses.

El hechicero le propuso:

—Deja a ese sujeto de mi cuenta; si no logro vencer su resistencia córtame la cabeza.

Inmediatamente el mago comenzó a planear sus brujerías; preparó una pócima de vino envenenado e, invocando el nombre de sus dioses, dióselo a beber a Jorge. Este se santiguó, tomó en sus manos la redoma del vino, bebió hasta la última gota de aquel licor emponzoñado, y se quedó tan campante; aquella bebida no le produjo daño alguno.

El mago preparó un veneno mucho más fuerte que el anterior. Jorge, tras santiguarse , se lo bebió de un trago. Tampoco en esta ocasión sintió la menor molestia. En vista de ello el hechicero postróse a los pies del santo y, con muchas muestras de arrepentimiento, llorando, le pidió perdón por haber tratado de envenenarlo, y se convirtió al cristianismo. En cuanto el gobernador se enteró de que el mago se había hecho cristiano, lo condenó a muerte y momentos después el nuevo convertido fue decapitado.

Al día siguiente Jorge fue atado a una rueda que giraba en una órbita llena de espadas de doble filo; pero nada más poner en marcha el cruel artefacto la rueda se quebró y Jorge salió de la prueba totalmente ileso. Presa de inmenso furor, el juez mandó que frieran al santo en una descomunal sartén llena de plomo derretido. Entró Jorge en la sartén haciendo la señal de la Cruz, tendióse en ella y se sintió tan a gusto como si estuviese tomando un baño delicioso.

En vista de que con amenazas y torturas no conseguía nada, Daciano cambió de táctica e intentó probar fortuna recurriendo al procedimiento de los halagos y de las promesas.

—Jorje, hijo mío, —díjole el gobernador— ya ves cuán buenos son nuestros dioses contigo; blasfemas de ellos y no sólo no se enfadan, sino que pacientemente soportan tus ataques y se muestran dispuestos a perdonar tus injurias si te conviertes a nuestra religión. Yo creo, amadísimo hijo, que debes hacer lo que te aconsejo; abandona esas supersticiones cristianas y da culto a nuestros ídolos; no te pesará, porque ellos y yo te colmaremos de honores.

Jorge, sonriendo, le contestó:

—¿Por qué en vez de ensañarte conmigo torturándome despiadadamente, no me dijiste estas cosas desde el principio? Por aquí debieras haber empezado. Esto ya está mejor. Aquí me tienes, dispuesto a hacer lo que me propones.

Daciano no se dio cuenta de la ironía que implicaba tal respuesta, y tomándola sen serio, rebosando de alegría, mandó publicar un pregón, convocando al público para que asistiera a los sacrificios que Jorge, depuesta su actitud anterior de obstinación, ofrecería por fin en honor de los ídolos. Mandó el gobernador que la ciudad fuese engalanada. El día previsto para el gran acontecimiento, la multitud, curiosa, alegre y expectante, abarrotó el templo en que Jorge iba a adorar públicamente a los dioses. A la hora convenida Jorge entró en el recinto, se arrodilló y pidió interiormente al Señor que, por el honor debido a su santo nombre y para favorecer la conversión del pueblo, se dignara destruir aquel edificio y las imágenes de los ídolos, de manera que no quedara el menor vestigio ni del templo ni de las estatuas idolátricas que en él había. Nada más acabar su oración descendió del cielo una ráfaga de fuego tan potente que en un abrir y cerrar de ojos redujo a cenizas el templo, las imágenes y hasta las personas de los sacerdotes paganos que promovían la idolatría. Des-

pués, en un segundo momento, la tierra se abrió, engulló los montones de cenizas, y se cerró de nuevo.

A propósito de este episodio dice san Ambrosio en el prefacio que compuso en honor de este santo: «Cuando los enemigos de la fe habían relegado al silencio y arrinconado la profesión cristiana, el fidelísimo Jorge, defensor de Cristo, fue el único, entre numerosísimos cristianos acobardados, que confesó valientemente el nombre del Hijo de Dios. Por eso la gracia divina descensió sobre él y le concedió tanta fortaleza y constancia que logró mantenerse firme, sin claudicar ante los tiranos, a quienes hizo frente, ni ante los innumerables tormentos a que fue sometido. ¡Oh dichoso e ínclito paladín del Señor! ¡Tú permaneciste incorruptible a los halagos y seductoras promesas! ¡Tú conseguiste sumergir a los ídolos en el abismo por medio de un portentoso milagro y sorprender al perseguidor que trataba de sorprenderte y engañarte a ti!» Esto escribió san Ambrosio.

Daciano, enterado de lo ocurrido, hizo comparecer ante sí a Jorge y le dijo:

—Eres el más abominable de los hombres. ¿Cómo es posible que tu malicia haya llegado hasta el extremo de cometer un crimen tan horrible?

Jorge le respondió:

—¡Señor y rey! No me juzgues tan severamente. Ven conmigo y verás cómo ofrezco sacrificios.

—No lograrás engañarme de nuevo, —contestó Daciano—. Ya sé lo que pretendes; quieres que te acompañe para que la tierra me trague también a mí como tragó al templo y a las imágenes de mis dioses.

Entonces Jorge le increpó de esta manera:

—¡Dime, miserable, dime! ¿Cómo podrán ayudarte esos dioses que no pudieron ayudarse a sí mismos?

A este diálogo asistía Alejandría, esposa de Daciano. Presa de incontenible indignación, éste, volviéndose hacia ella, exclamó:

—¡Oh esposa mía! Es tanta la rabia que siento al ver que este hombre me ha vencido, que creo que voy a morir de despecho.

Alejandría le respondió:

—No me extrañaría nada, ioh tirano, cruel verdugo! ¿No te dije infinidad de veces que dejaras de perseguir a los cristianos? ¿No te he advertido insistentemente que estos hombres cuentan con la protección de su Dios? Pues ahora te digo todavía más; presta atención a mis palabras: yo quiero hacerme cristiana.

Daciano, estupefacto exclamó:

¡Oh dolor! ¿Que es lo que oigo? Pero, ¿es que también a ti te han seducido?

En aquel momento el gobernador mandó que colgaran a su esposa por los cabellos de una viga, y que la azotaran sin piedad hasta que muriera en el tormento.

Mientras padecía este suplicio, Alejandría, mirando a Jorge que se hallaba presente, le dijo:

—¡Oh Jorge, luz de la verdad! ¿Qué va a ser de mí pues voy a morir y no estoy bautizada?

El santo le respondió:

—¡Hija mía! No te preocupes por esto. La sangre que estás derramando tiene en este caso el mismo valor que el bautismo y equivale a una corona de gloria.

Al poco rato, la esposa de Daciano, sin dejar de orar al Señor mientras pudo, expiró.

A propósito del martirio de esta mujer escribió san Ambrosio: «También por esta causa fue condenada a muerte por su cruel marido la reina de los Persas, que, aunque aún no había recibido la gracia del bautismo, mereció y obtuvo la palma de los mártires, pues no podemos dudar de que la roja corriente de su sangre derramada por amor a Cristo le abrió las puertas del cielo para que entrara en el reino de la bienaventuranza eterna». Esto dice san Ambrosio.

Daciano, en cuanto expiró su esposa, condenó a Jorge a ser arrastrado por la ciudad hasta llegar al sitio en que había de ser decapitado, al día siguiente se ejecutó la sentencia. El santo, antes de morir, rogó al Señor que se dignara conceder a cuantos le pidieran algo por mediación suya lo que solicitasen, y mereció oír una voz que decía desde lo alto: «Ten la seguridad de que este ruego tuyo ha sido escuchado en el cielo y será tenido en cuenta». Acto seguido el verdugo segó la cabeza del invicto mártir. Su muerte ocurrió en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, que iniciaron su gobierno hacia el año 287 de la era cristiana.

Daciano presenció la ejecución, pero acabada la misma, cuando regresaba a su palacio con varios acompañantes, tanto éstos como él perecieron abrasados y carbonizados por una ráfaga de fuego que repentinamente cayó sobre ellos desde lo alto.

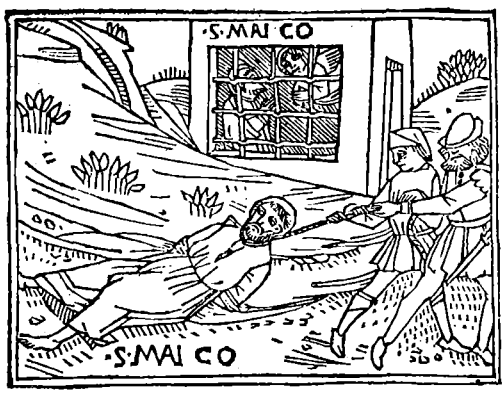
San Gregorio de Tours refiere el caso siguiente: en cierta ocasión unos peregrinos llevaban consigo algunas reliquias de san Jorge encerradas en una

arqueta, y al sobrevenirles la noche decidieron albergarse en un oratorio. A la mañana siguiente, cuando trataron de reanudar su viaje, por más esfuerzos que hicieron no lograron levantar del suelo la arquilla de las reliquias, por lo cual se vieron obligados a dejarla en aquel lugar.

En la Historia de Antioquía se lee este otro episodio: yendo los soldados cristianos hacia Jerusalén para apoderarse de la ciudad santa, apareciósele a uno de los capellanes un joven hermosísimo, diciéndole que era san Jorge, y que no sólo los protegería, sino que actuaría como jefe de las tropas en las batallas de la conquista si llevaban con ellos las reliquias de su cuerpo. Así ocurrió, en efecto; porque cuando estaban sitiando la ciudad defendida por los sarracenos, no atreviéndose los sitiadores cristianos a escalar las murallas, el santo se les apareció, vestido de blanco, perfectamente armado y enarbolando a modo de estandarte una cruz roja, y con enardecidas palabras los animó a que le siguieran y escalaran sin miedo alguno, como él iba a hacerlo, las murallas. Siguiendo, pues, a san Jorge, dice esa citada historia, los soldados cristianos treparon hasta las almenas, conquistaron la ciudad de Jerusalén y dieron muerte a los sarracenos que la ocupaban.

Capítulo LIX

SAN MARCOS, EVANGELISTA



Marcos quiere decir *sublime en lo mandado, seguro, modesto,* y *amargo.* Todas estas significaciones encajan perfectamente en el caso de este santo, que fue: *sublime en lo mandado,* por la perfección de su vida, durante la cual no solamente observó los mandamientos generales de la ley de Dios, sino también los consejos evangélicos que implican compromisos más elevados que los del Decálogo; *seguro* en la doctrina de su evangelio, y tan seguro que todo cuanto en él refiere lleva el aval de san Pedro, su maestro, porque san Pedro fue quien contó a san Marcos lo que luego éste puso por escrito; *modesto* y profundamente humilde, hasta el extremo de que sintiéndose indigno del sacerdocio se amputó el dedo pulgar de su mano derecha para que no pudieran ordenarle; *amargo* por la acerbidad de las penas que sufrió, entre otras la de ser arrastrado por las calles de la ciudad; precisamente murió a consecuencia de este tormento tan duro.

Marcos, en latín *Marcus,* significa también cualquiera de esos martillos de gran tamaño mediante los cuales los herreros, al manejarlos producen tres efectos: machacan el hierro, emiten sonidos metálicos y afianzan más y más el yunque. A tenor de esta significación, nuestro evangelista, haciendo honor a su nombre, con la doctrina de su evangelio machacó la perfidia de los herejes, extendió por el mundo la agradable melodía de las divinas alabanzas, y contribuyó al afianzamiento de la Iglesia.

1. San Marcos, evangelista, levita y sacerdote, por el bautismo fue hijo espiritual de san Pedro, y por la formación doctrinal su discípulo. Años más tarde marchó con su padre y maestro a Roma y, cuando éste predicaba el Evangelio en la capital del Imperio, los fieles de la ciudad rogaron a san Marcos que pusiera por escrito los relatos del apóstol a fin de que las generaciones venideras tuvieran conocimiento de ellos. San Marcos accedió a estos ruegos y transcribió cuanto directamente había oído contar a su maestro, quien, después de revisar minuciosamente lo que su discípulo había escrito, declaró que todo ello se ajustaba a la verdad y mandó a los fieles que lo tuvieran por verídico y bueno.

Viendo san Pedro que san Marcos perseveraba firme en la fe, lo envió a Aquileya para que predicara la palabra de Dios. Muchos fueron los gentiles de esta ciudad que se convirtieron a la fe de Cristo por la predicación de san Marcos. Dícese que la copia que se conserva todavía hoy en la catedral de Aquileya y que está expuesta a la veneración pública, la hizo de su propia mano el evangelista, reproduciendo literalmente la que había hecho anteriormente en Roma.

De entre los convertidos por él en Aquileya seleccionó a un ciudadano, llamado Ermágora, y lo envió a Roma para que recibiese la consagración episcopal de manos de san Pedro y regresase. Er-

mágoras, en efecto, fue obispo de la mencionada ciudad de Aquileya, cuya iglesia gobernó con notable acierto, siendo posteriormente apresado y martirizado por los infieles.

Una vez que Ermágoras se hizo cargo de la sede de su ciudad natal, san Pedro envió a san Marcos a Alejandría, siendo por tanto este evangelista el primero que predicó en ella la palabra de Dios. Alejandría, a la sazón, contaba con un censo muy nutrido de habitantes, y la mayor parte de ellos, según el testimonio de Filón, autor de máximo prestigio, en seguida de llegar san Marcos se convirtieron al cristianismo y constituyeron bajo la dirección del santo evangelista una comunidad ejemplar por la unidad en la fe, en la devoción y en la observancia de la castidad.

Papías, obispo de Jerusalén, en un relato de gran belleza literaria, nos ha dejado un extraordinario elogio de san Marcos, cuyo apostolado entre los alejandrinos describe san Pedro Damiano de esta manera: «Tan grande fue su influencia en Alejandría que cuantos acudían a él para ser catequizados poco después vivían como si fueran monjes, guardando continencia y practicando una espiritualidad muy elevada. Estos sorprendentes resultados se debieron no sólo a los milagros que hacía y a la elocuencia de su predicación, sino principalmente a los ejemplos que daba con la santidad eximia de su vida». Más adelante este mismo autor añade: «Después de su muerte su cuerpo fue llevado a Italia para que la tierra en que escribió su evangelio conservara perpetuamente sus sagrados restos. ¡Dichosa, tú, Alejandría, por haber sido regada con la sangre victoriosa de este santo! ¡Dichosa tú, también, Italia, por haber quedado enriquecida con el tesoro de su cuerpo!».

La humildad de san Marcos fue tan extraordinaria que, según se dice, para evitar que le ordenaran de sacerdote, se amputó el dedo pulgar de la mano derecha. No obstante, sobre este impedimento y sobre su profundísima modestia, prevaleció la autoridad de san Pedro que lo hizo obispo de Alejandría. También se cuenta que, nada más poner los pies en esta ciudad, su calzado se rompió e inutilizó repentinamente, y que él, interpretando el extraño suceso como un místico aviso de Dios, dijo: «Verdaderamente el Señor ha querido librarme de obstáculos. He quedado milagrosamente desembarazado de estas pieles muertas con que protegía mis pies; esto significa que en adelante Satanás no conseguirá atravesarse en mi camino». La crónica que refiere este episodio añade: El santo evangelista recogió sus destrozados zapatos, los colgó de uno de sus hombros y continuó caminando descalzo. Al pasar por una calle vio a un zapatero trabajando en su oficio y le entregó los restos de sus rotos zapatos para que se los arreglara. Estando el zapatero tratando de componer el averiado calzado del forastero, en un descuido se hirió gravemente en su mano izquierda y al sentir el dolor de la herida, exclamó, dando un grito a modo de interjección: ¡Unico Dios! San Marcos, al oír aquella exclamación, dijo al zapatero:

—Parece que el Señor quiere bendecir mi apostolado.

Acto seguido tomó del suelo un poco de polvo, lo mezcló con su saliva, hizo un emplasto, lo aplicó a la mano lastimada del zapatero y curó su herida repentinamente. El zapatero, admirado, invitó al desconocido a entrar en su casa y, una vez en ella, le preguntó quién era y de dónde venía. San Marcos le contestó:

—Soy un siervo de Jesús, el Señor.

—¡De buena gana conocería a tu amo! —comentó el zapatero.

San Marcos le dijo:

—Yo haré que lo conozcas inmediatamente.

Entonces el evangelista comenzó a catequizarlo e instruirlo en la fe, y acabada la catequesis el zapatero y todos los de su casa y familia recibieron el bautismo.

Enterados los habitantes de la ciudad de que había llegado a ella un galileo que se mostraba opuesto al culto a los dioses, comenzaron a aborrecerle y a tenderle insidias. Marcos, al advertir que trataban de obstruir su ministerio, consagró obispo al zapatero, que se llamaba Aniano, y se marchó a Pentápolis, en donde permaneció dos años, al cabo de los cuales regresó a Alejandría y se encontró con que la iglesia que antes de marcharse había hecho construir a la orilla del mar, sobre un acantilado, en un lugar llamado El Matadero, era frecuentada por muchísimos fieles.

Al saber los pontífices de los ídolos que Marcos había vuelto a la ciudad adoptaron determinadas medidas secretas para apoderarse de él, y el día de Pascua, cuando el santo estaba celebrando la solemne misa pascual, irrumpieron en el templo, lo apresaron, echáronle una soga al cuello, lo sacaron a tirones de la iglesia, y, con gran alborozo y no menor inhumanidad, lo arrastraron por las calles diciendo a gritos y en plan de mofa:

—«¡Ya tenemos al búfalo bien sujeto! ¡Llevémoslo *al matadero*!»

De tanto arrastrarle sobre los guijarros del pavimento, las carnes del santo iban desprendiéndose de su cuerpo; la sangre que brotaba de sus miembros formaba charcos entre las piedras del suelo. Después de haberle torturado tan cruelmente encerráronlo en un calabozo, en donde fue visitado primeramente por un ángel que lo consoló, y luego por el propio Señor Jesucristo en persona, que, tras de confortarle le dijo:

—¡Marcos evangelista! ¡No temas! ¡Mírame! ¡Soy yo! He venido para llevarte conmigo.

Al día siguiente, en cuanto amaneció, sus enemigos acudieron a la cárcel, pusiéronle nuevamente la soga al cuello y otra vez lo arrastraron por las calles y plazas gritando:

—¡Llevemos a este búfalo al matadero!

Marcos, confortado con la anterior visita de Cristo, en medio del renovado tormento daba gracias a Dios y decía:

—¡Señor! ¡En tus manos encomiendo mi espíritu!

Diciendo estas palabras exipiró en un momento de aquel atroz desfile. El martirio de este glorioso santo ocurrió hacia el año 57 de la era cristiana, siendo Nerón emperador de Roma.

Los paganos intentaron quemar su cuerpo pero, cuando estaban haciendo los preparativos para ello, se desencadenó una terrible tormenta, con tal aparato de relámpagos, truenos y granizos, que se vieron precisados a salir corriendo, cada cual para su casa, en busca de refugio, dejando abandonado en la calle el cadáver del santo que fue rápidamente recogido por los cristianos y sepultado con suma reverencia en la catedral.

Físicamente san Marcos fue un hombre de complexión fuerte, de nariz grande, semblante adusto y ojos muy bellos. Al morir ya estaba algo calvo y un tanto canoso en la cabeza y en su poblada barba, pero todavía no era viejo. Pese a su apariencia severa, fue moralmente muy afectuoso y espiritualmente vivió lleno de la gracia de Dios.

San Ambrosio dice de él: «En un tiempo en que san Marcos realizaba frecuentes milagros, aconteció que un zapatero a quien había confiado el arreglo de sus zapatos, estando realizando este trabajo, se cortó en la mano izquierda y al sentir el dolor de la herida exclamó: ¡Único Dios! El siervo de Dios, al oír esta exclamación se alegró mucho, e inmediatamente formó un linimento con su saliva, lo aplicó a la mano del zapatero y se la dejó repentinamente sana, de manera que el artesano aquel pudo continuar trabajando. Este milagro fue semejante a otro que hizo el Señor, cuando curó la vista de un ciego de nacimiento». Esto escribió san Ambrosio.

2. El año 468, en tiempos del emperador León, los venecianos trasladaron el cuerpo de san Marcos desde Alejandría a Venecia, donde construyeron en su honor una iglesia de maravillosa belleza. Unos mercaderes venecianos que habían ido a Alejandría sobornaron a los sacerdotes encargados de la custodia del sepulcro del santo evangelista, y a fuerza de súplicas y dádivas consiguieron que les permitieran llevarse con ellos los restos de san Marcos. Nada más sacar las sagradas reliquias del sepulcro en que se encontraban, se extendió por toda la ciudad un olor tan agradable, que los alejandrinos, ignorantes de lo que ocurría, comenzaron a preguntarse, unos a otros, admirados, de dónde podía proceder un aroma tan exquisito. Cuando los raptores estaban ya en alta mar comunicaron a lo navegantes de otra nave que iba de conserva con ellos, lo ocurrido, haciéndoles saber que llevaban en su barco el cuerpo del santo evangelista. Desde la otra embarcación uno de los pasajeros les dijo:

—¿No os habrán engañado? ¿No os habrán dado en lugar del cuerpo de san Marcos el de un egipcio cualquiera?

Nada más decir esto, el navío que llevaba los restos del santo giró por sí solo, a toda velocidad, y fue a dar contra el otro, en el que viajaba el pasajero que había puesto en duda la autenticidad de las reliquias; y tras romperle una parte del casco, tornó una y otra vez, y muchas más, a darle topetazos, que no cesaron hasta que todos cuantos en él viajaban reconocieron que en el barco agresor iba realmente el cuerpo de san Marcos.

Durante la misma travesía, una noche se levantó un fuerte temporal. A impulso del viento las naves avanzaban veloces. La agitación de las aguas era tan enorme que los navegantes ni podían mantenerse en pie ni enderezar el rumbo, ni sabían siquiera, debido a la absoluta obscuridad, el curso que llevaban. En medio de aquel desconcierto, san Marcos se apareció a uno de los monjes encargados de custodiar su cuerpo y le dijo:

—Avisa a los marineros, diles que arríen las velas y comunícales que no están lejos de tierra.

—Los marineros arriaron las velas, y en cuanto

amaneció comprobaron que a muy corta distancia había una isla. Pero su sorpresa fue aún mayor cuando al aproximarse a ella y bordear su litoral advirtieron que los habitantes de la misma acudían a la costa y desde ella les gritaban:

—¡Dichosos vosotros que lleváis a bordo el cuerpo de san Marcos! ¡Parad un poco para que podamos adorarlo!»

A pesar de los anteriores milagros todavía uno de los navegantes ponía en duda la autenticidad de aquellas reliquias. En castigo de su incredulidad el demonio se apoderó de él y lo atormentó, y no se vio libre de la posesión diabólica hasta que, postrado en tierra ante el cuerpo del santo, confesó públicamente que creía y reconocía que los restos que llevaban en el barco eran los de san Marcos y no los de otro hombre cualquiera. A partir de esta confesión glorificó a Dios y profesó durante toda su vida fervorosa devoción al santo evangelista.

Llegados a Venecia sepultaron secreta y provisionalmente el cuerpo de san Marcos debajo de una columna de mármol. Como fueron muy pocos los testigos de este sepelio y todos ellos mantuvieron el sigilo relativo al lugar en que se había efectuado y, con el paso de los años, uno tras otro, todos ellos murieron, llegó un tiempo en el que nadie sabía en qué sitio concreto había sido ocultado tan insigne tesoro. Cuantas pesquisas hicieron para averiguarlo resultaron infructuosas. Esto produjo en los venecianos gran decepción; los eclesiásticos lamentaban su ignorancia al respecto; los seglares compartían la tristeza de los clérigos; todos sentíanse igualmente apesadumbrados ante el general desconocimiento de dónde podrían haber sido enterradas las venerables reliquias de su insigne Patrono. Entre las personas piadosas eran muchas las que sospechaban que alguien pudiera haberles robado. Para salir de tan penosa incertidumbre hicieron un ayuno solemne y organizaron rogativas pidiendo a Dios que se dignara revelarles dónde estaba sepultado el santo cuerpo, y, al regresar de la solemnísima procesión con la que se cerraban las rogativas, estando ya el pueblo reunido nuevamente en la iglesia, quedaron estupefactos: todos los asistentes vieron como una a una, en perfecto orden, fueron desmontándose por sí mismas las piedras que formaban la columna de mármol que había en determinada parte del templo, y como después se desprendían por sí solas y se retiraban a un lado las losas del pavimento en que la columna se asentaba, y como seguidamente quedaba al descubierto el arca que contenía los restos del santo. Profundamente emocionados, los venecianos entonaron himnos de acción de gracias al Creador y acordaron que en adelante, perpetuamente, todos los años se celebrase solemnemente la fecha de la Invención de su Patrono.

Un joven tenía un cáncer en una tetilla. La carne de esta parte de su cuerpo estaba ya tan putrefacta que los gusanos pululaban entre los descompuestos tejidos de la horrible herida. Como no podía soportar los dolores que su dolencia le producía, comenzó a encomendarse a san Marcos y a pedirle interiormente que le curara. Una noche, mientras dormía, el enfermo soñó que veía a un peregrino caminando muy deprisa hacia alguna parte. El joven le preguntó:

—¿A dónde vas tan apresuradamente?

El peregrino, sin detenerse, extendió su brazo, tocó con su mano al joven enfermo y le dijo:

—Soy san Marcos; no puedo pararme; llevo mucha prisa porque hay en el mar un navío a punto de naufragar y sus marineros me han pedido que acuda rápidamente en su socorro; voy, pues, a sacarlos del apuro en que se hallan.

A la mañana siguiente el joven enfermo despertó y quedó sorprendido al comprobar que se encontraba totalmente curado. Unos días después arribó al puerto de Venecia un barco, cuyos tripulantes refirieron a la gente que cuando estaban a punto de irse a pique invocaron a san Marcos y que el santo evangelista había acudido en su socorro y los había librado del naufragio. Los venecianos dieron gracias a Dios por aquellos dos milagros a través de los cuales había puesto de manifiesto el eficaz poder de intercesión de su insigne Patrono.

3. Unos mercaderes venecianos que viajaban a Alejandría a bordo de un navío sarraceno, viéndose en inminente peligro de naufragio se arrojaron a una lancha y cortaron la cuerda que la unía a la nave. Momentos después ésta se hundió y los sarracenos que viajaban en ella quedaron envueltos en el feroz oleaje de la mar. Uno de los musulmanes invocó a san Marcos y a su modo hizo voto de que, si salvaba su vida, recibiría el bautismo de los cristianos y visitaría el sepulcro del santo evangelista. Inmediatamente el sarraceno vio como llegaba hasta él un hombre rodeado de resplandores, lo sacaba de entre las aguas y lo ponía a salvo en la lancha en que se encontraban los venecianos.

No obstante, cuando llegó a Alejandría se condujo ingratamente con su libertador, pues ni se bautizó ni pensó más en visitar el sepulcro de san Marcos. Pasado algún tiempo éste se presentó ante él y le reprochó su ingratitud. El sarraceno, comprendiendo que había obrado mal, hizo un viaje a Venecia, recibió el bautismo, en el que adoptó el nombre de Marcos, vivió cristianamente y, después de acumular méritos con sus buenas obras, murió.

4. Estando un obrero haciendo ciertas reparaciones en lo más alto del campanario de la iglesia de san Marcos de Venecia, perdió el equilibrio y, sin poder evitarlo, cayó rodando por el exterior del edificio rebotando en los diferentes salientes y cornisas del mismo y sufriendo numerosas contusiones y heridas; pero no perdió el conocimiento, y así pudo, en uno de aquellos rebotes, encomendarse al santo evangelista. Apenas invocó su protección, desde donde a la sazón se encontraba fue a caer a un árbol, en una de cuyas ramas quedó enganchado. Quienes desde abajo contemplaban horrorizados su caída, le lanzaron una soga, y agarrado a ella llegó al suelo. Pese a los golpes que en su caída había sufrido, cuando puso los pies en tierra hallábase no sólo vivo, sino enteramente sano, sin rastro alguno de las numerosas heridas que en tan violento descenso se había producido y, como ni siquiera se encontraba asustado, entonces mismo subió de nuevo al campanario y prosiguió la obra de reparación que en él estaba ejecutando, cual si no hubiera existido el anterior percance.

5. Un esclavo que estaba al servicio de un noble, en Provenza, hizo voto de visitar el sepulcro de san Marcos. No le resultaba fácil cumplirlo, porque su señor se negaba a darle permiso para desplazarse hasta Venecia; pero el esclavo, temiendo más faltar a la promesa hecha que a las prohibiciones de su amo, un día, sin que éste se enterara y a sabiendas de que obraba contra la voluntad de su dueño, salió clandestinamente de casa y se fue a Venecia a cumplir su voto. Cuando regresó de este viaje, su señor, que estaba muy indignado, ordenó a otros siervos suyos que arrancaran los ojos al recién llegado. El esclavo se encomendó a san Marcos. Sus compañeros de servidumbre, dispuestos a ejecutar la orden de su amo, tomaron unos palos, los afilaron, se agacharon delante de la víctima y comenzaron o intentaron comenzar a poner por obra el feroz encargo que habían recibido; pero sus intentos fueron vanos, porque tan pronto como acercaban los aguzados palos a los de su compañero, embotábanse las puntas o quebrábase el instrumento. Entonces el inicuo amo mandó que desistieran de su empeño, pero que trajesen un hacha y cortasen primero los pies y luego las piernas al esclavo. También en esto fracasaron porque, al descargar la herramienta sobre los miembros del mozo, el filo del hacha tornábase blando, se doblaba y no producía efecto alguno. En vista de esto dispuso el señor que machacaran la cara y los dientes del esclavo con mazos de hierro; mas, por disposición divina, cada vez que aquellos verdugos descargaban sus mazazos sobre su víctima, el hierro de los martillos perdía sus naturales propiedades. Al cabo el amo se rindió ante tan reiterados milagros, pidió perdón a su siervo y le rogó que lo acompañara en el viaje de peregrinación que también él quería hacer al sepulcro del santo; y, en efecto, aquel hombre, acompañado de su esclavo, fue a Venecia y visitó fervorosamente la sepultura de san Marcos.

6. Durante una batalla un soldado recibió una herida en una de sus muñecas, a consecuencia de la cual su mano quedó casi totalmente desprendida del brazo. Sus amigos y los médicos le decían que lo mejor era que se la amputaran del todo; pero él, que siempre había presumido de arrogante, rechazaba tal consejo, porque le horrorizaba la idea de que en adelante le tuvieran por manco. Como no podía seguir con la mano colgando de aquella manera, hizo que se la acoplaran lo mejor posible a la muñeca, que se la envolvieran en pomadas y en paños, y que la sujetaran al brazo a base de ligaduras. Hecho esto, se encomendó a san Marcos, pidiéndole que le protegiera y evitara que tuvieran que amputarle aquel miembro. Apenas hizo esta invocación sintió como que su mano hubiera quedado completamente sana; y así fue, en efecto, pues retiradas las ligaduras y vendas comprobóse que la mano se hallaba perfectamente unida al brazo, sin más vestigio del accidente anterior que una cicatriz que le quedó en la muñeca como testimonio del milagro de que había sido objeto y como estímulo, para que se mostrase agradecido durante el resto de su vida al santo que le había hecho tan insigne beneficio.

7. En la ciudad de Mantua, acusado por unos desalmados de cosas que no había hecho, cierto hombre fue encarcelado. A los cuarenta días de prisión, profundamente afectado y abatido por la injusticia de que estaba siendo víctima, el inocente

prisionero decidió invocar el patrocinio de san Marcos, y para mejor obtenerlo oró y ayunó durante tres días, al cabo de los cuales el santo evangelista se le apareció y le dijo que saliera de la cárcel sin temor alguno. Nuestro hombre supuso que lo que parecía visión, no había sido más que alucinación de sus sentidos producida por el estado de suma debilidad en que se hallaba. Lo mismo pensó cuando por segunda vez el santo se presentó ante él y nuevamente lo invitó a salir de la cárcel; pero, cuando poco después tuvo una tercera aparición similar a las anteriores, reflexionó, admitió que pudiera tratarse de una visión auténtica, y se dispuso a seguir el consejo del aparecido: miró a su alrededor, y advirtió que las puertas de la prisión estaban abiertas; llevó sus manos a las cuerdas con las que le tenían sujeto por los pies, y en cuanto tocó las ligaduras éstas se deshicieron como si fuesen de blanda estopa; libre de aquellas trabas empezó a caminar, salió a la calle, pasó por delante de los centinelas y de otras personas a quienes él veía perfectamente y, al observar que nadie le detenía ni le decía nada, llegó a la conclusión de que el santo le había hecho invisible para los guardianes de la cárcel y para cuantos pudieran haber obstaculizado su huida. Desde Mantua se trasladó a Venecia, visitó el sepulcro de san Marcos y dio devotamente las gracias a su libertador por el beneficio que le había hecho.

8. En cierta ocasión una pertinaz sequía asoló las tierras de Apulia, cuyos campos tornáronse áridos y estériles debido a que desde mucho tiempo atrás no había caído sobre ellos ni una sola gota de agua. Los habitantes de la comarca supieron por medio de una revelación que la sequía que los azotaba constituía un castigo del cielo porque no celebraban la fiesta de san Marcos. En cuanto tuvieron conocimiento de este sobrenatural aviso, se arrepintieron de su pecado colectivo de omisión, invocaron al santo e hicieron voto de guardar en adelante, como festivo, el día del santo evangelista, quien inmediatamente los liberó de la sequía haciendo que cayera agua abundante sobre toda la comarca, devolviendo la feracidad a sus tierras y proporcionándoles desde entonces óptimas condiciones del aire y lluvias oportunas.

9. Hacia el año 1212 de nuestra era vivía en el convento de la Orden de Predicadores de Pavía un religioso oriundo de Faenza, llamado fray Julián, joven de edad pero muy maduro de espíritu, fervoroso y santo. Este religioso cayó gravemente enfermo y rogó a su prior que le dijera si la enfermedad que padecía era mortal. El prior le respondió:

—Sí, hermano; la hora de tu muerte está cercana.

Fray Julián al oír esta noticia llenóse de alegría, y aplaudiendo con sus manos y demostrando con ademanes y movimientos de su cuerpo el regocijo que sentía, dijo a los otros religiosos:

—Acaban de comunicarme algo muy bueno. Permitidme, hermanos, que me muestre tan alegre y que exteriorice mi gozo porque me siento inmensamente feliz al saber que dentro de muy poco mi alma va a liberarse de su cárcel corporal.

Seguidamente, levantando sus brazos hacia el cielo, empezó a recitar este pasaje de la Biblia: «*Saca, Señor, mi espíritu de la mazmorra en que está aherrojado. ¿Quién me librará a mí, hombre infortunado, de este cuerpo mortal?*». Al instante quedó adormecido y vio que san Marcos venía hacia él y se colocaba a la cabecera de su cama, y oyó una misteriosa voz que preguntaba al santo: «Marcos, ¿qué haces aquí?». Oyó también que san Marcos respondía: «He venido a hacerme cargo de este moribundo cuyo ministerio ha sido muy grato al Señor». En su sopor, fray Julián entendió que la voz misteriosa preguntaba nuevamente: «¿Por qué has venido precisamente tú y no otro santo?». Oyó también que san Marcos contestaba: «Pues he venido precisamente yo porque este religioso ha sido muy devoto mío, y con edificante piedad ha visitado muchas veces el lugar en que reposa mi cuerpo; es natural, pues, que venga yo ahora a visitarle a él y a recoger su alma». En aquel momento fray Julián vio a una multitud de espíritus vestidos de blanco que llenaban el convento y oyó que san Marcos, dirigiéndose a ellos, les decía: «¿A qué habéis venido vosotros?». «Hemos venido», respondiéronle, «a recoger juntamente contigo el alma de fray Julián para llevarla a la presencia de Dios». Acto seguido el enfermo volvió en sí de su adormecimiento, llamó al prior, le refirió todo cuanto había visto y oído mientras estuvo dormido y, unos instantes después, inundado de alegría, se durmió de verdad en el Señor[1].

[1] La fecha «hacia el año 1212» en que se sitúa este episodio está, sin duda, equivocada, y el error debe atribuirse a algún copista, mas no a Santiago de la Vorágine, que estaba en perfectas condiciones de saber que en 1212 ni el convento de Pavía ni siquiera la Orden de Predicadores existían como tales. *(N. del T.).*

Capítulo LX

SAN MARCELINO, PAPA

Marcelino gobernó la Iglesia Romana durante nueve años y cuatro meses. Apresado por orden de los emperadores Diocleciano y Maximiano, y coaccionado para que ofreciera sacrificios en honor de los ídolos, primero se resistió, pero luego, en un momento en que le fallaron las fuerzas a causa de los crueles tormentos a que fue sometido, accedió a poner dos granos de incienso en el ara de las ofrendas. Este gesto fue acogido por los infieles con manifestaciones de ruidosa alegría, y por los fieles con inmensa tristeza. Los sentimientos de unos y otros en seguida cambiaron, porque Marcelino, recuperado de su anterior abatimiento y consciente de sus responsabilidades, se encaró con sus jueces y desafió sus amenazas. A pesar de tan valiente reacción, algunos cristianos continuaron escandalizados de que su pontífice supremo hubiese incurrido en aquel fallo y le reprocharon muy duramente su anterior debilidad. Marcelino convocó un concilio y se sometió humildemente a la decisión de los obispos, quienes reunidos en asamblea dijeron al papa:

—El sumo pontífice de la Iglesia no puede ser juzgado por nadie. Eres, pues, tú, quien tienes que juzgarte a ti mismo. Revisa por tanto tu propia causa y dicta sobre ella la sentencia que estimes oportuna.

Entonces Marcelino, derramando abundantes lágrimas y dando claras pruebas de arrepentimiento, hizo saber a los Padres conciliares y al pueblo, que en uso de su suprema autoridad se declaraba depuesto del sumo pontificado. Su decisión fue aceptada; pero, acto seguido, durante la misma asamblea, obispos y pueblo lo reeligieron y le confiaron nuevamente el gobierno de la Iglesia. Los césares, al enterarse de esto, dieron órdenes para que el papa fuese detenido y obligado a ofrecer sacrificios a los ídolos. Pero esta vez no consiguieron doblegar su ánimo. Enterados los emperadores de que se negaba rotundamente a adorar a sus dioses, se enfurecieron tanto, que imprimieron mayor virulencia a la campaña persecutoria contra los cristianos, dando muerte en aquel mes a diecisiete mil de ellos y condenando a Marcelino a ser degollado.

Cuando el santo pontífice marchaba hacia el lugar en que habían de decapitarle, hizo saber a sus fieles que se declaraba indigno de recibir cristiana sepultura, que con su autoridad de papa prohibía que su cuerpo fuese enterrado y que pronunciaba sentencia de excomunión contra cualquiera que tratara de dar tierra a sus restos. Debido a esto su cadáver permaneció insepulto durante treinta y cinco días, pero al cabo de ellos san Pedro se apareció a Marcelo, sucesor de Marcelino en el pontificado, y le dijo:

—Marcelo, hermano, ¿por qué no entierras mi cuerpo?

Marcelo le respondió:

—Señor, ¿qué quieres decir? ¿Acaso no estás ya enterrado?

—Mientras vea a Marcelino sin sepultura —aclaró el apóstol— también yo me considero insepulto.

A esto repuso Marcelo:

—Señor, ¿no sabes que Marcelino pronunció sentencia de excomunión contra quien se atreviera a dar tierra a sus restos?

San Pedro le contestó:

—Y ¿no sabes tú que está escrito que todo el que se humilla será ensalzado? A estas palabras de Cristo tienes que atenerte. ¡Anda! Dispón rápidamente lo necesario para que el cuerpo de tu antecesor sea sepultado al lado del mío.

San Marcelo ejecutó inmediatamente lo que san Pedro le había mandado.

Capítulo LXI

SAN VIDAL

Llamóse este santo Vidal, en latín *Vitalis* (de *vivens talis*), porque las obras exteriores de su vida habían de ser tales como eran los sentimientos interiores de su corazón.

Desde luego, Vidal proviene de *Vitalis,* y *vitalis* connota idea de vida y de alas, y puede significar *viviente dotado de alas.* Provisto de cuatro alas, como aquellos animales que vio Ezequiel, vivió san Vidal: del ala de la esparanza, con la que se remontó hacia el cielo; del ala del amor, mediante la cual se elevó hasta Dios; del ala del temor, que le permitió descender al borde del abismo, asomarse al infierno y ver lo que en él había; y del ala del conocimiento con la que voló hacia el interior de sí mismo.

Según se cuenta, la historia de su martirio fue hallada en un libro en el que se referían las vidas de los santos Gervasio y Protasio.

San Vidal fue durante algún tiempo soldado consular y estuvo casado con una mujer llamada Valeria con la que tuvo dos hijos: Gervasio y Protasio. En cierta ocasión hizo un viaje a Ravena acompañando a Paulino, juez encargado de juzgar a un médico de nombre Ursicino, el cual iba a ser juzgado no por ser médico, sino por profesar la religión cristiana. En aquel juicio Ursicino fue condenado primeramente a diversos tormentos, y finalmente a morir decapitado. Viendo Vidal que el mártir, acobardado por las terribles torturas a que estaba siendo sometido, daba algunas señales de desfallecimiento que pudieran ponerle en trance de renegar de su fe, trató de infundirle valor diciéndole a voces:

—¡Ursicino, hermano! ¡Animo! En el ejercicio de tu profesión como médico has salvado la vida a muchas personas; no te causes ahora a ti mismo la muerte eterna. Puesto que con lo que hasta este momento has padecido ya has conquistado la palma del martirio, no des lugar a que tus enemigos te arrebaten la corona que Dios te tiene preparada.

Confortado con estas palabras, Ursicino cobró nuevas fuerzas, se arrepintió de haber dado algunas muestras de debilidad, perseveró en la confesión de su fe y aceptó gustosamente la muerte.

Vidal recogió el cuerpo del decapitado y lo sepultó piadosamente. Después hizo saber a Paulino que renunciaba a seguir a su lado. Paulino se indignó mucho al oír que Vidal trataba de dejarle, pero se indignó aún más cuando supo que era cristiano y que, cuando estaba atormentando a Ursicino, habíale animado a permanecer firme en la fe e impedido con sus palabras que éste hubiera llegado a la apostasía; arrebatado, pues, de furor ordenó que Vidal fuese inmediatamente sometido al tormento del potro. Vidal escuchó en silencio la sentencia, pero luego encarándose con Paulino le dijo:

—Eres un necio si piensas que yo, que he reanimado a otros y los he exhortado a permanecer fieles a Cristo, voy a renegar de El por mucho que me atormentes.

Oído esto, Paulino dijo a sus soldados:

—Amarradlo bien, llevadlo con vosotros y obligadle a que adore a nuestros dioses, y, si se negare a ello, cavad un hoyo profundo, hasta que encontréis agua y enterradlo en él vivo y boca arriba.

Los soldados cumplieron a la letra las órdenes del juez: San Vidal fue enterrado vivo, en tiempos del emperador Nerón, que comenzó su reinado hacia el año 52 de la era cristiana.

El sacerdote pagano que sugirió a Paulino el género de muerte que debía padecer Vidal fue repentinamente atacado por el demonio, que entró en su cuerpo y lo obligó a permanecer durante siete días seguidos dando vueltas alrededor del pozo en que habían enterrado a san Vidal, y diciendo como un loco, sin cesar:

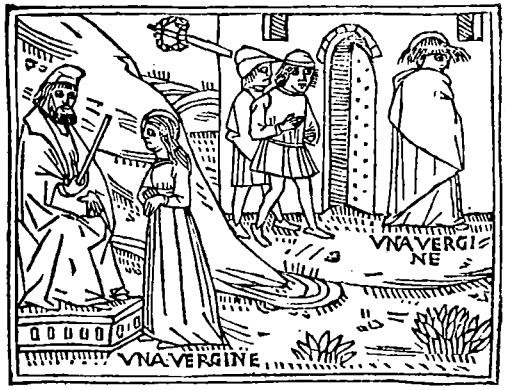
—¡San Vidal! ¡San Vidal! ¡Me estás abrasando!

Al final del séptimo día Satanás arrojó al endemoniado a la corriente de un caudaloso río en el que miserablemente pereció ahogado.

La mujer de san Vidal, al quedar viuda, se trasladó a Milán. Cuando iba de viaje a esta ciudad, en cierto lugar, unos paganos la invitaron a que comiera carne de la sacrificada a los dioses, pero ella se negó, manifestando que era cristiana y que le estaba vedado por su religión comer alimentos procedentes de sacrificios idolátricos. Al oír esto los infieles la golpearon y maltrataron tanto, que la dejaron medio muerta, y medio muerta la llevaron a Milán algunos miembros de su familia que hacían aquel viaje con ella, y en Milán, antes de tres días, voló su alma felizmente hasta el Señor.

Capítulo LXII

UNA SANTA DONCELLA DE ANTIOQUÍA



En la ciudad de Antioquía vivió una santa doncella cuya vida refiere san Ambrosio en el *Libro II de las Vírgenes* de esta manera:

«No hace mucho tiempo vivía en Antioquía una joven virgen tan recatada que ponía sumo cuidado en no dejarse ver en público; pero cuanto más se ocultaba de las miradas de las gentes más excitaba la curiosidad de los indiscretos y mayores apetitos libidinosos desencadenaba en el ánimo de los impúdicos. La hermosura conocida, no por contemplación visual directa, sino por referencias ajenas y de oídas, suele ser sumamente codiciada por algunos, puesto que reaviva en ellos dos fuerzas: la de la curiosidad y la del amor; y esto en tal manera, que al curioso, mientras no satisfaga su curiosidad, todo resúltale desabrido, y en nada pone tanto empeño como en satisfacerla, ya que su ánimo está encendido por el deseo de conocer lo que sus ojos todavía no han conocido. Esto fue cabalmente lo que ocurrió en el caso de esta doncella: como ella no quería despertar apetitos lascivos ni alimentar amorosamente esperanzas en nadie, y para conservar la integridad de su pudor y evitar lo que hemos dicho se ocultó de miradas indiscretas, resultó que aún antes de llegar a ser amada ya había concitado una gran curiosidad en torno a ella».

«Estando las cosas así, surgió la persecución contra los cristianos y con esto un serio problema para ella, pues por su corta edad no podía huir, y si se quedaba en la ciudad corría el riesgo de caer en manos de sus perseguidores y de que éstos atentaran contra su pudor. La jovencita, empero, se armó de valor para defender a toda costa su virginidad. La muerte no le importaba; incluso prefería y deseaba morir si con eso conseguía conservar intacta su castidad».

«Como fundadamente temía, cayó en poder de los enemigos de la fe, y poco después llegó el momento en que las cosas deberían decidirse. Entre el público había gran expectación. La joven tendría que elegir necesariamente entre una de estas alternativas: o renegar de su religión, o renegar de su pureza. Viendo sus perseguidores que se mostraba igualmente decidida a permanecer fiel a Cristo, y a defender su castidad, y a padecer cuanto fuese necesario por una y otra causa, pero que no era capaz de soportar sin ruborizarse la miradas lascivas con que ellos la obsequiaban, comenzaron a discurrir un procedimiento para hacerle sucumbir en el terreno de la religión y en el de la pureza, y determinaron hacer lo siguiente: le prometerían primeramente que, si renegaba de su fe, respetarían su pudor; si lograban que, en efecto, renegara de sus creencias, una vez conseguido esto, que era lo más importante y difícil, lo otro lo obtendrían con suma facilidad, porque ya se las arreglarían ellos para despojarla de su virginidad mediante el uso de la fuerza. Una vez que tomaron este acuerdo hiciéronle saber que, si inmediatamente no daba culto a los ídolos, la llevarían a un lupanar y la obligarían a ejercer el oficio de prostituta.»

«¡Bonita manera de honrar a los dioses con semejantes procedimientos! ¡Vaya modo de vivir la religión con principios como esos!».

«Al oír la intimación que le hicieron, la doncella, no porque vacilara respecto al enérgico rechazo de renunciar a su fe, sino por el horror que le producía la amenaza del lupanar, reflexionó interiormente de esta manera: «Veamos qué debo hacer en esta coyuntura; me proponen que elija entre el martirio y la virginidad. Pretenden arrebatarme una de estas dos coronas. Si alguien reniega del autor de la virginidad, ¿qué virginidad sería la que conservara a costa de la apostasía? No sería virginidad ni siquiera de nombre. ¿No constituye una verdadera prostitución el hecho de renegar de Dios? ¿No es eso una especie de adulterio? ¿No es sacrificar un amor por otro amor? La virginidad del alma es superior en valor a la virginidad del cuerpo. Las dos juntas forman un bien excelente; las dos deben ser conservadas mientras sea posible,

y cuando no lo sea y haya que elegir forzosamente entre una y otra debe preferirse la primera aunque haya que sacrificar la segunda, sobre todo teniendo en cuenta que, aún en estos casos, si uno se lo propone firmemente, puede conservar el alma pura a los ojos de Dios aunque su cuerpo parezca manchado ante los de los hombres. Raab fue meretriz, mas después creyó en Dios y quedó dignificada. Judith se adornó con galas seductoras para agradar a un adúltero, pero como esto lo hizo no por sensualidad sino movida por su espíritu religioso, nadie la tachó de ramera; su estrategema dio buen resultado, porque, como obró de ese modo para defender la fe de su pueblo, logró salvaguardar ambas cosas: su virtud personal y la religión de su patria. Posiblemente si yo defiendo a toda costa mi fe cristiana logre salvar también mi castidad. Si, por defender su pudor, Judith hubiese renunciado a su religión, al renegar de ésta habría acabado sin duda alguna perdiendo igualmente su castidad».

«Reflexionando profundamente sobre los evocados ejemplos, sacando consecuencias de ellos, meditando sobre las palabras del Señor que dicen *«el que por mí perdiere su alma la salvará»*, y llorando, porque no quería renunciar a su pudor, pero mucho menos a Jesucristo, la doncella permaneció en silencio, para que aquellos hombres deshonestos no tuvieran ni siquiera la ocasión de oírla hablar.»

«Considerad, pues, si quien procuró no adulterar, ni aun con su voz, puede ser considerada adúltera carnal.»

«En toda esta narración vengo cuidando mucho la selección de las palabras que empleo; pero ahora me echo a temblar al tener que referir los hechos vergonzosos que siguieron a lo que llevo dicho. ¡Vírgenes del Señor! ¡Tapaos los oídos! ¡La corderita de Dios fue conducida a una casa de lenocinio! Ya podéis, pudorosas doncellas, retirar las manos de vuestras orejas, porque conviene que oigáis bien lo que voy a deciros: una joven puede ser atropellada; pero no incurre en pecado de adulterio si ella no quiere adulterar. Entendedlo bien: esté donde esté una virgen consagrada a Dios, su alma sigue siendo un templo de la divinidad; aunque se encuentre en un burdel; los lupanares no menoscaban necesariamente la castidad; la castidad, en cambio, sí que puede purificar la infamia de semejantes lugares.»

«Quiero que conozcáis las palabras que salieron de los labios de la santa virgen y mártir cuando se vio en aquel antro de perdición y los milagros que allí hizo. La paloma quedó enjaulada dentro del cubil; fuera de él se agitaban las aves de rapiña disputando entre sí porque cada una de ellas deseaba ser la primera en utilizar sus garras para capturar aquella pieza; pero la inocente y cautiva tortolita, cual si en vez de estar en la mansión del pecado estuviese en un templo, alzando sus manos hacia el cielo», dijo: «¡Cristo! Tú que amansaste la fiereza de los leones ante el virginal Daniel, puedes doblegar las feroces almas de estos hombes; Tú enviaste fuego sobre los caldeos; las aguas del mar se separaron, no por su propia naturaleza, sino por tu misericordiosa intervención, y así pudieron los judíos pasar sin peligro; Susana, conducida al suplicio, se postró de rodillas, oró, la oíste, y triunfó de los adúlteros; la mano derecha del que profanaba los dones sagrados del templo, se secó. Ahora intentan profanar mi cuerpo, que es un templo de tu divinidad; si no toleraste que en aquel otro templo se cometieran robos, no permitas que en éste se perpetren sacrilegios deshonestos. ¡Haz, Señor, por tu bendito nombre, que quien entró virgen en este antro de lujuria, virgen salga de él!».

«Terminada esta oración, irrumpió en la estancia un soldado de aspecto fiero. ¡Qué terror no le produciría a la santa doncella la presencia de aquel hombre tan terrible al que los otros desalmados habían tenido que ceder la preferencia! Pero la jovencita, recordando lo que había leído en la Escritura», pensó: «Daniel acudió a presenciar el juicio contra Susana y él fue quien absolvió a la que todos los demás condenaban. Pudiera ser que bajo la apariencia de lobo que este feroz soldado tiene, se ocultara una oveja, porque también Cristo tiene soldados, y hasta legiones de ellos. Claro que también es posible que este que acaba de entrar sea un cruel verdugo. De todos modos, alma mía, no temas, porque los verdugos suelen producir mártires».

«¡Oh dichosa virgen! ¡Tu fe te salvó!»

«El soldado aquél dijo a la doncella:

—Hermana, no tengas miedo, te lo ruego; yo no he venido aquí a perder tu alma sino a salvarla. Para poder ayudarte es menester que colabores conmigo. He entrado aquí simulando ser hombre lujurioso, mas si tú te avienes a hacer lo que voy a decirte, podré salir de este lugar convertido en mártir. Vamos a intercambiar nuestras respectivas ropas; tú debes ponerte estas mías y yo me pondré las tuyas; no te importe; bajo unas y otras estará Cristo. Tus vestidos harán de mí un verdadero sol-

dado del Señor, y los míos te ayudarán a conservar tu virginidad. Tú quedarás protegida, y yo, despojado de estas ropas que ahora llevo, me hallaré en mejores condiciones para confundir a quienes te persiguen. Toma, pues, estas prendas y oculta bajo ellas tu condición de mujer; dame las tuyas para que me ayuden a saciar la sed que siento del martirio. Ponte esta clámide. Con ella quedarán disimuladas tus formas femeninas y podrás conservar tu pudor. Ponte también este gorro de lana para que no se vean tus cabellos ni la mayor parte de tu cara; encasquétatelo bien de manera que tu rostro quede casi totalmente tapado; no te preocupes por esto; ten en cuenta que los que vienen a estas casas suelen sentir cierta vergüenza y, para que nadie los reconozca, se embozan y cubren cuanto pueden. Cuando salgas de aquí no mires hacia atrás; acuérdate de la mujer de Lot que, por volver la cabeza para ver lo que ocurría en la ciudad impúdica, aunque la miró con ojos limpios, perdió su naturaleza. No tengas temor alguno; todo saldrá bien. Yo me ofreceré a Dios, en tu lugar, como víctima. Ofrécete tú también a él en mi nombre; pídele que te conceda la gracia de llegar a ser un verdadero soldado de la santa milicia de la castidad, y sírvele a cambio de un sueldo eterno. Ármate con la coraza de la justicia para que, revestida con ella, tu cuerpo quede espiritualmente protegido; ármate también con el escudo de la fe y con el casco de la salvación; con esos elementos te conservarás inmune de heridas. Cristo es nuestra fortaleza; El es cabeza de las vírgenes, como el varón es cabeza de la mujer».

«Mientras decía estas cosas el soldado se despojó de la clámide que hasta entonces le había dado apariencia de adúltero y de perseguidor, y se la impuso a la doncella, quien, para recibirla, inclinó su cuello. ¡Qué momento tan solemne! ¡Qué corriente de gracia! ¡Qué santa pugna entre ambos, en aquel lugar de pecado, por conseguir el martirio! ¡Un soldado y una virgen! La diferencia entre la naturaleza de sus respectivas profesiones quedó convertida en semejanza, por la misericordia de Dios, confirmando la verdad de este vaticinio profético: *«Día llegará en que lobos y corderos pacerán juntos en un mismo prado»*. En aquella ocasión no sólo pacieron juntamente la corderilla y el lobo, sino que conjuntamente se inmolaron en el ara de la virtud».

«¿Qué ocurrió después? Trocadas las ropas, la paloma pudo escapar del cepo que la apresaba y emprender el vuelo, no con las suyas, sino con otras alas espirituales. De ese modo se produjo el fenómeno en los siglos anteriores desconocido, de que una doncella pudiera salir intacta de un lupanar. Quienes la vieron salir no la reconocieron; estaban demasiado entretenidos, luchando entre sí, cual si fuesen lobos rapaces peleándose por una oveja, y disputando porque cada uno de ellos pretendía ser el primero en apoderarse de su presa. Entró el más fuerte, clavó sus ojos en la persona que halló en la estancia y, estupefacto, comenzó a decir:

—Pero, ¿qué es esto? ¡La joven bellísima que introdujeron poco ha en esta casa, parece un hombre! Según una leyenda, en tiempos antiguos, una jovencita se convirtió en cierva; probablemente se trate de una fábula; pero ahora estoy ante una realidad; he aquí que una hermosa muchacha se ha convertido en soldado. He oído contar, aunque nunca pasé a creerlo, que Cristo transformó el agua en vino; en esta ocasión ha hecho algo mucho más difícil: ha mudado el sexo de una mujer y la ha convertido en soldado. Debo marcharme de aquí cuanto antes, no sea que si me retraso, también yo deje de ser lo que soy si es que no estoy yo ya también cambiando, porque en este mismo momento no sé si todo esto es real o si estoy viendo visiones. Vine a este lupanar en busca de una doncella y me encuentro con un sujeto que parece un galeote. Sea galeote o doncella yo me voy de aquí ahora mismo. En esta casa está ocurriendo algo raro: yo entré en ella lleno de lujuria, y de ella salgo transformado en un individuo casto...»

«Poco después se descubrió el misterio: el soldado que ocupó el lugar de la virtuosa virgen fue identificado, se juzgó su causa y fue condenado a sufrir la misma pena de muerte que tenían reservada a la joven. Eso era precisamente lo que él deseaba; aquel atleta de la fe no podía quedarse sin la anhelada corona del martirio. Así se dio el insólito caso de que no sólo saliera de aquel burdel una virgen, sino también un mártir.»

«Dícese que cuando iban a ajusticiar al soldado presentóse en el patíbulo la virtuosa doncella, y que ambos entre sí disputaron alegando cada uno de ellos mayores derechos a recibir aquel género de muerte, y que al decir él «Yo he sido condenado a morir y no tú; sobre mí y no sobre ti ha recaído la sentencia», ella replicó: «Cuando yo acepté el canje que me propusiste, lo hice, no para que me suplantaras en la recepción de este trofeo,

sino para salvar mi pudor; aquí estoy, pues: si lo que nuestros comunes enemigos quieren es saciar sus apetitos libidinosos en mí, hembra sigo siendo; que lo intenten si se atreven; si lo que desean es derramar mi sangre, sangre tengo; no necesito que nadie ofrezca la suya para salvar la mía. Esta sentencia de muerte fue inicialmente pensada para mí; por tanto, sobre mí debe recaer. Supón que alguien me hubiese prestado cierta cantidad de dinero, y que a la hora de recibir el préstamo yo te hubiera constituido en mi fiador, y que posteriormente, estando yo ausente, el juez te hubiese exigido a ti el pago de mi deuda y que tú la hubieras pagado. ¿No es cierto que en ese caso tú podrías exigirme que te abonara lo que en cuanto fiador mío hubieras desembolsado? ¿No es cierto que yo tendría obligación de reembolsarte tu desembolso? ¿No es cierto que si me negara a ello tú podrías querellarte ante los tribunales y exigir, incluso mediante el embargo de mis bienes, que te resarciera de lo que por mí hubieras pagado? ¿No es cierto que si yo protestara por ello, y me resistiera a liquidar la deuda que contigo había contraído, todo el mundo condenaría mi actitud y me consideraría indigna de seguir viviendo? Pues bien, yo he contraído contigo una deuda, no de dinero, sino de condena a muerte, si quiero proceder con honradez debo liquidarla. Prefiero morir inocente a seguir viviendo con la conciencia atormentada por haber sido yo la causa de tu muerte. No discutamos. No me queda otra salida: o pago con mi sangre y martirio lo que por mí hiciste, o llevaré siempre encima el insoportable peso de haber dado lugar a que murieras por mí. Por eso, en cuanto supe que te habían condenado a muerte, me presenté aquí; y, puesto que he venido, no voy a consentir que mi venida haya sido en vano. ¿Qué se hubiese dicho de mi persona si en vez de venir prestamente me hubiese retardado? Las leyes me declararían responsable de un doble delito: del de fuga y del de haber sido causa de tu muerte. Mi cuerpo no hubiera podido soportar la infamia de su profanación, pero sí puede resistir la pena del martirio. Yo no podía permitir que se mancillara mi virginidad, pero sí puedo aceptar la pérdida de la vida. Huí del deshonor, pero no de la muerte; te cedí mis vestidos, pero no mi persona. Si ahora pretendes arrebatarme la oportunidad de morir, no me hiciste con aquel canje ningún favor, sino que me engañaste. Te ruego, pues, que no me contradigas y que des por acabada esta discusión. Entonces me hiciste un gran favor; no lo desvirtúes ahora con tu comportamiento presente; y lo desvirtúas si te empeñas en sostener que esta sentencia de muerte no debe recaer sobre mí sino sobre ti, porque con ello resucitas la primera sentencia en la que fui condenada a padecer la profanación de mi cuerpo. Tal sentencia quedó derogada provisionalmente por la segunda, es decir, por la de mi condena a muerte; pero si ésta no se cumple la primera revivirá. Además, los dos podemos alcanzar la corona del martirio, pero para ello es preciso que permitas que yo muera antes que tú. Ten en cuenta esto: a una virgen pueden vejarla atentando contra su pudor; esa pena no pueden aplicártela a ti; a ti te aplicarían otra. ¿No es verdad que tú te sentirías más dichoso si vieras convertido en mártir a quien trataban de convertir en prostituta, que si supieras que la que estaba a punto de alcanzar la palma del martirio había sido conducida nuevamente al prostíbulo de donde la ayudaste a salir?».

«¿Cuál creéis que fue el final de esta historia? Pues éste: Después de la precedente discusión, ambos vencieron: no hubo una sola corona, sino dos. Mutuamente se ayudaron e hicieron posible su consecución. El accedió a que ella muriera primero, y de ese modo fue posible que también él muriera martirizado momentos después».

«En las escuelas de los filósofos se cuenta un caso muy semejante a éste, en relación con Damon y Sintias, de la secta de los Pitagóricos. Uno de estos dos hombres fue condenado a muerte; pero, antes de que se procediese a su ejecución, rogó al juez que le concediera algún tiempo de plazo para poner en orden sus asuntos. El tirano accedió a ello, pero, en previsión de que el condenado pudiera huir y no ser después hallado, puso como condición que el otro amigo debería quedar encarcelado, como rehén, haciendo saber a ambos que, si el verdadero condenado desaparecía, sería ejecutado el que quedaba como rehén. Yo no podría decir cual de los dos filósofos se portó con mayor dignidad, porque los dos, a mi juicio, se condujeron admirablemente: uno aceptando su papel de fiador y el otro acudiendo a cumplir la condena; porque aconteció que, habiéndose retrasado el verdadero reo más de lo previsto, el fiador, con toda naturalidad, aceptó morir en lugar de su amigo. Cuando el rehén se encontraba ya en el patíbulo a punto de ser decapitado, presentóse el verdadero sentenciado, apartó a su amigo del

tronco en el que ya tenía reclinada la cabeza para que se la cortaran, y puso la suya sobre el madero. El tirano, conmovido por este gesto, y entendiendo que aquellos filósofos estimaban la fidelidad y la amistad más que la vida, suplicó a ambos hombres, a quienes había estado dispuesto a matar, que desde aquel momento le recibieran también a él en el círculo de sus amigos. El atractivo de la virtud es tan grande que tiene fuerza para conmover hasta a los tiranos».

«Este episodio es digno de alabanza, pero lo es aún más el de nuestros mártires, porque en el caso de los pitagóricos los protagonistas eran dos hombres, mientras que en el nuestro se trataba de un hombre y de una doncella. Aquellos eran amigos de antiguo: en cambio los nuestros ni siquiera se conocían antes de iniciarse el suceso. En el asunto de los filósofos intervino solamente un tirano; en el de nuestros mártires los tiranos fueron muchos e incomparablemente más crueles, como lo prueba el hecho de que Damon y Sintias fueron indultados y nuestros mártires no. Entre los dos pitagóricos existía un compromiso previo de solidaridad; entre nuestros protagonistas todo fue espontáneo y fruto de su libre voluntad. Por otra parte, el comportamiento de los nuestros fue más elevado, puesto que obedeció a su deseo del martirio, mientras que los otros obraron meramente por fidelidad a un pacto de amistad sellado entre ellos. Los filósofos combatieron por una causa humana, en tanto que nuestros mártires ofrendaron sus vidas en defensa de la causa del Señor.»

Todo este relato está tomado literalmente de la citada obra de san Ambrosio.

Capítulo LXIII

SAN PEDRO, MÁRTIR

La palabra *Pedro* quiere decir *conocedor* y *descalzo.* En cuanto derivada del vocablo *petros* significa también *firme.* He aquí tres significaciones que riman perfectamente con tres notas o cualidades que caracterizaron a este santo, porque san Pedro, fue insigne predicador, y en el desempeño de este ministerio actúo como competente *conocedor* de las Sagradas Escrituras y de los procedimientos adecuados para aplicar la doctrina de las mismas a las necesidades concretas de cada uno de sus oyentes; fue un hombre de pureza virginal: en este sentido podemos asegurar que vivió metafóricamente *descalzo,* es decir, con sus pies desembarazados de todo tipo de apetencias materiales, conservando a lo largo de su existencia tanto la virginidad corporal como la de su mente; fue *firme* en la defensa de la fe, soportando con entereza la muerte y mereciendo ser proclamado mártir del Señor.

1. Pedro, defensor insigne de la religión cristiana, protomártir de la Orden de Predicadores, nació en la ciudad de Verona. Así como a veces surgen de entre el humo llamas luminosas, y lirios bellísimos en medio de los matorrales, y espléndidas rosas junto a las espinas, así también este esclarecido religioso Predicador vino a la vida de padres entenebrecidos por el error; esta joya virginal de santidad procedió de unos cuerpos y de unas mentes víctimas de la herejía; este ilustre mártir creció entre una espesura de malezas y abrojos condenados a arder en el fuego eterno.

San Pedro pese a ser hijo de padres infieles y herejes, supo conservarse inmune de sus perniciosos errores.

Un día, cuando sólo tenía siete años de edad, al regresar de la escuela, un tío suyo, contagiado también por la herejía, le preguntó:

—¿Qué has aprendido hoy?

El niño le respondió:

—Esto: «Creo en Dios Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra...»

Al acabar de recitar el Credo su tío le advirtió:

—No debes decir *creador del cielo y de la tierra,* porque Dios no ha creado las cosas visibles. Mira, pequeño: todo cuanto tiene naturaleza material, y tal ocurre con el cielo y con la tierra, ha sido hecho por el demonio.

El niño replicó a su tío, diciéndole que él seguiría recitando el Credo en la forma en que lo había

aprendido y entendiendo cada una de sus palabras de la misma manera que las entendía el catecismo en que las había estudiado.

Comenzó entonces su tío a tratar de convencer al sobrino, con diferentes argumentos, de que debía aceptar los puntos de vista que sobre estas cosas tenían él y los herejes; pero el niño, lleno del Espíritu Santo, fue respondiendo a cada uno de los argumentos desvirtuándolos, hasta el extremo de dejar a su oponente sin saber qué responder. Entonces su tío, irritado por la confusión en que se veía y por haber sido derrotado por el pequeño controversista, refirió al padre de Pedrito lo sucedido y le aconsejó que retirase a su hijo de aquella escuela en la que le enseñaban semejante doctrina.

—Temo —dijo el tío al padre del chico— que si el niño sigue recibiendo estas enseñanzas acabará haciéndose miembro de la Iglesia Romana, la gran prostituta, y que más adelante llegue a ser una autoridad en Teología y que utilice su ciencia en refutar y destruir la doctrina que nosotros profesamos.

Ignoraba el tío que estaba diciendo una gran verdad, y que cual otro Caifás acababa de hacer una profecía, pues, en efecto, Pedro, años después, había de combatir la perfidia de los herejes.

Dios, que era quien realmente dirigía todo aquel asunto, no quiso que el padre del niño tomara en cuenta los consejos que le dio su hermano y sí que le replicara de esta manera:

—No des demasiada importancia a lo ocurrido. Más tarde, cuando Pedro termine sus estudios de humanidades, ya le buscaré yo un buen maestro entre nuestra gente para que le mentalicen en la doctrina de nuestra secta.

Cuando Pedro llegó a la adolescencia advirtió que no estaba seguro entre los escorpiones de la herejía; y para librarse de ellos dijo adiós a su familia y al mundo y, limpio de todo contagio, ingresó en la orden de los religiosos Predicadores.

A lo largo de los casi treinta años que en la Orden vivió, fue alcanzando las más altas cimas de todas las virtudes. La fe guió todos sus pasos, la esperanza fortaleció su alma, la caridad rebosó de su corazón. Se consagró por entero a la defensa de la ortodoxia, vivió fervorosamente abrazado a la verdad en cuyo amor se abrasaba. Día tras día, con alma intrépida, ánimo esforzado y perseverante constancia, combatió a los enemigos de la religión cristiana de tal manera que al cabo ganó la gran batalla y obtuvo el reconocimiento de su victoria coronando su carrera felizmente con el premio del martirio. Este Pedro, cimentado en la piedra de la fe, terminó su existencia terrena machacado por la piedra de los suplicios y voló seguidamente hacia la piedra que es Cristo, para recibir el galardón de los laureles eternos.

Por el testimonio fidedigno de sus confesores sabemos que a lo largo de toda su vida conservó intacta la virginidad de su alma y la de su cuerpo y que jamás pecado alguno grave manchó la limpieza de su conciencia.

Sabía él de sobra que un siervo tratado con regalo acaba insubordinándose contra su señor; por eso mantuvo constantemente refrenadas sus fuerzas corporales a base de frugalidad en la bebida y en el alimento.

Como quiera que la ociosidad suele ser ocasión de que el enemigo tienda sus redes al alma, para prevenir este peligro procuró estar siempre ocupado, bien en meditaciones asiduas sobre la santidad del Señor, bien en otros trabajos lícitos poniendo sumo cuidado en no dejar resquicio alguno por el que el enemigo de la desocupación pudiera colarse; de ese modo consiguió mantenerse en todo momento al abrigo de las insidias del demonio. Por las noches, en el tiempo de silencio destinado al descanso, dormía un poco y ocupaba las horas restantes en el estudio, en la lectura y en la oración. El día consagrábalo enteramente al servicio de las almas, ya preparando sus sermones, ya administrando el sacramento de la confesión o predicando y refutando con sólidos argumentos las pestilentes doctrinas de los herejes. Para el ejercicio de este ministerio en el que alcanzó notoriedad, fama y abundantísimo fruto, Dios le había dotado de gracias muy especiales.

Fue este santo agradable por su devoción; manso por su humildad; complaciente por su obediencia; suave por su benignidad; compasivo por su piedad; constante en la paciencia; generoso y caritativo en el servicio a los demás; perfecto en todas sus cosas; correcto en cualquiera de sus actos, todos ellos reveladores de gran madurez espiritual. A todos edificaba y atraía por el aroma que exhalaban sus virtudes, entre las cuales descollaba principalmente su fe, cultivada y defendida por él con tantos cuidados y fervor en cuanto decía y hacía, que todas sus palabras y obras testificaban el profundo arraigo que la referida virtud tenía en su alma. Se sabe que ansiaba morir en defensa de ella y que constantemente pedía al Señor la gracia de

salir de este mundo por el camino del martirio. El Señor escuchó sus oraciones y satisfizo sus anhelos.

2. Durante su vida fue famoso por los milagros que obró.

En la ciudad de Milán los fieles sometieron a juicio a un obispo hereje. San Pedro fue designado para examinar la causa seguida contra el procesado. Celebrábase la vista al aire libre, en presencia de otros muchos obispos, de numerosos religiosos y de la mayor parte de los vecinos de la referida ciudad. Entre la predicación y el examen de las acusaciones eran ya muchas las horas que los asistentes al acto llevaban expuestos a los ardorosos rayos del sol. Como el calor era tan intenso que apenas si podía resistirse, en un momento de la sesión el acusado, encarándose con el examinador, le dijo:

—Oyeme, perverso Pedro. Si eres tan santo como esta gente necia cree, ¿por qué permites que nos estemos abrasando con este insoportable calor? ¿Por qué no ruegas a Dios y le pides que interponga entre el sol y nosotros alguna nube que nos proteja y evite que esta estúpida multitud perezca achicharrada por estos ardorosos rayos?

San Pedro le respondió:

—Si prometes previamente renegar de la herejía y convertirte a la fe católica, ahora mismo haré lo que me dices y verás como el Señor accede a mi petición.

Los correligionarios del obispo hereje comenzaron a gritar diciendo a su jefe:

—¡Promételo! ¡Promételo!

Si le animaban a que hiciera esa promesa era porque creían que Pedro no lograría que se produjera el anunciado milagro, ya que no había en el cielo, completamente despejado, ni asomo de nubecilla alguna ni la más leve alteración del aire. Los católicos, por su parte, temiendo que la causa de la Iglesia saliera perjudicada si no surgía la nube, lamentaban que el santo hubiese aventurado aquel pronóstico. El obispo hereje tampoco parecía muy dispuesto a prometer nada. Entonces san Pedro, con la confianza que le caracterizaba, dijo al encausado:

—Para que quede bien claro que Dios es el Creador de lo visible y de lo invisible, para reafirmar la fe de los fieles, y para confundir vuestra herética perfidia, ruego al Señor que haga surgir en el cielo alguna nube que se interponga entre el sol y los asistentes a este acto. Seguidamente hizo la señal de la Cruz, y al poco rato apareció en lo alto una nube en forma de gigantesca mariposa que protegió a la concurrencia contra los abrasadores rayos del sol.

3. Un hombre llamado Aserbo llevaba ya cinco años con sus miembros encogidos y privado de todo movimiento. Para trasladarlo de un lugar a otro sus parientes lo metían en un cajón y, tirando de él con una cuerda, arrastraban sobre el suelo la caja de madera con el inválido dentro. Un día, los deudos del paralítico lleváronle a Milán para que san Pedro lo curara. El santo trazó sobre el enfermo la señal de la Cruz y al instante el inválido salió del cajón enteramente sano.

El papa Inocencio, en una carta a la que nos hemos referido en otras ocasiones, cuenta los siguientes milagros hechos por Dios mediante la intercesión de san Pedro:

Un noble caballero llevó a presencia del santo a un hijo suyo que a causa de su desenfrenada gula había quedado aquejado de un tumor tan horrible que ya no podía ni hablar ni respirar, y estaba a punto de morir asfixiado. San Pedro levantó sus manos hacia Dios, oró sobre el enfermo, hizo la señal de la Cruz, cubrió al joven con la capa de su propio hábito y, de repente, el que se hallaba moribundo quedó enteramente curado. Su padre, por devoción, se quedó con la milagrosa capa. Más adelante él mismo enfermó gravemente: su cuerpo se le deformó horriblemente y de vez en cuando padecía tales convulsiones que creía que iba a morir en alguna de ellas. Lleno de fe hizo que le trajeran la capa, la aplicó a su pecho, y seguidamente vomitó un enorme gusano cubierto de pelos y con dos cabezas y, tras del vómito, quedó repentinamente sano.

En otra ocasión llevaron ante el santo a un joven mudo. San Pedro mojó uno de sus dedos con su propia saliva, lo introdujo en la boca del muchacho y en aquel preciso instante el mudo dejó de serlo.

Estos y otros muchos milagros hizo el Señor por medio de su siervo durante su vida mortal.

4. En tiempos en que la peste herética pululaba en la provincia de Lombardía, viendo el sumo Pontífice que eran ya muchas las ciudades infestadas por tan diabólica calamidad y queriendo atajar el pernicioso contagio de la herejía, envió por la región lombarda a varios inquisidores de la Orden de Predicadores. El caso de Milán era particularmente grave, porque los herejes además de ser muy nunerosos contaban con el apoyo del poder secular, y algunos de sus corifeos eran hábiles so-

fistas y famosos por su elocuencia. El papa sabía que san Pedro era hombre magnánimo, capaz de enfrentarse con sus enemigos por muchos que fuesen; conocía su firmeza y su valor para resistir los ataques de sus adversarios, sin ceder ni un palmo en el terreno de la ortodoxia; constábale que, además de ser orador muy elocuente, tenía pasmosa facilidad para detectar las falacias de los herejes, poseía extraordinaria competencia científica, erudición y sabiduría, y era sumamente hábil para refutar dialécticamente los frívolos argumentos de los maestros de la herejía. En vista de todo esto, el Pontífice decidió nombrar a tan intrépido atleta de la fe e invencible abanderado de la causa de la Iglesia, inquisidor y legado plenipontenciario suyo en la ciudad de Milán y sus alrededores. El santo ejerció su oficio con admirable diligencia; buscó por todas partes a los herejes sin concederles treguas ni descanso; con su elocuencia los confundía, con su autoridad desvirtuaba sus razonamientos y con su ciencia dejaba en claro la verdadera doctrina. Ninguno de sus adversarios sentíase capaz de hacer frente a la sabiduría y al espíritu del Señor que hablaban por su boca. De ahí que los dirigentes de la secta, derrotados y resentidos, comenzaron a tramar su muerte y a cambiar entre sí impresiones sobre esto, convencidos de que si quitaban de en medio a tan invencible contrincante podrían seguir profesando en paz sus malvadas doctrinas. Un día, yendo el valiente predicador e inminente mártir de Cumas a Milán para juzgar unas causas seguidas contra algunos de esos herejes, en el camino fue asesinado por un sicario, obteniendo de ese modo la corona del martirio. El papa Inocencio refiere el caso de la siguiente manera:

«Siendo el santo prior del convento que su Orden tenía en la ciudad de Cumas, salió de viaje hacia Milán, para intervenir, en virtud del oficio que la Sede Apostólica le había encomendado, en la vista de unas causas seguidas contra los herejes; y por el camino ocurrió lo que él públicamente, en uno de sus sermones, había anunciado que ocurriría: uno de los de la secta, inducido por sus correligionarios y pagado con dinero, aguardábale escondido en un lugar por el que sabía que el santo había de pasar para ir a cumplir su saludable deber; y en cuanto lo vio salió disimuladamente de su escondrijo, se acercó a él, e inmeditamente, el león, con saña mortal, saltó sobre el cordero, la fiera rapaz se arrojó sobre su inocente presa, el impío atacó al piadoso, el furioso arremetió contra el manso, el desenfrenado se lanzó sobre el pacífico, el profano atacó al santo; el energúmeno aquel lo insultó, lo acometió, alzó su espada, la enfiló hacia la cabeza del Siervo de Dios y le asestó repetidos golpes, dejando su cuerpo lleno de mortales heridas y el sable bañado en la sangre del justo, el cual, con venerable mansedumbre, no trató de huir de su atacante; al contrario, ofrecióse como víctima y soportó con paciencia las salvajes embestidas de su asesino, quien, ensañándose con el ministro de Cristo, hundió repetidas veces sacrílegamente su arma en el moribundo, cuya alma, en aquel mismo lugar, se desprendió de su acribillada carne y remontó su vuelo hacia las alturas. El santo, sin quejarse, sin lamentarse, sin hacer el menor reproche a su feroz asesino, sino soportando con admirable paciencia la horrible carnicería, oró a Dios diciendo: «Señor, en tus manos entrego mi espíritu». Después comenzó a recitar el símbolo de la fe, porque ni siquiera en el momento de su muerte dejó de pregonar sus creencias».

El precedente relato del papa Inocencio, está inspirado en el que hicieron del suceso tanto el propio asesino, posteriormente capturado por los fieles, como el religioso que acompañaba al santo en aquel viaje, que pertenecía también a su Orden y que, aunque fue igualmente atacado por el salvaje sicario y murió a consecuencia de las heridas recibidas, todavía vivió algunos días. Este religioso y el homicida declararon que cuando el bienaventurado mártir aún respiraba, él, el asesino, consumó su crimen atravesando con un puñal el corazón del santo.

En el día de su muerte, san Pedro fue a la vez, confesor, mártir, profeta y doctor. Confesor, tanto porque entre los tormentos no cesó de proclamar su fe en Cristo, cuanto porque aquella misma mañana, siguiendo su cotidiana e inveterada costumbre, se confesó, como todos los días, y como todos los días también seguidamente celebró su misa y ofreció a Dios el incruento sacrificio de alabanza. Mártir, puesto que derramó su sangre en defensa de la fe cristiana. Profeta, porque aquel mismo día había hecho un vaticinio y éste se cumplió. Efectivamente, viajaba el santo aquejado de fiebres cuartanas; sus compañeros, viendo cuán mal se encontraba, le dijeron: «Padre, por mucha prisa que nos demos no nos será posible llegar hoy a Milán». El santo les contestó: «No os preocupéis porque no podamos llegar en esta jornada a nuestro con-

vento de Milán; ya nos darán hospitalidad en san Simpliciano. Así fue. Al enterarse las gentes de que el siervo de Dios había sido asesinado, acudieron en masa al lugar en que los hechos habían ocurrido y asistieron al levantamiento del cadáver; y como los religiosos que se encargaron de llevar hasta Milán el cuerpo del mártir se dieran cuenta de que era imposible llegar a la ciudad antes de obscurecer, optaron por llevarlo a la iglesia de san Simpliciano, que quedaba más cerca y en ella ellos y la multitud pasaron la noche velando los restos del santo. Fue, finalmente, doctor, puesto que mientras lo estaban asesinando no cesó de enseñar la verdad, recitando con voz clara el símbolo de la fe.

A poco que nos fijemos podremos observar el gran parecido que hubo entre su venerable martirio y del Señor en la Cruz: Cristo murió por fidelidad a las verdades que durante su vida había predicado; a Jesús lo mataron las turbas infieles de los judíos; su muerte ocurrió en tiempo de Pascua; en el momento de morir, el Señor dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Pues bien, Pedro dio su vida en defensa de la fe que en todo momento había predicado; murió asesinado por infieles herejes, y durante el ciclo pascual, y pronunciando al morir las mismas palabras que pronunciara Cristo. Pero aún hay más semejanza entre una y otra muerte: treinta monedas dieron los judíos para poder capturar al Señor y cuarenta libras de Pavía dieron los herejes al sicario que se encargó de asesinar al santo; la Pasión de nuestro Redentor produjo muchas conversiones a la fe, y el martirio de san Pedro fue también ocasión de que muchos herejes se convirtieran, pues si bien este esclarecido doctor y defensor de la verdad contribuyó en gran manera durante su vida a la erradicación de las pestíferas doctrinas heréticas, fue sobre todo después de su martirio cuando la perniciosa herejía que tan ardientemente había combatido, quedó prácticameante extirpada; en efecto, innumerables herejes, conmovidos por los méritos del mártir y por los espléndidos milagros que a raíz de su santísima muerte obró, abandonaron sus errores y entraron en el seno de la Iglesia católica. Poco después de que nuestro mártir subiera al cielo, quedaron clausurados los numerosos centros heréticos que había en Milán y en sus alrededores; y quedaron clausurados porque muchísimos de los que antes los frecuentaban se convirtieron; y porque aun aquellos que no llegaron a convertirse de inmediado, al ver que eran tan pocos en número, se desanimaron y dejaron de frecuentarlos. Entre los convertidos, los que anteriormente habían sido personas de autoridad en la secta y gozaban de prestigio entre sus correligionarios por su ciencia y elocuencia, ingresaron en su mayor parte en la Orden de Predicadores a la que el Mártir había pertenecido, y en ella se dedicaron, y los supervivientes siguen todavía dedicándose, a combatir con admirable fervor a sus antiguos correligionarios y a refutar enérgicamente los errores que ellos anteriormente habían profesado. De este modo, nuestro nuevo Sansón, al morir, mató más filisteos que había matado de vivo; y este grano de trigo, al caer en tierra triturado por las manos de los infieles, de muerto germinó y se convirtió en lozana espiga; y de este racimo exprimido en el lagar fluyó gran abundancia de vino; y de esta flor majada en el almirez salió abundante y exquisito aroma; y de esta semilla de mostaza, machacada, derivaron innumerables frutos de virtud.

5. Quiso Dios honrar a este santo varón a raíz de su glorioso triunfo con muchos y diversos milagros. He aquí algunos tomados de la mencionada relación que de ellos hizo el ya citado papa Inocencio:

Multitud de veces sucedió que las lámparas colgadas junto a su sepulcro por los devotos, ellas solas, sin ayuda ni industria de nadie, prodigiosamente se encendieron. Este significativo portento obrado en instrumentos de fuego y de luz resultaba muy adecuado para proclamar la santidad de quien tanto se había distinguido en llevar la lumbre y la claridad de la fe a las almas.

En cierta ocasión un hombre, mientras comía en compañía de diversas personas, comenzó a hablar mal del santo y a desvirtuar la realidad de los milagros que se le atribuían. En el colmo de su audacia llegó a decir: «Si con mis comentarios falto a la verdad o a la justicia, que este bocado que voy a tomar se me quede atragantado en el gaznate». Seguidamente llevóse un trozo de pitanza a la boca, lo engulló, pero no consiguió, por más esfuerzos que hizo, ni tragarlo, ni arrojarlo, porque se le quedó atravesado malamente en la garganta. Cambió el maldiciente de color, sentía que se ahogaba, y, cuando ya estaba a punto de morir asfixiado, arrepentido de sus anteriores murmuraciones, hizo interiormente voto de no volver a ser deslenguado si salía vivo del trance en que se encontraba; y

en cuanto emitió tal voto, se le produjo un vómito y expulsó el bocado.

Una mujer hidrópica fue llevada por su marido al lugar en que el santo padeció el martirio y allí oró, pidió a san Pedro su curación y repentinamente quedó enteramente sana.

Este glorioso santo libró de los demonios a multitud de mujeres posesas, obligando a salir de sus cuerpos a los diablos en forma de vómitos de sangre. Fueron también innumerables los casos en que realizó curaciones de fiebres y de muchas otras enfermedades.

A un hombre que tenía uno de los dedos de su mano izquierda lleno de agujeros producidos por una fístula, lo libró del mal que padecía y le dejó el dedo perfectamente conformado.

A causa de una caída quedó un niño sin sentido, sin movimiento alguno y como muerto; como muerto lo daban ya todos cuando a alguien se le ocurrió ponerle sobre el pecho un poco de tierra que había sido regada por la sangre del mártir; nada más hacer esto, el niño recobró el conocimiento y quedó enteramente sano.

También mediante la aplicación de un poco de tierra tomada del lugar en que el santo fue martirizado sanó repentinamente una mujer que tenía ya parte de sus carnes devoradas por un horroroso cáncer.

Muchas fueron las personas aquejadas de muy diferentes enfermedades que, llevadas hasta el sepulcro del santo en vehículos o en brazos, o a las espaldas de otras, regresaron a sus casas por sus propios pies, totalmente recuperadas.

6. Cuando el papa Inocencio IV canonizó a san Pedro, los religiosos de su Orden reunidos en un capítulo que se celebró en el convento de Milán, acordaron trasladar los restos del hermano recién canonizado a un lugar más noble, y al exhumarlos, a pesar de que llevaban más de un año sepultados y en contacto con la tierra, no sólo del sepulcro no brotó hedor alguno, sino que todos los miembros del mártir estaban íntegros y tan bien dispuestos y conformados como si hubiesen sido enterrados aquella misma mañana. En vista de ello, los capitulares decidieron exponer el venerable cuerpo ante el público y con gran reverencia lo llevaron a la plaza y lo colocaron sobre un magnífico estrado para que todos fueran testigos del perfecto estado en que el cadáver se encontraba, y pudieran venerarle y rezar ante él.

Además de los milagros que acabamos de referir, tomados de la relación hecha por el mencionado sumo Pontífice, se conocen muchísimos más. Vamos seguidamente a dar cuenta de algunos de ellos:

No sólo los religiosos, sino infinidad de personas, vieron numerosas veces fenómenos luminosos de origen celestial sobre el lugar en que el santo fue martirizado. Algunos de los testigos que contemplaron estas prodigiosas señales aseguraron que en medio de tales luminarias habían visto a dos religiosos vestidos con hábito de la Orden de Predicadores.

Un joven de Cumas, llamado Guntredo y según otros Guifredo, conservaba en su poder y veneraba como reliquia un trozo de tela de la túnica de san Pedro. Cierto hereje, vecino suyo, conocedor de esto, burlábase de él a menudo y en una de esas ocasiones le dijo:

—Vamos a comprobar si ese hombre al que veneras como santo fue santo de verdad: echa a la lumbre el trozo de tela de su hábito que guardas con tanta veneración; si no se quema, también yo lo tendré por santo y aceptaré lo que él predicó. Acto seguido el hereje tomó en sus manos el trozo de tela y lo arrojó al fuego; mas, tan pronto como lo arrojó, salió despedido por el aire hacia lo alto, y después, por sí mismo, cayó en la lumbre y ésta repentinamente quedó enteramente apagada. El hereje comentó ante el joven:

—Esto no quiere decir nada; seguro que si encendemos nuevamente la lumbre y echamos a ella un trozo de mi propia túnica ocurre exactamente lo mismo. Vamos a hacer la prueba.

Seguidamente encendieron dos lumbres; sobre una de ellas colocó el hereje un trozo de sus propios vestidos, y sobre la otra el trozo de tela del hábito de san Pedro, y el resultado fue éste: la tela de la túnica del hereje se abrasó al instante, mientras que la tela de la túnica del mártir se conservó íntegra sin que se chamuscara ni un solo hilo de su tejido; pero no sólo esto, sino que la lumbre en que había sido colocada también esta vez se apagó repentinamente. El hereje, en vista de semejante prodigio, se convirtió y publicó por todas partes este episodio del que había sido testigo.

7. Un joven florentino, también hereje y de costumbres depravadas, entró en cierta ocasión, acompañado de varios jóvenes más de su laya, en la Iglesia de los Predicadores de Florencia, y al contemplar un cuadro en el que estaba pintada la escena del martirio de san Pedro, con el asesino en

ademán de hundir su espada desenvainada en el cuerpo del santo, comentó:

—¡Ojalá hubiera estado yo allí; os aseguro que el golpe que le hubiera asestado habría sido más fuerte y mortal que el que este cuadro reproduce.

Nada más decir esto se quedó mudo. Sus compañeros, al comprobar que había perdido el habla, y que no podía responder a las preguntas que le hacían ni explicar qué le pasaba, lo sacaron del templo y lo llevaron a su casa. Al pasar frente a la iglesia de san Miguel, el mudo se desasió de ellos, entró en el templo, se postró de rodillas y comenzó interiormente a pedir a san Pedro que le perdonara su pecado, e hizo voto de renegar de la herejía y de confesarse si recuperaba el habla. En aquel mismo instante se dio cuenta de que podía nuevamente hablar, y entonces mismo, dispuesto a cumplir su promesa, regresó al convento de los Predicadores, renegó de sus errores, confesó sus pecados y autorizó al confesor para que pudiera publicar lo que le había sucedido y cuanto había confesado. Poco después, él mismo, durante un sermón que uno de los religiosos de aquella comunidad estaba predicando en la iglesia de su convento, interrumpió al predicador y le rogó que le permitiera referir ante el auditorio el caso de que había sido protagonista.

8. Estando un navío navegando por alta mar se desencadenó una tremenda tempestad; las olas azotaban el barco y lo anegaban en agua; los marineros, sumergidos en la obscuridad de la noche, recurrieron a varios santos pidiéndoles que los libraran de un naufragio que parecía tan inminente como inevitable; pero, por mucho que oraron a unos y a otros, no se vislumbraba indicio de salvación. El miedo se había apoderado del ánimo de los navegantes. En esto, uno de ellos, genovés de origen, logró acallar los gritos y voces de la tripulación, y cuando consiguió que se hiciera el silencio habló de esta manera:

—¡Compañeros!, ¿No habéis oído hablar de un religioso de la Orden de Predicadores llamado fray Pedro? Este hombre murió hace poco a manos de los herejes, en defensa de la fe cristiana. Parece que el Señor hace por su mediación muchos milagros. Vamos a implorar ahora mismo su protección; yo espero que no quedaremos defraudados.

Como todos se mostraran de acuerdo, comenzaron seguidamente a invocar la protección de este santo con devotas súplicas, y nada más comenzar las invocaciones, aparecieron sobre la antena de que pendía la vela una serie de cirios encendidos que proporcionaron a los marineros intensa claridad y disiparon las tinieblas en que se veían envueltos, de tal modo, que la obscurísima noche trocóse en luminoso día. Más aún: sobre el palo de la vela vieron a un hombre vestido con hábito de la Orden de Predicadores. Ninguno dudó de que se trataba del propio san Pedro. Inmediatamente los navegantes viéronse libres de la tempestad que zarandeaba al barco, dirigieron la proa hacia Génova, desembarcaron en su puerto y se encaminaron todos hacia el convento de los religiosos de la susodicha Orden y dieron gracias a Dios y a san Pedro Mártir por el favor que habían recibido, y refirieron a los frailes de la Comunidad, con todos sus pormenores, el milagro que el santo había hecho con ellos.

9. En Flandes, una mujer, en tres partos sucesivos, parió siempre un niño muerto. A causa de esto, su marido empezó a aborrecerla. La infeliz esposa acudió a san Pedro y le pidió que viniese en su ayuda. Más adelante parió de nuevo, pero también la criatura nació muerta. La mujer, llena de confianza, tomó en sus brazos el cuerpo muerto de aquel cuarto hijo malogrado, y fervorosísimamente y con toda su alma suplicó a san Pedro que resucitara al fruto de sus entrañas, y el santo lo resucitó. Cuando lo llevaron a bautizar, manifestaron al sacerdote que querían que se llamara Juan; pero el sacerdote se equivocó y al nombrarle durante la ceremonia del bautismo, en vez de decir, *Juan, yo te bautizo,* etc., dijo: *Pedro, yo te bautizo.* La familia dio por buena la equivocación, y aquel niño y luego hombre, durante toda su vida, por devoción al santo que le había resucitado, llevó el nombre de Pedro.

10. Varias mujeres de Utrecht, en la provincia de Teutonia, estando hilando en la plaza vieron como una multitud de personas entraban en la iglesia de los Predicadores para asistir a unos cultos solemnes que en ella se celebraban en honor de san Pedro Mártir, y comenzaron a murmurar y a decir: «¡Buen negocio han montado estos frailes inventando un nuevo mártir para ganar dinero y construir espléndidos edificios!» Cuando estaban haciendo estos y otros comentarios quedaron sorprendidas y asustadas al advertir que repentinamente el hilo que torcían y los dedos de sus manos se llenaban de sangre. Ante tan extraño fenómeno primeramente todas ellas extendieron sus manos,

para ver si acaso, al hilar, inadvertidamente, se habían herido, pero comprobaron que tanto sus manos como sus dedos estaban sanos, y que era del hilo de donde manaba la sangre. Entonces, presas de gran espanto y arrepentidas de su anterior murmuración, exclamaron: «¡No hay duda! ¡Hemos sido testigos de este sorprendente milagro con el que hemos sido castigadas por burlarnos de la sangre derramada por este santo Mártir!» Inmediatamente, todas ellas corrieron hacia el convento, contaron al prior lo ocurrido y le mostraron el hilo de sus ruecas para que viera como salía ensangrentado. El prior, accediendo al consejo de varias personas, organizó en la iglesia de su convento una predicación solemne, durante la cual refirió lo sucedido a aquellas mujeres y mostró ante el público los hilos empapados en sangre. Entre los asistentes había un maestro de gramática y de artes, quien, tras de oír el relato del predicador, empezó a reírse y a decir en voz alta:

—Esto es un truco discurrido por estos frailes para engañar a la gente sencilla.

Seguramente han encargado a algunas mujerucas de su parentela o de su confianza que tiñan de sangre la lana de sus ruecas para hacer creer a los demás que se trata de sangre milagrosa.

El maestro apenas pudo acabar de decir esto, porque repentinamente incurrió en la indignación divina, y a la vista de todos fue atacado por una calentura de altísima fiebre y empezó a sentir dolores tan agudos, que sus amigos tuvieron que sacarlo de la iglesia y llevarlo rápidamente a su casa, en donde la dolencia fue en aumento. Viéndose ya a las puertas de la muerte, llamó al prior, se arrepintió ante él de su pecado, pidió perdón a Dios y a san Pedro, e hizo voto de profesar, si sanaba, durante el resto de su vida, fervorosa devoción al santo mártir, y de no volver jamás a denigrarlo. ¡Admirable! Nada más pronunciar esta promesa, quedó repentinamente curado.

11. En cierta ocasión el subprior del referido convento viajaba en una nave cargada de bloques de mármol destinados a la construcción de la iglesia a que antes hemos aludido, e inesperadamente el barco encalló en una playa del litoral. Por más esfuerzos que los marineros hicieron para ponerlo a flote no lo lograron. Todos los tripulantes desembarcaron y, aunando sus impulsos, empujaban el navío, pero sin resultado alguno, porque el navío ni se movía. Cuando ya estaban convencidos de que perderían la nave, el subprior mandó a todos que se apartaran, y una vez alejados del casco del barco, se acercó a él, le dio con sus manos un leve empujoncillo diciendo: «En nombre de san Pedro Mártir, para cuya honra transportamos estos materiales, desencalla, flota y avanza»; e inmediatamente el barco comenzó a navegar velozmente por sí solo y se apartó del litoral sin avería alguna. Los marineros nadaron hasta darle alcance, subieron a bordo y todos sanos y salvos prosiguieron su navegación entre grandes muestras de alegría, y llegaron felizmente a su destino.

12. En Sens, ciudad de la provincia de Francia, una chiquilla fue arrebatada por la corriente de un río y pereció ahogada. Cuando lograron sacarla del agua estaba muerta sin duda alguna, como suficientemente se infería de estas cuatro cosas: del mucho tiempo que permaneció sumergida en el fondo; de la rigidez cadavérica de su cuerpo; de la congelación de sus miembros, y del color amoratado que presentaba toda su piel. No obstante, unos parientes de la difunta llevaron su cadáver a la iglesia de los religiosos Predicadores, pidieron a san Pedro que la resucitara, y el santo inmediatamente devolvió la vida a la muerta y la dejó completamente sana.

13. Fray Juan, un religioso polaco, estando en Bolonia fue acometido de fiebres cuartanas. El día de la fiesta de san Pedro Mártir tenía que predicar al clero de la ciudad. La víspera por la noche sintióse hondamente preocupado al pensar que precisamente al día siguiente le tocaba la fiebre y en tal estado no podría predicar el sermón que le habían encargado. Embargado por este temor y lleno de fe, se fue a la iglesia del convento, se postró ante el altar del santo y con la mayor devoción que pudo imploró su ayuda, rogándole que le permitiera predicar el panegírico en su honor y cumplir el compromiso previamente adquirido. San Pedro no sólo le concedió lo que le había pedido, sino más, puesto que al día siguiente la fiebre no se presentó, ni se presentó nunca más, porque fray Juan no volvió a padecer más de cuartanas en el resto de su vida.

14. Girolda, mujer de Santiago de Vallesano, desde hacía catorce años venía siendo atormentada por espíritus inmundos. Queriendo librarse de ellos se presentó a un sacerdote y le dijo:

—Estoy endemoniada; el diablo me maltrata incesantemente.

El sacerdote, al oír esto, se asustó, corrió a la sacristía, tomó el libro de los exorcismos en el que

había una fórmula ritual para conjurar a los demonios, se colocó una estola bajo su capa y regresó a donde estaba la posesa, la cual, al verlo venir, se encaró con él y lo apostrofó de esta manera:

—¿A dónde fuiste, malvadísimo ladrón? ¿Qué es lo que escondes bajo tu capa?

El sacerdote, sin hacer caso de estas increpaciones, recitó las oraciones de los exorcismos, pero no obtuvo resultado alguno.

Por entonces aún vivía san Pedro. La endemoniada, tras del fracaso de la referida conjuración, fue a visitar al santo religioso, le expuso su problema y le rogó que la ayudara. San Pedro, proféticamente, le dijo:

—Hija, ten confianza; voy a tratar de remediar tu mal, pero, si no lo lograse, no desesperes, porque día llegará en que obtendrás plenamente lo que me pides y tal vez ahora no pueda concederte.

Así ocurrió, en efecto, porque después de que el santo fue martirizado, Girolda, que seguía endemoniada, acudió a su sepulcro, e inmediatamente ante los venerables restos del Mártir quedó total y definitivamente librada de la posesión diabólica.

15. Otra mujer, llamada Eufemia, natural de Corriongo, en la diócesis de Milán, llevaba siete años poseída por el demonio. Los malos espíritus, según ella posteriormente manifestó, la atormentaban con especial saña los domingos y días de fiesta, y sobre todo durante la celebración de la misa. Sus familiares la llevaron ante el sepulcro de san Pedro Mártir, para ver si el santo la curaba, y en cuanto la posesa entró en la iglesia los diablos empezaron a agitarla aparatosamente y la obligaron a dar gritos y a decir:

—¡Mariola! ¡Mariola! ¡Pedrillo! ¡Pedrillo!

A pesar de la resistencia que oponía, sus parientes la acercaron al sepulcro del mártir, y, al aproximarse a él, los demonios salieron de ella arrojándola al suelo y dejándola aparentemente muerta; mas, un momento después, Eufemia, cual si acabara de resucitar, se levantó por si misma completamente sana.

16. Verona, otra mujer poseída por los demonios desde hacía seis años, y natural de Berogno, fue llevada también al sepulcro del santo. Oponía ella tal resistencia que, a pesar de que varios hombres la sujetaban, apenas si podían dominarla. Entre las muchas personas que presenciaban la escena había un hereje famoso, llamado Conrado de Ladriano, que había acudido hasta allí para burlarse del poder que se atribuía a san Pedro. No obstante, al ver que quienes conducían a la posesa no eran capaces de vencer la resistencia que aquella mujer hacía, intentó prestarles ayuda; pero, en cuanto se acercó, los demonios, por boca de la interesada, comenzaron a decir a voces:

—¿Por qué vienes a luchar contra nosotros? ¿No eres acaso uno de los nuestros? ¿Has olvidado que fuimos precisamente nosotros quienes tal día y en tal lugar te ayudamos a perpetrar tal homicidio? ¿No fuimos también nosotros quienes en tal otra ocasión te llevamos a tal sitio y allí cometiste tales y cuales horrores?

El hereje, al oír que le echaban en cara una serie de delitos realizados efectivamente por él, pero que habían permanecido ocultos y que él sólo conocía, se asustó tanto que empezó a temblar. A continuación, los diablos comenzaron a desollar el cuello y el pecho de la posesa; luego la arrojaron al suelo y salieron de ella dejándola medio muerta; mas, al poco rato, Verona se levantó por sí misma completamente curada. El hereje Conrado, impresionado por cuanto había oído y visto, se convirtió a la fe católica.

17. El episodio que vamos a referir ocurrió cuando san Pedro aún vivía. Un hereje, controversista infatigable y de extraordinaria elocuencia, desafió al santo a mantener con él un debate público sobre algunas cuestiones sutiles y muy difíciles. Este hombre, arrogante y soberbio, no cesaba de provocar al pacífico religioso. Un día, delante de muchísima gente, descaradamente lo emplazó a que entonces mismo y allí, en la plaza, comenzaran la disputa. San Pedro le contestó:

—Acepto el reto; pero ten la bondad de aguardar un instante; voy a concentrarme un momento y en seguida vuelvo.

Al lado de la plaza en que se encontraban y en la que había de celebrarse la polémica había un oratorio. San Pedro entró en él, se postró en oración, y, con muchas lágrimas, pidió a Dios que le ayudara a defender la fe y que se dignara convertir a la verdadera religión al presuntuoso charlatán, o si se resistía a aceptar la gracia de la conversión que castigara su arrogancia dejándole mudo, para que no siguiera perjudicando la causa de la Iglesia con aquellas bravatas que constantemente lanzaba contra la doctrina católica. Hecha esta oración, regresó a la plaza y en presencia del público dijo al hereje:

—Puedes comenzar a plantear las cuestiones que quieras cuando gustes. El hereje no planteó ninguna, porque repentinamente se quedó mudo,

sin poder articular ni una sola palabra. A la vista de este suceso, los demás herejes que allí se encontraban, confundidos y aterrorizados, salieron huyendo mientras todos los católicos que había en la plaza prorrumpían en acciones de gracias a Dios.

18. Otro hereje, llamado Opiso, en cierta ocasión entró acompañado de una mujer, pariente suya y también hereje, en la iglesia de los religiosos Predicadores; y al acercarse al sepulcro del santo vio sobre él dos denarios que en concepto de ofrenda había dejado allí algún devoto. En cuanto los vio, se apoderó de ellos diciendo a la mujer:

—No está mal; ya tenemos para echar un trago de vino.

Pero apenas cogió aquel dinero, comenzó a temblar aparatosamente y advirtió que sus pies estaban pegados al suelo y que, por más que lo intentaba, no lograba dar un paso. Lleno de miedo depositó de nuevo los dos denarios sobre el sepulcro, y al instante se dio cuenta de que ya podía caminar. Impresionado por este milagro comenzó a admirar la santidad de san Pedro, abandonó la herejía y se convirtió al catolicismo.

19. En el monasterio de Octembach, de la Orden de san Sixto, en la diócesis alemana de Constanza, había una religiosa que tenía mal de gota en una de sus rodillas desde hacía más de un año. Como la enferma, tanto por su enfermedad cuanto por ser monja y vivir sometida a las leyes de la obediencia y de la clausura no podía ir a visitar personalmente el sepulcro de san Pedro, decidió suplir esta imposible peregrinación con otra, imaginaria y espiritual, a base de devoción y oración. Sabía ella que desde su monasterio hasta Milán había una distancia equivalente a trece días de camino, y por eso sustituyó la andadura material por otra mística, proponiéndose rezar en cada una de aquellas trece jornadas cien padrenuetros en reverencia del santo Mártir. El resultado fue maravilloso: a medida que pasaban los días, su rodillla iba mejorando. El día trece, último del espiritual viaje de ida, cual si estuviera ya en presencia del sepulcro de san Pedro, trató de arrodillarse, lo consiguió sin dificultades, y de rodillas permaneció mientras rezó de un tirón los 150 salmos del salterio. Cuando terminó de rezar el último de estos salmos su dolencia estaba tan aliviada que sólo notaba en su pierna una leve molestia. Al siguiente día emprendió espiritualmente y por el mismo procedimiento del rezo de los cien padrenuestros el viaje de regreso, y, antes de acabar la postrera jornada de este místico viaje, su rodilla quedó enteramente curada.

20. Rufino, un hombre residente en Canapicio, lugar próximo a la población de Mazzati, hallábase gravemente enfermo a consecuencia de la rotura de una vena en la parte delantera de una de sus extremidades inferiores. Varios médicos intentaron con diferentes remedios cortar la hemorragia que padecía pero ninguno de ellos lo consiguió. Seis días con sus correspondientes noches llevaba fluyendo ininterrumpidamente la sangre de la herida, cuando al enfermo se le ocurrió invocar a san Pedro Mártir. Con toda la devoción que pudo, Rufino pidió al santo que viniera en su auxilio, y el santo le socorrió tan prontamente que, nada más terminar la invocación que el enfermo le hiciera, éste quedó repentinamente curado. Inmediatamente Rufino se durmió plácidamente y soñó que veía a un religioso corpulento y moreno, vestido con el hábito de los frailes Predicadores; parecióle a él que este religioso era el compañero de san Pedro, o sea, el que fue herido por el asesino del santo Mártir y murió unos días después a consecuencia de las puñaladas que recibió en su cuerpo; y, en efecto, debió ser él, porque se sabe que moreno y corpulento era el socio que en aquella ocasión llevaba san Pedro. Este religioso mostró a Rufino las palmas de sus manos, cubiertas de sangre y ungidas con un bálsamo de muy agradable olor, y le dijo:

—Mira, la sangre que vertimos, aún esta fresca. Ve a visitar a san Pedro. Su sangre también está cual si acabara de ser derramada.

Rufino, en cuanto despertó, dispuso las cosas para ir cuanto antes a visitar el sepulcro del santo Mártir.

21. En el castro de Massin, perteneciente a la diócesis de Ypozensa, vivían unas condesas muy devotas de san Pedro Mártir, en cuyo honor, todos los años, ayunaban la víspera de su fiesta. Uno de esos años, la tarde anterior al día de la festividad, acudieron, como solían, a la iglesia del lugar para asistir al oficio de vísperas. Una de las mencionadas señoras llevaba una vela para ofrendarla al santo; pero como en aquella iglesia el santo no tenía altar dedicado a él, colocó la candela encendida en el de san Pedro Apóstol; mas tan pronto como las piadosas damas salieron del templo, el sacerdote que cuidaba de él, por avaricia, apagó la candela. Inmediatamente la candela se encendió por sí misma; tornó el sacerdote a apagarla y tornó

la candela a encenderse; nuevamente la apagó él y nuevamente se encendió ella; y así varias veces, hasta que el sacerdote, cansado de aquel extraño juego, desistió de seguir apagando la candela, entró en el coro y vio sobre el altar mayor un cirio también encendido y colocado allí por uno de los clérigos, que, al igual que las condesas, era muy devoto de san Pedro Mártir, ayunaba todos los años en la vigilia de su fiesta, y había encendido en su honor el referido cirio. El cura, en cuanto vio el cirio, se acercó al altar y sopló repetidamente para apagarlo; pero por mucho que soplaba el cirio seguía ardiendo. El clérigo que lo había ofrendado, al ver que su párroco había pugnado primeramente por apagar la candela de las señoras y luego el cirio que él había ofrecido, se acercó al avaro cura y le dijo con indignación:

—Te estás comportando como un demonio. ¿No te das cuenta de que esto es un milagro y de que san Pedro no quiere que estas candelas que le hemos ofrendado se apaguen hasta que se consuman enteramente?

Asombrado el párroco ante aquel prodigio, subió con el clérigo al castillo en que vivían las condesas y les refirió el milagro que ambos habían presenciado.

22. En Meda, un hombre llamado Roba, jugador empedernido, a fuerza de jugar llegó a perder hasta sus propios vestidos. Una noche, tras de varias horas de juego, en el que como siempre había perdido, regresó a su casa, y al tratar de acostarse a la luz de una linterna, se dio cuenta de la penuria en que se encontraba. Ya no le quedaban para vestirse más que unos miserables andrajos, y, al despojarse de ellos para meterse en la cama, cayó en un estado tal de desesperación, que comenzó a invocar la ayuda de los demonios y a ofrecerse a ellos con palabras soeces y blasfemias. Inmediatamente acudieron a su llamada tres diablos, que cogieron la linterna y la tiraron por la ventana; luego se arrojaron sobre él, y cual si trataran de estrangularle, le oprimieron el cuello con tal fuerza que lo dejaron sin voz. Seguidamente el recién endemoniado, caído en el suelo, empezó a agitarse violentamente; con sus convulsiones y zapatetas producía tanto ruido que quienes dormían en el piso de abajo despertaron asustados, y subieron a ver qué ocurría, entraron en el cuarto de Roba y le preguntaron:

—¿Qué pasa? ¿Qué te sucede?

Los demonios, por boca de Roba, respondieron:

—Id en paz y volved a vuestras camas.

Creyendo que quien les había ordenado que se marcharan hubiese sido Roba, regresaron a sus camas y se acostaron; mas apenas lo habían hecho oyeron nuevamente, pero con mayor intensidad, los ruidos procedentes del piso alto, en el que Roba había vuelto a sus convulsiones. Subieron, pues, de nuevo, y al hallar a Roba tendido en el suelo y dando brincos y rebotes sobre el pavimento, entendiendo que estaba endemoniado, algunos de ellos salieron corriendo en busca de un sacerdote. Vino éste, y en nombre de san Pedro Mártir conjuró al poseso, y al instante salieron de su cuerpo dos diablos, pero quedó dentro de él el tercero. Al día siguiente llevaron a Roba al sepulcro de san Pedro. Fray Guillermo de Vercellis intentó echar los exorcismos al endemoniado, pero Roba, que nunca en su vida había visto a tal religioso y no lo conocía de nada, hablando en nombre del diablo, exclamó:

—Fray Guillermo, este hombre es nuestro. Nos pertenecen su persona y sus obras. No te canses; con tus propios recursos no lograrás hacerme salir de aquí.

Fray Guillermo, dándose cuenta de que quien hablaba era el diablo, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Balcetas —respondió el demonio.

El religioso, entonces, le ordenó en nombre de san Pedro, que saliera del cuerpo del poseso; y, en efecto, en cuanto Balcetas oyó el nombre de san Pedro arrojó al suelo al endemoniado y huyó de allí. Roba, una vez libre del mal espíritu, aceptó de buen grado la penitencia que le impusieron y regresó a su casa enteramente sano.

23. Este otro caso ocurrió cuando todavía vivía el santo. Un domingo de Ramos, poco antes de su muerte, estando predicando en Milán ante una gran multitud de hombres y mujeres, dijo en voz alta y clara que todos oyeron perfectamente: «Sé con absoluta certeza que los herejes piensan matarme; sé incluso que ya han comprado con dinero los oficios de un sicario para que me asesine; pero hagan lo que hagan no se verán libres de mí; al contrario: de muerto, lograré más victorias sobre ellos que las que he obtenido de vivo». Los hechos demostraron que esta profecía se cumplió en todas sus partes.

24. El mismo día en que san Pedro fue martirizado, una monja del monasterio llamado *de los Discípulos,* sito en la ciudad de Florencia, estando

en oración, vio a la Santísima Virgen sentada en su trono de la gloria y a dos religiosos de la Orden de Predicadores que subían desde la tierra hasta el cielo, entraban en él y se colocaban uno a cada lado de Nuestra Señora. Entonces la monja preguntó a la Virgen:

—¿Quiénes son esos dos afortunados?

Al instante oyó una voz misteriosa que decía:

—El de este lado es fray Pedro, que acaba de ascender como una nube de incienso, triunfante y glorioso, a la presencia del Señor.

La autenticidad de esta visión quedó probada y aclarada cuando se supo posteriormente que san Pedro había sido martirizado precisamente el mismo día que la referida religiosa tuvo la susodicha revelación. Más adelante la misma monja padeció una enfermedad prolongada y grave, y después de haberla sufrido durante bastante tiempo, se encomendó muy devotamente a san Pedro; y en cuanto acudió a él, quedó íntegramente curada.

25. Un estudiante, yendo de camino de Maguelon a Montpellier, al dar un salto para salvar un desnivel, se hernió, y sintió tal dolor en la ingle, que le resultaba imposible dar un paso más. Entonces se acordó de que en cierta ocasión había oído decir a un predicador durante un sermón que una mujer aquejada de cáncer se había curado aplicando a su herida un poco de tierra regada con la sangre de san Pedro Mártir, e hizo esta oración: «¡Oh Dios mío! Yo no tengo a mano tierra de aquella, pero quien concedió a aquel polvo por los méritos de san Pedro tan extraordinaria virtud, por intercesión del mismo santo puede dar virtud parecida al polvo que tome del suelo en que me encuentro postrado». Seguidamente, con gran fe, tomó de su lado un poco de tierra, hizo sobre ella la señal de la Cruz, invocó a san Pedro Mártir, aplicó la tierra aquella a la parte en que sentía el dolor y de repente quedó curado.

26. El año 1259 había en Compostela un hombre llamado Benito, tan enfermo y deformado, que parecía un monstruo; sus dos piernas, de tan hinchadas, semejaban dos odres; su vientre presentaba el mismo aspecto que el de una mujer preñada; su cara tenía tantos tumores que nadie podía verle sin horrorizarse; su cuerpo todo se hallaba espantosamente inflado. Aquel hombre, que apenas si podía sostenerse en pie apoyado en un bastón, vivía de la mendicidad, y, yendo un día por la calle mendigando, pidió limosna a una señora, la cual al verle le dijo:

—Tú, tal como estás, más que limosna lo que necesitas es el sepulcro; pero, si quieres seguir mi consejo, haz esto: ve al convento de los frailes Predicadores, confiesa tus pecados y encomiéndate a san Pedro Mártir.

A la mañana siguiente Benito, antes de amanecer, se dirigió al convento que la señora aquella le había indicado, pero como era tan temprano y el convento estaba cerrado, se tendió en el suelo, a la puerta de la iglesia, para dormir un rato mientras llegaba la hora de que la abrieran; y estando dormido soñó que se llegaba hasta él un Padre muy reverendo, que lo cubría con la capa de su hábito y lo introducía en el templo. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando al despertar se encontró dentro de la iglesia conventual y completamente curado! Este suceso llenó de estupor y de admiración a los habitantes de la ciudad, todos los cuales pudieron ver como aquel hombre antes monstruoso, que apenas podía moverse, y a quien todos conocían, había quedado enteramente curado de su espantosa enfermedad.

Capítulo LXIV

SAN FABIÁN

San Fabián, que gobernó la Iglesia Romana durante muchos años, murió mártir en tiempos del emperador Decio.

Cuando fue elegido obispo de Roma, numerosas personas vieron como el Espíritu Santo, en forma de paloma, descendía sobre él.

En su pontificado, y por orden suya, se recogieron y completaron las Actas de los Mártires escritas oportunamente por algunos notarios y posteriormente desperdigadas por diferentes sitios y olvidadas. A él se debió igualmente la construcción de numerosas basílicas en los cementerios donde estaban enterrados los santos que habían muerto martirizados, y la consagración de las mismas, muchas de las cuales fueron consagradas por él personalmente. También fue este papa quien dispuso que todos los años, el día de Jueves Santo, se consagrase el nuevo crisma y se quemase el que hubiese sobrado del año anterior.

Algunas otras cosas, relacionadas con este Pontífice, las hallará el lector en la leyenda correspondiente a la fiesta de los bienaventurados Mártires Fabián y Sebastián.

Capítulo LXV

SAN FELIPE, APÓSTOL

Felipe significa tres cosas: *pico de candil* o *de lámpara, aspecto de las manos,* y, en cuanto palabra derivada de los vocablos griegos *philos,* (amor), e *yper* (sobre, encima), *amante de cosas altas.* Los tres significados son aplicables a este santo, que fue como un pico de candil, es decir, como una luz de lámpara, por la elegancia y elocuencia en la predicación; lo de aspecto de las manos, conviénele por la asiduidad con que se entregó al trabajo, y lo de amante de cosas elevadas, por su dedicación a la contemplación de lo sobrenatural.

El apóstol san Felipe, después de haber predicado veinte años en Escytia, fue apresado por los paganos y coaccionado para que ofreciese sacrificios ante una imagen de Marte. Cuando estaban intentando obligarle a esto, de debajo de la estatua del ídolo surgió un enorme dragón que en un abrir y cerrar de ojos mató a un hijo del pontífice que cuidaba del fuego de los sacrificios, y a dos tribunos, jefes de los soldados que custodiaban al santo apóstol. Todavía hizo más estragos el monstruo, porque, con el hedor de sus resuellos, infestó el ambiente de tal manera que cuantos asistían a aquel acto cayeron enfermos.

—Si queréis que estos tres muertos resuciten y que los enfermos sanen —dijo Felipe a quienes le custodiaban— destruid este estatua y colocad en su lugar una Cruz en honor de Jesucristo, y adoradla.

Los vigilantes le respondieron:

—Haz tú primeramente lo necesario para que quienes hemos quedado enfermos, sanemos; si lo consigues, destruiremos la estatua de Marte.

Felipe, entonces, ordenó al dragón que se marchase de allí y se fuese a algún sitio desierto donde no pudiese hacer daño a nadie. El monstruo, inmediatamente, se marchó de aquel lugar y nunca jamás volvió a ser visto. Seguidamente san Felipe sanó a todos los enfermos y con sus oraciones consiguió que el Señor resucitara a los tres muertos. A la vista de estos milagros, quienes le habían perseguido se convirtieron y él quedó en libertad y permaneció un año más en aquella región predicando y ordenando presbíteros y diáconos. Después se trasladó a la ciudad de Hierápolis, en Asia, y combatió y extinguió la herejía de los ebionitas, que negaban la naturaleza humana de Cristo y sostenían que el cuerpo del Señor no había sido real, sino aparente y fantástico. En su evangelización ayudáronle sus dos hijas, ambas vírgenes y ambas muy virtuosas y santas, de las que Dios se sirvió para convertir a muchas personas a la verdadera fe.

Siete días antes de su muerte, san Felipe, convocó a todos los obispos y presbíteros, y le dijo:

—El Señor quiere que emplée en vuestra formación los siete días que me quedan de vida.

Al cabo de estos siete días, los infieles se apoderaron de él, que ya tenía 87 años de edad, y, para que su muerte se pareciese a la del Maestro cuya doctrina constantemente predicaba, lo crucificaron. Así fue como este santo apóstol salió de este mundo y entregó su alma al Señor. Sus dos hijas fueron enterradas con él, una a su derecha y otra a su izquierda.

San Isidoro, en el *Libro de la vida, nacimiento y muerte de los Santos,* dice: «Felipe primeramente convirtió a los galos, llevando a la luz de la verdad y al apacible puerto de la fe, tanto a aquellas gentes bárbaras como a las de los pueblos vecinos, sacándolas a todas ellas de las tinieblas en que se hallaban sumergidas y a punto de ser engullidas por las encrespadas aguas del error. Después terminó su vida en Hierápolis, ciudad de la provincia de Frigia, muriendo apedreado y crucificado; allí descansan él y sus dos hijas». Esto dice san Isidoro.

Hubo otro Felipe, que fue uno de los siete diáconos, y del que san Jerónimo, en su *Martirologio,* dice que, después de una vida abundante en milagros y prodigios, murió un 8 de julio en Cesarea, donde fue enterrado, y en cuyo sepulcro yacen también tres de sus cuatro hijas; sólo tres, porque, aunque tuvo cuatro, la cuarta fue sepultada en Efeso.

No debemos confundir a estos dos Felipes: el primero fue apóstol, tuvo dos hijas profetisas y

está sepultado con ellas en Hierápolis; el segundo fue diácono y padre de cuatro hijas. Aunque en la *Historia Eclesiástica* se da a entender que el primer Felipe tuvo tres hijas dedicadas al ministerio profético, en esto debemos atenernos a lo que asegura Jerónimo, cuyo testimonio goza de mayor autoridad.

Capítulo LXVI

SANTA APOLONIA

En tiempos del emperador Decio se desencadenó en Alejandría una cruelísima persecución contra los servidores de Dios. Un hombre miserable, llamado Divino, cual si quisiera organizar grandes banquetes en honor de los demonios, excitó al populacho infiel contra los discípulos de Cristo, enardeciendo a las masas de tal manera que éstas andaban rabiosamente agitadas y dispuestas a no calmarse hasta que hubieran bebido la sangre de todos los cristianos. Primeramente la tomaron, de diferentes maneras, contra los religiosos de uno y otro sexo, azotándolos y desgarrándoles sus miembros, o perforándoles sus rostros con punzones y sacándoles los ojos y tratando de obligarles a todos ellos a que ofreciesen sacrificios en honor de los ídolos; pero como no conseguían lo que se proponían, sino que, por el contrario, las víctimas de estas inhumanas crueldades prorrumpían en denuestos contra los falsos dioses, a muchas de ellas las ataban por los pies, las arrastraban por calles y plazas y martirizábanlas tan horrenda y espantosamente que el suelo iba quedando sembrado de trozos de carne desprendidos de sus cuerpos.

Vivía por entonces en Alejandría una virgen venerable, ya anciana, llamada Apolonia, adornada con las flores de la castidad, la austeridad, y la limpieza de corazón. Esta admirable mujer, robustísima columna de santidad cimentada en el espíritu del Señor, era tan grata a Dios por su fe y por su virtuosa conducta que su vida constituía un maravilloso espectáculo para los ángeles y para los hombres.

En una de aquellas redadas que hacían las turbas invadiendo las casas de los cristianos, destrozándolo todo, apoderándose de ellos y maltratándolos con crueldad infernal, apresaron a la sencillísima, inocentísima, virtuosísima y fortísima santa Apolonia, y la llevaron ante el tribunal de los impíos. Para defenderse, no contaba ella con más armas que las de la fortaleza de su intrépido espíritu y las de su pureza jamás mancillada. Ofrendando devotamente su alma a Dios y dispuesta a sufrir cuantas penalidades quisieran infligir a su castísimo cuerpo, dejóse conducir por los malvados esbirros, los cuales lo primero que hicieron al apoderarse de la virtuosa virgen, fue romperle todos sus dientes con satánica crueldad; luego amontonaron gran cantidad de leña e hicieron una monumental hoguera y la amenazaron con quemarla viva si no repetía las palabras blasfemas que ellos le iban a indicar. Viendo la santa que el fuego ya estaba encendido y que las llamas crepitaban, tras de pensar un momento lo que debía hacer, de repente se desasió de quienes la sujetaban, y corrió a lanzarse por sí misma a la hoguera con que la amenazaban, dejando atónitos a los promotores de aquella crueldad al comprobar que la anciana mujer se mostraba más dispuesta a arrostrar tan terrible suplicio que ellos mismos a aplicárselo.

A pesar de que fue sometida a diferentes tormentos, ni los dolores de las torturas, ni las llamas preparadas por sus desalmados perseguidores doblegaron el ánimo de la valerosísima mártir de Cristo, porque su alma estaba inflamada por los rayos de la verdad, mucho más ardientes que los de la hoguera. El fuego que las manos mortales de sus verdugos aplicaron a su cuerpo no tuvo fuerza suficiente para extinguir el otro fuego que Dios había encendido en su indomable pecho. ¡Qué titánica y admirable lucha la sostenida por nuestra valerosa virgen, que asistida por la gracia del Señor misericordioso prefirió arder temporalmente a tener que arder en la eternidad, aceptó ser quemada en una hoguera terrena antes que exponerse al peligro de caer en eternas llamas, y se comportó tan serenamente en medio del fuego cual si sus brasas no quemaran ni causaran dolor alguno! Ciertamente, que si hubiera querido librarse de aquellos terribles tormentos podría haberlo hecho; pero, si lo hubiese hecho, no hubiese conseguido la corona de gloria que en tan doloroso certamen consiguió. La invictísima virgen y mártir de Cristo, Apolonia, pudo haber gozado de las delicias del mundo, pero deseosa de agradar a su esposo, el Señor, las despreció con toda su alma y perseveró firmemente en el propósito de conservar intacta su fidelidad, aun a costa de tener que padecer tan espantosos suplicios. Esta gloriosa y felizmente

victoriosa virgen, por el brillo y fortaleza de sus méritos, aventajó a otros muchos mártires. El hecho de que a pesar de lo que se ensañaron con ella no sucumbiera, pone de manifiesto que esta mujer, pese a ser mujer, tuvo ánimo varonil. Del intenso amor que profesaba a Dios sacó energías para despreciar los temores terrenos y conquistar el trofeo de la Cruz de Cristo; y no con armas de hierro, sino con las de la fe, luchó y obtuvo la victoria contra las pasiones y contra los diferentes tormentos a que fue sometida.

Que Nuestro Señor Jesucristo que con el Padre y el Espíritu Santo es Dios y vive y reina por los siglos de los siglos, se digne concedernos a nosotros un triunfo semejante.

Capítulo LXVII

SANTIAGO, APÓSTOL

Santiago, en latín, se dice *Jacobus,* y Jacobus, significa dos cosas: *preparador* y *suplantador,* entendiendo por suplantar, echar la zancadilla y hacer caer a alguien que camina de prisa. Pero, si nos atenemos a la etimología, la palabra *jacobus* proviene, o de *ia* (Dios) y de *cobar,* (carga, peso), o de *jacopus,* que a su vez deriva de *jaculo* (dardo) y de *cope* (herida), y equivale a *herido por dardos.*

Este apóstol fue *preparador, suplantador, peso divino* y *herido por dardos.* Veámoslo:

Fue *preparador* de su cuerpo en cuanto que lo dispuso convenientemente para la ejecución de toda clase de obras buenas. Dice san Gregorio Niseno que las malas pasiones suelen provenir de alguna de estas tres causas: de la mala conducta, procedente a su vez de una educación también mala; de desarreglos corporales; de la ignorancia. Estas deficiencias, según el mismo santo doctor, pueden remediarse de la siguiente manera: la primera, con un buen comportamiento; la segunda, con un buen funcionamiento orgánico; la tercera, con instrucción doctrinal adecuada. A estos tres procedimientos recurrió Santiago, quien, en efecto, mediante un buen comportamiento, un buen funcionamiento corporal y una excelente instrucción doctrinal, estuvo siempre preparado y en condiciones de realizar buenas obras.

Fue *suplantador* del mundo y del diablo: del mundo, por el menosprecio con que lo miró; y del diablo, porque lo zancadilleó y venció.

Fue *peso divino,* por la gravedad de sus costumbres.

Fue *herido por dardos,* como lo prueban las circunstancias de su martirio.

1. Este Santiago Apóstol del que aquí tratamos es conocido o designado por cuatro nombres: *Santiago de Alfeo,* es decir, hijo de Alfeo; *Santiago, hermano del Señor; Santiago el Menor,* y *Santiago el Justo.*

El primero de estos nombres, *Santiago hijo de Alfeo,* no debe tomarse en sentido literal, cual si hubiese sido hijo carnal de Alfeo, sino en sentido alegórico, a tenor del significado de la palabra «alfeo», que es múltiple, ya que alfeo equivale a *docto, documento, fugitivo* y *milésimo.* Con la expresión *hijo de Alfeo,* aplicada a Santiago, se pretendió indicar que este apóstol fue todas estas cosas: *docto,* por la abundancia de su ciencia infusa; una especie de *documento viviente,* por lo mucho que enseñó a los demás; *fugitivo,* respecto del mundo, del que huyó a través del menosprecio en que tuvo todas sus cosas; y *milésimo,* por la fama de humilde que se granjeó.

Llamáronle *hermano del Señor* por el gran parecido que existía entre él y Jesucristo cuyos rostros eran tan semejantes que muchos confundían al uno con el otro; por eso, cuando los judíos acudieron al huerto para prender al Señor, a fin de no equivocarse, es decir, para no capturar a Santiago en lugar de su Maestro, aceptaron la contraseña del beso propuesto por Judas, quien, debido al trato que con ambos tenía, los conocía y distinguía perfectamente. Ignacio, en una carta que escribió a san Juan Evangelista, alude a este parecido. «Tan pronto como me sea posible», dice Ignacio en la mencionada epístola, «iré a Jerusalén, para tener ocasión de conocer al venerable apóstol Santiago, de quien se asegura que se parece tanto a Jesús en las facciones, en la manera de ser y en el modo de obrar, cual si entrambos hubiesen sido hijos de una misma madre e incluso gemelos. Dicen que quien ve a este hombre, es como si viera a Cristo, por la gran semejanza que entre ellos existió».

Afirman algunos autores que si Santiago fue llamado *hermano del Señor* ello se debió a que era pariente muy próximo de Cristo. No faltan quienes suponen que sus respectivas madres eran hermanas y que incluso eran también hermanos entre sí Cleofás, padre de Santiago, y José, padre legal de Jesús.

También ha habido quien ha dicho que Santiago fue llamado hermano del Señor porque era hijo de José, el esposo de la Virgen, y de otra mujer con la que anteriormente había estado casado. Esta opinión es producto de la fantasía de quienes la sustentan. Errónea es también la del maestro Juan Beleth, quien supone que Santiago fue hijo de un hombre llamado Alfeo y que éste fue hermano de José, el esposo de María.

La conjetura más sólida acerca del parentesco entre Santiago y Cristo, es ésta: que Santiago fue hijo de una mujer llamada María, la cual fue a su vez hija de Cleofás, hermano de José, padre legal de Jesús.

Digamos, finalmente, que el sobrenombre de *hermano del Señor,* dado a Santiago, pudo obedecer a una de estas dos cosas: a que Santiago y Jesús fuesen parientes próximos, como comúnmente se cree con tanto mayor motivo cuanto que entre los judíos solían llamarse hermanos a los que estaban unidos por vínculos de consanguinidad; o a que Santiago descollara sobre los demás apóstoles por la excelencia de sus virtudes y por la semejanza moral con Jesucristo; en este último supuesto lo de *hermano del Señor* habría sido algo así como un título privilegiado para ponderar su relevante santidad, que relevante debió ser puesto que a él precisamente le fue confiado el alto honor de regir como obispo la naciente iglesia de Jerusalén.

Llamósele *Santiago el Menor* para diferenciarlo de Santiago el hijo de Zebedeo, al que se le da el sobrenombre de Mayor, no tanto porque tuviese más edad que el otro, sino porque ingresó antes que él en el colegio apostólico. Inspirado, sin duda, en este precedente histórico, en la mayor parte de los institutos religiosos se sigue la norma en cuanto a jerarquía o precedencia, y en cuanto al uso de los términos *mayor* y *menor* aplicados a los miembros de una Comunidad, de atenerse a un criterio, no de edad o de perfección, sino de antigüedad en la profesión, de manera que se tiene por *mayor* al que profesó primero, y por *menor* al que profesó después, prescindiendo de la fecha de nacimiento de cada uno y del grado de virtud que cada cual pueda tener.

El cuarto nombre, *Santiago el Justo,* dado a este apóstol, no cabe la menor duda de que obedeció a los méritos de su extraordinaria santidad. San Jerónimo dice que las gentes lo reverenciaron tanto, y tenían tan elevado concepto de sus virtudes, que contendían entre sí por acercarse a él a fin de poder tocar con sus manos siquiera la orla de su manto. Las historias eclesiásticas nos han transmitido el siguiente testimonio de Hegesipo, contemporáneo o poco menos, de este apóstol: «Santiago, el hermano del Señor, llamado también comunmente *el Justo,* a raíz de la muerte de Cristo, fue encargado de regir esta iglesia (la de Jerusalén), y al frente de ella continuó hasta nuestros días. Este hombre salió ya santo del vientre de su madre. Jamás bebió ni vino ni sidra, ni comió carne, ni se cortó el cabello, ni ungió con perfumes su cuerpo, ni se bañó, ni usó como ropa más que una sábana de lino. De tanto postrarse en tierra para orar, formáronsele en las rodillas unas callosidades tan duras como las de los calcañares. Por su elevada santidad y acrisoladas virtudes diéronle el sobrenombre de Justo y el de *Abba,* en el sentido de defensor de la justicia y protector del pueblo. Fue el único entre los apóstoles que por su virtuosísima vida gozó del privilegio de entrar en el *Sancta Sanctorum,* es decir, en la parte reservada del Templo». Esto escribió Hegesipo.

Dícese también que él fue quien celebró la primera misa que se dijo en Jerusalén después de la Ascensión del Señor y que fueron los apóstoles quienes decidieron, en atención a la extraordinaria perfección de su santísima vida, que fuese precisamente él el primero que tuviese el altísimo honor de celebrar el Santo Sacrificio. Esto, sin embargo, creemos que debe entenderse en uno de estos dos sentidos: o bien que fuese el primero de todos ellos en celebrar la misa en Jerusalén antes de ser consagrado obispo de esta ciudad, interpretación muy posible, puesto que el Libro de los *Hechos de los Apóstoles* refiere que después de la Ascensión de Cristo los discípulos se reunían a menudo para recibir catequesis de los apóstoles y asistir a la fracción del pan y participar en ella, o bien que fuese el primero en celebrar la misa en Jerusalén como obispo de esta Iglesia, en cuyo caso lo de *primero* tiene un alcance relativo, es decir, que él habría sido el primero en celebrar pontificalmente en su obispado de Jerusalén, como tiempos después san

Pedro fue también el primero en celebrar de esa manera en su obispado de Antioquía, y san Marcos fue también el primero en hacer lo mismo en el de Alejandría.

San Jerónimo, en su *Libro contra Jovíniano,* asegura que Santiago permaneció siempre virgen, y en su obra titulada *De los varones ilustres* cuenta que el mismo día de Parasceve, nada más morir el Señor, este apóstol hizo voto de no probar bocado alguno mientras Cristo no hubiese resucitado de entre los muertos; y que el domingo de Resurrección, como Santiago permanecía fiel a su promesa, observando un ayuno absoluto, Jesús se le apareció a él y a quienes estaban en su compañía y les dijo: *«Preparad la mesa y el pan»;* y que luego, tomando el pan, lo bendijo, cortó un trozo de él, y se lo ofreció a Santiago antes que a nadie, diciéndole: «Hermano mío, incorpórate y come, porque el Hijo del hombre ya ha resucitado de entre los muertos». Lo relativo a este voto y aparición de Jesús resucitado a Santiago invitándole a comer lo refiere también el historiógrafo Josefo.

En el año séptimo de su episcopado reuniéronse los apóstoles en Jerusalén, para celebrar la Pascua. Santiago rogó a los otros que refirieran lo que a través de ellos hubiera hecho el Señor delante del pueblo, y accediendo a ese ruego uno tras otro fueron narrando lo que a cada cual le concernía.

Por aquel mismo tiempo, estando todos juntos en el templo oyendo la predicación que Santiago hacía a Caifás y a algunos otros judíos, que tras siete días de catequesis mostrábanse dispuestos a recibir el bautismo, entró en el local alguien y comenzó a decir a gritos:

—¡Israelitas! ¿Qué es lo que vais a hacer? ¿Por qué permitís que estos hechiceros os engañen?

El intruso, a base de apóstrofes y voces logró soliviantar a quienes estaban a punto de convertirse y hacerles cambiar de opinión, de tal manera que quienes un rato antes mostrábanse dispuestos a bautizarse, intentaron un momento después apedrear a los apóstoles. El agitador aquel subió al estrado donde estaba Santiago predicando, le dio un violento empellón y lo tiró al suelo, haciéndolo rodar por las escaleras. A consecuencia de este accidente el apóstol se quedó cojo, y desde entonces hasta el final de su vida cojeó mucho al andar. Esto ocurrió en el séptimo año de su episcopado, unos días después de la fiesta de la Ascensión.

A los treinta años de haber sido consagrado obispo, viendo los judíos que no podían matar a Pablo porque se había ido a Roma a apelar ante el césar, concitaron todo el furor de su odio religioso contra Santiago, y comenzaron a buscar algún pretexto para acusarle. El ya citado Hegesipo, contemporáneo de los apóstoles, nos cuenta el siguiente relato llegado a nosotros a través de las historias eclesiásticas:

Unos cuantos judíos fueron a ver a Santiago y le dijeron:

—Te rogamos que desengañes al pueblo y le hagas ver que se equivoca al creer que Jesús fue Cristo. Te suplicamos que el próximo día de Pascua, aprovechando la oportunidad de la gran cantidad de gente que viene a Jerusalén, hables a las multitudes y las disuadas de todas esas cosas que vienen admitiendo en relación con Jesús. Si así lo haces, tanto nosotros como el pueblo en general nos atendremos a su testimonio, reconoceremos que eres justo y que no te dejas influir por nadie.

El día de Pascua, aquellos mismos hombres que trataron de seducirle llevaron al apóstol a la terraza más alta del templo, a fin de que pudiera ser bien visto y oído por las multitudes y le dijeron a voces:

—¡Santiago! ¡Tú eres el más honesto de todos los hombres! Todos acatamos tu testimonio. Dinos, pues, aquí, públicamente, qué opinión te merece la actitud de esas gentes que andan por ahí errantes, detrás de ese Jesús crucificado.

Santiago, también con voz muy fuerte, respondió:

—¿Queréis saber lo que yo pienso acerca del Hijo del hombre? Pues prestad atención: pienso que está sentado en el cielo, a la derecha del Sumo Poder, y que un día vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Los cristianos, al oír esta respuesta, acogiéronla con gritos de jubilosa alegría y grandes aplausos; los fariseos y escribas, en cambio, comentaron entre sí:

—¡Mal paso hemos dado al brindarle esta ocasión de que emitiera públicamente este testimonio acerca de Jesús! Enmendemos el error que hemos cometido: subámosle hasta las más altas almenas y arrojémosle desde ellas a la calle para que los creyentes se asusten y desechen sus creencias.

Así lo hicieron; lleváronle a lo más alto del Templo, y desde allí dijeron a gritos:

—¡Oh! ¡Oh! ¡El que teníamos por justo se ha equivocado!

Dicho esto, le dieron un empujón y lo arrojaron al vacío, y en cuanto el apóstol llegó al suelo se arremolinaron contra él los judíos que habían presenciado desde abajo su caída, y empezaron a gritar:

—¡Apedreemos a Santiago el Justo!

Seguidamente comenzaron a apedrearlo. Santiago, que pese a la altura desde la que cayó no se había hecho ningún daño, al ver que arrojaban piedras contra él se puso de rodillas, y en actitud de oración, levantando sus manos hacia el cielo, exclamó:

—¡Señor! ¡Te ruego que los perdones, porque no saben lo que hacen!

Al iniciarse la pedrea, uno de los sacerdotes, hijo de Rahab, se encaró con la multitud y dijo:

—¡Alto! ¡No tiréis piedras, os lo ruego! ¿Qué pretendéis hacer? ¿No os dais cuenta de que este santo varón al que estáis apedreando corresponde a vuestra crueldad orando por vosotros?

No obstante esta advertencia, uno de aquellos fanáticos, con una pértiga de batanero, descargó sobre la cabeza del apóstol un golpe tan terrible, que le rompió el cráneo y le saltó los sesos.

Hasta aquí el relato de Hegesipo.

Con este género de martirio el alma del santo apóstol emigró al Señor en tiempo del emperador Nerón, que inició su reinado hacia el año 57 de nuestra era. Su cuerpo fue sepultado en el mismo sitio en que murió, a la vera del Templo. El pueblo trató de vengar su muerte y de apoderarse de quienes lo mataron para castigarles, pero los malhechores se dieron buena maña para escapar rápidamente de allí.

2. Refiere Josefo que tanto la destrucción de Jerusalén como la dispersión de los judíos se debieron al pecado de haber dado éstos muerte a Santiago. Cierto que sí; pero no sólo a este pecado, sino también al pecado anterior de haber matado al Señor. La destrucción de la ciudad fue sobre todo un castigo en el que incurrieron los judíos por la muerte que dieron a Cristo, como El mismo anunció proféticamente cuando dijo: *«No dejarán en ti piedra sobre piedra, por haber rechazado el mensaje de salvación que sobre ti vino»*. Pero Dios, tanto porque no quiere la muerte del pecador, cuanto para que no dijeran que no les había dado tiempo suficiente para hacer penitencia, esperó pacientemente cuarenta años, concediéndoles oportunidad de que la hicieran y proporcionándoles la predicación de los apóstoles, principalmente la de Santiago, el hermano del Señor, que no cesó de evangelizarles y de exhortarles a la expiación de su delito. En vista de que con esos procedimientos no conseguía lo que pretendía, para moverlos a arrepentimiento trató de intimidarlos con manifestaciones prodigiosas y terroríficas; con este fin en aquellos cuarenta años sucedieron muchas cosas portentosas y fuera del orden natural, consignadas por Josefo en su historia. He aquí algunas de ellas:

Durante todo un año, todos los habitantes de la comarca vieron una estrella muy grande, en forma de espada, suspendida sobre la ciudad y proyectando sobre ella rayos de luz que semejaban llamas fatídicas.

Otro año, el día de la fiesta de los Acimos, hacia la hora nona de la noche, el altar y el templo quedaron repentinamente iluminados por unos resplandores tan intensos y misteriosos que todos los asistentes creyeron que estaban en pleno día. En aquella misma ocasión, cuando los ministros del culto tenían ya colocada sobre el ara de los sacrificios una becerra para inmolarla, ésta, delante de ellos, repentinamente parió un cordero.

Unos días después de lo que acabamos de referir, poco ante de ponerse el sol, surgieron en el aire carros de combate, cuadrigas y cohortes de legionarios y empezaron a recorrer el espacio, yendo por entre las nubes de una a otra parte de aquella región, combatiendo entre sí, deteniéndose sobre las ciudades, cual si desde la altura aquellas extrañas tropas las rodearan y tomaran.

Una noche, en la fiesta que llamaban de Pentecostés, estando los sacerdotes en el templo desempeñando sus rituales ministerios, sintieron conmociones raras, ruidos estrepitosos, y oyeron unas misteriosas voces que decían: «Salgamos de esta morada».

Cuatro años antes de que comenzara la guerra, un tal Jesús, hijo de Ananías, el día de la fiesta de los Tabernáculos comenzó de pronto a gritar y a decir: «¡Voz de Oriente! ¡Voz de Occidente! ¡Voz de los cuatro vientos! ¡Voz sobre Jerusalén! ¡Voz sobre el Templo! ¡Voz sobre los esposos y esposas! ¡Voz sobre todo el pueblo!» Aquel hombre fue apresado, golpeado y azotado, pero como si no supiera o no quisiera decir otras cosas más que esto, cuanto más duramente lo azotaban, más fuertemente gritaba y repetía su cantinela. Lleváronlo a presencia del juez, sometiéronle a dolorosísimos tormentos, arañaron sus carnes, dejaron sus huesos

al descubierto, pero él ni derramó una sola lágrima, ni suplicó clemencia, sino que constantemente, con lúgubres acentos, repetía y repetía aquella melopea, añadiendo tras de cada una de las referidas exclamaciones, esta otra a modo de estribillo: «¡Ay! ¡Ay de ti, Jerusalén!»

Todos estos casos los hemos tomado del libro de Josefo.

Pese a todos estos avisos, los judíos ni se convirtieron ni siquiera se atemorizaron con tan portentosas señales. Por eso el Señor, después de esperar cuarenta años, en vista de que no daban muestras de arrepentimiento, trajo a Jerusalén a Vespasiano y a Tito, y éstos, arrasaron y destruyeron totalmente la ciudad.

He aquí como una historia apócrifa antigua refiere la venida de estos emperadores a Jerusalén:

«Cuando Pilatos se dio cuenta de que Jesús, a quien él había condenado a muerte, era inocente del delito que le imputaban, temiendo incurrir en la indignación de Tiberio César, envió a Roma a un mensajero llamado Albano con la misión de que presentara al emperador una versión de los hechos y los descargos correspondientes. En nombre del césar Tiberio gobernaba a la sazón la monarquía de las Galias el rey Vespasiano y a las Galias fue a dar, empujada por el viento, la nave en que viajaba el mensajero de Pilatos. Albano, pues, tuvo que comparecer ante Vespasiano porque, según costumbre con fuerza de ley establecida en las tierras del Imperio, los náufragos quedaban sometidos al dominio y servidumbre del señor del país a que arribaban. Vespasiano preguntó a Albano una serie de cosas, entre otras, quién era, de dónde venía y hacia dónde se encaminaba antes de naufragar. Albano le respondió:

—Soy de Jerusalén, de Jerusalén venía y a Roma iba.

Díjole Vespasiano:

—Puesto que vienes del país de los sabios supongo que conocerás el arte de la medicina, y hasta puede que seas médico; y si lo eres, debes curarme, porque estoy enfermo.

Efectivamente, Vespasiano tenía en sus fosas nasales, desde su infancia, una especie de avispero del que fluían constantemente multitud de gusanos; por eso precisamente se llamaba Vespasiano, nombre derivado de *vespa,* que significa avispa.

El náufrago, le respondió:

—Señor, yo no podré curarte, porque ni soy médico ni entiendo nada de medicina.

Díjole Vespasiano:

—¡Claro que me curarás! Y si no lo haces te mandaré matar.

Replicó Albano:

—Te juro, señor, por aquel que dio vista a los ciegos, sanó endemoniados y resucitó a los muertos, que ignoro por completo el arte de curar, y El sabe bien que es verdad lo que digo.

Vespasiano, intrigado, le preguntó:

—¿Quién es ese del que dices esas cosas tan maravillosas?

Albano contestó:

—Jesús, el Nazareno. Ya no vive; lo mataron los judíos por envidia; pero, si crees en El, seguro que alcanzarás la gracia de la salud.

Vespasiano dijo:

—Creo, creo en El; porque si resucitó a muertos también podrá librarme a mí de esta enfermedad que padezco.

Nada más decir esto emperazon a salir de su nariz multitud de avispas muertas y quedó repentinamente curado. Entonces mismo, lleno de gozo, exclamó:

—No me cabe duda alguna de que quien ha tenido potestad para sanarme fue verdaderamente Hijo de Dios. Pediré licencia al césar y marcharé a Jerusalén al frente de mi ejército y destruiré totalmente a esos traidores y malvados que dieron muerte a tal hombre.

Luego, dirigiéndose a Albano, le dijo:

—Te dejo en libertad. Puedes regresar sano y salvo y con todas tus cosas a tu tierra.

Vespasiano fue a Roma, solicitó permiso del césar para demoler la ciudad de Jerusalén y para arrasar la provincia de Judea. El emperador se lo concedió. Provisto de esta autorización, Vespasiano volvió a las Galias, empleó varios años en reclutar combatientes y en formar algunos ejércitos, y, cuando tuvo sus tropas bien dispuestas, salió con ellas para Jerusalén.

Mientras Vespasiano reclutaba y formaba sus tropas ocurrieron dos cosas importantes: la subida de Nerón al trono imperial y la rebelión de los judíos contra los romanos. Debido a esto último se dice en algunas crónicas, erróneamente, que Vespasiano no atacó a los judíos por haber matado a Cristo, sino por haber intentado desengancharse del yugo de Roma.

Al frente de un poderoso ejército llegó Vespasiano a Jerusalén. El día de Pascua puso cerco a la ciudad quedando encerrado dentro de sus muros

un innumerable gentío procedente de todas partes, que se había congregado allí con motivo de la fiesta.

Algún tiempo antes de la llegada de Vespasiano y de sus tropas, los fieles que moraban en Jerusalén, previamente avisados por el Espíritu Santo, abandonaron la ciudad y se instalaron al otro lado del Jordán, en un pueblo llamado Pella. De ese modo, por divina disposición, se libraron de los efectos de la venganza que el cielo tomó de la ciudad sacrílega y del pueblo malvado.

La primera de las poblaciones atacadas por Vespasiano fue Jonapatán, en la que Josefo ejercía el cargo de regidor o jefe local. Por cierto que Josefo, al frente de su gente, opuso gran resistencia a las tropas del Imperio; pero dándose cuenta de que era inútil continuar resistiendo, porque la caída de la plaza en manos de los atacantes resultaba inevitable, abandonó la lucha y, con once judíos más, se ocultó en el sótano de una casa. Al cabo de cuatro días los once judíos, completamente extenuados de hambre, pues desde que se escondieron en el sótano no habían vuelto a comer absolutamente nada, desoyendo los consejos de Josefo decidieron matarse unos a otros dentro del escondite, ofreciendo su sangre como sacrificio a Dios, pues preferían morir de esta manera a someterse a Vespasiano; y considerando que la sangre de Josefo, tanto por ser él su jefe cuanto por ser el más digno y honorable del grupo, tendría mayor mérito que la de ellos para aplacar la ira divina, propusieron y acordaron que el primero en morir fuese Josefo. Debo advertir que en otra crónica, hablando de esto, se dice más brevemente que era tan enorme el horror que sentían ante la idea de caer en manos de los romanos, que Josefo y sus once compañeros decidieron matarse entre sí, unos a otros. Pero prosigamos con el relato anterior. Josefo no estaba dispuesto a morir de aquella manera y, como era prudente, invocó su condición de jefe, se erigió en juez de la muerte y del sacrificio de sus compañeros, e impuso su criterio de que el orden en que habían de morir se confiara a la suerte. Dispuso, pues, que se hiciesen sucesivos sorteos, sacando en cada uno de ellos dos nombres; que, de cada pareja que fuese designando el azar, en noble duelo uno matara al otro; que se hiciese lo mismo con los supervivientes del primer turno, y con los de los siguientes, y cuando ya no quedasen vivos más que él, que no entraba en los sorteos y el último de los once, ambos se batirían entre sí. Así se hizo. Al final, como estaba previsto, sobrevivían únicamente él y uno de sus compañeros; entonces Josefo, que era valiente y hábil, en un movimiento de audacia, arrebató la espada al otro y le preguntó:

¿Quieres morir, o prefieres seguir viviendo? Decide rápidamente.

El contrincante, viéndose desarmado y lleno de miedo, respondió:

—Haz lo que quieras; me tienes en tus manos. Decide tú por mí; si crees que debo vivir, seguiré viviendo.

Josefo entonces abandonó el sótano y habló secretamente con un amigo suyo, que a la vez era también íntimo amigo de Vespasiano, y le rogó que intercediera ante el general en jefe para que les fuese perdonada la vida a él y a su compañero. Hechas las oportunas gestiones, Vespasiano mandó que llevaran a Josefo a su presencia y le dijo:

—Agradece a nuestro común amigo el favor que te ha hecho, porque de no haber sido por él te hubiéramos matado.

Díjole Josefo:

—Todo el que haya hecho algo malo puede conpensar su yerro con futuras obras buenas.

Dijo Vespasiano:

—¿Qué puedes hacer tú, pobre prisionero?

Dijo Josefo:

—Claro que puedo hacer algo; por ejemplo: manifestarte una cosa que te gustará saber, y te la manifestaré si quieres escucharme.

Dijo Vespasiano:

—Está bien, habla; te escucharé pacientemente si vale la pena prestar atención a lo que vayas a decirme.

Díjole Josefo:

—Creo que sí vale la pena. Escucha. El emperador de Roma ha muerto y el Senado te ha nombrado a ti emperador.

Díjole Vespasiano:

—Si eres profeta, ¿Por qué no vaticinaste oportunamente a esta ciudad que iba a quedar sometida a mi jurisdicción?

Díjole Josefo:

—Durante cuarenta días estuve insistiendo en eso.

Todavía estaba dialogando cuando llegaron unos delegados del Senado y comunicaron a Vespasiano que había sido nombrado emperador y que debería marchar a Roma cuanto antes.

Esto de que Josefo anunció a Vespasiano que el emperador había muerto, y que el Senado lo había nombrado a él sucesor del difunto en el cargo, lo refiere también Eusebio en una de sus crónicas.

Cuando Vespasiano marchó a Roma dejó a su hijo Tito al frente de las tropas que asediaban a Jerusalén.

En la misma historia apócrifa en que se cuenta lo anterior se dice también que, cuando Tito supo que su padre había sido nombrado emperador, se emocionó tanto y su alegría fue tan intensa, que repentinamente su cuerpo se quedó frío, sus miembros y nervios se contrajeron, sus piernas se paralizaron, y que Josefo, al saber que Tito se había quedado paralítico, hizo indagaciones para averiguar la causa de aquel accidente y el momento preciso en que se había producido. He aquí lo que la referida historia narra a este respecto: «Por mucho que indagó, nadie le aclaró nada en relación con la naturaleza y origen de la enfermedad que Tito padecía. Unicamente averiguó que se había quedado paralítico repentinamente, en el preciso momento en que le comunicaron que su padre había sido nombrado emperador. Entonces Josefo, como era hombre intuitivo y docto, reflexionando sobre aquel dato de suyo elemental, analizando las circunstancias en que el accidente se produjo, formuló interesantes conjeturas que le sirvieron de base para suponer que muy probablemente Tito se había quedado paralítico a consecuencia del estado emocional que produjeron en su ánimo el excesivo gozo y exagerada alegría que sintió cuando llegó a sus oídos tan fausta noticia; y pensando en la teoría que sostiene que los contrarios se curan con sus contrarios, y en hechos de experiencia que inducen a creer que frecuentemente lo que se ha conquistado con amor con dolor desaparece, se propuso curar o intentar curar al enfermo con procedimientos inspirados en esa teoría y en esos hechos. Así pues, trató de averiguar si había alguna persona por la que Tito sintiese especial antipatía o alguien a quien tuviese por declarado enemigo suyo, y vino a saber que, efectivamente, entre la servidumbre del príncipe había un criado al que Tito aborrecía tanto que no podía verle sin gran alteración y exasperación de su ánimo; incluso con sólo oír pronunciar el nombre de aquel siervo su corazón se llenaba de incontenible odio y hasta el estómago se le revolvía. En cuanto Josefo tuvo conocimiento de esto fue a ver a Tito y le dijo:

—Si quieres curarte acoge con benevolencia a cuantos vieres en mi compañía.

—Te prometo —aseguró Tito— que miraré con muy buenos ojos a cuantos vea contigo.

Josefo, inmediatamente, organizó un banquete y dispuso la mesa de manera que en una de sus cabeceras se sentara Tito y en la otra, enfrente del enfermo, se colocaran dos asientos: uno para él y otro, a su derecha, para el siervo a que nos hemos referido. Cuando todos se hubieron acomodado, Tito echó un ojeada a los comensales, y al ver enfrente de él al aborrecido criado sintió tal excitación de rabia y tan enorme desasosiego que una ola de indignación recorrió todo su cuerpo; mas de pronto, sus nervios, paralizados desde aquella conmoción de alegría que experimentara al conocer el encumbramiento de su padre, empezaron a recobrar su natural calor, su flexibilidad y su movimiento, y al poco rato quedó enteramente curado. Tras de este acontecimiento Tito se reconcilió con su antes aborrecido siervo y distinguió con su especial amistad a Josefo».

El lector puede opinar lo que estime conveniente acerca de la veracidad de esta historia; a su juicio queda creerla o rechazarla.

Dos años duró el asedio de Tito a Jerusalén. Entre las muchas calamidades que los habitantes de la ciudad padecieron una de las más graves fue el hambre a que se vieron sometidos; tan horrorosa y extrema fue, que unos a otros quitábanse los escasos alimentos no sólo de entre las manos, sino incluso de entre los dientes; y esto lo hacían los padres con los hijos, los hijos con los padres, los maridos con sus esposas y las esposas con sus maridos. Aun los jóvenes, que por su edad hubieran podido aguantar mejor la prueba, andaban por las calles errantes, como sombras, cayéndose de debilidad. Fueron frecuentes los casos de personas que, estando enterrando a los muertos, se desplomaron muertas ellas también sobre los difuntos que trataban de sepultar. El hedor de los cadáveres llegó a ser tan insoportable que sus familiares los dejaban sin enterrar; por eso fue menester contratar enterradores que hicieran este oficio, pagados por el erario público; pero cuando el erario se agotó, y no hubo dinero para pagar esos servicios, acabáronse también los sepultureros, y, para deshacerse de la gran cantidad de muertos que infestaban la ciudad, tuvieron que recurrir al procedimiento de llevarlos hasta las almenas de la muralla y arrojarlos desde allí a los fosos exteriores o al campo que

quedaba al otro lado de los muros. En cierta ocasión Tito, al pasar revista a las tropas que mantenían el asedio de Jerusalén, vio la enorme cantidad de cadáveres que los sitiados habían lanzado desde las almenas al otro lado del muro, y, al advertir el hedor que despedían, levantó las manos al cielo y, con los ojos arrasados de lágrimas, exclamó: «¡Oh Dios, tú sabes perfectamente que yo no soy el causante de estos horrores!». El hambre en aquella ocasión alcanzó tal magnitud que las gentes de Jerusalén llegaron a devorar el cuero de sus calzados y de sus cinturones y correas. En la *Historia Eclesiástica* se refiere el siguiente caso en relación con el hambre que por entonces los sitiados pasaron: Vivía en la ciudad una señora de condición social noble e inmensamente rica. Las multitudes, hambrientas, asaltaron y desvalijaron su casa, llevándose de ella cuanto en ella había, y dejando a su dueña en absoluta miseria. Un día, la mencionada señora, no pudiendo soportar más la necesidad que padecía, teniendo en sus brazos a su hijo, niño de pecho, contemplándolo, dijo desesperada: «¡Oh hijo mío, aún más desgraciado que tu infortunada madre! ¿Qué es lo que te espera? ¿La guerra? ¿El hambre? ¿Ser devorado por otros? ¡Vuelve otra vez a mi seno, puesto que de mi seno has salido! ¡Conviértete en alimento de tu propia madre! ¡No me importa que quienes me han puesto en esta situación, cuando se enteren de que he hecho lo que voy a hacer se escandalicen, ni que a lo largo de los siglos venideros la gente lo comente horrorizada!» Seguidamente aquella desesperada mujer tomó un cuchillo, mató a su hijo, lo coció, comió la mitad de su cuerpo y escondió la otra mitad para comérsela más adelante. Algunas personas que pasaban por la calle, al sentir el olor a carne cocida, irrumpieron en la casa de donde el aroma provenía, exigieron a su dueña que les entregara inmediatamente los alimentos que sin duda tenía escondidos y la amenazaron con matarla si no lo hacía. La infeliz mujer, asustada, mostróles el trozo del hijo cocido que había ocultado, y les dijo: «Aquí tenéis lo que buscáis; guardé para vosotros la mejor parte». Mudas de espanto quedaron las gentes aquellas al ver lo que estaban viendo; pero la mujer añadió: «¡Sí; es el cuerpo cocido de mi hijo; yo misma he cometido este crimen! ¡Comed sin miedo! Lo que falta de este hijo que yo engendré en mis entrañas, lo he comido yo hace un momento. ¡No presumáis de ser más piadosos que una madre ni más débiles que una mujer! Si os horroriza lo que he hecho y no os atrevéis a comer esta carne, mejor; porque yo, que comí la mitad que falta a este cuerpo, me comeré también la mitad que de él queda». Espantados y mudos de estupor salieron los hambrientos de aquella casa.

Tito tomó Jerusalén a los dos años de haber sido Vespasiano proclamado emperador; en cuanto la ciudad cayó en su poder la arrasó enteramente, destruyó el Templo y, para vengar la afrenta que los judíos habían hecho a Cristo al comprarlo por treinta denarios, formó un lote con treinta de ellos y los vendió a todos juntos por un solo denario.

Dice Josefo que, con motivo del asedio y toma de Jerusalén, perecieron de hambre o decapitados un millón cien mil judíos, y que otros noventa y siete mil fueron vendidos como esclavos.

Cuéntase que al entrar Tito en la ciudad vio en cierto lugar un muro muy ancho; extrañado el general, mandó que lo derribaran, y al derribarlo hallaron dentro de él a un hombre muy viejo, de aspecto venerable, con el cabello totalmente cano, el cual, respondiendo a preguntas de sus descubridores, manifestó:

—Soy José de Arimatea, ciudad que se encuentra en Judea. Los judíos, en castigo por haber dado sepultura a Cristo, me encerraron en este muro; aquí llevo muchos años; y durante ellos me he nutrido con alimentos celestiales y he sido alumbrado y fortalecido constantemente con una luz misteriosa de origen divino.

Esto parece que no concuerda con el *Evangelio de Nicodemo* en el que se dice que los judíos encarcelaron a este hombre, pero que Cristo, en cuanto resucitó, lo sacó de la cárcel y lo condujo a su casa de Arimatea. Pero entre ambos relatos no hay contradicción, porque pudo ocurrir que, tras de ser liberado de la cárcel por Cristo, los judíos, al ver que no cesaba de predicar la doctrina que el Señor le había enseñado, lo apresaran de nuevo y lo emparedaran en el referido muro.

A la muerte de Vespasiano ocupó el trono imperial su hijo Tito. Tito fue muy clemente y tan liberal y bondadoso que una noche, al examinar su conciencia y advertir que durante la jornada no había hecho ninguna obra especialmente generosa, se lamentó de ello ante sus cortesanos, diciendo:

—¡Oh, amigos míos! ¡He aquí un día completamente vano y perdido!

Pasados muchos años, los judíos intentaron reedificar Jerusalén. Una mañana muy temprano, al acercarse al lugar donde antiguamente estuvo em-

plazada la ciudad, encontraron el suelo totalmente cubierto de cruces de escarcha. Asustados ante tan raro fenómeno, desistieron de sus propósitos y se alejaron de allí. Al día siguiente volvieron, a la misma hora y, según afirma Mileto en su *Crónica,* quedaron nuevamente sorprendidos y además asustados al advertir que repentinamente sus ropas se cuajaban de pequeñas cruces de color de sangre, y sintieron tal miedo que se marcharon sin empezar los trabajos de reconstrucción. No obstante, al amanecer del siguiente día volvieron a aquel sitio, pero también esta tercera tentativa fracasó porque, en cuanto llegaron, comenzó a surgir del suelo un vapor denso y ardiente que en pocos momentos abrasó y causó la muerte a todos ellos.

Capítulo LXVIII

LA INVENCIÓN DE LA SANTA CRUZ

Celébrase en el día de hoy la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, porque en un día como éste la Santa Cruz fue encontrada. La madera con que la Cruz había de ser construida había sido hallada mucho antes, como luego diremos, por Seth, el hijo de Adán, en el Paraíso Terrenal; por Salomón en el Monte Líbano; por la reina de Saba en el Templo que Salomón construyó, y por los judíos en el agua de una piscina; pero la Cruz propiamente dicha fue descubierta por Santa Elena en el Monte Calvario tal día como hoy.

El hallazgo o Invención de la Santa Cruz acaeció más de doscientos años después de la Resurrección del Señor.

En el *Evangelio de Nicodemo* se lee lo siguiente: Estando Adán enfermo, su hijo Seth acudió a las puertas del Paraíso y pidió un poco de óleo del árbol de la Misericordia para ungir con él el cuerpo de su padre y procurarle por este procedimiento la salud. A su demanda respondió el arcángel san Miguel de esta manera: «No llores, ni te canses buscando óleo del árbol de la Misericordia, porque no lo obtendrás hasta que no hayan transcurrido cinco mil quinientos años».

A propósito de esto conviene advertir que, según cálculos fidedignos, Cristo murió cinco mil ciento noventa y nueve años después de que Adán pecara.

En alguna otra parte se lee que el arcángel entregó a Seth un ramito o tallo y que le mandó que lo plantara en el Monte Líbano; y en una historia apócrifa de los griegos se dice que el tallo que san Miguel dio a Seth procedía del árbol que sirvió de ocasión al pecado de Adán, y que, al entregárselo a Seth, el ángel le advirtió: «Cuando este ramito se convierta en árbol y fructifique, tu padre sanará». La citada historia añade que Seth, al regresar a su morada y hallar a su padre muerto, lo enterró y plantó sobre su sepulcro el tallo; que éste, prendió, creció, y se convirtió andando el tiempo en un corpulento árbol y que tal duró hasta los días de Salomón.

Como lo anteriormente dicho está tomado de una historia apócrifa, y en ninguna crónica auténtica se menciona nada de esto, el lector debe juzgar por sí mismo si debe creerlo o no.

La referida historia apócrifa añade que, cuando Salomón vio aquel árbol tan magnífico, mandó que lo cortaran y que lo colocaran como viga en un palacio que a la sazón estaba construyendo, conocido posteriormente por el nombre de *Bosque del Líbano;* y Juan Beleth, por su parte, agrega: «Los constructores talaron el árbol, lo labraron en forma de viga y trataron de colocarla en algún lugar adecuado del edificio que estaban levantando; pero la viga no encajaba en parte alguna, porque en unos sitios resultaba corta y en otros demasiado larga. Como lo de larga tenía remedio, después de elegir un lugar que les pareció muy indicado para su emplazamiento, tomaron cuidadosamente las medidas y cortaron el trozo que sobraba; mas al tratar de ponerla donde habían pensado quedaron sorprendidos al comprobar que no era posible hacerlo porque la viga, pese al sumo cuidado que pusieron al medir y eliminar el trozo que sobraba, después de efectuar esta operación quedó escasa.

Este fenómeno se repitió varias veces. Por fin, cansados de tan repetidos fracasos, decidieron prescindir de la viga como viga, y, a fin de aprovecharla de alguna manera, la colocaron sobre un regato, para que sirviera de pasarela a los transeúntes que tuvieran que cruzarlo. Años después, cuando la reina de Saba fue a Jerusalén para conocer al rey Salomón, de quien tan elogiosamente había oído hablar, al acercarse al regato y ver el madero que servía de puente, por súbita sobrenatural revelación supo que sobre él había de morir el Salvador del mundo, y, sobrecogida de respetuosa reverencia, no osó hollarlo con sus pies, sino que lo adoró devotamente.

La versión que da la *Historia Escolástica* en relación con la reina de Saba y la viga es un tanto diferente. Según esta historia, la reina vio la viga colocada entre el maderamen del palacio del Bosque del Líbano, y antes de regresar a su tierra anunció a Salomón que algún día alguien sería colgado de aquel madero, y que a causa de esto el reino de los judíos se vendría abajo. La referida historia dice, además, que Salomón mandó retirar la viga y esconderla en las entrañas de la tierra, a mucha profundidad, y que así se hizo, y añade que pasado mucho tiempo, en el lugar en que la viga fue enterrada se construyó la piscina Probática, en la que los Natmeos purificaban a sus víctimas; y agrega que el que las aguas de aquella piscina tuvieran propiedades curativas se debía, no sólo a que de vez en cuando descendiera hasta ellas un ángel del cielo y las agitara, sino también a la presencia de la viga en el subsuelo de la piscina.

Según una tradición, poco antes de la Pasión de Cristo la viga apareció flotando en la superficie del estanque milagroso; los judíos, al verla, la retiraron de allí y posteriormente la utilizaron para confeccionar con su madera la cruz en que clavaron al Salvador.

Otra tradición asegura que la cruz de Cristo estaba hecha con madera de cuatro árboles de diferente especie, a saber: con madera de palmera, con madera de cedro, con madera de ciprés y con madera de olivo. De ahí el verso que dice:

> «Ligna Crucis, palma, cedrus, cypressus, oliva».
> «Empleáronse en la Cruz cuatro clases de madera:
> de olivo, de ciprés, de cedro y de palmera».

Así pudo ser, puesto que la Cruz constaba de cuatro piezas diferentes: dos de ellas, la vertical y la horizontal, formaban la Cruz propiamente dicha; pero a ella iban acopladas otras dos complementarias: un travesaño que servía de sedil al cuerpo de Cristo, y un tronco en el que iba incrustado la parte inferior del madero vertical. San Gregorio de Tours supone que el cuarto trozo de la Cruz no fue este tronco, sino un tarugo convenientemente dispuesto y adaptado al sector vertical para clavar a él los pies del Señor. Acaso cada uno de estos cuatro trozos fuese de madera diferente; es decir, uno de palmera, otro de cedro, otro de ciprés y otro de olivo. El apóstol san Pablo parece insinuar que en la construcción de la Cruz se emplearon cuatro piezas de distinta madera, cuando dice: *«...para que con todos los santos podáis comprender cuáles fueron su longitud, su latitud, su altura y su profundidad»;* palabras que el ilustre doctor Agustín comenta con estas otras: «La latitud se refiere al madero transversal de la Cruz sobre el que se extendieron los brazos del Señor; la longitud, al trozo vertical que llegaba desde el suelo al transversal; a este sector longitudinal sujetaron el cuerpo de Cristo desde los hombros para abajo; la altura dice relación a la porción del madero vertical que quedaba por encima del horizontal y que servía para apoyar la cabeza; la profundidad de que habla el texto se refiere a la parte inferior del sector vertical que se hincó en el suelo y quedó oculto bajo la tierra».

A través de esta disposición de la Cruz se nos indican las características que deben tener todos nuestros actos humanos y cristianos, y que son las siguientes: obrar siempre correctamente por amor a Jesucristo; adherirnos firmemente a Él; esperar los bienes celestiales, y no profanar los sacramentos.

Este precioso árbol de la Cruz permaneció oculto bajo tierra más de doscientos años, pues todo ese tiempo transcurrió hasta que fue encontrado por santa Elena, madre del emperador Constantino. He aquí como ocurrió el hallazgo: por aquel tiempo una multitud innumerable de bárbaros se congregó a orillas del Danubio con intención de cruzar el río y conquistar todas las tierras occidentales. Cuando Constantino se enteró, levantó sus campamentos, avanzó con sus ejércitos, llegó hasta el Danubio y colocó en sus orillas estratégicamente a sus soldados. Luego, viendo que las tropas enemigas atravesaban el río, y temiendo que al día siguiente estuviesen ya en la ribera en que las suyas se encontraban y fuesen por aquellas atacados, sintió un miedo extraordinario. Aquella mis-

ma noche, mientras dormía, un ángel lo despertó y lo invitó a mirar a lo alto. Al levantar sus ojos hacia el cielo Constantino vio suspendida en el espacio una cruz formada por dos rayos luminosos, y sobre ella una inscripción en letras de oro que decía: «In hoc signo vinces» (Con esta señal vencerás). Confortado con esta visión, el emperador mandó construir una cruz semejante a la que viera en el cielo, e hizo que un abanderado la llevara, enhiesta, a modo de estandarte, delante de los soldados; dio orden de ataque y lanzó sus ejércitos contra los enemigos, causando entre éstos muchísimos muertos y obligando a huir a toda prisa al resto de las tropas bárbaras. Después de la victoria Constantino reunió a los pontífices de todos los templos y trató de averiguar por medio de ellos, a qué dios pertenecía la señal en cuyo nombre había obtenido tan importante triunfo. Ninguno de los reunidos supo dar respuesta a su pregunta; mas sí se la dieron algunos cristianos que comparecieron ante él y le explicaron minuciosamente todo lo relativo al misterio de la Santa Cruz y a la fe en la Trinidad. A raíz de esto, el emperador creyó con toda su alma en Jesucristo y fue bautizado, según unos libros por el papa Eusebio, y, según otros, por el obispo de Cesarea.

En el anterior relato hay varios puntos que no concuerdan con lo que se lee sobre este asunto en la *Historia Tripartita,* en la *Historia Eclesiástica,* en la *Vida de San Silvestre,* y en las *Gestas de los Romanos Pontífices,* ya que en estas obras mencionadas se da a entender que Constantino fue convertido a la fe y bautizado personalmente por el propio papa san Silvestre. No obstante, debemos advertir que otras crónicas aseguran que el Constantino convertido y bautizado por este pontífice no fue el hijo de santa Elena, sino el marido de esta reina, que también se llamaba Constantino. De estas crónicas e historias se deducen varias cosas; que ambos Constantinos, el padre y el hijo, llegaron a la fe por caminos distintos; que Constantino padre fue el bautizado personalmente por el papa san Silvestre, y no por Eusebio, y que él también, y no su hijo, habría sido el vencedor de los bárbaros con la ayuda de la Santa Cruz. Muerto Constantino padre, sucedióle en el trono Constantino hijo, quien, al enterarse de la victoria que su padre había obtenido de los bárbaros con la ayuda de la Santa Cruz, envió a su madre santa Elena a Jerusalén para que tratara de buscar la Cruz original, como más adelante se dirá.

La *Historia Eclesiástica,* sin embargo, atribuye la victoria sobre los bárbaros por medio de la Santa Cruz a Constantino hijo, y dice en relación con esto lo siguiente: «Majencio invadió el imperio romano. El emperador Constantino le salió al paso y trató de detenerlo haciéndole frente junto al puente Albino, pero hondamente preocupado por el resultado incierto de la batalla que pensaba dar a Majencio, levantaba frecuentemente sus ojos al cielo en demanda de auxilio. Uno de aquellos días se quedó dormido y soñó que veía en lo alto del firmamento, hacia la parte de oriente, una cruz muy brillante, como si fuese de fuego; mientras él contemplaba aquel fenómeno luminoso, dos ángeles se colocaron a su vera, de pie, sobre el suelo, y le dijeron: «Constantino, con esta señal vencerás».

La Historia Tripartita, por su parte, añade: «Al despertar, Constantino, intrigado, preguntábase a sí mismo qué podría significar aquel sueño; mas a la noche siguiente se le apareció Cristo, le mostró la misma señal que viera suspendida en el cielo mientras dormía la siesta, y le mandó que hiciese reproducciones de ella y que él y sus soldados las llevasen consigo durante la batalla que iban a dar y durante cuantas diesen en adelante; y le aseguró que, si así lo hacían, saldrían siempre victoriosos de sus enemigos. Lleno de alegría y convencido de que le aguardaba el triunfo, dispuso que grabaran sobre su propia frente la señal que había visto en lo alto del firmamento y ordenó que todos los estandartes de sus ejércitos tuviesen forma de cruz; además, hizo construir una cruz de oro para llevarla él personalmente en su mano derecha durante los combates. Después oró y pidió a Dios que no consintiera que aquella mano, defendida con tan misteriosa señal, fuese jamás herida ni siquiera salpicada de sangre procedente de ningún combatiente romano, y que le ayudara a obtener la victoria sobre los invasores de su imperio sin que él ni ninguno de los soldados de su ejército padecieran ninguna lesión. Majencio tendió una trampa a Constantino, dando por supuesto que iba a caer en ella: construyó sobre el río varios puentes falsos e intencionadamente colocó sus naves de manera inadecuada a lo que una buena estrategia exigió; pero después, al ver que el emperador, al frente de sus ejércitos, se aproximaba a la ribera opuesta, quiso llegar a ella antes que los romanos, y olvidándose, con la ofuscación y la prisa, de que los puentes tendidos sobre el río eran falsos, capita-

neando a un grupo de sus tropas y dando orden al resto de las fuerzas de que le siguieran, entró a toda velocidad en uno de aquellos puentes para salir al encuentro de sus enemigos; pero el puente se hundió y Majencio y cuantos le seguían cayeron al agua y en ella perecieron ahogados, mientras que Constantino era aclamado por todos como vencedor».

En una crónica bastante autorizada se dice que, a pesar de la victoria obtenida en esta ocasión, Constantino ni se bautizó ni aceptó la fe cristiana, sino que su conversión y bautismo por san Silvestre tuvieron lugar posteriormente, es decir, a raíz de la visión con que le favorecieron los apóstoles Pedro y Pablo. Esta aparición, y la curación de la lepra que padecía, fueron las circunstancias que le determinaron a convertirse y a enviar a Jerusalén a su madre santa Elena para que buscase la Cruz del Señor. Sin embargo, tanto san Ambrosio en la carta que escribió con motivo de la muerte de Teodosio, como la *Historia Tripartita,* dicen, y lo dice también san Jerónimo, que Constantino no se bautizó hasta los últimos momentos de su vida, estando ya en inminente peligro de muerte, y que la demora en recibir el bautismo después de su conversión obedeció a que el emperador tenía especial interés en ser bautizado en el río Jordán. Digamos que en torno a esta cuestión lo único que sabemos con toda certeza es que Constantino se convirtió al cristianismo en tiempos del papa san Silvestre; en cambio, tanto lo de la demora en bautizarse como otras muchas cosas contenidas en la leyenda de san Silvestre que ocupa el capítulo XII de esta obra, resultan dudosas.

Antes de seguir adelante debemos advertir que la versión dada por la *Historia Eclesiástica* acerca de la Invención de la Santa Cruz, con la que por cierto concuerdan las relatadas en algunas crónicas, parece más auténtica y merecedora de crédito que otras que circulan entre el pueblo cristiano por diferentes países, porque en éstas, es decir, en la versiones populares, se han introducido datos que no son verdaderos. Hay quien dice que también es verdadero cuanto en estas versiones populares se recoge, pero que es menester para no incurrir en errores tener presente que hubo dos emperadores con el nombre de Constantino: uno, Constantino padre, y otro, Constantino hijo; y que en esas narraciones se atribuyen al hijo cosas que realmente le sucedieron a su padre, y no a él; pero esta opinión de los dos Constantinos, aunque esté recogida en historias que circulan entre gentes que viven al otro lado del mar, carece de sólidos fundamentos.

En cuanto Elena llegó a Jerusalén organizó una asamblea y convocó a ella a los judíos más sabios del país.

En su juventud Elena había trabajado en un establo, como moza de cuadra, encargada del cuidado de los animales. Dícese que fue muy hermosa, y que Constantino, prendado de su belleza, se casó con ella. A propósito de esto escribe san Ambrosio: «Se cuenta que Elena fue en su adolescencia moza de establo, y que Constantino el mayor, antes de ser proclamado rey, la hizo su esposa. ¡Buena moza de establo, sin duda, debió ser en su juventud quien después tan diligente se mostró en buscar y localizar el pesebre en que fue reclinado el Señor! ¡Buena moza de establo tuvo que ser quien tanta prisa se dio para conocer el otro establo, y la que curó las heridas del matratado por los ladrones! ¡Buena moza de establo, ciertamente, demostró haber sido la que para ganar a Cristo despreció como estiércol todas las demás cosas! Por eso, del estiércol la sacó el Señor y la sentó en un trono real». Hasta aquí, san Ambrosio[1].

---

[1] *Stabularia* es el término que emplean san Ambrosio y Santiago de la Vorágine para referirse al pasado profesional de santa Elena. Como *stabularia* deriva de *stabulum* y *stabulum* en latín significa establo o cuadra, mesón o posada y lupanar, *stabularia* puede significar también moza o encargada de un establo, mesonera y prostituta. Como ni san Ambrosio ni Santiago de la Vorágine especifican en qué sentido utilizan el plurivalente vocablo, para salir de la ambigüedad es menester recurrir al *contexto ideológico;* según éste parece suficientemente claro que, en el caso actual, *stabularia* no debe traducirse por prostituta, ni siquiera por mesonera, a pesar de que en el pasaje de san Ambrosio hay una alusión al posadero que cuidó esmeradamente del herido asaltado por los ladrones, de que habla la parábola del Samaritano (Luc., 10, 30-37); frente a esta única alusión a la mesonería, en el pasaje citado de san Ambrosio prevalecen las del pesebre, cuadra, estiércol, que dan pie para suponer que, tanto el mencionado doctor como Santiago de la Vorágine, emplearon el término *stabularia* en el sentido de moza de establo, encargada de cuidar del mismo y de los animales que en él se albergaran. De suyo cabe la posibilidad de que ambos autores hayan tomado la palabra en el triple sentido mencionado. La literatura picaresca antigua, tanto española como europea en general, suministra infinidad de testimonios según los cuales, en la apreciación del pueblo al menos, los tres oficios frecuentemente anda-

Fundándose en una crónica suficientemente seria hay quienes aseguran que Elena fue hija de Clohel, rey de los Británicos; y que, cuando Constantino estuvo en Gran Bretaña, se casó con ella; por eso, dicen estos tales, cuando murió Clohel la corona de Gran Bretaña pasó a Elena, que era hija única del monarca fallecido, y, a través de ella, a Constantino, y por eso también Constantino, a la muerte de Clohel, incorporó la extensa isla a las tierras de su Imperio. Los británicos aceptan como buena esta tradición. Sin embargo, en otros libros se lee que Elena era natural de Tréveris.

Los judíos que fueron citados para que asistieran a la asamblea convocada por la emperatriz, extrañados y recelosos, preguntábanse unos a otros:

—¿Qué querrá la reina? ¿Para qué nos habrá llamado?

Judas, uno de ellos decía:

—Tengo entendido que pretende averiguar dónde está la cruz en que nuestros antepasados ajusticiaron a Cristo. Si se trata de eso, debemos mostrarnos muy cautos y decir que no sabemos nada, porque si la orientamos en este asunto y logra descubrir esa cruz, nuestras leyes serán abrogadas, y prohibidas y definitivamente liquidadas las tradiciones de nuestros padres. No me cabe la menor duda de que ocurrirá lo que os digo, porque mi padre, a la hora de su muerte, me confió a mí en secreto un mensaje que también secretamente le había confiado a él mi abuelo Zaqueo momentos antes de morir. Las palabras que mi abuelo confió a mi padre y mi padre a mí fueron éstas: «Hijo, cuando venga alguien preguntando por el paradero de la Cruz de Cristo, si te interrogare a ti, dile dónde está antes de que te somentan a torturas para obligarte a declarar lo que sabes; pero tengo que advertirte que, en cuanto la encuentren, se acabará para siempre el reino judío, porque nuestro pueblo quedará sometido a los que adoran al Crucificado, que era realmente el Hijo de Dios.» Yo entonces pregunté a mi padre: «Padre mío, si nuestros antepasados sabían que Cristo era verdaderamente el Hijo de Dios, ¿cómo se explica que lo crucificaran?» Mi padre me respondió: «El Señor sabe perfectamente que yo nunca estuve de acuerdo con lo que hicieron; al contrario, me opuse sistemáticamente a que se llevara a cabo tan horrendo crimen; pero a pesar de mi oposición lo condenaron a muerte y lo crucificaron porque reprobaba los vicios de los fariseos. Mi hermano Esteban, por creer en Cristo, fue vesánicamente castigado por los judíos, que lo mataron a pedradas. Por esto, hijo mío, te encarezco con toda mi alma que jamás se te ocurra decir ni hacer nada en contra de El ni en contra de sus discípulos».

Parece poco probable que el padre de este judío estuviera ya nacido en tiempo de la Pasión de Cristo, puesto que entre las fechas de la Pasión y la llegada de Elena a Jerusalén, habían transcurrido más de doscientos setenta años; cabe empero la posibilidad de que así fuese, si se admite que en aquella época las personas vivían más que ahora.

Pero sigamos. Los judíos dijeron a Judas:

—Es la primera vez que oímos esto; de todas maneras, si la reina te preguntase, deberás tener mucho cuidado en no manifestarle ni una sola palabra de lo que sabes.

Reunida la asamblea, la reina, efectivamente, invitó a los asistentes a que le dijeran cuanto supieran en relación con el lugar en que Cristo fue crucificado; pero como todos ellos respondieron a su invitación guardando un obstinado silencio, la reina los condenó a morir quemados vivos. En cuanto oyeron esta terrible sentencia, llenos de terror, y señalando a Judas, dijeron:

—Señora, ese hombre es hijo de un profeta que fue justo y conoció perfectamente la ley; por tanto éste, en cuanto hijo de tan eminente varón, es el único que puede responder a tu pregunta y decirte todo lo que quieras saber sobre la cuestión que nos has planteado.

La reina entonces dejó libres a los demás, retuvo a Judas y le propuso:

—Elige entre vivir o morir. Si prefieres conservar la vida dime ahora mismo dónde está ese sitio que llamaban el Gólgota en el que crucificaron a Cristo; dímelo, para que yo pueda buscar en él la cruz en que lo clavaron.

Judas respondió:

—Señora, ¿cómo puedo saber yo eso si desde que ocurrieron las cosas de que hablas han pasado ya más de doscientos años, y cuando acaecieron esos hechos yo ni siquiera había nacido?

—Te juro por el Crucificado —amenazóle la reina— que, si no me dices cuanto sepas sobre esto, te haré morir de hambre.

---

ban juntos: una mujer, dueña de un mesón, y sobre todo las que trabajaban en él como sirvientas, desarrollaban la triple actividad de atender la casa, cuidar de la cuadra y de los animales y complacer, si llegaba el caso, a los huéspedes que en el establecimiento se alojaban. *(N. del T.).*

Por orden de la emperatriz Judas fue arrojado al fondo de un pozo seco, a fin de que su vida se fuese extinguiendo lentamente por desnutrición. Seis días permaneció el judío en lo hondo de la cisterna sin recibir agua ni alimentos, al cabo de los cuales, o sea en la mañana del séptimo pidió que lo sacaran de allí y prometió que revelaría cuanto sabía en relación con la cruz. Extraído del pozo seco, se dirigió al lugar en que Cristo fue crucificado, y, cuando llegó a él, oró durante unos momentos; mientras oraba produjose en la cima de la loma una especie de terremoto, tras del cual el ambiente quedó impregnado de exquisitos aromas. Entonces Judas, profundamente admirado, empezó a aplaudir con sus manos y a decir: «¡Oh Cristo! ¡Verdaderamente eres el Salvador del mundo!».

Cuenta la *Historia Eclesiástica* que, cuando ocurrió esto que estamos refiriendo, había en aquel lugar un templo dedicado a Venus, construido por orden del emperador Adriano, que lo mandó edificar con la pérfida idea de apartar de allí a los cristianos. El emperador, en efecto, consiguió lo que pretendía, porque los cristianos, para evitar que la gente que los viera rezando en aquel sitio pensara que estaban adorando a la diosa pagana, dejaron de acudir al Gólgota, y a causa de esto el Monte Calvario había caído en el olvido.

Santa Elena mandó demoler el templo de Venus y arar el solar. Terminadas estas operaciones, Judas se arremangó su túnica, tomó un azadón y comenzó a cavar con gran fuerza y profundidad en aquel terreno, y cuando hubo excavado una especie de pozo, al seguir ahondando en el fondo del mismo, a unos veinte pasos de distancia con relación a la superficie exterior del suelo, descubrió *tres cruces*, las *rescató* y las *llevó ante la reina*. Para discernir cuál de ellas fuese la de Cristo, y evitar su confusión con las de los dos ladrones, la emperatriz mandó que las tres fuesen colocadas en un lugar público, en medio de la ciudad; santa Elena esperaba confiadamente que de algún modo maravilloso habría de manifestarse la gloria del Señor. No quedó defraudada, porque, a la hora de nona, pasó por la plaza en que se hallaban expuestas las tres cruces un cortejo fúnebre formado por numerosas personas que acompañaban el féretro de un joven al que llevaban a enterrar. Judas detuvo a los portadores del difunto e hizo que el cadáver fuese depositado sucesivamente sobre las tres cruces. Colocado el cuerpo del muerto sobre la primera y sobre la segunda cruz, no ocurrió nada; pero, en cuanto lo pusieron sobre la tercera, el difunto inmediatamente resucitó.

En otras historias eclesiásticas se refiere que la autenticidad de la verdadera Cruz de Cristo se probó de esta manera: En la ciudad de Jerusalén hallábase agonizando una mujer muy principal; el obispo Macario hizo que colocaran a la enferma, ya desahuciada por los médicos, sobre cada una de las tres cruces, sucesivamente. El contacto de su cuerpo con dos de ellas no produjo efecto alguno; pero, en cuanto tendieron a la enferma sobre la tercera Cruz, la agonizante abrió los ojos e inmediatamente se levantó por sí misma, completamente curada.

San Ambrosio refiere lo de la comprobación de la autenticidad de la verdadera Cruz del Salvador, más sencillamente: dice que Macario, obispo de Jerusalén, reconoció fácilmente la Cruz de Cristo por el letrero que Pilatos había mandado clavar en la cabecera de ella, y que seguía en su sitio después de tantos años. Macario leyó lo que aquella tabla decía, y de ese modo llegó al convencimiento de que aquélla, y no las otras, era la Cruz del Señor.

En cuanto la Cruz fue identificada, el diablo comenzó a revolotear por el aire diciendo a grandes voces:

—¡Oh Judas! ¿Por qué has hecho esto? ¡Cuán diferentemente de aquel otro Judas, el mío, te has comportado! Porque éste, cediendo a mis persuasiones, incurrió en delito de traición; tú, en cambio, rechazándome a mí, has permitido que la Cruz de Jesús fuese hallada e incluso has sido tú el verdadero autor y el principal responsable de su descubrimiento. A través del otro Judas yo enriquecí mi reino con muchas almas; pero más van a ser las que por culpa tuya perderé en adelante. El otro contribuyó a afianzar mi dominio y potestad sobre el pueblo, y tú contribuirás a que yo pierda mis estados y sea arrojado de ellos; pero te aseguro que me vengaré de ti por lo que has hecho; y no pararé hasta conseguir que cierta persona reniegue de la fe de Cristo y se alce contra ti y te persiga, y a fuerza de tormentos te obligue a desertar de las filas del Crucificado.

Créese que el demonio se refería a Juliano el Apóstata, que, andando el tiempo, cuando Judas era obispo de Jerusalén, lo persiguió sañudamente y lo sometió a grandes suplicios con la pretensión de hacerle renegar de su fe. Judas terminó su vida martirizado por Juliano.

¡Que Cristo te conserve eternamente en el abismo del fuego en que te encuentras condenado! —replicó Judas, sin asustarse, sin estremecerse siquiera ante aquellas vociferaciones y amenazas del diablo.

A raíz del hallazgo de la Cruz de Cristo, Judas se bautizó y cambió su nombre por el de Ciriaco, y, cuando Macario murió, fue nombrado sucesor suyo y consagrado obispo de Jerusalén.

Al descubrirse las cruces e identificarse la de Cristo, nadie se preocupó de los clavos con que el cuerpo del Señor estuvo sujeto al madero; pero años después, cuando ya Ciriaco era obispo de Jerusalén, santa Elena le pidió que volviese al Calvario y siguiese cavando para ver si lograba hallar también aquellas preciosas reliquias. No tuvo Ciriaco, en esta ocasión necesidad de hacer excavación alguna, porque, apenas llegó al lugar en que hallara la Cruz de Cristo, los clavos que iba a buscar surgieron por sí mismos de debajo de la tierra, y quedaron al descubierto, brillando como si fueran de oro. El obispo los recogió y se los llevó a la reina, quien postrada en tierra dobló reverentemente su cabeza ante ellos y los adoró devotamente.

Santa Elena envió a su hijo una parte de la Cruz, dejando al resto del madero en Jerusalén convenientemente alojado en un estuche de plata. También envió a su hijo los clavos, a propósito de los cuales dice san Eusebio de Cesarea que, cuando Constantino los recibió, los fundió e hizo con ellos un freno para el caballo que solía utilizar en sus campañas bélicas y un refuerzo para el casco de su propia armadura.

San Gregorio de Tours y algunos otros más afirman que los clavos usados en la crucifixión de Cristo fueron cuatro; y que de ellos santa Elena empleó dos para confeccionar un freno que regaló a su hijo; otro, para refundirlo en el metal con el que posteriormente se hizo una estatua de Constantino, emplazada en un lugar eminente de Roma, y que el otro lo arrojó a las aguas del mar Adriático, para sosegarlas, porque ese mar hasta entonces había sido muy peligroso para la seguridad de los navegantes. Estos mismos autores aseguran que fue santa Elena quien dispuso que todos los años se celebrase una solemne festividad conmemorativa del hallazgo o Invención de la Santa Cruz.

San Ambrosio por su parte escribe: «Buscó Elena los clavos del Señor, y los encontró. Con uno mandó hacer un freno; otro lo mezcló con el metal con el que confeccionó una diadema. Gran acierto el de poner un clavo en la corona destinada a ser colocada en lo más alto del cuerpo, es decir, en la cabeza, y el de emplear otro en la construcción de un freno, porque como el freno, a través de la brida, se maneja con la mano, es como si lo hubiera puesto en la mano del emperador. De ese modo ambos clavos contribuirían a que los sentidos del emperador estuvieran muy abiertos, a que brillara en su alma la fe, y a que acertara a llevar las riendas de su gobierno».

Unos años más tarde Juliano el Apóstata, empeñado en hacer desaparecer de las tierras del Imperio todo vestigio de cristianismo, mandó matar al obispo san Ciriaco por haber descubierto la Santa Cruz. Efectivamente, cuando Juliano emprendió su campaña bélica contra los persas, se apoderó de Ciriaco y trató de obligarlo a que ofreciese sacrificios a los ídolos; mas como el obispo se negara a ello, ordenó que le cortaran la mano derecha, diciendo:

—Esto lo tienes bien merecido, por haber escrito infinidad de cartas con las que conseguiste apartar a muchos del culto debido a nuestros dioses.

Ciriaco le contestó:

—¡Perro insensato! Sin querer me has hecho un gran favor separando de mi cuerpo este miembro que fue para mí un instrumento con el que escandalicé a numerosas personas; porque antes de convertirme a la fe de Cristo, con esta mano escribí otras muchas cartas a las sinagogas de los judíos, apartando a éstos del camino al que el Señor los llamaba.

A continuación Juliano ordenó que fundieran gran cantidad de plomo y que, una vez derretido, metieran aquel abrasador líquido en la boca del obispo, y una vez que esto fue hecho mandó que tendieran a la víctima sobre láminas de hierro, que cubrieran su cuerpo con brasas y que arrojaran sobre el fuego sebo y sal en abundancia. Como Ciriaco soportaba el atroz tormento sin un quejido y sin una contracción muscular, díjole Juliano:

—Ya que no quieres sacrificar ante nuestros dioses, di al menos que no eres cristiano.

El santo rechazó con vehemencia tal proposición por lo cual el tirano dispuso que se cavase en el suelo un hoyo muy profundo, que lo llenasen de serpientes venenosas, y que arrojasen a él al insobornable obispo. Así también se hizo, pero, en cuanto Ciriaco llegó al fondo del hoyo, todas las

serpientes repentinamente murieron y en vista de esto Juliano mandó a los verdugos que prepararan una caldera llena de aceite hirviendo; y cuando este nuevo tormento estudo dispuesto, Ciriaco, espontáneamente, tras de santiguarse, se dirigió hacia la caldera diciendo:

—¡Oh Señor! ¡Confirma los efectos de mi bautismo con este otro lavatorio del martirio!

Este gesto indignó tanto a Juliano que, en un arrebato incontenible de ira, ordenó a sus esbirros que inmediatamente atravesaran el pecho del obispo con sus espadas. Los verdugos obedecieron la orden de su amo y entonces mismo acribillaron a Ciriaco, que de este modo inmoló su vida en servicio de su Señor.

La inmensa eficacia de la señal de la Santa Cruz quedó claramente puesta de manifiesto en este episodio: En cierta ocasión un mago engañó a un joven cristiano, amanuense de oficio, diciéndole que si iba con él a un determinado lugar colmaríalo de riquezas. El hechicero condujo al escribiente a un sitio en el que había infinidad de demonios presididos por un negro muy corpulento sentado en un trono situado a mucha altura, en torno al cual hacían guardia, de pie, varios tipos, también negros, armados de lanzas y palos.

—¿Quién es este joven? —preguntó el presidente al mago.

—Uno de los nuestros, señor —respondió el hechicero.

Entonces el presidente, dirigiéndose al amanuense, le propuso:

—Si me adoras y reniegas de Cristo te convertiré, si así lo deseas, en demonio, y te concederé un asiento a mi derecha.

Al oír semejante proposición, el joven, mientras hacía la señal de la Cruz, manifestó que se sentía muy satisfecho de ser siervo de Jesucristo Salvador, y en aquel preciso instante toda la caterva de demonios desapareció. Poco después de esta escena, el amanuense y el amo para quien trabajaba entraron juntos en la iglesia de santa Sofía, y, al detenerse ante la imagen de Jesús Crucificado, el amo observó que éste tenía los ojos fijos sobre su escribiente, como si lo mirara con mucha atención. Admirado ante aquel extraño fenómeno, dijo el amo a su joven ayudante:

—Ponte a mi derecha.

El amanuense cambió de sitio y se puso en el que su amo le indicó. Este se dio cuenta de que los ojos de la imagen no se apartaron del joven sino que siguieron los movimientos que hizo para mudar de lugar y continuaron fijamente clavados en él.

—Ponte otra vez donde antes estabas, a mi izquierda —ordenó el amo a su escribiente.

Nuevamente los ojos del Santo Cristo giraron, sin dejar ni un solo momento de mirar atentamente al amanuense.

Entonces el amo dijo al joven:

—En nombre de Dios te ruego que me contestes a esta pregunta: ¿a qué se debe esta gracia divina de que los ojos de la imagen de Jesús crucificado no se aparten de ti y te miren tan atentamente?

El escribiente respondió:

—Señor, no lo sé. Yo no tengo conciencia de haber hecho ninguna obra buena extraordinaria, a no ser que podamos tener por tal el hecho de haberme negado muy recientemente a renegar ante el diablo de mi fe en Cristo, nuestro Salvador.

Capítulo LXIX

SAN JUAN ANTE PORTAM LATINAM

Estando el apóstol y evangelista san Juan predicando en Efeso, fue detenido por orden del procónsul e invitado a que adorase a los ídolos; y, como se negara a esto, el procónsul lo encarceló y escribió una carta al emperador Domiciano dándole cuenta de los hechos y comunicándole que el tal Juan era sacrílego, difamador de los dioses y discípulo del Crucificado. Domiciano escribió otra carta al procónsul dándose por enterado, y ordenándole que condujese a Roma al prisionero.

En Roma se burlaron de Juan: le afeitaron la cabeza, lo sacaron de la ciudad, y, extramuros de la misma, ante la puerta que llamaban Latina, lo metieron en una tinaja llena de aceite hirviendo; en ella lo tuvieron durante algún tiempo, y de ella salió completamente ileso, sin haber recibido quemadura alguna ni haber sentido el más leve dolor. Más tarde, los cristianos edificaron en aquel lugar un templo y determinaron que todos los años se conmemorase solemnemente la fecha en que el santo apóstol fue sometido a aquel intento de martirio.

Cuando san Juan salió de la tinaja, reanudó su ministerio de predicación; pero Domiciano ordenó que lo detuvieran de nuevo y lo desterró a la isla de Patmos.

Conviene advertir que los emperadores romanos persiguieron a los apóstoles, no porque proclamasen la divinidad de Jesucristo, sino porque habían declarado, sin permiso previo del Senado, que Jesucristo era Dios. Lo romanos ni se oponían a que cualquiera adorase al dios que quisiese, ni rechazaban a ningún dios; pero exigían que el Senado autorizase oficialmente el culto a nuevas divinidades; sin este requisito toda actividad religiosa en torno a una divinidad era considerada como delictiva. A propósito de esto leemos en la *Historia Eclesiástica* que Tiberio en un principio se mostró favorable a que los romanos aceptaran la fe cristiana si así lo creían conveniente; Tiberio tenía referencias de Cristo por algunas cartas que le había escrito Pilatos; pero el Senado protestó enérgicamente y desautorizó la condescendencia del emperador, alegando que no podía tolerarse que sin permiso de los senadores se estuviera dando públicamente el título de Dios a Cristo.

En una crónica se dice que los romanos estaban molestos porque Cristo no se manifestó a ellos antes que a los judíos, y que por eso principalmente promovieron la campaña persecutoria contra los cristianos.

El maestro Juan Beleth atribuye la persecución que el Senado y los emperadores desencadenaron contra Cristo y los apóstoles a que consideraban al Dios proclamado y predicado por éstos, orgulloso, celoso y exclusivista, fundándose en que pretendía ser único verdadero entre los demás dioses y en que se negaba a admitir la competencia que los otros dioses pueden hacerle.

Orosio por su parte piensa que la persecución se debió a despecho de los senadores, que se sintieron heridos en su dignidad al saber que Pilatos, en vez de dirigir a ellos, como hubiese sido lo correcto, las cartas que escribió a Roma informando sobre Cristo, las dirigió a Tiberio, y que por eso se negaron a inscribir el nombre de Jesús entre los demás dioses admitidos por el Imperio. Esta negativa, sigue diciendo Orosio, provocó la indignación de Tiberio contra los Senadores que se opusieron a la inscripción de Cristo en la lista de los dioses, y asegura que este emperador castigó a los principales renuentes con pena de muerte en unos casos y con pena de destierro en otros.

Sin embargo, puede que la persecución contra los cristianos, se debiese más que nada a una de estas dos cosas: o al temor de que el culto a Cristo suplantase al que los romanos daban a sus dioses tradicionales, o a que los ciudadanos de Roma, de suyo avaros y ambiciosos, no mirasen con simpatía una doctrina nueva que predicaba el desprecio de las cosas de este mundo. Se explica que los romanos, dominadores de la tierra a través de su Imperio, mirasen con recelo a Cristo, que había fustigado la ambición y la avaricia, y proclamado que la verdadera dignidad humana no consistía ni en el poder, ni en las riquezas ni en los honores.

Cuando la madre de Juan supo que su hijo se hallaba preso en Roma, movida de maternal compasión, fue a visitarle; mas al llegar a la ciudad y enterarse de que ya no estaba allí, porque lo habían desterrado, decidió retornar a Judea. Durante el viaje de regreso, al pasar por la población de Nerula, en la Campania, falleció y entregó su alma al Señor. Allí, en Nerula, permaneció su cuerpo enterrado en una gruta, durante mucho tiempo, llenando la región con los suavísimos olores que emanaban de sus venerables restos, y obrando numerosos milagros. Posteriormente, su otro hijo, Santiago, al tener noticia de que su madre había fallecido y de que se hallaba sepultado en Nerula, se trasladó a esta localidad, se hizo cargo de las santas reliquias, y las trasladó con suma reverencia, desde la gruta en que se hallaban, hasta un lugar más digno de la referida población.

Capítulo LXX

LA LETANÍA MAYOR Y LA LETANÍA MENOR

Las Letanías se celebran en dos ocasiones cada año, a saber: la Letanía Mayor, el día de san Marcos, y la

letanía Menor, en las tres ferias inmediatamente precedentes a la fiesta de la Ascensión del Señor.

Letanía significa súplica o rogativa.

La fecha correspondiente a la primera de estas rogativas es conocida por estos tres nombres: *Día*

de la Letanía Mayor, Día de la Procesión Septiforme y *Día de las Cruces Negras.*

Llámase Mayor a la primera de estas Letanías, por tres motivos: por razón de su autor, que fue el papa san Gregorio Magno; por razón del lugar en que fue instituida: ese lugar fue la ciudad de Roma, capital y centro del mundo cristiano, por estar en ella enterrado el príncipe de los apóstoles y por ser asiento de la sede apostólica; y, finalmente, por razón del objeto que determinó su institución, que fue el de impetrar la ayuda del cielo en favor de la ciudad, afectada a la sazón por una gravísima epidemia. Los romanos, tras la austeridad que observaban durante la Cuaresma, a raíz del día de Pascua en que recibían el Cuerpo del Señor, trataban de desquitarse de las anteriores privaciones, entregándose a comilonas, diversiones y desenfrenadas lujurias. Tan alocada conducta provocó la ira del Señor, hasta el punto de que en cierta ocasión los castigó severamente, enviando sobre ellos una espantosa peste llamada *inguinaria,* porque quienes la padecen tienen sus ingles inflamadas y llenas de apostemas. La epidemia a que nos estamos refiriendo fue tan horrorosa que las personas que la contrajeron o murieron de repente en la calle, o mientras estaban sentados a la mesa comiendo, o cuando se hallaban entregados a sus diversiones. Frecuentemente ocurría que, cuando alguien estornudaba, con el estornudo exhalaba su espírutu; por eso, cuando los presentes observaban que alguno de ellos estornudaba, inmediatamente acudían en su socorro, diciéndole: *Dios te ayude;* y de ahí —se dice—, viene la costumbre que existe todavía entre nosotros de decir *Dios te ayude* al que estornuda. Cuéntase también que durante aquella peste sucedía muy a menudo que el que bostezaba, seguidamente moría, porque al abrírsele la boca salíasele el alma por ella, y que cuando alguien sentía que le sobrevenía un bostezo, rápidamente trazaba sobre sus labios la señal de la cruz; también nosotros, actualmente, cuando bostezamos, hacemos la señal de la cruz sobre nuestra boca, siguiendo un uso que se introdujo entre los romanos cuando fueron castigados con la peste de que estamos hablando, cuyas características y circunstancias hallará el lector en la vida de san Gregorio.

El nombre de Procesión Septiforme se debió a que san Gregorio dispuso que en las procesiones que con motivo de impetrar la ayuda divina para remedio de la epidemia se hicieran, las personas que tomaban parte en ellas se colocaran en el lugar que les correspondiera de acuerdo con su rango y observando estrictamente el siguiente orden de precedencia: primero, clérigos seculares; segundo, monjes y religiosos; tercero, monjas; cuarto, niños; quinto, seglares solteros; sexto, viudas y mujeres solteras; séptimo, personas casadas. Como actualmente no es posible conservar rigurosamente este orden septiforme, súplese su omisión prolongando la duración del desfile procesional hasta que en él se hayan recitado siete veces consecutivas las Letanías.

El tercer nombre dado a esta fecha, es decir, el de *Día de las Cruces Negras,* obedece a que, en las procesiones que se hicieron para impetrar de Dios la terminación de la peste, los asistentes a las mismas, en señal de penitencia y de luto por el estrago que la epidemia estaba produciendo en la ciudad, iban vestidos de negro. Parece ser que también, mientras duró la calamidad, los altares de las iglesias y los crucifijos que en ellas había estuvieron cubiertos con negros paños de sarga. De ahí procede la costumbre de que, actualmente, en todas las procesiones, el ceremonial eclesiástico exige que las personas que asisten a ellas lleven hábitos penitenciales.

Las Letanías Menores que tienen lugar en los tres días inmediatamente anteriores a la fiesta de la Ascensión fueron establecidas por san Mamerto, obispo de Viena, en tiempos del emperador León,

que comenzó a reinar hacia el año 458. Son, pues, más antiguas que la llamada Letanía Mayor, y comúnmente reciben los nombres de *Procesiones* y de *Rogativas.*

Si la primera de estas Letanías es calificada de Mayor, por las razones apuntadas, estas otras son llamadas Menores, por estos tres motivos: porque fueron instituidas por un obispo, cuya autoridad es inferior a la de un papa; porque se hicieron por primera vez en Viena, ciudad de menos categoría que Roma; y porque la calamidad que inspiró su establecimiento no fue tan grave como la otra a que nos hemos referido. La causa de su institución fue ésta: por aquel tiempo se producían a menudo en Viena terremotos que ocasionaban el derrumbamiento de casas e iglesias. Frecuentemente, de noche se oían misteriosos ruidos y quejumbrosos clamores. Un año, el día de Pascua, una ráfaga de fuego procedente del cielo redujo a cenizas el palacio del rey. Pero a más de esto, y por entonces también, ocurrió algo terrible: lo mismo que por permisión divina, antiguamente, en cierta ocasión una turba de demonios se apoderó de una piara de cerdos, el año a que hemos aludido, Dios, para castigar a los hombres por sus pecados, permitió que manadas de lobos y de otras fieras se introdujeran en la ciudad y anduvieran libremente por las calles a la vista de todo el mundo; pero no paraba ahí la cosa, sino que las referidas alimañas, con la mayor naturalidad, devoraban a los niños y a los ancianos y a las mujeres. Casos de estos ocurrían todos los días, y para poner remedio a tal situación el mencionado obispo dispuso que se celebrara un ayuno colectivo durante tres jornadas consecutivas e instituyó estas Letanías. Las penitencias y Rogativas resultaron eficaces, puesto que, a raíz de su celebración, la calamidad cesó. Más adelante la Iglesia determinó que en todo el mundo cristiano se introdujese la práctica de esta Letanía.

El nombre de Rogativa que se da a este triduo anual, se debe a que durante esos tres días rogamos a todos los santos que acudan en nuestra ayuda.

Muchas son las razones que abonan la conveniencia de seguir observando o celebrando este triduo anual de ayuno y de invocación de los santos. He aquí algunas de ellas:

Primera. Para que Dios nos libre de las guerras y nos conceda la paz. No olvidemos que es sobre todo en primavera cuando suelen desencadenarse los conflictos bélicos.

Segunda. Para que el Señor conserve las sementeras y plantas, todavía tiernas e inseguras en esta estación, y las haga fructificar abundantemente.

Tercera. Para que cada cual, mediante la mortificación de su cuerpo, refrene los movimientos carnales, especialmente agresivos en esta época del año, debido a que en primavera la sangre está más caliente y las tendencias ilícitas de las pasiones tienen especial fuerza.

Cuarta. Para que cada uno de nosotros nos preparemos convenientemente en orden a la recepción digna del Espíritu Santo. El ayuno y las rogativas robustecen la vida del alma y dejan al hombre en mejores condiciones de dignidad para alojar en su interior congruentemente al divino Espíritu.

A las anteriores razones añade el maestro Guillermo de Auxerre estas otras dos:

a) Para que la Iglesia renueve y desarrolle su fe en estas palabras que Cristo, momentos antes de su subida al cielo, dijo: «*Pedid y recibiréis*», y, de acuerdo con las mismas, pida con mayor confianza.

b) Para que los creyentes, al ayunar y macerar nuestra carne, aligeremos el peso del cuerpo, y al orar nos elevemos, ayudados por esas dos alas que la oración proporciona; que no sin motivo suele decirse que la oración es al que ora, lo que las alas son a las aves. El alma, mediante la oración, se remonta hasta el cielo y puede seguir con agilidad a Cristo en su Ascensión, que, precisamente, al ascender y volar sobre las ondas de los vientos, fue delante de nosotros, a modo de guía, abriendo camino para nuestro propio vuelo. Las aves que, como el avestruz, tienen mucha carne y pocas plumas, no pueden volar bien.

El nombre de Procesiones, dado a estas Letanías, obedece a que durante estos tres días la Iglesia celebra procesiones generales. En estas procesiones se observa el siguiente ritual: abre la marcha la insignia de la Cruz, se enarbolan estandartes, se implora el auxilio de los santos invocándolos nominalmente, se hacen sonar las campanas, y en algunos lugares se lleva una imagen de un dragón con una cola enorme. Se abre la marcha con la santa Cruz y se tocan las campanas durante la procesión para asustar a los demonios y obligarlos a huir. Los reyes, cuando marchan al frente de sus ejércitos, exhiben banderas a modo de insignias reales y marchan entre resonar de trompetas. Cristo Rey eterno, Jefe supremo de su Iglesia militante, en vez de banderas utiliza Cruces, y en lugar de trompetas, campanas. Los tiranos, cuando ven flamear en las tierras que han usurpado los estandar-

tes del verdadero señor de ellas, y oyen los sonidos de las trompetas, se llenan de pavor y huyen. También los demonios, que suelen andar ocultos entre las brumas del aire, al ver las banderas de Cristo, que son las Cruces, y al oír los repiqueteos de las campanas sienten un miedo espantoso y escapan. Esta es la razón, al menos así comunmente se cree, de que la Iglesia tenga la costumbre, desde muy antiguo, de hacer sonar las campanas cuando amenaza alguna tormenta, porque los demonios, que son quienes alteran el aire y producen las tempestades, en cuanto oyen esas trompetas de Jesucristo huyen despavoridos y abandonan la mala tarea que estaban haciendo. Claro que también la práctica tradicional de tocar las campanas cuando hay tormenta puede obedecer al deseo de avisar e invitar a los fieles a que se entreguen a la oración mientras dura el peligro.

La Cruz es verdaderamente el estandarte de Cristo. Así se reconoce expresamente en el himno litúrgico de Pasión que comienza con estas palabras: «Vexilla Regis prodeunt...» *Ya aparecen los estandartes del Rey...* Acerca del enorme terror que los diablos sienten ante esta insignia, escribe el Crisóstomo: «Tan pronto como los demonios ven esta enseña del Señor, huyen despavoridos, porque reconocen en ella la vara con que fueron vapuleados. Por eso, cuando en alguna parte de la cristiandad hay tormenta, sácase de las Iglesias la Cruz y se la pone de cara a las nubes, para que los diablos, al ver esta bandera del Rey supremo, se espanten y huyan aterrorizados. Por eso también la Cruz abre las procesiones y se tocan durante ellas las campanas, porque los espíritus diabólicos que andan sueltos por el aire, asustados por la presencia de la Cruz y por el sonido de las campanas, emprenden la huída y dejan de hacer daño».

En la procesión de la Letanía Menor se saca además un pendón para representar las victorias que Cristo obtuvo con su Resurrección y el botín que consigo llevó al cielo en su Ascensión. Ese pendón, tremolado por el viento, simboliza al Señor subiendo a la gloria; los fieles que caminan tras del pendón, representan al cortejo de los santos que, siguiendo los pasos del Redentor, subieron a las moradas eternas; los himnos que se cantan durante la procesión nos recuerdan los cánticos de alabanza que los ángeles entonaron acompañando a Cristo y dándole escolta durante el viaje de su triunfal Ascensión, hasta que finalmente lo dejaron entronizado en la mansión celestial.

En algunas iglesias, particularmente en las Galias, existe la costumbre de llevar en las procesiones de las Letanías Menores una imagen de un dragón con una enorme cola llena de paja o de otras cosas. Durante las procesiones de los dos primeros días la imagen del dragón va delante de la Cruz, con la cola muy hinchada y enhiesta; en cambio, en la del día tercero, el monstruo va detrás de la Cruz y con el rabo vacío y lacio. Con esto se pretende significar que, si bien el demonio reinó en el mundo durante el tiempo anterior a la promulgación de la ley, representado por el día primero de las Rogativas, y en la época en que el pueblo judío vivió bajo la ley antigua, época representada por el segundo día de Rogativas, perdió su imperio con la Pasión de Cristo, que dio paso al tiempo de gracia, representado por el día tercero de estas Letanías.

En estas tres procesiones se invoca la ayuda de todos los santos por muchos motivos, algunos de los cuales ya quedaron expuestos en páginas anteriores; pero, aparte de esos, hay otros de carácter general en los que Dios se ha fundado para inspirarnos esta práctica piadosa de invocar públicamente a sus bienaventurados, y principalmente estos tres: nuestra indigencia, la glorificación de ellos, y la reverencia divina. Los Bienaventurados conocen las peticiones de quienes los invocan, a través del espejo eterno de la esencia de Dios; en ese espejo ven reflejado cuanto atañe a su propia felicidad y a la ayuda que nosotros de ellos necesitamos.

Analicemos los motivos susodichos. El primero es nuestra indigencia: indigencia en el orden del merecimiento, puesto que carecemos de méritos propios y necesitamos ser socorridos con méritos ajenos; indigencia en el orden de la comtemplación: como somos incapaces de mirar directamente hacia la luz suprema, nos queda el recurso, y a él tenemos que apelar, de ver reflejada esa luz en los santos; indigencia en el orden del amor, en virtud de la cual la imperfección de nuestro corazón nos mueve a aficionarnos a tales o cuales santos de nuestra devoción, más que al mismo Dios. El segundo de esos motivos es la glorificación de los Bienaventurados; al ponerlos como intercesores de lo que les pedimos, reconocemos su excelencia, y al reconocerla los alabamos, y al alabarlos los glorificamos; por eso el Señor quiere que los invoquemos. El tercero de los motivos mencionados es la reverencia divina: es decir, el temor reveren-

cial que la majestad de Dios nos inspira. Efectivamente, por respeto y confusión no nos atrevemos a comparecer en la divina presencia, porque sabemos que hemos pecado y ofendido al Señor, y en tal estado de timidez, recurrimos a los buenos oficios de sus amigos, para que ellos patrocinen nuestras demandas.

Haríamos muy bien si durante esas procesiones de las Letanías repitiéramos a menudo el cántico que dice: «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal: Ten misericordia de nosotros». Y digo esto por lo que san Juan Damasceno cuenta en el libro tercero de su obra. Efectivamente, en ese sitio el mencionado santo doctor refiere lo siguiente: en la ciudad de Constantinopla, en cierta ocasión, estaba el pueblo celebrando una procesión pública para que el Señor pusiera fin a una gran calamidad que les afectaba. Pues bien, en el transcurso de aquella procesión, de pronto, un niño que en ella iba fue súbitamente arrebatado desde el suelo hasta el cielo, y, mientras permaneció en él, oyó que allí se cantaba ininterrumpidamente este cántico, lo aprendió de memoria y, cuando el poder misterioso que lo elevó a la gloria lo devolvió nuevamente a la tierra y lo dejó otra vez en la procesión, el niño, delante de todos los asistentes, cantó el referido cántico, y nada más cantarlo cesó la calamidad aquella. El Concilio de Calcedonia aprobó la letra de esa canción. San Juan Damasceno termina su relato con estas palabras: «Estoy seguro de que los demonios huyen velozmente en cuanto oyen cantar esta invocación». Cuatro argumentos pueden aducirse en apoyo de la eficacia de este cántico y de la conveniencia de que frecuentemente lo cantemos: que nos lo han enseñado los ángeles; que cuando el niño lo cantó en Constantinopla cesó la tribulación que el pueblo padecía; que el Concilio de Calcedonia con su autoridad aprobó esa letra; y que los demonios tienen miedo a oírla.

Capítulo LXXI

SAN BONIFACIO, MÁRTIR

Aunque este santo padeció su martirio en la ciudad de Tarso en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, su cuerpo fue sepultado en la vía Latina de Roma.

Ejercía Bonifacio el oficio de administrador de los bienes de una señora muy acaudalada, llamada Aglaes. Estando en esta situación, ambos, de mutuo acuerdo, establecieron un régimen de vida marital en concubinato; pero, más adelante, Dios tocó su corazones, se arrepintieron y decidieron

consagrar el resto de su existencia a la práctica de la misericordia, especialmente a la obra caritativa de recoger los cuerpos de los mártires y enterrarlos, para merecer el perdón de sus pecados y la salvación de sus almas por medio de este piadoso ejercicio y la intercesión de los santos. Una vez tomada esta resolución, Bonifacio se separó de la que había sido su amante, abandonó la casa de su antigua señora, y, acompañado de algunos criados, se puso en camino. Unos días después llegó a Tarso. Al entrar en la ciudad, dijo a sus compañeros:

—Hermanos, id a buscar alojamiento para todos; entretanto yo daré comienzo a la misión que nos ha traído hasta aquí, porque estoy deseando iniciar cuanto antes el que desde ahora va a ser nuestro oficio: prestar nuestra ayuda y servicios a los mártires que luchan por la fe en Jesucristo.

Dicho esto, Bonifacio, a toda prisa, se dirigió al lugar en que los santísimos mártires eran ejecutados y se encontró con un espectáculo verdaderamente estremecedor: en aquel preciso momento los verdugos estaban torturando a varios cristianos. De éstos, unos hallábanse colgados por el cuello, con sus pies asentados sobre ascuas; otros, tendidos sobre unos artefactos formados por cuatro maderos sufrían cruelísimos tormentos; a uno le habían cortado las manos; a otro le estaban desgarrando las carnes con garfios de hierro; a otro le habían atravesado la garganta con una estaca clavada a su vez en el tronco de un árbol y lo mantenían de

esta manera balanceándose en el aire; otros varios padecían diferentes torturas; las que querían aplicarles aquellos verdugos sin entrañas.

Desde cierta distancia contempló Bonifacio aquellas horrorosas escenas; mas enseguida, con su corazón inflamado de amor a Cristo, se acercó al escenario en que se realizaban, proclamó a voces la santidad de los mártires de Dios, se arrodilló junto a ellos y empezó a besar las ligaduras con que los mantenían atados y a decir:

—¡Oh valerosos testigos del Señor! Seguid combatiendo. Despreciad al diablo. ¡Animo, hermanos! Perseverad un ratito más en vuestra fidelidad. Los sufrimientos que padecéis son pequeños en comparación con el descanso que os espera y con la suma bienaventuranza que os está reservada. Los padecimientos que soportáis ahora por amor a la divinidad son temporales; pronto acabarán, y tras de ellos alcanzaréis el gozo de la felicidad eterna en la que disfrutaréis de la alegría de ver a vuestro Rey y de cantar alabanzas en su honor uniendo vuestras voces a las de los coros de los ángeles; desde la gloria que os aguarda, revestidos con las galas de la inmortalidad, veréis cómo éstos que actualmente tan ferozmente os atormentan serán arrojados vivos al abismo de la calamidad para ser en él perpetuamente torturados.

El juez Simplicio, que vio cuanto hizo, y oyó cuanto dijo, aquel forastero recién llegado, mandó a sus esbirros que lo apresaran y condujeran ante su tribunal y, en cuanto lo tuvo ante sí, le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Un cristiano. Me llamo Bonifacio.

Al oír esta respuesta, Simplicio indignado, sin hacer más preguntas, mandó a los verdugos que colgaran a aquel hombre de un árbol, que le desgarraran sus carnes con garfios hasta decubrirle los huesos y que le introdujeran astillas entre las uñas y los dedos. Los verdugos cumplieron puntualmente las órdenes que el juez les diera. Simplicio, viendo cómo el santo mártir de Dios, Bonifacio, aguantaba gallardamente y con los ojos clavados en el cielo el tremendo castigo, ordenó que le abrieran la boca y derramaran en ella chorros de plomo derretido. En oyendo esta nueva orden, Bonifacio exclamó:

—¡Gracias, Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo!

Al suplicio del plomo derretido siguió otro: por mandato del juez llenaron de pez una caldera, la pusieron al fuego y, cuando la pez comenzó a hervir, introdujeron en la caldera la cabeza de Bonifacio que soportó esta tortura tan valientemente como si no le estuviera produciendo daño alguno; y así debió de ocurrir, porque cuando sacaron su cabeza de la caldera no se apreció en ella ni la más leve quemadura. Entonces Simplicio dispuso que el santo fuese decapitado; y decapitado con una espada consumó su martirio san Bonifacio. Por cierto: en el mismo momento en que murió, allí mismo se produjo un gran terremoto, y muchos de los infieles, conmovidos por la fortaleza del invicto mártir de Cristo, abrazaron la fe cristiana.

Los criados de la señora que habían acompañado a Bonifacio en aquel viaje, ignorantes de cuanto había ocurrido mientras buscaban alojamiento, una vez hecho esto, trataron de localizarle, y como no lograran hallarlo, comentaron entre sí:

—Seguro que este hombre está divirtiéndose en algún burdel o emborrachándose en cualquier taberna.

Mientras hacían estos comentarios, y se entregaban a semejantes cábalas sobre en cual de estos sitios pudiera hallarse su antiguo administrador, viendo a un escribano que pasaba cerca de ellos, se acercaron a él y le preguntaron:

—¿Has visto por ahí a un peregrino romano?

El escribano respondió:

—Ayer decapitaron a uno en el estadio.

—¿Qué aspecto tenía? —inquirieron ellos. ¿Era corpulento, grueso, de cabellera abundante y vestido con una toga de color de la escarlata?

El escribano contestó:

—Efectivamente, así era y así iba vestido. Seguro que el hombre a quien buscáis es el mismo que ayer fue martirizado en esta ciudad.

Pero ellos replicaron:

—No puede ser que se trate de la misma persona. El hombre que andamos buscando es muy dado al vino y a las mujeres.

El escribano les propuso:

—Si queréis salir de dudas, lo mejor será que vengáis conmigo. Yo os conduciré hasta el lugar donde está su cadáver.

Como la proposición les pareció bien, acudieron con el escribano al sitio de los martirios y, en cuanto vieron el cuerpo del mártir y su cabeza cortada al lado, dijeron al escribano:

—En efecto, éste es el que estábamos buscando. Permítenos que nos hagamos cargo de sus restos.

El escribano les respondió:

—Yo no puedo, así, sin más ni más, acceder a lo que pedís. ¿Qué estáis dispuestos a pagar por ello?

Puestos de acuerdo en el precio, abonaron al escribano quinientas monedas de oro, se hicieron cargo del cuerpo del mártir, lo ungieron con aromas, lo envolvieron en lienzos de muy buena calidad, lo colocaron en una camilla y, con suma reverencia y gozo cristiano, alabando a Dios, emprendieron con él el viaje de regreso a Roma.

Entretanto un ángel del señor se apareció a la señora y le hizo saber que su administrador había sido martirizado. La noble dama, profundamente emocionada, inmediatamente se puso en camino, salió al encuentro del cuerpo del santo, se hizo cargo de él y, para mejor venerarlo mandó construir a cinco estadios de distancia de la ciudad de Roma un suntuoso mausoleo.

Bonifacio fue martirizado en Tarso, ciudad de Cilicia, un 14 de mayo, y sepultado en Roma el 9 de julio de aquel mismo año. La bienaventurada Aglaes renunció al mundo, a sus pompas y vanidades, distribuyó sus bienes entre los pobres y entre varios monasterios, concedió la emancipación a todos sus esclavos, se entregó intensa y asiduamente a la oración y a la penitencia y alcanzó tanta gracia del Señor que su nombre se hizo célebre por los muchos milagros que Dios se dignó obrar por medio de ella. En hábito y profesión de religiosa sobrevivió a Bonifacio doce años, y al término de su piadosa vida fue enterrada al lado del referido mártir.

Capítulo LXXII

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

La Ascensión del Señor tuvo lugar cuarenta días después de que resucitara. En torno a este misterio podemos plantearnos las siete cuestiones siguientes: primera, dónde ocurrió; segunda, por qué Cristo esperó tantos días y no subió al cielo inmediatamente después de resucitar; tercera, cómo ascendió; cuarta, con quiénes ascendió; quinta, en virtud de qué ascendió; sexta, a dónde ascendió; y séptima, por qué ascendió.

Primera cuestión: Dónde ocurrió.

Acerca de esto hay que decir que la Ascensión de Cristo al cielo se efectuó desde el Monte Olivete, en la parte del mismo que mira hacia Betania. En algún documento se dice que aquel sitio era llamado Monte de las Tres Luces por estas tres razones: porque de noche, por occidente, llegaban hasta él los reflejos de la lumbre que permanentemente ardía en el altar del Templo; porque por la mañana y por oriente recibía los rayos de la luz solar antes de que éstos alcanzaran a los edificios de la ciudad; y porque estaba poblado de olivos, de cuyo fruto se extrae el aceite que se utiliza para que las lámparas ardan y luzcan. A estas tres razones se debía el nombre de Monte de las Tres Luces dado a dicho cerro.

Previamente Cristo había ordenado a sus discípulos que se concentraran en la referida colina. El mismo día de la Ascensión se mostró a ellos dos veces: una a los once apóstoles, cuando estaban comiendo en el Cenáculo. Los apóstoles, los demás discípulos y sus mujeres, vivían en un barrio de Jerusalén llamado Mello, situado en el Monte Sión, en el que David construyó un palacio para su residencia personal. En este barrio, precisamente estaba el gran Cenáculo convenientemente equipado que Cristo eligió para la celebración de la Pascua; en este Cenáculo continuaban alojados los once apóstoles; los demás discípulos y sus mujeres se habían albergado en diferentes hospederías de aquel sector de la ciudad. Pues bien, cuando los apóstoles estaban comiendo en el Cenáculo, el Señor se presentó ante ellos y les reprochó su incredulidad; seguidamente participó de su comida, y acabada ésta les mandó que se congregaran en la cima del Monte Olivete y en la parte del mismo que mira hacia Betania. Posteriormente, aquel mismo día, cuando ya estaban reunidos en el sitio en que los había citado, se les apareció de nuevo, respondió a algunas cuestiones impertinentes que le plantearon, y luego, tras de levantar sus manos y bende-

cirlos, comenzó a elevarse ante los ojos de ellos y subió al cielo.

Sulpicio, obispo de Jerusalén, y la Glosa, hablando del lugar en que ocurrió la Ascensión, cuentan lo siguiente: años después, los cristianos edificaron en aquel sitio una iglesia; cuando estaban pavimentándola, por más que lo intentaron no pudieron enlosar el trozo de suelo sobre el que se habían posado los pies de Cristo en el preciso momento en que emprendió su Ascensión, porque cuantas veces los enlosadores trataban de colocar en aquel sitio las baldosas de mármol, éstas se alzaban por sí solas y les herían sus rostros; por eso aquel breve espacio de suelo quedó sin pavimentar; por eso también, en prueba de que aquel trozo de tierra había sido hollado por las plantas del Señor, a pesar del tiempo transcurrido subsisten en él unas huellas semejantes a las que dejan las pisadas de un hombre sobre el polvo.

Segunda cuestión: Por qué no subió Cristo al cielo inmediatamente después de resucitar, sino que lo hizo cuarenta días más tarde.

En cuanto a esto procede decir que fue muy conveniente que las cosas sucedieran como sucedieron, y por tres razones. Primera: Para dejar clara constancia del hecho de la Resurrección del Señor. Probar la verdad de su Resurrección resultaba mucho más difícil que probar la verdad de su muerte. Para probar que verdaderamente Cristo había muerto, bastaban tres días; mas para probar que verdaderamente había resucitado se necesitaba que transcurriera más tiempo. Convenía, pues, que entre sus Resurrección y su Ascensión mediasen más fechas que las que mediaron entre las de su muerte y su Resurrección. El papa san León, en un sermón sobre la Ascensión de Cristo, escribe lo que sigue: «Hoy se cumplen los cuarenta días determinados por una sacratísima decisión tomada por Dios con vistas a nuestro aleccionamiento. Al prolongar el Señor su presencia corporal en la tierra hasta este momento, quiso demostrar con documentos auténticos la verdad de su Resurrección. Agradezcamos a la Providencia divina que dispusiera las cosas de esta manera y a los santos Padres la paciencia con que soportaron esta demora y las dudas que padecieron; porque Dios, permitió que ellos dudaran, pero no quiso que nosotros dudáramos». Segunda: Para consuelo de los apóstoles. Las consolaciones con que el Señor nos regala son más numerosas e intensas que las tribulaciones que sufrimos. Tres días, los tres que Cristo estuvo muerto, duró la prueba a que fueron sometidos los apóstoles; en cambio, durante muchos más de tres estuvieron recibiendo los consuelos del Señor. Tercera: Para darnos a entender místicamente que, en el plan divino, las recompensas de Dios guardan en relación con nuestros trabajos una proporción semejante a la que hay entre un año y un día, o entre un día y una hora, o entre una hora y un minuto. La comparación entre un año y un día la encontramos en el capítulo 61 de Isaías, en donde leemos: *«Para publicar el año de la remisión de Yavé y el día de la venganza de nuestro Dios...»* En este pasaje se nos dice que a un día de tribulación corresponde un año de consolación. La del día con la hora se da en el caso que estamos comentando; en efecto, por las cuarenta horas que Cristo permaneció muerto en el sepulcro, o sea, por las cuarenta horas de tribulación para sus discípulos que esto supuso, estuvo luego el Señor cuarenta días consolándolos: los cuarenta días que transcurrieron entre su retorno a la vida y su Ascensión al cielo; por eso dice la Glosa: «Por cuarenta horas que estuvo muerto, permaneció después cuarenta días demostrando que había resucitado». La comparación entre la hora y el minuto se encuentra de alguna manera en el capítulo 54 de Isaías, en este pasaje: *«Durante un momento me alejé de ti, pero en mi eterna misericordia, de ti me apiadé».*

Tercera cuestión: Cómo ascendió.

He aquí la respuesta.

Primero: Poderosamente. Poderosamente, puesto que lo hizo por sí mismo y con sus propias fuerzas, como se desprende de estos textos de la Sagrada Escritura:

«¿Quién es éste que viene de Edom... tan magníficamente vestido, avanzando con toda la grandeza de su poder?» (Isaías, 63, 1).

«Sólo puede subir al cielo por su propia virtud el hijo del hombre que está en el cielo y que antes descendió de él a la tierra.» (Juan, 3).

Aunque Cristo subió aparentemente alzado sobre un globo de nubes, no tuvo necesidad alguna del concurso de ellas; si las utilizó, a modo de pedestal, fue para dar a entender que toda criatura está de suyo ordenada al servicio de su Creador. Él ascendió en virtud del poder de su divinidad, demostrando con ello su condición de Omnipotente y Soberano. En las Historias escolásticas se hace constar que Enoch fue *trasladado* al cielo, y que Elías fue *arrebatado,* mientras que Jesús subió por su propia virtud. A propósito de esto observa san

Gregorio: «Enoch fue engendrado mediante coito humano, y mediante coito engendró él a otros; Elías fue engendrado también mediante coito, pero él no engendró a nadie; Jesucristo, en cambio, ni fue engendrado mediante coito, ni mediante coito engendró a ser alguno».

Segundo: Abiertamente. Es decir, ascendió delante de sus discípulos. *«Comenzó a elevarse en presencia de ellos»,* dice el texto sagrado. En el capítulo 16 del evangelio de san Juan leemos: *«Voy a reunirme con quien me envió y ninguno de vosotros me pregunta: ¿adónde vas?».* La Glosa comenta estas palabras de esta manera: «Todo ocurrió tan claramente que no necesitaron hacer pregunta alguna acerca de lo que estaban viendo con sus propios ojos».

En efecto, el Señor quiso que sus discípulos lo vieran elevarse para que fuesen testigos de su Ascensión y para que se alegrasen de que su naturaleza humana se remontara hasta el cielo, y para que concibiesen deseos de seguirle.

Tercero: Jubilosamente. O sea, con alegría y entre cánticos gozosos de los ángeles. *«Dios»,* dice el salmista *«ascendió con júbilo».* San Agustín comenta así este pasaje: «Al subir Cristo al cielo, el firmamento entero se sobrecogió, los astros se admiraron, los ejércitos celestiales le aclamaron uniendo el sonido de sus trompetas a las dulces melodías de los coros de los ángeles».

Cuarto: Velozmente, como el salmista había vaticinado: *«A pasos de gigante recorrió su camino».* Su travesía fue tan rápida que en un instante salvó la distancia que existe entre la tierra y el cielo, a pesar de que tal distancia es enorme. Según el rabino Moisés, filósofo de gran autoridad, el cielo constituye un círculo cuyo radio es tan largo, que un viajero, a paso de caminante, tardaría en recorrerlo quinientos años; pero tengamos en cuenta que hay siete cielos y que cada uno de ellos dista del que le sigue otros quinientos años de camino a paso de viandante; por tanto, entre el centro de la tierra y la órbita de Saturno, que constituye el cielo séptimo, hay siete mil años de recorrido; y otros quinientos más desde esta órbita hasta el centro del círculo de este séptimo cielo, de modo que, en el supuesto de que una persona pudiera vivir tanto tiempo, tardaría en llegar desde nuestro mundo hasta allí no menos de siete mil quinientos años. Para calcular la distancia que media entre la tierra y el último cielo debe tenerse en cuenta que el año tiene 365 días y que un buen caminante puede recorrer cada día cuarenta millas y que cada milla consta de dos mil pasos o codos. Esto es lo que dice el Rabino Moisés; si es verdad o no, sólo Dios lo sabe; Él, que hizo todas las cosas en número, peso y medida, conoce la verdadera distancia que Cristo recorrió en su Ascensión; pero no cabe duda de que el salto que el Señor dio para llegar desde la tierra hasta el cielo fue enorme. Refiriéndose a este salto y a otros dados por nuestro Salvador, escribe san Ambrosio: «Un salto dio Cristo para venir a este mundo, puesto que estaba junto al Padre y desde allí vino hasta las entrañas de la Virgen; otro salto dio para llegar desde el seno de su Madre hasta el pesebre; otro para llegar al Jordán; a base de saltos ascendió a la Cruz, bajó al sepulcro, salió de la tumba resucitado y tornó a la derecha del Padre».

Cuarta cuestión: Con quiénes ascendió.

Ascendió rodeado de una inmensa multitud de ángeles y llevando consigo un gran botín de hombres.

Que llevó consigo gran botín de hombres consta por las palabras siguientes del salmista. *«Subiste a lo alto rescatando cautivos».* Que ascendió rodeado de ángeles, consta también por el capítulo 63 de Isaías, en el que se reproducen o trasladan algunas de las preguntas que los espíritus de categoría inferior hicieron a los de más elevado rango: *«¿Quién es éste que viene de Edom con sus vestidos teñidos como los de Bosra?»* La Glosa comenta este pasaje de la siguiente manera: «Algunos ángeles que no habían tenido conocimiento cabal de los misterios de la Encarnación, Pasión y Resurrección del Señor al ver que un personaje para ellos desconocido subía al cielo por su propia virtud, al frente de un numeroso cortejo formado por otros ángeles y santos, comenzaron a entrever con mayor claridad lo relativo a los episodios de la Encarnación y Pasión y, admirados, preguntaron a los espíritus que acompañaban a tan singular viajero: ¿quién es éste que viene?, o, como dice el salmista, ¿quién es este Rey de la gloria?»

En el capítulo séptimo de su libro sobre la *Jerarquía angélica,* Dionisio parece insinuar que, mientras Cristo subía al cielo, los ángeles formularon tres preguntas: la primera de ellas hiciéronla los espíritus de rango superior, unos a otros, dentro de la misma categoría; la segunda, éstos al Señor; y la tercera los de menor jerarquía a los de jerarquía más alta. Los de rango superior, entre sí, mutuamente se preguntaban: ¿quién es éste que viene de Edom, con los vestidos?, etc. Como Edom signifi-

ca ensangrentado y Bosra equivale a fortificado, la pregunta que entre sí se hacían tenía este sentido: ¿quién es éste que viene de ese mundo sanguinolento y aliado con el infierno? O lo que es igual, ¿quién es éste que viene de ese mundo ensangrentado por el pecado y aliado con el demonio en su lucha contra Dios? Al oír esta pregunta, el Señor respondió a quienes la hacían: *«Yo soy el que siempre habla palabras de santidad; yo soy el adalid de la salvación»*, como dice Isaías en el capítulo 63. Dionisio traduce esta respuesta de esta manera: «Yo soy el que defiende la justicia y el juicio saludable». Y con razón; porque la redención del género humano consistió en una obra de justicia mediante la cual el Señor se propuso recuperar la criatura humana que era suya, puesto que El la había creado y le había sido arrebatada; y efectuó esa obra de justicia mediante un juicio en el que condenó enérgicamente al diablo, conculcador del derecho ajeno, obligándole a salir del terreno que había invadido, es decir, a devolver a su verdadero dueño la presa, o sea, el hombre, de que se había apoderado.

A propósito de esta pregunta que los ángeles se hicieron entre sí, plantea san Dionisio esta cuestión: ¿Cómo es posible que estando esos espíritus superiores tan cerca de Dios, recibiendo constantemente de El sobrenaturales iluminaciones, tuvieran necesidad de andar indagando nada entre ellos? El propio san Dionisio da la respuesta correspondiente; uno de sus comentaristas la expone de la siguiente manera: «El hecho de que los ángeles superiores intercambiaran entre sí tal interrogante significa que se interesaban por la ciencia; el que procuraran averiguar la verdad por sí mismos, preguntándose unos a otros, demuestra que no se atrevían a aventurar soluciones que pudieran no ser verdaderas; si, antes de preguntar nada acerca de esto directamente a Dios, comenzaron a preguntarse unos a otros, fue para no prejuzgar de antemano la cuestión y para no interferir con especies de suposiciones previamente impresas en su entendimiento la iluminación que el Señor produce de modo directo en sus inteligencias».

La segunda pregunta, es decir, la que estos ángeles superiores formularon a Cristo, fue ésta: *¿Cómo es que tus vestiduras son de color rojo, semejante al de los que pisan la uva en el lagar?*

Al hablar de vestiduras referíanse los ángeles al cuerpo del Señor, que estaba enrojecido a causa de la sangre que había derramado y conservaba sus cicatrices al subir al cielo. Dice Beda que Cristo quiso conservar las cicatrices por cinco razones. He aquí las propias palabras de este santo doctor: «Conservó sus cicatrices, y las conservará hasta el día del juicio, para confirmar la verdad de su Resurrección; para mostrarlas a su Padre al interceder en favor de los hombres; para que los buenos vean a través de ellas cuán misericordiosamente fueron redimidos; para que los réprobos reconozcan cuán justamente han sido condenados; y, por último, para mostrarlas eternamente como triunfal trofeo y credencial de su victoria».

A la aludida pregunta de los ángeles, el Señor dio esta respuesta: *«Completamente solo trabajé en el lagar; ni tan siquiera un hombre de cuantos hay en el mundo me ayudó en esta tarea»*. La palabra *lagar*, contenida en esta respuesta puede significar una de estas dos cosas: o la Cruz en la que Cristo derramó su sangre de manera semejante a como la uva suelta su zumo cuando es estrujada por la viga de la prensa, o el diablo, que con sus redes de pecados envuelve a los hombres y los presiona y exprime hasta hacerles perder todos sus jugos espirituales y convertirlos en mero ollejo de índole material. Nuestro combatiente, empero, manejó la prensa del lagar, rompió las ataduras de los vicios y al subir al cielo estableció en él un almacén para distribuir desde allí el vino del Espíritu Santo.

La tercera pregunta hiciéronla los ángeles menores a los mayores, y fue ésta: *¿Quién es este Rey de la gloria?* Los interrogados respondieron: *«El Rey de la gloria es el Señor Todopoderoso»*.

Comentando esta pregunta y la acertada respuesta que a ella dieron los ángeles mayores, escribe san Agustín: «La inmensidad del espacio quedó santificada con el paso de aquella divina procesión; las legiones de demonios que infestaban el aire, en cuanto vieron a Cristo subiendo al cielo, huyeron precipitadamente. Algunos ángeles salieron al encuentro de la comitiva y preguntaron: ¿Quién es este Rey de la gloria? Los del cortejo respondieron: Este es aquel de quién se os dijo que era blanquísimo como la nieve, y encarnado como la púrpura; Este es aquel de quien se vaticinó que iba a quedar sin prestancia y sin hermosura; Este es aquel que se mostró débil sobre el madero, y fuerte cuando de todo fue despojado; vil en apariencia en cuanto a su cuerpo destrozado, pero poderoso en el batallar; horrendo en su aspecto al morir, mas hermoso al resucitar; la blancura la recibió de la Virgen, su Madre, y el color rojo purpúreo lo adquirió en la Cruz; los oprobios lo en-

negrecieron, pero El es quien llena de luz las mansiones celestiales».

Quinta cuestión: En virtud de qué ascendió.

A esto procede responder diciendo que ascendió en virtud de tres títulos, como se declara en el salmo 44, a saber: *«propter veritatem, mansuetudinem et justitiam»,* por los méritos de la verdad, de la mansedumbre y de la justicia.

Comentando este salmo, y hablando con Cristo, escribe san Jerónimo: «Por el mérito de la verdad: porque cumpliste exactamente cuanto habías vaticinado por medio de los profetas; por el mérito de la mansedumbre: porque fuiste inmolado como una oveja, para conseguir la salvación del género humano; por el mérito de la justicia: porque rescataste a los hombres no por medios violentos, apoderándote de ellos a la fuerza, sino rescatándolos mediante un precio justo; por eso tu mano derecha, es decir, tu poder y tus virtudes, te conducirán por la ruta maravillosa que lleva al cielo».

Sexta cuestión: A dónde ascendió:

Ascendió hasta quedar situado por encima de toda la serie de los cielos. *«El mismo que descendió»,* leemos en el capítulo cuarto de la carta a los Efesios, *«ascendió de nuevo y se elevó por encima de todos los cielos, dando cumplimiento de ese modo a cuanto había sido vaticinado».* Si el Apóstol usa la expresión «por encima de todos los cielos», es porque los cielos son varios, y Cristo ascendió a través de todos ellos.

Acerca de la pluralidad de cielos conviene decir lo siguiente: Hay un cielo de naturaleza material, otro de naturaleza racional, otro de naturaleza intelectual y otro de naturaleza supersustancial. El de naturaleza material es múltiple, puesto que son siete los cielos de este género, a saber: el aéreo, el etéreo, el olímpico, el ígneo, el sideral, el cristalino y el empíreo.

El cielo de naturaleza racional está constituido por los hombres justos o santos. Llámase a estos hombres *cielo,* por los tres motivos que a continuación se exponen: Primero, por razón de la inhabitación divina en ellos. Cielo llamamos el sitio donde Dios mora; Él mismo nos declaró en el capítulo 66 de Isaías: *«Yo vivo en el cielo».* Cielo, pues, debemos llamar a las almas de los justos, puesto que en ellas mora Dios, quien a través de la Sagrada Escritura nos ha dicho: *«El alma del justo es trono de la Sabiduría».* Segundo, por razón de la santidad de su comportamiento: Las preocupaciones y deseos de los santos son de índole celestial, cual si vivieran de hecho permanentemente en el cielo. *«El cielo es lo único que nos preocupa»,* declaró expresamente el Apóstol. Tercero, por razón de estar practicando continuamente el bien: lo mismo que el cielo está en continuo movimiento, los santos no cesan ni por un instante de hacer buenas obras.

El cielo de naturaleza intelectual lo forman los ángeles. A estos espíritus conviene con toda propiedad el nombre de *cielo,* porque así como éste está a gran altura, es hermoso y poderoso, así también estos seres se hallan muy elevados, son muy bellos y muy fuertes. Se hallan muy elevados por su dignidad y excelencia. San Dionisio, en su libro acerca de los *Nombres divinos,* escribe: «Estos espíritus angélicos tienen una existencia más noble que las otras criaturas; su vida es superior a la de los demás vivientes creados; poseen inteligencia y conocimiento superiores a los de los otros seres sensitivos y racionales, y desean y realizan la belleza y la bondad más perfectamente que cualquiera de las restantes cosas creadas. Son muy bellos: realmente bellísimos por razón de su naturaleza y de la gloria en que viven. Sobre esta belleza dice el mencionado autor en el mismo libro y capítulo a que acabamos de referirnos: «El ángel es la manifestación de una luz misteriosa, un espejo limpio, nitidísimo, puro, incontaminado, inmaculado, que refleja en su superficie —permítaseme esta expresión audaz— la hermosura de la divinidad de Dios». Son muy fuertes, fortísimos, por la virtud de su poder. A propósito de esta potencia veamos lo que escribe el Damasceno en el capítulo tercero del libro segundo de su obra: «Son fuertes y están siempre preparados para ejecutar la voluntad divina, acuden inmediatamente a donde el deseo de Dios quire que vayan...»

Que el cielo está alto, es hermoso y es poderoso no es menester demostrarlo, pues es evidente. De su altura y belleza se dice en el capítulo 43 del Eclesiástico: *«¡Qué bellísimo el aspecto de los cielos!»* De su poder y fortaleza se habla en el capítulo 27 del libro de Job, en el que leemos: *«¿Puedes tú acaso, crear, como El lo creó, un cielo tan sólido y firme cual un espejo de metal fundido?»*

El cielo supersustancial consiste en el seno de la divina esencia. De ese es del que vino Cristo cuando descendió a la tierra, y a él regresó cuando hizo el viaje de su Ascensión. Así lo declara el salmista por estas palabras: *«Del cielo más alto procedió y hasta la cima del mismo llegó cuando retornó a él».* Cuando

decimos, pues, que Cristo ascendió por encima de todos los cielos, afirmamos que subió hasta el más elevado de ellos, o sea, hasta el cielo supersustancial.

Que Cristo ascendió por encima de los siete cielos materiales lo afirma el salmisma cuando dice: *«Tu magnificencia se elevó sobre los cielos»*. Subió, por tanto, a través de todos ellos y llegó al empíreo. Pero entre su subida y la de Elías hay notables diferencias; porque Elías fue arrebatado en un carro de fuego y llegó meramente hasta una zona que hay debajo de la luna, sin alcanzar a este planeta, porque quedó alojado en el Paraíso Terrenal. El Paraíso Terrenal está situado ciertamente a mucha altura; tanta, que sus picos tocan la región sublunar. Cristo, en cambio, llegó hasta el Empíreo y se quedó residiendo en él, porque este cielo es el lugar propio y especial en el que tienen su morada el propio Cristo, los ángeles y los demás santos en mansiones adecuadas a la categoría de sus moradores. El Empíreo, en efecto, por exceder en dignidad, prioridad, situación y extensión a los demás cielos, es el lugar más indicado para la residencia de Cristo, en cuya persona se dan cita condiciones de dignidad, eternidad, inmutabilidad y poder, muy superiores a las que existen en los cielos racionales e intelectuales, es decir, en los santos y en los ángeles. El Empíreo es también lugar adecuado para que en él moren los ángeles y los santos, porque así como los ángeles y los santos obran uniformemente, y son inconmovibles en su amor, luminosos en la fe y en el conocimiento de la verdad, y tienen capacidad para recibir al Espíritu Santo, así también este cielo en que residen es uniforme e inmóvil o inmutable, hállase inundado de perfecta claridad y tiene capacidad inmensa.

Que Cristo ascendió por encima de todos los cielos racionales, consta en el capítulo segundo del Cantar de los Cantares, en donde se dice: *«He aquí que viene saltando sobre las cumbres de los montes y sobre las alturas de los collados»*. En este pasaje por montes debemos entender los ángeles, y por collados los hombres justos y santos.

Que ascendió por encima de todos los cielos intelectuales, es decir, por encima de los espíritus angélicos, lo afirma el salmista en estos versos: *«Señor: Subes más arriba de las nubes y andas sobre las alas de los vientos». «Señor: Te remontas sobre los querubines y vuelas a mayor altura que el aire»*.

Que ascendió hasta el cielo supersustancial, o sea, hasta el plano correspondiente a la divinidad, consta por este texto del último capítulo del evangelio de san Marcos en el que se dice expresamente: *«Jesús, el Señor, después de hablarles, se elevó hasta el cielo, y allí quedó sentado a la derecha de Dios»*. Esta expresión, «sentado a la derecha de Dios», significa lo mismo que igualado con Dios, como reconoce san Bernardo en este comentario: «El Señor prometió a mi Señor sentarle a su derecha y a su derecha lo sentó, cumpliendo así su promesa, porque el Hijo es igual al Padre en gloria; semejante a El por haber sido por El engendrado; ambos son consubstanciales en la esencia, idénticos en majestad, y coeternos, ya que ninguno de ellos es posterior al otro y uno y otro tienen la misma eternidad».

A esta sexta cuestión, sobre el tema de a dónde ascendió, puede contestarse también diciendo que Cristo subió a la mayor altura posible en estos cuatro órdenes: en el del lugar, en el de las recompensas, en el de la ciencia y en el de la virtud. En cuanto al primero de estos órdenes, o sea, en cuanto al del lugar, se dice en el capítulo cuarto de la carta a los Efesios: *«El mismo que bajó, es el que subió sobre todos los cielos»*. En relación con el segundo, el de las recompensas, he aquí lo que leemos en el capítulo segundo de la epístola a los Filipenses: *«Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz, por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre»*. A propósito de esto escribe san Agustín: «La humildad es el mérito de los distinguidos y la distinción el premio de los humildes». Respecto del tercero, el de la ciencia, el salmista afirma que *«ascendió sobre los querubines»*, que es como si dijera que alcanzó toda la plenitud de la sabiduría. Del cuarto, del de la virtud, no es preciso explicar nada, dada su evidencia, puesto que ascendió también sobre los serafines; de ahí que el Apóstol, en el capítulo tercero de la carta a los Efesios haga constar expresamente que la caridad de Cristo rebasa la posibilidad de nuestro conocimiento.

Séptima cuestión: Por qué ascendió.

Podemos responder que ascendió por nueve razones, correspondientes a otras tantas ventajas o utilidades derivadas de la Ascensión. La primera de esas utilidades consiste en la revelación del amor divino. *«Os conviene que yo me vaya, porque si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros»*. (Juan, 16). San Agustín comenta este pasaje así: «Si permaneciéreis pegados corporalmente a mí, no seríais capaces de recibir al Espíritu Santo».

La segunda utilidad se corresponde con un mayor conocimiento de Dios. *«Si me amarais de verdad, os alegraríais de mi ida al Padre,* etc.». (Juan, 14). «Si yo hago desaparecer de vuestra presencia», comenta san Agustín, «esta forma de siervo que he adoptado, y que me confiere cierto aspecto de inferioridad respecto del Padre, es para que podáis conocer a Dios de otra manera, con los ojos del espíritu».

La tercera es el mérito de la fe. En relación con esta utilidad dice san León en uno de sus sermones sobre la Ascensión: «Con la ausencia del Señor, la fe se desarrolla y comienza con la ayuda de la razón a conocer que el Hijo es igual al Padre, y a darse cuenta de que no necesita de la presencia física de Cristo, que es inferior en cuanto hombre, a Dios. Sólo las almas grandes son capaces de creer sin vacilación lo que no ven con sus ojos materiales y de poner sus deseos en donde no les es dado fijar su mirada corporal». También san Agustín, en el libro de sus *Confesiones,* escribe en torno a esto: «Con paso de gigante recorrió su camino; no se retrasó en su carrera, al contrario, la realizó velozmente, gritándonos con sus palabras y obras, con su muerte y su vida, con su venida y su Ascensión, que caminemos en pos de El, desapareciendo de nuestra vista para que nos acostumbráramos a buscarlo en el interior de nuestro corazón, donde está y en donde podemos hallarle».

La cuarta es nuestra seguridad, porque ascendió al cielo para constituirse allí en abogado nuestro ante el Padre. Si consideramos que contamos ante el Padre con un abogado de tal categoría, necesariamente nos sentiremos seguros. En el capítulo segundo de la primera carta de san Juan leemos: *«Tenemos por abogado ante el Padre a Jesucristo, el Justo; El es la propiciación por nuestros pecados».* Respecto de esta seguridad escribe san Bernardo: «¡Oh hombre! Tienes patente y seguro el camino que conduce a Dios, porque en su presencia está su Madre mostrando a su Hijo el pecho y los senos con los que lo amamantó, y el Hijo mostrando a su Padre el costado abierto y las llagas de su cuerpo. Ante tantos argumentos esgrimidos por el amor, no cabe repulsa alguna».

La quinta es nuestra dignidad. En favor de nuestra dignidad, efectivamente, redunda el hecho de que la naturaleza humana haya sido elevada hasta ocupar un puesto a la derecha de Dios. De ahí que los ángeles, considerando la exaltación de que había sido objeto el hombre, prohibieran que en adelante el hombre los adorase a ellos, como se dice en el capítulo 19 del Apocalipsis: *«Me arrojé a sus pies para adorarle, y me dijo: No hagas eso; yo soy un consiervo tuyo y de tus hermanos».* La Glosa comenta este pasaje de esta manera: «En la antigua ley, el ángel no rehusó la adoración del hombre; pero, a partir de la Ascensión del Señor, advirtiendo que la naturaleza humana había sido elevada a un rango superior a la angélica, ya no admitió más esos homenajes de adoración». El papa san León, en uno de sus sermones sobre la Ascensión, dice: «Hoy celebramos la exaltación de la naturaleza humana y su colocación por encima de las más altas potestades, ya que ha sido entronizada a la derecha de Dios. Este favor de la gracia divina es tanto más admirada cuanto que, por una parte, ha ocultado a Cristo de la mirada de los hombres que se sentían, y con razón, cohibidos en su presencia, poseídos de temor reverencial; y, por otra, contribuye a que la fe no vacile, la esperanza no se desvanezca y la caridad no se entibie».

La sexta es la consolidación de nuestra confianza. En el capítulo cuarto de la carta a los Hebreos, leemos: *«Puesto que en Jesús, el Hijo de Dios, subido a al cielo, tenemos un gran Pontífice, mantengámonos firmes en la confesión de nuestra esperanza».* En la misma carta, en su capítulo sexto, se dice: *«Tengamos firme consuelo, los que corremos, hasta dar alcance a la propuesta esperanza, que es para nuestras almas como una segura y resistente áncora que penetra hasta detrás del velo a donde por nosotros entró Jesús como precursor».* «La Ascensión de Cristo», observa san León, «Es una garantía de nuestra ascensión futura, puesto que, como cuerpo suyo que somos, esperamos reunirnos con Él, que es nuestra cabeza».

La séptima es la de mostrarnos el camino, como se dice en el capítulo segundo de Miqueas: *«Irá delante de ellos el que rompe la marcha».* «El propio Salvador», exclama san Agustín, «se ha convertido en senda para ti. Levántate, pues, y anda; hazlo, puesto que puedes hacerlo; no seas perezoso...».

La octava es que nos abrió las puertas del cielo. Las del infierno nos las abrió el primer Adán; mas este segundo abriónos las del paraíso. Por eso canta la Iglesia: «Al quebrar el aguijón de muerte, tú abriste a los creyentes las puertas del reino de los cielos».

La novena es la preparación de nuestra eterna morada *«Voy a prepararos el lugar de vuestra futura residencia»* (Juan 14). «¡Oh Señor!» exclama san Agustín «¡Prepara lo que preparas! ¡Cuando preparas el

lugar, nos preparas a nosotros para ti y te prepararás a ti mismo para nosotros, a fin de que en nosotros puedas estar y de que nosotros podamos estar en ti!».

Capítulo LXXIII

EL ESPÍRITU SANTO

En la sagrada historia del libro de los *Hechos* se nos cuenta que, en tal día como hoy, el Espíritu Santo, en forma de lenguas de fuego, fue enviado sobre los apóstoles.

En torno a esta misión o venida del divino Espíritu vamos a considerar las ocho cuestiones siguientes: por quién fue enviado; de cuántos modos fue enviado o puede ser enviado; cuándo fue enviado; cuántas veces fue enviado; cómo fue enviado; sobre quiénes fue enviado; por qué fue enviado; por medio de qué fue enviado.

I. Por quién fue enviado.

A esto procede responder que el Espíritu Santo fue enviado por el Padre, por el Hijo y por sí mismo, porque también El a sí mismo se dio y se envió.

Que fue enviado por el Padre consta por estas palabras del capítulo 14 del evangelio de san Juan: *«En cuanto al Espíritu Santo Paráclito que el Padre enviará en mi nombre, etc.».*

Que fue enviado por el Hijo consta igualmente por este pasaje evangélico: *«Cuando marche, os lo enviaré»* (Juan, 16). Esta frase la pronunció Cristo hablando del Espíritu Santo.

En los casos de misión que en este mundo nuestro se dan, el enviado recibe de quien lo envía estas tres cosas: su condición de enviado, como ocurre en el rayo luminoso, que recibe del sol su luminosidad; su fuerza, cual sucede con la saeta, cuyo impulso y trayectoria dependen del arquero; su jurisdicción o autoridad, como acontece con los nuncios o legados, cuya competencia la reciben de quienes les encomiendan tal oficio. También el Espíritu Santo, en cuanto enviado del Padre y del Hijo, recibió de ellos su condición de enviado, su fuerza y su autoridad. Pero téngase en cuenta que el divino Espíritu se envió simultáneamente a sí mismo, como se infiere del capítulo 16 del evangelio de san Juan, en el que el evangelista reproduce estas palabras de Cristo: *«Cuando venga aquel Espíritu de la verdad,* etc.». En un sermón del papa san León sobre Pentecostés leemos esto: «Las Personas de la Santísima Trinidad constituyen una sola e inconmutable divinidad y una sola sustancia; realizan sus operaciones solidaria e indivisiblemente; en ellas hay una sola y única voluntad; las tres son igualmente omnipotentes e igualmente gloriosas. En la obra de nuestra redención intervinieron las tres con la misma misericordia: el Padre, aceptando la propiciación; el Hijo, proporcionando esa propiciación, y el Espíritu Santo inflamando los corazones con el fuego de la caridad». Podemos, pues, decir que el Espíritu Santo se dio y se envió a sí mismo, puesto que es Dios, y constituye con el Padre y con el Hijo la divinidad única e indivisible. Que esta Persona de la Trinidad es Dios, escribe san Ambrosio en su libro sobre el Espíritu Santo, se demuestra por este razonamiento manifiestamente probativo de su divinidad: «Conocemos que alguien es Dios, por cualquiera de estas cuatro señales: por su carencia absoluta de imperfección; por su poder para perdonar los pecados; por no ser criatura sino creador de las criaturas, y porque no es adorador, sino sujeto receptivo de adoración».

La Santísima Trinidad se ha manifestado a nosotros y se ha puesto enteramente a nuestra disposición. Veamos cómo.

a) El Padre: entregándonos todo cuanto tenía, puesto que como observa san Agustín, nos envió y dio a su Hijo para que lo utilizásemos como moneda y precio para abonar nuestro rescate; nos envió y dio al Espíritu Santo en señal de adopción, y se dio incluso a sí mismo, en cuanto Padre, en nuestro favor, como herencia a la que podemos aspirar.

b) El Hijo: también el Hijo nos entregó cuanto tenía, porque, como advierte san Bernardo, se convirtió a sí mismo en nuestro pastor, en nuestro alimento y en nuestro Redentor, ya que nos dio su vida como precio por nuestro rescate, nos dio su cuerpo y su sangre como comida y bebida, y nos dio su divinidad como recompensa.

c) El Espíritu Santo: sin reservas y enteramente se dio también a nosotros el Espíritu Santo y sigue dándose, como asegura el Apóstol en estas palabras del capítulo 12 de la primera carta a los Corintios: «*El Espíritu Santo, a unos confiere el don de la ciencia, a otros el de la sabiduría, a otros el de la fe,* etc.». Sobre estas donaciones escribe el papa san León: «El Espíritu Santo es el inspirador de la fe, el doctor de la ciencia, la fuente del amor, el sello de la castidad y el autor de todos los recursos de la salvación».

II. De cuántos modos fue enviado o puede ser enviado.

En relación con esta cuestión conviene saber que el Espíritu Santo puede ser enviado de una de estas dos maneras: penetrando en las almas invisiblemente, o introduciéndose en ellas de modo visible, o sea, manifestando su presencia mediante señales sensibles. A estas misiones visibles se refiere san Juan cuando, en el capítulo tercero de su evangelio, reproduciendo las palabras dichas por Cristo a Nicodemo, describe: «*El Espíritu sopla donde quiere; oyes su voz, pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va*». Esto nada tiene de extraño, porque, como san Bernardo afirma a propósito del Verbo invisible, «no entra por los ojos porque no tiene color; ni por los oídos, pues carece de sonido; ni por la nariz, porque ni es aire ni cosa que altere el aire; ni por la boca, porque no es algo comestible ni bebible; ni por el tacto, puesto que no es palpable. Si me preguntas que cómo siendo sus caminos tan insondables puedo tener yo conocimiento de su presencia, te diré: sé que está en mí, por el temor que experimento en mi corazón; reconozco su presencia, porque advierto que tengo fuerza para superar mis vicios; si miro y discurro, me doy cuenta de la profundidad de su sabiduría como si la viera con mis propios ojos; de la menor enmienda de mis costumbres deduzco que me acompaña la bondad de su mansedumbre; de la reforma y renovación espiritual de mi alma infiero la hermosura de su aspecto, y al considerar todas estas cosas me siento sobrecogido ante la inmensidad de su grandeza». Hasta aquí san Bernardo.

Si la misión se manifiesta al exterior por alguna señal sensible, entonces decimos que tal misión es visible. Recordemos que el Espíritu Santo se manifestó visiblemente bajo cinco formas distintas:

a) La de paloma cuando Cristo fue bautizado: «*El Espíritu Santo, en forma de paloma, descendió sobre él*» (Lucas, 3).

b) La de nube luminosa sobre Cristo transfigurado: «*Todavía estaba El hablando cuando de pronto surgió una nube y los envolvió*» (Mateo, 17). Acerca de esto dice la Glosa: «Durante la Transfiguración del Señor ocurrió lo mismo que había ocurrido durante su bautismo: El Espíritu Santo manifestó el misterio de la Santísima Trinidad, mostrándose en un caso en figura de paloma y en el otro a modo de una nube luminosa».

c) La de hálito: De ésta habla san Juan en el capítulo 20 de su evangelio: «*Sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo*».

d) La de fuego.

e) La de lengua. Estas dos últimas fueron las que adoptó al mostrarse tal día como hoy. Si para manifestarse en las ocasiones referidas adoptó estas cinco formas diferentes fue porque quiso darnos a entender que cuando desciende sobre los corazones produce en ellos efectos con propiedades semejantes a las que naturalmente tienen los signos que utilizó. Veámoslo. La primera vez se dejó ver en forma de paloma. La paloma no canta, sino que gime; no tiene hiel; habita entre los huecos de las piedras. Pues bien, el Espíritu Santo hace que aquellos en cuyas almas se introduce giman por sus pecados, como se dice en estos pasajes de la Sagrada Escritura: «*Como osos, rugiremos todos y como palomas pensativas gemiremos*» (Isaías, 59). «*El mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables*» (Rom., 8). En quien el Espíritu Santo mora no hay hieles ni amarguras, como se nos dice en el libro de la Sabiduría, en cuyo capítulo 12 leemos: «*¡Qué bueno eres, Señor, y cuánta suavidad produce tu Espíritu en nuestras almas!*»; y en el capítulo séptimo se nos advierte: «*Se le califica de dulce, benigno y humano, porque a El se debe que aquellos en quienes habita sean dulces, benignos y humanos: dulces en el hablar, benignos en el pensar y humanos en el obrar*». Entre los huecos de las piedras, o lo que es igual, entre las llagas de Cristo, habitan quienes reciben al Espíritu Santo. «*Levántate, amiga mía, esposa mía, paloma mía, y ven conmigo a los huecos de las paredes*», se dice en el capítulo segundo del *Cantar de los Cantares.* La Glosa comenta este pasaje de esta manera: «Caliéntame mis polluelos con la infusión del Espíritu

Santo y críalos entre las llagas de Cristo». Jeremías, en el capítulo cuarto de sus *Lamentaciones,* exclama: *«¡El ungido de Dios, el Espíritu, que es aliento de nuestra boca, ha sido capturado a causa de nuestros pecados! De él decíamos: viviremos a tu sombra en medio de las naciones».* Todo esto quiere decir: el Espíritu Santo, que es quien mueve nuestra boca, —esta boca que es Cristo, porque el Señor es nuestra boca y nuestro cuerpo entero— nos mueve a dirigirnos a Cristo diciéndole: a tu sombra viviremos, o sea, a tu lado estaremos meditando constantemente tu Pasión. Llamamos sombra a la Pasión, porque durante ella la divinidad del Señor estuvo como eclipsada y toda su persona fue objeto de menosprecio.

La segunda vez el Espíritu Santo se mostró en forma de nube.

Las nubes se elevan desde la tierra, refrescan el ambiente y generan las lluvias. También el Espíritu Santo eleva de la tierra mediante el desprecio de las cosas temporales a quienes colma con sus dones, como se desprende de estos dos pasajes de la Escritura: *«El Espíritu me elevó y me dejó suspendido entre el cielo y la tierra, etc.»* (Ezequiel, 8). *«A donde quiera que el Espíritu se dirigiera, las ruedas elevadas le seguían, porque el espíritu de vida estaba en ellas»* (Ezequiel, 1). Observa san Gregorio, que el alma en cuanto saborea las cosas espirituales encuentra desabridas las satisfacciones corporales. El Espíritu Santo, igualmente, refrigera a aquellos en quienes habita y apaga en ellos el fuego de sus vicios. *«El Espíritu Santo»,* anunció el ángel a María, *«vendrá sobre ti; la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra»;* o, lo que es igual, te refrescará y te librará del calor de los vicios. Dase al Espíritu Santo el nombre de agua, porque también El, como el agua, tiene propiedades generativas. *«De su interior procederán ríos de agua viva»,* leemos en el capítulo séptimo del evangelio de san Juan. Estas palabras se refieren al Espíritu Santo que los creyentes en Cristo habían de recibir. Así como las nubes generan las lluvias, así también el Espíritu Santo genera en quienes habita otras lluvias; las de las lágrimas, como hizo constar el salmista en este verso: *«Sopló el Espíritu y brotaron las aguas»,* es decir, las lágrimas.

La tercera vez el Espíritu Santo se manifestó a manera de un hálito o soplo. El hálito es ágil, cálido, suave,y necesario para la respiración. Agil es también el Espíritu Santo y rápido al difundirse, cosa que nada tiene de extraña, puesto que es el ser más veloz de todos cuantos tienen capacidad de movimiento. En el libro de los Hechos leemos: *«De pronto se oyó un ruido parecido al de una ráfaga de viento impetuoso procedente del cielo».* Comentando este pasaje dice la Glosa: «La gracia del Espíritu Santo no está sujeta al movimiento retardado de las grandes masas». El Espíritu Santo además de ágil, es también cálido y tiene capacidad para calentar. *«Vine a prender fuego a la tierra. ¿Qué puedo querer, sino que arda?»* (Lucas, 12). Con razón el Espíritu Santo es comparado al viento del sur, que es de suyo caliente. En el capítulo cuarto del *Cantar de los Cantares* se dice: *«Retírate, aire cierzo; levántate, aire del mediodía y ven, sopla sobre mi huerto y llena el ambiente con el aroma de sus flores».* Pero el Espíritu Santo es también suave y suavizador. Para significar su suavidad dásele en la Escritura el nombre de unción, y el de rocío, y el de brisa. El de unción lo hallamos en el capítulo segundo de la primera carta de san Juan: *«Cuando seáis ungidos con esa unción, conoceréis todas las cosas».* El de rocío se lo da la Igleisa en un cántico que dice: «Que El que es rocío, os fecunde con su aspersión celestial». El de brisa lo encontramos en el capítulo 19 del libro tercero de los Reyes: *«Tras del fuego, vendrá el suave soplo de la brisa; en esa brisa está el Señor».* De tal manera el hálito es necesario para respirar, que un hombre al que le faltara el aliento durante una hora moriría sin remedio. También morirá el alma a la que le falta el aliento del Espíritu Santo. Lo advierte el salmista: *«Si les retiras tu Espíritu, perecerán y regresarán al polvo de donde vinieron».* En cambio, si Dios envía su Espíritu, asegura el propio salmista, la faz de la tierra se renovará. El Señor testifica que esto es así, puesto que dijo expresamente: *«El Espíritu es el que vivifica»* (Juan, 4).

La cuarta y quinta vez el Espíritu Santo se manifestó en forma de fuego y de lengua, respectivamente, como asegura el libro de los *Hechos: Aparecieron como divididas lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos».* Más adelante comentaremos por qué en dicha ocasión el Espíritu Santo se mostró bajo estas dos apariencias.

III. Cuándo fue enviado.

Fue enviado el día quincuagésimo después de la Pascua; y precisamente en tal fecha, o sea, al cumplirse esos cincuenta días, para darnos a entender que del Espíritu Santo proceden la perfección de la Ley, la remuneración eterna y el perdón de los pecados.

De El deriva la perfección de la ley. Dice la Glosa: «Así como la ley antigua fue dada al pueblo en

medio del fuego y cincuenta días después de que el cordero fuera inmolado, así también, en la alianza nueva, el Espíritu Santo, cincuenta días después de la inmolación del otro cordero, Cristo, descendió bajo la apariencia de fuego. La ley fue promulgada en el Monte Sinaí, y en el Monte Sión descendió el Espíritu; la ley fue dada en lo más alto de una montaña, y el Espíritu Santo fue dado en el Cenáculo; con todo eso se nos quiso significar que el Espíritu Santo es la perfección de toda ley, porque el Espíritu Santo es amor y el amor constituye la plenitud de la ley».

De El proviene la remuneración eterna. «Los cuarenta días que transcurrieron entre la Resurrección y la Ascensión de Cristo», comenta la Glosa, «en los que el Señor conversó con sus discípulos, constituyen un símbolo de la Iglesia actual, y el quincuagésimo día después de la Pascua, fecha en que el divino Espíritu fue dado a la Iglesia diez jornadas después de la Ascensión, representa el denario de la eterna remuneración».

De El procede la remisión de los pecados. En relación con esto leemos en la Glosa: «Así como cada cincuenta años había un jubileo en el que las deudas quedaban perdonadas, así también, el descenso del Espíritu Santo cincuenta días después de la Pascua significa que a través de El se nos perdonan nuestros pecados, porque en este espiritual jubileo los reos quedan liberados, las deudas condonadas, los desterrados regresan a la patria, las herencias se recuperan, y los siervos, es decir, los hombres sometidos por el pecado al yugo de la servidumbre, obtienen su libertad». Hasta aquí, la Glosa. Los condenados a muerte son, en efecto, indultados, como declara el Apóstol en el capítulo octavo de su carta a los Romanos: *«La ley del espíritu de vida en Cristo me liberará del pecado y de la muerte»*. Las deudas quedan condonadas porque *«la caridad tapa todos los pecados, por muchos que sean»*. Los desterrados regresan a su patria, como advierte el salmista: *«Tu espíritu bueno me conducirá y llevará hasta la buena tierra»*. Las herencias perdidas se recuperan: *«El propio Espíritu nos convencerá de que somos hijos de Dios, y si somos hijos, somos naturalmente sus herederos»* (Rom., 8). Los siervos quedarán liberados de la servidumbre de sus pecados, porque, según el capítulo cuarto de la segunda carta a los Corintios, *«donde está el Espíritu del Señor, hay libertad»*.

IV. Cuántas veces fue enviado.

A esto tenemos que responder que, según la Glosa, el Espíritu Santo fue enviado sobre los apóstoles, tres veces: la primera, antes de la Pasión del Salvador; la segunda, después de su Resurrección, y la tercera, después de su Ascensión. La primera de esas veces fue enviado sobre ellos para conferirles la gracia de hacer milagros; la segunda, para otorgarles el poder de perdonar los pecados, y la tercera para confirmar sus corazones.

Así fue, en efecto, porque, cuando el Señor envió a sus discípulos a predicar, dióles potestad para que pudieran ahuyentar a los demonios y curar a los enfermos. Cuando se realizan todos estos milagros, realízanse en virtud del poder que el Espíritu Santo confiere a sus realizadores, como se deduce de estas palabras de Cristo: *«Si yo arroyo a los demonios por el poder del espíritu de Dios, etc.»* (Mateo, 12).

Notemos, sin embargo, que de lo anterior no se sigue que todo el que tiene en su alma al Espíritu Santo tenga sin más postestad para obrar milagros, porque los milagros, como advierte san Gregorio, no convierten en santo al hombre que los realiza; únicamente ponen de manifiesto que ese hombre es santo. Tampoco se sigue que todo el que hace cosas extraordinarias y maravillosas tenga en su alma al Espíritu Santo. Hay a veces personas malas que aseguran que hacen milagros. En el mismo Evangelio se lee que algunos decían a Cristo: *«Señor, ¿no es verdad que hemos profetizado en tu nombre?»*. Reparemos en esto: Dios hace milagros en virtud de su autoridad; los ángeles los hacen por la superioridad que tienen sobre las cosas materiales; los demonios ejecutan efectos sorprendentes mediante el hábil manejo de determinadas propiedades naturales que forman parte del ser de los elementos; los magos hacen algo parecido a lo que hacen los diablos, merced a la ayuda que reciben de éstos, porque tienen hechos pactos de colaboración con ellos; los buenos cristianos realizan obras milagrosas porque su santidad es verdadera; y, finalmente, los malos cristianos aparentan que las hacen escudándose en una santidad fingida.

La segunda misión del divino Espíritu sobre los discípulos de Cristo ocurrió cuando Este, soplando sobre ellos, les dijo: *«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonaréis los pecados les serán perdonados, etc.»*.

Téngase en cuenta que los pecados sólo pueden ser perdonados merced a la gracia de Dios y a la virtud de la contrición, y que, sin estos supuestos, nadie tiene de suyo poder para perdonar ni la mancha que ellos producen en el alma, ni el reato de culpabilidad o exigencia de la pena eterna con

que el pecador queda vinculado, ni la ofensa inferida por el pecador a Dios. Cuando decimos que el sacerdote absuelve de sus pecados al pecador lo decimos en el sentido de que lo declara absuelto de la culpa en que había incurrido, conmuta las penas expiatorias que había de padecer en la otra vida por otras correspondientes a ésta, y, mediante la penitencia que le impone, condónale parte de tales temporales penas.

La tercera misión del Espíritu Santo sobre los apóstoles acaeció tal día como hoy, y tuvo por objeto principal fortalecer sus ánimos para que no tuviesen miedo a los tormentos que les aguardaban. *«Toda su fuerza»,* declara el salmista, *«Les proviene del espíritu que mueve sus labios».* «La gracia del Espíritu Santo», comenta san Agustín, «tiene tanto poder que, si se encuentra con la tristeza la hace desaparecer; si halla a su paso deseos permiciosos, los extingue: si tropieza con el miedo, lo ahuyenta». «Si los apóstoles esperaban la venida del Espíritu Santo», escribe el papa san León, «no era por curiosidad ni porque no lo conocieran ni porque hasta entonces no lo hubieran tenido alojado en sus almas, sino porque deseaban que encendiese en ellas, ya consagradas de antemano a Dios, un fuego más ardiente y que las enriqueciese con nuevas virtudes y las colmase con sus dones. No se trataba, pues, de la primera venida, ni siquiera de un reencuentro después de algún período de ausencia, sino de una más abundante comunicación de sus gracias».

V. De qué manera fue enviado.

En torno a esta cuestión vamos a considerar tres puntos, a saber: que el Espíritu Santo se presentó acompañado de ruido; que adoptó la forma de lenguas de fuego, y que estas lenguas de fuego se posaron sobre los apóstoles.

Punto primero: El Espíritu Santo se presentó acompañado de ruido. En cuanto a este ruido, notemos tres cosas: que se produjo súbitamente; que procedía del cielo y que llenó con su resonancia todo el Cenáculo.

a) El ruido se produjo *súbitamente.* En efecto, se produjo, no poco a poco, sino de repente; y ocurrió así porque el Espíritu Santo no procede con lentitud, como las moles pesadas.

b) El ruido provenía del cielo. Es decir, fue de naturaleza celestial, y celestiales también fueron los efectos que produjo. El autor del relato de este episodio calificó al ruido de *vehemente,* y diole este calificativo por una de estas dos razones: o porque despertó en los apóstoles un saludable temor filial que arrancó de sus almas para siempre el riesgo de proferir el *¡ay!* de las eternas lamentaciones, o porque alejó sus mentes de la cosas temporales. Tengamos en cuenta que la palabra *vehemente,* en latín *vehemens,* deriva de estas otras; o de *vaeh adimens,* o de *vehens mentem;* en el primer caso o supuesto (vaeh adimens), significa desterrador del *vaeh* o ¡ay! que los lamentadores profieren en sus lamentos; en el segundo (vehens mentem), equivale a conductor de la mente.

c) El ruido *llenó con sus resonancias todo el Cenáculo.* Esto quiere decir dos cosas, que el ruido se oyó en todo el local y que todos cuantos allí estaban reunidos quedaron repletos del divino Espíritu, como expresamente declara el texto: *«Todos quedaron llenos del Espíritu Santo».*

Mediante cualquiera de estos tres signos podemos reconocer que una cosa está llena de algo: si la cosa en cuestión no resuena cuando la golpeamos; si está saturada y no admite más contenido; si se desborda lo que contiene. Los tres signos se dieron en los apóstoles en el caso a que nos estamos refiriendo. Analicemos uno a uno estos tres signos.

Primero: Una cosa llena, no resuena. Hagamos la prueba con una tinaja repleta de algo; golpeémosla y observaremos cómo no suena. En el capítulo cuarto del libro de Job hallamos esta pregunta: *«¿Acaso muge el buey si tiene el pesebre lleno?»* Esta pregunta nos da a entender que si el pesebre del corazón está lleno de la gracia no hay lugar para los mugidos de la impaciencia. Este signo primero se dio en el caso de los apóstoles, quienes en medio de sus tribulaciones no sólo no emitieron sonido alguno de impaciencia, sino que, al contrario, comparecieron llenos de alegría ante sus jueces.

Segundo: Lo que está saturado no admite más contenido. Cuando un vaso está lleno de licor, no es posible echar más en él. Lo mismo ocurre con un hombre saciado: mientras dure su saciedad carecerá de apetito. Por eso los santos, repletos de la gracia de Dios, no sienten apetencia alguna de los bienes terrenales. Isaías, en el capítulo primero del libro de sus profecías, pone en boca de Dios estas palabras: *«Estoy harto; no necesito para nada el sebo de vuestros animales cebados».* Por la misma razón, quien ha saboreado la dulzura de lo celestial, no tiene sed de satisfacciones terrenas. A este respecto leemos en san Agustín: «Cualquiera que haya bebido agua del río del Paraíso, una de cuyas gotas es

más saciativa que todo el océano, queda definitivamente inmunizado contra la sed de las cosas de este mundo». Tras de la recepción del Espíritu Santo se dio también este segundo signo en los apóstoles, que a partir de entonces no tuvieron ya nada como propio y pusieron todas sus pertenencias al servicio de los demás.

Tercero: Si el contenido se desborda. ¿Por qué se desbordan los ríos? Porque sus aguas no caben en el cauce. En el capítulo 24 del Eclesiástico se dice: *«Lo mismo que el Pisón esparce sus aguas, así El esparce su sabiduría».* Para entender debidamente este texto en sentido literal debemos tener en cuenta que el citado río no puede contener en su cauce el caudal de su corriente, y con la superabundancia de sus aguas riega las tierras que hay en sus riberas a lo largo de su curso. También los apóstoles, tras la recepción del Espíritu Santo, se desbordaron y comenzaron a expresarse en varias lenguas. La Glosa comenta que ese desbordamiento se debió a la plenitud con que recibieron el divino Espíritu, plenitud tan acabada como la del vaso que rebosa de líquido o la del fuego que no puede ocultarse en el pecho. Como el Pisón, comenzaron ellos a regar y empapar a cuantos hallaban a su paso. A eso se debió que san Pedro, nada más comenzar a predicar, convirtiera inmediatamente a tres mil personas.

Punto segundo: El Espíritu Santo adoptó la forma de lenguas de fuego. También en cuanto a esto debemos considerar tres cosas: por qué eligió la conjunción lengua y fuego: por qué entre los cuatro elementos prefirió el fuego a los demás; y por qué se configuró en forma de lengua.

En cuanto a la primera de ellas, o sea, en cuanto a la asociación de la lengua y el fuego, hemos de decir que hizo esta conjunción por los tres motivos siguientes: Primero. Para comunicar fervor a las palabras que los apóstoles utilizarían en su ministerio. Segundo. Porque los apóstoles estaban destinados a predicar el cumplimiento de una ley fervorosa y ardiente: la ley de la caridad. Atinadamente observa san Bernardo: «Vino el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego para que aquellos sobre quienes descendió hablasen palabras encendidas en los idiomas de todos los pueblos, y para que con sus lenguas propias con ardorosa vehemencia predicasen el mandamiento urgente y fogoso del amor». Tercero. Para que estuviesen ciertos de que el Espíritu Santo, que es fuego, hablaba por medio de ellos; para que no desconfiasen del éxito de la empresa de la evangelización; para que no se atribuyesen a sí mismos los méritos de las conversiones que habían de producirse; y, finalmente, para que los oyentes reconociesen que la predicación que oían era verdaderamente palabra de Dios».

Acerca de la elección del fuego entre los demás elementos podrían señalarse muchas razones, pero vamos a consignar estas cuatro:

Primera. Porque entre el fuego y los siete dones que el Espíritu Santo derrama sobre las almas hay cierta correlación. En efecto, el divino Espíritu realiza sus operaciones de modo semejante a como actúa el fuego: con el don de temor, abate la altanería; con el de piedad, ablanda las durezas; con el de ciencia, ilumina la obscuridad; con el de consejo, restringe la propensión a la ligereza; con el de fortaleza, consolida la debilidad; con el de entendimiento, elimina las oxidaciones a la par que pule las mentes y les da brillo; y, con el de sabiduría, dirige las aspiraciones hacia lo alto.

Segunda. Por la dignidad y excelencia de este elemento, que aventaja a los otros en belleza, categoría y potencia; en belleza, por la hermosura de su luz; en categoría, por la posición erecta de sus llamas; en potencia, por la rapidez con que actúa. También el Espíritu Santo descuella por su hermosura, que es tanta que con razón es llamado *inmaculado;* descuella por su categoría, superior infinitamente a la de las demás naturalezas espirituales; y por su potencia, de la que en el capítulo séptimo del libro de la Sabiduría se dice, *«que todo lo puede».*

Tercera. Por la múltiple eficacia del fuego. En opinión de Rabano, este fue el motivo principal de que eligiera este elemento. «El fuego», dice este autor, «tiene estas cuatro propiedades derivadas de su propia naturaleza: quema, purifica, calienta e ilumina. También el Espíritu Santo quema o extingue los pecados; purifica los corazones; calienta la tibieza, y destierra con su luz las tinieblas de la ignorancia». Esto dice Rabano. Que extingue los pecados, se afirma en el capítulo 14 de Zacarías: *«Los quemaré con fuego y los purificaré como con fuego se purifica la plata».* Con ese divino fuego deseaba David ser quemado y purificado, y ese deseo le hacía exclamar: *«¡Señor: abrasa mis entrañas y mi corazón!»* (Salmo 25). Que purifica los corazones se dice en el capítulo cuarto de Isaías: *«Los sobrevivientes de Jerusalén serán llamados santos, cuando venga el Señor entre resplandores y llamas de fuego y lave las in-*

mundicias y limpie las manchas de sangre, etc.». Que calienta la tibieza lo asegura san Pablo en el capítulo 12 de su carta a los Romanos, al decir a los cristianos que habían recibido el Espíritu Santo: «*Sed fervorosos de espíritu,* etc.». Y san Gregorio no dudó en escribir: «El Espíritu Santo se manifestó en forma de fuego, porque hace desaparecer el entumecimiento del frío en los corazones en que mora y enciende en ellos ansias de vida eterna». Que destierra con su luz las tinieblas de la ignorancia se infiere de este texto del capítulo séptimo del libro de la Sabiduría: «*¿Quién podrá conocer tus deseos si tú no los manifiestas por medio de tu Santo Espíritu enviado desde lo alto?*». San Pablo, en el capítulo segundo de su primera carta a los Corintios, dice: «*Por medio de su Espíritu, Dios nos ha revelado cuanto os enseño*».

Cuarta. Por el amor que infunde en aquellos en quienes habita. El fuego es símbolo muy adecuado para significar este amor, y ello por estas tres cosas: a) Porque el fuego es como un motor en constante funcionamiento; y de modo semejante, el amor que el divino Espíritu infunde en quienes mora hace que éstos estén en continua actividad de buenas obras. Acerca de esto escribe san Gregorio: «El que ama a Dios no puede estar ocioso; si lo ama, realiza operaciones estupendas; por el contrario, quien no hace obras buenas, está demostrando que en él no existe el amor a Dios». b) Porque el fuego es menos material que el resto de los elementos: en él, mucho más que en los otros, lo formal prevalece sobre lo material. Semejantemente el Espíritu Santo hace que, en aquellos en quienes reside, el amor a las cosas terrenas sea muy escaso en comparación con el que manifiestan hacia los bienes espirituales y celestiales. Los santos no aman carnalmente lo carnal y sí aman espiritualmente lo espiritual. San Bernardo distingue en el amor estas cuatro modalidades: amor carnal hacia las cosas carnales; amor carnal hacia las cosas espirituales; amor espiritual hacia las cosas carnales y amor espiritual hacia las cosas espirituales. c) Porque, así como es propio del fuego abatir lo elevado, tender a lo alto, y adunar y congregar lo fluido, así también en el amor se dan tres propiedades que Dionisio, en su libro sobre los *Nombres divinos* llama inclinativa, elevativa y coordinativa; con la inclinativa, el amor abate lo elevado; con la elevativa, alza hacia arriba lo que está abajo; con la coordinativa sitúa a un mismo nivel las cosas semejantes. Esto es lo que dice Dionisio. Pues bien, las mismas tendencias se dan en el amor que el Espíritu Santo produce en aquellos en quienes habita; porque los abate mediante la humildad y el desprecio de sí mismos; eleva sus corazones hacia los bienes superiores, y los mueve a mantener cierto equilibrio y sostenida uniformidad en sus costumbres.

En cuanto a las razones que movieran al divino Espíritu para configurarse en forma de lengua, procede decir que esas razones fueron tres, y que las tres le impulsaron a asumir el aspecto de lengua con preferencia al de otro órgano corporal cualquiera. Porque la lengua es un órgano del cuerpo humano que ofrece estas tres características: hállase inflamada por el fuego del infierno, es difícil de gobernar y resulta súmamente útil a quien la emplea bien.

Primera: Hállase inflamada por el fuego del infierno. Lo dice Santiago en el capítulo tercero de su epístola: «*La lengua es un fuego, un mundo de iniquidad; contamina todo el cuerpo; inflamada por el infierno, inflama ella a su vez toda nuestra vida*». La lengua, pues, necesitaba ser purificada por el fuego del Espíritu Santo.

Segunda: Es difícil de gobernar. El mismo apóstol Santiago, en el lugar citado, advierte: «*Todo género de fieras, aves, reptiles y animales marinos es domable y ha sido domado por el hombre; pero nadie es capaz de domar la lengua, que es un azote irrefrenable y está llena de mortífero veneno*». Por eso la lengua, más que otro órgano cualquiera del cuerpo humano, necesitaba de la gracia del divino Espíritu.

Tercera: Resulta sumamente útil a quien la emplea bien; en consecuencia fue muy conveniente que el Espíritu Santo se erigiera en su guía.

A todo lo anterior cabe añadir que el Espíritu Santo, al descender sobre los apóstoles, adoptó la forma de lengua y de fuego para subrayar la necesidad que los predicadores tienen de ser asistidos por El. Asumió la figura la lengua porque El es quien da elocuencia a los que predican; y la de fuego para que pudieran predicar con fervor y sin miedo. En relación con esto escribe san Bernardo: «Vino el Espíritu Santo sobre los discípulos a través de lenguas de fuego, para que hablasen con palabras encendidas y para que con sus lenguas proclamasen con ardor la ley ardorosa de la caridad».

Al Espíritu Santo se debió que los apóstoles predicasen con fervor y sin miedo, como lo certifica el libro de los Hechos en su capítulo cuarto: «*Lle-*

nos del divino Espíritu comenzaron a predicar la palabra de Dios con confianza y sin temor». Acomodándose a las necesidades de los oyentes, que procedían de muchos y muy diversos países, en cada uno de los cuales se hablaba una lengua distinta, predicábanles en idiomas diferentes. Por eso dice el libro de los Hechos, en su capítulo segundo, que comenzaron a utilizar varias lenguas. Su predicación resultó muy útil y de gran eficacia. Ya lo había vaticinado el profeta: *«El Espíritu del Señor está conmigo; el Señor me ha ungido y me ha enviado para anunciar su palabra a los abatidos y para sanar a los de corazón quebrantado»,* (Isaías, 61).

Punto tercero: Las lenguas de fuego se posaron sobre los apóstoles. Con este gesto se nos quiso dar a entender que quienes ejercen cargos de responsabilidad necesitan la asistencia del Espíritu Santo. Así es: necesítanla los prelados y los jueces. Los prelados, porque el Espíritu Santo es precisamente quien les confiere la autoridad que ostentan y el poder de perdonar los pecados, como leemos en el capítulo 20 del evangelio de san Juan: *«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonaréis sus pecados, les serán perdonados».* Los jueces, porque, como advierte el profeta, la sabiduría para juzgar procede también del Espíritu: *«He puesto mi espíritu sobre él y él dará la ley a las naciones»* (Isaías, 42). De El proviene asimismo la paciencia necesaria para soportar los inconvenientes que el desempeño de cualquier cargo u oficio implican. En el capítulo 11 del libro de los Números hallamos este texto: *«Yo descenderé y hablaré contigo y tomaré del espíritu que hay en ti y lo pondré sobre ellos para que te ayuden a sobrellevar la carga del pueblo».* El espíritu de Moisés a que se alude en este pasaje era un espíritu de mansedumbre, como se desprende del capítulo 12 del mismo libro, en el que se dice que Moisés era mansísimo. Igualmente, del Espíritu Santo procede el ornato de la santidad que tanta belleza comunica a la obra de Dios, como afirma la Escritura: *«El Espíritu del Señor adorna el cielo»,* (Job, 26).

VI. Sobre quiénes fue enviado.

Repárese en esto: el Espíritu Santo fue enviado sobre los discípulos en unas circunstancias propicias, ya que sus almas estaban limpias y convenientemente preparadas para recibirlo porque en ellas se daban esta siete cualidades:

Primera. Tranquilidad de ánimo. Que tenían tranquilidad de ánimo se infiere de este texto bíblico: *«Durante los días de Pentecostés, etc.».* Los días de Pentecostés eran días de descanso, porque al descanso y reposo estaba dedicada esta fiesta. Por otra parte, en el capítulo 56 de Isaías se dice: *«¿Sobre quién, sino sobre los humildes y tranquilos, reposará mi espíritu?».*

Segunda. Unión de caridad entre todos ellos. En el libro de los Hechos se hace constar que estaban entre sí tan unidos por el amor fraterno cual si poseyesen una sola alma y un mismo corazón. Si para que el alma de un hombre pueda comunicar su vida a los diferentes miembros que forman el cuerpo es preciso que esos miembros estén unidos, también es menester que los miembros del cuerpo de Cristo se mantengan espiritualmente unidos entre sí para que puedan ser vivificados por el Espíritu Santo. Una lumbre deja de arder y se apaga si separamos unos de otros los leños que la constituyen; algo semejante ocurre cuando surgen discordias entre las personas: al separarse sus corazones, el Espíritu Santo se ausenta de ellos. Pero como las almas de los apóstoles hallábanse entre sí trabadas por el amor, el Espíritu Santo descendió sobre ellas, como canta la Iglesia en uno de sus himnos: «La deidad de la divinidad hallólos unidos por la caridad y los inundó de su luz».

Tercera. Apartamiento del bullicio exterior, puesto que estaban congregados en un local cerrado, es decir, retirados en el Cenáculo. Por medio del profeta Oseas Dios nos ha manifestado: *«Lo llevaré a la soledad, y allí hablaré a su corazón»,* (Oseas, 2).

Cuarta. Dedicación a la oración. Que estaban entregados a la oración lo asegura el libro de los Hechos: *«Todos ellos oraban con asiduidad y perseverancia».* En el oficio litúrgico de Pentecostés la Iglesia canta: «A la hora de tercia, cuando estaban orando, Dios anunció su llegada por medio de un ruido celestial». En el capítulo séptimo del libro de la Sabiduría leemos: *«Lo invoqué, y vino hasta mí el Espíritu»;* con lo cual se nos advierte que la oración es necesaria para que el Espíritu divino venga a nosotros. Lo mismo se infiere de este otro texto evangélico: *«Pediré al Padre que os envíe el Paráclito»,* (Juan, 14).

Quinta. Actitud de humildad. Que su actitud era humilde se desprende del relato del libro de los Hechos, en el que se dice expresamente que estaban sentados. *«Tú, Señor»,* canta el salmista, *«haces brotar las fuentes en el fondo de los valles»;* con estas palabras se nos advierte que es a los humildes a quienes Dios da la gracia del Espíritu Santo. Ese es también el sentido de otro texto bíblico que ante-

riormente hemos citado, y que dice: *«¿Sobre quiénes, sino sobre los humildes, descenderá mi Espíritu?»*

Sexta. Congregados en paz. Que la paz reina entre ellos dalo a entender el autor del libro de los Hechos al consignar que estaban en Jerusalén. *Jerusalén* significa *visión de paz.* En el capítulo 20 del evangelio de san Juan, aunque de modo indirecto, se nos enseña que para la recepción del Espíritu Santo es necesaria la paz, puesto que Jesucristo al aparecerse a sus discípulos lo primero que hizo fue preparar sus ánimos con estas palabras de saludo: *«La paz sea con vosotros»;* después sopló y dijo: *«Recibid el Espíritu Santo».*

Séptima. Entregados a la contemplación se deduce de la puntualización que el autor del relato hace al consignar este detalle de que se encontraban en la planta superior de la casa del Cenáculo. Comentando, precisamente, esa circunstancia, dice la Glosa: «El alma que desea recibir la gracia del Espíritu Santo procura liberarse de los condicionamientos del cuerpo en que vive, y ejercer su dominio sobre él a base de mantenerse en estado de contemplación».

VII. Por qué fue enviado.

A esto contestamos diciendo que fue enviado por varias razones, todas ellas contenidas en el siguiente pasaje evangélico: *«Mi Padre os enviará en mi nombre al Paráclito, es decir, al Espíritu Santo, y El os enseñará todas las cosas».* De este texto, pues, se deduce que fue enviado por estas seis razones:

Primera. Para consolar a los afligidos: Esto se infiere de la palabra Paráclito, usada en el citado texto (Paráclito significa *consolador*), y de este vaticinio profético: *«El Espíritu del Señor que descansa sobre mí, me ha enviado para consolar a los tristes»* (Isaías, 61). El Espíritu Santo es llamado consolador, observa san Gregorio, «porque a los que están atribulados por sus pecados los anima con la esperanza del perdón y aleja de sus almas la aflicción y la tristeza».

Segunda. Para vivificar a los muertos. Notemos que, en el pasaje en el que decimos que están contenidas estas razones, al *consolador* se le llama *Espíritu,* y que espíritu equivale a vivificador, como consta por esta exclamación del profeta: *«¡Huesos áridos! ¡Oíd la palabra del Señor!: Yo haré llegar a vosotros el Espíritu y viviréis»,* (Ezequiel, 37).

Tercera. Para santificar a los inmundos. En el mencionado texto, al Paráclito se le llama Espíritu Santo; Espíritu, como ya hemos aclarado, porque vivifica; y Santo, porque santifica o limpia; santo significa limpio; santificar y limpiar son la misma cosa. *«La corriente impetuosa del río»,* canta el salmista, *«alegra la ciudad de Dios».* Esto quiere decir que la gracia abundantísima del Espíritu Santo, que es el río de que habla el salmista, santifica o limpia a la Iglesia, tabernáculo altísimo del Señor.

Cuarta. Para consolidar el amor entre quienes están expuestos a ser víctimas de la discordia y del odio. En el pasaje a que nos venimos refiriendo, a Dios, acertadamente, se le llama Padre, porque tiene entrañas de amor. San Juan en el capítulo 13 de su evangelio dice, y con razón, que el Padre nos ama. Si, pues, Dios es nuestro Padre, hijos suyos y hermanos unos de otros somos todos, de donde se sigue que entre nosotros debe siempre existir una relación de amor fraterno.

Quinta. Para salvar a los justos. En el referido texto, esta finalidad o razón está contenida en la expresión «en mi nombre». Ahora bien, el nombre de Cristo es Jesús, y Jesús significa Salvador. Luego, si el Padre envió al Espíritu en nombre de Jesús, enviólo en nombre del Salvador; y enviólo para hacernos saber que el Espíritu venía a salvar a las gentes.

Sexta. Para enseñar a los ignorantes. Esta finalidad está suficientemente clara en las palabras «os enseñará todas las cosas», contenidas en el pasaje que arriba hemos citado.

VIII. Por medio de qué fue enviado.

El Espíritu Santo fue enviado a los miembros de la Iglesia primitiva por los tres medios siguientes:

Primero. El de la oración. Consta por el libro de los Hechos, en el que se dice que descendió sobre los apóstoles cuando estaban orando en el Cenáculo. Recordemos a este propósito que el Espíritu Santo, igualmente, descendió sobre Jesús en cierta ocasión, precisamente cuando Este estaba orando: *«Estando Jesús orando, descendió sobre El el Espíritu Santo, etc.»,* (Lucas, 3).

Segundo. El de la aceptación de la predicación. Por este medio descendió sobre una multitud de cristianos cuando atenta y devotamente oían la palabra de Dios. Así lo certifica el autor del libro de los Hechos en el capítulo 10. He aquí sus palabras: *«Cuando Pedro estaba aún predicando, el Espíritu Santo descendió sobre todos cuantos le escuchaban».*

Tercero. El de la imposición de manos. Quienes perseveraban en la realización de buenas obras, por este procedimiento recibían al divino Espíritu, y así lo recibieron los samaritanos. En el libro de los Hechos se refiere este episodio de la siguiente

manera: «*Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén se enteraron de que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan, quienes, al llegar, oraron sobre los samaritanos para que recibieran el Espíritu Santo; después impusieron sobre las cabezas de ellos sus manos, y lo recibieron*».

Conviene advertir que la absolución que actualmente se da a los penitentes en la confesión surte los mismos efectos que surtía en tiempos de la primitiva Iglesia el rito de la imposición de manos.

Capítulo LXXIV

SAN GORDIANO Y SAN EPÍMACO

La palabra Gordiano deriva de *geos* (domicilio) y de *dyan* (esclarecido) y significa *casa ilustre,* o *buena casa.* San Agustín, en su obra *La Ciudad de Dios,* dice que una casa es buena cuando está bien construida y dispone de dependencias amplias y claras. San Gordiano fue como una buena casa en la que habitó el Señor, puesto que procuró edificar su propia vida en total conformidad con el plan divino y consiguió ser amplio en la caridad y perfectamente iluminado por la verdad.

Epímaco, en latín *Epymachus,* es nombre compuesto de *epy* (encima), y de uno de estos dos vocablos; o de *machin* (rey), o de *machos* (lucha). En el primer supuesto significaría *rey sobrenatural,* y en el segundo *lucha en favor de los bienes celestiales.*

Gordiano, ayudante del emperador Juliano, recibió en cierta ocasión el encargo de obligar a un cristiano llamado Jenaro a ofrecer sacrificios a los ídolos y, cuando trataba de cumplir la orden recibida, el resultado de sus intentos fue que Jenaro convirtió al cristianismo a Gordiano, a su esposa Mariria y a otros cincuenta y tres paganos. Cuando Juliano se enteró de lo ocurrido desterró a Jenaro y amenazó a Gordiano con cortarle la cabeza si no renegaba de Cristo y tornaba inmediatamente al paganismo. No consiguió Juliano lo que se proponía, por lo cual mandó que decapitasen a Gordiano y que arrojasen su cuerpo a los perros. Ocho días después de haber sido martirizado, como los perros no osaban acercarse a los restos del santo, la familia de éste los recogió y los depositó en un sepulcro que había a una milla de Roma en el que estaba enterrado Epímaco, otro mártir cristiano, ejecutado poco antes por orden también de Juliano.

La muerte de san Gordiano tuvo lugar hacia el año 360 de nuestra era.

Capítulo LXXV

SAN NEREO Y SAN AQUILEO

Consejo luminoso significa Nereo. Pero puede significar también *luz rápida,* y *no reo;* luz rápida, si Nereo, en su forma latina de *Nereus,* deriva de *nereth* (luz) y de *us* (apresuramiento); y *no reo,* si proviene de *ne* (no), y de *reus* (reo). Cualquiera de estas tres significaciones es perfectamente aplicable a este santo, que fue *consejero luminoso* en sus recomendaciones de la virginidad; *luz,* por la honestidad de sus conducta y *rápida* por la vehemencia de su amor a las cosas celestiales; y, finalmente, *no reo* por la limpieza de su conciencia.

Aquileo, del latín *Achilleus,* es lo mismo que *salud de los hermanos,* puesto que este nombre proviene de *achi* (hermano mío) y de *lesa* (salud).

La historia del martirio de estos dos santos fue escrita por los siervos de Dios Eutiques, Victorino y Macro; a este último algunos en vez de Macro, lo llaman Marón.

Nereo y Aquileo, bautizados por el apóstol san Pedro, fueron dos eunucos, camareros de Domitila, nieta del emperador Domiciano.

Estaba Domitila prometida en matrimonio a Aureliano, hijo de un cónsul; e ilusionada por la proximidad de su boda y movida por el deseo de agradar a su futuro esposo, se engalanaba con preciosos vestidos de púrpura y con abundantes joyas. Nereo y Aquileo todos los días mientras la vestían y acicalaban, predicábanle la fe de Cristo, ponderándole las excelencias de la virginidad y le expo-

nían los inconvenientes que implicaba la vida conyugal. La virginidad, le decían, acerca las almas a Dios, convierte a las personas en hermanas de los ángeles y es tan connatural a la humana condición

que todos, al nacer, nacemos vírgenes. En cambio, la vida en matrimonio constituye una cadena de sinsabores; sobre todo para la mujer, que desde que se casa queda automáticamente sometida al marido, expuesta a sus regañinas y a que la maltrate con puñetazos y puntapiés. A todo esto hay que añadir —agregaban ellos— los dolores de los partos, el riesgo bastante frecuente de que los hijos nazcan deformes, etc. Las mujeres que esperan con ilusión el día de la boda —insistían los eunucos— deberían considerar muy seriamente todos los inconvenientes que el matrimonio encierra y tener en cuenta que, si de solteras soportan de mala gana las cariñosas advertencias que a veces sus madres les hacen, peor soportarán, una vez casadas, las grandes imposiciones caprichosas de sus esposos.

En cierta ocasión, tras oír los consejos que ambos camareros le daban, dijo Domitila:

—Mi padre, efectivamente, fue un hombre muy celoso. Mi madre sufrió mucho con él y tuvo que aguantar sus intemperancias, porque a causa de los celos frecuentemente la maltrataba; pero mi futuro marido tiene muy buen carácter; no creo que en esto vaya a parecerse a mi padre.

—No te fíes —replicáronle ellos—. No te fíes. Antes de casarse todos los hombres parecen benignos y bondadosos, pero en cuanto se casan comienzan a tratar a sus esposas como tiranos; las humillan, las desprecian, y todas sus atenciones las dedican a las criadas, con las que suelen mantener relaciones deshonestas. Domitila, entiende bien esto: todas las virtudes perdidas, a excepción de la virginidad, pueden recuperarse. La virginidad es irrecuperable; quien la pierde, por mucho que lo intente, jamás la recobrará. Un pecador, si se arrepiente de su pecado, consigue liberarse del reato de la culpa, y, hasta si se lo propone, tornar a su anterior santidad; pero quien pierde su virginidad, por mucho que se arrepienta de ello no conseguirá nunca recobrarla.

Flavia Domitila, convencida por los argumentos de sus eunucos, se convirtió al cristianismo, hizo voto de castidad y recibió el velo de las vírgenes de manos de san Clemente. Cuando Aureliano, su prometido, se enteró de esto, recurrió al emperador Domiciano y obtuvo de él facultades para desterrar de Roma a Domitila, a sus camareros Nereo y Aquileo, y envió confinados a los tres a la isla de Poncia, abrigando la esperanza de que, una vez allí, su amada mudaría de parecer, renunciaría a su voto de castidad y accedería a casarse con él.

Algún tiempo después el propio Aureliano se trasladó a la isla e intentó ganarse la voluntad de Nereo y Aquileo a base de persuasiones y abundantes regalos, rogándoles que procurasen convencer a Domitila para que desistiera de sus propósitos; pero los dos santos camareros no sólo rechazaron las ofertas de Aureliano, sino que insistieron cerca de la joven para que permaneciese fiel a las promesas que había hecho al Señor. En virtud de esto, los dos eunucos fueron coaccionados para que ofreciesen sacrificios en honor de los ídolos.

—Somos cristianos; estamos bautizados por el apóstol Pedro; no os canséis; jamás adoraremos a los falsos dioses —respondieron los dos camareros a quienes pretendían hacerles abandonar su fe.

Como perseveraron en su fidelidad y se negaron rotundamente a renegar de ella, ambos fueron decapitados. Su martirio ocurrió hacia el año 80 de nuestra era. Sus cuerpos fueron enterrados junto al sepulcro de santa Petronila.

Viendo Aureliano que Victorino, Eutiques y Marón apoyaban a Domitila, se apoderó de ellos, hízolos sus esclavos y los obligó a trabajar diariamente en sus posesiones sin darles más alimento que un poco de pan del que mandaba hacer para sus perros. Al cabo de cierto tiempo dio muerte a los tres: a Eutiques, apaleándole hasta que expiró; a Victorino, ahogándolo en la aguas pestilentes de una charca, y a Marón, degollándolo. Por cierto,

que con este último ocurrió lo siguiente: primeramente Aureliano mandó que arrojaran sobre él un enorme peñasco para que muriera aplastado bajo su inmensa mole. La piedra en cuestión era tan grande que para echarla a rodar fue necesario que la empujaran simultáneamente setenta hombres. Una vez que éstos, aunque con gran dificultad, consiguieron moverla, la roca salió rodando hacia donde estaba Marón, quien, al verla venir, la esperó y, cuando iba a caer sobre él, la detuvo; y acto seguido, cual si se tratara de un saco de paja, la cargó sobre sus hombros y la trasladó a un determinado lugar que distaba de allí dos millas. Cuantos presenciaron este milagro se convirtieron. Con esto, la irritación de Aureliano aumentó y, movido por la cólera, inmediatamente puso fin a la vida de Marón, degollándolo.

A raíz de la muerte de estos mártires Aureliano sacó del destierro a Domitila y encargó a Eufrosina y a Teodora, doncellas y hermanas de leche de su prometida, que trataran de disuadirla de sus propósitos de virginidad; pero el resultado fue precisamente el contrario, porque Domitila convirtió a la fe de Cristo a sus dos compañeras. Enterado de lo ocurrido, Aureliano, en unión de los novios de Eufrosina y de Teodora y de tres histriones, fue a casa de Domitila, dispuesto a obligarla a que se casara con él, y, en el supuesto de que se negara a ello, a abusar de la joven por la fuerza. Domitila convirtió al cristianismo a los novios de sus dos doncellas. Esto irritó sobradamente a Aureliano, que se apoderó de Domitila y la encerró en un dormitorio. Seguidamente, para preparar mejor la escena y realizar su plan de violarla, introdujo en la habitación a los tres histriones y a varios amigos. A los histriones les ordenó que cantaran, y a los amigos les rogó que bailaran con él. Cansáronse de cantar los histriones, cansáronse de bailar los amigos, pero no Aureliano, que siguió danzando él solo durante dos días seguidos, al cabo de los cuales, totalmente extenuado, cayó muerto. Inmediatamente después de este suceso, Luxurio, hermano de Aureliano, pidió licencia al emperador para matar a todos los cristianos que hallara a su paso. En cuanto la obtuvo, incendió la casa en que vivía Domitila, Eufrosina y Teodora. Asfixiadas por el humo, pero sin dejar de orar, las tres santas vírgenes y mártires entregaron su alma al Señor. Al día siguiente por la mañana san Cesáreo halló sus cuerpos íntegros, respetados por el fuego, los recogió y les dio sepultura.

Capítulo LXXVI

SAN PANCRACIO

Pancracio, nombre compuesto de *pan* (todo), de *gratus* (agradable), y de *citius* (más de prisa), quiere decir *totalmente agradable desde muy temprana edad.* ¡Buena definición de este santo que fue enteramente grato al Señor desde su más tierna infancia!

El Glosario comenta la semejanza existente entre los vocablos *Pancracio, pancras y pancranarius. Pancras* significa rapiña, y también piedra de varios colores; *pancranarius* equivale a azotado; si tenemos, pues, en cuenta que san Pancracio arrebató al demonio numerosas almas que éste tenía cautivas, que vivió adornado con muchas y hermosas virtudes y que fue azotado, maltratado y sometido a muy diversos tormentos, convendremos en que el nombre que llevó fue sumamente expresivo.

Cuando Pancracio era aún niño de muy corta edad, sus padres, ricos y de noble condición, murieron en Frigia, por lo cual el pequeño huérfano fue recogido por un tío paterno suyo, llamado Dionisio. Algún tiempo después de esto, tío y sobrino se fueron a vivir a Roma, donde tenían muchas propiedades. Precisamente, en una de las granjas que les pertenecían vivían escondidos el papa Cornelio y un grupo de cristianos. Este papa fue quien convirtió a la fe a Dionisio y a Pancracio. Poco después de su conversión murió Dionisio y, no mucho más tarde, Pancracio fue apresado y conducido ante el césar Diocleciano. Este, al ver a Pancracio, que a la sazón tenía unos catorce años de edad, le dijo:

—Jovencito, todavía eres un niño; fácilmente pueden engañarte. Puesto que perteneces a la nobleza del Imperio y tu padre fue un excelente amigo mío, quiero cuidar de ti como si fueras mi

hijo y librarte de la penosa muerte que te aguarda si continúas por el camino que has emprendido. Te aconsejo pues, que dejes a un lado esas locuras que te han metido en la cabeza.

Pancracio le respondió:

—Es cierto que, por mi edad, soy todavía un niño; pero tengo la madurez de una persona adulta. Quiero que sepas que cuento con la ayuda de mi Señor Jesucristo; por tanto, las amenazas que disimuladamente acabas de hacerme me asustan tanto como la pintura de ese cuadro que hay en esa pared. ¿Cómo se te ocurre pensar que voy a aceptar dar culto a tus dioses, sabiendo como sé que fueron unos estafadores, que sostuvieron relaciones incestuosas con sus hermanas, que asesinaron a sus propios padres y que llevaron una vida abominable? Si tus siervos hiciesen hoy lo que ellos hicieron, estoy seguro de que, sin dudarlo un momento, inmediatamente los condenarías a muerte. No salgo de mi asombro al observar que no os dé vergüenza adorar a semejantes dioses.

El emperador, sintiéndose vencido, por el muchacho, mandó que fuese degollado, y degollado fue en la vía Aureliana. El martirio de san Pancracio ocurrió hacia el año 287 de nuestra era. Una mujer, llamada Cocavilla, esposa de uno de los senadores, recogió el cuerpo del santo mártir y lo enterró piadosa y reverentemente.

Dice san Gregorio de Tours que nadie puede jurar en falso ante el sepulcro de san Pancracio, porque cuantos lo han intentado, o han caído repentinamente muerto antes de llegar a las verjas que rodean la sepultura, o de repente se han vuelto locos, debido a que antes de que puedan jurar el demonio se apodera de ellos y les trastorna el juicio.

En cierta ocasión surgió un litigio grave entre dos personas. El juez conocía de antemano cuál de ellas era la culpable pero, para salvar las exigencias del proceso jurídico, condujo a ambos litigantes ante el altar de san Pedro y, una vez allí, rogó al apóstol que manifestara con alguna señal cuál de ellas decía la verdad; seguidamente, dirigiéndose al que en su fuero interno tenía por reo, le invitó a que jurara, si se atrevía a hacerlo, que era inocente de los cargos que se le imputaban. El individuo aquel aceptó la invitación, juró, y no le pasó nada. El juez, que estaba plenamente convencido de la culpabilidad de tal sujeto, pasmado y ante la osadía y cinismo de que había dado pruebas jurando en falso, y movido por un vehemente deseo de que brillara la justicia, exclamó:

—¡Este viejo san Pedro o es excesivamente misericordioso o prefiere que el asunto que traemos entre manos se resuelva ante un testigo más joven que él! ¡Vamos, pues, a repetir la prueba ante el sepulcro del jovencísimo san Pancracio!

En efecto, trasladóse el tribunal al lugar donde estaba enterrado san Pancracio, y, una vez allí, el juez propuso al que tenía por culpable que repitiera su juramento; y en cuanto el reo extendió su mano para jurar, el brazo se le quedó rígido y un instante después repentinamente cayó muerto sobre el pavimento.

Desde que ocurrió este suceso son muchos los que, en casos de cierta importancia, cuando quieren acreditar su inocencia en culpas que les imputan, proclámanla públicamente jurando sobre las reliquias de san Pancracio. Esta costumbre se observa todavía actualmente.

DE LAS FIESTAS QUE CAEN DENTRO DEL TIEMPO DE PEREGRINACIÓN

Expuesto lo relativo a las fiestas comprendidas en el tiempo de reconciliación, representado en la liturgia de la Iglesia por el ciclo que empieza en Pascua y acaba en Pentecostés, tócanos ahora tratar de las que caen dentro de este otro tiempo llamado de peregrinación, simbolizado en el calendario eclesiástico por el ciclo litúrgico que comienza al terminar la octava de Pentecostés y concluye a las mismas puertas del Adviento. Téngase presente que el período correspondiente litúrgicamente al tiempo de peregrinación no se inicia siempre en la misma fecha, sino en aquella en que cada año termina el tiempo pascual.

Capítulo LXXVII

SAN URBANO

La palabra *urbano* deriva o de *urbanidad*, o de *ur* y de *banal*. *Ur* significa luz y lumbre; *banal* equivale a respuesta. San Urbano fue todo eso: luz, lumbre y respuesta. Luz, por la honestidad de su conducta; lumbre por su ardiente caridad; y respuesta, porque respuesta dio a todas las preguntas con la verdad de su doctrina. Pero fue sobre todo luz, porque así como la luz es grata a los ojos, inmaterial por su naturaleza, celestial por su origen, y utilísi-

ma para obrar, así este santo fue agradable en su trato, inmaterial por su desprendimiento del mundo, celestial por la altura de su contemplación, y sumamente útil a los demás por su predicación.

San Urbano sucedió al papa san Calixto en el gobierno de la Iglesia en unos tiempos en que los cristianos eran cruelmente perseguidos. Por entonces fue nombrado emperador Alejandro, hijo de Aumea, convertida al cristianismo por Orígenes. Esta piadosa mujer, a base de maternales súplicas, consiguió que su hijo se mantuviera al margen de la campaña persecutoria; esto no obstante, Almagio, prefecto de la ciudad y responsable principal de la muerte de santa Cecilia, ya que él fue quien mandó que la degollaran, continuó acosando con terrible saña a los cristianos; él fue también quien ordenó a su ayudante Carpasio que tratara por todos los medios de localizar al papa Urbano y de apoderarse de su persona. Estaba el santo pontífice escondido en un cueva, en compañía de tres presbíteros y de tres diáconos; Carpasio lo buscó insistentemente; al cabo lo encontró y condujo a la cárcel, tanto al papa como a los que con él compartían el escondite.

Almagio hizo comparecer ante sí a Urbano, y tras de pedirle cuentas por haber convertido a cinco mil personas, entre ellas a Cecilia y a los ilustres patricios Tiburcio y Valeriano, le apremió para que le manifestase dónde estaban ocultos los grandes tesoros que habían pertenecido a Cecilia. A esto, Urbano contestó:

—Parece que más que el deseo de honrar a tus dioses, lo que a ti realmente te mueve a perseguir rabiosamente a los cristianos es la avaricia. Los tesoros de Cecilia no están escondidos en ninguna parte; han subido al cielo a través de la caridad con que fueron repartidos entre los pobres.

A esta respuesta replicó Almagio mandando a los verdugos que azotaran a Urbano y a sus compañeros y que desgarraran sus carnes con garfios de hierro. San Urbano, en medio del tormento, invocó al Señor empleando en su invocación la palabra *Elyon,* que es un término de un dialecto del hebreo. El prefecto, al oír tan extraño vocablo, se echó reír y dijo:

—¡Vaya! Este viejo quiere presumir de sabio y habla en lenguas desconocidas para nosotros.

Acto seguido, no pudiendo reducir la fortaleza con que los mártires soportaban el atroz suplicio que estaban padeciendo, Almagio dispuso que interrumpieran la tortura y que llevaran a los torturados a la cárcel. Estando en ella, san Urbano convirtió y bautizó a los tres tribunos encargados de su custodia y al carcelero Anolino.

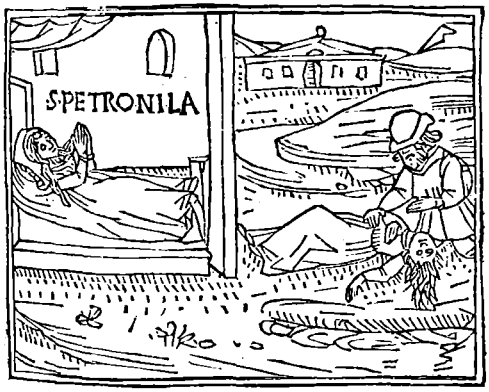
Cuando el prefecto se enteró de que Anolino se había hecho cristiano mandó que lo llevasen ante él y trató de obligarle a que ofreciese sacrificios a los dioses; y, como no logró lo que pretendía, mandó que inmediatamente fuese decapitado. Luego ordenó que llevasen a Urbano y a sus compañeros a un lugar en que había un ídolo y quiso obligarlos a que quemasen incienso en honor de la idolátrica imagen. Urbano se recogió unos momentos en oración, y al instante la estatua cayó de su pedestal, y al caer mató a los veintidós sacerdotes paganos que cuidaban del fuego de los sacrificios. Por orden de Almagio inmeditamente Urbano y sus compañeros fueron nuevamente maltratados. Los verdugos, tras de arrancarles las carnes a pedazos siguiendo las instrucciones de su prefecto, condujeron otra vez a los mártires ante el ídolo derribado para que lo adoraran; pero ellos escupieron sobre la imagen, en vista de lo cual seguidamente fueron decapitados. Antes de morir se santiguaron, se abrazaron entre sí y se dieron unos a otros el ósculo de la paz.

San Urbano y sus compañeros fueron martirizados durante el imperio de Alejandro, que comenzó a reinar hacia el año 220 de la era cristiana. Por cierto, que nada más morir estos santos, Carpasio, repentinamente poseído por el diablo, comenzó a blasfemar de sus propios dioses y a proferir, aunque bien a su pesar, grandes elogios de la religión cristiana, tras de lo cual murió ahogado por el demonio. En cambio, Armenia, su mujer, su hija Lucina y todos los demás miembros

de su familia, impresionados por el trágico final de Carpasio, se convirtieron al cristianismo, fueron bautizados por el presbítero san Fortunato, e inmediatamente después recogieron los cuerpos de san Urbano y de sus compañeros y honrosamente los sepultaron.

Capítulo LXXVIII

SANTA PETRONILA



Petronila, cuya vida escribió san Marcelo, fue hija del apóstol san Pedro. Aunque muy hermosa de cuerpo y de facciones, esta doncella gozó de poca salud; unas pertinaces fiebres la obligaron a permanecer casi habitualmente en cama. Su padre no hizo milagro alguno para curarla.

En cierta ocasión, estando varios discípulos de san Pedro en casa de éste, uno de ellos, llamado Tito, dijo al apóstol:

—¿Cómo es que tú, que a cada paso curas enfermos, no sanas a tu hija?

San Pedro le respondió:

—Si no la he curado, no es porque no pueda hacerlo, sino porque no he querido; y no he querido porque no le conviene estar sana; pero para que veáis que tengo poder para devolverle la salud, ahora mismo voy a librarla de la fiebre.

Seguidamente Pedro ordenó a su hija:

—Petronila, levántate, prepáranos algo de comida y sírvenosla.

Inmediatamente Petronila, se levantó de la cama, repentinamente liberada de la fiebre, preparó la comida y la sirvió. Mas en cuanto terminó de hacer estas tareas, su padre le dijo:

—Petronila, vuelve a acostarte.

La joven tornó a su lecho, se acostó, y nada más acostarse, sobreviniéronle de nuevo las calenturas y enferma continuó hasta que hubo crecido notablemente en el amor de Dios. Cuando san Pedro juzgó que su hija había adquirido ya un considerable grado de santidad, la sanó definitivamente.

Algún tiempo después de que la doncella quedara totalmente curada, un prefecto llamado Flaco se enamoró de ella, quiso a toda costa tomarla por esposa y declaró su amor y sus propósitos a la jovén, quien tras de oír sus declaraciones le contestó:

—Puesto que quieres casarte conmigo, haz que vengan a mi casa las doncellas que deben acompañarme en mi traslado hasta la tuya.

Mientras Flaco reclutaba y preparaba a las jóvenes que habían de formar el cortejo nupcial, Petronila se entregó a la oración y al ayuno. Luego recibió en comunión el cuerpo de Cristo; seguidamente se acostó, y tres días después, su alma emigró al Señor.

Grande fue el desconsuelo de Flaco al enterarse de que su prometida había fallecido; pero al poco tiempo se enamoró de Felícula, una doncella que *había sido muy amiga de Petronila, y se dirigió a* ella rogándole que aceptara ser su esposa y amenazándola, si se negaba a ello, con obligarla a ofrecer sacrificios a los ídolos. Felícula se negó a ambas cosas: a aceptarle por esposo y a dar culto a los dioses, por lo cual Flaco, indignado, la encerró en un calabozo y la tuvo en él prisionera durante siete días, sin proporcionarle ni bebida ni alimento. Luego la condenó a morir torturada en el tormento del potro, y, cuando la joven murió, mandó que arrojaran su cuerpo a una cloaca. Así se hizo, pero san Nicodemo logró recuperar el venerable cadáver de la mártir y darle piadosa sepultura. A causa de esto también san Nicodemo fue martirizado, porque Flaco, al enterarse de lo que el compasivo varón había hecho, lo llamó a su presencia, trató de coaccionarle para que sacrificase ante los ídolos y, como no lograra lo que se proponía, mandó a los verdugos que azotaran al santo con látigos terminados en bolas de plomo hasta que estuvieran completamente seguros de que la víctima había muerto en el tormento, y que después arrojaran su cadáver al Tiber. Los verdugos cumplieron literalmente las órdenes del prefecto. Un clérigo, llamado Justo, sacó del río el cuerpo de Nicodemo y lo enterró reverentemente.

Capítulo LXXIX

SAN PEDRO, EXORCISTA

Prisionero en una cárcel y vigilado muy de cerca por un tal Arquemio, estaba Pedro el Exorcista, cuando he aquí que el demonio se apoderó de una hija del mencionado carcelero y la sometió a tales tormentos que su padre apenas hacía otra cosa que lamentarse y comentar con el preso lo mucho que su hija sufría. En cierta ocasión Pedro dijo a Arquemio:

—Si creyeras en Cristo tu hija quedaría inmediatamente libre del mal espíritu que la posee.

—Me extraña mucho —replicó Arquemio— que sea verdad lo que dices. ¿Cómo va a poder librar a mi hija de sus padecimientos ese Cristo que no puede librarte a ti de la cárcel y de las penas que por él padeces?

—¡Claro que mi Dios puede librarme de la prisión en que me veo! —repuso Pedro—. Has de saber que, si no lo hace, es porque prefiere que los cristianos, a través de estas tribulaciones transitorias, lleguemos a la felicidad eterna.

Entonces Arquemio propuso al prisionero:

—Vamos a hacer una cosa: te ligaré con doble número de cadenas; si tu Dios te desata y cura a mi hija, inmediatamente creeré en tu Cristo. ¿Te parece bien mi proposición?

—Sí —respondió Pedro.

Hízose, pues, lo que Arquemio propuso y, al poco rato, el que había sido amarrado con doble número de cadenas quedó libre de sus ligaduras, se revistió con ornamentos blancos, tomó una cruz en la mano y se presentó en casa de Arquemio, quien al verle liberado se postró a sus pies, y en aquel preciso momento la endemoniada sanó repentinamente. En vista de esto, el carcelero, su hija y toda su familia se convirtieron y recibieron el bautismo. Más aún: Arquemio se trasladó a la cárcel y sacó de ella a todos los prisioneros que le prometieron que se harían cristianos en cuanto salieran de la prisión. Los excarcelados en aquellla ocasión fueron muchos y todos ellos cumplieron su palabra y recibieron el bautismo, administrado por san Marcelino.

Cuando el prefecto se enteró de lo ocurrido mandó que llevaran a su presencia a cuantos continuaban en la prisión. Arquemio, antes de llevar a los presos ante el prefecto, habló con ellos, les besó las manos uno a uno y les dijo:

—Los que se sientan con ánimo y fortaleza para afrontar el martirio, vayan a esta entrevista sin miedo; quienes no estén en estas condiciones huyan ahora mismo de la cárcel, que para que puedan hacerlo en este momento voy a abrir las puertas.

Cuando llegó a oídos del prefecto que Pedro y Marcelino andaban por la ciudad bautizando a los convertidos, detuvo a los dos clérigos, y los puso por separado en sendos calabozos y los sometió a crueles tormentos. Marcelino fue acostado desnudo, sobre el suelo previamente cuajado de trozos de vidrio, y obligado a permanecer tendido en tan horrendo lecho, completamente a obscuras y con prohibición de que le suministraran ni una gota de agua. A Pedro lo encerraron en una profundísima y muy angosta mazmorra. Pero un ángel del Señor los libró a ambos de sus prisiones, les mandó que se alojasen en casa de Arquemio y que permaneciesen siete días en ella atendiendo y confortando en la fe a cuantos allí acudiesen, y que al cabo de esos siete días se presentasen espontáneamente ante el juez. Después de esta liberación, el prefecto acudió a la cárcel con la idea de entrevistarse con Marcelino y con Pedro, y, al no hallarlos allí, pidió cuentas a Arquemio, y trató de obligar a él y a su familia a que ofreciesen sacrificios ante los dioses; al no conseguirlo, ordenó que el carcelero, su mujer y su hija fuesen encerrados en un sótano. Pedro y Marcelino, enterados de la medida que el prefecto había tomado, acudieron al sótano y, protegidos por los cristianos, en él permanecieron siete días, durante los cuales Marcelino celebró diariamente la misa. Al terminar aquella semana, ambos santos dijeron a los creyentes:

—Hermanos, no os quepa duda de que si quisiéramos podríamos sacar de aquí a Arquemio y

huir todos nosotros y escondernos; pero no vamos a hacer nada de eso.

Poco después los pagamos, indignados, mataron a Arquemio con una espada, dieron muerte a pedradas a su esposa y a su hija, y llevaron a Marcelino y a Pedro a un lugar llamado Selva Negra y allí los degollaron. A patir del martirio de estos dos santos, la selva en que murieron comenzó a llamarse Blanca, en vez de Negra.

Cuanto acabamos de referir sucedió en tiempos de Diocleciano, que inició su reinado hacia el año 287 de nuestra era.

Uno de los verdugos, de nombre Doroteo, vio cómo las almas de Marcelino y de Pedro, vestidas con túnicas muy luminosas cuajadas de preciosas joyas, eran llevadas por los ángeles al cielo. Esta visión movió a Doroteo a convertirse al cristianismo, y cristiano murió, años más tarde, en la paz del Señor.

Capítulo LXXX

SAN PRIMO Y SAN FELICIANO

Primo significa soberano, grande. Feliciano, nombre derivado de *felix* (feliz) y de *anus* (anciano), quiere decir, dichoso anciano, o anciano feliz.

El primero de estos santos fue soberano y grande por su prestancia, por su poder, por su santidad y por su bienaventuranza. Su prestancia quedó patente mediante la dignidad con que soportó las pruebas a que fue sometido en su martirio; su poder lo demostró a través de los muchos milagros que hizo; su santidad la acreditó con la perfección de su vida; de su bienaventuranza no cabe duda, puesto que alcanzó la gloria eterna.

A san Feliciano le conviene con toda propiedad la calificación de anciano feliz, por los siguientes conceptos: por su edad avanzada, por la venerable dignidad con que vivió, por la madurez de su juicio, y por la gravedad de sus costumbres.

En cierta ocasión los sacerdotes de los ídolos manifestaron a los emperadores Diocleciano y Maximiano que, mientras Primo y Feliciano siguieran negándose a unirse a ellos en las ofrendas de los sacrificios, no lograrían conseguir nada de sus propios dioses por mucho que los invocaran. Debido a esta acusación y queja, los emperadores metieron en la cárcel a los dos acusados. Poco después un ángel del Señor libró a ambos encarcelados de sus prisiones, y los dos Santos, espontáneamente, se presentaron ante Diocleciano y Maximiano y en su presencia se reafirmaron en su fe en Cristo, por lo cual nuevamente fueron detenidos, colocados cada uno de ellos en diferente calabozo, y cruelmente torturados.

El prefecto visitó a Feliciano en su prisión, lo invitó a reflexionar, y le dijo que, atendiendo a su edad avanzada, mirara por sí y evitara los suplicios a que estaba siendo sometido, asegurándole que se libraría de ellos con sólo sacrificar ante los ídolos. Mas Feliciano le constestó:

—Tengo ochenta años. Hace treinta que conocí la verdad y libremente me consagré a Dios. El, si quiere, puede sacarme de entre tus manos.

Indignado por esta respuesta, el prefecto mandó que ataran a Feliciano a un poste y que le clavaran a la madera del mismo por los pies y por las manos; y, cuando esta orden fue ejecutada, dirigiéndose al venerable anciano, le dijo:

—No te quitaremos los clavos, ni te suministraremos comida ni bebida hasta que no te decidas a adorar a nuestros dioses.

Feliciano soportó el tormento con serenidad y con visibles muestras de alegría.

Desde allí el prefecto se fue a visitar a Primo y le dio esta noticia falsa:

—Tu hermano Feliciano optó por acceder a los deseos de los emperadores, vive contento y feliz y reside en un gran palacio rodeado de consideraciones. No seas insensato, haz lo que él hizo y gozarás de las mismas ventajas.

Primo le contestó:

—Aunque eres hijo del diablo, acabas de decir una gran verdad, porque en efecto, mi hermano ha accedido a los deseos del Emperador del cielo.

Entonces el prefecto, presa de gran indignación, condujo a Primo a donde estaba Feliciano para que pudieran verse, y seguidamente mandó que aplicaran a los costados de Primo teas encendidas y que derramaran chorros de plomo derretido sobre su boca. Primo bebió el plomo ardiente cual si se tratase de agua fresca. Con esto creció el furor del prefecto, quien ordenó que desenjaulasen dos leones y los dejaran sueltos ante los dos hermanos; mas las fieras se echaron en el suelo, ante los pies de Primo y de Feliciano, y allí se quedaron tan mansamente quietas cual si en vez de leones fuesen dos corderos. Después de esto soltaron dos osas muy crueles y éstas hicieron lo mismo que los leones: se recostaron en el suelo y se quedaron quietecitas a la vera de los santos. Este espectáculo fue contemplado por más de doce mil hombres, de los cuales quinientos se convirtieron al cristianismo.

Finalmente, el prefecto dispuso que ambos hermanos fuesen decapitados y que sus cuerpos quedasen allí mismo, sin sepultar, para que los perros y las aves de rapiña los devorasen. Los perros y las aves de rapiña, empero, respetaron los cadáveres. Posteriormente los cristianos los recogieron y los enterraron piadosamente.

San Primo y san Feliciano padecieron su martirio hacia el año 287 de nuestra era.

Capítulo LXXXI

SAN BERNABÉ APÓSTOL

Bernabé quiere decir una de estas cuatro cosas: hijo del que viene, hijo consolador, hijo profético e hijo congregador. La idea de filiación que este nombre implica encaja perfectamente en lo que este santo realmente fue, porque en él se dieron no solamente estos cuatro modos de ser *hijo* con sus respectivas connotaciones, sino también otros cuatro, distintos de los mencionados. La Escritura emplea el concepto de filiación en cuatro sentidos diferentes; en efecto, en ella se habla de filiación por generación, por educación, por imitación y por adopción. Pues bien, Bernabé fue hijo de Cristo de estas cuatro maneras: por generación, en cuanto que fue regenerado por el bautismo; por educación, en cuanto que fue plasmado y modelado por la doctrina del Evangelio; por imitación, en cuanto que imitó al Maestro en el martirio, y por adopción, en cuanto que el Señor lo adoptó como hijo suyo al conferirle la vida eterna. Estos cuatro tipos de filiación se dieron evidentemente en san Bernabé. Pero si consideramos a este santo, no en sí mismo, es decir, en cuanto a su ser personal, sino en cuanto a sus relaciones con el prójimo, o sea, en cuento apóstol, advertiremos que le convienen con toda propiedad aquellas otras cuatro maneras de filiación que mencionábamos al principio; porque fue hijo del que viene, o lo que es igual, *hijo que viene;* fue hijo consolador, e hijo profético e hijo congregador: Hijo del que viene, o *hijo que viene,* porque recorrió muchas tierras y predicó en todas ellas; *hijo consolador,* porque consoló a los pobres con el socorro de sus limosnas y a los tristes mediante las cartas consolatorias que a los afligidos escribió; *hijo profético,* porque estuvo cualificadamente adornado del don de profecía; e *hijo congregador,* porque cuando lo enviaron a Antioquía reunió y hermanó en la fe a multitud de personas. Acerca de san Bernabé dice el autor del libro de los *Hechos* en el capítulo 11: *«Era hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe, y se allegó al Señor numerosa muchedumbre».* En este texto ha quedado constancia de que las cuatro connotaciones implicadas en el concepto de filiación contenido en el significado de la palabra Bernabé se dieron en nuestro santo. Efectivamente, la de *hijo que viene* está reflejada en la expresión *«era hombre»,* porque al decir *«era hombre* se nos quiere dar a entender que era *todo un hombre,* o sea, fuerte y varonil; la de *consolador* va implícita en el calificativo de *bueno* que a Bernabé se da; la de *profético* se declara mediante las palabras *«lleno del Espíritu Santo»;* y la de *congregador* mediante estas otras: *«y de fe»,* que equivalen a proclamar que era fiel.

Un primo suyo, llamado indistintamente Juan y Marcos, porque tenía estos dos nombres, escribió la historia de su vida, principalmente lo concerniente a lo que le sucedió desde que el tal Juan o Marcos se incorporó al ministerio de nuestro apóstol hasta casi el final de su existencia. Siglos después, parece que fue Beda quien tradujo del griego al latín lo escrito por Juan.

El levita Bernabé, oriundo de Chipre, fue uno de los setenta y dos discípulos del Señor. El libro

histórico de los *Hechos* habla frecuentemente de él, siempre en términos elogiosos; y con razón, puesto que fue un alumno muy aventajado y muy bien ordenado en todo lo referente a sí mismo, al honor del Dios y al servicio del prójimo, como seguidamente vamos a ver.

I. Fue discípulo muy aventajado y ordenado en lo concerniente a sí mismo.

Efectivamente, siempre se condujo con perfecto equilibrio; en todo momento mantuvo convenientemente encauzados sus tres apetitos: el racional, el concupiscible y el irascible.

a) El racional: Su apetito racional o voluntad actuó constantemente guiado por la luz del conocimiento. Así se deduce del capítulo 13 del libro de los *Hechos,* en el que se dice: *«Había en la Iglesia de Antioquía profetas y doctores: Bernabé, Simón, etc.».*

b) El concupiscible: Conservó su apetito concupiscible limpió del polvo de las aficiones mundanas, como se colige de este pasaje del capítulo cuarto del libro de los *Hechos: «José, el llamado por los Apóstoles Bernabé, que significa hijo de la consolación y que era chipriota y levita, poseía un campo, lo vendió, tomó el precio y lo depositó a los pies de los Apóstoles».* «Con este modo de proceder», comenta la Glosa, «nos enseñó dos cosas: que también nosotros debemos despojarnos de eso que él no quiso ni siquiera tocar, y que debemos despreciar el dinero como él lo despreció al ponerlo junto a los pies de los apóstoles».

c) El irascible: Su apetito irascible permaneció habitualmente influido por la gran honestidad de su alma; merced a esa influencia le fue posible emprender valientemente tareas muy difíciles, perseverar en la realización de obras cuya ejecución exigía enorme esfuerzo y soportar sin desfallecimiento multitud de adversidades; todo esto consta por el libro de los *Hechos.* Que emprendió valientemente tareas muy difíciles se demuestra con estos dos ejemplos: el de que aceptara encargarse de la evangelización de la importantísima ciudad de Antioquía y de su zona adyacente, y el de que, como cuenta el citado libro en su capítulo nuevo, cuando Pablo después de su conversión se presentó en Jerusalén para incorporarse a los cristianos, en vez de huir de él, que eso fue lo que todos hicieron, escapar como escapan los corderos ante el lobo, se le acercó valientemente, se convirtió en su fiador y lo llevó hasta los apóstoles. Que perseveró en la realización de obras cuya ejecución exigía notable esfuerzo, como la ascesis y los ayunos con que afligió y mortificó su cuerpo, se prueba por el capítulo 13 del mencionado libro, en el que refiriéndose a él y a otros se dice expresamente que simultaneaban los trabajos del ministerio y el culto al Señor, con ayunos y penitencias. Que soportó sin desfallecimiento multitud de adversidades, se colige de este pasaje del capítulo 15 del libro de los *Hechos: «Hemos creído conveniente enviaros algunos varones escogidos en compañía de nuestros amadísimos hermanos Bernabé y Pablo que han expuesto su vida por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo».*

II. Fue discípulo muy aventajado y ordenado en todo lo referente al honor de Dios.

En efecto, siempre se mostró dispuesto a llevar adelante cuanto atañía al divino servicio, y sumiso ante la autoridad, mejestad y bondad del Señor.

Su sumisión a la divina autoridad quedó puesta claramente de manifiesto cuando inició el ministerio de la predicación. No fue él quien pretendió asumir este oficio, ni lo usurpó, sino que le fue encomendado por superior designio. He aquí lo que en relación con esto leemos en el capítulo 13 del Libro de los *Hechos: «Dijo el Espíritu Santo: Separad del resto del grupo a Bernabé y a Pablo, porque los tengo yo reservados para encomendarles una misión especial».*

En el capítulo 14 del mismo libro se refiere un episodio que prueba el profundo respeto que Bernabé sentía hacia la majestad de Dios. Estando él en Listra, algunos le atribuyeron naturaleza divina y hasta pretendieron ofrecerle sacrificios en su honor, cual si fuese un dios con apariencia de persona humana. En aquella ocasión reconocieron en él una categoría superior a la de Pablo, pues mientras a éste, por su prudencia y elocuencia lo tomaron por Mercurio, a él lo identificaron con Júpiter. Entonces, viendo que los habitantes de Listra se empeñaban en rendirle adoración, Bernabé y Pablo *«rasgaron sus vestiduras e irrumpieron entre la muchedumbre gritando: Pero, ¿qué es lo que vais a hacer? Nosotros no somos dioses, sino hombres como vosotros. Hemos venido aquí a predicaros para sacaros de las vanidades en que vivís y convertiros a la religión del Dios vivo, etc.».*

En el capítulo 15 del libro de los *Hechos* hay un testimonio sumamente elocuente del gran aprecio que sentía hacia la bondad divina. Algunos convertidos procedentes del judaísmo tenían en muy poca estima la gracia derivada de la misericordia del Señor; más aún: trataban de minusvalorar y

hasta de negar la gratuidad del don de la salvación; aseguraban incluso que esa gracia divina no servía para nada si no iba acompañada del rito de la circuncisión prescrito por la ley. Pablo y Bernabé se enfrentaron valientemente con semejante doctrina y se esforzaron al máximo en convencer, a quienes la sostenían, de que la salvación procedía no de la ley, sino exclusivamente de la eficacia de la gracia de Dios. Movidos por su deseo de que esta verdad quedara muy clara, llevaron la cuestión a los apóstoles y les rogaron que escribieran algunas cartas para refutar el error que aquellos judíos convertidos padecían.

III. Fue un discípulo muy aventajado y ordenado en todo lo referente al servicio del prójimo.

A servir a los demás se consagró; su vida fue un acto de entrega permanente, dedicándose en todo momento a apacentar, con su palabra, con sus obras benéficas y con su ejemplo, el rebaño que le había sido confiado.

a) Con su palabra: Predicando asiduamente la doctrina del Evangelio. En el capítulo 15 del libro de los *Hechos* leemos: *«Pablo, Bernabé y algunos otros, permanecieron mucho tiempo en Antioquía, transmitiendo a sus habitantes las enseñanzas del Señor».* Que su palabra y su predicación reportaron al prójimo incalculable utilidad se prueba por las innumerables personas que en Antioquía se convirtieron. Precisamente fue en esta ciudad donde a los discípulos de Cristo comenzó a dárseles el nombre de cristianos.

b) Con sus ejemplos: Ejemplo de religiosidad y espejo de santidad fue su vida toda. A través de sus actos demostró ser hombre valiente, piadoso e intrépido. Con su proceder apareció ante los demás como modelo relevante de buenas costumbres, lleno de la gracia del Espíritu Santo y sujeto eminente de fe y de todo género de virtudes. He aquí lo que a propósito de estas cualidades se dice en el capítulo 11 del libro de los *Hechos: «Enviaron a Antioquía a Bernabé, el cual, así que llegó, y vio la gracia de Dios, se alegraba y exhortaba a todos a perseverar en la fidelidad al Señor, porque era hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe».*

c) Con sus obras benéficas: Dos tipos de obras benéficas realizó este apóstol, a tenor de las dos modalidades que puede revestir la práctica de la limosna, a saber: la material, que consiste en suministrar cosas necesarias a quien carece de ellas, y la espiritual, que se efectúa perdonando las injurias.

San Bernabé hizo muchas obras de misericordia de índole corporal o temporal repartiendo socorros entre los hermanos de Jerusalén, como lo atestigua el libro de los *Hechos* en su capítulo 11: *«Cuando en tiempos del emperador Claudio se presentó aquella terrible hambre que había profetizado Agabo, los discípulos decidieron enviar ayudas a los hermanos que habitaban en Judea. Cada cual aportó para este fin lo que pudo, y luego Bernabé y Pablo llevaron lo colectado a los ancianos».*

El perdón que otorgó a Juan, llamado también Marcos, constituye un representativo ejemplo de cómo practicaba la beneficiencia espiritual. Este discípulo se separó de Bernabé, y de Pablo; después, arrepentido, regresó a ellos. Pablo se negó a readmitirlo; Bernabé, en cambio, lo acogió benignamente, perdonó la ofensa que les había inferido al abandonarlos y lo recibió de nuevo en su compañía. Precisamente por esto fue por lo que Pablo se separó de Bernabé, porque no le gustó que éste hubiera aceptado la reincorporación de Juan.

Aunque Pablo y Bernabé en este asunto procedieron de manera distinta, es menester advertir que ambos obraron correctamente, porque uno y otro se movieron por razones piadosas y bienintencionadas: Bernabé recibió de nuevo a Juan o Marcos, impulsado por la dulzura de la misericordia; Pablo, empero, se negó a readmitirle, movido por la rectitud de su temperamento. A propósito de esto leemos en la Glosa: «Pablo tuvo poderosas razones para negarse a readmitir a Juan: éste había dado pruebas de ser poco valiente para afrontar situaciones que entrañaran dificultad; de ahí que Pablo temiera que aquella falta de intrepidez se contagiara a otros discípulos».

La separación de Pablo y Bernabé no obedeció a que ellos fuesen entre sí incompatibles o poco virtuosos, sino a una inspiración interior del Espíritu Santo que les hizo ver que trabajando separadamente y cada uno en sitio distinto, podrían beneficiarse de su predicación mayor número de personas; y así, efectivamente, ocurrió.

Posteriormente, estando Bernabé predicando en Iconio con su primo Juan Marcos, apareciósele a éste un misterioso sujeto envuelto en resplandores de luz y le dijo: *«Juan, sé valiente; de aquí en adelante no te llamarás ya Juan, sino que te llamarás excelso».* Contó Juan a Bernabé la visión que había tenído y lo que el aparecido le había dicho, y Bernabé le advirtió: *«Pon sumo cuidado en no manifestar a nadie lo que viste y lo que en la visión se te dijo. También yo tengo que comunicarte algo: esta noche pasada, el Señor*

se me ha aparecido a mí en forma muy semejante a la que dices que ofrecía el que a ti se apareció, y me dijo: Bernabé, permanece firme en la tarea que has emprendido; yo te aseguro que por haber dejado tu patria y familia y por haberte consagrado a mi servicio, tendrás una recompensa eterna».

Repito que la separación entre Bernabé y Pablo se produjo por inspiración del Espíritu Santo. Las cosas ocurrieron así: Ya hacía mucho tiempo que permanecían juntos, predicando en Antioquía, cuando un día un ángel del Señor se apareció a Pablo y le ordenó: *«Marcha inmediatamente a Jerusalén, porque allí te está esperando ansiosamente un hermano que te necesita».* Entonces Pablo dispuso las cosas para marcharse lo más pronto posible a Jerusalén. Bernabé, por su parte, decidió hacer un viaje a Chipre para visitar a sus familiares. De este modo el divino Espíritu intervino en su separación. Cuando Pablo comunicó a Bernabé la visión que había tenido y el encargo que se le había hecho, por medio del ángel, Bernabé le respondió: *«Hágase la voluntad del Señor. Seguramente no nos veremos más, porque yo voy a emprender ahora mismo un viaje a Chipre y allí terminaré mi vida».* Dicho esto, llorando, se arrojó a los pies de Pablo. Este le consoló y le dijo: *«No llores; todo esto ha sido dispuesto por el Señor. Lo sé porque esta pasada noche El mismo se me ha aparecido, me ha hablado y me ha dicho: No te opongas a que Bernabé regrese a Chipre; allí convertirá a muchas personas y coronará su vida con el martirio».*

Bernabé, pues, marchó a Chipre llevándose consigo a Juan y un ejemplar del evangelio de san Mateo mediante el cual obró muchos milagros, porque, al poner en nombre de Dios el libro sobre los enfermos, conseguía que muchos de ellos sanasen.

Años antes, cuando él y Pablo salieron de Chipre, encontráronse en el camino con un mago llamado Elymas. Este hechicero trató de impedirles su entrada en Pafos, y, debido a esta obstrucción, Pablo le privó de la vista y lo mantuvo ciego durante algún tiempo. Pues bien, durante el viaje de regreso de Bernabé a Chipre, al pasar por cierto sitio se encontró con una multitud de hombres y de mujeres sin ropa alguna sobre sus cuerpos, que corrían y celebraban a su manera una fiesta pagana. El apóstol, indignado ante aquel espectáculo, maldijo el templo de los dioses y al instante el edificio se derrumbó, gran parte del mismo cayó sobre los infieles y aplastó a muchos de ellos. Al llegar a Salamina tuvo la desagradable sorpresa de encontrar en la ciudad al referido mago. Este promovió contra Bernabé una enorme sedición, hasta el punto de que los judíos se apoderaron de él, lo colmaron de injurias y decidieron entregarlo al juez para que lo castigara. En esto se corrió la voz de que había llegado a Salamina un tal Eusebio, personaje muy importante y poderoso, por ser pariente de Nerón, y temiendo que el recién venido pudiera interceder en favor de Bernabé, ordenando que fuese puesto en libertad, se dieron prisa para matarlo cuanto antes; así pues, le ataron una soga al cuello y llevándolo a rastras lo sacaron de la ciudad, lo llevaron a un determinado lugar fuera de las murallas y allí lo quemaron vivo. No conformes con esto, los impíos judíos recogieron sus huesos, los metieron en una vasija de plomo y los escondieron con intención de arrojarlos al mar al día siguiente. Pero, aquella misma noche, Juan, su discípulo y algunos otros cristianos, consiguieron apoderarse de los venerables restos del apóstol y enterrarlos secretamente en un sótano, en donde, como asegura Sigiberto, permanecieron ocultos hasta el año 500 de nuestra era. Ese año, siendo emperador Zenón y pontífice de la Iglesia el papa Gelasio, el propio san Bernabé reveló a alguien el lugar en que estaban escondidas sus reliquias. De ese modo fueron halladas.

San Doroteo dice que Bernabé fue obispo de Milán y el primero que predicó la fe de Cristo en Roma.

Capítulo LXXXII

SAN VITO Y SAN MODESTO

El nombre de Vito deriva de la palabra vida, que en latín se dice *vita.* San Agustín, en *La Ciudad de Dios,* habla de tres clases de vida: la activa, dedicada a trabajos y activi-

dades; la contemplativa, consistente en emplear la mayor parte del tiempo en la contemplación espiritual; la mixta, llamada así por ser una combinación de las otras dos. Estas tres clases de vida se dieron en San Vito.

Si el nombre de este santo procediera no de *vita*, sino de *virtus* (virtud), Vito significaría virtuoso.

Modesto quiere decir situado en el medio, como la virtud. La virtud se halla siempre en el medio, distante por igual de los dos vicios que ocupan los extremos. Veámoslo a través de las virtudes cardinales: la prudencia ocupa el punto medio exacto de una línea en uno de cuyos extremos se encuentra la falacia y en el otro la fatuidad; los extremos de la templanza son: por una parte, el atiborramiento de la carne y, por otra, la exagerada extenuación de la misma; en los extremos de la fortaleza se hallan la pusilaminidad y la temeridad; y en los de la justicia, la crueldad y la impunidad.

Vito fue un niño de cualidades extraordinarias y sumamente fiel. A los doce años de edad murió mártir en Sicilia. Su propio padre a cada instante lo azotaba por el desprecio que manifestaba hacia los ídolos y por negarse a ofrecer sacrificios en su honor. Enterado el prefecto Valeriano de que el pequeño rechazaba el culto tributado a los dioses, lo llamó y trató de obligarle a que tomara parte en los mismos, pero Vito se mantuvo firme en su negativa. Entonces Valeriano ordenó a los verdugos que lo azotaran con unas varas, cosa que no pudieron hacer porque, al intentar azotarlo, repentinamente se secaron los brazos de los verdugos y las manos del prefecto.

—¡Ay de mí!, ¡Ay de mí!, exclamó Valeriano. ¡Ay de mí, que he perdido mis dos manos!

Vito, al oír estas exclamaciones, replicó:

—No te lamentes tanto: di a tus dioses que vengan a curarte.

Valeriano le dijo entonces en son de súplica:

—¿No podrás sanarme tú?

—Claro que puedo hacerlo con la ayuda de Dios —le contestó Vito.

Seguidamente Vito oró y obtuvo del Señor la curación de las manos de Valeriano.

El prefecto, una vez que se vio curado, dijo al padre del niño:

—Corrige a este muchacho si no quieres que acabe mal.

El padre llevó a su hijo a casa y trató de cambiarle sus ideas a base de músicas, fiestas, bailes, entretenimientos y diversiones con muchachas, llegando incluso en una de estas ocasiones a encerrarle con algunas de ellas en un dormitorio de la vivienda. Al poco rato de haber hecho esto, tanto el padre como los demás miembros de la familia comenzaron a sentir un olor exquisito, un suavísimo aroma que parecía provenir de la habitación en que había encerrado a su hijo, y, queriendo saber a qué se debía aquel extraño fenómeno, abrió la puerta de la estancia y vio que el niño estaba rodeado de siete ángeles. El padre, sorprendido, exclamó:

—¡Han venido los dioses a mi casa!

Pero nada más decir esto se quedó repentinamente ciego.

La noticia de este hecho y de la ceguera del padre de Vito se extendió rápidamente por toda la ciudad de Lucana; los habitantes se conmovieron; Valeriano, preocupado, acudió prestamente a la casa en que había tenido lugar el suceso para enterarse directamente de lo ocurrido. El padre de Vito dijo al prefecto:

—Al abrir la puerta de la habitación vi unos dioses que eran como de fuego, y tan luminosos que al querer fijarme en sus rostros quedé ofuscado y repentinamente perdí la vista.

Tras de su conversación con Valeriano, el ciego hízose conducir al templo de Júpiter y allí prometió al ídolo que si le curaba la ceguera le regalaría un toro de metal con los cuernos de oro. Pero, como a pesar de esta promesa su ceguera continuaba, rogó a su hijo que hiciera cuanto estuviera en su mano para que pudiera ver de nuevo. El hijo oró y su padre, al instante, recobró la vista. Mas no por eso el obstinado padre cambió su actitud frente a Vito, sino que decidió deshacerse de él procurándole la muerte. Entonces un ángel del Señor se apareció a Modesto, preceptor de Vito, y le encargó que sin pérdida de tiempo se embarcara en un navío y huyera con el niño a otras tierras. Modesto inmediatamente cumplió lo que el ángel le había ordenado.

Durante la travesía les ocurrieron varias cosas maravillosas, entre otras ésta: un águila les traía cada día a la nave el alimento que necesitaban.

Por aquel tiempo quedó poseído por el demonio un hijo del emperador Diocleciano. El poseso insistía en que sólo Vito, el de Lucana, podía liberarle del mal que le aquejaba. A causa de esto Vito fue buscado diligentemente por todas partes, hallado, y llevado inmediatamente al palacio del emperador, quien ansiosamente le preguntó:

—¿Puedes curar a mi hijo?

—Yo no, pero el Señor sí —respondió Vito.

Seguidamente Vito puso sus manos sobre la ca-

beza del poseso, y en aquel mismo instante el diablo abandonó su presa y salió huyendo.

Después, Diocleciano dijo a Vito:

—Muchacho, piénsalo bien: *sé razonable*; ofrece sacrificios a los dioses y evita que tengamos que condenarte a muerte.

Como Vito respondiera que jamás accedería a adorar a los ídolos, fue conducido a un calabozo en compañía de Modesto, y, en cuanto entraron en la prisión, cayó al suelo una enorme plancha de hierro que pendía del techo, y toda la cárcel quedó iluminada por una claridad deslumbradora. Enterado de esto el emperador, mandó que sacaran a Vito del cabalozo y que lo arrojaran a un horno; pero Vito, al cabo de un rato, salió de entre las llamas completamente ileso. Después lanzaron sobre él un león feroz y hambriento, sin resultado alguno, porque el niño, con su fe, aplacó la ferocidad de la fiera. En vista del fracaso de todos los anteriores intentos para darle muerte, el emperador condenó al tormento del potro a Vito, a Modesto y a Crescencia, nodriza de Vito, que había acompañado a su hijo de leche a lo largo de todas las vicisitudes referidas; pero, cuando los tendieron sobre sus potros, se desencadenó una terrible tormenta con espantosos truenos, se produjo un terremoto, se desmoronaron los templos de los ídolos, y murieron aplastados bajo los escombros muchos paganos. A la vista de esta catástrofe, el emperador, asustado, vagaba de un lado a otro golpeándose el rostro con sus propios puños y diciendo:

—¡Desgraciado de mí! ¡He sido vencido por un niño!

Un ángel del Señor desató a los tres mártires y los transportó milagrosamente a la orilla de un río, en donde momentos después, mientras oraban, entregaron sus almas a Dios. Las águilas hicieron guardia ante sus cuerpos hasta que una mujer llamada Florencia se hizo cargo de ellos y los sepultó piadosamente.

Estos tres santos padecieron su martirio en tiempos de Diocleciano, que comenzó a reinar hacia el año 287 de nuestra era.

Capítulo LXXXIII

SAN QUIRCE Y SU MADRE SANTA JULITA

Quiricus, forma latina de Quirce, puede provenir etimológicamente de algunas de estas palabras: a) de *quaerens arcum,* que significa tendencia a la curvatura, o figura arqueada; b) de *chisil* (fortaleza) y de *cus* (negro); en este supuesto Quirce significaría fuerte y negro: fuerte por la virtud, y negro por las humillaciones que padeció; c) de *quiris* (lanza); d) de *quiriles* (asiento). Da igual, porque todos estos posibles orígenes tienen sentido respecto de este santo, que fue como una *línea curva,* arqueada por los tormentos a que se vio sometido; *negro* por el menosprecio de sí mismo; *lanza* con la que atacó y venció al enemigo; y *asiento* de Dios que habitó en su alma y suplicó con su gracia lo que la naturaleza de este niño, a causa de su corta edad, no podía obrar en ella.

Julita deriva de *juvans vita* y significa vida útil. La santa que llevó este nombre vivió muy religiosamente; el ejemplo de su vida resultó sumamente provechoso para muchas personas.

Quirce fue hijo de Julita. Esta ilustrísima matrona, huyendo de la persecución desencadenada contra los cristianos, abandonó la ciudad de Iconio llevándose consigo a Quirce, niño entonces de tres años, y se refugió en Tarso de Cilicia; pero nada más llegar a esta ciudad se presentó espontáneamente con su hijo en brazos ante el prefecto Alejandro. Durante el viaje habíanla acompañado dos criadas; mas éstas, al ver que su señora trataba de comparecer ante el prefecto, huyeron y la abandonaron.

El prefecto, tras de tratar inútilmente de persuadir a Julita de que ofreciese sacrificios en honor de los dioses, le quitó el niño, lo sostuvo agarrado de la mano y mandó a los verdugos que azotaran a la madre con vergajos hechos con nervios de toro. El pequeño, viendo cómo azotaban a su madre, prorrumpió en gritos, lamentos y amargo llanto. El prefecto, sentándolo sobre sus rodillas, trató de acallarlo con besos, caricias y palabras amables; Quirce, intentando desasirse, rechazando los mimos, ocultando su cara y arañando con sus manos

al prefecto, gritaba cada vez más, y revolviéndose indignado contra éste y mirando fijamente a su madre, con sus gestos parecía decir: «También yo soy cristiano». En uno de sus forcejeos por desprenderse de los brazos del prefecto, dióle a éste un mordisco en la espalda. Alejandro, al sentir el dolor que el mordisco le produjo, en un arranque de ira arrojó al pequeño contra la escalinata del estrado, con tal fuerza que le rompió la cabeza, cuyos sesos saltaron del cráneo y quedaron esparcidos por el suelo y sobre la mesa del tribunal. Julita contempló la escena y con visibles muestras de alegría dio gracias a Dios porque consideraba un beneficio divino que el Señor se hubiese llevado el alma de su hijo al reino de los cielos antes que la suya.

Acto seguido el prefecto Alejandro mandó que desollaran viva a la madre y que una vez desollada la metieran en una caldera llena de pez hirviendo. Cuando todo esto estuvo hecho, ordenó a los verdugos que le cortaran la cabeza.

Hay otra versión de estos martirios. En ella se dice que, aunque Quirce por su corta edad no era todavía capaz de hablar, sin embargo, por una gracia especial del Espíritu Santo, habló y, mientras trataba de desasirse de los brazos del prefecto, con toda claridad dijo que despreciaba sus amenazas, que también él era cristiano, y que al preguntarle el sorprendido Alejandro quién le había enseñado las cosas que decía, le respondió:

—Prefecto, tu necedad me produce asombro. Ves que hablo, a pesar de mi corta edad, pues no tengo más que tres años; y lo único que se te ocurre es preguntarme quién me ha enseñado las cosas que digo. ¿No te das cuenta de que esta sabiduría que tanta sorpresa te produce es de origen divino?

La misma versión añade que, Alejandro, al oír la anterior respuesta, comenzó a dar cachetes a Quirce, y que éste, cada vez que recibía un golpe, gritaba: «¡Yo también soy cristiano!», y que cuanto más le pegaba el prefecto, con más fuerza repetía la misma cantilena: «¡Yo también soy cristiano!».

Para evitar que los creyentes enterrasen a la madre y al hijo, Alejandro mandó a los verdugos que cortasen los cuerpos de ambos mártires en trozos muy pequeñitos y que luego los esparciesen por diferentes lugares. Así se hizo, pero esta precaución no sirvió de nada, porque un ángel del Señor fue recogiendo uno a uno los diseminados trocitos y reuniéndolos, de modo que los restos de la madre y los del hijo, poco después de su martirio, durante la noche, pudieron ser enterrados por los fieles en un lugar oculto.

Cuando la Iglesia, en tiempos del emperador Constantino, recuperó la paz, vivía aún una de las criadas de Julita. A esta mujer le fue revelado el sitio en que se encontraban enterrados los cuerpos de su antigua señora y del niño Quirce. A partir de este hallazgo tan venerables reliquias comenzaron a recibir grandes muestras de veneración por parte de la gente.

Estos dos santos padecieron su martirio hacia el año 230, bajo el imperio de Alejandro.

Capítulo LXXXIV

SANTA MARINA, VIRGEN

Marina fue hija única. Cuando aún era jovencita su padre decidió ingresar en un monasterio y llevarla con él. A tal efecto la vistió de varón, para que varón pareciese y no hembra, y como varón e hijo único suyo presentó a la doncella ante el abad y ante los monjes, rogándoles que tuviesen a bien recibirlos a los dos en su comunidad. El abad y los monjes accedieron a su petición, y el padre y la hija ingresaron en el monasterio. Ella, con el nombre de fray Marino, hizo pronto grandes progresos en la virtud, llegando en poco tiempo a distinguirse entre los demás religiosos por su espíritu de observancia y de obediencia, y cuando ya contaba veintisiete años de edad, su padre, sintiéndose próximo a morir, le habló reservadamente, la animó a perseverar en el camino emprendido y le encargó mucho que jamás revelase a nadie que era mujer.

Por exigencias del oficio que en el monasterio desempeñaba, fray Marino, salía frecuentemente al campo a buscar leña con una carreta tirada por bueyes, y, en algunas de esas ocasiones, al llegar la noche, alojábase en casa de un señor, amigo de la comunidad. Tenía este hombre una hija moza, la cual, a causa del trato que mantenía con un soldado, vino a quedar embarazada. Cuando el padre se enteró de que su hija estaba preñada quiso saber el nombre del sujeto que la había puesto en semejante estado. Entonces la hija, en vez de decirle a su padre la verdad, hízole creer que había sido violada, contra su voluntad, por fray Marino. Pidió el padre cuentas a fray Marino, y éste, lejos de negar lo que la moza le atribuía, aceptó cargar con las responsabilidades que se le imputaban y pidió perdón por una falta que no había cometido. Puesto este asunto en conocimiento del abad y de los monjes, fray Marino fue expulsado de la comunidad. Tres años pasó el calumniado religioso en la calle, a la puerta del monasterio, sustentándose con un trozo de pan que a modo de limosna desde el interior del mismo diariamente le pasaban. Cuando el niño, cuya paternidad le habían atribuido, fue destetado, la madre y el abuelo lo llevaron al abad para que la comunidad cargara con los gastos y responsabilidades de la crianza. El abad, que no quería saber nada más de este asunto, mandó a los monjes que entregaran la criatura a fray Marino, que era a quien correspondía cuidar de ella. Fray Marino acogió al niño y a su lado lo tuvo durante dos años. El calumniado monje, con edificante paciencia, soportó la infamia e innumerables penalidades, dando en todo momento gracias a Dios por cuanto le ocurría. Viendo los religiosos las elocuentes pruebas de humildad y mansedumbre que aquel pobre hermano estaba dando, al cabo se compadecieron de él y decidieron levantarle el castigo y admitirle nuevamente en la comunidad, con la condición de que debería desempeñar en ella los oficios más bajos y viles. Entró, pues, fray Marino, de nuevo en el monasterio, reanudó su anterior vida religiosa y con alegría, devoción y paciencia, se entregó al desempeño de las tareas que le encomendaban. Unos años después, lleno de méritos y de buenas obras, falleció. Cuando los religiosos procedieron a lavar el cadáver para luego amortajarlo y enterrarlo en el lugar más abyecto de la abadía, quedaron estupefactos, y hasta aterrados al advertir que fray Marino no era varón, sino hembra. Entonces cayeron en la cuenta de cuán dura e injustamente se habían comportado con aquella santa sierva de Dios. La noticia corrió velozmente por el monasterio y sus alrededores y con la misma prontitud todos cuantos habían vilipendiado a quien tomaron por reo, comenzaron a pedir perdón por sus pecados de ignorancia y maledicencia.

La comunidad sepultó el cuerpo de la difunta Marina en un lugar noble del templo monacal.

Al descubrirse la calumnia, la mujer que la había levantado fue poseída por el demonio y empezó a proclamar por todas partes el delito en que había incurrido con sus infundios, y acudió al sepulcro de la santa doncella a pedirle perdón; y en cuanto hizo esto quedó libre de la posesión diabólica.

Santa Marina murió un 18 de julio. Desde que fue sepultada han sido y son muchas las personas que desde todas partes acuden a venerar sus reliquias, e innumerables los milagros que por intercesión de esta santa obra el Señor.

Capítulo LXXXV

SAN GERVASIO Y SAN PROTASIO

La palabra Gervasio, etimológicamente proviene o de *gerar* (sagrado) y de *vas* (vaso), o de *gena* (forastero) y de *syor* (pequeño). Con gran propiedad convino a este santo el nombre de Gervasio, puesto que fue en verdad *sagrado* por su meritoria vida; *vaso* de todas las virtudes; *forastero,* respecto a este mundo, porque vivió en él cual si a él no perteneciera; y *pequeño,* o sea, humilde, por el menosprecio que hacia sí mismo sintió.

Doble es también la posible raíz del nombre de Protasio, porque esta palabra deriva o de *prothos* (primero) y

syos (Dios, o divino), o de *procul* (lejos) y de *stasis* (posición). En consecuencia, el nombre de Protasio resultó sumamente adecuado para serle impuesto a este venerable varón, que fue *primero,* es decir, aventajado, por la dignidad de su conducta; *divino,* por la amorosa unión que mantuvo con Dios; y *situado lejos* del mundo en cuanto a los efectos de su corazón.

En el sepulcro de estos dos santos, y junto a sus cabezas, encontró san Ambrosio un libro en el que estaba escrita la historia del martirio a que uno y otro fueron sometidos.

Gervasio y Protasio, hermanos gemelos, fueron hijos de san Vidal y de santa Valeria. Llegados a su juventud, distribuyeron todos sus bienes entre los pobres y se unieron a san Nazario, que precisamente por entonces estaba construyendo un oratorio en Embrun, ayudado por un niño, llamado Celso, que le acercaba las piedras.

Este dato, de que cuando ellos se unieron a san Nazario estuviese ya allí Celso, acaso no sea exacto porque de la vida de san Nazario se infiere que Celso fue ofrecido a este santo bastante después de que se incorporaran a él Gervasio y Protasio.

Un día, Nazario, Gervasio y Protasio fueron apresados y conducidos a Roma para ser juzgados por el emperador Nerón. Tras ellos, y llorando, caminaba el niño Celso, al que uno de los soldados propinó algunos cachetes. Nazario afeó al soldado lo que acababa de hacer. Entonces los otros soldados que formaban el pelotón comenzaron a dar puntapiés a Nazario, lo tiraron al suelo y lo patearon y luego lo metieron en la cárcel encerrando juntamente con él a Gervasio y a Protasio. Posteriormente sacaron de la prisión a Nazario, lo arrojaron al mar, y continuaron su camino hacia Roma llevándose a Gervasio y a Protasio; mas al llegar a Milán fueron alcanzados por Nazario, que había sido salvado milagrosamente de perecer ahogado y que espontáneamente decidió unirse nuevamente al grupo.

El general Astasio, que marchaba a la guerra contra los bohemios, hallábase a la sazón, de paso, en Milán. Los sacerdotes de los ídolos presentáronse ante él y le dijeron que los dioses no le serían favorables en las batallas que iba a librar si antes de continuar su camino no conseguía obligar a Gervasio y a Protasio a que ofreciesen sacrificios en honor de los ídolos. Astasio hizo que le presentaran a los prisioneros; habló con ellos separadamente, primero con Gervasio y luego con Protasio, y trató de convencer, tanto a uno como a otro, de que deberían adorar a los dioses del Imperio. Gervasio, encarándose con el general, le dijo:

—Esos dioses son sordos y mudos. El único ser capaz de ayudarte a salir victorioso en la guerra que vas a emprender es el Dios todopoderoso.

Astasio, al oír esto, se enfureció y mandó a sus soldados que azotasen a Gervasio con látigos guarnecidos con trozos de plomo, hasta darle muerte. Luego hizo comparecer ante sí a Protasio y le recomendó:

—Procura vivir; no te empeñes en ser un desgraciado corriendo la suerte que ha corrido tu hermano al que acabamos de matar.

Protasio le respondió:

—¿Quién es más desgraciado, tú o yo? Eres más desgraciado tú, que estás demostrando que tienes miedo de mí, mientras que yo no tengo de ti miedo alguno.

—¡Miserable! —replicó Astasio indignado— ¿cómo se te ocurre pensar que yo pueda tenerte miedo?

Protasio repuso:

—¡Claro que me tienes miedo! Temes que te ocurra algo malo si yo no adoro a tus dioses. Si no tuvieras tal temor no tratarías de obligarme a adorarlos.

Entonces Astasio mandó que aplicaran a Protasio el tormento del potro. Protasio, al oír esta sentencia, dijo a Astasio:

—General, tienes cerrados los ojos del corazón. No sabes lo que haces. Por eso no me irrito contra ti; al contrario, te compadezco. ¡Anda! Termina de una vez la obra que has comenzado, para que la benignidad de mi Salvador me lleve cuanto antes a reunirme con mi hermano.

Inmediatamente después, por orden del general, los soldados cortaron la cabeza a Protasio.

Un siervo de Cristo llamado Felipe, ayudado por su hijo, consiguió hacerse con los cuerpos de ambos mártires y los sepultó secretamente en el interior de su propia casa, dentro de una especie de arca que él mismo fabricó con piedra; pero, antes de cerrar la susodicha arca, colocó entre la cabeza de ambos hermanos un librito en el que consignó algunos datos relativos a su nacimiento, vida y muerte.

Estos dos santos padecieron su martirio en tiempo de Nerón, que comenzó a reinar hacia el año 57 de nuestra era. Durante varios siglos nadie supo nada acerca del lugar en que habían sido en-

terrados, hasta que esta circunstancia le fue revelada a san Ambrosio de la siguiente manera:

Un día este santo prelado hallábase haciendo oración en la iglesia de los santos Nabor y Félix. De pronto se quedó adormilado. Adormilado, decimos, porque ni estaba plenamente dormido, ni enteramente despierto. Estando, pues, en esta situación de somnolencia vio a dos jóvenes hermosísimos, vestidos y calzados de la misma manera: ambos llevaban sobre sus cuerpos una túnica y un manto de color blanco; ambos calzaban cáligas abotinadas y los dos oraban con las manos extendidas. Cuando san Ambrosio despertó, o se despejó, mejor dicho, pidió al Señor que le sacara de dudas o le aclarase si había sido objeto de alguna ilusión de índole alucinativa, o si había tenido una visión verdadera, rogándole que, si aquello había sido un fenómeno de alucinación, no volviera a repetirse, pero que sí se repitiera si se había tratado de algo real. Aquella misma noche, hacia la hora en que los gallos suelen cantar, estando el santo nuevamente medio dormido, vio otra vez a los dos jóvenes tal como los viera la vez primera; y tres días después, hallándose haciendo su vigilia nocturna en la iglesia citada, pero no dormido ni adormilado, sino en estado de lucidez perfecta, vio nuevamente a los jóvenes, acompañados en esta ocasión de un tercer personaje que se parecía mucho a san Pablo, tal como éste estaba reproducido en una pintura que él había visto. Durante esta tercera visión, el apóstol, pues él efectivamente era, habló, y, señalando a los jóvenes, que permanecían callados, dijo a san Ambrosio: «Estos dos que aquí ves, siguiendo mis consejos, no tuvieron durante su vida apetencias terrenas . Sus cuerpos están sepultados en el mismo sitio en que tú te encuentras, y los hallarás a doce pies de profundidad, encerrados en una especie de arca en la que hay también un librito en el que se contiene la narración histórica de su nacimiento y de su muerte». Enseguida san Ambrosio convocó a los obispos circunvecinos y, en presencia de ellos, él, personalmente, comenzó a cavar; y, en efecto, encontró el arca, y dentro de ella todo cuanto san Pablo le había dicho. Los cuerpos de ambos santos, a pesar de que habían sido enterrados hacía ya más de trescientos años, estaban tan íntegros y tan bien conservados cual si los hubiesen sepultado en aquel mismo momento. De ellos emanaba suavísima y deliciosa fragancia. Un ciego que se acercó al féretro y lo tocó, quedó repentinamente curado de su ceguera. También recobraron la salud inmediatamente otros varios enfermos llevados junto al sepulcro recién descubierto.

Para celebrar el hallazgo organizóse prestamente una fiesta religiosa, y, en el mismo día en que se celebró esta solemnidad, firmóse la paz entre el imperio romano y los longobardos. A eso se debe el que el introito de la misa compuesta en honor de estos dos santos, por decisión del papa san Gregorio, comience con estas palabras: *Loquetur Dominus pacem in pleben suam»:* «El Señor dirigirá a su pueblo palabras de paz». Igualmente, a esto se debe también el hecho de que, en el oficio compuesto en honor de estos dos mártires, unos textos se refieran a sus biografías y otros a determinados acontecimientos ocurridos por aquellos días en que sus cuerpos fueron hallados.

San Agustín, en el libro XX de la *Ciudad de Dios,* cuenta cómo él mismo presenció el milagro de la curación de un ciego, que recobró la vista en Milán, al tocar los cuerpos de los santos Gervasio y Protasio; y añade que de este hecho fueron testigos no sólo él, sino el propio emperador y una gran multitud de personas. Lo que no sabemos es si este ciego al que san Agustín se refiere es el mismo a que antes hemos hecho alusión, o si se trató de otro distinto.

El mismo san Agustín, en la mencionada obra, cuenta este otro caso: En una ciudad llamada Victoriana, ubicada a treinta millas de Hipona, estando un joven a la orilla del río lavando su caballo, vióse de pronto poseído del demonio y tan atormentado por él, que en una de las convulsiones cayó al agua y la corriente lo arrastró cual si estuviera muerto. Aquella misma tarde, cuando el pueblo se hallaba reunido cantando vísperas en la Iglesia de los santos Gervasio y Protasio, situada muy cerca del dicho río, el endemoniado y presunto ahogado, cual si hubiera despertado del sueño de la muerte con el sonido de los dos salmos y el canto del oficio, entró muy agitado en la mencionada iglesia, se colocó junto al altar y allí se quedó tan inmóvil como si lo hubiesen hincado en el pavimento. Entonces decidieron echarle los exorcismos para obligar al demonio a salir de su cuerpo, pero, cuando iban a exorcizarlo, el diablo en voz alta hizo saber que si seguían adelante con aquel rito destrozaría enteramente al joven cortándole uno a uno todos sus miembros. A pesar de esta amenaza se exorcizó al paciente y el demonio salió de su cuerpo; mas al salir hizo que uno de los

ojos del joven saltara de su órbita y quedara colgado por un leve hilo de carne y suspendido sobre una de las mejillas del mancebo. Algunos de los presentes colocáron, como pudieron, el ojo en su lugar, y a los pocos días de esto, por los méritos de los santos Gervasio y Protasio el ojo quedó enteramente curado.

En el prefacio compuesto por san Ambrosio en honor de estos dos santos se dice: «Enarbolando el celestial estandarte de la Cruz, empuñando las armas que el Apóstol recomienda para obtener la victoria, desligados de lazos mundanos, arrasando los vicios del enemigo infernal, libres y expeditos, estos dos combatientes siguieron a su Señor Jesucristo. ¡Oh dichosos hermanos! ¡Adheridos a la palabra de Dios pasaron por la vida sin dejarse contaminar por ningún tipo de error! ¡Qué batalla tan gloriosa la que ellos libraron! Al final de la misma, quienes juntos habían estado en el mismo útero materno juntos también fueron coronados».

Capítulo LXXXVI

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA

Muchos son los nombres que se han utilizado para designar a san Juan Bautista. Este santo ha sido llamado Profeta, Amigo del Esposo, Lámpara, Angel, Voz, Elías, Bautista del Salvador, Pregonero del Juez, y Precursor del Rey. Con el nombre de Profeta se significa la prerrogativa del conocimiento; con el de Amigo del Esposo, la del amor; con el de Lámpara encendida, la de la santidad; con el de Angel, la de la virginidad; con el de Voz, la de la humildad; con el de Elías, la del fervor; con el de Bautista, la de un honor excepcional; con el de Pregonero, la de la predicación, y con el de Precursor, la de la preparación del camino del Señor.

1. El nacimiento de Juan Bautista fue anunciado por un arcángel de la siguiente manera: Dice la *Historia Escolástica* que, queriendo el rey David dar mayor magnificencia al culto divino, instituyó veinticuatro sumos sacerdotes y determinó que uno de ellos ostentase el título de primer sacerdote y fuese presidente de los demás. Dispuso asimismo que, de los veinticuatro, dieciséis procediesen de la rama de Eleazar y lo ocho restantes de la de Itamar, que cada uno de los veinticuatro ejerciese su ministerio durante una semana, y que se designase por sorteo el turno que se debería seguir.

Cuando en tiempos de David se hizo el primero de estos sorteos, la octava semana le correspondió a Abías. De este Abías descendía Zacarías, que había llegado al igual que su mujer a una edad bastante avanzada sin tener hijos.

Pues bien, habiendo entrado Zacarías en el templo del Señor para ofrecer el incienso, y estando la multitud del pueblo fuera, esperando, se le apareció el arcángel Gabriel. Asustóse Zacarías al verle; pero el arcángel lo tranquilizó diciéndole: *«No temas, Zacarías; quiero que sepas que tu oración ha sido oída».*

Comenta la Glosa, y parece conveniente transcribir aquí su comentario, que es propio de los ángeles buenos tranquilizar en seguida con bondadosas consideraciones a quienes se asustan al recibir sus visitas; y que, por el contrario, cuando los espíritus malos se disfrazan de buenos y se aparecen a alguien y notan que el que recibe la aparición se turba, no sólo no consiguen serenarlo, sino que mientras dura la aparición la turbación del vidente crece, y éste va experimentando una sensación de horror cada vez más intensa y espantosa.

Prosigamos con la narración. Gabriel comunicó a Zacarías que iba a tener un hijo, que éste debería llamarse Juan, que el tal hijo no bebería ni sidra ni vino y que marcharía delante del Señor imitando el espíritu y la santidad de Elías.

La comparación de Juan con Elías y la designación del Bautista con el nombre de este profeta, están muy justificadas y se apoyan en fundamentos muy sólidos; si nos atenemos a los lugares que vivieron, ambos moraron en el desierto; si reparamos en su sistema de alimentación, advertiremos que los dos fueron sumamente sobrios; igual-

mente, uno y otro se cuidaron muy poco de su atuendo, vistiendo muy austeramente; los dos realizaron un oficio parecido, el de precursores: Elías fue precursor del Juez, y Juan lo fue del Salvador; ambos ejercieron su ministerio con fervoroso celo: las palabras del uno y del otro eran ardientes y vivas, como llamas.

Considerando Zacarías su ancianidad y la esterilidad de su mujer, comenzó a dudar, y siguiendo en esto la costumbre de los judíos pidió al ángel alguna garantía; es decir, le indicó que le demostrara con alguna señal que todo cuanto le estaba anunciando iba a suceder verdaderamente. El ángel accedió a ello, y la garantía o señal que le dio para demostrarle que lo que le decía tenía carácter de vaticinio, fue dejarle mudo durante algún tiempo por haberse resistido a creer que lo que le anunciaba iba realmente a ocurrir.

Consideremos aquí que en épocas anteriores hubo algunos otros que también dudaron; pero sus dudas tuvieron cierto fundamento que les sirvió de excusa. Ese fundamento, unas veces fue la grandeza extraordinaria de lo que se les vaticinaba, como en el caso de Abraham; cuando el Señor prometió a este Patriarca que sus descendientes llegarían a poseer la tierra de Canaán, Abraham respondió: *«Señor Dios, ¿cómo podré estar seguro de que mis descendientes algún día poseerán esa tierra?»*. El señor le respondió: *«Toma una vaca de tres años,* etc.». Otras veces la duda se fundó en la propia incapacidad, como cuando Gedeón objetó: *«Señor, ¿con qué medios cuento yo para librar a Israel? Mi familia es la más insignificante de todas las que proceden de Manasés, y yo soy el individuo más débil de mi familia»*. Gedeón, reconociendo humildemente su inhabilidad para llevar a cabo la empresa que se le anunciaba, pidió a Dios una señal y Dios se la concedió. En otros casos la duda se fundó en determinadas imposibilidades naturales, como en el de Sara. Cuando Dios dijo a Abraham: *«Volveré a visitarte y Sara tendrá un hijo»*, Sara, que estaba escuchando detrás de la puerta, se echó a reír y comentó: *«¿Cómo voy a tener yo un hijo si ya soy vieja y mi marido y señor no es menos viejo que yo?»*

Tras de considerar los anteriores ejemplos, podemos preguntarnos: ¿qué razón hubo para que sólo Zarcarías fuese castigado por haber dudado, siendo así que su duda tenía, no ya meramente un fundamento parecido al de algunos de los mencionados, sino todos ellos a la vez? En efecto, a Zacarías se le anunciaba que iba a realizarse una cosa verdaderamente grande y extraordinaria; él era consciente de su propia insignificancia; sentíase indigno de tener un hijo tan eminente; a todo esto hay que añadir que parecía imposible que a su edad pudiera procrear.

Créese que fueron varios los motivos que justificaron esta excepción y que pudieron ser los siguientes:

Primero: Según Beda, fue castigado con la mudez, para que, ya que hablando había exteriorizado su incredulidad, callando aprendiera a creer.

Segundo: Quiso Dios dejarlo temporalmente mudo, para tener cuando naciera el hijo la oportunidad de manifestar su poder con un doble portento, puesto que al milagro de que unos padres tan ancianos engendraran una criatura, se unió otro aún mayor: el de devolver la facultad de hablar a quien la había perdido.

Tercero: Porque aquel enmudecimiento resultaba muy conveniente para dar a entender que, al nacer la nueva voz de la ley nueva, la voz de la ley antigua debería enmudecer.

Cuarto: Porque ya que había pedido un signo, un signo se le daba, y el signo fue que perdiera el habla.

Cuando Zacarías salió del templo y se presentó ante el pueblo, la gente advirtió que se había quedado mudo, y él, por señas, dióles a entender que dentro del santuario había tenido una visión.

Concluida la semana en la que ejerció su oficio, regresó a casa. Isabel concibió. Al notar que estaba encinta, ocultó su estado durante cinco meses evitando aparecer en público, porque, según san Ambrosio, le daba vergüenza que sus convecinos pudieran pensar que a su edad se entregaba todavía a expansiones libidinosas. Sin embargo, en su interior, sentíase contenta por haberse librado del oprobio de la esterilidad. No olvidemos que entre los judíos las mujeres casadas que no habían logrado engendrar eran mal vistas por una sociedad que celebraba las bodas con grandes festejos e inmenso regocijo, y que aceptaba con la mayor naturalidad que los esposos mantuviesen entre sí, durante su edad procreativa, relaciones carnales.

Cuando estaba Isabel en el sexto mes de su embarazo, la Bienaventurada María, que ya había concebido en su seno al Señor, vino, como virgen fecunda, a visitarla, con el fin de darle la enhorabuena por haber superado su esterilidad y para prestarle ayuda, puesto que, siendo vieja como era, y dado el estado en que se hallaba, la iba a necesi-

tar. Al llegar a ella y saludarla, san Juan, lleno repentinamente del Espíritu Santo, al sentir ante él la presencia del Hijo de Dios, inundado de alegría se conmovió dentro del vientre de su madre. Con aquella conmoción gozosa homenajeó a quien no podía homenajear con palabras. No cabe duda de que tales movimientos fueron un saludo y un acto de acatamiento a su Señor.

Tres meses permaneció la Santa Virgen en casa de su prima, sirviéndola y ayudándola. Ella fue quien cuando el niño vino al mundo lo recogió con sus manos, lo sacó a luz y como dice la *Historia Escolástica,* hizo con él diligentísimamente el oficio de rolla o niñera.

El santo Precursor del Señor fue especial y singularmente ennoblecido con los nueve privilegios siguientes: un mismo ángel anunció el nacimiento del Salvador y su propio nacimiento; dio saltos de alegría en el seno de su madre; vino al mundo ayudado por la Madre de Dios; devolvió el habla a su padre; fue el primero que administró el bautismo; señaló con su dedo a Cristo; lo bautizó personalmente; fue públicamente alabado por el Señor; y, finalmente, anunció a los del Limbo que de allí a poco recibirían la visita de su liberador. Esos nueve privilegios justifican que Jesucristo refiriéndose a él dijera: *«Es profeta y más que profeta».*

El Crisóstomo, comentando este encomiástico juicio emitido por el Señor acerca de Juan, escribe: «La naturaleza de la profecía implica que el profeta reciba de Dios el don profético; pero ¿implica acaso que el profeta bautice a Dios? Propio del oficio profético es que el profeta profetice cosas relativas a Dios; pero ¿es propio de ese oficio que Dios profetice cosas relativas al profeta? Todos los profetas vaticinaron sobre Cristo, pero nunca nadie hizo vaticinios acerca de ellos; Juan, en cambio, no sólo vaticinó sobre Cristo, sino que fue objeto de proféticos anuncios por parte de otros de su mismo oficio. Todos los demás profetas fueron transmisores de palabras que una voz ajena pronunciaba a través de ellos; Juan, empero, transmitió palabras pronunciadas por su propia voz, porque así como la voz está en contacto inmediato con la palabra sin ser ella palabra, así Juan estuvo en inmediato contacto con Cristo, sin ser él el Cristo».

En san Juan, escribe san Ambrosio, se dieron cinco características muy peculiares que nos mueven a tenerle en muy alto concepto: los antepasados que tuvo, los milagros que en torno a su nacimiento ocurrieron, la conducta que observó, las gracias que recibió y la misión que le fue encomendada. Examinemos una por una estas características.

Primera: Los antepasados que tuvo: En ellos se dieron cinco circunstancias —dice san Ambrosio— dignas de atención. «Gran alabanza merecen —observa este santo doctor— quienes, como los antepasados de san Juan, fueron de origen distinguido, observaron vida honorable, ejercieron el sacerdocio, permanecieron fieles a la ley y realizaron obras de justicia».

Segunda: Los milagros que en torno a su nacimiento ocurrieron: Algunos tuvieron lugar antes de su concepción, como el anuncio que hizo el ángel, la indicación del nombre que deberían imponerle y la mudez de su padre; otros sucedieron al ser concebido o durante el tiempo que permaneció en el seno de su madre, como la concepción misma, que fue portentosa, su santificación en el útero materno, y el hecho extraordinario de haberle sido concedido antes de nacer el don de profecía; otros se realizaron al tiempo de nacer, como la comunciación divina de espíritu profético a su padre y a su madre; ésta, por inspiración sobrenatural, conoció el nombre que debería llevar su hijo; su padre prorrumpió en un cántico de alabanza; pero en el nacimiento de Juan ocurrieron otros dos milagros más: Zacarías recuperó el habla repentinamente y sobre él descendió el Espíritu Santo; *«su padre»,* dice el texto sagrado, *«vióse de pronto lleno del Espíritu Santo,* etc.». A este propósito comenta san Ambrosio: «Mirad a Juan: ¡Cuánta fuerza hay en este niño! Por la virtud de su nombre, un mudo recobró el habla; un padre tuvo un hijo; un pueblo pudo cantar de nuevo con los servicios piadosos de uno de sus sacerdotes; poco antes de que ese niño naciera, una lengua había enmudecido; Zacarías era estéril; por su mudez quedó privado del ejercicio de su ministerio; pero en cuanto el niño nació, el mudo, de repente, comenzó a hablar; se convirtió en profeta; tuvo un hijo, regalo del Espíritu Santo, y recobró su capacidad para continuar en el ejercicio de sus funciones sacerdotales».

Tercera: La conducta santa que observó: En efecto, la vida de Juan fue santísima. «Su comportamiento», escribe el Crisóstomo, «fue tan correcto que, en su comparación, el de todos los demás parecía defectuoso, porque al igual que cuando ponemos al lado de la nieve un vestido que teníamos por blanco advertimos que le falta mucho

para llegar a la verdadera blancura y parécenos que está sucio aunque no lo esté, así también todo hombre, al compararse con Juan, sentíase interiormente mancillado». La santidad de su vida fue proclamada por tres clases de testimonios:

Primer testimonio. El primero de esos testimonios corrió a cargo de testigos de naturaleza supercelestial, o sea, a cargo de la Santísima Trinidad, como seguidamente vamos a ver.

Primero: A cargo del Padre, que lo llamó ángel. Esto consta por el capítulo segundo de Malaquías. Este nombre de ángel, que de suyo significa no tanto una naturaleza cuanto un oficio, fue merecidamente aplicado a Juan, porque durante su vida realizó los oficios asignados a cada uno de los diferentes órdenes de ángeles. Probemos esta afirmación.

a) Realizó el oficio de los serafines: serafín quiere decir *ardiente*. Dase el nombre de serafines a estos espíritus, por dos razones: porque se caracterizan por el ardor con que aman a Dios, y porque encienden en nosotros el amor que a Dios profesan. En el libro del Eclesiástico se dice de Elías, *«que surgió como una llama de fuego»*. Estas palabras son perfectamente aplicables a san Juan, puesto que de él se afirma en la Escritura que vino con el mismo espíritu y virtud que Elías.

b) Realizó el oficio de los querubines: querubín significa *plenitud de ciencia*. Juan fue certeramente comparado con el lucero de la mañana, porque, así como esta estrella anuncia la terminación de la noche y la llegada del día, así también Juan fue una especie de lucero matutino que simbolizó la terminación de las sombras nocturnas de la ignorancia y el amanecer de la gracia.

c) Realizó el oficio de los tronos: La función asignada a estos espíritus es la de juzgar. Juan juzgó a Herodes cuando le dijo: *«No puedes lícitamente tener como tuya a la mujer de tu hermano»*.

d) Realizó el oficio de las dominaciones: El oficio de las dominaciones consiste en enseñarnos a tratar correctamente a nuestros inferiores. También Juan, con su ejemplo, nos dio esta enseñanza, puesto que trató correctamente a quienes eran inferiores a él; por esto precisamente sus inferiores le amaban y los reyes le temían.

e) Realizó el oficio de los principados, que es el de manifestar la reverencia debida a los superiores. Esto hizo san Juan, quien, además en cierta ocasión dijo: *«Yo soy tan terreno como vosotros, pues como vosotros, de la tierra procedo; en cambio, Cristo procede del cielo, y es tan superior a nosotros y está tan por encima de mí, que yo no soy digno de desatar las correas de sus sandalias»*.

f) Realizó el oficio de las potestades, que consiste en manifestar y ejercer su dominio sobre las fuerzas espirituales enemigas, es decir, sobre los espíritus malignos. Juan ejercitó su poder sobre el demonio de dos maneras: manteniéndole sometido desde el momento en que fue santificado en el vientre de su madre, hasta el punto de que el diablo jamás pudo hacerle daño alguno, y haciéndole la guerra durante toda su vida dedicada plenamente a disponer a las gentes para recibir el bautismo de penitencia.

g) Realizó el oficio de las virtudes, que es el de hacer obras extraordinarias. Extraordinarias fueron también las obras de Juan; entre ellas podríamos mencionar la de alimentarse con langostas y miel silvestre, las de vestirse con una piel de camello, y varias otras semejantes.

h) Realizó el oficio de los arcángeles: Corresponde a estos espíritus anunciar al mundo cosas de tan suma importancia como las relaciones con nuestra redención. También Juan hizo esto, puesto que con su dedo señaló al Redentor y lo mostró a las gentes diciendo: «*Este es el Cordero de Dios*, etc.».

i) Realizó el oficio de los ángeles, que es el de comunicar a los hombres asuntos o acontecimientos de rango menor, y Juan anunció al pueblo cosas relativas a la reforma de las costumbres dándoles consignas como éstas: *«Haced penitencia»*, *«no conculquéis los derechos del prójimo»*, etc.

Segundo: A cargo del Hijo. El Hijo dio testimonio de la santidad de Juan ponderándolo reiteradamente y haciendo de él elogios tan extraordinarios como éste: *«De todos los nacidos de mujer, no hay ninguno mayor que Juan Bautista»* (Mateo, 11). «Esta alabanza», comenta san Pedro Damiano, «ha sido proferida por quien puso los cimientos de la tierra y hace que se muevan los astros y ha creado todos los elementos».

Tercero: A cargo del Espíritu Santo. El divino espíritu manifestó por medio de Zacarías: *«Niño: tú serás llamado profeta del Altísimo»*.

Segundo testimonio. El segundo de los testimonios acerca de la santidad del Bautista corrió a cargo de testigos de naturaleza celestial, o sea, a cargo de los ángeles. Del capítulo primero del evangelio de san Lucas podemos inferir el alto concepto en que estos seres le tenían, pues en él leemos esto sobre él, el arcángel dijo: *«Será grande*

ante el Señor»; con estas palabras ponderó la gran dignidad que su persona tendría ante Dios. *«No beberá ni sidra ni vino»;* con estas otras anunció la santidad de su vida considerada en sí misma, tanto cuanto que añadió: *«Ya desde el seno de su madre quedará lleno del Espíritu Santo».* Finalmente, con estas otras: *«convertiré a muchos hijos de Israel, etc.»,* señaló la extraordinaria utilidad que su ministerio reportaría al prójimo.

Tercer testimonio. El tercer género de testimonios prestáronlo testigos de naturaleza subcelestial, es decir, individuos humanos, como su padre y los vecinos, que comentaban en sus conversaciones: *«¿Quién creéis que llegará a ser este niño?»*

Cuarta. Las gracias que recibió: De ellas podemos colegir que la grandeza de este santo fue excepcional, puesto que el Espíritu Santo lo enriqueció con dones divinos muy especiales, cuando aún estaba en el seno de su madre, al salir de él, a lo largo de toda su vida y al terminarla.

a) En el seno de su madre. Estando todavía en el claustro maternal, recibió Juan tres espléndidos regalos.

Primero: El de la gracia santificante, merced a la cual, cuando aún no había nacido, quedó limpio de todo pecado. Jeremías en el capítulo primero de sus profecías lo vaticinó de esta manera: *«Antes de que estuvieras totalmente formado en el útero materno, te visité, etc.».*

Segundo: El del carisma de la profecía. Estando en el vientre de su madre, Juan fue ya profeta y profetizó. ¿A qué sino al don de profecía se debió el conocimiento que tuvo de que Dios estaba allí presente ante él, y la alegría que por ello manifestó? Por eso, cuando el Crisóstomo comentó, como anteriormente hemos dicho, que Juan fue más que profeta, dijo: «El don de profecía adquiérenlo los profetas en recompensa de su santidad y de su fe; pero ¿quién, fuera de Juan, ha ostentado el privilegio de ser profeta antes que hombre?». En las tradiciones de Israel figuraba la de ungir a los profetas antes de que iniciasen su ministerio. Con arreglo a esta costumbre, Cristo, en el momento en que la Virgen Santa saludó a Isabel, ungió misteriosamente a Juan, encerrado todavía en el seno de su madre. Este es el sentir del Crisóstomo, quien, al comentar este episodio, se expresa de la siguiente manera: «Cristo hizo que María saludara a Isabel para que Juan quedara ungido mediante las palabras que María pronunció; tales palabras salían del interior de la Virgen en el cual estaba Cristo, y, a través de los oídos de Isabel, al interior de Isabel llegaron y alcanzaron a Juan que en el interior de Isabel estaba».

Tercero: El de haber sido utilizado como intermediario, para que a través de él se comunicara a su madre el espíritu de profecía. En el pasaje reiteradamente citado, en que el Crisóstomo comenta que Juan fue más que profeta, este santo doctor hace la consideración siguiente: «¿Quién, entre todos los profetas, a excepción de Juan, ha sido capaz de comunicar a otros el don de profecía?». Tiene razón el Crisóstomo, porque, si bien es cierto que Elías ungió como profeta a Eliseo, no hizo más que eso, ungirlo, pero no le transmitió el don de profecía; en cambio, Juan, cuando aún estaba en el vientre de su madre, comunicóle a ésta la ciencia de los privilegios divinos y abrió su boca y en ella puso palabras con las que daba claramente a entender que reconocía la presencia y dignidad de alguien a quien no veía, y por eso Isabel dijo: *«¿Cómo es posible que venga hasta mí la Madre de mi Señor?»*

b) Al salir de él. Cuando Juan salió del útero materno fuéronle otorgados estos tres insignes privilegios: que su nacimiento fuese milagroso, que su nacimiento fuese santo, y que su nacimiento estuviese rodeado de alegría. Fue milagroso su nacimiento, en cuanto que su madre, a pesar de su avanzada edad, no tuvo dificultades para parirlo. Fue santo, porque salió a la luz limpio de pecado original. Estuvo rodeado de alegría, porque en el parto no hubo ni asomo de los dolores y quejidos usuales en semejantes trances. A propósito de esto conviene recordar aquí una observación de Guillermo de Auxerre. Dice este insigne maestro que la Iglesia celebra festivamente la Natividad de san Juan Bautista por tres razones: primera, porque el nacido había sido previamente santificado en el seno de su madre; segunda, por la dignidad del ministerio que venía a desempeñar, que era el de actuar como lucero anunciador del alba de la alegría eterna; tercera, para dar cumplimiento a la profecía hecha por el ángel, según la cual el nacimiento de este niño sería acogido con alegría. De ahí, concluye el referido maestro, que nosotros conmemoremos también cada año ese nacimiento festivamente.

c) A lo largo de su vida. Las gracias que Juan recibió en el transcurso de su existencia fueron muchas y extraordinarias. Esto se prueba por el hecho de que este santo fue un dechado de todas

las perfecciones. Fue profeta. Profetizó cuando dijo: «*Detrás de mí viene uno que es mucho mayor que yo*». Fue más que profeta. Lo afirmó Cristo inmediatamente después de que Juan le señalara con el dedo. Fue apóstol, puesto que apóstol significa enviado de Dios, y Dios fue quien lo envió a él, como expresamente hace constar Juan el Evangelista en estas palabras: «*Hubo un hombre, llamado Juan, enviado por Dios,* etc.». Fue mártir, porque murió en defensa de la justicia. Fue confesor; de él dice la Escritura: «*Confesó y no negó e insistió en que él no era el Mesías*». Fue virgen; si Malaquías, cuando profetizó su nacimiento lo llamó *ángel,* como consta por el capítulo segundo de su profecía —«*enviaré a mi ángel,* etc.»— hízolo así expresamente para subrayar la virginidad perpetua del que iba a nacer.

d) Al terminarla. Cuando salió de este mundo recibió Juan tres insignes galardones.:

Primero. La palma del martirio, puesto que mártir murió este invicto santo.

Segundo. El de descender al Limbo en calidad de mensajero de estas tres noticias venturosas: la presencia de Cristo en el mundo, la inminencia de la redención y la proximidad de la liberación de las almas en aquel lugar detenidas.

Tercero. La entusiasta acogida que le dispensaron los moradores del Limbo. La recepción de que fue objeto revistió tales caracteres de honor y de reverencia, que la Iglesia estableció una fiesta litúrgica especial para conmemorar todos los años tan triunfal recibimiento.

Quinta. La misión que le fue encomendada, es decir, la predicación:

Cuando el ángel anunció a Zacarías que Juan convertiría a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios, y que caminaría delante del Señor en el espíritu y en el poder de Elías para reunir los corazones de los padres con los hijos y los rebeldes a los sentimientos de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto, indicó, como cualquiera que lea atentamente el texto de este anuncio puede comprobar, estas cuatro cosas: el fruto, el orden, la eficacia y el objetivo de la predicación del Precursor.

La predicación de Juan, nótese bien, merece toda clase de alabanzas, porque predicó con fervor, con eficacia y con prudencia, como seguidamente vamos a mostrar.

Predicó con fervor: «*Raza de víboras», decía, «¿quién os librará de la ira divina? Haced frutos dignos de penitencia*». Su fervor se caracterizaba por estas cuatro cualidades:

Primera. Estaba inflamado por la caridad: el Bautismo era como una lámpara encendida; a él podían aplicarse perfectamente estas palabras del capítulo 49 de Isaías: «*Mi boca es como una espada cortante*».

Segunda. Estaba informado por la verdad: clara como una luminaria era su alma. Con razón dijo Jesús: «*Vosotros habéis mandado a algunos a preguntar a Juan y él dio testimonio de la verdad*». (Juan, 5).

Tercera. Estaba dirigido por la discreción o ciencia: de ahí que al explicar la ley a las turbas, a los publicanos o a los soldados, se acomodara a las circunstancias y a la capacidad de aquellos a quienes predicaba.

Cuarta. Era firme y constante: precisamente, por no ceder ni claudicar, fue condenado a muerte y perdió la vida.

El fervor con que san Juan predicó reunió las cuatro condiciones que según san Bernardo debe tener el auténtico celo apostólico. Dice este santo doctor: «Que la caridad inflame tu celo, que la verdad lo ilumine, que la ciencia lo dirija y que la constancia lo mantenga firme».

Predicó con eficacia: Movidos por su predicación fueron muchos los que se convirtieron. Predicó con sus palabras, exponiendo asiduamente la doctrina de la ley; predicó con sus ejemplos a través de la santidad de su vida, y predicó y convirtió a muchos con sus méritos y devotas oraciones.

Predicó con prudencia: Esta prudencia se manifestó en estas tres cosas:

En que para atemorizar a los malos recurría a conminaciones, como cuando dijo: «*Ya está el hacha a punto de caer sobre la raíz del árbol*».

En que estimulaba a los buenos con promesas: «*Haced penitencia*», les decía, «*porque el reino de los cielos está cerca*».

En que procedía con moderación para atraer suavemente a los mediocres hacia la perfección. En esto obraba de la siguiente manera: a las turbas, a los publicanos y a los soldados, comenzaba imponiéndoles cargas leves; luego los animaba a seguir progresando en la virtud, recomendando a las turbas que practicasen la misericordia, advirtiendo a los publicanos que se abstuvieran de codiciar los bienes ajenos, y aconsejando a los soldados que no atropellaran a nadie, que no levantasen falsos testimonios, y que se contentasen con los sueldos que recibían.

Conviene advertir que en tal día como hoy emigró al Señor san Juan Evangelista; no obstante, en lugar de celebrar en esta fecha la festividad de su tránsito, celébrase tres días después de la del nacimiento de Cristo. Así lo dispuso la Iglesia por dos razones: porque un 27 de diciembre se dedicó a Juan Evangelista el primer templo construido en su honor, y porque convenía reservar esta fecha del 24 de junio para solemnizar el acontecimiento de la Natividad de Juan Bautista y dar cumplimiento a las palabras del ángel, que dijo a Zacarías: *«Todos se alegrarán en su nacimiento».* Pero el hecho de que la festividad del Bautista ocupe el día que correspondía a la del Evangelista no quiere decir que éste sea de menor categoría que aquél. Debemos huir de dogmatismos impertinentes, y procurar no caer en incorrectas disputas acerca de si uno de ellos es más importante que el otro. Esto no es del agrado del Señor. Así nos lo dio a entender por medio del siguiente episodio milagroso: En cierta ocasión surgió una contienda entre dos notables teólogos; uno sostenía que san Juan Evangelista aventajaba en importancia a san Juan Bautista; el otro, en cambio, se empeñaba en afirmar que san Juan Bautista era más importante que san Juan Evangelista. Apegados ambos a sus respectivas opiniones, decidieron celebrar sobre este tema un debate público y solemne. Los dos contendientes se prepararon a fondo, buscando afanosamente argumentos de autoridad en favor de sus correspondientes puntos de vista. El mismo día en que iba a celebrarse el susodicho debate, y poco antes de la hora en que éste debería comenzar, cada uno de los santos se apareció a su respectivo defensor diciéndole que se dejaran de semejantes discusiones, y haciéndole saber que ellos vivían con mucha paz y concordia en el cielo. En vista de esto, los dos teólogos, tras de comunicarse mutuamente la visión que habían tenido, comparecieron ante el numeroso público que se había congregado para asistir a la disputa, les dieron cuenta de lo que les había sucedido, bendijeron al Señor y dieron por concluida la polémica que entre ellos se traían.

2. Pablo, diácono y monje de Montecasino, y autor de la *Historia de los Lombardos,* un año, cuando se disponía a cantar la bendición del cirio pascual, se quedó ronco y perdió la hermosa voz que hasta entonces había tenido. Deseando recuperarla, se encomendó a san Juan Bautista, y compuso en su honor el célebre himno que comienza con estas palabras: *«Ut queant laxis resonare fibris mira gestorum famuli tuorum...»,* es decir, «para que tus admirables gestas puedan resonar en las distendidas cuerdas vocales de tu siervo...». A través de estos versos pidió al santo que le devolviera la posibilidad de continuar cantando, como había devuelto a su padre Zacarías la facultad de hablar.

En algunos sitios existe la costumbre de recoger en este día los huesos de los animales muertos esparcidos por el contorno, y quemarlos en una hoguera. Según Juan Beleth esta práctica obedece a una de estas dos cosas: la primera sería una antiquísima creencia extendida entre la gente. «Desde tiempos muy remotos», dice el referido Maestro, «el vulgo daba por supuesto que existían unos monstruos llamados dragones, capaces de volar por el aire, de nadar sobre las aguas y de caminar por tierra; creíase igualmente que estos perniciosos animales, para excitar la lujuria de las personas, a veces se remontaban a la altura y, revoloteando por ella, arrojaban su esperma sobre el agua de los pozos y de los ríos, y que cada vez que hacían esto seguíase un año de gran mortandad. Fundados en semejantes creencia, los habitantes de los pueblos y de las ciudades, para ahuyentar a estos monstruos, hacían grandes hogueras, quemando en ellas cuantos huesos de animales muertos pudieran encontrar por los alrededores a fin de que el intenso humo que los huesos producían al arder obligara a huir de la región a los dragones. Este sahumerio solían hacerlo ordinariamente al comienzo de la primavera, y posiblemente de ahí provenga la costumbre, que todavía en muchas partes se observa, de quemar en ese día de san Juan montones de huesos». La otra cosa que puede haber dado origen a dicha práctica es ésta: el deseo de conmemorar o de reproducir simbólicamente la quema de los huesos de san Juan que los infieles hicieron realmente en la ciudad de Sebaste.

Existen varias costumbres muy extendidas entre el pueblo, practicadas en muchas partes el día de este santo; por ejemplo, la de encender antorchas, para dar a entender que él durante su vida ardió y lució como una tea; o la de hacer girar una rueda, para representar la declinación del sol que en los días próximos a esta fiesta comienza a describir órbitas más pequeñas; o para conmemorar las palabras que el propio san Juan dijo en cierta ocasión: *«Conviene que yo merme y que El crezca».* Dice san Agustín que de la merma del Bautista y del crecimiento de Cristo nos hablan cada año las festividades que celebramos en honor del naci-

miento y de la muerte de uno y de otro, porque hacia la Natividad de san Juan los días empiezan a menguar, y hacia la Natividad del Señor comienzan a crecer; de ahí el siguiente adagio popular: *«Solstitium decimo Christum praeit atque Johannem»,* que significa: «El solsticio se produce unos diez días antes de la Natividad de Cristo, y unos diez días antes de la Natividad de San Juan». La celebración de sus muertes, prosigue el mismo santo doctor, nos da ocasión para advertir que el cuerpo de Cristo fue alzado sobre la Cruz y que el de san Juan cayó abatido cuando lo degollaron.

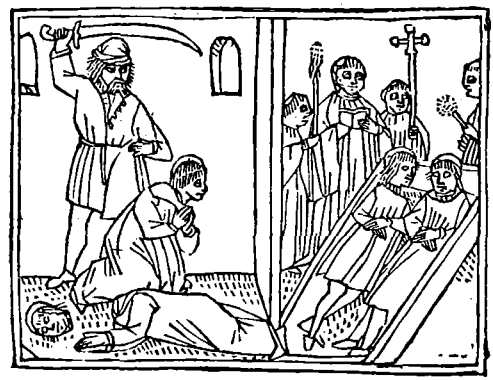
3. Pablo, en su *Historia de los Lombardos,* refiere el siguiente hecho: Murió Rocharith, rey de los longobardos, y su cuerpo, amortajado con galas riquísimas, fue sepultado junto a los muros de la iglesia de san Juan Bautista. Una noche, llevado de su codicia, cierto hombre abrió el sepulcro y se apoderó de las joyas y vestiduras con que el cadáver del rey había sido engalanado; pero poco después san Juan Bautista se apareció al ladrón, y le dijo: «Por haberte atrevido a apoderarte de algo que había sido puesto bajo mi custodia, en adelante no podrás entrar en mi templo». Este castigo se cumplió, porque cada vez que aquel hombre intentaba entrar en la mencionada iglesia, sentía algo así como si un atleta muy fuerte le asestara un tremendo puñetazo en la garganta; el golpe, real o meramente místico, era tan contundente que el desgraciado ladrón, al sentirlo, caía de espaldas al suelo.

Capítulo LXXXVII

SAN JUAN Y SAN PABLO

Juan y Pablo fueron administradores y mayordomos de Constancia, hija del emperador Constantino.

Por aquel tiempo los escitas habían ocupado las tierras de Dacia y de Tracia. El general Galicano se comprometió a dirigir la guerra contra los invasores, y a recuperar ambas provincias para el Imperio; pero, antes de salir de Roma al frente de los ejércitos del emperador para iniciar su campaña contra los escitas, manifestó a Constantino que deseaba casarse con su hija Constancia, y que, si regresaba victorioso de la guerra que iba a emprender, en recompensa, debería concederle la mano de la doncella. Esta petición fue calurosamente apoyada por varios príncipes romanos. El emperador, al oír la proposición de Galiano, se llevó un gran disgusto, porque sabía que su hija, a raíz de haber sido curada por santa Inés, había hecho voto de virginidad y estaba completamente seguro de que ella, antes de faltar a su promesa o



de abandonar tal propósito, se dejaría matar. Constancia, empero, cuando se enteró de lo que Galiano había pedido, habló con el emperador, su padre, y, llena de confianza en Dios, le dio estos consejos: que prometiera al general que le concedería su mano a su regreso de la guerra si tornaba victorioso; que, mientras él estuviera ausente, dirigiéndo la campaña, dejara con ella, a las dos hijas que había tenido en su matrimonio anterior; su esposa había fallecido y Galiano era a la sazón viudo; la compañía de aquellas hijas, dijo Constancia a su padre, le sería sumamente útil para, a través de ellas, conocer las costumbres y gustos de su futuro marido; que el general se llevara con él a Juan y a Pablo, sus mayordomos, para que se trataran a fin de que el trato mutuo estableciera entre ellos lazos de unión y corrientes de afecto.

Mediante este plan, sagazmente concebido, y con sus oraciones a Dios, esperaba la joven doncella convertir al cristianismo a Galiano y a sus dos hijas. La proposición de Constancia fue muy bien acogida por todos.

Salió de Roma el general para la guerra al frente de un numeroso ejército, llevándose consigo a Juan y a Pablo. Los primeros resultados no fueron tan halagüeños como Galicano deseaba; los escitas derrotaban a las tropas romanas, y el propio Galicano que las mandaba quedó copado por las fuerzas enemigas en la capital de Tracia. Cuando estaba el general en tan comprometida situación, Juan y Pablo se acercaron a él y le dijeron:

—Promete consagrarte al Dios del cielo, y obtendrás la más sonada victoria de tu vida.

Hízolo así Galicano, y al instante se le apareció un joven con una cruz sobre sus hombros y le dijo: «Toma tu espada y sígueme».

Galicano empuñó su espada, siguió al joven aparecido, cruzó sin dificultad por entre las tropas de los escitas, llegó hasta el rey que las mandaba, se acercó a él y lo mató. Esto causó tal desconcierto en el ejército enemigo, que invadido por el miedo se rindió y se entregó a los romanos. Mientras Galicano realizaba la hazaña que acabamos de referir, vio cómo dos soldados, con sus armas bien dispuestas, colocados uno a su derecha y otro a su izquierda, le cubrían y defendían.

Conseguida esta victoria, el general se convirtió al cristianismo, regresó a Roma, se presentó ante el emperador y le rogó que le dispensara del compromiso de casarse con su hija, porque había decidido consagrarse a Cristo y vivir el resto de sus días en perfecta castidad. El emperador le oyó con suma complacencia y accedió a sus deseos de muy buena gana.

Antes de que Galicano regresara a la guerra, ya sus dos hijas habían sido convertidas también por Constancia; su conversión al cristianismo facilitó las cosas para que su padre pudiera realizar sin dilación alguna sus proyectos; y, en efecto, los realizó, porque inmediatamente renunció a la vida militar, distribuyó entre los pobres cuantos bienes tenía, y en unión de algunos piadosos varones se dedicó a servir al Señor, viviendo de allí en adelante en estrecha pobreza.

Muchos fueron los milagros que en su nueva vida hizo Galicano. Dícese que con su sola mirada hacía salir a los demonios de los cuerpos en que se hubiesen alojado. La fama de su santidad se extendió por toda la tierra. De Oriente y de Occidente acudían peregrinos para tener ocasión de ver al antiguo patricio y cónsul lavar los pies a los pobres, servirles la comida, limpiarles con agua sus manos, atender solícitamente a los enfermos, y realizar otros oficios semejantes de santa servidumbre.

A la muerte de Constantino subió al trono imperial Constancio, hombre corrompido por la herejía arriana, e hijo de Constantino el Grande. Un hermano de Constantino, llamado Constancio, como el nuevo emperador, al morir dejó dos hijos; el nombre de uno era Gallo y el del otro Juliano. Constancio, el nuevo emperador, nombró a Gallo rey de Judea, a la sazón muy revuelta, y lo envió a esta provincia para que la pacificara; pero poco después, deseando deshacerse de él, hizo que lo asesinaran. Para no exponerse a seguir la suerte de su hermano, Juliano ingresó en un monasterio, y simuló tal amor a la observancia de las reglas que el abad le confirió la orden del Lectorado. Este monje hipócrita, que aspiraba a la corona imperial, estableció por medio de brujerías trato con el demonio, y le consultó qué debería hacer para alcanzar la dignidad de emperador. El demonio, respondiendo a la consulta, le indicó los procedimientos que estimó más adecuados. Posteriormente, Constancio, constreñido por la necesidad de resolver urgentemente ciertos asuntos del Imperio, nombró a Juliano rey de las Galias y lo envió allá. Tan airosamente y con tal prontitud puso fin Juliano a los conflictos que había en la mencionada provincia, que Constancio, impresionado por el éxito, lo nombró sucesor suyo para cuando él muriera; y, en efecto, cuando Constancio murió, Juliano el Apóstata fue proclamado emperador y ocupó el trono imperial de Roma.

Juliano, tan pronto como se vio en la cumbre del Imperio, hizo comparecer ante sí a Galicano, y le ofreció una alternativa: o adorar a los dioses, o desaparecer voluntariamente. No se atrevía Juliano a condenar a muerte a un hombre cuyo prestigio entre los romanos era inmenso. Galicano se marchó a Alejandría , y allí los infieles lo martirizaron atravesándole el corazón con una lanza.

Juliano procuraba disimular la febril avaricia que le consumía y las rapiñas que hacía. Para ello invocaba pasajes del Evangelio, sobre todo cuando se apoderaba de los bienes de los cristianos, a los que decía:

—Vuestro Cristo afirmó que quien no renuncia a lo que posee no puede ser discípulo suyo.

Juan y Pablo continuaban administrando en favor de los pobres las riquezas a que Constancia había renunciado. Cuando Juliano se enteró de esto, los llamó y les manifestó que deseaba que fuesen tan buenos amigos suyos y tan fieles y leales servidores de él como lo habían sido de Constantino. Juan y Pablo le respondieron:

—Nosotros tratamos con amor y confianza a Constantino y a su hijo Constancio, porque estos dos emperadores tuvieron a gala proclamarse siervos de Cristo; pero tu caso es diferente: tú has abandonado por completo el camino de la virtud y has traicionado a nuestra religión; no esperes, pues, nuestro acatamiento. Queremos hacerte sa-

ber que te despreciamos y que no estamos dispuestos a mantener trato alguno contigo.

Juliano replicó:

—Yo recibí una orden clerical, y, de haber querido, hubiese llegado a ocupar los puestos más altos de la Iglesia; pero me di cuenta de que era una necedad consagrar mi vida a la quietud y al ocio, abandoné todo aquello y me dediqué a la milicia y a honrar a los dioses, con cuya ayuda he conseguido la corona imperial. Vosotros os habéis criado en este palacio y debéis continuar aquí, a mi lado; quiero que seáis mis colaboradores; yo os consideraré como tales y recompensaré vuestros servicios haciendo que lleguéis a figurar entre los más elevados dignatarios de esta corte; pero si os empeñáis en rechazar lo que os propongo, en apartaros de mí y en despreciarme, tomaré contra vosotros las medidas necesarias para evitar que triunfe vuestra actitud de desaire.

—Para nosotros —respondiéronle ellos— Dios significa mucho más que tú, y, como no queremos peder nuestra amistad con el Señor eterno, hacémoste saber que no nos convencerás y que no nos importan tus amenazas.

Juliano les dijo:

—Os concedo un plazo de diez días, pasado el cual, si no venís a aceptar lo que os he propuesto, seréis traídos a mi presencia y tendréis que hacer a la fuerza lo que no queréis hacer de buen grado.

Juan y Pablo le contestaron:

—Imagínate que ya han pasado esos diez días y comienza ahora mismo a realizar esas cosas con las que nos amenazas.

—Estáis equivocados —repuso el emperador— si creéis que los cristianos os van a tener por mártires. Si no accedéis a lo que os propongo, la causa que voy a mandar instruir contra vosotros y las penas que os impondré, no estarán fundadas en motivos de religión, sino en vuestra condición de enemigos públicos del Imperio.

El tiempo del plazo que Juliano se empeñó en darles empleáronlo Juan y Pablo en distribuir entre los pobres todos los bienes que poseían o administraban. El día décimo presentóse ante ellos un tal Terenciano, y de parte del emperador les dijo:

—Nuestro señor Juliano os envía esta estatuilla de oro que representa a Júpiter, para que queméis incienso delante de ella, y me ha encargado que os diga que, si no lo hacéis, seréis los dos inmediatamente ejecutados.

Los dos santos le respondieron:

—Si ese Juliano es señor tuyo, vive en paz con él; nosotros no tenemos otro señor que Jesucristo.

El emperador, en cuanto Terenciano le transmitió la respuesta que Juan y Pablo le habían dado, mandó que los decapitaran secretamente, y que con el mismo secreto enterraran sus cuerpos en el sótano de la casa. Una vez hecho esto, hizo correr la voz de que los había desterrado; pero, a los pocos días, un hijo del referido Terenciano fue poseído por el demonio y comenzó a gritar y a proclamar que el diablo lo estaba atormentando. Entonces, su padre, profundamente impresionado, confesó el crimen que se había cometido, se hizo cristiano y redactó un memorial en el que describía cómo ambos santos habían sido martirizados. Una vez hecho esto, su hijo quedó libre de la posesión diabólica.

Los santos Juan y Pablo sufrieron su martirio hacia el año 364 de nuestra era.

San Gregorio, en su homilía sobre las palabras del Evangelio, *«si alguno quiere venir en pos de mí,* etc.», refiere el episodio siguiente: Una noble señora, muy devota de estos dos mártires, cuya iglesia visitaba con frecuencia, al salir un día de ella vio a la puerta dos monjes con apariencia de romeros; creyendo que efectivamente fuesen peregrinos, ordenó a su limosnero que los socorriese; mas, cuando el limosnero iba a hacerlo, los dos presuntos peregrinos se acercaron a la señora y le dijeron: «En el día del juicio te buscaremos, te ayudaremos cuanto podamos y corresponderemos a la devoción que nos tienes y a las frecuentes visitas que nos haces en el templo a nosotros dedicado». Dicho esto, los dos misteriosos personajes desaparecieron.

He aquí lo que dice san Ambrosio en el prefacio que compuso en honor de estos santos: «Juan y Pablo constituyen una verdadera realización de estas palabras del salmo de David: *«¡Qué hermoso y agradable espectáculo ofrecen los hermanos cuando viven unidos!»,* porque estos dos hermanos, semejantes en naturaleza por ser hijos de una misma madre, estuvieron unidos en la profesión de una misma fe, unidos murieron padeciendo el mismo género de martirio, y unidos siguen en el cielo gozando de un mismo premio y disfrutando de la amistad del mismo Señor».

Capítulo LXXXVIII

SAN LEÓN, PAPA

En el libro, titulado *«Los Milagros de la Santísima Virgen»*, se lee lo siguiente:

«Un día, estando el papa san León celebrando misa en la iglesia de Santa María la Mayor, durante la comunión de los fieles acercóse a comulgar una noble señora, la cual, al recibir la sagrada forma, besó la mano del pontífice, quien, al sentir sobre sus dedos el contacto de los labios de aquella mujer, experimentó súbitamente una tentación carnal. Acabada la misa, el santo siervo de Dios juzgóse a sí mismo con durísima severidad y, en castigo por haber sentido aquella sensación agradable sobre sus dedos, aquel mismo día secretamente se amputó la mano que había servido de ocasión para que sintiera aquella súbita complacencia y la arrojó lejos de sí. A raíz de esto, dejó de celebrar la misa al pueblo. La gente, que ignoraba lo ocurrido, al advertir que el papa ya no celebraba públicamente la misa como siempre lo había hecho, por medio de preguntas a unos y a otros trató de averiguar las causas de aquella alteración en las costumbres del pontífice. Cuando san León se enteró de la extrañeza que su retraimiento estaba produciendo entre los fieles encomendó aquel asunto a la Bienaventurada Virgen María y aceptó previamente lo que ella con su maternal providencia se dignara disponer. Poco después, la Virgen María se apareció al santo papa llevando en sus santísimas manos la que él se había amputado, se la colocó de nuevo en su sitio, la adaptó perfectamente a la muñeca, se la dejó completamente curada y le recomendó que siguiera celebrando públicamente el Santo Sacrifico en honor de su divino Hijo. Posteriormente, el propio papa en uno de sus sermones refirió al pueblo lo que le había ocurrido y les mostró su mano recuperada y totalmente sana».

Este santo pontífice fue quien convocó y presidió el Concilio de Calcedonia, en el que entre otras cosas se determinaron éstas: que solamente las vírgenes pudieran ser veladas, y que a María Santísima se le diera el nombre de Madre de Dios.

Durante el pontificado de este papa emprendió Atila su campaña devastadora a través de Italia. San León permaneció ininterrumpidamente orando en la iglesia de los Santos Apóstoles tres días y tres noches, y al concluir este triduo de retiro habló al pueblo y le dijo:

—El que quiera seguirme, que me siga.

Seguidamente se puso en marcha y salió al encuentro de Atila, quien cuando el papa estuvo cerca de él, se apeó del caballo, se postró a sus pies y le rogó que le pidiese cuanto quisiese. San León le pidió que abandonase Italia y que dejase en libertad a los prisioneros.

Los acompañantes del invasor intentaron presionar a su caudillo, diciéndole que era una ignominia conceder al papa lo que éste le pedía, tratando de hacerle ver que si tal cosa hacía su gesto sería interpretado como una victoria obtenida por un simple sacerdote sobre el triunfador del mundo. Pero a semejantes presiones y reproches contestó Atila:

—Hago esto no sólo por mí, sino también por vosotros, porque a la derecha de este hombre acabo de ver a un soldado temible, con su espada desenvainada; este soldado ha hablado conmigo y me ha dicho: «Si no accedes a lo que el papa te pide, morirás tú y morirán también todos los tuyos».

San León escribió una carta a Fabián, obispo de Constantinopla, refutando los errores de Eutiques y de Nestorio, la colocó sobre el sepulcro de san Pedro y dijo al apóstol:

—Soy hombre, y por tanto falible. Si esta carta contiene algo equivocado, corrígela, enmiéndala; a ti te corresponde hacerlo, puesto que la Iglesia ha sido puesta bajo tu cuidado.

Seguidamente inició una cuarentena de ayuno y de oración, repitiendo diariamente, y varias veces cada día, el mismo encargo al apóstol. Acabada la cuarentena san Pedro se le apareció y le dijo:

—He leído tu carta, y he corregido en ella lo que debía ser enmendado.

San León recogió la carta, la releyó, y advirtió que, efectivamente, en su texto había algunas correcciones y enmiedas hechas por san Pedro.

En otra ocasión este mismo papa emprendió otra cuarentena de ayunos y oraciones, pasando la mayor parte del tiempo a la vera del sepulcro de san Pedro pidiendo perdón a Dios por cuantos pecados hubiese cometido a lo largo de su vida. El apóstol se le apareció y le dijo:

—He orado por ti al Señor. Quiero que sepas que todos tus pecados están ya perdonados; pero deseo hacerte esta advertencia: antes de imponer tus manos sobre alguien, informate previamente con sumo cuidado acerca de si debes o no conferirle las sagradas órdenes, porque te pedirá cuenta muy estrecha acerca de tu proceder en este asunto.

San León murió hacia el año 460 del Señor.

Capítulo LXXXIX

SAN PEDRO, APÓSTOL

Este apóstol tuvo tres nombres: Simón Bar Jona, Cefas y Pedro.

Simón significa dos cosas: obediente y melancólico; y Bar Jona, hijo de paloma, porque *bar* en lengua siríaca quiere decir hijo, y *jona,* en hebreo, equivale a paloma. Pedro fue obediente: tan obediente que, cuando Cristo lo llamó, no fue menester que el Señor insistiera, sino que, a la primera invitación que le hizo para que le siguiera, inmediatamente le siguió. El otro significado de Simón, el de melancólico, conviene también a este apóstol: sabemos que cuando negó a Jesús quedó tan entristecido que en seguida salió de donde se encontraba y prorrumpió en amargo llanto. Con verdadera propiedad podemos afirmar de él que fue hijo de paloma, por la sencillez y pureza de intención con que sirvió a Dios.

Cefas puede traducirse por una de estas tres cosas: cabeza, piedra y proclamador. Las tres son aplicables a Pedro, que fue *cabeza,* por razón de la prelatura que le fue concedida; *piedra,* por la firmeza con que soportó el martirio; y *proclamador,* por la constancia con que ejerció el ministerio de la predicación.

Pedro significa también tres cosas: conocedor, descalzo y desatador. Los tres conceptos encajan en su caso sin la menor violencia: Pedro fue *conocedor* de la divinidad de Cristo; bien lo demostró cuando hablando con su Maestro, le dijo: *«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».* Fue *descalzo,* en cuanto que caminó por la vida despojado del natural afecto a sus familiares y desprendido de apetencias terrenas; por eso pudo legítimamente decir: *«Aquí estamos nosotros, que lo hemos abandonado todo por seguirte, Señor».* Fue *desatador* de los vínculos de nuestros pecados por el poder de las llaves que el Salvador le concedió.

Pero este apóstol, además de los tres nombres que acabamos de consignar, tuvo otros tres sobrenombres, a saber: *Simón Juana,* que significa *hermosura del Señor; Simón de Juan,* que quiere decir *a quien ha sido donado;* y el ya mencionado de *Simón Bar Jona,* equivalente, como sabemos, a *hijo de paloma.* A través de tales sobrenombres se nos ha querido dar a entender que en él se dieron cita estos tres factores: santidad de vida, plétora de dones virtuosos, y abundancia de lágrimas. Lo de la abundancia de lágrimas guarda estrecha relación con lo de hijo de paloma, ya que la paloma, cuando canta, parece que gime.

En cuanto al nombre de Pedro, tengamos en cuenta esto: primeramente Cristo con suficiente antelación anunció que este apóstol iba a ser llamado de esta manera, y lo anunció cuando dijo: *«Tú serás llamado Cefas, que significa Pedro».* (Juan, 1); luego, el mismo Señor le impuso el mencionado nombre, como expresamente afirma el Evangelio por estas palabras: *«E impuso a Simón el nombre de Pedro»* (Marcos, 3); finalmente, el Maestro confirmó o ratificó tal denominación: *«Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»* (Mateo, 16).

La historia del martirio de este santo apóstol fue escrita por Marcelo, por el papa Lino, por el papa León y por Hegesipo.

1. San Pedro se distinguió de los demás apóstoles y descolló sobre todos ellos por su intensa admiración hacia Cristo, como lo prueba el vehemente empeño que puso en averiguar cuál de los doce iba a ser el traidor. El Señor —advierte san Agustín— no quiso revelar el nombre del que había de entregarle porque, de haberlo hecho, Pedro, a dentelladas, hubiese destrozado al infame. El Crisóstomo es de la misma opinión, puesto que

a propósito de esto dice: Si Pedro hubiese oído pronunciar el nombre del desgraciado felón, inmediatamente se habría levantado de su asiento para arrojarse sobre el traidor y despedazarle allí mismo, en presencia de todos.

Cuando Pedro vio a Cristo caminando sobre las aguas, al instante salió a su encuentro, caminando también él sobre la superficie del mar. Jesús lo eligió para que fuese testigo de su transfiguración y de la resurrección de una jovencita. Otros hechos privilegiados de este apóstol fueron los siguientes: encontró en la boca de un pez la moneda con que deberían pagar tributo; recibió del Salvador las llaves del reino de los cielos; a él le fue encomendada la misión de que apacentara el rebaño de los fieles; el día de Pentecostés convirtió con su predicación a tres mil personas; predijo la muerte de Ananías y de Safira; curó al paralítico Eneas; bautizó a Cornelio; resucitó a Tabita; sanó con la sombra de su cuerpo a muchos enfermos; encarcelado por Herodes, fue liberado de la prisión por un ángel, etc. El mismo, a través del llamado *Libro de Clemente,* nos dijo de qué se alimentaba y cómo vestía. He aquí sus propias palabras: «Mi comida consiste en un poco de pan y en unas cuantas aceitunas; muy raras veces tomo legumbres. No uso más ropa que una túnica con capucha; con esto me conformo, porque esta sola prenda me basta». Dícese que llevaba en el seno habitualmente un trozo de lienzo para enjugarse los ojos y la cara, porque recordaba las dulces conversaciones que en vida del Señor había mantenido con El y el tiempo que había vivido a su lado, eran tales el amor que hacia El sentía y la emoción que le embargaba, que sin poder evitarlo se deshacía en lágrimas, y que cuando acudía a su memoria el hecho de su negación y de la culpa en que en aquella ocasión había incurrido, el llanto era torrencial. San Clemente asegura que el santo apóstol, de tanto llorar y del constante resbalar por su cara hilos espesos de lágrimas ardientes, tenía las mejillas requemadas. El mismo san Clemente afirma que todas las noches, en cuanto oía el canto del gallo, se levantaba, se postraba en oración y lloraba inconteniblemente. Refiere también este santo, y su relato coincide con otro recogido en la *Historia Eclesiástica,* que, cuando san Pedro vio que llevaban prisionera a su mujer para martirizarla, caminó tras de ella lleno de alegría y que llamándola por su nombre decíale a voces:

—¡Esposa! ¡Acuérdate del Señor!

En cierta ocasión san Pedro envió a dos de sus discípulos a predicar. Veinte días después uno de ellos murió y el otro regresó y dio cuenta al apóstol del fallecimiento de su compañero. El que regresó fue, según unos, san Marcial; según otros, san Materno, y según otros, san Frontón; en cambio, todos parecen coincidir en que el fallecido fue un presbítero llamado Jorge. San Pedro, tras oír la triste noticia que el sobreviviente le diera, entregó a éste su propio cayado, ordenóle que volviera al lugar en que había dejado al difunto y que colocase aquel báculo sobre el cadáver. El discípulo hizo cuanto Pedro le ordenó, y al llegar al sitio en que había dejado a su compañero, a pesar de que éste llevaba ya cuarenta días muerto, en cuanto puso el cayado sobre su cuerpo repentinamente resucitó.

2. Por aquel tiempo había en Jerusalén un mago, llamado Simón, que aseguraba ser la verdad suprema, presumía de omnipotencia y prometía la inmortalidad a cuantos creyeran en él. En el *Libro de Clemente* se lee que el tal mago un día dijo: «Seré adorado como dios; las gentes me tributarán públicamente honores divinos; puedo hacer cuanto se me antoje. En cierta ocasión mi madre me envió al campo, a segar. Al llegar al lugar del trabajo vi una hoz en el suelo, díjele a la hoz que segara ella sola por sí misma, y la hoz, obediente a mi mandato, segó diez veces más mies que entre todos los demás segadores juntos».

Según san Jerónimo, este mago Simón solía decir: «Yo soy la palabra de Dios; yo soy la hermosura esencial; yo soy el paráclito y el conjunto de todos los atributos de la divinidad». Parece ser que, recurriendo a determinados procedimientos de hechicería, conseguía que se movieran unas serpientes de metal, que las estatuas de bronce y de piedra se rieran y que los perros cantaran. Pues bien, este mago, refiere san Lino, quiso sostener un debate público con san Pedro, y prometió demostrar ante los asistentes que él era efectivamente Dios. El día convenido para la celebración de la contienda, san Pedro acudió al lugar en que había de producirse, y saludó a los espectadores de esta manera:

—¡Hermanos que amáis la verdad: La paz sea con vosotros!

Simón, al oír este saludo replicó:

—No necesitamos para nada esa paz que nos brindas; al contrario: la paz y la concordia que nos deseas nos impedirían llegar al concocimiento de

la verdad. Sólo los ladrones hacen convenios de paz entre ellos. No vengas, pues, invocando la paz; habla más bien de guerra. Entre dos contendientes como tú y yo no puede haber paz más que cuando uno de ellos haya sido derrotado por el otro.

Pedro repuso:

—¿Por qué sientes tanto miedo al oír hablar de paz? Las guerras nacen siempre de pecados; donde no hay pecados, hay paz. En las discusiones debemos buscar la verdad, y en las obras, la justicia.

Simón contestó:

—Lo que dices no tiene sentido. Ahora mismo voy a probarte que en mí reside la omnipotencia de la divinidad obligándote a que caigas de repente a mis pies y a que me adores. Yo soy el poder absoluto; puedo volar por el aire, crear árboles nuevos, convertir las piedras en pan, permanecer en el fuego durante todo el tiempo que quiera sin quemarme y hacer cuanto me apetezca.

San Pedro confundió a su arrogante rival poniendo de manifiesto su impostura y desenmascarando una a una las diferentes artes mágicas de que se valía para producir algunos efectos espectaculares.

Viendo Simón que estando San Pedro presente no podía mantener su prestigio ante el pueblo, y queriendo evitar que le acusasen de ejercer la magia, arrojó al mar cuantos libros tenía sobre encantamientos y hechicerías y se marchó a Roma con la pretensión de embaucar a los romanos y hacerse pasar entre ellos por Dios. Pero en cuanto Pedro se enteró de esto, marchóse también él a Roma, tras Simón.

San Pedro llegó a Roma el año cuarto del Imperio de Claudio y en esta ciudad permaneció veinticinco años gobernando su Iglesia. Por ese tiempo ordenó de obispos coadjutores suyos a Lino y a Cleto, de los cuales, según Juan Beleth, uno ejercía el ministerio intramuros y el otro extramuros de la capital.

Muchos fueron los que se convirtieron a la fe merced a la asidua predicación del apóstol, y muchos también los enfermos curados milagrosamente de sus enfermedades por él. En sus trabajos de evangelización, insistió notablemente en ponderar las excelencias de la castidad, logrando que cuatro concubinas del prefecto Agripa se convirtieran al cristianismo y se [illegible] a volver a su vida anterior; a causa de esto, el prefecto, indignado contra el apóstol, comenzó a maquinar la manera de perderle. En estas circunstancias aparecióse el señor a Pedro y le dijo:

—Simón y Nerón están tramando tu muerte. No temas; yo estoy contigo, te sacaré de este peligro y te proporcionaré la reconfortante compañía de mi siervo Pablo, que mañana mismo llegará a Roma.

En relación con esto refiere San Lino que, cuando Pedro conoció que su vida estaba seriamente amenazada y que acaso muy pronto la Iglesia romana se quedaría sin pastor, reunió a los hermanos, tomó de la mano a Clemente, lo sacó de entre la concurrencia, lo ordenó de obispo y lo sentó en la sede que hasta entonces él había ocupado. Al día siguiente, tal como el Señor había anunciado, llegó Pablo a Roma y en compañía de Pedro comenzó a predicar a Cristo.

Nerón sentía hacia Simón un entusiasmo indescriptible y una devoción extraordinaria; estaba convencido de que aquel mago era el verdadero protector de su vida, de su salud, y de los intereses de la ciudad. A propósito de esto el Papa San León refiere el siguiente episodio: Un día, estando Simón ante el emperador, logró que éste se reafirmara en la idea de que él, el mago, era el verdadero hijo de Dios, porque consiguió transformar sucesiva y repetidamente su aspecto, mostrándose ante los ojos atónitos de Nerón, tan pronto en apariencia de anciano, tan pronto en figura de adolescente. Después de asombrar al emperador con aquellas alternativas mutaciones, díjole Simón:

—¡Oh, magnífico señor!, voy a demostrarte irrefragablemente que soy verdaderamente el hijo de Dios: manda que me corten la cabeza. Moriré; pero tres días después de que me decapiten, resucitaré, y tú, con tus propios ojos, podrás verme vivo de nuevo. Te aseguro que tal como te lo anuncio ocurrirá.

El emperador mandó a un verdugo que cortara la cabeza de Simón; pero éste se amañó de tal modo para engañar al que había de decapitarle, que le hizo creer que lo había decapitado realmente, cuando lo que el verdugo en realidad hizo fue cortar la cabeza a un carnero, cuyos restos Simón rápidamente recogió y ocultó para que no se descubriera el fraude; seguidamente él se escondió durante tres días; mientras permaneció escondido consiguió que desaparecieran el cuerpo y la cabeza de la res degollada y que se congelara la sangre del animal decapitado; pasados esos tres días, Simón se presentó ante el emperador y le dijo:

—Ya puedes ordenar que limpien las manchas

que mi sangre dejó sobre el pavimento cuando fui degollado por el verdugo. Ya ves que he cumplido mi promesa: me cortaron la cabeza, tres días he estado muerto y hoy he resucitado.

Nerón quedó estupefacto y plenamente convencido de que aquel hombre era realmente el hijo de Dios.

Este relato, como hemos dicho, es de san León.

Cuéntase también que, en otra ocasión, estando Simón reunido con el emperador en una sala del palacio imperial, hallábase al mismo tiempo fuera, en la calle, dirigiéndo la palabra a la multitud. Este fenómeno tiene una explicación muy sencilla: el que estaba en la calle, hablando al pueblo, no era Simón, sino el demonio, que había adoptado la apariencia exterior del mago.

Con estas y otras farsas Simón consiguió que los romanos creyeran en él, que lo veneraran y que, llevados del entusiasmo que sentían hacia su persona, le alzaran una estatua con esta dedicatoria en el pedestal: «Al Santo Dios Simón».

Cuenta san León que Pedro y Pablo visitaron a Nerón y trataron de desenmascarar al mago poniendo de manifiesto ante el emperador los trucos y maleficios que el hechicero usaba en sus bellaquerías, y que Pedro intentó hacer ver a Nerón que, así como en Cristo coexisten dos naturalezas, la divina y la humana, en aquel pernicioso mago coexistían dos sustancias: la de hombre y la de diablo. Pero cuando Pedro estaba disertando sobre este tema, sigue diciendo san León, y que así fue lo corrobora también san Marcelo, Simón, que se hallaba presente, refiriéndose a san Pedro, exclamó:

—No estoy dispuesto a soportar por más tiempo la guerra que me está haciendo este enemigo: voy a ordenar a mis ángeles que me libren de él.

A esto replicó san Pedro:

—No tengo el menor miedo a tus ángeles; son ellos quienes me temen a mí.

Entonces intervino Nerón preguntando a Pedro:

—¿Es posible que habiendo Simón demostrado con obras su condición divina no te asusten sus amenazas?

Pedro contestó:

—Que demuestre si es o no es Dios, diciéndome ahora mismo qué es lo que estoy pensando y lo que voy a hacer; y, para que quede bien claro si acierta o no, antes te diré a ti al oído qué es lo que voy a pensar.

—Me place lo que propones —dijo Nerón—. Acércate a mí y manifiéstame en secreto el contenido de tu pensamiento.

Aproximóse Pedro al emperador y reservadamente le dijo: «Haz, sin que nadie lo sepa, que traigan un pan de cebada y cuando lo hayan traído, me lo das ocultamente a mí». Trajeron el pan de cebada, el emperador se lo dio secretamente a Pedro, éste lo bendijo y lo ocultó en una de sus mangas, y luego propuso:

—Puesto que Simón pretende hacernos creer que es Dios, que diga ahora mismo qué es lo que yo he pensado, de qué hemos hablado reservadamente el emperador y yo y qué es lo que secretamente hemos dicho.

Simón, tratando de evadirse, replicó:

—Que diga Pedro antes qué es lo que estoy pensando yo.

Pedro respondió:

—Puedo demostrar perfectamente que sé qué es lo que Simón piensa, y lo demostraré haciendo algo que responda a lo que intenta hacer.

Entonces el mago, gritando y muy indignado, exclamó:

—¡Que acudan ahora mismo aquí mis más poderosos perros y que devoren a este hombre!

En aquel preciso momento surgieron en la sala unos perros descomunales en actitud de lanzarse sobre el apóstol; pero éste, obrando con impresionante rapidez, sacó de su manga el pan de cebada que antes había bendecido y escondido, y se lo ofreció a los perros, los cuales, en cuanto lo vieron notaron que estaba bendito y, con la misma celeridad con que aparecieron, huyeron del lugar de la reunión.

Pedro, seguidamente, dirigiéndose a Nerón, le dijo:

—Creo haberte demostrado, no con palabras, pero sí con hechos, que sabía perfectamente qué es lo que este mago tramaba contra mí. Prometió que iba a ordenar a sus ángeles que me eliminaran y ha cumplido su promesa: ha hecho comparecer aquí a los ángeles de que él dispone y todos hemos visto cómo esos ángeles no son espíritus celestiales, sino perros, o, dicho de otra manera, y más exactamente: sus ángeles son demonios en forma de perros.

Simón replicó:

—¡Oídme bien, Pedro y Pablo! ¡No me rindo! Reconozco que en este momento no me siento con fuerzas suficientes para venceros; pero vamos

a otro sitio y veréis si tengo o no poder para juzgaros. Ahora, y por ahora, os perdono.

Hasta aquí el relato de san León; pero Hegesipo y Lino añaden lo siguiente:

A continuación, Simón comenzó a jactarse de que él podía resucitar a los muertos, y, como precisamente aquel día había fallecido un joven, el mago desafió a Pedro a demostrar cual de los dos era capaz de devolver la vida al difunto. Por iniciativa del mismo Simón todos los presentes firmaron un escrito en el que se consignaba que aquel de los dos que no consiguiera resucitar al muchacho, sería castigado con la pena de muerte.

Simón, a quien correspondió actuar en primer lugar, comenzó a hacer una serie de encantamientos sobre el difunto. Al cabo de un rato, los circunstantes creyeron ver que el muerto movía ligeramente su cabeza, y sin aguardar a más, movidos por su entusiasmo, prorrumpieron en exclamaciones de admiración y trataron de apoderarse de Pedro para matarle a pedradas; pero Pedro logró desasirse de ellos, consiguió que callaran, y, una vez que estuvieron en silencio, propuso:

—Si el difunto ha resucitado, que se levante, que camine y que diga algo. Si no se levanta, ni camina ni habla, es que no ha resucitado, sino que este hombre, por medio de algún artilugio o procedimiento fantasmagórico y secreto, ha conseguido meramente que el muerto mueva su cabeza. Vamos a ver si lo que digo es verdad: que Simón se separe de la cama en que yace el cadáver para que no pueda realizar fraudulentamente sus maniobras diabólicas.

En efecto, en cuanto el mago se apartó de la cama, el muerto permaneció inmóvil. Entonces Pedro, quedándose donde estaba, y estaba por cierto bastante alejado del difunto, oró unos momentos, y después dijo imperativamente:

—¡Joven! ¡En nombre de Jesucristo, levántate y anda!

Inmediatamente el muerto se incorporó en su lecho, se levantó de la cama y comenzó a caminar por la estancia. Entonces, los circunstantes se arrojaron sobre Simón y trataron de llevarlo a la calle para matarle a pedradas, pero san Pedro los contuvo y les ordenó:

—¡Quietos! ¡No lo matéis! Ya tiene bastante castigo con verse desenmascarado y con que sus artimañas se hayan puesto de manifiesto. Además, tened presente que nuestro Maestro nos ha mandado que devolvamos bien por mal.

Tras esto el mago dijo a los apóstoles:

—¡Pedro y Pablo! Escuchad lo que tengo que deciros. No conseguiréis la corona del martirio que andáis buscando tan afanosamente, porque yo me niego a concedérosla.

San Pedro le respondió:

—En efecto, deseamos el martirio, y ojalá lo consigamos; pero también yo tengo que decirte a ti una cosa; ésta: no esperes que te ocurra nada bueno mientras sigas siendo la encarnación de la mentira; porque eso eres tú, una mentira viviente; mentira es todo lo que haces, y mentira todo lo que dices.

A continuación de este episodio Simón fue a casa de san Marcelo, en la que Pedro se alojaba, ató a la puerta de ella un perro enorme y dijo al referido san Marcelo, que es quien refiere este caso:

—Ahora tendremos ocasión de ver si Pedro, cuando venga a la hora en que suele venir, se atreve a entrar.

Al poco rato llegó Pedro, desató al perro, lo amansó y mansamente se condujo el animal con todos, menos con Simón, al que persiguió, alcanzó, atacó y derribó y trató de estrangular; y lo hubiera estrangulado de no haberlo impedido san Pedro, que llamó al perro y por señas le dio a entender que no hiciera daño al mago; el perro, obediente, no mordió a Simón pero le desgarró sus vestidos y lo dejó enteramente desnudo y siguió acosándolo de tal manera que el hechicero, asustado y completamente en cueros viose obligado a correr sin parar por las calles de la ciudad, seguido de cerca por el animal, por numerosas personas y por una infinidad de muchachos que lo abucheaban sin cesar y azuzaban al perro; de este modo perseguido cual si fuese un lobo por el can y por la multitud, Simón fue expulsado de Roma, y tan avergonzado y confuso quedó que tardó más de un año en comparecer nuevamente en público. A raíz de este episodio, impresionado por los milagros que vio, Marcelo se hizo discípulo de san Pedro.

A pesar de lo sucedido, posteriormente Simón volvió a Roma y reanudó su amistad con Nerón. Dice san León que el mago, después de su regreso, convocó al pueblo y dijo:

—Los galileos me han ultrajado gravemente. He decidido abandonar definitivamente esta ciudad en la que tantos favores os he hecho. No quiero seguir viviendo en la tierra. Oportunamente os comunicaré la fecha de mi ascensión al cielo.

Algunos días después convocó nuevamente al público para que cuantos lo deseasen fuesen testigos de su viaje a la gloria, y coronado de laurel subió, según algunos, a una torre muy alta, y según la versión de san Lino, al Capitolio, y desde la altura se lanzó al espacio y empezó a volar. Al ver aquello, Pablo dijo a Pedro:

—A mí me corresponde orar, y a ti dar las órdenes debidas.

Nerón, que se hallaba presente, dirigiéndose a los apóstoles, hizo este comentario:

—Este hombre es sincero; vosotros sois los embaucadores.

Entonces Pedro dijo a Pablo, que estaba orando:

-Pablo, levanta la cabeza y fíjate.

Levantó Pablo la cabeza y al ver que Simón seguía volando, dijo a Pedro:

—Pedro, ¿a que esperas? Acaba la obra que comenzaste, que ya nos llama el Señor.

Pedro inmediatamente exclamó:

—¡Espíritus de Satanás que lleváis a este hombre por el aire! ¡Yo os mando que no lo sostengáis más y que lo dejéis solo para que caiga y se estrelle!

En aquel preciso momento los demonios que lo sostenían, y llevaban volando por el aire, retiráronle su apoyo y Simón desde lo alto cayó al suelo, y al chocar contra él se rompió la cabeza y quedó muerto.

Entonces Nerón, lleno de dolor por el final trágico de aquel hombre, se encaró con los apóstoles y les dijo:

—No puedo fiarme de vosotros. Os daré un castigo conveniente para que os sirva de escarmiento.

Hasta aquí el relato de san León.

Nerón cumplió su amenaza. Detuvo a Pedro y a Pablo y encargó de su vigilancia a un ilustre romano llamado Paulino, el cual, a su vez, mandó a Mamertino que los llevara a la cárcel. Mamertino encerró a los dos apóstoles en un calabozo y confió la custodia de los dos presos a dos soldados cuyos nombres eran Proceso y Martiniano, que, convertidos en seguida a la fe por san Pedro, abrieron los puertas de la prisión y dejaron en libertad a ambos prisioneros. Este hecho costó la vida a Proceso y Martiniano, pues Paulino, en cuanto Pedro y Pablo fueron martirizados, juzgó a ambos soldados, y, al descubrir que eran cristianos, dio cuenta de ello a Nerón y mandó que fuesen inmediatamente decapitados.

Cuando Pedro salió de la cárcel, sus hermanos en la fe le rogaron que huyera de la ciudad, y, aunque él al principio se resistió a hacerlo, finalmente convencido por ellos se dispuso a salir de Roma, y al llegar a una de las puertas de la muralla situada en el lugar que actualmente lleva el nombre de Santa María «ad passus», según la versión que de este hecho nos han dejado san Lino y san León, vio a Cristo que venía hacia él. Pedro, al verlo, le dijo:

—*Domine, quo vadis?* o sea, Señor, ¿adónde vas?

—A Roma, para que me crucifiquen de nuevo.

—¿Para que te crucifiquen de nuevo? —preguntóle Pedro.

—Sí —contestó el Señor.

Entonces Pedro exclamó:

—En ese caso me vuelvo para que me crucifiquen también a mí contigo.

En aquel preciso momento el Señor subió al cielo ante la mirada atónita de san Pedro que comenzó a llorar de emoción, porque repentinamente se dio cuenta de que la crucifixión de que Cristo había hablado era la que a él le aguardaba, es decir, la que el Señor iba nuevamente a padecer a través de su propia crucifixión. Inmediatamente pues, volvió sobre sus pasos, se internó en la ciudad y refirió a los hermanos la visión que había tenido. Poco después, los soldados de Nerón lo detuvieron, y en calidad de prisionero lo condujeron a la presencia del prefecto Agripa. Según el relato de san Lino, la cara del apóstol, al comparecer ante el juez, brillaba como el sol.

Agripa, al verle, le dijo:

—¡De manera que tú eres ese sujeto que en determinadas reuniones con la plebe se da tanta importancia...! Tengo entendido que aprovechas tu influencia sobre las mujeres que te siguen para inculcarles que no se acuesten con sus maridos.

Pedro, encarándose con el prefecto, le respondió:

—Yo no me doy importancia ni presumo de nada ni de nada me glorío; pero sí te hago saber que lo único que de verdad me importa es ser fiel discípulo de mi Señor Jesucristo, el Cricuficado.

Agripa condenó a Pedro a morir en una cruz; podía legalmente aplicársele este tormento, porque era forastero; en cambio, a Pablo, como era ciudadano romano y no podía según las leyes ser castigado con este procedimiento, lo condenó a muerte por el sistema de decapitación.

Dionisio, en carta escrita a Timoteo con motivo de la muerte de Pablo, habla de la condena

recaída sobre uno y otro apóstol, y se expresa de esta manera: «¡Oh, hermano mío Timoteo! Si hubieses sido testigo de los últimos momentos de estos mártires, hubieras desfallecido de tristeza y de dolor. ¿Cómo oír sin llorar la publicación de aquellas sentencias en las que se decretaba la muerte de Pedro por crucifixión y la de Pablo por degollación? ¡Si hubieses visto como los gentiles y los judíos los maltrataban y lanzaban salivazos sobres sus rostros! Cuando llegó el momento en que deberían separarse para ser conducidos al lugar en que cada uno de ellos había de ser ejecutado, ¡momento verdaderamente terrible!, aquellas dos columnas del mundo fueron maniatadas entre los gemidos y sollozos de los hermanos que estábamos presentes. Entonces dijo Pablo a Pedro: «La paz sea contigo, ¡oh fundamento de todas las Iglesias y pastor universal de las ovejas y corderos de Cristo!». Pedro por su parte respondió a Pablo: «¡Que la paz te acompañe también a ti, predicador de las buenas costumbres, mediador de los justos y conductor de sus almas por los caminos de la salvación!». Una vez que separaron al uno del otro, pues no los mataron en el mismo sitio, yo seguí a mi maestro». Hasta aquí el relato de Dionisio.

León y Marcelo refieren que en el momento en que Pedro iba a ser crucificado, el apóstol dijo: «Cuando crucificaron a mi Señor, pusieron su cuerpo sobre la cruz en posición natural, con los pies abajo y la cabeza en lo alto, en esto sus verdugos procedieron acertadamente, porque mi Señor descendió desde el cielo a la tierra; a mí, en cambio, debéis ponerme de manera distinta: con la cabeza abajo y los pies arriba; porque además de que no soy digno de ser crucificado del mismo modo que Él lo fue, yo, que he recibido la gracia de su llamada, voy a subir desde la tierra hasta el cielo; os ruego por tanto que, al clavar mis miembros a la cruz, lo hagáis de tal forma que mis pies queden en lo alto y mi cabeza en la parte inferior del madero. Los verdugos tuvieron bien acceder a este deseo y, en consecuencia, colocaron el cuerpo del santo sobre la cruz de manera que sus pies pudiesen ser clavados separadamente en los extremos del travesaño horizontal superior, y las manos en la parte baja del fuste, cerca del suelo».

El público que asistió a este espectáculo, en un momento dado comenzó a amotinarse, a proferir gritos contra Nerón y contra el prefecto, a pedir la muerte de ambos y a intentar la liberación de Pedro; pero éste les suplicó que no impidiesen la consumación de su martirio. Según los relatos de Hegesipo y de Lino, el Señor premió a cuantos llorando de compasión presenciaron la escena terrible, abriendo sus ojos y permitiendo que vieran a Pedro, ya cruficicado, rodeado de ángeles que tenían en sus manos coronas de rosas y de lirios y a Cristo colocado a la vera del mártir mostrando al apóstol un libro abierto. Hegesipo dice que Pedro, al ver junto a sí el libro que Cristo le mostraba, comenzó a leer en voz alta, para que todos lo oyeran, lo que estaba escrito en él, y que lo que leyó fue lo siguiente: «Señor, yo he deseado imitarte; pero no me he considerado digno de ser crucificado en la posición en que a ti te crucificaron; porque tú siempre fuiste recto, excelso, elevado; nosotros, en cambio, somos hijos de aquel primer hombre que hundió su cabeza en la tierra; por eso, ya en nuestra manera de nacer representamos la caída de nuestro primer padre, puesto que nacemos inclinados hacia el suelo, tendiendo a derramarnos sobre él y con una naturaleza de condiciones tan cambiadas y tan propensa a incurrir en errores, que frecuentemente lo que juzgamos correcto en realidad no lo es. Tu, Señor, para mí significas todas las cosas; lo eres todo para mí; fuera de ti, no quiero nada. Mientras viva y sea capaz de razonar y pueda hablar, te diré simpre y con toda mi alma: ¡Gracias, mi Dios!».

De la oración que acabamos de transcribir se deduce que fueron dos los motivos por los que este santo apóstol no quiso ser crucificado en la posición erecta, normal, en que lo fue Cristo.

Tras la visión que hemos referido, considerando san Pedro que los fieles que asistían a su martirio habían sido testigos de aquella glorificadora escena, dio gracias a Dios, encomendó a su misericordia a los creyentes, y expiro. Sus discípulos Marcelo y Apuleyo desenclavaron su cuerpo, lo ungieron con variados aromas, y lo sepultaron.

Isidoro, en su libro acerca del *Nacimiento y muerte de los Santos,* dice lo que sigue: «Pedro, después de haber fundado la iglesia de Antioquía en tiempos del emperador Claudio, marchó a Roma, para enfrentarse a Simón el Mago; allí predicó el Evangelio y ejerció su pontificado durante veinticinco años. Treinta y seis después de la muerte de Cristo Nerón lo condenó a morir crucificado y de ese modo murió, aunque, por expreso deseo suyo, los verdugos lo clavaron en la cruz cabeza abajo». Esto es lo que dejó escrito Isidoro.

El mismo día en que murieron, Pedro y Pablo se aparecieron a Dionisio. El propio Dionisio, en la carta a que anteriormente hemos aludido, refiere esta aparición de la siguiente manera: «Hermano mío Timoteo: Entérate del portento y considera el prodigio acaecido el mismo día en que ambos fueron inmolados. Yo anduve con ellos hasta el momento en que los separaron; pero después que murieron los vi otra vez juntos, vestidos con unas túnicas muy resplandecientes y coronados con diademas de luz y de claridad. Sí, los vi de esta manera; y vi también cómo cogidos de la mano entraban en Roma por una de las puertas de la ciudad». Esto está tomado literalmente de la carta de Dionisio.

3. Este crimen, y otros muchos cometidos por Nerón, no quedaron impunes como se prueba por el hecho de que este malvado emperador puso fin a su vida suicidándose. Aunque sea brevemente, expongamos aquí algunas de sus fechorías:

En una historia apócrifa leemos lo siguiente: Séneca, que había sido maestro de Nerón, esperaba recibir de éste alguna recompensa justa, y, en cierta ocasión, hablando de esto con su antiguo discípulo, díjole Nerón:

—Pues sí, maestro; quiero darte un premio por tus anteriores trabajos. ¿Ves ese árbol? Elige una de sus ramas, la que quieras; de la que elijas mandaré que te cuelguen para que mueras ahorcado.

Sorprendido, Séneca, preguntó a Nerón:

—¿Qué delito he cometido? ¿En qué te fundas para creerme merecedor de semejante castigo?

Por toda respuesta, Nerón comenzó a blandir su espada sobre la cabeza del filósofo, quien, lleno de miedo, cada vez que sentía vibrar el arma sobre él se agachaba para evitar ser alcanzado por uno de aquellos golpes.

El emperador, cínicamente, preguntó a Séneca:

—Maestro, ¿por qué cada vez que te amenazo con mi espada te agachas y escondes tu cabeza?

Séneca le respondió:

—Porque soy hombre y, como tal, la muerte me produce horror y trato de evitarla.

¡Vaya! —repuso Nerón—; pues cabalmente eso es lo que me ocurre a mí respecto de ti: te tengo miedo; un miedo parecido al que te tenía cuando era niño; un miedo tan enorme que mientras vivas no me deja estar tranquilo.

Séneca le replicó:

—Si crees que es necesario que yo muera, concédeme al menos la gracia de poder elegir por mí mismo el género de muerte que me parezca menos malo.

—Te lo concedo —contestó Nerón—, pero con estas dos condiciones: que lo elijas enseguida y que lo pongas en práctica inmediatamente.

El filósofo se metió en una bañera llena de agua, se rasgó las venas de sus dos brazos, sangró abundantemente y, a causa de la hemorragia, al poco rato murió. El nombre que este maestro llevó fue de alguna manera un presagio de la suerte final que le aguardaba, porque Séneca etimológicamente deriva de *se necans,* que quiere decir *matador de sí mismo* o lo que es igual, suicida; y suicida fue este hombre porque, de hecho, se suicidó, se mató a sí mismo, aunque sabemos que lo hizo contra su voluntad, obligado por las circunstancias.

Según algunos relatos Séneca tuvo dos hermanos, que se llamaron Juliano Galio y Nela; Juliano Galio, eminente declamador, murió también suicidándose; Nela fue padre del célebre poeta Lucano. También Lucano, al igual que su tío, viose obligado por orden de Nerón a poner fin a su vida, y lo hizo cortándose las venas de sus brazos.

En la historia apócrifa que hemos mencionado se refiere este espeluznante relato:

Nerón, en un arrebato de locura, mandó a unos médicos que mataran a la mujer que le trajo al mundo, es decir, a su madre, y que luego le abrieran el vientre, porque quería ver con sus propios ojos cómo era el útero en que su cuerpo había sido formado. Los médicos se resistieron a ejecutar una orden tan monstruosa, y trataron de hacer ver a Nerón que la razón y la ley natural prohibían algo tan contra naturaleza, como que un hijo mandara matar a su madre; le recordaron incluso el dolor que aquella mujer había padecido al parirlo y los muchos trabajos y desvelos que pasó para criarlo y alimentarlo. Mas a todos estos argumentos replicó Nerón de esta manera extraña:

—Quiero saber por experiencia si es verdad que todo eso que decís acerca de lo mucho que una madre padece por su hijo; haced, pues, que yo conciba un niño y que quede preñado y que lo para.

Parece ser que Nerón, desde que en cierta ocasión yendo por una calle oyó los gritos espantosos que daba una parturienta, sentía un obsesivo deseo de quedar preñado y parir, para comprobar si el trance del parto producía tanto sufrimiento como para tener que gritar de aquella manera.

Los médicos, al oír la proposición del emperador, le respondieron:

—Señor, lo que pretendéis es imposible. Vuestro deseo, además de irracional, es irrealizable, porque va contra la naturaleza.

Nerón, en un arranque de ira, exclamó:

—Pues si no conseguís que yo quede preñado y para, os aseguro que acabaré con todos vosotros mandando que os den una muerte horrorosa.

Ante semejante amenaza, los médicos tramaron lo siguiente: sin que él se diera cuenta de ello, en una de las pócimas que de vez en cuando le daban para hacerle creer que intentaban que quedara preñado, le hicieron tragar una rana; luego, mediante cierto artificio, hicieron que la rana se inflase dentro del vientre de Nerón; al inflarse la rana inflábase también la barriga del emperador, con lo cual éste llegó a creer fácilmente, al ver cómo el volumen de su vientre de día en día aumentaba, que estaba preñado. Por otra parte, los médicos le prescribieron un régimen alimenticio muy concreto y riguroso, asegurándole que era el que convenía al estado en que se encontraba, pero tendente, en realidad, a procurar que la rana siguiera hinchándose más y más. Al cabo de cierto tiempo Nerón empezó a sentir fuertes dolores de vientre y retortijones, tan intensos y molestos, que se vio obligado a decir a los médicos:

—Acelerad cuanto podáis el momento del parto, que ya debe de estar cerca a juzgar por los dolores insoportables que padezco; son tan fuertes que casi no puedo ni respirar; seguro que éste es el sufrimiento que hace gritar a las parturientas cuando van a parir.

Los médicos entonces le administraron una bebida fuertemente purgante, y de efectos tan rápidos que inmediatamente el emperador expulsó entre la evacuación una rana, envuelta en humores viscosos y sanguinolentos y de aspecto tan repugnante que, cuando Nerón la vio, sintió tal asco que enseguida apartó de ella su mirada, y sumamente extrañado preguntó a los médicos:

—¿A qué se debe que haya parido algo tan monstruoso?

Los médicos le respondieron:

—Débese señor, a vuestra impaciencia. No quisisteis aguardar a que pasara el tiempo que la naturaleza requiere; nos exigísteis que acelerárамos vuestro parto. Así lo hicimos. Por eso, en vez de parir un hijo enteramente formado, habéis parido un feto disforme.

—Entonces, cuando yo estaba en el vientre de mi madre, ¿fui una cosa tan horrible como esa? —preguntó el emperador.

—Sí señor —dijéronle los médicos.

Nerón mandó que recogieran aquel feto, que lo metieran en una urna de piedra, que lo ocultaran en algún lugar secreto y que lo alimentaran convenientemente.

Este episodio no consta en ninguna crónica, pero sí se halla referido, como hemos dicho, en una historia apócrifa.

En otra ocasión, pensando en lo que debió ser el incendio de Troya, y deseando contemplar un espectáculo semejante, mandó prender fuego a la ciudad de Roma. Siete días y siete noches estuvo ardiendo la capital del Imperio. Nerón siguió el curso de este acontecimiento desde una altísima torre, emocionado, y temblando de alegría al ver cómo subían y se retorcían las pavorosas llamas; y, en los momentos de mayor exaltación, recitaba con énfasis versos de la Iliada.

De este hombre dicen algunas crónicas que para pescar usaba redes de oro, que era aficionado a la música, y tan buen recitador y tañedor que superaba en maestría a los citaristas y comediantes de oficio. Dicen también que se casó con un hombre, y que en tan extraño connubio se reservó para sí el papel de mujer y asignó al otro las funciones de marido. Según Orosio, los romanos, no pudiendo soportar por más tiempo la crueldad con que gobernaba, se rebelaron contra él, lo persiguieron y lo obligaron a huir de la ciudad; y, al verse acosado por sus perseguidores, antes de que estos le echaran mano, lleno de miedo, con sus propios dientes afiló un palo, con él se atravesó el pecho y se suicidó. En otros relatos se asegura que fue devorado por una manada de lobos. También se dice de él que, cuando los romanos encontraron la urna en que había mandado custodiar la rana de su parto, cogieron el bicho aquel, lo tiraron fuera de la muralla y luego lo quemaron. Hay quienes opinan que el nombre de *Lateranense* dado a uno de los barrios de la ciudad, se debe a que precisamente en tal barrio estuvo escondida la urna en que se guardaba la rana, y que esta palabra *Lateranense* deriva de *latente rana,* es decir, de *escondida rana.*

4. En tiempos del papa san Cornelio los creyentes griegos hurtaron los cuerpos de los apóstoles y, cuando intentaban sacarlos de la ciudad, los demonios que moraban dentro de las estatuas de los ídolos comenzaron a gritar: ¡Socorro, romanos! ¡Acudid presto, que están llevándose a vuestros

dioses! Al oír este griterío salieron de sus casas infinidad de personas, tanto cristianas como paganas; las cristianas, porque creyeron, como así era en efecto, que se trataba de los cuerpos de los apóstoles; y las paganas porque sospecharon que los dioses a que se referían los gritos pudieran ser sus propias divinidades. Los griegos, al verse perseguidos por tan innumerable gente, arrojaron los cuerpos robados al fondo de un pozo, en las catacumbas, de donde poco después los extrajeron y recuperaron los cristianos.

San Gregorio, en su *Registro,* da de este hecho una versión un tanto diferente: dice que cuando los griegos hicieron este hurto se desencadenó repentinamente una terrible tormenta, con tal aparato de relámpagos y truenos que los ladrones, asustados, huyeron, dejando los sagrados restos abandonados en las catacumbas; y que cuando los cristianos los recuperaron, como quiera que los huesos de ambos santos estaban confusamente entremezclados, oraron y ayunaron, pidiendo a Dios que les diera a conocer por medio de algún signo cuáles de aquellas reliquias correspondían al cuerpo de san Pedro y cuáles al de san Pablo. Entonces, continúa san Gregorio, se oyó una voz celestial que decía: «Los huesos mayores son del Predicador, y los menores, del Pescador». A continuación los restos de uno y de otro se separaron por sí mismos, y, de ese modo, sin lugar a dudas, pudieron ser posteriormente trasladados a las respectivas iglesias que en su honor los fieles habían edificado. Pero acerca de esto existe otra versión: hay, en efecto, quien dice que, cuando san Silvestre consagró los dos templos construidos por los cristianos, uno en honor de un apóstol y otro en honor del otro, los huesos de entrambos estaban mezclados, y que el referido papa, con suma reverencia, los pesó en una balanza, tal como estaban, grandes y pequeños, y que luego colocó la mitad de ellos en una iglesia y la otra mitad en la otra.

San Gregorio, en sus *Diálogos,* refiere el siguiente hecho:

En la iglesia donde reposan los restos de san Pedro había un hombre muy humilde y muy santo, llamado Agoncio. Este piadoso varón estaba encargado de la custodia del templo. A la sazón vivía en Roma una joven paralítica, tan imposibilitada que, para moverse de un sitio a otro, necesitaba apoyar sus manos en el suelo y sobre él arrastraba todo su cuerpo, desde los riñones hasta los pies. De esta manera la susodicha enferma iba todos los días desde su casa hasta la referida iglesia, en la que pasaba mucho tiempo, tendida sobre el pavimento, orando y pidiendo al apóstol que la curara. En cierta ocasión, mientras hacía su acostumbrada súplica, oyó una voz milagrosa que le decía: «Acude al sacristán Agoncio, que él te sanará». Como ella no conocía al tal Agoncio, arrastrándose sobre el suelo comenzó a recorrer el templo, tratando de encontrar a alguien que le dijera quién era el hombre al que buscaba y dónde podría hallarle. En un determinado momento del recorrido, el propio Agoncio salió a su encuentro y, antes de que éste dijera nada, la enferma lo reconoció y le dijo:

—San Pedro, el apóstol, nuestro pastor y apacentador, me ha indicado que acuda a ti para que me libres de la desgracia que me aflige.

Agoncio le contestó:

—¡Bueno! Pues si él te ha dicho eso, levántate y queda curada.

Y en diciendo esto Agoncio tomóla de la mano, la alzó del suelo, la joven se puso en pie, quedó completamente curada y tan sana que en su cuerpo no se podía advertir rastro alguno de su anterior enfermedad.

El mismo san Gregorio y en el mismo libro cuenta este otro caso: Gala, una de las más encumbradas doncellas de Roma, hija del patricio y cónsul Símaco, se casó; mas al año de casarse murió su marido y quedó viuda. Por su edad y por la alta posición social que tenía parece que debiera haber contraído nuevas nupcias; pero no lo hizo así, sino que renunció a ellas y a las satisfacciones carnales, que, aunque al principio suelen proporcionar algunas alegrías, acaban acarreando muchos sinsabores. La joven viuda optó por consagrarse a Dios a sabiendas de que, si bien en los comienzos de la vida que había decidido emprender iba a hallar dificultades, si lograba superarlas, por ese camino llegaría más fácilmente a disfrutar algún día de los gozos eternos. Como era mujer de temperamento apasionado y vehemente, y a raíz de su viudez empezó a sentirse mal de salud; los médicos le dijeron que debería volver a casarse y tornar a las relaciones conyugales, porque si no desahogaba los ardores de la concupiscencia, y continuaba resistiendo a las exigencias de su naturaleza, le saldría barba; y acertaron, porque así, en efecto, sucedió no mucho después. Pero a Gala, más interesada en conservar la hermosura del alma que la del cuerpo, esta deformidad externa no le produjo pena alguna; ella estaba completamente segura de que

su celestial esposo no dejaría de amarla por esta fealdad de su rostro. Dispuesta, pues, a servir fielmente a Dios practicando la oración y la limosna, lo único que hizo cuando le sobrevino el mencionado contratiempo fue ingresar en un monasterio que había cerca de la iglesia de san Pedro, y en él vivió, dice san Gregorio, santamente hasta nuestros días. No mucho después de su ingreso sobrevínole un cáncer que empezó a corroerle uno de sus pechos. Era esta religiosa muy amante de la luz, de la espiritual y de la material; la obscuridad le resultaba ingrata; por eso, aun en pleno día, tenía en su celda dos candelas constantemente encendidas. En cierta ocasión, estando en cama, vio a san Pedro colocado enfrente de su lecho, en medio de los dos candelabros, y, al verlo, llena de alegría y animada por la devoción que le profesaba, sin dudarlo un momento, dijo al santo con gran confianza:

—¡Oh mi señor! ¿Qué significa tu presencia aquí? ¿Quieres darme a entender que mis pecados me han sido perdonados?

San Pedro, sonriendo, con un movimiento de su cabeza respondió afirmativamente y de palabra le aclaró:

—Sí; tus pecados están perdonados. Ven conmigo.

—¡Señor —se apresuró a decir ella—, lleva también a sor Benedicta, te lo ruego!

El apóstol le contestó:

—No; sor Benedicta no irá con nosotros en esta ocasión, pero sí otra de las religiosas de esta casa.

Comunicó sor Gala a la abadesa la visión que había tenido, y, tres días después de esta aparición, la abadesa y sor Gala murieron.

Veamos este otro caso referido también por san Gregorio en el citado libro:

Un presbítero de vida muy santa cayó gravemente enfermo; en un momento de su extrema gravedad comenzó a exclamar con transportes de alegría:

—¡Bienvenidos, señores míos! ¡Bienvenidos, señores míos! ¿A qué se debe vuestra visita? ¿Cómo es posible que os hayáis dignado venir a ver a un siervo tan insignificante como yo?, ¡Ya voy!, ¡ya voy! ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Los que le acompañaban y atendían preguntáronle:

—¿A quiénes saludas? ¿Con quiénes hablas? ¿A quiénes dices estas cosas que estás diciendo?

El enfermo les contestó:

—Pero, ¿es que vosotros no véis a los santos apóstoles Pedro y Pablo que están aquí?

Seguidamente repitió las anteriores exclamaciones y, mientras gozosamente las repetía, su santa alma salió de su cuerpo.

Algunos ponen en duda que Pedro y Pablo fueran martirizados el mismo día. Otros sostienen que murieron en una misma fecha, pero con un año de diferencia. Sin embargo, san Jerónimo, y casi todos los santos que han tratado de este tema, coinciden en afirmar que los dos apóstoles sufrieron su martirio simultáneamente, es decir, el mismo día del mismo mes y del mismo año; y se fundan en estos dos testimonios: en el de la carta de Dionisio a Timoteo, y en un sermón generalmente atribuido a san León, aunque en opinión de algunos pudiera ser de san Máximo. En este sermón se dice textualmente lo que sigue: «Tenemos argumentos suficientes para afirmar que ambos sufrieron el martirio en un mismo día y en un mismo lugar, y en virtud de la sentencia dictada por un mismo tirano. Murieron en un mismo día para en el mismo día llegar los dos a la presencia de Cristo; murieron en un mismo lugar, es decir, en Roma, para que esta ciudad en lo sucesivo perteneciese a los dos; murieron víctimas de la sentencia de un mismo tirano para que la misma crueldad los alcanzase a los dos. Murieron el mismo día para que nosotros conmemorásemos simultáneamente los méritos de ambos; y en el mismo lugar para que una misma gloria los cubriese; y víctimas del mismo decreto para que quedase bien claro el valor con que los dos arrostraron su sacrificio». Así dice este sermón atribuido a san León. En virtud de estos testimonios no cabe razonablemente dudar de que los dos fueron martirizados en el mismo día y aproximadamente a la misma hora. El lugar, cierto que no fue materialmente el mismo, si por lugar entendemos el sitio concreto en que cada uno de ellos murió; pero sí puede decirse de alguna manera que fue el mismo, puesto que los escenarios en que uno y otro inmolaron su vida estaban en Roma, y eso es suficiente para afirmar, como hace san León en el sermón citado, que los dos murieron en el mismo lugar.

Un poeta resumió la gesta de ambos martirios en estos dos versos latinos:

«Ense coronatur Paulus, cruce Petrus, eodem
sub duce, luce, loco; dux, Nero; Roma locus».

«A espada murió San Pablo; crucificado murió

San Pedro; Los dos bajo el mismo tirano, el mismo día, en el mismo lugar. El tirano fue Nerón; el lugar, la ciudad de Roma».

Otro poeta escribió:

«Ense sacrat Paulum par lux, dux, urbs cruce Petrum».

«El mismo día, el mismo emperador y la misma ciudad, sacralizaron a Pablo con una espada y a Pedro con una cruz».

Aunque ambos fueron martirizados en la misma fecha, san Gregorio determinó que el día en que murieron se reservase para la celebración litúrgica de la festividad de san Pedro, por tres razones: porque en un día como ese fue consagrada la iglesia construida en honor de este apóstol; porque Pedro precedió a Pablo en la conversión y en dignidad, y porque fue obispo de Roma. El mismo papa dispuso que en la jornada siguiente, todos los años, se celebrase la fiesta de san Pablo.

Capítulo XC

SAN PABLO, APÓSTOL

La palabra Pablo significa varias cosas: boca de trompeta, boca de otros, admirablemente elegido, milagro de elección, y, en cuanto derivada de *pausa,* que en hebreo equivale a *reposo* y en latín *a poco,* significa también poco y reposo. Estos seis significados convienen adecuadamente a este santo apóstol, como vamos seguidamente a ver, a través de seis prerrogativas muy peculiares que caracterizaron su vida:

Boca de trompeta fue por su lengua fructuosa, con la que predicó el Evangelio desde Iliria hasta Jerusalém.

Boca de otros, o sea, boca del corazón, por su entrañable caridad que le hacía decir: *«Si alguno desfallece, con él desfallezco yo también».* En otra ocasión afirmó: *«¡Oh corintios! ¡Os abrimos nuestra boca, ensanchamos nuestro corazón!».*

Admirablemente elegido, como se prueba por su milagrosa conversión. Admirablemente elegido fue san Pablo y no menos admirablemente convertido.

Milagro de elección, por sus manos hacendosas. ¿No fue acaso un milagro y un milagro muy grande el hecho de que hiciera compatible su incesante predicación con el trabajo manual que desempeñó a lo largo de su vida apostólica para procurarse su sustento?

Reposo, por su altísima contemplación durante la cual alguna vez su espíritu fue arrebatado hasta el tercer cielo. Reposo o descanso en el Señor; reposo de la mente, porque la mente reposa durante la contemplación.

Poco, es decir, modesto, por su virtuosa humildad.

Tres opiniones hay acerca de los nombres que este apóstol llevó:

La de Orígenes, según el cual siempre usó estos dos: el de Saulo y el de Pablo.

La de Rabano. Este escritor dice que antes de su conversión utilizó exclusivamente el de Saulo en memoria del soberbio rey Saul, pero que después de convertirse comenzó por humildad a emplear el de Paulo, o Pablo, en el sentido de párvulo, pequeño, poca cosa, sencillo de espíritu. En cierta ocasión, cual si tratara de justificar este cambio de nombre, dijo de sí mismo: *«Soy el más insignificante de todos los apóstoles».*

La de Beda. Beda supone que cambió el nombre de Saulo por el de Paulo o Pablo cuando, ya en pleno ejercicio de su apostolado, convirtió al procónsul Sergio Paulo.

El papa san Lino escribió la historia del martirio de este santo apóstol.

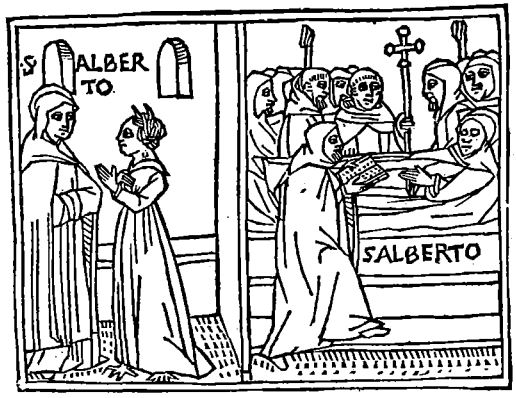
El apóstol san Pablo, después de su conversión, fue objeto de muchas persecuciones. San Hilario las enumera sumariamente de este modo: «El apóstol Pablo, en Filipo, fue azotado con varas, encarcelado y atado por los pies a un poste; en Iconio y Tesalónica, sus enemigos lo acosaron implacablemente; en Efeso, lo arrojaron a las fieras; en Damasco lo encerraron en una prisión de la que lo sacaron sus libertadores descolgándolo metido en una espuerta; en Jerusalén lo detuvieron, lo golpearon, lo maniataron y lo zahirieron sañudamente; en Cesarea fue nuevamente encarcelado y acusado de criminal; durante su navegación hacia Italia pasó por grandes peligros; en Roma, Nerón, lo llevó ante su tribunal y lo condenó a muerte; y en esta ciudad, finalmente, fue martirizado». Hasta aquí, san Hilario.

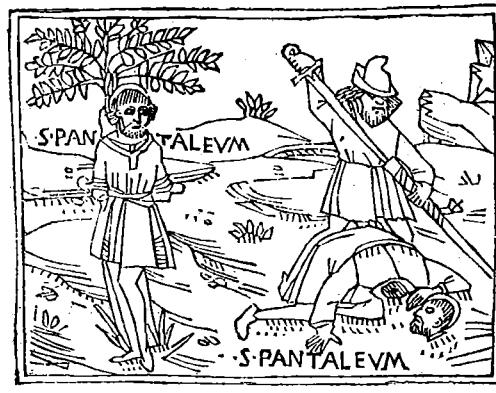
Pablo recibió el encargo de ejercer su apostolado entre los pueblos de la gentilidad. En Listra curó a un paralítico y resucitó a un joven que sin querer se había matado al caerse de una ventana, e hizo otros muchos milagros más. En la isla de Malta estuvo a punto de ser mordido en una de sus manos por una víbora, pero se desasió a tiempo de ella y, antes de que pudiera ser picado por el venenoso reptil, arrojólo a una lumbre. En relación con este episodio se dice que a partir de entonces ningún animal dañino atacó jamás a los descendientes del señor que le hospedó en su casa cuando lo de la víbora y que los hombres pertenecientes al linaje del referido señor, para comprobar si los paridos por sus esposas son o no son adulterinos, introducen en sus cunas algunas serpientes para ver si los pican o los respetan.

S·IOHAN
E MARTIRE

S·GAVDENCIO
S·GAVDENCI

F


S ALBER TO
SALBERTO


S·PAN TALEVM
·S·PANTALEVM

En algunas cosas san Pablo es inferior a Pedro, en otras igual a él, y en otras, superior. Es inferior en dignidad, igual en santidad y superior en cuanto predicador.

Según Haymon, san Pablo se levantaba al canto del gallo y se ocupaba en trabajos manuales hasta la hora quinta; desde esta hora hasta que anochecía se entregaba al ministerio de la predicación y empleaba el resto del tiempo en tomar algún alimento, en la oración y en el descanso nocturno.

Cuando este apóstol llegó a Roma, Nerón, que aunque ejercía ya como emperador aún no había sido coronado ni confirmado definitivamente en el cargo, no prestó mucha atención a los comentarios de la gente sobre los conflictos que existían entre Pablo y los judíos y entre éstos y los cristianos; por eso el apóstol pudo libremente predicar y moverse por la ciudad. San Jerónimo dice en su libro los *Hombres ilustres,* que Pablo llegó a la capital del Imperio en calidad de prisionero, el año 25 después de la Pasión del Señor, cuando ya Nerón llevaba dos ejerciendo como emperador, y que, aunque siempre estuvo vigilado, durante un bienio gozó de cierta libertad de movimientos y pudo sostener frecuentes controversias con los judíos; pasados esos dos años primeros, Nerón suprimió la vigilancia a la que le tenía sometido, permitióle actuar libremente, y el apóstol aprovechó aquella circunstancia para predicar por los pueblos de occidente, hasta que el año catorce del imperio del mencionado emperador éste le condenó a muerte y mandó que fuese decapitado. La sentencia se cumplió el mismo día del mismo año en que San Pedro fue crucificado. Eso dice san Jerónimo.

La fama de la sabiduría y santidad de san Pablo se extendió por todas partes; cuantos lo conocían lo admiraban; llegó a granjearse la amistad de muchos cortesanos y hasta la de algunos parientes del emperador, y ni que decir tiene que a todos estos amigos los convirtió a la fe de Cristo. En varias ocasiones determinados escritos suyos fueron leídos públicamente en presencia de Nerón y altamente alabados por los concurrentes. En el senado se tenía muy buena opinión de él.

Una tarde, mientras el apóstol predicaba desde una terraza ante una enorme multitud, cierto pajecillo del emperador, llamado Patroclo, deseando ver y oír perfectamente al predicador, cosa que no resultaba fácil para él por la innumerable muchedumbre que llenaba la plaza, se encaramó en una ventana situada a considerable altura; un rato después el muchacho se quedó adormecido, se cayó al suelo y se mató. Cuando Nerón recibió la noticia de que aquel paje, al que profesaba singular cariño, había muerto, afligióse sobremanera e inmediatamente nombró a otro para que ocupara el puesto que el difunto había dejado vacante. San Pablo, por revelación interior, tuvo conocimiento de todo este suceso, y al instante rogó a algunos de su auditorio que llevaran en seguida a donde él estaba el cuerpo de Patroclo, y en cuanto se lo llevaron resucitó al pajecillo favorito del emperador y le aconsejó que, sin pérdida de tiempo, acompañado por algunos compañeros suyos, se presentase ante el César. Hallábase éste llorando amargamente la muerte de su querido paje, cuando alguien procedente de la calle irrumpió en la estancia del emperador y le comunicó que Patroclo estaba vivo. Nerón, al enterarse de que el jovencito había resucitado, se llenó de miedo y dio la orden de que no se permitiera la entrada en palacio al mancebo, Momentos después, persuadido por algunos de sus consejeros, accedió a recibir al difunto vuelto a la vida, y cuando lo tuvo ante sí, le preguntó:

—Patroclo, ¿es verdad que estás vivo?

—Verdad es, señor —contestó Patroclo.

Nerón tornó a preguntar:

—¿Quién te resucitó?

El muchacho respondió:

—Jesucristo, Rey de todos los siglos.

Esta respuesta disgustó a Nerón, quien, visiblemente encolerizado, replicó:

—¿Quieres decir que ese Cristo reinará perpetuamente y someterá a su dominio a los demás reinos del mundo?

—Sí, césar; eso es lo que quiero decir —declaró Patroclo.

El emperador dio una bofetada al muchacho y al mismo tiempo le preguntó:

—¿Pretendes hacerme ver que te has pasado a las filas de ese rey?

—Así es —confirmó el mancebo—. Me he alistado a sus filas, puesto que él me ha resucitado de entre los muertos.

Cinco ministros, consejeros habituales del emperador, que estaban presentes, al ver que Nerón había abofeteado al muchacho desaprobaron este gesto y, encarándose con su señor, le dijeron:

—¿Por qué has golpeado al paje que no ha hecho otra cosa más que hablar con cordura y responder verazmente a las preguntas que le has for-

mulado? Entérate de una vez: también nosotros militamos en las filas de ese invictísimo Rey.

Oído esto, Nerón, pese a que hasta entonces había distinguido con su confianza y amistad a aquellos cinco ministros, mandó que los atormentaran durísimamente y acto seguido ordenó que prendiesen a todos los cristianos, y que, sin proceso previo de ninguna clase, los sometieran a diferentes tormentos. A raíz de esta orden Pablo fue detenido, maniatado y conducido con algunos otros más a prescindir del emperador. Nerón dijo a Pablo:

—¡Oh hombre, servidor del gran rey y ahora prisionero mío! ¿Por qué seduces a mis soldados, me los arrebatas y te los llevas contigo?

Pablo le respondió:

—Yo alisto militantes para mi Señor, no sólo en las tierras de tu imperio, sino en todo el mundo. Nuestro Rey concederá a cuantos se incorporen a las filas de su ejército recompensas que no se pierden ni se desgastan y más que suficientes para ponerlos al abrigo de cualquier clase de necesidad. Si quieres someterte a El, te salvarás. Sus poderes son tan grandes que un día se presentará ante nosotros como Juez universal, y por medio del fuego acabará con la organización actual de este mundo.

Al oír el emperador que este mundo iba a ser destruido por el fuego se encolerizó, y, tomando pie de esa afirmación, mandó que quemasen vivos a todos los seguidores de ese Rey, y que Pablo fuese inmediatamente decapitado como reo de un delito de lesa majestad.

A consecuencia de este decreto imperial fueron tantos los cristianos martirizados que el pueblo romano se sublevó, invadió violentamente el palacio del emperador, irrumpió, amotinado, en la estancia en que se encontraba Nerón, y comenzó a gritar:

—¡Basta ya, césar! ¡Basta de carnicería! ¡Anula inmediatamente las órdenes que has dado! ¡Esos a quienes has mandado asesinar son conciudadanos nuestros y pertenecen como nosotros al Imperio romano!

Nerón, asustado, anuló el anterior decreto y dictó otro, en el que disponía que ningún cristiano fuese castigado antes de que el emperador estudiase detenidamente los cargos que contra él se hubiesen formulado y tomase la resolución que estimase conveniente.

Tras de este nuevo decreto Pablo fue sacado de la cárcel y conducido a presencia del césar, quien, sin poder contenerse, en cuanto lo vio, exclamó destempladamente con voz estentórea:

—¡Llevaos a este malhechor! ¡Cortadle la cabeza a este impostor! ¡Matad inmediatamente a este criminal! ¡Aniquilad a este embaucador! ¡Raed de la superficie de la tierra a este perturbador y propagador de demencias!

A semejantes gritos respondió Pablo mansamente:

—Nerón, los sufrimientos que por orden tuya tendré que padecer, durarán muy poco, y tras de ellos empezaré a vivir una vida eterna en compañía de mi Señor Jesucristo.

El emperador, sin querer escucharle, prorrumpió en nuevas voces, diciendo:

—Cortadle la cabeza sin pérdida de tiempo, para que entienda de una vez que yo soy más poderoso que ese rey suyo y se convenza de que le he vencido. En cuanto haya muerto, ya veremos en qué queda eso de que va a vivir eternamente.

Pablo le replicó:

—Pues para demostrarte que en cuanto me mates iniciaré una vida eterna, después de que me hayan cortado la cabeza me presentaré ante ti, y con mi aparición te probaré que Cristo es el Dios de la vida y que tiene poder sobre la muerte.

A continuación llevaron a Pablo al lugar en que iba a ser decapitado, y por el camino los tres soldados que le conducían le preguntaron:

—Pablo, dinos quién es ese rey vuestro al que tanto amáis y en cuyo honor sacrificáis vuestras vidas sin que os importe morir, y acláranos qué clase de recompensa esperáis recibir de él.

Pablo, tomando la palabra, comenzó a hablarles del reino de Dios, de las penas del infierno, de la doctrina del Evangelio, y les predicó de tal manera que los convirtió a la fe de Cristo. Después de esto, los soldados lo desataron, le dijeron que estaba libre y le invitaron a huir en la dirección que quisiera. Pero Pablo les dijo:

—¡Oh hermanos! ¡Nada de huir! Eso no lo haré de ninguna manera. Yo no soy un cobarde, sino un legítimo soldado de Cristo, de cuyas filas no pienso desertar; estoy plenamente convencido de que al término de mi vida transitoria entraré en la eterna. Escuchad lo que os digo: en cuanto sea decapitado, algunos cristianos ocultamente recogerán mi cuerpo; observad dónde me entierran, y, mañana por la mañana, acudid a donde me hayan enterrado y hallaréis junto a mi sepulcro a dos hombres que allí estarán orando; se llaman uno

Tito y otro Lucas; cuando lleguéis les diréis que yo os mandé que fueseis; ellos os bautizarán y os harán miembros de la Iglesia y coherederos del reino de los cielos.

Todavía iban hablando de estas cosas cuando fueron alcanzados por dos soldados enviados por Nerón para que comprobaran si Pablo había sido ya decapitado. El apóstol trató de convertirlos, pero ellos le replicaron:

—Creeremos que cuanto predicas es verdad si después de muerto resucitas; pero ahora es menester que se cumpla la sentencia dictada por el emperador; por tanto, vamos a ejecutarte inmediatamente y darte el castigo que has merecido.

Continuaron caminando. Al llegar a la puerta de Ostia salióles al encuentro Plantila, una mujer discípula de Pablo. Dionisio dice que esta cristiana se llamaba Lemobia. Lemobia o Plantila —probablemente esta mujer tenía dos nombres— comenzó entre sollozos a encomendarse a las oraciones del apóstol, quien tratando de tranquilizarla le dijo:

—Plantila, hija de la salvación eterna: dame el velo con que cubres tu cabeza; con él quiero vendarme los ojos; más adelante te lo devolveré.

Mientras se lo daba, los verdugos, riéndose, dijeron a Plantila:

—¡Qué tonta eres! ¿Cómo te fías de este mago impostor y le das esa tela tan preciosa que vale sin duda su buena cantidad de dinero? ¿Crees que la vas a recuperar? Ya puedes darla por perdida.

Llegados al sitio en que Pablo iba a ser decapitado, el santo apóstol se volvió hacia oriente, elevó sus manos al cielo y llorando de emoción oró en su propio idioma y dio gracias a Dios durante un largo rato; luego se despidió de los cristianos que estaban presentes, se arrodilló con ambas rodillas en el suelo, se vendó los ojos con el velo que Plantila le había dado, colocó su cuello sobre el tajo, e inmediatamente, en esa postura, fue decapitado; mas, en el mismo instante en que su cabeza salía despedida del tronco, su boca, con voz enteramente clara, pronunció esta invocación tantas veces repetida dulcemente por él a lo largo de su vida: «¡Jesucristo!». En cuanto el hacha cayó sobre el cuello del mártir, de la herida brotó primeramente un abundante chorro de leche que fue a estrellarse contra las ropas del verdugo; luego comenzó a fluir sangre y a impregnarse el ambiente de un olor muy agradable que emanaba del cuerpo del mártir y, mientras tanto, en el aire brilló una luz intensísima.

Sobre la muerte de san Pablo, Dionisio, en la carta a que nos hemos referido anteriormente, escribió a Timoteo lo siguiente: «En aquella tristísima hora, oh mi querido hermano, dijo el verdugo a Pablo: «Prepara tu cuello». Entonces el santo apóstol miró al cielo, hizo la señal de la cruz sobre su frente y sobre su pecho, y exclamó: «¡Oh Señor mío Jesucristo: en tus manos encomiendo mi espíritu!». Dicho esto, serenamente, con naturalidad, estiró su cuello y, al descargar el verdugo el hachazo con que le amputó la cabeza, recibió la corona del martirio; pero, en el mismo instante en que recibió el golpe mortal, el santísimo mártir desplegó un velo, recogió en él parte de la sangre que brotó de su herida, plegó de nuevo la tela, la anudó y se la entregó a Lemobia. Un rato después esta mujer se encontró con el verdugo y le preguntó: «¿Dónde has dejado el cuerpo de mi maestro Pablo?» El verdugo le respondió: «Junto al de su compañero, fuera de la ciudad, en un sitio llamado Valle de los combatientes; con tu velo le cubrí el rostro». Lemobia replicó al verdugo diciendo: «Ahora mismo Pedro y Pablo, vestidos con túnicas de gala y con sus cabezas iluminadas por halos de luz resplandeciente, acaban de entrar en Roma». Entonces ella mostró el velo ensangrentado a cuantos estaban presentes, muchos de los cuales, conmovidos por este hecho, se convirtieron e hicieron cristianos». Hasta aquí, Dionisio.

Nerón, al enterarse de esto, se asustó extraordinariamente y empezó a cambiar impresiones sobre este asunto con sus amigos y con algunos filósofos, y, cuando estaba comentando con ellos estas cosas en un salón de palacio, a puertas cerradas, sin que nadie las abriera, presentóse Pablo ante los reunidos, se encaró con el emperador y le dijo:

—César, aquí me tienes; aquí está Pablo, soldado del Rey eterno e invicto. Supongo que ahora creerás lo que antes de que me decapitaran te anuncié. Ya ves que no soy un muerto, sino que estoy vivo. Escucha, pues, ahora, lo que tengo que decirte: con mi muerte he entrado en la verdadera vida; tú, en cambio, cuando mueras, no vivirás, sino que serás absorbido por el abismo de la muerte eterna por estar matando inicuamente a los siervos de Dios.

Dicho esto, Pablo, repentinamente, desapareció.

Tan grande fue el miedo que se apoderó de Nerón, que parecía haberse vuelto loco; no sabía qué hacer; pero, al fin, convencido por los consejos de

algunos de sus amigos, puso en libertad a Patroclo, a Bernabé y a otros, y les permitió que se marcharan a donde quisieran.

Los tres soldados que habían conducido a Pablo al lugar del suplicio, y los otros dos que se les unieron por el camino, y que se llamaban Longinos —éste era jefe de milicias— y Acesto, al día siguiente, muy de mañana, acudieron al sitio en que el apóstol había sido enterrado y, al acercarse al sepulcro, vieron a Pablo de pie, acompañado por Tito y Lucas, que estaban a su lado y oraban conjuntamente; pero Tito y Lucas, al ver que se acercaban aquellos cinco soldados, huyeron asustados y Pablo desapareció. Los soldados comenzaron a correr en pos de los fugitivos diciéndoles a voces:

—No huyáis; no somos perseguidores vuestros; hemos venido hasta aquí por orden de Pablo para que nos bauticéis y hemos visto como ahora mismo estaba con vosotros rezando.

Al oír esto, Tito y Lucas regresaron hasta donde estaban los soldados y con mucha alegría y de muy buena gana los bautizaron.

Como la cabeza de Pablo había sido arrojada a un barranco en el que había otras muchísimas más de cristianos martirizados, resultaba naturalmente imposible identificarla. En la carta de Dionisio a Timoteo se lee que algún tiempo después, con motivo de sanear aquella sima que estaba llena de malezas, de calaveras y de osamentas, todos aquellos restos humanos fueron sacados de allí y esparcidos por diferentes lugares del campo; pero un día un pastor, al ver en el suelo un cráneo, lo alzó con la punta de su cayado, se lo llevó consigo y lo colgó de uno de los postes de la corraliza en que encerraba su ganado. Aquella noche y las dos siguientes, tanto él como el amo de las ovejas, quedaron sorprendidos al ver como sobre aquella calavera brillaba una misteriosa luz. La noticia de este fenómeno se extendió rápidamente por la comarca y llegó a oídos de los cristianos y del obispo, quienes comentaron entre sí: «Seguramente se trata de la cabeza de san Pablo». En consecuencia, el obispo y toda la comunidad de fieles se trasladaron al aprisco, recogieron la calavera, la llevaron a Roma y la colocaron sobre una mesa en la que habían extendido el cuerpo del apóstol; pero antes de tratar de acoplarla el Patriarca dijo:

—Hermanos, todos sabemos que por distintos sitios del campo hay desperdigadas infinidad de calaveras procedentes de los muchos fieles que han sido martirizados. Para no exponernos a unir al cuerpo de san Pablo una cabeza que acaso no sea la suya vamos a hacer lo siguiente: pongamos este cráneo que hemos traído del aprisco a los pies del cuerpo del apóstol y pidamos al Señor que, si es verdaderamente el de san Pablo, avance por sí solo, sin ayuda ni industria nuestra, hasta acoplarse al cuerpo en el lugar correspondiente.

Aprobada la idea por todos, pusieron la cabeza a los pies del cuerpo de san Pablo, oraron, y con gran estupefacción vieron cómo la cabeza avanzaba por sí misma sobre la mesa, llegaba al lugar correspondiente del cuerpo del santo y se acoplaba perfectamente a él. De ese modo conocieron que aquella era, en efecto, la cabeza del santo apóstol y dieron gracias a Dios por haberla recuperado. Así lo cuenta Dionisio.

San Gregorio de Tours refiere este caso: En tiempos de Justino el Joven vivía un hombre tan devoto de este apóstol, que constantemente lo invocaba diciendo: «San Pablo, ayúdame». En cierta ocasión este hombre cayó en tal estado de desesperación que decidió ahorcarse, se procuró una soga y se trasladó al lugar elegido por él para poner fin a su vida. Cuando estaba preparando el artilugio para colgarse, compareció ante sus ojos una figura extraña, a manera de escuálida sombra y le dijo: «¡Animo buen hombre! ¡No temas! ¡Adelante! ¡Haz inmediatamente lo que te has propuesto hacer!». Comenzó, pues, el hombre a formar el lazo, y mientras hacía el nudo corredizo, llevado de su costumbre, dijo: «San Pablo ayúdame». Inmediatamente presentóse ante él otra sombra de aspecto humano, encarándose con la figura que le metía prisa para que se ahorcara cuanto antes, y le dijo: «¡Fuera de aquí, miserable! ¡Fuera!, que ha llegado Pablo, el protector de este hombre». En aquel preciso momento la sombra escuálida desapareció, el que pensaba ahorcarse se dio cuenta de la insensatez de su propósito, se arrepintió, arrojó lejos de sí la soga e hizo adecuada penitencia.

El mismo san Gregorio escribió en su *Registro* lo que sigue: «Son muchos los milagros que el Señor obra a través de las cadenas de san Pablo; con frecuencia acuden los fieles a pedir algunas limaduras de ellas para remedio de sus necesidades; cada vez que alguien las solicita, un sacerdote trata de obtenerlas pasando una lima sobre los eslabones, y se da este contraste: algunos fieles reciben inmediatamente las limaduras solicitadas porque, tan pronto como el sacerdote pasa la lima sobre las argollas, las partículas se desprenden con suma facilidad y

en abundancia; en cambio, otros tienen que marcharse sin ellas, porque, por más que el sacerdote pasa la herramienta sobre las cadenas, no logra desprender de ellas ni una sola limadura».

En la carta reiteradamente citada de Dionisio deplora su autor la muerte de san Pablo con estas piadosas palabras: «¿Quién será capaz de suministrar agua suficiente a nuestros ojos y de convertir nuestras pupilas en fuente inagotable de lágrimas para poder llorar de día y de noche y lamentar que se haya apagado la luz de la cristiandad? ¿Quién de nosotros no prorrumpirá en gemidos y sollozos? ¿Quién no se vestirá de luto? ¿Quién no se encuentra aturdido y atormentado? Pedro, el fundamento de la Iglesia, la gloria de los santos apóstoles, nos ha dejado huérfanos con su ausencia; Pablo, el amigo de los gentiles, el consolador de los pobres, ya no está a nuestro lado. Jamás volveremos a ver a quien era el padre de los indigentes, el doctor de los doctores, el pastor de los pastores, el abismo de la sabiduría, la trompeta que constantemente resonaba, el predicador infatigable de la verdad y el más noble de los evangelizadores. Sin la asistencia de aquel ángel de la tierra, de aquel hombre celestial, de aquella imagen y semejanza de la divinidad, de aquel espíritu deificado, todos hemos quedado en abandono y sumidos en la pobreza y miseria de este mundo despreciable y maligno. El ya está con Dios, su Señor y amigo. ¡Ay, hermano mío Timoteo, compañero del alma! ¿Dónde está tu padre, tu maestro y tu amante protector? Ya no podrá saludarte más; has quedado huérfano y desamparado. Ya no te escribirá con su propia mano cartas como las que te escribía, ni volverá a llamarte en ellas *hijo queridísimo,* ni te repetirá más aquello de *ven, hermano mío Timoteo.* ¿Por qué han caído sobre nosotros esta tristeza, estas tinieblas, estos desamparos y esta orfandad? Ya no recibirás epístolas suyas encabezadas con la frase de «Pablo, humilde siervo de Jesucristo», ni escribirá a los de otras ciudades hablándoles de ti y recomendándoles aquello de «acoged a mi querido hijo». ¡Hermano! Cierra los libros de los profetas; archívalos, porque ya no tendremos quien nos lo comente y nos explique el sentido de sus textos, de sus parábolas y de sus alegorías. Decía el profeta David, llorando la muerte de su hijo: «¡Ay de mí, hijo mío! ¡Ay de mí!». Yo también ahora me veo obligado a decir: ¡Ay de mí, maestro mío! ¡Ay de mí, verdaderamente! ¡De aquí en adelante no vendrán más a Roma aquellas caravanas de discípulos tuyos preguntando por nosotros! ¡Se acabó para siempre aquello que antes tanto se decía: «Vamos a ver a nuestros doctores; visitémoslos y preguntémosles cómo debemos gobernar las iglesias que nos han sido encomendadas, oigamos sus interpretaciones sobre las enseñanzas de Nuestros Señor Jesucristo y sobre los vaticinios de los profetas!». En verdad, hermano mío, ¿qué será de estos hijos privados de sus padres espirituales? ¿Qué suerte correrá este rebaño sin el apacentamiento de sus pastores? Y ¿qué será, ¡oh hermano!, también de nosotros, que nos hemos quedado sin aquellos directores de espíritu que habían captado el significado doctrinal y el sentido de la antigua y de la nueva ley, y en sus epístolas lo habían puesto al alcance de nuestra mente? ¡Se acabaron las correrías de Pablo! ¡Ya no volverá a dejar grabadas en el polvo de los caminos las huellas de sus santos pies! ¡Ya no oiremos más su elocuente voz, ni recibiremos los consejos que nos daba, ni las orientaciones que nos proporcionaba con la doctrina que fluía de su alma enteramente consagrada al servicio de Dios! ¿Cómo no llorar y hasta aullar de dolor? ¡Quienes dedicaron su vida a honrar y glorificar al Señor han sido condenados a muerte y ejecutados como viles malhechores! ¡Ay de mí! Cuando estaban decapitando a Pablo, yo con mis propios ojos vi como fluía su sangre inocente de aquel santo cuerpo. Puedo asegurar que mi padre, mi preceptor y maestro, ni había cometido delito alguno ni tenía por qué haber sido condenado a muerte. ¡Oh gloria de los cristianos y orgullo de los creyentes! ¿A dónde iré en lo sucesivo en busca tuya? ¡Oh trompeta retumbante! ¡Oh címbalo de las iglesias! ¡Oh lira y salterio de diez cuerdas! ¿Quién ha hecho enmudecer la música de tu voz? Jerusalén y Roma, cual si hubiesen establecido un depravado pacto de alianza para el mal, se han puesto a la misma altura, porque Jerusalén crucificó a Nuestro Señor Jesucristo y Roma asesinó a sus apóstoles. Menos mal que ya hay otra cosa que las iguala, ésta: Jerusalén se ha convertido al servicio de aquel a quien clavó en una cruz, y Roma glorifica con solemnes festividades a aquellos a quienes dio muerte. ¡Hermano mío Timoteo! Yo, en este momento, comparo a quienes tan intensamente amaste y a quienes estabas tan estrechamente vinculado, con el rey Saul y con Jonatán, porque así como éstos permanecieron unidos en la vida y en la muerte, así también aquellos unidos estuvieron en su apostolado y en su martirio. Por lo que a mí

respecta, tengo que decirte que acompañé a mi maestro y señor hasta que los hombres malévolos e inicuos que lo conducían me separaron de él; pero sé que esta separación es pasajera, no va a durar siempre; el alma de nuestro maestro conoce a sus amigos, y aunque actualmente estemos alejados de él y no podamos mantener aquel trato que con él manteníamos, algún día volveremos a vernos. Lo terrible sería que este alejamiento se confirmase e hiciese definitivo a partir del momento en que resucitemos». Hasta aquí, Dionisio.

El Crisóstomo, en un libro titulado *Elogio de san Pablo,* dedica grandes alabanzas, todas ellas muy justificadas, a este glorioso apóstol. He aquí algo de lo que en esa obra dice: «No se equivocó en nada quien comparó el alma de san Pablo con un ameno prado de virtudes y con un espiritual Edén. ¿Qué lengua podrá dignamente alabar al insigne varón cuya alma hallábase enriquecida con todos los bienes representados en todas las demás cosas y en las que se daban cita conjuntamente las buenas cualidades de los hombres y de los ángeles? Ardua es la empresa, pero no callaremos, sino que trataremos de exponer algunas de las excelencias que en él se dieron. La mayor alabanza que a alguien podemos tributar es reconocer que no hay palabras adecuadas suficientes para ponderar las grandezas y virtudes de su alma. Quienes en asuntos de esta naturaleza otras veces hemos salido airosos, lo mejor que en esta ocasión podemos hacer es declarar de antemano que nos damos por vencidos, y si queremos cantar sus alabanzas, como nos faltan palabras para ello, no nos queda otro camino que el de mostrar cómo en él concurrieron las prerrogativas y todas las excelencias que en mayor o menor medida poseyeron los hombres y poseen los ángeles. Vamos a intentarlo:

Abel fue elogiado porque ofreció a Dios sacrificios. Pues bien, si nos fijamos en las oblaciones ofrendadas al Señor por san Pablo, advertiremos que fueron tan superiores a las de Abel como superior es el cielo respecto de la tierra. En efecto, san Pablo ofreció diariamente a Dios un doble sacrificio: el de su cuerpo y el de su corazón. No ofrendó ovejas, ni bueyes; se ofreció a sí mismo de la doble manera indicada, y, no contento con eso, hizo cuanto pudo por consagrar al Señor el mundo entero: el mar y la tierra; por eso, inquieto y como si volara, recorrió los pueblos de Grecia, los de los países bárbaros y todas las regiones alumbradas por la luz del sol, y convirtió a los hombres en ángeles; más aún: hizo vedaderos ángeles de verdaderos demonios, porque como demonios se comportaban antes de ser convertidos a la fe muchos de aquellos a quienes él iluminó y transformó con su predicación. ¿Dónde hallar una hostia equiparable a la que san Pablo inmoló con la espada del divino Espíritu y ofreció en aquel altar colocado por encima del cielo? Si Abel fue víctima de los engaños de su hermano y murió golpeado por él, Pablo acabó su vida asesinado por aquellos a quienes quería librar de innumerables calamidades. ¿Queréis que os diga cuantas veces murió san Pablo? Pues os lo diré: tantas como días vivió sobre la tierra.

Leemos en la Escritura que Noé construyó un arca en la que se salvaron únicamente él y sus hijos. Para salvar al mundo de un diluvio mucho más horroroso, construyó san Pablo otro arca no con tablas de madera sino con la doctrina de sus cartas, y mediante este arca evitó que el mundo pereciera ahogado en otro género de oleaje. El arca construida por san Pablo ha navegado no por un solo mar concreto y determinado, como la de Noé, sino por todos los océanos del universo. Quienes se embarcaron en esta nave, calafateada no con betún, sino con la gracia del Espíritu Santo, abandonaron su antigua condición de seres casi más necios que los animales irracionales y se transformaron en imitadores de los ángeles. El pájaro que con naturaleza de cuervo entró en el arca de Noé, cuervo siguió siendo en ella y cuervo de ella salió; y el lobo, lobo, sin perder su condición de fiera; en cambio, en el arca de san Pablo los gavilanes y milanos convirtiéronse en palomas, sustituyendo su anterior rapacidad por la mansedumbre de espíritu.

Abraham es universalmente admirado porque acatando la voluntad del Señor se desligó de sus parientes y emigró a otra tierra. Pero, ¿no fue acaso más meritorio lo que hizo san Pablo? Porque san Pablo, además de abandonar patria y parientes, vivió desprendido del mundo, del cielo, y hasta del cielo de los cielos. Este apóstol renunció a todo por seguir a Jesucristo y dedicarse exclusivamente a amarle y servirle como él mismo declaró a través de estas palabras: *«Ni lo presente, ni lo futuro, ni cuanto hay en las alturas y en las profundidades, ni criatura alguna, ni nada ni nadie conseguirá jamás separarme del amor de Dios».* Verdad es que Abraham se puso en peligro de caer en manos de sus enemigos por librar de ellos al hijo de su hermano; pero Pa-

blo corrió innumerables riesgos y mucho más graves por sacar al mundo entero de entre las garras del diablo; y para asegurar a los demás un alto grado de seguridad no vaciló en sacrificar infinidad de veces su propia vida. Cierto también que en una ocasión Abrahám se mostró dispuesto a inmolar a su hijo; pero no lo es menos que Pablo se inmoló a sí mismo millares de veces.

Hay quienes ponderan la tolerancia de Isaac porque soportó que le aterraran los pozos poco antes abiertos por él; mas ¿no fue mayor la de Pablo? Pablo soportó, no sólo que llenaran de piedras el pozo de su propia vida, sino que procuró llevar al cielo a los mismos que le maltrataban; y cuanto más se empeñaban algunos en obstruir el manantial de su actividad apostólica, más impetuosamente y por más sitios brotaban las aguas y se extendían por la superficie como corrientes de ríos.

La Escritura habla con veneración de la longanimidad y paciencia de Jacob; pero ¿ha habido alma alguna cuya diamantina resistencia pueda compararse con la paciencia de que dio pruebas san Pablo? Si Jacob sirvió siete años a su tío por conseguir una esposa, Pablo sirvió toda su vida a Cristo, aguantando en tal servicio, además de los calores del día y de los fríos de la noche, miles de penalidades, puesto que padeció en su carne unas veces las desgarraduras de las flagelaciones, otras los golpes de las pedradas, sin dejarse abatir por tantas pruebas; al contrario, aprovechándolas para rescatar las ovejas de su rebaño de las fauces del diablo.

Adornado, ciertamente, con la virtud de la pureza estuvo José; pero mucho me temo que yo haría el ridículo si tratara de ponderar aquí y ahora y en este terreno a san Pablo, de quien sabemos que crucificó sus pasiones y se crucificó a sí mismo. Sobradamente nos consta que este santo apóstol sentía por la belleza de los cuerpos humanos y por todas las cosas calificadas por la gente de hermosas y bonitas la misma indiferencia que nosotros sentimos hacia el humo y la ceniza. Respecto a todo esto se condujo con la misma impasibilidad que tendría un muerto colocado junto a otro muerto.

Pásmase el mundo ante el espectáculo de Job, y se pasma con razón, porque este hombre fue un atleta admirable. Mayor pasmo, empero, deben producirnos los combates de san Pablo, que no duraron meramente unos meses, como los de este Patriarca, sino muchos años, y de todos ellos salió triunfante; y si no se vio en la precisión de tener que raer con un cascote de teja la podredumbre de sus carnes ulceradas, sí estuvo repetidas veces metido, como solemos decir, en la boca del león, y fuéle menester pelear contra innumerables enemigos, y soportó sin quebranto de su ánimo lo que no hubieran soportado sin quebrarse las más duras rocas; tuvo que hacer frente, no ya a las incomprensiones de cuatro amigos, como le ocurrió a Job, sino a las de sus mismos hermanos en la fe, que ocasiones hubo en que se sintió despreciado y maldecido por todos. Job, ciertamente, fue hospitalario y muy generoso con los pobres, proporcionando alimento a los hambrientos; pero más generoso aún fue san Pablo, de quien sabemos que socorría sin medida a las almas macilentas; y, si Job abría las puertas de su casa a cuantos a ella llegaban, Pablo tenía constantemente abiertos de par en par los postigos de su corazón para acoger afablemente al mundo entero. Job, por otra parte, podía mostrarse liberal y dadivoso con los pobres porque era rico y poseía infinidad de vacas y ovejas; san Pablo, por el contrario, carecía de bienes materiales, hasta el extremo de no poseer absolutamente nada a excepción de su propio cuerpo; y, sin embargo, se ingeniaba para socorrer con largueza a los necesitados, como él mismo hizo constar cuando en cierta ocasión dijo: *«Con estas manos he procurado atender a mi subsistencia y a la de los que andan cerca de mí».* También es verdad que los gusanos y las llagas purulentas produjeron a Job espantosos dolores; pero pasemos revista a las series de azotes, hambres, cadenas, peligros, situaciones difíciles en que Pablo se vio metido por favorecer a los suyos, a los extraños y al mundo entero; reparemos en las inquietudes y desasosiegos que le causaban las cristiandades, en el fuego que le devoraba cuando se enteraba de que alguien había sido escandalizado, y llegaremos a la conclusión de que tuvo que tener un alma más fuerte que las piedras más duras, más indomable que el hierro y más resistente que el diamante. Cuanto Job pudiera haber padecido en su cuerpo padecióllo Pablo en su espíritu. Las debilidades y caídas de los demás producíanle tal pena y tristeza tanta, que a menudo sus ojos se convertían en fuentes de lágrimas y hacíanle llorar amargamente de día y de noche. Los pecadores causábanle en su alma angustias y dolores más fuertes que los que siente una mujer durante el trance de su parto; por eso

decía él: *«¡Hijitos míos! Sufro tanto por vosotros como si os estuviese pariendo».*

Moisés consintió en ser borrado de entre los vivientes por salvar la independencia de los judíos, y se ofreció a morir con ellos. Pero san Pablo le superó, puesto que se brindó a morir no precisamente con otros, sino en lugar de ellos, y llevó su caridad hasta el extremo de mostrarse dispuesto a renunciar a su eterna salvación si esta renuncia contribuía a que los demás salvaran su almas. Moisés se enfrentó con el Faraón, y san Pablo luchó constantemente día tras día con el diablo. Moisés buscó el bien de los de su raza, y san Pablo batalló en favor del mundo entero, no sólo soportando en esas lides fatigas y sudores corporales, sino vertiendo su sangre por esa causa.

Juan se alimentó con saltamontes y miel silvestre; pero Pablo, que no vivió en la placidez del desierto como Juan, sino en medio de los torbellinos de la gente, entregado plenamente al ministerio de la predicación, redujo su alimentación a lo estrictamente necesario para poder subsistir, y utilizó como alimento cosas más viles que la miel silvestre y que los saltamontes. Si Juan dio pruebas de entereza mostrándose irreductible en el asunto de Herodíades, san Pablo corrigió, no a uno ni a dos ni a tres, sino a numerosos tiranos no menos poderosos que Herodes y algunos mucho más crueles que él.

Si, finalmente, comparamos a san Pablo con los ángeles, advertiremos que destacó magníficamente sobre ellos en el exquisito cuidado que puso en obedecer a Dios. Pasmado de admiración ante los espíritus angélicos, exclamaba el profeta David: *«Vosotros, poderosos en virtud, ajustáis vuestra voluntad a la voluntad divina, etc.».* ¿Qué era lo que producía en David tanta admiración? El mismo nos lo dice: el que semejantes criaturas y naturalezas angélicas sirvieran al Señor con la velocidad del viento y con la presteza con que el fuego produce su acción de quemar. Pues bien, esas mismas cualidades de prontitud y celeridad se dieron en san Pablo, quien como una llama, como una ráfaga de viento, recorrió toda la tierra y la purificó; esto es tanto más admirable cuanto que él no era un ser espiritual, como los ángeles, sino un hombre de carne y hueso; ni participaba como ellos de las prerrogativas de la vida gloriosa del cielo, sino que estaba sometido a las condiciones de la existencia temporal y terrena. ¡Cuántos reproches merece esta actitud nuestra de pasividad e indiferencia! ¿Cómo es posible que, viendo a este hombre, enriquecido con toda suerte de bienes, dándonos ejemplo de todas las virtudes, no sintamos el menor interés en imitarle, ni siquiera en lo que pudiera ser más fácil y asequible? Su naturaleza y su alma no fueron distintas de las nuestras, ni vivió en un mundo diferente, sino en esta misma tierra y en las mismas zonas que nosotros vivimos; y, a pesar de que el ambiente en que él se movió fue en leyes, costumbres y condicionamientos semejantes a éste en que nosotros nos movemos, superó en grandeza de ánimo y en virtud a cuantos actualmente existimos, a los que antes de nosotros existieron, y a los que existirán en el futuro. Por eso, no sólo debemos admirar en él el hecho de que su entrega absoluta a Dios le permitiera soportar los sufrimientos que en el ejercicio de su ministerio llovieron sobre él, y soportarlos como si no fuesen dolorosos, sino el que aceptara con alegría los padecimientos, y los asumiera como si se tratase de recompensas. Verdad es que también nosotros, si nos ofrecen un galardón, competimos con vistas a conseguirlo; pero él se supera cada día a sí mismo con total mansedumbre, venciendo sin necesidad de ese estímulo todos los enojosos obstáculos que hacían laboriosa su carrera; y cada mañana se levantaba con fuerzas nuevas y proseguía su marcha con renovado denuedo; y luchaba por sobreponerse a las dificultades que le salían al paso, y lograba dominarlas y, cuanto más peleaba, más notables y esclarecidas eran sus victorias.

Cuando conoció que la hora de su muerte se acercaba, invitó a los suyos a participar en el gozo que esa noticia le produjo, diciéndoles: «Alegraos conmigo y felicitadme». No sólo soportó con paciencia las desazones e injusticias que tuvo que padecer a consecuencia de sus predicaciones, sino que las deseaba y las acogía con mayor satisfacción que si lo colmaran de aplausos y honores. Su deseo de morir era más fuerte que el de vivir. Prefirió la pobreza a la opulencia, y el trabajo al descanso. Tendió a la austeridad con vehemencia mayor que la que otros ponen en la persecución de los placeres. Puso más empeño en servir a sus enemigos, y en orar por ellos, que otras personas ponen en maldecir a los suyos. Lo único que le preocupaba y realmente le horrorizaba era la mera idea de que pudiese ofender a Dios; ni alimentó otro deseo que el de agradarle siempre y en todo. No necesito afirmar que le tenían sin cuidado los bienes de la

vida presente, e incluso los de la futura. Que nadie me diga a propósito de esto que alguna vez mostró afición a las recompensas o a la estimación de las gentes, ni que deseara disponer de ejércitos, de dinero, de tierras, de poder, etc., porque todo esto valía para él menos que un hilo de telaraña; ni tan siquiera ambicionó la posesión de esas otras cosas prometidas a los que entran en el cielo. De todo esto, querido lector, podrás colegir la inmensidad del amor que sentía hacia Jesucristo; la perseverancia en este amor era lo único que realmente le interesaba; en cambio, jamás sintió la menor ambición por alcanzar la dignidad de los ángeles o la de los arcángeles ni otras excelencias parecidas; lo único que de verdad le importaba era disfrutar del amor del Señor y al Señor; esto constituía para él el mayor de los tesoros; con esto se consideraba la más feliz de las criaturas; sin esto, aunque hubiese estado en medio de las Dominaciones, de los Principados y de las Potestades, se hubiese creido desdichado. Puesto en trance de tener que elegir entre vivir rodeado de las mayores grandezas y más elevados honores, pero sin el amor de Cristo, y entre ser el último de todos en todo, y hasta de pasar la eternidad en el infierno en compañía de los condenados, mas amando al Señor, sin dudarlo un momento hubiese elegido esto último. Para él el más insoportable y horroroso tormento hubiese sido verse privado de ese amor; eso hubiera constituido para él el infierno, la pena absoluta, el suplicio más atroz y la situación más intolerable. En cambio, permanecer unido por la caridad a Dios, en su caso, significaba la vida, sentirse amo del mundo, poseer un reino, acumular todo lo apetecible y disfrutar de todos los bienes imaginables. Fortalecido por la energía que le proporcionaba este amor despreciaba las cosas que a los demás nos asustan como nosotros despreciamos la hierba podrida; miraba a los tiranos y a quienes con furioso odio le perseguían cual si fuesen mosquitos, y hasta la muerte y los sufrimientos y todos los suplicios posibles antojábanseles juegos de niños. Nada de todo eso le producía miedo alguno; al contrario: lo deseaba para tener ocasión de sufrir algo por Cristo. Cuando se vio cargado de cadenas se sintió más satisfecho que si hubiesen coronado su cabeza con ricas diademas; cuando estuvo preso, las cárceles pareciéronle el cielo; acogió los latigazos que los verdugos le dieron y las heridas que le produjeron, con mayor alegría que la que experimentan los atletas cuando reciben los trofeos obtenidos con sus victorias; porque para él cada sufrimiento padecido por la causa del Señor tenía sentido y valor de premio, hasta el punto de que, cuando se refería a sus dolores, llamábalos gracias. Cuanto a nosotros nos causa enojo, a él le producía satisfacción. Sus aflicciones eran continuas, porque los pecados ajenos le entristecían sobremanera. Así lo hizo constar cuando dijo: *«Cada vez que alguien tropieza y cae, me arden las entrañas».*

Acaso alguno diga que a veces el sufrimiento produce en quien lo padece cierto placer e invoque por vía de ejemplo el caso de los padres que cuando acaban de perder a un hijo se sienten aliviados dando rienda suelta a su dolor, desahogando su pena y evitando de ese modo que la angustia que experimentan termine también con ellos. No niego que esto pueda ocurrir ni niego que san Pablo a través de las abundantes lágrimas que de día y de noche derramaba experimentara alguna consolación; mas lo cierto es que sus aflicciones eran permanentes y que no ha habido quien haya lamentado sus propios males tanto cono él lamentó los ajenos. En cierta ocasión declaró que no tenía inconveniente en condenarse él con tal de que los demás se salvaran. De esta afirmación se infiere cuán grandes fueron sus penas y cuán amargas las lágrimas que vertía llorando los pecados del prójimo; e infiérese también que el pensamiento de que alguien pudiera condenarse producíale mayor angustia que la idea de su propia condenación.

¿Con quién o con qué podremos comparar a este hombre? ¿Con el hierro? ¿Con el diamante? Si decimos que tenía un alma de oro, o que su corazón era diamantino, nos quedamos cortos, porque este santo apóstol fue mucho más fuerte y resistente que el diamente, y de más alto valor que el oro y las piedras preciosas, pues a todas estas priedras aventajó en tenacidad y a todo el oro del mundo en valía y precio. ¿Con qué, pues, podríamos compararlo? Con nada, absolutamente; porque, sólo en el supuesto de que pudiéramos dar al oro la resistencia del diamante y al diamante la preciosidad del oro, tendríamos alguna posibilidad de comparar su alma con el objeto resultante de estas combinaciones. Pero no sé por qué me entretengo en establecer comparaciones entre Pablo y el oro y el diamante. Si alguien fuese capaz de colocar en uno de los platillos de una balanza todas las cosas del mundo, y en el otro a Pablo, comprobaría inmediatamente la enorme diferencia exis-

tente entre sus respectivos pesos y reconocería con meridiana claridad que cuando afirmamos que la categoría de este apóstol es superior a la del mundo, y a la de todas las cosas del mundo juntas, decimos una gran verdad.

Probado que el mundo entero vale menos que él, podemos preguntarnos: ¿Y el cielo? ¿Valdrá acaso el cielo más que san Pablo? La respuesta es negativa, porque también el cielo vale menos que este glorioso santo. Vamos a demostrarlo: Si san Pablo pospuso el cielo y cuantas cosas pueda haber en él al amor a Dios, ¿cómo el Señor, cuya benignidad es tan superior a la de san Pablo como superior es la bondad respecto de la malicia, no iba a corresponderle valorándole a su vez a él más que al cielo y a todos los cielos? Tengamos en cuenta que Dios nos ama a nosotros no sólo como nosotros le amamos a El, sino mucho más, y más tiernamente, y en tal medida que no hay palabras suficientemente significativas para expresar la magnitud del amor que nos tiene.

Mediante un rapto místico, Dios llevó a san Pablo al paraíso y lo hizo llegar hasta el tercer cielo; y con razón, porque la vida que este apóstol llevaba en la tierra más se asemejaba a la de los ángeles que a la de los hombres, puesto que, aunque se hallara todavía amarrado a su cuerpo visible, procedía en todo con la perfección de las criaturas angélicas; y a pesar de estar sometido a las limitaciones propias de su naturaleza carnal luchaba contra las dificultades de tal manera que en nada se mostraba inferior a los espíritus celestiales de más alto rango. En efecto, como si tuviese alas, volaba y recorría el mundo entero enseñando la verdad, despreocupado de las fatigas corporales y de los peligros que le rondaban; cual si ya viviese en el cielo, despreciaba las cosas terrenas y se dedicaba única y exclusivamente y siempre a los asuntos espirituales, como si morase entre las criaturas incorpóreas del paraíso. Desde que el mundo existe las naciones han tenido un ángel de la guarda encargado de protegerlas, pero ninguno de ellos ha ejercido su oficio con tanta solicitud como Pablo ejerció el suyo, es decir, el de custodio de todo el orbe. Lo mismo que un padre soporta con inagotable paciencia los arrebatos de un hijo aquejado de frenesí y cuantos más golpes de él recibe más deplora la desgracia que pesa sobre su hijo y mayor es la compasión que siente hacia él, san Pablo prodigó exquisitos cuidados y distinguió con su generosidad y piedad a los que más le ultrajaban y maltrataban. Por citar un ejemplo de esto recordemos su comportamiento con aquellos que le habían azotado en cinco ocasiones y parecían deseosos de beberse su sangre. ¡Cuántas veces oró por ellos, y se lamentó vehementemente entre lágrimas de lo que hacían! En una de esas ocasiones les dijo: *«¡Hermanos! ¡No dudéis de que siento en mi corazón un vivo deseo de que Israel se salve, ni de que por esa intención elevo a Dios insistentes plegarias!»*. Viendo como a pesar de todo esto los judíos persistían en su obstinación, se le retorcían las entrañas de dolor y se le partía el alma. Igual que el hierro introducido en el fuego se pone al rojo vivo, así también san Pablo, constantemente metido en empresas de caridad, era todo él una especie de hoguera de caridad viva. Comportóse en todo momento cual si fuese el padre universal de todas las gentes del mundo, superando a todos los padres, tanto carnales como espirituales en efecto, obras, solicitud y piedad; cual si hubiese engendrado a cada uno de los hombres, deseaba llevarlos a todos al Señor; tenía prisa por ponerlos en el camino del reino de Dios, y, movido por el amor que hacia ellos sentía, por todos y por cada uno sacrificaba su cuerpo y su alma. Aquel sencillo varón de tan modesta extracción social que iba de un lugar a otro ofreciendo sus servicios como curtidor de pieles, ejerció una labor espiritual tan importante que, en menos de treinta años, sometió al yugo de la verdad a los romanos, a los persas, a los partos, a los medos, a los indios, a los escitas, a los etíopes, a los sarracenos y a los pueblos de todas las razas; y así como un poco de fuego lanzado a un pajar consume prestamente la paja o el heno almacenados en él, así también él consumió y aniquiló todas las obras del demonio; porque el sonido de su voz, cual si se hubiera producido un incendio devastador, desaparecían rápidamente el culto de los ídolos, los abusos de los tiranos y las insidias de los falsos amigos; igual que en cuanto asoman por oriente los primeros rayos de sol se disipan las tinieblas de la noche, escapan los adúlteros y corren los ladrones, bandidos y asesinos a refugiarse en sus cuevas, y el ambiente queda esclarecido por la recién nacida luz, así también, pero más de prisa aún, en cuanto Pablo predicaba el Evangelio en alguna parte desaparecían de aquel lugar los errores y brillaba la verdad, y los adulterios y otras abominaciones convertíanse en nubes de humo semejantes a las que produce un montón de hierba seca cuando arde; y, entre la humareda, surgía luminosa la ver-

dad y cual llama resplandeciente se alzaba hasta el cielo, avivada por los mismos que sin conseguirlo trataban de apagarla, ya que por mucho que lo intentaran, y por grandes que fuesen sus amenazas y las persecuciones que organizaban, no lograban detener el avance impetuoso de aquel fuego desencadenado. El error es de tal condición que, aunque nadie lo combate, por su misma naturaleza envejece, pierde fuerza y acaba muriendo; en cambio, con la verdad sucede lo contrario: cuanto más tenazmente es impugnada, más vigor cobra y más resplandece.

Dios ha ennoblecido nuestras humanas posibilidades hasta el punto de que, si nos lo proponemos seriamente, podemos llegar a ser semejantes a san Pablo; esto no tiene nada de particular, puesto que nuestro cuerpo y nuestra alma son de la misma naturaleza que el alma y el cuerpo que él tuvo, disponemos de los mismos alimentos con que él se nutrió, hemos sido creados por el mismo Creador que a él lo creó, y su Señor es también nuestro Señor.

¿Quieres conocer los dones con que Dios enriqueció a san Pablo? Pues atiende: hasta las ropas que usaba espantaban a los demonios; y lo que es más admirable aún: nadie podía acusarle de temerario cuando espontáneamente avanzaba hacia los peligros, ni de cobarde cuando los peligros llovían sobre él. Al mismo tiempo amaba y despreciaba la vida; la amaba, porque viviendo tenía oportunidad de enseñar la verdad; y la despreciaba en grado sumo, porque con su superior sabiduría había llegado a conocer lo poco que valen las cosas de este mundo.

Observemos, finalmente, que san Pablo es tan digno de admiración cuando se presenta ante nuestro ojos huyendo de situaciones comprometidas, como cuando lo vemos enfrentarse gozosamente con ellas, porque cuando huía de ciertos peligros lo hacía por prudencia, y, cuando los desafiaba, su actitud obedecía a fortaleza de espíritu. Si leemos sus escritos advertimos que, cuando habla de sí mismo, unas veces parece como si se alabara; otras, en cambio, evidentemente se menosprecia; pero nuestra admiración hacia él debe ser la misma tanto en unos casos como en otros, porque, cuando parece que se alaba, esas aparentes alabanzas son en realidad actos de la virtud de la magnanimidad; y cuando se menosprecia, sus menosprecios ponen de manifiesto su humildad profunda. Elogios merece por haber dicho lo que de sí dijo; e incluso es más digno de nuestra alabanza por decir lo que dijo, que lo hubiera sido si lo hubiese callado. Si no hubiera hablado de su persona en el tono en que lo hizo, habría sido más culpable que los que a cada instante, venga o no a cuento, no cesan de alabarse. Si no se hubiera gloriado de las cosas de que se glorió y por motivos de humildad se hubiera callado, habría perjudicado moralmente a las personas que estaban confiadas a sus cuidados, ya que éstas podrían haber pensado que eran superiores a él. Y digo más: manifestando los dones que había recibido y los méritos que había acumulado, san Pablo procedió más correctamente que otros callando esas cosas, porque jamás persona alguna ocultando las gracias que le han sido otorgadas ha hecho al prójimo un bien comparable al que san Pablo le hizo divulgando las que a él le habían sido concedidas. Verdad es que decir uno de sí mismo cosas grandes y admirables sin motivo que lo justifique, sin necesidad alguna y sólo por granjearse la estimación ajena, es claramente vituperable y gravemente demencial; quien así procede no obra en conformidad con el espíritu de Dios; al contrario, se comporta neciamente y echa a perder con su presunción todo cuanto haya podido antes alcanzar a fuerza de trabajo y de tesón; hablar uno de sí mismo en tono encomiástico constituye un acto de vanagloria; y si lo que dice lo dice con jactancia, quien de ese modo se conduce puede ser calificado de insolente. En cambio, de determinadas circunstancias, la manifestación de algunas excelencias propias pueden ser un auténtico acto de caridad, y lo es, si el que las manifiesta se limita a divulgar lo que juzga que es necesario o conveniente que se sepa y lo hace para evitar tales o cuales males. Este fue el caso de san Pablo, que, tomado por muchos por un falsario, viose obligado a salir en su propia defensa y a descubrir algunas de las gracias que había recibido, principalmente aquellas que garantizaban la dignidad que Dios le había otorgado; pero el apóstol mantuvo en silencio otras muchas, precisamente las mayores, a las que sólo indirectamente aludió cuando dijo: «*No quiero hablar de las visiones y revelaciones,* etc.». Podemos asegurar que no ha habido profeta ni apóstol que haya tenido con Dios tantas y tan frecuentes comunicaciones como tuvo san Pablo; pero este trato tan íntimo y constante con el Señor, lejos de producirle vanidad le reafirmó en la virtud de la humildad.

En algunas ocasiones no ocultó que sentía mie-

do a ser golpeado; de donde debemos colegir que, aunque en cuanto a su voluntad fuese no sólo un hombre extraordinario sino que alcanzaba la talla de los ángeles, en cuanto a su naturaleza era un individuo humano como los demás, y como los demás tenía miedo a que le maltrataran. Esto es normal y naturalísimo. Nada de vituperable hay en que san Pablo mostrara su temor ante las amenazas de ser golpeado; sí sería vituperable, en cambio, que alguien, bajo los efectos de ese temor y para librarse de los golpes con que se ve amenazado, incurriese en acciones u omisiones indignas; pero quien, a pesar del miedo, combate y sale victorioso de la pelea, es admirable y aún más admirable precisamente por haber combatido con miedo, que el que lucha y triunfa sin haber sentido miedo alguno. Tampoco incurre en culpa de ningún género el que se siente invadido por la tristeza, pero sí quien, bajo los efectos de la misma, dice o hace algo que redunda en ofensa de Dios.

De todo lo anteriormente dicho podemos inferir cuánta fue la grandeza de este apóstol, pues, a pesar de la fragilidad de su naturaleza, vivió muy por encima de lo que de esa naturaleza quebradiza hubiera podido esperarse; temía a la muerte, pero no huía de ella. A nadie se le puede reprochar que su naturaleza sea frágil, pero sí que se comporte frágilmente. San Pablo es digno de admiración porque con la fuerza de su voluntad logró superar sus limitaciones naturales. Si se apartó de aquel Juan, al que llamaban Marcos, fue precisamente por la debilidad de ánimo de dicho compañero, y al apartarse de él san Pablo obró acertadamente; hízolo para evitar los perjuicios que el modo de ser de aquel discípulo y socio podían acarrear a la causa de la predicación; quien asume el oficio de predicador no debe dar cabida en su ánimo ni a la debilidad ni a la volubilidad, sino que tiene que mostrarse fuerte y valiente. Quien no esté dispuesto a sacrificarse cuantas veces sea preciso y a enfrentarse con las contrariedades que puedan sobrevenir, no debe dedicarse a este insigne ministerio, porque si lo hiciera correría el riesgo de causar con su ejemplo muy graves daños a otros; por eso es preferible que renuncie a este oficio y se consagre a resolver sus asuntos personales. Ni los gobernadores, ni los que luchan en el circo con las fieras, ni los gladiadores, ni nadie, absolutamente nadie, necesita tener tanta fortaleza de ánimo para enfrentarse a las dificultades y a la muerte como los predicadores, porque éstos están expuestos a mayores peligros que el resto de las gentes y a tener que combatir con enemigos más crueles, y a trabajar en condiciones incomparablemente más difíciles. Los predicadores cuentan con una de estas dos posibilidades: o la de alcanzar el cielo como premio, o la de merecer el infierno como castigo. Algunas veces entre quienes se consagran a este ministerio surgen ciertas fricciones; pero nadie debe escandalizarse por ello ni recriminar tales desavenencias, que de suyo no siempre son malas; lo serían si obedeciesen a motivos irracionales o en ellas se ventilaran asuntos ilícitos. En esos desacuerdos debemos ver la mano amorosa y providente del Creador que a través de ellos pretende despertar de su desidia y letargo a las almas dormidas o perezosas. Los armeros, cuando construyen las espadas, dótanlas de doble filo. Dios, al construir el ánimo de las personas, lo ha dotado también de un doble filo: el de la benignidad y el de la irascibilidad, para que sea posible emplear el uno o el otro. La irascibilidad, es decir, la posibilidad de indignarse, es como un filo de espada, y el individuo humano puede y debe usar de él cuando lo juzgue conveniente, porque aunque la benignidad de suyo es buena, y lo es siempre que se practica con prudencia, es, en cambio, vituperable mostrarse benigno cuando las circunstancias aconsejan otra cosa. San Pablo se atuvo a esta norma. Habitualmente mostrábase benigno, pero también procedía enérgica y airadamente con quienes se conducían de manera irresponsable.

Admiración causa ver cómo este apóstol, cuando tras de haber sido azotado, se encontraba cargado de cadenas y lleno de heridas, sentíase mucho más dichoso que otros vestidos de púrpura y coronados de diademas; lleváronlo prisionero a través del mar inmenso, y, a pesar de eso, mostróse durante el viaje más alegre que si fuese a tomar posesión de un importantísimo imperio; en cambio, en cuanto llegó a Roma y quedó en libertad, no se dedicó a disfrutar de ella en su propio beneficio, sino que en seguida marchó a España, porque el ardor con que se había consagrado a la predicación, ardor más vivo que el de las más vivas llamas, no le permitía tomarse ningún descanso ni permanecer ninguna jornada ocioso, ni arredrarse ante los peligros ni retroceder ante las burlas e incomprensiones; pero nuestra admiración es aún mayor al comprobar cómo este hombre tan valiente, cuya alma llena de ardor guerrero estaba constantemente preparada para afrontar los combates,

era al mismo tiempo apacible, y se conducía con asombrosa flexibilidad. He aquí algunas pruebas de esto: cuando le ordenaron que fuese a Tarso se enfureció tanto, que parecía que su alma hervía de indignación; sin embargo, obedeció; cuando le dijeron que iban a descolgarlo desde la altura hasta el suelo por el exterior de la muralla, consintió en ello. El aceptaba todo lo que, a su entender, resultaba favorable para su mayor entrega al ministerio de la predicación y para engrosar de creyentes las filas de Cristo. Aterrábale la idea de abandonar este mundo con las manos vacías, pobre e indigente de méritos, sin la satisfacción de haber salvado grandes muchedumbres de personas. Por otra parte tenía muy presente que los soldados siguen a su general con mayor denuedo si ven que éste, aunque tenga el cuerpo lleno de heridas y esté chorreando sangre, no se retira del campo de batalla, sino que, a pesar de los dolores que siente, permanece en su puesto, dirigiendo la pelea, dando cara al enemigo, manejando la lanza y hundiéndola en el pecho de sus adversarios. Algo parecido a esto pretendió hacer él y lo consiguió, porque los fieles, viendo cómo aún estando amarrado con cadenas en la carcel, sin embargo, predicaba hallándose cubierto de heridas y padeciendo azotes al mismo tiempo trataba de convertir a sus verdugos, se reafirmaban en la fe y sentían que su confianza en él crecía. El propio san Pablo dio a entender esto cuando dijo: *«Muchos de los hermanos, testigos de mis penalidades, han sido estimulados por ellas y han superado el miedo que antes tenían a predicar la palabra de Dios»*. El mismo apóstol, a la vista del buen resultado que obtenía con su ejemplo, se reanimaba y se entregaba con mayor vehemencia a la conquista de sus enemigos, porque así como el fuego tanto más aviva y propaga cuanto mayores sean el número y variedad de las cosas por él alcanzadas, así también la predicación de san Pablo llegaba cada vez a mayor número de personas e incendiaba el corazón de cuantos la oían, de tal modo que, quienes antes habían sido sus adversarios, una vez convertidos, contribuían a que el fuego espiritual de la palabra se extendiera más y más, y a que las llamas del Evangelio se reavivaran».

Hasta aquí, el Crisóstomo.

Capítulo XCI

LOS SIETE SANTOS HERMANOS, HIJOS DE SANTA FELÍCITAS

Estos son los nombres de los siete hermanos, hijos de santa Felícitas: Jenaro, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vidal y Marcial.

El prefecto Publio, siguiendo órdenes del emperador Antonio, hizo comparecer ante sí a la madre y a sus siete hijos y trató de convencer a santa Felícitas de la conveniencia de que mirara por su propia vida y por la de los siete niños. Santa Felícitas, cuando el prefecto terminó de exponer sus razonamientos, habló y dijo:

—Ni me conmueven tus halagos ni me asustan tus amenazas. El Espíritu Santo está conmigo, y estoy segura de que con su ayuda no me vencerás mientras viva; si me matas, mi muerte constituirá una gran victoria sobre ti.

Luego, dirigiéndose a sus hijos, añadió:

—Hijos míos queridísimos, levantad vuestros ojos y mirad al cielo en donde está Cristo aguardándonos. Luchad valientemente por El y demostradle el amor que le tenéis permaneciendo fieles a su nombre.

El prefecto, al oír esto, mandó a sus satélites que abofetearan a Felícitas, y a continuación, que tanto ella como sus siete hijos permanecieron firmes en la confesión de la fe y se negaron a claudicar, los siete hermanos fueron martirizados uno a uno en presencia de su madre. Esta valerosa mujer, lejos de flaquear, no cesó ni un momento de exhortar vehementemente a sus hijos a medida que los iban torturando, para que aceptaran pacientemente los suplicios y hasta la misma muerte por el amor al Señor.

Dice san Gregorio, y dice bien, que santa Felícitas fue más que mártir, puesto que en realidad padeció no un solo martirio sino ocho: siete en el alma, viendo como torturaban y mataban sucesivamente a sus siete hijos; y uno en el cuerpo, puesto que después de que los verdugos mataran a los siete hermanos, atormentáronla también a ella con diferentes suplicios físicos, y en medio de tales tormentos la santa madre murió.

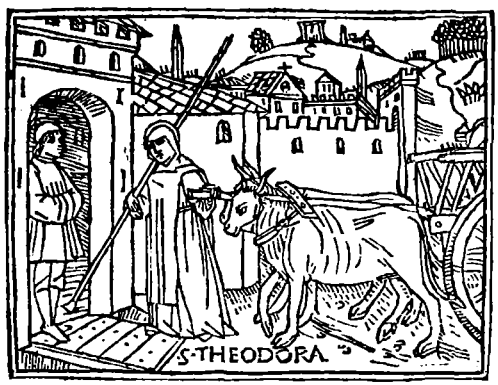
He aquí las propias palabras de san Gregorio en una de sus homilías: «Santa Felícitas, que sirvió a Cristo creyendo en El y fue mártir por dar testimonio de su fe, no siguió la norma corriente entre

los padres carnales; suelen éstos desear morir antes que sus hijos; ella, en cambio, temiendo lo que a sus hijos pudiera ocurrirles si moría antes que ellos, prefirió morir después de que ellos murieran. De ese modo comunicó vida sobrenatural a los que antes había dado vida física, y con su predicación hizo nacer para Dios a quienes años antes había traído al mundo. No podía ver morir sin que se le desgarraran las entrañas de dolor a aquellos hijos que eran carne nacida de su propia carne; pero el amor interior que hacia ellos y hacia Dios sentía era tan fuerte que se sobrepuso a sus sentimientos y consiguió resistir el dolor que laceraba su alma viéndolos fenecer antes de que ella muriera. Por eso con razón he dicho que esta mujer fue más que mártir puesto que padeció en su espíritu con atroces sufrimientos los sucesivos dolores y las sucesivas muertes de cada uno de sus hijos, y, tras de esos siete suplicios, terminó su cerebro recibiendo también ella la palma del martirio. Tan grande era el amor que esta santa madre sentía hacia Jesucristo, que para demostrarlo no bastaba el testimonio de su propia muerte, y necesitó morir antes siete veces más, a razón de una por cada uno de sus hijos».

Estos santos siete hermanos y su madre fueron martirizados hacia el año 110 de nuestra era.

Capítulo XCII

SANTA TEODORA



En tiempos del emperador Zenón vivió en Alejandría una ilustre dama, llamada Teodora, casada con un hombre sumamente rico y muy temoroso de Dios. Envidioso el diablo de la santidad de esta noble señora, desencadenó en un vecino de la misma ciudad, poseedor de cuantiosos bienes de fortuna, una pasión de concupiscencia tan fuerte, y un amor tan apasionado hacia Teodora, que trató de seducirla a base de recados y de obsequios. Durante algún tiempo el apasionado individuo no consiguió nada, porque Teodora rechazó sus requerimientos, se negó a aceptar sus regalos y cerró las puertas de su casa a los mensajeros que el enamorado varón enviaba. No cejó éste en su empeño, sino que siguió importunándola hasta el extremo de que la virtuosa y noble matrona, sometida a tan constante acoso, perdió la paz del espíritu y casi llegó a enfermar. Dispuesto el seductor a salirse con la suya, recurrió a los oficios de una hechicera, la cual, valiéndose de diferentes patrañas, logró ser recibida por la asediada señora. En el curso de la visita, la hechicera comenzó a hablar a Teodora de aquel hombre, rogóle que tuviera compasión de él y le suplicó que accediera a complacerle concediéndole una entrevista a fin de que pudiese saciar sus apasionados deseos. Teodora trató de oponerse a lo que la maga le decía, alegando que jamás se atrevería a cometer un pecado tan enorme sabiendo como sabía que Dios desde el cielo lo veía todo y que por mucho que se ocultasen de las miradas de los hombres no conseguirían ocultarse de los ojos del Señor. La hechicera rebatió estos argumentos diciéndole:

—Estás equivocada. Es cierto que Dios ve y se entera de cuanto ocurre de día, pero ni ve ni se entera de lo que ocurre de noche desde que por la tarde comienza a declinar el sol.

—¿Es verdad eso? —preguntó Teodora.

—Claro que lo es —respondió la visitante.

Engañada de este modo por las palabras de la alcahueta, Teodora accedió a lo que ésta le proponía y le dijo que comunicara a quien la había enviado que si quería cohabitar con ella acudiese a sus casa aquella misma tarde, cuando comenzase a obscurecer.

El hombre recibió esta noticia con inmensa alegría, esperó tan ansiosa como impacientemente a que llegara la hora de la cita, y a eso del atardecer fue a ver a Teodora, se acostó con ella y, en cuanto satisfizo sus libidinosos deseos, regresó a su casa. La noble matrona, nada más quedarse sola, empezó a reflexionar y a darse cuenta de lo que había hecho, y a llorar amargamente, y a darse golpes en la cara diciendo: «¡Desgraciada de mí! ¡He perdido mi honra y condenado mi alma!»

Unas horas después, ya de noche, el marido, que había estado todo aquel día ausente, regresó a su domicilio y al ver a su mujer tan afligida y llorosa preguntóle que a qué se debía su tristeza; y como su esposa, en vez de responderle, continuara llorando desolada, intentó inútilmente consolarla. A la mañana siguiente, apenas amaneció, Teodora se trasladó a un monasterio de monjas, visitó a la abadesa y le hizo esta pregunta:

—¿Habrá podido enterarse Dios de un pecado grave que cometí ayer tarde, hacia la caída del sol?

La abadesa le respondió:

—Naturalmente que sí, hija mía. Dios lo ve todo y todo lo sabe. Nadie puede hacer nada, sea a la hora que sea, a escondidas de sus ojos.

Tornó Teodora a llorar, y al cabo de un rato dijo a la abadesa:

—Tráeme el libro de los Evangelios; quiero averiguar por mí misma qué es lo que el Señor desea que haga.

Traído el libro de los Evangelios, lo tomó en sus manos, lo abrió al azar y las primeras palabras que vio en él fueron éstas: «*Quod scripsi, scripsi*»: o sea: *lo escrito, escrito está.*

Seguidamente la afligida señora regresó a su casa, y algunos días después, aprovechando una ausencia de su marido, se cortó el cabello, se vistió de varón y sin pérdida de tiempo se dirigió a un monasterio de monjes situado a ocho millas de Alejandría, se entrevistó con el abad, le manifestó que se llamaba Teodoro y que quería consagrarse a Dios en aquella comunidad. Accedió el abad a sus pretensiones, y Teodora, con el nombre de fray Teodoro, recibió el hábito religioso, hizo su profesión monástica y, por la humildad y perfección con que desempeñaba los oficios que en el monasterio le fueron encomendados, se granjeó el aprecio de los demás monjes.

Transcurridos algunos años, un día el abad dijo a fray Teodoro:

—Toma una pareja de bueyes, únelos al carro y ve a Alejandría a buscar aceite para la comunidad.

Desde que Teodora desapareció del domicilio conyugal su marido vivía muy triste, pensando que su esposa lo había abandonado para unirse con algún otro hombre. Una noche, mientras dormía, apareciósele un ángel del Señor y le dijo:

—Levántate antes de que amanezca, ve al llamado camino del martirio del apóstol san Pedro, permanece allí a la espera y verás a tu mujer, porque ella será la primera persona que en la próxima madrugada pase por delante de ti.

En efecto, apenas había amanecido cuando Teodora, guiando los bueyes y la carreta, pasó por la encrucijada en que su marido se hallaba apostado; ya antes de llegar a donde él estaba viólo ella y lo reconoció, e interiormente turbada, hablando consigo misma dijo muy quedamente: «¡Ay de mí, y ay de ti, mi buen esposo! ¡Si supieras los trabajos que estoy pasando por redimirme del pecado que contra ti cometí hace años!». Teodora trató de serenar su espíritu, continuó avanzando, y al pasar por delante de él lo saludó con estas palabras: «¡Alabado sea Dios!». Su marido, sin reconocerla, correspondió al saludo, y como no se le pasó por la imaginación que aquel monje que guiaba el carro pudiera ser su esposa, permaneció allí, aguardando horas y horas la llegada de su mujer. Cansado de esperar regresó a su casa; a la mañana siguiente volvió al mismo sitio, y como tampoco viera pasar a nadie que presentara el menor parecido con la persona que le interesaba, comenzó a lamentarse de su ingenuidad y a pensar que sin duda había sido víctima de una alucinación; mas de pronto oyó una voz que le decía: «El primero que ayer, a la hora del alba, te saludó, es decir, aquel monje que pasó junto a ti guiando una pareja de bueyes que tiraban de una carreta, era tu esposa».

Dios tuvo a bien manifestar la santidad de Teodora a través de la extraordinaria virtud que le concedió para obrar numerosos milagros. He aquí algunos de ellos:

En cierta ocasión resucitó a un hombre que había sido destrozado por una fiera, la maldijo y como consecuencia de esta maldición, la temible bestia cayó al suelo muerta.

Como el diablo no podía soportar el alto grado de perfección espiritual a que tan santa mujer había llegado, un día se presentó ante ella y le dijo: «Eres una vil prostituta; eres la ramera más infame que hasta ahora ha existido. Eres una adúltera; engañaste a tu marido, lo abandonaste y luego te viniste al monasterio a hacerme la guerra; pero te equivocas si crees que vas a vencerme; la guerra te la voy a hacer yo a ti de aquí en adelante; ten en cuenta que mi poder es tremendo; te atacaré con todas mis fuerzas y te obligaré a renegar del Crucificado; y si no lo consiguiere, te haré pasar por innumerables tribulaciones, y de tal modo, que jamás podrás demostrar que yo soy el causante de

las muchas calamidades que van a caer sobre ti». Ante semejantes amenazas, Teodora se santiguó y con la señal de la cruz puso en fuga al demonio, que inmediatamente desapareció de su presencia.

Poco después de esto, una tarde, al regresar de la ciudad conduciendo unos camellos, viendo que la noche se echaba encima, se alojó en una alberguería pública. Horas más tarde, cuando todo el mundo en la posada dormía, acercóse a ella una hija del posadero y le dijo:

—Hermano, ven a folgar conmigo.

La disoluta moza, al verse rechazada, solicitó lo mismo de otro de los forasteros, que aceptó la invitación de buena gana, se acostó con ella y la dejó preñada. Unos meses más tarde, viendo los padres de la muchacha que su hija estaba embarazada, le preguntaron:

—¿Quién te ha puesto en semejante estado?

La moza les respondió:

—El monje fray Teodoro, que se acostó conmigo la noche en que se alojó en nuestra posada.

En cuanto la joven dio a luz, su padre, el dueño del albergue, tomó al niño en sus brazos, lo llevó al monasterio, entregóselo al abad, denunciando ante él el atropello de la honra de su hija cometido por fray Teodoro. Llamó el abad al acusado, reprendióle severísimamente por su torpe conducta, y, como fray Teodoro, en vez de negar los hechos que se atribuían, intentara humildísimamente pedir perdón por una falta que no había cometido, el abad, fuera de sí, sin escucharle y sin concederle el perdón que tan humildemente solicitaba, puso sobre las espaldas del religioso a la recién nacida criatura y acto seguido lo expulsó del monasterio.

Siete años permaneció fray Teodoro viviendo en las inmediaciones de la abadía, pasando infinidad de privaciones y calamidades. Con leche de cabras y de ovejas consiguió criar al niño. Un día el diablo, a quien resultaba insoportable la paciencia con que Teodora sobrellevaba las pruebas a que la había sometido, se presentó ante ella disfrazado, cual si fuese su marido, y le dijo:

—¡Oh, mi amada señora! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no vuelves conmigo? ¡Ten compasión de mí! ¡Sin ti la vida me resulta triste! ¡No puedo soportar tu ausencia! ¡Nada hay en este mundo que pueda consolarme! ¡Vuelve a casa conmigo, luz de mis ojos! No me importa cuanto hayas hecho ni que hayas tenido trato con otros hombres; todo eso te lo perdono.

Al principio ella creyó que quien le hablaba era efectivamente su marido, y en un arranque de sinceridad, le contestó:

—No puedo volver contigo; quiero que sepas que el hijo del militar Juan una tarde se acostó conmigo, y como pequé contra ti, me propuse expiar mi pecado consagrando el resto de mi vida a la práctica de la penitencia.

Después de decir esto empezó a orar y en el mismo momento en que inició su oración, se desvaneció la figura del que ella creía que era su marido y conoció que una vez más el demonio había tratado de engañarla.

En otra ocasión vio Teodora cómo se acercaban al sitio en que ella se encontraba numerosos soldados formados en plan de marcha militar, presididos por un jefe al que parecían obedecer respetuosamente. Cuando aquella especie de batallón llegó a donde ella estaba, los soldados se pararon y le dijeron:

—Ponte en pie y adora a nuestro príncipe:

Teodora les respondió:

—Yo no adoro más que a Dios Nuestro Señor.

Al oír esta respuesta el príncipe o jefe que presidía la formación dijo a su tropa:

—Traed a esta mujer aquí y castigad la insolencia con que acaba de responder.

Los obedientes soldados ejecutaron la orden de su jefe con tal prontitud y ensañamiento que dejaron a Teodora medio muerta y, una vez realizado este oficio, todos ellos, jefe y tropa, desaparecieron instantáneamente.

Unos días después de este hecho vio Teodora a su lado una enorme cantidad de oro; pero rechazó la tentación de cogerla santiguándose y encomendándose a Dios.

Pasadas unas fechas, presentósele un hombre cargado con un cesto lleno de diferentes alimentos y le dijo:

—El príncipe que tan duramente te castigó cuando no quisiste adorarle me ha enviado a ti con estos presentes y me ha encargado que te pida que lo disculpes, porque en aquel momento se obcecó y obró sin darse cuenta de lo que hacía. Acepta, pues, estos manjares y cómelos.

Teodora, sin decir nada, se santiguó, y en aquel mismo instante repentinamente desaparecieron, hombre, comestibles y cesto.

Pasados los siete años a que antes nos hemos referido, el abad, impresionado por la paciencia con que fray Teodoro soportaba sus constantes calamidades y penurias, le levantó el castigo, lo admi-

tió de nuevo en el monasterio y admitió también al niño a quien todos tenían por su hijo. Dos años después de este reingreso, un día, fray Teodoro, que continuaba edificando a los monjes con la santidad de su vida, se encerró en su celda con el pequeño. Enterado de esto el abad, y deseoso de saber a qué pudiera obedecer este aislamiento, encargó a algunos monjes de la comunidad que mirasen por entre las rendijas de la puerta y aplicasen diligentemente el oído para ver si lograban atisbar algo y entender lo que entre sí hablaran el religioso y el niño. Hiciéronlo así y vieron como fray Teodoro tenía abrazado al pequeño y pudieron oír lo que decía, y lo que decía era esto: ¡Hijo mío dulcísimo! Mi vida se acaba. Te dejo en manos de Dios. Ten confianza en El y no olvides nunca que El es tu protector y tu verdadero Padre. ¡Hijo mío queridísimo! Entrégate al ayuno y a la oración y sirve siempre devotamente a tus hermanos, los monjes».

Fray Teodoro, en efecto, momentos después de hacer estas recomendaciones al pequeño, murió santamente. Su muerte ocurrió hacia el año 470 del Señor.

El niño, al darse cuenta de que aquel a quien tenía por padre suyo había fallecido, comenzó a llorar clamorosamente. Durante todo el día, a excepción del chiquillo, nadie supo en el monasterio que fray Teodoro había dejado de existir. Pero, aquella misma noche, el abad, estando durmiendo, tuvo este extraño sueño: Iba a celebrarse un banquete de bodas en el cielo. Los ángeles, los profetas, los mártires y todos los santos estaban de pie, ordenadamente colocados detrás de las mesas. De pronto apareció en la puerta de la gran sala en que había de celebrarse la fiesta una mujer completamente sola, envuelta en un halo de gloria, avanzó por el pasillo central, llegó a la cabecera y se sentó en la presidencia, y, en cuanto tomó asiento, todos los presentes comenzaron a aclamarla. Después se hizo un silencio profundo y en medio de él resonó una voz que dijo: «Esta mujer es el monje fray Teodoro, acusado falsamente de haber tenido un hijo. Por un delito que jamás cometió estuvo siete años sometida a la durísima penitencia que le fue impuesta; esta virtuosa mujer aceptó semejante castigo y ofreció todas las penalidades que implicaba en expiación de un pecado de infidelidad a su marido que en cierta ocasión cometiera». Seguidamente el abad despertó, se levantó de la cama, llamó a los religiosos, refirióles el sueño que acababa de tener, y acompañado de ellos acudió a la celda de fray Teodoro; y tanto él como los demás, todos quedaron sorprendidos al ver que el monje estaba muerto; pero su sorpresa fue aún mayor cuando, al despojar al difunto de sus ropas para lavar su cadáver, advirtieron que el tenido por fray Teodoro no era varón, sino hembra. Inmediatamente cubrieron su cuerpo con una sábana, y sin pérdida de tiempo el abad hizo venir al monasterio al padre de la moza calumniadora y le dijo:

—El monje que según tú había abusado de tu hija, ha muerto.

Luego, alzando la sábana que cubría el cadáver, dijo al mesonero:

—¡Míralo!

El mesonero, al darse cuenta de que aquél a quien se había atribuido la preñez de su hija era una mujer, quedó anonadado por la impresión que el descubrimiento le produjo.

Este suceso impresionó igualmente y causó gran temor a cuantos tuvieron noticia del mismo.

A primeras horas de aquella mañana un ángel del Señor se apareció al abad y le dijo: «Date prisa; monta en tu caballo, ve a la ciudad y al primero a quien encuentres por el camino tráelo aquí rápidamente contigo».

Obedeció el abad; montó en su caballo y salió galopando hacia Alejandría. Antes de llegar, en un determinado lugar del trayecto, se cruzó con un viajero que venía en dirección contraria corriendo con toda la celeridad que sus piernas le permitían. Detúvose el monje, paró al que corría, y le preguntó:

—¿A dónde vas tan de prisa, buen hombre?

—A ver a mi esposa que acaba de morir —respondió el desconocido.

El abad le hizo subir a su propio caballo, lo condujo al monasterio y lo llevó a donde Teodora yacía, y después de que ambos desahogaran su pena junto al cadáver llorando amargamente, se procedió al entierro de la difunta, cuyas exequias se hicieron con gran solemnidad. Terminadas éstas, el marido recientemente viudo solicitó su ingreso en la comunidad, le fue concedido, ocupó la celda que su esposa había santificado y, al cabo de algunos años de vida virtuosa y edificante, falleció también él santamente.

El niño observó tan escrupulosamente los consejos que su nodriza Teodora le había dado, vivió con tal regularidad, progresó en la virtud y desta-

có en perfección tan ostensiblemente, que cuando murió el abad fue unánimemente elegido por los monjes para que rigiera los destinos de aquella comunidad.

Capítulo XCIII

SANTA MARGARITA

Margaritas llamamos a ciertas piedras preciosas, blancas, pequeñas y aptas para conseguir mediante ellas determinados efectos. De tales piedras tomóse el nombre dado a esta santa, que fue también blanca por su virginidad, pequeña por su humildad y poderosa en hacer milagros. De estas piedras preciosas se dice que son eficaces contra las hemorragias y contra el decaimiento, y que confieren fortaleza de ánimo a quien las lleva consigo. Todo esto es aplicable a santa Margarita, que afrontó con entereza el derramamiento de su sangre, como puede probarse a través de la valentía con que soportó el martirio; no se dejó dominar por el decaimiento, es decir, no sucumbió ante las tentaciones del demonio, de las que siempre salió victoriosa; y demostró tener gran fortaleza de espíritu triunfando sobre el diablo, permaneciendo fiel a la doctrina que profesaba convirtiéndo a muchos a la fe cristiana y animándolos a perseverar en ella.

La historia de esta santa fue escrita por Teótimo, varón muy erudito.

Margarita, hija de un patriarca de los gentiles llamado Teodosio, nació en Antioquía, y fue criada y educada por una nodriza. Al llegar a la pubertad recibió el bautismo. Este hecho desagradó tanto a su padre que la echó de casa, y a partir de entonces la aborreció profundamente.

Cuando Margarita tenía quince años, estando un día en el campo con otras doncellas cuidando las ovejas de su nodriza, pasó casualmente por allí el prefecto Olibrio, quien, al ver a aquella jovencita tan hermosa, repentinamente se enamoró de ella y tan apasionadamente que entonces mismo llamó a sus criados y les dijo:

—Fijaos en aquella pastorcita; traédmela aquí inmediatamente; si es libre me casaré con ella, y si es esclava la tomaré como concubina.

Llevada la joven a presencia de Olibrio, éste le hizo una serie de preguntas. Si era libre o esclava, cómo se llamaba y cuál era su religión.

La interpelada le contestó:

—Soy libre y de condición noble, me llamo Margarita y profeso la religión cristiana.

El prefecto comentó:

—De las tres respuestas que me has dado, las dos primeras debí suponerlas, porque, en efecto, hay en tu porte una clara distinción y eres tan bella como una margarita; pero la tercera me ha sorprendido; eso de ser cristiana no te va; es un contrasentido que una criatura tan hermosa como tú y de origen noble tenga por Dios a un crucificado.

—¿Cómo sabes —preguntóle Margarita— que Cristo fue crucificado?

—Porque lo he leído en los libros de los cristianos —respondióle el prefecto.

Entonces la doncella le dijo:

—De manera que has leído los libros de los cristianos, has encontrado en ellos conjuntamente relatos que hablan de las ignominias que Cristo padeció y de diferentes hechos gloriosos que prueban su divinidad, y tú, pasando por alto todo lo que se refiere a su condición divina, has recogido únicamente lo relativo a su historia de hombre humillado. ¿No te parece que tu actutid es poco honrada?

A continuación Margarita comenzó a explicar al prefecto cómo Cristo se sometió voluntariamente al tormento de la crucifixión para redimirnos; cómo una vez realizada la redención entró en la gloria, y cómo en ella vivía y viviría eternamente; mas, acabada su disertación, el prefecto, sumamente indignado, ordenó a sus subalternos que se apoderaran de aquella muchacha que había tenido la osadía de pretender catequizarle, y que la encerraran en una cárcel.

Al día siguiente Olibrio mandó que llevaran a la prisionera a su presencia, y cuando la tuvo ante sí le dijo:

—Eres una chiquilla bastante necia. ¿No te gus-

taría conservar tu hermosura? Pues hazme caso y, siquiera por la cuenta que te tiene, adora a nuestros dioses.

Margarita respondió:

—Yo no adoraré nunca más que al Dios verdadero, ante el cual la tierra se estremece, los mares tiemblan de miedo y las criaturas se postran con reverencial temor.

—Si no haces lo que te digo —replicó el prefecto— haré que desgarren tu cuerpo.

La doncella contestó:

—Deseando estoy morir por Cristo en correspondencia a que también murió por mí.

Al oír esto Olibrio mandó que la ataran a un poste y la torturaran con diversos tormentos. Los verdugos, acatando la orden de su superior, primero la azotaron cruelmente con varas, y luego desgarraron sus carnes con garfios de hierro. Mientras le aplicaban este segundo suplicio brotaba la sangre de su cuerpo como fluye el agua de una fuente abundantísima. Ante aquel atroz espectáculo, muchos de los que lo presenciaban, lloraban y decían:

—¡Oh Margarita! ¡Si supieras cómo sufrimos al ver lo que estamos viendo! ¡Qué pena tan grande que ese cuerpo tan hermoso esté siendo destrozado tan horriblemente y que consientas en perder tu belleza por obstinarte en permanecer fiel a tu religión! ¡Aún puedes salvarte! ¡Cree en nuestros dioses, aunque no sea más que durante algún breve tiempo, el suficiente para salvar tu vida!

Margarita les respondió de esta manera:

—¡Callad, consejeros malvados! ¡Apartaos de aquí! ¡Marchaos lejos, si no queréis ver lo que véis! Pero sabed que la destrucción de mi cuerpo asegura la salvación de mi alma.

Después, dirigiéndose al prefecto, exclamó:

—¡Perro desvergonzado! ¡León insaciable! ¡Podrás destrozar mi carne, pero no lograrás hacer el menor daño a mi alma que está protegida por Cristo!

Olibrio, por falta de valor para ver los torrentes de sangre que brotaban de las heridas de la mártir, mantenía su cara tapada con las puntas de su clámide, y al cabo de un rato mandó que dejaran de atormentar a la víctima y que la llevaran de nuevo a la cárcel. En el preciso momento en que Margarita entró en la prisión, el local en que la encerraron quedó iluminado por una misteriosa claridad. Rogó entonces la santa al Señor que le permitiera ver física y sensiblemente al enemigo contra el cual luchaba, y, apenas hizo esta petición, surgió ante sus ojos la figura de un espantoso dragón que se lanzó sobre ella y trató de devorarla; pero Margarita al instante trazó la señal de la cruz y el monstruo desapareció. En algún libro se lee una versión un poco diferente en relación con este episodio del dragón: en tal libro se dice que el dragón, al surgir ante Margarita, hizo un movimiento rapidísimo, sujetó con su boca la cabeza de la joven; con su larguísima lengua envolvióle los pies, tiró de ellos hacia sus fauces, formó con el cuerpo de la santa una especie de ovillo y en menos que se cuenta la engulló; pero Margarita, al pasar por la garganta de la infernal bestia, se santiguó; mientras se santiguaba llegó hasta el estómago del dragón y, en cuanto llegó, el horrible monstruo reventó y ella salió incólume de las entrañas de aquel bicho descomunal. Yo opino que esto de que el dragón llegara a tragarla, y que reventara, parece poco serio; probablemente se trata de una invención; en consecuencia no debe ser creído el relato que hace el aludido libro acerca de este episodio.

Después de este suceso del dragón, el diablo trató de engañarla, presentándose ante ella bajo el aspecto de un hombre; pero Margarita al verlo, se postró en el suelo y oró; luego levantó la cabeza y vio como el demonio, oculto tras aquel disfraz humano, se acercaba a ella, le tendía la mano cual si quisiera ayudarla a levantarse del suelo y le decía: «Ya has hecho bastante por mí; no es menester ni conveniente que sigas padeciendo más por mi persona». Entonces Margarita, en vez de aceptar la mano que le tendía, asiólo por la cabeza, lo arrojó contra el pavimento, alzóse rápidamente, oprimióle el cuello con su pie derecho y le dijo: «¡Demonio maldito y soberbio! ¡Trágate esta humillación de verte mordiendo el polvo del suelo aplastado por el pie de una mujer!» El diablo respondió a gritos: «¡Oh bienaventurada Margarita! ¡Reconozco que he sido derrotado por ti! ¡Si me hubiese vencido un joven no me habría importado mucho; pero mi desazón es enorme al comprobar que quien me mantiene en esta humillante situación es una tierna doncella, hija, para mi mayor bochorno, de unos padres que fueron grandes amigos míos!» Ella lo dejó gritar, pero continuó manteniéndolo bajo la planta de su pie, y le exigió que le dijera a qué y por qué había venido. A esto respondió él: «A tratar de convencerte de que obedecieras al prefecto». Siguió ella preguntándole más cosas y le obligó a que declarara por qué per-

seguía y tentaba continuamente a los cristianos, a lo cual contestó él que sentía un odio irresistible hacia cuantos vivían virtuosamente, y que por eso precisamente los tentaba; manifestó que aunque muchas veces sus tentaciones no surtían efecto, porque los tentados las rechazaban, continuaba inquietándolos con la esperanza de que acabaran rindiéndose a sus sugerencias; añadió que, además de odio, sentía una feroz envidia de los hombres porque estaban llamados a participar de la felicidad que él había perdido, y que, aunque sabía perfectamente que jamás lograría recuperar la bienaventuranza que en otro tiempo tuvo, hacía lo posible para impedir que la alcanzaran los seres humanos. Además de lo anterior, declaró esto: «Salomón encerró en un recipiente a una infinidad de demonios; una vez muerto el sabio rey que los encerró, los demonios, desde el interior del recipiente comenzaron a despedir ráfagas de calor; algunos hombres, al advertir el calor que del recipiente salía dieron en sospechar que acaso en él estuviese escondido algún gran tesoro, y para comprobar si esto era cierto o no, y si lo era, para apoderarse de él, quebraron el recipiente, y, al quebrarlo, los demonios que allí estaban encerrados huyeron a toda prisa y se esparcieron por las alturas; desde entonces andan libres por el aire y pueblan el espacio». Cuando el diablo manifestó todo cuanto Margarita deseaba saber, la doncella levantó el pie con que lo tenía oprimido y le dijo: «¡Huye de aquí, maldito!». El diablo, obediente a esta orden, inmediatamente desapareció. Este hecho dio a la santa gran seguridad, pues cobró conciencia de que si había sido capaz de vencer al príncipe del mal, con mayor facilidad lograría triunfar sobre el prefecto, que después de todo no era más que un subalterno de aquél a quien ella había vencido.

Por orden de Olibrio, al día siguiente Margarita compareció ante él. Quiso éste, delante de todo el pueblo, obligarla a que ofreciese sacrificios a los dioses; pero, como la santa se negara a ello, mandó que la desnudaran completamente y que aplicaran a su cuerpo teas encendidas. La inmensa muchedumbre que asistió al espectáculo quedó admirada de que una joven tan tierna pudiera resistir sin rendirse el atroz suplicio a que fue sometida, máxime habiendo padecido con anterioridad tantos y tan variados tormentos. Después que los verdugos le achicharraron las carnes, la maniataron y la metieron en una tinaja llena de agua para aumentar el dolor de las quemaduras al ponerse éstas en contacto con el líquido; mas en aquel instante la tierra tembló, la tinaja se quebró y la santa salió ilesa de la nueva tortura. Con motivo de este milagro se convirtieron cinco mil hombes, que pagaron su conversión con la pérdida de la vida temporal, pues el prefecto mandó que los mataran por haber abrazado la fe de Cristo. Temiendo Olibrio que los milagros se repitieran y se repitieran también las conversiones masivas, ordenó que Margarita fuese inmediatamente decapitada. La santa, al oír la sentencia, pidió que le concedieran un poquito de tiempo; fuele concedido, y lo aprovechó para encomendar su alma a Dios, para orar por sus perseguidores y por cuantos en el futuro se acordasen de ella y la invocasen devotamente; seguidamente hizo saber que todas las mujeres preñadas que en el momento de parir, si el parto se presentaba difícil, invocasen su nombre, parirían felizmente. En cuanto dijo esto, oyóse una voz procedente del cielo que decía: «¡Margarita! Todas tus peticiones han sido aceptadas».

Acto seguido, la santa doncella se puso en pie, miró al verdugo y le dijo:

—Hermano, desenvaina tu espada y mátame.

Así lo hizo el verdugo: desenvainó su espada y de un solo golpe cortóle el cuello a la santa. De este modo fue martirizada santa Margarita, el 17 de julio según el autor de su biografía, y el 13 de ese mes según otros escritores.

Hablando de esta santa doncella, otro santo se expresó de esta manera: «Santa Margarita vivió siempre llena de reverencial temor de Dios, impregnada de enorme sentido de la justicia, rebosante de religiosidad e inundada de compunción. Fue insigne por su honestidad y extraordinaria por su paciencia. Nadie jamás pudo descubrir en su conducta absolutamente nada contrario a la religión. Aunque su padre la aborreció, sintióse siempre amada por Jesucristo Nuestro Señor».

Capítulo XCIV

SAN ALEJO

Alejo, en latín *Alexius,* proviene de *a* (muy) y de *lexis* (palabra), y en el caso de este santo significa *muy cimentado en la palabra de Dios.*

Alejo fue hijo de Eufemiano, hombre perteneciente a la más encumbrada nobleza romana, y tan

insigne por su alcurnia que ocupaba el primer puesto entre los cortesanos del emperador, y tan rico que tenía a su servicio tres mil muchachos esclavos a los que vestía con túnicas de seda sujetas a la cintura con cordones de oro. Además de noble y rico Eufemiano era muy misericordioso con los pobres; todos los días se preparaban en su casa tres comedores: uno para dar de comer a huérfanos, otro para socorrer a viudas, y otro para atender a peregrinos. El mismo, con admirable diligencia, se ocupaba personalmente de que todas las cosas estuvieran a punto para que la abundante refección se sirviese diariamente a la hora de nona. A la misma hora comía también él. Todos los días sentaba a su mesa a algunas personas de reconocida virtud, y procuraba que todos los comensales se comportasen con temor de Dios. Su esposa, tan piadosa y caritativa como él, se llamaba Aglaes.

Después de varios años de matrimonio sin haber obtenido descendencia, el Señor tuvo a bien atender las oraciones de estos cónyuges concediéndoles un hijo, al que impusieron el nombre de Alejo. En cuanto nació este niño, ambos esposos de común acuerdo, se comprometieron a observar perfecta castidad por el resto de sus vidas.

A su debido tiempo Alejo comenzó a estudiar artes liberales, y al terminar con gran aprovechamiento el aprendizaje de las diferentes disciplinas filosóficas, como ya había entrado en la pubertad, sus padres eligieron entre las doncellas de la corte imperial una joven adecuada y se la dieron a su hijo por esposa. La misma noche de la boda, al quedarse los dos recién casados a solas en la cámara nupcial, Alejo empezó a instruir a su joven mujer en el temor de Dios y a ponderarle las excelencias de la virginidad. Cuando concluyó su catequesis, le entregó su propio anillo de oro y la hebilla de su cinturón y le dijo:

—Ten estos dos objetos; consérvalos hasta que Dios quiera y que El esté siempre con nosotros.

Seguidamente cogió algo de dinero, salió de casa y, amparado por la obscuridad nocturna, caminó hasta la costa, tomó pasaje en un navío que iba a hacerse a la mar, y a bordo del mismo llegó a Laodicea. Desde Laodicea se trasladó a una ciudad de Siria llamada Edesa en la que se veneraba una imagen de Nuestro Señor Jesucristo grabada milagrosamente en una sábana. En cuanto llegó a Edesa repartió entre los pobres todo el dinero que del que cogió en su casa le quedaba, dio sus ricas ropas a un mendigo, se vistió con los harapos que éste a cambio le cedió, e inició una vida de pordiosero uniéndose a un grupo de indigentes, y pidiendo diariamente limosnas, mezclado con ellos, en el atrio de la iglesia de Santa María Madre de Dios, conservando para su sustento solamente lo estrictamente necesario, y entregando el resto de lo colectado a sus compañeros.

Cuando Eufemiano se enteró de la voluntaria desaparición de su hijo, llenóse de dolor e intentó por todos los medios averiguar su paradero. Con este fin envió criados suyos por todas las partes del mundo, rogándoles muy encarecidamente que lo buscaran con la mayor diligencia. Algunos de estos emisarios fueron a dar a Edesa, pasaron junto a la iglesia de Santa María, socorrieron uno por uno a todos los pobres que pedían limosna en el atrio y también a Alejo, pero no lo reconocieron; éste, en cambio, sí los reconoció a ellos, mas se hizo el disimulado y sin decirles nada dijo interiormente bendiciendo al Señor: «¡Gracias, Dios mío, porque has dispuesto las cosas de modo que yo haya tenido que ser socorrido por mis propios siervos!».

Unos tras otros fueron regresando los criados a casa de su amo con la misma mala noticia de que por las tierras que habían recorrido nadie pudo darles referencias del hombre a quien buscaban.

Por lo que atañe a Aglaes, cuando supo que Alejo había desaparecido, extendió un saco en el suelo de su dormitorio y postrada en él pasaba los días y las noches llorando y diciendo: «No me alzaré de aquí ni cesaré en mis llantos hasta que mi hijo regrese a casa».

Algo parecido hizo la esposa de Alejo, que se asoció a su suegra y le dijo: «Como tórtola solitaria

permaneceré junto a ti; no dejaré de gemir en tanto no oiga resonar en mis oídos la voz de mi dulcísimo esposo».

Diecisiete años llevaba Alejo sirviendo a Dios como mendigo y pidiendo limosna en el atrio de la referida iglesia, cuando un día la imagen de la Bienaventurada Señora que en ella se veneraba habló con el sacristán del templo y le dijo: «Haz pasar a ese hombre de Dios, puesto que es digno del reino de los cielos; el Espíritu divino descansa sobre él; su oración sube constantemente como una nube de incienso hasta el trono del Señor». Como el sacristán diera a entender a la Virgen María que no sabía de quien le estaba hablando, la imagen le aclaró: «Me refiero a ese que está en el atrio, sentado en el suelo». El sacristán entonces salió rápidamente del templo, llegó al atrio en el que en aquel momento sólo uno de los pobres estaba sentado en el suelo, tomólo de la mano y lo introdujo en la iglesia. El mendigo en cuestión resultó ser Alejo, a quien la gente empezó a venerar porque la noticia de este hecho se extendió prestamente por toda la ciudad; pero como Alejo no quería gloria humana, huyó de Edesa y se marchó a Laodicea en donde, para alejarse aún más, poco después de su llegada se embarcó en una nave que se hacía a la mar con rumbo a Tarso de Cilicia; pero quiso Dios que el barco en que navegaba, impelido por el viento, en lugar de recalar en Tarso lo hiciera en el puerto de Roma. Cuando Alejo se dio cuenta de que había llegado a su patria se dijo para sí: «Volveré a la casa de mi padre, mas no me daré a conocer, y sin molestar a nadie en ella viviré de la caridad que allí se practica».

Al aproximarse al palacio familiar vio en la calle a su padre, rodeado de gran multitud de criados, mezclóse entre ellos y comenzó a gritar diciendo:

—¡Oh, siervo de Dios, soy un pobre peregrino; di a tus esclavos que me admitan en tu casa; ordena que en ella me socorran con las migas de tu mesa; también tú eres peregrino, y, si tienes misericordia de mí, el Señor la tendrá aún mayor de ti!».

Eufemiano, el oír esta petición, se acordó de su hijo y por amor a él mandó a sus siervos que se hiciesen cargo de aquel hombre, que le dieran albergue en algún lugar del palacio y le proporcionasen diariamente el sustento necesario; e incluso designó a uno de ellos para que se cuidase habitualmente de que el forastero estuviera debidamente atendido.

Así fue como Alejo se instaló en casa de su padre y en ella organizó su vida a base de continua oración, de ayunos y de otras penitencias con las que maceraba su cuerpo.

No tardaron los criados en convertir al recién llegado en objeto permanente de sus burlas: reíanse de él, lo insultaban, arrojaban sobre su cabeza las aguas sucias que habían utilizado antes para lavarse ellos o para fregar. Alejo, con inagotable paciencia, soportó día tras día y año tras año todas las injurias y malos tratos que los esclavos de su padre quisieron inferirle. En esta situación permaneció en la casa paterna, sin que nadie lo reconociera, durante diecisiete años, al cabo de los cuales supo por una revelación interior que su muerte estaba próxima. Al saber que pronto iba a morir pidió que le proporcionaran los objetos necesarios para escribir, y escribió una larga carta en la que relataba la historia de su vida.

Un domingo, durante la celebración de la misa solemne en la iglesia principal de Roma, oyóse dentro del templo una voz celestial que decía:

—«¡Venid a mí los tristes, los cansados, los afligidos, que yo os aliviaré!».

Al oír esta voz misteriosa, todos los asistentes, asustados, cayeron de rodillas y postraron sus cabezas sobre el suelo; y mientras permanecían en esta actitud oyeron de nuevo la misma voz, que en esta segunda vez les dijo:

—«¡Buscad al hombre de Dios para que ore por Roma!».

Entonces comenzaron a preguntarse unos a otros quién podría ser aquel hombre a quien deberían buscar; y mientras, intrigados, mutuamente se hacían estas preguntas, resonó por tercera vez la voz de antes diciendo:

—«¡Buscadlo en casa de Eufemiano!».

Eufemiano, que estaba presente, manifestó que no sabía a quién podía referirse la voz celestial, y, acompañado de los emperadores Arcadio y Honorio, del papa Inocencio y de los demás obispos de Roma, se dirigió a su palacio para tratar de localizar al misterioso hombre. Cuando aún no habían llegado a él, dióles alcance el criado encargado de atender a Alejo y dijo a su amo:

—Señor, ese a quien se nos manda que busquemos, ¿no será acaso el peregrino que desde hace tanto tiempo tenemos alojado en casa? Digo esto porque es persona de mucha paciencia y de gran santidad.

Eufemiano entonces se adelantó al resto del

grupo y a toda prisa se dirigió al lugar de su palacio en que el peregrino solía hacer su vida; y, efectivamente, allí lo halló, pero muerto y con la cara tan resplandeciente como la de los ángeles. Viendo que el difunto tenía una carta entre sus manos, trató de hacerse con ella; pero no lo consiguió. En vista de ello, Eufemiano abandonó la estancia, salió al encuentro de los emperadores y de los obispos, les refirió lo que acababa de ver y regresó con ellos a donde estaba el muerto. Los emperadores, en presencia del difunto y cual si hablaran con él, dijeron:

—Verdad es que somos pecadores, pero a pesar de ello hemos asumido la responsabilidad de regir los destinos del imperio; este otro que está aquí es Inocencio, el pontífice encargado del gobierno espiritual del mundo. Danos, pues, esa carta para que la leamos y nos enteremos de lo que en ella esté escrito.

Seguidamente el papa se acercó al cadáver y sin dificultad alguna tomó de entre sus manos la carta y la entregó a uno de sus secretarios para que la leyera en voz alta. El secretario la leyó en presencia de los dichos y de una inmensa multitud de gente que allí se había congregado.

Eufemiano, al conocer lo que la carta decía, se conturbó de tal manera y se afligió tanto, que, incapaz de soportar tanta pena, profundamente emocionado cayó desmayado al suelo. Después, al recobrar su conocimiento, rasgando sus vestidos, arrancándose a puñados sus blancos cabellos, arañándose la cara e inclinado sobre el cuerpo de su hijo y llorando a gritos dijo:

—¡Ay de mí, hijo mío! ¿Por qué me has causado esta terrible aflicción? ¿Por qué me has proporcionado tantos años de tristeza y de sufrimiento? ¡Ay, desgraciado de mí! ¡Tú, que deberías haber sido el báculo de mi vejez, estás ahora aquí, en mi presencia, muerto y sin poder hablarme! ¡Ay, ay, ay! ¿Qué consuelo podré tener ya en lo que me queda de vida?

Aglaes, la madre, al enterarse de lo ocurrido, cual leona que acabara de romper los hierros de su jaula, desgarrándose los vestidos, mesándose su cabellera suelta y con los ojos levantados hacia el cielo, acudió al lugar tratando de abrirse paso entre la apretada concurrencia, diciendo a gritos:

—¡Apartaos! ¡Dejadme pasar! ¡Quiero ver a mi hijo, a ese hijo que amamanté con mis pechos; a ese hijo que debía haber sido la alegría de mi alma!

Cuando llegó junto al difunto, se arrojó sobre su cuerpo exclamando:

—¡Hijo mío, luz de mis ojos! ¿Por qué obraste de esta manera? ¿Por qué te comportaste tan cruelmente con nosotros? ¡Veíasnos a tu padre y a mí llorando sin cesar tu ausencia y callaste y no nos dijiste que estabas aquí, bajo nuestro techo! ¡Injuriábante quienes eran tus esclavos y tú soportabas en silencio sus insolencias!

Mientras éstas y otras semejantes cosas le decía, inclinada sobre el cuerpo de su hijo extendía la atribulada madre sus brazos, cogía con sus manos la angelical cabeza del difunto, apretábala contra su seno, besábala y repetía:

—¡Llorad conmigo los que estáis aquí! ¡Llorad conmigo todos los presentes! ¡Diecisiete años lo tuve en mi casa sin saber que lo tenía! ¡Era mi único hijo! ¡Estaba cerca de mí y yo no lo sabía! ¡Ay! ¡Qué dolor siento al recordar que nuestros siervos lo injuriaban, se burlaban de él y le daban bofetadas! ¡Desgraciada de mí! ¡Ojalá pudiera alguien convertir mis ojos en dos fuentes de lágrimas para verter entre ellas de día y de noche el inmenso dolor que invade mi alma!

La esposa del difunto, a su vez, tan pronto como se enteró del caso, se vistió de luto riguroso, acudió corriendo a la estancia en que yacía el cuerpo muerto de su marido, y entre lamentos dijo:

—¡Infeliz de mí, desolada y viuda! ¡Ya no tengo a quien mirar ni en quien poner mis ojos! ¡El espejo en que podía contemplarme se ha quebrado para siempre! ¡Ya pereció mi esperanza! ¡Ya sonó para mí la hora del dolor, de un dolor que nunca terminará!

Todos cuantos estaban presentes, conmovidos por lo que veían y oían, no podían contener sus lágrimas.

El papa y los emperadores colocaron el cadáver en un suntuoso féretro y lo llevaron procesionalmente por las calles de la ciudad, proclamando que aquel era el hombre de Dios que según la voz que se oyó en la iglesia deberían buscar. Las gentes acudieron presurosas, en masa, se incorporaron a la procesión y trataron de acercarse al cuerpo del santo. Los enfermos que lograban tocarlo quedaban instantáneamente curados de sus respectivas enfermedades, fuesen las que fuesen; los ciegos recobraban la vista, los posesos veíanse repentinamente libres de los demonios que los ocupaban, y los emperadores y el papa, testigos de tantas maravillas, quisieron llevar sobre sus hombros el fére-

tro para que san Alejo, a través del contacto de sus sagrados restos, santificara sus almas; pero, como era tan numeroso el gentío que se apiñaba alrededor de los portadores del difunto, resultábales imposible atravesar aquella imponente masa humana; por eso, para ver si conseguían alejar momentáneamente a la multitud, empezaron a arrojar por las calles y plazas gran cantidad de monedas de oro y de plata, pensando que el pueblo correría ávidamente tras el dinero, se diluiría la concurrencia y quedarían huecos suficientes para que ellos pudieran acercarse al cadáver, tomarlo sobre sus hombros e introducirlo en la iglesia; pero la estratagema no dio el resultado que esperaban; el público, en vez de correr tras aquella lluvia de oro, se apretujó más y más en torno al cuerpo del santo. La procesión, pues, penosamente y con suma lentitud continuó avanzando muy poco a poco, y después de mucho tiempo llegó al templo del mártir san Bonifacio, en cuyo interior quedó el cadáver colocado y expuesto a la pública veneración. Siete días y siete noches, ininterrumpidamente, los fieles desfilaron ante los venerables restos de san Alejo, cantando incesantemente alabanzas en su honor. Durante toda aquella semana, en la referida iglesia de san Bonifacio se labró un sepulcro con materiales nobles, y guarniciones de oro y de piedras preciosas y, cuando estuvo terminado, en él fue depositado el sagrado cuerpo. En cuanto terminó la ceremonia del enterramiento, todos los asistentes notaron como de aquel sepulcro fluía un suavísimo aroma y se extendía por el interior del templo.

San Alejo murió hacia el año 398 del Señor, un 17 de julio.

Capítulo XCV

SANTA PRÁXEDES

La virgen Práxedes fue hermana de santa Potenciana y de los santos Donato y Timoteo. Los apóstoles evangelizaron y convirtieron a la fe a estos cuatro bienaventurados hermanos, de los cuales sabemos que, cuando comenzó a arreciar la primera persecución contra los cristianos, se dedicaron a la piadosa obra de dar sepultura a los cuerpos de los mártires y a socorrer con largueza a los pobres, distribuyendo entre ellos todos los bienes materiales que poseían.

Estos cuatro santos hermanos murieron en la paz del Señor hacia el año 165 de nuestra era, siendo emperadores Marco y Antonio II.

Capítulo XCVI

SANTA MARÍA MAGDALENA

María significa tres cosas: *mar amargo, iluminadora e iluminada.* Estas tres significaciones nos ayudan a interpretar correctamente las tres partes que esta santa óptimamente eligió, a saber: la parte de la penitencia, la parte de la contemplación interior y la parte de la gloria eterna. A las tres se refería el Señor cuando dijo: *«María ha estado tan acertada en su elección, que la parte que ha elegido nadie se la arrebatará».* En efecto, la primera de esas partes, o sea la penitencia, se ordena a la consecución de la bienaventuranza eterna, y por razón de este fin no podrá serle arrebatada. Tampoco podrá serle arrebatada la segunda, es decir, la contemplación interior, porque entre la contemplación que se ejerce en esta vida temporal y la que se ejerce en la otra, no hay solución de continuidad, ya que esta vida terrena es el camino por el que se llega a la vida de la Patria. Menos aún podrá serle arrebatada la parte tercera, la gloria eterna, porque esta gloria, por ser eterna, es eternamente duradera.

Cualquiera puede advertir la estrecha relación que existe entre la penitencia, primera óptima parte elegida por esta santa, y el significado de *mar amargo* correspondiente al nombre de María que ella llevó; para ello bastará que considere las muchas lágrimas que derramó; fueron estas lágrimas tan copiosas, tan abundantes, que dieron suficientemente de sí para lavar los pies del Señor.

También existe clara relación entre la contemplación interior, segunda óptima parte elegida por María y el significado de *iluminadora* atribuido a su nombre, puesto que en el ejercicio de esa contemplación adquirió nues-

tra santa los torrentes de luz con los que posteriormente iluminó profusamente a los demás.

Por último, existe también evidente relación entre la gloria eterna, tercera óptima parte elegida por ella, y el concepto de *iluminada* que el nombre que llevó significa; porque, como consecuencia de esa elección, su mente está actualmente ilustrada con la realidad del conocimiento divino; e iluminado quedará también su cuerpo cuando resucite, puesto que participará de los resplandores de esa claridad.

Magdalena, su segundo nombre, puede significar tres cosas: si suponemos que esta palabra deriva de *manens rea,* querrá decir algo así como *fue tenida por rea;* en ese sentido Magdalena sería lo mismo que *culpable;* pero si suponemos que el vocablo Magdalena procede de otros, su significado sería o bien el de *fortificada,* o para el caso *invicta,* o bien el de *magnífica.* Estas tres significaciones denotan respectivamente lo que fue esta mujer antes de convertirse, en su conversión y después de convertida. Antes de convertirse, convínole plenamente el nombre de Magdalena en cuanto *manens.rea,* o sea, en cuanto *culpable,* porque su vida durante esa etapa se caracterizó por una actitud de permanente culpabilidad merecedora de penas eternas. Al convertirse, el significado de culpable dejó de existir y comenzó a convenirle el de *fortificada* o *invicta,* puesto que se pertrechó con la armadura de la penitencia, hizo de su persona una plaza inexpugnable y transformó en holocausto su vida, antes dedicada a los placeres. Después de convertida, la significación de *magnífica* adquirió con toda justicia plena relevancia sobre las otras dos: magnífica por la sobreabundancia de la gracia: a ella podemos aplicarle con evidente propiedad estas palabras del Apóstol: «Allí donde antes sobreabundó el pecado, posteriormente sobreabundó la gracia».

1. María, llamada también Magdalena, por el castillo de Magdalo en que vivió, perteneció a una familia descendiente de reyes; por tanto, de mucho abolengo. El castillo de Magdalo estaba situado en Betania, localidad próxima a Jerusalén y distante no más de dos millas del lago de Genesareth. María y sus hermanos, Lázaro y Marta, a la muerte de sus padres, que se llamaron él Siro y ella Eucaria, poseyeron durante algún tiempo en común la citada fortaleza y gran parte de la ciudad de Jerusalén; pero luego, al dividir entre sí el abundante patrimonio que sus progenitores les legaron, a María le correspondió el mencionado castillo de Magdalo; de ahí su sobrenombre de Magdalena; a Lázaro le tocaron las posesiones que tenían en la capital del reino, y Marta se quedó con el pueblo de Bentania. Hecha la distribución de bienes, los tres hermanos siguieron viviendo juntos, y, aunque cada uno era dueño de lo suyo, Marta continuó llevando la administración general de la hacienda familiar; porque Magdalena pronto se desentendió de todo para entregarse a una vida disoluta; y Lázaro lo único que le interesaba era lo que se relacionaba con su profesión militar. De ahí que Marta, mujer prudente, tuviese que hacerse cargo, no sólo de la administración de su propio patrimonio, sino también del de sus dos hermanos y del gobierno de la casa. Ella era la que con admirable diligencia cuidaba de todo, dirigía los trabajos de los criados, abonaba los haberes a los soldados de Lázaro y suministraba socorros a los pobres de la comarca.

A raíz de la Ascención del Señor, los tres hermanos vendieron cuanto tenían y entregaron a los apóstoles la totalidad del dinero que obtuvieron al enajenar sus bienes.

Magdalena era muy rica; pero como las riquezas y los placeres suelen hacer buenas migas, a medida que fue tomando conciencia de su belleza y de su elevada posición económica, fuese dando más y más a la satisfacción de caprichos y de sus apetitos carnales, de tal modo que las gentes, cuando hablaban de ella, como si careciera de nombre propio designábanla generalmente por el apodo de «la pecadora». Había oído ella hablar mucho de aquel Cristo que iba de unos lugares a otros siempre predicando. Un día, al enterarse de que estaba en Jerusalén, movida por el Espíritu divino se presentó en casa de Simón el Leproso, en donde según sus noticias hallábase Jesús comiendo; pero, avergonzada por la mala reputación que tenía, no atreviéndose a entrar ostensiblemente en la sala donde Jesús comía con algunos hombres justos y famosos por su severidad, entró disimuladamente, procu-

rando que los comensales no la vieran, y, adoptando las precauciones necesarias para pasar inadvertida, postróse en el suelo junto al Señor, lavóle los pies con sus lágrimas, enjugóselos con sus propios cabellos y seguidamente derramó sobre ellos un riquísimo perfume que consigo había llevado. Digamos aquí en plan de advertencia que, como aquella región era tan calurosa, sus habitantes solían usar en su baños y lavatorios ciertos ungüentos perfumados para contrarrestar los efectos abrasadores de los rayos del sol. A pesar de las cautelas tomadas por María, el fariseo Simón, es decir, el dueño de la casa, la vio entrar y espió desde su puesto lo que la mujer hacía; también él exteriormente disimuló y nada dijo, pero interiormente comenzó a pensar que aquel Cristo no podía ser realmente un profeta, porque, de serlo, de ninguna manera consentiría dejarse tocar por aquella mala mujer. Jesús, que sí era profeta y conoció los pensamientos que Simón estaba formulando, recriminó a éste por su soberbia, refutóle el concepto que tenía de la justicia y perdonó a María todos sus pecados.

El Señor hizo a María Magdalena inmensos beneficios y distinguióla con señaladísimas pruebas de predilección: expulsó de su alma siete demonios; dejóla totalmente inflamada de amor hacia El; honróla con su confianza y amistad; convirtióla en su hospedera alojándose en su casa; quiso que fuese ella quien le procurase lo que necesitaba cuando iba de camino en sus peregrinaciones de evangelización; la trató constantemente con comprensión y dulzura defendiéndola de quienes la atacaban o recriminaban su comportamiento, como la defendió ante Simón el fariseo, que la juzgaba inmunda ante su hermana Marta, que la tachó de holgazana, y ante Judas que la acusó de derrochona. Cuando la vio llorar El mismo no pudo contener sus lágrimas y por amor a ella resucitó a su hermano Lázaro cuatro días después de que éste hubiera muerto, y curó a Marta de unas hemorragias que desde hacia siete años padecía; también en atención a ella concedió a Martila, criada de Marta, la gracia de que pudiese proclamar públicamente la dulcísima verdad que proclamó cuando en presencia de una numerosa multitud dijo: «*Dichoso el vientre que te llevó,* etc.». Así lo cree san Ambrosio, quien afirma que, efectivamente, el Señor curó a Marta de un flujo de sangre y que fue una criada suya la que prorrumpió en la citada exclamación.

En resumen: María Magdalena, con sus lágrimas, lavó los pies del Señor, los limpió con sus cabellos, los ungió con ungüento oloroso y fue la primera que en aquel tiempo de gracia hizo solemne y pública penitencia; ella fue también la que eligió la mejor parte y sentada a la vera de Cristo escuchó atentamente sus palabras; también fue ella quien derramó sobre la cabeza del Señor un tarro de bálsamo perfumado y quien permaneció junto a la cruz de Cristo durante su Pasión, y quien compró los aromas para ungir su cuerpo muerto, y quien se quedó velando su sepulcro cuando los demás discípulos se marcharon; también fue la primera a quien Jesús resucitado se apareció y la encargada por El de comunicar su resurrección a los demás, convirtiéndose de este modo en *apóstola de los apóstoles.*

Catorce años después de la Pasión y Resurrección del Señor, cuando ya hacía bastante tiempo que los judíos habían matado a san Esteban y arrojado de Judea a los seguidores del Maestro, los apóstoles se hallaban repartidos por diferentes países de la gentilidad predicando el Evangelio. En esta tarea colaboraban a la sazón algunos de los setenta y dos antiguos discípulos de Cristo. A uno de éstos, de nombre Maximino, había encargado san Pedro que atendiera espiritualmente a María Magdalena. Al producirse la dispersión con vistas a la evangelización del mundo pagano, san Maximino, acompañado de otros muchos creyentes, abandonó la tierra de Judea y se dirigió a otra región, de donde a poco de llegar fueron expulsados por los infieles que allí vivían. Estos obligaron a subir a una barca a san Maximino, a María Magdalena, a Lázaro, a Marta, a su criada Martila, a san Cedonio el ciego de nacimiento curado de su ceguera por Cristo y a otros muchos cristianos; condujeron la nave hasta alta mar y allí la dejaron abandonada, sin remos, sin velas y sin nada cuanto pudiera servir para ayudar a la navegación, con la pérfida idea de que el navío naufragara y sus pasajeros murieran ahogados; pero Dios se encargó de conducir milagrosamente sobre las aguas del mar a los expedicionarios, haciendo que la maltrecha embarcación arribara a las costas de Marsella, en cuyo puerto desembarcaron sus pasajeros. Una vez que tomaron tierra, recorrieron la ciudad en busca de alojamiento, y como nadie quiso darles hospitalidad decidieron cobijarse bajo la techumbre del pórtico del templo pagano. Viendo santa María Magdalena que los marselleses acudían continua-

mente a dicho templo a ofrecer sacrificios a los ídolos, comenzó a predicar a aquellas gentes la doctrina de Cristo con amabilidad, con sencillez, con palabras dulces y adecuadas, con la idea de apartarlas de la idolatría y de conducirlas a la fe en el Señor. Los oyentes de aquellas constantes predicaciones no sabían qué admirar más: si la belleza extraordinaria de la predicadora, su facilidad de palabra o la cautivadora elocuencia con que se expresaba. No debe extrañarnos que de unos labios que tan delicada y piadosamente habían cubierto de besos los pies de Cristo brotase la palabra de Dios con especialísima unción.

2. Un día, por entonces, llegó al templo el gobernador de la provincia acompañado de su esposa e hijos para ofrecer sacrificios en honor de los ídolos. Magdalena expuso a los miembros de aquella familia la doctrina de Cristo y consiguió disuadirlos del propósito que al templo los había llevado. Un poco más adelante, una noche Magdalena se apareció a la esposa del gobernador y le dijo: «¿Cómo vosotros, siendo ricos, permitís que los siervos del Señor perezcamos de hambre y de frío?» Seguidamente, en tono severo añadió: «Si no tratas de convencer a tu marido para que remedie la necesidad en que nos encontramos, él y tú incurriréis en la ira de Dios todopoderoso». La mujer del gobernador no se atrevió a manifestar a su esposo la visión que había tenido. A la siguiente noche Magdalena repitió su aparición, su encargo y su aviso; pero tampoco tras de esta segunda visión la gobernadora dijo nada a su marido. Por tercera vez apareciόse Magdalena a la susodicha mujer, pero en esta ocasión, no sólo a ella sino también a su esposo cuando ambos al amparo del silencio y de la avanzada hora nocturna dormían profundamente. La santa, temblaba de indignación y despidiendo de su encendido rostro llamas tan vivas de cólera que parecía como si toda la casa estuviera ardiendo, zarandeó al gobernador, lo despertó y le habló de esta manera: «¡Tirano! ¡Instrumento e hijo de Satanás! ¿Qué es esto de que tú estés tan tranquilo durmiendo en esta mullida cama al lado de esta víbora que no ha querido comunicarte mis encargos? ¿Cómo, enemigo de la cruz de Cristo, puedes reposar aquí tan campantemente, con la barriga atiborrada de toda clase de exquisitos alimentos, sin importarte un ardite que los siervos de Dios se estén muriendo de hambre y de sed? ¡Hete a ti aquí, en tu palacio, arropado con riquísimas mantas, mientras los discípulos del Señor permanecen a la intemperie , desprovistos de refugio y tiritando de frío! ¡Oh malvado! ¡No creas que las cosas van a seguir así! ¡Conocías de sobra la necesidad en que se encuentran los santos de Dios! ¡Tenías en tus manos recursos para remediarla, pero no has querido hacerlo! ¡Atente a las consecuencias! ¡Tu impiedad no va a quedar impune! «Dicho esto, Magdalena desapareció».

La mujer del gobernador despertó inmediatamente acongojada, suspirando y temblando y, al ver que también su esposo suspiraba y temblaba, le preguntó:

—Mi señor, ¿has visto acaso mientras dormías lo mismo que he visto yo?

El marido respondió:

—Sí; seguramente ambos hemos visto lo mismo. Estoy asustado. No consigo sobreponerme a la impresión que me ha producido el sueño que acabo de tener. ¿Qué te parece a ti que debemos hacer?

—Yo creo —manifestó la esposa— que obramos con cordura si atendemos cuanto antes a esa gente, para no exponernos a incurrir en la indignación del Dios ése de que hablan.

El gobernador estuvo de acuerdo en esto con su esposa y a la mañana siguiente proporcionaron hospitalidad a los cristianos y les suministraron cuanto necesitaban.

Algunos días después, estando Magdalena predicando la doctrina de Cristo, preguntóle el gobernador:

—¿Puedes probar que todo eso que predicas es verdad?

—Claro que puedo, —respondió la interpelada, y añadió: Lo que yo predico es lo mismo que predicaba mi maestro Pedro, que todavía vive y está en Roma, y garantizó con estupendos milagros la verdad de cuanto enseñaba.

Entonces el gobernador, de acuerdo con su esposa, propuso a Magdalena:

—Si consigues que ese Dios de quien hablas nos conceda a mi mujer y a mí tener un hijo, abrazaremos la fe que predicas.

—Os aseguro —respondió Magdalena— que tendréis ese hijo.

Desde aquel día la santa comenzó a pedir al Señor que concediera al gobernador y a su esposa el hijo que tanto deseaban. Sus oraciones fueron oídas y favorablemente despachadas, porque poco después la esposa del gobernador quedó encinta. Cuando el gobernador supo que su mujer había

quedado preñada, entró en deseos de ir a Roma para oír las predicaciones de san Pedro y comprobar por sí mismo si lo que Magdalena decía acerca de Cristo coincidía con lo que el apóstol enseñaba, en cuyo caso aceptaría como verdadera la doctrina que aquella mujer predicaba. Al comunicar a su esposa su proyecto de hacer este viaje, díjole ella:

—Supongo que entrará en tus planes llevarme contigo. Si tu vas, iré yo también y cuando tú regreses regresaré, y si quedas satisfecho del resultado de esta comprobación, también yo quedaré satisfecha.

El marido le respondió:

—En esta ocasión no puedo llevarte conmigo; compréndelo, señora mía. Estás encinta; dados los peligros que implica un viaje por mar, nos expondríamos a que el fruto que has concebido en tu vientre fracasara. Tienes que quedarte en casa sobre todo por esta razón, y además por otra: porque conviene que permanezcas aquí al cuidado de nuestra hacienda y de nuestros intereses.

No convencieron a la esposa los argumentos de su marido, y firmemente dispuesta a llevar adelante su propósito de acompañarle para conseguir realizar su vehemente deseo, apeló al recurso que las mujeres suelen usar en semejantes casos: la porfía y las lágrimas; así pues, porfió y luego se arrojó llorando a los pies de su esposo, y no cesó en su llanto ni se levantó del suelo hasta que consiguió lo que pretendía.

En el preciso momento en que ambos esposos se disponían a embarcar, María colocó sobre los hombros de ellos sendas cruces para que el Señor durante la travesía los protegiera de los ataques del enemigo infernal; luego los dos pasajeros subieron a una nave previamente preparada y abundantemente provista de todo cuanto pudiesen necesitar para que el viaje les resultase cómodo y feliz, y tras despedirse de Magdalena a la que dejaron encargada de atender su casa y hacienda mientras estuvieran ausentes, se hicieron a la mar.

Sólo un día y una noche llevaban navegando cuando he aquí que se desencadenó una terrible tempestad; los vientos soplaban con tanta fuerza y las olas con tal ímpetu azotaban la nave, que cuantos iban a bordo se llenaron de angustia; la esposa del gobernador, a causa del avanzado estado de gestación en que se encontraba, mostróse más sensible y débil que el resto del pasaje; tan grande fue el miedo que se apoderó de ella y tan intensos los mareos, que se le anticipó la hora del parto y antes de tiempo, con violentas convulsiones de vientre y muy fuertes dolores, parió a su hijo con tanta dificultad, que nada más parirlo sobrevínole la muerte. ¡Qué desgarrador espectáculo el de aquel niño recién nacido agitándose sobre el seno de la madre muerta, buscando ansiosamente los pechos, succionándolos en vano y prorrumpiendo en incensantes vagidos al no hallar en ellos el alimento que buscaba! ¡Qué dolor tan indescriptible sentían quienes iban en la nave al ver a tan tierna criatura con la vida recién estrenada marcada para siempre con el estigma de haber dado muerte a su madre! ¿No hubiera sido mejor —se preguntaban los pasajeros hondamente preocupados por no tener con qué alimentar al pequeño—, que el niño hubiese fallecido juntamente con la mujer que lo trajo al mundo? ¿Qué podía hacer el gobernador convertido en peregrino, en aquellas tristes circunstancias viendo difunta a su esposa y a su hijo llorando continuamente y afanosamente buscando los senos vacíos de su madre? ¿Qué otra cosa, repito, podía hacer, sino lo que hacía, que era lamentarse inconsolablemente y repetir: «¡Ay, desgraciado de mí! ¿Qué es lo que me espera de aquí en adelante? ¡Tanto como deseé tener este hijo! ¡Pues aquí está el resultado de tan vehementes deseos: perdí a mi esposa y perderé también sin remedio al niño!»

Los tripulantes de la nave, desesperados, exclamaban:

—Si cuanto antes no arrojamos al mar el cadáver de esta mujer, acabaremos pereciendo todos, porque mientras la difunta esté a bordo la tempestad no cesará.

Puestos de acuerdo, tomaron en sus brazos el cuerpo de la muerta para lanzarlo al agua, pero el gobernador se interpuso y trató de impedirlo diciéndoles con acentos de súplica:

—¡Tened compasión de mí! ¡No hagáis lo que pretendéis hacer! ¡Desistid de vuestro propósito! Si mi pena no os conmueve ni os da lástima echar al agua a la que fue mi esposa, compadeceos al menos de esta infeliz criatura que no hace más que llorar buscando el pecho de su madre. ¡Aguardad un poco! ¡No tengáis tanta prisa! ¿Y si mi mujer no estuviera realmente muerta? Porque cabe la posibilidad de que esté sólo profundamente desvanecida a causa de los terribles dolores que padeció durante su difícil parto. ¿Quién nos asegura que mi esposa no podrá recobrar el conocimiento?

De pronto divisaron a no mucha distancia de

donde se encontraban algo que parecía un collado. Entonces el gobernador, por si se trataba de tierra, rogó a los marineros que condujeran la nave a aquel sitio a fin de desembarcar en él, tratando de hacerles ver que más piadoso sería enterrar allí a su mujer y al hijo si moría, que arrojar al agua los cuerpos, exponiéndolos a ser devorados por las fieras marinas. A fuerza de ruegos, promesas y dádivas, logró convencerlos. Los tripulantes enfilaron la proa del barco hacia la colina que veían en lontananza, alcanzaron el litoral, y todos los pasajeros desembarcaron; pero el suelo de aquella tierra era tan peñascoso y duro que resultaba imposible cavar en él la sepultura para la difunta. A fuerza de buscar algún lugar adecuado para proceder al enterramiento, el gobernador encontró una cueva, tendió en ella su capa, colocó sobre la capa el cadáver de su esposa, acomodó como pudo al niño junto al seno de la difunta, y una vez hecho esto exclamó:

—¡Oh María Magdalena! ¡En mala hora y para mi perdición llegaste a Marsella! ¡Qué necio fui al creer en tus palabras y decidirme a emprender este funesto viaje! ¿Por qué se me ocurriría pedirte que rogaras a tu Dios que me concediera un hijo? Si no te hubiera pedido semejante cosa mi mujer no hubiera concebido ni estaría ahora muerta; por habértelo pedido, ella concibió y murió de parto. Nació el niño, pero ¿para qué? Para morir igualmente no tardando, y seguir dentro de muy poco la suerte de su madre, puesto que no tenemos quien lo amamante. Tenía yo en ti tanta confianza que hasta te encomendé el cuidado de mi casa y de mi hacienda, y ¡he aquí lo que he conseguido! No obstante, me pongo en manos de tu Dios, me dirijo de nuevo a ti, y te suplico que no desampares el alma de esta madre y que consigas con tu oración misericordia para este niño a fin de que no perezca.

Dicho esto, el gobernador con los extremos de la capa que había extendido en el suelo, cubrió el cadáver de la madre y el cuerpo del hijo lo mejor que pudo y regresó a la nave.

En cuanto llegó a Roma trató de localizar a san Pedro; pero fue el apóstol quien, al verlo a cierta distancia y advertir que llevaba en uno de sus hombros la señal de la cruz, se acercó a él y le preguntó quién era y de dónde procedía. El gobernador refirió a san Pedro todo cuanto le había ocurrido, sin omitir nada; y cuando terminó su relato san Pedro le dijo:

—¡La paz sea contigo, hermano! Has hecho bien en venir a mí; has obrado cuerdamente al conservar la confianza. No penes porque tu mujer duerma y tu hijo descanse a su lado. Dios es poderoso y puede, si quiere, conceder a alguien determinados dones, retirárselos posteriormente, devolvérselos de nuevo, e igualmente, si quiere, puede también trocar tu tristeza en alegría.

Algunos días después de este encuentro, Pedro marchó a Jerusalén, llevóse consigo al gobernador y le mostró uno a uno todos los sitios en que Cristo había predicado y hecho milagros, el lugar en que padeció y murió y el cerro desde el que ascendió al cielo.

Dos años más tarde, considerando el gobernador que ya estaba suficientemente instruido por san Pedro en todas las verdades de la fe, decidió volver a Marsella, se embarcó y emprendió el viaje de regreso. Pero Dios dispuso las cosas de manera que la nave en que hacía el viaje pasara de nuevo cerca del islote en que había dejado a su difunta esposa y al hijo, y, al reconocer desde lejos que aquella era la isla en cuestión, rogó al capitán del barco que se aproximara al litoral de la misma a fin de hacer allí una breve escala. A fuerza de insistir y de dádivas consiguió que el capitán le hiciera caso.

Merced a María Magdalena, el niño, en aquellos dos años, habíase conservado incólume, y, como otros muchos días, también aquel, en que la nave arribó al islote, estaba en la playa sentado sobre la arena, jugando con conchas y guijarros, como suelen hacer todos los niños en semejantes escenarios. Cuando el barco se acercó a la playa y el gobernador vio al pequeño entretenido con sus juegos, profundamente admirado y preguntándose qué podría significar lo que acababa de ver, apresuradamente, sin aguardar un momento, saltó por la borda de la embarcación y comenzó a correr hacia donde el niño estaba. Este, al ver lo que jamás había visto, un barco, un hombre que saltaba de él y que corría hacia donde él estaba, alzóse rápidamente del suelo y empezó también a correr huyendo hacia la cueva, y en cuanto llegó a ella se acurrucó junto al pecho de su madre y se escondió bajo los pliegues de la capa que les servía de protección. El gobernador, que quería ver de cerca al pequeño fugitivo, continuó corriendo tras él, llegó a la cueva y quedó estupefacto al alzar los pliegues de la capa y ver al hermosísimo niño mamando en los pechos de su madre. Repuesto de su

estupor tomó al pequeño en sus brazos y exclamó:

—¡Oh bienaventurada María Magdalena! ¡Cuán feliz me sentiría y qué alegría tan grande tendría si mi esposa se hallase viva y en condiciones de regresar conmigo a casa! ¡Con toda certeza sé y firmemente creo que así como has conservado la vida de este niño y lo has alimentado a pesar de que en esta isla no hay más que peñascos, así también puedes lograr con tus oraciones que la madre de mi hijo recupere su antigua vitalidad y salud!

Nada más terminar de decir estas palabras, la mujer que yacía tendida en el suelo sobre la capa respiró profundamente y, cual si acabara de despertar de un largo sueño, dijo:

—¡Bienaventurada y gloriosa María Magdalena! ¡Qué buena eres! ¡En el trance de mi prematuro y difícil parto hiciste el oficio de comadrona, y después continuaste atendiéndome solícitamente en todas mis necesidades!

El gobernador, lleno de admiración y hondamente emocionado exclamó:

—Pero, esposa mía queridísima; ¿es que vives?

Su mujer respondió:

—Por supuesto que vivo, y en este preciso momento acabo de regresar de una peregrinación, de la misma que tú has hecho. He estado en todos los lugares en que has estado tú. Tú fuiste a Jerusalén acompañando a san Pedro; él te mostró los sitios en que Cristo padeció y murió y el monte desde el que se remontó hasta el cielo y otras muchas cosas más; pues bien, en todos esos sitios, he estado también yo, y guiada por María Magdalena he visto cuanto tú, guiado por san Pedro, has visto. He estado constantemente a vuestro lado y he conservado fielmente en la memoria los detalles de cuanto en esa peregrinación vi; y voy a demostrarte que es verdad cuanto te digo.

Seguidamente la esposa refirió al gobernador puntualmente cómo eran los lugares en que Cristo había vivido, predicado, obrado milagros, padecido, muerto, sepultado, etc., dando tales detalles y tan exactos, que cuanto dijo coincidía plenamente con lo que san Pedro a él le había explicado.

Después de esto, el gobernador, tomando consigo a su mujer y a su hijo, lleno de emoción y de gozo, regresó a la nave, embarcáronse los tres en ella y prosiguieron su viaje de regreso a Marsella a cuyo puerto arribaron felizmente. Al llegar a su casa encontraron allí a María Magdalena, acompañada de discípulos y predicando. En cuanto la vieron, ambos esposos se arrojaron a sus pies llorando; luego le relataron todo lo que les había ocurrido. Seguidamente san Maximino les administró el santo bautismo. Inmediatamente el gobernador mandó derribar todos los templos dedicados a los ídolos que hubiera en Marsella y edificar otros en honor de Cristo. Poco después de esto, reuniéronse los fieles y eligieron por unanimidad a Lázaro como obispo de la ciudad; hecha esta elección, algunos se trasladaron a Aix en donde predicaron, obraron muchos milagros y convirtieron a sus habitantes a la fe cristiana. En Aix recibió san Maximino la ordenación episcopal.

Por este mismo tiempo santa María Magdalena, deseosa de entregarse plenamente a la contemplación de las cosas divinas, se retiró a un desierto austerísimo, se alojó en una celda previamente preparada para ella por los ángeles y en dicha celda vivió durante treinta años totalmente apartada del mundo y aislada del resto de la gente. Como en toda aquella zona no había ni fuentes, ni árboles, ni siquiera hierba, fácil es suponer que durante esos treinta años la santa no se nutrió con alimentos terrenos de ninguna clase, sino que Dios la sustentó milagrosamente con sustancias celestiales. Y suponemos bien, porque todos los días en los siete tiempos correspondientes a las Horas canónicas, los ángeles la transportaban al cielo para que asistiera a los oficios divinos que allí celebraban los bienaventurados; con sus propios oídos corporales oía ella los cánticos que los gloriosos ejércitos celestiales entonaban, y alimentada hasta la saciedad siete veces cada día con tan exquisitos manjares, compréndese perfectamente que cuando los ángeles, al concluir cada una de las siete Horas canónicas del Oficio la bajaban nuevamente al desierto, no sintiera la menor necesidad de tomar alimentos ni bebidas terrenales.

Por entonces ocurrió lo siguiente: cierto sacerdote, buscando un paraje adecuado para hacer vida solitaria, fue a dar al desierto en que Magdalena se encontraba, y construyó una celda a doce estadios de distancia de la ocupada por la santa. Un día el Señor permitió que dicho sacerdote, con sus propios ojos corporales, físicamente y con toda claridad, viera como los ángeles descendían de lo alto, llegaban a un lugar próximo a donde él se hallaba y subían al cielo llevando con ellos a una mujer; al cabo de una hora vio de nuevo cómo aquellos ángeles, cantando himnos de alabanza, descendían nuevamente a la tierra acompañando a la misma mujer que anteriormente consigo llevaran. Para

comprobar si lo que creía haber visto habíalo visto realmente, o si se trataba de alguna quimera forjada por su fantasía, el referido sacerdote, tras de encomendarse a Dios, se encaminó con devota audacia hacia el sitio en que ambas veces se habían posado los ángeles; mas, cuando le faltaba todavía algo así como un tiro de piedra para llegar al punto hacia el que se encaminaba, sintióse repentinamente indispuesto; advirtió que sus rodillas se le doblaban, su corazón se agitaba y su respiración se hacía difícil; al mismo tiempo un miedo muy fuerte se apoderó de su ánimo; notó también que si intentaba regresar a su celda, el malestar desaparecía y sus piernas recobraban su natural agilidad; en cambio, si trataba de continuar avanzando hacia el lugar misterioso a que pretendía acercarse, reproduciásele el desfallecimiento del cuerpo y de la mente y comprobaba que le resultaba imposible avanzar ni un paso más en semejante dirección. De todo esto dedujo el siervo de Dios que en el sitio al que deseaba acercarse ocurría algo misterioso cuyo conocimiento sin duda alguna estaba vedado a los mortales, e invocando el nombre del Señor exclamó en voz alta:

—¡Eh, tú, quienquiera que seas! ¡Sal de la cueva en que te escondes y escúchame! ¡En nombre de Dios te exijo que me digas si eres un ser humano o alguna otra especie de criatura racional, y que respondas con verdad a mi pregunta!

Tres veces formuló esta demanda, y al formularla por tercera vez santa María Magdalena le respondió:

—Acércate un poco más y conocerás sin error alguno lo que tu alma desea saber.

Temblando de miedo comenzó el sacerdote a avanzar y, cuando ya había recorrido la mitad de la distancia que aún le separaba de la cueva, oyó una voz procedente del interior de la misma que decía:

—¿Recuerdas el texto del Evangelio en el que se dice que María, la famosa pecadora, lavó con sus lágrimas los pies del Salvador, se los enjugó con sus cabellos y fue perdonada de todos sus pecados por Cristo?

El sacerdote respondió:

—Sí, lo recuerdo y sé que la Iglesia santa tiene por verdaderos esos hechos que ocurrieron hace más de treinta años.

Seguidamente, quien hablaba desde el interior de la cueva dijo:

—Pues yo soy aquella mujer. Quiero que sepas que treina años hace que permanezco aquí, desconocida e ignorada de todos los hombres. También desde hace treinta años ocurre diariamente eso que ayer se te permitió que vieras. Desde hace treinta años, por disposición divina, los ángeles me llevan al cielo siete veces cada día para que asista a los oficios celestiales que allí se celebran y para que oiga con mis oídos corporales los cánticos jubilosos de los bienaventurados en honor de Nuestro Señor Jesucristo. Nuestro Salvador me ha comunicado que muy pronto me sacará definitivamente de este mundo; quiero, pues, que vayas a ver a san Maximino y que le digas de mi parte que el próximo domingo de Resurrección, cuando se levante para cantar los maitines de la fiesta, entre en su oratorio, pero que entre él solo, y que allí me encontrará, porque allí seré llevada por los ángeles.

El sacerdote no vio a la santa, pero oyó perfectamente todo cuanto ésta le dijo con voz tan dulcísima que más parecía angélica que humana, e inmediatamente se fue en busca de san Maximino, y cuando lo halló comunicóle detalladamente cuanto María Magdalena le había dicho. El santo obispo recibió estas noticias con mucha alegría, dio profundamente gracias a Dios y, conforme al encargo transmitido por el sacerdote, el domingo de Resurrección, a la hora que se le había indicado, entró él solo en su oratorio y vio a la santa rodeada del coro de ángeles que la habían transportado hasta allí. Vióla en medio de ellos, suspendida en el aire a una altura de dos codos respecto del suelo, con sus manos extendidas hacia arriba, cual si estuviera hablando con Dios. Como al verla se quedara parado y detenido por una especie de respetuosa reverencia que le impedía avanzar hacia donde ella estaba, la santa, volviendo lo ojos hacia él le dijo:

—Padre, acércate más; no te quedes ahí parado, como si tuvieras miedo de aproximarte a tu hija.

San Maximino, obediente, llegóse hasta la santa, y dicen los libros en los que se narra la vida de este venerable obispo, que al acercarse a ella vio como el rostro de María Magdalena, habituado al trato familiar con los ángeles, había adquirido tal brillo y resplandecía de tal manera que cualquiera hubiera podido soportar más fácilmente la incidencia sobre sus ojos de los rayos del sol que los fulgores que de aquella cara emanaban.

Al cabo de un rato san Maximino mandó pasar al interior del oratorio a todo su clero y al sacerdote que había actuado como recadero de la santa,

y en presencia de ellos administró a ésta en comunión el cuerpo y sangre de Cristo, recibidos por ella en su boca, mientras sus ojos se le inundaban de lágrimas. Momentos después María Magdalena, allí mismo, ante la base del altar, tendióse en tierra, y estando en esta actitud su alma emigró al Señor. Nada más expirar, de su cuerpo empezó a emanar un olor tan exquisito que todo el oratorio quedó impregnado de él, y cuantos entraban en aquel sagrado lugar percibían los efluvios de tan suavísimo aroma, que duró sin desaparecer unos siete días. San Maximino, tras de ungir con suavísimos bálsamos el cadáver de la santa, lo sepultó reverentemente y rogó a los cristianos que cuando él falleciera enterrasen su cuerpo al lado del de ella.

Sobre santa María Magdalena existe una historia, escrita según unos por Hegesipo y según otros por Josefo, y cuanto en la aludida historia se narra coincide con lo que hasta aquí hemos dicho. En efecto, en esta mencionada historia, sea de Hegesipo o de Josefo, y en uno de sus capítulos, se refiere que María Magdalena, después de la Ascensión del Señor, ya fuese por la intensidad de su amor a Cristo, ya por la tristeza y vacío que la ausencia del Salvador produjo en su alma, no quería ver a nadie, y que cuando llegó a la tierra de Aix se refugió en un desierto en el que, escondida y aislada del mundo, vivió treinta años, a lo largo de los cuales siete veces cada día un ángel la subía al cielo para que asistiera a la celebración de las Horas canónicas que en la gloria se cantaban. En la misma historia se cuenta que en cierta ocasión se acercó un sacerdote a la celda en que ella vivía, y que la santa, desde dentro, a través de la puerta que siempre permanecía cerrada, le pidió que le llevara ropa con qué vestirse, y que, cuando el sacerdote hubo hecho este encargo, vestida con las prendas que le proporcionara, se fue con él a una iglesia para que le administrara la comunión, y que una vez que hubo comulgado juntó sus manos en actitud de oración y, mientras oraba, junto al altar, entregó su alma a Dios y descansó en paz.

3. El año 769 de nuestra era, en tiempo de Carlomagno, Gerardo, duque de Borgoña, que carecía de descendencia y ansiaba vivamente que su esposa le diera un hijo, socorría con largueza a los pobres y sufragaba los gastos de construcción de varias iglesias y de algunos monasterios. Al terminar las obras de uno de esos monasterios, concretamente el de Vezelay, el duque rogó al abad que enviase a un monje con el séquito adecuado a la ciudad de Aix para que tratase de traerle de allí algunas reliquias de santa María Magdalena. Cuando el monje llegó a Aix se encontró con la desagradable sorpresa de que la ciudad había sido totalmente arrasada por los paganos, pero excavando entre las ruinas encontró casualmente un sepulcro que resultó ser el de la santa; de la autenticidad del mismo no cabía la menor duda, puesto que el suntuoso mausoleo estaba lleno de esculturas y relieves que reproducían sobre el mármol con admirable pericia artística la historia de la bienaventurada penitente. Hecho este descubrimiento, una noche, secretamente, quebró las piedras del sarcófago, tomó de su interior varias reliquias y las guardó cautelosamente en el mesón en que se hospedaba; pero aquella misma noche santa María Magdalena se apareció al monje, lo tranquilizó y le dijo que sin temor alguno procediera hasta llevar a buen término la empresa que le habían encomendado. Al día siguiente el monje emprendió el viaje de regreso a su monasterio; pero, cuando ya sólo le faltaba media legua para llegar hasta él, las reliquias repentinamente tornáronse tan pesadas que no hubo manera de seguir adelante con ellas; y, en efecto, no fueron capaces de avanzar ni un paso más con las susodichas reliquias, hasta que el abad y los demás religiosos del monasterio vinieron al lugar en que el monje y los de su séquito se hallaban detenidos; y en cuanto el abad se hizo cargo de las referidas reliquias, éstas recuperaron su peso normal y pudieron ser conducidas, sin dificultad alguna, hasta el punto a donde estaban destinadas.

4. Un soldado que todos los años visitaba el sepulcro de la santa murió en una batalla. Cuando iban a enterrar su cuerpo, sus padres, caminando tras el féretro, llorando, quejábanse a voces de santa María Magdalena y le reprochaban que hubiera desasistido a su hijo de aquella manera, permitiendo que hubiese muerto en semejantes circunstancias, sin confesarse y sin hacer penitencia. De pronto, el difunto resucitó y, delante de la comitiva que estupefacta presenció tan extraordinario suceso, llamó al sacerdote que presidía el entierro, le dijo que se aproximara a las andas en que lo llevaban y se confesó con él; luego le pidió que le administrara el viático, y en cuanto le fue administrado este sacramental socorro de la Iglesia, tornó a morir y descansó en paz.

5. En cierta ocasión un navío cargado de hombres y mujeres se fue a pique. Una de las náufragas, que estaba preñada, viéndose en inminente

peligro de perecer ahogada, mientras braceaba para sostenerse a flote sobre el agua comenzó a encomendarse a santa María Magdalena, y a pedirle con las escasas fuerzas que le quedaban que le salvara la vida y le permitiera parir a su hijo, prometiendo a la santa que, si le concedía lo que le estaba pidiendo, cuando el niño tuviese la edad adecuada lo llevaría a un monasterio y en él lo consagraría al servicio del Señor. De pronto, sobre la superficie del mar apareció una señora vestida con ropas muy honestas, y acercándose a la mujer preñada le asió por el mentón y la condujo sana y salva hasta el litoral, siendo ella la única superviviente del naufragio, pues los demás pasajeros de la nave perecieron ahogados. A su debido tiempo la mujer aquella parió a su hijo, y más adelante cumplió fielmente la promesa que había hecho de consagrarse a Dios.

6. Dicen algunos que María Magdalena y Juan Evangelista fueron novios; que cuando ya estaban a punto de casarse Cristo llamó a Juan y lo convirtió en discípulo suyo, y que ella, despechada e indignada contra Jesús porque le había arrebatado a su prometido, se marchó de casa y se entregó a una vida desenfrenada. Quienes afirman esto añaden que el Señor, para evitar que el llamamiento de Juan pudiese dar ocasión a que Magdalena se condenase, usó de misericordia con ella, la convirtió, la puso en camino de penitencia; y que al arrancarla de los placeres carnales a que se había entregado, la colmó más que a nadie de las espirituales satisfacciones que derivan del amor a Dios. Estos mismos dicen también que si Cristo distinguió a Juan con su amistad y le hizo saborear más que a los otros apóstoles las dulzuras de su conversación y trato, fue para compensarle de aquellos deleites conyugales que nunca llegó a conocer, puesto que lo apartó de ellos en las vísperas de su proyectada boda. Estas afirmaciones son tan frívolas como falsas. Fray Alberto, en el proemio al evangelio de san Juan, escribe que la joven con la que Juan iba a casarse y con la que no se casó porque Cristo lo llamó al apostolado poco antes de que el casamiento se celebrara, permaneció siempre virgen; y añade que, al unirse Juan a Jesús, ella se asoció con la Virgen María, en cuya compañía fue vista después por la gente, y que conservó su virginidad hasta la muerte.

7. En cierta ocasión un hombre ciego acudió en peregrinación al monasterio de Vezelay para visitar las reliquias de santa María Magdalena. Un poco antes de llegar a él, el lazarillo que le acompañaba le dijo:

—Ya estamos cerca; ya se ve desde aquí la torre de la iglesia.

Al oír esto, el ciego exclamó:

—¡Oh santa María Magdalena! ¡Ojalá pudiera yo ver también algún día esa iglesia tuya!

No había terminado casi de decir estas palabras, cuando de repente recobró la vista y quedó curado de su ceguera.

8. Un hombre escribió la relación de sus pecados en un carta, fue a la iglesia de santa María Magdalena, metió la carta aquella bajo los manteles del altar y rogó al Señor que por intercesión de la santa le concediese el perdón de todos los pecados consignados en el referido escrito. Un rato después recogió la carta, la examinó y advirtió que cuanto había escrito en ella estaba borrado.

9. Una banda de ladrones asaltaron a un hombre, lo condujeron a la casa en que ellos se refugiaban, le quitaron cuanto dinero llevaba encima, y para que no se escapara lo ataron a un poste. El prisionero comenzó a invocar a santa María Magdalena. Durante la noche siguiente apareciósele una mujer muy hermosa, desató las ligaduras con que estaba amarrado, le abrió las puertas de la casa y le dijo que huyera de allí, cosa que él hizo en cuanto se vio libre de las cuerdas con que al poste le habían sujetado.

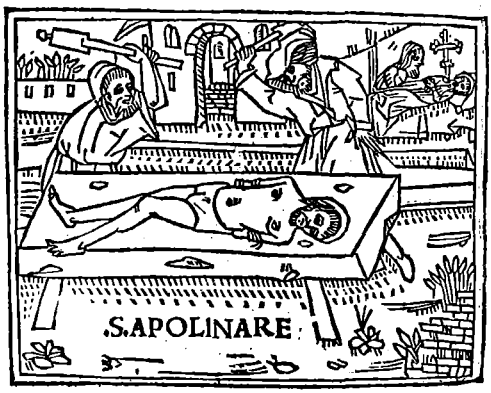
10. Un clérigo de Flandes llamado Esteban había cometido tantos y tan horrorosos pecados y caído en tal estado e impenitencia, que no sólo había dado de lado a los medios por los cuales hubiera podido obtener la salvación de su alma, sino que ni siquiera toleraba que le hablaran de ellos. Pero, como desde su niñez había profesado gran devoción a santa María Magdalena, aun después de caer en sus depravaciones y en su obstinación continuaba, aunque fuese por rutina, celebrando todos los años su fiesta y ayunando en su vigilia. Pues bien, este clérigo un día fue a visitar el sepulcro de la santa, y durante la visita se quedó adormilado; no dormido del todo ni del todo despierto; en ese estado de letargo parecióle ver que se acercaba a él una mujer muy hermosa, sentada sobre las manos cruzadas de dos ángeles que la acompañaban uno a su lado izquierdo y otro a su lado derecho, y que tal mujer con semblante triste le decía: «Esteban, ¿por qué te empeñas en contrarrestar mis méritos con tu mala conducta? ¿Por qué haces fracasar todas las exhortaciones que sa-

len de mis labios dirigidas a moverte a compunción? Desde que comenzaste a ser devoto mío vengo rogando por ti constantemente al Señor. ¡Anda! ¡Despierta, levántate y haz penitencia! Yo no te abandonaré, ni te desampararé, ni cesaré de pedir por ti hasta que consiga verte reconciliado con Dios».

A partir de esta visión el clérigo se sintió tan asistido de la gracia divina que, renunciando al mundo, ingresó en un monasterio en el que fue para los demás religiosos verdadedro modelo de observancia y de virtud. Cuando expiró, los monjes vieron cómo santa María Magdalena, rodeada de ángeles, se colocaba junto al lecho mortuorio, tomaba en sus manos su alma que presentaba la forma de una paloma blanca, y, entre cánticos de los celestiales espíritus que la acompañaban, la llevaba al cielo.

Capítulo XCVII

SAN APOLINAR



Apollinaris, forma latina del sustantivo Apolinar, puede derivar de los siguientes vocablos: de *pollens* (poderoso) y de *ares* (virtud); en tal supuesto significaría *poderoso en virtud;* de *pollo* (admirable) y de *naris* (discreción), en cuyo caso ese nombre querría decir *hombre notablemente discreto;* de *a* (sin), y de *polluo* (manchar) y de *ares* (virtud), y si así fuese equivaldría a *sujeto virtuoso sin mancha de vicios.*

Apolinar, discípulo de san Pedro, fue enviado por este apóstol desde Roma a Ravena. En esta ciudad devolvió la salud a la esposa de un tribuno, posteriormente la bautizó, y bautizó también a su marido y a todos sus familiares. Denunciado por estos hechos fue conducido ante el tribunal. El juez que juzgó su caso ordenó, como primera medida, que el acusado fuese llevado al templo de Júpiter y obligado a adorar a los dioses. Al llegar al templo mencionado, Apolinar, viendo la gran cantidad de oro y plata que pendía ante las imágenes de los ídolos, manifestó a los sacerdotes que toda aquella riqueza, en lugar de permanecer inactiva colgada delante de las estatuas de los demonios, debería ser repartida entre los pobres. Por haberse atrevido a sugerir tal cosa, los sacerdotes paganos le dieron tan enorme paliza que lo dejaron medio muerto. Medio muerto, en efecto, lo recogieron sus discípulos y lo llevaron a casa de una viuda, en la que permaneció siete meses recuperándose. Al cabo de este tiempo, sintiéndose con fuerzas suficientes para caminar, salió de Ravena y se dirigió a la ciudad de Clase, en la que a poco de llegar curó de su mudez a un hombre de noble abolengo. Por cierto que, con ocasión de esto, le ocurrió lo siguiente: al entrar en casa del mudo para curarle salióle al paso una joven endemoniada tratando de impedirle la entrada y diciendo a gritos:

—¡Vete de aquí, siervo de Dios! ¡Vete inmediatamente, o haré que te aten de pies y manos, y que te expulsen de la ciudad!

Apolinar increpó al diablo, lo arrojó del cuerpo de la muchacha, y seguidamente, acercándose al mudo, invocó sobre él la protección del Señor y lo curó. A la vista de semejante prodigio se convirtieron más de quinientos hombres; por el contrario, los paganos irritados contra el santo, se apoderaron de é!, lo apalearon y, mientras lo golpeaban le decían:

¡No se te ocurra volver a pronunciar en esta ciudad el nombre de Jesús!

Apolinar, sin embargo, derribado en el suelo, herido y sangrando, cuanto más lo maltrataban más alto y con mayor fuerza repetía a voces:

—¡Jesús es el Dios verdadero!

Los paganos entonces lo descalzaron y le obligaron a caminar con los pies desnudos y a tenderse finalmente sobre una especie de cama formada con brasas al rojo vivo; mas, como vieran que mientras sufría este tormento seguía proclamando la divinidad de Cristo, lo expulsaron de la ciudad.

Por aquel tiempo, Rufo, un hombre noble de Ravena, mandó a sus criados que saliesen en busca de Apolinar, y que si lo encontraban le rogaran

que acudiese a su casa prestamente para curar a una hija suya que se hallaba gravemente enferma. Encontráronlo. Apolinar se encaminó inmediatamente hacia casa de Rufo pero, nada más entrar en ella, la enferma falleció. Entonces el patricio, encarándose con el santo, lo increpó de esta manera:

—¡Ojalá no hubieses venido! Por haber puesto tus pies en esta casa los dioses, indignados, se han negado a curar a mi hija. Evidentemente ellos están contra ti, y evidentemente también su poder es mayor que el tuyo.

Apolinar le respondió:

—Rufo, serénate; ten calma y escucha. Júrame que si tu hija resucita no te opondrás en manera alguna a que ella siga a su Creador.

Juró Rufo. Apolinar hizo oración y en seguida la joven resucitó, abrazó la fe de Cristo, recibió el bautismo y prometió vivir en perpetua virginidad. En aquella ocasión se bautizaron también la madre de la doncella y otras muchas personas más.

Cuando el césar se enteró de esto, rápidamente envió una comunicación al prefecto del pretorio ordenándole que detuviera a Apolinar, que le obligara a ofrecer sacrificios a los ídolos, y que si se negaba a ello lo desterrase. El prefecto detuvo al santo, trató de coaccionarlo para que adorara a los dioses y, como no lo consiguiera, lo condenó primeramente al tormento del potro. Mientras sufría estas torturas, Apolinar continuó proclamando a voces su fe en Cristo con constancia y fortaleza, en vista de lo cual el prefecto mandó que arrojaran sobre las heridas del mártir calderas de agua hirviendo; y, como ni aun así obtuvo lo que pretendía, ordenó que lo cargaran de pesadísimas cadenas de hierro y que lo condujeran al destierro. Ante el cruelísimo trato que Apolinar recibía los cristianos se soliviantaron, se amotinaron y mataron a más de doscientos paganos. Entonces el prefecto, lleno de miedo, se escondió, y desde su escondite dio la orden de que encerraran a Apolinar en un horrendo calabozo. Posteriormente dispuso que tanto el santo, cargado de cadenas, como tres clérigos que no habían querido separarse de él, fuesen sacados secretamente de la cárcel, embarcados en un navío y llevados a un lejano lugar en calidad de desterrados. Durante la navegación se desencadenó una fuerte tempestad por cuya causa perecieron ahogados todos cuantos iban en la nave, a excepción de Apolinar, dos de los clérigos y dos soldados que con este motivo se convirtieron y fueron bautizados por el santo. Tras de este naufragio Apolinar regresó a Ravena, pero no tardó en ser nuevamente apresado por los paganos, que lo condujeron al templo de Apolo. Nada más entrar en él el santo, al ver la imagen de la falsa deidad, la maldijo, y al instante la estatua cayó al suelo y quedó hecha añicos. Los sacerdotes que cuidaban de ella y del templo, indignados por lo ocurrido, maniataron a Apolinar y lo llevaron ante el juez Tauro. Este hombre tenía un hijo ciego; Apolinar devolvió la vista al muchacho; y el juez, conmovido por el milagro, se convirtió a la fe de Cristo y se erigió en protector del venerable obispo, dándole asilo en una granja de su propiedad, en la que Apolinar permaneció refugiado cuatro años. Al cabo de este tiempo abandonó el refugio que Tauro le proporcionó y reanudó sus públicas predicaciones. Entonces los sacerdotes de los ídolos le acusaron ante el emperador Vespasiano, quien con este motivo promulgó un decreto disponiendo que todo el que mostrase desdén hacia los dioses del Imperio debería ser obligado a venerarlos con actos de adoración, y que quien se negara a esto, sería desterrado de la ciudad, porque «no es necesario», decía el texto del decreto, «que nosotros venguemos a nuestros dioses; ya se encargarán ellos mismos de hacerlo destruyendo a sus enemigos si éstos con sus actos provocan su indignación».

En virtud del mencionado decreto, el patricio Demóstenes, ante cuyo tribunal fue Apolinar conducido, trató de obligarle a que ofreciese sacrificios en honor de los ídolos, y, al no conseguirlo, encargó a uno de los tribunos que lo condujera nuevamente al destierro. Este tribuno, que era secretamente cristiano, rogó al santo obispo que huyera y se refugiara en una aldea destinada a morada de los leprosos, asegurándole que allí podría vivir tranquilo, porque los paganos no se atrevían a acercarse a la leprosería; mas, antes de que Apolinar pudiese llegar a ella, los infieles le dieron alcance, lo prendieron y lo maltrataron de tal modo que, creyendo que lo habían matado, lo dieron por muerto y lo dejaron abandonado en el campo; pero los cristianos lo recogieron, lo atendieron y consiguieron con sus cuidados que viviese todavía una semana, durante la cual el venerable mártir dióles muchos avisos y consejos. Al cabo de esos siete días el santo expiró, y los fieles sepultaron piadosamente su cuerpo.

La muerte de san Apolinar ocurrió siendo em-

perador Vespasiano, que comenzó a reinar hacia el año 70 de nuestra era.

He aquí lo que dice san Ambrosio en un prefacio compuesto en honor de este mártir: «El dignísimo obispo Apolinar fue enviado a Ravena por Pedro, príncipe de los apóstoles, para que predicara el nombre de Jesús a los incrédulos. Estando en dicha ciudad realizando obras maravillosas en favor de cuantos creían en Cristo, sufrió constantes flagelaciones e indecibles tormentos; sin respeto a su ancianidad, los impíos sometieron su cuerpo a horrorosas torturas; pero para que los fieles, testigos de sus padecimientos, no decayeran en su fe, reafirmólos en ella haciendo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo prodigios extraordinarios, semejantes a los que los apóstoles hicieron; después de haber sido atormentado, resucitó a una joven que había muerto, dio vista a un hombre de elevada alcurnia que estaba ciego, otorgó la facultad de hablar a un mundo, libró del demonio a una posesa, curó de su lepra a un leproso, sanó los miembros de un apestado, derribó la imagen de un ídolo y destruyó el templo en que el falso dios recibía culto. ¡Oh, dichoso pontífice, digno de admiración y encomio! ¡Digno también fuiste ante los ojos de Dios y por eso recibiste de El no sólo la dignidad del pontificado sino además los poderes que los apóstoles tuvieron! ¡Oh atleta invencible de Jesucristo! ¡A pesar de tu edad avanzada, de los tormentos que sufriste sacaste fuerzas para predicar incansablemente el nombre de Nuestro Señor, Redentor del mundo».

Capítulo XCVIII

SANTA CRISTINA

Cristina significa *ungida con crisma*. Esta santa hizo honor a su nombre, puesto que hubo bálsamo de exquisito olor en sus obras, óleo de devoción en su alma y bendición en sus palabras.

Cristina nació en Tiro, ciudad de Italia. Su familia pertenecía a la nobleza más encumbrada. Al llegar a la pubertad era tan bella que fue pedida en matrimonio por muchos. Su padre no quería que su hija se casara sino que se consagrara al culto de los dioses, y para tratar de conseguir estas dos finalidades la instaló en una fortaleza de su propiedad en la que había muchos ídolos de plata y de oro, y puso a su disposición un equipo de doce doncellas encargadas de hacerle compañía y de servirla; pero Cristina, que inspirada por el Espíritu Santo sentía horror a la idolatría, en vez de quemar ante los dioses el incienso que su familia le enviaba lo escondía en el hueco de una ventana.

Un día fue su padre a visitarla a la fortaleza, y las criadas le dijeron:

—Señor, tu hija, nuestra ama, no ofrece sacrificios en honor de nuestos dioses; dice que ella es cristiana.

A base de halagos intentó el padre convencer a su hija de que debería dar culto a los ídolos, pero ella le replicó de esta manera:

—No me llames hija tuya; llámame hija de Dios, pero del Dios verdadero. El es el único a quien deben ofrecerse sacrificios de alabanza; y yo se los ofrezco; no te empeñes en que haga lo mismo en honor de unos dioses mortales, porque eso jamás lo haré.

—Hija mía —repuso su padre— no te limites a adorar solamente a un dios; pudiera ocurrir que los demás se diesen por ofendidos y te castigasen.

—En eso —observó Cristina— tienes razón. Sin darte cuenta acabas de decir una gran verdad; pero no te preocupes; también yo adoro a varias personas: a la Persona del Padre, a la Persona de Dios Hijo y a la Persona de Dios Espíritu Santo.

—Pues ya que adoras a tres dioses —díjole su padre— ¿por qué no adoras también a los demás?

Su hija le contestó:

—Entiende bien esto, padre: yo adoro a tres Personas, pero no a tres dioses. En esas tres Personas adoro a un solo Dios, porque las tres constituyen una sola y única divinidad.

Después de esta entrevista con su padre, Cristina rompió todos los ídolos que había en la fortaleza y repartió entre los pobres los trozos de oro y plata de que estaban hechas las imágenes.

Pasados unos días tornó su padre a la fortaleza para adorar a sus divinidades; y al no hallar las estatuillas en sus sitios, creyó en un principio que su hija las habría retirado y almacenado en algún lugar; mas cuando supo por la criadas de Cristina lo que ésta había hecho, trajo al castillo a doce hombres fuertes, les ordenó que desnudaran a la doncella y que la azotaran sin cesar de hacerlo hasta que unos tras otros se encontrasen extenuados y sin fuerzas para seguir propinándole latigazos. Los verdugos, obedientes a su amo, así lo hicieron; cuando dieron muestras de cansancio, Cristina, encarándose con su padre que presenciaba la atroz escena, le dijo:

—¡Escucha, sinvergüenza, impúdico, abominable a los ojos de Dios! ¡Estos se cansan! ¡Pide a tus dioses, si te atreves, que vengan en su ayuda y les renueve las fuerzas!

Como los verdugos, en efecto, estaban completamente agotados, el padre de la doncella les ordenó que dejaran de azotarla, que la cargasen de cadenas y la encerraran en una mazmorra.

Al enterarse la madre de Cristina de que ésta había sido recluida en un calabozo, fue a verla, se arrojó a sus pies y, rasgando sus propias vestiduras en señal de dolor, hízole esta súplica:

—¡Cristina, hija mía!, ¡ten compasión de mí!

Cristina repicó:

—¿Por qué me llamas hija tuya? ¿No sabes que soy hija de Dios?

Convencida la madre de la inutilidad de sus ruegos para hacer cambiar de opinión a su hija, acudió a visitar a su marido y le repitió al pie de la letra las respuestas que Cristina había dado a las diferentes proposiciones que acababa de hacerle. Entonces el propio padre se erigió en juez de su propia hija, mandó que la condujeran a su tribunal y le dijo:

—Adora a nuestros dioses; si no lo haces, te repudiaré y mandaré que seas sometida a torturas espantosas.

La joven le respondió:

—Acepto de muy buena gana que me repudies; con ello me haces un gran favor, porque al dejar de ser hija tuya dejo de ser hija del diablo, y por la misma razón dejo también de ser yo misma un demonio, porque demonio es quien del demonio ha nacido, y tú eres demonio y más que demonio: eres el padre del propio Satanás.

Seguidamente, los verdugos, por orden de su señor y padre de la doncella, rasgaron con garfios de hierro las tiernas carnes de la joven. En un determinado momento de tan terrible suplicio, Cristina tomó en sus manos un trozo de su propio cuerpo que se había desprendido del mismo y lo arrojó a la cara de su padre diciendo:

—¡Tirano, ahí va este puñado de carne engendrada por ti; cómela!

El padre ordenó entonces que ataran a su hija a una rueda y que la colocaran en medio de una gran lumbre; después arrojaran sobre el fuego enorme cantidad de aceite con lo cual las llamas se hicieron tan vivas que se desparramaron y alcanzaron a muchísimos de los circunstantes, de los cuales mil quinientos murieron abrasados. El padre atribuyó este suceso a artes máginas de su hija, suspendió el referido tormento y dispuso que la encerraran de nuevo en la cárcel, de donde al llegar la noche, por orden de su señor, los verdugos la sacaron, la llevaron a la orilla del mar, le ataron una pesada piedra al cuello y la arrojaron al agua; pero en aquel preciso instante acudieron los ángeles en su socorro y la salvaron. Inmediatamente después Jesucristo se presentó ante ella y la bautizó con agua del mar diciendo: «Yo te bautizo en el nombre de Dios, mi Padre, en el mío, que soy su Hijo y en el del Espíritu Santo». A continuación el propio Jesucristo encargó al arcángel san Miguel que la llevara hasta el litoral.

Cuando el padre se enteró de que su hija estaba viva mandó que la condujeran a su presencia. Al comparecer la joven ante él, le dijo, al tiempo que se daba en su frente enérgicos puñetazos:

—Pero, ¿qué clase de maleficios usas que hasta en el fondo del mar puedes valerte de ellos?

—¡Necio! ¡Insensato! —respondió Cristina—. ¿Por qué hablas de maleficios? ¡Cristo ha sido quien me ha salvado!

El padre ordenó:

—¡Llevadla ahora mismo de nuevo a la cárcel, y mañana, en cuanto amenezca, decapitadla!

En efecto, fue conducida otra vez a la cárcel. Aquella misma noche, su padre, que se llamaba Urbano, murió repentinamente.

Al muerto sucedió en el oficio otro hombre inicuo que mandó meter a Cristina en una cuna de hierro llena de aceite hirviendo a la que, para que más pronto el cuerpo de la doncella se friera, or-

denó que agregaran resina y pez y que cuatro vergudos balancearan el recipiente. Mientras éstos mecían la cuna, Cristina daba gracias a Dios y luego, dirigiéndose a quienes le estaban aplicando tan horrendo suplicio, les dijo:

—Habéis tenido un gran acierto: puesto que acabo de renacer a la vida por el bautismo, resulta muy oportuno que me acunéis como a un niño pequeño.

Viendo el juez que no lograba reducirla, dijo a los verdugos:

—Sacadla de la cuna, rapadle la cabeza, desnudadla totalmente y llevadla por las calles de la ciudad hasta el templo de Apolo.

Así lo hicieron; mas, en cuanto llegaron al templo, a una voz de Cristina la imagen del ídolo cayó de su pedestal y quedó reducida a polvo. Elio, que así se llamaba el juez, al presenciar esto se asustó tanto que cayó también derribado por el suelo y muerto.

Juliano, el juez que sucedió en su oficio a Elio, ordenó que arrojaran a la joven a un horno encendido. Cinco días permaneció la doncella dentro de él, paseándose entre las llamas, rodeada de ángeles y cantando con ellos himnos religiosos. Convencido Juliano de que Cristina era maga, solicitó el concurso de un encantador que acudió en su ayuda trayendo consigo dos víboras, dos escorpiones y dos serpientes. Juliano mandó al encantador que arrojara aquellos bichos sobre el cuerpo de la santa. Una vez que así se hizo, las serpientes comenzaron a acariciarle los pies; los escorpiones treparon hasta los pechos de la víctima y allí se quedaron mansamente; las víboras se enroscaron a su cuello y alargando sus lenguas se dedicaron a lamerle el sudor que fluía de su frente y le bañaba el rostro. Juliano, a la vista de esto, irritado, dijo al encantador:

—¿No decías que eras hechicero? Pues si lo eres excita a esos animales.

Trató el mago de excitarlos, pero, tan pronto como inició tal intento, las serpientes, las víboras y los escorpiones se desprendieron del cuerpo de la santa, irrumpieron contra el encantador y en menos que se dice lo mataron. Hecho esto, Cristina mandó a los seis bichos que se fuesen lejos de allí, que se marchasen a algún paraje desierto, y en cuanto los seis animales, obedientes, se ausentaron, resucitó al hechicero.

Juliano, en vez de rendirse, ordenó que cortasen los pechos a la doncella. Se los cortaron, y de las heridas no brotó sangre alguna, sino leche. Después dispuso que le cortaran la lengua; cortáronsela también; Cristina recogió la lengua que los verdugos acababan de amputarle y continuó hablando como si no se la hubieran cortado; luego, con sus propias manos arrojó aquel trozo de carne contra los ojos de Juliano y éste se quedó repentinamente ciego. Juliano entonces, sumamente indignado, dijo a los verdugos:

—Clavadle a esta muchacha dos saetas en el pecho en dirección al corazón y una tercera que le atraviese el tronco de uno a otro costado.

Los verdugos cumplieron la orden recibida. De este modo mataron a la santa, cuyo martirio y muerte ocurrieron hacia el año 287 de nuestra era, siendo emperador Diocleciano. Su cuerpo fue sepultado en el castillo de Bolsena, situado entre Civitavechia y Viterbo. Antiguamente había junto a este castillo una torre; pero posteriormente fue derribada y no quedaron de ella ni los cimientos.

Capítulo XCIX

SANTIAGO EL MAYOR

De cuatro maneras diferentes es designado este apóstol: Santiago de Zebedeo, Santiago hermano de Juan, Boanerges o hijo del trueno, y Santiago el Mayor.

Llámasele *Santiago de Zebedeo* por dos razones: porque según la carne fue hijo de un tal Zebedeo, y porque Zebedeo significa simultáneamente *donante* y *donado,* y donante y donado fue este glorioso apóstol: donante, en cuanto que mediante el martirio con que coronó su vida hizo donación de sí mismo a Cristo; y donado, porque Dios nos lo donó o dio a nosotros como patrono y espiritual protector.

Llámasele *hermano de Juan* también por dos razones: porque Juan y él fueron hermanos en sentido propio, según la carne, y porque entre ambos hubo extraordinaria semejanza en el modo de ser y de obrar: ambos se mostraron parejos en su celo, en sus afanes y en sus aspiraciones. Veámoslo. Iguales en su celo por vengar al Señor cuando estimaron que los samaritanos le habían desairado negándose a escucharle; en tal ocasión uno y otro preguntaron a Cristo: *«¿Quieres que recemos para que descienda fuego del cielo y los abrase?»* Iguales en sus afanes: los dos mostraron más interés que los otros apóstoles porque el Maestro les anticipara noticias relativas al día del juicio y a determinados acontecimientos futuros. Iguales en las aspiraciones: ambos pretendieron ocupar en el reino de los cielos los puestos más inmediatos al Señor y sentarse uno a su derecha y otro a su izquierda.

Llámasele *Boanerges o hijo del trueno* por la conmoción que su predicación producía; en efecto, cuando ejercía su ministerio hacía temblar de espanto a los malos, sacaba de su tibieza a los perezosos, y despertaba a todos con la profundidad de sus palabras. Hay un texto de Beda aplicado por él a Juan Bautista, pero perfectamente aplicable a este apóstol; ese texto dice así: «Su voz resonaba tan fuertemente que llegaba a los últimos confines; de haber levantado un poco más el tono, el mundo hubiese sido incapaz de contener la resonancia dentro de sus propios límites».

Llámasele, finalmente, *el Mayor* para diferenciarlo del otro Santiago, apellidado a su vez el Menor, o sea, de Santiago Alfeo. El sobrenombre de Mayor dado al apóstol de que ahora tratamos para distinguirlo de su homónimo Santiago el Menor o Santiago Alfeo, está más que justificado, puesto que fue mayor que éste en tres sentidos: primero, porque, desde el punto de vista de la vocación, Santiago Zebedeo fue llamado por Cristo antes que el otro; segundo, porque, desde el punto de vista de la familiaridad, el Señor trató con mayor intimidad al Zebedeo que al Alfeo; en efecto, al Zebedeo hízolo testigo de algunos hechos secretos, tales como la resurrección de una niña, y del episodio glorioso de la Transfiguración; tercero, porque, desde el punto de vista del martirio, el Zebedeo fue entre todos los apóstoles el primero en morir martirizado; y si por haber sido llamado al apostolado antes que lo fuera Santiago Alfeo hay suficiente motivo para que el que fue llamado primero reciba el sobrenombre de Mayor y el de Menor el que fue llamado después, también lo hay para calificar de Mayor al que mediante el martirio entró antes en la gloria eterna, y de Menor al que en la misma gloria entró más tarde.

1. El apóstol Santiago, hijo de Zebedeo, después de la Ascensión del Señor predicó durante algún tiempo por las regiones de Judea y de Samaria, trasladándose luego a España y sembrando en sus tierras la palabra de Dios; pero viendo que el fruto que obtenía era escaso y que a pesar de haber predicado mucho en dicho país no había logrado reclutar en él más que nueve discípulos dejó allí a dos de ellos para que siguieran predicando, tomó consigo a los otros siete y regresó a Judea.

El maestro Juan Beleth dice que el apóstol Santiago convirtió en España solamente a una persona.

Estando ya de regreso en Judea y dedicado nuevamente al ministerio de la evangelización, un mago llamado Hermógenes envió a su discípulo Fileto a donde el apóstol se hallaba predicando, para que tanto él como un grupo de fariseos que le acompañaban y sobre los cuales ejercía el cargo de jefe, tratasen de convencer a los judíos de que todo lo que Santiago les predicaba era falso. Pero las cosas le salieron a Hermógenes exactamente al revés de lo que esperaba; porque Santiago, a base de argumentos racionales y de muchos milagros obrados en confirmación de la autenticidad de su doctrina, convenció a Fileto en presencia de numeroso público de que cuanto enseñaba a la gente era verdadero. Fileto entonces regresó junto a su maestro Hermógenes, le contó detalladamente los prodigios de que él había sido testigo, le manifestó que a su juicio cuanto el apóstol decía era verdad, que estaba dispuesto a aceptar su doctrina, y hasta trató de pesuadir a Hermógenes para que también él se hiciera discípulo de Santiago. Al oír todo esto, Hermógenes, indignado, recurriendo a sus artes mágicas inmovilizó a Fileto de tal modo que, por más que éste lo intentaba, no lograba mover ninguno de los miembros de su cuerpo.

Hermógenes, dirigiéndose a Fileto le decía con sorna:

—Ahora veremos si tu Santiago es capaz de devolverte el movimiento que yo te he quitado.

Fileto encargó a un criado suyo que fuese a ver a Santiago y le contase lo que le había ocurrido. Al recibir la noticia, el apóstol tomó su propio pañuelo, se lo entregó al recadero y le dijo:

—Vuelve a donde está tu amo, entrégale esta prenda y adviértele que manteniéndola en sus manos diga: *«El Señor levanta a los que están en el suelo y devuelve el movimiento a los miembros paralizados».*

Tan pronto como Fileto recibió en sus manos el pañuelo que el apóstol le había enviado y dijo lo que el recadero le advirtió que debía decir, recuperó el movimiento de su cuerpo, y acto seguido, mofándose de los poderes de Hermógenes, se separó de él y se fue en busca de Santiago. Poco después, Hermógenes, rabioso de ira, solicitó la

ayuda de los demonios y les encargó que trajesen a Santiago y a Fileto maniatados, porque quería vengarse de ellos e impedir que en adelante otros discípulos dudaran de su poder, le despreciaran y desertaran de sus filas como Fileto había hecho. A la llamada de Hermógenes acudieron numerosos diablos, se congregaron en el lugar donde el apóstol predicaba, se esparcieron por el aire y comenzaron a aullar y a decir:

—¡Oh, Santiago Apóstol! ¡Ten compasión de nosotros! ¡Aún no nos había llegado la hora y ya estamos abrasándonos!

Santiago les preguntó:

—¿A qué habéis venido?

Ellos le respondieron:

—Hermógenes nos envió para que nos apoderáramos de ti y de Fileto y os lleváramos maniatados a donde él está; pero apenas salimos hacia este lugar un ángel del Señor nos amarró con cadenas de fuego que nos producen un dolor insoportable.

—¡Bueno!, dijo Santiago; el mismo ángel de Dios que os encadenó os desencadenará; pero entendedlo bien: tenéis que volver a donde Hermógenes se encuentra, y en cuanto hayáis llegado junto a él, le echáis mano y sin hacerle daño alguno me lo traéis hasta aquí.

Los demonios se marcharon, fueron a donde estaba Hermógenes, se apoderaron de él y le dijeron:

—Nos enviaste a un sitio en el que hemos padecido horribles quemaduras.

A continuación atáronle las manos tras de la espalda y lo llevaron a presencia de Santiago, al que formularon este ruego:

—Danos potestad sobre este hombre; queremos vengarnos de lo mucho que a ti te ha injuriado y de los enormes tormentos que nosotros hemos padecido por su culpa.

Santiago les dijo:

—Ahí tenéis a Fileto; ¿por qué no lo apresáis también?

Los demonios contestaron:

—Nosotros no tenemos poder ni siquiera para arrimar nuestras manos a una hormiga que hay en el aposento donde duermes.

Santiago, entonces, dirigiéndose a Fileto le dijo:

—Conforme a las enseñanzas de Cristo vamos a devolver bien por mal; ahí tienes ante ti a Hermógenes, el que te paralizó; ahora es él quien se encuentra atado e inmovilizado. ¡Anda! ¡Desátale!

Fileto desató a Hermógenes y éste quedó cabizbajo y confuso. Santiago, mirándole, le dijo:

—Hermógenes, estás libre; puedes ir a donde quieras; nosotros no obligamos a nadie a convertirse contra su voluntad.

Hermógenes manifestó:

—No me atrevo a marcharme; conozco bien la rabia de los demonios y sé que si no me das algo que pueda llevar conmigo para que me sirva de protección, me matarán.

—Ten esto —díjole el apóstol—, ofreciéndole su propio bastón.

Hérmogenes lo tomó, se ausentó de allí y poco después regresó trayendo consigo todos los libros que solía utilizar para preparar sus encantamientos, y se los entregó a Santiago para que él mismo los quemara; pero Santiago, temiendo que el olor de la infernal fogata molestara a quienes no estuvieran prevenidos, ordenó a Hermógenes que arrojara al mar todos aquellos libros. El hechicero, tras de arrojar al agua la diabólica literatura, se presentó de nuevo ante Santiago, se postró a sus pies y le suplicó:

—¡Acoge bajo tu protección, oh liberador de almas, a este desgraciado que dejándose llevar de la envidia te ha difamado y hecho la guerra, y que ahora, arrepentido, quiere vivir junto a ti!

El antiguo mago se convirtió, vivió en lo sucesivo con temor de Dios, y alcanzó tal grado de virtud que sobresalió en perfección entre los demás discípulos del apóstol, y llegó a realizar muchas obras extraordinarias.

Cuando los judíos se convencieron de que la conversión de Hermógenes era sincera hicieron responsable de ella a Santiago, se presentaron ante él alborotados, le increparon y trataron de impedir que siguiera predicando la doctrina de Cristo crucificado. Santiago, empero, recurriendo a las Escrituras, les demostró como en Jesús se habían cumplido todas las profecías que en ella se contenían acerca del nacimiento y sacrificio del Mesías, y probó estas verdades con tal claridad que muchos de los judíos se convirtieron. Esto provocó tan enorme indignación en Abiatar, a quien correspondía el ejercicio del pontificado aquel año, que sublevó al pueblo contra el apóstol. Algunos de los amotinados lograron apoderarse de él, le ataron una soga al cuello, lo condujeron a presencia de Herodes Agripa y consiguieron que éste lo condenara a muerte. Cuando lo conducían al lugar en que iban a degollarlo, un paralítico que yacía tendido en el suelo a la vera del camino comenzó a invocar al apóstol y a pedirle a voces que lo curara.

Santiago lo oyó y le dijo:

—En nombre de Jesucristo, cuya fe he predicado y defiendo y por cuya causa voy a ser decapitado, te ordeno que te levantes del suelo completamente curado y que bendigas al Señor.

El paralítico se levantó, sintióse repentina y totalmente sano, y prorrumpió en acciones de gracias a Dios.

Al ver este prodigio, el escriba Josías, que había puesto la soga al cuello de Santiago y hasta entonces continuaba agarrado al ramal y tirando de él, arrojóse a los pies del santo, le pidió perdón y le suplicó que lo recibiera como cristiano. Pero Abiatar, que se hallaba presente, agarró a Josías, lo zarandeó y le dijo:

—Si ahora mismo no maldices a Jesucristo, haré que te degüellen al mismo tiempo que a Santiago.

Josías respondió:

—A quien maldigo es a ti. Oyeme bien: ¡Maldito seas tú, y maldito todo el tiempo que vivas! Sigue escuchando: ¡Bendito sea el nombre de mi Señor Jesucristo por los siglos de los siglos!

Abiatar ordenó a algunos de los judíos que descargaran sobre el rostro de Josías una buena tanda de bofetadas y envió un mensajero a Herodes solicitando el necesario permiso para proceder a la decapitación del escriba convertido.

Una vez que llegaron al sitio en que iban a ser degollados, Santiago pidió al verdugo una redoma con agua. El verdugo se la proporcionó. Con aquella agua bautizó el apóstol a Josías e inmediatamente después ambos fueron decapitados coronando de este modo uno y otro sus vidas con el martirio.

La degollación de Santiago ocurrió un 25 de marzo, es decir, en fecha similar a la de la Anunciación y Encarnación del Señor. El 25 de julio su cuerpo fue trasladado a Compostela. La confección de su mausoleo comenzó en agosto, pero, como no estuvo terminada la obra hasta enero siguiente, sus restos no fueron enterrados hasta el 30 de diciembre, o sea, hasta unos días antes de que concluyeran de labrar su sepulcro. Habida cuenta de que la fecha del 25 de julio corresponde a una estación bonancible, la Iglesia determinó que en ella se celebrase en todas partes la fiesta de este apóstol.

El maestro Juan Beleth escribió un cuidadoso e interesante relato del hecho de la traslación. Según ese relato, poco después de que el santo fuese degollado, una noche algunos de sus discípulos, tomando las debidas precauciones para no ser vistos de los judíos, se apoderaron del cuerpo del apóstol y llevándoselo consigo se embarcaron en una nave; pero, como ésta carecía de gobernalle, pidieron a Dios que los guiara con su providencia y los condujera a donde él quisiese que aquellos venerables restos fuesen sepultados. Conducida por un ángel del Señor la barca comenzó a navegar y navegando continuó hasta arribar a las costas de Galicia, región de España, que por aquel tiempo estaba gobernada por una mujer justamente llamada Loba, puesto que como loba se comportaba en el ejercicio de su gobierno. Al llegar a tierra desembarcaron el cuerpo y lo colocaron sobre una inmensa piedra, la cual, como si fuese de cera, repentinamente adoptó la forma de un ataúd y se convirtió milagrosamente en el sarcófago del santo. Seguidamente los discípulos del apóstol fueron a ver a la reina Lupa o Loba y le dijeron:

—Nuestro Señor Jesucristo te envía el cuerpo del apóstol Santiago, porque quiere que acojas muerto y con benevolencia al que no quisiste escuchar cuando estaba vivo.

A continuación le refirieron el gran prodigio de haber llegado hasta allí a través de la mar, en un barco sin gobernalle, y le pidieron que tuviese a bien indicarles dónde podrían enterrar decentemente el cuerpo del santo. Cuando terminaron de hablar, la reina, que era muy astuta, disimulando sus pérfidas intenciones, púsoles en contacto con un hombre sumamente cruel. Esto dice Juan Beleth; pero, según otros autores, la reina les aconsejó que fuesen a ver al rey de España y que le expusieran todo aquel asunto, asegurándoles que él estaba en mejores condiciones que ella para dar una respuesta conveniente a su demanda. Estos mismos autores añaden lo siguiente: el rey, tras de oír a sus visitantes, los detuvo y los encarceló; pero una noche, mientas el rey dormía, un ángel del Señor abrió las puertas de la prisión a los prisioneros y les ordenó que huyeran. A la mañana siguiente, el rey, enterado de que los presos se habían fugado, mandó a sus soldados que salieran inmediatamente en su persecución y que viesen el modo de capturarlos. Al pasar los soldados por un puente, éste se derrumbó, ellos cayeron al río y se ahogaron. El rey, al conocer este contratiempo, se llenó de miedo, y, temiendo que pudieran ocurrir nuevos infortunios para él o para sus súbditos, se arrepintió de su anterior modo de proceder y mandó a otros soldados en busca de los fugitivos

con el encargo de que, si los hallaban, les dijeran que regresaran sin temor alguno, que se presentasen ante él y le pidiesen con absoluta confianza cuanto quisiesen. Los discípulos del apóstol comparecieron nuevamente ante el rey, que los recibió muy benignamente y les dio licencia para que predicasen libremente en las tierras de su reino la doctrina cristiana. Los discípulos de Santiago comenzaron a predicar, y al cabo de poco tiempo convirtieron a la fe de Cristo a todos los habitantes de la ciudad en que el rey vivía. De todo esto se enteró Lupa, y por cierto con gran disgusto, y como era soberbia y mala, cuando los discípulos la visitaron de nuevo y le comunicaron las amplias facultades que el rey les había concedido, arteramente les dijo:

—Elegid en las tierras de mi reino el lugar que mejor os pareciere para enterrar a vuestro apóstol. En un monte cercano tengo muchos bueyes. Tomad los que preciséis, enganchadlos a una carreta que por orden mía se os proporcionará y transportad en ella el cuerpo de Santiago hasta el sitio en que hayáis de sepultarlo.

Bajo estas apariencias de generosidad ocultaba Lupa sus intenciones de auténtica loba: los bueyes que tenía en el monte eran indómitos y salvajes y, en cuanto trataran de aproximarse a un ganado tan bravo, aquellos hombres —pensaba la reina— saldrían muy malparados; y si lograban acercarse a los toros y hacerse con algunos de ellos y uncirlos a la carreta y colocar sobre ella el cuerpo del santo, tan pronto como intentasen iniciar el traslado, los bueyes, dada su naturaleza fiera, saldrían disparados sin rumbo fijo, se precipitarían locamente monte abajo, y carro, muerto y acompañantes saltarían hechos pedazos por entre aquellas fragosidades. Eso era lo que la reina deseaba y esperaba que sucediera; pero de nada sirven contra Dios los más habilidosos cálculos. Los discípulos, sin sospechar lo que la loba Lupa tramaba, fueron al monte en busca de los bueyes. En un lugar del camino salióles al paso un enorme dragón vomitando por su boca enormes llamas de fuego. Al ver que aquel feroz monstruo trataba de atacarles, hicieron la señal de la cruz y la imponente bestia reventó aparatosamente. Continuaron su marcha. Al llegar al sitio en que estaba la ganadería advirtieron que se trataba de reses bravas, hicieron nuevamente la misma santa señal, y los toros se tornaron repentinamente mansos como corderos. Sin dificultad alguna tomaron dos de aquellos bueyes, los condujeron hasta donde aguardaba el carro, los engancharon a él, en él colocaron el cuerpo del apóstol alojado en el sarcófago de piedra, y, en cuanto el cuerpo estuvo dentro del carro, los bueyes, sin necesidad de que nadie los guiara, se pusieron en marcha y por sí mismos se dirigieron hasta el palacio de Lupa, pasaron por el zaguán al gran patio central de la regia mansión y en medio del mismo se pararon. La reina, al ver esto, quedó estupefacta, se arrepintió de sus perversos propósitos y de su mala conducta anterior, se convirtió, se hizo cristiana, concedió a los discípulos del santo cuanto quisieron pedirle y les regaló el palacio para que instalasen en él una iglesia dedicada al apóstol. Cuando las obras, sufragadas totalmente por ella, estuvieron terminadas, hizo magníficas donaciones al nuevo templo, cedió en beneficio de él todos sus bienes, entregóse ella a una vida santa, y, al cabo de unos años, llena de méritos ante el Señor, falleció piadosamente.

2. El papa Calixto refiere el siguiente caso: Un hombre de la diócesis de Módena, llamado Bernardo, fue hecho prisionero y encerrado en una torre en cuyo sótano lo dejaron cargado de cadenas. Viéndose en tan triste estado el susodicho preso comenzó a invocar constantemente a Santiago. Un día el apóstol se le apareció, lo libró de las cadenas y le dijo: «Ven conmigo a Galicia»; y, dicho esto, desapareció. Seguidamente Bernardo colgó las cadenas de su propio cuello, subió a las almenas de la torre, se arrojó desde allí a la calle y, a pesar de que la torre tenía setenta codos de altura llegó al suelo sin la más leve lesión.

3. Este otro caso lo cuenta Beda: Un hombre había cometido un gravísimo delito. Temiendo que el obispo no quisiese absolverle, escribió su pecado en una esquela, metió ésta en un sobre en el que puso la dirección del apóstol Santiago y el día de la fiesta de este santo colocó la carta en la mesa del altar dedicado a él, rogándole que tuviera a bien interponer sus méritos para que el pecado aquel le fuese perdonado. Un rato después retiró la carta, la abrió y comprobó que lo que en ella había escrito estaba borrado, y agradeciendo a Dios y a su apóstol el favor que le habían hecho, publicó entre sus conciudadanos lo que le había sucedido.

4. Huberto de Besançon refiere este otro episodio: Hacia el año 1070 treinta caballeros lorenses decidieron ir todos juntos en peregrinación a Santiago, y todos ellos, menos uno, antes de empren-

der el viaje suscribieron el compromiso de ayudarse mutuamente en cuanto unos de otros pudiesen necesitar. Yendo todos en caravana, viéronse obligados a hacer un alto en el camino porque uno de los treinta cayó enfermo. Al cabo de quince días, como el enfermo no mejoraba ni estaba en condiciones de proseguir su peregrinación, todos sus compañeros, a excepción del que no había firmado el compromiso de mutua ayuda, reanudaron su viaje hacia Compostela desentendiéndose del enfermo, que quedó en la base del monte de San Miguel, sin más compañía que la del que no había querido suscribir el mencionado convenio. Hacia el atardecer del mismo día en que sus compañeros le abandonaron, el enfermo murió. El peregrino que se había quedado con él, al verse solo junto al muerto en un paraje solitario de una región cuyos habitantes tenían fama de bárbaros y feroces, y al observar que la noche con su obscuridad se echaba encima, comenzó a sentir los efectos del miedo; mas de pronto se le apareció Santiago montado en un caballo blanco, lo tranquilizó y le dijo: «Dame para acá al muerto; sube luego tú también a mi caballo y colócate detrás de mí». Hecho esto, cabalgaron toda la noche y tan de prisa, que antes de que amaneciera habían cubierto la distancia correspondiente a quince jornadas de camino y llegado a Montealegre, que queda a media legua de Compostela. En Montealegre el apóstol dijo al peregrino: «Apéate del caballo, ve a la ciudad de Santiago y di a los canónigos de la catedral que vengan a enterrar a este muerto, y cuando veas a tus compañeros les dices de mi parte que su peregrinación no les ha servido de nada por haber faltado al compromiso de mutua ayuda que líbremente suscribieron antes de emprender el viaje». El peregrino cumplió fielmente el encargo que el apóstol le hizo. Posteriormente, cuando sus compañeros lo vieron, quedaron sorprendidos de que en tan poco tiempo hubiera recorrido un camino tan largo; pero su sorpresa fue mayor cuando tuvieron noticia del recado que Santiago había dejado para ellos.

5. He aquí otro milagro del apóstol referido por el papa Calixto: Hacia el año 1020 un alemán y un hijo suyo salieron de su tierra en viaje de peregrinación a Santiago, y al llegar a Tolosa decidieron pernoctar en un mesón. Durante la cena, el mesonero trató de embriagar al caballero alemán y lo consiguió; y, mientras el embriagado peregrino dormía profundamente, escondió en las alforjas de éste una copa de plata. Al día siguiente, en cuanto el padre y el hijo salieron de la posada para reemprender su camino y reiniciaron la marcha, el posadero corrió en pos de ellos gritando, llamándoles ladrones y diciendo a voces que le habían robado una copa de plata. Detúvose el alemán, negó la infamia que se le atribuía, propuso al mesonero que registrase su equipaje e hizo constar que, si en él encontraba el objeto cuyo robo le imputaba, se sometería de buen grado al castigo que la justicia le impusiese. El mesonero registró las alforjas del peregrino, halló en ellas la copa de que hablaba y, mostrando el cuerpo del delito, condujo a los delincuentes ante el juez de la cuidad, el cual, tras de enterarse del caso, pronunció la siguiente sentencia: que se embargasen todas las cosas que padre e hijo llevaban consigo y se entregasen al mesonero; y que uno de ellos, bien el padre o bien el hijo, fuese públicamente ahorcado. El padre se ofreció para que lo ahorcasen a él queriendo a toda costa salvar la vida de su hijo; el hijo por su parte insistió en que el ahorcado debería ser él y no su padre. Después de larga porfía entre ambos piadosos contendientes para intentar cada uno de ellos salvar la vida del otro, el juez zanjó el asunto desterminando que se ahorcase al hijo, y el hijo fue ahorcado. Con el alma llena de pena prosiguió el desolado padre su peregrinación a Santiago. Treinta y seis días más tarde, al pasar nuevamente por Tolosa en su viaje de regreso de Compostela en donde había visitado el sepulcro del apóstol, detúvose en el sitio en que su hijo había sido ejecutado, y al ver que su cuerpo continuaba colgando de la horca comenzó a llorar a voces; mas de pronto el hijo habló y dijo queriendo consolar a su padre: «¡Dulcísimo padre mío! ¡No llores! Quiero que sepas que jamás en mi vida lo he pasado tan bien. Desde que me colgaron en este patíbulo, el apóstol Santiago ha permanecido constantemente a mi lado sosteniéndome y colmando mi alma de inefables delicias celestiales». Al oír que su hijo hablaba, y tras de escuchar lo que decía, el padre acudió corriendo a la ciudad y refirió a la gente el suceso que acababa de ocurrirle; muchísimas personas regresaron con él al lugar donde el hijo permanecía colgado, y comprobaron que estaba vivo. Inmediatamente lo descolgaron y vieron que, además de estar vivo, permanecía perfectamente sano. En seguida todos cayeron en la cuenta de que aquellos piadosos peregrinos habían sido víctimas de una calumnia levantada por el

mesonero, y sin pérdida de tiempo, deseosos de vengar con sus propias manos la injuria hecha a los inocentes forasteros, corrieron a la posada, se apoderaron del posadero, lo llevaron al lugar en que el hijo del alemán había estado colgado y en la misma horca ahorcaron al infame mesonero.

6. El caso que sigue lo cuenta Hugo de San Víctor: En cierta ocasión el demonio, tomando la figura y aspecto de Santiago, se apareció a un peregrino que iba a visitar el sepulcro del apóstol, le ponderó las innumerables calamidades a que el hombre se ve sometido en la presente vida, y le dijo que si quería darle gusto a él lo mejor que podía hacer era suicidarse. El peregrino, deseoso de complacer al santo, tomó una espada y se suicidó. La gente, creyendo que aquel hombre hubiera sido asesinado por el dueño de la casa en que estaba alojado y en la que había llevado a cabo su suicidio, comenzó a pedir la muerte del presunto asesino. Este, al no poder probar suficientemente su inocencia, cayó en un estado de gran congoja; pero el muerto vino en su ayuda resucitando y declarando públicamente que nadie lo había matado, sino que él, por su propia mano, se había quitado la vida engañado por el demonio; y añadiendo que, tras de su suicidio, cuando el diablo que lo engañó llevaba su alma al infierno, salióle al paso el apóstol Santiago, lo rescató de las garras del maligno, lo presentó ante el tribunal de Dios, desenmascaró a los demonios que lo acusaban de haberse suicidado, y le obtuvo del Señor dos gracias: la de la absolución del pecado de haberse quitado la vida, y la de la resurrección.

7. El siguiente episodio está tomado de una narración escrita por Hugo, abad de Cluny; Un joven de Lyon, muy devoto del apóstol, iba con alguna frecuencia a Compostela para visitar el sepulcro de Santiago. En una de esas ocasiones, salió, como solía hacerlo, de su casa, caminó todo el día y al llegar la noche se alojó en un posada y cometió en ella un pecado de fornicación. A la mañana siguiente reanudó su peregrinación. Algunas jornadas después, mientras dormía, se le apareció el demonio disimulando su verdadera condición y pretendiendo hacerse pasar por el santo apóstol le preguntó:

—¿Me conoces?

—No; —respondió el joven.

—Pues soy Santiago —manifestó el aparecido. Y añadió: —Me extraña que no me reconozcas, puesto que visitas mi sepulcro todos los años. He venido a decirte que quiero que sepas estas dos cosas: primera, que me agrada mucho la devoción que me profesas; segunda, que esta peregrinación que actualmente estás haciendo, ni ante los ojos de Dios ni ante los míos tiene valor alguno, porque al acabar el primer día, durante la noche, cometiste un pecado de fornicación del que todavía no te has confesado; y mientras tengas esa carga sobre tu conciencia todo cuanto camines es perder el tiempo; para peregrinar a mi sepulcro con provecho es necesario que el peregrino se confiese antes de salir de casa y que a lo largo de la peregrinación haga penitencia por los pecados que en la confesión hubiere declarado.

Dicho esto el diablo desapareció.

A la mañana siguiente el joven, en vez de proseguir su peregrinación, inició el camino de retorno a su casa. Cuando llegó a Lyon se confesó e inmediatamente reemprendió el viaje hacia Santiago. Concluida la primera jornada, nuevamente, durante la noche, el mismo demonio se presentó ante él bajo la misma apariencia que la vez anterior, y le dijo:

—No prosigas tu viaje hacia Compostela. Cierto que ya te has confesado del pecado de fornicación que cometiste; pero para que te sea perdonado es preciso que te cortes de raíz tus órganos genitales. Y te digo más: si quieres demostrarme de verdad que la devoción que me tienes es auténtica, quítate la vida después de haberte castrado, porque con semejante gesto te convertirás en mártir de la castidad y del temor hacia mí, y alcanzarás la bienaventuranza.

Tras de esta aparición, el joven, aprovechando que los demás peregrinos y cuantos se hallaban en la posada dormían, tomó una espada y se cortó sus genitales, y acto seguido con la misma arma se rasgó el vientre. Cuando a la mañana siguiente sus compañeros de peregrinación vieron al joven envuelto en sangre y muerto, para evitar que los acusaran de asesinato rápidamente huyeron del mesón. Unas horas después, mientras la gente que continuaba en la posada cavaba la sepultura para proceder a enterrarle, el difunto con gran espanto de los presentes resucitó, y como los testigos de su resurrección, asustados, echaran a correr, el recién resucitado trató de tranquilizarlos diciéndoles:

—No huyáis ni tengáis miedo. Yo mismo me quité la vida por sugerencia del demonio. Nada más suicidarme, los diablos se apoderaron de mí e intentaron llevarme a Roma, pero Santiago acu-

dió prestamente en mi socorro, se encaró con los espíritus del mal, les reprochó que me hubieran engañado y, luego de sostener una larga disputa con ellos, obligólos a caminar delante de él hasta llegar a un prado en el que se encontraba la Virgen María conversando con numerosos santos. Santiago refirió a la Bienaventurada Señora lo sucedido, imploró su ayuda en mi favor, y la Señora, después de reprender severamente a los diablos, dijo a Santiago: «Resucítalo». Santiago me resucitó y, como podéis ver, aquí estoy vivo nuevamente entre vosotros.

Tres días después el joven, completamente curado de sus heridas y sin más vestigio de ellas que algunas cicatrices que le quedaron, reanudó su peregrinación, alcanzó a los compañeros que habían huido, y les refirió punto por punto todo lo que le había ocurrido.

8. El papa Calixto cuenta el siguiente caso: Hacia el año 1100 de nuestra era, un francés, su esposa e hijos emprendieron una peregrinación a Compostela movidos por un doble deseo: el de visitar el sepulcro del apóstol Santiago y el de huir de una epidemia que estaba causando enorme mortandad entre las gentes de su país. Al pasar por Pamplona se hospedaron en un mesón y en él sufrieron varias calamidades: falleció la esposa y el mesonero robó al marido todo el dinero que llevaba consigo, y hasta el jumento que servía de cabalgadura a sus hijos. Tras de tan infortunados sucesos el pobre francés reemprendió su peregrinación muy penosamente, teniendo que caminar con algunos de sus hijos cargados sobre sus hombros y con los otros asidos a sus manos, hasta que en cierto lugar del trayecto un hombre, que iba montado en un burro le alcanzó y, al verle tan agobiado y cansado, se compadeció de él, acudió en su socorro y le prestó el asno para que los niños pudiesen proseguir su viaje más cómodamente. De este modo consiguió llegar a Santiago. A poco de llegar, estando el francés orando ante el sepulcro del santo, éste se le apareció y le preguntó:

—¿Me reconoces?

El francés le respondió que no. Entonces el aparecido le dijo:

—Yo soy el apóstol Santiago. Fui yo quien bajo el aspecto del hombre aquel que encontraste en el camino te presté el burro para que pudieras llegar hasta aquí, y te lo presto de nuevo para que puedas regresar a tu casa cómodamente. Al pasar por Pamplona, el mesonero que te robó caerá a la calle desde la solana de su mesón, se matará y tu recuperarás todo cuanto te quitó.

El anuncio del apóstol se cumplió exactamente en todos sus puntos. Contento y feliz llegó el francés a su tierra y a su casa y, en el mismo momento en que apeó a sus hijos del jumento, éste repentinamente desapareció.

9. Un tirano se apoderó de un mercader, le robó cuanto tenía y lo encerró en el sótano de una torre. El mercader invocó devotamente a Santiago rogándole que acudiera en su auxilio; el apóstol se le apareció, lo tomó de la mano y, pasando por delante de los centinelas, lo condujo hasta las almenas de la torre, hizo que éste se inclinara suavemente de manera que las almenas quedaran en contacto con el suelo, y de ese modo, sin necesidad de que el mercader tuviera que dar el menor salto, vióse en la calle liberado de la prisión. Los centinelas salieron en su busca, mas no pudieron hallarlo, pues aunque durante largo rato caminaron a la vera de él, no lo vieron.

10. El caso que sigue lo cuenta Huberto de Besançon: Cuando tres soldados de la diócesis de Lyon iban en peregrinación a Santiago, acercóse a uno de ellos una pobre mujer y le rogó que por amor al apóstol hiciese la caridad de aliviarla del peso de un fardo que llevaba a su espalda. El peregrino tomó el fardo y lo colocó sobre su caballo. Más adelante dieron alcance a un hombre que iba también a Santiago, pero se encontraba tan enfermo y tan débil que le resultaba imposible proseguir su peregrinación. El mismo soldado que antes había tomado el fardel de la mujer, movido por la compasión que el enfermo le inspiró, se apeó de su caballo, acomodó en él al peregrino y, tomando en una de sus manos el susodicho fardel y en la otra su bordón, hizo el resto del viaje a pie. Al llegar a tierras de Galicia hallábase tan quebrantado por el calor del sol y por las fatigas del camino que enfermó gravísimamente. Sus dos compañeros, al advertir que estaba a punto de expirar, le exhortaron a que pusiese su alma a bien con Dios. Tres días permaneció el peregrino entre la vida y la muerte, inconsciente, sin poder hablar, cual si se hubiera quedado mudo. Así, en aparente estado de agonía, llegó al día cuarto, en cuya mañana, de pronto, dio un gran suspiro; sus compañeros, creyendo que se trataba del aliento final, se le acercaron para asistirle en el último instante de su vida, pero se quedaron sorprendidos al oír que hablaba y les decía:

—Doy gracias a Dios y a Santiago, porque debido a los méritos de este apóstol he sido librado de un gran peligro. Cuando exhortabais a que arreglara las cosas de mi alma, quise hacerlo, pero no pude porque los demonios, arrojándose sobre mí, me sofocaban de tal manera que me impedían hacer nada en provecho de mi salvación. Yo os oía a vosotros perfectamente, pero por más que lo intentaba no podía pronunciar ni una sola palabra; mas he aquí que ahora mismo acaba de venir en mi ayuda Santiago, sosteniendo en su mano izquierda el fardel de cuyo peso alivié a la mujer que nos salió al camino, y en la derecha el bordón del peregrino enfermo al que acomodé en mi caballo; y blandiendo el bordón cual si fuera una lanza y utilizando el fardel a modo de escudo atacó denodadamente a los demonios, los hizo huir, me libró de ellos y me devolvió el habla. Traedme en seguida a un sacerdote porque sé que voy a morir dentro de muy poco.

Luego, volviéndose hacia uno de los dos soldados, le dijo:

—Amigo mío, no sigas sirviendo al jefe que actualmente tienes; ese hombre está condenado y muy pronto morirá violentamente.

Aquel mismo día falleció el peregrino. Sus compañeros lo enterraron. El soldado que recibió de él el aviso que hemos indicado, comunicó a su jefe lo que el difunto, poco antes de expirar, le había dicho; pero el tal jefe ni hizo el menor caso de ello ni enmendó su conducta, y algún tiempo después pereció en una batalla, con su corazón traspasado por la lanza de uno de sus enemigos.

11. Cuenta el papa Calixto que un hombre de Vezelay, regresando de Santiago a donde había ido en peregrinación, viéndose sin dinero y dándole mucha vergüenza pedir limosna, se tendió bajo un árbol, se quedó dormido, soñó que el apóstol acudía en su socorro llevándole comida, y al despertar halló a su vera un pan reciente con el que se alimentó los quince días que tardó en llegar a su casa; y que aunque comía de él dos veces cada día y todo cuanto quería, cada mañana, al sacarlo del zurrón para hacer la primera comida de la jornada, el pan aparecía entero.

12. El mismo papa Calixto refiere este otro caso: Un cuidadano de Barcelona fue a Santiago en peregrinación, y ante el sepulcro del santo pidió al apóstol una sola cosa: que jamás pudiera ser hecho prisionero por enemigos de ninguna clase. Posteriormente, estando este hombre navegando por aguas próximas a Sicilia, fue capturado por piratas sarracenos, vendido en un mercado público como esclavo y revendido doce veces más; de ese modo pasó por las manos de trece amos distintos. Pero en las trece ocasiones ocurrió los mismo: aunque el comprador que lo adquiría, al adquirirlo lo ligaba con cadenas para llevárselo consigo, las cadenas se rompían extrañamente por sí solas, sin manipulaciones de nadie. Precisamente por eso sus compradores lo revendían, y por eso también el mercader que hacía el número catorce de la serie, al comprarlo lo ató con especiales ligaduras dobles, reforzadas y sumamente resistentes. El esclavo, al verse sujeto de aquella manera, invocó al apóstol, y el apóstol se le apareció y le dijo: «Cuando estuviste ante mi sepulcro cometiste un error al pedir únicamente la liberación de tu cuerpo sin preocuparte en absoluto de pedir nada en favor de tu alma; por eso has ido sucesivamente cayendo de unos peligros a otros; pero Dios, que es misericordioso, me ha enviado para que te rescate». En aquel preciso momento, las dobles y reforzadas ligaduras con que le habían amarrado se quebraron y el esclavo recuperó su libertad; y de tal manera que, aunque voluntariamente conservó sobre su cuello un trozo de aquellas cadenas, y pasó por tierras de moros y ante sus castillos, nadie volvió a apresarle, porque, si alguno se le acercaba con ánimo de apoderarse de él, en cuanto veía el trozo de cadena se austaba y desistía de su propósito. Más todavía: al cruzar parajes desiertos, los leones y fieras que hallaba a su paso, a la vista de las argollas que llevaba sobre su cuello huían velozmente, con visibles muestras de terror. De ese modo regresó a Barcelona sano y salvo y, cuando refirió a sus conciudadanos cuanto le había ocurrido y el milagro que Santiago le había hecho, sus oyentes quedaron admirados.

13. El año 238, la víspera de la fiesta de Santiago, en Prato, lugar situado entre las ciudades de Florencia y Pistoya, ocurrió el caso siguiente: un joven huérfano, indignado contra su tutor que trataba de despojarle de sus bienes, en un momento de arrebato y probablemente sin darse suficientemente cuenta de lo que hacía, prendió fuego a las mieses de éste. El incendiario fue detenido y juzgado y en el juicio reconoció que efectivamente él había sido el autor del siniestro, por lo cual el juez lo condenó a morir quemado vivo en una hoguera. Dictada la sentencia, lo desnudaron dejando sobre su cuerpo solamente la camisa, lo

ataron a la cola de un caballo, y arrantrándolo por el suelo a través de un terreno pedregoso, lo condujeron hasta el lugar en que había de ser ejecutado. Mientras el caballo, corriendo velozmente, lo arrastraba sobre zarzas y pedruscros, el joven íbase encomendando a Santiago y, cuando llegaron al punto en que había de ser quemado, no tenía en sus carnes ni el más leve rasguño ni la tela de la camisa se había roto ni manchado. Atáronle a un poste, rodeáronlo de leña, prendieron la hoguera, el joven continuó encomendándose al apóstol, se quemó toda la leña, quemáronse las cuerdas con que lo habían amarrado al poste, ardió el poste por completo, pero el muchacho permaneció incólume sin sufrir daño alguno en su cuerpo ni deterioro en su camisa. En vista de ello los verdugos decidieron repetir la experiencia en una segunda hoguera, pero el pueblo se opuso a ello, se apoderó del joven y, entre aclamaciones a Dios y a Santiago que con tan evidentes milagros habían demostrado que querían que el reo fuese perdonado, lo pusieron a salvo.

Capítulo C

SAN CRISTÓBAL

Este santo al bautizarse adoptó el nombre de Cristóbal y renunció al de Réprobo, que anteriormente llevaba. Obró acertadamente, porque Cristóbal significa *portador de Cristo,* y él, después de su conversión, llevó a Cristo de cuatro maneras: sobre sus espaldas, en cierta ocasión en que caminó con él a cuestas; en su cuerpo, por medio de la mortificación; en su alma, por la devoción, y en su boca, mediante la confesión y predicación de su doctrina.

Cristóbal, de origen cananeo, en su edad adulta llegó a medir doce codos de estatura; por su corpulencia y su aspecto de gigante infundía terror a quienes le veían.

En la historia de su vida se lee lo siguiente:

A consecuencia de una charla que en cierta ocasión mantuvo con el rey de los cananeos decidió recorrer el mundo en busca del príncipe más poderoso que hubiera en la tierra para consagrarse a su servicio. Un día oyó decir a alguien que en determinado país gobernaba un soberano muy superior a los demás. En cuanto tuvo conocimiento de esto, se trasladó a aquel reino y se presentó ante el monarca; éste le dispensó muy favorable acogida, y le rogó que se quedara en su palacio y lo incorporó a su corte. Durante una fiesta palaciega cantó un cómico una canción en cuya letra se hacían frecuentes alusiones al diablo. El rey, que era cristiano, cada vez que el cantor pronunciaba el nombre del demonio, se santiguaba. Cristóbal, que por entonces todavía se llamaba Réprobo, al ver los signos que el soberano hacía, quedó sumamente intrigado y comenzó interiormente a cavilar acerca del significado que aquellos gestos podían tener; y como no acertara a interpretarlos, acabada la fiesta preguntó al monarca qué sentido tenían las señales que hacía sobre su cuerpo cuando el cómico en su canción pronunciaba el nombre del demonio. En principio, el rey prefirió no contestar a la pregunta de su cortesano, pero como éste le manifestara que si no le declaraba aquel misterio abandonaría la corte y el país, ante semejante amenaza el rey optó por hablarle llanamente y le dijo:

—Hago ese signo cada vez que alguien pronuncia ante mí el nombre del diablo, para defenderme de él y evitar que me domine y me perjudique.

—De tus palabras se deduce —replicó Cristóbal— que no eres el hombre más poderoso del mundo. Si tienes miedo al diablo es porque estás convencido de que él puede más que tú. ¡Vaya chasco que me he llevado! Yo creía que estaba sirviendo al príncipe más grande de la tierra y ahora resulta que hay otro más fuerte que tú. No quiero, pues, continuar a tu lado; me marcho de aquí en busca de ese diablo al que tanto temes, y, si lo localizo, me pondré a su servicio.

Dicho esto abandonó el palacio y el país y se dedicó a recorrer nuevos caminos con la idea de hallar al demonio. Un día, al pasar por una región deshabitada, vio en la lejanía un ejército de solda-

dos que venían en dirección contraria y avanzaban hacia donde él se encontraba; cuando ya estaban cerca, un militar de aspecto fiero y terrible, que era el que mandaba las tropas aquellas, se desgajó del regimiento, se adelantó, llegó junto a él y le preguntó:

—¿Qué haces aquí, en este desierto?

Cristóbal le respondió:

—Voy de paso; ando buscando al señor diablo porque quiero alistarme en sus filas y consagrar mi vida a su servicio.

Entonces el diablo le dijo:

—Pues ya has encontrado al que buscas, porque el señor diablo soy yo.

Cristóbal al oír esto, llenóse de alegría e inmediatamente se ofreció al poderoso jefe y le rogó que le aceptara y recibiera como perpetuo súbdito suyo. El diablo aceptó el ofrecimiento, colocó a Cristóbal a su lado, comenzaron a andar, salieron a un camino público y continuaron avanzando por él; mas al llegar a determinado sitio y encontrarse con una gran cruz de piedra que había a la vera de la calzada, el poderoso jefe comenzó a temblar, asió con una de sus manos a Cristóbal, tiró de él, salió precipitadamente del camino y emprendió veloz carrera a través del campo, brincando sobre las asperezas y peñascos del terreno, y después de dar un enorme rodeo, siempre corriendo, tornaron nuevamente, pero mucho más adelante, a la vía pública. Como Cristóbal no se explicaba a qué pudiera deberse el temblor de su jefe ni aquella huida repentina y desenfrenada, en cuanto salieron de nuevo a la calzada preguntó a su señor:

—¿Por qué hemos abandonado el cómodo camino que traíamos y, tras de correr como locos por el campo sobre rocas y maleza, hemos dado tan enorme y tan penoso rodeo para tornar otra vez a él?

El diablo no respondió nada y dio muestras de que la pregunta que su nuevo súbdito le había formulado le resultaba embarazosa. Cristóbal, no obstante, insistió y dijo:

—Si no contestas inmediatamente a lo que te he preguntado, ahora mismo te dejo y me marcho.

El diablo, que no quería perder al recién incorporado compañero, ante semejante intimación vióse obligado a descubrirle los motivos de su precipitada fuga y le habló de esta manera:

—Hace tiempo hubo un hombre llamado Cristo. Sus compatriotas le crucificaron, y desde entonces, cada vez que veo una cruz, sin poder evitarlo me siento invadido de un miedo terrible.

—Eso quiere decir —replicó Cristóbal—, que hay alguien más poderoso y fuerte que tú. La cosa es clara, puesto que sólo con ver una cruz te acuerdas de él, te echas a temblar y sales corriendo despavorido de espanto. Síguese, pues, que otra vez me he equivocado: tú no eres el príncipe más grande de la tierra; por tanto ahí te quedas; yo me marcho en busca de ese Cristo que te supera en grandeza y poder.

Alejóse Cristóbal del demonio, recorrió nuevos caminos preguntando a la gente por un señor llamado Cristo, y al cabo de cierto tiempo se encontró con un ermitaño al que formuló la misma pregunta que a tantas personas había hecho sin resultado alguno. El ermitaño, en cambio, le explicó quien era el jefe al que buscaba, le instruyó en la doctrina cristiana y finalmente le dijo:

—Ese rey a quien quieres servir te exigirá que ayunes con frecuencia.

—¡Vaya! —repuso Cristóbal—. ¿No podría pedirme cosas más fáciles? porque eso de ayunar, desde ahora te digo que no me es posible cumplirlo.

—También te exigirá que reces mucho —añadió el ermitaño.

Cristóbal comentó:

—Ni sé rezar, ni aunque supiera podría desempeñar esa clase de servicio.

—¿Has oído hablar —preguntóle el anacoreta— de un río muy peligroso en el que se ahogan muchos de los que intentan cruzarlo?

—Sí; he oído hablar de ese río —contestó Cristóbal.

—En ese caso —observó el ermitaño— creo que puedo indicarte un modo de servir a Cristo, el rey en cuyas filas deseas alistarte. Se trata de desempeñar un oficio que está al alcance de tus posibilidades. Podrías irte a vivir a la vera de ese río cerca del lugar en que suelen perecer muchos de los que intentan vadearlo. Tienes una estatura colosal; sin duda alguna posees también enorme fuerza. Estás por tanto perfectamente dotado para transportar sobre tus hombros de orilla a orilla a los que necesiten pasar de un lado a otro. He ahí un magnífico servicio que podrías prestar a Cristo; no me cabe la menor duda de que El con suma complacencia aceptará que desempeñes esta misión.

—Pues sí; me parece muy bien lo que propones.

Esa tarea puedo hacerla, y prometo que la haré convenientemente.

Esto respondió Cristóbal, quien seguidamente se despidió del ermitaño y se fue en busca del río. Cuando llegó a él exploró sus riberas, localizó el lugar peligroso del que el anacoreta le hablara, construyó junto al mismo una cabaña que le sirviera de alojamiento, preparó un resistente varal para utilizarlo como báculo en que apoyarse durante las travesías de la corriente, y comenzó en seguida a transportar todos los días a varias personas de una orilla a otra.

En cierta ocasión, estando descansando en su cabaña, oyó que desde fuera le llamaban. La voz que llegaba hasta él parecía de un niño.

—¡Cristóbal; sal y ayúdame a pasar el río! —decía la voz aquella.

Rápidamente salió de su choza, miró a su alrededor, y, como no viera a nadie, registró minuciosamente la ribera con resultado negativo, por lo cual tornó a su cabaña. Al poco rato oyó otra vez la voz de antes, con el mismo acento y la misma petición de auxilio. Salió de nuevo, miró, registró los alrededores de su caseta y del río inútilmente, por lo cual se recogió de nuevo en su choza; mas, apenas había entrado en ella, desde fuera llególe por tercera vez el sonido de la extraña voz que demandaba su ayuda; tornó a salir, pero en esta ocasión, desde la puerta de su cabaña, vio a la vera del río al que ahora y anteriormente demandaba su ayuda para cruzar la corriente: se trataba de un chiquillo. Cristóbal se acercó a él, lo alzó del suelo, lo colocó cómodamente sobre sus hombros, tomó en sus manos el varal que le servía de bastón y se introdujo en el agua. De pronto el nivel del cauce comenzó a subir incesantemente y al mismo tiempo a aumentar el peso del niño cual si su cuerpo dejase de ser de carne y se tornase de plomo. A cada paso que daba aumentaba el caudal del agua visiblemente y hacíase más pesada la carga que transportaba en sus fornidos hombros. Al llegar hacia el medio del cauce creyó que no podría soportar un momento más el peso del niño ni el ímpetu de la corriente. Lleno de angustia, y temiendo que no le iba a ser posible salir con vida del apurado trance en que se hallaba, hizo un esfuerzo supremo y, sacando de sus agotadas energías unas fuerzas sobrehumanas, consiguió llegar a la otra orilla, puso al chiquillo en el suelo, y en tono desfallecido exclamó:

—¡Ay, pequeño! ¡Qué gravísimo peligro hemos corrido! ¡En menudo aprieto me has puesto! ¡He sentido en mis espaldas un peso mayor que si llevara sobre ellas al mundo entero!

—Cristóbal —comentó el niño—. Acabas de decir una gran verdad; no te extrañe que hayas sentido ese peso porque, como muy bien has dicho, sobre tus hombros acarreabas al mundo entero y al creador de ese mundo. Yo soy Cristo, tu rey. Con este trabajo que desempeñas me estás prestando un extraordinario servicio. Voy a darte una prueba de que lo que te estoy diciendo es verdad: cuando pases de nuevo la corriente para llegar a la otra ribera, una vez que hayas llegado a la puerta de tu cabaña, hinca junto a ella en el suelo el varal que utilizas para atravesar el río; mañana, cuando te levantes, el varal estará verde y lleno de frutos.

En cuanto dijo esto, el pequeño repentinamente desapareció:

Cristóbal hizo lo que el niño le había ordenado, y al día siguiente al salir de su cabaña comprobó que el varal se había transformado en una frondosa palmera cuajada de dátiles.

Pasado algún tiempo, Cristóbal se trasladó a Samos, ciudad de Lycia; pero, como no entendía la lengua que hablaban los habitantes de dicha tierra, rogó al Señor que le concediera la gracia de poder comprenderla y expresarse en ella. En un principio las autoridades del referido país, al ver que no comprendían lo que les decía, y que siempre estaba entregado a la oración, lo tomaron por loco y no se preocuparon más de él. Cuando Cristóbal se dio cuenta de que Dios le había concedido la gracia que le pidiera, se cubrió el rostro, se presentó en el lugar en que los infieles atormentaban a los cristianos y empezó a dar ánimos a los torturados. En esto, uno de los miembros del tribunal se acercó a él y le propinó una bofetada. Cristóbal entonces se quitó el antifaz y dijo al que le golpeó:

—Si no fuese cristiano, ahora mismo me vengaría de la injuria que acabas de inferirme.

Seguidamente hincó su cayado en el suelo y pronunció esta breve oración: «Oh Señor, haz que este báculo reverdezca para que a la vista del milagro los paganos que están presentes acepten la fe cristiana». El Señor le escuchó y entonces mismo, delante de la multitud, el cayado se transformó en un arbusto verde, frondoso y lleno de vida. Este prodigio provocó la conversión de ocho mil hombres, pero provocó también la indignación del rey de aquel país, quien al enterarse de lo ocurrido y

de que ocho mil súbditos suyos habían abrazado la fe cristiana, envió a doscientos soldados con el encargo de que prendieran a Cristóbal y lo llevaran a su presencia. Los soldados se acercaron a donde Cristóbal estaba, mas, al ver que el siervo de Dios hallábase sumido en profunda oración, no se atrevieron a ejecutar la misión que se les había encomendado y, sin molestarlo ni decirle una sola palabra, regresaron a su acuartelamiento. El rey, muy enfadado, envió de nuevo con el mismo objeto a otros doscientos soldados, los cuales, al acercarse y verle postrado en el suelo, orando, postráronse también ellos en tierra a su lado cual si le acompañaran en su meditación. Terminó Cristóbal de orar, levantó su cabeza y, al ver a sus acompañantes les preguntó:

—¿A quién buscáis?

Ellos, impresionados por el aspecto del rostro de aquel hombre, le respondieron:

—Te buscamos a ti. El rey nos ha enviado para que te prendamos y te llevemos ante él.

—Si yo quisiera —díjoles Cristóbal— no podríais llevarme con vosotros ni suelto ni atado.

Entonces ellos le propusieron:

—Si no quieres venir, no vengas. Puedes irte de la ciudad y marcharte a donde te parezca; nosotros le diremos al rey que no hemos logrado encontrarte.

—No es menester hacer nada de eso —les manifestó Cristóbal, y añadió: Iré con vosotros; pero antes oídme durante un rato.

Seguidamente les habló, los convirtió a todos, y luego les mandó que le ataran las manos a la espalda y lo llevaran a presencia del rey. Lo llevaron, pero, al entrar en el salón donde el rey se hallaba, éste se asustó de tal manera que cayó del trono y rodó por la escalinata. Sus asistentes lo alzaron del suelo y lo sentaron de nuevo en el regio sitial. El monarca, una vez que logró dominar el susto y la impresión, preguntóle cómo se llamaba y de dónde era.

Cristóbal le respondió:

—Antes de recibir el bautismo me llamaba Réprobo, pero cuando me hice cristiano abandoné ese nombre y adopté el de Cristóbal.

El rey comentó:

—Mal gusto has tenido al convertirte y al adoptar un nombre tan tonto en honor de ese Cristo. ¿Sabes quién fue ese sujeto? Pues un crucificado que ni supo entender la vida ni podrá favorecerte a ti en nada. ¡Oh infeliz cananeo! Escucha lo que te digo: deja a un lado esas bobadas y adora a nuestros dioses.

Cristóbal le replicó:

—He oído decir que te llamas Daño. Ese es justamente el nombre que te corresponde, puesto que eres compañero del diablo y como él representas la muerte del mundo. ¿Cómo te atreves a proponerme que adore a tus dioses? ¿Piensas que no sé que esos dioses han sido inventados por los hombres?

El rey entonces dijo:

—No me extraña que opines de esa manera. Has nacido entre las fieras; nada tiene por tanto de particular que te conduzcas como un salvaje y que te expreses de modo tan diferente a como se expresan los seres humanos. Voy a dar por no oído lo que acabas de decir; si adoras a nuestras divinidades seré benévolo contigo y llevaré mi bondad hasta el extremo de colmarte de honores; pero si te niegas a hacerlo, morirás en medio de espantosos suplicios.

Viendo el rey que Cristóbal se mantenía firme en su negativa, ordenó que lo encerraran en un calabozo y, al enterarse de que los doscientos soldados que enviara en su busca se habían hecho cristianos, mandó que los doscientos fuesen inmediatamente decapitados. Luego se entrevistó con Nicea y con Aquilina, dos jóvenes hermosísimas, y prometióles grandes recompensas si lograban seducir a Cristóbal. De acuerdo con ellas, las encerró en el mismo calabozo en que el siervo de Dios se encontraba; pero éste, en cuanto las vio entrar, se puso a orar. Ellas, dispuestas a hacer el oficio que les habían encomendado, se acercaron al prisionero y trataron de abrazarlo y de prodigarle sus caricias; Cristóbal, empero, rechazándolas enérgicamente les dijo:

—¿Qué es lo que pretendéis? ¿A qué habéis venido aquí?

Las jóvenes, asustadas por el resplandor que el rostro de aquel hombre despedía, impresionadas le contestaron:

—¡Oh santo siervo de Dios! ¡Ten compasión de nosotras! ¡Haz que podamos creer en ese Cristo cuyo nombre y doctrina predicas!

Como alguien desde fuera oyera esta conversación y diera cuenta de ella al rey, éste hizo que llevaran a su presencia a las dos muchachas y, cuando éstas comparecieron ante él, les dijo encolerizado:

—¿De modo que, en vez de seducir a ese hombre, como os ordené, habéis sido seducidas por él?

Por nuestros dioses os juro que, si ahora mismo no ofrecéis sacrificios en su honor, os haré matar.

Ellas le respondieron:

—¡Cálmate! Si quieres que ofrezcamos esos sacrificios, los ofreceremos; pero manda antes que barran las plazas de la ciudad y que todo el vecindario se congregue en el templo.

El rey accedió a ambas demandas. Barrida la ciudad, el día convenido y a la hora señalada las dos jóvenes entraron en el templo, que se hallaba abarrotado de público, desataron los cíngulos con que ceñían sus túnicas, se acercaron a las imágenes de los ídolos, amarraron con sus ceñidores los cuellos de las estatuas, tiraron, y las efigies idolátricas cayeron de sus pedestales y, al golpearse bruscamente contra el suelo, quedaron hechas añicos. Luego, dirigiéndose a la multitud, dijeron irónicamente:

—Id corriendo a llamar a los médicos; procurad que vengan en seguida a curar a vuestros dioses.

Por orden del rey, Aquilina fue colgada de las ramas de un árbol; después suspendieron de sus piernas un enorme peñasco, con cuyo peso su cuerpo se descoyuntó, sus miembros saltaron hechos pedazos y su alma emigró al Señor. Seguidamente martirizaron a su hermana Nicea de este modo: primero la arrojaron a una hoguera, pero como las llamas no le hacían ningún daño, en cuanto el fuego se extinguió la decapitaron. A continuación le llegó el turno a Cristóbal; el rey mandó que lo golpearan con barras de hierro; luego, siguiendo las órdenes del monarca, pusiéronle en la cabeza un casco de metal incandescente; después lo colocaron atado y tendido sobre una parrilla bajo la cual ardía una intensísima lumbre avivada con pez; pero al poco rato la parrilla se derritió como si fuese de cera y el santo salió de este tormento completamente incólume; en vista de lo cual los verdugos, ateniéndose a las instrucciones del rey, lo amarraron a una columna; seguidamente, cuatrocientos soldados empezaron a disparar saetas contra el siervo de Dios, cuyo cuerpo quedó materialmente cubierto por ellas. Parecía que todas estuvieran clavadas en su carne; pero no era así; en realidad, los innumerables dardos disparados por los arqueros contra el santo llegaron junto a su piel y, sin penetrar en ella, quedaron milagrosamente suspendidos en el aire. El rey, creyendo que sí habían penetrado, y que Cristóbal estaría ya muerto, comenzó a insultarle; mas, de pronto, una de aquellas flechas, en un rapidísimo movimiento se separó del cuerpo del mártir, dio un giro velocísimo, se enfiló hacia donde estaba el rey, se clavó entre sus dos ojos y lo dejó ciego. Inmediatamente después Cristóbal dijo al rey:

—Escucha, tirano: mañana moriré. En cuanto haya expirado, toma del suelo un poco de polvo, empápalo con mi sangre, aplica ese emplasto a modo de ungüento sobre tus ojos, y recobrarás la vista que acabas de perder.

Al día siguiente, estando Cristóbal sumido en profunda oración, fue decapitado. En seguida el rey aplicó sobre sus ojos un poco de lodo formado por polvo de la tierra y la sangre del mártir mientras decía «en nombre de Dios y de Cristóbal», y repentinamente quedó libre de dos cegueras: de la del cuerpo y de la del alma, porque impresionado por tan manifiesto prodigio se convirtió, y publicó un bando en el que hacía saber que todo el que blasfemara contra Cristo o contra san Cristóbal sería pasado por las armas.

En el prefacio que san Ambrosio compuso en honor de este santo se dice lo siguiente: «Derramaste, Señor, tal cúmulo de gracias sobre san Cristóbal, lo enriqueciste con tanto poder y doctrina, que, a la vista de los muchos milagros que hizo, cuarenta y ocho mil hombres abandonaron el paganismo y abrazaron la fe verdadera; Nicea y Aquilina, rameras de profesión convertidas por él, abominaron del lupanar en el que durante muchos años habían comerciado con sus cuerpos, se hicieron castas, y coronaron su vida con la palma del martirio. El, por su parte, atado de pies y manos, y tendido sobre un escaño de hierro, soportó sin miedo el fuego que a su alrededor ardía, toleró durante un día entero el furor de numerosos soldados arrojando flechas contra su cuerpo; pero esas flechas no sólo no le hicieron daño sino que una de ellas se clavó entre los ojos del que mandaba a los verdugos y lo dejó ciego, si bien después fue curado por él de la ceguera del cuerpo y de la del alma. Este santo alcanzó de ti la gracia de que perdonaras a quien tanto le había perseguido, te rogó que en adelante libraras de enfermedades y de pestes a cuantos se encomendaran a él, y tú tuviste a bien acceder a su ruego».

Capítulo CI

LOS SIETE DURMIENTES

Estos santos, llamados comúnmente los Siete Durmientes, nacieron en Efeso. En cierta ocasión el emperador Decio visitó esta ciudad, y, para acabar de una vez con los cristianos que en ella había, mandó edificar en el centro de la misma varios templos dedicados a los ídolos y ordenó estas dos cosas: que todos los habitantes de la población se uniesen a él y estuviesen presentes en un acto de adoración pública que iba a tributar a los dioses, y que se hiciesen pesquisas para localizar, detener y obligar a tomar parte en aquella solemnidad colectiva a cuantos profesasen la religión cristiana. Esta orden de pesquisa y captura de los creyentes en Cristo y de los encubridores de los mismos se llevó a la práctica con tal rigor que una ola de auténtico pánico se extendió por la ciudad; para no incurrir en las iras del emperador los amigos denunciaban a sus amigos, los padres a sus hijos y los hijos a sus padres.

Vivían a la sazón en Efeso siete jóvenes llamados, Maximiano, Malco, Marciano, Dionisio, Juan, Serapión y Constantino. Los siete eran cristianos; los siete desempeñaban importantes cargos en el palacio imperial; los siete sentían profundo desprecio hacia los ídolos; los siete, cuando se reunían a solas en el pabellón en que tenían su vivienda, se lamentaban de cuanto estaba ocurriendo en la ciudad; y los siete, secretamente, ayunaban y oraban. Un día, alguien hizo saber a Decio que aquellos siete oficiales eran cristianos. El emperador los llamó y les comunicó que habían sido denunciados y que se les acusaba de creer en Cristo. Los siete, unánimemente, manifestaron que, efectivamente, creían en Cristo y practicaban su religión. El emperador, que los tenía en sumo aprecio e iba a emprender por aquellos días un viaje, les dijo que aplazaba la vista de su causa hasta su regreso, y les recomendó que aprovecharan la tregua que les concedía para cambiar de ideas y renunciar a la doctrina que profesaban.

Nada más marcharse Decio, los siete jóvenes repartieron sus bienes entre los pobres, huyeron secretamente de la ciudad y se refugiaron en una cueva del monte Celión; en ella permanecieron ocultos bastante tiempo, durante el cual, para procurarse alimentos, uno de ellos, Malco, disfrazado de mendigo, bajaba a Efeso, adquiría lo necesario y retornaba al escondite.

Cuando el emperador regresó de su viaje y se enteró de que los siete jóvenes habían desaparecido, ordenó que fuesen buscados, capturados y obligados a ofrecer sacrificios en honor de los dioses. Unos días después bajo Malco, como otras veces, a la ciudad, oyó comentar a la gente las medidas que contra ellos había tomado el emperador y, tras de adquirir algunos comestibles, regresó asustado a la cueva y refirió a sus compañeros lo que por la ciudad se decía. Estos se asustaron también y, como el terror se apoderó del ánimo de los siete, Malco les propuso:

—Repartamos entre nosotros los panes que he traído, sentémonos y comamos y cobremos fuerzas para soportar las dificultades que nos esperan.

Hiciéronlo así; cenaron, y acabada la colación, mientras comentaban con tristeza y lágrimas el apurado trance en que se encontraban, quiso Dios que tal como se hallaban, es decir, sentados, los siete se quedaran repentinamente dormidos.

La desaparición de los jóvenes y el resultado de la búsqueda traían muy malhumorado al emperador. En la mañana siguiente a la noche en que los siete quedaron repentinamente dormidos, alguien hizo saber a Decio que nada más marcharse él de viaje, los siete oficiales, tras de repartir sus bienes entre los pobres, abandonaron la ciudad, se refugiaron en una cueva del monte Celión y que allí permanecían escondidos y firmes en su propósito de no renunciar a Cristo. Decio entonces llamó a los padres de los desaparecidos y los amenazó con matarlos si inmediatamente no le decían todo lo que supieran en relación con el paradero de sus hijos. Los siete padres, que habían visto con malos ojos que sus hijos se desprendieran de sus bienes y que los hubiesen distribuido entre los pobres, dijeron al emperador que, aunque no estaban totalmente seguros de ello, sospechaban que se hubiesen escondido en una cueva que había en el monte Celión. Decio empezó a pensar en el castigo que impondría a los fugitivos, y al cabo de mucho cavilar adoptó la resolución, sin advertir que era Dios quien se la inspiraba, de hacer taponar la entrada de la cueva del monte Celión con un grueso muro de piedra, para que jamás pudisen salir de allí quienes allí se habían refugiado. Por orden del emperador construyóse rápidamente la tapia aquella, y, mientras la construían, con la misma rapidez dos cristianos, llamados Teodoro y Rufino, escribieron la historia del martirio de los siete jó-

venes y, tomando las debidas precauciones para no ser vistos, secretamente escondieron lo que habían escrito entre las piedras de la pared que obstruía la boca de la cueva.

Andando el tiempo murió Decio y murieron también los de su generación y los de generaciones posteriores. Trescientos setenta y dos años más tarde, cuando ya Teodosio llevaba treinta ocupando el trono imperial, surgieron unos herejes que negaba la resurrección de los muertos. El cristianísimo Teodosio, apenado por los ataques que estos impíos herejes lanzaban contra la fe, se vistió de cilicio, se refugió en un cuarto obscuro de su palacio, y tendido en el suelo pasaba los días llorando y haciendo durísimas penitencias. Pero Dios, que es misericordioso, para consolar al emperador y a cuantos con él lamentaban la calamidad de semejante herejía, y para demostrar fehacientemente la verdad de que los muertos resucitaban, inspiró a un vecino de Efeso la idea de construir en el monte Celión unas chozas que sirvieran de alojamiento a sus pastores. Los albañiles a quienes encargó hacer la obra, cuando andaban buscando piedra para la edificación de las cabañas, vieron un viejo muro y decidieron derribarlo para aprovechar los materiales de que estaba hecho. Con el ruido que hicieron al demoler la tapia aquella, los siete mártires que dormían en el interior de la cueva despertaron, se alzaron del suelo y, creyendo que sólo había transcurrido una noche desde que se quedaran dormidos, como todas las mañanas se saludaron entre sí dándose los buenos días; y al recordar lo que Malco, el encargado de adquirir los suministros, les había dicho momentos antes de que se durmieran, le rogaron que les repitiera lo que la gente decía que Decio iba a hacer con ellos. Marco les repitió lo que a su juicio la noche antes les había referido, es decir, que el emperador andaba buscándolos con la idea de apoderarse de ellos para obligarles a adorar a los dioses.

Entonces Maximiano tomó la palabra y dijo:

—Bien sabe Dios que jamás ofreceremos sacrificios a los ídolos.

A continuación trató de infundir ánimo a sus compañeros y por último propuso a Malco que bajara nuevamente a la ciudad, adquiriera más cantidad de panes que los que había traído la tarde anterior, procurara enterarse con la mayor amplitud posible de lo que Decio tramaba contra ellos, y que regresase cuanto antes a la cueva con las provisiones y con las últimas noticias sobre el asunto que tan directamente les afectaba.

Malco tomó consigo cinco monedas de oro y salió del refugio; de momento quedó un poco sorprendido al ver junto a la entrada del mismo un montón de piedras, pero como su alma se hallaba a la sazón embargada por otros pensamientos, prosiguió su camino sin acordarse más de las piedras que había visto. A medida que se aproximaba a la ciudad su temor iba en aumento; cuando llegó a la puerta principal de Efeso estaba muy asustado, pero el susto tornóse en sorpresa al advertir que, sobre el arco bajo el cual se disponía a pasar, había una cruz. Pensando que acaso debido al miedo que le invadía se hubiese equivocado de camino y llegado a la ciudad por uno distinto del que solía recorrer cuando venía desde la cueva a Efeso, bordeó la muralla y un poco más adelante se encontró con otra puerta, sobre cuyo arco, como sobre el de la anterior, había también una cruz; continuó avanzando a lo largo del recinto amurallado y, como en cada puerta que encontraba hallaba la correspondiente cruz, se detuvo y se preguntó a sí mismo: «¿Qué significa esto? ¿Estaré soñando? ¿Padeceré alguna alucinación?». Sintiéndose incapaz de explicarse tan extraño fenómeno, se santiguó y retornó a la puerta primera, porque entre las que había visto parecióle que era la principal; una vez que llegó a ella procuró reanimarse, se cubrió el rostro para que nadie le reconociera y entró en la ciudad. «Pero, ¡qué cambiado está todo!», se decía en su interior. Después de recorrer algunas calles se dirigió a la plaza en la que habitualmente se vendía el pan y su sorpresa no tuvo límites al oír que algunos panaderos hablaban entre ellos de Cristo. «¿Qué pasa aquí?», preguntábase a sí mismo; «ayer nadie osaba pronunciar exteriormente el nombre del Señor y hoy esta gente habla de El con la mayor naturalidad. ¿Será el miedo el que me hace ver y oír cosas extrañas? ¿Estaré tan aturdido que, al descender del monte Celión, en lugar de dirigirme a Efeso, sin darme cuanta tomé otros derroteros y me encuentro en otra ciudad? Sí; esto sin duda es lo que me ha ocurrido, porque estas calles y estos edificios constituyen para mí una novedad». Convencido de que se había extraviado y deseando averiguar dónde se encontraba preguntó a varias personas cómo se llamaba aquella ciudad; todas ellas le respondieron lo mismo: que se llamaba Efeso; él, al principio se resistió a creerlo, pero al cabo, en vista de la coin-

cidencia de las respuestas, llegó a esta conclusión: «Si efectivamente esta ciudad es Efeso, síguese que yo me encuentro en un estado de enajenación mental y que debo aprovechar la escasa lucidez que me queda para regresar cuanto antes a la cueva y referir a mis compañeros lo que me ocurre». Antes de emprender el camino de regreso se acercó a uno de los panaderos, adquirió las hogazas que estimó convenientes y ofreció al vendedor para que se cobrara el pan las monedas que había traído consigo. El panadero al verlas quedó tan sorprendido que las mostró a los otros compañeros que tenían sus puestos de venta próximos al suyo. Pronto se fue formando un corro de personas en torno al panadero; todas ellas miraban las monedas, mostrábanse admiradas, cuchicheaban entre sí, miraban también a Malco, examinaban de nuevo el dinero que éste había entregado al panadero, y tornaban a sus cuchicheos cada vez en voz más baja. Malco, que veía la extraña escena, pero que no oía ni una palabra de las que en el corro tan quedamente se pronunciaban, supuso que aquella gente acaso estuviera tramando algún plan para apoderarse de él y conducirlo ante el emperador, sintió miedo y decidió huir de allí cuanto antes; dispuesto, pues, a escapar de aquel peligro, acercóse al panadero y le dijo:

—Te devuelvo el pan que me vendiste; quédate también con las monedas que te di para que cobraras.

Seguidamente intentó marcharse, pero los del grupo se lo impidieron; lo rodearon, lo sujetaron y le preguntaron:

—¿De dónde eres? ¿Dónde has encontrado el tesoro al que corresponden estas monedas en las que figuran efigies de emperadores tan antiguos? Si nos lo dices y nos das parte de él, callaremos como muertos y no diremos nada; pero, si te obstinas en guardar tu secreto, de nada te servirá, porque nosotros lo pregonaremos y no podrás aprovecharte de tu descubrimiento.

Malco no comprendía el sentido de lo que le decían; por otra parte estaba tan asustado que le resultó imposible responder a las preguntas que le formularon. En vista de su silencio, los vendedores se reafirmaron en la idea de que aquel joven había encontrado un tesoro al que pertenecían las monedas que dio para pagar el pan, y, decididos a hacerle hablar y a que les manifestase lo que tanto deseaban saber, echáronle una soga al cuello y tirando de ella lo llevaron por las calles de la ciudad pregonando a voces:

—¡Este hombre ha descubierto un tesoro!

Al oír el pregón la gente salía de sus casas y se arracimaba alrededor de los pregoneros y del joven de la soga al cuello. En medio de semejante aglomeración y de los gritos que el gentío daba, resultaba imposible oír la voz de Malco, que repetía una y otra vez que él no había encontrado tesoro alguno.

La multitud que se había congregado y tomaba parte en aquel desfile era inmensa; todos miraban a Malco con curiosidad; él, a su vez, también miraba a uno y a otros, y se extrañaba de que nadie le reconociera ni él lograra ver a ninguno de sus parientes ni de sus vecinos ni a persona alguna conocida. Si estaba verdaderamente en Efeso ¿cómo era posible que de ayer a hoy todo hubiese cambiado tanto, y que entre tan numeroso público ninguna cara le resultase familiar? Como cuanto le estaba ocurriendo le parecía tan raro e inexplicable llegó casi a convencerse de una de estas dos cosas: o de que se había vuelto loco o de que se hallaba a punto de perder el juicio.

El obispo Martín, y Antipáter, el procónsul de la ciudad que llevaba en el cargo muy poco tiempo, enterados de lo que ocurría, llamaron a unos ciudadanos y les dijeron:

—Procurar con mucha cautela sacar a ese joven de entre la multitud y llevadlo a la catedral. Llevad también a ella las monedas que han dado origen a esos comentarios y tumultos.

Cuando Malco se vio rescatado de entre la multitud por aquellos hombres y conducido a un lugar incierto, pensó que lo llevaban prisionero para entregarlo al emperador.

Una vez en la catedral, el obispo y el procónsul examinaron cuidadosamente las monedas; después rogaron al joven que les dijera dónde había encontrado el tesoro al que sin duda pertenecían. Malco les respondió:

—Yo no he encontrado ningún tesoro. Estas monedas son mías; no han salido de ningún sitio raro, sino de la bolsa de mis padres.

—¿De dónde eres? —le preguntaron Martín y Antipáter.

Malco respondió:

—De Efeso, puesto que en Efeso nací; y si esta ciudad sigue siendo Efeso, síguese que soy de aquí.

Díjole entonces el procónsul:

—Danos el nombre de tu padre y de tu madre.

Vamos a hacer que vengan y a comprobar si cuanto dices es verdad.

Malco les dio los nombres de su padre y de su madre y la dirección del domicilio familiar; pero por más diligencias que hicieron, ni pudieron ser localizados ni nadie los conocía ni había oído siquiera hablar de ellos. De ahí Martín y Antipáter dedujeron que aquel joven estaba fingiendo y trataba de engañarlos a ellos y a los demás.

Entonces el procónsul reanudó el interrogario y le preguntó:

—¿Cómo pretendes hacernos creer que este dinero procede de tus padres? Estas monedas no circulan actualmente. Estas monedas, como se infiere de la inscripción y efigie grabadas en ellas, corresponden a los primeros días del emperador Decio que reinó hace más de trescientos setenta y siete años. Esta edad, por lo menos, tendrían que tener tus padres si hubiesen estado ya nacidos en la época en que este dinero circulaba por las provincias del Imperio. Siendo como eres todavía un jovenzuelo, ¿cómo se te ha ocurrido pensar que podrías engañar a los sabios y ancianos de Efeso? Dime dónde has encontrado estas monedas; si no me lo dices, me veré obligado a entregarte a los encargados de velar por el cumplimiento de las leyes y para que ellos mediante la celebración del juicio correspondiente esclarezcan la verdad.

Malco, auténticamente desconcertado, se arrojó a los pies del obispo y del procónsul y suplicó:

—¡Señores! ¡Por el amor de Dios! Respondedme primeramente vosotros a lo que voy a preguntaros, porque sólo así podré saber si es cierto o no lo que desde hace un rato vengo sospechando: el emperador Decio estaba en esta ciudad; ¿está en ella en estos momentos? Y si no está aquí, ¿dónde está?

—Pero hijo —contestó el obispo— el emperador Decio ya no vive; hace muchísimo tiempo que murió.

—Me sorprende, señor, —repuso Malco—, lo que acabas de decir. Puesto que no dáis crédito a mis palabras, tened la bondad de venir conmigo al monte Celión donde están mis otros seis compañeros; quiero que los veáis y que habléis con ellos; espero que cuando lo hayáis hecho os convenzáis de que no he pretendido engañaros, sino que en todo momento os he dicho la verdad. Los siete, hace algún tiempo, nos marchamos de aquí huyendo del emperador Decio; ayer por la tarde yo mismo, con mis propios ojos, vi como Decio en persona, de regreso de un viaje, entraba en esta ciudad, si es que esta ciudad es Efeso.

El obispo, ante estas afirmaciones de Malco que rezumaban sinceridad, reflexionó un momento y luego, dirigiéndose al procónsul, le dijo:

—Sospecho que en todo esto hay algún misterio y hasta tengo la impresión de que a través de cuanto este joven afirma trata Dios de comunicarnos algo importante.

El obispo y el procónsul decidieron aceptar la invitación de Malco y se fueron con él al monte Celión, seguidos de una multitud de personas que se incorporaron a ellos. Al llegar a la cueva, Malco se adelantó unos pasos para avisar a sus compañeros; el obispo, que le seguía muy de cerca e iba a entrar en la gruta detrás de él divisó de pronto entre las piedras amontonadas junto a la boca de la caverna algo que parecía una carta; la tomó en sus manos, y vio que, en efecto, se trataba de una carta sellada con dos sellos de plata; rompió los sellos y leyó privadamente lo que aquella carta decía; luego se volvió hacia el numeroso público que tras de ellos había acudido hasta allí, les rogó que guardaran silencio y leyó nuevamente, pero esta vez en voz alta, lo que en aquel escrito se relataba. Acabada la lectura, todos los presentes, profundamente impresionados por lo que el obispo había leído, pasaron al interior de la cueva y en ella encontraron a los siete siervos de Dios sentados en el suelo con una expresión en sus rostros semejante a la belleza de las rosas en plena floración. A la vista de aquel inesperado espectáculo, la multitud se prosternó en tierra y comenzó a glorificar al Señor. El obispo y el procónsul inmediatamente enviaron unos mensajeros al emperador Teodosio para que le comunicaran lo sucedido y en nombre de ellos le rogaran que acudiera sin pérdida de tiempo a la cueva a contemplar el divino prodigio que en ella estaba ocurriendo. En cuanto recibió el mensaje, Teodosio se levantó del suelo y del saco en que yacía postrado llorando y haciendo penitencia, y dando gracias a Dios se trasladó a toda prisa desde Constantinopla, donde residía, hasta Efeso. Antes de llegar a esta ciudad se encontró con una numerosa muchedumbre de personas que habían salido a recibirle, y acompañado de ellas llegó al monte Celión, entró en la cueva y, nada más entrar, los cuerpos de los siete santos tornáronse resplandecientes y sus caras comenzaron a brillar como soles. Teodosio se prosternó ante ellos, alabó a Dios, luego se levantó del suelo y

llorando de emoción fue abrazándolos uno a uno, mientras los abrazaba decía:

—Al veros me parece que estuviera viendo a Lázaro recién resucitado por el Señor.

Cuando acabó de abrazar a los siete, habló Maximiano y dijo:

—Señor, cree lo que te digo. Para consuelo tuyo, para reafirmarte en la fe que profesas, y para demostrar que es verdad lo que la Iglesia enseña acerca de la resurrección de los muertos, Dios nos ha resucitado antes del fin del mundo.; porque nosotros hemos resucitado y ahora mismo estamos vivos, aunque en cierto sentido; vivos, pero profundamente dormidos y sin enterarnos absolutamente de cuanto ocurría ni en esta cueva ni fuera de ella, hemos permanecido más de tres siglos en situación parecida a la del niño cuando está en el vientre de su madre; lo mismo que el niño en el claustro materno vive sin sentir nada en su propio cuerpo y sin enterarse de lo que está ocurriendo a su alrededor, así hemos estado nosotros, apaciblemente dormidos desde los días de Decio hasta la mañana en que despertamos de ese sueño.

Dicho esto, Maximiano çalló, los siete santos varones a la vista de todos reclinaron sus cabezas sobre el suelo, se quedaron nuevamente dormidos y, obedientes a la voluntad de Dios, dulcemente y todos al mismo tiempo expiraron.

El emperador, al ver que habían muerto, se postró en tierra llorando y luego fue besándolos uno a uno. Después mandó hacer siete arcones de oro para que sirvieran de ataúdes a sus cuerpos; pero aquella misma noche los siete se aparecieron juntos a Teodosio y le dijeron:

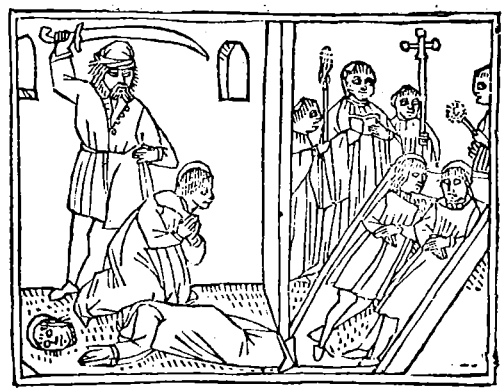
—Señor, en la tierra hemos yacido durante todos estos años; de la tierra nos alzamos cuando fuimos despertados de nuestro sueño; con nuestras cabezas postradas en tierra expiramos; sobre la tierra queremos continuar hasta que al fin de los tiempos Dios nos resucite definitivamente. Deja nuestros cuerpos en el suelo, tal como están; no los encierres en esos suntuosos féretros que has encargado.

El emperador accedió al deseo de los siete santos, pero dispuso que toda la cueva fuese interiormente revestida de mármoles y piedras doradas. Tras de este suceso, Teodosio promulgó un decreto mediante el cual hacía saber que quedaban repuestos en sus sillas los obispos que de ellas habían sido depuestos por negar el dogma de la resurrección de los muertos, si se avenían a admitir como verdad de fe la doctrina de la Iglesia sobre esta materia.

Se dice corrientemente que estos santos permanecieron dormidos trescientos setenta y dos años; pero esa afirmación debe ser acogida con ciertas reservas porque, si nos atenemos a los datos de la historia, su misterioso sueño duró, no trescientos setenta y dos, sino ciento noventa y seis años. La historia, en efecto, asegura que despertaron o resucitaron el año 448 y que Decio comenzó a reinar el año 252 de nuestra era y fue emperador solamente un año y tres meses. Ahora bien, entre el 252 y el 448 transcurrieron meramente 196 años.

Capítulo CII

SAN NAZARIO Y SAN CELSO



Nazario y nazareno son vocablos sinónimos; uno y otro significan lo mismo, a saber: consagrado, limpio, discreto, florido y custodio. El hombre, por naturaleza, está dotado de determinadas potencias que le permiten realizar estas cinco operaciones: pensar, amar, proponer, obrar y hablar. Si quiere ejercitarlas convenientemente es menester que sus pensamientos sean santos, sus afectos limpios, sus intenciones correctas, sus acciones justas y sus palabras moderadas. Santos fueron los pensamientos de san Nazario; por eso podemos decir de él que fue un *consagrado;* puros fueron sus afectos; de ahí que desde este punto de vista le convenga perfectamente el calificativo de *limpio;* el de *discreto* le conviene por la rectitud de sus intenciones, y como según la afirmación de Cristo *«si tu ojo es sencillo tu cuerpo será transparente, pero si tu ojo es malo tu cuerpo será tenebroso»,* de la calidad de las intenciones dependerá la calidad de las obras, y, habiendo sido

rectas las intenciones de este santo, sus obras necesariamente tuvieron que ser justas; y por haber sido justo en sus obras merece que le apliquemos el significado de *florido,* de acuerdo con este texto: *«el justo florecerá como un lirio»;* finalmente, porque sus palabras fueron moderadas, merece igualmente el calificativo de *custodio* puesto que, siguiendo la consigna bíblica, *«vigiló sus propios pasos y no delinquió con su lengua».*

Celso es lo mismo que *excelso.* Excelso verdaderamente fue el santo que llevó este nombre en cuanto que se alzó sobre sí mismo, y con fortaleza de ánimo se remontó muy por encima de lo que de él, dada su tierna edad, podía esperarse.

Dice una antigua tradición que san Ambrosio encontró escrita la historia de la vida y muerte de estos dos mártires en el mismo libro en que se refería la de los bienaventurados Gervasio y Protasio. Se dice también que el autor del mencionado libro fue un filósofo devoto de san Nazario, pero que quien lo colocó entre las cabezas de los santos mártires, donde san Ambrosio lo halló, fue un tal Ceratio que lo puso allí cuando enterró los cuerpos de Nazario y de Celso.

Nazario fue hijo de Africano, judío muy importante, y de Perpetua, mujer perteneciente a la más encumbrada nobleza romana y bautizada personalmente por san Pedro.

Cuando Nazario contaba nueve años de edad se sintió muy desorientado al ver que sus padres pertenecían a diferente religión y que, mientras uno practicaba con rigurosa escrupulosidad la ley judaica y observaba la festividad del sábado, el otro, o sea su madre, cumplía fidelísimamente todos los deberes de su condición de bautizada. Su desconcierto fue en aumento y su alma se llenó de perplejidades, porque sus progenitores trataban a toda costa de llevárselo cada cual a su respectiva religión, y él no veía con claridad a quien de los dos debería hacer caso. Finalmente, movido por el espíritu divino, optó por adherirse a la fe que su madre profesaba y fue bautizado por el papa san Lino. Esto de que fuera bautizado por el papa san Lino requiere una puntualización: conviene aclarar que san Lino aún no era papa cuando bautizó a Nazario, pero lo fue después. En el curso de este relato veremos como desde que Nazario fue bautizado hasta que murió pasaron muchos años. Nazario fue martirizado por orden de Nerón cuando todavía vivía san Pedro, y san Pedro fue crucificado en el último año de este emperador. A raíz del martirio de este apóstol comenzó el pontificado de san Lino.

Cuando Africano se enteró de que su hijo había recibido el bautismo trató de influir en su ánimo para que se retractara del paso que había dado, exponiéndole minuciosamente los peligros que corrían los cristianos y las diversas clases de penas a que eran condenados los militantes de tal religión; pero todas las presiones de Africano sobre su hijo para que se volviera atrás surtieron un efecto contrario al que el padre pretendía: Nazario no sólo no se arrepintió de lo que había hecho, sino que se reafirmó más y más en su fe y se entregó de tal modo a la divulgación del Evangelio y a la propagación de la doctrina de Cristo entre sus conciudadanos, que sus padres, temiendo que lo mataran, le aconsejaron y rogaron que se alejara de Roma. Accediendo a estos consejos y ruegos, Nazario abandonó la ciudad, llevando consigo siete acémilas cargadas de riquezas y diferentes objetos que sus padres le dieron, y comenzó a recorrer distintas poblaciones de Italia predicando en ellas y distribuyendo entre los pobres los bienes que sus progenitores le entregaron cuando salió de su casa. Diez años después de su salida de Roma, desde Plasencia se trasladó a Milán y, al enterarse de que en esta ciudad estaban encarcelados Gervasio y Protasio, los visitó repetidas veces y los exhortó a perseverar firmes en la fe y a soportar con fortaleza las penalidades que padecían. Esto dio lugar a que alguien le denunciara. El prefecto, ante cuya presencia fue conducido, intentó hacerle renegar de Cristo; pero al convencerse de que jamás conseguiría lo que pretendía, mandó que lo apalearan y después lo expulsó de Milán. Nazario reanudó su recorrido por las regiones de Italia, yendo de lugar en lugar predicando sin desmayo su religión, hasta que un día su madre, que ya había muerto, se le apareció, le animó a permanecer fiel a su profesión cristiana y le aconsejó que se marchara a las Galias. Así lo hizo.

Al pasar por Ginebra se detuvo en esta ciudad y en ella convirtió a numerosas personas. Aquí fue precisamente donde por entonces se le presentó una señora de elevada condición social llevando de la mano a un hijo suyo de corta edad y de aspecto encantador. La noble matrona rogó a Nazario que bautizara al niño, que lo adoptara como discípulo y que se lo llevara con él a donde quiera que fuese.

Pasado algún tiempo el prefecto de las Galias mandó que detuvieran a Nazario, que le echaran al cuello una gruesa cadena, le ataran las manos a la espalda, lo encarcelaran, y que encarcelaran

también al muchachillo que le acompañaba. Cuando la esposa del prefecto supo que su marido había dado tales órdenes, que éstas ya habían sido ejecutadas y que pensaba juzgar al día siguiente a los dos siervos de Dios y condenarlos a muerte por el mero hecho de ser cristianos, rogó encarecidamente a su esposo que no manchara su conciencia con el horrendo crimen de quitar la vida a dos inocentes, y trató de hacerle ver que no era él a quien correspondía el oficio de vengar a los dioses omnipotentes del Imperio. Convencido por los razonamientos de su mujer, el prefecto desistió de su propósito y lo puso en libertad; mas les prohibió que predicaran la religión cristiana en las tierras de su prefectura.

Nazario y Celso abandonaron aquella región y se trasladaron a la ciudad de Tréveris en la que Nazario predicó, convirtió a muchos y edificó una iglesia. Cornelio, lugarteniente de Nerón en Tréveris, comunicó al emperador lo que aquel hombre estaba haciendo. Nada más recibir este aviso, Nerón envió a Tréveris un cuerpo de cien soldados con orden expresa de que detuvieran a Nazario. A la puerta del templo que había construido estaba el santo varón cuando llegaron los expedicionarios, quienes, en cuanto lo vieron, se arrojaron sobre él, lo maniataron y le dijeron:

—El gran Nerón te llama.

Nazario comentó:

—No me extraña que los soldados de un rey violento obren violentamente. ¿Qué necesidad había de que os arrojarais sobre mí y me maniatarais? Con que me hubierais dicho meramente «Nerón te llama»,, yo, sin más e inmediatamente, me hubiera puesto en camino para acudir a su llamada.

Con las manos atadas a la espalda salió Nazario de Tréveris, conducido por los soldados del emperador. Celso, llorando, caminaba detrás del grupo; los soldados de vez en cuando daban cachetes al niño, diciéndole que se callara o que caminara más de prisa. Cuando llegaron a Roma, Nerón dispuso que encerraran en la cárcel al viejo y al chiquillo hasta que él determinara la clase de muerte que les sería aplicada.

Por aquellos días, estando el emperador en uno de los palacios que tenía en el campo, organizó una cacería. De pronto, una manada de fieras, acosadas por los cazadores, irrumpieron en el jardín en que Nerón se encontraba rodeado de cortesanos y criados, se arrojaron violentamente sobre ellos y mataron a unos e hirieron gravemente a otros. El emperador, aterrorizado, trató de huir, echó a correr, se cayó, se lesionó en uno de sus pies, se alzó del suelo, y con gran dificultad consiguió refugiarse en el interior del palacio. A causa de esta lesión vióse obligado a permanecer en cama durante varios días, aquejado de fuertes dolores. Como tardaba en recuperarse, dio en pensar que cuanto padecía constituía un castigo de los dioses por mantener tanto tiempo con vida a Nazario y a Celso, y, deseando librarse cuanto antes de los dolores que sentía, mandó que condujeran a su presencia a los dos prisioneros. Los soldados los sacaron de la cárcel y, dando puntapiés a Nazario y azotes a Celso, llevároнlos ante Nerón. Viendo éste que la cara de Nazario resplandecía como el sol, y creyendo que aquel brillo obedecía a trucos mágicos de Nazario, díjole que se dejara de brujerías y que ofreciese sacrificios en honor de los dioses. Nazario fue conducido al templo y, una vez allí, rogó a los soldados que salieran y lo dejaran solo. Los soldados salieron, y Nazario, en cuanto se quedó a solas, se postró en el suelo, hizo oración y, mientras oraba, todas las imágenes de los ídolos cayeron de sus pedestales, rodaron sobre el pavimento y se hicieron pedazos. Cuando Nerón se enteró de esto, mandó que apresaran de nuevo a Nazario, que lo maniataran y arrojaran al mar, y que, si acaso lograba salvarse, lo cogieran de nuevo, lo quemaran vivo y echaran sus cenizas al agua; y que hiciesen lo mismo con el chiquillo. De acuerdo con esta orden, Nazario y el niño Celso fueron conducidos en un navío hasta alta mar y arrojados por la borda. Apenas cayeron al agua los dos siervos de Dios, se desencadenó una terrible tempestad, y las olas comenzaron a zarandear el barco; en cambio, el lugar en que habían caído Nazario y Celso estaba en absoluta calma. Los del navío, convencidos de que iban a naufragar y a perecer ahogados, se arrepintieron del trato inicuo que habían dado a ambos santos. Entonces Nazario emergió de la profundidad, se puso en pie sobre la superficie de las aguas, tomó de la mano al niño, comenzaron los dos a caminar tranquilamente sobre el mar, con semblantes risueños avanzaron hasta el barco, subieron a bordo, se presentaron ante los que estaban en la nave, oraron, y cesó inmediatamente la tempestad. Los del navío, a la vista de tales milagros se convirtieron. Todos juntos, con el mar sosegado, prosiguieron su navegación y, después de navegar algo así como seiscientos

pasos, arribaron a la ciudad de Génova en cuyo puerto desembarcaron. Nazario y Celso se quedaron en Génova algún tiempo, predicando; luego se trasladaron a Milán en donde habían dejado a Gervasio y a Protasio. Pero, cuando llegó a oídos del prefecto Anolino que Nazario estaba nuevamente en Milán, inmediatamente lo desterró. Nazario, dejando a Celso en casa de una señora, tomó el camino de Roma. Al llegar a su casa encontró en ella a su padre que aún vivía y se había hecho cristiano, y al comentar con él los motivos que le habían impulsado a convertirse, manifestóle Africano que en cierta ocasión habíasele aparecido el apóstol san Pedro, aconsejándole que abrazara la religión de su esposa y de su hijo.

Nazario permaneció en Roma poco tiempo, porque los pontífices de los ídolos lo expulsaron de la ciudad y le obligaron a regresar a Milán, de donde había venido. Volvió, pues, a Milán y se reunió de nuevo con Celso; pero no tardó en ser denunciado y conducido ante el prefecto, el cual condenó a muerte a ambos. La sentencia se ejecutó: los dos santos fueron decapitados en un lugar llamado Tres Muros, próximo a la puerta Romana. Los cristianos secretamente recogieron sus cuerpos y los escondieron en una huerta; mas aquella misma noche los dos mártires se aparecieron a un tal Ceratio, piadoso creyente, y le dijeron que los enterrase en el sótano de su propia casa para evitar que Nerón tomara represalias contra los fieles de Cristo. Ceratio les respondió:

—Así lo haré, señores míos; pero os ruego que antes devolváis la salud a mi hija que está paralítica.

En aquel mismo instante la hija quedó curada, y acto seguido Ceratio ejecutó puntualmente lo que ambos santos le habían ordenado.

Muchos años después, en vida de san Ambrosio, el Señor reveló a este santo obispo el lugar en que estaban sepultados ambos mártires. San Ambrosio mandó labrar una sepultura en la iglesia de los Santos Apóstoles y trasladó a ella los restos de san Nazario, dejando los de san Celso en su primitivo enterramiento. Por cierto que, cuando fue abierta esta tumba para exhumar el cuerpo de san Nazario, brotó de ella un suavísimo perfume, y todos pudieron ver admirados cómo san Nazario conservaba sus cabellos y su barba; y su carne íntegra e incorrupta; y su sangre tan fresca cual si hubiese muerto una hora antes.

Estos dos santos padecieron su martirio en tiempo de Nerón, que inició su reinado hacia el año 57 de nuestra era.

San Ambrosio compuso un prefacio en honor de san Nazario y en él dice lo siguiente: «Purificado por su propia y preciosa sangre derramada en defensa de la fe, el mártir san Nazario alcanzó un puesto en el reino de los cielos. Durante su vida este santo fue sometido a innumerables y crueles suplicios; sin doblegarse ante las amenazas de sus perseguidores soportó con fortaleza de ánimo los rabiosos ataques de los tiranos, librando grandes batallas por amor a Cristo, que premió su denuedo ayudándole a salir victorioso en todas ellas. Conducido a un templo para que ofreciese sacrificios a los ídolos, nada más entrar en él, asistido por la ayuda divina, derribó y redujo a polvo las imágenes de las falsas deidades. A causa de esto fue llevado lejos de tierra firme y arrojado al fondo del mar; pero los ángeles acudieron a su lado y con sus socorros y servicios salió a la superficie y caminó sobre las aguas con la misma facilidad que el que pisa sobre terreno sólido. ¡Oh, dichoso e ínclito soldado del Señor! ¡Tú lograste vencer a los príncipes de este mundo y encarrilar hacia la vida eterna a innumerables personas! ¡Oh profundo e inefable misterio! ¡Las gentes mundanas han solido asistir con regocijo al espectáculo de ver sufrir a los mártires; pero más se regocija actualmente la Iglesia al celebrar la victoria que con sus sufrimientos esos mártires obtuvieron de quienes los atormentaron y de quienes viéndose sufrir aplaudían gozosamente a los verdugos que les proporcionaban tales tormentos! ¡Oh, Iglesia, madre bienaventurada! ¡Con razón te sientes orgullosa de la fortaleza con que estos hijos tuyos soportaron las torturas a que fueron sometidos! ¡Con razón, cuando murieron, condujiste sus cuerpos al sepulcro sin cortejos de lágrimas ni de lutos! ¡Con razón igualmente celebras la subida de sus almas al reino eterno de los cielos, entonando en su honor cánticos de perpetua alabanza! ¡Oh clarísimo y olorosísimo mártir, envuelto para siempre en resplandores celestiales y en fragancias tan maravillosas que superan con mucho, a los más exquisitos aromas de Saba!»

Cuando san Ambrosio, por revelación divina, descubrió los restos de san Nazario, exhortó a los fieles de Milán a que consideraran a este mártir como verdadero modelo de luchador insigne en defensa de la fe, los invitó a que tomaran a tan victorioso atleta como patrono y protector suyo en las batallas que ellos deberían librar en seme-

jante terreno, y hasta compuso los siguientes versos comentando los motivos por los que el Señor quiso darle a conocer el lugar en que se encontraba el cuerpo del santo:

«Tu dudum multo latitantem pulveren dragman
Invenis accena verbi virtute superna,
Ut pateant cunctis tua, Christe, munera sedis,
Angelicos cernant humanaque lumina vultus».

«Tú, oh Cristo, iluminándome con la luz sobrenatural de tu palabra has querido que encontrara esta preciosa dracma escondida durante tanto tiempo bajo el polvo de la tierra,
para dar a conocer a todos las mercedes que otorgas a tus elegidos en el reino de los cielos,
donde los hombres podrán contemplar el rostro de los ángeles».

Esto es lo que san Ambrosio dijo en la mencionada estrofa.

Capítulo CIII

SAN FÉLIX, PAPA

Félix fue elegido papa y ordenado como tal en sustitución de Liberio. Por no querer aceptar las doctrinas de la herejía arriana, el papa Liberio fue desterrado de Roma por Constancio, hijo de Constantino. Tres años permaneció este pontífice en el destierro. A eso se debió el hecho de que todo el clero romano, de acuerdo con el papa desterrado y con su consentimiento, procediera a elegir a Félix como obispo de Roma.

A raíz de su elección, Félix convocó un concilio, al que asistieron cuarenta y ocho obispos, y en él condenó como herejes arrianos al emperador Constancio y a dos presbíteros que apoyaban a éste y aprobaban lo que había hecho. Entonces Constancio, indignado, destituyó a Félix y repuso en la sede de Roma a Liberio, pero con la condición expresa de que el repuesto pontífice había de estar en comunión con él, que era el emperador, y con los dos presbíteros condenados por Félix.

Liberio, quebrantado por los sufrimientos de aquellos tres duros años de destierro, se mostró débil, acepto la condición exigida por Constancio, y suscribió las doctrinas arrianas. Una vez repuesto en su silla, se mostró tolerante con el emperador, que comenzó a perseguir a cuantos no aceptaban el arrianismo. Con motivo de esta persecución fueron muchos los sacerdotes y clérigos que murieron acuchillados en el interior de los templos en que se habían refugiado.

Félix, tras de su destitución, se retiró a una finca de su propiedad. En ella estaba cuando los soldados de Constancio lo prendieron y lo condujeron al lugar en que habían de martirizarlo.

El papa san Félix murió decapitado hacia el año 340 de nuestra era.

Capítulo CIV

SAN SIMPLICIO Y SAN FAUSTINO

Simplicio y Faustino fueron dos hermanos que tras de sufrir diferentes tormentos murieron degollados en tiempos del emperador Diocleciano, por negarse a ofrecer sacrificios a los ídolos. Una vez martirizados, los verdugos arrojaron sus cuerpos al Tíber; pero Beatriz, hermana de estos dos santos, los sacó de entre las aguas y los enterró reverentemente. Lucrecio, prefecto y lugarteniente de Diocleciano, movido por el deseo de apoderarse de los bienes de aquellos tres hermanos, mandó detener a Beatriz y trató de obligarla a quemar incienso ante los dioses; como la joven se negara a ello, los esbirros de Lucrecio, por orden de éste, aquella misma noche la asfixiaron. La virgen Lucía se hizo cargo del cuerpo de la mártir y lo sepultó al lado del de Simplicio y del de Faustino. Inmediatamente después de que Beatriz fuese martiri-

zada, Lucrecio se apoderó de la hacienda de los tres hermanos. Para celebrar su usurpación organizó un banquete en la casa que a ellos había pertenecido. Cuando se hallaba en plena fiesta, rodeado de amigos, comiendo y regalándose opíparamente, comenzó Lucrecio a proferir injurias contra los mártires. En el salón donde se celebraba el festín, cerca de las mesas, se encontraba una mujer amamantando a un niño, el cual, a pesar de que por su cortísima edad todavía se hallaba envuelto en pañales, al oír aquellas injurias apartó su boca del pecho de su madre, miró al prefecto, y con toda claridad dijo estas palabras que todos los comensales oyeron y entendieron perfectamente:

—Lucrecio; escucha. Tú has asesinado a estos tres hermanos y les has robado su hacienda; pero ahora mismo vas a caer en las manos del diablo.

Al oír esto Lucrecio empezó a temblar de miedo y, en aquel mismo momento, el demonio se apoderó de él en presencia de todos sus invitados, lo atormentó sin piedad durante tres horas y lo dejó tan malparado que el desdichado prefecto, víctima del satánico suplicio a que fue sometido, murió allí mismo, en la sala donde se estaba celebrando el banquete.

Todos cuantos presenciaron este pavoroso episodio, impresionados, se convirtieron a la fe cristiana y publicaron entre la gente la manera en que Dios, en el transcurso de la fiesta, había vengado el martirio de santa Beatriz.

Estos tres santos hermanos fueron martirizados hacia el año 287 de nuestra era.

Capítulo CV

SANTA MARTA

Marta hospedera de Cristo y descendiente de reyes, fue hija de Siro, gobernador de Siria y de numerosas provincias. De su madre, que se llamó Eucaria, heredaron Marta y su hermana María las plazas fortificadas de Magdalo y Betania y gran parte de la ciudad de Jerusalén. En ningún libro se dice que Marta hubiese estado casada ni sostenido relaciones carnales con hombre alguno.

La noble anfitriona del Señor, a quien tan solícitamente atendía cuando llegaba a su casa, deseaba que su hermana le prestara ayuda para mejor servirle, porque, a su juicio, aunque todo el mundo colaborara en la tarea de agasajar a un huésped de tal categoría, cuanto hiciesen sería poco para obsequiarle debidamente.

Al dispersarse los discípulos de Cristo después de la Ascensión de su Maestro al cielo, Marta, María Magdalena, san Maximino —que las había bautizado y estaba encargado por el Espíritu Santo de velar por ellas—, Lázaro su hermano y muchas otras personas más, por orden de los infieles embarcaron en un navío desprovisto de remos, velas, timón, de cualquier instrumento que pudiera servir para gobernarlo, y de alimentos para sustentarse; y a bordo del mismo, conducido milagrosamente por Dios, arribaron a Marsella, donde desembarcaron; poco después se trasladaron a Aix y convirtieron a la fe de Cristo a los habitantes de la región.

Marta fue una mujer simpática y muy elocuente.

En un bosque situado en las proximidades del Ródano entre Arlés y Aviñón había por aquel tiempo un dragón cuyo cuerpo más grueso que el de un buey y más largo que el de un caballo, era una mezcla de animal terrestre y de pez; sus costados estaban provistos de corazas y su boca de dientes cortantes como espadas y afilados como cuernos. Esta fiera descomunal a veces salía de la selva, se sumergía en el río, volcaba las embarcaciones y mataba a cuantos en ellas navegaban. Teníase por cierto que el espantoso monstruo había sido engendrado por Leviatán (que es una serpiente acuática ferocísima) y por una fiera llamada onaco u onagro, especie de asno salvaje propio de la región de Galacia, y que desde este país asiático había venido nadando por el mar hasta el Ródano, y llega-

do a través del susodicho río al lugar donde entonces se encontraba. Decíase también que este dragón, si se sentía acosado, lanzaba sus propios excrementos contra sus perseguidores en tanta abundancia que podía dejar cubierta con sus heces una superficie de una yugada; y con tanta fuerza y velocidad como la que lleva la flecha al salir del arco; y tan calientes que quemaban como el fuego y reducían a cenizas cualquier cosa que fuera alcanzada por ellos.

Marta, atendiendo a los ruegos de las gentes de la comarca, y dispuesta a librarlas definitivamente de los riesgos que corrían, se fue en busca de la descomunal bestia; en el bosque la halló, devorando a un hombre; acercóse la santa, la asperjó con agua bendita y le mostró una cruz. La terrible fiera, al ver la señal de la cruz y al sentir el contacto del agua bendita, tornóse de repente mansa como una oveja. Entonces Marta se arrimó a ella, la amarró por el cuello con el cíngulo de su túnica y, usando el ceñidor a modo de ramal, sacóla de entre la espesura del bosque, la condujo a un lugar despejado, y allí los hombres de la comarca la alancearon y mataron a pedradas. Hasta entonces la zona aquella en que el monstruo se escondía, por lo sombrío y tenebroso del paraje, llamábase Nerluc, que quiere decir *lago negro;* pero a partir de la captura y muerte del dragón, al que la gente designaba con el nombre de Tarascón, en recuerdo de la desaparecida fiera comenzó a llamar Tarascón a lo que antes había llamado Nerluc.

Una vez muerto el dragón, Marta, con el beneplácito de su hermana y de san Maximino, decidió consagrarse a la oración y al ayuno precisamente en aquel lugar de la selva. Pronto se le unieron, con el mismo propósito, varias mujeres; edificó una basílica dedicada a la bienaventurada siempre Virgen María y un convento anejo en el que todas ellas organizaron su vida de comunidad a base de penitencia y de oración. Su abstinencia era tan rigurosa que diariamente hacían solamente una comida muy austera; se comprometieron a no tomar jamás carne, grasas, huevos, queso y vino. Igualmente se comprometieron a arrodillarse cada una de ellas cien veces durante el día y otras tantas durante la noche, en homenaje de adoración al Señor.

Hallándose santa Marta predicando en Aviñón en un descampado que había entre la ciudad y el Ródano, ocurrió lo siguiente: en la orilla opuesta del río había un joven; y, como desde allí no oía bien a la predicadora y deseaba aprovecharse de su predicación, al no disponer de barca para cruzar el Ródano y llegar hasta donde estaba el auditorio, despojóse de sus ropas y se lanzó al agua con la intención de alcanzar la otra ribera a nado; pero a poco de iniciar la travesía fue arrastrado por la corriente y murió ahogado. Hasta dos días después del accidente no consiguieron localizar y rescatar su cuerpo del fondo del río; mas, tan pronto como lo extrajeron, llevároнlo junto a Marta, lo dejaron tendido a sus pies y le pidieron que lo resucitara. La santa se postró en tierra con sus brazos en cruz, oró y dijo: «¡Oh Adonai, mi Señor Jesucristo! Tú en otro tiempo resucitaste a Lázaro hermano mío y amigo tuyo; resucita ahora, mi querido huésped, a este muchacho, para que a la vista del milagro todos los que aquí se encuentran se sientan movidos a abrazar tu fe y tu doctrina». Hecha esta oración, tomó con una de sus manos otra de las del difunto y lo alzó del suelo resucitado. Por supuesto que el joven aquel, nada más volver a la vida, recibió el bautismo.

En el libro quinto de su *Historia Eclesiástica* refiere Eusebio que la hemorroísa de que habla el Evangelio mandó labrar una estatua representando a Cristo tal como ella lo vio cuando fue por El curada, es decir, con su túnica y su franja; que colocó esta estatua sobre un pedestal en el jardín de su casa; que la mujer aquella sentía gran veneración hacia la susodicha imagen; que las hierbas que crecían en su derredor, mientras no alcanzaban la altura del pedestal, eran ni más ni menos como otras cualesquiera plantas de su especie; pero que en cuanto crecían y se ponían en contacto con la franja de la túnica de la estatua, adquirían virtudes medicinales tan eficaces que eran muchos los enfermos que por medio de ellas recuperaban la salud. Paréceme oportuno advertir aquí que, según san Ambrosio, la hemorroísa sanada por el Señor, fue Marta. En la *Historia Tripartita* y en san Jerónimo leemos que Juliano el Apóstata desmontó la estatua a que acabamos de referirnos y que colocó sobre su pedestal otra que le representaba a él, y que, apenas se hizo esta sustitución, cayó del cielo un rayo y convirtió en cenizas la imagen del emperador.

Con un año de antelación comunicó el Señor a Marta la fecha en que había de morir. Todo aquel año estuvo ella aquejada de fiebres. Ocho días antes de su muerte, al ver desde su cama una magnífica procesión formada por multitud de ángeles

que entre cánticos llevaban al cielo el alma de su hermana, dijo a los fieles y religiosas que rodeaban su lecho:

—¡Alegraos conmigo, dulcísimos compañeros y alumnos míos! Estoy viendo y oyendo algo maravilloso: los coros angélicos aclaman a mi hermana acompañándola hasta el cielo y conduciéndola hasta el asiento que, según la promesa que el Señor le había hecho, va a ocupar perpetuamente en el camino eterno.

Luego exclamó:

—¡Oh hermosísima y querida hermana mía! ¡Vive eternamente feliz en la bienaventuranza en que acabas de entrar! ¡Vive y reposa para siempre al lado de Cristo, mi Huésped y tu Maestro!

A continuación comunicó a los asistentes que también ella, muy pronto, emprendería este viaje y les hizo este encargo:

—Mantened encendidas las lámparas que arden en esta estancia hasta el momento de mi expiración.

Hacia la media noche inmediatamente precedente al día de su tránsito, se desencadenó un viento muy fuerte. Cuantos habían acudido a su lado para cuidarla, rendidos por el sueño, hallábanse desde hacía rato profundamente dormidos. El violento vendaval apagó repentinamente todas las candelas y lámparas que ardían en el aposento, y en aquel preciso instante la habitación fue invadida por muchísimos demonios. Ella, que en seguida notó la presencia de los malos espíritus, oró de esta manera: «¡Oh mi Dios! ¡Oh mi querido Huésped, Jesucristo! ¡No te alejes de mí! ¡Protégeme y defiéndeme de estos seductores que han acudido aquí con unos escritos en los que consta todo lo malo que durante mi vida he hecho y pretenden devorarme!». Nada más decir esto vio como llegaba su hermana portando una antorcha en sus manos, y cómo con ella encendía de nuevo las lámparas y cirios que el viento había apagado. Mientras ambas se llamaban mutuamente por sus respectivos nombres, presentóse Cristo diciendo: «¡Ven, querida hospedera! ¡Ven conmigo! En adelante estarás ya siempre a mi lado. Tu me diste alojamiento en tu casa y yo desde ahora te alojaré eternamente en el cielo y, por el amor que te tengo, atenderé a cuantos recurran a mí pidiendo algo en tu nombre».

Momentos antes de morir, conociendo que el instante de su partida estaba muy próximo, rogó a los fieles y religiosas que la acompañaban que la sacaran de la habitación y la trasladaran a un sitio desde el que pudiera ver el cielo, que la tendieran en tierra sobre un montón de ceniza, y que pusieran un crucifijo a su lado. Una vez que todo esto estuvo hecho, oró de esta manera: «¡Oh, querido huésped mío! Acoge a esta pobre mujer que tuvo la dicha de darte alojamiento en su casa. ¡Oh, Señor! Lleva mi alma contigo y recíbeme eternamente en tu celestial hospedería...»

Luego dijo a sus acompañantes:

—Leedme la historia de la Pasión de Cristo escrita por Lucas.

Uno de los presentes comenzó la lectura y, mientras leía las palabras «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», ella entregó el suyo al Señor.

Al día siguiente, que era domingo, mientras a la hora de tercia los religiosos y religiosas del convento de Tarascón velaban en la iglesia el cadáver de Marta cantando salmos, en la catedral de Périgueux se estaba celebrando una solemne misa pontifical, oficiada por el obispo san Frontón. El subdiácono inició desde el ambón el canto de la epístola. Momentos después, el obispo, sentado en su trono, se quedó dormido, y nada más dormirse se le apareció el Señor y le dijo: «Querido Frontón, si quieres que se cumpla lo que en otro tiempo le fue prometido a nuestra solícita hospedera, levántate de tu sitial y ven ahora mismo conmigo». El obispo obedeció y, de repente, en menos que se dice, se vio con Cristo en Tarascón; los dos se colocaron junto al cadáver de la santa y empezaron a cantar, alternando con los presentes, las exequias funerales de Marta, y, al terminar el oficio, con sus propias manos tomaron el cuerpo de la difunta y lo condujeron hasta la sepultura. Entre tanto, en Périgueux ocurrió lo siguiente: al concluir el canto de la epístola y del gradual y de los versos aleluyáticos, el diácono se dirigió al trono del obispo para pedirle la bendición que precede a la proclamación del evangelio, y, al verle dormido, lo despertó. Entonces san Frontón dijo al diácono y a los acólitos que le acompañaban: «¡Oh, hermanos! ¿Por qué me habéis despertado? El Señor me había llevado con El a Tarascón para asistir al entierro de santa Marta, su hospedera. En este momento acabo de regresar de allí, tras dejarla colocada en su sepulcro. Por cierto: ahora me doy cuenta de que he dejado en la iglesia de aquel convento mi anillo de oro y mis guantes grises. Para tener las manos más expeditas, cuando íbamos a

enterrar a la santa me despojé de esos objetos y se los entregué al sacristán, y me olvidé de recuperarlos a causa de la prisa con que me habéis despertado y obligado a regresar de allí. Mandad en seguida a alguien que vaya a Tarascón y que pida al sacristán mi anillo y mis guantes». Quienes fueron a Tarascón a recoger los susodichos objetos comprobaron que, en efecto, cuanto el obispo había dicho era cierto: san Frontón había estado allí, y allí estaban su anillo y ambos guantes; pero de éstos llevaron a Périgueux solamente uno, porque con el otro se quedó el sacristán para que perpetuamente sirviera de testimonio de que san Frontón había estado en Tarascón en las exequias y entierro de santa Marta. Posteriormente, san Frontón completó el relato de este prodigioso viaje y, entre las diferentes cosas que refirió, dijo ésta: «Cuando, al acabar de enterrar a santa Marta, salíamos Jesucristo y yo de la iglesia del convento, un hombre que parecía muy docto nos siguió, se acercó al Señor y le preguntó: ¿Cómo te llamas? El Señor no le respondió nada, pero él mostró un libro que llevaba en sus manos, lo abrió por la primera de sus páginas y, tanto el desconocido como yo, pudimos leer en ella este verso: *«A lo largo de toda la eternidad permanecerá vivo el recuerdo de mi hospedera; por haber vivido santamente puede estar segura de que en el día del juicio no se va a encontrar con ninguna desagradable sorpresa»*. En toda aquella página sólo se contenían las referidas palabras. Seguidamente, el Señor mostró al hombre aquel, una tras otra, todas la hojas del libro y en todas ellas se repetía la mencionada inscripción. Eso era lo único que en aquel volumen había sido escrito».

Clodoveo, rey de los francos, convertido al cristianismo y bautizado por san Remigio, enfermó gravemente de los riñones. Como a causa de esto padeciera muy fuertes dolores, y se enterara de que en el sepulcro de santa Marta se obraban constantemente milagros, acudió en peregrinación a visitar la prodigiosa tumba, y en cuanto llegó a ella quedó repentinamente curado. Agradecido por tan insigne favor hizo a la iglesia de la santa grandes donaciones, entre otras las de las tierras comprendidas alrededor del templo, en un círculo de tres millas de radio a contar desde una y otra orilla del Ródano, incluyendo en el legado los castillos y villas y demás cosas situadas en ese espacio.

La vida de santa Marta fue escrita por su criada Martilla. Esta piadosa mujer, al morir su antigua señora, se marchó a Esclavonia. En este país predicó el Evangelio y en él murió diez años después de su llegada.

Capítulo CVI

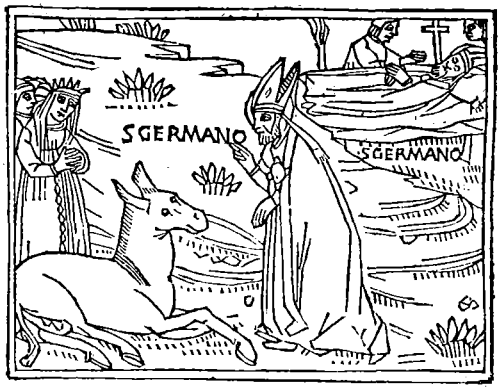
SAN ABDÓN Y SAN SENÉN

Abdón y Senén murieron martirizados por orden de Decio. Este emperador, tras de someter a su dominio a Babilonia y a otras provincias, hizo prisioneros a cuantos cristianos halló en las tierras por él conquistadas, se los llevó consigo a Córdoba y allí, después de torturarlos cruelmente, los hizo matar. Abdón y Senén, que eran virreyes, se hicieron cargo de los cuerpos de los mártires y los sepultaron piadosamente. Cuando Decio estaba a punto de regresar a Roma, alguien puso en su conocimiento lo que ambos virreyes habían hecho. Entonces el emperador, indignado, mandó que fuesen apresados, encadenados y conducidos como prisioneros hasta la capital del Imperio, detrás de su séquito y cortejo. Nada más llegar a Roma, Decio reunió el Senado y en sesión presidida por él dio cuenta a los senadores del delito cometido por Abdón y Senén. El Senado concedió a los acusados opción para elegir entre adorar a los dioses, en cuyo caso salvarían sus vidas y recuperarían su libertad, o ser arrojados a las fieras. Llevados ante los ídolos, los dos virreyes manifestaron el desprecio que aquellas falsas divinidades les inspiraban escupiendo sobre sus imágenes, por lo cual fueron conducidos al circo y colocados en medio de la pista. Acto seguido se dio suelta a dos leones y a cuatro osos; pero las seis fieras, en vez de atacar a los indefensos mártires, se colocaron alrededor de ellos cual si trataran de protegerlos. En vista de este resultado, Decio mandó que Abdón y Senén fuesen inmediatamente degollados. Los verdugos, una vez ejecutada la orden del emperador, ataron los cuerpos de ambos mártires por los pies y, tirando de ellos, los llevaron a rastras hasta un lugar en el que había una estatua dedicada al sol, y delante de esta imagen los dejaron abandonados. De allí los recogió tres días después un subdiácono llamado Quirino, los transportó a su casa y en ella los enterró. Estos dos santos padecieron su martirio hacia el año 253. En tiempos de Constantino ambos mártires y otros dos más se aparecieron al em-

perador y le comunicaron dónde se hallaban sepultados. Los cristianos exhumaron sus cuerpos y los trasladaron al cementerio de Ponciano. Muchos son los beneficios que desde entonces el Señor, por mediación de ellos, viene haciendo en favor de la población.

Capítulo CVII

SAN GERMÁN



La palabra Germán, en latín *Germanus,* deriva de *germen* (semilla) y de *ana* (arriba), y significa *semilla superior.* Para que una semilla germine se necesitan tres cosas: calor ambiental, humedad nutritiva y potencia seminal. Las tres se dieron en este Santo: calor ambiental producido por su fervorosa caridad; humedad nutritiva procedente de la abundancia de su devoción; y finalmente, potencia seminal claramente manifestada en la eficacia de su predicación mediante la cual engendró en muchas personas vida de fe y de santidad.

La historia de san Germán fue escrita y dedicada al obispo de Auxerre san Censurio por un presbítero llamado Constancio.

Germán nació en Auxerre, en el seno de una familia perteneciente a la más encumbrada nobleza de la ciudad. Primeramente estudió artes liberales y después marchó a Roma para cursar la carrera de derecho. Tan consumado maestro salió en esta materia, que el Senado lo envió a las Galias con el oficio de gobernador de toda la región de Borgoña. En el desempeño de su cargo dedicó especial interés a los asuntos de Auxerre, donde había fijado su residencia. En medio de esta ciudad existía desde antiguo un corpulento pino en cuyas ramas Germán, muy aficionado a la caza, colgaba como si fuesen trofeos y en plan de pública exhibición las cabezas de las reses y fieras que lograba capturar en sus cacerías. San Amadeo, a la sazón obispo de Auxerre, no veía con buenos ojos la vanidosa ostentación del gobernador, al que repetidas veces reprendió por ello y aconsejó que mandara cortar el árbol para terminar definitivamente con aquellos presuntuosos alardes de valentía y destreza que redundaban en desedificación de los cristianos; pero Germán no hizo caso alguno de las reiteradas advertencias del obispo, por lo cual, éste, aprovechando una ausencia del gobernador, ordenó a alguien que cortara y quemara el pino. Cuando Germán se enteró de que el árbol había sido abatido y quemado, haciendo caso omiso de la religión que profesaba regresó inmediatamente a Auxerre al frente de un batallón de soldados, con la idea fija en su mente de matar al prelado. Conocía san Amadeo por revelación divina que precisamente Germán estaba destinado por Dios para sucederle en la silla episcopal; por eso, cuando tuvo noticia de que el gobernador regresaba a la ciudad con ánimo de asesinarle, para evitar que su futuro sucesor mancillara su conciencia con semejante delito, creyó oportuno huir y refugiarse en Autun hasta que la ira de Germán se aplacara. Pasado algún tiempo el obispo regresó a Auxerre, citó al gobernador en la catedral y, en cuanto éste entró en el templo, mandó reservadamente a sus clérigos que cerraran las puertas; luego se acercó a Germán, lo tonsuró y le hizo saber que dentro de poco él sería su sucesor en el obispado de aquella diócesis. En efecto, Germán fue el sucesor de san Amadeo en el gobierno espiritual de Auxerre. No mucho después de este episodio san Amadeo murió santamente y el pueblo, por unanimidad, solicitó y pidió que Germán fuese nombrado y ordenado obispo de la sede vacante.

A raíz de su ordenación episcopal Germán cambió completamente de vida; distribuyó sus bienes entre los pobres, renunció a las relaciones conyugales con su esposa, pues, aunque la conservó a su lado, vivió en adelante con ella como si en vez de ser su cónyuge fuese su hermana, se entregó con tal rigor a la práctica de la penitencia corporal que en los treinta años que rigió la diócesis no volvió a tomar pan de trigo, ni legumbres, ni sal en sus comidas, ni vino. Por lo que al vino atañe, verdad es que mientras fue obispo se hacía servir un vasito de él dos veces por año, es decir, los días de Pascua

y de Navidad, pero lo mezclaba con tanta cantidad de agua que a agua sabía y agua era más que vino lo que en aquellas ocasiones tomaba. Desde que asumió las funciones episcopales hasta el final de su vida hizo una sola comida diaria, hacia el atardecer de cada día, consistente en una cucharada previa de ceniza y en un trozo de pan de cebada. Igualmente, durante todos esos años, lo mismo en verano que en invierno, usó siempre la misma ropa: a raíz de la carne, una túnica tejida con pelo de cabra que le servía de cilicio y, sobre ella, una cogulla que sustituía con otra cuando la anterior estaba tan vieja y deshilachada que se caía a pedazos, o cuando estando aún en buen uso la daba a algún pobre. Su cama consistía en un montón de ceniza sobre la cual a modo de sábana ponía un cilicio. En este lecho se acostaba, sin desvestirse jamás; solamente en muy raras ocasiones, al acostarse, se despojaba de su calzado y del ceñidor. Para taparse, en lugar de mantas usaba un saco vacío. Tampoco utilizó ningún género de almohada que le permitiera mantener la cabeza más elevada que los hombros. Habitualmente llevaba al cuello enhebradas en un cordón varias reliquias de santos que le movían a devoción y le hacían prorrumpir frecuentemente en suspiros piadosos y en gemidos. Su modo de vivir era tan austero y tan superior a lo que normalmente puede soportar la naturaleza humana, que sin la milagrosa ayuda de Dios no hubiera podido tolerarlo.

De invenciones fantásticas calificaríamos sin duda los portentosos prodigios que realizó este santo si no tuviésemos en cuenta los méritos de sus extraordinarias virtudes.

En cierta ocasión estaba san Germán hospedado en una casa. Al acabar de cenar vio con sorpresa que los dueños de la misma comenzaban a preparar de nuevo la mesa cual si fuesen a servir una segunda cena.

—¿Qué sentido tiene lo que estáis haciendo?, preguntóles el santo, intrigado.

Los dueños le respondieron:

—Preparamos otra vez la mesa para que cenen en ella unas buenas mujeres que viajan de noche.

Esta extraña respuesta le dejó aún más intrigado y, deseando saber qué mujeres podían ser aquéllas, en vez de acostarse se quedó en vela para tener ocasión de conocerlas. En efecto, al poco rato llegaron a la casa una multitud de hombres y de mujeres y se sentaron a la mesa. San Germán conoció inmediatamente que todos aquellos comensales eran demonios disfrazados y, sin dudarlo un momento, se presentó ante ellos, les prohibió que se movieran de sus asientos, luego despertó a los dueños de la vivienda, los hizo acudir al comedor, y les preguntó:

—¿Conocéis a estos huéspedes?

Los dueños le respondieron:

—Por supuesto que los conocemos. Todos ellos son vecinos y vecinas de este pueblo.

El santo nuevamente ordenó a los demonios que no se movieran de donde estaban, y mandó a los moradores de la casa que fuesen a los domicilios de aquellos supuestos convecinos y comprobasen si se hallaban o no en sus respectivas moradas. Al cabo de un rato regresaron los de la casa muy impresionados, diciendo que sus vecinos y vecinas permanecían en sus propios domicilios durmiendo tranquilamente. Entonces san Germán se encaró con los comensales y les obligó a declarar ante los dueños de la casa quiénes realmente eran, y los comensales confesaron que eran demonios disfrazados bajo la apariencia de los vecinos y vecinas de aquella familia.

Por aquel mismo tiempo el rey Atila cercó con sus tropas la ciudad de Troyes. San Lupo, obispo de aquel lugar, subió a lo alto de la muralla y preguntó a los atacantes:

—¿Quién es vuestro jefe y por qué nos ha sometido a este asedio?

Desde abajo un hombre contestó:

—Aquí tienes al jefe y al rey de este ejército: me llamo Atila y soy el azote de Dios.

Entonces el santo obispo, gimiendo humildemente, dijo:

—Yo me llamo Lupo, y como mi nombre indica, soy un lobo carnicero, devastador del rebaño de mi Señor y merecedor de que el azote de Dios me castigue. Ahora mismo abriremos las puertas para que podáis entrar.

Por orden de San Lupo abriéronse las puertas de la muralla. Los enemigos entraron atropelladamente en la ciudad y recorrieron de un extremo a otro todas sus calles; pero Dios hizo que no pudieran ver a nadie ni hacer daño a persona alguna.

Después del suceso que acabamos de referir, san Germán tomó consigo al obispo san Lupo y ambos se trasladaron a las Islas Británicas pobladas a la sazón de herejes. Durante la travesía del mar se desencadenó una tempestad violentísima, pero san Germán con su oración aplacó los vientos, serenó las aguas, y llegaron sin novedad a las Islas cuyos

habitantes, enterados por los demonios (promotores de la anterior tempestad y expulsados del mar por san Germán) de la próxima llegada de los dos santos pasajeros, los recibieron con grandes honores. San Germán y san Lupo los convirtieron al cristianismo, y regresaron a sus respectivas diócesis.

En otra ocasión, estando san Germán de paso por un pueblo, sintióse enfermo y tan sin fuerzas para proseguir su camino, que se vio obligado a permanecer en cama en la casa en que había buscado alojamiento. Hallándose en tal situación, produjose en el lugar un voraz incendio, tan impetuoso que en poco tiempo saltó de unos edificios a otros y todos ardían aparatosamente. Algunas personas entraron en la casa en que yacía el santo postrado en su lecho y le rogaron que se dejara transportar a otro sitio más seguro; san Germán se negó a ello y, aun con riesgo de perecer abrasado, permaneció donde estaba. El fuego siguió haciendo su oficio, y en breve tiempo redujo a cenizas todas las viviendas del pueblo menos aquella en que el santo se encontraba, que no padeció daño alguno.

Con ocasión de un segundo viaje que san Germán hizo a las Islas Británicas para refutar ciertas doctrinas que algunos herejes habían sembrado en ellas, ocurrió lo siguiente: uno de sus discípulos que deseaba acompañarle, cuando el santo ya se había marchado, salió de Auxerre a toda prisa con el deseo de darle alcance; pero no lo logró, porque al llegar a Tonnerre sintióse repentinamente enfermo y murió. San Germán retrocedió, mandó que abrieran la sepultura del muerto, llamó a su discípulo por su nombre y le preguntó si quería resucitar y proseguir con él el viaje a las Islas, o si prefería continuar difunto. El discípulo se incorporó de medio cuerpo arriba y sentado sobre el suelo del sepulcro manifestó al santo que estaba gozando de delicias exquisitas y que no deseaba volver a la vida temporal.

—En ese caso, puesto que así lo quieres, sigue donde estás —díjole el obispo.

El difunto se tendió de nuevo en la sepultura y continuó muerto.

Estando san Germán predicando en Bretaña, ni él ni sus compañeros hallaron dónde alojarse, porque el rey de aquel país había prohibido a sus súbditos que le dieran hospitalidad. Por entonces el porquero del monarca acudió al palacio real a proveerse de alimentos, y al regresar con el suministro a su choza encontró en el camino al santo y a sus discípulos ateridos de frío y desfallecidos de hambre; movido por la compasión que le inspiraron, los llevó a su cabaña, mató el único novillo que tenía, guisó su carne y con ella dio de cenar a sus hambrientos huéspedes. Concluida la cena san Germán extendió en el suelo la piel del novillo. colocó sobre ella todos los huesos de la res sacrificada, oró, y en seguida, de repente, el animal resucitó. A la mañana siguiente a hora temprana presentóse el santo en el palacio real y reprochó severamente al monarca la dureza con que había tratado tanto a él como a sus discípulos negándoles hospitalidad. Sobrecogido de espanto y sintiéndose incapaz de pronunciar ni una sola palabra de réplica, escuchó el monarca la reprensión de san Germán, que finalmente dijo al rey:

—¡Sal de aquí! ¡Suelta el cetro y desaloja el palacio! ¡El trono de este reino va a ocuparlo desde hoy un hombre que lo merece mucho más que tú!

Siguiendo una inspiración divina san Germán aquella misma mañana convocó al pueblo, hizo venir a palacio al porquero, que acudió prestamente acompañado de su mujer, y delante de aquella innumerable muchedumbre, que ignoraba para qué había sido convocada, lo coronó como rey de Bretaña. No es menester ponderar la estupefacción de cuantos asistieron a este espectáculo. Así fue cómo el porquero quedó convertido en monarca de dicho reino y dio origen a la dinastía de la que han descendido posteriormente todos los reyes bretones.

Estando los sajones en guerra con las gentes de Bretaña y sintiéndose inferiores a sus enemigos, llamaron en su ayuda a san Germán y a sus discípulos; que a la sazón andaban por aquellas tierras. El santo y sus compañeros acudieron a la llamada de los sajones y comenzaron a predicarles la fe con tanta eficacia que los habitantes de Sajonia recurrían en masa a los predicadores solicitando el bautismo. El día de Pascua, en un arranque de fervor, todos los nuevos cristianos sajones se despojaron espontáneamente de sus armas, pero prometiendo que, si llegaba el caso, combatirían contra sus enemigos con arrojo y denuedo. Al enterarse los bretones de que sus contrincantes se habían desarmado, los atacaron violentamente. San Germán, que esperaba este ataque y se hallaba escondido con los sajones en un lugar estratégico y había dicho a éstos que cuando él gritara ¡Aleluya! deberían responder con todas sus fuerzas y al unísono el

mismo grito de ¡Aleluya!, en un momento dado dio una gran voz y dijo:

—¡Aleluya!

—¡Aleluya! —respondieron los atacados.

El grito de los sajones fue tan atronador que los bretones, creyendo que tendrían que enfrentarse a un ejército poderosísimo y que sobre ellos iban a desplomarse de un momento a otro las montañas y hasta el mismísimo cielo, tiraron sus armas inmediatamente y llenos de miedo emprendieron la huida.

En cierta ocasión san Germán al pasar por Autun se acercó a visitar el sepulcro del obispo san Casiano, y en presencia de muchos devotos preguntó en voz alta al santo:

—¿Cómo te encuentras?

San Casiano, también en voz alta que todos los presentes oyeron, respondió:

—Me encuentro muy bien; gozo de un dulce descanso y estoy esperando la venida del Redentor.

Entonces san Germán dijo a san Casiano:

—Descansa, hermano, en la paz de Cristo por largo tiempo y pide solícitamente al Señor que nosotros alcancemos también la gracia feliz de la santa resurrección.

Hallándose san Germán en Ravena fue atendido y obsequiado con suma cortesía por la reina Plácida y por su hijo Valentiniano. Una noche, a la hora de la cena, la soberana envió a sus criados a la casa en que el santo se alojaba para que le llevaran de su parte una enorme bandeja de plata llena de alimentos exquisitos. San Germán aceptó el obsequio, distribuyó los manjares entre quienes le acompañaban y se quedó con la valiosa bandeja para venderla y repartir entre los pobres el dinero que por ella le diera quien la comprara; pero, deseando a su vez corresponder con algún regalo suyo a la fineza de la reina, envió a ésta por medio de los mismos mensajeros un pan de cebada dentro de un cuenco de madera. Plácida aceptó el regalo con suma complacencia, mandó recubrir el cuenco con guarnición de plata y lo conservó siempre en su poder como un preciadísimo recuerdo de incalculable valor espiritual.

Otro día la misma soberana invitó a san Germán a comer. El santo aceptó la invitación sencillamente; y, como estaba extenuado por sus ayunos y penitencias, acudió al palacio montado en un burro. Durante la comida el asno murió. Al enterarse de ello la reina, mandó reservadamente a sus criados que prepararan y enjaezaran un caballo muy manso. Al terminar la comida, la reina quiso regalar a san Germán el caballo; pero el santo obispo se negó a aceptar el obsequio, y dijo:

—Que me traigan mi burro; en él vine y en él volveré a mi alojamiento.

Al decirle que su burro había muerto, san Germán fue a donde estaba el animal difunto y le ordenó:

—Levántate, que tenemos que regresar a casa.

Al instante el asno se levantó, se sacudió y, como si nada le hubiera ocurrido, llevó a san Germán al lugar donde se alojaba.

Durante esta estancia en Ravena anunció san Germán que su muerte estaba muy próxima. El anuncio resultó profético porque, muy poco después de que lo hiciera, vióse aquejado de fiebres muy altas, y a los siete días se durmió en el Señor. Antes de fallecer dio a la reina determinadas instrucciones en relación con lo que debía hacerse con sus restos, y a tenor de las mismas la soberana mandó que el cuerpo del santo obispo fuese trasladado a las Galias.

San Germán murió hacia el año 430 de nuestra era.

Antes de iniciar su viaje a Ravena había prometido san Germán a san Eusebio, obispo de Vercellis, que a su regreso consagraría una iglesia que el tal san Eusebio estaba a la sazón construyendo. Al enterarse san Eusebio de que san Germán había fallecido, decidió consagrar por sí mismo el mencionado templo. Cuando se iba a dar comienzo a la ceremonia ocurrió que cuantas veces encendieron los cirios, otras tantas por sí solos inmediatamente se apagaron. De esto dedujo san Eusebio que Dios no quería que se hiciese aquella consagración, ya porque desease que se aplazara la fecha de la misma, ya porque fuese su voluntad que el acto lo presidiera algún otro obispo. Al pasar por Vercellis los restos de san Germán y ser introducidos en la nueva iglesia, de repente todos los cirios de la misma por sí mismos se encendieron. A la vista de semejante prodigio san Eusebio cayó en la cuenta de que san Germán, de muerto, quería cumplir la promesa que cuando aún vivía le hizo.

Creo conveniente advertir aquí que no debemos confundir al san Eusebio de Vercellis a que nos estamos refiriendo con otro del mismo nombre, el célebre y gran san Eusebio de Vercellis, muerto en tiempos del emperador Valente cincuenta años antes de que falleciera san Germán, y anterior por tanto al protagonista de este hecho.

Capítulo CVIII

SAN EUSEBIO

Eusebio es palabra compuesta de *eu* (bueno) y de *sebe* (elocuencia, firmeza), y significa bueno, elocuente y firme; pero puede significar también *buen culto,* en el sentido de culto adecuado. Todos estos conceptos son aplicables a san Eusebio, que fue *bueno* por la santidad de su vida; *elocuente* en la predicación de la fe; *firme* por la constancia con que soportó el martirio; y *buen culto* tributó a Dios con la reverencia que manifestó hacia Él a lo largo de toda su vida.

Eusebio conservó perpetuamente su virginidad. Después de algún tiempo de catecumenado, fue bautizado por un papa que se llamaba también Eusebio y tuvo el gusto de imponerle su propio nombre. Cuando lo estaban bautizando, los asistentes vieron cómo los ángeles con sus propias manos lo sacaban de la piscina bautismal. En su juventud era tan agraciado y atractivo que una mujer de muy encumbrada nobleza se enamoró de él, y, llevada de su pasión, una noche pretendió entrar en la habitación en que el mancebo dormía; pero no lo consiguió, porque unos ángeles apostados como centinelas a la puerta del dormitorio del joven cerraron el paso a la apasionada matrona, la cual, a la mañana siguiente, arrepentida, se arrojó a sus pies y le pidió perdón de haber intentado mancillar su virtud.

Algún tiempo después Eusebio se ordenó de presbítero. En el ejercicio de sus funciones sacerdotales se conducía tan santamente, que frecuentemente los espíritus angélicos le servían de acólitos en la celebración de la misa.

Años más tarde, cuando la peste arriana infic-

cionaba todas las tierras de Italia al amparo del emperador Constancio, que militaba en la perniciosa herejía, el papa Julián nombró a Eusebio obispo de Vercellis, a la sazón una de las más importantes ciudades italianas. Al conocer este nombramiento los herejes sellaron las puertas de todos los templos para que el nuevo prelado no pudiese ejercer su oficio. Eusebio, empero, entró en Vercellis, se dirigió a la iglesia principal, se arrodilló ante su fachada, oró, y al instante las puertas del templo, que estaba dedicado a Santa María, se abrieron por sí solas.

Poco después de iniciar su ministerio, al averiguar que Majencio, obispo de Milán, estaba contagiado de la herejía, lo depuso de su silla y colocó en ella a Dionisio, varón católico y virtuoso.

San Atanasio en oriente y san Eusebio en occidente hicieron cuanto pudieron para extirpar la peste arriana que corroía la ortodoxia de la Iglesia. La perniciosa doctrina del arrianismo había sido inventada por Arrio, presbítero alejandrino, quien afirmaba que Cristo no había existido siempre sino que era una mera criatura creada por Dios antes de la creación del género humano para servirse de ella como de un instrumento en la obra de la creación de los hombres. Para evitar que semejantes errores arraigaran, Constantino el Grande dispuso que se celebrara en Nicea un concilio; se celebró, y en él fue condenado el arrianismo. Arrio, el fundador de la herejía, tuvo una muerte miserable: estando evacuando su vientre saliéronsele por el ano todas sus entrañas y sus intestinos.

Constancio, hijo de Constantino, se adhirió a la herejía y, cuando se vio emperador, indignado contra Eusebio, convocó un nuevo concilio al que quería que asistiesen numerosos obispos, y entre ellos Dionisio y Eusebio. Constancio escribió varias cartas en este sentido a Eusebio; pero éste, previendo que en la proyectada asamblea iba a prevalecer la malicia de la multitud sobre la verdad de la doctrina, decidió no asistir y puso como pretexto ante el emperador lo avanzado de su edad. Constancio, que a toda costa deseaba que Eusebio se hallara presente, desvirtuó sus excusas determinando que el concilio se celebrara en Milán, ciudad no lejana de la de Vercellis. En la primera sesión conciliar, observando el emperador que Eusebio no se hallaba presente, mandó a los obispos arrianos que confeccionaran un documento consignando en él los principales puntos de su doctrina; luego que el documento estuvo re-

dactado, ordenó a los conciliares asistentes que, en señal de aceptación, firmasen el mencionado escrito. El documento fue firmado por treinta y tres obispos y por Dionisio, el de Milán. Cuando Eusebio tuvo noticia de lo ocurrido, inmediatamente salió de Vercellis y se dirigió a Milán, anunciando a quienes le acompañaban que a causa de aquel concilio tendría él que padecer muy graves calamidades. En un lugar determinado del trayecto el camino estaba cortado por un río. Eusebio vio en la orilla opuesta una barca, hízole una señal, y al instante la barca por sí sola se trasladó a donde Eusebio y sus acompañantes se hallaban; y en cuanto el grupo se acomodó en ella, también por sí sola y sin que nadie la gobernara transportó a los viajeros hasta la otra ribera.

Tan pronto como Dionisio supo que Eusebio había llegado a Milán, se presentó ante él, se arrojó a sus pies y le pidió perdón por haber firmado el escrito redactado por los arrianos. El emperador intentó por todos los medios que también Eusebio estampara en él su firma, pero ni con halagos ni con amenazas consiguió lo que pretendía, sino que estando todos reunidos, Eusebio tomó la palabra y dijo:

—Vosotros afirmáis que el Hijo es inferior al Padre; pero no procedéis con lógica, puesto que recientemente habéis incurrido en una contradicción palmaria permitiendo que Dionisio, mi discípulo y mi hijo espiritual, y por tanto inferior a mí, firmara ese documento antes que yo, que soy su maestro y su padre. Ni el discípulo debe preceder al maestro, ni el criado al amo, ni el hijo al padre.

A pesar de que los asistentes comprendieron que Eusebio llevaba razón en esto, le ofrecieron nuevamente el documento que ellos y Dionisio habían suscrito para que añadiera su firma a las de ellos; pero Eusebio rechazó la invitación diciendo:

—Jamás firmaré yo detrás de mi hijo. Puesto que mi autoridad es superior a la suya, mi firma debe ir delante de la de él. ¿Queréis que firme? No os canséis en intentar que lo haga en ese documento. Rompedlo y quemadlo; redactad otro y presentádmelo a mí antes que a nadie; sólo cuando yo haya firmado en el lugar que me corresponde podréis hacerlo vosotros. Eso es lo que pide la corrección.

Así fue como Dios dispuso las cosas para que el escrito aquel, rubricado por Dionisio y treinta y tres obispos, fuese quemado; porque, en efecto, los firmantes aceptaron la condición puesta por Eusebio y quemaron el acta que anteriormente habían levantado. Inmediatamente redactaron otra igual y la entregaron a Eusebio para que él, antes que nadie, estampara en ella su firma. Eusebio la tomó en sus manos, pero no sólo no la firmó, sino que convenció a varios de los obispos para que tampoco ellos lo hicieran; y no lo hicieron; y se alegraron de que el anterior documento, firmado por ellos en un momento de debilidad, hubiera desaparecido quemado por las llamas.

Indignado el emperador por el inesperado resultado de esta estratagema dio atribuciones a los arrianos para que se vengaran de Eusebio en la forma que quisieran; y se vengaron a conciencia, porque inmediatamente se apoderaron de él y con él se ensañaron de mala manera; primeramente lo azotaron; luego lo arrastraron por las escaleras del palacio en que se habían celebrado las reuniones, subiéndolo y bajándolo por ellas repetidas veces; este tormento fue atroz, porque cuando lo bajaban, su cabeza caía violentamente de unos peldaños a otros, y cuando lo subían, se golpeaba contra ellos y por ellos discurría a chorros la sangre del santo obispo. Pero no consiguieron que firmara el acta. En vista de ello, le ataron las manos a la espalda, le echaron una soga al cuello y tirando de ella cual si fuese un ramal, lo pasearon por las calles escarneciéndolo y apremiándole a que firmara el acta; pero a los apremios y escarnios él invariablemente respondía que jamás suscribiría la doctrina arriana, que daba gracias a Dios por permitirle padecer lo que estaba padeciendo y que se hallaba preparado para morir en defensa de la fe católica.

Viendo el emperador que no conseguiría sacar adelante sus intentos, desterró al papa Liberio, a Dionisio, a Paulino y a todos los obispos que se negaron a admitir el arrianismo. A Eusebio lo confinó en Escilópolis, ciudad de Palestina a donde fue conducido por algunos arrianos y encerrado en un cubil de tan escasa superficie y tan reducida altura, que el santo obispo mientras estuvo recluido en aquella prisión vióse obligado a permanecer sentado en el suelo, encorvado, con sus piernas encogidas, sin posibilidad de extenderlas, con su tronco inmóvil, ya que no disponía de espacio para remover sus costados, y con la cabeza agachada a nivel más bajo que el de los hombros. En semejante postura solamente podía flexionar un poquito los codos y las manos. De esa manera allí lo tuvieron hasta que, muerto Constancio, Juliano, su

sucesor, movido por sus iniciales deseos de complacer a todos, levantó la pena de destierro a los obispos, les permitió regresar a sus diócesis, mandó abrir de nuevo los templos de los dioses paganos y dictó una serie de leyes tendentes a favorecer la convivencia en paz de los ciudadanos dejándolos en libertad para que cada cual, en materia de religión, profesase la doctrina que mejor le pareciese.

Eusebio, tan pronto como salió de su prisión, se fue a visitar a san Atanasio y le refirió todo cuanto había padecido en defensa de la fe católica.

A la muerte de Juliano subió al trono Joviniano. En tiempo de este emperador, estando ya un tanto adormecida la anterior pujanza de los arrianos, Eusebio regresó a Vercellis, en donde fue clamorosa y entusiásticamente recibido por los fieles. Poco después murió también Joviniano. Valente, el nuevo emperador, dispensó abiertamente una notoria protección a los arrianos, quienes al amparo de esta situación reanudaron su persecución contra Eusebio, cercaron su casa, se apoderaron de él, lo condujeron a rastras por el suelo hasta el campo, lo tendieron boca arriba y colocaron sobre su cuerpo un enorme montón de gruesas piedras, bajo las cuales murió aplastado. De este modo se consumó el martirio de este santo, cuya alma entró feliz y triunfante en la gloria del Señor. Su cuerpo fue sepultado en una iglesia anteriormente construida por él.

Dícese que san Eusebio pidió a Dios y de El obtuvo la gracia de que en adelante jamás hubiese ni un solo arriano en la ciudad de Vercellis.

Según las crónicas, este glorioso santo al morir tenía no menos de ochenta y ocho años, y su muerte ocurrió hacia el año 350 de nuestra era.

Capítulo CIX

LOS SANTOS MACABEOS

La historia de estos santos se halla relatada con más amplitud que aquí en el libro segundo de los Macabeos.

Con el nombre de *santos Macabeos* designamos a siete hermanos que juntamente con su madre, mujer muy respetable, y el sacerdote Eleázaro, fueron sometidos a espantosos e inusitados suplicios por negarse a comer carne de cerdo.

La iglesia oriental celebra indistintamente las fiestas de los santos, igual si pertenecieron al antiguo Testamento que si pertencieron al Nuevo. La occidental, en cambio, no ha incluido en su calendario litúrgico conmemoraciones de personas santas pertenecientes a la antigua ley por una razón muy sencilla: porque, a raíz de la muerte de estas personas, sus almas descendieron a los infiernos; sin embargo, en esta regla general ha hecho algunas excepciones; por ejemplo, celebra la festividad de los Santos Inocentes, porque quien decretó su muerte lo hizo con la intención de que entre ellos pereciera Cristo. Celebra también la fiesta de los Santos Macabeos a pesar de que sus almas descendieron a los infiernos, y lo hace por las cuatro razones siguientes:

Primera. Porque murieron auténticamente martirizados. Entre los santos del antiguo Testamento, ellos fueron los únicos sometidos a largos y terribles tormentos. En esta peculiaridad se funda merecidamente el privilegio de que su muerte sea recordada y celebrada, y a ello principalmente obedece, según la *Historia Escolástica,* el hecho de que la Iglesia haya instituido una fiesta en su honor.

Segunda. Porque éstos representan de alguna manera a todos los demás santos de la antigua ley. Tengamos en cuenta que el número *siete,* aunque sea un número concreto, es también un número sagrado y místico que connota cierta idea de universalidad. Por eso, estos siete hermanos simbolizan a la totalidad de los padres del Antiguo Testamento dignos de ser recordados. La Iglesia no ha instituido fiestas especiales en honor de estos padres, porque, como anteriormente hemos dicho, sus almas descendieron a los infiernos y, además, porque, como fueron muchos, ellos solos llenarían todas las fechas del calendario, y nos quedaríamos sin lugar para honrar a la enorme multitud de santos nuevos; sin embargo, de algún modo festeja también a los santos de la antigua ley, puesto que el culto reverencial que tributa a los siete Macabeos, dado que éstos fueron siete y que el número siete implica universalidad, puede ser considerado como un homenaje tributado a la totalidad de las personas santas que vivieron cuando regía la antigua ley.

Tercera. Por el alto ejemplo de fidelidad que mediante su martirio estos siete hermanos dieron, no sólo a sus contemporáneos, sino también a nosotros, los cristianos. Todos nosotros, al considerar lo que ellos padecieron, debemos sentirnos estimulados a imitar su celo y constancia en la defensa de la fe y a padecer por fidelidad al Evangelio cuanto fuese necesario, con el mismo espíritu y con la misma forta-

leza con que ellos soportaron las torturas a que fueron sometidos por su fidelidad a la ley de Moisés.

Cuarta. En atención a la causa por la que sufrieron tan horrendos suplicios y por la que dieron su vida, que fue su inquebrantable lealtad a Dios mediante el cumplimiento riguroso de los preceptos legales. Del comportamiento que ellos observaron, los cristianos deben tomar lección para mostrarse dispuestos a padecer la muerte si fuese preciso, antes que claudicar en el cumplimiento de la ley evangélica.

Estas tres últimas razones las aduce el maestro Juan Beleth en el capítulo quinto de su obra *Suma de oficios.*

Capítulo CX

SAN PEDRO «AD VÍNCULA»

Parece ser que esta fiesta de san Pedro «Ad víncula» fue instituïda en la Iglesia por cuatro razones: para conmemorar la liberación de san Pedro; para conmemorar la liberación de Alejandro; para procurar la desaparición de ciertos ritos paganos; y, finalmente, para darnos ocasión de impetrar nuestra propia liberación de perniciosas ligaduras espirituales. Comentemos estas cuatro razones separadamente.

Primera. Conmemoración de la liberación de san Pedro.

He aquí lo que en relación con esta liberación cuenta la *Historia Escolástica:*

Cuando Herodes Agripa fue a Roma, hizo estrecha amistad con Cayo, sobrino del emperador Tiberio. Un día, yendo ambos amigos de paseo, en una carroza, Herodes , levantando las manos hacia el cielo, dijo:

—¡Ojalá, querido Cayo, me fuese dado ver muerto al viejo y a ti convertido en emperador de todo el orbe!

Al auriga de Herodes le faltó tiempo para comunicar a Tiberio la exclamación de su amo. Tiberio, sumamente indignado, dio orden de que metieran a Herodes en la cárcel.

Un día, estando Herodes arrimado a un árbol en el patio de la prisión, otro de los prisioneros, aficionado a la hechicería, viendo que en una de sus ramas estaba un buho, se acercó al ilustre encarcelado y le dijo:

—No tengas miedo; pronto recobrarás la libertad y alcanzarás tanto poder que tus amigos, envidiosos de su suerte te atacarán; pero no conseguirán abatirte. Tú conservarás la prosperidad de tu situación mientras vivas. Pero escucha este aviso: ¿Ves ese buho? Algún día verás un pajarraco semejante a éste revoloteando sobre ti; eso constituirá una señal de que cinco fechas después morirás.

Pasado algún tiempo falleció Tiberio y Cayo, proclamado emperador, sacó inmediatamente de la cárcel a su amigo, lo colmó de honores y lo nombró rey de Judea.

Tan pronto como Herodes tomó posesión de su reino comenzó a perseguir a algunos miembros de la Iglesia. La víspera de la fiesta de los Acimos hizo degollar con una espada a Santiago, hermano de Juan, y, para halagar a los judíos, que por cierto habían acogido su nombramiento de rey con sumo agrado, durante la celebración de la mencionada fiesta mandó prender a Pedro y lo encerró en la cárcel con la idea de entregarlo al pueblo en cuanto terminaran los festejos propios de la Pascua. El apóstol fue detenido y encarcelado, pero la misma noche de su detención un ángel se presentó milagrosamente en la prisión, quebró las cadenas con que lo habían amarrado y lo puso en libertad para que pudiera proseguir el ministerio de su predicación.

Estos criminales hechos del rey no tardaron en ser debidamente castigados. Al día siguiente de la liberación de san Pedro, al conocerse la huida del prisionero, Herodes atribuyendo la fuga del encarcelado a descuido de los centinelas, los llamó para someterlos a severos castigos. Dios empero no quería que la libertad que procuró al apóstol redundase en perjuicio de nadie; por eso impidió que Herodes

pudiese llevar a cabo su intento, y dispuso las cosas de manera que el inicuo rey tuviese que salir urgentemente para Cesarea, en donde a poco de llegar murió herido por los espíritus angélicos. He aquí cómo refiere este suceso Josefo en el libro XIX de sus *Antigüedades:*

«Al siguiente día de su llegada a Cesarea, muy de mañana, dirigióse Herodes al anfiteatro en donde se hallaba reunido todo el pueblo de aquella provincia para tributarle un homenaje. Iba el rey vestido con riquísimas y resplandecientes ropas, tejidas con hilos de oro y plata. Al salir el sol, la incidencia de sus rayos sobre las doradas vestiduras regias dio lugar a un espectáculo maravilloso: la luz solar se reflejaba en el precioso y metálico ropaje de Herodes, reverberaba cual si vibrase en torno a su persona; los reverberos fulgurantes deslumbraban y ofuscaban los ojos de los asistentes, quienes, impresionados y casi aterrados por lo que estaban viendo, juzgaron que su rey era un ser sobrehumano. Ese efecto era precisamente el que Herodes había pretendido conseguir: que sus súbditos le creyeran investido de naturaleza y poderes sobrenaturales; y para infundir en ellos semejante creencia había preparado cuidadosamente la escena y aquellos artificios. Todo salió a medida de sus deseos porque, tan pronto como comenzaron a producirse los fulgurantes destellos de la luz sobre sus regios atuendos, y las ofuscaciones visuales con las que pretendió engañar a su pueblo, primero algunos aduladores y luego la totalidad de los asistentes al espectáculo empezaron a aclamarle y a decir a gritos:

Hasta ahora creíamos que eras un hombre; pero acabamos de comprobar que eres un ser portentoso y sobrehumano y por tal te tendremos desde hoy en adelante.

Herodes escuchaba estas aclamaciones con evidente satisfacción, y acogía regocijado los hombres divinos que la multitud le tributaba. Mas he aquí que, cuando embriagado de placer paladeaba las mieles de aquel triunfo, al levantar sus ojos hacia el cielo vio en lo alto, como si estuviese colgando de un hilo, una misteriosa figura que parecía descender hacia él. El objeto, en efecto, descendía y se acercó lo suficiente para que el rey se diera cuenta de que se trataba de un buho. El pájaro empezó en seguida a dar vueltas en el aire volando a cierta altura y describiendo círculos en un plano situado sobre la cabeza del monarca. Este, que no había olvidado el augurio de su antiguo compañero de prisión, recordó entonces con toda precisión las palabras que el hechicero le dijera: «Cinco días después de que vuelvas a ver un buho, morirás»; entendió, pues, que su muerte estaba próxima, y dirigiéndose al pueblo proclamó solemnemente:

—Yo, vuestro dios, voy a morir muy pronto.

Aquella misma mañana se sintió repentinamente enfermo e invadido por una plaga de gusanos que a lo largo de cinco días fueron constantemente devorando sus carnes, y al terminar las cinco jornadas murió. Hasta aquí el relato de Josefo.

La Iglesia instituyó la fiesta de san Pedro «Advíncula» para conmemorar solemnemente la milagrosa liberación del príncipe de los apóstoles de las cadenas con que lo habían amarrado en la cárcel, y el castigo adecuado que el cielo infligió a Herodes por su inicuo modo de proceder. Por eso, al confeccionar la misa de esta festividad, la epístola que en ella se cuenta está tomada del capítulo del libro de los *Hechos,* en que se narra la liberación del apóstol. El nombre de la fiesta no es del todo apropiado: en lugar de decir san Pedro *«Advíncula»* o *«ad vincula»,* debiéramos decir san Pedro *«a vinculis»,* pues esta denominación refleja más exactamente lo que queremos significar, que es la liberación de san Pedro de las ligaduras de su prisión.

Segunda. Conmemoración de la liberación de Alejandro.

Según otros, el motivo de la institución de esta festividad fue el siguiente:

El tribuno Quirino apresó y encerró en calabozos separados al papa Alejandro, sexto sucesor de san Pedro en el pontificado, y a Hermes, prefecto de la ciudad de Roma, convertido al cristianismo por el mencionado Alejandro. Un día el tribuno dijo a Hermes:

—Parece mentira que siendo tan prudente como eres te hayas dejado engañar por esas fábulas, y que por soñar en necedades de una vida futura te veas ahora desposeído del honroso cargo de prefecto que venías desempeñando.

Hermes le respondió:

—También yo antes me reía de estas cosas y creía que no había más vida que la presente.

Quirino le propuso:

—Si consigues demostrarme que hay una existencia más allá de ésta, te doy mi palabra de que compartiré tu fe y me haré discípulo tuyo.

—¿Por qué no hablas de esto —le sugirió Hermes— con Alejandro, ese otro preso que tienes encerrado en el calabozo contiguo? El está en

condiciones de instruirte acerca de estas doctrinas con mucha más competencia que yo.

—¡Maldito seas! —respondió en tonos de mal humor el tribuno—. Te propongo que me demuestres que es verdad lo que crees, y tú te desentiendes de la cuestión proponiéndome que se la plantee a ese tal Alejandro, que es un criminal al que precisamente por eso tengo encarcelado. Pero, bueno, voy a hacer una cosa: reforzaré la guardia sobre él y sobre ti, y si, a pesar de la redoblada vigilancia a que vais a estar sometidos lográis reuniros, ya viniendo él a tu calabozo, ya yendo tú al suyo, aceptaré la doctrina que tú con tus palabras o él con sus discursos me enseñaréis.

Quirino hizo lo que dijo. Hermes previno de ello a Alejandro lo más pronto que pudo. Poco después de recibir este aviso, estando san Alejandro en oración, presentóse un ángel en su calabozo, lo tomó de la mano y lo llevó al de Hermes. Pasmado de admiración quedó Quirino cuando, momentos más tarde, al ir a visitar a Hermes halló reunidos a ambos prisioneros. Unos días antes, Hermes había dicho al tribuno que años atrás, habiendo fallecido un hijo suyo, Alejandro se lo había resucitado. Al acordarse de esto, Quirino dijo a Alejandro:

—Tengo una hija escrofulosa; se llama Balbina; si la curas, te prometo que me haré cristiano.

Alejandro le indicó:

—Ve ahora mismo por ella y llévala a mi calabozo.

—¿Para qué voy a llevarla a tu calabozo —replicó Quirino—, si tú no estás allí sino aquí?

—Haz lo que te digo —insistió Alejandro— y no te preocupes por eso; quien me trajo a éste me llevará nuevamente al otro.

Marchó el tribuno a su casa, recogió a Balbina, la llevó al calabozo de Alejandro y quedó sorprendido al ver que ya estaba en él el prisionero. Quirino se postró a los pies de Alejandro. Balbina, que deseaba ansiosamente su curación, empezó a besar reverentemente las cadenas con las que el santo prisionero estaba amarrado. Este, dirigiéndose a la enferma, le dijo:

—Hija mía, no beses estas cadenas. Besa más bien las de san Pedro. Búscalas diligentemente y en cuanto las encuentres bésalas con devoción y quedarás curada.

Por orden de Quirino sus subalternos buscaron por toda la cárcel en que san Pedro había estado preso las cadenas con las que estuvo amarrado, y en cuanto las hallaron lleváronlas a casa de su jefe. Este se las dio a besar a su hija. Besólas ella y, nada más hacerlo, repentinamente recobró la salud. Acto seguido Quirino se fue a ver a Alejandro, le pidió perdón, lo sacó de la cárcel y se convirtió. Convirtiéronse también en aquella ocasión todos los miembros de su familia y otras muchas personas más que presenciaron el milagro de la curación de Balbina. Con este motivo fueron muy numerosos los que entonces recibieron el bautismo.

A raíz de este suceso, el papa Alejandro instituyó esta festividad en honor de las cadenas de san Pedro, señalando para su celebración la fecha del primero de agosto y construyó una iglesia con el título de *san Pedro «ad vincula»*, y colocó en ella las mencionadas cadenas.

Tercera. Procedimiento para hacer desaparecer determinados ritos paganos.

He aquí lo que cuenta Beda en relación con la institución de esta fiesta:

Octavio y Antonio, íntimos amigos entre sí, decidieron repartirse el dominio y gobierno del mundo de esta manera: Octavio sería emperador de Occidente y ejercería el mando de Italia, en las Galias y en España; Antonio sería emperador de Oriente y gobernaría en las tierras de Asia, en el Ponto y en África. Antonio, que además de amigo era cuñado de Octavio por estar casado con una hermana suya, dejándose vencer por movimientos de lascivia y lubricidad repudió a su esposa, la hermana de Octavio, y se casó con Cleopatra, reina de Egipto. Indignado por esto, Octavio declaró la guerra a Antonio, marchó contra él al frente de un poderoso ejército, invadió sus tierras y lo venció. Antonio y Cleopatra, para no caer en manos del vencedor, primeramente huyeron, pero poco después, sintiéndose incapaces de sobrevivir a su desgracia, se suicidaron. Octavio hizo del antiguo reino de Egipto una nueva provincia romana; luego se dirigió a Alejandría, saqueó la ciudad, se apoderó de sus riquezas y las transportó a Roma. Tan grande fue el botín que en esta guerra obtuvo, y de tal manera se enriqueció con él la capital del Imperio, que la vida se abarató hasta el punto de que lo que hasta entonces venía costando cuatro denarios en adelante costó solamente uno. Durante las anteriores guerras civiles Roma había sufrido cuantiosas calamidades; muchos de sus edificios hallábanse desmoronados; pero tras de la victoria obtenida sobre Antonio se reconstruyeron. «Encontré una ciudad de ladrillo y entrego a la poste-

ridad una urbe de mármol», solía decir, y con razón, Octavio, quien ante la nueva situación de pública prosperidad se dio a sí mismo el sobrenombre de Augusto. A partir de Octavio todos sus sucesores adoptaron este título de modo que *Augusto* vino de hecho a significar lo mismo que emperador de Roma; como a partir de Julio César, tío de Octavio, la palabra César, sobrenombre del mencionado emperador Julio, se convirtió en un título equivalente al de supremo rector del Imperio. Para perpetuar el recuerdo de la victoria obtenida sobre Antonio por Octavio, determinó este emperador que en lo sucesivo el nombre de *sextil* que los romanos daban al mes que hacía el número seis a contar desde marzo, se cambiara por el de *Augusto,* o agosto, y que a partir de entonces todos los años el día primero de dicho mes se conmemorase la referida victoria en la capital del Imperio con animados festejos. Esta festividad pagana instituida por Octavio se celebró en Roma ininterrumpidamente hasta los días del emperador Teodosio, que inició su reinado el año 426 de la era cristiana.

Una hija del emperador Teodosio, llamada Eudoxia, estaba casada con Valentiniano. Esta noble señora en cierta ocasión acudió con su esposo a Jerusalén a cumplir una promesa que había hecho, y estando en la ciudad santa se enteró de que un judío vendía a elevado precio las dos cadenas con las que Herodes mandó amarrar a san Pedro cuando lo encerró en la cárcel. Eudoxia compró al judío las susodichas cadenas. El hecho de que los romanos celebraran tan solemnemente la fiesta del primero de agosto en memoria de un emperador pagano, y que dedicaran tantos honores a un hombre que por haber vivido en la gentilidad acaso estuviera condenado, producía mucha pena a la piadosa matrona; comprendiendo que no iba a ser fácil desterrar aquella costumbre ni cambiar la mentalidad del pueblo, comenzó Eudoxia a cavilar y a buscar alguna solución para resolver aquel problema que le atormentaba la conciencia; y, a fuerza de darle vueltas al asunto, llegó a la conclusión de que tal vez lo más acertado fuese conservar el carácter festivo de la fecha, puesto que suprimirlo iba a ser imposible habida cuenta de que se trataba de una tradición muy antigua heredada del paganismo y fuertemente enraizada en las costumbres populares, pero cambiando el sentido y significación de la fiesta, dedicándola a honrar pública y oficialmente las venerables cadenas del apóstol y dando a la festividad el nombre de san Pedro *«ad vincula».* Eudoxia expuso su proyecto al papa san Pelagio. El pontífice lo encontró acertado. Inicióse una campaña de suaves exhortaciones para convencer a la gente de que dejaran a un lado el recuerdo de aquel príncipe pagano y honraran en su lugar la memoria del príncipe de los apóstoles. La idea fue cundiendo, y, cuando pareció que había sido universalmente acogida por la población, Eudoxia expuso a la veneración pública las cadenas traídas por ella de Jerusalén, más otra que san Pelagio conservaba en su poder y que era aquella con la que el mismo apóstol había estado atado cuando Nerón lo encarceló. Por cierto que, al poner esta última al lado de las otras dos, las tres milagrosamente se engarzaron entre sí tan perfectamente como si desde siempre hubieran constituido una sola cadena. En vista de este prodigio, san Pelagio y la reina determinaron que la fiesta que el primero de agosto venía celebrándose tradicionalmente en memoria de un pagano condenado, siguiese celebrándose, pero con rumbo enmendado, es decir, no ya en honor de Octavio Augusto, sino en reverencia del príncipe de los apóstoles. Tomaron, pues, en sus manos las cadenas y las transportaron a la iglesia dedicada a san Pedro «ad vincula», a la que el mencionado pontífice hizo donación de cuantiosos bienes para el sostenimiento del culto, y enriqueció con insignes privilegios. Por entonces también san Pelagio decretó que, no sólo en Roma, sino en toda la cristiandad se celebrase la fiesta de san Pedro *«ad vincula»* el primero de agosto de cada año. Hasta aquí el relato de Beda, plenamente coincidente con otro compuesto por Sigiberto.

El año 468 de nuestra era quiso el Señor manifestar la extraordinaria eficacia de las cadenas de san Pedro, por medio del siguiente portento: El diablo se apoderó de un conde pariente del emperador Otón y delante de numeroso público lo atormentó tan cruelmente, que el poseso comenzó a desgranar con sus dientes sus propias carnes. Deseoso el emperador de que su pariente se viese libre cuanto antes de la diabólica posesión, llevó al endemoniado ante el papa Juan para que éste pusiera sobre el cuello del poseso las cadenas de san Pedro. Intencionadamente colocaron sobre el cuello del enfermo otra cadena, sin ningún resultado, como cabía suponer, puesto que en ella no había virtud sobrenatural alguna; pero luego rodearon la garganta del poseso con la de san Pedro, y tan

pronto como ésta fue colocada sobre el cuello del endemoniado, el demonio, como si no pudiese soportar sobre sí el milagroso peso de las argollas, salió inmediatamente del cuerpo del conde y, a la vista del numeroso público que presenció este suceso, emprendió la huida dando gritos. Teodorico, obispo de Metz, que se hallaba presente, impresionado por el milagro, se apoderó de la cadena y dijo que como no fuera cortándole las manos, nadie le arrebataría aquella prodigiosa reliquia. Con este motivo surgió una viva discusión entre el obispo Teodorico, que quería quedarse con la cadena, y el papa y varios clérigos que se oponían a semejante pretensión. El emperador, que también se hallaba presente, zanjó el asunto disponiendo que el papa entregara a Teodorico una argolla de la cadena y que Teodorico se conformara con eso y devolviera la cadena al papa.

Mileto, en su Crónica, cuenta este hecho relatado también en la *Historia Tripartita:* Por los mismos días en que se instituyó esta festividad, surgió en Epiro un descomunal dragón. Un obispo muy virtuoso llamado Donato se acercó al monstruo, formó con dos dedos de sus manos la señal de la cruz, acercó este signo a la cara de la bestia, luego le escupió en la boca, y con el salivazo la mató. El dragón era tan voluminoso y pesado que, para arrastrar su cuerpo hasta el lugar en que decidieron quemarlo a fin de que al corromperse no contaminase el aire de la comarca, fue menester que tiraran de él al mismo tiempo ocho yuntas de bueyes.

En la misma Crónica de Mileto y en la citada *Historia Tripartita* se refiere este otro episodio ocurrido también por entonces: El diablo, haciéndose pasar por Moisés, se presentó en Creta al frente de multitud de judíos procedentes de muy diversas regiones y reclutando a otros muchos más los condujo a la cima de un monte, los colocó al borde de de un precipicio a la vera del mar y les dijo:

—Arrojaos todos al agua conmigo. No tengáis miedo. Yo haré que no os mojéis y os llevaré a pie enjuto a la tierra de promisión.

Parece ser que el diablo trataba de vengarse de todo el pueblo judío, movido por la rabia que le produjo el hecho de que un hombre de esta raza vendiera en Jerusalén a Eudoxia las cadenas de san Pedro, de donde se siguió posteriormente la sustitución de la fiesta en honor de Octavio por la del apóstol. Hay motivos para pensar así, porque en aquella ocasión fueron muchísimos los judíos que murieron al arrojarse todos juntos al mismo tiempo desde el precipicio del acantilado hasta el mar. Por la parte en que se lanzaron al agua, el monte formaba una especie de plano inclinado y, al tirarse todos a la vez, cayeron sobre las rocas envueltos unos con otros; los que iban rodando delante, quedaron destrozados por las escarpaduras de las rocas; los que iban detrás, al rebotar sobre los delanteros, de rebote en rebote fueron a dar al agua de modo que todos ellos perecieron, o estrellados contra las piedras, o ahogados. Esta escena la repitió el diablo varias veces con la misma suerte para él e infortunio para las engañadas víctimas, de las cuales solamente se salvaron algunas, gracias a que al llegarles el turno de arrojarse al agua advirtieron las señas que desde abajo les hacían unos pescadores y oyeron los gritos que éstos les daban, diciéndoles que no se tiraran porque se matarían como se habían matado los de las tandas anteriores, cosa que ignoraban los que permanecían aún en la cima a la espera de arrojarse. Por cierto que muchos de los que atendieron al aviso de los pescadores y no se tiraron, al descubrir la trampa que el demonio les había tendido se convirtieron al cristianismo.

Cuarta. Ocasión de impetrar nuestra liberación de perniciosas ligaduras espirituales.

Veamos finalmente el motivo por el cual, según algunos, fue instituida esta festividad.

Había recibido Pedro del Señor la facultad de atar y desatar; fue por tanto conveniente que el mismo Señor, de modo milagroso, lo liberara de las cadenas con que lo habían amarrado. Nosotros, ligados con las ataduras de nuestros pecados y necesitados de vernos libres de ellas, honramos al apóstol en esta festividad conmemorativa de su liberación, para que él, que mereció ser liberado de sus cadenas y agraciado por Jesucristo con la potestad de librar a otros, venga en nuestra ayuda y rompa los perniciosos lazos con que estamos maniatados.

Que esta cuarta razón, aunque la hayamos mencionado en último lugar, ha influido en la institución de esta fiesta, puede verlo o podrá verlo cualquiera meramente con reparar en el contenido de la epístola, del evangelio y de la oración de la misa de este día. Efectivamente: la epístola está tomada del capítulo del libro de los *Hechos* en el que se refiere la liberación de san Pedro de sus cadenas; el evangelio nos recuerda la potestad de atar y desatar que al apóstol le fue concedida por el Señor; y en la oración pedimos al santo que

venga en nuestro socorro y nos libre de las ataduras de nuestros pecados.

Poder de las llaves llamamos comúnmente a esta facultad liberadora otorgada por el Señor a san Pedro. Este poder es tan grande, que el apóstol, usando de él, ha conseguido en algunas ocasiones librar del infierno a ciertas personas condenadas. Vamos a aducir aquí, como prueba de esto, un caso tal como se encuentra referido en el libro titulado *Milagros de la Santa Virgen.*

En el monasterio de san Pedro de la ciudad de Colonia, un monje que llevaba una vida disoluta, deshonesta y lasciva, murió de repente. Cuando le estaban juzgando, se presentaron ante el tribunal los demonios y le acusaron de innumerables y diversos pecados cometidos por él durante su vida. «Yo soy la codicia —decía uno de los diablos—, y te acuso de que infinidad de veces, inducido por mí, traspasaste los mandamientos divinos». Otro gritaba: «Yo soy la vanidad, y declaro que bajo el efecto de mis seducciones te condujiste ante los hombres con presunción y jactancia». Otro añadía: «Yo soy la mentira, y certifico que en tales y cuales ocasiones faltaste a la verdad». En términos parecidos fueron acusándole los demonios de los pecados cometidos por el religioso. Después de ellos alzaron sus voces algunas virtudes, manifestando que el monje a quien se estaba juzgando había hecho también determinadas obras buenas. Una de ellas dijo: «Yo soy la obediencia, y afirmo que alguna que otra vez obedeciste a tus superiores». Otra certificó: «Yo soy la salmodia litúrgica, y hago constar que durante tu vida has cantado muchos salmos en honor de Dios». A esto se redujo la defensa que las virtudes hicieron del reo; pero, cuando ellas terminaron, alzóse san Pedro, titular del monasterio al que había pertenecido el difunto, e intercedió por él ante el Señor. Jesucristo respondió a Pedro: «Recuerda estas palabras que yo mismo puse en labios del salmista: *¡Señor!, ¿quién habitará en tus tabernáculos? Sólo quien durante su vida hubiese vivido sin mancha y santamente.* ¿Cómo, pues, pretendes que entre en esa morada este hombre que ni ha vivido sin mancha ni se ha conducido honorablemente?» San Pedro comprendió que lo que Jesucristo decía era irrefutable; pero no se desanimó, sino que inmediatamente acudió a la Virgen Madre y le refirió lo que estaba ocurriendo con aquel monje y lo que Jesucristo acababa de recordarle. La Virgen, al punto, se presentó ante su Hijo, intercedió por el monje y obtuvo para él la gracia de que retornase a la vida durante algún tiempo a fin de que pudiese hacer penitencia por sus pecados. Entonces san Pedro, mostrando a los demonios la llave que tenía en una de sus manos, los obligó a huir de allí. Seguidamente, dirigiéndose a otro religioso del mismo monasterio que ya moraba en la bienaventuranza, le dijo: «Hazte cargo del alma de este monje, hermano tuyo, y tórnala a su cuerpo». El religioso hizo lo que san Pedro le ordenó, y en el momento de resucitar al difunto le advirtió: «Vuelve a la vida, regresa al monasterio; en compensación de esta gracia que se te hace, recita todos los días el salmo *"Miserere"*; procura mantener limpia la sepultura en que yace mi cuerpo; bárrela a menudo con una escoba». El resucitado, en cuanto recobró la vida, refirió a la comunidad cuanto le había ocurrido durante el tiempo en que había estado muerto.

Capítulo CXI

SAN ESTEBAN, PAPA

Por las muchas conversiones que con su predicación y ejemplar conducta hacía entre los gentiles, y por las obras de piedad que practicaba, principalmente enterrando a los muertos, el papa san Esteban fue muy perseguido por Valeriano y Galieno. Estos dos emperadores, el año 240, pusieron gran empeño en apoderarse del santo pontífice y de sus clérigos para obligarles a que adoraran a los dioses, con amenazas de someterlos a espantosas torturas si se negaban a ello. A fin de conseguir más fácilmente su captura publicaron un

bando en el que hacían constar que quienes ayudaran a localizarlos serían recompensados con los bienes que se incautaran a los detenidos. El bando dio resultado. Poco después de su publicación cayeron en poder de los esbirros diez clérigos, y los diez, inmediatamente, sin juicio de niguna clase, fueron degollados. Al día siguiente fue apresado el papa san Esteban y conducido al templo de Marte, en donde bajo pena de muerte trataron de coaccionarlo para que quemara incienso en honor del falso dios. El santo, al penetrar en el templo, pidió al Señor que destruyese el edificio, y al instante el templo se desplomó y quedó casi enteramente en ruinas. Este accidente produjo tal confusión y espanto entre el público, que la gente, aterrorizada, huyó precipitadamente. Al amparo del tumulto que se formó huyó también san Esteban y se refugió en el cementerio de santa Lucía. Enterado Valeriano de que el papa había desaparecido, envió en su busca un número mucho más cuantioso de soldados que los que lo habían capturado la vez anterior. Diciendo misa estaba el santo cuando sus perseguidores lo encontraron. El los vio, pero haciendo caso omiso de su presencia prosiguió la celebración sin miedo alguno y con suma devoción. Cuando terminó, se sentó en un trono que había al lado del altar; los esbirros se acercaron y, allí mismo, sin que él pusiera la menor resistencia, lo degollaron.

Capítulo CXII

LA INVENCIÓN DE SAN ESTEBAN, PROTOMÁRTIR

Dícese que la invención del cuerpo de san Esteban tuvo lugar el año 417 del Señor y séptimo del emperador Honorio.

Vamos a tratar separadamente del hallazgo de los restos de este santo, de la traslación de los mismos, y de su posterior reunión con los de san Lorenzo.

I. Historia de la invención del cuerpo de san Esteban.

En un lugar próximo a Jerusalén vivía un sacerdote llamado Luciano, calificado por Gennadio, autor del presente relato, como uno de los hombres más ilustres de su tiempo. Un viernes, estando este presbítero acostado en su cama, no del todo dormido pero tampoco enteramente despierto, apareciósele un anciano de elevada estatura, hermoso rostro, luenga y espesa barba, vestido con un manto blanco cuajado de pequeñas cruces formadas por lentejuelas de oro, y calzado con botas doradas de caña alta. El aparecido tocó a Luciano con un báculo que llevaba en la mano y que semejaba ser de oro, y le dijo: «Nosotros fuimos enterrados en sepulcros demasiado viles, inadecuados a nuestra condición. Procura sacar de ellos nuestros cuerpos cuanto antes. Habla con Juan, obispo de Jerusalén y dile que traslade nuestros restos a un lugar más decoroso; lo merecemos. Precisamente atendiendo a nuestras súplicas Dios ha accedido a levantar las penas de desolación y calamidades con que venía castigando al mundo en estos últimos años.»

El presbítero Luciano preguntó al aparecido:

—Señor, ¿quién eres?

El anciano le respondió:

—Soy Gamaliel, maestro del apóstol san Pablo, que sentado a mis pies recibió las lecciones que le di acerca del verdadero significado de la ley. Junto a mí está enterrado san Esteban, a quien los judíos mataron a pedradas, y cuyo cuerpo fue posteriormente arrojado por sus asesinos fuera de la ciudad para que las fieras y aves de rapiña lo devoraran; pero el Señor, por quien este glorioso mártir inmoló su vida y conservó incólume su fe, no permitió que las alimañas profanaran sus restos, y se sirvió de mí para protegerlos; yo, que entonces todavía vivía, me hice cargo de ellos y con suma reverencia los coloqué en un sepulcro nuevo que había mandado preparar para mí a fin de que me enterraran en él cuando la muerte me sobreviniera. En la misma sepultura yace actualmente con nosotros mi sobrino Nicodemo, aquel que fue

una noche a visitar a Jesús. A este sobrino mío le administraron el bautismo Pedro y Juan, después de la pasión del Señor. Los príncipes de los sacerdotes, indignados porque se había hecho cristiano, trataron de matarle; gracias a mí no lo hicieron; pero lo depusieron del cargo que desempeñaba en la sinagoga, le confiscaron todos sus bienes, lo castigaron severamente y lo azotaron y apalearon tan cruelmente que lo dejaron medio muerto. Del suelo lo recogí yo, y, al observar que todavía vivía, lo llevé a mi casa y lo cuidé; pero estaba tan quebrantado por los atroces castigos a que había sido sometido que, a pesar de mis solícitos cuidados, a los pocos días falleció. Yo llevé su cuerpo a la sepultura y lo coloqué a los pies del de san Esteban. En el mismo sepulcro yace junto a nosotros mi hijo y discípulo Abibas, que recibió el bautismo en la misma ocasión en que yo lo recibí. Veinte años tenía cuando se bautizó. De mis propios labios aprendió junto a san Pablo la verdadera interpretación de la ley; virgen era cuando se hizo cristiano, y virgen permaneció toda su vida. Mi otro hijo, Selenías, y mi esposa Aetea se negaron a aceptar la fe de Cristo; por eso sus cuerpos no fueron enterrados junto a los nuestros. Preparadas para ellos tenía yo de antemano sus tumbas; pero, si las abres, comprobarás que están vacías. Selemías y Aetea fueron sepultados en otra parte.

Dicho esto, Gamaliel desapareció.

Cuando Luciano recobró plenamente su lucidez y recordó la aparición habida durante la noche, por mucho que lo intentó no logró salir de dudas; ¿había tenido una verdadera visión, o se trataba de una pesadilla? Para salir de ellas pidió a Dios que si quería que tomase todo aquello en serio, es decir, si había habido aparición auténtica y no se trataba de un mero sueño fantástico, que el anciano se le apareciese de nuevo otras dos veces más.

Al viernes siguiente se repitió el fenómeno. Gamaliel se presentó ante Luciano con el mismo atuendo y en circunstancias similares a las del viernes anterior y le reprendió por no haber hecho lo que en la primera aparición le mandara. El presbítero se excusó diciendo:

—Señor, no es que no haya querido realizar tu encargo; es que he pedido a Dios que, si lo que creí ver la semana pasada lo vi realmente y no fue alucinación de mi fantasía o mero sueño, haga que la aparición se repita dos veces más.

—Ya sé —díjole Gamaliel— que todos estos días has estado preocupado por la idea de cómo podrías, si hallabas nuestros cuerpos, identificar el de cada uno de nosotros, que somos cuatro. Voy a facilitarte el trabajo. Aquí traigo unos emblemas. Son también cuatro. Cada uno de ellos tiene una relación especial suficientemente clara con quienes estamos enterrados en el sepulcro de que te hablé la semana pasada. Utilízalos como símbolos y tu tarea de identificación no implicará dificultades.

Gamaliel, en efecto, llevaba en sus manos cuatro canastillos. Tres eran de oro y uno de plata. De los que eran de oro, uno estaba lleno de rosas rojas y los otros dos de rosas blancas; el de plata, en vez de rosas contenía azafrán.

El anciano, mostrándolos a Luciano, le aclaró:

—Mira. Estos canastillos representan los compartimientos del sepulcro y su contenido hace referencia a nuestros cuerpos. El de oro con rosas rojas simboliza a san Esteban, el único de nosotros que murió mártir. Los otros dos de oro, que contienen rosas blancas, representan a Nicodemo y a mí, porque los dos mantuvimos nuestra fidelidad a Cristo hasta el último momento de nuestras vidas. El de plata, que en lugar de rosas contiene azafrán, corresponde al cuerpo de mi hijo Abibas, que conservó hasta la muerte el candor de la virginidad y salió de este mundo sin haber jamás mancillado la pureza de su corazón.

Tras de esta aclaración Gamaliel desapareció.

Al siguiente viernes presentóse de nuevo ante Luciano. Su aspecto era serio y también esta vez le reprendió aún más severamente que en la ocasión anterior, reprochándole su negligencia y la dilación con que llevaba este asunto.

A la mañana siguiente, Luciano, en cuanto despertó, se fue a Jerusalén, se entrevistó con el obispo Juan y le refirió detalladamente lo relativo a las tres visiones que había tenido. Juan convocó a los demás obispos de la comarca y todos juntos se dirigieron con Luciano al sitio que a éste le había indicado Gamaliel. Apenas comenzaron a cavar, la tierra se agrietó. Los asistentes advirtieron que por entre las grietas salía un aroma exquisito. Entre las muchas personas que se hallaban presentes había setenta hombres enfermos aquejados de diferentes dolencias y los setenta quedaron repentinamente curados de sus respectivas enfermedades al aspirar la suavísima fragancia que brotaba de la tierra removida. Los cuerpos de los cuatro santos, una vez exhumados, fueron llevados procesionalmente entre cánticos y aclamaciones a Jerusalén y coloca-

dos en la iglesia llamada de Sión, en la que san Esteban había ejercido su ministerio de diácono. Tan pronto como la procesión de las sagradas reliquias entró en el mencionado templo, comenzó a llover torrencialmente y cesó la pertinaz sequía con que el Señor venía castigando desde tiempos atrás a las gentes de aquella región.

También Beda en su Crónica refiere la historia de estas apariciones y el hallazgo de los cuerpos de los cuatro santos.

Aunque la invención de los restos de san Esteban ocurrió el mismo día en que se cumplía uno de los aniversarios de su martirio, la Iglesia determinó que ambos acontecimientos se celebrasen separadamente, es decir, en fechas distintas, y dispuso las cosas de esta manera por dos motivos: Primero. Cristo nació en la tierra para que el hombre naciese a la vida del cielo. San Esteban fue el primero que nació a esta vida del cielo al derramar su sangre en defensa del Salvador y morir por El; resultaba, por tanto, muy conveniente que se conmemorase su martirio o, lo que es lo mismo, su entrada en la gloria, a continuación de la conmemoración del nacimiento del Redentor, para poner de manifiesto la estrecha relación existente entre ambos hechos. Por eso la Iglesia colocó la festividad del martirio de este santo, en el día inmediatamente siguiente al de la fiesta de la Natividad del Señor; y por eso también en el oficio litúrgico de san Esteban se canta esta antífona: « Ayer vino Cristo al mundo para que hoy Esteban pudiese entrar en la gloria». Segundo. Los fieles, impresionados por los muchos milagros ocurridos cuando el cuerpo de san Esteban fue encontrado, celebraban la festividad de la invención de sus restos con mucha mayor solemnidad que la de su martirio, cosa manifiestamente inconveniente porque, al ser el martirio del santo asunto de más importancia que el hallazgo de sus reliquias, la conmemoración de su muerte debería hacerse más solemnemente que la de la Invención de su cuerpo. Por eso, la Iglesia, habida cuenta de la reverencia que el tiempo de Navidad inspira a los cristianos, dispuso que la fiesta del martirio de san Esteban se celebrase inmediatamente después de la del nacimiento del Salvador.

II. Traslación del cuerpo de san Esteban.

La historia del traslado de los restos del santo la refiere san Agustín de esta manera:

Alejandro, senador de Constantinopla, fue en cierta ocasión a Jerusalén acompañado de su esposa, e hizo construir en la ciudad santa un riquísimo oratorio en honor del protomártir san Esteban, de quien era muy devoto, disponiendo además en su testamento que, cuando él muriera, su cadáver habría de ser sepultado a la vera del cuerpo del santo. Posteriormente falleció Alejandro, y, de acuerdo con sus disposiciones testamentarias, fue enterrado al lado de san Esteban. Siete años después de la muerte del senador, su viuda Juliana, cansada de soportar la poca consideración con que las autoridades de Jerusalén la trataban, decidió regresar a su tierra llevándose con ella el cuerpo de su difunto esposo. En principio, el obispo se opuso al traslado de los restos de Alejandro, pero al cabo accedió a ello, vencido por las reiteradas súplicas de Juliana. Abierto el mausoleo quedaron al descubierto dos arcones de plata. Entonces el obispo dijo a la viuda:

—Aquí hay dos féretros exactamente iguales. Yo no sé cuál de ellos corresponde a tu marido.

—Pero yo sí lo sé —repuso Juliana, arrojándose emocionada sobre el arcón en el que se contenía el cuerpo de san Esteban.

Como Juliana se equivocó de féretro, el cuerpo del santo protomártir fue llevado a Constantinopla en lugar del de Alejandro. Durante el traslado ocurrió lo siguiente: al poco rato de que el barco en el que viajaba la viuda con el arcón iniciara su marcha sobre el agua, el aire se llenó de fragancias exquisitas y de dulcísimos sonidos de melodías entonadas por los ángeles. Mas he aquí que de pronto una turba de demonios rodeó la nave y empezó a gritar: «¡Ahí va el protomártir Esteban! ¡Ay de nosotros! ¡A medida que este navío avanza con los restos del santo a bordo, el ardor del fuego con que somos atormentados se hace más y más insoportable!». Poco después los diablos desencadenaron una horrorosa tempestad con intención de provocar el naufragio del barco. Los marineros, viéndose en tan gran peligro, invocaron a san Esteban. Este inmediatamente se les apareció y les dijo: «Aquí estoy; no tengáis miedo». En aquel mismo momento la tempestad cesó, y repentinamente las aguas del mar se sosegaron. Los diablos, derrotados por el prodigio, tornaron a gritar y a decir: «¡Satanás, príncipe impío! ¡Incendia el barco! ¡Quémalo, porque a bordo de él va nuestro enemigo san Esteban!» Satanás en seguida envió cinco demonios que trataron de prender fuego al navío, pero no lo consiguieron porque rápidamente acudió un ángel del Señor, se enfrentó con los incendiarios y los arrojó al fondo del abismo. Al llegar a

Calcedonia nuevamente los demonios tornaron a su gritería diciendo: «En esta nave viene aquel siervo de Dios que fue matado a pedradas por los judíos». Finalmente, nave y pasajeros arribaron a Constantinopla completamente incólumes, desembarcaron, condujeron el cuerpo del santo a una iglesia de la ciudad, y en ella con suma reverencia lo enterraron.

Hasta aquí el relato de san Agustín.

III. Reunión de los restos de san Esteban con los de san Lorenzo.

Este prodigioso hecho ocurrió de la siguiente manera:

Eudoxia, hija del emperador Teodosio, sufría mucho atormentada por el diablo que se había apoderado de ella. Su padre, que se hallaba a la sazón en Constantinopla, al enterarse de lo que a su hija le sucedía envió inmediatamente a Roma a unos emisarios suyos con el encargo de que trajeran a la enferma, pues abrigaba la confianza de que, si la posesa establecía contacto con las reliquias del protomártir san Esteban, quedaría libre del demonio que la atormentaba. Al llegar los emisarios a Roma, el demonio que se había introducido en el cuerpo de Eudoxia empezó a gritar y a decir: «Yo no saldré de aquí hasta que Esteban vuelva a Roma; así lo ha decidido el apóstol». Teodosio, al conocer la noticia de que la curación de su hija dependía de la condición manifestada por el diablo, trató de trasladar a Roma el cuerpo de san Esteban; pero se encontró con la oposición del clero y del pueblo de Constantinopla, quienes dijeron al emperador que no consentirían desprenderse de las reliquias del santo protomártir si no traían en compensación desde Roma a Constantinopla las de san Lorenzo. Teodosio propuso al papa san Pelagio el canje de los restos de un santo por los del otro. El pontífice consultó con los cardenales, y, como estuvieron de acuerdo en que la permuta se hiciera, san Pelagio envió a Constantinopla a algunos miembros del colegio cardenalicio para que se hicieran cargo de los restos de san Esteban y los trajeran a Roma; y a Roma regresaron los cardenales con el cuerpo del santo, acompañados de varios representantes de la iglesia griega comisionados por ésta para que recogieran y trasladaran a Constantinopla las reliquias de san Lorenzo. Pero, al pasar por Capua la comitiva que llevaba a Roma las de san Esteban, los habitantes de la ciudad, que dispensaron a los viajeros y al santo protomártir un solemnísimo recibimiento, rogaron a los cardenales muy encarecidamente que les dejaran como recuerdo algún trozo del cuerpo de san Esteban. Los cardenales, para premiar la devoción de Capua al santo, accedieron a la petición de los capuanos y les regalaron un brazo del protomártir, en cuyo honor los habitantes de la ciudad edificaron en ella un templo que luego fue convertido en iglesia metropolitana.

La comitiva reanudó su marcha, llegó a Roma y trató de introducir el cuerpo de san Esteban en la iglesia de San Pedro ad Vincula para enterrarlo en ella; pero a la misma puerta del templo los portadores del féretro quedaron inmovilizados, cual si de repente sus pies se hubiesen clavado al suelo; por más que intentaban avanzar resultábales imposible dar ni un paso. Entonces, el demonio que estaba dentro de Eudoxia empezó a gritar: «No os empeñéis en introducir al protomártir en este templo, porque vuestros esfuerzos resultarán vanos; san Esteban no quiere ser enterrado aquí, sino junto a su hermano san Lorenzo». Llevaron, pues, al santo a la iglesia en que el otro santo estaba enterrado, y, al llegar a ella, Eudoxia tocó el féretro de san Esteban y quedó repentinamente curada.

Seguidamente se procedió a destapar la sepultura de san Lorenzo para enterrar en ella a san Esteban, y, al acercar los restos de éste al sepulcro abierto, el semblante de san Lorenzo se transformó, comenzó a sonreír y a dar muestras de alegría; luego por sí mismo todo su cuerpo se corrió hacia un lado, como para dejar espacio suficiente para el de su compañero. Antes de que éste fuese inhumado los griegos trataron de exhumar el cadáver de san Lorenzo; pero, al inclinarse sobre la tumba para hacerlo, todos ellos cayeron al suelo desmayados. El papa, el clero y el pueblo oraron y pidieron a Dios que devolviera el conocimiento a los que acababan de perderlo. No obstante, los desmayados no volvieron en sí hasta la hora de vísperas, y por poco tiempo, porque, unos tras otros, todos cuantos habían venido desde Constantinopla a Roma para hacerse cargo del cuerpo de san Lorenzo murieron en el espacio de diez días. En aquella ocasión ocurrió más: todos los latinos que se mostraban conformes con que el cuerpo de san Lorenzo fuese llevado a Constantinopla se volvieron repentinamente locos y no recobraron la razón hasta que ambos santos quedaron enterrados en la misma sepultura. Al concluir de sellar el sepulcro común a ambos mártires, los asistentes oyeron una voz que descendía del cielo y decía: «¡Oh Roma! ¡Dichosa

puedes sentirte de tener reunidos en un mismo mausoleo los cuerpos del español san Lorenzo y del jerosolimitano san Esteban! ¡Qué espléndido regalo te ha hecho Dios!».

Esta reunión se efectuó un 22 de abril, hacia el año 425 del Señor.

En el libro XXII de *la Ciudad de Dios* refiere san Agustín los seis casos siguientes de muertos resucitados por intercesión de san Esteban:

Primero. Un hombre, ya amortajado y con sus manos atadas sobre el pecho, volvió repentinamente a la vida, al invocar quienes velaban su cadáver al santo protomártir.

Segundo. Un niño murió aplastado por las ruedas de un carro. Su madre recogió el cuerpo destrozado de su hijo, lo llevó a la iglesia de san Esteban, y el santo resucitó al pequeño dejándolo al mismo tiempo enteramente curado de todas sus heridas.

Tercero. Una monja fue llevada en estado gravísimo a la iglesia de san Esteban y, nada más llegar, murió; pero, al poco rato, ante la gente que contempló la escena estupefacta, resucitó completamente sana.

Cuarto. En Hipona falleció una muchachita; su padre acudió rápidamente a la iglesia de san Esteban con una túnica de la difunta; seguidamente regresó a casa, extendió aquella túnica sobre el cuerpo de su hija, y ésta resucitó en aquel mismo instante.

Quinto. Un joven que había fallecido, resucitó tan pronto como ungieron su cadáver con óleo del santo.

Sexto. Murió un niño; sus padres tomaron su cuerpo y lo llevaron a la iglesia de san Esteban y pidieron al santo que lo resucitara. Mientras estaban formulando esta petición el pequeño tornó a la vida.

He aquí un pasaje escrito por san Agustín sobre san Esteban:

«Gamaliel, ricamente vestido, reveló el lugar donde estaba enterrado el glorioso protomártir a cuya glorificación contribuyó Saulo guardando las ropas de quienes le apedreaban. Cristo puso de manifiesto el interés que tenía en realzar la conmemoración de este santo, haciendo que su fiesta se celebrase todos los años precisamente en tiempo de navidad, es decir, cuando lo homenajeamos a El envuelto en pañales, y colocando sobre la cabeza de este insigne mártir una corona de piedras preciosas.»

De este santo doctor son también los textos siguientes:

«En Esteban podemos admirar la belleza de su cuerpo, la hermosura de su juventud, la elocuencia de su palabra, la sabiduría de su santísima inteligencia y los efectos de la gracia divina».

«Este hombre fue una robusta columna de Dios. Mientras las manos de los que le apedreaban trataban de reducirlo, actuando sobre él a modo de tenaza, la fe de su alma se encendía más y más; trataban de abatirlo y él se elevaba; intentaban destruirlo y él se engrandecía; querían matarlo y no lo lograban.»

En otro lugar, comentando las palabras *dura cerviz* del libro de los *Hechos,* dice: « No se acobarda, sino que permanece valiente; al no atacar, provoca la rabia de sus verdugos; al no temblar, redoblan ellos su furor... Fíjate en Esteban: es un siervo de Dios, como tú; es un hombre igual que tú; nació de una naturaleza caída, lo mismo que tú; fue redimido con la misma redención con que fuiste redimido tú; actuando como diácono leyó el mismo evangelio que lees u oyes leer tú; en ese evangelio hay un precepto que dice: *amad a vuestros enemigos;* él leyó estas palabras, las aprendió y las llevó a la práctica con espíritu de obediencia».

Capítulo CXIII

SANTO DOMINGO

Domingo, en latín *Domínicus,* de *dóminus,* que significa señor, quiere decir una de estas dos cosas: o *custodio del Señor* o *custodiado por el Señor.* Santo Domingo fue *custodio del Señor* de tres maneras , o sea, en tres planos distintos: en el de sus relaciones con Dios, velando por su honor y por sus intereses; en el de sus relaciones con el prójimo, guardando la viña y apacentando el rebaño de Jesucristo; en el de sus relaciones consigo mismo, cumpliendo la voluntad divina y los divinos mandamientos. Fue *custodiado por el Señor*

también de tres maneras, correspondientes respectivamente a las tres etapas en que se dividió su vida: la de seglar, la de canónigo regular y la de varón apostólico. En la primera de ellas el Señor lo custodió sembrando en su alma excelentes principios; en la segunda, ayudándole a desarrollarlos fervorosamente; en la tercera, coronándolo con la perfección.

Si nos ceñimos a la etimología de la palabra *Domínicus,* como ésta deriva de *dóminus* y dóminus quiere decir señor, Domingo y señor vienen a ser términos equivalentes. Ahora bien, el vocablo *dóminus* proviene o de *do-minas,* o de *do-minus,* o de *do-munus. Do-minas* significa donante de algo ante las amenazas; *do-minus* es igual que donante de menos de lo debido; y *do-munus* equivale a donante de cosas de gran valor. Santo Domingo fue *señor,* o *donante,* de las tres maneras indicadas. Fue donante de algo ante las amenazas, en cuanto que con todo su corazón otorgó el perdón a quienes le injuriaban; fue donante de menos de lo debido, en cuanto que maceró su cuerpo y le concedió siempre mucho menos de lo que sus sentidos naturalmente apetecían; y fue donante de cosas de gran valor en cuanto que, impulsado por su generosidad, no sólo distribuyó entre los pobres cuanto tenía sino que varias veces pensó en venderse a sí mismo para socorrer a prójimos necesitados.

Domingo, ínclito fundador y padre de la Orden de Predicadores, nació en Caleruega, villa perteneciente a la diócesis de Osma y a los reinos de España. Fue hijo de Félix y de Juana. Esta señora, antes de que naciera la criatura concebida en sus entrañas, soñó que llevaba en su vientre un perrillo, que éste sostenía entre sus dientes una tea encendida, y que, una vez nacido, con la luz y la lumbre de aquella tea iluminaba e inflamaba todas las regiones del mundo. También la madrina que lo sacó de pila, cuando lo estaban bautizando creyó ver en la frente de su ahijado una estrella muy brillante que proyectaba claridad sobre todos los países de la tierra.

Siendo Domingo todavía muy pequeñito, tanto que aún permanecía confiado a los cuidados de su nodriza, ésta comprobó al amanecer muchas mañanas que, durante la noche, el niño se había salido voluntariamente de su cuna para dormir acostado sobre el duro suelo de la habitación.

Posteriormente, en vista de su afición a la sabiduría, fue enviado a Palencia a hacer estudios, y en los diez años que en dicha ciudad permaneció no probó el vino.

Por aquel tiempo hubo una general hambre en la comarca y para remediar las necesidades del prójimo vendió sus libros, sus muebles y ajuar, y distribuyó todo su dinero entre los pobres.

Ante la fama de su valía y de sus virtudes, el obispo de Osma lo hizo canónigo regular de su catedral. Los demás canónigos advirtieron en seguida que tenían delante de ellos un espejo en que mirarse y un modelo digno de ser imitado, y, movidos por la admiración y respeto que les inspiraba, lo eligieron subprior del cabildo.

El joven capitular se entregaba de día y de noche, asiduamente, al estudio y a la oración, y cuando oraba solía pedir al Señor que le concediera la gracia de poder dedicarse algún día totalmente a la salvación de sus prójimos. La lectura del libro de las Colaciones de los padres del desierto le fue muy útil y contribuyó en gran manera a que se remontara a las cimas más altas de la perfección.

En cierta ocasión, yendo de viaje con su obispo, al pasar por Tolosa se dio cuenta de que el dueño de la hostería en que se albergaban estaba contaminado por la peste de la herejía; se propuso convertirlo, y, en efecto, lo convirtió a la fe de Cristo y ofreció al Señor la conversión del hostelero como un manojo de mies, a modo de primicias de los grandes frutos que más adelante había de cosechar en tareas apostólicas.

En las *Gestas del Conde Montfort* se lee lo siguiente:

«Un día o una vez, estando Santo Domingo predicando contra la herejía, redactó por escrito los argumentos en que se apoyaba la doctrina que exponía en sus predicaciones; seguidamente entregó el opúsculo a uno de los herejes para que él y sus compañeros de secta lo leyeran y, a la luz de las razones que en el librito se contenían, advirtieran los errores que profesaban. Aquella misma noche el hereje mostró el opúsculo a un grupo de correligionarios que se hallaban sentados alrededor de la lumbre, y entre todos decidieron lo siguiente: arrojar el librito al fuego; si se quemaba, ellos continuarían en la fe de su secta; si no se quemaba, interpretarían el hecho como signo de que la doctrina de la Iglesia Romana que en él se contenía era la verdadera, la abrazarían y se convertirían en defensores y propagadores de la misma. Estupefactos quedaron cuando tras de arrojar a la lumbre el mencionado escrito vieron cómo éste permaneció un buen rato en ella sin quemarse y, al cabo de cierto tiempo, salió de entre las llamas despedido por el aire sin que el fuego hubiese producido en él ni la más leve chamuscadura. Uno de ellos, más empedernido que sus compañeros, les propuso: "Hagamos la prueba de nuevo y veamos si se repite o no

el resultado; de ese modo sabremos mejor a qué atenernos." Echado el opúsculo por segunda vez a la lumbre, nuevamente salió de ella despedido e ileso. "Probemos una vez más", exigió el pertinaz hereje, alegando que si en la tercera experiencia el fenómeno se repetía, no podrían razonablemente dudar de que la doctrina expuesta en el opúsculo era la verdadera. Hízose la prueba por tercera vez y por tercera vez el escrito saltó al aire despedido por las llamas sin la menor quemadura. A pesar de ello los herejes no se dieron por vencidos; permanecieron obstinadamente en su herejía y se comprometieron bajo juramento a no manifestar a nadie lo ocurrido con el opúsculo en aquel conciliábulo nocturno; pero un soldado que simpatizaba con la fe cristiana y había presenciado el milagroso hecho, no se atuvo al compromiso del silencio y publicó lo sucedido».

Este episodio tuvo lugar en Montreal; pero parece que por aquella misma temporada, según algunos autores, se repitió en Fanjeaux, durante la celebración de una controversia solemne y pública que santo Domingo mantuvo con los herejes.

Al cabo de algún tiempo los otros predicadores de la Iglesia que actuaban en la región se retiraron a sus casas, el obispo de Osma murió, y santo Domingo se quedó prácticamente solo al frente de un reducido grupo de colaboradores predicando la palabra de Dios contra los herejes. Estos enemigos de la verdad se mofaban del santo predicador, y le escarnecían, escupiéndole en el rostro, lanzando sobre su cuerpo pellas de barro y otras inmundicias, o atándole a la espalda en plan de befa manojos de heno. Cuando le amenazaban y decían que lo iban a matar, sin inmutarse respondía: «Yo no soy digno de la gloria del martirio; no tengo méritos suficientes para que Dios me conceda ese privilegiado género de muerte». No sólo imperterrito, sino con talante alegre y cantando, pasaba por lugares en los que sabía que sus adversarios le aguardaban o le tenían tendidas asechanzas. En cierta ocasión unos herejes le preguntaron:

—¿No tienes miedo a que el día menos pensado acabemos contigo? ¿Qué harías si te echáramos mano y tratáramos de matarte?

Él les respondió:

—Os pediría que no me quitarais la vida de un solo golpe, sino poquito a poco, cortando mis miembros uno a uno, en pedazos pequeñitos; y que después de que ante mi vista me hubieseis mutilado lentamente, me arrancaseis los ojos y me dejarais abandonado en algún lugar solitario donde nadie pudiera ampararme, para que sin socorro humano alguno mi agonía se prolongase; y, si no quesieseis acceder a esta petición, os diría que me mataseis como mejor os pareciere a vosotros.

Al enterarse en cierta ocasión de que un hombre, para remediar la suma indigencia en que se encontraba, había abandonado la fe cristiana y aceptado la de los herejes, tomó la determinación de venderse como esclavo y emplear el dinero que el comprador le diese por su persona en remediar la probreza de aquel desgraciado y redimirle del error en que había caído. Lo hubiese hecho, pero no fue necesario; la divina providencia evitó que diese aquel paso, acudiendo por otros procedimientos en socorro del renegado y devolviéndole al seno de la Iglesia.

Dispuesto a venderse como esclavo estuvo también otra vez. Una mujer, cuyo hijo se hallaba cautivo en tierra de moros, no teniendo bienes de ninguna clase para rescatarlo, y queriendo reunir los fondos necesarios para hacerlo, se acercó a él llorando y solicitando su ayuda. Tampoco el santo en aquella coyuntura tenía dinero alguno para ayudar a la desventurada madre; pero, dispuesto a socorrerla en tan angustioso trance, le dijo:

—Tranquilízate, mujer; me venderé a un mercader, y lo que él me diere por mí te lo daré a ti para que con ello rescates a tu hijo. Pero tampoco en esta ocasión permitió Dios que hiciese eso, porque lo tenía reservado para que fuese redentor espiritual de innumerables almas cautivas del error.

Estando por tierras de Tolosa hospedado en casa de unas señoras que, edificadas por la austeridad con que vivían los herejes, hallábanse a punto de caer en las redes de la secta, él y sus compañeros, de acuerdo con el refrán que dice que un clavo saca a otro clavo, decidieron ayunar durante toda la cuaresma; y, en efecto, así lo hicieron, alimentándose a lo largo de ella exclusivamente a base de pan y agua fría y pasando las noches en oración sin tomarse más descanso, cuando sentían que sus fuerzas se les agotaban, que el de dormitar unos momentos sobre unas tarimas de desnudas tablas. Impresionadas por tan dura y prolongada penitencia, las señoras aquellas desistieron de sus propósitos y aceptaron como verdadera la doctrina que el santo predicaba.

Poco después de esto comenzó a poner los fundamentos para la institución de una Orden que se

dedicase por oficio a predicar en el mundo entero la verdad y a defender la fe católica de los ataques de los herejes.

A los diez años de la muerte del obispo de Osma, los mismos que llevaba él evangelizando las tierras tolosanas, supo que iba a celebrarse en Letrán un concilio. Llegado el momento oportuno, se fue a Roma para asistir a él con el obispo Fulco, se entrevistó con el papa Inocencio y le pidió que en nombre propio y en el de sus sucesores en el pontificado confirmase el instituto que había fundado, manifestándole su deseo de que se llamase y fuese Orden de Predicadores. El papa en principio mostróse reacio a la petición del fundador; mas una noche, por entonces, soñó que la iglesia de Letrán amenazaba ruina y comenzaba a cuartearse, cuando parecía que iba a venirse abajo, aquel varón de Dios, Domingo, acudía corriendo, apoyaba sus espaldas contra los muros, aguantaba con sus hombros la inclinación de las paredes, y evitaba el derrumbamiento del edificio. El pontífice, al despertar y recordar el sueño habido durante la noche, entendió lo que Dios a través de él había querido manifestarle; tomó en cuenta la petición que el santo varón le había hecho, y de muy buena gana le dijo que cuando volviese junto a sus religiosos les señalase algunas de las Reglas aprobadas por la Iglesia y que tornase a Roma a comunicarle cuál de esas Reglas había sido la adoptada para proceder de seguida a la confirmación de su Orden. Domingo regresó a las tierras tolosanas, refirió a sus hermanos lo que el papa le había dicho, y los más o menos dieciséis religiosos que a la sazón constituían el nuevo instituto, tras de invocar la ayuda del Espíritu Santo, decidieron por unanimidad asumir la Regla de san Agustín, doctor y predicador eminente, y consagrarse como él, de por vida, al ministerio de la predicación. Igualmente acordaron añadir a la Regla adoptada algunas observancias más austeras que las que ella exigía, y redactar determinadas leyes con carácter de Constituciones.

Entretanto falleció Inocencio y fue elevado Honorio al sumo pontificado. Cuando santo Domingo en 1216 volvió a Roma, reiteró al nuevo papa la petición que al anterior había hecho, y en dicho año Honorio confirmó la nueva Orden.

Estando el santo en Roma, orando en la iglesia de san Pedro y pidiendo al Señor la dilatación de su instituto, vio cómo se acercaban a él los apóstoles Pedro y Pablo y le entregaban el primero un báculo y el segundo un libro mientras ambos le decían: «Ve por el mundo y predica, porque has sido elegido por Dios para ejercer este ministerio». Entonces mismo y por espacio de breves momentos, vio también cómo sus hijos, de dos en dos, se esparcían por toda la tierra y predicaban en todos los países. Esta visión influyó en su ánimo de tal manera, que al regresar a Tolosa dispersó a sus religiosos, enviando a unos a España, a otros a París, a otros a Bolonia. Después de haberlos distribuido, él volvió a Roma.

Algunos años antes de que la Orden de Predicadores se fundara, un monje durante un éxtasis tuvo esta visión: La Bienaventurada Virgen María, con sus manos juntas en actitud de oración, hallábase arrodillada ante su Hijo pidiéndole que tuviera misericordia del género humano. Mediante ademanes, el Hijo daba a entender que no podía acceder a lo que la Virgen le pedía. Ella no obstante seguía insistiendo. Por fin el Señor le dijo: «¡Madre! ¿Crees que puedo o debo hacer más que lo que ya he hecho? Primeramente envié al mundo a los patriarcas y a los profetas y los hombres les hicieron muy poco caso. Posteriormente yo mismo descendí a la tierra; luego les envié a los apóstoles; y ¿qué sucedió? Que tanto a mí como a ellos nos mataron. Después les proporcioné la ayuda de innumerables mártires, confesores y doctores, y ya ves el resultado; pero, en fin, como yo no puedo negarte nada de lo que me pidas, voy a hacer un último intento enviándoles a mis Predicadores para ver si mediante ellos consigo que las conciencias de los hombres se iluminen y sus conductas se enderecen y purifiquen; pero quiero que sepas que ésta será la última oportunidad que les concedo, de manera que, si no la aprovechan, procederé contra ellos».

Una visión semejante a la que acabamos de referir tuvo otro monje, allá por los días en que los abades del Císter andaban por tierras tolosanas impugnando a los herejes. El monje a que ahora aludimos vio exactamente lo mismo que el otro, pero, en el relato en que su visión se narra, el diálogo entre la Virgen y Jesucristo se reproduce más detalladamente. En efecto, según esta narración, la Madre dijo a Jesucristo: «¡Hijo mío! Tú debes obrar atendiendo más a tu misericordia que a la malicia de los hombres». Entonces Cristo, vencido por los ruegos de su Madre, contestó: «Está bien, Madre; voy a acceder a tus deseos; voy a mostrarme una vez más misericordioso con ellos; voy a enviarles a

mis Predicadores para que los adoctrinen y formen rectamente sus conciencias; pero ésta será la última oportunidad con que contarán; si la humanidad no se corrige, no habrá para ella nuevas treguas ni nuevos perdones».

Un hermano de la Orden de los Menores, socio durante varios años de san Francisco, refirió lo siguiente a varios religiosos de la Orden de Predicadores: «Por los días en que santo Domingo estaba en Roma pidiendo al papa que confirmara su Orden, una noche, hallándose el santo en oración, tuvo un éxtasis durante el cual vio a Cristo suspendido en el aire en actitud de arrojar sobre el mundo tres lanzas que tenía en sus manos. De pronto la Virgen, su Madre, acudió corriendo junto a su Hijo y le preguntó: «¡Hijo mío!, ¿qué vas a hacer?».

El le contestó: «Voy con estas tres lanzas a destruir la tierra, porque está corrompida por los tres vicios de la soberbia, la lujuria y la avaricia». Entonces la Virgen se arrojó a los pies de Cristo y le habló de esta manera: «¡Hijo mío queridísimo! Ten compasión de la humanidad y perdónala; aplaca tu justicia con tu misericordia». Cristo replicó: «Pero Madre, ¿es que no ves cómo me ofenden sin cesar?». La Virgen insistió: «¡Hijo mío! Modera tu indignación y espera un poquito más. Mira; voy a proporcionarte un siervo fiel, un intrépido luchador que va a emprender una campaña a tu favor por toda la tierra. El conseguirá vencer al mundo y someterlo a tu dominio. En esta empresa le ayudará un compañero, un siervo tuyo verdaderamente fiel y leal a tu causa, y entre los dos desempeñarán esta importante tarea». Cristo le respondió: «Está bien, Madre; tu presencia y tus palabras me han aplacado. Pero quisiera que me presentaras a esos dos sujetos a que acabas de aludir y a los que quieres encomendar la realización de tan difícil como tascendente misión». Seguidamente la Virgen presentó a santo Domingo ante su Hijo. El Señor, al verlo, hizo este comentario: «En efecto, éste es verdaderamente siervo mío y luchador aguerrido y valiente; estoy completamente seguro de que pondrá gran empeño en hacer lo que has dicho». Seguidamente la Virgen presentó ante su Hijo a san Francisco, y Cristo hizo de él el mismo elogioso comentario que había hecho de santo Domingo. Durante la presentación a que acabamos de referirnos, santo Domingo se fijó atentamente en san Francisco, a quien no conocía porque nunca anteriormente lo había visto. Al día siguiente de la relatada visión, estando santo Domingo en una iglesia, vio en ella a un individuo e inmediatamente, sin necesidad de cambiar palabra alguna con él, lo reconoció: era el mismo sujeto presentado la noche anterior por la Virgen a Cristo. Entonces, sin más, se dirigió a él, lo abrazó, lo besó reverentemente y le dijo: «Tú eres mi compañero; conmigo recorrerás el mundo. Establezcamos entre nosotros un compromiso de colaboración, seamos fieles a él y no habrá adversario que pueda vencernos». Luego santo Domingo refirió a san Francisco detalladamente la visión que la noche antes había tenido. A partir de aquel momento no hubo entre ellos más que una sola alma y un sólo corazón en el Señor. Uno y otro mandaron a sus hijos que pusiesen sumo empeño en que sus respectivas Ordenes viviesen perpetuamente unidas en un abrazo de religiosa amistad.

Un novicio pullés, recibido por santo Domingo en la Orden, inquietado por sus antiguos que le reprochaban que se hubiese hecho religioso, y presionaban sobre su ánimo para que dejara aquel género de vida y volviese al mundo, pidió insistentemente al prior que le devolviera sus ropas de seglar para ponérselas y abandonar el convento. Enterado santo Domingo de que el novicio deseaba irse a su casa, se recogió en oración y encomendó al Señor la solución de aquel asunto. Poco después de que el santo pusiera en manos de Dios este negocio, fuéronle devueltas al novicio sus antiguas ropas. El joven inmediatamente se despojó de su hábito y de las prendas interiores que en el convento usaba; luego se puso su camisa de seglar, mas, apenas se la había puesto, empezó a dar saltos y gritos diciendo: «Me quemo, me abraso, estoy ardiendo, acudid rápidamente y ayudadme a quitarme esta maldita camisa que me está tostando las carnes». Hasta que no vinieron en su auxilio algunos religiosos y le quitaron la camisa que acababa de ponerse, el novicio no logró quedarse quieto. Después prestamente asumió las prendas que un rato antes se había quitado, se puso nuevamente el hábito y totalmente tranquilo reanudó la vida religiosa.

Estando santo Domingo en Colonia, una noche, en seguida de que los religiosos se acostaran, un hermano converso comenzó a ser atormentado por el diablo. Fray Rainiero de Lausana, maestro de los conversos de aquella comunidad, al enterarse de lo que al susodicho hermano le sucedía, se fue a ver a santo Domingo, que estaba orando en

la iglesia del convento, y le comunicó lo que ocurría. El santo dijo a fray Rainiero:

—Traed a ese hermano aquí y ponedlo junto al altar.

Con gran trabajo y enormes dificultades diez religiosos consiguieron bajar al hermano desde su celda hasta el templo conventual, y, cuando el poseso estuvo junto al altar, santo Domingo se acercó a él, se encaró con el demonio y le dijo:

—¡Miserable! En nombre del Señor te exijo que me digas ahora mismo por qué has entrado en el cuerpo de esta criatura de Dios y por qué la haces padecer de esta manera.

El demonio respondió:

—Porque lo merece. Ayer en la ciudad bebió un vaso de vino sin haber pedido antes licencia a su prior para hacerlo, y sin bendecir previamente, como mandan vuestras Constituciones, la bebida que tomó. En el preciso momento en que se disponía a beber yo adopté la forma de mosquito, me dejé caer en el vaso y me tragó envuelto con el vino.

En efecto; el hermano, el día anterior, sin permiso del prior y sin bendición previa, había bebido un vaso de vino.

Apenas el diablo había terminado de manifestar lo que acabamos de decir, se oyó la campana de la comunidad que hacía la primera señal llamando a maitines y, al oírla, el demonio, por boca del poseso exclamó:

—Me voy corriendo. Yo no puedo estar aquí. Los encapuchados están levantándose y antes de que la campana haga la segunda señal comenzarán a entrar en el coro.

Diciendo esto, salió el diablo del cuerpo del hermano y huyó de la iglesia.

De ese modo, con su oración, santo Domingo liberó al hermano converso del demonio que se había introducido en su cuerpo.

Por tierras de Tolosa, cierto día, al cruzar santo Domingo un río se le cayeron al agua unos libros que llevaba bajo el brazo, sueltos, es decir, sin empaquetar y sin caja o bolsa alguna que los protegiera. Tres fechas más tarde fue a pescar por aquella zona un hombre; echó la red; y al advertir que pesaba la alzó muy contento, pensando que acababa de capturar gran cantidad de peces; mas cuál no sería su sorpresa al comprobar que, en lugar de haber pescado peces, había pescado libros. En efecto, lo que la red contenía eran los libros de santo Domingo, que por cierto estaban todos, sin faltar ninguno; y todos ellos enteros, secos y en tan perfectas condiciones cual si, en vez de sacarlos del agua donde habían estado sumergidos tres días, acabara de sacarlos del interior de un armario.

En cierta ocasión salió el santo de viaje con un compañero, y, al llegar a la ciudad a donde se dirigían, como ya era de noche y no los esperaban, el convento estaba cerrado. Para no molestar a los religiosos, que ya se hallaban durmiendo, santo Domingo, en vez de llamar, hizo una breve oración; y acto seguido, sin que las puertas se abrieran, él y su compañero milagrosamente a través de ellas pasaron al interior. Un caso parecido a éste habíale ocurrido ya antes: durante su campaña misionera contra la herejía una noche llegó a una iglesia cuyas puertas estaban cerradas; le acompañaba un hermano converso de la Orden del Císter. Santo Domingo se recogió en oración, rezó interiormente un ratito y de pronto él y el cisterciense se encontraron dentro de la iglesia, y en ella permanecieron orando hasta la mañana siguiente.

Cuando se alojaba en hospederías públicas o en casas particulares, antes de entrar en ellas solía aliviar su sed en alguna fuente que hubiera en el campo. Tomaba esta precaución porque ordinariamente regresaba de sus predicaciones agotado por el intenso trabajo y las largas caminatas, sumamente cansado y sediento, y para no escandalizar a sus compañeros de albergue o a las personas que le habían alojado en sus domicilios, ni causarles mala impresión si le veían beber tanta agua, aliviaba su cansancio y reponía sus fuerzas bebiéndola en los manantiales que hallaba por el camino.

Un estudiante de temperamento libidinoso y muy dado a los pecados de la carne, un día de fiesta acudió a oír misa a la iglesia del convento de Bolonia. El celebrante de la misa era precisamente santo Domingo, cuya mano besó devotamente el susodicho joven en el momento del ofertorio, y al besarla notó que de ella procedía una fragancia mucho más exquisita que la de cualquiera de los perfumes que hasta entonces había olido. A partir de aquel momento el estudiante no volvió a sentir ni movimientos ni apetitos lascivos. El que hasta entonces había sido mundano y lujurioso fue en lo sucesivo continente y casto. ¡Oh! ¡Qué pureza tan extraordinaria la de este santo, puesto que bastaba aspirar el maravilloso aroma que de su cuerpo fluía para que quien lo oliera quedara inmediatamente limpio de las horruras depositadas en el fondo de su alma!

Cautivado por el espectáculo que santo Domingo y sus religiosos ofrecían, dedicados plenamente al ministerio de la predicación, un sacerdote decidió pedir el ingreso en aquella Orden tan pronto como dispusiera de un ejemplar del Nuevo Testamento, sumamente necesario para poder predicar. Al poco rato de haber formulado en su interior ese propósito se le acercó un joven que llevaba oculto bajo su capa un Nuevo Testamento y le dijo:

—Vendo este libro; ¿quieres comprármelo?

El sacerdote, al examinar el libro y ver que se trataba precisamente de algo que él deseaba tener, lleno de alegría se lo compró. Pero después de haberlo comprado comenzó a vacilar: no estaba seguro acerca de si debería o no llevar adelante su idea de hacerse religioso de aquella Orden de Predicadores. Para salir de dudas se encomendó al Señor, trazó sobre el libro la señal de la cruz, lo abrió al azar, y los primeros renglones con que sus ojos se toparon fueron los correspondientes al versículo veinte del capítulo décimo de los *Hechos de los Apóstoles;* los leyó y vio que decían: *«Ahí están unos hombres que te buscan; levántate, pues, baja y vete con ellos sin vacilar, porque los he enviado yo».* Estas palabras dichas por el Espíritu Santo a Pedro, se las apropió, pues entendió que también el divino Espíritu a él en aquella ocasión se las decía, y, sin dudarlo más, se fue en busca de santo Domingo y se unió a él y a sus religiosos.

En la ciudad de Tolosa había un eminente profesor de Teología, famoso por su ciencia. Una mañana antes de amanecer hallábase el susodicho doctor sentado a su mesa de estudio, preparando las lecciones que aquel día tendría que explicar a sus alumnos. De pronto, acuciado por el sueño, apoyó sus brazos sobre el escritorio, reclinó en ellos su cabeza y se quedó dormido; y soñó lo siguiente: siete estrellas se acercaban a él, que, admirado al verlas llegar, se preguntaba interiormente: ¿por qué vendrán hacia mí estas siete estrellas? Mientras se hacía esta pregunta quedó aún más admirado al observar cómo las siete estrellas comenzaban a crecer en tamaño y en intensidad de luz, y a despedir tales destellos, que al poco rato el mundo entero quedó tan iluminado como si en todo él al mismo tiempo fuese mediodía. Momentos después el profesor despertó, pero despertó tan intrigado por la significación que pudiera tener lo que acababa de soñar, que no se le iba de la cabeza lo que en el poco rato que estuvo dormido había soñado. En seguida, advirtiendo que era llegada la hora en que debería salir de su estudio para trasladarse al aula en que diariamente dictaba sus clases, se dirigió hacia ella, y, apenas se había sentado en su cátedra, entró en el local santo Domingo acompañado de seis religiosos de su mismo hábito, y le manifestó que quería que se hiciese cargo de la formación teológica de aquellos seis nuevos alumnos. Inmediatamente, el doctor entendió que las estrellas que había visto en su reciente y breve sueño simbolizaban a los frailes de aquella nueva Orden.

Estando en Roma el santo varón de Dios Domingo, llegó a la ciudad el maestro Reginaldo, deán del cabildo de san Aniano de Orleáns y profesor de derecho canónico en París desde hacía cinco años; pero llegó meramente de paso, pues tanto él como su obispo, en cuya compañía había hecho una breve escala, deberían continuar su viaje por mar. Desde hacía algún tiempo venía el maestro Reginaldo acariciando la idea de retirarse del mundo y dedicarse a la predicación; pero no veía claro cómo ni cuándo ni dónde había de llevar a cabo la realización de sus deseos. Hablando de esto uno de aquellos días con un cardenal, díjole éste que recientemente se había fundado un instituto con el nombre de Orden de Predicadores y que su fundador se hallaba a la sazón allí, en Roma. Reginaldo buscó a santo Domingo, se entrevistó con él, le abrió su corazón, le manifestó sus propósitos, y en la entrevista quedó concertado entre ambos el ingreso del maestro y canónigo en la referida Orden. Pocos días después de que el ingreso se efectuara, Reginaldo cayó gravemente enfermo con fiebres tan intensas que no había esperanza humana de que pudiera recuperarse. Santo Domingo oró intensamente por él, rogando a la Santísima Virgen, bajo cuyo patrocinio y patronato había puesto su Orden, que devolviera la salud al enfermo y le conservara la vida siquiera durante algún tiempo. La Virgen María, acogiendo favorablemente la petición del santo, inmediatamente se presentó en forma visible ante Reginaldo, acompañada de dos bellísimas doncellas. El enfermo, a pesar de la gravedad de su estado, conservaba plenamente su conocimiento y lo empleaba en prepararse para la muerte que, según él y los demás creían, iba a llegar de un momento a otro. La Virgen miró dulcemente al moribundo y en seguida le dijo: «Pídeme lo que quieras, porque cualquier cosa que me pidas te la concederé». Reginaldo interiormente comenzó a pensar en varias cosas para

elegir entre ellas la que debería constituir el objeto de su petición. Entonces una de las doncellas le sugirió: «*Ponte en manos de nuestra misericordiosa* Reina; no le pidas nada en concreto; dile sencillamente que sea ella quien decida y que tú aceptarás de buen grado lo que quiera concederte». Eso fue lo que Reginaldo manifestó a la Virgen. Seguidamente la Señora con un óleo santo que consigo llevaba ungió con sus propias manos virginales los sentidos del enfermo, sus oídos, su nariz, las palmas de sus pies y de sus manos, pronunciando en cada unción la fórmula litúrgica adecuada. Al ungirle en sus costados dijo: «Que tus riñones queden santificados y ceñidos con el cíngulo de la castidad». En la unción de sus pies pronunció estas palabras: «Que estos pies queden ungidos para que lleves por el mundo el evangelio de la paz». Terminada la ceremonia, la Señora manifestó al enfermo: «Dentro de tres días te enviaré un medicamento que te devolverá completamente la salud». Acto seguido le mostró un hábito y le dijo: «Ahí tienes el hábito de los religiosos de esta Orden».

La escena que acabamos de referir la contempló santo Domingo desde la iglesia del convento en donde a la sazón se hallaba sumido en profunda oración. A la mañana siguiente, en cuanto amaneció, acudió a la celda de fray Reginaldo, lo encontró muy mejorado, casi sano del todo, y de sus propios labios oyó el relato de lo que durante la noche le había ocurrido.

A partir de entonces se suprimió en la Orden el uso de las sobrepellices que los religiosos venían usando, y de ese modo sus hábitos quedaron ajustados al modelo que la Virgen María mostró a fray Reginaldo.

Tres días después la Madre de Dios se presentó de nuevo en la celda del enfermo, ungió otra vez su cuerpo y lo dejó repentinamente limpio de las fiebres que le aquejaban; mas, no sólo le hizo este favor, sino que lo tornó inmune contra todo tipo de concupiscencia. El propio fray Reginaldo manifestó posteriormente que desde que la Virgen ungiera sus sentidos con aquel maravilloso óleo no había vuelto a sentir jamás ni el más leve asomo de tentación libidinosa.

La aparición de la Virgen a fray Reginaldo, ya lo hemos dicho, fue vista por santo Domingo desde la iglesia, mientras permanecía en oración; pero fue contemplada también desde muy lejos por un religioso de la Orden de los Hospitalarios. Este religioso quedó estupefacto al ver con sus propios ojos y a tanta distancia lo que estaba viendo, y él mismo, después de muerto fray Reginaldo, refirió a santo Domingo y a otros muchos frailes cuanto en aquella ocasión había visto.

Tras de su milagrosa curación fray Reginaldo fue enviado al convento de Bolonia, en donde se dedicó asiduamente al ministerio de la predicación e incorporó a la comunidad a gran número de nuevos religiosos. Posteriormente fue destinado a París, en donde al poco tiempo de su llegada se durmió en el Señor.

Un joven, sobrino de don Esteban, cardenal de Fosanova, fue sacado muerto del fondo de una sima a la que había caído juntamente con su caballo desde lo alto de un precipicio. Santo Domingo, ante cuya presencia llevaron el cadáver del difunto, oró sobre él, le devolvió la vida y lo dejó tan entero y sano como estaba antes de sufrir el accidente.

En cierta ocasión estábanse haciendo unas reparaciones en la cripta de la iglesia de san Sixto. De pronto se desplomó el techo, y el arquitecto encargado por los religiosos de dirigir las obras quedó aplastado y muerto bajo los escombros que cayeron sobre su cuerpo. Cuando, tras de ingente esfuerzo se logró recuperar su cadáver, santo Domingo oró sobre él y, sin otros recursos que los de la gracia de Dios obtenida por sus oraciones, instantáneamente lo resucitó y lo dejó completamente sano y sin la menor señal de las heridas que le habían causado la muerte.

En el mismo convento de san Sixto el santo realizó este otro prodigio: Un día a la hora de la comida hallábase la comunidad sentada en el refectorio. En toda la casa no había más que un simple pedazo de pan. Santo Domingo dijo al refitolero que partiera aquel pedazo de pan en tantos trocitos como religiosos había en el convento, y que sirviera el correspondiente trocito a cada uno de ellos. Estos eran unos cuarenta. Efectuado el reparto, se bendijo la mesa. Los frailes tomaron el trocito de pan que el refitolero había colocado sobre la mesa frente a cada uno de ellos, y comenzaron a comerlo gozosamente. En esto entraron por la puerta principal del refectorio dos jóvenes vestidos ambos de la misma manera y llevando pendientes de sus cuellos sendas bolsas de gran tamaño llenas de panes; avanzaron en silencio hasta la presidencia, ocupada por santo Domingo, dejaron delante de él sus respectivos cargamentos y, sin decir palabra, salieron del comedor por la misma

puerta por la que habían entrado. Nunca se supo ni quiénes eran aquellos jóvenes ni de dónde habían venido ni a dónde regresaron. El santo ordenó al refitolero que distribuyera los panes recién traídos por las mesas, y luego, dirigiendo sus manos hacia aquella abundancia de pan, dijo a los religiosos: «Ahora, hermanos míos, comed cuanto queráis».

Un día, yendo santo Domingo de camino, comenzó a llover torrencialmente. Para protegerse de la lluvia el santo trazó en el aire la señal de la cruz, y entonces, como si la santa señal que acababa de trazar se hubiese convertido en un toldo protector, ni sobre él ni sobre su compañero ni en tres codos alrededor de ellos cayó una sola gota de agua, pese a que continuaba lloviendo tan intensamente que el suelo, incapaz de absorber tan imponente diluvio, se convirtió en una inmensa charca, a excepción de la superficie que ellos caminando pisaban, que continuaba seca y enjuta.

En otra ocasión tuvo que utilizar una barca para cruzar un río en la región tolosana; al llegar a la otra orilla el barquero le pidió un denario por el servicio que le había prestado. El santo varón de Dios, como siervo del Señor no llevaba consigo ni dinero alguno ni cosa de valor que darle, y así lo manifestó al barquero, indicándole que el favor que acababa de hacerle no quedaría sin recompensa en el reino de los cielos. Pero el barquero, asiendo con sus manos la capa de santo Domingo, le dijo:

—O me das el denario que te he pedido o te quedas sin tu capa.

Entonces el santo alzó sus ojos al cielo, oró unos instantes y al momento, a la vera del río, sobre la hierba surgió repentinamente, por disposición divina, un denario. Santo Domingo, al ver la moneda, dijo al barquero:

—Mira, hermano; ahí tienes lo que pides, cógelo y déjame ir en paz.

Otra vez, yendo el varón de Dios de viaje, por el camino unióse a él un religioso cuya compañía le resultó sumamente grata por las muchas virtudes que en él se adivinaban; pero, como hablaban en distinto idioma, no podían entenderse entre sí, y esta circunstancia les impedía mantener provechosas conversaciones. Santo Domingo pidió al Señor que les permitiera comprenderse mutuamente aunque cada uno de ellos utilizase su respectivo lenguaje. El Señor concedió al santo lo que le había pedido, y a partir de entonces, durante los tres días que siguieron caminando juntos, se entendieron perfectamente a pesar de que cada cual seguía expresándose en su propio idioma.

En una ocasión llevaron ante él a un hombre poseído por muchos diablos. El santo púsose sobre su hábito una estola y luego con uno de los extremos de la misma rodeó el cuello del endemoniado, mientras ordenaba a los demonios que dejaran en paz a aquel individuo y no volvieran a molestarle. Pero los demonios, desde el interior del poseso, comenzaron a gritar y a decir:

—Déjanos salir de aquí; ¿por qué nos sometes a este tormento?

El santo les contestó:

—Si me traéis a alguien que responda por vosotros y me garantice que no volveréis a molestar a este hombre, os dejaré escapar.

Ellos replicaron:

—Nos pones una condición imposible. ¿A quién podríamos presentar como fiadores nuestros?

Santo Domingo les respondió:

—A los santos mártires cuyas reliquias se conservan y veneran en la iglesia de este pueblo.

Los demonios replicaron de nuevo:

—Lo que dices no tiene sentido. Esos no pueden responder de nosotros. ¿No te das cuenta de que sus vidas y las nuestras están en contradicción.

—Pues si no me los traéis como fiadores vuestros —díjoles santo Domingo— ni os permitiré salir de este hombre ni os veréis libres de los tormentos que actualmente padecéis.

Los diablos pidieron al santo que les concediera el tiempo necesario para gestionar el asunto con los santos mártires. Santo Domingo se lo concedió, y al cabo de un breve rato los demonios le manifestaron:

—A pesar de nuestra indignidad los santos mártires han accedido a ser nuestros fiadores.

—Dadme una prueba —exigió el santo— de que es verdad eso que decís.

Los demonios contestaron:

—Id todos los que estáis aquí a la iglesia, revisad la urna en que se hallan las reliquias de los mártires y veréis cómo la urna se encuentra en posición invertida.

Santo Domingo y cuantos allí estaban fueron a la iglesia y vieron que, en efecto, la urna de las reliquias estaba en la posición que los demonios habían dicho.

Un día, estando el santo predicando, se acerca-

ron a él unas mujeres depravadas por la herejía, se arrojaron a sus pies y exclamaron:

—¡Oh siervo de Dios! Si todo eso que dices en tus predicaciones es verdad, resulta que el demonio desde hace tiempo nos mantiene ciegamente sumidas en el error.

El santo les contestó:

—Sed valientes. Esperad un momento. Quiero que veáis al señor a quien habéis estado sirviendo.

De pronto, de en medio de ellas surgió un gato horrible, tan grande como un enorme perro; de sus ojos saltones brotaban llamas; de su boca salía una lengua sanguinolenta muy ancha y tan larga que le llegaba al ombligo; movía sin cesar un rabo muy corto, y cada vez que lo levantaba dejaba al descubierto la horrenda fealdad de sus partes traseras, de las que fluía un hedor insoportable. El repugnante bicho dio unas cuantas vueltas alrededor de las espantadas mujeres; luego, de un brinco, alcanzó la cuerda de la campana, trepó por ella hasta el campanario, y desapareció despidiendo un olor pestilencial. Las mujeres aquellas, impresionadas por lo que acababan de ver, dieron gracias a Dios y se convirtieron a la fe católica.

Unos cuantos herejes, obstinados en su herejía a pesar de que santo Domingo les había demostrado que la doctrina que profesaban era herética, iban a ser quemados. Este episodio ocurrió en tierras de Tolosa. Cuando todo estaba dispuesto para que los condenados fuesen introducidos en la hoguera, el santo se acercó a ellos, separó del grupo a uno, llamado Raimundo, lo llevó ante los jueces que habían dictado la sentencia, y les dijo:

—No permitáis que éste sea quemado.

Seguidamente, volviéndose hacia el hombre cuyo indulto solicitaba, le anunció con muy dulces palabras:

—¡Hijo mío, yo sé que todavía tardarás en convertirte; pero sé también que algún día lo harás y llegarás a ser bueno y santo.

El hombre aquel, que en efecto fue indultado, permaneció aún veinte años en la herejía, pero al cabo de ese tiempo abrazó la fe católica, entró en la Orden de Predicadores y vivió santamente en ella hasta el final de su vida.

El siguiente caso ocurrió en España. Estando el santo platicando con un grupo de religiosos recientemente recibidos por él en la Orden, vio de pronto cómo surgía en medio de ellos un ferocísimo dragón con sus fauces abiertas, en actitud de devorarlos. El santo comprendió al instante lo que aquella visión significaba; continuó, pues, su plática e insistió en animar a aquel grupo de padres y hermanos a que fuesen valientes y a que permaneciesen vigilantes para no dejarse sorprender por el enemigo, que trataría de hacerles caer en sus redes. Algunos días después, todos aquellos novicios, a excepción de uno llamado fray Adán y de dos conversos, abandonaron la Orden. Santo Domingo dijo a uno de los que se habían quedado:

—¿Y tú? ¿No quieres marcharte también?

El novicio le respondió:

—¡Oh padre mío! Dios me libre de apartarme de la cabeza por seguir a los pies.

El santo encomendó asiduamente al Señor a los desertores y poco después casi todos ellos regresaron solicitando su perdón y readmisión en la Orden.

Un día, hallándose el santo en el convento de san Sixto de Roma, movido repentinamente por una inspiración divina mandó tocar a capítulo, y cuando la comunidad estuvo reunida dijo: «Dentro de pocos días dos de los religiosos de esta casa morirán realmente y otros dos espiritualmente». Así sucedió: algunas fechas después de que el santo hiciese este profético anuncio, dos miembros de la comunidad de san Sixto fallecieron y otros dos abandonaron la Orden.

Estando el santo en Bolonia ocurrió este otro caso: Entre los catedráticos de la universidad de dicha ciudad había uno de nacionalidad alemana, llamado el maestro Conrado. Los religiosos Predicadores deseaban vivamente que este hombre de gran valía ingresase en su Orden. La víspera de la Asunción fue a visitar a santo Domingo un gran amigo suyo, el prior del monasterio cisterciense de Casa-María. En un momento de la familiar conversación que entre sí sostenían, dijo santo Domingo al visitante:

—Padre prior, voy a hacerte una confidencia que hasta el presente a nadie he hecho: hasta ahora jamás el Señor me ha negado nada de lo que he pedido. Mientras yo viva no reveles a nadie el secreto que acabo de confiarte.

Comentó el cisterciense que acaso muriera él antes que santo Domingo; pero éste le aseguró que no sería así, sino al contrario, como en efecto sucedió, puesto que el prior de Casa-María murió después que santo Domingo. Pero, continuando su conversación, dijo el cisterciense a su amigo:

—Puesto que Dios te concede cuanto le pides

y tus religiosos tienen tanta gana de que el maestro Conrado ingrese en este convento, ¿por qué no le pides que traiga a tu Orden a este hombre?

El santo le respondió:

—¡Ay, hermano y amigo mío! Eso de que el maestro Conrado quiera venirse con nosotros es un asunto sumamente difícil.

Aquella misma noche, cuando los religiosos, terminadas las Completas, se retiraron a sus celdas para descansar, santo Domingo, como de costumbre, se quedó orando en la iglesia. A la mañana siguiente, estando de nuevo la comunidad en el coro, al iniciarse el oficio de Prima, mientras el cantor entonaba las primeras palabras del himno *Iam lucis orto sidere* (a esta hora del amanecer), los religiosos quedaron sorprendidos al ver cómo el maestro Conrado, que de allí a poco había de ser una nueva estrella rica en rayos de nuevas y claras luces, entraba en el coro, avanzaba decididamente hacia la presidencia, se postraba a los pies de santo Domingo y le rogaba que tuviera a bien admitirlo en su Orden. La insistencia con que el maestro demandaba aquella gracia ponía de manifiesto la firmeza de sus propósitos, por lo cual santo Domingo, aquel mismo día de la Asunción de Nuestra Señora, dio el hábito de la Orden al insigne catedrático de la universidad de Bolonia, y a partir de entonces en la Orden vivió el maestro Conrado, con gran religiosidad, desempeñando en ella con extraordinaria brillantez el oficio de profesor. En el momento de su muerte, creyendo los religiosos que ya había fallecido porque por sí mismo había cerrado sus ojos, quedaron sorprendidos al ver que de nuevo los abría y los miraba a todos fijamente; después de haberlos mirado a todos uno por uno, dijo:

—¡Dominus vobiscum! (El Señor esté con vosotros).

—Et cum spiritu tuo (y con tu espíritu) —contestaron ellos.

Seguidamente el maestro fray Conrado exclamó:

—«Fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace» (Que las almas de los fieles, por la divina misericordia, descansen en paz); —y dicho esto expiró[1].

El siervo de Dios, Domingo, conducíase en todo momento con admirable ecuanimidad; la placidez de su espíritu veíase únicamente alterada por los sentimientos de compasión y de misericordia que los infortunios de sus prójimos le inspiraban. Quien tiene el corazón alegre presenta habitualmente un rostro risueño. De la serena quietud que había en su alma procedía su suave y benigno talante exterior que a todos admiraba. Cuando estaba con sus frailes o en compañía de otras personas, nadie le ganaba en sencillez y simpatía, sin salirse jamás de la más estricta corrección, como tampoco nadie le aventajaba en su entrega a las vigilias y a la oración. Tenía su vida organizada de tal manera, que las horas del día las dedicaba al servicio del prójimo y las de la noche a la conversación con Dios, durante la cual sus ojos se convertían en fuentes de lágrimas. Al celebrar la misa, en los tiempos de la misma en que tenía el cuerpo del Señor en sus manos, casi siempre se quedaba arrobado y en éxtasis, cual si con los ojos de su cara estuviese viendo la realidad física de Jesucristo. Por eso, durante mucho tiempo procuró decir la misa en privado. La costumbre de pasar las noches orando en la iglesia estaba en él tan arraigada, que rara vez y sólo en circunstancias muy excepcionales usó celda alguna en los conventos para dormir. A lo largo de sus habituales vigilias nocturnas en el templo, si en algunos momentos advertía que le resultaba imposible mantenerse despierto porque el sueño que sentía podía más que todos sus esfuerzos, tomábase un breve descanso tendiéndose sobre el duro suelo o apoyando sus brazos en la mesa del altar y reclinando en ellos su cabeza.

Cada noche se daba con sus propias manos tres disciplinas, usando para ello una cadena de hierro. La primera ofrecíala en expiación de sus faltas personales; la segunda, en satisfacción por los pecados cometidos por los vivos, y la tercera como sufragio por las almas del purgatorio.

Según testimonios de diversos autores, fue elegido obispo de Cousserans y de Commingens; pero en una y otra ocasión rechazó ese honor y manifestó que prefería la muerte a aceptar cargos de esa naturaleza.

A quienes le preguntaban que por qué iba a predicar a Carcasona y a tierras de esa diócesis con mayor frecuencia y alegría que a Tolosa o a otros

---

[1] Con las palabras «Fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace», terminan en la Orden Dominicana todos los oficios litúrgicos y actos comunitarios paralitúrgicos, y con ellas quiso el Maestro fray Conrado dar a entender que el oficio de su vida había concluido. *(N. del T.)*

lugares de su comarca, respondía: «Porque en la ciudad y diócesis de Tolosa hay mucha gente que me quiere y atiende, mientras que en Carcasona y en sus alrededores me tienen menos simpatía y me maltratan».

En cierta ocasión alguien le preguntó:

—¿Qué libro es el que más manejas y con mayor frecuencia consultas?

El le respondió:

—El libro de la caridad.

Una noche, estando orando en la iglesia del convento de Bolonia, se le presentó el demonio tratando de hacerse pasar ante él por uno de los religiosos de la casa. El santo, creyendo que en efecto se trataba de un religioso, y viendo que prolongaba demasiado su permanencia en el templo, se acercó a él y le dijo:

—Hermano, necesitas descansar; vete a la cama.

Como el *religioso* acogiera la invitación del santo con risas y señales de mofa, el padre se fue hasta el altar, tomó de él una candela encendida y con ella en la mano regresó a donde el otro estaba para identificar a la luz del cirio al sujeto que de aquel modo había respondido a sus paternales palabras, y, en cuanto acercó la candela a su cara, advirtió que el que parecía religioso no era tal sino demonio. Entonces lo increpó y le ordenó que se marchara de allí. El diablo le replicó:

—Estás faltando al silencio.

—No estoy faltando a nada —aclaró santo Domingo, y añadió: —Soy el Maestro General de la Orden; tengo facultades para dispensar de la ley del silencio a mis religiosos y para dispensarme a mí mismo si las circunstancias lo aconsejaren, y en este caso a mí mismo me dispenso del cumplimiento de esta observancia. Puesto, que estás aquí y quiero saber algunas cosas, vamos a continuar hablando. Dime: ¿en qué clase de faltas sueles hacer caer a mis religiosos en materia de coro con tus tentaciones?

El demonio dijo:

—Consigo que algunos lleguen tarde o que salgan de él antes de lo debido.

El santo llevólo seguidamente al claustro de las celdas y le preguntó:

—Cuando como ahora están acostados, ¿de qué o en qué los tientas?

—Los obligo —respondió el diablo—, a dormir profundamente para que no puedan oír la campana; de ese modo no se levantan y no acuden a los divinos oficios, o se levantan con retraso y llegan cuando el coro ya ha comenzado. Otras veces suscito en ellos pensamientos torpes.

Santo Domingo condujo al demonio al refectorio.

—¿Cómo los tientas en este lugar? —le preguntó.

El demonio empezó a dar saltos por entre las filas de mesas, diciendo repetidas veces:

-Más y menos, más y menos...

Como no dejara de brincar repitiendo constantemente la frase *más y menos,* el santo le apremió para que le declarara el significado de la enigmática frase. El diablo, ante la insistencia de santo Domingo, dijo al fin:

—En este lugar con mis tentaciones consigo que algunos coman más de lo debido y por tanto que incurran en pecado de gula o de inmoderación; a otros los induzco a que coman menos de lo necesario para que se debiliten y no puedan rendir lo que debieran en el servicio de Dios y en los trabajos de la Orden.

Del refectorio pasaron a la sala común de recreación. Al llegar a ella el santo hizo al diablo la misma pregunta que en las otras dependencias, pero, en vez de responder, comenzó el interrogado a gesticular con la boca como si se relamiera, y a producir con su lengua, chasquidos de gusto.

—¿Qué quieres dar a entender con esos gestos? —inquirió santo Domingo.

El demonio le contestó:

—Que este lugar es totalmente mío. Cuando los frailes se reúnen en esta sala de esparcimiento procuro que hablen por los codos, a gritos y todos al mismo tiempo, de cosas que no les van ni les vienen.

Finalmente, el santo llevó al diablo al capítulo, ante cuya puerta el visitante se paró en seco y dijo:

—No esperes que yo entre en este local que es para mí recinto de maldición y un verdadero infierno. Ahí dentro pierdo todo cuanto pueda haber ganado en los otros lugares del convento. Es verdad que en otras partes de la casa consigo que los religiosos incurran en negligencias y los hago caer en algunas faltas; pero luego vienen aquí, las reconocen, se acusan y arrepienten públicamente de ellas, escuchan sin excusarse y sin protestar las proclamaciones que los otros hermanos hicieren en voz alta de las que por respetos humanos u olvido no hubieren declarado, aceptan las amonestaciones, correcciones y penitencias que el prior les

hiciere, y reciben la absolución de los pecados en que hubieren incurrido. Por eso, toda la alegría que yo pudiera tener por haberlos tentado y vencido en otras partes del convento, se me viene abajo y me trueca en rabia en cuanto me acuerdo de que en él existe este lugar que llamáis *capítulo.*

Dicho esto el diablo repentinamente desapareció.

Al acercarse el final de su peregrinación, santo Domingo cayó gravemente enfermo. Estando en el convento de Bolonia se le apareció un joven hermosísimo, se acercó a él y le dijo: «Ven, amigo mío, ven conmigo a disfrutar de los goces eternos». De esta visión dedujo el santo que su muerte estaba muy próxima, y como no quería dejar a sus hijos, los miembros de su Orden, desamparados ni desheredados, convocó junto a su lecho a doce religiosos de la comunidad boloñesa y en presencia de ellos, representantes en tan solemne ocasión de la Orden entera, dictó su testamento espiritual diciendo: «He aquí, hijos míos, la herencia que os dejo: tened caridad, sed humildes, practicad de buen grado la virtud de la pobreza». En esta materia les hizo saber con toda la energía que sus fuerzas le permitían que no quería que nunca, nadie, introdujese en los conventos la costumbre de que las comunidades poseyesen riquezas temporales, amenazando con la maldición de Dios y la suya propia a quienes osasen mancillar la Orden con la lacra de los llamados bienes de fortuna. Los religiosos presentes, al ver que la vida de su padre se extinguía, lloraban amargamente; él entonces trató de consolarlos, y con dulces palabras les dijo: «Hijos míos, no os preocupéis ni os inquietéis porque yo me vaya. Os aseguro que de muerto os seré más útil que si continuara viviendo». Llegado el último instante de su vida, se durmió en el Señor el año 1221.

Fray Guala, prior del convento de Brescia y posteriormente obispo de esta ciudad, tuvo conocimiento de la muerte del santo en el mismo día y en el preciso momento en que ésta ocurrió. Estaba el mencionado religioso en el campanario de la iglesia del convento; de pronto sintióse invadido por una especie de sopor, apoyó su cabeza en uno de los muros de la espadaña y, en aquel estado de somnolencia, vio el cielo abierto y dos escalas blancas que llegaban desde la tierra hasta la puerta del paraíso. En la entrada del mismo hallábase Jesucristo y su Madre, sosteniendo cada uno de ellos con sus manos las dos escalas por las que subían y bajaban presurosamente y con visibles señales de alegría multitud de ángeles. En el suelo, entre ambas escalas, había un estrado y sobre él un trono, y sentado en el trono un religioso vestido con hábito de su Orden y con la capucha calada de manera que, al tener cubierta su cara, no pudo reconocerle. De pronto Jesús y su Madre comenzaron a tirar de las escalas; a medida que lo hacían, el estrado con su trono y el religioso que lo ocupaba subían y subían, y, cuando aquella plataforma llegó a las puertas de la gloria, el religioso, levantándose de su asiento, entró en el paraíso; y en cuanto entró, las puertas del mismo se cerraron. Fray Guala seguidamente se despabiló, y sin pérdida de tiempo se puso en camino hacia Bolonia, y cuando llegó al convento supo que el Padre santo Domingo había expirado el mismo día y a la misma hora en que él tuvo el misterioso sueño que acabamos de referir.

También fray Raón, del convento de Tibur, tuvo conocimiento de la muerte del santo el mismo día en que ésta ocurrió. Sabía él que el padre estaba gravemente enfermo, pero no que hubiese fallecido; poco después de la hora en que santo Domingo había muerto, el mencionado religioso celebró misa, y, al llegar a la parte del canon en que se hace el *memento* llamado de los vivos, intentó pedir a Dios la salud del enfermo; mas al intentar hacerlo quedó arrobado y vio cómo el santo varón Domingo, coronado con una diadema de oro y envuelto en resplandores, salía de Bolonia en compañía de dos personas de muy venerable aspecto, y tomaba un camino tan suntuosamente engalanado cual si lo hubieran preparado para el paso de algún rey. Fray Raón anotó el día y la hora en que había tenido aquella visión y posteriormente comprobó que tal día y tal hora coincidían con la hora y el día en que el alma del bienaventurado padre había salido de este mundo.

Durante algunos años el cuerpo del santo estuvo sepultado en el suelo; pero pasado cierto tiempo, en vista de los milagros que incesantemente se producían por su intercesión, y de que la piedad y devoción de los fieles hacia él crecía de día en día, los religiosos decidieron trasladarlo a un lugar más digno, pues entendieron que la santidad del siervo de Dios no debería seguir manteniéndose oculta. Al levantar la losa que cubría la tumba, tras de quebrar con instrumentos de hierro el cemento que la guarnecía, salió de ella una vaharada de aromas tan suaves, exquisitos e intensos, cual si hubiesen abierto la puerta de un almacén de

perfumes. Los gratísimos efluvios procedentes de la sepultura del santo eran mucho más delicados y agradables que los que suelen emanar de las sustancias olorosas que se usan en perfumería, y emanaban no sólo de sus huesos, sino de todas sus reliquias corporales y de la caja en que sus restos se contenían, y hasta de la misma tierra extraída de la sepultura y de la que en ella quedaba. Parte de esta tierra fue posteriormente llevada a sitios diferentes, a veces muy lejanos, y a pesar de ello continuó despidiendo durante mucho tiempo aquella suavísima fragancia. Incluso ocurrió este curioso fenómeno en las manos de los religiosos que al hacer la exhumación tocaron el cuerpo del santo, o meramente la caja en que fue sepultado, por más que se las lavaran y restregaran, se conservó el agradabilísimo aroma que a ellas se había adherido y no desapareció hasta después de una larga temporada.

En la provincia de Hungría un hombre de elevada condición social acudió con su esposa y un hijo de corta edad a Silón, para visitar las reliquias de santo Domingo que allí se veneraban; apenas había llegado al término de su peregrinación, el niño enfermó y murió. El padre tomó en sus brazos el cuerpo de su hijo muerto, lo depositó sobre la mesa del altar de santo Domingo, y entre lamentos dijo al santo: «¡Oh santo Domingo! ¡Alegre vine desde mi casa a esta iglesia, y triste y desconsolado desde ella regresaré a mi casa! ¡Traje conmigo a mi hijo y tendré que retornar sin él! ¡Devuélvemelo, te lo ruego! ¡Devuélvemelo, te lo suplico, y devuelve de ese modo la alegría a mi corazón!». Nada más terminar de decir esto, el niño resucitó, bajó del altar y comenzó a corretear por el interior del templo.

Un joven, esclavo de una señora, estando pescando en un río se cayó al agua, se ahogó y desapareció arrastrado por la corriente. Cuando bastante después lograron rescatar el cadáver, el ama del ahogado recurrió a santo Domingo pidiéndole que resucitara a su siervo y prometiéndole que, si lo hacía, ella iría descalza a visitar sus reliquias y concedería la libertad al esclavo. Ante numerosas personas que presenciaron estos hechos, apenas la señora hizo esta oración, santo Domingo resucitó al muerto. Posteriormente, la señora aquella cumplió fielmente lo que había prometido.

En la misma provincia de Hungría ocurrió lo siguiente: Murió un joven; su padre, llorando amargamente, rogó a santo Domingo que le resucitara a su hijo. A la mañana siguiente, hacia la hora en que los gallos suelen cantar, el muerto abrió los ojos y preguntó a su padre:

—Padre, ¿qué pasa? ¿Cómo es que tengo la cara tan mojada?

El padre le respondió:

—¡Hijo! Tienes la cara tan mojada porque la he humedecido yo con mis lágrimas; ayer moriste, y desde entonces, al verme privado de ti que eres mi alegría, no he cesado de llorar sobre tu rostro.

El hijo dijo entonces a su padre:

—Todo lo que dices es cierto; mucho has llorado sobre mí, amantísimo padre; pero santo Domingo, al verte tan afligido se compedeció de ti, interpuso sus méritos ante el Señor y le rogó que me resucitara para que pudiera seguir viviendo a tu lado.

Un hombre enfermo, lleno de achaques y además ciego desde hacía dieciocho años, deseaba vivamente ir en peregrinación a cierto lugar en el que se veneraban algunas reliquias de santo Domingo. Un día, decidido a llevar a cabo su deseo, se levantó de la cama, caminó a tientas por la habitación, se reafirmó en su propósito de hacer la ansiada peregrinación, y, sintiéndose con fuerzas suficientes para ello, salió a la calle y comenzó a avanzar por ella con paso cada vez más firme y seguro y más de prisa a medida que caminaba, y con creciente fortaleza. Un rato después comenzó a ver alguna claridad. En cada una de las jornadas que hacía se sentía mejor que en las anteriores y su vista se iba aclarando, y cuando llegó al lugar al que se dirigía, en presencia de las reliquias del santo, sanó enteramente y recuperó *totalmente* la luz de sus ojos.

También en la provincia de Hungría ocurrió este episodio: una señora quería hacer celebrar una misa en honor de santo Domingo; el día en que la misa iba a ser celebrada preparó todo lo necesario para ello; un rato antes del convenido para la iniciación del santo sacrificio, se acercó al altar y por sí misma encendió las velas; pero pasado algún tiempo, al ver que el sacerdote no llegaba, las apagó, las quitó de los candelabros, las envolvió en un paño limpio, y así, envueltas y juntas, las colocó en un florero vacío, y salió de la iglesia. Poco después la referida señora entró de nuevo en el templo y se quedó sorprendida al advertir que las tres velas que ella había envuelto en el paño y colocado en el florero, estaban encendidas y ardían con normalidad dentro del paño y del florero. Avisadas por

ella fueron muchas las personas que acudieron a contemplar el extraño fenómeno milagroso, y todas permanecieron en la iglesia orando y temblando de emoción hasta que las velas se consumieron enteramente sin que el florero se rompiera y sin que el paño en que estaban envueltas se quemara ni sufriera la más leve chamuscadura.

Nicolás, un estudiante de Bolonia, enfermó de los riñones y de las rodillas. Los dolores que sentía eran tan intensos que no podía levantarse de la cama. Al cabo de cierto tiempo su pierna derecha se secó totalmente y desaparecieron las esperanzas y las posibilidades naturales de que pudiera recuperar su movimiento. Un día el joven aquel, que tenía junto a su cama una de esas madejas de hilo que se usan para hacer las mechas de las candelas, tomó la madeja, la devanó, y luego, encomendándose a santo Domingo, se midió con el hilo su propia estatura desde los pies a la cabeza; después el perímetro de su cuello, el de su pecho, etc.; mientras hacía cada una de las mediciones invocaba los nombres de Jesús y de santo Domingo. Cuando se midió con aquel hilo la rodilla de su pierna paralítica haciendo las invocaciones susodichas, sintió de pronto una extraña sensación, y dándose cuenta de que acababa de curar, se levantó de la cama llorando de emoción y diciendo a gritos: «¡Ya estoy bueno! ¡Ya estoy sano! ¡Ya puedo andar!». Seguidamente, sin ayuda de nadie, sin muletas ni bastones y por sus propios pies se fue a la iglesia donde se conserva el cuerpo de santo Domingo a dar gracias a Dios y al santo.

Los milagros realizados por santo Domingo en la ciudad de Bolonia han sido y siguen siendo tantos que su enumeración constituiría una tarea casi imposible de ser llevada a cabo.

En Augusta, ciudad de Sicilia, había una jovencita enferma del llamado mal de piedra. Para tratar de curarla era menester que le abrieran el vientre. Su madre, ante el peligro de muerte que su hija corría, acudió a santo Domingo. Durante la noche siguiente, mientras la joven dormía, se le apareció el santo, le extrajo la piedra causante de la enfermedad, se la puso a la enferma en su mano, y desapareció. Por la mañana, cuando la joven despertó y se sintió completamente curada, se levantó de la cama, fue a ver inmediatamente a su madre y le refirió detalladamente la aparición que mientras dormía había tenido. La madre tomó la piedra, la llevó al convento de los Predicadores y rogó a los religiosos que en recuerdo y testimonio de tan insigne milagro la conservaran perpetuamente en la iglesia suspendida junto a la imagen del santo.

En la misma ciudad de Augusta ocurrió este otro caso: El día de la fiesta de la Traslación de santo Domingo, al salir de la solemne misa que acababa de celebrarse en la iglesia de los Padres Predicadores, unas piadosas señoras, viendo a una mujer que en día tan señalado estaba hilando en la calle, a la puerta de su casa, se acercaron a ella y le reprocharon amablemente su actitud, diciéndole con dulces palabras que no procedía trabajar en tareas serviles en una fecha como aquella en la que se celebraba la festividad del traslado de los restos de un Padre tan importante. La hilandera, indignada, les respondió acremente:

–¿Qué tengo yo que ver con ese santo al que llamáis Padre? Celebrad su fiesta vosotras. Después de todo hacéis bien en celebrarla y en llamarlo Padre puesto que sois las barraganas de sus hijos, los frailes.

No bien hubo dicho esto, los ojos de aquella mujer hinchándose desmesuradamente, comenzaron a escocerle y a convertirse en manantial de gusanos. Hasta dieciocho bichos de esos le sacó de ellos una de sus vecinas en una cura que le hizo. La hilandera, comprendiendo que lo que le sucedía constituía un castigo del cielo, arrepentida de lo que había dicho fue al convento, se confesó, hizo voto de no volver jamás a ofender ni al santo ni a sus religiosos, y de celebrar todos los años aquella fiesta, y al instante quedó curada.

En el monasterio de la Magdalena de Trípoli había una monja llamada María, aquejada de vivísimos dolores a causa de un terrible golpe que cinco meses antes se había dado en una pierna. Sufría tanto y se hallaba tan gravemente enferma que, a juicio de los médicos, su muerte podía ocurrir de un momento a otro. Un día ella, con profundo recogimiento, hizo esta oración: «Dios mío, no soy digna de pedirte nada ni de que tomes en cuenta las peticiones que te hiciere; a pesar de eso me atrevo a suplicar a mi señor santo Domingo que tenga a bien actuar como intermediario entre tú y yo; y a rogarle que, como si se tratase de una cosa suya, solicite de tu bondad en favor mío la gracia de mi curación». Con los ojos arrasados en lágrimas la monja repitió esta oración durante largo rato. De pronto quedó arrobada y vio cómo santo Domingo, acompañado de dos religiosos de su Orden, entraba en el dormitorio en que ella se encontraba, descorría la cortina que rodeaba la

cama en que yacía postrada, y le decía:

—¿Por qué tienes tanto interés en recobrar la salud?

Ella le respondió:

—Señor, para servir más fielmente a Dios.

Entonces el santo sacó de debajo de su capa una cajita y, con un ungüento que en ella había y que exhalaba exquisita fragancia, ungióle la pierna, y dejó a la enferma repentinamente curada. Seguidamente santo Domingo le dijo:

—Este ungüento simboliza la caridad; por eso es muy suave, sumamente valioso y no fácil de obtener.

La religiosa rogó al santo que le aclarara lo que con eso había querido decirle, porque no lo entendía bien.

El santo entonces le dijo:

—Este ungüento simboliza la caridad; por eso es sumamente valioso. Constituye un don de Dios, el más precioso de todos los dones divinos que no se vende en ninguna tienda ni se puede comprar con dinero. Es muy suave, porque nada hay tan delicado, dulce y agradable como la caridad. Es difícil de obtener y de conservar, puesto que la caridad, si no se extreman las precauciones para custodiarla, se pierde fácilmente.

Aquella misma noche el santo se apareció también a una hermana de sangre de la recién curada, mientras dormía en una celdilla del mismo dormitorio, y le dijo:

—Acabo de devolver la salud a María.

La hermana, al oír esto, se levantó, corrió a la camarilla de la referida religiosa, y la halló, efectivamente, completamente sana. Sor María tenía la impresión de que su pierna había sido realmente ungida con algún ungüento físico, y para comprobar si la sensación que sentía era auténtica, tomó un pañuelo de seda y con suma reverencia lo pasó sobre la parte ungida y comprobó que el pañuelo quedaba impregnado de una especie de óleo verdadero, húmedo y exquisitamente oloroso. Sor María entonces se levantó también de la cama, y con su hermana se fue a ver a la abadesa y refirió a ambas simultáneamente lo que le había ocurrido. Posteriormente contó también el hecho al confesor y mostróle el pañuelo impregnado del misterioso ungüento; mostrólo también a las demás monjas de la comunidad. Monjas y confesor comprobaron que, en efecto, el pañuelo exhalaba un aroma suavísimo y desconocido, muy diferente del de los perfumes que se usaban en el mundo, y decidieron que aquella prenda de seda se conservara reverentemente como recuerdo y testimonio del milagro hecho por santo Domingo a sor María.

Para probar cuán agradable resulta a los ojos de Dios el lugar en que reposan los restos del santo, podríamos aducir infinidad de milagros que en él ocurren; nos limitaremos, empero, a narrar uno referido por el maestro Alejandro, obispo de Vendôme, en su comentario a estas palabras del salmo 84: «*Misericordia et veritas obviaverunt sibi*» (la misericordia y la verdad encontráronse y se abrazaron). Un estudiante de Bolonia que vivía entregado a las vanidades del mundo, un día tuvo una visión. Parecíale que iba caminando a través de un campo inmenso y que de pronto se desencadenaba una horrorosa tormenta con gran aparato de relámpagos y truenos. Para protegerse del agua que caía torrencialmente sobre él y de los rayos que ponían en serio peligro su vida, echó a correr hacia una casa que vio en la lejanía; pero al llegar a ella hallóla cerrada. Entonces, con sus puños, comenzó a dar golpes sobre la puerta, pidiendo a voces que le abrieran y le permitieran refugiarse en el interior de la vivienda. Ante la insistencia de sus llamadas alguien desde dentro le gritó:

—Deja de golpear la puerta. Yo soy la justicia. Esta casa es mía; en ella vivo; pero tú, como no eres justo no puedes entrar aquí.

Contristado y afligido el joven se alejó, dirigiéndose seguidamente y corriendo hacia otra casa que vio a cierta distancia; pero también cuando llegó a ella hallóla cerrada, y vióse precisado a llamar a la puerta. En esta ocasión igualmente le contestaron desde dentro:

—Vete de aquí; esta es mi casa; yo soy la verdad y no puedo proteger a quien vive haciéndome la guerra.

Alejóse el estudiante y emprendió una nueva carrera hacia otra casa que vio a lo lejos. Como también su puerta estaba cerrada, llamó y pidió que le abrieran para refugiarse y protegerse de la tormenta. Desde su interior le respondió una voz de esta manera:

—Yo soy la paz. Esta es mi morada; en ella no pueden entrar los impíos como tú, sino solamente las personas de buena voluntad. Sin embargo, como fomento la concordia entre las gentes y no la perturbación, voy a darte un consejo: sigue caminando; a poca distancia de aquí encontrarás otra casa en la que vive una hermana mía que se dedi-

ca a socorrer a los necesitados; llama a su puerta y haz cuanto ella te diga.

Acudió el estudiante a la casa que la paz le indicó, llamó a la puerta, y desde dentro le dijeron:

—Yo soy la misericordia; ésta es mi morada. Si quieres librarte de la tormenta ve cuanto antes al convento de los Predicadores; en él encontrarás un místico Belén con el establo de la penitencia, el pesebre de la continencia, el heno de la doctrina, el asno de la sencillez, el buey de la discreción, y encontrarás también a María que te iluminará, a José que te ayudará y al Niño Jesús que te salvará.

A la mañana siguiente, el estudiante, al despertar y recordar la visión que en sueños había tenido, acudió prestamente al convento de los Predicadores, refirió al prior cuanto le había ocurrido en aquel misterioso sueño, solicitó su ingreso en la Orden y en la Orden entró.

Capítulo CXIV

SAN SIXTO

Sixto proviene, o de *Sios* (Dios) y de *status* (estado) en cuyo supuesto significa *estado divino*, o del verbo latino *sisto* que quiere decir permanecer fijo o firme. Firme y fijo permaneció este santo en la fe, en el martirio y en la realización de buenas obras.

1. El papa Sixto nació en Atenas. Primeramente se dedicó a la filosofía; más adelante se convirtió al cristianismo y fue elegido sumo pontífice, pero poco después hubo de comparecer con sus diáconos Felicísimo y Agapito ante los emperadores Decio y Valeriano. Decio intentó inútilmente hacerle renegar de su fe llevándolo al templo de Marte y haciéndole saber que si no ofrecía sacrificios en honor del ídolo lo encerraría en la cárcel mamertina; y, en efecto, en la cárcel lo encerró en vista de que el papa se negó a adorar al dios pagano.

Cuando lo llevaban a la prisión, san Lorenzo caminaba en pos de él diciendo:

—¿A dónde vas, oh padre, sin tu hijo? ¿A dónde vas, oh santo sacerdote, sin tu diácono?

San Sixto le respondió:

—Hijo, ni me separo de ti ni te abandono; también a ti te esperan grandes tribulaciones; también tú tendrás que soportar duros combates en defensa de la fe de Cristo; pero de aquí a tres días el clérigo se reunirá con su presbítero; es decir, tú te reunirás conmigo. Entretanto hazte cargo de los bienes de la Iglesia y distribúyelos como mejor te pareciere entre los pobres.

San Lorenzo repartió los bienes que la Iglesia tenía entre los cristianos más necesitados.

Desde la prisión nuevamente fue llevado san Sixto al templo de Marte, esta vez por orden de Valeriano, bajo la amenaza de ser decapitado dentro del mencionado templo si se negaba a adorar al ídolo. También en esta segunda ocasión san Lorenzo caminó tras del pontífice clamando y diciendo:

—Padre santo, ya distribuí entre los pobres los bienes que me confiaste; no me abandones.

Los soldados, al oír hablar a san Lorenzo de bienes y de tesoros, lo apresaron y encarcelaron, y cumpliendo órdenes de Valeriano degollaron al papa san Sixto y a sus diáconos Felicísimo y Agapito.

2. En esta misma fecha se celebró también la festividad de la Transfiguración del Señor.

En algunas iglesias particulares, principalmente en las de aquellas regiones en que por este tiempo hay ya vino nuevo, en la misa de este día se utiliza el vino de la nueva cosecha para convertirlo en la sangre de Cristo, o al menos se exprimen sobre el cáliz algunas uvas maduras para mezclar su zumo con el vino antiguo.

También en algunas partes existe la costumbre de bendecir durante la celebración de la misa de esta fiesta racimos de uvas que la gente come inmediatamente después de comulgar.

Probablemente una y otra costumbre obedecen a estas palabras que Cristo dijo a sus discípulos la noche de su última cena: «*Ya no beberé más del producto*

de la vid hasta que no beba con vosotros en el reino de los cielos; pero el vino que entonces beberé será un vino nuevo». Con su transfiguración y con estas alusiones al vino nuevo, el Señor quiso darnos a entender que, a partir de su Resurrección, su naturaleza humana comenzaría a participar de la condición gloriosa propia de su naturaleza divina. Por eso, en la misa de esta fiesta de la Transfiguración se usa, donde es posible, vino nuevo, ya que la Transfiguración de Cristo en el monte constituyó un anuncio de su futura Resurrección. Pero esto no quiere decir, como algunos erróneamente han supuesto, que la Transfiguración del Señor ocurriera en una fecha similar a ésta en la que su fiesta se celebra. No; la Transfiguración de Cristo tuvo lugar hacia el comienzo de la primavera, y si se celebra en este día es porque en un día como éste se enteraron los discípulos y los demás apóstoles de que tal Transfiguración había ocurrido; los tres que la presenciaron, obedientes a la advertencia del Maestro, guardaron reserva acerca de lo que habían visto, y no revelaron aquel secreto hasta el seis de agosto siguiente a la Resurrección del Señor, como expresamente se dice en un libro llamado *Mitral.*

Capítulo CXV

SAN DONATO

Donato, en latín *Donatus,* es palabra derivada de *a Deo natus* y significa producido, nacido o regenerado por Dios. El nacimiento a que aquí nos referimos es de naturaleza espiritual, y la intervención divina en él consiste en una triple operación, a saber: en regenerar místicamente al nacido, en infundirle la gracia y en darle la gloria eterna. Cuando los santos fallecen, no decimos de ellos que mueren, sino que nacen; ni decimos que el día de su defunción sea el día de su muerte, sino el de su nacimiento. Y decimos bien, porque así como llamamos nacimiento a la salida de un niño del útero materno y lo llamamos así porque esa salida proporcionará a la criatura en adelante espacios más amplios para moverse, mayor variedad de alimentos para nutrirse, aire puro para respirar y luz para ver, así también procede llamar nacimiento a esa otra salida de los santos del útero de la madre Iglesia que se produce cuando su vida temporal se extingue, porque esa salida en cierta manera les proporcionará en la vida de la gloria cosas parecidas a las que hemos indicado respecto de los recién nacidos físicamente. Por eso puede decirse con toda razón que los santos cuando fallecen no mueren sino que nacen.

Donato significa también *don donado por Dios.*

1. Donato fue criado y educado juntamente con Juliano, hasta que éste recibió la orden sagrada del subdiaconado. Posteriormente Juliano, al verse convertido en emperador, mandó matar al padre y a la madre de Donato, y si éste se libró entonces de la muerte fue porque huyó a tiempo y se refugió en Arezzo, al lado del monje Hilario, en cuya compañía permaneció el resto de su vida, obrando a lo largo de ella innumerables milagros. Vamos a referir seguidamente algunos de ellos.

Tenía el prefecto de la mencionada ciudad un hijo endemoniado. Un día se presentó con él ante Donato y le pidió que lo curara; pero, nada más llegar a donde el santo estaba, el espíritu inmundo que se había apoderado del muchacho comenzó a decir a voces:

—Donato, en nombre del Señor Jesucristo te suplico que me dejes en paz y que no me obligues a salir de aquí. ¿Por qué me atormentas y tratas de expulsarme del lugar en que me he refugiado?

Donato, haciendo caso omiso de tales demandas y protestas, oró al Señor, e inmediatamente el hijo del prefecto se vio libre del diablo.

2. Un recaudador de impuestos llamado Eustasio, encargado de cobrar los tributos en la región de Toscana, había entregado a Eufrosina, su esposa, los dineros recaudados para que los custodiara. Estando en cierta ocasión Eustasio de viaje, la provincia fue invadida por un ejército enemigo y Eufrosina, para evitar que los dineros cuya custodia se le había confiado cayeran en manos de los invasores, los escondió. Poco después ella enfermó de gravedad y murió. Cuando Eustasio regresó a casa, por más que buscó los dineros que había en-

tregado a su esposa, no fue capaz de hallarlos, y como no pudo entregar a las autoridades las cantidades recaudadas, él y sus hijos fueron condenados a muerte. Eustasio, al conocer la sentencia que sobre él y sus hijos había recaído, antes de que fuese ejecutada acudió a ver a san Donato en demanda de ayuda. San Donato se trasladó al sepulcro de Eufrosina, se encomendó al Señor, y seguidamente con voz clara y recia exclamó:

—Eufrosina, en nombre del Espíritu Santo te ordeno que me digas ahora mismo dónde pusiste el dinero que te entregó tu marido.

Al instante, desde el fondo del sepulcro salió una voz que decía:

—Lo escondí debajo del pavimento del zaguán de mi casa.

Sin pérdida de tiempo san Donato y quienes le acompañaban marcharon a casa de Eufrosina, cavaron en el zaguán y encontraron el dinero.

3. Algunos días después del episodio que acabamos de referir murió el obispo Sátiro, y el clero de la ciudad unánimemente eligió a Donato para que ocupara la sede vacante. Siendo ya el santo obispo de la diócesis, ocurrió este otro caso referido por san Gregorio en sus *Diálogos:* En cierta ocasión, al final de una misa oficiada por Donato, cuando el pueblo estaba comulgando y un diácono daba de beber la sangre de Cristo a los comulgantes, entraron en el templo armando gran alboroto unos cuantos paganos; algunos de ellos empujaron al diácono, lo hicieron caer al suelo, y al caerse cayósele de las manos el cáliz y se hizo pedazos. El diácono y los fieles quedaron consternados. Donato, empero, serenamente, recogió uno a uno los fragmentos del vaso sagrado, oró sobre ellos y, de repente, el cáliz se recompuso y apareció tan perfecto como estaba antes de que se rompiera, aunque con un leve defecto, consistente en la ausencia de un pequeño trozo del mismo que no pudo ser hallado a pesar de que lo buscaron cuidadosamente; y no pudo ser hallado porque el diablo, maliciosamente, cuando el cáliz se rompió, lo cogió y lo ocultó. No obstante, esta deficiencia sirvió y sirve de permanente testimonio del milagro hecho por Donato, milagro que impresionó tan vivamente a los paganos que lo presenciaron, que todos se convirtieron, y ochenta de ellos recibieron en seguida el bautismo.

4. Había una fuente cuyas aguas estaban tan contaminadas, que quien bebía de ellas inmediatamente moría. Un día Donato montó en su borriquillo y se dirigió al lugar en que la fuente se encontraba para orar sobre el manantial y terminar definitivamente con tan funesto peligro; pero apenas llegó salióle al encuentro un terrible dragón que, haciendo un rapidísimo movimiento, envolvió con su cola las patas del jumento, mientras que con su cuerpo encrespado y sus fauces abiertas atacaba a Donato. La amenaza del dragón duró poco, porque Donato inmediatamente lo mató, según unos de un latigazo que le propinó, y según otros de un salivazo que arrojó sobre la cabeza del monstruo. Después de matar a la bestia hizo oración al Señor, y a partir de aquel momento desapareció el veneno que contenían aquellas aguas.

En otra ocasión, yendo de camino con algunos compañeros, sintieron éstos mucha sed y, como no hallaran agua para saciarla en todo el contorno, el santo obispo oró, y en seguida y de repente, allí mismo, frente a ellos, surgió una fuente abundantísima.

5. Una hija del emperador Teodosio, de la que se había apoderado el demonio y a la que muy cruelmente atormentaba, fue llevada ante san Donato para que la curara. El santo se encaró con el diablo y le dijo:

—Espíritu inmundo, sal de esta criatura del Señor y no la atormentes más.

El demonio respondió:

—Dime a dónde debo ir y déjame el camino libre para que pueda escapar.

Entonces el santo le preguntó:

—¿De dónde viniste cuando entraste en esta joven?

—Del desierto —contestó el diablo.

—Pues vuelve a él inmediatamente —le ordenó Donato.

El demonio replicó:

—No puedo hacer lo que me ordenas; no puedo salir de aquí; estoy muy asustado. De ese crucifijo que llevas sobre tu pecho salen proyectados hacia mí rayos de fuego. Apártate a un lado durante un momento a fin de que yo no vea esa señal; que en cuanto no la vea, el camino quedará libre y escaparé.

San Donato se apartó y dijo:

—Ya está la vía expedita; sal de aquí inmediatamente y vete al lugar que te corresponde.

En aquel mismo momento el demonio salió del cuerpo de la posesa, produciendo al salir tal conmoción y estruendo, que la casa en que la es-

cena ocurrió tembló como si fuese a desmoronarse.

6. Cuando se disponía a sacar de su domicilio y a dar sepultura al cadáver de un hombre que había fallecido, presentóse un vecino diciendo que no permitiría que aquel muerto fuese enterrado mientras no se le devolviesen doscientas monedas de oro que el difunto le debía; y al decir esto, mostraba una cédula en la que constaba que, en efecto, en cierta ocasión había prestado la mencionada cantidad de dinero al hombre recientemente fenecido. La viuda, llorosa e indignada, fue a ver a san Donato, le contó lo que ocurría y le aseguró que su difunto esposo a su debido tiempo había devuelto al prestamista íntegramente la cantidad que éste le había prestado y que ahora nuevamente reclamaba. Donato tornó con ella a la casa mortuoria, se acercó al cadáver, tocóle con su mano y le dijo:

—¡Óyeme!

—Te oigo —respondió el difunto.

—Puesto que me oyes —añadió Donato— levántate y dinos qué procede hacer en este caso, ya que este vecino tuyo se opone a que demos sepultura a tu cuerpo.

El muerto entonces se incorporó, se sentó en el féretro, pidió a su convecino la cédula aquella, la leyó y después, delante de todos, le dijo cómo en tal y tal fecha la había devuelto el préstamo; a continuación con sus propias manos rasgó el documento y, dirigiéndose a san Donato, añadió:

—Padre, este asunto ya está zanjado y resuelto. Ordéname pues que vuelva a mi reposo.

San Donato dijo:

—Así sea, hijo; descansa en paz definitivamente.

7. Desde hacía tres años, por cuando ocurrieron estas cosas, padecía la comarca aquella una pertinaz sequía. Los infieles acudieron al emperador Teodosio y le dijeron que castigara a san Donato, puesto que él era el responsable de las calamidades que estaban soportando, porque con sus artes mágicas impedía que lloviese.

A instancias del emperador, Donato salió a la calle y pidió a Dios, delante de una enorme multitud de personas, que lloviera. Dios escuchó la oración de su siervo, e inmediatamente comenzó a llover copiosamente, pero mientras alrededor del santo todo se empapaba de lluvia, lo mismo la tierra que la gente, sobre él no cayó ni una sola gota de agua. Cuantos presenciaron desde la calle este milagro volvieron a sus casas con sus ropas completamente caladas; el santo, en cambio, regresó a su domicilio con las suyas enteramente secas.

8. Muy poco después de esto los godos invadieron Italia. En aquella ocasión fueron muchos los que por miedo a la persecución de los invasores abandonaron la fe de Cristo, entre otros el prefecto Evadraciano, a quien Donato e Hilariano reprocharon su debilidad y apostasía. Entonces Evadraciano, indignado contra ellos, trató de obligarlos a que ofreciesen sacrificios en honor de Júpiter, mas como los siervos de Dios se negaran, el prefecto mandó a sus satélites que desnudaran a Hilariano y que lo mataran a palos. San Donato de momento fue encarcelado, mas unos días después, por orden de Evadraciano, los esbirros de éste lo degollaron.

El martirio de san Donato tuvo lugar hacia el año 380 del Señor.

Capítulo CXVI

SAN CIRIACO Y SUS COMPAÑEROS

Ciriaco, después de haber sido ordenado de diácono por el papa san Marcelo, fue detenido y condenado por Maximiano a trabajos forzados. Tanto él como otros compañeros suyos viéronse obligados a sacar piedra de unas canteras y a transportarla sobre sus hombros hasta un lugar en el que se estaban construyendo unas termas. Uno de estos compañeros era san Saturnino, ya muy anciano, a quien Ciriaco y Sisinio ayudaban en el acarreo de los materiales que a él correspondían.

Posteriormente Ciriaco fue nuevamente detenido y llevado a la cárcel. Un día el prefecto ordenó que lo llevaran a su presencia. Aproniano, encargado de cumplir esta orden, al abrir la puerta de la prisión para sacar de ella a Ciriaco y conducirlo ante su jefe, quedó sumamente impresionado al oír una voz celestial que decía: *«Venid, benditos de mi Padre,* etc...». Este hecho le movió a convertirse al cristianismo y a hacerse bautizar. Después espontáneamente se presentó ante el prefecto y le manifestó que también él creía en Cristo.

—¡Cómo! Pero, ¿es que te has hecho cristiano? —le preguntó el prefecto, sorprendido por lo que acababa de oír.

Así es —respondió Aproniano, y añadió: —Lamento el tiempo que he perdido y no haberme convertido antes.

—¡Conque sí! ¿Eh? Pues ahora es cuando vas a perder los días que aún podrías haber vivido, replicó con ira el prefecto, quien mandó que Aproniano fuese inmediatamente decapitado.

Seguidamente ordenó que Saturnino y Sisinio fuesen obligados a adorar a los ídolos y torturados si se negaban a ello; y como a pesar de los tormentos a que fueron sometidos persistieron en su negativa, dispuso que ambos fuesen degollados.

Tenía el emperador Diocleciano una hija llamada Artemia poseída y ferozmente atormentada por el demonio. Por aquellos días el diablo, hablando por boca de la posesa, dio en decir frecuentemente: «No saldré del cuerpo de esta muchacha si no viene a verme el diácono Ciriaco». Ciriaco fue llevado ante la posesa y mandó al diablo que dejara en paz a la joven; pero el diablo le respondió:

—Si quieres que te obedezca, proporcióname primero otro recipiente en el que pueda alojarme al salir de éste.

Ciriaco, dispuesto a aceptar la proposición, le dijo:

—Está bien, aquí me tienes a mí; entra en mi cuerpo si quieres y puedes.

El diablo replicó:

—Tú no me vales; no puedo entrar en tu cuerpo porque lo tienes cerrado y sellado; pero escucha lo que te digo: si te empeñas en echarme de aquí y lo consigues, también yo te obligaré a ti a ir a Babilonia.

Hizo Ciriaco que el demonio saliera del cuerpo de Artemia, la cual nada más verse libre de tan incómodo huésped, comenzó a gritar:

—Estoy viendo con mis propios ojos al Dios a quien adora Ciriaco.

Artemia recibió el bautismo. Ciriaco, que fue precisamente quien la bautizó, se quedó en Roma, protegido por el emperador, y alojado en una casa que Diocleciano y su esposa le regalaron. Pero un día presentóse ante Diocleciano un embajador del rey de los persas rogándole de parte del monarca su señor que tuviese a bien enviarle a Ciriaco para que curase a una hija suya poseída y atrozmente torturada por el demonio. Ciriaco, accediendo a los deseos de Diocleciano, se embarcó en una nave muy bien provista de todo lo necesario para hacer cómodamente la travesía, y feliz y contento emprendió su viaje a Babilonia en compañía de Largo y de Esmeraldo. Al llegar a su destino y presentarse ante la joven endemoniada, el diablo, por boca de la joven exclamó:

—¡Oh, Ciriaco! ¡Cuán cansado estarás!

—Nada de eso —contestó Ciriaco—; no estoy cansado; hemos hecho un excelente viaje, protegidos en todo momento por Dios que ha velado continuamente por nosotros.

El diablo, con sorna, comentó:

—He cumplido mi palabra; te dije que te haría venir a Babilonia y en Babilonia estás.

Entonces Ciriaco, increpó al demonio de esta manera:

—¡Sal de esta joven ahora mismo! ¡Es Jesús quien te lo ordena!

En aquel mismo instante el demonio salió del cuerpo de la hija del rey diciendo:

—¡Oh, terrible nombre, que me obliga a huir tan pronto como lo oigo!

Después de esto Ciriaco bautizó a la joven curada, a su padre, a su madre y a otras muchas personas; luego ayunó a pan y agua durante cuarenta y cinco días, y al concluir esta prolongada penitencia, tras de rechazar infinidad de regalos que la familia real se empeñaba en hacerle, se embarcó para Roma. Dos meses después de su llegada a la capital del Imperio, murió Diocleciano y subió al trono Maximiano, quien para hacer sufrir a su cuñada Artemia detuvo a Ciriaco, lo despojó de sus ropas y, completamente desnudo y atado a la parte posterior de su carroza imperial, lo paseó arrastrándolo sobre el suelo por las calles de la ciudad. Maximiano era yerno de Diocleciano por estar casado con una hija de éste llamada Valeriana. Después de haber arrastrado de la manera dicha a Ciriaco por las calles, Maximiano ordenó a su lugar-

teniente Carpasio que obligara al santo diácono y a sus compañeros a ofrecer sacrificios en honor de los ídolos, encargándole mucho que si se negaban a ello los torturaran hasta hacerles perder la vida en los tormentos. Carpasio atormentó a Ciriaco de la siguiente manera: primero hizo derramar sobre su cabeza chorros de pez hirviendo; luego mandó que lo sometieran a la tortura del potro, mediante la cual los miembros de las víctimas quedaban descoyuntados; después, para terminar con él y con sus compañeros, ordenó que los degollaran a todos ellos. Carpasio pidió al emperador y obtuvo de él como recompensa por lo que había hecho, la casa que Diocleciano había regalado a Ciriaco, y para burlarse de los cristianos convirtió en baños públicos la piscina en que el santo mártir solía bautizar a los que se convertían a la fe de Cristo. Un día organizó una fiesta y dispuso que se celebrara precisamente junto a la piscina; a ella invitó a diecinueve amigos suyos y, cuando estaban comiendo opíparamente, en un momento dado del banquete todos los comensales murieron repentinamente. A partir de entonces nadie se atrevió a bañarse en aquella piscina, los paganos se abstuvieron de molestar a los cristianos y emperazon a tratarlos respetuosamente.

Capítulo CXVII

SAN LORENZO, MÁRTIR

Lorenzo, del latín *Laurentius,* equivale a *laureado* en el sentido de coronado con laurel, porque con ramitos de laurel se tejían en tiempos pasados las diademas que llevaban alrededor de la cabeza los vencedores. El laurel es un árbol siempre verde, de olor agradable, eficaz en diversas aplicaciones y utilizado tradicionalmente como símbolo de victoria.

De la palabra laurel deriva el nombre de Lorenzo dado a este santo, muy acertadamente por cierto, porque san Lorenzo fue un vencedor, permanentemente verde, de olor agradable y remedio eficaz de muchos males.

Fue un vencedor: La victoria obtenida con su martirio sobre sus adversarios fue tan señalada, que a la vista de la misma exclamó Decio entre admirado y confuso: «Yo creo que ya hemos quedado vencidos».

Siempre verde: Es decir, siempre lozano, con lozanía y verdor procedentes de la limpieza y pureza de su corazón. Con razón en cierta ocasión dijo él: «En mi noche no hay sombras ni oscuridad».

De olor agradable: Como perfume intenso y gratísimo pervive y pervivirá su nombre en la memoria de los hombres, de generación en generación, conforme a estas palabras del salmista: *«Distribuyó sus bienes entre los pobres; todas las gentes a través de los siglos recodarán su generosidad».* A este propósito comenta san Máximo: «¿Cómo no va a permanecer indeleble entre los hombres de generación en generación el nombre de este santo, que se condujo durante su vida tan virtuosamente y terminó su carrera con un gloriosísimo martirio?».

Remedio eficaz de muchos males: Como el laurel, que suele usarse con buenos resultados para disolver los cálculos, para aliviar o curar la sordera y para evitar el peligro de los rayos. Remedio eficaz ciertamente fue y sigue siendo san Lorenzo contra muchos males, porque si con su predicación convenció a Lucilo, a Hipólito y a Romano, actualmente continúa ablandando la dureza de los corazones, curando sorderas espirituales y protegiendo a los cristianos de esos rayos de las pérfidas doctrinas de los malvados.

San Lorenzo, español, diácono y mártir, fue llevado a Roma por san Sixto.

Dice el maestro Juan Beleth que, en un viaje que san Sixto hizo a España, conoció en ella a dos jóvenes, primos entre sí llamados Lorenzo y Vicente, ambos tan virtuosos y de tan excelentes cualidades que el santo, prendado de ellos, se los llevó consigo a Roma. El mencionado autor añade que Lorenzo se quedó con san Sixto definitivamente, pero que Vicente, tras de permanecer en Roma durante algún tiempo, regresó a España, donde terminó su vida coronado gloriosamente con el martirio.

Sin embargo, es menester advertir que estas afirmaciones de Juan Beleth no concuerdan con la cronología de cada uno de estos dos santos. Sabemos que Lorenzo fue martirizado por orden de Decio, y que Vicente, siendo todavía muy joven,

murió también mártir, pero en tiempo de Diocleciano y Daciano. Ahora bien, desde que murió Decio hasta el comienzo del reinado de Diocleciano trascurrieron cuarenta años, durante los cuales hubo hasta siete emperadores. Lorenzo y Vicente no pudieron ser contemporáneos, ya que ambos fueron martirizados en plena juventud, y el martirio de Vicente ocurrió por lo menos cuarenta años después del de Lorenzo.

San Sixto ordenó a Lorenzo de diácono y lo puso al frente de los demás diáconos que tenía a su servicio.

Por entonces se convirtieron al cristianismo el emperador Filipo y un hijo suyo que se llamaba igual que él, y ambos, desde que abrazaron la fe de Cristo, hicieron cuanto pudieron en apoyo de la Iglesia. Filipo padre fue el primer emperador cristiano, convertido según unos por Orígenes y según otros por san Poncio. El año mil de la era romana este Filipo padre ya era emperador y ya se había convertido al cristianismo; por eso, al celebrarse bajo su mandato el milenario de la fundación de Roma, los cultos religiosos que en aquella fiesta jubilar oficialmente se hicieron, estuvieron dedicados, no a los ídolos, sino a Cristo. Por cierto que los festejos que con motivo del milenario organizaron los romanos fueron solemnísimos, y durante los días que duraron hubo grandes espectáculos y extraordinario despliegue de diversiones.

Entre los generales que el emperador Filipo tenía a su servicio había uno sumamente famoso, llamado Decio, muy competente como estratega. Como por aquel tiempo se rebeleran las Galias, Filipo encomendó a Decio la tarea de sofocar la rebelión y de someter nuevamente al Imperio a las gentes de aquella provincia. Decio marchó a las Galias al frente de un poderoso ejército, venció a los insurrectos, sometió de nuevo a los sublevados a la dominación romana y, cuando la provincia quedó sosegada y en paz, regresó victorioso a Roma. Antes de que Decio llegara a la capital del Imperio, el emperador, sabiendo que ya venía de camino, quiso tributarle un honroso recibimiento, y a tal efecto se desplazó hasta Verona para salir a su encuentro. Pero los malvados y ambiciosos cuantas más honras reciben más se ensoberbecen, y, como Decio era uno de éstos, al enterarse de que el propio emperador se había puesto en camino para darle la bienvenida se hinchó de tal manera, que empezó a ambicionar para sí el trono imperial y a maquinar la muerte de Filipo. Dispuesto a llevar a cabo sus infames propósitos, una noche, mientras su soberano dormía en una tienda de campaña, entró sigilosamente en ella por entre las lonas, se acercó al lecho y lo asesinó. Filipo dormía profundamente; por eso ni se enteró de la felonía de su general. Tras de cometer este asesinato, Decio, a base de buenas palabras, dádivas, promesas y regalos, se granjeó la confianza del ejército que consigo había traído el difunto emperador y, cuando hubo conseguido la sumisión y obediencia de las tropas imperiales, se puso al frente de ellas y se dirigió a toda prisa hacia Roma. Sicardo, en su *Crónica,* dice que Filipo hijo, al saber que su padre había sido asesinado y que Decio se acercaba a la ciudad con intenciones de ocupar el trono imperial, viendo su causa perdida y temiendo que su rival se apoderara de él y lo matara, entregó todos sus tesoros y los del difunto emperador a san Sixto, para que éste los empleara en servicio de la Iglesia y en beneficio de los pobres. Comúnmente se afirma que los bienes que san Lorenzo distribuyó entre los menesterosos eran de la Iglesia. Nada tiene de extraño que se diga así, y que no se advierta que tales bienes originariamente procedían de los Filipos padres e hijo, porque, aparte de que entre los bienes repartidos por san Lorenzo pudo haber algunos que pertenecieran de antiguo a la Iglesia, de la Iglesia eran ya también los que habían pertenecido a los Filipos, puesto que Filipo hijo, ejercitando un derecho legítimo, donó a la Iglesia sus tesoros personales y los de su padre; pudo donar legalmente los suyos, porque suyos eran; y pudo donar también los de su padre, ya difunto, porque él era su único heredero.

Hay fundamento suficiente para poner en duda que san Sixto haya sido contemporáneo de los emperadores Filipo y Decio; pero de este asunto trataremos en otra ocasión.

Filipo hijo, después de entregar a la Iglesia sus tesoros y los de su padre, huyó de Roma para no caer en manos de Decio, a quien el Senado, tras de salir a su encuentro y dispensarle una triunfal acogida, reconoció como nuevo emperador. Decio, por su parte, para hacer creer a los romanos que no era un traidor, y que si había asesinado a su antiguo soberano y señor habíalo hecho, no por villanía, sino en defensa de los dioses del Imperio, tan pronto como fue proclamado rector de los destinos de Roma comenzó a perseguir sañudamente a los cristianos, ordenando a sus ministros que exterminaran sin compasión a cuantos profe-

sasen la fe de Cristo. Los fieles martirizados en esta persecución sumaron muchos millares; entre ellos murió también Filipo, el hijo del anterior emperador. Tras de dictar el decreto de exterminio a que acabamos de referirnos, Decio comenzó a hacer indagaciones para tratar de localizar las riquezas de su antecesor. Con este motivo fue detenido Sixto, conducido ante Decio y acusado de ser cristiano y de tener en su poder los tesoros que el nuevo emperador buscaba. Decio mandó que lo metieran en la cárcel y le dieran tormento hasta que renegara de la fe cristiana y entregara los bienes de Filipo. Cuando lo llevaban a la prisión san Lorenzo caminaba tras de él clamando:

—¡Padre! ¿A dónde vas sin tu hijo? ¿A dónde vas, sacerdote santo, sin tu diácono? Si nunca has celebrado los divinos oficios sin la asistencia de tu ministro, ¿por qué ahora tu sagrada paternidad va a prescindir de mí? ¿Te he ofendido en algo? ¿Es que me consideras indigno? Someteme a la pruba que quieras y verás si acertaste o no cuando me elegiste como servidor tuyo y me confiaste el ministerio de distribuir entre los fieles la sangre del Señor.

San Sixto, volviendo la cabeza hacia él, le dijo:

—¡Hijo mío, ni te abandono ni trato de prescindir de tus servicios. Duras batallas tendrás que librar en defensa de la fe de Cristo. En esta guerra, a mí, como ya soy viejo, me han colocado en uno de los puestos menos peligrosos; en cambio a ti, que eres joven, te han destinado a posiciones de vanguardia; pero te conducirás con denuedo y obtendrás un glorioso triunfo sobre el tirano. Tú, mi diácono, de aquí a tres días te reunirás conmigo que soy tu sacerdote.

Después de decirle esto hízole depositario de los tesoros de la Iglesia y le encargó que los distribuyese entre los templos y entre los pobres.

Inmediatamente san Lorenzo se puso en contacto con los cristianos, se dedicó de día y de noche a enterarse de sus necesidades, y entregó a cada uno de ellos lo necesario para remediarlas. En casa de una viuda se encontró con un buen número de fieles que allí estaban refugiados, les lavó los pies, los socorrió a todos y hasta curó a una mujer de un fortísimo dolor de cabeza que en aquellos momentos padecía, imponiendo sus manos sobre la parte en que sentía el dolor. Aquella misma noche visitó también la casa de otro cristiano y, al enterarse de que en ella había un ciego, hizo sobre sus ojos la señal de la cruz y le devolvió la vista.

Entretanto Decio había tratado inútilmente de convencer a san Sixto de las grandes ventajas que obtendría si adoraba a los ídolos; pero al cabo, persuadido de que jamás lograría lo que pretendía, mandó que lo llevaran al lugar en que solían ajusticiar a los condenados a muerte, y que lo degollaran. Nuevamente san Lorenzo caminó en pos del venerable pontífice diciendo:

—¡Padre santo! ¡No me abandones! Ya repartí entre los pobre los tesoros que me confiaste; ya hice tu encargo; ya puedo por tanto irme contigo.

Los soldados, al oír que Lorenzo hablaba de tesoros, lo apresaron y lo entregaron al tribuno Partenio, quien a su vez lo condujo a presencia de Decio, el cual le preguntó:

—¿Dónde están los tesoros de la Iglesia? Sabemos que los tienes escondidos.

Como Lorenzo no respondiera ni una sola palabra, Decio, cansado de soportar su silencio, encargó al prefecto Valeriano que se ocupase del diácono, mandándole que le torturara hasta hacerle renegar de su fe y obligarle a que entregara las riquezas cuya custodia le había sido confiada, advirtiéndole que, si el joven aquel se obstinaba en permanecer callado o en no hacer lo que se le proponía, lo castigase sin piedad hasta que en los tormentos perdiese la vida.

Valeriano puso a Lorenzo bajo la vigilancia de otro prefecto llamado Hipólito, ordenando a éste que lo metiera en la cárcel con los demás presos comunes. Había entre éstos un tal Lucilo, pagano, que de tanto llorar se había quedado ciego. Lorenzo dijo a Lucilo que, si accedía a creer en Cristo y a bautizarse, le devolvería la vista.

—Bautízame cuanto antes, le suplicó Lucilo.

Lorenzo se procuró un poco de agua y luego dijo a Lucilo:

—La confesión lo limpia todo.

Seguidamente comenzó a exponerle los artículos de la fe y a preguntarle, a medida que iba exponiéndole cada uno de los puntos de la doctrina cristiana, si creía y admitía lo que le estaba explicando; y como Lucilo contestara que sí, cuando concluyó su exposición catequética derramó el agua sobre su cabeza y lo bautizó en nombre de Cristo.

En cuanto se divulgó este hecho numerosos ciegos acudieron a Lorenzo rogándole que los curara, y a todos, en efecto, los curó. Hipólito, testigo de estos milagros, preguntó a Lorenzo:

—¿Dónde tienes los tesoros?

Lorenzo le respondió:

—Hipólito, si crees en Nuestro Señor Jesucristo no sólo te diré dónde los tengo, sino que te prometo la vida eterna.

Hipólito replicó:

—Creeré todo lo que quieras a condición de que cumplas lo que acabas de prometerme.

A continuación Hipólito y toda su familia aceptaron la fe de Cristo y se bautizaron. Nada más recibir el bautismo, Hipólito exclamó:

—Estoy viendo cómo se alegran las almas de los inocentes.

Muy poco después de esto presentáronse en la prisión unos guardias para sacar de ella a Lorenzo y conducirlo a presencia de Valeriano. Cuando iban a sacarlo de la cárcel Lorenzo dijo a Hipólito:

—Ven tú también conmigo; conviene que permanezcamos juntos; no tengas miedo; a ambos nos espera la misma gloria.

Juntos, pues, acudieron ambos ante el tribunal, en el que Valeriano nuevamente apremió a Lorenzo para que le manifestara dónde tenía escondidos los bienes de la Iglesia. Lorenzo le contestó:

—Dame tres días de plazo y al cabo de ellos responderé a tu pregunta. Valeriano se mostró conforme con la proposición de Lorenzo, encargando a Hipólito que durante aquellos tres días no perdiera de vista al diácono y que lo vigilara muy de cerca. Lorenzo, durante aquellos tres días, reunió a una multitud de pobres, cojos, ciegos, y, cuando la tregua que le había concedido Valeriano estaba a punto de terminar, llevólos consigo al palacio *«Salustiano»*, residencia del emperador, y dijo a Decio:

—Aquí tienes los tesoros. Míralos bien; son auténticos, eternos y tan extraordinarios que jamás disminuyen; al contrario aumentan. Los bienes que andas buscando han sido repartidos entre todos éstos; en ellos fueron empleados y por medio de ellos han subido al cielo.

Valeriano, que asistía a esta escena, dijo a Lorenzo en presencia de Decio:

—¿A qué vienen estas dilaciones y estos rodeos? Déjate de embelecos y de cosas raras, y adora de una vez a los dioses.

Lorenzo respondió:

—Está bien, Valeriano. Pero, antes, dime: ¿Quién debe ser adorado: el que ha sido hecho por alguien o el que ha hecho todas las cosas?

Decio, irritado, mandó que allí y entonces mismo, en presencia de todos, azotaran a Lorenzo con unos garfios de hierro que llamaban escorpiones; y que, entretanto, trajesen varios instrumentos más para torturarlo. Mientras hacían los preparativos para aplicarle diferentes suplicios, trató de que adorara a los dioses si quería librarse de las torturas que le aguardaban; pero Lorenzo le respondió:

—¡Oh Decio! ¡Que infeliz eres! Desde hace tiempo vengo deseando comer esos manjares que has mandado preparar para mí.

El emperador replicó:

—Si tan apetitosos te parecen esos alimentos, ¿por qué no vas a buscar a tus amigos y los traes para que participen contigo de este banquete?

—Esos a quienes te refieres —contestó Lorenzo— ya tienen sus nombres escritos en el reino de los cielos y tú no eres digno de conocerlos.

Por orden de Decio, entonces mismo, Lorenzo fue desnudado, azotado y torturado con unas plantas incandescentes aplicadas a sus costados; pero el santo, mientras sufría estos suplicios, decía en voz alta:

—¡Oh Señor Jesucristo, Dios de Dios! ¡Ten misericordia de mí, que soy tu siervo! Me han traído ante los jueces, pero no he renegado de tu nombre; han intentado corromperme, pero no lo han conseguido; tú sabes que he permanecido firme en mi fe, proclamando sin cesar que eres mi Señor y mi Dios.

—Me parece —díjole Decio al oírle hablar de esta manera— que por medio de tus artes mágicas estás consiguiendo que estas torturas no te causen daño alguno; pero yo te aseguro que dentro de muy poco de nada te van a servir esos trucos; no pienses que vas a seguir engañándome. Juro ante nuestros dioses y diosas que, si te niegas a rendirles adoración, te haré matar por un procedimiento tan doloroso que por mucho que te ingenies no lograrás ni desvirtuarlo ni impedir sus efectos.

Por orden de Decio continuaron azotando al joven diácono con látigos guarnecidos de trozos de plomo. El santo a su vez siguió orando y diciendo:

—¡Señor Jesucristo! ¡Recibe mi alma!

Entonces el emperador y cuantos se hallaban presentes oyeron una voz que decía desde lo alto: «Todavía te queda mucho que sufrir». Al oírla, Decio, irritado, exclamó:

—¡Ciudadanos de Roma! Acabáis de ser testigos de que los demonios tratan de consolar a este sacrílego despreciador de nuestros dioses, despreciador de los tormentos, despreciador de la legítima

autoridad justamente indignada ante su malvada conducta. ¡Insistid en las torturas! ¡Continuad rasgándole sus carnes con los azotes de los escorpiones!

Al oír esto, Lorenzo sonrió, tornó a su oración, dio gracias a Dios y le pidió que tuviese misericordia de quienes le estaban atormentando; en aquel preciso momento, Romano, uno de los soldados que presenciaban la escena, comenzó a creer en Cristo y dirigiéndose a Lorenzo le dijo:

—Estoy viendo a un joven hermosísimo; está a tu lado limpiando tus miembros con un lienzo. Por Dios te pido que me atiendas y me bautices cuanto antes.

Decio, volviéndose hacia Valeriano, hizo este comentario:

—Me parece que Lorenzo, con sus artes mágicas, ha conseguido vencernos.

Dicho esto mandó que lo desataran de la *catasta* o potro a que estaba amarrado, y que quedara nuevamente bajo la custodia de Hipólito. Poco después Romano buscó a Lorenzo, y acudió a verle llevando en sus manos una orza llena de agua, se arrodilló ante él, le suplicó que lo bautizara, y Lorenzo lo bautizó. Al enterarse de esto, Decio llamó a Romano y mandó que lo azotaran; mas, como Romano persistiera en declararse cristiano, aquel mismo día fue degollado. Tras de la ejecución de Romano, el emperador pasó un aviso a Hipólito diciéndole que aquella misma noche le llevara de nuevo a Lorenzo.

—También yo soy cristiano, decía a voces una y otra vez, llorando, Hipólito, a quienes le transmitieron el aviso de Decio.

Pero Lorenzo, tratando de tranquilizar a Hipólito, le dijo:

—Por ahora calla, y sigue guardando el secreto de que crees en Cristo; mas permanece atento a mi llamada, porque te llamaré, y cuando te llame acude prestamente y haz lo que te dijere.

Al llegar Lorenzo al tribunal donde le aguardaba el emperador, advirtió que había en la sala, convenientemente preparados, varios instrumentos de tortura. Nada más llegar, Decio le dijo:

—Esta es la última oportunidad que te doy: o adoras a los dioses o esta misma noche morirás, víctima de los tormentos que vamos a aplicarte.

Lorenzo contestó:

—¿Esta noche, dices? Para mí no es de noche, puesto que veo todas las cosas bañadas de luz, sin sombras ni oscuridad alguna.

—¡Traed la cama de hierro y acostad en ella a este obstinado! —gritó irritado Decio.

Acto seguido trajeron una gran parrilla, desnudaron a Lorenzo, tendiéronlo sobre ella, pusieron bajo el enrejado montones de brasas en tanta cantidad que los carbones encendidos llegaba hasta tocar la carne del mártir; luego, con horcas de hierro, hacían presión sobre su cuerpo y lo removían para que el contacto con el fuego fuese permanente. Mientras tan cruelmente lo torturaban dijo el santo a Decio:

—¡Miserable! Toda esta lumbre que has preparado para atormentarme me está sirviendo de refrigerio. Pero escucha lo que te digo: otra lumbre te abrasará a ti eternamente en el infierno. El Señor sabe que he sido acusado de ser siervo suyo y que no lo he negado; que cuando me han preguntado si creía en El, siempre he dicho que sí, como sabe que, ahora mismo, mientras me estáis quemando, continúo bendiciendo su nombre y dándole gracias por ello.

Luego, volviendo su cabeza hacia donde estaba el emperador, díjole en tono festivo:

—Oye, pobre hombre: de este lado ya estoy asado; di a tus esbirros que me den la vuelta; acércate a mí, corta un trozo de mi carne y cómelo, que ya está a punto para ello.

Después tornó a su oración y exclamó:

—¡Gracias Señor, por haberme abierto las puertas de tu reino y por considerarme digno de entrar en él.

Mientras decía estas últimas palabras entregó su espíritu a Dios.

Momentos más tarde, dejando al mártir sobre la parrilla en que había muerto abrasado, Decio, impresionado profundamente, se alejó de allí y marchó con Valeriano al palacio llamado de Tiberio, una de sus varias residencias. Aquella misma noche Hipólito y el presbítero Justino, procurando que nadie los viera, recogieron el cuerpo del santo, lo ungieron con bálsamos y aromas, y lo enterraron en determinado sitio de Campo Verano. Tres días consecutivos permanecieron los cristianos junto al sepulcro del mártir, ayunando, llorando sin cesar y rugiendo literalmente de dolor.

¿Puede asegurarse como cosa cierta que san Lorenzo padeció su martirio en tiempo del emperador Decio? Muchos ponen en duda esta circunstancia y se fundan para ello en las crónicas, según las cuales san Sixto no fue contemporáneo de Decio, sino bastante anterior a él. Eutropio, sin embargo, al tratar de esta cuestión dice expresamente: «Decio

promovió una campaña persecutoria contra los cristianos, a consecuencia de la cual murieron muchos, entre ellos el levita y mártir san Lorenzo». Si nos atenemos, empero, a lo que se lee en cierta historia de probada autenticidad, advertiremos que no hay contradicción alguna entre lo que dicen las crónicas aludidas y lo que afirma Eutropio. Efectivamente, en la susodicha historia leemos que san Lorenzo padeció su martirio por orden, no del emperador Decio, sucesor inmediato de Filipo, sino de Decio el Joven, que no fue emperador, sino meramente césar; en la misma historia se advierte que entre Decio el emperador y Decio el Joven hubo muchos años de por medio y varios emperadores, y varios papas. Entre los emperadores, la historia en cuestión menciona a Gallo, y a su hijo Volusiano, como sucesores de Decio en el trono imperial; y a Valeriano y Galieno como sucesores de Volusiano y de Gallo. Valeriano y Galieno fueron quienes nombraron a Decio el Joven *césar,* pero no emperador. No olvidemos que, antiguamente, en ciertas ocasiones, los emperadores otorgaban a algunos la dignidad de *césares,* pero no la de *augustos,* o emperadores; así, por ejemplo, en algunas crónicas leemos que Diocleciano nombró *césar* a Maximiano, y que posteriormente lo ascendió, concediéndole la categoría de *augusto,* o sea, la de emperador. Entre los papas la referida historia menciona a los siguientes: a san Fabián, contemporáneo del emperador Decio; este emperador Decio, que sólo gobernó dos años, fue quien mandó matar a san Fabián; a san Cornelio, martirizado durante el imperio de Gallo y de Volusiano; a Lucio, sucesor de san Cornelio; a san Esteban, sucesor de Lucio, y muerto por orden de Valeriano y de Galieno, que rigieron los destinos del Imperio durante quince años; y a san Sixto, sucesor de san Esteban. San Sixto, pues, fue papa en tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno; éstos fueron quienes nombraron *césar* a Decio el Joven, y éste, Decio el Joven, a quien la mencionada historia nunca da el título de emperador, sino solamente el de césar, fue quien mandó matar a san Lorenzo. Todo esto se dice en la historia susodicha; con ella concuerdan las escritas por Eusebio, Beda e Isidoro, quienes expresamente hacen constar que san Sixto murió mártir, no en tiempos del emperador Decio, sino en tiempos del emperador Galieno.

En otra crónica distinta de las anteriores se lee que Galieno tuvo dos nombres: el de Galieno y el de Decio, y que él fue quien, hacia el año 257 de nuestra era, mandó matar a san Sixto y a san Lorenzo. Lo mismo dice Godofredo en un libro titulado *Panteón,* en el que afirma que Galieno, llamado también Decio, mandó martirizar a san Sixto y a san Lorenzo. Si lo que dice Godofredo fuese cierto, podría serlo también lo que a este respecto escribió al maestro Juan Beleth.

2. San Gregorio, en el libro de sus *Diálogos,* refiere este caso: Murió una monja llamada Sabina, casta en obras pero no en palabras, puesto que a lo largo de su vida no puso freno a la procacidad de su lengua, y llevaron su cadáver a la iglesia de san Lorenzo para darle sepultura junto al altar del santo mártir. A la mañana siguiente, cuando ya iban a proceder a su inhumación, los asistentes al entierro quedaron estupefactos al ver que los demonios habían partido el cuerpo de la difunta en dos mitades: la mitad inferior, es decir, de la cintura para abajo, se conservaba intacta; en cambio, la otra mitad, o sea, de la cintura para arriba, estaba totalmente quemada y convertida en un montón de ceniza.

3. Este otro caso lo cuenta san Gregorio de Tours: Hallábase un sacerdote efectuando determinadas reparaciones en una iglesia dedicada a san Lorenzo, y al advertir que una viga que intentaba colocar en la techumbre del templo, por ser corta no llegaba de parte a parte, rogó al santo mártir que acudiera en su ayuda remediando la deficiencia con la misma generosidad con que durante su vida había socorrido a tantos pobres; y, mientras hacía esta petición, la viga empezó a alargarse de tal manera que después de ser colocada en su sitio sobraba un trozo de ella. El sacerdote entonces tomó una sierra, cortó la porción de madera excedente, luego redujo lo eliminado a pequeñas astillas y las distribuyó entre los enfermos, porque comprobó que tenían virtudes curativas. Este milagroso hecho, referido no sólo por san Gregorio de Tours sino también por san Fortunato, ocurrió en Brine, pueblo de Italia.

4. Del libro de los *Diálogos* de san Gregorio tomamos el caso siguiente: Un sacerdote llamado Sántulo contrató a gran número de obreros para reparar una iglesia dedicada a san Lorenzo, invadida e incendiada por los Longobardos. Un día el mencionado sacerdote, al advertir que se había quedado sin provisiones para dar de comer a los obreros, pidió al santo que viniera en su ayuda y le sacara de aquel aprieto; al poco rato, al abrir la puerta del horno, vio dentro de él un pan blanquísimo, pero no muy grande, puesto que bien a gusto lo hubieran comido entre tres personas de una sola asentada. San Lorenzo, no obstante, como no quería dejar sin co-

mida a los que estaban reparando su templo, multiplicó la hogaza de tal manera que, durante los diez días que aún tardaron en concluir la obra, todos los obreros que en ella intervenían comieron de aquel único pan todo cuanto quisieron.

5. El episodio que sigue lo hemos tomado de la *Crónica* de Vicente:

En la iglesia de san Lorenzo de Milán había un cáliz de cristal de extraordinaria belleza. Un día, durante la celebración de una solemnísima misa, cuando el diácono iba a colocar sobre el altar el preciosísimo vaso sagrado, éste, en un momento de descuido, cayósele de entre las manos y, al tropezar contra el pavimento, se hizo trizas. El pobre diácono, consternado por lo ocurrido, recogió uno a uno todos los fragmentos, los depositó sobre el ara, invocó a san Lorenzo, y repentinamente los trozos de vidrio se unieron y el valioso cáliz quedó recompuesto en un abrir y cerrar de ojos con la misma belleza y perfección que tenía antes de quebrarse.

6. En el libro de *Los Milagros de la Santa Virgen* se lee lo siguiente: Un juez de Roma, a la hora de administrar justicia, se dejaba sobornar por dádivas y regalos, y ejercía su oficio perversamente. En cierta ocasión, abusando de sus atribuciones, se incautó violentamente de tres casas pertenecientes a la iglesia de san Lorenzo, y de un huerto que alguien había donado a santa Inés, y sin escrúpulo alguno incorporó esos predios a su patrimonio personal. Pero he aquí que un día el malvado juez murió y se vio obligado a comparecer ante el tribunal divino. Cuando lo estaban juzgando, san Lorenzo, visiblemente irritado, se acercó a él, lo cogió por un brazo y se lo apretó por tres veces con tanta fuerza que le hizo gritar de dolor. Santa Inés y las demás vírgenes pasaron junto a él sin mirarle, tornando la cabeza hacia otro lado para no verlo. El juez soberano que juzgó al corrompido juez terreno, pronunció esta sentencia: «Puesto que resulta probado que este hombre se apoderó de lo ajeno y vendió la verdad a cambio de dádivas, que vaya a hacer compañía a Judas el traidor». San Proyecto, de quien el reo había sido muy devoto en vida, trató de interceder por él y pidió a san Lorenzo y a santa Inés que lo perdonaran. San Lorenzo y santa Inés accedieron a los ruegos de san Proyecto, y recurrieron a la Virgen María suplicando a la Señora que abogase en favor del sentenciado. Entonces el juez supremo, por las oraciones de la Virgen, de san Lorenzo y de santa Inés, concedió a Esteban una oportunidad, permitiéndole que resucitase y regresase a la tierra para hacer en ella penitencia durante treinta días. La Santa Virgen María, antes de que Esteban se alejase del tribunal, se acercó a él y le encargó que rezase diariamente el salmo que comienza por estas palabras: *Beati inmaculati in via* (dichosos los que recorren santamente el camino de la vida). Esteban resucitó con el brazo en que sintió la presión de la mano de san Lorenzo requemado y negro, cual si la opresión hubiese sido real; y quemado y renegrido lo tuvo los treinta días que vivió, durante los cuales devolvió a sus dueños todo cuanto les había robado, hizo penitencia y, concluido el plazo que le fuera concedido, su alma emigró al Señor.

7. En la vida del emperador san Enrique se lee lo que sigue. Este rey y su esposa, de mutuo acuerdo, convinieron en vivir en perfecta castidad y en consagrar al Señor la virginidad de sus cuerpos. Pero un día él, tentado por el demonio, dio en sospechar que su mujer mantenía relaciones torpes con un soldado, y para castigar a la que juzgaba culpable la obligó a caminar descalza sobre un estrado de quince pies de largo, erizado de púas de hierro incandescentes. La esposa, al colocar sus plantas sobre tan cruel instrumento de tortura, antes de iniciar sus pasos sobre él dijo: «Señor Jesucristo, tú sabes que ni mi marido Enrique, ni nadie ha profanado jamás mi cuerpo. Ayúdame, pues, a soportar esta prueba». Enrique, al oír esto, se sonrojó, pero dejándose llevar de un movimiento de arrebato, dio una bofetada a Cunegunda, su mujer, que en aquel momento oyó una voz que le decía: «No tengas miedo; eres virgen y la Virgen María te protegerá». Seguidamente la santa reina comenzó a caminar sobre las púas incandescentes, avanzó sobre ellas y llegó al final del recorrido completamente ilesa. Años más tarde, cuando murió el rey, un ermitaño, desde el interior de su ermita, oyó unos ruidos extraños, como de voces y tumultos, cual si gran cantidad de personas alborotadas pasasen cerca de su celda; extrañado, abrió la ventana, se asomó, y vio, en efecto, que una caravana de gente rara caminaba de prisa por aquel solitario lugar.

—¿Quiénes sois y a dónde vais? —preguntó el anacoreta al último de la fila.

—Somos una legión de demonios —contestó el zaguero— y vamos a paso ligero porque queremos llegar cuanto antes ante el tribunal divino para asistir al juicio que en él se va a celebrar. Ha muerto el emperador Enrique, va a ser juzgado, y

nos interesa estar presentes para ver si logramos acusarle de algo que le pueda perjudicar.

El ermitaño exigió al demonio con el que estaba hablando que cuando terminara el juicio volviera por allí a comunicarle el resultado del mismo. Poco después el demonio regresó y dijo al anacoreta:

—No hemos conseguido nada, porque si bien durante la vista de la causa, a instancias nuestras, se pusieron sobre uno de los platillos de la balanza de la justicia la falsa sospecha con que el rey ofendió el honor de su esposa y algunas otras cosillas malas que en vida había hecho, cuando creíamos que todo esto junto iba a pesar más que lo que había en el platillo de sus obras buenas, se presentó ante el tribunal ese Lorenzo, el quemado, con una olla de oro, pesadísima, la puso sobre la bandeja de las buenas acciones, y, de repente, esta bandeja bajó tanto que lanzó por el aire todo lo que contenía la que estaba a nuestro cargo. Yo entonces me irrité de tal modo que le quebré una oreja a la olla que había traído Lorenzo.

Es de advertir que el demonio llamaba olla a un cáliz de oro tan enorme que para manejarlo estaba dotado de dos asas, tomadas por el diablo por orejas. Este cáliz había sido regalado por Enrique a la iglesia de san Lorenzo de la ciudad de Eichstat, porque el emperador era sumamente devoto del santo mártir. Y es de advertir también que parece cierto y comprobado que, a la misma hora en que el emperador Enrique murió, se quebró extrañamente una de las asas del mencionado cáliz.

San Gregorio en su *Registro* cuenta este caso: Uno de sus predecesores deseaba llevar a un enfermo ante el cuerpo de san Lorenzo para que el santo lo curara, pero no sabía cuál era el sitio preciso en que el mártir había sido sepultado. Mientras buscaban su sepultura, de pronto, el cuerpo que estaban buscando surgió ante ellos, mas no lo reconocieron. Posteriormente cayeron en la cuenta de que aquel era el cuerpo del santo, porque todos cuantos en aquella ocasión estaban en la iglesia y lo vieron, tanto los monjes como el resto del personal que residía en el monasterio, en el transcurso de los diez días siguientes murieron.

8. De los comentarios del obispo san Máximo y de san Agustín se infiere que el martirio de san Lorenzo aventajó a los de los otros santos en estas cuatro cosas: en la acerbidad del dolor, en los efectos o utilidad, en la constancia o fortaleza, y en la forma admirable de soportar los tormentos y de obtener la victoria. Consideremos separadamente estas cuatro circunstancias.

Primera. El martirio de san Lorenzo superó a los demás martirios en la acerbidad de los dolores que este santo padeció:

Veamos lo que a este respecto escribió san Máximo en el siguiente texto, si es de san Máximo, porque algunos opinan que no es de él, sino de san Ambrosio: «Hermanos, los dolores padecidos por san Lorenzo no fueron ni leves ni de corta duración como los de los otros mártires. De éstos, unos murieron degollados o decapitados; por tanto su muerte se produjo rápidamente y tan pronto como el verdugo descargó sobre su cuello el golpe de la espada. Otros fueron arrojados a alguna hoguera, pero su padecimiento duró muy poco, porque en seguida perecieron sofocados por las llamas. En cambio, san Lorenzo fue sometido a muchas y prolongadas penalidades, y finalmente a un género de muerte terrible en cuanto al sufrimiento, y lenta e inacabable por su duración. El martirio de san Lorenzo fue incomparablemente más atroz y meritorio que el de los jóvenes encerrados en el horno de Babilonia, porque éstos, aunque estaban entre llamas y tenían que pisar brasas encendidas, podían moverse libremente dentro del horno e ir de un lugar a otro; cierto que se movían sobre el fuego y entre fuego, pero les era dado caminar por el interior del recinto, mientras que san Lorenzo tuvo que permanecer quieto, tendido sobre una parrilla de hierro incandescente y amarrado a ella. Los jóvenes del horno, al pasear sobre las brasas, a medida que las pisaban las deshacían y apagaban; éste, en cambio, vióse obligado a soportar terribles quemaduras en todo su cuerpo, tendido primero sobre un lado y después sobre el otro. Cierto que los tres jóvenes oraron al Señor en medio de sus tormentos erguidos entre las llamas y con sus manos alzadas hacia el cielo; pero cierto también que san Lorenzo oró a Dios con todo su cuerpo, pues todo su cuerpo postrado sobre la parrilla y agarrotado por los sufrimientos era una sublime oración».

Téngase en cuenta que después de san Esteban, el más importante de los mártires es san Lorenzo, no precisamente porque sufriera más que cualquiera de los otros, no: es posible que muchos hayan padecido tanto como él y algunos acaso más. La importancia de su martirio se debe a que en él concurrieron seis circunstancias que no se dieron, al menos todas juntas, en el resto de los

mártires. Esas circunstancias fueron: a) El lugar en que padeció su martirio: Roma, cabeza del mundo y asiento de la sede apostólica. b) Su condición de predicador: San Lorenzo fue predicador y ejerció su oficio diligentemente. c) La laudable y acertada manera con que distribuyó entre los pobres los tesoros confiados a su custodia. Estas tres circunstancias han sido señaladas por el maestro Guillermo de Auxerre. d) La autenticidad plenamente comprobada de su martirio: Conviene insistir en esto, porque, aunque al leer las vidas de algunos mártires encontremos en ellas relatos de tormentos espeluznantes, muy superiores a veces a los padecidos por san Lorenzo, es menester advertir que muchos de esos relatos probablemente son apócrifos; su historicidad no está probada, y por tanto no merecen crédito; en cambio, la historia del martirio de este santo es verdadera; su autenticidad está garantizada por la Iglesia, que como verdadera la ha recibido y aprobado; por eso muchos Santos Padres la han utilizado en sus sermones y la han expuesto a los fieles como materia averiguada y cierta, contribuyendo de ese modo a la aprobación y confirmación de su veracidad. e) El grado de dignidad de su persona: San Lorenzo fue arquidiácono de la sede apostólica, el primero y el último, y por tanto el único que a lo largo de la historia ha tenido este título, puesto que, según los historiadores, ni antes de él hubo ni después de él ha habido nadie que haya ostentado tal dignidad en la sede romana. f) La crueldad de las horrendas torturas a que lo sometieron; porque verdaderamente horrendo y atroz fue el suplicio de ser asado vivo en una parrilla de hierro. Comentando este tormento escribe san Agustín: «Después de haber desgarrado sus carnes con garfios, y de haber lacerado sus miembros a fuerza de azotes y de flagelaciones, decidieron asarlo, y lo asaron tendiéndolo sobre una enorme parrilla puesta al fuego; después, para que sus sufrimientos fuesen más horrorosos, cuando su cuerpo, colocado sobre la trama de rejas incandescentes y al rojo vivo estaba asado y requemado por un lado, dábanle la vuelta a fin de que se asase y requemase por el otro, procurando de ese modo que el suplicio fuese lento y cada vez más espantoso».

Segunda. El martirio de san Lorenzo superó en importancia al de otros santos por los efectos o utilidades que de él se siguieron.

San Máximo y san Agustín, comentando esta circunstancia, dicen que el terrible procedimiento empleado para martirizar a san Lorenzo ha cubierto a este santo de gloria, lo ha hecho célebre y famoso entre la gente, ha promovido la devoción del pueblo hacia él, y lo ha convertido en un insigne modelo de virtudes digno de ser imitado. Consideremos uno por uno estos cuatro efectos.

Primero: Ha cubierto a este santo de gloria.

«¡Oh perseguidor! —escribe san Agustín—. Te ensañaste con este mártir; acumulaste suplicios y más suplicios sobre él; pero ¿qué conseguiste? Pues conseguiste trenzar y embellecer la palma de su victoria».

San Máximo, o san Ambrosio, quienquiera que sea el autor del siguiente pasaje, dice: «Carbonizaste sus miembros, pero no lograste quebrantar la fortaleza de su fe; el mártir perdió sus carnes, pero ganó la salvación».

«¡Oh cuerpo dichoso —exclama san Agustín—, que a pesar de las torturas a que fuiste sometido no abdicaste de la fe de Cristo, y santa y religiosamente coronado entraste en el descanso eterno!».

Segundo: Lo ha hecho célebre y famoso entre la gente.

He aquí lo que a propósito de esto dice Máximo o Ambrosio: «Bien podemos comparar a san Lorenzo con el grano de mostaza, pues, precisamente por haber sido triturado con tan terribles padecimientos, su nombre se ha extendido por el mundo entero como perfume de exquisita fragancia. Durante su vida fue modesto, irrelevante, desconocido; pero, después de que lo torturaran y laceraran y quemaran vivo, la fama de su hazaña corrió de boca en boca por todas las iglesias del orbe. Cosa santa es y grata a Dios venerar con especial devoción el martirio de san Lorenzo, puesto que, al celebrar esta festividad, la Iglesia, iluminada por las llamas que abrasaron el cuerpo de este santo, triunfa en todas las tierras cristianas. La gloria alcanzada por este insigne mártir con su pasión y muerte es tanta que, desde entonces, iluminado con sus destellos, resplandece en el mundo entero».

Tercero: Ha promovido la devoción del pueblo hacia él.

Comentando este tercer efecto, dice san Agustín que este mártir es digno de honor y alabanza por tres razones. He aquí sus propias palabras: «Debemos profesar suma devoción al glorioso varón san Lorenzo, en primer lugar porque por amor a Dios derramó su preciosa sangre; en segundo, porque disfruta en la presencia del Señor del notable privilegio de mostrar a los hombres cómo

debe defenderse la fe cristiana; merced a estas lecciones suyas muchas personas han alcanzado la categoría de mártires; y en tercero, porque su conducta fue tan santa y perfecta que con ella mereció la corona del martirio a pesar de que vivió en tiempos de paz».

Cuarto: lo ha convertido en un insigne modelo de virtudes digno de ser imitado.

Razón tiene san Agustín cuando dice que «la causa más profunda de todos los padecimientos de este santo, es decir, la razón determinante de que estuviese destinado a morir como murió, fue la de servir de ejemplo para que otros se decidiesen a imitarle».

A san Lorenzo debemos imitarle principalmente en estas tres cosas: a) En la fortaleza con que soportó las adversidades. «Nada hay tan útil para aleccionar al pueblo de Dios —escribe san Agustín— como el ejemplo de los mártires, porque si bien es cierto que la elocuencia es muy importante para exhortar, y en ocasiones es eficaz para persuadir, no lo es menos que los ejemplos son más poderosos que las palabras, y que una buena obra enseña más que un discurso». «Los mismos perseguidores de san Lorenzo —añade el santo doctor— se dieron cuenta de la gran categoría y gloriosa competencia que en este género de magisterio, por medio del ejemplo, poseía el santo mártir, puesto que fueron testigos de que, no sólo no se debilitó su fortaleza de ánimo, sino que con las pruebas que dio de constancia y de perseverancia reafirmó a otros muchos en sus creencias cristianas». b) En la magnitud y fervor de su fe. En el siguiente texto de Máximo o de Ambrosio se dice en relación con este punto: «Mientras san Lorenzo, de sus íntimas convicciones religiosas sacaba fuerzas para soportar el ardor de las llamas, nos estaba enseñando a todos que también nosotros debemos extraer de nuestra fe energías para alejarnos de las llamas del infierno y para superar con nuestro amor a Jesucristo el temor al día del juicio». c) En su ardiente devoción. He aquí lo que en relación con esto escriben Máximo o Ambrosio: «Lorenzo, con la luz que en su persona brillaba, iluminó clarísimamente al mundo, y con el fuego de las llamas que quemaron su cuerpo calentó los corazones de los cristianos».

Acerca de estas tres cosas dice Máximo o dice Ambrosio: «San Lorenzo, con su ejemplo, nos anima a aceptar el martirio, reaviva nuestra fe y enciende nuestra devoción».

Tercera. Su martirio superó en excelencia al de otros santos, por la fortaleza y constancia con que lo soportó.

A propósito de esta fortaleza y de esta constancia escribe san Agustín: «San Lorenzo permaneció fiel a Cristo, y aguantó sin claudicar los interrogatorios tiránicos a que fue sometido, las terroríficas amenazas que le hicieron y los horrendos suplicios con que pusieron fin a su vida. Hiciéronle sufrir una muerte muy lenta; pero como llegó a ella abundantemente nutrido con sustanciosas comidas y copiosas bebidas, excelentemente fortalecido con tan suculentos alimentos y con tan riquísimos licores, no sintió los tormentos, no cedió ante ellos, sino al contrario: los utilizó a modo de trampolín para saltar hasta el reino de los cielos». Con tal fortaleza y tanta constancia aguantó san Lorenzo los suplicios a que fue sometido, que, lejos de sucumbir, de ellos sacó, como observa san Máximo, útiles frutos para reafirmarse en el santo temor de Dios, reavivar su amor a Cristo y aumentar la alegría de su corazón. Sobre el primero de estos tres frutos a que acabamos de referirnos, escribe el mencionado san Máximo: «Extendiéronlo sobre las brasas encendidas, diéronle varias veces la vuelta poniéndolo ya de un lado, ya de otro; pero cuanto más intensos eran los dolores que sufría, más se reafirmaba con admirable paciencia en el santo temor de Dios». El mismo san Máximo o san Ambrosio, el que sea el autor de la obra que venimos citando, escribe acerca del segundo de estos frutos: «Así como el grano de mostaza se calienta si lo machacan, así también san Lorenzo se inflamaba más y más cuanto más lo machacaban con los sucesivos tormentos a que fue sometido su cuerpo. ¡Qué maravilloso espectáculo! Mientras unos lo torturaban, otros preparaban afanosamente procedimientos aún más atroces para comenzar a aplicárselos tan pronto como los anteriores terminaran; y, cuanto más terribles eran las penas con que lo castigaban, más crecía su amor al Salvador». En cuanto al tercero de esos frutos, el autor de la aludida obra dice: «La fe de su alma en la magnanimidad de Cristo se reafirmaba y crecía de tal manera que, sin cuidarse de lo mucho que sufría, sentíase feliz y contento del triunfo que estaba obteniendo, y tan alegre, que aun en medio de las llamas dirigió a sus verdugos algunas frases irónicas».

Cuarta. Su martirio excedió en importancia al de los demás santos, por la admirable manera con

que lo soportó y por el modo con que obtuvo la victoria.

San Máximo y san Agustín insinúan que los géneros de fuego que san Lorenzo sufrió, aguantó valientemente y extinguió con su perseverante fortaleza, fueron estos cinco: el del infierno, el de las llamas materiales que calentaban la parrilla, el de la concupiscencia carnal, el de la avaricia desmedida y el del odio criminal. Sobre el primero de ellos escribe san Máximo: «¿Es que un hombre que tenía fe sobrada para apagar las llamas infernales podía claudicar ante unas quemaduras terrenas y pasajeras? No, sino que aguantó el calor y las quemaduras de las brasas de este mundo, que por mucho que duren acaban consumiéndose, y de ese modo se libró de caer en las que arden y queman eternamente en el averno». Sobre el segundo género de fuego extinguido por el santo, o sea, el de las llamas materiales que calentaban la parrilla, Máximo, o Ambrosio, se expresa de esta manera: «Su cuerpo fue quemado; pero el ardor de su amor divino mermó la fuerza del ardor físico». Y más adelante: «Por mucha leña que por orden del rey echaban en la hoguera y por más que avivaban la lumbre, san Lorenzo, inflamado por el calor de la fe, no sentía el de las llamas». De san Agustín es la siguiente observación: «La caridad de Cristo que llenaba el alma de san Lorenzo no pudo ser vencida por el fuego en que lo asaban; el calor del fuego exterior con que achicharraban sus carnes era mucho menos intenso que el que interiormente ardía en su espíritu». En relación con el tercer género de fuego arriba mencionado, o sea, la concupiscencia carnal, dice san Máximo: «San Lorenzo sintió horror hacia semejante clase de fuego; cierto que supo lo que ese fuego era; pero ese fuego pasó por él, no sólo sin quemarle, sino dejándole convertido en lámpara viva de pureza; las llamas del fuego material que abrasaron su cuerpo apagáronle los apetitos de la carne; prefirió perecer quemado en la parrilla a perecer quemado por el fuego de la concupiscencia». Acerca del cuarto género de fuego, el de la avaricia, san Agustín, comentando cómo san Lorenzo se burló de quienes movidos por la codicia trataban de incautarse de los tesoros de la Iglesia, escribe lo siguiente: «Aquel hombre ávido de dinero y enemigo de la verdad, se lanzó contra san Lorenzo por un doble motivo: por avaricia y por impiedad; por avaricia, es decir, impulsado por el ansia de apoderarse del oro que el santo administraba; por impiedad, o sea, movido por el malévolo deseo de destruir a Cristo. Pero, ¡oh prototipo de humana crueldad!: ¿Qué adelantaste con ello? ¿Qué conseguiste? Nada de lo que pretendías; tus estratagemas no dieron resultado; te quedaste sin los bienes materiales que tanto codiciabas, y ahora, mientras Lorenzo disfruta de la gloria del cielo, tu te abrasas entre llamas». A propósito del quinto género de fuego extinguido por san Lorenzo, que consistió en la furiosa inquina con que los perseguidores atacaron al bienaventurado mártir, san Máximo, comentando el comportamiento observado por el santo para resistir y vencer la saña de que sus enemigos le hicieron objeto, escribió lo que sigue: «Soportó hasta el final el ardor de las llamas; de ese modo venció a los verdugos que atizaban la lumbre y apagó el fuego del odio con que lo atormentaban, un odio tan feroz que los traía como locos. Lo único que con su inquina diabólica consiguieron sus satánicos perseguidores, fue que aquel fidelísimo siervo de Dios subiese glorioso al cielo a recibir la recompensa que su Señor le tenía preparada y que la crueldad con que lo maltrataban fuese devorada por las llamas rabiosas del odio que ardía en sus propios corazones». En opinión de san Máximo la inquina que hacia san Lorenzo sentían sus perseguidores, por lo maligna y furiosa, era a modo de un fuego que interiormente les abrasaba las entrañas; por eso más adelante escribe: «Si aquellos gentiles ardiendo de furor prepararon una parrilla para quemar a san Lorenzo, fue porque querían con aquel fuego y aquellas llamas materiales vengar el otro fuego y las otras llamas del odio que hacia él sentían y que les consumían sus propias almas».

Nada tiene de extraño que san Lorenzo superara y apagara esos cinco géneros de fuego de que hemos hecho mención, puesto que, como atinadamente observa el susodicho san Máximo, el santo mártir llevaba en su interior tres clases de refrigerios que le permitían mitigar las llamas exteriores más violentas, y tenía su corazón inflamado por tres tipos de lumbre más viva y más ardiente que la lumbre más intensa de las hogueras materiales más vivas. Los refrigerios con los que refrescó su alma para poder soportar como si no las sintiera las quemaduras que las brasas y la parrilla incandescente producían en su cuerpo, fueron estos tres: el deseo de reino celestial, la meditación de la ley divina y la pureza de conciencia. Del deseo del reino celestial, primero de esos refrigerios, dice san Má-

ximo o dice san Ambrosio: « San Lorenzo no notaba en sus miembros el tormento del fuego, porque sus sentidos hallábanse refrigerados por el deseo del paraíso. Cierto que ante los pies del tirano yacía tendido el cuerpo exánime del santo con su carne achicharrada; pero si yacía insensible a las cosas de la tierra era porque los pensamientos y anhelos de su alma estaban dirigidos hacia el cielo». El mismo san Máximo o san Ambrosio refiriéndose a la meditación de la ley divina, segundo de los refrigerios, dice: «Por terribles que fueran los tormentos a que lo sometían, la sensibilidad de su cuerpo estaba como adormecida y refrigerada, porque su espíritu permanecía absorto en la meditación de los mandamientos de Cristo». Este mencionado autor, Máximo o Ambrosio, escribió lo que sigue en relación con el tercer refrigerio, es decir, con la pureza de conciencia: «Cierto que todo el cuerpo del valerosísimo mártir era pasto del fuego, hasta el punto de que incluso sus entrañas ardían; pero él no pensaba más que en el reino de Dios, tan fijamente, que la tranquilidad de su conciencia actuaba a modo de refrigerio y le permitía sentirse alegre y feliz en medio de tan horrendos suplicios».

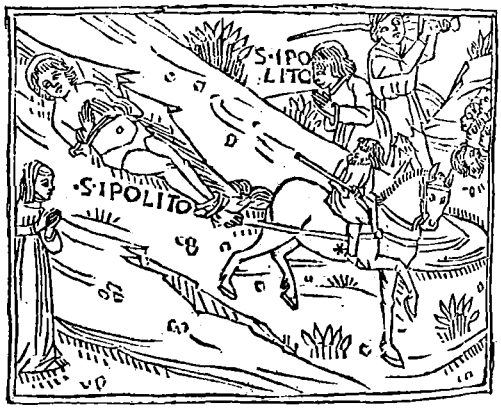
Aparte de esto, observa san Máximo, había en el santo tres fuegos interiores que le abrasaban el corazón tan ardorosamente que, al lado de ellos, los otros, los exteriores que le quemaban el cuerpo, quedaban emsombrecidos y como apagados. Esos fuegos internos eran: el primero, la inmensidad de su fe; el segundo, su fervorosa caridad; el tercero, un conocimiento tan perfecto y verdadero de Dios que le hacía sentirse plenamente poseído por la realidad divina e inundado de claridad y de calor sobrenaturales. Del primero de estos refrigerios dicen san Máximo o san Ambrosio: «Su alma hervía de tal modo con el ardor de la fe, que el calor de las llamas que quemaban su cuerpo no significaba nada para él. A ese hervor espiritual de la fe se refería el Salvador cuando dijo estas palabras recogidas en el Evangelio: *Fuego vine a traer a la tierra,* etc. Ese fuego ardía en san Lorenzo con tal viveza e intensidad que dejaba insensibilizado y ajeno a los efectos que en su cuerpo producían los fuegos materiales». Sobre el segundo tipo de fuego dice Máximo o Ambrosio: «Verdad es que los miembros del santo ardían y se quemaban en la lumbre atizada por el tirano; pero más aún ardía su alma, abrasada por el fuego del amor que profesaba a Cristo». Finalmente, a propósito del tercer fuego interior, Máximo o Ambrosio escribe: «La lumbre vivísima preparada por sus perseguidores no pudo doblegar el ánimo valerosísimo del invicto mártir, porque toda aquella lumbre era nada en comparación con la que los rayos de la verdad habían encendido y mantenían ardiendo intensamente en su alma. El fuego interior con que aborrecía la perfidia y amaba la verdad era tan vivo que le capacitaba o para no sentir los efectos del fuego material o para soportar las quemaduras, aunque las notara».

En el oficio litúrgico compuesto por la Iglesia para honrar a san Lorenzo, hallamos tres privilegios que no han sido concedidos a los otros mártires: el primero consiste en que su fiesta tiene vigilia. Esto constituye una prerrogativa muy especial, puesto que ninguna festividad de ningún otro mártir tiene vigilia; y ya que hablamos de vigilias, aprovechamos la oportunidad para advertir que las vigilias actualmente no tienen el mismo sentido que antiguamente tenían; o, dicho de otra manera , actualmente se celebran de modo distinto a como antes se celebraban; debido a que durante las mismas ocurrían cosas reprobables, la Iglesia, obrando cuerdamente, sustituyó con ayunos la forma de celebración que en tiempos pasados se usaba. Según el maestro Juan Beleth, antes, en las vísperas de las fiestas de los santos, para mejor honrarlos, desde la hora del atardecer los fieles comenzaban a acudir a los templos y en ellos permanecían toda la noche; pero posteriormente se introdujeron abusos: para preservarse de la oscuridad y del frío, encendían en las iglesias luminarias y fogatas y, como los hombres llevaban con ellos a sus esposas e hijas, empezaron a cometerse muchos casos de fornicación y de adulterio en el interior de los templos; esa fue la causa de que la Iglesia, para acabar con aquel estado de cosas, sustituyera las vigilias por ayunos. De las antiguas vigilias acutalmente sólo queda el nombre, pues vigilias siguen llamándose los días que preceden inmediatamente a ciertas fiestas, aunque ya no se vele durante ellos ni durante la noche correspondiente y hayan quedado reducidos a jornadas de ayuno. El segundo privilegio de la fiesta de san Lorenzo, es que tiene octava. Entre las festividades de los mártires, de esta prerrogativa gozan únicamente la de san Esteban y la de san Lorenzo, y entre las de los confesores, la de san Martín. El tercer privilegio consiste en que las antífonas del oficio litúrgico se repiten, circunstancia que, tratándose de oficios de

santos, solamente se da en el de san Lorenzo y en el de san Pablo; en el de san Pablo, por la excepcional categoría que tuvo como predicador; y en el de san Lorenzo, por la importancia y excelencia de su martirio.

Capítulo CXVIII

SAN HIPÓLITO Y SUS COMPAÑEROS



La palabra Hipólito puede provenir o de *hyper* (encima) y de *litos* (piedra), en cuyo supuesto significaría *fundado sobre piedra* y en el caso de este mártir *fundado sobre Cristo,* o de *in* (en) y de *polis* (ciudad); si así fuese equivaldría a *en la ciudad.* Hipólito puede significar también *muy pulido.* San Hipólito estuvo fundado sobre la piedra que es Cristo, en cuanto que con sus obras demostró poseer constancia y firmeza muy sólidas; vivió místicamente en la ciudad de los bienaventurados por la ansiosa avidez con que aspiraba al cielo; finalmente, pulió y bruñó su espíritu con los tormentos a que fue sometido.

1. Después de enterrar el cuerpo de san Lorenzo, Hipólito regresó a su casa, dio la paz a sus siervos y criados, distribuyó entre ellos las formas consagradas que el sacerdote san Justino le había entregado para que pudieran comulgar, y a continuación, como era la hora de comer y la mesa ya estaba preparada, se sentó; pero apenas se había sentado, antes de que hubiese tomado bocado alguno, entraron en la sala unos soldados, se apoderaron de él y lo condujeron al palacio de Decio, que era césar, quien al verlo, riendo y bromeando le dijo:

—Vamos a ver, Hipólito, ¿qué es lo que pasa? ¿Te has convertido en mago? ¿Por qué y para qué has recogido el cuerpo de san Lorenzo?

Hipólito le respondió:

—No me he convertido en mago; he recogido el cuerpo de san Lorenzo porque soy cristiano.

Al oír esto y ver que, efectivamente, Hipólito estaba vestido con la túnica blanca que solían llevar los recién bautizados, Decio se enfureció y mandó a los soldados que inmediatamente lo despojaran de aquella ropa y le machacaran los dientes con una piedra.

Hipólito, cuando le quitaron su blanca vestidura, advirtió al césar:

—No creas que porque me hayas privado de esta túnica me has arrebatado mi condición de cristiano; al contrario: me has reafirmado en ella.

Decio, irritado, repuso:

—Has llegado a tal grado de necedad que ni siquiera te avergüenzas de estar desnudo ante nosotros. Vuelve en tu juicio; sé razonable; adora a los dioses y vivirás. Si no haces lo que te digo correrás la misma suerte que ese Lorenzo al que tanto admiras.

—¡Ojalá —replicó Hipólito— tuviera la dicha de poder imitar a ese santo cuyo nombre acabas de profanar con tu sucia boca!

Acto seguido, por orden de Decio, los soldados comenzaron a azotarle con látigos y a lacerar su cuerpo con escarpidores de hierro. En medio de la tortura y cuanto más le castigaban, más clara y reciamente Hipólito repetía que era cristiano, proclamando insistentemente que por mucho que lo atormentaran no conseguirían hacerle renegar de su fe.

Un rato después Decio mudó de táctica; mandó que vistieran a Hipólito con las prendas militares correspondientes al grado que en el ejército tenía, y a base de promesas y halagos trató de hacerle apostatar, asegurándole que, si abandonaba el cristianismo, reanudarían su amistad y recuperaría el mando que en la milicia tenía. Pero todo su empeño resultó vano, porque Hipólito le respondió que jamás desertaría de las filas de Cristo. Convencido Decio de que todo cuanto hiciera en este sentido sería perder el tiempo, porque nunca lograría lo que pretendía, tornó a su anterior indignación y mandó al prefecto Valeriano que procediera a la incautación de todos los bienes del detenido, y que continuaran atormentándolo sin piedad hasta

que estuviesen seguros de que había dejado de vivir.

Como Valeriano, mientras llevaba a cabo la ejecución de las órdenes del césar, se enterara de que toda la familia de Hipólito era cristiana, mandó que cuantos la componían fuesen llevados a su presencia, y trató de obligarles a que ofreciesen sacrificios en honor de los dioses. Todo resultó inútil. Concordia, nodriza de Hipólito, tomó la palabra y, en nombre de los demás miembros de la casa, dijo:

—Todos nosotros preferimos morir honradamente con nuestro amo y señor, a vivir con la deshonra en que incurriríamos si traicionásemos nuestras creencias.

—¡Oh raza vil de esclavos! —respondió Valeriano—: para haceros entrar en razón no hay más que un procedimiento, el del látigo. Yo os obligaré a cambiar de parecer a fuerza de suplicios, y voy a comenzar la tarea contigo.

Seguidamente ordenó el prefecto a los verdugos que azotaran a Concordia con unas correas que llevaban entre su trenzado trozos de plomo, y que no dejaran de castigarla hasta que cayera muerta si antes no renegaba de la fe cristiana. Como este suplicio se ejecutó en presencia de los demás miembros de la casa de Hipólito, éste, que también estaba allí, animaba a la víctima a que permaneciera firme; y al observar que, en efecto, ni claudicaba ni aparecían síntomas de debilidad en su espíritu, exclamó en voz alta y con evidente alegría:

—¡Gracias, Señor, porque has permitido que mi nodriza, delante de todos nosotros, fieles creyentes en ti, esté dando estas magníficas pruebas de fidelidad a tu doctrina!

Por fin Valeriano dispuso que Concordia, Hipólito y los demás miembros que componían su familia fuesen sacados de la ciudad por la puerta Tiburtina y conducidos al lugar en que iban a ser martirizados. Al llegar al sitio elegido para darles muerte, Hipólito infundió ánimo a sus compañeros diciéndoles:

—Hermanos, no tengáis miedo. Vosotros y yo estamos unidos por la misma fe en el único Dios verdadero.

Momentos después, por orden de Valeriano comenzó el suplicio de los familiares de Hipólito, en cuya presencia, unos tras otros, todos ellos fueron decapitados. Al término de tan horrible carnicería el prefecto mandó que atasen a Hipólito por los pies a los pescuezos de un par de caballos sin domar y que luego dejaran a éstos en libertad. Las indómitas bestias, en cuanto se vieron sueltas, salieron corriendo desenfrenadamente arrastrando al mártir por terrenos llenos de cardos, zarzas y espinos. De este modo murió martirizado san Hipólito, hacia el año 256 de nuestra era.

San Justino recogió los cuerpos de estos mártires y los enterró junto al de san Lorenzo. Durante algunos días, el de santa Concordia no pudo ser recuperado porque sus verdugos lo habían arrojado al fondo de una cloaca; pero, al cabo de cierto tiempo, fue rescatado de esta manera: Porfirio, uno de los soldados que intervinieron en la decapitación de estos santos, creyendo que Concordia llevaba escondidas entre sus ropas muchas piedras preciosas y gran cantidad de oro, se entrevistó con un tal Ireneo, encargado de las alcantarillas de la ciudad, y le propuso lo siguiente:

—Si me prometes que no vas a decir nada a nadie, te comunicaré un secreto.

—¡Prometido! —respondió Ireneo.

—Mira —susurróle Porfirio—: hace unos días hemos matado a una mujer llamada Concordia y arrojado su cadáver a una de las cloacas. Sospecho fundadamente que entre sus vestiduras llevaba ocultamente guardado un tesoro de oro y de riquísimas joyas. Busca por las alcantarillas su cuerpo, sácalo sin que nadie se entere y, cuando lo hayas sacado, nos repartiremos amigablemente el botín.

Ireneo, que era secretamente cristiano, respondió a Porfirio:

—Deja este asunto de mi cuenta; queda tranquilo; no diré nada a nadie de cuanto acabas de confiarme. Dime en qué sitio arrojasteis su cadáver a las alcantarillas. Yo lo buscaré y cuando lo haya buscado te comunicaré si he logrado hallarlo o no.

Ireneo buscó el cuerpo de la santa, lo encontró, y avisó a Porfirio para que le ayudara a sacarlo de la cloaca. Entre ambos lo subieron a la superficie. Porfirio inmediatamente comenzó a registrar las ropas de la santa, pero al no encontrar lo que tanto le interesaba, se desentendió de todo aquel asunto y a toda prisa huyó de allí. Ireneo, en cuanto Porfirio escapó, avisó a Abundio, otro cristiano, y por medio de él hizo llegar el cuerpo de la mártir hasta san Justino quien reverentemente lo enterró junto al de san Hipólito y a los de los otros compañeros de martirio. No tardó Valeriano en enterarse de lo ocurrido, y en castigar inmediatamente a Ireneo y a Abundio, ordenando que ambos fuesen arroja-

dos vivos a una de las cloacas de Roma, y en ella murieron; pero san Justino logró recuperar sus cuerpos y los enterró también al lado de los otros.

Pasado algún tiempo, un día Decio y Valeriano subieron juntos a una carroza dorada y se dirigieron al anfiteatro en el que algunos cristianos iban a ser arrojados a las fieras. Apenas tomaron asiento en la suntuosa carroza y los caballos iniciaron su marcha, sendos demonios se apoderaron de ambos jerarcas y comenzaron a hablar por boca de ellos. El que se había apoderado de Decio dijo:

—¡Oh Hipólito! ¡Con qué cadenas tan ásperas me tienes amarrado!

El que había entrado en el cuerpo de Valeriano exclamó a su vez:

—¡Oh Lorenzo! ¡Me tienes atado con cadenas de fuego!

Nada más decir esto, Valeriano murió repentinamente. Decio inmediatamente regresó a su palacio y durante tres días, obligado por el diablo que le torturaba, no cesó de repetir:

—¡Oh Lorenzo! ¡Te suplico y exijo que dejes de atormentarme siquiera por algún breve rato!

Pasados esos tres días murió miserablemente. Trifonia, su esposa, hasta entonces mujer cruel, al ver lo que le había sucedido a su marido, se desprendió de todas sus cosas y en compañía de su hija Cirila se fue a la calle en busca de san Justino y, en cuanto logró localizarlo, le pidió que las bautizara a ambas. San Justino las bautizó a ellas y a otras muchas personas, y algunas fechas más tarde, Trifonia, mientras oraba, entregó su espíritu a Dios. San Justino se hizo cargo de su cadáver y lo enterró al lado del de san Hipólito. Cuarenta y siete soldados, tan pronto como se enteraron de que su reina y Cirila su hija se habían hecho cristianas, acudieron con sus respectivas esposas a san Justino y le manifestaron que querían convertirse a la religión de Cristo. Dionisio, sucesor de san Sixto en el supremo pontificado, administró el bautismo a los cuarenta y siete soldados y a sus mujeres.

El emperador Claudio quiso obligar a Cirila a renegar de la fe y a ofrecer sacrificios en honor de los ídolos, y como la joven le contestara que jamás haría lo que se le proponía, el emperador, irritado, mandó que tanto ella como los cuarenta y siete soldados y sus respectivas esposas fuesen degollados. Los cuerpos de todos estos mártires y el de Cirila fueron sepultados en Campo Verano, al lado de los mártires de que anteriormente hemos hablado.

Conviene advertir que este Claudio al que acabamos de referirnos fue el sucesor de Decio, pero no de Decio el emperador, sino de Decio el Joven, es decir, de Decio el *césar* que mandó martirizar a san Lorenzo y a Hipólito. A Decio el emperador, según las crónicas, sucedió Valeriano; a éste Galieno, y a éste Claudio. También conviene recordar que, al parecer, como en otro lugar dijimos, Galieno tuvo dos nombres: el de Galieno y el de Decio; así lo aseguran Vicente, en una crónica que escribió, y Godofredo en un libro del que fue autor; pero no faltan quienes opinan que Galieno y Decio fueron personas distintas; según éstos, Galieno siendo emperador, tomó a Decio como ayudante en las tareas de gobierno, confiriéndole la dignidad de césar, pero no la imperial. Este es el parecer expuesto por Ricardo en su *Crónica*.

San Ambrosio, en el prefacio que compuso sobre san Hipólito, dice lo siguiente: «El santo mártir Hipólito eligió a Cristo por su jefe y prefirió ser simple soldado en sus filas, a ser capitán en el ejército del Imperio. Lejos de perseguir a san Lorenzo, que había sido puesto bajo su custodia, se hizo discípulo suyo. Habíanle encargado que averiguase el paradero de los tesoros de la Iglesia, y, al tratar de cumplir este cometido, halló otro tesoro mayor que nadie lograría arrebatarle: el de la fe, fuente de las verdaderas riquezas y en defensa de las mismas arrostró las iras furiosas de un rey tirano que, olvidando la amistad con que anteriormente le había distinguido, lo persiguió con ensañamiento. El santo mártir soportó de buen grado las desgarraduras de sus miembros corporales en este mundo, para no caer en los suplicios eternos».

2. Un boyero llamado Pedro, el día de santa María Magdalena, en vez de respetar el carácter festivo de la jornada, unció sus bueyes, los enganchó al carro y se dirigió al campo a trabajar. Los bueyes, cual si quisieran dar a entender que iban de mala gana, caminaban muy lentamente. Pedro los aguijoneaba, acompañando cada puyado de malsonantes imprecaciones. Como a pesar de los estímulos de la vara y de las palabrotas los animales continuaban remoloneando, Pedro, en cierto momento, soltó esta maldición:

—¡Mal rayo os parta!

Tan pronto como dijo esto, cayó de lo alto una centella que mató a los bueyes, destrozó el carro y dejó al carretero sin una de sus piernas, porque el fuego de la chispa aquella le quemó la carne y los nervios. Primeramente, a consecuencia de la que-

madura, los huesos quedaron al descubierto; poco después la tibia se le desprendió de la rodilla completamente. Pedro la recogió y con ella en la mano, en medio de terribles dolores, logró llegar a una iglesia, escondió la tibia en un agujero que vio en el interior del templo, y después, llorando, pidió a la Virgen María que tuviera a bien socorrerle. Tras de hacer esta oración regresó a su casa. Algunas fechas más tarde, una noche, estando Pedro durmiendo, acudió junto a su cama la bienaventurada Señora acompañada de san Hipólito. La Virgen dijo al santo mártir que curara la pierna al boyero. San Hipólito fue a la iglesia, extrajo del agujero la tibia que en él había escondido Pedro, tornó con ella a la habitación del mutilado enfermo, y la injertó en la rodilla de éste de modo semejante a como un injertador de árboles hace sus injertos; es decir, practicando en el hueso de la rodilla una incisión parecida a la que se hace en el muñón de la rama que sirve de base al injerto, e introduciendo en ella la tibia como se introduce la púa que se pretende injertar. Hipólito tardó muy poco en ejecutar esta operación, pero fue tan dolorosa para Pedro que, aunque éste estaba dormido, prorrumpió en tan fuertes gritos que con ellos despertó a cuantos dormían en la casa. Estos se levantaron, encendieron luces y acudieron a ver qué le ocurría a Pedro para gritar de aquella manera; mas ¡cuál no sería su sorpresa al hallarlo profundamente dormido! La sorpresa fue aún mayor al advertir que el que tanto había gritado tenía sus dos piernas. ¿Estaremos soñando? —se decían. Para salir de dudas, unos tras otros palparon y oprimieron la pantorrilla nueva, y comprobaron que era de carne y hueso como la otra, y que no estaban soñando. A fuerza de tocarle y oprimirle una y otra pierna, despertaron a Pedro, y cuando lo vieron despierto le preguntaron cómo y cuándo había recuperado la pierna que antes le faltaba. Pedro, al principio, no entendía el sentido de aquellas preguntas; luego creyó que trataban de engañarle; mas al fin, mirándose su propio cuerpo y viendo en su sitio la pierna nueva, y tocándola una y otra vez, y comprobando que la pierna era verdadera y no meramente aparente, quedó tan estupefacto como ellos. En seguida se levantó, se puso en pie, caminó por la estancia, y advirtió que el nuevo miembro milagroso, aunque enteramente semejante a primera vista al que había perdido, era un poquito más débil y más corto que el antiguo. Durante un año entero Pedro pudo moverse y caminar con la pierna nueva, sin más inconveniente que el de que al andar cojeaba visiblemente, sin duda porque así lo quiso Dios para dar mayor notoriedad al milagro. Al cabo de ese año, otra noche, hallándose el boyero dormido, presentáronse junto a su lecho la Virgen y san Hipólito, y la Señora dijo al santo mártir:

—Completa la obra que el año anterior iniciaste. Deja la pierna de Pedro en perfectas condiciones.

A la mañana siguiente, cuando Pedro despertó y se levantó y comenzó a caminar, se dio cuenta de que su pierna injertada tenía la misma longitud y fortaleza que la que perdió cuando el accidente del rayo. Conmovido por tan estupendo milagro, decidió consagrarse a Dios y se retiró al desierto para vivir en adelante en un eremitorio.

Poco después de iniciarse su nueva vida de ermitaño, el diablo empezó a inquietarle, apareciéndosele frecuentemente bajo la forma de una mujer enteramente desnuda e incitándole a cometer pecados carnales, mas cuanto más insistía en sus pretensiones la aparente mujer tentadora, con tanta mayor energía rechazaba él las tentaciones. Un día, sin embargo, el acoso de la mujer fue tan pertinaz y tan fuerte, que Pedro temió sucumbir; pero de pronto tomó una resolución con vistas a terminar de una vez con aquella situación que le tenía tan preocupado: cogió una estola de sacerdote que anteriormente se había procurado y guardaba en su celda, echóla por sorpresa al cuello de la tentadora y, tan pronto como la estola tocó el cuerpo de la mujer, el diablo salió huyendo, dejando ante el ermitaño un cadáver que al instante cayó al suelo, putrefacto y hediondo. El pestífero hedor que salía de aquella carne descompuesta era tan insoportable, que los demás anacoretas, al sentirlo y ver la carroña de que procedía, llegaron a la conclusión unánimemente compartida de que el demonio, para tentar a Pedro, se había servido del cuerpo de una mujer muerta.

Capítulo CXIX

LA ASUNCIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

1. En un libro apócrifo atribuido a san Juan Evangelista se cuenta cómo ocurrió el hecho de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María. En él se dice lo siguiente:

«Mientras los apóstoles, dispersos por los diferentes países del mundo, predicaban el Evangelio, la Virgen María permaneció viviendo en una casa próxima al monte Sión, de la que frecuentemente salía para visitar con devoción fervorosa todos los lugares que guardaban alguna relación especial con su Hijo, tales como el sitio donde fue bautizado, y aquellos otros en que oró, ayunó, padeció su Pasión, murió, fue sepultado, resucitó, y el monte desde el que subió al cielo».

Según san Epifanio María vivió todavía veinticuatro años después de que Cristo ascendiera a la gloria. Este santo asegura que la Bienaventurada Virgen tenía catorce años cuando concibió en sus entrañas a su Hijo, y quince cuando lo alumbró; que vivió con El treinta y tres y sin El otros veinticuatro más a partir de la Pasión y muerte del Salvador. De este cómputo se sigue que María salió de este mundo a los setenta y dos años de edad. Otros relatos más verosímiles dicen que la Madre sobrevivió a su Hijo solamente los doce años que, según la *Historia Eclesiástica,* permanecieron los apóstoles predicando por Judea y sus alrededores; y si así fue, como parece cierto, la Señora fue llevada al cielo cuando contaba sesenta años de edad. Pero volvamos al mencionado libro.

«Un día acaeció lo que sigue: El corazón de la Virgen empezó a sentir una especial añoranza de su Hijo; deseaba reunirse cuanto antes con El. Estos vivísimos deseos produjeron en su ánimo tal emoción, que de sus ojos comenzaron a brotar torrentes de lágrimas. Nada podía llenar el vacío que experimentaba en su alma al verse separada del objeto de su amor. De pronto, envuelto en luminosas claridades, surgió ante ella un ángel que, con la reverencia que a la Madre de su Señor era debida, saludóla diciendo: «Dios te salve, María, bendita y objeto de las bendiciones de quien trajo la salvación a Israel. Señora, te traigo desde el paraíso este ramo de palma para que sea colocado sobre tu féretro. Dentro de tres días te reunirás con tu Hijo que te está esperando. También El quiere reunirse contigo, puesto que eres su Madre».

María respondió al mensajero: «Si he hallado gracia ante tus ojos, te ruego que me digas cómo te llamas; pero con mayor empeño te pido que antes de mi partida vengan junto a mí mis hijos y hermanos los apóstoles, porque quiero verlos a todos, deseo que estén presentes cuando entregue mi alma a Dios, y que sean ellos quienes se encarguen de mi entierro. Aún tengo que pedirte una cosa más: di a mi Hijo tu Señor, que cuando mi espíritu salga del cuerpo para emigrar de esta tierra, ningún espíritu maligno se atraviese en mi camino ni Satanás salga a mi encuentro».

Calló la Virgen, y el ángel tornó a hablar y dijo: «Señora, ¿por qué deseas saber mi nombre, que es admirable y grande? Hoy mismo los apóstoles estarán aquí. Quien en otro tiempo trasladó a un profeta en un instante desde Judea a Babilonia, llevándolo cogido por sus cabellos, en otro instante, no lo dudes, trasladará hasta aquí a los apóstoles desde donde quiera que ahora se hallen; todos estarán a tu lado en el momento de tu muerte y participarán en las exequias y en las honras que mereces. En cuanto a lo de no ver a Satanás en tu camino, ¿por qué temes encontrarte con él, si precisamente tú le has aplastado la cabeza con tus pies y lo has despojado de toda su potestad? Pero queda tranquila; tu deseo de no verlo se cumplirá».

Una vez dicho esto, el ángel, envuelto en claridades luminosas, regresó al cielo. La palma que había traído quedó en casa de María; era una especie de ramo formado por una vara verde cuyas hojas fulgurantes y esplendentes brillaban como el lucero de la mañana.

Estando Juan predicando en Efeso oyóse de

pronto un fragoroso trueno, descendió sobre el apóstol una nube blanca, lo envolvió en sus celajes, se apoderó de él, y lo transportó por el aire hasta la misma puerta de la casa de la Virgen. El discípulo virginal llamó, entró, llegó hasta la estancia en que la Señora estaba, y la saludó reverentemente. María lo vio, se sorprendió, se emocionó y, sin poder contener las lágrimas por la alegría que la llegada le produjo, díjole:

—Juan, hijo mío, acuérdate de las palabras con que tu Maestro nos encargó, a mí que fuese tu madre y a ti que fueses mi hijo. El Señor me ha hecho saber que es llegada la hora en que debo pagar el tributo universal de los humanos; te encomiendo pues que en cuanto muera des sepultura a mi cuerpo, porque he oído decir que, en un consejo celebrado por los judíos, el presidente de la asamblea dio esta consigna a los reunidos: «Hermanos, vigilemos de cerca a esa mujer que trajo al mundo a Jesús; no la perdamos de vista; estemos atentos, y, tan pronto como fallezca, procuremos apoderarnos de su cadáver para arrojarlo al fuego y quemarlo». Para evitar que hagan lo que tienen pensado, haz que inmediatamente después de que yo haya expirado mis restos sean conducidos a la sepultura, y encárgate de que alguien lleve esa palma delante de mi féretro.

—¡Qué lástima —comentó Juan— que no estén aquí mis otros hermanos, los apóstoles, para hacerte unas exequias tan magníficas y honrosas como mereces!

No había terminado de pronunciar las últimas palabras de esta frase, cuando sendas nubes descendieron sobre los aludidos apóstoles, que se hallaban predicando en diferentes sitios, los envolvieron, se apoderaron de ellos, y los transportaron por el aire, dejándolos en un instante a todos colocados a la puerta de la casa de María.

—¿A qué se deberá que el Señor nos haya congregado a todos repentinamente en este lugar? —preguntábanse unos a otros, llenos de admiración al verse inesperadamente juntos.

Desde dentro oyó Juan que varias personas hablaban simultáneamente a la puerta de la casa; salió para enterarse de lo que ocurría y, al ver reunidos allí a los demás apóstoles, les informó de lo relativo a la próxima muerte de la Señora y les hizo esta advertencia:

—Hermanos, cuando María muera tenemos que mostrarnos fuertes, dominar nuestros sentimientos y no llorar, porque si la gente nos viese entregados a nuestro natural dolor, se extrañaría y diría: ¡Vaya!, parece que estos hombres que tanto empeño ponen en convencernos de que hemos de resucitar, no están muy convencidos de que sea verdad lo que predican, porque, si lo estuvieran, no les produciría tanta pena la muerte de esta mujer.

Dionisio, discípulo de san Pablo, en su libro sobre *Los nombres divinos,* dice que él fue testigo presencial de la muerte de la Virgen; que cuando la Señora murió se hallaban presentes junto a su lecho todos los apóstoles y que, nada más fallecer, cada uno de ellos, ordenadamente y con arreglo a un turno, pronunció un sermón en elogio de Cristo y de su Madre. He aquí las propias palabras de este autor en el relato que de esto hizo a Hieroteo: «Como muy bien sabes, allí estuvimos nosotros y otros muchos de nuestros santos hermanos, y pudimos ver aquel cuerpo que produjo la vida de nuestro Príncipe y llevó a Dios en sus entrañas. También estuvieron presentes Santiago, el hermano del Señor, y Pedro y Pablo, el más autorizado y sublime de los teólogos. Después se acordó que cada uno de aquellos jerarcas tomase la palabra y, a tenor de sus posibilidades y cada cual a su manera, alabase la bondad que manifestó el Todopoderoso al revestirse de nuestra debilidad». Hasta aquí, san Dionisio.

«Cuando Santa María —continúa el relato del libro apócrifo— vio reunidos a todos los apóstoles, encendió las lámparas y cirios que había en la casa, bendijo al Señor y se sentó en medio de los reunidos. Hacia la tercera hora de la noche llegó Jesús acompañado de los diferentes órdenes de ángeles, de los grupos de los profetas, de los ejércitos de los mártires, de las legiones de los confesores y de los coros de las vírgenes. Cuantos constituían este numerosísimo cortejo se situaron ordenadamente ante el trono de la Santa Madre y empezaron a cantar dulcísimos himnos».

El referido libro atribuido a san Juan prosigue describiendo el cuadro de las exequias que los reunidos celebraron a continuación en honor de María, y dice: «Inició el oficio el propio Jesús, con estas palabras: *Ven querida Madre mía; ven conmigo a compartir mi trono, porque me tienes cautivado con tu hermosura.* María respondió: *Mi corazón está preparado, Señor, mi corazón está preparado.* Luego los que habían venido acompañando a Jesús entonaron con suavísima dulzura este versículo: *He aquí una mujer que jamás mancilló su tálamo con deleites sensua-*

les; por eso recibirá como recompensa el premio reservado a las almas santas. Entonces María repitió lo que un día, años antes, dijera: *El que todo lo puede, cuyo nombre es santo, ha obrado en mí cosas grandes; por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada.* Seguidamente, el que dirigía a los demás cantores, elevándo el tono de su voz entonó esta antífona: *Ven desde el Líbano, esposa mía; ven desde el Líbano, que vas a ser coronada.* A lo cual María contestó: *Voy, Señor, voy, que en el Libro de la Ley se dice de mí que en todo y siempre haré tu voluntad y que mi espíritu se complace en ser fiel a tus deseos, ¡oh mi Dios y Salvador!* En aquel preciso momento el alma de la Virgen salió de su cuerpo y voló a la eternidad en brazos de su Hijo. Su muerte se produjo sin dolor, sin agonía y sin nada de cuanto hace penoso y triste el morir.

En cuanto María expiró, el Señor dijo a los apóstoles:

—Tomad el cuerpo de mi Madre, llevadlo al valle de Josafat, colocadlo en un sepulcro nuevo que allí encontraréis y no os mováis de aquel lugar hasta que yo vaya, que será de aquí a tres días.

Dicho esto, Cristo, con el alma de su Madre en los brazos, emprendió su viaje hacia la gloria rodeado de infinidad de rosas rojas, es decir, de multitud de mártires, y de una innumerable cantidad de azucenas, porque azucenas parecían los ejércitos de los ángeles, de los confesores y de las vírgenes que le daban escolta.

Los apóstoles, al ver que el magnífico cortejo se alejaba de la tierra, comenzaron a exclamar:

—¡Oh Virgen prudentísima, te vas y nos dejas! ¡Señora, no te olvides de nosotros!

Quienes habían quedado en el cielo, al oír los cánticos de los que a él subían, llenos de admiración salieron al encuentro de aquella solemnísima procesión, y al ver a su Rey portando en sus brazos el alma de una mujer gallardamente entronizada sobre las palmas de las manos divinas, profundamente impresionados por la grandiosidad del espectáculo, exclamaron a coro:

—*¿Quién es ésta que viene del desierto rodeada de delicias y erguida sobre las manos de su amado?*

Los de la procesión contestaron:

—*Esta es la más hermosa de las doncellas de Jerusalén; vosotros la conocéis: es la criatura que vivió llena de amor y de caridad.*

Así fue como María jubilosamente entró en el cielo y tomó posesión del trono que le estaba reservado a la derecha del de su Hijo.

A los apóstoles les fue dado contemplar el alma de la Virgen y conocer que era tan blanca y pura que jamás lenguas mortales serían capaces de ponderar debidamente su hermosura y su limpieza.

Mientras tanto tres doncellas acudieron a casa de María para amortajar su cuerpo; mas al despojarlo de sus ropas para lavarlo tornóse tan resplandeciente, que aunque pudieron tocarlo, deslumbradas por los fulgores que despedía no les fue posible verlo, porque los ofuscadores destellos duraron hasta que el santísimo cadáver de la Virgen, concluido el lavatorio, fue de nuevo tapado y cubierto por los lienzos de la mortaja. Seguidamente los apóstoles, con suma reverencia, tomaron en sus brazos el sagrado cuerpo y lo colocaron sobre el féretro.

Cuando momentos después iban a iniciar la marcha para conducir los benditos restos de la Señora al sepulcro, Juan dijo a Pedro:

—Pedro, puesto que el Señor te otorgó el primado sobre nosotros, te confió el cuidado de sus ovejas y te constituyó príncipe y cabeza de los demás apóstoles, a ti te corresponde presidir este cortejo caminando delante de todos y llevando en tus manos esa palma.

Pedro respondió a Juan:

—No, Juan; tú eres quien debes llevar esa palma y caminar delante del féretro; la palma de la Virgen ha de ser enarbolada por alguien que haya vivido virginalmente; por tanto este honor te corresponde a ti, que por ser virgen, fuiste elegido por Cristo. Además, a ti le concedió el Señor el extraordinario privilegio de reclinar tu cabeza sobre su pecho; de semejante merced se ha seguido el hecho, reconocido por todos, de que descollaras sobre nosotros en gracia y sabiduría. A ti, pues, y sólo a ti, que recibiste del Hijo tan señaladas muestras de predilección, te corresponde ahora tributar a la Madre este singular homenaje. Tú bebiste en la fuente de la claridad perpetua el agua de la luz; también por este motivo eres el más indicado para abrir la marcha y llevar en tus manos tan luminosísima palma en estas exequias de homenaje a la santidad. Yo llevaré el santo cuerpo; los demás hermanos, que vayan alrededor del féretro cantando himnos de alabanza a Dios Nuestro Señor.

Pablo intervino y dijo:

—Pedro, yo, el de menor categoría entre vosotros, te ayudaré a llevar el sagrado cuerpo de la Señora.

Así se hizo. Pedro y Pablo asieron con sus manos las varas de la parihuela que servía de

féretro, e inmediatamente se puso en marcha el cortejo. Al comenzar a caminar, Pedro entonó las primeras palabras del salmo 113 de esta manera: *In exitu Israel de Aegypto , alleluja!* (Al salir Israel de Egipto, *¡aleluya!*), y los demás apóstoles se incorporaron a la salmodia cantando dulcemente el resto de los versículos.

Porque así lo quiso el Señor una nube envolvió el féretro y a los acompañantes durante todo el trayecto; de ese modo el paso de la comitiva quedó oculto ante los ojos de la gente, que oía los cánticos, pero no veía a los cantores, entre los que se encontraban, no solamente los apóstoles, sino infinidad de ángeles cuyas dulcísimas melodías procedentes de lo alto oíanse en toda la tierra.

Los habitantes de Jerusalén, atraídos por el sonido de aquellas salmodias que llegaban hasta sus domicilios, salieron de sus casas e incluso de la ciudad, y, como oían y entendían perfectamente los cánticos pero no veían a las personas que los interpretaban, no salían de su asombro, impresionados profundamente por aquel misterio, hasta que alguien llegó a ellos y les dijo:

—¿Queréis saber lo que ocurre? Pues yo os lo diré. Es que ha muerto María, y los discípulos de Jesús van a enterrarla, y cantan mientras conducen el cuerpo a la sepultura.

Al enterarse de esto, los judíos se soliviantaron y comenzaron a gritar diciendo:

—Vayamos a nuestras casas, tomemos cuantas armas en ellas tengamos, y volvamos corriendo para atacar a esos discípulos. Si unimos nuestras fuerzas contra ellos los mataremos, les arrebataremos el cuerpo de la mujer que dio vida al seductor que trató de engañarnos, y seguidamente lo quemaremos.

El príncipe de los sacerdotes, cuando alguien le puso al corriente de lo que ocurría, fuertemente impresionado y lleno de ira exclamó:

—Esa mujer que decís que ha muerto fue el tabernáculo en que se alojó el hombre que turbó nuestra paz y la de todo nuestro pueblo; no podemos consentir que quienes la llevan a enterrar le estén tributando semejante homenaje.

Repitiendo estas y parecidas palabras, a voces, el referido príncipe de los sacerdotes se echó a la calle y, siguiendo el eco de los cánticos, llegó hasta donde estaba la invisible comitiva y trató de derribar el féretro para que el cuerpo de la Virgen cayera desde la parihuela al suelo; pero apenas sus manos tocaron la camilla quedáronsele paralizadas y adheridas a ella de tal manera, que sin poder desasirse vióse obligado a caminar al lado de los portadores gritando de dolor por el fortísimo que sentía en sus brazos. Los demás amotinados, castigados por los ángeles que revoloteaban entre las nubes, quedáronse repentinamente ciegos. Entonces el principe de los sacerdotes recurrió a Pedro y le dijo:

—¡Oh Pedro, bueno y santo! Mira la tribulación que padezco; no me desprecies; intercede por mí, te lo suplico, ante tu Señor. Recuerda que en cierta ocasión también yo intercedí por ti y te saqué del apuro en que te encontrabas cuando la portera o sirvienta aquella te reconoció y te denunció.

Pedro le respondió:

—Ahora estamos ocupados en las honras que debemos tributar a Nuestra Señora; hasta que no hayamos concluido de enterrar su cuerpo no podré atenderte; pero sí te digo que si crees en Nuestro Señor Jesucristo y en esta santa mujer que lo concibió en sus entrañas y lo llevó en su seno, inmediatamente —y de esto estoy completamente seguro— obtendrás la gracia de tu curación.

El atribulado sacerdote exclamó:

—Creo que Jesús, el Señor, es verdadero Hijo de Dios, y que esta mujer, ahora difunta, fue su Madre y fue santísima.

Nada más decir esto, las manos del príncipe de los sacerdotes, por sí solas, se desasieron del féretro, aunque sus brazos continuaron paralizados y aquejados de muy vivos dolores. Pedro, al darse cuenta de esto, le dijo:

—Besa el féretro y di conmigo: «Creo en Jesucristo Dios; creo que esta mujer lo llevó en su seno; creo que después del parto conservó perpetuamente su virginidad».

Al terminar de decir con Pedro estas últimas palabras, el príncipe de los sacerdotes quedó repentina y totalmente curado. Entonces Pedro le indicó:

—Acércate a nuestro hermano Juan, dile que te dé la palma que lleva en sus manos y, cuando la hayas tomado en las tuyas, levántala, ondéala y muévela sobre toda esa gente que se ha quedado ciega; los que quieran creer lo que tú has creído y proclamado recuperarán inmediatamente la vista, pero los que no crean continuarán privados de ella perpetuamente.

Después de todo esto los apóstoles prosiguieron su marcha hacia el lugar en que María debería ser sepultada. Al llegar a él, depositaron su cuerpo en

el monumento indicado por Cristo, y, ateniéndose a lo que el Señor les había dicho, permanecieron allí tres días, al cabo de los cuales presentóse Jesús ante ellos, acompañado de innumerables ángeles y diciendo en tono de saludo:

—La paz sea con vosotros.

Ellos le contestaron:

—Y la gloria contigo, oh Dios, que sin ayuda de nadie haces maravillas estupendas.

Jesús les preguntó:

—¿Qué gracias y honores, a vuestro juicio, debo otorgar a la mujer que me dio el ser?

Los apóstoles respondieron:

—A tus siervos les parece justo que así como tú, venciendo el poder de la muerte resucitaste y eternamente reinas, así también deberías resucitar a tu Madre y colocarla perpetuamente a tu derecha en el cielo.

Como a Cristo le pareciera muy bien esta proposición, el arcángel Miguel presentóle inmediatamente el alma de María. El entonces la tomó en sus manos y dijo:

—¡Levántate, Madre mía, paloma mía, tabernáculo de la gloria, vaso de mi vida, templo celestial, levántate! Levántate, porque ese santísimo cuerpo tuyo que sin cópula carnal y sin mancha de cualquier tipo de concupiscencia concibió el mío, merece quedar inmune de la desintegración que se produce en el sepulcro!

En aquel instante el alma de María se aproximó a su cuerpo y éste, vivificado nuevamente, se alzó glorioso, salió de la tumba y entonces mismo la Señora, acompañada y aclamada por infinidad de ángeles, subió a los eternos tálamos.

En el momento en que María resucitó, Tomás hallábase ausente y, cuando regresó junto al sepulcro, todo había ya concluido. Los otros apóstoles le refirieron lo que acaba de suceder y, como él se resistiera a creerlo, la Virgen le dio una prueba de su Asunción al cielo en cuerpo y alma dejando caer desde el aire el cinturón que ella llevaba habitualmente sobre su túnica».

Por supuesto que el precedente relato es apócrifo desde el comienzo hasta el fin, como san Jerónimo advierte en una carta o discurso. En un escrito dirigido por este santo doctor a Paula y a Eustaquio, dice a propósito de esto: «El opúsculo en cuestión, sin género de duda alguna, debe ser tenido por apócrifo. De las muchas cosas que en él se refieren sólo nueve parece que cuenten con la aprobación de los santos, y merecen por tanto que las aceptemos como verdaderas, y son las siguientes: primera, que la Virgen, en el momento de su tránsito, contó, como previamente se le había prometido, con una asistencia espiritual absolutamente consoladora; segunda, que cuando murió estaban a su lado los apóstoles; tercera, que murió sin dolor alguno; cuarta, que su sepultura había sido preparada en el valle de Josafat; quinta, que en el instante supremo de su salida de este mundo se sintió confortada por la presencia amorosa de Cristo y de toda la corte celestial; sexta, que los judíos trataron de poner obstáculos a su entierro; séptima, que con ocasión de su fallecimiento se produjeron numerosos milagros; octava, que estos prodigios fueron muy importantes; y novena, que fue llevada al cielo en cuerpo y alma. Todas las demás afirmaciones contenidas en el referido libro son producto de la fantasía; ni ocurrieron realmente ni merecen crédito; señalemos, por vía de ejemplo, eso de que en el momento de la resurrección de María santo Tomás se hallara ausente y de que se resistiera a creer lo que a su regreso le contaron los otros apóstoles; lo mismo este caso que otros muchos que en el mencionado opúsculo se contienen, deben ser rechazados; cualquiera que los examine discretamente advertirá que no merecen el menor crédito, puesto que absolutamente carecen de garantías de autenticidad».

Dícese también que cuando la Virgen subió al cielo dejó en el sepulcro sus antiguos vestidos para recuerdo y consuelo de los fieles, y que mediante aquellas prendas se obró el milagro siguiente: un general normando cercó con sus ejércitos la ciudad de Chartres. El obispo de la plaza sitiada tomó consigo la túnica de Nuestra Señora, que se conservaba como reliquia en la catedral y, enarbolándola como si fuese un estandarte y seguido de todo el pueblo, salió en procesión al encuentro de los sitiadores, los cuales, al ver aquella enseña, quedaron ciegos, se volvieron locos y permanecieron inmóviles donde estaban, paralizados de terror y con sus pies clavados en el suelo. Los asediados, al contemplar a sus enemigos en semejante situación, en lugar de conformarse con lo que Dios acababa de hacer en favor suyo, se envalentonaron, salieron de la ciudad, se ensañaron con ellos, y produjeron una feroz carnicería en las filas del indefenso ejército. Esta cruel venganza desagradó sobremanera a la Virgen María, quien, para demostrar su descontento por lo ocurrido, hizo desaparecer repentinamente su túnica, con lo cual los enemigos

que aún no habían sido asesinados recobraron también repentinamente su vista, su juicio y sus movimientos.

En las revelaciones de santa Isabel se lee el caso siguiente: En cierta ocasión, estando esta santa en éxtasis, vio en un lugar muy lejano un sepulcro resplandeciente de luz, en cuyo interior yacía, rodeado de infinidad de ángeles, el cadáver de una mujer. Poco después los espíritus angélicos tomaron en sus manos el cuerpo de la difunta, lo resucitaron y, dándole escolta, comenzaron a subirlo al cielo. Antes de que llegaran a desaparecer de su vista, pudo advertir que un hombre admirable y glorioso, procedente de regiones más altas, enarbolando en sus manos una cruz a modo de estandarte, y acompañado de millares y millares de ángeles, salía al encuentro del cortejo que se elevaba hacia las alturas; y al encontrarse los que bajaban con los que subían, unos y otros, formando una sola comitiva, comenzaron a cantar jubilosamente, y todos juntos reemprendieron la marcha ascendente a la gloria, escoltando reverentemente a la resucitada mujer. Terminado el éxtasis, santa Isabel, que solía mantener frecuentes diálogos con el ángel de su guarda, pidió a éste que le aclarara el sentido de la visión que acaba de tener, y el ángel le dijo:

—Aquí no hay nada que aclarar; todo está muy claro. Acabas de ver con tus propios ojos cómo Nuestra Señora fue llevada en cuerpo y alma a la bienaventuranza eterna.

En las mismas revelaciones la referida santa hizo constar que la Asunción de la Virgen María, según ésta le manifestó, había ocurrido a los cuarenta días de su muerte, y que se lo manifestó con las siguientes palabras: «Después de la Ascensión del Señor, yo viví todavía todo el tiempo que transcurrió entre su subida al cielo y el día de mi muerte. Cuando ocurrió mi dormición, todos los apóstoles estaban a mi lado. Ellos fueron precisamente quienes con suma reverencia llevaron mi cuerpo al sepulcro. Cuarenta días después de mi muerte, resucité». Dice santa Isabel que, cuando Nuestra Señora le comunicó esto, preguntóle si debería guardar en secreto cuanto acababa de decirle o si por el contrario podría transmitir esta noticia a alguien, y que la Virgen le contestó: «Puedes transmitirla a las personas creyentes y devotas, pero debes abstenerte de decir nada de esto a las incrédulas y a las que viven entregadas a satisfacer sus apetencias carnales».

Nótese que la Virgen fue exaltada y subida al cielo enteramente, jubilosamente, honorablemente y excelentemente. Comentemos estas circunstancias.

Enteramente. Es decir, en cuerpo y alma. Así lo cree piadosamente la Iglesia y así lo aseguran numerosos autores eminentes, quienes, además de tenerlo por cierto, tratan de demostrarlo con diversos argumentos. Para san Bernardo tiene mucha fuerza éste: Dios se ha complacido en honrar notablemente los cuerpos de los santos, y en algunos casos, como por ejemplo en los de san Pedro y Santiago, ha querido que sus restos fuesen objeto de veneración por parte de los fieles, y para más enaltecerlos y dignificarlos ha procurado proporcionarles un lugar insigne para su enterramiento, y ha movido a los cristianos del mundo entero a visitar sus sepulcros en plan de peregrinación. Si, pues, Dios ha puesto tanto empeño en que los cuerpos de los santos fuesen convenientemente venerados por nosotros, ¿qué explicación podremos dar al hecho de que los fieles ni privadamente ni en peregrinación acudan a un lugar determinado a visitar y honrar el cuerpo de María? ¿Es que Cristo tiene en menor estimación el cuerpo de su Madre que el de los santos? Nada de eso. La explicación es muy clara: no hay visitas ni peregrinaciones a un lugar determinado para venerar el cuerpo de la Virgen, porque el cuerpo de la Virgen no está en la tierra.

Por su parte san Jerónimo afirma que la Virgen María subió al cielo un 15 de agosto y que la Iglesia no ha creído conveniente pronunciar una definición expresa acerca de la asunción a la gloria del cuerpo de Nuestra Señora, sino que ha preferido que en relación con este punto cada uno de los fieles goce de libertad para opinar lo que su piedad le inspire. Pero afirma también que él, personalmente, está plenamente convencido de que la Virgen María subió a la gloria en cuerpo y alma, y nos dice que su firme convicción se funda en el siguiente argumento: «Si admitimos, como admiten muchos, que aquellos que volvieron a la vida cuando Cristo resucitó resucitaron definitivamente, y si admitimos también, como muchos admiten, que Juan, el custodio de la Madre del Salvador, goza ya de la bienaventuranza en cuerpo y alma, con mayor motivo debemos admitir y afirmar que en cuerpo y alma se encuentra en la gloria eterna María, la Madre del Señor, porque si Cristo dijo, y consta que lo dijo, *«honra a tu padre y a tu*

madre», y *«no he venido a derogar esta ley, sino a cumplirla»*, necesariamente, fiel a estas palabras, ha honrado a su Madre más que a cualquiera otra persona; por eso a mí no me cabe la menor duda de que María está en el cielo en cuerpo y alma».

San Agustín no sólo afirma que la Virgen subió al cielo corporalmente, sino que trata de probar su aserto con tres razones:

Primera. Por la correlación existente entre el cuerpo de Cristo y el de su Madre. He aquí sus propias palabras: «La descomposición y putrefacción de la carne humana constituyen un oprobio para el sujeto que la padece. Es absolutamente impensable de este oprobio alcanzase al cuerpo de Jesús; y, si no alcanzó al cuerpo de Jesús, tampoco pudo alcanzar al cuerpo de María, pues de éste fue formado el cuerpo de Cristo, cuyas condiciones físicas fueron enteramente iguales a las de su Madre.

Segunda. Por la dignidad de la naturaleza corporal de la Virgen. A este propósito escribe el santo: «Por ser, oh Señora, trono de Dios, tálamo del Señor y tabernáculo de Cristo, te corresponde con toda justicia estar donde Cristo, Señor y Dios esté, y el lugar adecuado para conservar tal tesoro no es la tierra, sino el cielo».

Tercera. Por la perfecta integridad de la carne virginal de María. Respecto a esto san Agustín dice textualmente: «Alégrate, Señor, alégrate en tu cuerpo y alma con inefable alegría. Alégrate en tu propio Hijo, con tu propio Hijo y por tu propio Hijo, Jesucristo. Las miserias de la corrupción no pueden alcanzar a quien permaneció incorrupta en su integridad cuando parió a un Hijo tan extraordinario. Quien concibió en sus entrañas la vida más íntegra y perfecta de cuantas han existido y vivió llena de gracia, íntegra e incorrupta vivirá y permanecerá para siempre. María, la extraordinaria mujer Madre de Dios, ministra de Dios, servidora de Dios, tendrá que estar necesariamente, constantemente, al lado del Hijo que llevó en su seno; jamás podrá separarse de aquel a quien engendró, alimentó y cuidó. Por eso, yo, en relación con la asunción de María al cielo, tengo que pensar lo que pienso y decir lo que digo».

Con la precedente doctrina de san Agustín concuerda la expuesta a este respecto por un insigne poeta en estos seis versos:

«Scandit et aethera
Virgo puerpera.
Virgula Jesse
Non sine corpore
Sed sine tempore
Tendit ad esse».

Sube a los cielos
La Virgen Madre.
El pimpollo de Jesé
No sin su cuerpo
pero sí para siempre
Se unió al que es el SER.

Jubilosamente. Dice a este respecto el obispo Gerardo en una de sus homilías: «Tal día como hoy los cortesanos del cielo dispensaron a María un grandioso recibimiento: los ángeles se alegraron, los arcángeles se regocijaron, los tronos la aclamaron, las dominaciones cantaron salmos en su honor, los principados armonizaron la salmodia, las potestades acompañaron el canto con sus cítaras, y los querubines y serafines, uniendo sus voces al coro general, la condujeron hasta el altísimo trono de la majestad divina».

Honorablemente. Tan honorablemente, que el propio Jesús, al frente de todo el ejército de la milicia celestial, salió a su encuentro. «¿Quién será capaz, se pregunta san Jerónimo, de imaginar el solemnísimo homenaje que aquel día el cielo tributó a la gloriosa Reina del mundo?». Y añade: «¡Con qué afectuosa devoción diéronle la bienvenida las numerosas legiones celestiales! ¡Cuán deliciosos los cánticos que entonaron mientras la acompañaban hasta el trono que le tenían preparado! ¡Qué alegría tan inmensa y qué majestuosa serenidad en el semblante y porte del Hijo al recibirla y estrecharla entre sus divinos brazos y al exaltarla por encima de todas las criaturas! No cabe duda de que en semejante ocasión la corte celestial entera salió con aire de fiesta al encuentro de la Madre de Dios, la envolvió en sublimes claridades, prorrumpió en aclamaciones, entonó en su honor himnos espirituales y, entre ovaciones y cánticos, la acompañó hasta el solio que le estaba reservado; no cabe duda de que todas las milicias de la eterna Jerusalén, inundadas de inefable alegría, exteriorizaron su gozo, le dispensaron exquisita acogida e iniciaron una fiesta inacabable y perpetua; porque aunque nosotros conmemoremos este acontecimiento meramente una vez al año, en el cielo se conmemora y celebra desde entonces continuamente; no cabe duda de que el

propio Salvador, con semblante jubiloso, salió a recibir a su Madre, la tomó de la mano y personalmente la condujo hasta el estrado en que se alzaba su trono, y con gozo indecible la colocó en él para que permaneciese eternamente a su lado compartiendo con El la gobernación del Reino; de no haberlo hecho así no hubiera cumplido lo que él mismo mandó en las Sagradas Escrituras cuando dijo: *Honra a tu padre y a tu madre».* Hasta aquí, san Jerónimo.

Excelentemente. «Hoy conmemoramos el día», escribe el mencionado san Jerónimo, «en que la Santa Madre y purísima Virgen salió de este mundo y subió al cielo para ocupar el elevado trono que en el Reino de la gloria tenía reservado. Hoy recordamos su glorioso asentamiento en el solio eterno, al lado de Cristo».

San Gerardo en una de sus homilías comenta la exaltación y entronización de María con estas palabras: «Sólo Jesucristo, Señor nuestro omnipotente, disponía de suficientes recursos para engrandecerla como la engrandeció; y la engrandeció haciendo que, continuamente, permanentemente y eternamente, reciba honras y alabanzas tributadas por la majestad divina, por los coros de los ángeles que se apiñan junto a ella, por la muchedumbre de arcángeles que rodean su sitial, por los tronos, que llenan el ámbito con sus canciones jubilosas, por las dominaciones que incesantemente manifiestan su alegría, por los principados que la cubren de agasajos, por las potestades que la aclaman, por las virtudes que la alaban, por los querubines que ininterrumpidamente cantan himnos, y por los serafines que la envuelven entre los dulcísimos acentos de sus melodías. La Santísima Trinidad, en perenne exultación, la ensalza e inunda con su gloria, y hace que la gracia se desborde de modo que todos los habitantes del reino celestial no tengan otra preocupación que la de agasajar a su Soberana Señora. El esclarecido orden de los apóstoles dedícale sublimes alabanzas; la legión de los mártires dirígele toda clase de súplicas; el innumerable ejército de los confesores canta sin cesar ante ella; la purísima multitud de las vírgenes une sus voces a ese coro para celebrar incesantemente la gloria de tan extraordinaria Señora; el mismo infierno no tiene más remedio que unirse de alguna manera al grandioso homenaje, pues los alaridos de rabia proferidos por los desvergonzados demonios de hecho forman parte de la universal aclamación».

2. Un clérigo muy devoto de la Virgen María, cual si tratara de consolarla por lo mucho que sufrió cuando vio a su Hijo atormentado por los dolores de las cinco llagas, todos los días rezábale esta oración: «Alégrate, Madre de Dios; alégrate, Virgen inmaculada; alégrate al recordar el gozo que sentiste cuando el ángel te saludó y cuando engendraste en tu seno al que es la claridad de la luz eterna; alégrate, Madre; alégrate, Virgen Santa, por haber concebido y parido al Señor; alégrate, porque tú has sido la única mujer que ha engendrado un hijo sin concurso de varón; alégrate, Señora, al ver que todas las criaturas y todas las cosas te alaban; ¡Oh gloriosa Madre de la Luz! ¡Escucha nuestras súplicas! ¡Sé nuestra perpetua intercesora ante tu Hijo!». Pues bien, en cierta ocasión, hallándose este clérigo muy enfermo y a punto de morir, comenzó a sentir un miedo horroroso ante la inminencia del juicio de Dios; este pensamiento le conturbó en tal manera que perdió la paz de su espíritu. Mas, de pronto, la Virgen se le apareció y le dijo: «Hijo mío, ¿a qué viene ese temor? Deséchalo. ¿No me invitaste tú a mí infinidad de veces a la alegría? Pues ahora soy yo quien a ti te digo: ¡Alégrate y ven conmigo a gozar de los eternos júbilos!».

3. Un militar muy poderoso y rico, a fuerza de imprudentes prodigalidades cayó en la indigencia; el que antes había derramado a manos llenas grandes cantidades de dinero, viose sumido en la miseria. Este hombre, que estaba casado con una mujer muy pudorosa y devota de Santa María, al acercarse una de aquellas festividades en que solía hacer espléndidas limosnas y abundantes donativos, y considerar que su presente situación no le permitía mostrarse generoso y dadivoso como en ocasiones anteriores, lleno de confusión y vergüenza, decidió retirarse a un desierto y permanecer en él hasta que pasara la fiesta, lamentando sus antiguas prodigalidades y su actual penuria; de ese modo evitaría que sus convecinos conociesen la angustiosa situación en que se encontraba. Tal como lo pensó lo hizo, y, cuando estaba en su retiro rumiando sus penas, presentóse inesperadamente ante él un sujeto de aspecto imponentemente fiero, montado sobre un caballo que más que caballo parecía una bestia feroz. El recién llegado, viendo al militar en aquella situación de abatimiento y tristeza, le preguntó:

—¿A qué se debe, buen hombre, esa pena que se refleja en tu semblante?

El militar contó al desconocido visitante, punto por punto, todas sus desgracias y, cuando dio por terminado el relato de sus desventuras, el recién llegado le dijo:

—¡No te preocupes! Yo puedo hacer que inmediatamente recuperes tu anterior posición, e incluso que tengas más riquezas que antes; y lo haré si cumples por tu parte una condición muy fácil: la de seguir de buen grado y al pie de la letra las indicaciones que te hiciere.

—Te prometo que de buen grado y fielmente haré cuanto me digas si, como afirmas, de ese modo podré recuperar las riquezas que perdí.

El visitante, que era el príncipe de las tinieblas, dijo al militar:

—Vuelve a tu casa; busca en determinado lugar; en él encontrarás un cuantioso tesoro de oro, plata y piedras preciosas; todo eso será tuyo; pero, para que puedas disfrutar de tan copiosos bienes, es menester que tal día, y le señaló una fecha, lleves a tu mujer a mi presencia.

El militar aceptó la proposición, regresó a su casa, buscó en el sitio que el forastero le había indicado, y, en efecto, descubrió un tesoro, se apoderó de él, compró palacios, readquirió las fincas y propiedades que anteriormente había empeñado, se hizo de nuevo con multitud de siervos y esclavos, y comenzó a mostrarse tan dadivoso como lo era antes de que se arruinara. Al acercarse el día convenido con el visitante para que su esposa compareciera ante él, díjole a su mujer:

—Tengo que hacer un largo viaje; sube a caballo y acompáñame.

La esposa no se atrevió a negarse; mas como todo aquello le resultaba muy extraño, temiendo que se tratara de algo inconveniente, temblando de miedo se encomendó devotamente a Santa María y accedió a acompañar a su marido. Cuando ya habían caminado durante bastante tiempo y se hallaban muy lejos de la población en que vivían, acertaron a pasar por delante de una iglesia. La mujer dijo a su marido que quería entrar un momento en aquel templo para rezar, y obtenida la licencia del esposo apeóse del caballo y entró en el sagrado recinto; pero no entró el marido, que prefirió quedarse fuera, aguardando. La esposa se encomendó fervorosamente a Nuestra Señora y, mientras oraba, repentinamente quedóse dormida. En cuanto la mujer se durmió, la Virgen descendió del altar, adoptó la forma, modales, aspecto y ropas que la esposa del militar tenía, y dejando a ésta sumida en profundo sueño salió del templo a la calle, subió al caballo y dijo:

—Ya podemos continuar la marcha.

El militar, creyendo que era realmente su esposa la mujer que se había acomodado en la caballería, subió también a su caballo y reanudó el viaje.

Poco antes de que llegaran al punto en que deberían entrevistarse con el desconocido protector, éste, que había salido a su encuentro, al divisarlos desde lejos se paró en seco y, sin atreverse a dar un paso más en dirección hacia ellos, comenzó a temblar de miedo, a agitarse desesperadamente y a decir a voces:

—¡Traidor! ¡Embustero! ¡Eres el más desleal de los hombres! ¿Por qué me has engañado? ¿Es ese el modo de corresponder a los beneficios que te he hecho? Te puse como condición que tal día como hoy deberías venir a verme acompañado de tu esposa, y tú, en lugar de traer contigo a tu mujer has traído a la Madre de Dios. Lo convenido entre nosotros fue que la trajeras a ella, no a María. Has desbaratado mis planes. Lo que yo pretendía era vengarme de esa mujer tuya de la que estoy muy quejoso por muy poderosos motivos, y ahora resulta que tú, traidor, faltando a tu palabra, en vez de traerla a ella me has traído a esta otra para que me atormente y me hunda en el infierno.

El militar, al oír estas diatribas, quedó tan admirado y estupefacto que no fue capaz de pronunciar ni una sola palabra. No contestó nada al demonio, pero sí contestó María, quien dirigiéndose al maligno le dijo:

—¡Espíritu inmundo! ¿Cómo te atreviste a urdir esta trama y a tender semajante red para hacer caer en sus mallas a mi devota? Esto no quedará impune. Ahora mismo descenderás a lo más profundo de las tinieblas infernales; pero antes escucha lo que te digo: no se te vuelva a ocurrir, de aquí en adelante, poner trampas ni asechanzas ni molestar a las personas que me profesen devoción.

Apenas María dijo esto, el diablo, aullando de dolor, desapareció.

Entonces el militar se arrojó de su caballo y se postró en tierra a los pies de Nuestra Señora, la cual, tras de reprenderle severamente por lo que había hecho, le ordenó que fuese inmediatamente a recoger a su esposa, indicándole que la hallaría dormida en la iglesia en que había entrado a orar, y que en cuanto llegase a su casa se deshiciese de

las riquezas que el demonio le había proporcionado.

Tornó el marido al templo en que su esposa había entrado, hallóla en él dormida, como la Virgen le había dicho; la despertó, le refirió cuanto le había ocurrido; luego juntos regresaron a casa y nada más llegar a ella se desprendió de toda la hacienda que el diablo le había procurado, dedicándose en adelante, en unión de su mujer, a honrar a Nuestra Señora, que correspondió a la devoción que el militar comenzó a profesarle haciéndole nuevamente rico en bienes de fortuna adquiridos legítimamente.

4. Un individuo que llevaba sobre su conciencia el peso de muchos pecados, en cierta ocasión soñó que había muerto, que se hallaba ante el tribunal de Dios para ser juzgado y que el juicio se desarrolló de la siguiente manera: cuando el Señor, en calidad de juez, iba a iniciar la vista de su causa, presentóse Satanás y dijo:

—Aquí no hay nada que juzgar; este hombre es totalmente mío; su alma me pertenece; puedo demostrarlo con pruebas irrefutables.

—¿Qué pruebas son esas? —preguntóle el juez.

—Varias —contestó el demonio, y añadió: —la primera de ellas una sentencia que tú mismo pronunciaste en cierta ocasión y a la que diste validez perpetua. Recuerda que dijiste: *Si coméis de los frutos de este árbol, moriréis.* Pues bien, este hombre, en cuanto descendiente de aquellos padres que a pesar de tu prohibición expresa comieron del fruto prohibido, en virtud de tus propias palabras debe también morir e irse conmigo.

El Señor, dirigiéndose al reo, le preguntó:

—¿Tienes algo que alegar contra lo que tu acusador dice? Habla si quieres y expón lo que tengas que oponer a este cargo.

El reo permaneció en silencio, sin atreverse a decir absolutamente nada en su propia defensa. En cambio, sí habló Satanás de nuevo y dijo:

—El alma de este hombre me pertenece además por otro título: el de prescripción; hace treinta años que es mía. Que diga él mismo si es verdad o no que durante todo ese tiempo me ha servido y obedecido fielmente.

Como el individuo tampoco a esto respondiera nada, el demonio, envalentonado, prosiguió:

—Puedo probar que este sujeto es plenamente mío con un tercer argumento: cierto que durante su vida ha hecho alguna que otra cosilla decente, pero lo poco bueno que haya hecho no vale nada al lado de la infinidad de pecados que ha cometido.

El Señor no quiso pronunciar sentencia en aquel momento, sino que decidió aplazar la continuación del juicio y dar al reo una tregua de ocho días, diciéndole que al término de aquel plazo compareciera de nuevo ante el tribunal y procurara entre tanto preparar las respuestas a los cargos que Satanás había presentado contra él.

Cabizbajo y afligido retiróse el acusado de la presencia del juez; mas al poco rato encontróse con alguien que al verle tan apesadumbrado le preguntó:

—¿A qué se debe ese aire de tristeza que se refleja en tu semblante?

Como el interpelado refiriera al interpelante detalladamente cuanto le ocurría, éste trató de infundirle ánimos diciéndole:

—No temas; desecha ese miedo; cuando comparezcas de nuevo ante el tribunal yo me encargaré de refutar airosamente el primero de los cargos que el demonio ha presentado contra ti.

—¿Quién eres tú? —preguntóle entonces el acusado.

—Soy la Verdad —respondióle el generoso valedor.

Un poco después se encontró el atribulado reo con otro desconocido que lo abordó y le prometió que, cuando se reanudase la vista de la causa que contra él se seguía, acudiría en su ayuda y se encargaría personalmente de desvirtuar la segunda de las acusaciones formuladas por Satanás.

—¿Cómo te llamas? —inquirió el reo.

—Me llamo Justicia —respondióle el que acababa de ofrecerle su colaboración.

Pasados los ocho días reanudóse el juicio. El demonio repitió la primera de las pruebas alegadas como título de propiedad sobre el alma de aquel sujeto. A continuación pidió la palabra la Verdad y dijo:

—Hay dos clases de muerte: la temporal y la eterna. El testimonio alegado por ti, diablo, no vale. Ese texto divino que citas se refiere a la muerte temporal, es decir, a la del cuerpo, pero no a la eterna, o sea, a la del alma; que no se refiere a ésta puede demostrarse facilísimamente, por un hecho de experiencia: todos los individuos humanos afectados por la sentencia que invocas, mueren corporalmente, temporalmente, pero no todos ellos se condenan. Dios ha mantenido en vigor la fuerza de ese dictado en cuanto a la muerte física, temporal, y por eso todos cuantos nacen

mueren, pero no en cuanto a la muerte eterna o del alma, porque en lo que a esto atañe la sentencia divina otrora pronunciada fue revocada en atención a los méritos de la sangre de Cristo.

El diablo, vencido, vióse obligado a retirar aquel argumento, pero al instante esgrimió nuevamente el segundo, y, antes de que terminara de exponerlo, presentóse la Justicia, asumió la representación del acusado y refutó la acusación que contra él el demonio hacía; y la refutó de esta manera:

—Aceptemos como cierto que este hombre te haya servido exteriormente durante todos esos años que dices; pero, ¿te sirvió también interiormente? ¿No es cierto, y más cierto que lo otro, que su razón, su mente, o sea, su espíritu, no estaba de acuerdo ni conforme con lo que le obligabas a hacer? Porque tú sabes muy bien que, aunque su conducta exterior se plegaba a tus exigencias, su conciencia se rebelaba y protestaba y se lamentaba de tener que obrar al dictado de un amo tan cruel.

El demonio, derrotado, adujo a continuación el tercero de los argumentos en que trataba de fundar sus pretendidos derechos a llevarse consigo al infierno al acusado, y como éste no respondiera nada en su propia defensa ni nadie acudiera a echarle una mano, dijo el Señor:

—Traed una balanza y poned en uno de sus platillos lo bueno que este hombre haya hecho durante su vida y en el otro todas esas cosas de que Satanas lo acusa.

Mientras se procedía a ello, la Verdad y la Justicia se acercaron al reo y le sugirieron:

—Repara en esa Señora que está sentada a la derecha del Señor; es la Madre de la misericordia; invócala con todo el fervor de tu alma y pídele que interceda en tu favor.

El acusado, siguiendo el consejo de la Verdad y de la Justicia, encomendó a la Señora la defensa de su causa. La Señora inmediatamente se acercó a la balanza en uno de cuyos platillos se había puesto ya lo bueno, poquito en cantidad y calidad, que el reo había ejecutado durante su vida; colocó sus manos sobre aquellas cosillas, y colocadas las mantuvo mientras el diablo acumulaba pecados y más pecados sobre la bandeja de las obras malas; pero por más pecados que el demonio en ella amontonaba, no lograba superar el contrapeso que en el platillo de las cosas buenas producían las manos de la Madre de la misericordia; por lo cual, merced a la intervención de María, el pecador fue absuelto por el supremo juez. Cuando el hombre aquel volvió en sí y reflexionó sobre lo que había soñado, enderezó su vida hacia el bien.

5. El día de Pascua, hacia el año 527, en la ciudad de Burgos, viendo un niño judío que los niños cristianos se acercaban al altar y comulgaban, acercóse también él y recibió el cuerpo del Señor. Terminada la misa fuese a su casa, y al preguntarle su padre dónde había estado le respondió:

—En la iglesia, con otros muchos niños cristianos compañeros míos de escuela, y con ellos he comulgado.

Su padre al oír esto se indignó tanto, que cogió a su hijo y lo arrojó a un horno encendido que había en una de las dependencias de la casa. Pero inmediatamente la santa Madre de Dios, bajo una apariencia enteramente igual a la que tenía la imagen que se veneraba en el altar de la iglesia y en la que el niño mientras estuvo en ella se había fijado, acudió en su socorro y lo protegió de tal manera, que el fuego al que había sido arrojado no le causó daño alguno. A los gritos que daba la madre del pequeño acudieron muchas personas judías y cristianas, y todas quedaron admiradas al ver que el niño estaba tranquilo e ileso en medio de las llamas; y más admiradas quedaron cuando al sacarlo del horno comprobaron que ni en su cuerpo ni en sus ropas había señales de quemaduras; pero su admiración fue aún mayor cuando, al preguntarle cómo había podido librarse de la acción del fuego sobre él, el chiquillo les respondió:

—Esa señora tan hermosa que está en el altar de la iglesia acudió en mi ayuda tan pronto como mi padre me arrojó al horno, y alejó las llamas y las brasas de mi lado.

Los cristianos, comprendiendo en seguida que la imagen de la Virgen que se veneraba en el altar del templo había sido la protectora del pequeño, acto seguido se apoderaron del padre del muchacho y lo arrojaron al horno al que él antes había arrojado a su hijo, y como el padre no tuvo la misma ayuda que el hijo había tenido, a poco de caer en aquella hoguera pereció abrasado y consumido por las llamas.

6. Una mañana muy temprano, tan temprano que aún no había amanecido, unos cuantos monjes que se hallaban charlando de cosas fútiles y vanas a la orilla de un río oyeron de pronto el ruido de unos remos sobre el agua, y al poco rato divisaron entre la penumbra una barca que se acercaba a gran velocidad. Cuando la tal barca pasó por de-

lante de donde ellos estaban, preguntaron a los remeros:

—¿Quiénes sois y adónde vais a estas horas?

Los remeros les respondieron:

—Somos demonios, y vamos al infierno con el alma de Ebroíno. Ya sabéis a quién nos referimos: a aquel que fue monje en el monasterio de san Galo y que luego apostató, y se colocó como administrador en la casa del rey de los francos.

Los monjes, al oír esto, comenzaron a temblar de espanto y a decir llenos de miedo:

—¡Santa María, ruega por nosotros!

—Suerte habéis tenido con invocar a la Virgen —dijéronle desde la barca los demonios— porque gracias a eso os habéis salvado. Sabed que al enterarnos de que estabais aquí a estas horas faltando a la Regla y charlando veníamos en busca vuestra con la idea de apoderarnos de vosotros y arrojaros al río para que os ahogarais.

Los monjes, entonces, a toda prisa salieron corriendo hacia su monasterio y se recogieron en él, mientras los demonios prosiguieron su viaje camino del infierno.

7. En cierta comunidad había un religioso muy lúbrico pero tiernamente devoto de Santa María. Este monje, cuando quería satisfacer su concupiscencia, solía salir ocultamente del monasterio por la iglesia, mientras los demás dormían. Una noche, al pasar por el templo y por delante del altar de la Virgen para acudir a una cita pecaminosa, hizo a la imagen de la Señora, como siempre, un reverente saludo; salió al exterior, avanzó por el campo, llegó a la orilla de un río y trató de cruzarlo, mas con tan mala fortuna que cayó al agua y se ahogó. Los demonios al instante se apoderaron de su alma, pero inmediatamente se presentaron ante ellos unos ángeles reclamándola.

—Vosotros —dijeron los diablos a los ángeles— no tenéis nada que hacer aquí; el alma de este monje nos pertenece; es nuestra, y jamás nos desprenderemos de ella.

En esto se presentó Santa María e increpó a los demonios por haberse atrevido a sostener que el alma del religioso ahogado les pertenecía.

—Pues claro que nos pertenece y es nuestra —contestaron los demonios a la Virgen, y añadieron— este monje ha muerto en pleno ejercicio de una obra mala, puesto que se dirigía a perpetrar y consumar un pecado de lujuria.

La Virgen replicó:

—Lo que decís no es cierto. Yo sé muy bien que siempre que este religioso salía del monasterio pasaba ante mí y me saludaba, y al regresar a él hacía lo mismo. De todos modos, si no estáis conformes con mi reclamación y pensáis que trato de abusar de mi poder, sometamos el fallo de este caso al juicio del Rey Supremo.

El Sumo Juez, a cuyo tribunal fue llevado el asunto, decidió que el monje tornara a la vida para que pudiera hacer penitencia por sus pecados.

El religioso pecador fallecido era el sacristán de la comunidad, y por consiguiente el encargado de tañer la campana para llamar a coro a los monjes de la casa. Estos aquella noche, al advertir que llegaba y hasta muy pasada la hora de tocar a maitines el sacristán se retrasaba en hacer sonar la campana, pensando que se hubiera quedado dormido, fueron a su celda a despertarle, y, como no lo hallaran en ella, buscáronle, primeramente por el monasterio y por los alrededores del mismo, y después por el campo; y al cabo de mucho buscarlo encontráronlo muerto y flotando sobre las aguas del río. Rescataron su cadáver, lo llevaron al monasterio, y cuando todos, intrigados, preguntábanse entre sí cómo pudo ocurrir tal accidente en semejantes horas y en tan extraño sitio, el difunto repentinamente resucitó y contó a los monjes, sin omitir detalle alguno, todo lo que le había sucedido. El susodicho religioso milagrosamente resucitó, vivió en adelante muy santamente y algunos años después, piadosa y definitivamente, entregó su alma a Dios.

8. Desde mucho tiempo atrás una mujer venía siendo molestada por el demonio, que se le aparecía frecuentemente en forma de un hombre de carne y hueso. En vano la infeliz mujer trataba de ahuyentar al enemigo con aspersiones de agua bendita o recurriendo a muy variados procedimientos. Un día, cansada de soportar tantas molestias, comunicó a un santo religioso lo que le ocurría, y éste le dio el siguiente consejo:

—Cuando el diablo vuelva a inquietarte, levanta las manos hacia el cielo y di devotamente: ¡Santa María, ayúdame!

Algunos días después el demonio presentóse de nuevo ante la mujer, y ella, acordándose del consejo que le diera el monje, púsolo por obra y, nada más pronunciar la invocación a Santa María, el enemigo, cual si hubiera recibido una fuerte pedrada en la frente, cayó al suelo aterrado y sin sentido; y después, dando un enorme alarido, exclamó:

—¡Malos demonios entren en la boca de quien te indicó que dijeras lo que has dicho!

Seguidamente el diablo desapareció y en lo sucesivo jamás se atrevió a molestar a aquella mujer.

Cómo ocurrió la Asunción de Santa María

En un sermón que se lee solemnemente en muchas iglesias se exponen los testimonios de varios santos acerca del modo como sucedió la santísima Asunción de María a los cielos. El compilador de esos testimonios comienza su sermón diciendo: «Movido por el deseo de honrar a la Santa Madre de Dios, he procurado reunir aquí todo cuanto he podido hallar en los escritos de los Santos Padres en relación con el tránsito venerable de esta insigne Señora». Tras de este breve exordio, el autor del sermón susodicho dice lo siguiente:

«No podemos omitir aquí el relato de san Cosme, llamado el Vestidor, porque como él mismo advierte todo cuanto cuenta es fiel reproducción de lo que directamente oyó a otras personas informadas a su vez de viva voz por quienes fueron testigos presenciales del hecho. En el relato de san Cosme se dice literalmente:

«Cuando Cristo decidió llevar a la gloria a la autora de su vida, tuvo la precaución de notificárselo previamente por medio del ángel que el cielo solía usar para comunicarse con ella. Fue esta una medida buena y prudente, porque el corazón de la Virgen pudiera haberse turbado si la muerte le hubiese sobrevenido repentinamente sin previo aviso. En las conversaciones mantenidas familiarmente con su Hijo cuando éste vivía en la tierra, habíale ella pedido la gracia de no ver jamás al espíritu maligno. El Señor, pues, envió a María por medio del ángel este recado: «Madre mía, ha llegado la hora de reunirte conmigo. Con tu presencia has llenado de alegría a los habitantes de la tierra; ven ahora a inundar de gozo a los ciudadanos del cielo; ven a hacer aún más agradables las mansiones de mi Padre; ven a colmar de felicidad las almas de los santos; no te importe abandonar ese mundo corruptible repleto de concupiscencias vanas; en adelante vas a vivir en un palacio celestial; desecha, Madre, toda sensación de horror ante la idea de que tu alma va a separarse del cuerpo, porque estás predestinada a la vida eterna, a la felicidad inacabable, a disfrutar de la paz perpetua en una morada segura, abastecida de bienes inagotables e iluminada por luces soberanas. En tu nueva vida el día no acabará nunca; la gloria que te espera es inenarrable; tú debes venir a vivir conmigo, que soy tu Hijo; yo soy el creador de cuanto existe; yo soy la vida eterna, el amor incomparable, la morada indescriptible, la luz sin tinieblas y la suprema bondad. Da a la tierra lo que de la tierra es; dáselo sin temor alguno, porque nadie podrá jamás arrancarte de mis manos; tú sabes que estas manos mías son tan poderosas que con ellas llego hasta los más lejanos confines del orbe. No te apene dejar tu cuerpo; yo, que alojé mi divinidad en tu seno, cuidaré de él. La muerte no podrá alardear nunca de haber tenido poder sobre ti, porque jamás ejercerá el menor dominio sobre quien engendró al que es esencialmente la vida, ni logrará envolver con las sombras de sus tinieblas a quien alumbró al que es la luz, ni romperá ni descompondrá la carne de quien mereció ser el vaso en que se alojó mi divinidad. Ven ya a reunirte con quien nació de ti; ven a recibir el premio que alcanzaste concibiéndome en tus entrañas; ven a recoger la recompensa de los méritos que acumulaste pariendo, amamantando y criando a tu Unigénito; date prisa y ven cuanto antes a reunirte para siempre con tu Hijo. Todo lo tengo previsto y bien dispuesto para que vengas sin que te produzca angustia la idea de que vas a dejar huérfanos a esos otros hijos tuyos de la tierra tan maternalmente amados por tu corazón, porque cuando te hice *Virgen-Madre* te hice también muro protector del mundo entero, arca de salvación para todos, tabla de seguridad para los náufragos, apoyo de los débiles, escala para que los hombres subiesen al cielo, refugio y abogada de los pecadores... Momentos antes de que mueras, por disposición mía, llegarán a tu lado los apóstoles; ellos, con sus manos, como si fuesen las mías, darán sepultura a tu cuerpo; puesto que son hijos míos y herederos de mi doctrina y portadores del Espíritu Santo que en sus almas infundí, he creído conveniente que sean ellos quienes me representen en el entierro de tu cuerpo y en las dignas exequias con que quiero que seas honrada.»

Todo esto dijo el ángel a la Virgen de parte de Cristo; luego, como credencial de la gran victoria que ella iba a obtener sobre la muerte, le entregó una palma procedente del paraíso, y las vestiduras que habían de servir para amortajar su cuerpo. Cumplida su misión, el celestial mensajero regresó al lugar de donde había venido.

Concluida esta visita, la bienaventurada María

llamó a sus parientes y amigos, los reunió en su casa y les dijo:

—Os comunico que acaso hoy mismo voy a dejar esta vida temporal; debo, pues, permanecer muy atenta y prepararme convenientemente para afrontar el trance que me aguarda, porque, siempre que alguien muere, y esto es menester que lo sepáis, acuden junto a su lecho algunos ángeles para ayudarle a bien morir, pero acuden también varios espíritus malignos para inquietarle.

Al oír esto, los presentes comenzaron a llorar y a decir:

—¿Cómo es posible que tú, que has merecido la gracia de ser la Madre del autor del universo y has engendrado al vencedor del infierno y tienes en el cielo un trono sostenido por los querubines y serafines, temas a los espíritus malignos? Si tú temes que ellos puedan inquietarte ¿qué no deberemos temer nosotros? ¿A dónde huiremos cuando nos llegue nuestra hora, para evitar la presencia de esos enemigos?

Entre las personas que acudieron a la llamada de María había muchas mujeres que llorando inconsolablemente le pedían que no las abandonara; pero la Santa Virgen, tranquilizándolas, les decía:

—Haceos cargo: si vosotras que sois madres de hijos corrientes, sometidos a imperfecciones, no podéis soportar vivir separadas de ellos, ¿cómo yo, Virgen y Madre de un Hijo unigénito del Padre no voy a sentir el incontenible deseo de reunirme cuanto antes con El? Además, vosotras tenéis varios hijos, y si uno de ellos fallece contáis con el consuelo de pensar en los que os quedan y hasta os cabe la esperanza de que acaso, más adelante, os nazca alguno más; pero yo no he tenido más que uno y como sé que soy Virgen inviolada estoy completamente segura de que no tendré ninguno más. Mi ansiedad por reunirme con El es tanto mayor cuanto que El es la vida de todos los vivientes y el Creador del mundo.

Hablando estaban de estas cosas cuando llegó Juan. Los presentes le informaron de lo que ocurría, y la Virgen María le comunicó su inminente emigración al cielo. El apóstol entonces se postró en tierra y llorando dijo:

—¿Qué has visto, Señor, en nosotros para que nos pruebes de esta manera? ¿No hubiera sido mejor que fuese yo quien muriese, y así la Madre de mi Maestro daría sepultura a mi cuerpo en lugar de dársela yo al suyo ?

Acto seguido la Virgen introdujo al afligido discípulo en la estancia en que ella solía dormir, le mostró las vestiduras de la mortaja y la palma, se tendió por sí misma en el féretro que ya tenía dispuesto para que en cuanto muriera llevaran su cuerpo hasta el sitio en que deberían enterrarlo, y en aquel preciso momento se oyó un horrísono trueno, se formó en el espacio un torbellino a manera de nube blanquecina, y de entre los celajes de esta nube salieron y descendieron hasta la puerta de la casa de María, como llovidos del cielo, los demás apóstoles, quienes al verse reunidos en aquel lugar y por aquel procedimiento, manifestáronse mutuamente su extrañeza. San Juan acudió a recibirlos, les comunicó lo que sucedía y les dio cuenta del anuncio hecho por el ángel a la Bienaventurada Virgen. Al oír estas noticias todos ellos prorrumpieron en amargo llanto. San Juan trató de consolarlos, y una vez que se enjugaron las lágrimas entraron en la casa, pasaron a la cámara en que la Señora yacía, y la adoraron reverentemente. Ella correspondió a sus saludos con estas palabras:

—¡Dios os guarde, hijos de mi Unigénito!

Los apóstoles, tras de referir a María el extraño procedimiento de que Dios se había servido para congregarlos en aquel lugar, y oír de labios de ella el relato de la embajada del ángel, dijeron:

—¡Oh celebérrima Señora! Hasta ahora hemos tenido en ti una fuente de consuelo; cuando te veíamos parecíamos estar viendo a nuestro Señor y Maestro. Lo único que alivia nuestra presente pena es la esperanza que abrigamos de que vamos a tener en ti una poderosa mediadora entre Dios y nosotros.

Seguidamente la Virgen tuvo para con san Pablo una especial atención saludándole directamente. El apóstol, inmediatamente, correspondió a tan singular gesto con estas palabras:

—¡Oh soberana Emperatriz! Que Dios te pague esta prueba de afecto que acabas de darme. Tú significabas mucho para mí, porque, como bien sabes, soy el único entre todos los demás apóstoles que no llegué a conocer personalmente a Cristo; pero, cuando te veía, sentía en mi alma una alegría inmensa, porque me parecía que estaba viéndolo a El. Hasta ahora he predicado a los gentiles que tú habías engendrado a Dios; de ahora en adelante les predicaré que ya has ido a reunirte con El en el cielo.

A continuación la Virgen les mostró la palma y las vestiduras para la mortaja que el ángel había traído y les rogó que mantuvieran encendidas y

bien atizadas, hasta el momento en que ella expirara, las lámparas que había en la casa y que ya lucían desde hacía un rato.

Ciento veinte doncellas se habían congregado al lado de María para asistirla en el trance de su muerte. La Bienaventurada Virgen, por sí misma, púsose las ropas que el ángel trajera para la mortaja; después se despidió de todos los presentes y, hecho esto, se tendió nuevamente en el féretro en espera de que llegase el momento de su tránsito. Pedro y Juan se colocaron respectivamente a la cabecera y a los pies del lecho mortuorio, y los demás apóstoles alrededor del mismo; y así dispuestos, comenzaron a cantar alabanzas en honor de la Madre de Dios. Los cánticos los inició Pedro de esta manera: «Alégrate, esposa de los tálamos celestiales, esplendente e inextinguible candelabro de tres brazos utilizado por el Supremo Hacedor para manifestar su eterna claridad al mundo».

Que los apóstoles estuvieron presentes en el momento en que la Sacratísima Virgen se durmió en el Señor, lo asegura también san Germán, arzobispo de Constantinopla, en el siguiente texto: «¡Oh Santa Madre de Dios! Aunque pasaste por el trance de la muerte, del que no se libra ninguna criatura humana, tus ojos no se durmieron definitivamente, ni siquiera se adormecieron, sino que siguen perpetuamente abiertos, velando por nosotros. Cierto que tu tránsito fue verdadero; para que no nos quedara la menor duda de que había sido real y auténtico, Dios dispuso que los apóstoles se congregasen en Jerusalén y estuviesen a tu lado, como testigos de tan importante acontecimiento. De que estaban junto a ti en semejantes momentos dieron testimonio elocuente los cielos, narrando la gloria de los que rodearon tu lecho cantando alabanzas en tu honor mientras morías; la tierra, exhibiendo la realidad de este hecho; las nubes, publicando las honras que dichos apóstoles te hicieron; y finalmente los ángeles, proclamando los obsequios que los discípulos del Señor te dedicaron».

También el gran Dionisio Areopagita certificó la presencia de los apóstoles en la dormición de la Virgen. He aquí lo que dicho autor escribió a este respecto: «Como muy bien sabes, muchos hermanos, entre ellos yo mismo, acudimos en aquella ocasión a casa de María y pudimos ver el cuerpo que llevó en sus entrañas al Señor. Allí estuvieron también Santiago, el hermano de Dios, y Pedro, insigne y suprema autoridad de los teólogos. Después de ser testigos de lo que ocurría, los reunidos creyeron conveniente, y así lo decidieron, que aquellos excelsos sacerdotes, uno por uno y cada cual según sus posibilidades, lo mismo los menos dotados que los de más edificante santidad y muchísima virtud, hiciesen algún panegírico en honor de la Madre de Cristo».

«Después de esto —continúa diciendo san Cosme— oyóse un trueno tan horrísono que la casa entera se estremeció; a raíz del mismo comenzó a extenderse por el interior de la vivienda una exquisita fragancia, tan intensa y agradable que cuantos en ella a la sazón se hallaban, a excepción de los apóstoles y tres doncellas que sostenían en sus manos sendas lámparas, quedaron sumidos en una especie de profundo sopor; e inmediatamente descendió del cielo el Señor acompañado de infinidad de ángeles, recogió el alma de su Madre y se la llevó envuelta en tales resplandores y en tan vivísimas claridades que ninguno de los apóstoles pudo fijar en ella sus ojos. El Señor, antes de marchar, dijo a Pedro:

—Con la misma reverencia con que yo llevo al cielo el alma de mi Madre, llevad vosotros su cuerpo al sepulcro y permaneced al lado de él sin distraeros durante tres días consecutivos, al cabo de los cuales volveré y personalmente lo conduciré al lugar de la incorrupción y lo revestiré de mi propia gloria y luminosidad, porque es justo que el que fue recibido y el receptor convengan y concuerden en todo».

Seguidamente el mismo san Cosme refiere algo tan misterioso, milagroso e impresionante, que ni puede explicarse por medio de razonamientos ni ser sometido a juicios humanos ni a curiosas investigaciones, porque todo lo relativo a la Santa Madre de Dios es tan sobrenatural, prodigioso y formidable, que la mente del hombre, por mucho que se empeñe en escudriñarlo y razonarlo, jamás podrá enjuiciarlo adecuadamente. Dice este santo que, después de que Cristo se hiciera cargo del alma de María, el cuerpo de ésta, ya muerto, habló y dijo: «Gracias, Señor, por haberme hecho digna de participar de tu gloria. Puesto que soy obra tuya y conservé el depósito que me confiaste, acuérdate de mí». En cuanto el cuerpo de la Virgen —prosigue diciendo san Cosme— pronunció las anteriores palabras, todos los que momentos antes habíanse quedado repentinamente dormidos, repentinamente también despertaron; y al ver a María muerta se entristecieron tanto, que co-

menzaron a gemir y llorar. En seguida los apóstoles tomaron el sagrado cuerpo de la Virgen y salieron con él camino del sepulcro. Al iniciar la marcha, Pedro entonó el salmo *In exitu Israel de Aegypto (Al salir Israel de Egipto),* que fue cantado a coro por los demás apóstoles y por infinidad de ángeles que se unieron a la salmodia. Las alabanzas que en honor de la Señora cantaban los que formaban el cortejo de la tierra y el celestial resonaban tan brillantemente, que los habitantes de Jerusalén, conmovidos, se echaron a la calle para presenciar el paso de la gloriosa procesión. Los sumos sacerdotes, en cambio, revolucionaron a las turbas y consiguieron que, armadas de espadas y de palos, trataran de impedir el avance del magnífico desfile. Uno de aquellos sumos sacerdotes arremetió contra el féretro e intentó derribarlo para que el cuerpo de la Madre de Dios cayera rodando por el suelo; pero no lo consiguió porque, en el mismo instante en que sus indignas manos tocaron la parihuela sobre la que descansaban los sacratísimos restos, tanto ellas como sus antebrazos se secaron, los antebrazos se separaron de sus codos y las manos quedaron pegadas a la camilla y pendientes de ella. Entonces el malvado sumo sacerdote, aquejado de vivísimos dolores, empezó a gritar, a pedir perdón y a prometer que se enmendaría. Pedro le dijo: —Si quieres que se te perdone tu horrible delito, besa reverentemente el cuerpo de la Virgen y confiesa públicamente que el Cristo que de él nació es verdaderamente Hijo de Dios. Tan pronto como el sumo sacerdote hizo lo que le indicó Pedro, sus manos se separaron del féretro y sus brazos se unieron de nuevo a los codos. Seguidamente Pedro tomó de la palma que presidía y abría la marcha del cortejo un dátil, se lo dio al recién curado y le dijo: —Vuelve a tu ciudad, y pon este dátil sobre cada uno de los enfermos que hay en ella, y los que se conviertan a la fe de Cristo repentinamente sanarán.

Al llegar los apóstoles al huerto de Gethsemaní hallaron en él un sepulcro enteramente igual al que sirvió para la gloriosa sepultura del Señor y colocaron en él con exquisita reverencia el cuerpo de la Virgen, valiéndose para ello de una sábana previamente interpuesta entre el sagrado cadáver y el féretro, a fin de no tener que tocar con sus manos el vaso santísimo en que se había alojado la majestad de Dios. De ese modo trasladaron desde la parihuela al sepulcro el venerabilísimo cuerpo de María. Hecho esto, cerraron la puerta de la gruta sepulcral. Los apóstoles y los discípulos, obedientes al mandato del Señor, permanecieron en aquel lugar, y tres días después ocurrió lo siguiente: una nube muy luminosa envolvió el monumento, comenzaron a cantar los ángeles, llenóse de deliciosas fragancias el huerto, y cuantos en él se encontraban quedaron de pronto sobrecogidos de admiración, estupefactos, al ver cómo Cristo descendía de las alturas, recogía del sepulcro el sacratísimo cuerpo de su Madre y, rodeado de inmensa gloria, se lo llevaba al cielo.

Tras de la Asunción de la Señora, los apóstoles besaron el sepulcro ya vacío, regresaron a casa del evangelista y teólogo san Juan, y felicitaron a éste por lo exquisitamente que había cumplido su oficio de custodio de María.

Uno de los apóstoles, que no había estado presente en el huerto en el momento preciso en que ocurrieron las referidas solemnidades, al oír las maravillas que los otros le contaban, quiso comprobar si era cierto que la sepultura se hallaba vacía, e insistió en que abriera la puerta que daba paso al interior de la gruta. Los demás apóstoles se opusieron a sus pretensiones alegando que, si abrían la puerta del sepulcro y entraban en él, se exponían a que los infieles creyeran que estaban sacando el cuerpo de la Virgen para ocultarlo en algún sitio y hacer creer posteriormente a la gente que había resucitado y subido al cielo, y trataron de hacerle ver la conveniencia de que renunciara a su propósito y admitiera como cierto lo que ellos le decían; pero el aludido apóstol, contristado, les replicó:

—¿No tengo yo acaso los mismos derechos que vosotros? ¿Por qué os obstináis en privarme de la

porción que me corresponde en este tesoro común a todos?

Finalmente, los apóstoles accedieron a la petición de su compañero, abrieron la sepultura, y todos ellos comprobaron que el cuerpo de la Virgen no estaba allí, pero que sí estaban las vestiduras con que había sido amortajada la Señora, y la sábana con la que trasladaron su santo cadáver desde la camilla hasta el interior de la gruta».

San Germán, arzobispo de Constantinopla, en el capítulo cuarenta del libro tercero de la *Historia Eutimiana,* asegura, y con su testimonio coindide el del Damasceno, lo siguiente: «Yo he averiguado en mis investigaciones que Pulqueria, emperatriz de santa memoria, promotora de la edificación de muchas iglesias en Constantinopla, mandó construir a sus expensas en tiempos del emperador Marciano, en cierto sitio llamado Balterna, un templo magnífico en honor de la Santísima Virgen. Posteriormente, esta emperatriz, aprovechando la ocasión de que, con motivo del concilio de Calcedonia se hallaban en la capital del Imperio numerosos prelados, celebró una reunión con Juvenal, arzobispo de Jerusalén, y con otros obispos de Palestina, y les dijo: Según mis noticias el cuerpo de la Santísima Virgen fue enterrado en Gethsemaní; pues bien, yo deseo que ese cuerpo sea trasladado con la debida reverencia a esta ciudad, y que quede aquí para que proteja a Constantinopla. Juvenal respondió a la proposición de la emperatriz de esta manera: El cuerpo de María no está en Jerusalén sino en el cielo, como consta por el testimonio de antiguas historias. En el sepulcro de Gethsemaní no hay más que un sudario y algunos vestidos de la Virgen. Esto fue lo que Juvenal dijo. Conluido el Concilio, el referido arzobispo de Jerusalén envió a Constantinopla las aludidas vestiduras de Nuestra Señora y éstas fueron colocadas con sumo honor en la iglesia que Pulqueria había mandado edificar en Balterna».

«Que nadie piense que yo me he inventado estas cosas. Cuanto estoy relatando procede de mis trabajos de investigación y de lecturas de libros cuyos autores han expuesto en ellos fielmente veracísimas tradiciones que tienen su origen en los primeros cristianos.»

Todo lo anterior está literalmente tomado del susodicho sermón.

A san Juan Damasceno, griego también de nación, debemos muchos datos maravillosos y sumamente interesantes relacionados con la Asunción de la sacratísima Virgen. He aquí lo que este santo doctor dice en algunos de sus sermones:

«Tal día como hoy la Virgen Sacratísima fue llevada al tálamo nupcial; tal día como hoy esta santa y viviente arca en cuyo interior se alojó su propio artífice fue introducida y entronizada en un templo construido no por manos humanas sino por las del mismo Dios; tal día como hoy esta santísima paloma, inocente y sencilla, salió de aquella mística arca, es decir, de aquel cuerpo en el que moró el propio Creador, y, al salir, halló un lugar seguro en el que pudo posar sus plantas y descansar; tal día como hoy la Virgen inmaculada que jamás supo por experiencia lo que eran las pasiones terrenas, y vivió siempre iluminada por celestiales luces, acudió a la llamada del Rey del cielo, abandonó este mundo y se instaló en las eternas moradas. ¡Oh dichosa Señora! Aunque tu sacratísima alma se separó naturalmente de tu glorioso cuerpo, y aunque éste fue colocado en un sepulcro, ni permaneciste muerta ni pasaste por el proceso de la desintegración de tu carne; porque así como, aunque pariste, tu virginidad quedó intacta, así también tu cuerpo, tras del trance de la emigración, permaneció absolutamente íntegro, sin que la muerte tuviese poder para alterarlo; y en seguida fue nuevamente vivificado, dotado de una vida mejor soberanamente santa, y vivo continuará por los siglos de los siglos; y así como el sol esplendente que nos alumbra, aunque ocasionalmente y por breve espacio de tiempo quede oculto tras de algún astro sublunar sin que por eso deje de emitir los rayos luminosos que de él constantemente y perennemente proceden, así también tú, fuente de luz verdadera, tesoro inexhaustible de vida, si bien estuviste corporalmente muerta durante un intervalo ciertamente corto, tornaste luego a alumbrarnos profundamente con las claridades de tu luminosidad indeficiente y perpetua. Por eso tu santísima dormición no debe ser llamada muerte, sino emigración, viaje y, más propiamente advenimiento o llegada a tu destino final, puesto que al separarte del cuerpo llegaste al cielo acompañada de infinidad de ángeles y de arcángeles que salieron a tu encuentro. ¡Con qué horror los espíritus inmundos al ver tu subida triunfal a la gloria te dejaron libre el camino y huyeron de ti, espantados! Tu traslado a las alturas no fue como el de Elías, ni como el de Pablo, porque subiste, no meramente hasta el tercer espacio sideral, sino hasta el mismísimo trono regio de tu Hijo. Celebramos la

muerte de los santos, porque a través de ella ellos aseguraron su salvación; pero tu caso es diferente: ni tu muerte, ni tu exaltación, ni tu emigración, ni tu marcha, ni tu salida de este mundo añadieron nada a la seguridad de tu bienaventuranza, puesto que tú eres el principio, el medio y el fin de un cúmulo de bienes superiores a cuanto la fantasía humana es capaz de imaginar; tu glorificación quedó asegurada desde el momento en que sin concurso de varón engendraste a la divinidad en tu seno; en aquel preciso instante entraste ya realmente en la gloria; por eso pudiste decir, y dijiste con toda propiedad, que todas las generaciones te llamarían bienaventurada, pero no a partir de tu muerte, sino desde entonces mismo, desde el mismísimo instante en que concebiste en tus entrañas al Hijo de Dios; por tanto, en tu caso, la muerte no te glorificó a ti, sino que tú la hiciste gloriosa a ella, convirtiendo en trance gozoso ese paso importante que para los demás reviste naturalmente un carácter de penalidad. Si Dios previó la posibilidad de que el hombre pudiera alcanzar la vida eterna, como se desprende de estas palabras suyas *«....no sea que Adán extienda su mano, coja el fruto del árbol y viva eternamente»*, ¿cómo no iba eternamente a vivir la que dio en su seno vida a la vida, o sea, la que engendró al que es vida sin principio y vida sin terminación? Si Dios en cierta ocasión arrojó del paraíso y condenó a destierro a los primeros padres del género humano sumidos en el sueño de la muerte, sepultados bajo los escombros de la desobediencia y podridos por la corrupción de su delito, ¿cómo en esta otra ocasión no iba a abrir con gozo las puertas del cielo para recibir en las delicias del Edén a la mujer que, limpia de toda mancha, tan fidelísimamente le obedeció a El, Señor y Padre, y devolvió la vida a la humana especie? Eva hizo caso a la serpiente, tragó el contagioso veneno que ésta le ofreció, se dejó llevar de la concupiscencia, parió con dolor y fue condenada juntamente con su compañero Adán. Esta otra mujer, en cambio, verdaderamente afortunada, escuchó atentamente a Dios, se llenó del Espíritu Santo, alojó en sus entrañas a la divina misericordia, concibió sin concurso de varón, y parió sin dolor. ¿Podría, pues, la muerte imponer sus fueros sobre ella? ¿Podría atreverse la corrupción del sepulcro a menoscabar un cuerpo que había dado vida a la Vida?».

El mismo Damasceno, en otro de sus sermones, dice lo siguiente:

«Dispersos por diferentes partes del mundo estaban los apóstoles pescando hombres con las redes de la predicación para sacarlos de las profundas tinieblas en que se hallaban sumidos y conducirlos hasta las mesas en que los habitantes del cielo celebraban las solemnes nupcias organizadas por el Padre, cuando, de pronto, por divina disposición, otra red misteriosa los capturó a ellos, es decir, unas nubes interiores se apoderaron de sus personas, las envolvieron y, avanzando vertiginosamente, volando por encima de los mares, las transportaron desde los lugares en que se encontraban hasta Jerusalén. En aquel momento nuestros primeros padres Adán y Eva exclamaron: "¡Oh sagrada y salvadora predecesora nuestra! ¡Oh colmo de nuestra alegría! ¡Ven a nosotros!". Por el contrario, la multitud de fieles que rodeaban a María en la tierra decíanle: "¡Señora! ¡Quédate aquí con nosotros! ¡Tú eres nuestra alegría y nuestro consuelo! ¡No nos dejes huérfanos! ¡Te necesitamos! ¡En ti, únicamente, encontramos alivio en nuestros trabajos y refrigerio en nuestras fatigas! ¡Si deseamos vivir es por estar a tu lado! Si es preciso que mueras, haz que también nosotros muramos gloriosamente contigo, porque, si nos privas de tu presencia, nuestra vida no podrá llamarse vida!" Estas y otras parecidas palabras, mezcladas con continuos sollozos, saldrían en aquella ocasión, supongo yo, de los labios de los apóstoles y de cuantos se hallaban presentes en tan emotiva asamblea. María, entonces, dirigiéndose a su Hijo, le habló de esta manera: "He aquí a estos otros hijos, sí, hijos míos muy queridos, puesto que tú los convertiste en tus hermanos. Mira cuán tristes se muestran porque me marcho. Consuélalos tú. Yo voy a bendecirlos poniendo sobre sus cabezas mis manos; añade a mi bendición la tuya para que, doblemente bendecidos, queden consolados". Seguidamente María, extendiendo sus brazos, bendijo a todos y a cada uno de los componentes de aquel colegio de fieles, y luego exclamó: "¡Señor! ¡En tus manos encomiendo mi espíritu! ¡Hazte cargo de mi alma tan querida por ti y de ti tan favorecida que la preservaste de toda culpa; yo te la devuelvo y te la entrego; te devuelvo y entrego también mi cuerpo; consérvalo íntegro; no permitas que se corrompa, pues en él quisiste morar! ¡Llévame contigo! ¡Tú eres fruto de mis entrañas; donde tú estés quiero estar yo; vivamos en adelante perpetuamente reunidos!". En aquel momento, cuantos fieles se hallaban presentes oyeron estas palabras: "¡Oh amada

mía! ¡Oh, la más hermosa de las mujeres! ¡Oh bellísima amiga inmaculada! ¡Levántate y ven a mí!". Entonces mismo el alma de la Santísima Virgen salió del cuerpo y se colocó sobre las manos del Señor, su Hijo. Seguidamente, los apóstoles, arreciando en sus llantos, cubrieron de besos el tabernáculo divino, y al posar sus labios sobre el sacratísimo cuerpo muerto, sintiéronse llenos de bendiciones y de santidad.

Tan pronto como la Virgen expiró, huyeron espantados los males y los demonios; mientras el espíritu de María subía al cielo, el aire y el espacio quedaron purificados; purificada también quedó la tierra al recibir en su seno el cuerpo de la Señora; purificada quedó al agua con que lavaron el sacratísimo cadáver, que, en efecto, fue lavado con agua clarísima; nada tuvo que limpiar el agua aquella; al contrario, ella fue la lavada, purificada y santificada al entrar en contacto con el santísimo cuerpo que, tras del lavatorio, envuelto en una blanquísima sábana, fue colocado sobre el féretro.

Al morir la Virgen comenzaron a brillar con esplendentes luminosidades las lámparas que había en la casa; ésta se llenó de aromas exquisitos, y en el ambiente resonaron dulcísimos himnos entonados por los ángeles. Luego los apóstoles cargaron sobre sus hombros la camilla en que habían puesto el Arca Santa del Señor y, cantando religiosas melodías, se dirigieron desde el Monte Sión hacia el huerto de Gethsemaní seguidos de innumerables fieles que formaban el cortejo, y acompañados de infinidad de ángeles, de los cuales, unos abrían la marcha, otros la cerraban, otros, revoloteando por encima del féretro, custodiaban el sacratísimo cuerpo.

Algunos judíos, cuyas almas continuaban obstinadamente envenedadas por el fermento de su antigua malicia, al enterarse de lo que ocurría, salieron al encuentro de la comitiva. A propósito de esto la tradición cuenta lo siguiente: cuando los que acompañaban los restos sagrados de la Madre de Dios bajaban por la ladera del Monte Sión, un hebreo, instrumento del diablo, salió al paso del cortejo, dio un salto y trató temerariamente de arrojarse contra aquel santísimo cuerpo al que los ángeles no se atrevían a acercarse sin reverencial estremecimiento. El impío hebreo asió con sus manos la camilla, tiró de ella con furiosa rabia y consiguió lo que se proponía: hacer caer al suelo la parihuela; pero, según la misma tradición, una de las manos del malvado judío se secó repentinamente, se desprendió del brazo y, cual si fuese un trozo de madera, quedó adherida a uno de los largueros de la camilla; mas no sólo le sucedió esto, sino que todo su cuerpo se paralizó, y paralizado permaneció, como tronco inútil, hasta que la fe traspasó su alma, se arrepintió de su horrible sacrilegio y lamentó el delito que había cometido. La tradición susodicha refiere que, cuando ocurrió esto, los portadores del féretro se detuvieron y no reanudaron su marcha hasta que el desgraciado hebreo recobró la mano que había perdido, poniendo la otra sobre el santísimo cuerpo de la Virgen.

Después de este incidente la comitiva prosiguió su camino y llegó a Gethsemaní, y una vez allí, con besos, abrazos, canciones de himnos religiosos, lágrimas y sudores de tristeza y angustia, con gran reverencia colocaron en el sepulcro el sacratísimo cuerpo de María. Pero, ¡oh Señora!, ni tu alma descendió al infierno ni tu cuerpo fue pasto de la corrupción. No procedía que la que había sido sagrario de Dios, fuente natural, campo de arado, viña no regada y olivo fecundo, quedase aprisionada en el seno de la tierra, y sí resultaba razonable que la Madre recibiese del Hijo una sublime prueba de amor, que subiese hasta El y recorriese al camino que El, antes, al descender hasta ella había recorrido, y que la que en su parto había conservado su virginal integridad, tras de su muerte conservase sin corrupción de ningún género la integridad de su cuerpo; y que quien había sido tomada por el Padre por esposa, ocupase su puesto en los celestiales tabernáculos, y, finalmente, que la que era Madre entrase inmediatamente a compartir los bienes de su Hijo».

Hasta aquí el Damasceno.

También san Agustín en uno de sus sermones prueba con múltiples argumentos el hecho de la sacratísima Asunción de Nuestra Señora. He aquí algo de lo que dice el mencionado santo doctor:

«Antes de tratar del santísimo cuerpo de la perpetua Virgen María, y de la asunción de su sagrada alma, me creo en el deber de hacer constar que a partir del momento en que el Señor, clavado en la Cruz, encomendó a su discípulo que cuidara de su Madre, las Sagradas Escrituras ya no hablan más de ella ni se vuelve a mencionar su nombre en los textos santos más que una sola vez, cuando san Lucas dice en los *Hechos de los Apóstoles: Todos perseveraban unánimes en la oración, con algunas mujeres y con María, la Madre de Jesús.* Si, pues, las Sagradas

Escrituras no nos proporcionan testimonios expresos y directos en relación con estos temas de la muerte y Asunción de la Virgen, ¿no será una osadía por nuestra parte sostener que María murió y subió a los cielos? No es osadía creer y sostener esto. Cierto que los textos sagrados guardan silencio sobre estos dos puntos; cierto que por este lado el camino de la investigación está cerrado; pero nos queda la posibilidad de recurrir a la razón para que sea ella quien guíe nuestros pasos con su luz y nos conduzca al hallazgo de la verdad. La voz, pues, de la razón suplirá en este caso a la voz de la autoridad. Entre ellas no puede haber desacuerdo; si la voz de la autoridad no concordase con la voz de la razón, la autoridad no sería autoridad. Prestemos por tanto atención a lo que la voz de la razón proclama sobre estos temas: Si tenemos en cuenta que María estaba sujeta a las condiciones propias de la naturaleza humana, tenemos que admitir sin vacilación que por eso mismo estaba sujeta también a la muerte corporal; pero de ahí no se sigue que su cuerpo tuviera que ser pasto de los gusanos ni que se hallase sometido a la corrupción del sepulcro ni que se convirtiera en polvo como comúnmente ocurre. Antes de sacar precipitadamente estas conclusiones es menester considerar si ellas serían compatibles con la santidad extraordinaria de semejante criatura y con su excepcional prerrogativa de haber sido aula en que moró la majestad de Dios. Sabemos que al padre de quien todos procedemos se le dijo: *Puesto que del polvo has sido hecho, al polvo volverás.* Pero sabemos también que la carne de Cristo fue exceptuada de esta ley universal; sabemos que el cuerpo de Cristo no estuvo sujeto a corrupción; sabemos que este cuerpo, formado del de la Virgen, quedó excluido de la sentencia general; sabemos, repito, que la ley general de la corrupción no afectó a la carne de Cristo, formada de la carne de la Virgen, y que el cuerpo del Señor no se corrompió en el sepulcro. Dios dijo también a la primera mujer: *Multiplicaré tus tribulaciones; parirás los hijos con dolor.* Que María estuvo sometida a los padecimientos, es evidente; y tan sometida, que una espada atravesó su alma; en cambio, alumbró a su Hijo sin dolor alguno. Sobre ella recayeron las tribulaciones que Dios anunció a Eva, pero no los dolores del parto, porque dadas las excepcionales prerrogativas de que fue objeto quedó excluida de algunas de las penalidades generales. De todo esto se sigue que no incurrimos en impiedad si afirmamos que estuvo sometida a la ley universal de la muerte, pero no a los efectos físicos o corporales que de la muerte derivan. Si plugo a Dios conservar íntegro el pudor virginal de su Madre, ¿por qué no iba a querer preservarla de las horruras y hedor de la podredumbre, y mantener incorrupto su cuerpo? El Señor afirmó que no había venido a derogar la ley, sino a cumplirla; la ley mandaba honrar padre y madre; ¿no estaba acaso incluido en el contenido de ese mandamiento que un Hijo tan benigno salvaguardara el honor de su Madre? La piedad nos mueve a creer que un Hijo que honró y distinguió a su Madre de viva con la gracia de las gracias, es decir, con el especialísimo privilegio de haberla elegido para que lo concibiera en sus entrañas, la honró y distinguió de muerta con el insigne y especial privilegio de preservar su cuerpo de la corrupción. La podredumbre y los gusanos constituyen un oprobio para la condición humana; de semejante oprobio fue exceptuado Jesús; de él fue también exceptuada María, de cuyo cuerpo se formó el de Jesús, como consta sin lugar a dudas. Si Jesús, al tomar su carne de la de María, honró y encumbró a la humana naturaleza por encima de los astros, más todavía honró y exaltó a la naturaleza individual de su Madre. Puesto que el hijo recibe su naturaleza de la madre, conviene que la madre tenga la misma naturaleza que va a comunicar al hijo, entendiendo esto de *la misma naturaleza,* no en el sentido de que madre e hijo constituyan conjuntamente una sola persona, sino en el de que entre la madre y el hijo existe homogeneidad corporal. Si es posible conseguir por medio de la gracia que individuos ajenos entre sí participen de una misma vida espiritual y se asemejen en su manera de ser, más fácilmente se consigue esto entre dos seres que, lejos de ser ajenos el uno al otro, y además de estar íntimamente unidos por la gracia, lo están también por razones de nacimiento y por participar de una misma naturaleza corporal.

Por la gracia estuvieron unidos a Cristo sus discípulos como se desprende de estas afirmaciones del Señor recogidas en la Escritura: *«Padre, quiero que entre sí y todos ellos conmigo estén y estemos unidos como tú y yo estamos unidos y formamos una sola cosa». «Quiero que donde yo esté estén también ellos».* Si pues, a juicio de Jesucristo, quienes permanecen unidos a El por la fe forman con El una unidad, y si su deseo es el de tenerlos consigo, ¿qué cabe decir de sus deseos con relación a su Madre? ¿Qué

otro lugar más digno para ella que aquel en el que está su Hijo? Mi fe y mi entendimiento me mueven a creer y sostener que el alma de María fue honrada por su Hijo con la excepcional prerrogativa de ser muy similar al alma de Cristo, puesto que fue creada para informar un cuerpo parecidísimo al glorioso cuerpo de Cristo. ¿Cómo no iban a ser parecidísimos ambos cuerpos, si el uno fue engendrado por el otro? Por tanto, mientras una autoridad más alta que la de la razón no desvirtúe la fuerza de este argumento, yo seguiré creyendo firmemente que el cuerpo que engendró tal cuerpo no pudo quedar tras de la muerte en la tierra, sino que necesariamente tuvo que subir al cielo para ocupar en él el lugar correspondiente a tan alta dignidad y a tan sublime santidad, porque quien fue trono de Dios, tálamo del Esposo, casa del Señor, y tabernáculo de Cristo, incuestionablemente tiene que estar donde esté Dios, donde esté el Esposo, donde esté el Señor y donde esté Cristo. El cielo y no la tierra es el único lugar adecuado y digno para la conservación de tan valioso tesoro. A una integridad tan grande imperiosamente corresponde, no la corrupción de la podredumbre, sino la total incorruptibilidad. Declaro que me siento incapaz de pensar que tan santísimo cuerpo haya podido ser entregado a la voracidad de los gusanos; aun el mero hecho de escribir esto me produce horror. La consideración de la gracia incomparable de que María estuvo dotada me obliga a arrojar lejos de mí semejante idea, insostenible a mayor abundamiento si se tiene en cuenta el sentido de diversos pasajes de las Santas Escrituras. El que es la Suma Verdad dijo en cierta ocasión a sus discípulos: *«Donde yo estoy, allí está también quien me sirve»*. Si lo que en esta sentencia el Maestro dijo es aplicable en general a cuantos sirven a Cristo por medio de la fe y de las obras, ¿quién puede dudar que con mayor motivo y de modo muy especial es aplicable a María, que durante toda su vida, sin que de esto quepa la menor duda, fue sierva fidelísima del Señor a quien llevó en su seno, lo alumbró, lo amamantó, le prodigó toda clase de cuidados, lo reclinó en el pesebre, lo puso a salvo llevándoselo a Egipto, lo atendió con esmerada solicitud durante su infancia, y vivió constantemente tan pendiente de El, que hasta que expiró en la Cruz inmolando en ella su vida no se apartó de su lado? Persuadida estuvo siempre de que aquel Hijo suyo era Dios. ¿Cómo no iba a estarlo si sabía muy bien que lo había concebido no por concurso de varón sino mediante milagrosa operación divina? Por eso, convencida como estaba de que aquel Hijo suyo poseía poderes propios de Dios, cuando se enteró de que se había terminado el vino, sin dudarlo un momento recurrió a El y le dijo: *«No tienen vino»*, porque estaba segura de que El podía remediar aquella deficiencia, como, en efecto, poco después, recurriendo a un milagro, la remedió. Es evidente que María, con su fe y sus obras, fue servidora fiel de Cristo. Por tanto, si no estuviese donde Cristo quiere que estén sus servidores, ¿en qué otro sitio podía estar? Y si está donde debe estar, ¿lo estará en plano de igualdad con los demás que en vida sirvieron al Señor? Esto es impensable. ¿Cómo se podría conciliar semejante hipótesis con la equidad de Dios y con su declaración de que dará a cada uno lo que cada uno haya merecido? Si, pues, María, mientras vivió sobre la tierra, mereció más gracia que cualquiera otra criatura, ¿cabe suponer que después, ya muerta, Dios le mermara los dones que de viva le había otorgado? ¡De ninguna manera, porque si la muerte de toda persona santa es preciosa a los ojos divinos, la de María fue preciosísima! Estas reflexiones me mueven a afirmar que María, enriquecida durante su vida terrena con gracias muy superiores a las concedidas a las demás criaturas, en cuanto murió fue llevada por la benignidad de Cristo a los gozos de la eternidad y premiada con recompensas mayores que las otorgadas a los demás santos; y a creer firmemente que aquel sagrado cuerpo, que engendró a su Salvador y al Salvador de toda la humanidad, no se pudrió, ni fue pasto de los gusanos, ni se convirtió en polvo como comúnmente ocurre tras de la muerte con los cuerpos de la generalidad de los hombres. Por disposición divina los vestidos de los tres jóvenes arrojados al horno de Babilonia no sufrieron detrimento alguno en medio de las llamas; ¿quién se atreverá a suponer que Dios iba a negar a su propia Madre lo que concedió a las ropas de aquellos muchachos? ¿Cabe siquiera pensar que quien tuvo misericordia de Jonás y lo conservó incólume en el vientre de la ballena no concediera a María la gracia de la incorrupción corporal? ¿Cómo quien preservó a Daniel de caer en las fauces de unos leones hambrientos no iba a preservar de la corrupción del cuerpo a María, enriquecida con tantas gracias y con los imponderables méritos de su inmensa santidad?

En los ejemplos que acabamos de aducir las

leyes naturales no produjeron sus connaturales efectos, porque intervino la gracia; pues a la intervención de la gracia, puede más que las leyes de la naturaleza, atribuimos también el hecho de que el cuerpo de María se conservase íntegro. Sin el menor género de duda, pues, proclamamos que Cristo, con su poder, glorificó a María en su alma y en su cuerpo, y preservó de las miserias de la corrupción a la que ya anteriormente había preservado de otras miserias y de otras corrupciones. Cristo fue quien la conservó íntegra cuando a El le parió como Hijo; fue quien hizo que quien tanto caudal de gracia había recibido permaneciera perpetuamente incólume; El fue quien hizo, porque así lo quiso, que la que había engendrado al que es la vida íntegra de los demás, viviera íntegra perpetuamente.

¡Oh Señor Jesucristo! Si todo cuanto aquí he dicho es lo que a tu juicio debí decir, apruébalo, y haz que los demás lo acepten; mas si lo que he dicho no debí decirlo, perdóname y haz que los demás me perdonen también».